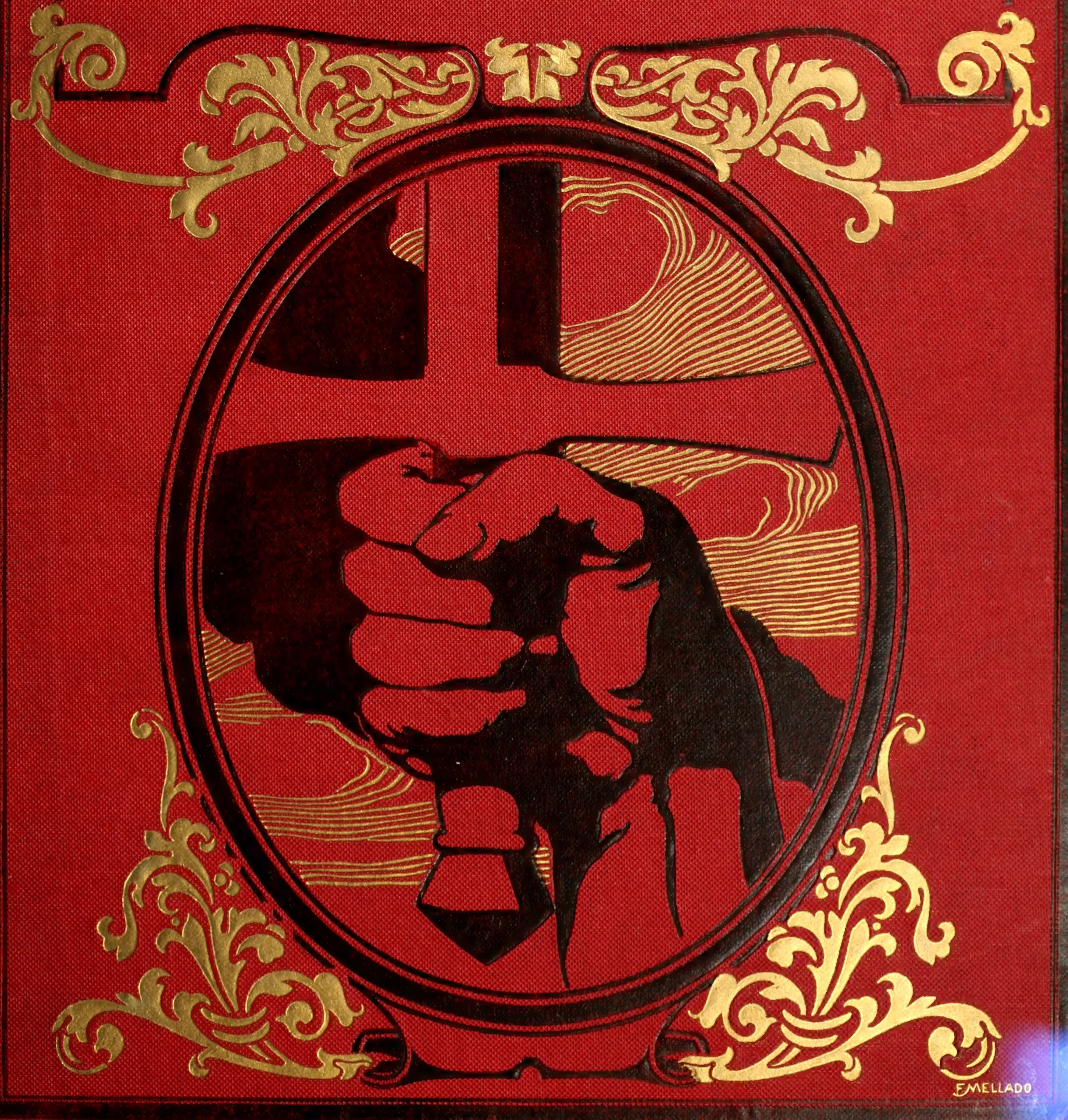
V. BLASCO IBAÑEZ

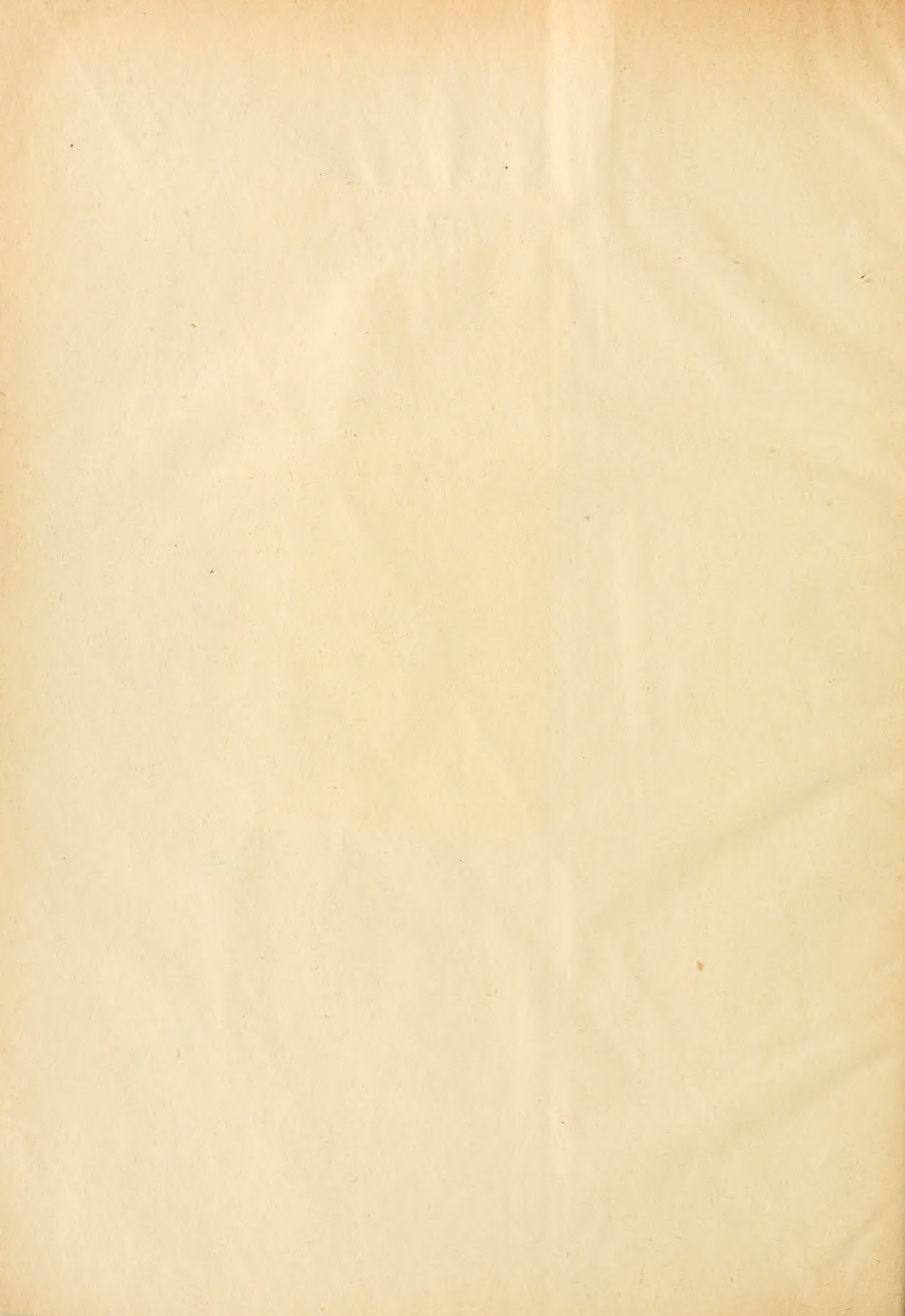
HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914






PROMETEO
F. Mellado





HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

HISTORIA
DE LA
GUERRA EUROPEA
DE 1914

ILUSTRADA CON MILLARES DE FOTOGRAFÍAS, DIBUJOS Y LÁMINAS

TOMO SEGUNDO



PROMETEO
SOCIEDAD EDITORIAL
Germanías, F S.—VALENCIA

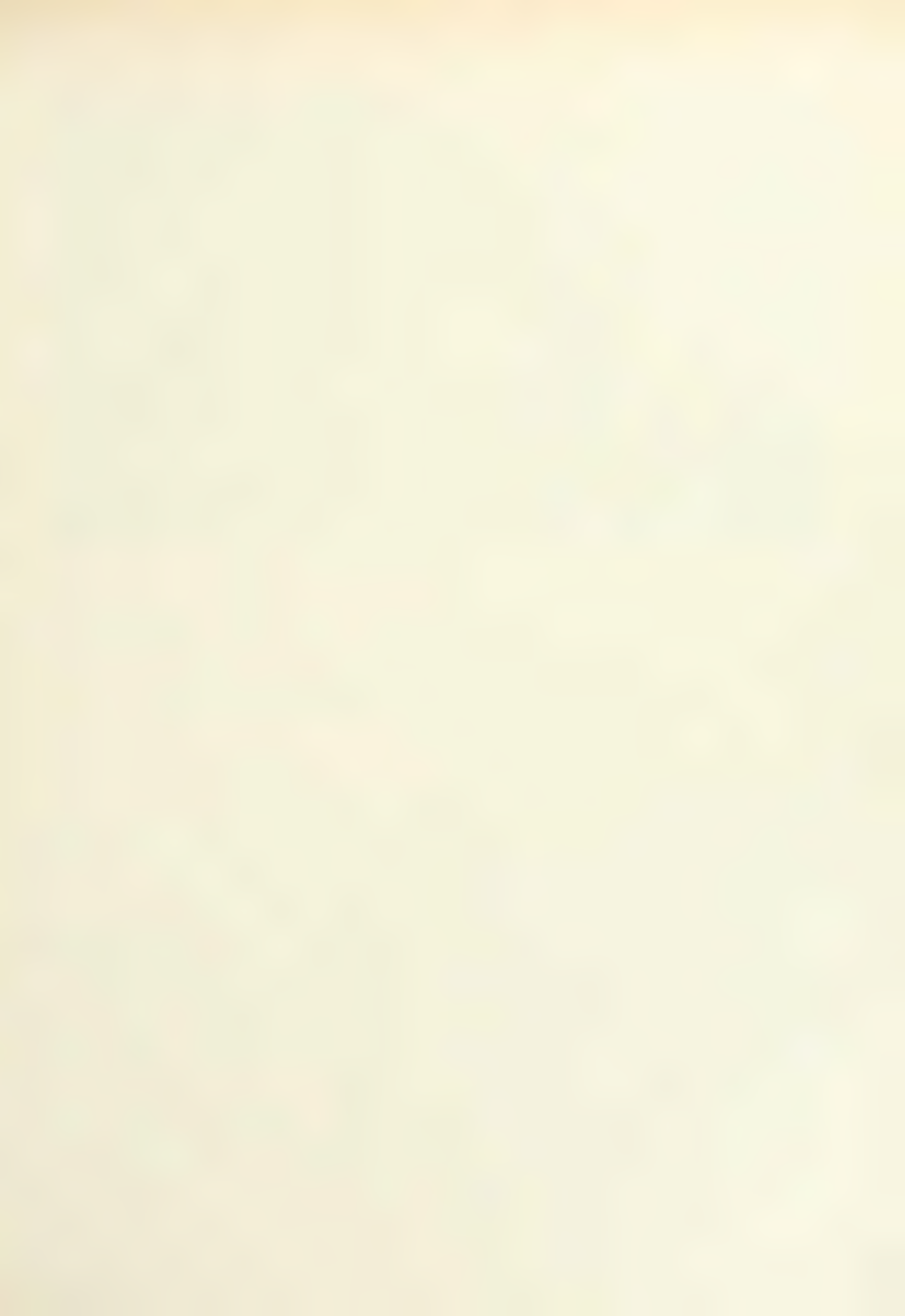


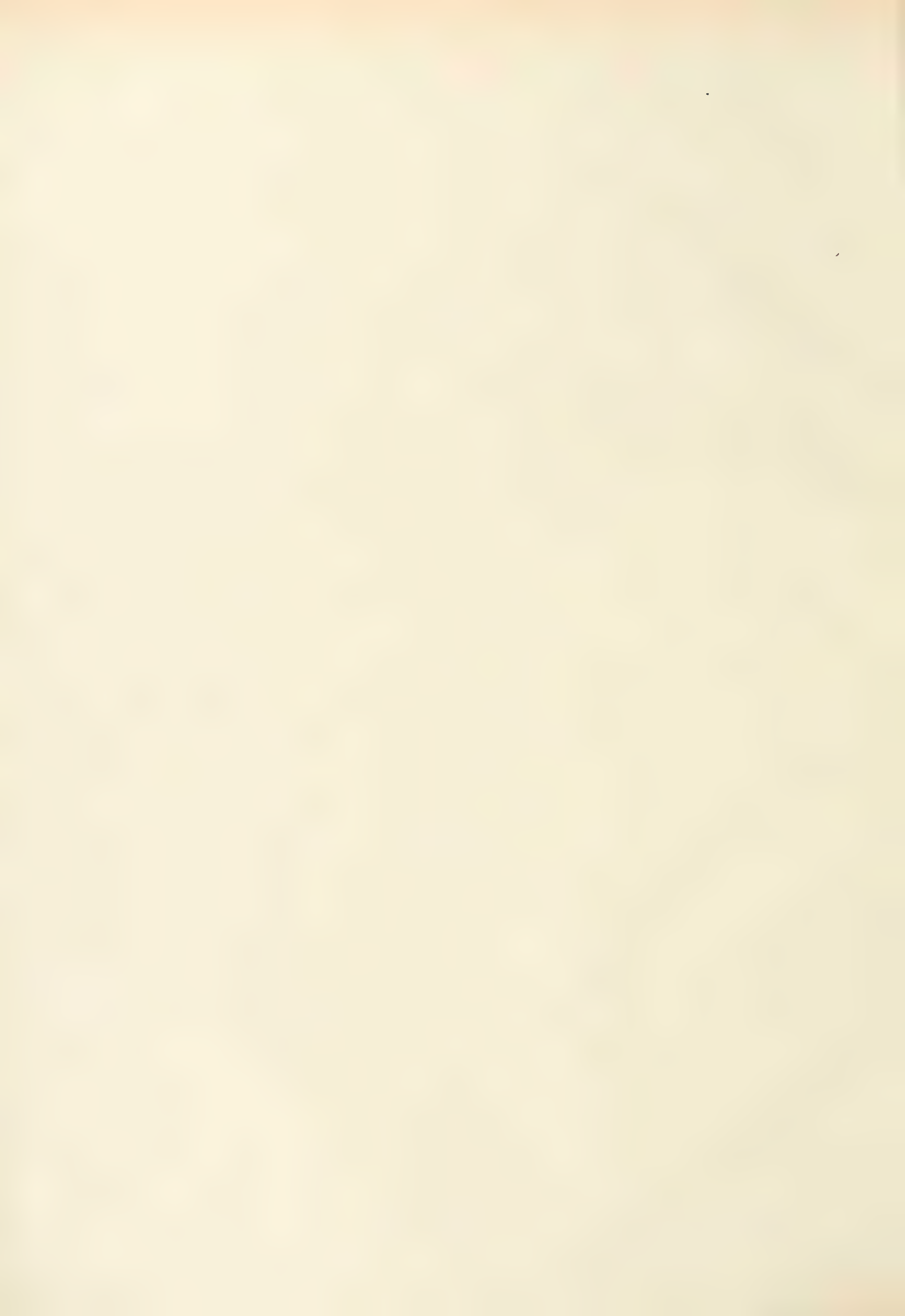
BLASCO IBÁÑEZ EN EL FRENTE. PRESENCIANDO LA CARGA DE UN CAÑÓN DE GRAN CALIBRE

(Fot. J. Franch)

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO









LANCEROS BELGAS LLAMANDO Á LAS ARMAS EN LAS CALLES DE LIEJA

La invasión de Bélgica

I

La agresión alemana.—Sus primeras atrocidades

Un error de cálculo moral quebrantó, como ya dijimos, la solidez del plan de invasión, metódicamente elaborado por el Estado Mayor de Berlín durante varios años.

Para entrar en Francia por el cómodo valle del Mosa, evitando el obstáculo de las fortificaciones francesas de los Vosgos, los alemanes lo habían previsto todo; la concentración de sus fuerzas, el avituallamiento, la rápida explotación de las vías férreas... todo menos la resistencia que pudieran oponerles los belgas. Esto jamás entró en sus planes. Contaron con la sumisión miedosa del país, que permanecería mudo al ver violada deliberadamente su neutralidad; apreciaron con gesto desdeñoso las fuerzas militares que Bélgica podía oponer á su paso, si es que tenía la audacia inconcebible de cruzarse en el camino de un ejército considerado como el primero de Europa.

Según los diplomáticos y estrategas de Alemania, bastaba con ofrecer unas compensaciones insignificantes á este minúsculo país, para que se apresurase á satisfacer los deseos del invasor. Todos se engañaron en Berlín, desde el kaiser, sus hijos y sus generales, hasta los últimos periodistas.

Alemania concentró sus fuerzas enormes en la frontera belga, para avanzar como una tromba aplastadora por los caminos no guardados, desde Aix-la-Chapelle hasta París. La invasión iba á ser una marcha triunfadora de dos ó tres semanas, hasta la capital francesa. Cuatro días nada más para atravesar Bélgica. Luego, á partir de la frontera francesa, unos cuantos combates de éxito seguro; victorias más ruidosas y completas que las de Sedán. El ejército francés que estaba concentrado en la frontera de Alsacia y Lorena iba á verse amenazado por la espalda, en inminente peligro de quedar envuelto, y tendría que retroceder al Sur, librándose á duras penas.

Entre la Prusia Renana y Francia sólo había un rey modesto y tímido en apariencia, Alberto I; un ejército pequeño, el de los belgas, y dos plazas fortificadas, Lieja y Namur, que no osarían cerrar el



EL REY DE BÉLGICA REVISTANDO SUS TROPAS (Fot. Meurisse)

paso á la primera potencia militar del mundo. ¡Adelante!

Y Guillermo II, confiado en la fuerza de sus armas y en los sofismas de su diplomacia, lanzó las tropas á través de Bélgica, creándose un nuevo adversario, alzando entre él y Francia una barrera viviente, la del pueblo belga, que fué tan eficaz como las fortificaciones que los franceses habían construído en su frontera del Este.

El atentado contra Bélgica despertó la cólera del mundo entero, infligiendo á Alemania una gran derrota moral. Inglaterra, que se mostraba vacilante al principio por las divergencias de su opinión pública, se lanzó resueltamente á la guerra después de este crimen internacional. Todos los países neutros sintieron en el fondo de su pensamiento la hostilidad contra Alemania, viendo en ella un peligro para la vida libre de los pueblos pequeños.

□

El 2 de Agosto á las siete de la tarde recibió el gabinete de Bruselas un *ultimatum* de Alemania pidiendo el libre paso para sus tropas por el territorio belga. Publicamos oportunamente (tomo I, página 102) este documento. En él manifestaba el gobierno de Berlín que sabía de ciencia cierta como las tropas francesas se preparaban á invadir el suelo de Bélgica, lo que obligaba á las tropas imperiales á adoptar ciertas medidas defensivas, penetrando igualmente en dicho territorio. Como una consecuencia de este hecho completamente falso, el gobierno alemán exigía que en el plazo de doce horas, ó sea antes de las siete



ESCUADRÓN DE CABALLERÍA BELGA



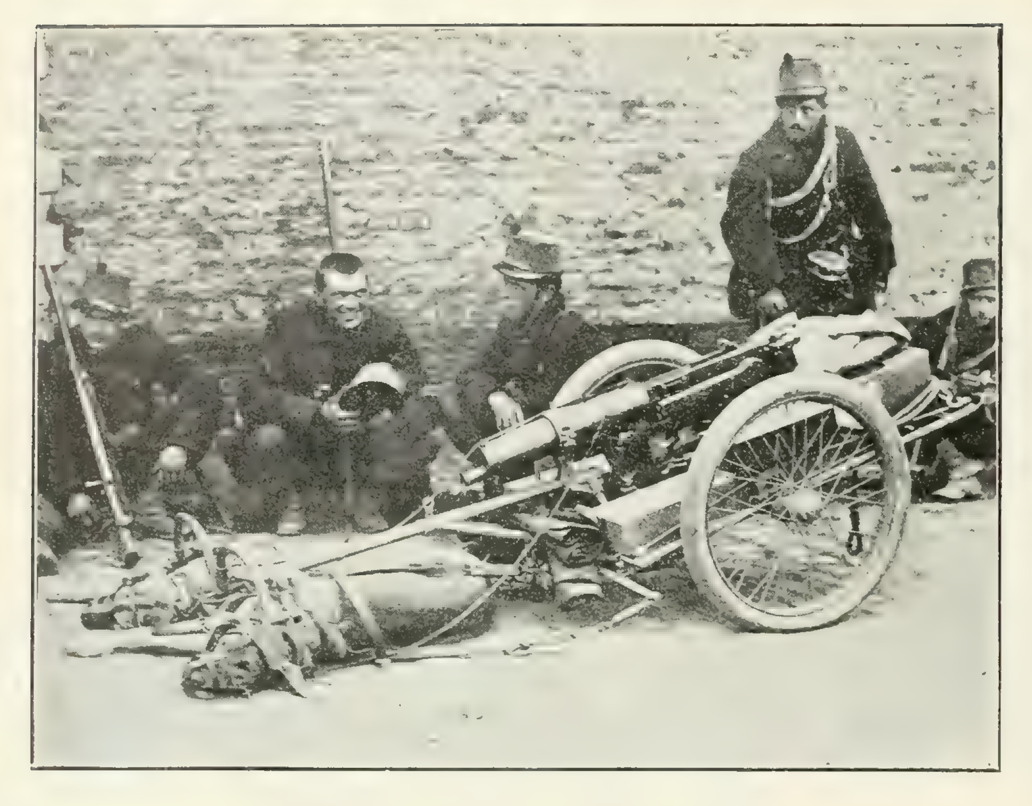
UNA BATERÍA BELGA EN MARCHA

de la mañana del 3 de Agosto, manifestase Bélgica si estaba dispuesta á facilitar tales operaciones. Dicha nota estaba preparada muchos días antes, ó sea desde que Guillermo II se decidió á la guerra contra Francia y Rusia.

M. Davignon, ministro belga de Negocios Extranjeros, comunicó inmediatamente el *ultimatum* al rey y á sus compañeros de ministerio. La contestación fué un documento que ya publicamos íntegro, en el cual el gobierno belga se negó á facilitar las operaciones de los alemanes, protestando contra toda violación de su territorio, que estaba resuelto á defender con energía. También protestó en nombre de su neutralidad, formalmente garantizada en los tratados de 1830 y 1870 por las grandes naciones de Europa, entre las que figuraba Prusia.

En la misma noche del 2 al 3 de Agosto, cuando el gobierno belga estaba redactando su respuesta, circuló por Bruselas un telegrama anunciando que los alemanes habían violado ya la frontera, apoderándose de Visé sobre el río Mosa. La noticia era falsa y avanzaba un hecho que sólo se realizó después. Indudablemente fueron los espías alemanes los que la hicieron circular, para que fuese transmitida á París. Se proponían con esto alarmar á Francia, para que enviase inmediatamente sus tropas al territorio belga con un fin defensivo. De este modo Alemania, que aun no había entrado en Bélgica, podría acusar á Francia de ser la primera en violar la neutralidad. Tales maniobras son de uso frecuente en la po-

AUTOMÓVILES BLINDADOS DEL EJÉRCITO DE BÉLGICA (Fot. Rol)



AMETRALLADORA BELGA TIRADA POR PERROS

lítica alemana, pero la de la noche del 2 de Agosto no surtió efecto. El gobierno de Bélgica aclaró los hechos, y el de Francia siguió respetando la neutralidad del vecino país.

El pueblo belga, en vez de intimidarse ante las amenazas del poderoso Imperio, aplaudió la negativa de sus gobernantes, tributando al rey Alberto grandes manifestaciones de adhesión y entusiasmo. Todas las diferencias políticas, sociales y religiosas quedaron borradas instantáneamente, uniéndose los belgas á impulsos del patriotismo, para no formar más que un solo cuerpo y resistir á los invasores.

Los socialistas, que son en Bélgica el partido más numeroso, dieron el ejemplo, recomendando á todos los belgas el olvido de sus ideas particulares para no pensar más que en el deber inmediato. El consejo general del partido obrero se reunió en la Casa del Pueblo de Bruselas, redactando un Manifiesto, para recomendar á los soldados belgas que cumpliesen con toda firmeza la noble misión de defender al país. «Socialistas conscientes—dijo el Manifiesto á todos los obreros que podían empuñar las armas—: sabed que al ejercer vuestro derecho de legítima defensa para impedir la invasión del territorio, contribuís al mismo tiempo á defender contra la barbarie militarista las libertades políticas



LANCEROS BELGAS (Fots. Rol)

y la democracia de Europa.»

El grupo socialista de la Cámara de diputados votó todos los créditos de la movilización, pidiendo además al gobierno que adoptase medidas extraordinarias para la defensa del país y el buen funcionamiento económico. En sus recomendaciones á los obreros les aconsejó que diesen á Bélgica el ejemplo de serenidad que era necesaria en estas horas supremas.



LANCEROS BELGAS LLEVANDO JAULAS DE PALOMAS MENSAJERAS (Fot. Rol)

El ejército belga se fué concentrando á las órdenes del rey, que había tomado el mando en jefe. La plaza de Lieja se había puesto á la defensiva para retardar ó impedir, si era posible, la marcha de los invasores. El nombre del general Leman comenzó á ser conocido.

La atención de Europa se fijó por primera vez en este pequeño ejército, hasta entonces menospreciado. Los alemanes habían hecho siempre objeto de sus burlas á los militares de Bélgica.

Según ellos, el oficial belga era un pacífico burgués, que iba al cuartel como á una oficina. En cuanto á los soldados, tenían el aspecto de tenderos con uniforme ó de vagos comprendidos en una leva. Siempre que en los círculos militares de Alemania se hablaba del ejército belga y de la posibilidad de que alguna vez intentase defender su territorio, los brillantes oficiales prusianos decían con risueño desdén:



LA BANDERA BELGA Y SU GUARDIA DE HONOR (Fot. Meurisse)



ARTILLERO BELGA APUNTANDO UNA PIEZA

—Si el ejército belga intenta resistir, enviaremos contra él á los bomberos de Dusseldorff.

Estos bomberos gozan en Alemania de una fama grotesca, semejante á la que tienen en Francia los bomberos de Nauterre. Son soldados ridículos, combatientes de opereta.

Pronto se encargaron los hechos de demostrar á los guerreros de Guillermo II que para apoderarse de Bélgica se necesitaba algo más que los bomberos de Dusseldorff.

El ejército belga se compone, lo mismo que la población del país, de dos elementos étnicos: los walones y los flamencos. «El soldado walón —dice un autor francés— posee en conjunto, poco más ó menos, las mismas cualidades de nuestro hombre de tropa. Pequeño de estatura, vivo de genio y con gran facilidad para resolver los inconvenientes, es un incansable andarín. El soldado flamenco, más pesado en apariencia, rubio generalmente, y muy grande, posee las cualidades y los defectos del alemán. Walones y flamencos que componen el ejército belga, tienen de común el mismo instinto batallador y la misma sangre viva. Julio César caracterizó las cualidades militares de este pueblo en la siguiente frase: ***Fortisimi virorum Belgæ.*** Conocida es la gran reputación de la infantería walona en tiempos de Wallenstein y en todas las guerras donde los soldados de los Países Bajos combatieron en otros siglos por el Imperio de Austria. Conocido es también el valor de los belgas cuando han tenido que defender su suelo y su independencia. En cuanto á los oficiales, gozan de una reputación bien merecida entre los ejércitos europeos. Trabajadores, ilustrados y siempre al corriente de todos los perfeccionamientos, han seguido con tenacidad el desarrollo de las ideas militares.»

El ejército belga recibió desde el primer momento del peligro numerosos voluntarios. Aparte de éstos, su efectivo por los llamamientos de la ley ascendió á 340.000 hombres.

Las tropas belgas fueron agrupadas del siguiente modo: 150.000 hombres para el ejército de campaña; 130.000 para la guarnición de plazas fuertes; 60.000 como reservas de reemplazamiento y tropas auxilia-



PERROS EMPLEADOS POR LOS BELGAS PARA LA TRACCIÓN DE AMETRALLADORAS

(Fot. Meurisse)

res. El ejército de campaña comprendió 6 divisiones completas y una división de caballería. Además la guardia cívica activa constaba de 50.000 hombres y de 100.000 la guardia cívica no activa.

Todas estas tropas, aunque valerosas y entusiastas, eran de modesta importancia ante los ejércitos enormes de Guillermo II. También resultaba considerablemente desigual la comparación entre los 7 millones de habitantes de Bélgica y los 60 millones de habitantes de Alemania.

Sin embargo, los belgas no vacilaron un momento, emprendiendo con valeroso entusiasmo los preparativos de defensa. Á espaldas de ellos estaba el gobierno francés, que les había dado toda clase de seguridades para el respeto de su neutralidad, garantizando que nunca atentaría contra ella, y que además se opondría á que ninguna otra potencia la violase. Por parte de Inglaterra la situación era igualmente precisa. El gobierno británico, que hasta el 2 de Agosto buscó el restablecimiento de la paz, tuvo que abandonar su actitud conciliante al ver en peligro la neutralidad de Bélgica. Consignamos en otro lugar las declaraciones de Sir Edward Grey ante la Cámara de los Comunes (tomo I, página 147). El 4 de Agosto el presidente del gobierno inglés, M. Asquith, hizo ante dicha Cámara las siguientes manifestaciones: «Estamos informados de que el Rey de los Belgas ha recibido proposiciones de Alemania, asegurándole la integridad de su territorio y de las posesiones belgas después que se firme la paz, siempre que Bélgica permita el paso libre de las tropas alemanas á través de su país, amenazándolo en caso de negativa con tratar á Bélgica como á un enemigo. Alemania dió un plazo de 12 horas á Bélgica para su respuesta. Creemos que Bélgica ha rehusado categóricamente el aceptar esta violación flagrante de su derecho.

»El Gobierno inglés se ha visto obligado á protestar ante Alemania. Se ha visto obligado también á pedirle que renuncie formalmente á la demanda formulada cerca del Gobierno belga y que dé la seguridad absoluta de respetar la neutralidad de Bélgica. Hemos pedido una respuesta inmediata.



INFANTERÍA BELGA DEFENDIENDO UN CAMINO (Fot. Rol)

»Esta mañana hemos recibido en nuestra legación de Bruselas la respuesta que da Alemania á la negativa de Bélgica referente á la proposición contenida en el *ultimatum*. Alemania parece decidida á usar de la fuerza para pasar á través del territorio belga. Hemos recibido también un telegrama del ministro belga de Negocios Extranjeros diciéndonos que el territorio de su país ha sido violado. Informaciones ulteriores nos muestran las fuerzas alemanas continuando su avance á través de Bélgica.

»Hemos recibido igualmente esta mañana del embajador de Alemania una comunicación oficial, ase-

gurándonos que Alemania, aun en el caso de conflicto armado con Bélgica, no tiene la intención de anexionarse este país. *(Risas irónicas.)*

»La declaración de Alemania debe ser sincera, porque ha prometido solemnemente á Holanda no adquirir ningún territorio á costa de este último país. La comunicación alemana nos asegura también que su ejército estaba expuesto á un ataque del ejército francés á través de Bélgica, y que por esto la ocupación de Bélgica era para Alemania una cuestión de vida ó de muerte.

»Sin embargo, yo debo añadir en nombre del Gobierno británico que nosotros no podemos considerar la comunicación alemana como satisfactoria. Á consecuencia de esto, hemos repetido nuestra petición de la semana última cerca del Gobierno alemán para que nos dé las mismas seguridades que Francia y Bélgica en lo que concierne á la neutralidad del territorio belga.

»El Gobierno británico ha pedido á Alemania que le dé una respuesta satisfactoria antes de media noche.»

La respuesta exigida por el gobierno inglés llegó á Londres en las primeras horas de la noche. Era la guerra. Alemania, que había invadido ya á Bélgica, se negaba á retroceder, arrostrando la enemistad de Inglaterra. Ésta ha considerado siempre necesaria para su vida la neutralidad de Bélgica y Holanda, por estar sus costas inmediatas á las de las islas británicas.

Asombra la ceguera de Guillermo II y de Bethmann-Hollweg, que les hizo creer posible la invasión de Bélgica sin incurrir en la enemistad de Inglaterra. Bismarck y Moltke vieron más claro en este asunto. Muchas de las guerras sostenidas en el pasado por la Gran Bretaña tuvieron por causa el deseo de neutralizar unos países fronterizos á sus costas, y que en poder de una gran potencia representarían un grave peligro para la seguridad británica. La lucha tenaz de Inglaterra y España en otros siglos obedeció á estar bajo el dominio español los Países Bajos. El pueblo británico no podía considerarse tranquilo mientras tuviese á pocas millas una nación capaz de poner su vida en peligro con un rápido desembarco.

Al iniciarse la Revolución francesa los liberales ingleses miraron con simpatía este movimiento político, y el gobierno británico no sintió deseo alguno de intervenir en los asuntos interiores de Francia. Pero la primera República, á impulsos de un fogoso apos-



MAPA DE LOS PRIMEROS LUGARES DE LA GUERRA EN BÉLGICA





Dibujo de J. Spencer Pryse, de «The Illustrated London News»

Campesinos belgas abandonando su



casas incendiadas por los alemanes



tolado libertador, lanzó sus ejércitos á través de Bélgica, llevando su audacía hasta ocupar el puerto de Amberes. Esto bastó para que Inglaterra rompiese las hostilidades, sosteniendo una guerra de 23 años contra la República francesa y contra Napoleón, contribuyendo más que nadie á la caída de este último y restableciendo el equilibrio europeo, necesario para su vida insular.

En 1914, frente á la inquietante ambición alemana, no iba Inglaterra á rectificar una política de siglos. Ya hemos visto (tomo I, página 185) cómo fué la última entrevista entre el embajador británico en Berlín y los gobernantes alemanes. Alemania se negó rotundamente á desistir de la invasión de Bélgica, considerándola precisa para su éxito militar. El proyecto de invasión era obra de muchos años.

Tres horas después de recibir la negativa de Berlín, el gobierno de la Gran Bretaña declaró la guerra al Imperio alemán.

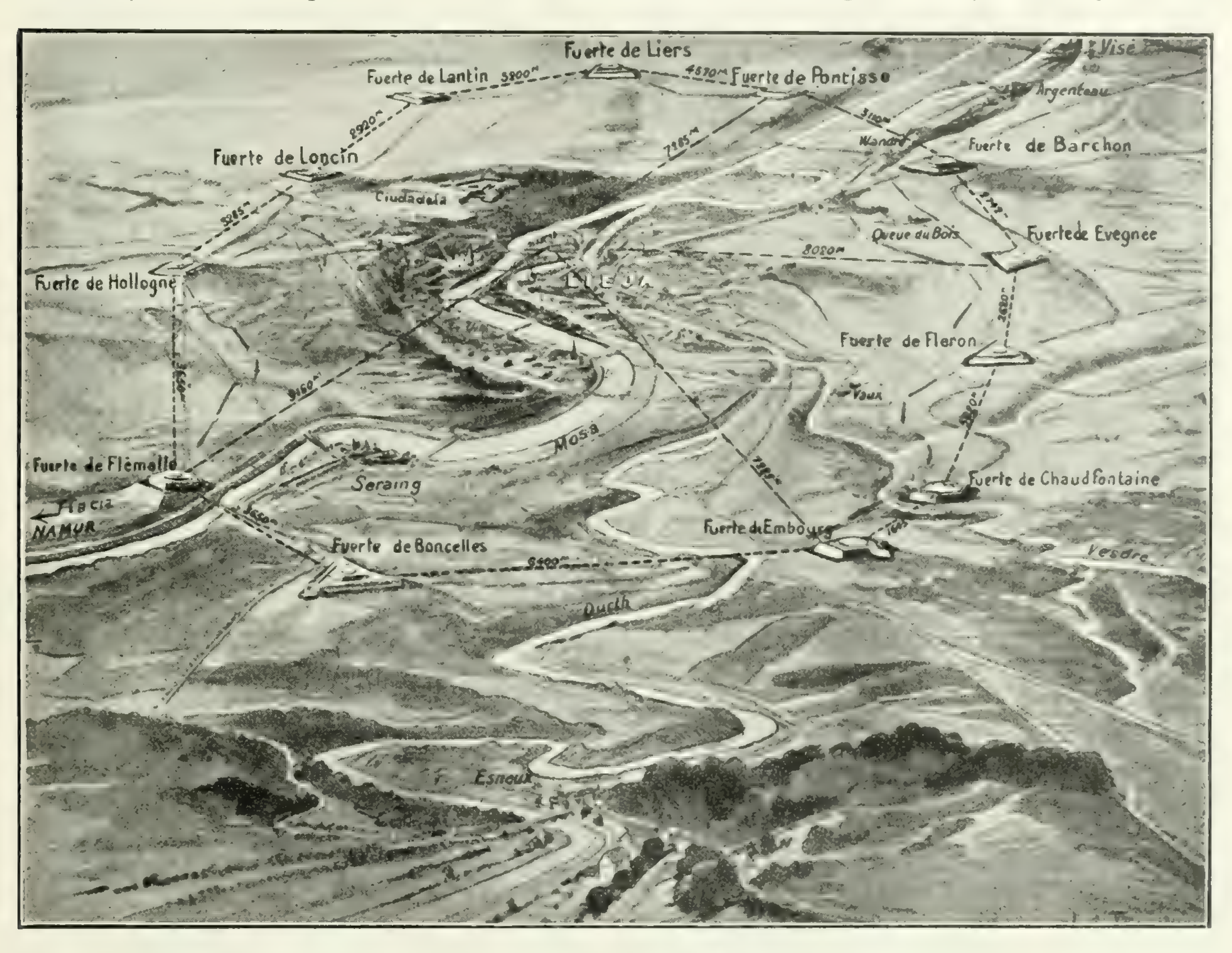


GRÁFICO DE LOS FUERTES DE LIEJA

(Dibujo de Luis Trinquier, de la *Illustration*, de París)

Mientras la diplomacia inglesa y alemana sostenían su último diálogo, las tropas imperiales invadieron el territorio belga.

En la noche del 3 al 4 de Agosto las primeras columnas alemanas franquearon la frontera por diversos puntos, en una marcha convergente sobre Lieja.

La vanguardia de la invasión germánica estaba compuesta de 120.000 hombres. Su ala derecha avanzó sobre Visé, situado más arriba de Lieja, sobre el Mosa; el centro pasó por Hervé, y el ala izquierda siguió la cuenca del Vesdre.

Una parte del ala derecha, al tropezar con la resistencia de los belgas en Visé, se introdujo en Holanda, violando la frontera, y atravesó la punta meridional de dicha nación por cerca de Maestricht, para pasar el Mosa por un punto que Bélgica no había defendido, fiándose en el respeto á la neutralidad holandesa.

El primer choque entre belgas y alemanes fué al Sur de Visé, entre un destacamento de lanceros belgas y un escuadrón de hulanos, quedando prisioneros 25 jinetes alemanes.

Alrededor de los fuertes de Lieja, los ingenieros belgas destruyeron todos los edificios que podían estorbar el tiro de la artillería. Un puesto de telegrafía sin hilos fué instalado sobre la vieja Ciudadela. Varios aviadores militares hicieron reconocimientos, anunciando el avance del enemigo. Una columna salida de



EL PRIMER CHOQUE. LANCEROS BELGAS BATIENDO Á UN ESCUADRÓN DE HULANOS ALEMANES

(Dibujo de Mauricio Romberg, de la *Illustration*, de París)

Lieja encontró á los alemanes cerca de Fleron, sosteniendo con ellos un choque que paralizó su avance.

En general, la guarnición de Lieja, saliendo á batirse en campo libre, repelió los primeros avances de los alemanes. Éstos intentaron pasar por entre los ríos Vesdre y Mosa atacando con gran energía, pero el general Leman los contuvo durante algún tiempo con vigorosos contraataques, causándoles graves pérdidas.

Sin embargo, la desigualdad numérica era grande entre unos y otros, y los belgas, al fin, tuvieron que retirarse á los fuertes, dedicándose á su defensa. Antes de esta retirada consiguieron, sin embargo, el gran triunfo de hacer retroceder á los cuerpos de invasión. Uno de éstos llegó en su retirada hasta el territorio holandés, y los valerosos belgas sólo se detuvieron en su avance cerca de la línea fronteriza.

La plaza de Lieja había sido fortificada por el general Brialmont, ilustre militar belga. En numerosos escritos pidió éste durante varios años que su país se pusiese á cubierto de una ofensiva alemana fortificando á Lieja y Namur. Gracias á él, en 1898 estas dos ciudades fueron convertidas en campos atrincherados. También Amberes se vió fortificada considerablemente. En realidad, el sistema de fortificaciones de las tres ciudades no estaba completamente terminado cuando estalló la guerra, y tenía considerables defectos que se revelaron en el curso de las operaciones.

Lieja posee en una altura vecina una antigua Ciudadela, y en los alrededores un fuerte con bastiones, igualmente antiguo. Como estas dos obras no eran útiles para la guerra moderna, el Estado Mayor belga



CAMPAMENTO DE INFANTERÍA ALEMANA EN LOS ALREDEDORES DE VISÉ

las dejó como estaban, considerando innecesario su mejoramiento.

La defensa de Lieja se basó en 12 fuertes avanzados alrededor de la ciudad, á una distancia de 8 kilómetros por término medio, y separados entre ellos por espacios de 2.000 á 6.000 metros. La extensión demasiado considerable de alguno de estos intervalos facilitó los ataques del enemigo.

Estos fuertes eran de un tipo particular, con fosos de 8 metros de anchura, y gran parte de su artillería bajo cúpulas blindadas. La guarnición de la plaza estaba compuesta de tropas especiales de fortaleza y una brigada activa de defensa móvil.

La plaza de Namur, que está situada al otro extremo del curso del Mosa, en la tierra belga, posee 9 fuertes del mismo tipo que los de Lieja é igual guarnición móvil. Entre Lieja y Namur existe una pequeña plaza, la de Huy, pero sin valor alguno por la debilidad de sus fortificaciones.

Amberes, más que como plaza de valor estratégico, fué preparada como último refugio para el ejército belga, en el caso de una invasión irresistible. Además de su antiguo recinto, quedó reforzada con 22 fuertes modernos, algunos de los cuales no estaban aún terminados al estallar la guerra. La principal defensa de Amberes se basó en las inundaciones de los alrededores, obtenida por medio de las esclusas del Escalda, cuya profundidad puede llegar á 3 ó 4 metros.

El gran defecto del sistema de fortificaciones, notable, pero incompleto, organizado por Brialmont, consistió, como ya hemos dicho, en los grandes espacios libres que se dejaron abiertos entre las obras. En algunos puntos estos espacios eran de 6 kilómetros, y el enemigo acabó por pasar con una vigorosa ofensiva entre un fuerte y otro. Además la barrera del Mosa, defendida en sus dos extremos por Lieja y Namur, tenía un punto flaco: la escasa fortificación de la pequeña plaza de Huy, que era su punto vulnerable. La masa enorme de la invasión alemana salvó el obstáculo del Mosa pasándolo cerca de Huy, sin encontrar una resistencia seria, para esparcirse luego por todo el resto de Bélgica.

□

Las tropas belgas de Lieja no se hacían ninguna ilusión sobre el éxito final de su lucha con los invasores. Eran 40.000 hombres en conjunto, y descontando las guarniciones de los fuertes, sólo 25.000 podían actuar en los combates fuera de la plaza. Tenían enfrente 120.000 hombres, y este ejército de invasión aumentaba rápidamente, pues nuevos cuerpos alemanes afluían á la frontera, penetrando en Bélgica.

Á pesar de esto, Leman y sus valerosos soldados no vacilaron un momento. Sabían que su misión era retardar cuanto les fuese posible el avance del enemigo, dando tiempo al país para que organizase y completase sus medios defensivos.

El invasor había contado con la sorpresa como el elemento más seguro de su victoria. Cada día, cada hora que se retrasara su avance, tropezando con una resistencia tenaz, equivalía á una victoria. Lo importante era detener al ejército alemán para que Bélgica se rehiciera de su sorpresa y Francia terminase su movilización, amenazada por este ataque traidor á través de un país neutral. Leman y sus tropas se sacrificaron heroicamente en el cumplimiento de este encargo, y gracias á ellos sufrió Alemania el primero de sus fracasos, que tan poderosamente ha influído luego en el resto de la guerra.

GENERAL BRIALMONT
El gran organizador de las fortificaciones de Bélgica



LANCEROS BELGAS PASANDO UN RÍO AL CONCENTRARSE CONTRA LA INVASIÓN

taban su sorpresa al ser interrogados por los belgas. Ninguno de ellos había previsto la resistencia de Lieja. Sus jefes les habían afirmado que no iban á encontrar obstáculo alguno hasta llegar á la frontera de Francia. «Todos nosotros—dijeron—estábamos, convencidos de que Lieja no se defendería.» El plan del Estado Mayor alemán sufrió su primer fracaso con esta resistencia inesperada.

Un parlamentario alemán se presentó en Lieja para pedir la rendición de la plaza con las más halagüeñas proposiciones, y el heroico general Leman se limitó á contestar que «sólo cedería ante la fuerza».

El despecho de los alemanes tomó las formas más bárbaras y crueles que se conocen en la historia moderna. Á partir del 4 de Agosto, horas después de haber pisado las tropas imperiales el suelo de Bélgica, empezaron los crímenes de la Alemania militarista.

Los generales de Guillermo II, creyendo en la pasividad y la sumisión de los belgas, habían fingido hipócritamente una sonrisa amable al penetrar en su territorio. Von Emmich lanzó su proclama á los belgas, bondadosa y amenazante á la vez, que ya transcribimos (tomo I, página 162). Pero apenas este general y sus subordinados se convencieron de que

Los ingenieros belgas hicieron saltar un túnel y varios puentes entre Lieja y la frontera alemana, impidiendo que los invasores utilizasen los ferrocarriles belgas. Las primeras avanzadas del ejército alemán llegaron en automóviles, pero fueron detenidas y obligadas á retroceder por los lanceros y la infantería belga. Un avión alemán que intentó volar sobre Lieja fué destruído por los cañones de los fuertes.

La batalla que se desarrolló ante Lieja en los días 4 y 5 de Agosto fué de las más sangrientas. Los belgas lucharon con un valor desesperado, y los alemanes perdieron unos 15.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Esta primera resistencia obligó á detenerse al ejército invasor, que avanzaba con la más absoluta confianza, sin tomar precauciones, creyendo que no iba á encontrar resistencia alguna. Los jefes alemanes habían hecho creer á sus tropas que los belgas los recibirían con grandes muestras de simpatía y que el mismo ejército de Bélgica sería un auxiliar de sus operaciones. De aquí la sorpresa que debilitó en los primeros momentos á los invasores frente á Lieja, al verse atacados con tanto vigor.

Los oficiales alemanes que cayeron prisioneros no ocul-



SOLDADOS BELGAS OBSERVANDO UN AEROPLANO ALEMÁN

Bélgica iba á resistir, intentaron aterrarla con las más espantosas violencias. Horas antes, en las proclamas fijadas en las esquinas de las primeras poblaciones belgas —proclamas que habían sido impresas en Alemania con varios días de anticipación y en las que se hablaba sin embargo de violaciones de la neutralidad que estaban realizando los franceses en aquel momento—, Von Emmich prometía al pueblo «su más alta estima y su más grande simpatía». Pronto vieron los belgas cuál era la forma que reviste la estima y la simpatía de un caudillo alemán cuando los pueblos no quieren arrodillarse ante su paso.



FUERZAS DE INFANTERÍA BELGA ACUDIENDO Á LA CONCENTRACIÓN

La primera población de que se apoderaron los alemanes al pasar la frontera fué Visé.

Los soldados belgas se resistieron en este pueblo durante algunas horas, deteniendo el avance del enemigo. Su artillería deshizo varias veces los puentes que tendió el invasor sobre el Mosa. Al fin, abrumados por el número, tuvieron que retirarse, y al entrar los alemanes en el pintoresco pueblo convocaron á todos sus habitantes, obligándolos al rudo trabajo de deshacer y rellenar en pocas horas las trincheras y demás obras de defensa que habían realizado los belgas. Después, «para dar ejemplo», escogieron entre la población once vecinos de alguna importancia, y los fusilaron en la plaza.

Esta conducta nada tiene de extraordinaria cuando se conocen las doctrinas alemanas acerca de la guerra. Lo mismo los generales que muchos pensadores germánicos, preconizan las medidas bárbaras, el fusilamiento, el incendio y el saqueo como procedimientos civilizadores, ya que facilitan la paz. Con un sofisma feroz proclaman que hay que ser cruel y aterrar al enemigo, pues tratándolo con espantosa dureza se atemoriza y se entrega, acelerándose de este modo el fin de las hostilidades.

Las tropas alemanas que ocuparon á Visé pusieron en práctica tales doctrinas. Después del fusilamiento



EL PUENTE DE VISÉ DESTRUÍDO POR LOS BELGAS PARA IMPEDIR EL AVANCE DE LOS ALEMANES



UNA COLUMNA ALEMANA MARCHANDO CONTRA VISÉ

de los once vecinos, obligaron á todos los habitantes á desfilar ante sus cuerpos. Tendidos en medio de una acera, y con la cara descubierta, estaban los cadáveres de dos vecinos importantes, los señores Broutsa. Junto á ellos fumaban y reían un coronel prusiano y varios tenientes jóvenes. Uno de éstos gritó á la muchedumbre en francés:

—Esta es la suerte que os espera á todos los belgas si continuáis mostrándoos hostiles.

Al mismo tiempo las casas de Visé empezaron á arder y los soldados robaron todo lo que estuvo á su alcance.

En otros pueblos de los alrededores de Lieja las tropas invasoras, irritadas por la resistencia del ejército belga, cometieron atrocidades semejantes. En Soiron el guardabosque del castillo y dos jardineros fueron muertos á bayonetazos, al oponerse al saqueo del edificio. El castillo, después de este asesinato, fué robado é incendiado, y el burgomaestre de la población conducido preso á Alemania.

En Olne el vicario de la iglesia, M. Rensonnet, y el secretario del municipio, M. Fondcuir, que estaban reunidos en la casa de este último, cometieron la imprudencia de levantar la cortina de una ventana para ver desfilar á los alemanes. Éstos, alegando que su gesto curioso era de insulto, los sacaron de la casa á culatazos y los condujeron á las afueras, fusilándolos. Un campesino que recogía sus vacas en el campo y un niño que miraba de cerca los cañones alemanes, fueron fusilados igualmente.

En Foret el dueño de una granja llamado Delbaux y dos de sus hijos fueron conducidos al campo á cula-



LOS ALEMANES EN VISÉ DESPUÉS DEL BOMBARDEO

tazos, mientras otros dos hijos morían fusilados. Al maestro de escuela del citado pueblo, M. Rongy, le hicieron pisotear la bandera belga y luego lo fusilaron. Su mujer, que estaba en cinta, y cuatro de sus hijos, tuvieron que presenciar la ejecución. Fué en vano que la pobre esposa elevase sobre su cabeza al más pequeño de sus hijos, en forma de súplica, para enternecer á los verdugos. El maestro patriota cayó destrozado por las balas alemanas.



UNA CALLE DE VISÉ BOMBARDEADA POR LOS ALEMANES

Las columnas invasoras incendiaron las granjas, llevándose como rehenes á sus habitantes. Aquí empezaron los alemanes á valerse del cobarde sistema de colocar delante de su vanguardia grupos de paisanos, para ir avanzando detrás de ellos contra el enemigo, al amparo de esta muralla viva. Un grupo de jóvenes y el cura párroco de Foret fueron llevados como rehenes por los alemanes, entre golpes é insultos, para que les sirviesen de abrigo en su avance hasta Lieja. Al día siguiente fueron abandonados en tal estado que era imposible reconocerlos.

Al descender los invasores hasta Saint-Hadelin hicieron una matanza de 61 personas, comprendiendo en ella á familias enteras. En la familia Warnier una de las hijas, al recibir varios bayonetazos, cayó desvanecida. Cuando recobró el conocimiento estaban amontonados sobre ella los cuerpos inánimes de su padre, su hermana y sus dos hermanos. Uno de éstos aun estaba en la agonía, los otros individuos de la familia eran ya cadáveres.

Los invasores incendiaron Battice. En Hervé mataron 47 vecinos que estaban tranquilamente en sus viviendas, incendiaron 300 casas y obligaron al burgomaestre de la población, poniéndole un revólver en la sien, á que firmase un certificado declarando que el pueblo había sido destruído por los obuses de uno de los fuertes de Lieja.

En Soumagne la soldadesca alemana mató 182 personas. Sesenta de éstas fueron fusiladas en una pradera, en Fons-Leroy, después de sufrir numerosos martirios, infligidos con las bayonetas. Un joven fué enterrado con la cabeza abajo y las piernas surgiendo del suelo. Un hermano suyo había sido quemado vivo en el interior de una granja. En Warsage algunos habitantes fueron ahorcados. En Barchon y en Julimont muchas casas fueron incendiadas. En Berneau los habitantes del castillo tuvieron que huir hacia Holanda, con sus niños enfermos, para librarse de los atentados de una soldadesca ebria y feroz.



INCENDIO DEL PUEBLO DE MOULAND, CERCA DE VISÉ

No hubo en torno de Lieja pueblo ni aldea que no quedasen saqueados é incendiados.

Todos los caseríos fueron objeto del pillaje en masa ó del robo individual. Los vecindarios que no huyeron á tiempo, se vieron diezmados. Las mujeres fueron víctimas de los más odiosos ultrajes. El soldado alemán, «modelo de valor y de cortesía» según los periodistas de Berlín, se vengó, martirizando y asesinando á los paisanos indefensos, de la pavorosa sorpresa que le había hecho sufrir la resistencia valerosa del ejército belga.



¡CÓMO HACEN LA GUERRA!
(Dibujo de Georges Scott, de la *Illustration*, de París)

La traición vino á aumentar esta lista de crímenes. En el ataque de los fuertes de Lieja, los soldados prusianos se disfrazaron con trajes de belgas para engañar á los defensores. Los regimientos de Guillermo II intentaron el asalto imitando los toques de corneta del ejército adversario. Algunos destacamentos alemanes avanzaron precedidos de una bandera blanca, para que los defensores de Lieja cesasen su fuego. Cuando llegaban cerca de éstos, descubrían las ametralladoras ocultas detrás de sus filas, disparando traidoramente.

«Un murmullo de horror y de repugnancia—dice el escritor belga Nothomb—se mezcló á nuestros entusiasmos.» Pero á pesar de esto, Bélgica no sintió amenguarse su fe. «Una muchedumbre de mercaderes, de pequeños rentistas, de obreros, de campesinos, acostumbrados al bienestar ó fatigados por el duro trabajo, encontró como siempre en las horas trágicas su verdadera personalidad. El alma de los antiguos paladines, el libre orgullo de los viejos comuneros, la honradez fundamental de un pueblo de virtudes burguesas, se manifestó con un solo grito.»

Esta Bélgica, dividida por los partidos y por las lenguas, desgarrada por las luchas sociales, no tuvo de pronto más que un alma y una voz. Los hermanos separados se reconocieron y reconciliaron. Alemania tuvo contra ella la unanimidad de todo un país, «al que había querido seducir con su sonrisa pesada, y que no pudo comprar con los treinta dineros de Judas».

El odioso *ultimatum* alemán le había pedido—como dice Nothomb—el Honor ó la Vida. Y desde el rey Alberto al último belga, todos quisieron dar la vida para conservar el honor.

II

La defensa de Lieja

Para darse cuenta de la resistencia de los fuertes de Lieja es útil precisar la organización defensiva de la plaza.

Doce fuertes rodean á la ciudad de Lieja, que está situada junto al Mosa. De estos fuertes seis están á un lado del río y los otros seis en la ribera opuesta. La distancia del centro de la ciudad á los fuertes varía entre 6.700 y 9.600 metros.

El fuerte de Flemaille, situado en la misma orilla del Mosa, domina las dos riberas del río, así como el camino y el ferrocarril que conduce á Namur. Sus fuegos se cruzan con los de los fuertes de Hollogue y de Bonzelles, que son los más inmediatos.

El fuerte de Hollogue bate la pendiente de Ans, la vía férrea de Saint-Tron, el camino de Hollogue y el ferrocarril á Bruselas. Sus fuegos se cruzan con los del fuerte de Flemaille, ya mencionado, y con el de Loncin, que le sigue en la cadena defensiva.

El fuerte de Loncin bate el ferrocarril de Saint-

Trond y los caminos de Tongres y de Hollogue. Sus fuegos se cruzan con los del fuerte de Hollogue y el fuerte de Lantin.

El fuerte de Lantin está en la bifurcación del gran camino de Tongres y los ferrocarriles á Saint-Trond y Tirlemont, y los domina absolutamente. Sus fuegos se cruzan con los fuertes de Loncin y de Liers.

El fuerte de Liers bate la vía férrea Lieja-Tongres-Hass, la de Ans á Liers y la de Glous. Sus fuegos se cruzan con los de los fuertes Lantin y Pontisse.

El fuerte de Pontisse, obra final de la cadena de fuertes de la ribera izquerda, bate, como el de Flemaille, las dos orillas del Mosa y además el ferrocarril á Maestricht y el camino de Visé. Sus fuegos se cruzan con los de los fuertes Liers y Barchon.

Estos son los seis fuertes de la ribera izquierda del Mosa. En la orilla derecha los otros seis fuertes tienen los siguientes nombres:

Barchon, batiendo la cuenca del Mosa y el camino de Visé. Sus fuegos se cruzan con los de Pontisse y Evegné.

Evegné bate la meseta de Hervé y todas las vías de comunicación que pasan próximas á ella, el ferrocarril de Batisse y los caminos de Visé, Hervé y Fléron. Cruzan sus fuegos con los fuertes de Barchon y Fléron.

Fléron domina la vía férrea de Aix-la-Chapelle, que conduce á Alemania, y el camino de Hervé. Sus fuegos se cruzan con los de los fuertes Evegné y Chaudfontaine.

Chaudfontaine domina las orillas del río Vesdre y el terreno comprendido entre éste y el río Ourthe, batiendo igualmente el camino y el ferrocarril de Verviers á Aix-la-Chapelle. Sus fuegos se cruzan con los de los fuertes Fléron y Embourg.

Embourg domina las cuencas de los ríos Vesdre y Ourthe, el ferrocarril y el camino de Esneux y el camino y la vía férrea á Aix-la-Chapelle, cruzando sus fuegos con los fuertes de Chaudfontaine y de Bonzelles.

Bonzelles bate toda la región comprendida entre el Mosa y su afluente el Ourthe, cruzando sus fuegos con los fuertes de Embourg y Flemaille.

En el interior de este amplio círculo de fuertes existe una 13.ª fortificación: el fuerte de Chartreuse dominando el sitio donde se unen los ríos Vesdre y Ourthe, antes de afluir al Mosa. Pero este fuerte, que aunque grande es de tipo antiguo, con bastiones visibles, no fué comprendido en el sistema de defensas organizado por el general Brialmont, al que llamaron sus admiradores, con justicia, «el Vauban belga».

El valor de los 12 fuertes mencionados era desigual. Sus organizadores habían tenido en cuenta principalmente la importancia de la posición geográfica, ó sea las condiciones especiales de las alturas en



LA IGLESIA DE HANS, BOMBARDEADA POR LOS ALEMANES

que fueron construídos. Loncin, Pontisse, Barchon, Fléron y Bonzelles, son grandes fortificaciones de forma triangular. Flemaille tiene la forma cuadrangular. Todos éstos merecían verdaderamente el nombre de fuertes. Los demás, triangulares ó cuadrangulares, son más pequeños y en realidad deben llamarse fortines.

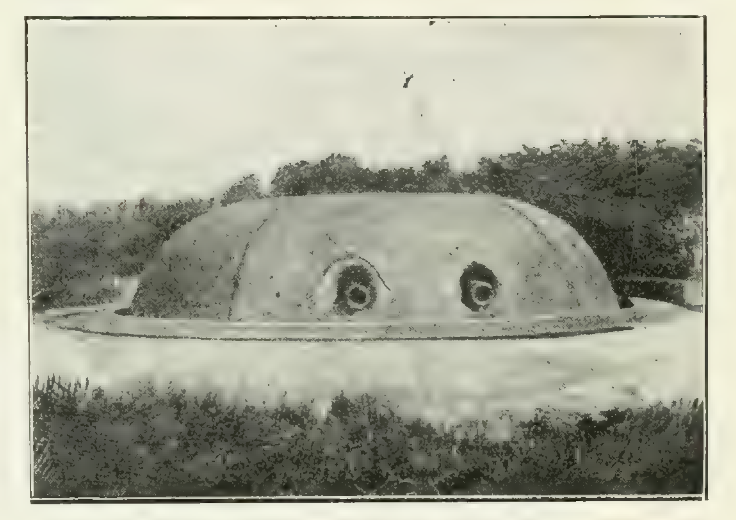
Cuando se inició la guerra, estas fortificaciones llevaban exactamente 23 años de existencia. La misión que les asignaron sus constructores fué impedir el paso del Mosa á un ejército invasor, para que no se extendiese por el resto de Bélgica. El defecto prin-



TIPOS DE LOS FUERTES BELGAS
TORRE CÓNICA ACORAZADA

cipal de esta cadena defensiva fué, como ya dijimos, que los fuertes estaban muy separados, viéndose mal unos á otros y con grandes espacios que permitían á las tropas sitiadoras el llegar hasta la ciudad con un vigoroso ataque.

El general Brialmont se preocupó más de defender el paso del Mosa que de la seguridad de Lieja.



TORRE ACORAZADA CON CAÑONES

El material de cada uno de los seis fuertes principales, en el momento del ataque alemán, constaba de dos cañones de 15 centímetros y cuatro de 12; dos morteros rayados de 21 centímetros y cuatro piezas de tiro rápido de 57 milímetros. Los otros seis fuertes secundarios poseían dos piezas de 15 centímetros y dos de 12; un mortero rayado de 21 centímetros y tres piezas de 57 milímetros. El armamento total de la plaza, comprendiendo la artillería volante de las posiciones avanzadas, ascendía á 400 piezas.

□

Al avanzar el ejército alemán hasta las inmediaciones de Lieja, sus columnas tropezaron con los fuertes de la orilla derecha, que son los que defienden el acceso por la parte de Alemania.

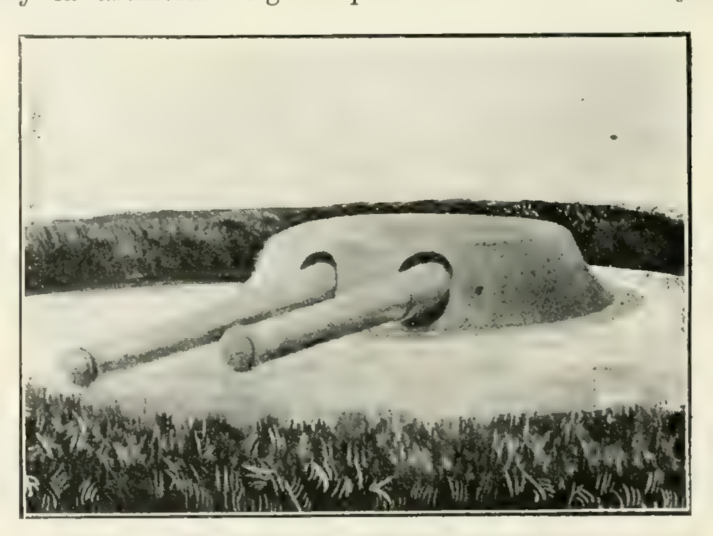
Cada una de sus columnas tenía un objetivo diferente, atacando los fuertes de Fléron, Barchon y Evegné, que constituyen el sector Nordeste de la plaza. Otras columnas atacaron el sector Sudeste, formado por los fuertes Bonzelles y Embourg.

La agresión empezó por el sector Nordeste. La primera columna alemana atacó el fuerte de Fléron, buscando introducirse por el intervalo entre Fléron y Evegné, ó Fléron y Chaudfontaine. Su ofensiva tuvo que debilitarse al poco tiempo. El terreno había sido erizado con toda clase de obstáculos, no pudiendo avanzar los alemanes bajo un fuego nutrido, á través de los alambrados y las trincheras. El tiro de la infantería y de la artillería belgas fué muy preciso, causando graves pérdidas á los asaltantes.

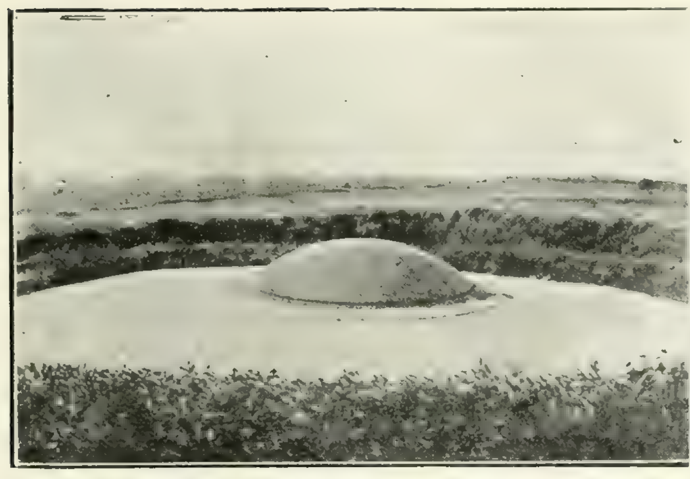
La defensiva no se limitó á la resistencia de los fuertes. Mientras éstos causaban con sus cañones grandes daños al enemigo, las fuerzas móviles de la plaza, operando en campo descubierto, contestaron á los intentos de avance de los alemanes con furiosos contraataques en los dos terrenos de acción que dejaban abiertos los tres fuertes indicados. Al fin los alemanes quedaron paralizados, limitándose á contestar con su artillería al fuego de las baterías belgas.

Después de este fracaso del ala izquierda ante el fuerte de Fléron, el ala derecha avanzó contra el fuerte de Barchon. Las fuerzas alemanas atacaron en forma de abanico. El extremo derecho de la columna rodeó el fuerte de Barchon, dirigiéndose en su movimiento desbordante hasta el pueblo que lleva el mismo nombre y está cerca de un brazo del Mosa. Pero una brigada de reserva de la guarnición de Lieja acudió inmediatamente, repeliendo á los invasores con un contraataque furioso.

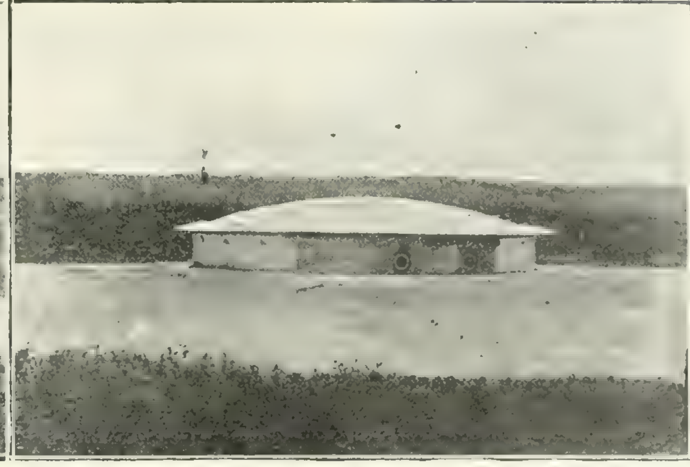
Los alemanes tuvieron que retirarse en gran desorden, y las bajas en sus filas resultaron considerables. Este choque, que representaba para ellos una verdadera derrota, fué el que les costó mayores pérdidas, especialmente en prisioneros. La artillería de los alemanes hizo gran consumo de proyectiles pretendiendo anonadar al fuerte de Barchon. Pero su tiro estuvo mal regulado y la artillería belga adquirió una visible ventaja



CAÑONES DE UNA TORRE GIRATORIA



CÚPULA ACORAZADA DE UN FUERTE



LA CÚPULA DISPUESTA Á DISPARAR

(De *The Illustrated War News*)

sobre sus baterías. Dos cañones alemanes quedaron destrozados.

Al mismo tiempo que la izquierda operaba inútilmente contra Fléron y la derecha contra Barchon, el centro atacó el fuerte de Evegné con igual falta de éxito. La artillería de este fuerte causó á los asaltantes grandes pérdidas, ayudada por las de Fléron y Barchon. Mientras tanto, las fuerzas móviles de los belgas respondían á sus avances con vigorosos contraataques. Á las pocas horas la ofensiva alemana estaba detenida en toda la línea y los belgas quedaban victoriosos.

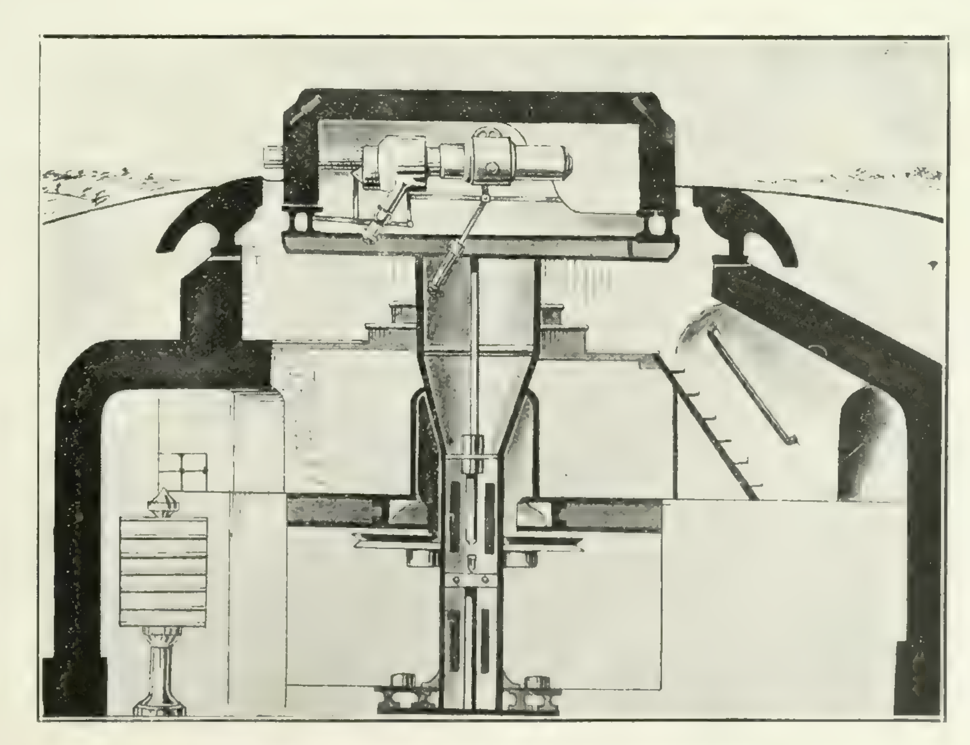
Tal fué la jornada del 5 de Agosto.

Á pesar de su fracaso, el general Von Emmich envió un parlamentario al general Leman, á la caída de la tarde, para que rindiese la plaza, amenazándole en caso contrario con ordenar que un Zeppelin lanzase bombas de picrita sobre los edificios de Lieja ocupados por el Estado Mayor. La respuesta la dieron los fuertes belgas redoblando el fuego de su artillería y las tropas móviles lanzándose á la bayoneta contra las posiciones de los alemanes.

Á las siete de la tarde los batallones de Lieja, surgiendo de la línea de fuertes, empujaron á los sitiadores, persiguiéndolos más de un kilómetro. En algunos sitios la retirada alemana llegó hasta 10 kilómetros. Todas las tropas enemigas que atacaban el sector Nordeste retrocedieron ante la acometida de los belgas.

Mientras ocurría esto en dicho sector, los alemanes que atacaban por el sector Sudeste intentaron desbordar las posiciones belgas del lado de Huy atacando los fuertes de Bonzelles y Embourg. Los obstáculos acumulados sobre el terreno retardaron sensiblemente su avance, sufriendo enormes pérdidas. Sin embargo, los belgas eran en este sector poco numerosos, pues no pasaban de 1.500 hombres las fuerzas móviles que defendían los intervalos entre los fuertes.

Abrumados por la gran superioridad numérica del enemigo, los belgas tuvieron que retroceder unos dos kilómetros. El instante era crítico. Empezaba á cerrar la noche y los alemanes avanzaron hacia la ciudad, dejando atrás los fuertes. Acudió el general Leman con todos los refuerzos que pudo reunir, y en vez de 1.500 belgas fueron 15.000 los que se opusieron al paso del enemigo. Los belgas cargaron á la bayo-



CORTE TRANSVERSAL DE UNA CÚPULA GIRATORIA



LOS FUERTES DE LIEJA

neta, deteniendo á los invasores y haciéndolos retroceder.

El avance alemán fracasó por completo, pero en la obscuridad de la noche, que había cerrado ya, se produjeron grandes confusiones. Una columna alemana de 600 hombres se aprovechó de las tinieblas y del desorden del combate para penetrar en la ciudad. Estos soldados se habían despojado del casco, cubriéndose con el gorro de cuartel para confundirse con las tropas belgas. Además el jefe que iba al frente de ellos daba las voces de mando en inglés, para hacer creer que la columna era un refuerzo británico, recién llegado. Los alemanes avanzaron tranquilamente con el fusil al hombro, como si se retirasen á su cuartel después de haber tomado parte en la batalla. Su propósito era llegar hasta el edificio donde se había instalado el Estado Mayor belga, para apoderarse del general Leman.

La idea fija de los sitiadores de Lieja fué desde los primeros momentos hacer prisionero al heroico comandante de la plaza, creyendo que con esto cesaría toda resistencia. La columna avanzó sin encontrar obstáculos. Los oficiales que la guiaban habían vivido en Lieja hasta poco antes y conocían perfectamente la ciudad. Sólo cuando estaban á unos 50 metros del Estado Mayor los reconocieron los gendarmes belgas, dando inmediatamente la alarma.

Un combate encarnizado se desarrolló en las calles. Los defensores de la plaza empezaron á hacer fuego por todas partes contra la columna alemana, mientras Leman, avisado del peligro, abandonó las oficinas del Estado Mayor. Uno de los pocos alemanes de la columna que quedaron con vida contó después lo ocurrido: «No olvidaré jamás esa noche—dijo este soldado—. Éramos 600 los que recibimos la orden de deslizarnos entre dos fuertes, penetrando en la ciudad. Creíamos que otras tropas nos seguirían, pero la guarnición nos reconoció, á pesar de la obscuridad, recibiéndonos con un fuego terrible. Mis camaradas empezaron á caer bajo esta lluvia de balas. Pronto nos vimos en completa derrota. Huímos en todas direcciones, por todas las calles, arrastrándonos á lo largo de las paredes, aplastándonos en el suelo para quedar inadvertidos. Pero los proyectores de los fuertes barrían la ciudad continuamente con sus haces de luz, y por todos lados tiraban los belgas contra nosotros. Al poco tiempo me vi solo, corriendo, esforzándome por escapar á los rayos luminosos que parecían atravesar las paredes y persistían en descubrirme. No me doy cuenta de cómo pude regresar á las líneas alemanas. Fuimos muy pocos los que volvimos. Sólo un puñado de mis camaradas quedó con vida.»

Tal fué la jornada del 5 de Agosto y de las primeras horas de su noche. El total de las pérdidas alemanas ascendió á 5.000 muertos, entre ellos varios jefes importantes, 24 cañones perdidos y una cantidad enorme de heridos y prisioneros. Los cadáveres alemanes formaron montones de 1 metro y medio de altura.

Como ya dijimos, este ataque fué realizado por 120.000 alemanes contra 40.000 belgas. Hay que hacer constar que la ofensiva se resintió de falta de simultaneidad, mientras que Leman supo utilizar de un



EL PRIMER AVANCE ALEMÁN CONTRA LIEJA

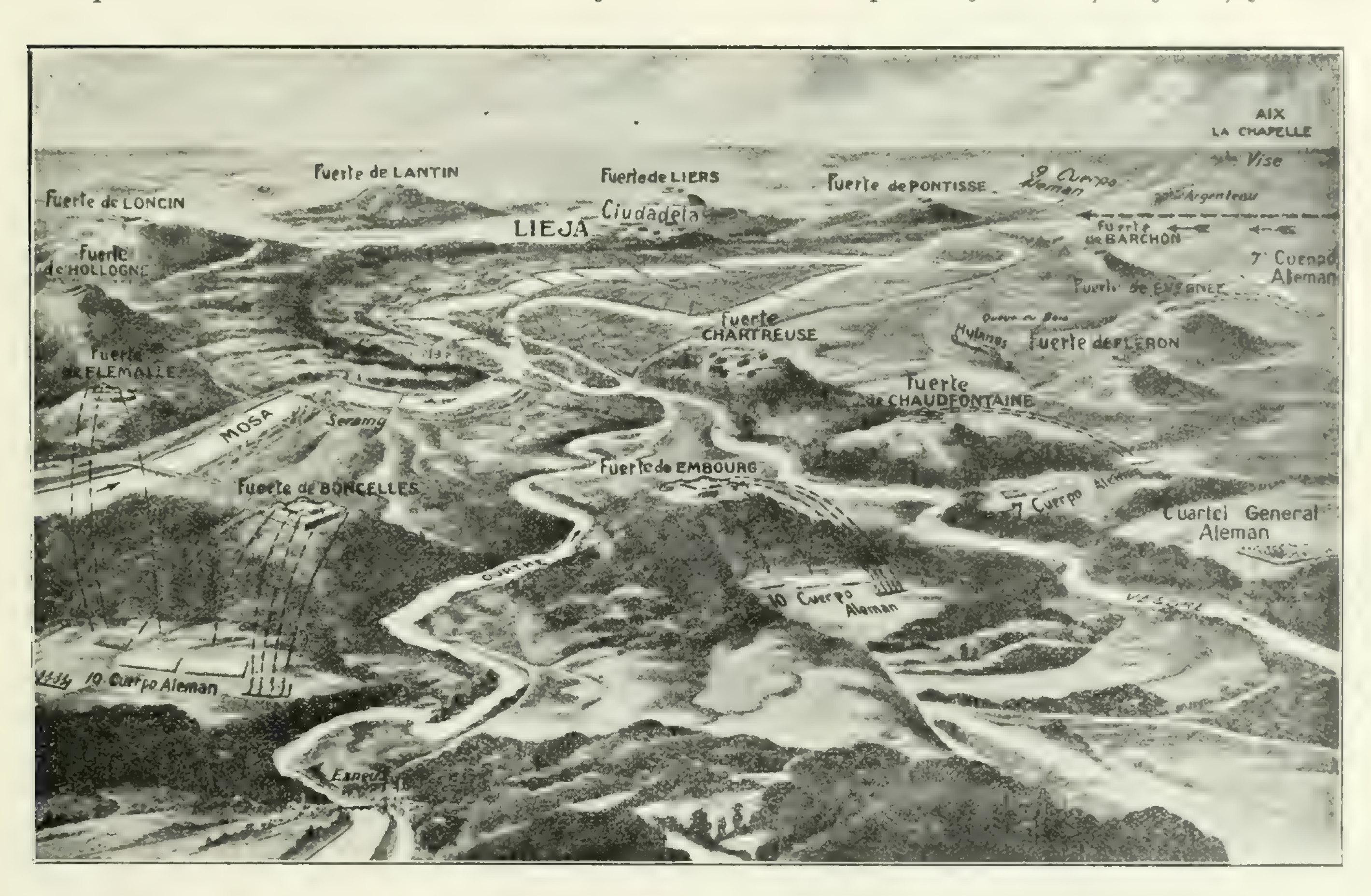
modo hábil sus fuerzas, tres veces inferiores á las del enemigo.

Las guarniciones de los fuertes de Lieja dieron pruebas de gran pericia en el manejo de la artillería. Sus tiros certeros desmontaron algunas piezas de las baterías enemigas. En cambio los alemanes demostraron una inexplicable falta de habilidad en el manejo de sus cañones. Después de bombardear durante tres horas el fortín de Evegné, la guarnición de éste no tuvo ni un herido, y la cúpula blindada quedó intacta.

El primer fracaso ante los fuertes de Lieja fué

»Naturalmente, toda la prensa extranjera que nos es hostil señalará como una derrota este incidente, que no puede tener la menor influencia sobre las grandes operaciones del porvenir. Hay que reconocer, sin embargo, que este suceso representa un acto único de heroísmo y un signo de la bravura de nuestras tropas.»

Como se ve, desde el principio de la guerra empleó Alemania el sistema de falsedades, que no ha cesado de practicar después. El ejército sitiador de Lieja, mandado por Von Emmich, que estaba compuesto de los cuerpos de ejército 7.°, 9.° y 10.°, y además



CAMPO ATRINCHERADO DE LIEJA

Este gráfico representa el ataque de la plaza de Lieja y sus doce fuertes por los cuerpos 7.°, 9.° y 10.° del ejército alemán. El ataque fué por el Norte, el Este y el Sur. De los doce fuertes, seis eran principales y los otros secundarios ó fortines. Las baterías alemanas de morteros colosales, al ser emplazadas frente á algunos de estos fuertes, los destruyeron en poco tiempo.

tan indiscutible, que Alemania tuvo que reconocerlo, aunque envolviendo su confesión con toda clase de falsedades. «El miércoles 5 de Agosto—dijeron los periódicos de Berlín—las tropas de la vanguardia alemana han penetrado por toda la extensión de la frontera belga. Un pequeño destacamento ha intentado un golpe de mano sobre Lieja, demostrando una gran audacia. Algunos escuadrones de caballería entraron en Lieja. Su propósito era apoderarse del comandante de las fuerzas belgas, que únicamente escapó apelando á la fuga. La tentativa hecha sobre la plaza, cuyas fortificaciones son modernas, no ha tenido éxito.

»Nuestras tropas están ahora delante de la plaza en contacto con el enemigo.

de una brigada del 4.° cuerpo, en total 120.000 hombres, era según el parte de los alemanes «un pequeño destacamento». El ataque de Lieja, intentado con grandes parques de artillería, era «un simple golpe de mano». La batalla en la que habían combatido tres alemanes contra un belga, representaba para Alemania «un acto único del heroísmo alemán y un signo de bravura de sus tropas».

En el resto de la guerra aun intentó la prensa alemana desfigurar la verdad con mayor descaro, para combatir de este modo el efecto de las afirmaciones humillantes de la prensa extranjera.

El único golpe de mano con sorpresa que intentaron los alemanes, fué la ocupación de Visé al iniciar

las hostilidades. Ciento cincuenta automóviles procedentes de Aix-la-Chapelle, llevando cada uno 10 hombres, entraron de pronto en la citada población. Pero antes que ellos había llegado el regimiento 12.° de infantería belga, tomando posiciones en las afueras del pueblo, á lo largo del Mosa. Nuevos refuerzos alemanes vinieron á unirse á la avanzada de los automóviles, atacando todos en masas compactas, sostenidos por los cañones de tiro rápido. El fuego duró varias horas. Un batallón de zapadores alemanes construyó un puente de barcas para pasar el Mosa. La guarnición del fuerte de Barchon les dejó avanzar tranquilamente en su obra, y cuando el puente estaba casi terminado lo destruyó con sus obuses certeros. Por tres veces se repitió esta operación, con igual fracaso para los invasores.

En el combate de Visé los alemanes tuvieron 80 muertos y los belgas 12 bajas entre muertos y heridos. El regimiento 12.° hubo de replegarse al fin para no quedar envuelto por las fuerzas numerosísimas que afluían incesantemente por la parte de Aix-la-Chapelle. Cuando este regimiento entró en Lieja, la población lo saludó con frenéticas ovaciones.

Un sargento de dicho cuerpo se distinguió por su valor y su serenidad en el combate de Visé. Saliendo de las filas, avanzó á cuerpo descubierto, bajo una lluvia de balas, y arrodillándose cerca del enemigo, fué disparando contra un grupo de oficiales alemanes del Estado Mayor. Sólo cuando vió que había derribado á tres de éstos fué retirándose el sargento entre las aclamaciones y aplausos de sus compañeros.



UNA JOVEN DE LIEJA DANDO DE BEBER Á DOS CICLISTAS BELGAS

Ya hemos dicho cómo los alemanes, al entrar en Visé, se vengaron de las pérdidas que les había hecho sufrir el regimiento belga, martirizando y fusilando al pacífico vecindario.

▫

Los corresponsales de los grandes diarios ingleses, que acuden con prontitud á todo país donde empieza á ocurrir algo importante, llegaron á Lieja á las pocas horas de haberse roto las hostilidades. Un redactor del ***Daily Mail,*** Mr. Jeffries, describió el aspecto de Lieja mientras se desarrollaba la batalla en las afueras de la ciudad.

«El vecindario está en calma. Los grupos entonan en las calles canciones patrióticas. El primer prisionero de guerra es el teniente Von Forstner, del regimiento de húsares de Reiken, herido en un brazo. (Este Von Forstner no era el teniente del mismo nombre que se hizo célebre con motivo de los incidentes de Saverne, pues este último pertenecía á un regimiento de infantería.)

»En una de las escaramuzas un oficial belga tomó el fusil de uno de sus hombres, matando á dos oficiales alemanes. Un aeroplano alemán sistema Taube, volando sobre la plaza á una altura de 500 metros, ha sido derribado por las descargas de fusilería. Un Zeppelin ha sido alcanzado igualmente por el fuego de un fuerte, cayendo en la meseta de Hervé.

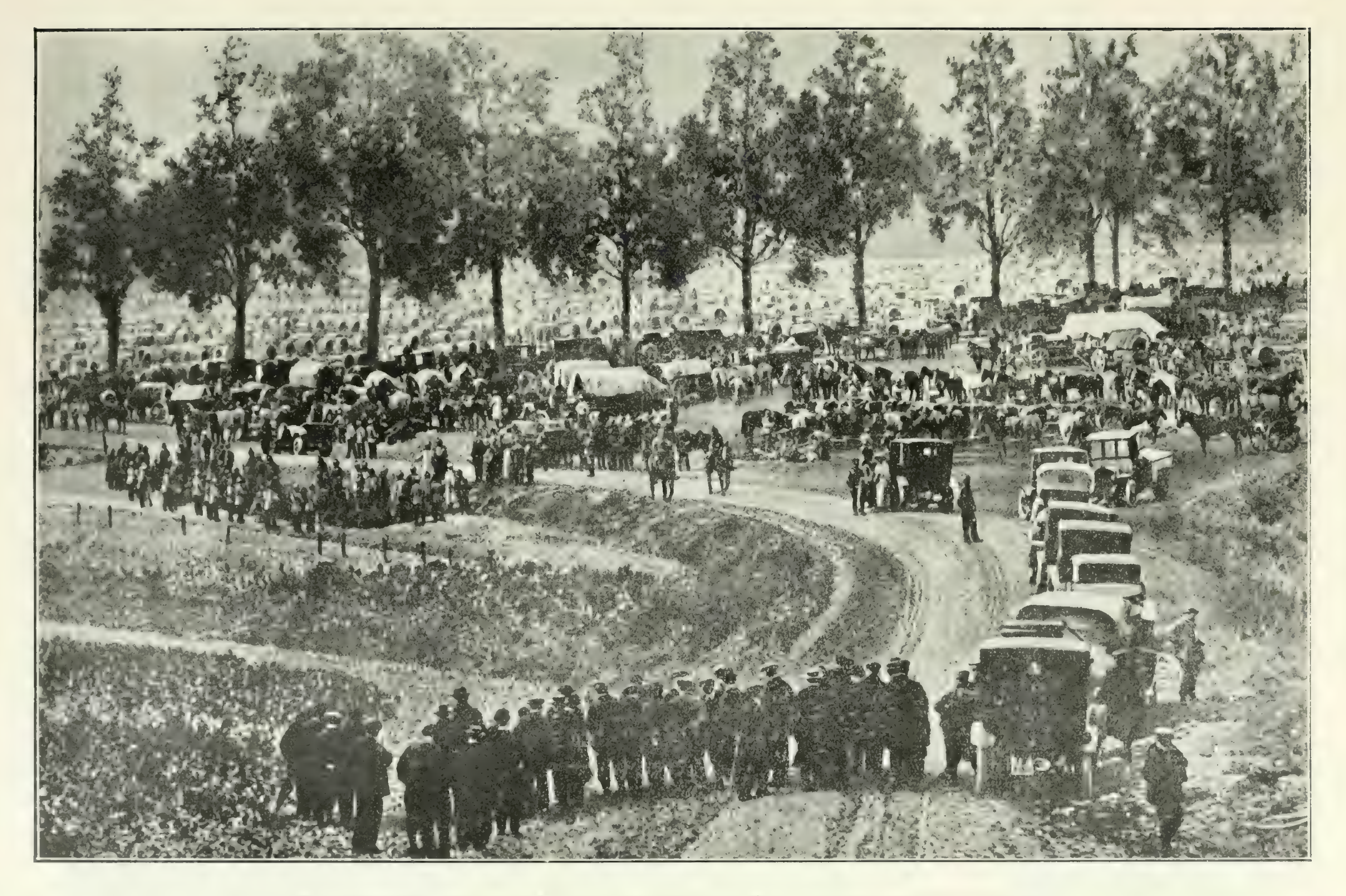
»Lieja está llena de tropas. Todos los cafés están abiertos, y la vida sigue su curso ordinario. Continuamente me preguntan cuándo llegarán los ingleses.

»Es difícil transitar por los alrededores de la ciudad. Todos los caminos tienen barricadas, formadas con carretas y otros vehículos. En los túneles los belgas han hecho descarrilar locomotoras para obstruir el paso. Cerca de Lieja ha sido destruído el pueblo de Bonzelles por medio del incendio, y sus habitantes se refugian en la plaza. Los *boy-scouts* están empleados en el servicio de transmisión de despachos, yendo audazmente de un fuerte á otro, á través muchas veces de las avanzadas enemigas. Uno de estos muchachos se ha apoderado de un soldado enemigo.»

▫

Un sargento alemán de origen alsaciano que combatió en las filas invasoras durante la jornada del 5 de Agosto, desertando después, hizo al llegar á Francia una relación interesante, que aportó datos precisos sobre el estado material y moral del soldado germánico.

Había salido de Aix-la-Chapelle en el regimiento 165, perteneciente á una brigada del 4.° cuerpo de



EL CAMPAMENTO DE AUTOMÓVILES ALEMANES EN VISÉ AL INICIARSE LAS HOSTILIDADES

(The Illustrated London News)

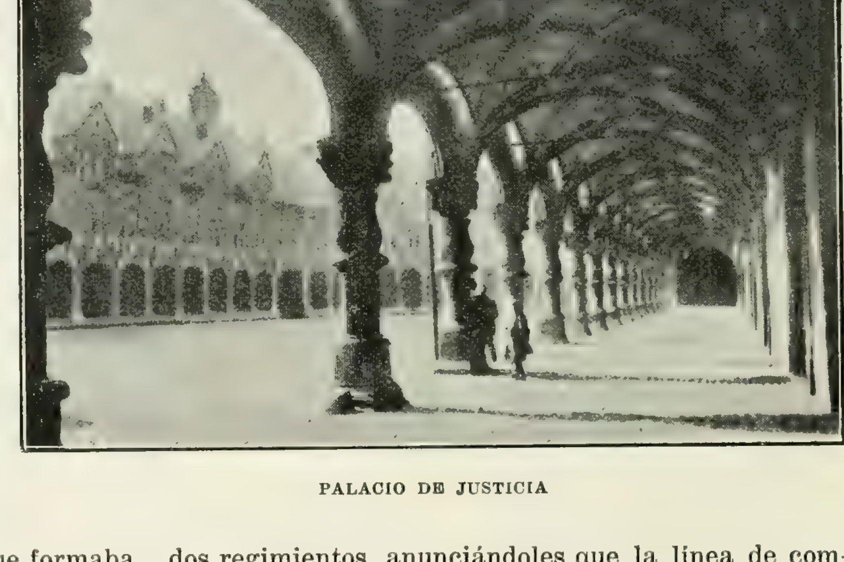


VISTAS DE LIEJA ANTES DEL BOMBARDEO

EL MUELLE SOBRE EL MOSA

ejército. Antes de pasar la frontera de Bélgica la moral de los hombres era magnífica. El coronel del regimiento, los jefes de batallón, y sobre todo los capitanes, conversaban frecuentemente con sus hombres—cosa poco común en el ejército alemán—, anunciándoles que lòs ingleses permanecerían neutrales, que los belgas les permitirían atravesar su país sin resistencia alguna, y que la situación era para Alemania todavía mejor que en 1870, pues iban á caer sobre los franceses por la espalda, anonadándolos en poco tiempo. Sólo quince días eran necesarios para llegar á París y apoderarse de él. Sin embargo, muchos reservistas no se mostraban entusiasmados por tales promesas, preguntando con extrañeza por qué razones se había emprendido esta guerra.

Al acercarse á Lieja escucharon un violento cañoneo y continuas descargas de fusil. La brigada del 4.° cuerpo, de la que formaba parte el regimiento 165, marchaba en escalón, detrás y á la izquierda del 10.° cuerpo. Los hombres empezaron á emocionarse, pues hasta pocas horas antes les habían dicho y repetido que los belgas no opondrían resistencia alguna. El 4 de Agosto por la noche el regimiento vivaqueó cerca de un castillo á un kilómetro de Massouheid. Muchos de los hombres estaban fatigados y no podían tenerse derechos. Desde su salida de Aix-la-Chapelle no habían comido otra cosa que las conservas que llevaban en la mochila, ni bebido más agua que la de su cantimplora. El 5 de Agosto por la mañana, cada soldado recibió para todo el día un pequeño pedazo de salchichón. Durante la mañana el regimiento permaneció inmóvil cerca del castillo, con otro regimiento del 10.° cuerpo. Los dos constituían una reserva. Por la tarde el general Von Emmich, que se había establecido cerca de Saint-Hadelin, hizo llamar á los jefes y capitanes de los dos regimientos, anunciándoles que la línea de combate había sufrido fuertes pérdidas y que la brigada debía avanzar, como refuerzo de dicha línea.



PALACIO DE JUSTICIA

El 165 empezó su movimiento con dirección al fuerte de Chaudfontaine, pero al poco tiempo vió llegar sobre él á una oleada de fugitivos. Eran los tiradores de la línea de fuego que acababan de recibir de los belgas un contraataque y huían en el mayor desorden.

Un general alemán llegó entonces al galope y ordenó al 165: «¡Atrás! ¡atrás!» El regimiento se retiró en buen orden hasta Goffontaine, á unos 12 kilómetros á retaguardia, donde hizo alto para pasar la noche. Las cocinas de campaña llegaron al fin y distribuyeron una comida caliente; la primera después de tres días, pues hasta entonces los hombres sólo se habían alimentado con embutidos y con-



HOTEL DE VILLE

servas. Todo el regimiento se mostró esta noche completamente desmoralizado. Habían visto á sus camaradas en pavorosa fuga, y además estaban extenuados por el cansancio y el hambre. Las malas noticias afluían de todas partes. Las declaraciones de algunos prisioneros belgas y los periódicos encontrados en granjas y aldeas les hicieron saber que Bélgica había declarado la guerra á Alemania y estaba decidida á defenderse enérgicamente; que Inglaterra se colocaba al lado de Francia: en una palabra, todo lo contrario de lo que les habían contado hasta entonces sus oficiales.



LA IGLESIA DE SAN JACOBO

El 6 de Agosto el sargento fué enviado con algunos hombres á patrullar por los bosques vecinos, y en la noche repitió este servicio. Cerca del fuerte de Fléron tuvo que huir de dos destacamentos belgas, y poco después recibió la carga de un grupo de lanceros enemigos. Sus hombres se dispersaron, y él, para no caer bajo las lanzas, tuvo que subirse á un manzano, donde se mantuvo oculto varias horas. Después pudo llegar á una aldea y cambió su uniforme por un traje de paisano, desertando del ejército alemán para refugiarse en Lieja, de donde pasó á Bruselas y luego á París, enganchándose en el cuerpo de voluntarios alsacianos-loreneses. Este sub-oficial, de buena familia, inteligente y algo instruído, resumió sus impresiones del siguiente modo:



PARQUE DE AVROY

1.° La infantería alemana teme los combates cuerpo á cuerpo y el empleo de la bayoneta. Tira con serenidad contra el enemigo que avanza, pero cuando se da cuenta de que éste sigue marchando á pesar de las pérdidas y que el choque es inevitable, retrocede instintivamente.

2.° Los oficiales de infantería se quejan con violencia de que la artillería no apoya suficientemente sus ataques.

3.° Los hombres del ejército activo permanecen silenciosos y disciplinados. Son máquinas de obediencia que pasan por todo. Los reservistas, más listos y más independientes, comentan los sucesos y se quejan al ver que todas las afirmaciones de sus oficiales son falsas, y que media Europa se coliga contra Alemania. Los hombres, fatigados y hambrientos, experimentaron una ruda sorpresa ante la actitud belicosa de los belgas, que les habían anunciado como muy distinta.

Esta opinión de un sub-oficial ilustrado, pero que había nacido en Alsacia, contrasta con el modo de pensar de otros combatientes del ejército alemán nacidos en Prusia.

Todos los soldados alemanes han sido proveídos de un cuaderno, para que consignen en él sus impresiones. Estos documentos sirven después al Estado Mayor de Berlín para hacer un estudio moral de la marcha de la guerra y de la



ESTACIÓN FERROVIARIA DE PALACIO



UNA ESCENA DE LA CONCENTRACIÓN BELGA

mentalidad de su ejército. Un número enorme de tales cuadernos, pertenecientes á muertos, heridos ó prisioneros, ha caído en manos de los aliados. La gran mayoría de estos diarios de campaña carecen de interés. Sus autores son soldados de pocas letras, que se limitan á consignar los nombres de los lugares donde han dormido, ó alemanes glotones que únicamente mencionan hazañas de orden culinario. Sólo algunos de estos cuadernos resultan interesantes por las cosas absurdas que dicen sus autores ó por las confesiones que se les escapan acerca de las atrocidades cometidas en los países invadidos. Más adelante tendremos ocasión de mencionar repetidas veces estas memorias de soldados alemanes.

Un diario de guerra perteneciente á un prusiano llamado Tofall, demuestra el estado de espíritu del ejército invasor de Bélgica y la serenidad con que perpetró sus monstruosas ferocidades, creyendo hacer una obra meritoria. Hay que consignar que este Tofall, reservista alemán, era maestro de escuela en su país y dirigía un aula pocos días antes de tomar el fusil.

Tofall dice así al escribir sus impresiones poco después de entrar en Bélgica: «En la mayor parte de las aldeas los habitantes han huído, abandonando sus casas y sus animales. Todo el vino que hemos encontrado lo hemos bebido concienzudamente. Los cigarros, etc., etc., han sufrido una suerte análoga. En cuanto á las gallinas, han seguido su destino, entrando en nuestras marmitas. Ayer he comido una sopa como no la comeré jamás. Había sido hecha con una treintena de gallinas, patos y gansos.»

Esta es una parte de las impresiones del maestro Tofall, perteneciente á una nación cuyo personal de enseñanza es presentado como modelo á todos los pueblos del mundo. Después cuenta cómo los alemanes reunieron en Visé á todos los belgas que pudieron encontrar, fusilando á uno por cada tres y prendiendo fuego á las casas. «Esto—dice Tofall—ha sido porque la población había tirado sobre el general Von Schmettau, nuestro comandante de brigada. Desde el instante que está uno expuesto á perder la vida de un modo tan bárbaro, *más vale no dejar piedra sobre piedra en tales pueblos y matar indistintamente á los inocentes y á los culpables.*»

Así habla un maestro de escuela alemán. Después de tales declaraciones nada tiene de extraordinario que sus antiguos discípulos, muchos de los cuales son rematadamente ignorantes, roben, quemen y maten al pasar por los pueblos que no son alemanes.

Todas las atrocidades cometidas por los invasores se basaron en que *les habían dicho* que los habitantes del país acababan de atentar contra uno de los suyos. Las más de las veces, las averiguaciones de un jefe alemán, culto é imparcial—pues en todas partes hay hombres buenos—, ó una demostración clara é indiscutible de las autoridades locales, probó que dichos atentados eran imaginarios ó habían sido producidos por los mismos soldados invasores en continuo estado de embriaguez. Pero el mal ya estaba hecho y nadie podía remediar los incendios y los asesinatos.



EL HEROICO BOY-SCOUT BELGA
JOSEPH LEYSEN
Pasó diez veces á través de las líneas alemanas. Hizo detener á once espías. Ha sido condecorado por el rey Leopoldo

□

Los sitiadores de Lieja, descorazonados momentáneamente por la resistencia

victoriosa que les oponía la plaza, volvieron á atacarla con nuevos refuerzos. En la mañana del 6 de Agosto reanudaron su ofensiva, extendiéndola á la orilla izquierda del Mosa. En todo el día anterior el combate sólo había sido en la orilla derecha.

Los invasores que habían pasado el río intentaron abrirse paso entre dos fuertes de la ribera izquierda. Una de sus columnas quiso apoderarse por asalto del fuerte de Barchon, pero se vió detenida por el fuego de las ametralladoras y por las cargas á la bayoneta de los belgas. Poco antes de mediodía, la ofensiva quedó paralizada en este punto.

belgas de sus uniformes, y revestidos de ellos entraron en Lieja como si perteneciesen á la guarnición. Su propósito era asesinar al general Leman en sus oficinas del Estado Mayor.

Un grupo de oficiales alemanes, gracias á este disfraz, llegó á penetrar en el edificio que ocupaba Leman. El general salvó su vida retirándose á una casa inmediata con sólo unos segundos de antelación. Dentro de las oficinas se desarrolló un combate cuerpo á cuerpo entre los alemanes disfrazados y los oficiales belgas del Estado Mayor. Un ayudante de Leman fué muerto en el primer momento del choque, pero todos



PALACIO DEL GOBIERNO DE LIEJA, DONDE UNOS ALEMANES DISFRAZADOS INTENTARON ASESINAR AL GENERAL LEMAN

Á la misma hora, otra columna alemana intentó asaltar uno de los fuertes del Sudeste, pero fué rechazada, y para no perder terreno se refugió en un castillo cercano. Los artilleros belgas la persiguieron con sus disparos en el interior de su refugio, y pronto tuvieron que abandonar esta posición los alemanes, replegándose de nuevo bajo una lluvia de obuses.

Como hasta entonces los ataques francos no conseguían ningún éxito, los sitiadores apelaron de nuevo á la misma traición que habían intentado la noche antes. Unos cuantos automóviles blindados y un destacamento de caballería, pasando bajo el fuego de los fuertes, entraron en la ciudad. Los alemanes que realizaban este intento eran antiguos vecinos de Lieja que habían estudiado en su Escuela de ingenieros industriales, ejerciendo al mismo tiempo el espionaje. En la noche anterior habían despojado á los muertos

los alemanes sufrieron la misma suerte ó quedaron prisioneros.

Á la caída de la tarde una fuerte columna de sitiadores consiguió franquear la línea de fuertes y ocupar la ciudad. Pero esta primera ocupación duró muy poco, pues acudieron refuerzos y los alemanes tuvieron que retroceder en la mañana siguiente.

El comunicado oficial francés comentó estos sucesos de la resistencia belga del siguiente modo:

«Tres hechos dominan la jornada del viernes.

»Los fuertes de Lieja se sostienen como siempre.

»Los alemanes que pasando entre los fuertes habían invadido el jueves la ciudad, la han evacuado el viernes.

»La división belga que llegó á Lieja para socorrerla, no ha tenido necesidad de intervenir.

»¿Qué conclusiones pueden deducirse de estos hechos? La principal es que la resistencia belga ha es-

PROCLAMATION

du Roi à l'Armée et à la Nation

SOLDATS,

Sans la moindre provocation de notre part, un voisin orgueilleux de sa force a déchiré les traités qui portaient sa signature, et violé le territoire de nos pères.

Parce que nous avons été dignes de nous même, parce que nous avons refusé de forfaire à l'honneur on nous attaque.

Mais le monde entier est émerveillé de notre attitude loyale: Que son respect et son estime nous réconfortent.

Gloire à vous, armée et peuple belges!

Souvenez-vous, devant l'ennemi, que vous combattez pour la liberte et pour vos foyers menacés.

Souvenez-vous, Flamands, de la bataille des "Eperons d'Or", et vous, Wallons de Liége, qui êtes en ce moment à l'honneur, des 600 Franchimontois

SOLDATS!

Je pars de Bruxelles pour me mettre à votre tête.

de Bruxelles le 5 Aout 1914.

ALBERT

UNA PÁGINA HISTÓRICA

La proclama del rey Alberto al Ejército y á la Nación be'ga

torbado, más profundamente aún que creíamos, todo el plan alemán. La evacuación de la ciudad por los alemanes no tiene desde el punto de vista militar una significación mayor que la que tuvo la ocupación, pues siempre que los fuertes se sostengan, los caminos y los ferrocarriles continuarán dominados por su artillería. Pero de todos modos la evacuación de la ciudad por los alemanes representa indiscutiblemente para ellos un gran fracaso moral que al mismo tiempo consagra, para el pueblo belga, el entusiasmo y el éxito de su resistencia. La operación de los alemanes había sido basada sobre la hipótesis de un éxito rápido y por lo mismo organizada con escasos aprovisionamientos. La heroica resistencia de los belgas ha echado abajo esta hipotésis y el plan alemán sufre sus consecuencias. Por lo pronto la plaza de Lieja lleva retardado hasta el presente en setenta y nueve horas el avance alemán. Es un resultado magnífico.»

El gobierno francés quiso mostrar su reconocimiento por el admirable esfuerzo que realizaba Lieja, retrasando y desconcertando la invasión alemana. El presidente de la República firmó un decreto confiriendo á la heroica ciudad la cruz de la Legión de Honor.

Por su parte el rey Alberto dirigió al ejército belga la siguiente proclama para honrar á los defensores de Lieja:

«Nuestros camaradas de la 3.ª división del ejército y de la 15 brigada mixta, van á regresar á nuestras líneas, después de haber defendido como héroes la posición fortificada de Lieja.

»Atacados por fuerzas cuatro veces superiores, han repelido todos los asaltos. Ningún fuerte nos ha sido arrebatado. La plaza de Lieja sigue en nuestro poder. Varios estandartes y gran cantidad de prisioneros son los trofeos de esta jornada.

»En nombre de la nación yo os saludo, oficiales y soldados de la 3.ª división y de la 15 brigada mixta. Todos habéis cumplido vuestro deber. Todos habéis honrado nuestras armas, demostrando al enemigo lo que cuesta atacar injustamente á un pueblo pacífico, pero que encuentra en la justicia de su causa una fuerza invencible. La patria debe sentirse orgullosa de vosotros.

»Soldados del ejército belga: no olvidéis que sois la vanguardia de ejércitos inmensos en esta lucha gigantesca, y que sólo esperamos la llegada de nuestros hermanos de armas para marchar á la victoria. El mundo entero tiene los ojos fijos en vosotros. Demostradle con el vigor de vuestros golpes que estáis resueltos á vivir libres é independientes.

»Francia, ese noble país que aparece en la Histo-



EL PUENTE DE HUY VOLADO POR LOS BELGAS PARA CERRAR Á LOS ALEMANES EL CAMINO DE HIERRO



ARTILLERÍA BELGA DISPONIÉNDOSE Á MARCHAR Á LA LÍNEA DE FUEGO

ria asociado á las causas justas y generosas, vuela en socorro nuestro, y sus ejércitos entran ya en nuestro territorio. En vuestro nombre les dirijo un fraternal saludo.

»ALBERTO»

▫

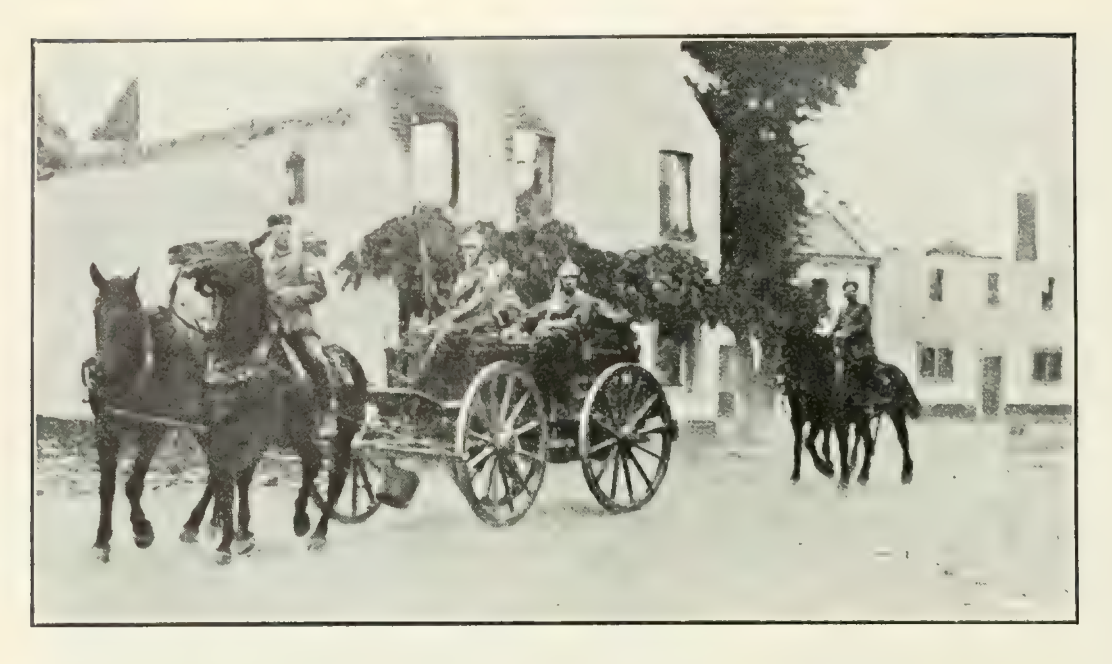
La mejor demostración del triunfo de los defensores de Lieja la dieron los enemigos. Tres días habían transcurrido apenas desde el principio de las hostilidades, y Von Emmich se vió precisado á solicitar un armisticio del general Leman. Esta proposición, viniendo de parte de un invasor orgulloso que pretendía dominar á media Europa y dirigida á un pueblo pequeño del que se reían algunas horas antes los militares prusianos, representaba un gran triunfo moral.

SOLDADOS BELGAS LEYENDO EN LOS PERIÓDICOS LAS NOTICIAS DE LA INVASIÓN

El armisticio lo pedían los alemanes con el pretexto de enterrar á sus muertos y recoger la enorme cantidad de heridos esparcida en los campos. En realidad lo que deseaba Von Emmich, después de su fracaso, era ganar tiempo para recibir de Alemania nuevos refuerzos y la artillería gruesa que debía destruir los fuertes. El general Leman vió en este armisticio los preparativos de una nueva traición y se negó á aceptarlo.

Los alemanes por el momento no se sentían con fuerzas para atacar á la ciudad, y se limitaron á bombardearla de lejos.

Escaseaban en sus regimientos las municiones y los víveres. Von Emmich había emprendido la marcha con poca impedimenta, para poder avanzar con mayor rapidez. Su marcha era un *raid* de velocidad para sorprender la frontera Norte de Francia á través de Bélgica. En sus cálculos había fijado sesenta horas nada más para llegar de Alemania á la línea



LOS ALEMANES SALIENDO DE VISÉ PARA AVANZAR CONTRA LIEJA

fronteriza franco-belga. La resistencia de Lieja y de todo el país destruyó su plan. Era necesario sostener una verdadera guerra en Bélgica para llegar hasta Francia. Las pérdidas de este choque inesperado resultaban enormes. Ocho mil heridos alemanes habían sido enviados al territorio holandés. Añadiendo á esta cifra los muertos y los prisioneros, Von Emmich casi había perdido el efectivo de un cuerpo de ejército. De aquí la necesidad de un armisticio para aguardar nuevas fuerzas.

La guarnición móvil de Lieja, fatigada por tres días y una noche de rudo combate contra tres cuerpos de ejército, se replegó en el interior de la ciudad para reposarse. Los cañones de los fuertes bastaban para mantener á los enemigos á respetable distancia. Éstos continuaron el bombardeo. Sus proyectiles cargados de lyditta destruyeron algunos edificios de Lieja y mataron ó hirieron á algunos civiles, pero sin causar graves daños en los fuertes.

El bombardeo tenía por objeto aterrar á la población, pero los liejeses no perdieron su patriótica serenidad. De hora en hora llegaban parlamentarios alemanes para proponer la rendición de la plaza con toda clase de honores; pero el general Leman se negaba á recibirlos, y las autoridades civiles, únicas que los escuchaban, los hacían partir desdeñosamente sin respuesta alguna.

Transcurrió todo el día 8 sin que los tres cuerpos de ejército alemanes abandonasen sus posiciones. La división belga de socorro enviada por el rey se retiró para incorporarse al grueso del ejército. Finalizados los combates en campo libre, su presencia resultaba innecesaria. Leman, con su guarnición, ofrecía sostener los fuertes, dando poca importancia á que los alemanes penetrasen en la ciudad. Además, la caída de Lieja en poder de los enemigos era inevitable, y el propósito de su defensor consistía únicamente en retardar este final todo lo posible. Por esto no quiso conservar en Lieja más que las fuerzas necesarias para la defensa, economizando tropas que podían prestar otros servicios incorporadas al pequeño ejército belga.

El 9 de Agosto los alemanes atacaron otra vez con refuerzos considerables, redoblando el bombardeo. Hasta entonces su artillería había sido de campaña; cañones largos de 13 y 15 centímetros y obuseros de á 15; pero poco después fueron recibiendo de Alemania artillería más gruesa, empleándola contra los fuertes y contra la misma ciudad. Una comisión de vecinos de Lieja, compuesta de conocidos personajes, algunos de ellos eclesiásticos, se presentó al general Von Emmich para pedirle que dirigiese sus hostilidades contra los fuertes, absteniéndose de bombardear la ciudad, que estaba abierta y sin defensa. Von Emmich retuvo en clase de rehenes á diez y siete de estos notables.

Toda la guarnición belga estaba en los fuertes; ni un solo soldado quedaba en la ciudad, y los alemanes pudieron entrar en Lieja sin obstáculo alguno. La única altura que lograron ocupar fué la vieja Ciudadela, en las afueras de Lieja, cuyos baluartes hacía muchos años que estaban declarados inútiles.

Al entrar los alemanes en la población tomaron como rehenes al obispo y el burgomaestre, y los amenazaron con fusilarles si el vecindario intentaba la



RUINAS DE UNA ALDEA BELGA INCENDIADA POR LOS ALEMANES

menor agresión contra los invasores. Durante varios días se limitaron á cañonear los fuertes sin grandes resultados. Esta situación estacionaria obedeció, como ya dijimos, á la espera de la artillería gruesa, con la que lograrían destruir las defensas belgas.

El ejército invasor no permaneció inactivo mientras tanto. Columnas sueltas fueron enviadas á correr la tierra belga á un lado y á otro del Mosa, cometiendo numerosas atrocidades para aterrar á los habitantes é impedir toda resistencia. En Lisneau una patrulla de húsares alemanes fué sorprendida por otra de soldados belgas, que les mató un oficial y capturó á un jinete. Después de esto los belgas se retiraron á Tirlemont. Horas después llegó al pueblo un destacamento de 200 hulanos con tres ametralladoras, y su jefe acusó á los habitantes de Lisneau de ser los autores de la muerte del oficial. Dos habitantes fueron pasados por las armas. Los hulanos asaltaron una casa, y luego de degollar á sus habitantes, que eran un hombre y una mujer, incendiaron el edificio, arrojando los cadáveres en las llamas en presencia de los hijos de las víctimas. Después incendiaron diez granjas, mataron á dos personas más y saquearon varias casas, obligando á la población masculina á prestar juramento sobre el cadáver del oficial alemán. Antes de esto los hicieron arrodillar á todos á bayonetazos. Un habitante que intentó huir fué herido por una descarga y murió.



DESPUÉS DE LA INVASIÓN DE LIEJA
Oficiales alemanes almorzando en una plaza de Lieja y haciéndose servir vinos y licores de que se apoderaron en las bodegas

Los hulanos hacían pasar á todo el vecindario, hombres, mujeres y niños ante la boca de las ametralladoras, diciéndoles que de un momento á otro iban á elevarse por el espacio hechos pedazos. Después les apuntaban con los revólvers, y tiraban de modo que las balas rozasen sus orejas, llevándose una parte. Todos estos actos fueron cometidos en presencia del jefe de la columna.

Al retirarse los hulanos ataron una docena de vecinos á sus ametralladoras, entre ellos el guarda campestre. Algunos que no podían sostenerse fueron atados por los pies, chocando su cabeza con las piedras del camino. En una aldea cercana tres hombres cayeron fusilados. Los cautivos de Lisneau fueron encontrados al día siguiente en los campos. Todos habían sucumbido á los malos tratamientos.

En Warsage los alemanes reunieron en la plaza principal á los habitantes de la localidad, escogiendo entre ellos diez y siete, caprichosamente, para fusilarlos acto seguido.

En Berneau una treintena de infelices campesinos fueron pasados por las armas, sin motivo alguno, sin que los invasores pudiesen alegar una causa verdadera ó fingida, simplemente por diversión ó por el deseo de aterrar al pueblo belga. El cura del pueblo fué pasado por las armas igualmente, en compañía del grupo de feligreses.

La cólera alemana se mostraba cada vez más feroz ante la resistencia de los belgas. Los invasores deseaban hacer sufrir al habitante del país el despecho que sentían por su propio error. Habían reído hasta poco antes de la posibilidad de una resistencia de los belgas. El ejército de este país era en todas ocasiones el objeto de sus burlas. Creyendo por soberbia que en el mundo no existe otro patriotismo que el alemán, ignoraban el pasado de este pequeño pueblo, que ha sentido como muy pocos el espíritu de la independencia, y jamás se ha dejado dominar por opresión alguna.

▫

La historia de Bélgica, desde la Edad Media, no es más que un continuo esfuerzo por la libertad. Sus municipios se emanciparon de la tutela monárquica cuando la mayor parte de Europa vivía bajo el despotismo. Los soberanos del país, para entrar en las altivas ciudades belgas, tenían que jurar antes, fuera de los muros, el respeto más absoluto á las leyes establecidas y los privilegios de la población.

El emperador Maximiliano, abuelo de Carlos V, quiso reducir á los municipios belgas que vivían como

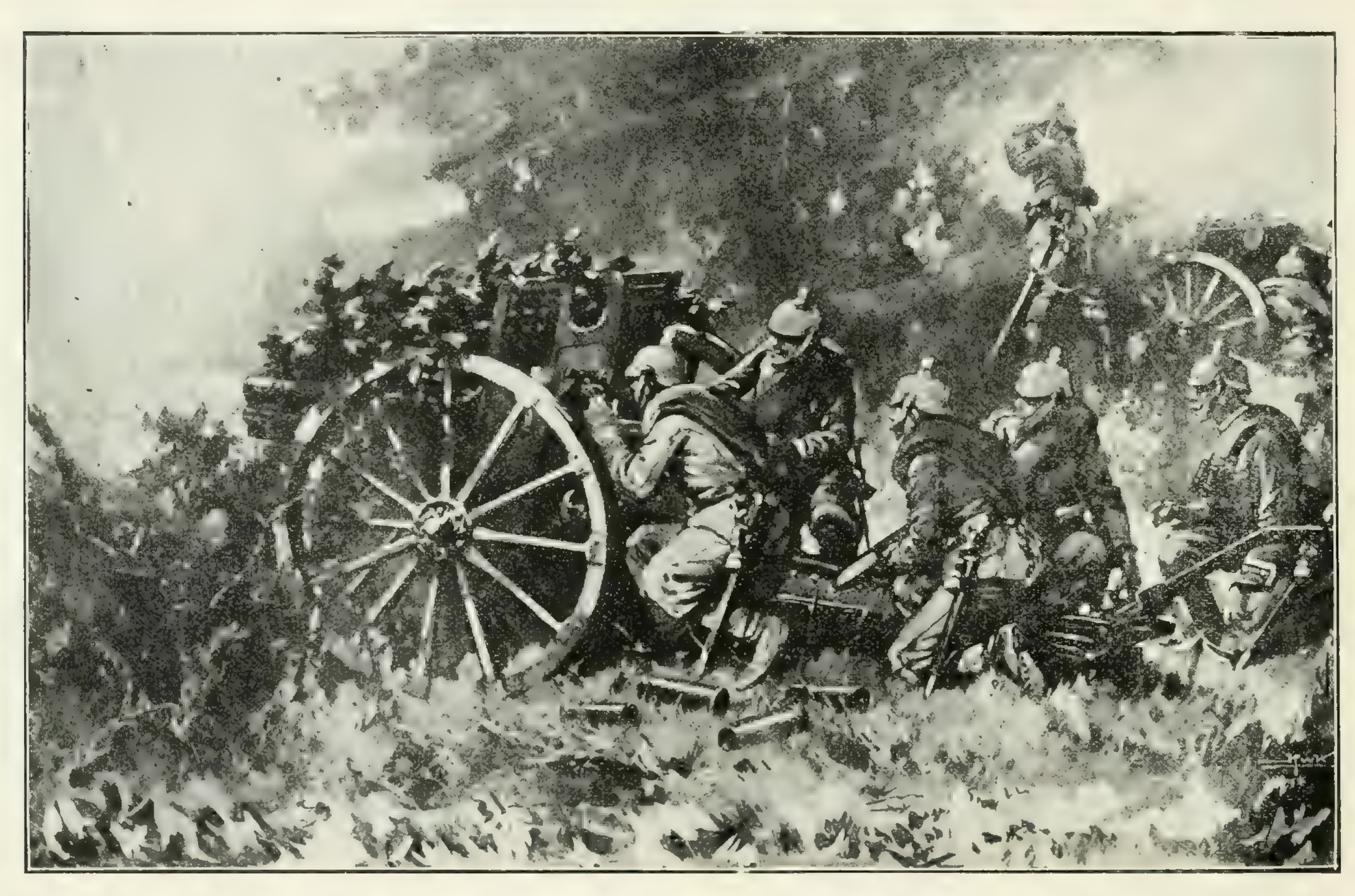
pequeñas repúblicas, y empleó un sistema brutal y feroz semejante al de los alemanes en la presente guerra. Los ciudadanos de Brujas retuvieron preso á Maximiliano, y la libertad belga quedó triunfante. El país resistió al poderoso Carlos V, al cruel Felipe II, y en vano el duque de Alba quiso aterrarlo con su famoso «Tribunal de la Sangre», que hizo caer miles de cabezas.

Sus ejércitos comunales, heroicas milicias de artesanos, consiguieron en todos los tiempos ruidosas victorias. Los señores feudales, cubiertos de hierro, se burlaron muchas veces de estos burgueses, que pretendían ser soldados, como los alemanes del presente se han reído del ejército belga. Pero en los campos de batalla los desdeñosos hombres de armas cayeron bajo los golpes de los artesanos menospreciados. En 1302 los ciudadanos de Flandes, en número de 20.000, batieron á 50.000 soldados aguerridos y profesionales en la batalla de Courtrai. En 1789 los belgas derrotaron á los austriacos de José II. En 1830 vencieron á los dominadores holandeses, expulsándolos para siempre del territorio.

Después de su independencia este pueblo fué pacífico como ninguno, dedicándose á las industrias metalúrgicas y al cultivo de las ciencias y las artes; pero su antigua energía siguió latiendo bajo un exterior plácido, bonachón y calmoso. Esta energía la dedicaron los belgas á la civilización, á las audacias intelectuales, al ejercicio de las fuerzas creadoras, al genio industrial. Con siete millones de hombres han producido hasta el principio de la guerra una exportación por valor de 10.000 millones todos los años. Gran parte de los ferrocarriles del mundo son de creación belga. Sus ingenieros se han esparcido por el globo como apóstoles del progreso mecánico. Una juventud de todas las naciones ha estudiado en sus escuelas especiales de ingeniería y de agricultura.

Este pueblo ha servido á las artes considerablemente. Tuvo grandes pintores como Van Eyck cuando la mayor parte de los pueblos ignoraban lo que era la pintura. Los belgas fueron músicos cuando el resto del mundo no sabía lo que era la música. Ellos cantaron antes que los demás ajustándose á reglas. En el siglo XI tuvo compositores que son los primeros que figuran en la historia de la música. En el siglo XVI su maestro Rolando de Lassus fué á enseñar la música en Francia, en Italia... y en Alemania, á pesar de que este último país, siempre hábil en atribuirse glorias ajenas, pretende ser la cuna de dicho arte. El más grande de los músicos, Beethoven, fué belga por su origen. Nació en Alemania, pero era hijo de una familia de músicos de Bélgica que se había trasladado al país germánico para prestar sus servicios en la capilla de uno de sus pequeños príncipes.

Todas las artes se desarrollaron en Flandes bajo las formas más graciosas y dulces, difundiéndose por



UNA PIEZA ALEMANA OCULTA CON RAMAJE DISPARANDO CONTRA LOS FUERTES DE LIEJA

(Dibujo de *The Illustrated War News*)





Dibujo de H. W. Koekkoek, de «The Illustrated London News»

Una brigada alemana diezmada en Cambrai p



la artillería francesa y la caballería inglesa



el resto de Europa. Sus universidades fueron célebres. Sus editores é impresores esparcieron el pensamiento universalmente cuando estaba esclavizado en las naciones más grandes de Europa. Los belgas produjeron cuadros célebres, herrajes maravillosos, esmaltes incomparables, y hasta sus mujeres han contribuído á este esplendor artistico, convirtiendo el sutil encaje en una maravilla de gracia y de elegancia. Los viejos maestros de Brujas por una parte, y por otra el esplendoroso Rubens, influyeron en la pintura de todos los pueblos. Su arquitectura es famosa, y sólo las ciudades belgas—exceptuando las de España—conservan un ambiente venerable é imponente de museo.

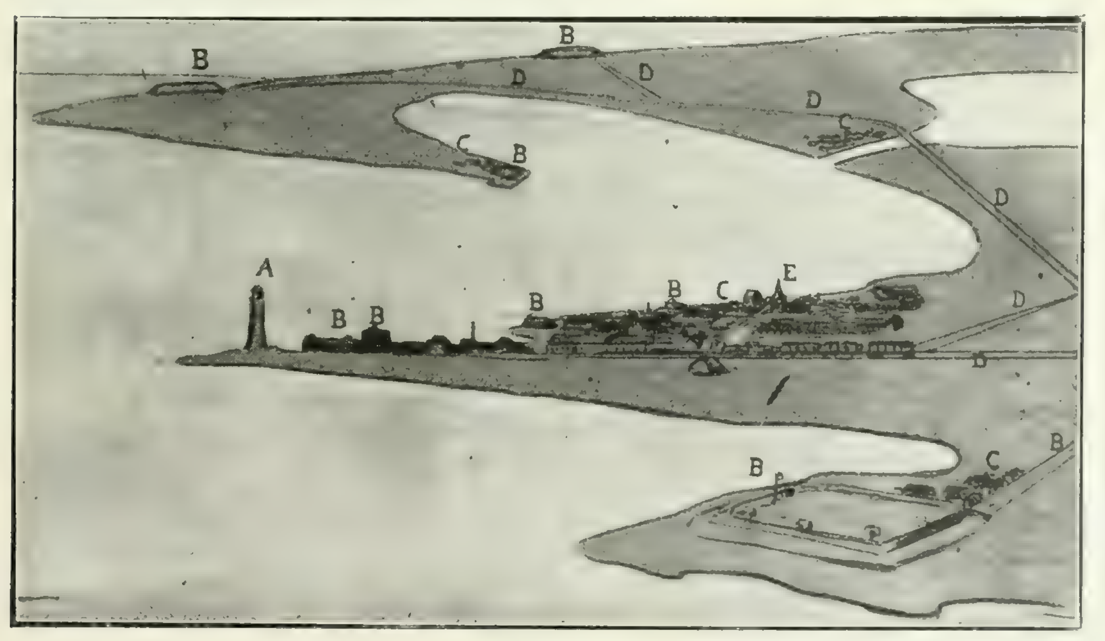


LA OBRA DEL ESPÍA

Un «inocente» paisaje dibujado por un espía alemán, que puede servir de plano en caso de guerra

Bélgica ha dado al mundo, sin interrupción, obras sublimes de arte y productos perfectos de la industria, conservando al mismo tiempo una gran entereza de carácter para defender su libertad y su independencia. Como dice un autor, «el desenvolvimiento intelectual, la riqueza y el arte, que hacen decaer á otros pueblos, han conservado sin embargo á los belgas en toda su integridad. Su genio particular tiene una robustez que permanece intacta, así como una poderosa alegría». Se han batido á través de los siglos, sin perder su buen humor pueril y el sensual regocijo que se manifiesta en sus ruidosos banquetes ó en las kermeses inmortalizadas por sus pintores.

Conociendo su pasado se comprende mejor la heroica audacia de este pueblo que, teniendo mucho que guardar, mucho que perder, y pudiendo conservarse al margen del peligro con sólo haber tolerado las exigencias de Alemania, prefirió arrostrar todas las cóleras, desafiar todas las venganzas, sufrir todas las atrocidades, antes que renunciar á una vida de noble dignidad.



TRADUCCIÓN DEL PAISAJE DIBUJADO POR EL ESPÍA

Al llegar el dibujo á la oficina central de espionaje se invierte su tonalidad, sustituyendo por claro toda la parte obscura, como ocurre en el caso presente; en otros dibujos la inversión es al contrario, reemplazando con negro la parte clara. Después, de acuerdo con los signos convenidos, se van traduciendo todas las indicaciones del espía hasta que el plano queda reconstituído completamente en esta forma: A. Faro.—B. Fuertes.—C. Casco de la ciudad.—D. Ferrocarriles.—E. Edificios oficiales.

(The Illustrated War News)

Bélgica no tuvo que luchar solamente con los alemanes uniformados y armados que penetraron por sus fronteras. Hacía varios años que el enemigo se había introducido traidoramente en su seno. Ya hablamos en otro lugar (tomo I, página 201) de los grandes trabajos realizados por el espionaje alemán en Bélgica y de lo que representaba para la seguridad de ésta el número enorme de comerciantes alemanes establecido en sus ciudades más importantes, especialmente en Amberes. Estas colonias germánicas eran á modo de vanguardias de la invasión, que preparaban traidoramente la



UNA BATERÍA ALEMANA DESTRUÍDA POR LOS FUERTES DE LIEJA

(Dibujo de H. W. Koekkoek, de *The Illustrated War News*)

muerte de la independencia belga. Las precauciones adoptadas por los alemanes residentes en Bélgica y su organización secreta son una prueba más de que Alemania tenía pensada desde muchos años antes la invasión del pequeño reino, atropellando su neutralidad.

En los primeros días de Agosto, un redactor del *New York Herald* enviado á Bélgica escribía lo siguiente: «Entre todos los hechos que se divulgan diariamente y que excitan la indignación de los sentimientos belgas, ninguno ha causado mayor estupor y tan justa cólera como el descubrimiento en diversas ciudades de verdaderos arsenales ocultos en las casas de algunos individuos de origen alemán para ayudar á una invasión largamente premeditada. Estos hallazgos son numerosos. Ayer ha sido descubierto, en la casa de un gran negociante alemán de Amberes que ha hecho su fortuna en este país, un considerable depósito de fusiles y un millar de uniformes alemanes. Bélgica se da cuenta bruscamente de que estaba manteniendo desde hace algunos años miles de enemigos que trabajaban con hipócritas máscaras en preparar su invasión y la de Francia.»



CONVOY DE FORRAJE ALEMÁN



ARTILLERÍA ALEMANA AVANZANDO CONTRA LIEJA

Estos depósitos de fusiles y uniformes procedentes de Berlín, estaban destinados á los alemanes de Bélgica para que realizasen sorpresas semejantes á las intentadas en Lieja contra el general Leman. Los emigrados germánicos se proponían aparecer de pronto en las calles de las poblaciones sitiadas, como si fuesen tropas regulares llegadas por un camino secreto, sembrando de este modo la alarma y la confusión entre los belgas para ayudar la entrada de los sitiadores. La vigilancia de la policía belga desbarató en

LA CATEDRAL DE SAN PABLO EN LIEJA — Fot. Meurisse

parte tales planes. Pero la traición de los súbditos germánicos que habian adoptado voluntariamente la ciudadanía belga, contribuyó en algunos puntos al éxito de las tropas invasoras, especialmente en el asedio de la plaza de Amberes.

□

El plan del general Von Emmich al atacar á Lieja, era romper la cadena de fuertes que dominaba á los caminos y los ferrocarriles, abriendo un amplio espacio para el avance y el avituallamiento de la enorme invasión.

Como los fuertes tenían entre ellos grandes intervalos, le bastaba apoderarse de uno de la ribera derecha y otro de la izquierda para disponer de una brecha anchísima y seguir adelante, sin importarle la resistencia de las demás fortificaciones.

Apenas recibió la artillería gruesa, Von Emmich hizo converger todos sus fuegos sobre el fuerte de Evegné, que era el más débil, y al mismo tiempo sobre otro del sector Sur. Las enormes masas de hierro aplastaron las baterías belgas. Las cúpulas de acero acabaron por crujir y por hundirse. El fuerte tuvo que rendirse y los alemanes pudieron disponer de un amplio espacio para entrar y salir en la ciudad sin miedo al fuego de las otras fortificaciones.



LA ESTATUA DE CARLOMAGNO EN LIEJA

Una operación semejante realizó la artillería alemana en la orilla opuesta, contra uno de los fuertes del Oeste, para abrir nueva brecha. Los poderosos obuseros anonadaron una de las fortalezas, y los invasores pudieron derramarse con toda tranquilidad por la llanura belga, disponiendo sin obstáculo alguno de una parte de caminos y ferrocarriles.

Los diez fuertes que se mantenían aún en poder de los belgas, no representaban ya un obstáculo insuperable. Lo importante para los invasores era poder avanzar sin pérdida de tiempo con dirección á Bruselas, efectuando el proyectado movimiento envolvente de la



LIEJA DESPUÉS DEL BOMBARDEO

UNA CASA INCENDIADA (Fot. Rol)

frontera francesa, por Maubeuge y Lille. Mientras el grueso del ejército alemán seguía adelante, las tropas de asedio que permanecían en Lieja con la artillería pesada, podrían darse el lujo de destruir sin gran prisa los diez fuertes.

Por esta razón durante dos semanas no supo Europa si Lieja había sido tomada ó si se defendía aún. En realidad Lieja no había sido conquistada y todavía se defendió todo el resto del mes de Agosto, cayendo sus últimos fuertes en poder de los vencedores de los días 15 al 30. Pero los alemanes desde el día 12 habían adquirido todo lo que necesitaban para seguir adelante, y mientras la mayor parte del mundo se extasiaba con razón admirando la heroica defensa de los fuertes belgas, los alemanes dejaban Lieja á sus espaldas, avanzando siempre hacia el Oeste, realizando su movimiento envolvente que debía hacerles entrar en Francia por donde no les esperaban sus enemigos.

Hablaremos después de los combates sostenidos por los alemanes en el resto de Bélgica al avanzar sobre Bruselas y la frontera francesa. Terminemos ahora el relato de la tenaz defensa de los fuertes de Lieja.

El 12 de Agosto los alemanes que ocupaban la ciudad se fortificaron en sus calles, mientras las baterías sitiadoras arreciaban el fuego contra los fuertes. Este ataque de la línea de fortificaciones duró, como ya hemos dicho, hasta fines de Agosto, cayendo una tras otra las diversas alturas. Mientras se desarrollaba el ataque de artillería, los ejércitos alemanes de invasión pasaban y pasaban por Lieja aprovechando las dos brechas abiertas.

El general Leman se había refugiado en el fuerte de Loncin, situado en la orilla izquierda. El valeroso belga estaba dispuesto á morir antes que presenciar la rendición de la plaza. Los alemanes le enviaron numerosos parlamentarios para que se entregase, sin conseguir nunca su deseo. El 17 de Agosto recibió el último de estos mensajes. El heroico general lo rechazó lo mismo que los anteriores, pero se daba cuenta de que su situación no era sostenible. El fuerte estaba casi destruído por los ca-



DESTROZOS EN EL BARRIO DE ESTUDIANTES



UNA CALLE BOMBARDEADA



LAS DEFENSAS ALEMANAS EN LIEJA
Puente del ferrocarril transformado en barricada. Arriba vigilan los centinelas la línea férrea que se extiende por el valle del Mosa

(Dibujo de H. W. Koekkoek, de «The Illustrated London News»)



RUINAS DE LA PLAZA DE LA UNIVERSIDAD (Fot. Rol)

ñones enemigos. Las cúpulas blindadas de las grandes piezas apenas si podían mantenerse. Un nuevo bombardeo acabaría en menos de una hora con todo lo que quedaba en pie. El bravo Leman reunió á sus oficiales y sus hombres, para decirles con noble tristeza:

—Habéis combatido valerosamente por nuestro querido país. La lucha resulta ya imposible. Obstinarse en ella sería una locura. Bastante sangre se ha derramado y nuestro honor queda á salvo. Ha llegado la hora de que nos separemos. Vosotros debéis entregaros. Yo me quedo aquí, pues he decidido morir y que este fuerte sea mi tumba.

Toda la guarnición se negó á aceptar el plan de su jefe. Ya que Leman se quedaba, ellos permanecerían en el fuerte de Loncin para morir al lado de su general.

Los alemanes habían dado un plazo de dos horas á Leman para que se rindiese, y á la caída de la tarde su gruesa artillería abrió el fuego contra Loncin. Las cúpulas se vinieron abajo; los últimos cañones belgas quedaron desmontados. Después de un largo silencio se produjo en el fuerte una explosión formidable. Acababa de estallar el depósito de las municiones.

Es opinión corriente que el general Leman hizo volar el fuerte para morir entre sus ruinas. Algunos creen que la explosión fué producida por un proyectil que entró en el depósito de municiones. El silencio guardado después por el modesto Leman y el tono humilde de su carta al rey Alberto, dan á entender que fué él quien hizo volar el



RUINAS DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD

Esta notabilísima Biblioteca contenía 300.000 volúmenes y más de 1.300 manuscritos

fuerte, sintiendo luego la tristeza de haber sobrevivido á la heroica catástrofe.

Cuando los alemanes removieron las ruinas todavía humeantes de Loncin, encontraron al valeroso jefe entre escombros y cadáveres, respirando todavía. Los generales enemigos, á pesar de lo mucho que les había irritado Leman con su resistencia y de las tentativas de asesinato que organizaron contra él, no pudieron resistirse á un sentimiento de admiración ante tanto heroísmo. Guillermo II quiso asociarse á esta manifestación de respeto al vencido, y ordenó por telégrafo que devolviesen á Leman su espada.

Sólo un mes después, á mediados de Septiembre, se supo la verdad de lo ocurrido en el fuerte de Loncin, por una carta que el general Leman escribió al rey Alberto, al quedar prisionero de los alemanes. Esta carta, de una simplicidad admirable, dice así:

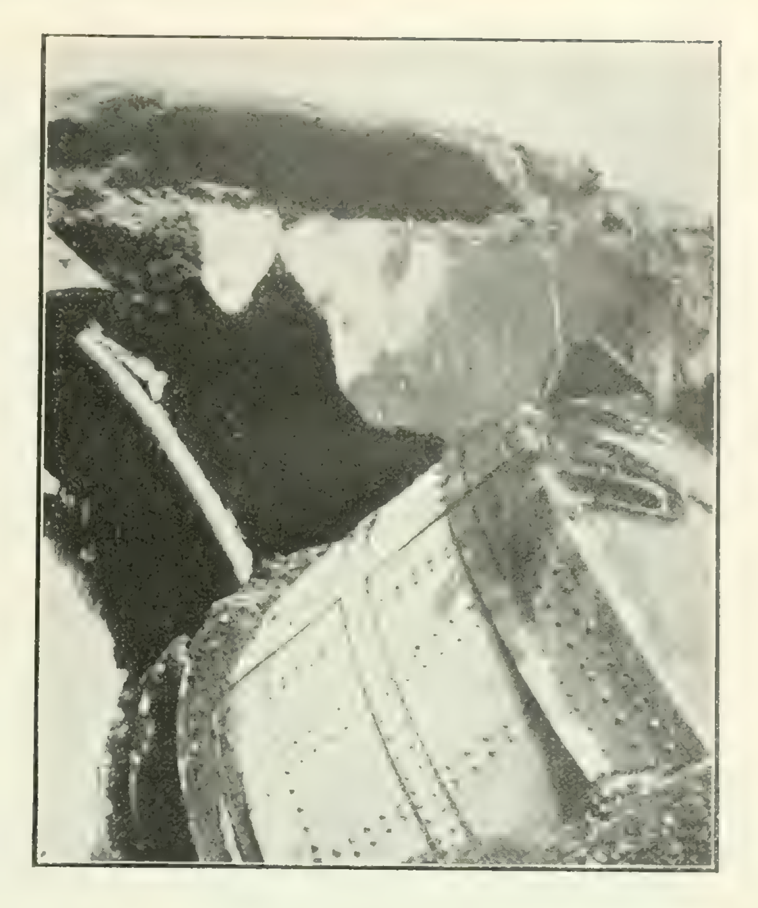
«Majestad:

Después de los honrosos combates sostenidos en los días 4, 5 y 6 de Agosto, juzgué que los fuertes de Lieja no podían desempeñar ya otro papel que el de dificultar la marcha del enemigo.

Guardé sin embargo el gobierno militar de Lieja, para coordinar la defensa en todo lo que fuese posible y ejercer una influencia moral sobre la guarnición.

Vuestra Majestad no ignora que yo estaba en el fuerte de Loncin el 16 de Agosto á mediodía.

Con pena se enterará Vuestra Majestad de que el fuerte ha saltado ayer á las 5 y 20 de la tarde, y que la mayor parte de su guarnición ha quedado enterrada bajo sus ruinas.



EL FUERTE DE PONTISSE



LA CÚPULA DEL FUERTE DE FLÉRON

Si yo no he perdido la vida en esta catástrofe, se debe á que mi escolta me retiró de la plaza fuerte en el momento en que estaba próximo á morir, sofocado por el gas que había esparcido la explosión de la pólvora.

Me llevaron hasta una trinchera, donde caí desvanecido por mucho tiempo. Un capitán alemán me dió de beber. Después fuí hecho prisionero y conducido á Lieja.

Tengo la certeza de que esta carta carece de hilación, pero estoy aún físicamente perturbado á consecuencia de la explosión del fuerte de Loncin.

Por el honor de nuestras armas no he querido rendir nunca ni la fortaleza ni los fuertes. ¡Dignaos perdonarme, Majestad!

En Alemania, adonde me llevan, mi pensamiento estará, como lo ha estado siempre, con Bélgica y con su rey. Con mucho gusto hubiese dado mi vida para servirlos mejor, pero la muerte no ha querido mi persona.

GENERAL LEMAN»

El heroísmo de Leman no fué un hecho aislado en la defensa de Lieja. Los simples soldados y los oficiales murieron con el mismo sacrificio voluntario que los jefes. Entre éstos hubo uno cuya simplicidad estoica igualó al heroísmo de Leman. Fué el comandante Namèche, que mandaba el fuerte de Chaudfontaine.

EL GENERAL VON EMMICH ENTRE SUS OFICIALES DESPUÉS DEL ATAQUE Á LIEJA

Á su izquierda, en uniforme de húsar, el duque de Brunswick, yerno del kaiser

Chaudfontaine cubría con sus fuegos la vía férrea de Aix-la-Chapelle á Lieja, ó sea el ferrocarril de Alemania, por donde podían llegar los principales refuerzos para los sitiadores. El comandante Namèche tuvo que resistir durante varios días el fuego concentrado de las baterías alemanas.

El invasor tenía gran interés en apoderarse de Chaudfontaine para asegurar sus comunicaciones. Cuando el fuerte no era ya más que un montón de escombros, y sus cañones, desmontados en parte, no podían impedir el tránsito por la vía férrea, Namèche se dedicó á cegar un túnel inmediato, haciendo que chocasen en su interior varias locomotoras. Todas las proposiciones de rendición fueron rechazadas por el valeroso comandante, á pesar de que Chaudfontaine no era ya más que un montón de escombros. La bandera de Alemania no flotaría ante sus ojos sobre estas ruinas. ¡Y Namèche prendió fuego en persona á su depósito de pólvora, volando con los restos del fuerte.



SOLDADO ALEMÁN COLOCANDO LA BANDERA SOBRE UNA POSICIÓN BELGA

De este modo terminó la resistencia de Lieja.

El heroísmo de sus defensores demostró al mundo lo que puede hacer una pequeña nación, culta y entusiasta, que desea sostener su independencia. Y sirvió para retardar en varios días el cumplimiento del plan de invasión, trastornando en su base todos los cálculos de la estrategia alemana.



UN DUELO ENTRE LA ARTILLERÍA BELGA Y LA ALEMANA EN LOS PRIMEROS DÍAS DE LA INVASIÓN

(Dibujo de H. W. Koekkoek, de «The Illustrated London News»)

III

De Lieja á Bruselas

Al entrar los alemanes en la ciudad de Lieja, su caballería se esparció por el país. Los hulanos, siguiendo el sistema empleado en la guerra de 1870, se lanzaron en todas direcciones, atrevidamente, haciendo creer que iban seguidos á corta distancia de poderosos cuerpos de ejército. Con estas correrías audaces consiguieron propagar el terror en gran parte de Bélgica, incendiando los pueblos y matando á muchos de sus habitantes.

Las gentes de los campos corrieron en pavoroso éxodo á refugiarse en las ciudades. Los automóviles blindados de los alemanes se esparcieron por todos los caminos, haciendo creer en una ubicuidad mara-



TUMBAS DE SOLDADOS BELGAS MUERTOS EN EL COMBATE DE BONCELLES DURANTE LA DEFENSA DE LIEJA

villosa del invasor, que le permitía presentarse al mismo tiempo en los lugares más diversos y salvar en pocas horas distancias prodigiosas. En algunos pueblos estos automóviles eran detenidos por los soldados belgas, haciendo prisioneros á la docena de alemanes que los ocupaban. Los verdaderos cuerpos de invasión sólo se presentaban dos ó tres días después.

El hormigueo de hulanos y automóviles blindados sembró la alarma y el terror en los campos de Bélgica. Una gran parte de esta invasión, en pequeños grupos, avanzó rápidamente hacia el Sur para pisar cuanto antes el suelo francés. Pero antes de llegar á la frontera tropezó con las tropas de Francia que habían efectuado un avance en Bélgica.

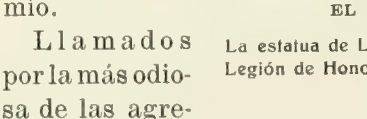
El gobierno belga, al ver atacada á Lieja, había solicitado el apoyo de Francia, anunciando el rey Alberto, en su proclama al ejército, la llegada de las tropas de la República. Como contestación á este documento del rey de Bélgica, el general Joffre le dirigió la siguiente carta:

«Majestad: Acabo de recibir la proclama que habéis dirigido al ejército belga el 7 de Agosto, y que contiene el fraternal saludo de Vuestra Majestad al ejército francés. Vuestras palabras, tan halagüeñas para mis tropas, las agradezco en nombre de ellas y en el mío.



EL HEROÍSMO DE LIEJA

La estatua de Lieja en Bruselas con la Cruz de la Legión de Honor concedida por el gobierno francés



Llamados por la más odiosa de las agresiones á combatir al mismo adversario, vuestros admirables soldados y los de Francia se comportarán en todos los momentos como verdaderos hermanos de armas. Confiando en el triunfo de su justa causa, marcharán juntos á la victoria.

Reciba Vuestra Majestad la expresión de mi profundo respeto.

JOFFRE»

Las tropas exploradoras alemanas llegaron hasta las proximidades de la frontera francesa, apareciendo ante Namur y Dinant. Los franceses que habían entrado en Bélgica las batieron. Igualmente la caballería francesa, que llegó en su avance hasta los alrededores de Lieja, tuvo varios encuentros con los jinetes alemanes, poniéndolos en fuga. Pero de estos combates hablaremos más adelante, al describir las operaciones del ejército francés. Por ahora nuestro relato



TUMBAS DE SOLDADOS BELGAS MUERTOS EN LA DEFENSA DE LIEJA

debe circunscribirse á la invasión de Bélgica, realizada por los alemanes.

El 12 de Agosto, dueños ya los invasores de la ciudad de Lieja, continuaron su avance, siempre hacia el Oeste.

Una parte del ejército se quedó, como ya dijimos, en la ciudad, ocupado en bombardear los fuertes. Los oficiales se instalaron en los mejores hoteles, pagando con «bonos de guerra». Numerosos cañones y ametralladoras fueron emplazados en los techos y terrazas de los edificios particulares que ofrecían una buena posición para el dominio estratégico de las calles. Á las nueve de la noche todas las luces de Lieja debían quedar extinguidas, y cerradas todas las ventanas. Por el contrario, las puertas debían permanecer abiertas, para que los invasores pudiesen entrar en las casas á cualquiera hora.

El número de las atrocidades alemanas aumentó



SOLDADOS ALEMANES HERIDOS EN EL ATAQUE CONTRA LIEJA

por momentos. En los combates sostenidos en los alrededores de Lieja, los prusianos asesinaron á algunos soldados belgas, heridos ó prisioneros. Uno de éstos murió ahorcado, después de abrirle el vientre y sacarle los intestinos. Un soldado belga que estaba curando á un camarada fué fusilado y un viejo quemado vivo. En el combate de Haelen un comandante belga herido fué rematado por un tiro de revólver en la boca. En la misma localidad las tropas alemanas hicieron fuego sobre los carruajes de la Cruz Roja, á pesar de que sus insignias eran en extremo visibles. Al asaltar el fuerte de Boncelles los prusianos avanzaron con la bandera belga desplegada, esperando engañar al adversario. Además llevaron por delante un grupo de prisioneros, para que les sirviesen de escudo defensivo ante el fuego de los contrarios. Todos estos horrores y vilezas no eran más que un prólogo siniestro de los innumerables actos de salvajismo y crueldad que iban á cometer contra Bélgica y que relataremos más adelante.



TUMBAS DE SOLDADOS ALEMANES EN BONCELLES

Un joven belga escapado de Lieja hizo la descripción á los periódicos de París del espectáculo que ofrecía la ciudad durante su heroica y desesperada defensa. Lo que más llamó su atención fué el aspecto del cielo en el transcurso de cinco noches, mientras los fuertes del Norte cañoneaban á las tropas alemanas. Formidables detonaciones sacudían la atmósfera, y un resplandor de sangre iluminaba el cielo lo mismo que una gigantesca aurora boreal. El serpenteo rojo de los proyectiles, los haces de luz blanca de los proyectores y los estallidos mortales, rasgaban la noche en todas direcciones. Parecía que una enorme fiesta de fuegos artificiales se estuviese desarrollando en una extensión de varias leguas.

En los momentos de calma, los vecinos osaban salir de la ciudad con ciertas precauciones, avanzando hasta la otra ribera del Mosa. Este testigo presencial pudo marchar por el espacio comprendido entre dos fortificaciones, llegando una mañana al pueblo de Barchón, situado bajo el fuerte del mismo nombre. La víspera todo el esfuerzo de los alemanes se había concentrado en este punto, resultando enorme la matanza.

«Apenas había yo salido del pueblo de Boncelles—dice el testigo belga—cuando me detuve, dominado por el horror, á un kilómetro de los glacis del fuerte. Por todas partes regue-



TUMBAS DE SOLDADOS ALEMANES EN LIEJA

UN GIGANTESCO MORTERO DE SITIO EMPLEADO

Esta formidable arma del ejército alemán fué empleada por primera vez contra los fuertes de Lieja. Las fotografías que ya pub
mos y las que van al final de este capítulo dan idea del poder destructor de este cañón gigantesco. Ha sido construído para con

ros de sangre, armas rotas, montones y montones de cadáveres. Nunca olvidaré este pavoroso espectáculo. Y por una amarga ironía, en una encrucijada próxima, y por encima de este campo de matanza, se elevaba un poste con una placa de esmalte azul, que los obuses habían respetado, y sobre la cual se leía en letras blancas: *Tratad con dulzura á los animales.*»

▫

Al avanzar las columnas alemanas hacia el Oeste, mientras las demás fuerzas terminaban la conquista de los fuertes de Lieja, tropezaron con la resistencia de los belgas en el Hesbaye, gran llanura ondulada entre Lieja y Bruselas, al Oeste del campo de batalla de Waterlóo.

En esta llanura se había apostado la 3.ª división belga con otras fuerzas auxiliares, luego de abandonar á Lieja, para impedir el avance del enemigo. Unos cuantos regimientos de infantería y escuadrones de lanceros, con piezas de campaña y ametralladoras, iban á disputar el paso á los poderosos ejércitos alemanes.

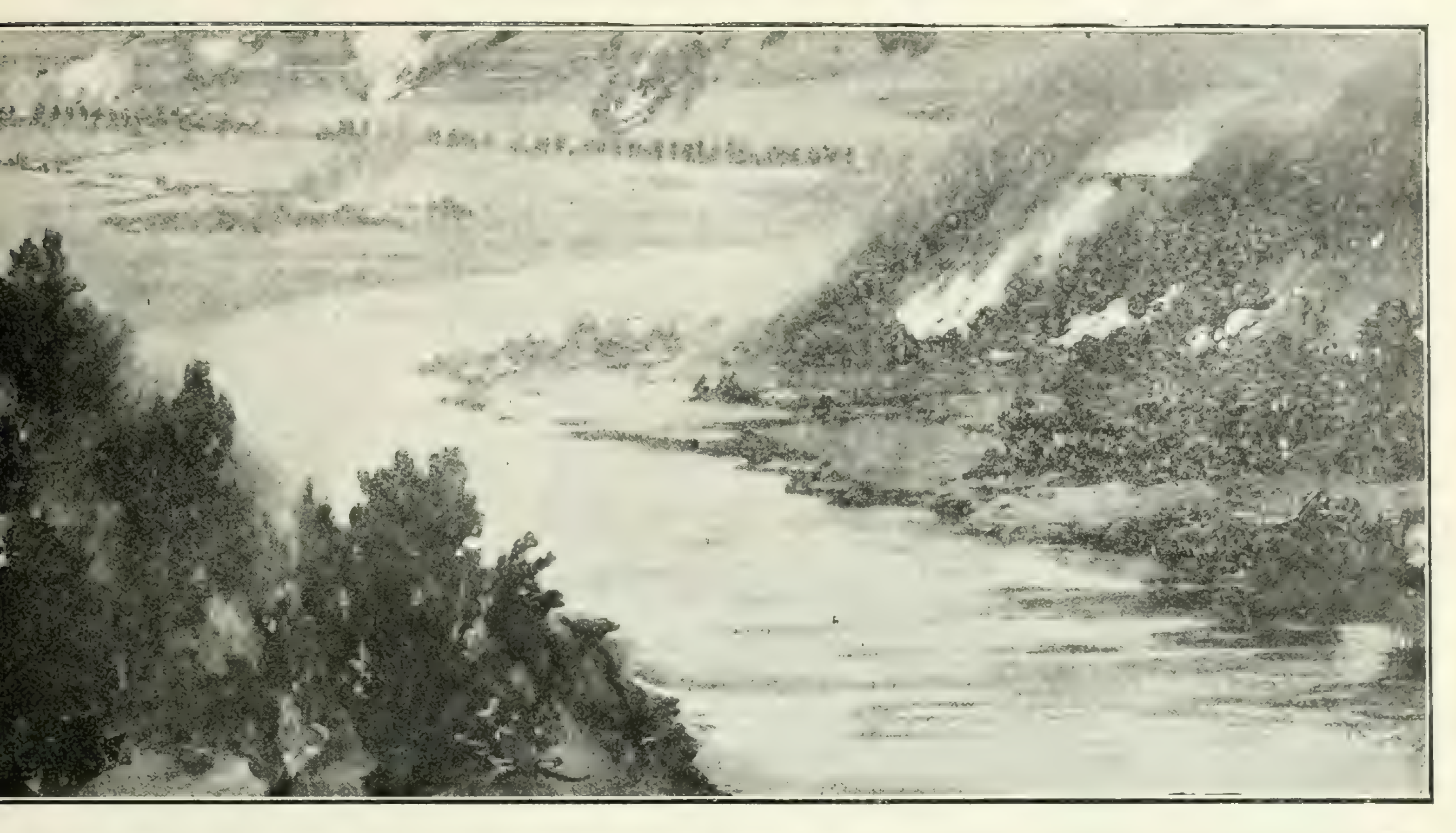
Del 12 de Agosto al 18 se desarrollaron una serie de combates, resultando victoriosos los belgas en casi todos ellos. Entre Saint-Trond y Tirlemont, en el frente de Saint-Trond á Jodoigne, y en los alrededores de Tongres, todos los encuentros fueron desventajosos para los invasores. Diez mil jinetes alemanes, lo mejor de su caballería, apoyados por varias columnas de infantería y gran cantidad de artillería ligera, se esparcieron por la llanura del Hesbaye, pugnando los diferentes grupos por ver quién era el primero que se aproximaba á Bruselas. Pero las fuerzas belgas les cortaron el paso infligiéndoles grandes pérdidas.

La primera y única batalla en campo libre que sostuvo el ejército belga durante la invasión, se desarrolló el 12 de Agosto, y fué la llamada batalla de Haelen.

En la mañana del citado día la caballería alema-



CABALLERÍA ALEMANA AVANZANDO HACIA HAELEN



ALEMANES CONTRA LAS FORTIFICACIONES DE LIEJA (Dibujo de H. W. Koekkoek, de *The Illustrated War News*)

tajosamente con los cañones más poderosos de las fortificaciones modernas. Primero en Lieja, luego en Namur y más tarde en Am-
es. Tiene un alcance de 8.000 metros haciendo fuego con una elevación de 65 grados, y de 11.000 con una elevación de 42 grados.

na salió de Hasselt, manifestando sus jefes la firme voluntad de marchar rectamente hasta Bruselas. En los días anteriores habían realizado un sinnúmero de cabalgadas por los pueblos inmediatos sin encontrar obstáculos, y esto aumentó su confianza. Partieron sin explorar preventivamente el terreno, casi sin avanzadas, á pesar de ser la región algo accidentada. De este modo llegaron á Haelen, pero apenas el primer grupo de hulanos penetró en el pueblo, fué acogido por un fuego intenso. Todo el pelotón cayó al suelo ó quedó prisionero. Una compañía de ciclistas belgas con dos ametralladoras Hotchkiss se había parapetado en la entrada de Haelen, sorprendiendo con su inesperada presencia á la avanzada alemana.

PELOTÓN DE HULANOS EN DESCUBIERTA

Comenzó el combate. Los enemigos, sostenidos por la infantería y la artillería, atacaron al pueblo. Los ciclistas resistieron magníficamente. Sus oficiales les mandaban con la misma calma que si estuviesen haciendo el ejercicio. Los alemanes se dieron cuenta del escaso número de los enemigos que tenían enfrente, y lanzaron su caballería como una tromba por la calle principal.

Uno de los oficiales alemanes, herido y prisionero, dijo después: «Nos enviaron al fuego lo mismo que en una maniobra; como si los fusiles no tuviesen balas.»

Las dos ametralladoras barrieron la calle y el camino inmediato, haciendo una gran matanza, y los impetuosos jinetes tuvieron que retroceder. Entonces los enemigos emplearon el cañón, y una lluvia de metralla acribilló las calles, las casas y la iglesia del pueblo. Los ciclistas, hábilmente disimulados, se sostuvieron mucho tiempo bajo este fuego, contestando tenazmente á los enemigos, hasta el momento en que se vieron próximos de ser envueltos. 200 belgas habían impedido el avance de 6.000 adversarios por más de una hora. Este puñado de valientes tuvo al fin que replegarse, pero antes de su retirada dos de ellos avanzaron bajo el fuego del enemigo, para hacer saltar el puente de Haelen.



SOLDADOS BELGAS DEFENDIENDO UN CAMINO

bordeada de árboles, como las que se ven en los cuadros de los viejos maestros flamencos.

El imponente regimiento alemán no fué muy lejos en su esfuerzo supremo. Á la entrada de la aldea de Zelck-Haelen los ciclistas habían vuelto á parapetarse con sus ametralladoras detrás de una barricada. Otros grupos de soldados belgas estaban emboscados en los graneros de las primeras casas del pueblo y en el campanario de la iglesia. Todos ellos esperaron en silencio el avance del enemigo, y cuando los jinetes con sus lanzas rematadas por gallardetes amarillos y negros sólo estaban á una distancia de 200 metros, el chasquido de las armas automáticas estalló por todos lados. El primer escuadrón cayó á tierra completamente. Sólo dos caballos desbocados y heridos pasaron al otro lado de la barricada.

Cuando los ciclistas abandonaron el pueblo y los alemanes pudieron seguir adelante, se mostró el grueso de las fuerzas belgas, de las que sólo era una avanzada la valerosa compañía. Las dos columnas contrarias empezaron á cañonearse, adquiriendo la artillería belga una instantánea superioridad por la precisión de su tiro. Este duelo de artillería contuvo durante algún tiempo el avance de los escuadrones alemanes. Poco después los dragones de Mecklemburgo, que habían ocupado Haelen, se lanzaron á la carga por el camino que conduce á Diest, una hermosa avenida



INFANTERÍA BELGA DISPARANDO CONTRA LOS INVASORES

Los alemanes no se atrevieron á seguir adelante, dando por perdida la acción. Su artillería se calló poco á poco y los invasores emprendieron la retirada hacia Saint-Trond. Al cerrar la noche quedó sobre el terreno de la lucha una masa de muertos y de heridos, de armas abandonadas, lanzas, fusiles y objetos de equipo. Los alemanes perdieron en Haelen unos 3.000 hombres, ó sea una tercera parte de su efectivo.

Esta mortandad fué debida á su soberbia torpeza tanto como al valor de los belgas. La confianza orgullosa en su fuerza los hizo cargar ciegamente, sin precaución alguna, como si estuviesen en unas maniobras y las armas de los enemigos hubiesen sido cargadas con pólvora sola. La batalla de Haelen fué semejante á las que mandaba Guillermo II en las maniobras de Metz, y que hicieron decir maliciosamente al viejo mariscal de Haeseler que en una guerra dirigida de tal modo no iba á quedar nadie para enterrar á los muertos.

Durante varios días el campo de Haelen ofreció un aspecto horrible. Era un pudridero en el que se mezclaban cadáveres de caballos y de hombres. Los campesinos y los habitantes de los pueblos cercanos tuvieron que trabajar incesantemente para enterrar á los unos y los otros. Los heridos, que eran muchísimos, se vieron recogidos con igual solicitud, recibien-

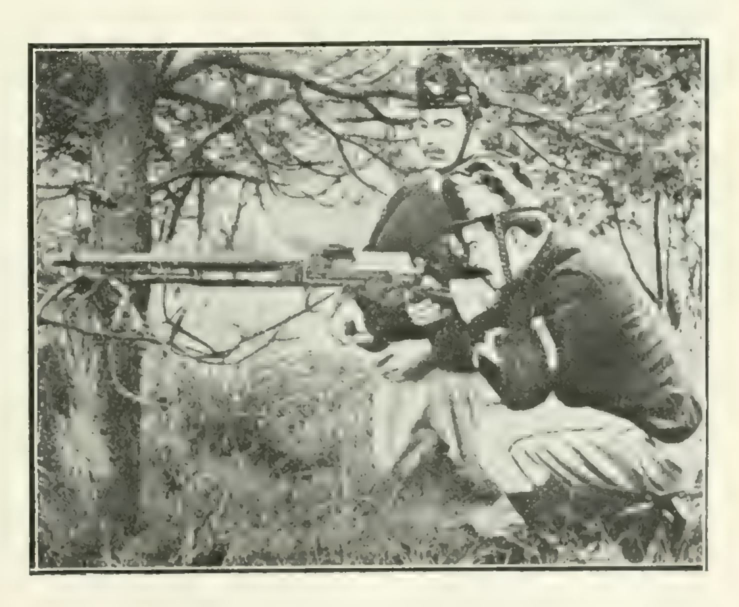
LA LÍNEA FÉRREA DE SAINT-TROND DESTRUÍDA POR LOS BELGAS (Fot. Meurisse)

do idénticos tratamientos los alemanes y los belgas. Aquéllos no podían ocultar su asombro al verse acostados en las camas blancas del hospital de Diest. Habían hecho grandes daños en los pocos días que llevaban en Bélgica, y creían lógica una venganza de sus adversarios. Además sus oficiales, para excitarlos al combate, les habían contado que los belgas, así como los franceses, mataban á los heridos y los prisioneros. También con el propósito de justificar las atrocidades cometidas en las poblaciones belgas, los directores de la opinión alemana inventaron—como diremos más adelante—un sinnúmero de crímenes inverosímiles, atribuyéndolos á los belgas.

Entre los trofeos de victoria de la jornada de Haelen, se encontró el estandarte del regimiento de húsares de la Muerte que había mandado el kronprintz hasta poco antes de estallar la guerra. Esta enseña sombría, semejante á un paño de catafalco, fué depositada en el palacio municipal de Diest.

El mismo día 12, un segundo combate, llamado de Eghezée, se desarrolló en Noville-Tavier, en la línea de ferrocarril de Namur á Tirlemont. Este combate fué empeñado y sangriento, á pesar de que sólo duró una hora. Las tropas alemanas, compuestas en su mayor parte de caballería, se dejaron sorprender por los belgas. Éstos, al enterarse de su proximidad, habían avanzado arrastrándose, aprovechando todos los accidentes del terreno, hasta llegar á unos 200 metros de los invasores. Su fuego nutrido y las ventajas de la sorpresa desconcertaron á los alemanes, que tuvieron que retroceder hacia Huy, después de sufrir grandes pérdidas, abandonando caballos, bicicletas y automóviles.

Después de la primera semana de hostilidades en el territorio belga, los invasores se dieron cuenta del peligro que representaba para ellos la tenaz resistencia de Bélgica. Ascendía á cifras considerables el número de sus muertos, heridos y desaparecidos, así

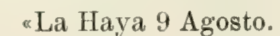


UNA AMETRALLADORA BELGA

EL CAMPO DE BATALLA DE HAELEN

como las pérdidas de su material de guerra, pero aun les impresionaba más la cantidad de días que habrían de perder antes de realizar un plan que les había hecho preferir el camino de Bélgica como el más corto, fácil y seguro para invadir á Francia.

El gobierno alemán «encontraba excesivo el derecho de peaje que le hacía pagar este ejército belga, tan despreciado poco antes». Por esta razón, sofocando su inmenso orgullo, el kaiser y su canciller intentaron entrar en negociaciones con el gobierno belga el 9 de Agosto; primeramente por medio de la legación de los Estados Unidos en Bruselas, y en vista de la negativa de ésta, empleando como intermediario al ministro de Negocios Extranjeros de Holanda. Este último se avistó con el barón Fallon, ministro de Bélgica en La Haya, é hizo que el diplomático belga enviase á su gobierno el siguiente telegrama:



«La Haya 9 Agosto.

El ministro de Negocios Extranjeros me ruega os transmita los informes siguientes, ya que el ministro de América en Bruselas se niega á transmitir estos mismos informes al gobierno belga:

La fortaleza de Lieja ha sido tomada por asalto después de una defensa empeñadísima. El gobierno alemán lamenta profundamente que *á*



DESPUÉS DE UNA CARGA DE CABALLERÍA (Fots. Meurisse)

consecuencia de la actitud del gobierno belga contra Alemania, haya tenido que llegarse á un choque sangriento. Alemania no avanza como enemiga de Bélgica: solamente por la fuerza de los sucesos, y á causa de las medidas militares de Francia, ha tenido que tomar la grave determinación de entrar en Bélgica y ocupar á Lieja como punto de apoyo para sus operaciones militares ulteriores.



EL CAMINO DE HAELEN

Después que el ejército belga, por su resistencia heroica ante la gran superioridad de las tropas alemanas, ha mantenido el honor de sus armas, el gobierno alemán ruega al Rey de los Belgas y al gobierno belga que eviten á Bélgica los horrores ulteriores de la guerra. El gobierno alemán está pronto á todos los acuerdos con Bélgica que se puedan conciliar con la guerra que sostiene contra Francia.

Alemania asegura además, solemnemente, que no tiene la intención de apropiarse el territorio belga y que esta intención se halla muy lejos de su pensamiento. Alemania está siempre pronta á evacuar el territorio de Bélgica, siempre que el estado de la guerra se lo permita.

El embajador de los Estados Unidos en Berlín

ENTERRANDO CADÁVERES DE CABALLOS (Fot. Meurisse)

LA IGLESIA DE HAELEN BOMBARDEADA POR LOS ALEMANES

había rogado á su colega de Bruselas que se encargase de esta tentativa de mediación. El ministro de Negocios Extranjeros de Holanda ha aceptado este encargo, pero sin entusiasmo alguno. Yo me he comprometido á transmitir sus proposiciones, únicamente por darle gusto.—BARÓN FALLON.»

El ministro de Negocios Extranjeros de Bélgica, M. Davignon, contestó el 12 de Agosto á su representante en la Haya con el siguiente despacho:

«Os ruego que entreguéis el telegrama siguiente al ministro de Negocios Extranjeros de Holanda.

La proposición que nos hace el gobierno alemán reproduce la proposición que ya fué formulada por él en el *ultimatum* de 2 de Agosto.

Fiel á sus deberes internacionales, Bélgica no puede hacer otra cosa que reiterar su respuesta á dicho *ultimatum,* tanto más cuanto que después del 3 de Agosto su neutralidad ha sido violada, una guerra dolorosa ha sido llevada á su territorio, y las naciones garantizadoras de su neutralidad, lealmente é inmediatamente, han respondido á su llamamiento.—DAVIGNON.»



EL CAMINO DE DIEST

(Fots. Meurisse)

UNA GRANJA INCENDIADA EN LAS INMEDIACIONES DE HAELEN

En este ofrecimiento, que el ministro holandés de Negocios Extranjeros se había encargado de transmitir con visible repugnancia, la diplomacia alemana se mostró como siempre predispuesta al engaño, fingiendo hipócritamente que la culpa era de Bélgica, por no haberse doblegado á sus deseos, y haciendo halagüeñas promesas con el propósito de no cumplirlas, pues Alemania considera los tratados como simples «pedazos de papel».

Al día siguiente M. Davignon envió otro telegrama al barón Guillaume, ministro de Bélgica en París, que decía así:

«Bruselas 13 Agosto.

Os ruego que comuniquéis al ministro de Negocios Extranjeros de Francia y á la prensa, que el gobierno belga protesta indignado contra una afirmación de la prensa alemana, según la cual los habitantes de la región de Lieja han tomado parte en los combates, y que estos habitantes, emboscados, han fusilado á los médicos alemanes que curaban á los heridos, tratando igualmente con gran crueldad á los heridos enemigos.



LOS CAMPESINOS DESPUÉS DE LA BATALLA DE HAELEN ARRASTRANDO LOS CADÁVERES DE LOS CABALLOS QUE OBSTRUYEN LOS CAMINOS (Fots. Meurisse)

ESCENAS DE LA INVASIÓN

Todas estas fotografías representan distintos momentos de la huída de los campesinos belgas ante el avance de los alemanes

Bélgica, que es una de las naciones firmantes de la convención de la Haya sobre las leyes y costumbres de la guerra, las observa todas escrupulosamente. El gobierno ha recordado á todos los pueblos del reino que los elementos civiles deben abstenerse rigurosamente de hacer uso de sus armas contra los invasores, y que sólo el ejército y las milicias, reuniendo las condiciones exigidas, tienen el derecho y el deber de hacer uso de las armas.»

Las afirmaciones de la prensa alemana sobre las supuestas crueldades del pueblo belga, obedecían á su sistema predilecto de la mentira á todo trance, atribuyendo al enemigo sus propias atrocidades. Inventando atentados de los belgas podían disimular en parte los robos, los incendios y los asesinatos premeditados por los alemanes desde antes de entrar en campaña, como un medio seguro de intimidar al enemigo.

◻

Cuando los primeros fuertes de Lieja quedaron en poder de los alemanes, éstos avanzaron en masa, siguiendo la dirección del Oeste, en la que les había precedido el avance de la caballería. Ya no fueron simples columnas de hulanos las que corrieron la llanura belga con dirección á Lovaina y Bruselas.



En la noche del lunes 17 de Agosto, la caballería alemana, sostenida por fuerzas de infantería y artillería, avanzó desde Saint-Trond en columnas cerradas, sosteniendo un combate con los belgas entre Tirlemont y Diest. Luego se dividió en tres columnas: la primera avanzó sobre Diest á través de Haelen, la segunda atacó Tirlemont, y la tercera se dirigió contra Lovaina.

La división belga que les hizo frente se atrincheró con alguna artillería detrás del camino de Hougardcampteck á Diest, donde se encontraba su Estado Mayor. Desde aquí hizo frente á la primera columna alemana que se dirigía con lentitud contra Diest. En la tarde del día siguiente la artillería de la segunda columna alemana se instaló en Neerlington, pueblo situado á cuatro mi-

llas de Tirlemont. La línea de ataque se extendió entre Diest y Ramillies. Hasta mediodía la población de Tirlemont permaneció en calma y los trenes continuaron circulando como de costumbre entre dicho punto y Bruselas. Á la una de la tarde empezó el fuego de las baterías alemanas, bombardeando toda la línea de combate de los belgas, así como los edificios de Tirlemont. Los belgas empezaron á retirarse de sus posiciones situadas al Este de Lovaina. Tirlemont comenzó á arder á consecuencia del bombardeo, pues muchos de los proyectiles eran incendiarios.

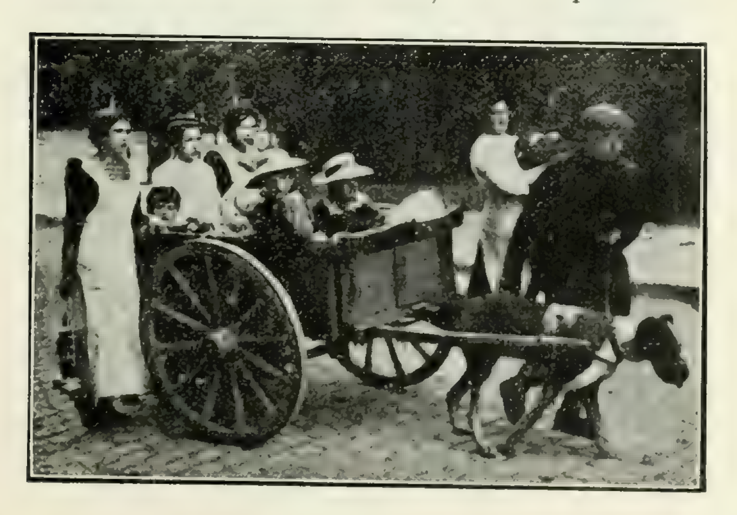


Los regimientos belgas que cubrían el acceso á Lovaina defendieron hasta las once de la noche el puente de ferrocarril que conduce á dicha ciudad.



Habían levantado barricadas en los caminos, pero el combate en la noche se prestó á grandes confusiones. La gente de las campiñas se quedaba en sus viviendas hasta el momento en que estaban próximos los alemanes, y sólo entonces huía despavorida, llegando ante las barricadas belgas al mismo tiempo que la vanguardia de los invasores. Los soldados belgas no podían tirar con seguridad, por miedo á herir á sus compatriotas al mismo tiempo que á los enemigos, lo que hacía su acción en extremo difícil.

La gran abundancia de medios de comunicación fué también un inconveniente para la defensa del país. La red de ferrocarriles belga es la más densa del mundo. Además, no hay camino que no tenga al lado una vía férrea económica, ni aldea que carezca



de tranvía. Fué en vano que los ingenieros y el ejército cortasen ferrocarriles, volasen puentes é inutilizaran caminos. El enemigo encontró siempre alguna vía olvidada que utilizar, y la abundancia de medios de locomoción hizo que las gentes de los campos esperasen el último momento para huir, cayendo en compactas avalanchas sobre las ciudades cuando éstas preparaban su defensa y paralizando por consideraciones de humanidad la acción de las tropas belgas.

Mientras continuaba el combate en las inmediaciones de Lovaina, los alemanes pasaron el Mosa en masas enormes y el miércoles 19 tomaron la ofensiva, partiendo de Aerschot. Dos de sus aeroplanos vigilaban las posiciones belgas, dando indicaciones á



la artillería. Su infantería, apoyada por numerosos cañones y ametralladoras, comenzó el ataque.

Los belgas eran muy inferiores en número á los alemanes, pero á pesar de esto opusieron una resistencia encarnizada. Dos de sus regimientos, que se habían cubierto de gloria en la batalla de Lieja, hicieron frente durante tres horas á una columna alemana diez veces superior en número, infligiéndola considerables pérdidas. Pero este éxito sólo lo consiguieron á costa de mucha sangre, y al final tuvieron que ceder. Á las siete de la tarde los belgas comenzaron á retirarse. Un bravo militar, el comandante Gilson, que mandaba uno de los batallones belgas, se mantuvo sobre el terreno con un puñado de hombres,



LA CABALLERÍA FRANCESA EN BÉLGICA

Coraceros franceses en un camino de Bélgica marchando al encuentro de los alemanes

cubriendo la retirada de las otras fuerzas. Una bala arrancó la nariz al comandante Gilson, pero á pesar de su herida el valeroso belga se mantuvo en el campo de batalla hasta el último instante, y sólo se replegó al ver á casi todos sus soldados fuera de combate. Los alemanes, después de esta operación, que les costó grandes pérdidas, pudieron entrar en Lovaina.

UN DRAGÓN FRANCÉS EN AVANZADA

Los duros combates emprendidos audazmente por los belgas no podían ser coronados por la victoria, pues era enorme la desproporción numérica entre ambos bandos; pero sirvieron para demostrar la energía, la bravura y la tenacidad de los defensores de este pequeño y heroico país.

□

Bruselas vivió en una admirable tranquilidad hasta el momento en que los alemanes llegaron á sus inmediaciones. La tenaz resistencia de Bélgica había esparcido una gran confianza en las masas populares.

Contaban con el auxilio de los franceses y los ingleses; sabían que la Gran Bretaña estaba desembarcando tropas en el continente; tenían noticia de los avances del ejército francés en territorio belga, de los encuentros victoriosos de su caballería, del primer combate de Dinant, fatal para los alemanes, y esperaban de un momento á otro, con el optimismo del entusiasmo, ver llegar todas las tropas de Francia en auxilio de Bruselas. No se daban cuenta del gran avance que llevaban los alemanes sobre los aliados en su ofensiva y de las consideraciones estratégicas que aconsejaban el choque en la Bélgica del Sur. Por



CORACEROS FRANCESES ACLAMADOS EN LA FRONTERA BELGA

esto las malas noticias cayeron de pronto sobre Bruselas como un trueno, dejando al vecindario en dolorosa estupefacción.



UN CAMINO BELGA OBSTRUÍDO CON CARRETONES ES DESALOJADO PARA QUE PASE UN PELOTÓN DE CABALLERÍA FRANCESA

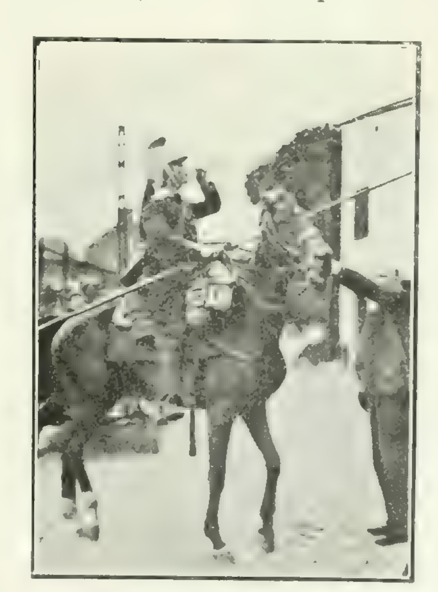
Á pesar de las derrotas casi diarias que belgas y franceses infligían á los alemanes, éstos avanzaban y avanzaban, por la fuerza de su número inmenso, extendiéndose por el territorio invadido como una inundación irresistible.

Bruselas, ciudad abierta y sin defensa, se hallaría á merced del enemigo tan pronto como éste pudiese llegar á sus alrededores. El avance alemán la iba aislando de una gran parte del país, y el gobierno tuvo que pensar en su seguridad. Quedarse en Bruselas equivalía á ponerse á merced del invasor, y por esto el gobierno, la familia real y las Cámaras decidieron trasladarse á Amberes, lugar de refugio designado por todos los estrategas belgas para el caso de una invasión. El vecindario de Bruselas no se alarmó ante el primer anuncio de este viaje. Vió en la traslación de la capital á Amberes una simple medida preventiva. Además, las noticias de la invasión excitaban su cólera, y hacían que los bruselenses pensasen más en la venganza de las atrocidades alemanas que en su propia seguridad.

Continuamente llegaban á Bruselas belgas heridos, que hacían trágicos relatos del salvajismo alemán. Los soldados prisioneros eran acabados á bayonetazos; los civiles caían fusilados; las mujeres eran violadas; las poblaciones desaparecían entre las llamas de un incendio intencionado. Se repetía la invasión de los hunos, y estos hunos, enfurecidos por una resistencia que no habían previsto, se mostraban más feroces é implacables así como los belgas iban estorbando su avance con empeñados combates.



LOS JEFES DE UNA BRIGADA FRANCESA ESTUDIANDO UN MAPA



OBSEQUIANDO Á UN DRAGÓN FRANCÉS

En la noche del 19 de Agosto circuló por Bruselas una noticia terrible. Los alemanes acababan de entrar en Lovaina. Su llegada á Bruselas no era ya más que una cuestión de horas. Los representantes diplomáticos, entre ellos el ministro de Francia, que habían dejado que el gobierno y las Cámaras partiesen para Amberes, quedándose ellos en Bruselas, se apresuraron á salir con la misma dirección en la tarde del 19. Únicamente permanecieron en la capital belga el ministro de los Estados Unidos y el de España, para defen-



SIN HOGAR
Una campesina belga cuya casa ha sido bombardeada por los alemanes

der los intereses y las personas de todos los súbditos extranjeros.

Bruselas no tenía otra guarnición que la Guardia Cívica, milicia nacional de Bélgica. Este ejército voluntario, del que se han reído mucho los autores cómicos de Bélgica y de Francia, se batió durante la invasión con el mismo ardor que las tropas regulares. «Bajo su largo capote verde—dice un cronista de la guerra—y su sombrero de fieltro negro á la española, adornado con una trenza roja ó con una pluma, estos guardias cívicos tienen un aspecto soberbio, y dan la sensación cuando se les contempla de cerca, no solamente de un cuerpo aguerrido y bien disciplinado, sino de una tropa escogida.» La Guardia Cívica de Bruselas abrió trincheras en las inmediaciones de la ciudad y abatió los árboles de los paseos, formando barricadas. Su propósito era realizar una defensa tenaz, muriendo en las calles de Bruselas antes que tolerar la entrada de los alemanes. La prudencia del gobierno y de las clases conservadoras obligó á la Guardia Cívica á retirarse en el último momento, para impedir una destrucción sin objeto de la hermosa capital.

Los comunicados oficiales de los días 19 y 20 de Agosto revelaron la verdadera situación de las fuerzas del país y de los propósitos de sus gobernantes. El comunicado del 19 de Agosto decía así:

«Después de haber perdido mucho tiempo, un gran número de hombres y un importante material de guerra, el ala derecha prusiana ha llegado á ganar terreno en las dos riberas del Mosa, hasta ponerse en contacto con los ejércitos aliados.

Las tropas alemanas que están en el Norte del Mosa se componen de fracciones pertenecientes á diversos cuerpos cuyo esfuerzo principal se dirigió sobre Lieja, y que ahora han quedado disponibles. Cuentan además con mucha caballería. Gracias á esto los alemanes han podido meter mucho ruido, extendiéndose por el Norte y por el Sur.

En el Sur, esta caballería ha tropezado con las tropas belgas y francesas, siendo rechazada. En el Norte, por el contrario, ha encontrado el campo libre y ha podido realizar atrevidos avances por pequeñas fracciones, penetrando muy lejos. En una palabra, los alemanes han tomado el molde de las posiciones belgas. Haberles hecho perder más de 18 días para llegar á este resultado, es algo que honra al ejército belga.

Esto puede ser de consecuencias incalculables para la continuación de las operaciones. El desarrollo normal de estas operaciones, con arreglo al plan concertado entre los aliados, puede conducir el uno ó el otro ejército á maniobrar, ó sea á cambiar de posición, para el mejoramiento de las condiciones de conjunto.

No se trata ahora para los belgas de maniobrar



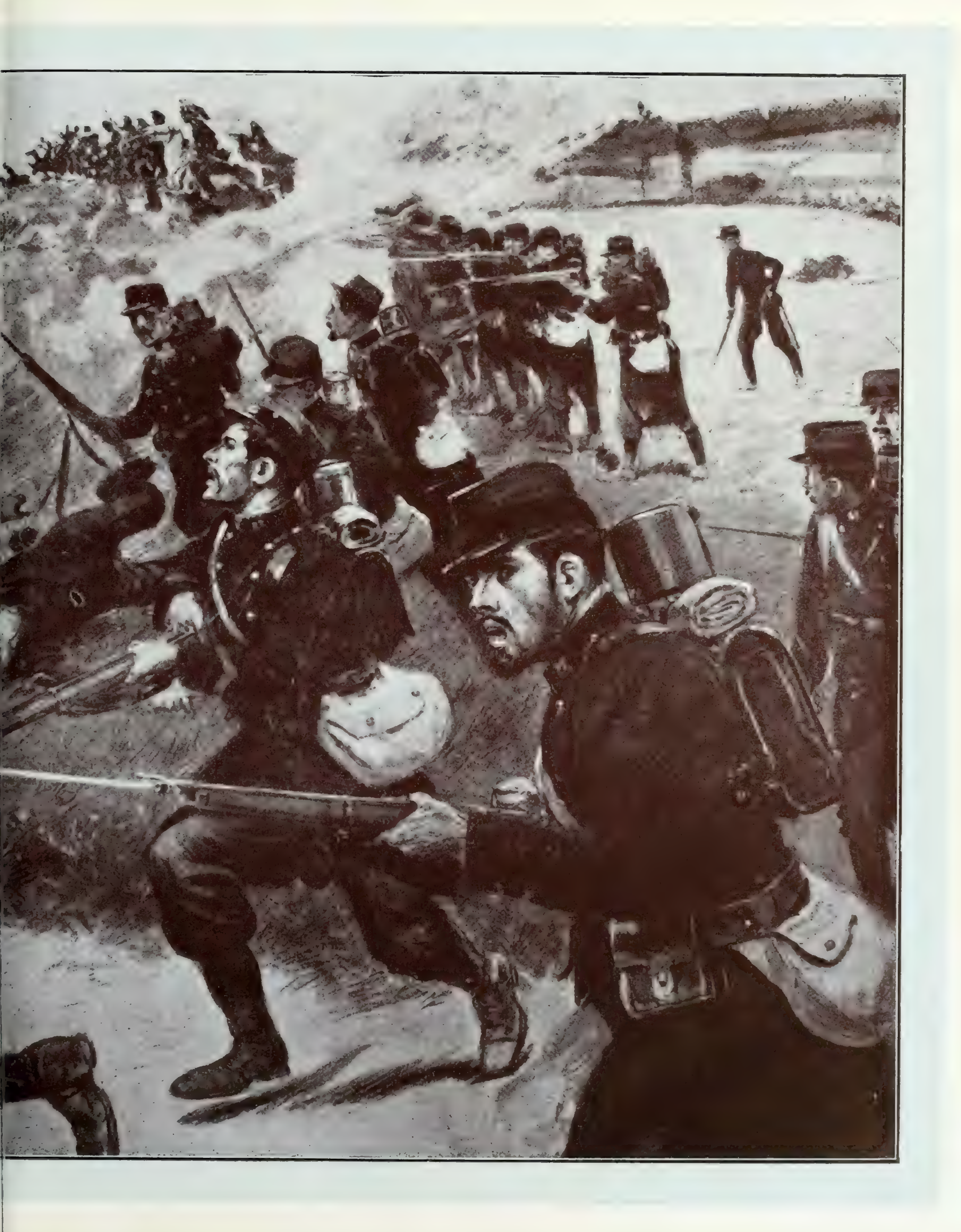
HUYENDO DE LOS INVASORES (Fot. Rol)





Dibujo de Ernest Prater, de «The Graphic»

Las tropas francesas cargando

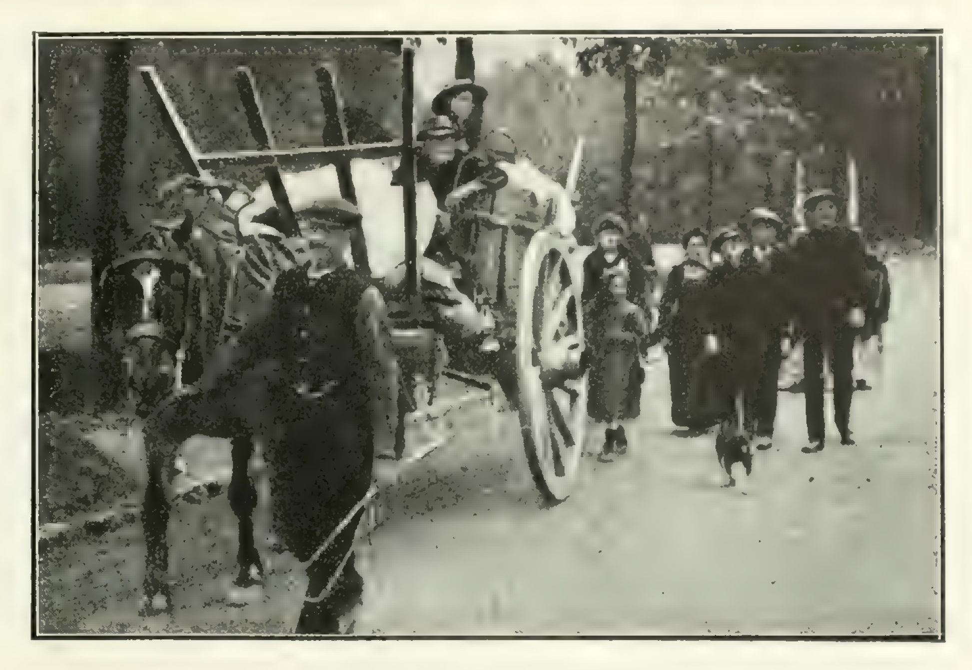


ontra los alemanes en Meaux



ó de combatir solos. La cobertura de tal ó cual parte del país, de tal ó cual ciudad, resulta secundaria: la consecución del fin asignado á nuestras tropas en las disposiciones generales, es lo preponderante.

Este fin no puede ser revelado públicamente. Los espíritus más despiertos no pueden descubrirlo, dada la vaguedad necesaria y oportuna con que se proporcionan los informes relativos á las operaciones. Basta decir que en este momento se combate en todo el frente de los aliados, que se extiende de Basilea á Diest. Cuanto más estrecho sea el contacto con los ejércitos enemigos y más cerca parezca la decisión, más natural resultará que mientras alcanzamos ventajas en un punto nos veamos obligados á ceder en otro. Esto es algo perfectamente previsto en las batallas que se libran en frentes tan desmesurados como los que ocupan los grandes ejércitos modernos.



FUGITIVOS LLEGANDO Á BRUSELAS

En resumen: no hay que pensar únicamente en lo que pasa á nuestras puertas. El movimiento de maniobra ordenado ahora con un fin bien determinado no es necesariamente una retirada. Los combates que hemos librado sobre el frente en los últimos días, han dado como resultado el que el enemigo se muestre muy circunspecto.

El retraso que le hemos hecho sufrir en su marcha es una gran ventaja para el conjunto de las operaciones. Después de esto no hay que dejarse cercar, dando con esto gusto á los alemanes. He aquí la razón de los movimientos que se ejecutan. Nosotros no hemos sido derrotados hasta ahora. Nosotros no hacemos más que tomar las disposiciones oportunas para batir á los enemigos en la mejor condición posible.»

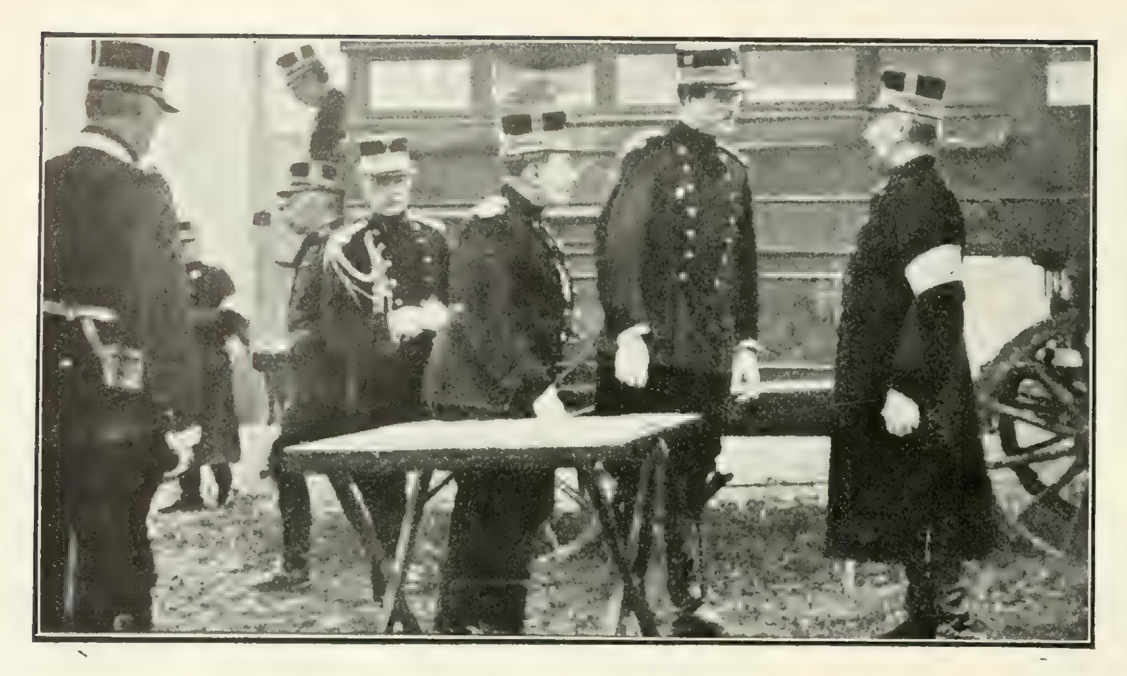
De este modo expuso la situación el gobierno belga, para justificar su retirada á Amberes y calmar las alarmas del vecindario de las ciudades amenazadas por la invasión. Al día siguiente, 20 de Agosto, un nuevo comunicado completaba estos informes, diciendo así:



UN CAMPESINO HALLA ENTRE LAS RUINAS DE SU CASA SOLAMENTE UN COLCHÓN. LO ÚNICO QUE LE QUEDA (Fot. Meurisse)

«Conforme al plan de defensa acordado desde hace muchos años, el ejército de campaña belga se ha retirado al campo atrincherado de Amberes, después de haber cumplido brillantemente las diversas misiones que le dictaba la situación estratégica, ó sea la defensa vigorosa—que aun continúa—de los fuertes, que constituyen las cabezas de puente de Lieja, y la detención durante dos semanas de las tropas alemanas en el paso del Mosa.

El ejército belga toma



EL REY ALBERTO EN EL FRENTE

hoy, con relación al ejército alemán que acaba de desbordarlo por su número, una posición de flanco



EPISODIO DE LA RESISTENCIA BELGA

temible para sus adversarios, en razón de la forma del campo atrincherado de Amberes y de la movilidad de las tropas belgas apoyadas en esta posición.»

No pudiendo contrarrestar el avance alemán, incesantemente renovado por nuevas oleadas de combatientes, el ejército del rey Alberto se veia obligado á abandonar á los invasores el camino de Bruselas, evacuando la capital belga. Hay que imaginarse esta inundación humana, de más de un millón de hombres, cayendo sobre el pequeño país, llenando todos sus caminos, invadiendo todos sus campos, devorando sus subsistencias y dejando como rastro de su paso en muchas poblaciones una línea de incendios y montones de campesinos fusilados.

Un escritor norte-americano, Alejandro Powell, corresponsal del *New York World*, encontró al ejército alemán en su avance por Bélgica, describiendo de este modo la monstruosa enormidad de sus fuerzas:

«¡Espectáculo inolvidable! En todo lo que mi vista podía abarcar se desarrollaba el ejército, en compactas columnas, avanzando, empujándose las unas á las otras con dirección al Oeste, al Oeste todavía, siempre hacia el Oeste. El ejército marchaba por tres caminos paralelos en tres poderosos fragmentos, semejantes —gracias á las espesas masas de uniformes de un gris verde, de tonalidad sutil—á tres monstruosas serpientes, prolongándose con lentitud en la campiña. Las banderas americanas que ondeaban delante de nuestro automóvil sirvieron de pasaportes. Á medida que nos aproximábamos, las filas compactas de guerreros se entreabrían para darnos paso, cerrándose inmediatamente detrás de nosotros. Durante cinco horas, reloj en mano, viajamos con la velocidad de un tren exprés entre estas dos murallas de hombres en marcha. Á la larga la incesante trepidación de las botas pesadas y las oscilaciones rítmicas de los brazos y los hombros cubiertos de gris, acabaron por darme una especie de vértigo. Estaba obsesionado por el miedo de chocar y derribar con mi automóvil esta doble é interminable cerca humana. Parecía que el tal cortejo no hubiera nunca de tener fin, y así fué por lo que nos concierne, pues nunca vimos el extremo de estas columnas inmensas.

Atravesábamos un regimiento, y á continuación



PUENTE DE LA LÍNEA FÉRREA VOLADO POR LOS BELGAS PARA DETENER EL AVANCE ALEMÁN

otro regimiento; una brigada de infantería, y luego otra brigada de infantería. Después húsares, coraceros, hulanos, baterías de campaña, otra vez infantería, otra vez cañones, ambulancias con deslumbradoras cruces rojas en sus toldos de lona, precediendo el desfile de gigantescas piezas de sitio, tiradas penosamente por treinta caballos cada una, y apuntando al cielo con sus siniestras bocas. Luego tropas de ingenieros, de zapadores, de minadores, armadas con picos y palas; furgones cargados con postes y vigas; carretas en las que se apilaban espesas masas de seda amarilla, que eran globos. Ciclistas con el fusil en bandolera, lo mismo que los cazadores; accesorios de aeroplanos; grupos de médicos con luengas barbas y gafas de oro; automóviles blindados con rieles de acero retorcidos, fijos en su exterior, para cortar los alambres que los belgas atravesaban en los caminos. Desfilaban batería tras batería de cañones de tiro rápido, llamados *poms-poms* por los alemanes; y detrás de ellas, otras baterías de ametralladoras con sus delgadísimas cureñas, semejantes á patas de araña. Y todavía más hulanos, que hacían brillar bajo el sol las puntas de sus lanzas, en las que se agitaban las banderitas como pequeñas nubes blancas y negras; y luego más infantería, con los cascos puntiagudos bajo una funda de lona; infantería todavía, infantería siempre, y todo esto afluyendo de un modo irresistible hacia Francia, como el curso infatigable de un río inmenso.



LA DEFENSA DE UN CAMINO



SOLDADO BELGA HERIDO PASEANDO CON SU HIJO EN BRAZOS POR LAS CALLES DE BÉLGICA

Era el 9.° ejército alemán, compuesto de la flor de los guerreros del Imperio, y comprendiendo las magníficas tropas de la Guardia. Todos sus hombres eran jóvenes, y me parecieron cortantes como navajas, duros como clavos. Su equipo realizaba la perfección como solidez, ligereza y comodidad. El color de sus uniformes era superior á toda otra tonalidad del kaki, pues á cien metros un regimiento parecía disolverse completamente en el paisaje. Las botas, de color obscuro y de modelo ruso, eran particularmente excelentes, hasta el punto de que he visto muchas veces á los campesinos flamencos arriesgar su vida en los campos de batalla para despojar á los cadáveres alemanes de su calzado. Los caballos tenían un aspecto soberbio, bien comidos y cuidados: jamás he visto nada mejor.

Me sentí impresionado, particularmente por el tamaño y el número de los cañones de campaña de la Guardia imperial. Pero lo que me interesó por encima de todo fueron cinco obuseros gigantescos, tirado cada uno de ellos por diez y seis pares de caballos, y que tienen el poder suficiente para convertir en migajas á una población á veinte kilómetros de distancia. Pero estos mastodontes aun hubiesen llamado más mi atención si hubiese podido prever que algunas semanas más tarde derrumbarían en torno de mí, con un estrépito ensordecedor, la ciudad que yo habitaba. (Alejandro Powell, después de su encuentro con el ejército alemán, se estableció en Amberes,



VISTAS DE BRUSELAS
LAS CASAS DE LOS GREMIOS (Fot. Rol)

presenciando el sitio y el bombardeo de la ciudad.

Me pareció que todas las contingencias posibles de la lucha habían sido tenidas en cuenta. Nada se había dejado al azar. Los mapas de Bélgica que llevaban todos los oficiales y sub-oficiales, constituían los más perfectos modelos de topografía que he visto nunca. Cada sendero, cada granja, el menor grupo de árboles, estaban indicados. Tenían tantos detalles, si es que no tenían más, que los mapas del Estado Mayor belga.

Al llegar á cierto punto, vi al borde del camino un enorme furgón, con un material completo de imprenta. En esta imprenta rodante se tira todos los días la edición matinal del *Deutsche Kreiger Zeitung,* periódico que se distribuye á las tropas en marcha. Su texto narraba especialmente grandes victorias alemanas, de las cuales no había oído hablar nunca, ni he oído hablar después, pero que parecían reconfortar grandemente á las tropas. Cocinas de campaña, cuyas chimeneas emitían espirales de caliente vapor, ronroneaban á lo largo de las líneas, y los cocineros con delantal blanco, agarrados á la trasera del vehículo, como los fogoneros á su locomotora, repartían la sopa ó el café caliente á la masa de hombres que tendían sus cazuelas de estaño, rellenas con rapidez para que no necesitasen abandonar sus filas. En otros furgones estaban los zapateros, con las piernas cruzadas sobre sus banquetas, remendando las botas, manejando la lezna con tanta diligencia y tranquilidad como si estuviesen en su propia casa, en las obscuras tiendecitas del Vaterland. Otros vehículos, que



EL PALACIO DE JUSTICIA



LA COLUMNA DEL CONGRESO



VISTA PANORÁMICA DE LA CIUDAD

eran carretas agrícolas de dos ruedas, llevaban «nidos» de ametralladoras, compuestas de nueve piezas



LA PLAZA REAL

de tal clase, preparadas para entrar en acción instantáneamente.

El servicio médico era magnífico, prácticamente organizado, y tan bien equipado como el hospital de cualquiera ciudad grande. Esto es muy oportuno, pues ningún hospital urbano tiene jamás que tratar á la vez tantos casos urgentes. Una sección de dicho servicio se componía exclusivamente de pedicuros. El soldado alemán es castigado con las más severas penas si sufre de un principio de callos ó de duricies en los pies sin manifestarlo inmediatamente. No tiene derecho á descuidar sus extremidades, lo mismo que sus dientes ó cualquiera otra parte de su organismo. Sus pies no le pertenecen, pues son propiedad del kaiser. Y el kaiser quiere que los cuide con la mayor atención, para que puedan realizar fatigosas y largas



EL HOTEL DE VILLE



UN VIVAC BELGA (Fot. Rol)

marchas y conducir de batalla en batalla á su propietario nominal. En una encrucijada del camino vi á un soldado armado con una máquina de esquilar. Cerca de él estaba un oficial escrutando de cerca la cabeza de cada uno de los hombres que desfilaban. Cada vez que veía á un soldado cuya cabellera sobrepasaba en un centímetro la longitud y el espesor reglamentarios, lo llamaba fuera de las filas y la rapadora recorría el cráneo y la nuca con igual rapidez que los esquiladores despojan á los corderos de su lana. Luego de esto, el esquilado, no teniendo ya refugio capilar para los parásitos, corría á juntarse con sus compañeros. Un gran número de ciclistas, arrastrando entre ellos serpientes de bilos eléctricos que se iban desenrollando de sus bobinas, instalaban teléfonos de campaña de árbol en árbol, de modo que el general comandante pudiese conversar en todo momento con cualquiera sección de esta columna, de una longitud de 80 kilómetros.

El ejército en marcha no duerme nunca todo á la vez. La mitad camina, mientras la otra mitad permanece en reposo. El soldado alemán es tratado como una máquina de valor, que debe mantenerse siempre en su máximum de velocidad y rendimiento. Esta es la razón por que sus jefes cuidan de que esté bien comido, bien vestido y bien calzado, lo mismo que un arriero cuida de sus mulas. Sólo así se comprende que estos ejércitos enormes puedan marchar regularmente 50 kilómetros por semana.

Personalmente no vi más que una vez cómo le pegaban á un soldado. Un centinela del cuartel general se olvidó de saludar á un oficial con todo el apresuramiento debido. El oficial, con el látigo que llevaba en la mano, le cruzó la cara repetidas veces. Cada



FUERZAS DE INFANTERÍA BELGA DESCANSANDO EN UNA CALLE DE BRUSELAS

golpe silbante levantaba una ampolla en el rostro del paciente, pero á pesar de ello, éste se mantuvo inmóvil, sin pestañear apenas, presentando las armas. Era un espectáculo poco agradable. Si un soldado inglés ó norte-americano hubiese sido tratado de este modo, al día siguiente se habrían celebrado los funerales del oficial.»

Durante la invasión de Bélgica la cruel disciplina alemana castigó aún con mayor dureza á todo soldado que mostraba cierta sensibilidad. Cerca de Vilvorde, en el camino de Lovaina á Bruselas, un oficial hizo fusilar en mitad de la calle á uno de sus hombres. Su delito era haber permanecido tres ó cuatro minutos fuera de las filas para ir á acariciar á un niño del pueblo que le recordaba por su parecido fisonómico á uno de los hijos que había dejado en Alemania.

◻

El 19 de Agosto, Bruselas perdió su calma por primera vez desde el principio de las hostilidades. Hasta entonces los bruselenses habían dado muestras de una imperturbable serenidad; pero al ver que la guarnición se retiraba á Amberes, siguiendo al gobierno, empezaron á formar en las calles numerosos grupos, comentando los sucesos recientes y los que veían venir. Muchas veces estos grupos levantaban la vista para seguir el vuelo de un aeroplano alemán que describía grandes círculos sobre Bruselas. Todas las conversaciones cesaban para seguir con un impresionante silencio los vuelos del enemigo.



ADOLFO MAX, BURGOMAESTRE DE BRUSELAS

Durante los días 18 y 19 los trenes condujeron á la capital belga millares y millares de refugiados que huían ante el avance enemigo. Muchos de ellos iban cubiertos de harapos ó vestidos á la ligera, tal como los había sorprendido la invasión. Otros se habían puesto los trajes de los días de fiesta. «Una vieja de 85 años—dice un periodista inglés—, adornada con sus mejores ropas y todas sus alhajas, vagaba sola y llorando por las calles de Bruselas. El ver á esta campesina abandonada de los suyos y en una ciudad que no conocía, resultaba un espectáculo lamentable.»

Todos estos fugitivos esparcieron las noticias más alarmantes acerca de los invasores y sus atrocidades. Con la exageración del terror, aumentaban el número de víctimas y el de las poblaciones incendiadas.

Un nuevo atentado había venido á agrandar la lista de los atropellos. La administración prusiana aplicaba su método de exacciones, apropiándose de todo el dinero que encontraba á mano. En Hasselt los hulanos se habían apoderado de 17.000 francos en la oficina de Correos. En la agencia del Banco Nacional de la misma ciudad habían abierto las cajas, haciéndose á sí mismos un *préstamo* de dos millones de francos. El robo á mano armada, reglamentado y justificado por un recibo sin valor, formaba parte para los alemanes de los medios legítimos de guerra.

El 19 de Agosto empezó á señalarse á la atención del mundo el famoso burgomaestre de Bruselas, Adolfo Max, que tantas pruebas había de dar luego de firme valor y sereno civismo. Temiendo que la alarma general produjese en Bruselas grandes desórdenes, el burgomaestre Max lanzó la siguiente proclama al vecindario:

«Conciudadanos:

Á pesar de la resistencia heroica de nuestras tropas, secundada por los ejércitos aliados, hay que temer que los enemigos invadan Bruselas. Si tal eventualidad se realiza, yo espero que podré contar con la calma y la serenidad de la población. Que todos eviten el enloquecimiento del pánico. Las autoridades principales no abandonarán su puesto. Continuarán llenando sus funciones con toda la firmeza que vosotros tenéis derecho á esperar de ellas en estas circunstancias tan graves. Creo inútil recordar á mis conciudadanos cuáles son sus deberes con el país.

Las leyes de la guerra prohiben al enemigo el forzar á la población para que proporcione datos sobre el ejército nacional y sus medios de defensa. Los habitantes de Bruselas deben saber que tienen perfecto derecho á negarse á comunicar al invasor todo lo que éste le pregunte acerca de dicho punto. El silencio respecto á esto se lo impone el interés de la patria.

Que ninguno de vosotros acepte el servir de guía al enemigo.

Que cada uno se ponga en guardia contra los espías y los agentes extranjeros, que buscarán segura-

FAMILIAS DE CAMPESINOS LLEGANDO Á BRUSELAS (Fot. Rol)

mente el recoger informes y provocar manifestaciones en un sentido ó en otro.

El enemigo no puede legitimamente atentar contra el honor de las familias, la vida de los ciudadanos, la propiedad privada, las convicciones religiosas ó filosóficas y el libre ejercicio de los cultos.

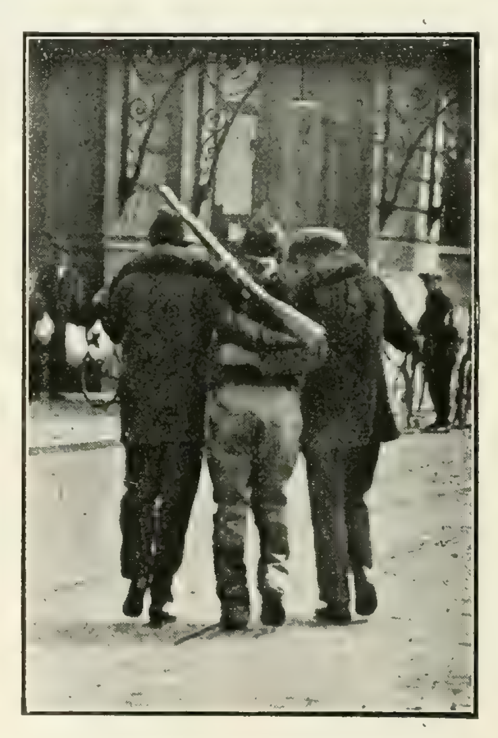
Todo abuso cometido por el invasor debéis denunciármelo inmediatamente. Mientras yo esté con vida y goce de libertad, protegeré con todas mis fuerzas los derechos y la dignidad de mis conciudadanos.

Ruego á los habitantes que faciliten mi gestión, absteniéndose de todo acto de hostilidad, de todo uso de armas, de toda intervención en los combates y encuentros.

Conciudadanos: Ocurra lo que ocurra, escuchad la voz de vuestro burgomaestre y conservadle vuestra confianza. Él no os traicionará nunca. ¡Viva Bélgica libre é independiente! ¡Viva Bruselas!

19 de Agosto de 1914.

ADOLFO MAX»



UN SOLDADO BELGA HERIDO

En el citado día, al llegar los fugitivos de los alrededores de Lovaina, se produjo cierto pánico, y el vecindario de Bruselas empezó á abandonar la ciudad. Ya era segura la entrada de los alemanes. Los refugiados contaban cómo el ejército belga seguía batiéndose aún y había hecho saltar con dinamita muchos puentes y casas de los alrededores de Lovaina para retardar la llegada del enemigo. Pero nadie dudaba de que la entrada de éste en Bruselas era solamente una cuestión de horas.

La noche del 19 al 20 de Agosto se desarrolló en medio de una natural inquietud del vecindario. El día había sido de pánico, y forzosamente la noche resultó agitada. Hasta altas horas brillaron luces en las ventanas, indicando que eran muchos los que no querían acostarse. Numerosos automóviles cruzaron las calles con montones de equipajes en sus techumbres. Todos los que por un optimismo confiado se habían mantenido hasta entonces en Bruselas, sentían de pronto el miedo

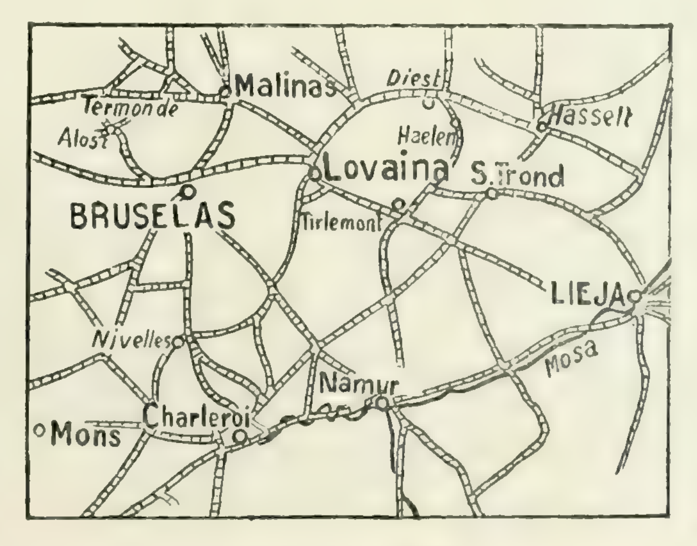
CAMINO DE BRUSELAS

LOS ALEMANES DESFILANDO POR LA PLAZA DE UN PUEBLO

ante la revelación brutal del peligro, huyendo á gran velocidad hacia Amberes, Ostende ó Lille. Un periodista francés que pasó la noche en Bruselas describió así el amanecer del día de la entrada de los alemanes:

«Las dos de la mañana: todo enmudece. Se han alejado los últimos automóviles y perdido los últimos pasos de la Guardia Cívica, que evacua la ciudad. Una tras otra, las estrellas errantes resbalan por el cielo. Después del estrépito de la retirada presurosa, que ha llenado gran parte de la noche, resulta agradable esta paz solemne de la Naturaleza. Á las cinco de la mañana todos los campanarios de Bruselas van desgranando el toque del *Ángelus* y despiertan el sentimiento de la realidad. Á las seis salgo á recorrer las calles. Un fijador de anuncios pega en las esquinas precipitadamente dos hojas blancas, la una redactada en francés y la otra en flamenco. Es una proclama del burgomaestre Max, aconsejando la calma y la serenidad al vecindario. Me dirijo á pie hacia la estación del ferrocarril. Por todos lados, en las torres de las iglesias y en las cúpulas de los palacios, que están convertidos en ambulancias, flota la bandera blanca con la cruz roja.

En el cielo azul, todavía sonrosado en algunos puntos por el resplandor del amanecer, no suena el grito de ningún pájaro. En cambio un gigantesco buitre, un aeroplano alemán, fácil de reconocer por las dos extremidades redondeadas de su cola, vuela muy alto, muy alto, en los aires. Niños y mujeres gritan en la calle la primera edición de los diarios. Los transeuntes, que no son muy numerosos, se los arrancan de las manos. Estos periódicos tienen gran des espacios en blanco con una inscripción: «Suprimido por la censura militar.» En el distrito de la Bolsa las calles están más animadas; los transeuntes po-



DE LIEJA Á BRUSELAS



TROPAS ALEMANAS LLEGANDO Á BRUSELAS DESPUÉS DE UNA LARGA MARCHA

pulares son numerosos, pero no demuestran ninguna fiebre.

El pueblo es siempre un poco fatalista, y aquí lo es más que en ninguna parte. Acepta lo que no puede impedir. Lo esencial para él es la vida, y para tener con qué vivir en este momento en que empiezan á faltar las provisiones, forma cola, en densas filas, ante las oficinas de socorro público. Una de estas filas ocupa un espacio de 300 metros. Hay más de 2.000 personas, sobre todo mujeres, que esperan. Al pasar junto á ellas no he oído ni una sola palabra. En todos los rostros se refleja una resignación tranquila. Otra cosa ocurre entre los pequeños burgueses, empleados ó comerciantes. En los cafés que acaban de abrirse y en la peluquería donde entro para que me afeiten, no oigo más que recriminaciones y quejas, cambiadas á media voz, por seres nerviosos é inquietos que parecen haber despertado de pronto. La llegada inminente de los alemanes, que los periódicos no les habían dejado sospechar, mientras que en las esferas bien informadas este suceso no era un misterio para nadie, exaspera é irrita á estos pequeños burgueses, sostenidos por la fiebre patriótica mientras sólo se les hablaba de éxitos, y que al anuncio del primer revés gritan que los han engañado y se indignan. Llego á tiempo á la estación para saltar en el último tren que parte de Bruselas. Detrás de él la línea quedará cortada.»

Á las dos de la tarde del día 20 se verificó la entrada de los invasores en Bruselas. Á última hora el gobierno había decidido la retirada de los hombres de la Guardia Cívica activa con dirección á Amberes y el licenciamiento de la Guardia Cívica de reserva, pues los alemanes no reconocían á los individuos de este cuerpo el carácter de beligerantes, fusilándolos cuando caían en su poder como si fuesen guerrilleros, á pesar de su uniforme y su antigua organización militar. La vigilancia de la ciudad quedó confiada exclusivamente al cuerpo de policía.

Durante toda la mañana del 20 las calles estuvieron llenas de gentío, que esperaba con ansiedad los acontecimientos. El corresponsal del *Daily Mail*, que presenció la entrada de los alemanes, la describía así: «El sol se ha levantado radiante, y desde el amane-



DESCANSANDO EN LAS INMEDIACIONES DE LA CIUDAD

LAS PRIMERAS FUERZAS DE INFANTERÍA ALEMANA ENTRANDO EN BRUSELAS (Fot. Rol)

cer la ciudad está muy animada. De todos los labios surgen las mismas palabras: «*Ellos* están aquí» ó «*Ellos* van á llegar. *Ellos* son los enemigos que están ya en las inmediaciones de Bruselas.» Desde las primeras horas del 20 la artillería ocupó el camino de Waterlóo, mientras la caballería, la infantería y los zapadores cubrían con sus masas compactas los caminos de Lovaina y de Tervueren. La noticia de tal proximidad, dada por el conductor de un automóvil, fué acogida con el más profundo silencio por la muchedumbre aglomerada en la plaza de las Naciones y las calles inmediatas.

Á las once se anunció que un destacamento de húsares alemanes, mandado por un oficial, acababa de presentarse ante la puerta de Lovaina. Este grupo, que llevaba banderas blancas, venía como parlamentario. El burgomaestre Max, acompañado de sus cuatro tenientes ó adjuntos, llamados *Echevins*, se dirigió en automóvil á su encuentro y los húsares lo condujeron adonde estaba el general en jefe. La entrevista se verificó ante el Cuartel de los Carabineros. El burgomaestre Max reclamó para sus ciudadanos el derecho de quedar sometidos á las reglas ordinarias de la guerra, aplicables al caso actual, por ser Bruselas una ciudad abierta. Los alemanes le pidieron imperiosamente que rindiese



DESFILE DEL PRIMER REGIMIENTO ALEMÁN POR LA PLAZA DEL HOTEL DE VILLE

CONVOYES ALEMANES EN UNA PLAZA DE BRUSELAS

FUERZAS DE CABALLERÍA EN UNO DE LOS ARRABALES

(Fots. Rol)

ENTRANDO EN BRUSELAS

LAS TROPAS ALEMANAS EN LA HISTÓRICA PLAZA DEL HOTEL DE VILLE

DESFILE DE UN REGIMIENTO

(Fots. Rol)

la ciudad sin condiciones, pues de lo contrario sería bombardeada. Igualmente le ordenaron, como ceremonia protocolaria, que se despojase de su banda de burgomaestre, signo de autoridad civil, antes de entrar en negociaciones. El burgomaestre se sometió á tal exigencia, entablando luego una discusión que fué corta. El general alemán devolvió su banda á Max, confiriéndole la dirección de los asuntos de Bruselas con ciertas condiciones, y dándole á entender que sería responsable personalmente de todo acto hostil de los habitantes contra los invasores.

En un momento dado sonaron los silbatos de los oficiales, y toda la infantería, abandonando el paso de marcha, comenzó el solemne y grotesco paso de parada llamado «del ganso». Por la avenida de Lovaina, San José y la estación del Norte, las tropas llegaron á las alturas de Kockelberg.

Durante el desfile de los hulanos se produjo un incidente. La muchedumbre vió á dos oficiales belgas prisioneros que marchaban con esposas en las manos, amarrados á los estribos de los jinetes alemanes. Un murmullo de indignación y protesta surgió del gentío.



TROPAS ALEMANAS EN UNA ESTACIÓN DE BRUSELAS

Poco antes de las dos de la tarde una salva de artillería, seguida de los acordes de una música militar, anunció á los vecinos de Bruselas que iba á iniciarse la marcha triunfal del enemigo á través de sus calles. Un destacamento de hulanos abría la marcha, siendo seguido á corta distancia por la caballería, la infantería, la artillería, los zapadores y un tren de sitio completo. Cien automóviles armados con cañones de tiro rápido cerraban la marcha. Cada regimiento y cada grupo de baterías iba precedido de su música ó su charanga. El largo desfile prosiguió á los acordes de los himnos patrióticos alemanes, *Die Wacht am Rhein* ó *Deutschland uber alles*, cantados por los soldados. Entre los regimientos de caballería llamaron la atención el famoso de húsares de la Muerte y el de los húsares de Ziethen.

Inmediatamente los oficiales de hulanos espolearon sus caballos, lanzándolos sobre la muchedumbre para hacerla retroceder, mientras levantaban sus sables en señal de amenaza.

Un vendedor intentó ofrecer flores á los prisioneros, pero un oficial dirigió contra él su caballo, haciéndolo rodar por el suelo. Una dama francesa que estaba entre los curiosos, protestó indignada por el atropello, llamando «bruto» al oficial. Todos creyeron que iba á sufrir la misma suerte que el vendedor de flores, pero el oficial de hulanos se contentó con lanzar un gruñido de cólera, siguiendo su camino desdeñosamente.

Al pasar los cañones, los bruselenses vieron con asombro un pequeño oso, que era sin duda la *mascota* de la batería, vestido con un uniforme de general bel-

ga y cubierto con un bicornio á imitación del rey Alberto. De vez en cuando el animal hacía un gesto de saludo, llevándose una pata al sombrero. Este espectáculo irritó á los belgas, pero hubieron de contener su indignación. Muchos soldados alemanes hacían todo lo posible para excitar y herir los sentimientos de los belgas. Algunos de ellos arrancaban al pasar las cintas con los colores nacionales que todas las mujeres ostentaban sobre el pecho. Cerca de la catedral de Santa Gudula, varios oficiales alemanes que ocupaban un automóvil se apoderaron de todos los papeles de un vendedor de periódicos y comenzaron á leerlos, celebrando con insolentes y escandalosas risotadas lo escrito por los periodistas belgas.



UN CONVOY ALEMÁN ACAMPADO EN LOS ARRABALES DE BRUSELAS (Fot. Rol)

Á pesar de estas provocaciones, la muchedumbre guardó una actitud calmosa y digna. El deseo de los alemanes era provocar una explosión de protesta, para de este modo poder infligir á los habitantes de Bruselas los mismos castigos atroces que á otras poblaciones belgas. Durante varias horas las legiones del kaiser pasaron á través de las calles y avenidas de Bruselas. Á las 5 de la tarde las últimas unidades salían con dirección á Nivelles, quedando únicamente en la ciudad una reducida guarnición.

Este desfile de 40.000 hombres á través de la capital belga, había tenido por objeto entusiasmar á las muchedumbres de Alemania, dando á la entrada en Bruselas el carácter de un cortejo triunfal. Guillermo II podía compararse después de esto con su victorioso abuelo. Había obligado á retirarse á un pequeño ejército que no estaba vencido, apoderándose á continuación de una ciudad abierta. El desfile también había sido para impresionar la imaginación de los bruselenses. Por esto los jefes alemanes cuidaron de organizarlo teatralmente.

«Los soldados alemanes—dijo un corresponsal extranjero—, y principalmente los oficiales, se han portado en esta entrada de un modo innoble. Habían adornado las colas de sus caballos con los colores belgas, colocando las cintas junto á la parte más inmunda de la grupa. Se divertían en lanzar estos caballos contra el gentío, para producir movimientos de pánico. Muchos oficiales enviaban besos á las mujeres, y recomendaban á sus soldados que cantasen canciones de cuerpo de guardia, de dudosa moralidad. Al atravesar un jardín, hicieron pasar sus tropas á través de los parterres de flores que lo adornaban. Pero todas estas provocaciones brutales fueron acogidas por la muchedumbre con una impasibilidad exterior. Para impresionar más á sus víctimas los alemanes quisieron proporcionarles el regalo de un espectáculo aéreo, y á las cuatro de la tarde un «Taube» apareció sobre la estación del Norte, lanzando cohetes.»

Las tropas que desfilaron á través de Bruselas es-

GRUPO DE OFICIALES ALEMANES EN UNA PLAZA DE BRUSELAS (Fot. Rol)

taban todas en excelente estado. Los generales alemanes escogieron los regimientos que menos habían combatido. Eran verdaderas tropas de parada.

Apenas se alejó este ejército, comenzaron en la ciudad las requisas de víveres y automóviles para las fuerzas establecidas en los alrededores. La guarnición alemana de Bruselas se instaló en los cuarteles. Todo indicaba que los invasores tenían el propósito de hacer pagar cara á la capital la resistencia que habían encontrado hasta entonces en Bélgica.

Como el ejército quedó acampado en las cercanías de Waterlóo, los oficiales, una vez instaladas sus tropas, volvieron á Bruselas para mostrarse en calles y paseos. Todos ellos se aposentaron en los principales hoteles, exhibiéndose en los balcones y las terrazas, fumando grandes cigarros y mirando con burlona agresividad á los belgas.

En la entrevista entre el burgomaestre Max y el general Sixtus von Arnim, comandante en jefe del cuerpo invasor, se había ajustado por la mañana el siguiente convenio:

1.° Libre paso de las tropas alemanas á través de Bruselas.

2.° Alojamiento de una guarnición de 3.000 hombres en los cuarteles de Daily y de Etterbeek.

3.° Las requisas serán pagadas en especies.

4.° Respeto de los habitantes y de las propiedades públicas y privadas.

5.° Dirección de los negocios públicos por la administración municipal, sin estar sometida á la intervención de los alemanes.

El mismo día 20 el general alemán hizo fijar en las paredes de Bruselas el siguiente aviso á la población:

«Las tropas alemanas atravesarán Bruselas hoy y los días siguientes. Las circunstancias las obligan á pedir á la ciudad el alojamiento, el alimento y los víveres de campaña.

Todas estas cuestiones serán reglamentadas re-



EN LA PLAZA DEL HOTEL DE VILLE

OFICIALES ALEMANES EN BRUSELAS (Fot. Rol)

gularmente por intermedio de las autoridades municipales.

Espero que la población se conformará sin resistencia á estas necesidades de la guerra, y en particular que no cometerá ninguna agresión contra la seguridad de las tropas y proporcionará todas las provisiones que se le pidan.

Si así lo hace, doy toda clase de garantías para la protección de la ciudad y la seguridad de sus habitantes.

Si, por el contrario, se producen, como ha ocurrido desgraciadamente en otras partes, actos de agresión contra los soldados, incendios de edificios ó explosiones de cualquiera clase, me veré obligado á adoptar las medidas más severas.

El general comandante de este cuerpo de ejército,

SIXTUS VON ARNIM »



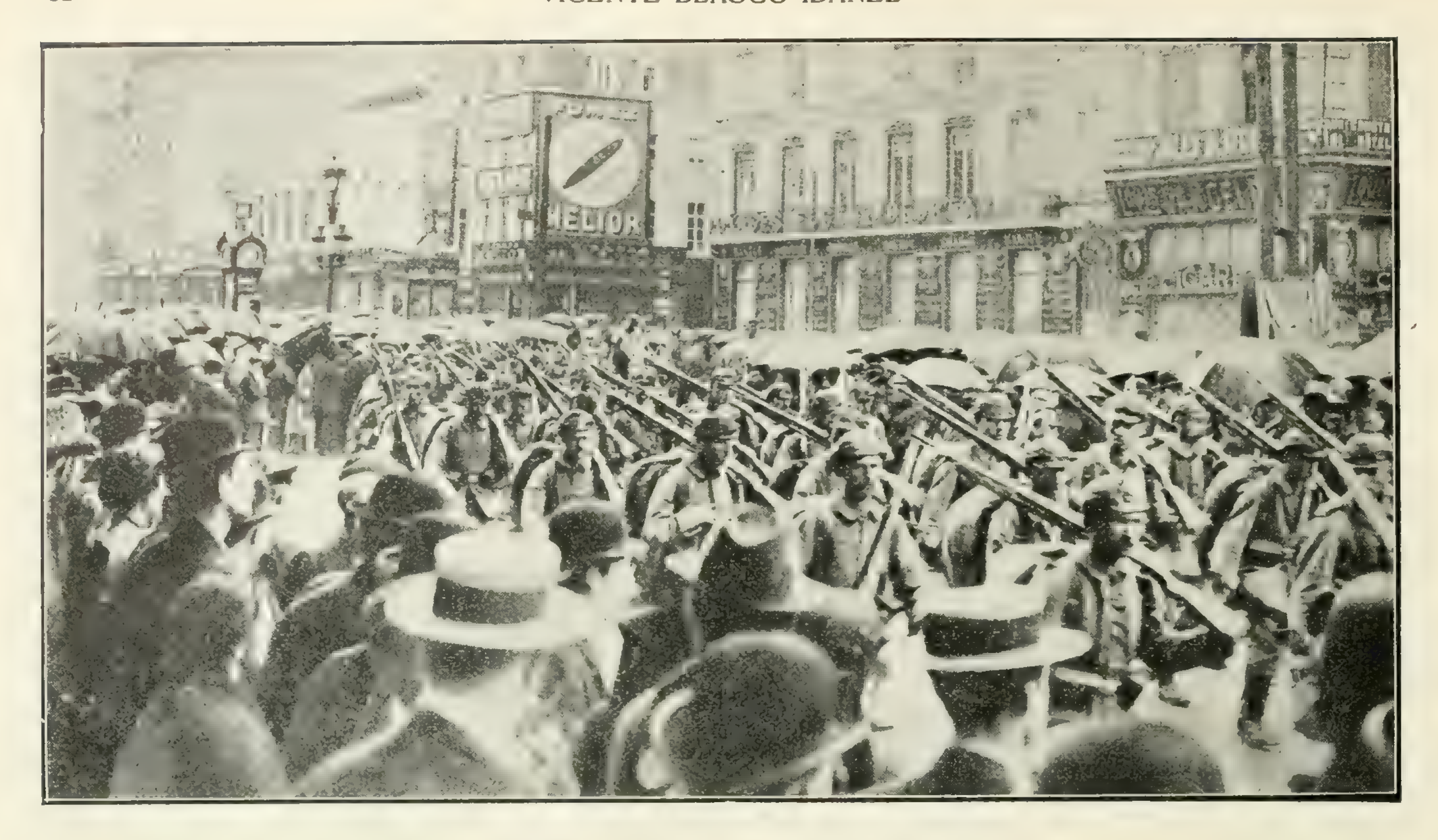
INTERMEDIO DURANTE EL DESFILE

Las tropas acuarteladas en el interior de la ciudad ó acampadas en sus alrededores fueron cuatro regimientos de infantería, tres de artillería, uno de hulanos y varias compañías de telegrafistas. Los alemanes restablecieron el servicio de tranvías, correos y teléfonos. Deseaban que Bruselas conservase su aspecto ordinario. El pueblo permanecía silencioso, pero su calma sólo era aparente. Un veterano belga decía con las lágrimas en los ojos á un periodista extranjero el mismo día de la entrada de los alemanes:

—El recuerdo de este espectáculo sólo se borrará de la memoria de los belgas el día que el rey Alberto pase á caballo por la Avenida de los Tilos en Berlín.

▫

Un escritor de un país neutral, el profesor holandés Grondijs, antiguo catedrático del Instituto de Dordrecht, corrió á Bélgica desde los primeros momentos de la invasión, presenciando sus diversas fases. Este escritor es de una severa imparcialidad, y dice lo poco bueno que ha visto de los alemanes, así como lo mucho de malo. Por esto su testimonio fué de



LA INFANTERÍA ALEMANA DESFILANDO POR BRUSELAS

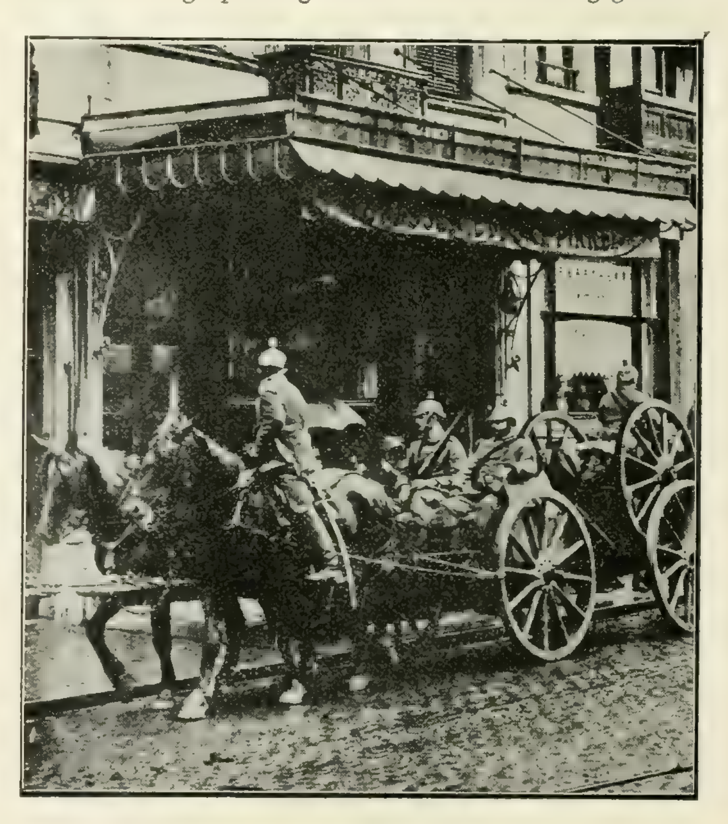
indiscutible autoridad al relatar los grandes crimenes de la barbarie alemana presenciados por él. En lugar oportuno transcribiremos las revelaciones de este testigo neutral acerca de los atropellos realizados por los prusianos en Lovaina y Aerschot.

El profesor Grondijs contempló la entrada de los alemanes en Bruselas. Como entonces no había presenciado aún su obra destructiva, muestra cierta predisposición en favor de los invasores, al mismo tiempo que refleja el verdadero estado de ánimo de la población de Bruselas al ver este desfile de enemigos que tres días antes consideraba imposible.

«Cuando entraron los alemanes—dice Grondijs—el espíritu del pueblo se deprimió. Empezaron á verse menos escarapelas belgas. Algunos funcionarios municipales, sin autorización del burgomaestre Max, corrieron las calles para ordenar á los vecinos que quitasen de las ventanas los grupos de banderas belgas y aliadas. Las tropas que entran, bajo el mando del general Sixtus Von Arnim, han hecho el camino á pie desde Aix-la-Chapelle, pero tienen buen aspecto.

Mientras dura el desfile yo miro muchas veces las caras de los espectadores. Los espíritus se caldearán más tarde contra el invasor, pero por el momento no veo en la muchedumbre más que un sentimiento de curiosidad. Yo guardo sobre el pecho mis escarapelas holandesa y belga. De un grupo de bruselenses que me han contemplado durante algún tiempo, murmurando entre ellos, se destaca un ciudadano que me aborda y me ruega que oculte mis escarapelas, porque según él dice, «los prusianos no gustan de ver esto». Yo me niego. El grupo parece visiblemente molestado.

La primera impresión producida por las tropas alemanas sobre la muchedumbre, es de asombro y luego de miedosa admiración. La entrada triunfal, hecha con el célebre paso de parada, se asemeja al ruido de los golpes regulares de un martillo gigantes-



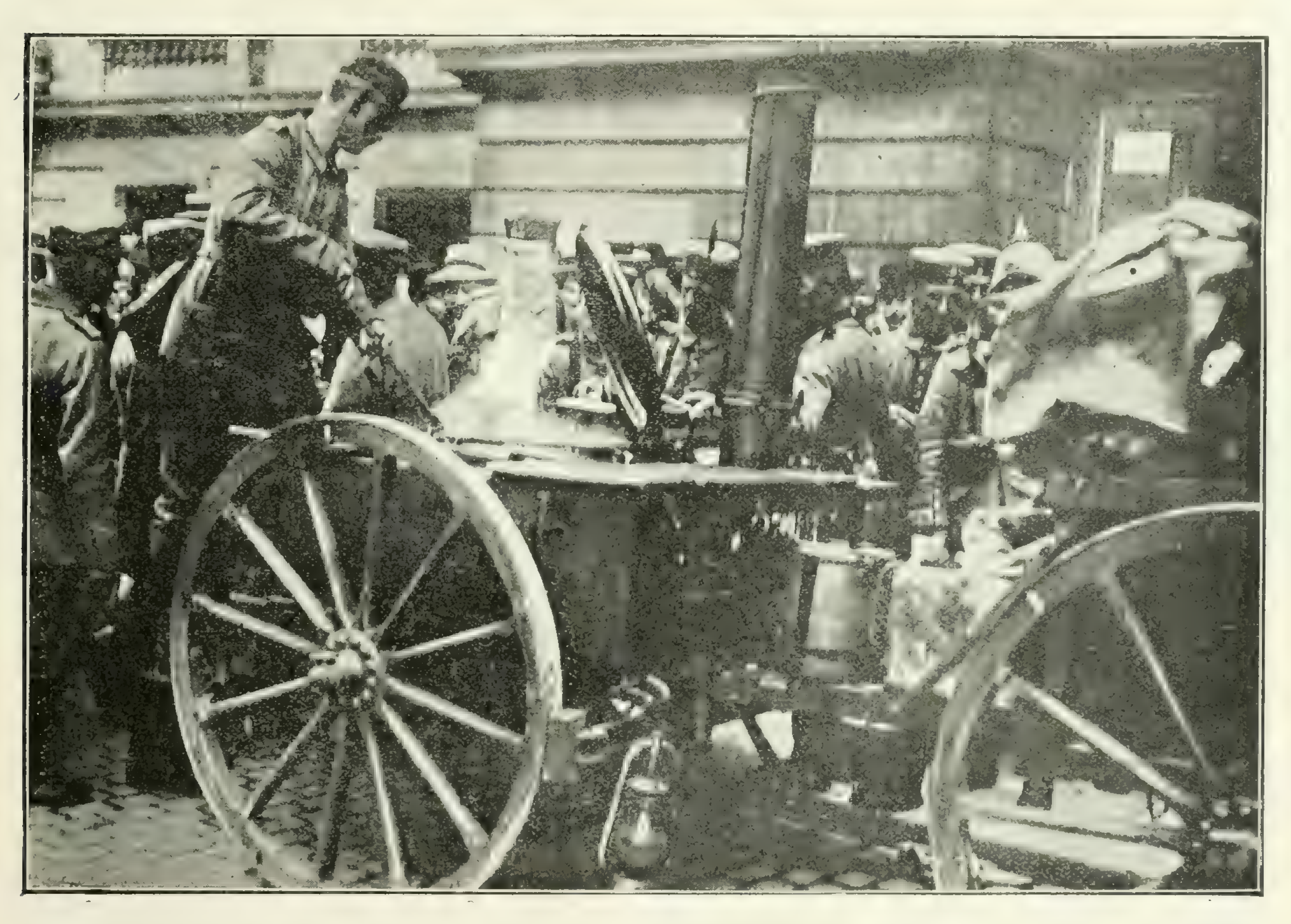
LA ARTILLERÍA

co sobre un yunque. Estos hombres sólidos, estos rostros inmóviles bajo sus cascos polvorientos, y la impresión que producen unidos por una disciplina de hierro, causan un sentimiento de inquietud, mezclado con respeto. ¡Y estos son los martirizadores de niños y mujeres, los incendiarios de pueblos!... Sin embargo, no se encuentra en sus rostros ninguna traza de tales aficiones crueles, aunque sus rasgos fisonómicos son algunas veces muy bárbaros. No obstante inspiran, á pesar de todo, un miedo indecible.

Una vieja que ha atravesado la muchedumbre curiosa, avanza hacia los prusianos, probablemente sin ningún fin preciso. Un agente de policía la retiene. La vieja intenta explicarse: «Yo tenía un hijo y *ellos* me lo han matado.» El agente responde con voz ronca: «Y yo tengo dos hijos en el ejército.» La vieja, al verse repelida, grita de pronto: «¡Abajo los prusianos!» La muchedumbre, poseída de un terror repentino, empieza á correr. Una joven cae al suelo, los niños gritan. Los soldados alemanes miran y parecen no enterarse de lo que ocurre.

En todos estos ejércitos que han pasado durante dos días en fila interminable á través de Bruselas, noto cierta timidez, propia de los rudos hombres de tropa ante una población civilizada. Esta civilización, si se considera como fenómeno general, no vale tal vez gran cosa; pero implica el bienestar, el espíritu de crítica, la vigilancia incesante de todos los gestos y movimientos, y muchas veces la diversión á costa del vecino. Todos estos alemanes que invaden Bruselas, me hacen recordar á las cohortes romanas atravesando Atenas, expuestas á las sonrisas y las bromas ingeniosas de la población.

La superioridad de los soldados alemanes reside en el miedo que inspiran. Pero estos guerreros temibles sienten un indiscutible embarazo ante la ingenuidad y la complejidad de una población que espera y calla... Hacen esfuerzos por adaptarse á una urbanidad que sus almas de soldados admiran. Esto les desarma.



LOS ALEMANES HACIENDO SU COMIDA EN UNA CALLE DE BRUSELAS (Fot. Rol)

Desde hace uno ó dos días la capital está tranquila, y estos hombres terribles parecen domados. La gente empieza á sentirse más fuerte que ellos; más fuerte por la palabra siempre despierta y el rencor que empieza á asomar. Se nota la inquietud de los invasores ante la enorme muchedumbre de jóvenes que llenan las calles, y otra inquietud aun más profunda, semejante á la que experimentan los atletas ante las débiles mujeres de carácter burlón.»

o

Mientras los alemanes solemnizaban la entrada en Bruselas con su aparatoso desfile militar, los prepara-

EQUIPO COMPLETO D

tivos de la defensa belga adquirían en Amberes una extensión considerable.

Entre Clamphout y Amberes fueron derribados todos los magníficos árboles de sus jardines y paseos. Ninguna ciudad de Europa podía enorgullecerse como Amberes de la belleza de sus alrededores. Imponentes y lujosos castillos se destacaban sobre las frondas de magníficos parques; lujosas casas de recreo emergían de sonrientes praderas y jardines primaverales; los caminos innumerables, las avenidas y los paseos de jinetes estaban bordeados de árboles venerables. Una gran cantidad de aldeas pintorescas se destacaban en este paisaje seductor, con sus techos de azulejos y sus muros blancos tapizados de plantas trepadoras.

Á fines de Agosto desapareció casi instantáneamente el encanto de este país. Los más seductores arrabales de Europa se borraron con la misma prontitud «que la esponja borra las figuras de una pizarra». Casas, iglesias, molinos de viento, árboles, cercas, muros, todo desapareció en una zona de tres kilómetros de anchura por veinte de longitud; todo quedó nivelado á ras del suelo. «Kilómetros y kilómetros de árboles majestuosos que flanqueaban los grandes caminos fueron echados al suelo; hoteles dignos de abrigar los mayores potentados de la tierra quedaron arruinados por la dinamita; iglesias cuyos muros habían resonado bajo el paso férreo del duque de Alba y sus hombres de armas quedaron reducidas á escombros; aldeas que por su gracia habían sido la alegría de los artistas y los viajeros desaparecieron entre las llamas.» Después del incendio de Moscou jamás se vió un espectáculo semejante de inmolación voluntaria. Desde que el primer soldado alemán pisó el suelo belga, las autoridades militares de Bélgica emprendieron en Amberes esta obra preventiva, limpiando con la destrucción de árboles y edificios la vasta zona situada entre la cintura exterior de fuertes y la interior, para que las tropas sitiadoras no pudiesen encontrar abrigo.



PREPARANDO LA

Derribo de edificios en las afueras de Amberes

ERO ALEMÁN DE SITIO (De «The Illustrated War News»)

La propiedad destruída por los zapadores y los ingenieros belgas en los alrededores de Amberes representó centenares de millones. Las cercanías de la hermosa ciudad ofrecieron un aspecto semejante al de las grandes urbes después de un incendio colosal ó de un temblor de tierra.

Una vez terminados los trabajos de defensa resultaba imposible aproximarse á las fortificaciones sin ser visto á gran distancia. El suelo se erizó de barreras de alambre con púas, de hilos eléctricos unidos á las instalaciones de luz de la ciudad, para la electrocución de los invasores que avanzasen contra los fuertes. «Las ramas—dice Powell—fueron aguzadas como lanzas y clavadas en el suelo, instalándose además millares de trampas. Muchas de ellas consistían en toneles vacíos hundidos en el suelo y cubiertos de una delgada capa de tierra que debía ceder bruscamente bajo el peso de un hombre, haciéndole caer en el fondo del agujero. Más allá de la región de los alambres con púas y de las trampas disimuladas, los campos sembrados de remolachas y patatas ocultaban minas subterráneas que debían estallar eléctricamente, exterminando regimientos enteros. Á través de los campos y las praderas se desarrollaban cosas que á primera vista parecían enormes serpientes de un tono rojo obscuro, pero contempladas de cerca eran trincheras para la infantería. Al Sur de Amberes, donde existe un laberinto de canales, cada orilla quedó armada como por encanto de parapetos y baterías de cestones. Enormes cargas de dinamita fueron colocadas en puentes, viaductos y túneles. Los caminos quedaron cortados con barricadas de adoquines cubiertas de colchones. En algunos puntos los alambres fueron dispuestos transversalmente á la altura de una cabeza de hombre, para detener la carrera de los autos blindados del enemigo. Los muros de los contadísimos edificios mantenidos en pie fueron perforados con numerosas aspilleras para la infantería.



DEFENSA DE AMBERES
para facilitar el funcionamiento de la artillería



LA DEFENSA DE AMBERES

DERRIBO DE UNA PUERTA DE LA CIUDAD, INMEDIATA Á LAS FORTIFICACIONES

Ametralladoras y piezas de tiro rápido fueron emplazadas en todas las alturas. Durante la noche los rayos lívidos de los proyectores barrían esta zona desolada prestándola una claridad diurna. Y lo más terrible de este enorme trabajo de destrucción fué que no sirvió para nada, pues los alemanes, en vez de lanzar sus masas de infantería contra los fuertes, como todos esperaban, y dar ocasión de este modo á los alambres con púas, á los campos minados y á las ametralladoras para cumplir su obra, se dedicaron á pulverizar sistemáticamente los fuertes con la ayuda de los cañones de sitio establecidos á una distancia de veinte kilómetros. En realidad, el día en que los alemanes penetraron en Amberes ni un alambre había sido cortado, ni una barricada había sido tomada por asalto, ni una mina había hecho explosión. Esto no fué porque á los belgas les faltase valor. Yo puedo declarar en todas partes que tienen valor sobrado para revenderlo á los demás. Las obras de defensa resultaron inútiles porque los alemanes no se expusieron nunca á atacarlas de cerca, limitándose á un lejano y terrible cañoneo. Fué un caso semejante al del hombre que deja á un niño construir con gran pena un complicado edificio de piececitas de madera, y una vez terminado el trabajo lo echa al suelo con sólo un movimiento de su mano lejana.»

Cuando el rey de Bélgica con su gobierno y su ejército se refugió en el campo atrincherado de Amberes, el territorio nacional quedó limitado á menos de una mitad, viviendo el resto bajo la dominación de los alemanes. Todo lo que los belgas conservaron de Bélgica fué las provincias de Limburgo, Amberes y Flandes oriental y occidental. El resto del territorio, cinco provincias, quedó ocupado por la invasión alemana.

Podía trazarse una línea en el mapa de Bélgica de Este á Oeste, partiendo de la ciudad holandesa de Maestricht y pasando por Hasselt, Diest, Aerschot, Malinas, Alost y Courtrai hasta la frontera francesa. Esta línea era la divisoria entre alemanes y belgas, el frente de batalla de sus ejércitos, y durante dos meses numerosos combates de más ó menos importancia se desarrollaron en toda su extensión.

Durante los últimos días de Agosto y los primeros de Septiembre estos combates consistieron, como diremos más adelante, en tentativas del ejército belga para repeler al enemigo amenazando sus comunicaciones y en contraataques de los alemanes que hicieron cambiar á Aerschot, Malinas, Sempst y Termonde varias veces de dueño. Á unos veinte kilómetros detrás de esta línea surgía la gran posición fortificada de Amberes, refugio del ejército belga en sus avances y retiradas, de acuerdo con los aliados.

▫

Al reorganizarse las fuerzas belgas se presentaron en Amberes algunos oficiales heridos en los fuertes de Lieja, que habían sido hechos prisioneros por los alemanes, pudiendo escapar cuando los conducían á Alemania. Uno de ellos fué un comandante que estuvo hasta el último momento al lado del general Leman en el fuerte de Loncin. Este militar dió al gobierno belga y á los corresponsales extranjeros un relato



LEVANTANDO BARRICADAS

detallado de la épica resistencia del mencionado fuerte. Leman había dicho por telégrafo al rey Alberto: «Moriremos, pero no nos rendiremos»; y todos sus subordinados pensaban de igual modo.

«El fuerte de Loncin—dice el comandante—quedó completamente aislado. Los alemanes preparaban un ataque formidable. Noche y día en esta inmensa colmena de acero y cemento, cada uno cumplía su deber con una calma y un empujo sorprendentes. Los cañones tronaban sin descanso. Los proyectiles enemigos caían sobre el fuerte, estallando con un ruido formidable, pero sin causar graves daños. Hasta entonces Loncin sólo había sido atacado por las primeras baterías alemanas, cuyas piezas eran de diez centímetros y medio. Los artilleros belgas hacían frente estoicamente al fuego enemigo sin manifestar la menor inquietud. Todos habían jurado al general Leman morir junto á sus cañones antes que rendirse.

Sin embargo, la existencia en el fuerte resultaba penosa. Así como transcurría el tiempo, un resplandor de ferocidad parecía iluminar los rostros, ennegrecidos por el humo que provenía del tiro de las cúpulas y de la explosión de los proyectiles. Las galerías del fuerte estaban á obscuras, pues el tiro de los enemigos había destruído la chimenea de la instalación de electricidad, impidiendo que funcionasen los generadores. Todos los locales tenían las ventanas herméticamente blindadas, y en los almacenes ó en las cúpulas el aire se hacía cada vez más denso, cargado del acre olor de la pólvora. Pero este olor, en vez de deprimir los cerebros y los corazones, les comunicaba un nuevo ardimiento, lo mismo que si embriagase. Una atmósfera de heroísmo envolvía á todos estos hombres, estrechamente unidos por el cumplimiento del mismo deber, y cada vez más decididos al sacrificio total de su vida.»



FUGITIVOS EN AMBERES (Fot. Rol)

El 14 y 15 de Agosto entró en acción la artillería de sitio de los invasores, y su bombardeo monstruoso duró 24 horas. Dos, tres y hasta cuatro proyectiles por minuto estallaban sobre la masa central del fuerte con un estrépito de tempestad. Chorros de fuego y nubes de opaco humo penetraban por todas las rendijas. No pudiendo responder á las nuevas baterías por ignorar su emplazamiento, las cúpulas del fuerte de Loncin permanecían silenciosas. Los artilleros de servicio estaban reunidos en los pisos inferiores, á excepción de los centinelas acurrucados en el exterior, y que vigilaban la posibilidad de un asalto, para dar



RUINAS DEL FUERTE LONCIN DE LIEJA

la voz de alarma. Toda la guarnición se había reunido en la vasta galería central, cuya bóveda de tres metros de espesor ofrecía un abrigo seguro, mientras los locales de los pisos superiores recibían los proyectiles enemigos. La guarnición se mantuvo indemne de este modo, reservándose para el asalto que indudablemente intentarían los alemanes después del bombardeo, y que todos habían jurado rechazar á costa de sus vidas. El general Leman, el comandante Naeszens y los demás oficiales del fuerte circulaban entre los hombres, encontrando en estas horas trágicas las palabras oportunas para mantener intacto y vibrante el entusiasmo de los admirables soldados.

Aprovechando durante la noche una calma del bombardeo, Leman hizo examinar el estado de las cúpulas. Habían sufrido pocos perjuicios. Las más de ellas no tenían otro defecto que estar inmovilizadas por los pedazos de hierro ó los fragmentos de construcción que habían venido á incrustarse entre la coraza y la antecoraza. Esto se podía remediar apenas cesase el fuego. Las pequeñas cúpulas de los cañones de tiro rápido estaban intactas. La guarnición podía rechazar un asalto.

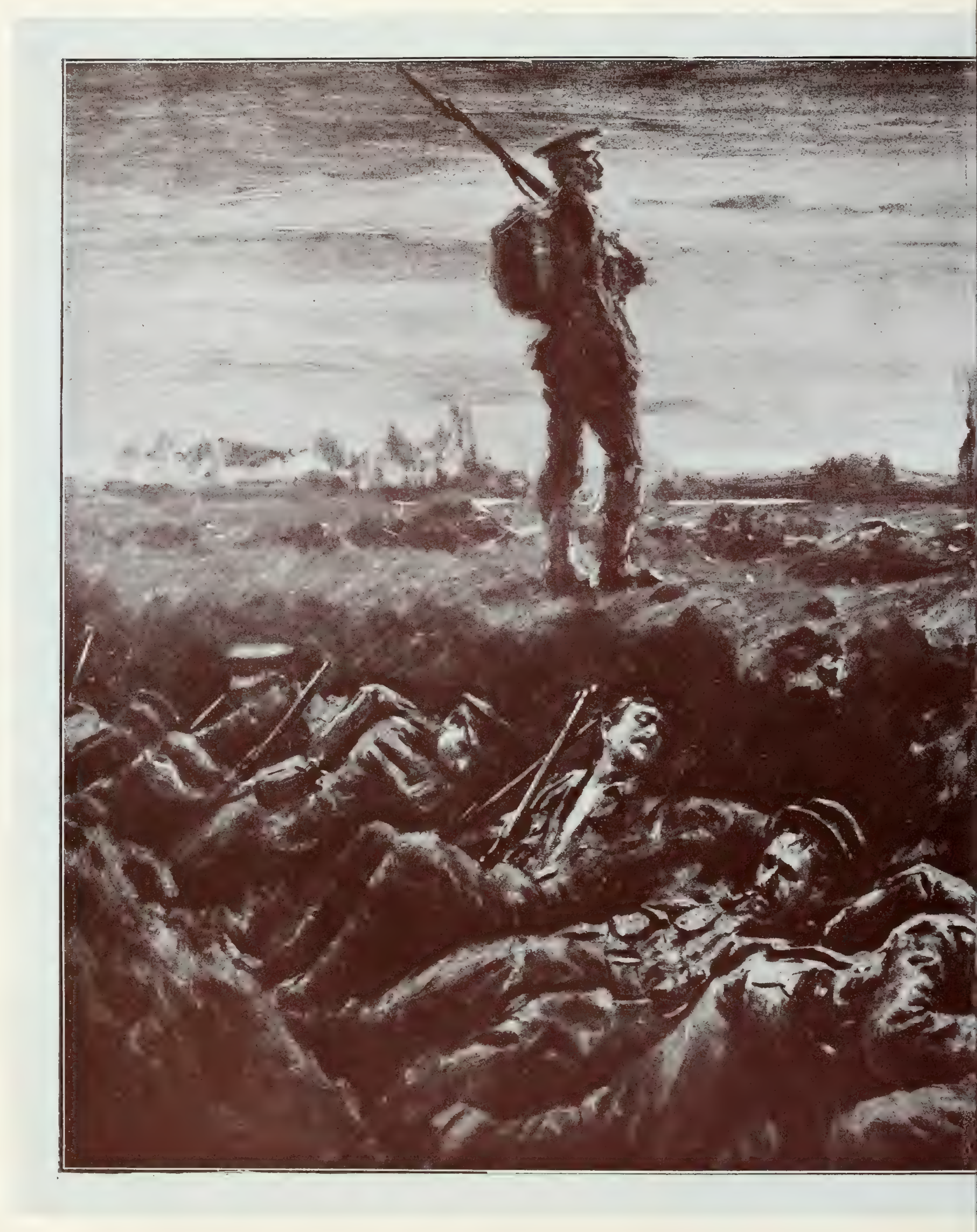


EL HEROICO GENERAL LEMAN

Al amanecer del día siguiente se reanudó el bombardeo con mayor violencia. La guarnición se ocupó en extinguir algunos principios de incendio. La más admirable confianza no cesó de reinar un momento entre los defensores del fuerte. Los hombres hacían sus comidas con toda calma. Otros, vencidos por la fatiga, dormían profundamente entre un estrépito de infierno. Todos sufrían un poco al tener que vivir en la galería central, invadida por el humo, pero nadie se quejaba.

«Cada uno de nosotros —dice el comandante belga— estaba pronto á lanzarse á su puesto de combate. Todos preveíamos que el





Dibujo de A. C. Michael, de «The Illustrated London News»

Un centinela c



las trincheras



asalto sería al cerrar la noche, y por esto las baterías enemigas redoblaban el bombardeo. Á las cinco de la tarde una explosión inmensa conmovió todo el fuerte. El almacén de pólvora donde estaban encerradas las cargas de los cañones, se incendió bruscamente. Nada en el mundo puede asemejarse á los efectos terribles de esta explosión, que derrumbó toda la parte central del fuerte, entre un torbellino inmenso de llamas, humo y polvo. Fué una devastación indescriptible; un amontonamiento monstruoso de bloques de argamasa y fragmentos de cúpulas que acabaron por aplastar con su caída á la casi totalidad de la guarnición, diezmada ya por la voladura del almacén de pólvora. De este amontonamiento fantástico de ruinas se escapaban torrentes de humo sofocante.



LA CÚPULA DEL FUERTE LONCIN DESPUÉS DEL BOMBARDEO

Á la explosión infernal sucedió un silencio de muerte. La artillería de los sitiadores se había callado. De pronto vimos surgir de todos lados alemanes de infantería que corrían hacia nosotros. Se introdujeron en las ruinas bajo la dirección de un oficial, buscando á los supervivientes que gemían bajo los escombros. Llevaban ya extraídos á varios heridos cuando se encontraron en presencia del general Leman, que uno de sus ayudantes y sus ordenanzas, escapados milagrosamente de la muerte, intentaban extraer de los escombros amontonados sobre él, y que le iban á aplastar de un momento á otro. Todos aparecían ennegrecidos por la explosión, y era imposible reconocerlos. El hombre que había sido el alma de la defensa de Lieja estaba desmayado. Sus ordenanzas lo llevaron en alto hasta el exterior del fuerte. Mientras que un médico prodigaba sus cuidados al general Leman, un grupo de enemigos continuó el registro de las ruinas, alumbrándose con antorchas y linternas. De pronto, en una galería que había resistido á la explosión, resonaron descargas de fusilería. Los alemanes se detuvieron asombrados. Luego asistieron á un espectáculo, el más hermoso que se pueda imaginar.

Un puñado de defensores del fuerte, 25 ó 30, se habían refugiado en una galería subterránea. Al resplandor de las antorchas, que atravesaba con dificultad la espesa nube de humo que había invadido la galería, apenas si era posible distinguir á este grupo de hombres. Negros de pólvora, el rostro ensangrentado, los uniformes en pedazos, oprimiendo con las manos crispadas pedazos de armas, estos héroes con cara de demonios esperaban al enemigo. Habían jurado á su general morir antes que rendirse. Medio asfixiados, heridos, mutilados por la explosión, juntaban todo lo que les quedaba de fuerzas para hacer frente todavía.

La escena era tan conmovedora que los alemanes, á pesar de haber recibido la descarga de estos supervivientes, no quisieron defenderse, y arrojando sus armas se precipitaron á socorrer á los valerosos soldados belgas, muchos de los cuales se encorvaban ó se desplomaban, sintiendo los efectos de la asfixia. Estos fueron los últimos defensores del fuerte Loncin. Su guarnición se componía de 500 hombres. De ellos 350 murieron entre las ruinas, 100 quedaron gravemente heridos y sólo 50 se mantuvieron indemnes por una buena suerte inexplicable. Todos fueron héroes.»

Su resistencia, una de las más hermosas de la Historia, no sólo costó grandes pérdidas al enemigo. Detuvo y retardó su marcha, dando tiempo á las naciones aliadas para completar sus preparativos de defensa.

IV

Las atrocidades alemanas en Bélgica

Las atrocidades cometidas por los alemanes al invadir á Bélgica fueron tan enormes, tan inauditas, que el gobierno belga creyó necesario constituir una comisión informadora para averiguarlas y comprobarlas, denunciándolas al mundo civilizado.

El ministro belga de Justicia, Carton de Wiart, hizo saber el 7 de Agosto, en los siguientes términos, la constitución de dicho organismo.

«Numerosas violaciones de las reglas del derecho de gentes y de los deberes de humanidad han sido cometidas por los invasores.

Estos delitos no pueden quedar sin protesta y deben ser señalados á la reprobación del mundo civilizado.

Un comité acaba de constituirse con este fin. Su propósito es recoger, concentrar y examinar de la manera más imparcial y más atenta todos los hechos de que tenga conocimiento. Las autoridades civiles y militares, así como los particulares, quedan invitados á señalar á la comisión, con todos los elementos que puedan establecer su autenticidad, estos atentados contra el derecho de gentes.»

El organismo, que tomó el título de «Comisión averiguadora de las violaciones del derecho de gentes y leyes y costumbres de la guerra», se compuso de respetables personalidades del foro y de la cátedra. Entraron en ella los señores Iseghem, presidente del Tribunal de Casación de Bruselas; Paul Verhaegen y Nys, magistrados del Tribunal de Apelación; Wodon y Cattier, profesores de la Universidad, y Gillard, director del ministerio de Justicia. Cuando el gobierno belga se retiró á Amberes el 18 de Agosto, la comisión se reconstituyó en dicha ciudad, aumentándose el número de sus individuos con la entrada de los señores Cooreman, ministro de Estado y antiguo presidente de la Cámara de diputados; el conde Goblet de Alviella, ministro de Estado y vicepresidente del Senado; Ryckmans, senador; Strauss, *echevin* de Amberes; Cutsen, presidente honorario de Tribunal, y como secretarios Ernesto de Bunswyck, jefe de gabinete del ministro de Justicia, y Pedro Orts, consejero de Legación. En Londres funcionó para las mismas averiguaciones un sub-comité, encargado de oir á los refugiados belgas, que fué dirigido por los señores Cartier de Marchienne, ministro plenipotenciario de Bélgica, y Enrique Davignon, escritor.



FUGITIVOS BELGAS



SOLDADO BELGA ESCOLTANDO Á UNA POBRE ANCIANA

Una imparcialidad escrupulosa, una lealtad llevada hasta los menores detalles, una desconfianza por todo testimonio que no fuese directo, reglamentaron la conducta de la comisión. Sus individuos, acostumbrados muchos de ellos á administrar justicia en los tribunales, no quisieron aceptar nada que no fuese preciso y comprobado por sus propias averiguaciones.

La comisión procedió en todo como los jueces instructores que hacen surgir la verdad de la concordancia ó la discordancia de lo que declaran los testigos. En sus trabajos empleó el concurso de numerosos magistrados de carrera, enviándolos junto al lecho de los heridos, ó cerca de los soldados, en la línea de fuego, para la confirmación de los hechos que éstos habían podido presenciar. Algunas veces dichos magistrados tuvieron que seguir la pista, de pueblo en pueblo, de campesinos fugitivos cuyo testimonio había sido invocado. Otras veces buscaron en los registros de los juzgados y de las jurisdicciones militares informes sobre la moralidad de los testigos. En los informes publicados por el gobierno belga no se denuncia un solo hecho que no se pueda probar. La comisión no tomó otras precauciones que la de abstenerse de dar el nombre de los testigos que habitaban todavía los territorios belgas ocupados por el invasor, para evitarles el ser objeto de la venganza de los alemanes.

Estos informes de la comisión son breves, esquemáticos y con una voluntaria sequedad, pues se limitan á denunciar los hechos sin comentario alguno.

Pero á pesar de su carencia de emoción literaria, no se les puede leer sin sentir un estremecimiento de dolor ó de cólera. Es inconcebible que tales horrores hayan podido realizarse en el centro de Europa, en el siglo XX, y por un pueblo que pretende regenerar al mundo con su cultura.

▫

Las atrocidades de los invasores de Bélgica obedecieron á dos motivos. Los generales alemanes deseaban aterrar al país, siguiendo la doctrina favorita de los grandes hombres de la Alemania militarista, que consideran oportuno cometer toda clase de atropellos para que el pueblo vencido implore la paz. Á esta crueldad de los directores del ejército vino á unirse el miedo feroz que la propaganda del gobierno y los diarios de Berlín supieron infundir á sus soldados.

Bélgica, según tal propaganda, era un país de «bandidos», y había que esperar de sus habitantes las más inauditas crueldades. Para justificar la invasión de Bélgica y sostener el ardimiento de sus soldados no hubo engaño que no emplease el gobierno de Berlín. Desde los primeros combates frente á Lieja, los diarios de Alemania y hasta el mismo emperador empezaron á fantasear, atribuyendo á los belgas estupendos delitos. Según aquéllos, todos los heridos alemanes eran asesinados inmediatamente. Las mujeres belgas se gozaban en arrancar los ojos á todos los que caían en su poder ó en abrirles el vientre.



SOLDADOS BELGAS HERIDOS

Á la misma hora en que eran incendiados los primeros pueblos belgas y fusilados sus pacíficos vecindarios, el kaiser protestaba hipócritamente ante el mundo de los malos tratos de que eran objeto los alemanes en su campaña de Bélgica. Nunca la prensa alemana ha podido citar un nombre, una hora y un lugar en sus afirmaciones contra los belgas. Se ha limitado á decir únicamente que los elementos civiles de Bélgica tiraban contra sus tropas. En cambio los belgas pueden citar, con nombres y lugares, miles y miles de casos de crueldad alemana. Resulta indiscutible—con el apoyo de datos precisos—que los alemanes asesinaron muchos heridos y prisioneros belgas. En cambio las ambulancias y hospitales de Bélgica estuvieron repletos de heridos alemanes, agradeciendo muchos de ellos con lágrimas de emoción los cuidados que recibían.

Como justificación de su atentado contra Bélgica, el gobierno alemán osó afirmar que al declararse la guerra el vecindario de algunas ciudades de este país había hecho una matanza de alemanes. No hubo tormento que no atribuyese á los «bandidos» belgas. En Bruselas un carnicero de nacionalidad alemana había sido descuartizado por las masas, lo mismo que una res en el matadero. Con tales invenciones buscaba justificarse y enardecer al mismo tiempo á sus crédulos soldados para que se batiesen desesperadamente, prefiriendo morir antes que caer en manos de unos enemigos tan crueles.

La mejor prueba de la inaudita falsedad de tales invenciones es que una vez conquistada Bélgica el gobierno alemán ya no se ha atrevido á repetirlas.



CAMPESINOS BELGAS QUE HUYEN

Igualmente falsa fué la leyenda de que los belgas sacaban los ojos á los alemanes. Esta invención del gobierno tuvo un gran éxito en Alemania. Las comadres de Berlín rugieron de cólera al enterarse de los crímenes de los infames belgas, y cada vez que sus soldados cometían una nueva atrocidad en el suelo enemigo, ellas y los

burgueses pacíficos aplaudían, encontrando naturales y lógicos tales actos de venganza. El vulgo acepta con entusiasmo las invenciones cuanto más absurdas son, prestándolas su testimonio crédulo, como si las hubiese presenciado. Todos hablaron en Alemania de los infelices soldados sin ojos, por habérselos arrancado las mujeres belgas. Los hospitales estaban llenos, según la voz pública, de víctimas de esta clase.

El diario socialista de Berlín, *Vorwaerts* (el *Adelante)*, sintió excitada su curiosidad por lo inaudito del hecho, y abrió una información en todos los hospitales de Alemania. Según declararon sus directores y médicos, ninguno de ellos había visto nunca mutilados de tal especie, ni habían oido quejarse á ningún herido de malos tratos en los alojamientos belgas. Existían muchos ciegos en los hospitales, lo mismo que en las ambulancias de los aliados, pero esto se debía á que el terrible estallido de los proyectiles modernos, al herir con sus cascos, arrancaban muchas veces los ojos.

Como las averiguaciones del *Vorwaerts* ponían en claro las cosas, destruyendo una leyenda útil, el gobierno persiguió al diario, y los socialistas del Reichstag, serviles dependientes del Imperio, censuraron á sus compañeros del periódico por inmiscuirse en asuntos que no eran de su incumbencia.

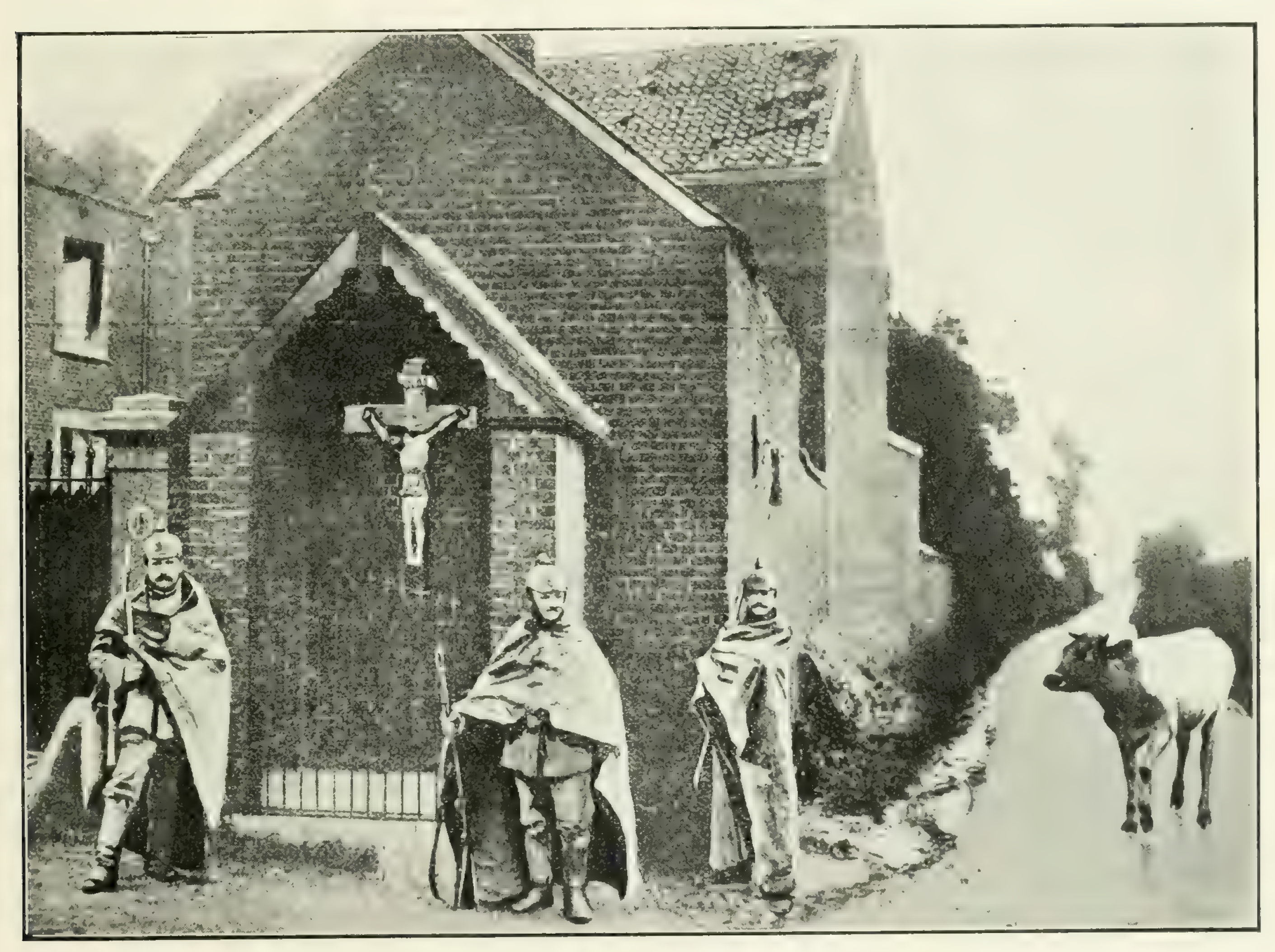
Otra leyenda fué la de los asesinatos de los alemanes ordenados por los sacerdotes belgas. Como el gobierno de Berlín necesitaba conquistar las simpatías de ciertos países católicos, y le estorbaba para ello la barbarie de sus soldados en Bélgica que se había ensañado especialmente con los curas, afirmó que los numerosos fusilamientos de sacerdotes sólo habían obedecido á que éstos predicaban la resistencia á sus feligreses, y hacían fuego personalmente contra los alemanes. Los católicos de Alemania se dedicaron á poner en claro la veracidad de tales noticias, y abrieron una información, resultando de ella que su gobierno había mentido como siempre, y que los curas de Bélgica eran víctimas de un atropello sistemático, sin otro motivo que el de amar á su país y conservarse fieles á él. El miedo á que el protestantismo alemán se aprovechase de tales calumnias contra sus adversarios religiosos, sirvió para que los católicos del Imperio pusieran en claro la verdad. Pero se limitaron á justificar únicamente á los sacerdotes y pedir respeto para ellos, dejando sin defensa alguna á las muchedumbres belgas, que fueron conducidas prisioneras á Alemania.



TROPAS ALEMANAS CON SU BANDERA EN UN PUEBLO DE BÉLGICA (Fot. Rol)

Una simple averiguación de un diario socialista y de varias asociaciones católicas, había bastado para demostrar la inaudita falsedad de gran parte de las afirmaciones del gobierno. Igualmente falsas fueron las otras que lanzó contra Bélgica. Los «bandidos belgas» vieron quemadas sus casas, asesinadas ó fugitivas sus familias, robadas sus haciendas, y ellos mismos emprendieron el camino de la cautividad, entre golpes é insultos, sin saber con certeza en qué consistía su delito. En cambio los «nobles y caballerescos alemanes» fueron los autores de los asesinatos de Lieja, de las matanzas de Aerschot, del saqueo é incendio de Lovaina.

Hay que reconocer que esta propaganda de crueles mentiras sirvió mucho al gobierno alemán. Sus soldados, perturbados mentalmente por las afirmaciones de los diarios y los cuentos del vulgo crédulo, iban penetrando en Bélgica con un recelo temible, con un miedo siempre despierto y pronto á la venganza. Ciertas publicaciones populares daban consejos á los soldados sobre la conducta que debían seguir en Bélgica, «país de traidores» donde todo estaba preparado y organizado para su exterminio. No debían comer sin hacer probar antes los alimentos á los belgas, pues éstos procuraban envenenar á los alemanes. Debían dormir á campo raso y quemar las casas de los enemigos, pues cada una de ellas era una verdadera caverna con toda clase de emboscadas y trampas para el exterminio del cándido y noble soldado alemán. Todo armario era una puerta secreta por donde penetraban á altas horas de la noche los facinerosos del rey Alberto, con el propósito de asesinar al alojado germánico. Las camas tenían debajo trampas disimuladas que se hundían, arrojando al confiado durmiente en el fondo de una cueva. Los alemanes que se quedaban atrás en las marchas ó se apartaban de sus compañeros, sufrían irremisiblemente toda clase de tormentos. Las mujeres belgas les pinchaban los ojos con alfileres, los sumergían en agua hirviendo, los crucificaban, gozándose en su agonía. Y los invasores, perturbados por estos consejos de sus familias, que los habían leído á su vez en los periódicos, entraban en Bélgica con el dedo en el gatillo del fusil, mirando inquietos á todas partes, dispuestos de antemano á ver en los hechos más insignificantes un conjunto de asechanzas de novela folletinesca.



PATRULLA ALEMANA EN UNA ENCRUCIJADA DE BÉLGICA (Fot. Rol)

Á esto había que añadir los efectos del vino, caro y escaso en Alemania, pero que se encontraba en Bélgica con gratuita abundancia, hasta el punto de que los invasores podían proporcionarse el lujo de ba-



UNA ALDEA ARDIENDO

ñarse los pies en él. Durante la noche bastaba la más leve alarma para que todos se creyesen objeto de un ataque y los fusiles se dispararan solos. Un soldado cualquiera, á impulsos del miedo ó de la embriaguez, soltaba un tiro, é inmediatamente todos los compañeros se echaban fuera de las casas anunciando un ataque de los belgas y disparando á ciegas. Muchas veces alguno de ellos caía bajo las balas de sus mismos compañeros, pero antes que confesar el error y el falso pánico, atribuían la alarma á los habitantes del pueblo, afirmando que habían tirado contra los soldados.

Los jefes que tenían interés en aterrar al país, aceptaban y afirmaban como buenas estas suposiciones, ordenando inmediatamente el incendio de la población y el fusilamiento de una parte de sus habitantes, para que sirviese de ejemplo á los otros vecindarios. Cuando, de tarde en tarde, el jefe alemán era un hombre honrado, deseoso de sostener la disciplina y enemigo de crueldades inútiles, ordenaba una información antes de proceder al castigo. Y al examinar las heridas de los caídos, los médicos encontraban siempre que los proyectiles eran de fusil alemán.

En algunos pueblos fueron realmente belgas los que atacaron á los invasores, pero belgas pertenecientes al ejército, destacamentos de soldados que intentaban sorpresas y emboscadas con arreglo á las leyes de la guerra. Pero los alemanes, para vengar sus pérdidas, se ensañaban con los indefensos vecinos, fingiendo creer que los soldados eran habitantes del pueblo. En ciertos casos es indiscutible que algunos campesinos belgas mataron á soldados alemanes. El hecho no pudo ser más natural y lógico. Todos los hombres, sin distinciones de nacionalidad y de raza, hubiesen procedido de igual modo al encontrarse en su horrible situación. El padre, el esposo ó el hermano, veían á las mujeres de su familia defendiéndose con alaridos de protesta entre los brazos de unos invasores ebrios que intentaban violarlas. Algunas veces, estos hombres infelices habían sido amarrados previamente para que presenciasen el atentado contra su honor. Y el pobre belga, con un esfuerzo sobrehumano, rompía sus ligaduras, matando como le era posible á las bestias lujuriosas que habían invadido su vivienda. Para castigar este crimen de «los bandidos belgas», el comandante alemán ordenaba el fusilamiento de toda la familia y el incendio de la casa.

Todas las declaraciones de los extranjeros que recorrieron Bélgica en el momento de su martirio, demuestran que el pueblo de los campos y las aldeas estaba anonadado por el miedo, y únicamente algunos intentaron resistirse, al verse acorralados en los últimos límites de la paciencia. Los ataques de los civiles belgas contra las tropas alemanas fueron invenciones del gobierno alemán para justificar sus atropellos. ¿Cómo iba el pobre vecindario de las campiñas, sin armas, sin jefes, sin organización, á intentar el exterminio del ejército más fuerte y bien preparado de Europa?

Desde el primer día de las hostilidades se dió cuenta el gobierno belga de la barbarie de los invasores y de su deseo de intimidar á las poblaciones con toda clase de atropellos, y para impedir un pretexto justificativo, el ministro del Interior y los burgomaestres ordenaron al vecindario de las ciudades y los campos que entregasen todas sus armas. Jamás los invasores encontraron á un paisano belga con un fusil ó una escopeta en la mano. Fueron las fuerzas del ejército las únicas que les hicieron frente en todos los combates.

Al ocupar una población, encontraban siempre en la casa del Municipio, depositadas desde algunos días antes, las armas particulares de los vecinos. Pero estas mismas precauciones sirvieron á la imaginación pesada y embrolladora de los alemanes para inventar una nueva mentira. Cuando incendiaron á Lovaina sin motivo alguno, supusieron una conspiración de los vecinos de la ciudad, diciendo que habían descubierto un gran depósito de fusiles belgas. Cada uno de



FUGITIVOS EN UN CAMINO DE BÉLGICA

éstos llevaba inscrito en la culata el nombre del conspirador que lo había de usar.

Eran sencillamente los fusiles de la Guardia Cívica, que el burgomaestre había recogido antes de la entrada de los invasores, para que nadie pudiese intentar una defensa individual, y de los que se hizo cargo la autoridad alemana. Grabar unos conspiradores su nombre, con varios meses de anticipación, en las armas que se preparan á usar con el mayor secreto, es algo tan inaudito que sólo puede inventarlo la imaginación alemana, inspirada por los vapores de una indigestión de cerveza.



LOS ALEMANES EN AERSCHOT

o

En la lista de ciudades mártires de Bélgica, la primera que figura por orden de fechas es Aerschot. En esta población y sus alrededores, desarrollaron los alemanes su intimidadora política de crímenes, iniciada en Visé y Lieja.

Junto á Aerschot sostuvieron los belgas el heroico combate del 18 de Agosto, en el cual el comandante Gilson, al frente de un puñado de hombres, impidió —como ya dijimos—durante dos horas el avance del enemigo, cubriendo la retirada de los suyos. El ejército belga había detenido en Wavre á los invasores todo el 16 de Agosto. Éstos, el 17 y el 18, tuvieron que reunir grandes fuerzas para desbordar á las tropas belgas de primera línea, concentrando su ataque especialmente en Aerschot.

El nombre de esta pequeña ciudad de la provincia de Brabante quedó unido á una batalla que fué la última que sostuvo el ejército belga al Este de Bruselas. En el atardecer del día 18, el comandante Gilson se sostuvo junto á Aerschot, con 280 soldados, frente á 3.000 alemanes de caballería é infantería. Le habían encargado que cortase el paso á estas fuerzas, para que no envolviesen á los belgas en su retirada.

Desde el principio de la acción el comandante recibió un balazo en la nariz, pero no pensó en curarse la herida. Con el rostro cubierto de sangre y empuñando un fusil, combatió entre sus soldados. Había hecho jurar á éstos que sostendrían la posición mientras quedase uno, y fieles á su palabra nadie retrocedió. Los heridos, caídos en la hierba, hacían esfuerzos sobrehumanos para levantar su fusil y tirar. Los alemanes atacaron á la pequeña tropa de frente y de flanco. Sus ametralladoras escupían plomo incesantemente; pero los belgas no cedieron un solo paso. Á las ocho de la noche, cuando ya se había terminado la retirada belga, el comandante Gilson hizo un lla-

mamiento á sus hombres, para replegarse combatiendo por el camino de Lovaina. De 280 soldados que mandaba dos horas antes quedaban 17, y con ellos se fué retirando el heroico comandante sin volver la espalda. Los demás yacían en el suelo.

Un poco más allá, el capitán Knapen, encerrado con cuatro soldados belgas en una casa, hizo frente por mucho tiempo á una patrulla de 50 hulanos, y murió con el fusil en la mano después de haber abatido á una docena de enemigos.

de la mañana, penetraron los alemanes en Aerschot. No quedaba en esta ciudad de 10.000 habitantes ni un soldado belga; pero á pesar de esto y de haber transcurrido toda una noche después del combate, los alemanes avanzaron como al asalto, disparando sus fusiles en las calles é incendiando las casas.

Casi todos los edificios de la calle de Marteau fueron quemados. Seis vecinos que se asomaron á las puertas de sus viviendas, por curiosidad, fueron fusilados. Después de esta entrada feroz, pareció reanudarse la calma, alojándose los alemanes en las casas y estableciendo en la plaza una fuerte guardia.



CAMPESINOS BELGAS HUYENDO DE LOS ALEMANES CON TODO LO QUE PUEDEN LLEVARSE DE SUS CASAS Y ATRAVESANDO UNA ALDEA INCENDIADA (Fot. Rol)

Cuando los alemanes entraron en Aerschot, estaban furiosos por la resistencia que les habían opuesto las tropas adversarias, infligiéndoles graves pérdidas. En los alrededores incendiaron las granjas, las casas y los pajares, matando á tiros y bayonetazos á los labriegos inofensivos que encontraban trabajando en los campos. En Hersselt, pueblo situado al Norte de Aerschot, 32 casas fueron incendiadas y 22 vecinos asesinados; entre ellos el molinero de la localidad y su hijo. Ninguna tropa belga estaba á la vista. El combate había terminado. Pero los invasores necesitaban saciar su cólera, y se ensañaron con los pobres campesinos.

El miércoles 19 de Agosto, en las primeras horas

El burgomaestre de Aerschot, M. Tielemans, hombre de carácter pacífico y calmoso, había recomendado á sus conciudadanos, por medio de bandos y de circulares á domicilio, que en caso de invasión se abstuviesen de todo acto hostil, único medio de conservar intacta la ciudad. Las proclamas del burgomaestre estaban aún en las esquinas cuando entraron los alemanes, y fueron mostradas á sus jefes.

Durante el día los invasores se apoderaron de todo el vino y las bebidas alcohólicas de la población, cometiendo algunos atentados sueltos, especialmente contra el personal de la Cruz Roja que cuidaba á los

soldados heridos en el combate de la tarde anterior. Los camilleros belgas, á pesar de que llevaban en el brazo la insignia de la Cruz Roja, fueron objeto de numerosos atentados. Los alemanes se divirtieron tirando contra ellos mientras recogían á los heridos en las afueras de la ciudad. Un oficial alemán insultó á un individuo de la Cruz Roja y le puso en la frente el cañón de su revólver. Un camillero, hijo del cobrador de impuestos de Aerschot, que ostentaba las insignias de la Cruz Roja, fué muerto por los alemanes en la calle del Hospital.



SOLDADOS BELGAS SOCORRIENDO Á LOS FUGITIVOS (Fot. Rol)

Á la caída de la tarde ocurrió lo que puede llamarse la gran tragedia de Aerschot. Los alemanes, como de costumbre, dan una versión completamente falsa sobre los orígenes del suceso, para justificar la barbarie de sus soldados. El vulgo, siempre aficionado á los argumentos dramáticos, ha dado otra. La comisión belga encargada de poner en claro las atrocidades alemanas, y que envió uno de sus individuos á Aerschot para averiguar directamente lo sucedido, da una tercera versión, que es tal vez la única verdadera.

Veamos la versión alemana. El jefe de Estado Mayor de las fuerzas invasoras, en compañía de algunos oficiales, se alojó en casa del burgomaestre. Estaban todos ellos sentados á la mesa, después de comer, cuando el hijo del burgomaestre, un muchacho de 15 años, de aspecto enfermizo, apareció en una puerta con un revólver en la mano y mató al jefe de Estado Mayor. Esta muerte era la señal esperada para una revolución. Todos los vecinos de Aerschot salieron á las ventanas y empezaron á hacer fuego contra los alemanes. Y los alemanes, usando de una legítima defensa, mataron al burgomaestre, á su hijo, á su hermano y á muchos vecinos, entregaron todas las mujeres del pueblo á una soldadesca loca de lujuria, y robaron é incendiaron la población. El castigo, como se ve, no podía ser más lógico. Lo natural cuando matan á un jefe alemán en una casa de un pueblo es matar á los que viven á medio kilómetro de distancia, incendiar las calles lejanas, robar todas las casas, fusilar á sus habitantes y violar á las mujeres en una legua á la redonda. Además, los invasores nunca pudieron explicar con qué armas disparaban contra ellos los vecinos, ya que todas las de la población estaban recogidas desde mucho antes por el burgomaestre, ni qué disparos tan especiales fueron éstos que no causaron víctimas en las filas alemanas.

La versión dramática del vulgo conviene en que el hijo del burgomaestre entró en el comedor de su casa, revólver en mano, cuando el jefe de Estado Mayor estaba con sus oficiales sentado á la mesa, matándolo de un tiro. Pero añade que este adolescente hizo bien en matar al jefe teutón, pues cometió el atentado por defender el honor de su hermana. Según la versión vulgar, á los postres de la comida el jefe invasor, excitado por el vino, hizo saber al burgomaestre que tenía el firme propósito de pasar la noche con su hija, apuesta y hermosa muchacha, y el hermano al oir esto se esquivó silenciosamente para volver un instante después y poner término á



LANCEROS ALEMANES

y el saqueo, que se habían iniciado tímidamente algunas horas antes. Todos los hombres de Aerschot fueron apresados por los alemanes. Cincuenta de ellos fueron conducidos inmediatamente á las afueras, agrupándolos en series de á cuatro hombres. Estos grupos fueron obligados á correr con la punta de la bayoneta, abatiéndolos después á tiros como si fuesen piezas de caza. Los 50 quedaron asesinados de este modo.

Mientras tanto se desarrollaba el saqueo en Aerschot. Ardían los edificios, y á la luz de los incendios eran violadas las mujeres en medio de las calles.

Al día siguiente los alemanes formaron en la Gran Plaza á todos los vecinos de la ciudad. En cada fila fueron escogiendo por orden un hombre de cada tres, hasta componer una masa de 150. Á la cabeza de ellos fué colocado el burgomaestre Tielemans, su hijo—infeliz muchacho al que se había atribuído un gran papel en esta tragedia—, un hermano suyo y un sacerdote. Este grupo de hombres fué conducido á las afueras de Aerschot y fusilado en masa.

Durante tres días continuó el saqueo y el incendio de Aerschot, así como otros atentados que el respeto moral nos impide consignar.

la carrera del alemán con la ayuda de un revólver.

La tercera versión, ó sea la de los comisionados belgas, que oyeron directamente á los vecinos de Aerschot, es la más lógica y verídica. Los soldados alemanes, á la caída de la tarde, estaban ebrios y parecían molestados por el orden y la normalidad que empezaban á reinar en la población. De pronto sonaron tiros en la Gran Plaza, donde estaban acampados unos 2.000 alemanes. Muchos edificios empezaron á arder, y los invasores tiraron contra las ventanas y penetraron en las casas para saquearlas.

El jefe de Estado Mayor se asomó al balcón de la vivienda del burgomaestre con algunos de sus oficiales, atraído por el tumulto. Los soldados, rota ya toda disciplina, tiraban y tiraban sin saber contra quién. El jefe de Estado Mayor cayó muerto de un balazo. No hay que perder de vista los sentimientos de venganza contra sus jefes que abrigan muchos soldados alemanes. Hablamos oportunamente de los crueles castigos que sufre este soldado de parte de sus superiores, y su propensión á satisfacer el rencor valiéndose de las facilidades que proporciona la guerra. La prueba de esto la ofrece el hecho de que al empezar la presente guerra muchos jefes y oficiales alemanes solicitaron el ser trasladados á otros cuerpos, temiendo marchar entre los mismos soldados que habían mandado en tiempo de paz.

La muerte del jefe de Estado Mayor fué un pretexto para justificar el desorden, la matanza

Dos escritores extranjeros visitaron Aerschot poco después de la noche trágica del 19 de Agosto, pudiendo apreciar directamente los horrores realizados por los alemanes. Uno de ellos fué el intrépido profesor holandés Grondijs, que luego de presenciar la entrada de los alemanes en Bruselas se dirigió á pie á Aerschot, visitando esta población el 22 de Agosto, ó sea cuando sólo habían transcurrido tres días luego de la horrible tragedia.

El relato del profesor Grondijs merece ser reproducido por entero, pues es el de un testigo imparcial que vió como muy pocos las atrocidades cometidas por



UNA ESTAFETA DE CORREOS ALEMANA

los invasores en Bélgica. Dice así el escritor holandés:

«Continúo mi viaje á pie hacia Aerschot. En el camino encuentro muchos grupos de campesinos belgas que siguen la misma dirección. Después de haber huído de sus casas por miedo, vuelven á ellas, tranquilizados relativamente por las promesas de los alemanes. Éstos justifican los incendios de las casas diciendo que fué por castigar á los habitantes que huyeron, y por esto los vecindarios vuelven resignadamente á ocupar sus pueblos. Encuentro incesantemente regimientos alemanes, que al quedar libres los caminos de la resistencia del ejército belga, continúan su marcha con dirección á Francia. Á través de una campiña fértil, entre una doble fila de árboles, avanzan, levantando grandes nubes de polvo, los cuerpos de ejército mandados por el general Von Kluck.

Al verles pasar, las mujeres belgas bajan la cabeza, y los hombres hacen profundos saludos. Como yo no me quito el sombrero, los soldados me dirigen de tiempo en tiempo palabras hostiles por mi falta de respeto. Á mitad de camino, entre Lovaina y Aerschot, me siento bajo unos árboles, al lado de la carretera. Al poco rato un centenar de soldados alemanes se sientan cerca de mí y me dirigen palabras poco amenas. Yo me ocupo tan poco de ellos como si fuesen fantasmas aparecidos á mediodía. En vista de mi silencio acaban por levantarse y continúan su camino.

Estos soldados no están en su estado normal. Ordinariamente su rostro refleja una bondad ruda. Pero desde que han pasado á través del peligro, la misma transformación parece haberse realizado en todos estos simples. Han perdido su máscara habitual de bondad sonriente. Tienen en los ojos una mirada de inquietud poco tranquilizadora: una nerviosidad terrible los agita. Por esto me advierten algunos que pongo mi vida en peligro si continúo mi camino. Los centinelas están irritados, y me expongo á una bala perdida...



DESTACAMENTO DE PONTONEROS ALEMANES

Un oficial que pasa en automóvil da á una columna la orden de detenerse. Los soldados hacen alto y ruegan á los belgas fugitivos, al pasar junto á ellos, que les regalen cigarros. ¡He aquí una extraña mentalidad! Este ejército mendiga favores de personas á las que ha matado los padres, los maridos, los hijos, y cuyas casas ha incendiado fríamente durante su ausencia. Además, horas después—como lo veremos nosotros—, apresa tranquilamente á los mismos á quienes pide cigarrillos. Un comandante alemán, corpulento y de luenga barba, que va montado, se esfuerza por divertir á las tropas empujando con su caballo á un asno que vagabundea en los campos. El coman-

dante ríe pesadamente de su gracia, y los soldados la celebran con un regocijo servil. Mientras tanto las casas de los dos lados del camino humean todavía como montones de ruinas, y á lo largo de la carretera se desliza un rosario interminable de campesinos aterrados y trémulos.

Llego por fin á Aerschot, atravesando varias aldeas completamente quemadas. En la entrada de la pequeña ciudad me veo detenido por el cuerpo de guardia. Tengo que esperar la llegada del capitán. Digo á los soldados que soy holandés y me ofrecen una silla. Un sub-oficial, brillante parlanchín, me espeta un discurso para convencerme de la estupidez de los belgas, que hubieran podido ganar mucho dinero facilitando el paso de los alemanes, en vez de sufrir los enormes perjuicios cuyas pruebas abundan en torno de nosotros. Yo le contesto que me niego á discutir su tesis. El orador es invitado por sus camaradas á callarse. El capitán llega y me facilita inmediatamente un pasaporte para circular por la ciudad.

Me paseo por Aerschot. Casi todas las casas están destruídas. Me llama la atención inmediatamente el encarnizamiento de los alemanes con las imágenes del culto católico (1). En Lovaina vi á un sargento llamado Kluck, que era de religión católica, y lloraba al hablar con un cura belga que le echó en cara el que su regimiento había maltratado y fusilado á muchos eclesiásticos. El sargento Kluck contestó que el espíritu militar está tan desarrollado entre ellos, y la disciplina hace tan espontáneo el sacrificio de las opiniones individuales, que aun reconociendo el horror de ciertas acciones, ningún soldado se atreve á protestar contra las órdenes de sus superiores. Además, el Estado Mayor alemán, intencionadamente, ha enviado los regimientos protestantes contra la Bélgica católica, mientras que las tropas compuestas de católicos fueron dirigidas con preferencia á la católica Polonia contra los rusos ortodoxos. El sargento Kluck era el único católico de su regimiento. En una casa, no lejos de la entrada de Aerschot, veo una habitación en la que todo demuestra que sus habitantes la abandonaron rápidamente al oir los primeros ruidos del saqueo de la ciudad. Las sillas, colocadas todavía en torno de la pequeña mesa, constituyen como el esqueleto de una escena de familia. Sobre la mesa están los seis volúmenes del gran poeta flamenco Guido Gezelle, encuadernados en piel roja. Estos libros parecen esparcir un dulce perfume poético en la modesta vivienda. Uno de los volúmenes ha sido muy leído: Gezelle es el magnífico poeta de los humildes. Los muebles no están desordenados. Sólo dos pequeñas imágenes, una de la Virgen y otra de San Antonio, están en el suelo, rotas en muchos pedazos. En todas las casas donde penetré después, he encontrado las mismas profanaciones. ¿Será esto una guerra religiosa?...

DESTROZOS CAUSADOS POR LOS OBUSES ALEMANES EN UNA CAPILLA DE MALINAS

Al salir á la calle oigo detrás de mí desgarradores sollozos de mujeres. Veo un grupo de treinta mujeres, muchachas y niños, que marchan entre soldados alemanes. Me acerco al grupo y le dirijo la palabra: «¿Por qué lloran estas pobres gentes?» Un soldado me responde: «Estas mujeres partieron con su familia antes del desastre. Vienen ahora en busca de su casa y la encuentran incendiada.» Da pena ver á estas desgraciadas. Me acuerdo que algunas de ellas las he visto en el camino, cuando volvían á Aerschot, acompañadas de su marido ó de su padre. Les pregunto á los soldados:

—¿Por qué habéis incendiado sus casas, ya que estas personas estaban ausentes y no han podido tirar sobre vosotros?

—Debían haberse quedado. Si hubiesen estado aquí para recibirnos amablemente, nada les hubiese ocurrido.

(1) El profesor Grondijs, aunque holandés, es católico, y se indigna especialmente ante los sacrilegios de los alemanes. Su testimonio resulta abrumador para ciertos personajes del Vaticano y muchos católicos que en todo el mundo muestran gran simpatía por Alemania, á pesar de que no les une a ella ningún interés religioso. Los católicos alemanes constituyen una minoría. Ningún gobierno impío ha perseguido al catolicismo con tanta saña como el de Alemania en tiempos de Bismarck. Los pangermanistas son en su mayoría protestantes. Los indiferentes, con una finalidad poética y belicosa, han resucitado al brutal Tor, dios de la guerra, y á todas las feroces divinidades de las tradiciones germánicas y escandinavas.



UNA CAPILLA DE LA CATEDRAL DE YPRES DESPUÉS DEL BOMBARDEO

(Fot. Meurise)



CONVOY ALEMÁN DE FORRAJE ATRAVESANDO UN RÍO

Ha cerrado la noche. Una espesa humareda surge aún de algunas casas. Entro en la iglesia y la guardia me detiene aquí, como me ha detenido en otros sitios. Hablo á los soldados con un tono brusco, que es el mejor para hacerse respetar por los alemanes, y exijo que me conduzcan ante su jefe. El teniente que manda la guardia de la iglesia, después de examinar mis papeles, me habla cortésmente. En el interior de la iglesia están las mujeres y los niños que han ido llegando á Aerschot durante el día. Terriblemente fatigados se han dejado caer en las sillas. La iglesia, enorme y cuyas bóvedas apenas son visibles, está iluminada con algunas linternas y un pequeño número de cirios. El teniente se niega á dejarme salir y me asegura que no obtendré la autorización necesaria para volver á Lovaina. Los viajes en dirección contraria á la marcha de los ejércitos están todavía permitidos, según él me dice, pero no se puede avanzar en la misma dirección que las tropas alemanas. Protesto con viveza, alegando que soy súbdito de un Estado neutral. Reconozco que no podré dormir en una silla, como se ven condenadas á hacerlo estas pobres gentes, medio muertas de fatiga, y arguyo que necesito una cama donde tenderme.

—¿Y yo?—responde el teniente—. Hace dos días que no he dormido.

—Es vuestro oficio—le contesto—. Yo no tengo por qué dejar de dormir.

—¿Y dónde las conducís ahora?

—Á la iglesia. Allí dormirán esta noche.

—¿Dónde están sus hombres?

—Esos se los llevan aparte.

—¿Adónde?

—Creo que á Alemania.

Me dirijo á la Gran Plaza del Mercado. Las casas de los personajes más notables de la ciudad están quemadas. Algunos ciudadanos belgas que han entrado al servicio del ejército alemán me cuentan que el incendio comenzó después que el comandante fué asesinado por el hijo del burgomaestre. Inmediatamente los alemanes, «con arreglo á su derecho», fusilaron á una parte de la población, figurando en ella el burgomaestre y un sacerdote. Les pregunto cómo saben que el hijo del burgomaestre cometió este atentado. Me contestan que los alemanes vieron cómo tiraba. Esta respuesta no me convence: veo simplemente en ella una prueba de la docilidad de estos sujetos.

Las calles están desiertas. Al dirigirme á la iglesia, que va á convertirse en prisión de mujeres, llamo á una puerta que está rota. En el interior de la casa sólo veo rostros de mujeres aterrorizadas. Para defenderse mejor, las infelices duermen juntas: una docena en cada casa habitable. Les pregunto por qué razón permanecen aún en esta ciudad saqueada. Me responden en voz baja que los centinelas guardan los caminos y las impiden huir.



PRISIONEROS CIVILES BELGAS CONDUCIDOS POR SOLDADOS ALEMANES

El oficial acaba por conducirme fuera de la iglesia y me aconseja una gran atención al ir por las calles. Los soldados están muy agitados y los fusiles se disparan solos...

Cien metros más allá, una patrulla me detiene y me conduce al Hotel de Ville. Aquí, un sargento mayor me trata con benevolencia al leer mis papeles y me da para dormir unos haces de paja en el despacho del secretario. Además me invita á comer y á beber vino. Le pregunto si tiene el vino tan abundante que puede ofrecerlo á los extranjeros, y me contesta que tiene á su disposición tal número de botellas que no podría vaciarlas en toda su vida. Durante nuestra corta conversación me hace saber que un gran número de vecinos de la ciudad han sido fusilados porque el hijo del burgomaestre, obedeciendo una orden de su padre, mató traidoramente al comandante de la guarnición, disparándole un *tiro de fusil* por detrás. Después de los fusilamientos, los cadáveres del burgomaestre y de un sacerdote fueron colgados en la fachada del Hotel de Ville.



UN DESTACAMENTO ALEMÁN

Durante la noche me despierto con el estampido de numerosos tiros, y veo el resplandor de una casa que acaban de incendiar. ¿Qué motivo puede haber para que los alemanes reanuden estos juegos siniestros, en una ciudad ocupada solamente por mujeres?...

Cuando me levanto, el sargento vuelve á ofrecerme vino para mi desayuno. Naturalmente, me niego á aceptarlo. El despacho en el que he pasado la noche ha sido trastornado completamente por los soldados. Todo está roto ó sucio. Sobre una mesa, entre los papeles esparcidos, encuentro un paquete de proclamas impresas, en las cuales el burgomaestre de Aerschot ordenaba á la población que se abstuviese de todo acto de hostilidad contra las tropas alemanas, pues de lo contrario expondrían su país á las más terribles represalias. Los documentos están firmados por el mismo burgomaestre. Encuentro inverosímil que este hombre haya favorecido un atentado contra la persona del comandante, después de haber pedido á sus conciudadanos calma y prudencia y de considerarse lo mismo que éstos, bajo la aterradora impresión de las devastaciones y los fusilamientos realizados por los alemanes en todos los pueblos, desde la frontera hasta Aerschot. ¿Es verosímil acusar á un padre de haber dado tal orden á su hijo? La imputación me parece haber sido concebida después, para poder explicar de este modo la ejecución, no solamente del padre, sino de un tío del pretendido homicida.

Más tarde he podido reconstituir el drama de Aerschot, gracias á los informes de algunos testigos oculares. El comandante alemán fué muerto, no en el comedor de la casa del burgomaestre, sino en un balcón de la misma casa. La plaza del Mercado estaba llena de soldados. De pronto empezaron á sonar tiros de fusil sin ninguna razón aparente. Á esto siguió un caos indescriptible. Los soldados tiraban al azar, sobre todas las casas cercanas. El comandante cayó herido y fué llevado por sus compañeros de armas hasta un dormitorio, donde expiró. Luego de su muerte los alemanes quisieron entregarse á las represalias. Arrestaron al burgomaestre Tielemans, á un hermano y á su hijo que estaba herido desde la mañana por

una bala perdida, y que al comenzar el tumulto en la plaza del Mercado se ocultó con su madre en la bodega de la casa. Registraron igualmente las casas vecinas y tomaron al azar en las bodegas todos los hombres ocultos. Quisieron apoderarse del cura párroco de la ciudad, pero éste había huído y en su lugar se apoderaron de otro sacerdote para que lo reemplazase en el suplicio. No pudiendo apoderarse de la mujer y la hija del burgomaestre, que habían conseguido huir, pusieron á precio sus cabezas.

soldados derriban á culatazos la puerta de una casa rica y salen al poco rato cargados con toda clase de botín. Este pillaje se realiza tranquilamente ante los ojos de los oficiales.

Un convoy de prisioneros militares y civiles, escoltado por un pelotón de soldados alemanes, sale de la ciudad con dirección á Diest y Alemania. Reconozco entre los civiles algunos hombres que encontré ayer en el camino de Lovaina á Aerschot. Los pobres creyeron en las proclamas de los invasores, que aseguran que los soldados alemanes vivirán en paz con todos los civiles que acepten sus reglamentos. Volvieron á sus casas y ahora los conducen á Alemania. Los alemanes acuden en tropel para burlarse de los prisioneros. Algunos soldados belgas intentan sonreir. ¡Pobres gentes!



CAMPESINOS BELGAS HUYENDO DE LA INVASIÓN ALEMANA (Fot. Rol)

Todas las personas arrestadas y cuya culpabilidad consistía simplemente en haber sido encontradas dentro de sus casas, fueron conducidas á una trinchera en las afueras de Aerschot. Allí les vendaron los ojos y fueron fusiladas, exceptuando á un tal Mommens, que fué indultado para que ayudase á enterrar los cadáveres de sus conciudadanos. Cuando el trabajo quedó terminado, ordenaron á este individuo que se fuese á Lovaina y contase todo lo que había visto. Los alemanes querían sin duda con este relato aterrorizar á los habitantes de la vecina ciudad.

Á las nueve de la mañana abandono el Hotel de Ville. Un oficial amenaza al soldado que durante la noche ha disparado su fusil, sembrando el pánico en la guarnición. Al lado del Hotel de Ville un grupo de

Van saliendo de la iglesia, en larga fila, las mujeres desmelenadas y los niños. Estas mujeres, extenuadas por la mala noche, se deslizan á lo largo de las casas. Las jóvenes, sobre todo, da lástima verlas. En dos días toda su coquetería y las flores de su graciosa juventud se han marchitado. ¡Felices las que viven en el destierro y pueden encontrar en él su altiva honestidad y la abundancia de su joven y hermosa vida! Estas pobres muchachas de Aerschot que

veo condenadas á vivir, sin protección ni apoyo, solas, en un pueblo lleno de soldados, de donde no pueden salir, y teniendo por único refugio casas cuyas puertas han sido destruídas, tienen todas ellas un aire avergonzado y de desesperada resignación. ¡Qué ciudad terrible! ¡Qué olor de muerte entre estas ruinas guardadas por centinelas y que únicamente están pobladas de mujeres y de soldados medio borrachos, de los que depende su vida y su honor!...

Cien metros más allá entro en un café para pedir un poco de leche. Un soldado de gran estatura y muy joven hace la corte á la dueña del café, que tiene más de treinta y cinco años. La mujer apenas le escucha. Comprende lo que el hombre desea, pero su rostro ceñudo no expresa ni odio ni placer. Me manifiesta que no puede servirme lo que deseo, pero yo permanezco en el café y escucho. El alemán, molestado por mi presencia, se calla y me mira hostilmente. De pronto sale del café y vuelve á los pocos minutos con una veintena de camaradas que me arrestan, acusándome de espionaje. Es la venganza del galán. Los soldados me empujan violentamente y me conducen á un cuerpo de guardia vecino. La dueña del café, temiendo que le quemen el establecimiento, grita varias veces: «Sí, sí; llévenselo. Tal vez es un espía.» El jefe del puesto de guardia me suelta después de haber examinado mis papeles y de haber sostenido yo con él una viva discusión.

Emprendo el regreso á Lovaina, y afortunadamente los centinelas no oponen ninguna dificultad. En mitad del camino entre las dos ciudades encuentro un convoy de camiones, mandado por un capitán y cuatro tenientes. Á nuestra izquierda truena el cañón. Los camiones se han detenido cerca de un camino transversal, sin duda para aprovisionar oportunamente á las tropas que combaten. El capitán, un altivo junker, me cierra el camino, preguntando: «¿Quién sois? Os he visto ayer marchar en dirección opuesta. ¿Por qué desandáis ahora vuestro camino?» Le doy una razón cualquiera y le enseño mis pasaportes; pero el capitán añade: «No iréis á Lovaina. Al llegar allá contaríais indudablemente todo lo que habéis visto en estos pueblos.» Yo contesto con inocencia: «¿Y qué es lo que podría contar?» El capitán finge no entenderme. Parece de muy mal humor, así como sus compañeros. Al hacerle una pregunta, se enfada y grita: «Aquí el único que puede hablar soy yo.» Sin embargo, después de reflexionar algunos instantes, acaba por decirme: «Podéis iros adonde queráis.» Yo continúo mi camino.



FUGITIVOS EN UNA ESTACIÓN ESPERANDO CON IMPACIENCIA UN TREN (Fot. Rol)



CONVOY ALEMÁN EN UN PUEBLO INCENDIADO

Con arreglo á lo que dicen muchos testigos, los alemanes en varias poblaciones obligaron á los paisanos á asistir á las ejecuciones de sus convecinos, poniéndolos luego en libertad para que pudiesen anunciar á los otros pueblos la suerte que les esperaba en el caso de una resistencia. Esta vez, por el contrario, los oficiales alemanes temían que fuese yo esparciendo las terribles noticias de lo ocurrido en Aerschot y sus alrededores. Me pareció que estos oficiales eran universitarios, *reserveoffiziere,* hombres que no están acostumbrados á presenciar tales horrores. Tal vez su mal humor y su brusquedad obedecían á la impresión que dejaban en ellos los rastros del paso de sus compatriotas.»

El profesor Grondijs pudo llegar á Lovaina para presenciar, dos días después, el saqueo de la famosa ciudad y todos los crímenes que se desarrollaron en ella. Oportunamente transcribiremos las irrefutables declaraciones de este testigo, perteneciente á una nación neutral.

□

Alejandro Powell, el escritor norte-americano, entró igualmente en Aerschot pocos días después de su incendio, y como ignoraba la visita del profesor holandés, dijo así al describir el aspecto horrible de dicha población:

«Nosotros somos los primeros extranjeros que han podido entrar en Aerschot, ó mejor dicho, en lo que queda de Aerschot luego de haber sido saqueada é incendiada por los alemanes. Hace unos días Aerschot era una floreciente y tranquila ciudad de 10.000 almas. Cuando nosotros entramos en ella, no es más que un montón de ruinas humeantes, guardado por un batallón de soldados alemanes, y abrigando una cincuentena de mujeres, con los rostros de una palidez verdosa. Yo he corrido cuatro partes del mundo, y visitado países barridos por las mayores calamidades: guerras, terremotos y revoluciones. Pues bien; aseguro que entre todas las cosas terribles y repugnantes que he presenciado en mi vida, nada tan espantoso como la visión de Aerschot. Las dos terceras partes de sus casas, y no exagero, habían sido devoradas por las llamas, conservando en sus ruinas los rastros del pillaje realizado por una soldadesca demente.

Las pruebas del crimen surgían por todas partes. Las puertas habían sido demolidas á patadas y culatazos, todos los vidrios rotos, los muebles destruídos por simple gusto de destruir, los cuadros arrancados de las paredes, las cómodas vaciadas en el suelo, los colchones registrados por las bayonetas que buscaban tesoros ocultos. Los muros exteriores estaban salpicados de sangre y acribillados de balas. Las aceras, sembradas de botellas rotas ó medio vacías, resultaban resbaladizas para los transeuntes. Vestidos de mujer estaban abandonados en medio de la calle. No creo conveniente hacer un relato detallado de esta orgía de muerte y de lujuria. La historia de lo ocurrido resultaba escrita con tanta claridad sobre las cosas, que era superfluo describirla, pues todos los ojos podían leerla.

En el espacio de una milla condujimos nuestro auto lentamente, entre los muros ennegrecidos de muchas construcciones devoradas por las llamas. No se trataba de un incendio accidental, porque, de vez en cuando, entre las manzanas de casas en ruinas, se veían otras intactas, ostentando en la puerta esta inscripción escrita con tiza: *Gute leute. Nicht zu plundern.* (Buenas personas. No saquear.)

Los alemanes ejecutaron su trabajo incendiario con el mismo método á que ajustan todas sus funciones. Emplearon diversos procedimientos para quemar los pueblos, todos igualmente eficaces. En Aerschot y en Lovaina comenzaron por romper los vidrios de las ventanas, lanzando en el interior de las casas unas

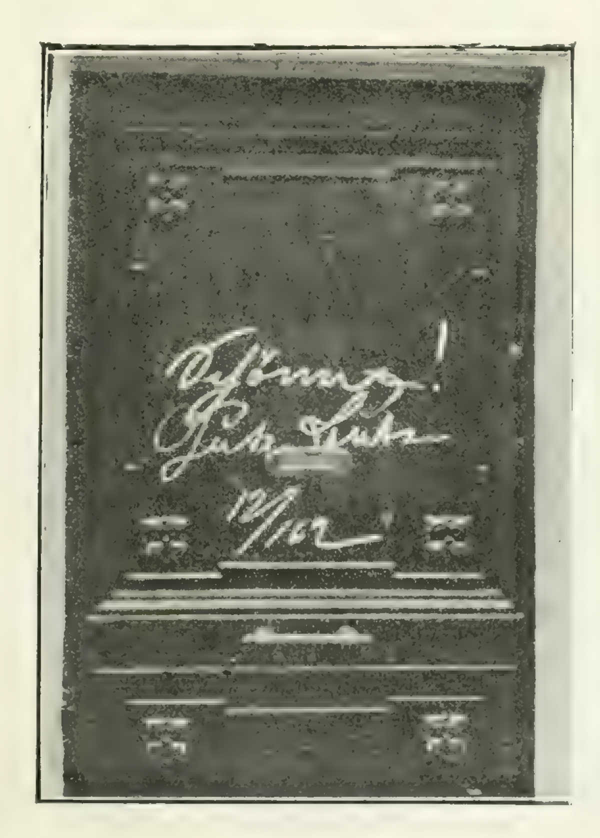


UN AUTOMÓVIL ABANDONADO POR LOS ALEMANES

varillas de madera empapadas de aceite y azufre. Luego empleaban unas pequeñas pastillas negras, del tamaño de las pastillas farmacéuticas, que se inflamaban al primer contacto del fósforo. Para el auto de fe de Termonde, pueblo que destruyeron, á pesar de que su vecindario lo había evacuado antes de su llegada, emplearon un automóvil cargado con un enorme depósito de petróleo, y fueron esparciendo el líquido por medio de una bomba y una manga de riego. El auto recorrió lentamente las calles, mientras un soldado movía la bomba y otro regaba con petróleo las fachadas de los edificios. Después de esta preparación prendieron fuego. Hay que reconocer que los alemanes son metódicos en todo.

Á pesar de los fruncimientos de cejas de los soldados que ocupaban Aerschot, intenté entablar conversación con algunas mujeres, agrupadas ante una panadería con la vana espera de una distribución de pan. Las pobres criaturas estaban aterrorizadas, y sólo contestaron á mis palabras con una mirada fija y suplicante de sus ojos desmesuradamente abiertos. Estos ojos los he visto después muchas veces en mis ensueños. ¿No turbarán igualmente el sueño de muchos alemanes?

Un pequeño incidente que se produjo en el momento que abandonábamos la ciudad, sirvió más que todo lo visto para hacernos sentir el horror de lo ocurrido en Aerschot. Encontramos á una niña de 9 á 10 años, y yo detuve mi auto para preguntarle sobre el camino que debíamos seguir. Apenas le dirigí la palabra, la niña levantó las dos manos por encima de su cabeza y comenzó á gritar, pidiendo gracia y perdón. En vano le dimos chocolate y dinero, asegurándole que no éramos alemanes y que éramos amigos. Aprovechando un descuido nuestro, escapó como una cervatilla asustada. Esta pobre criatura, con los ojos agrandados por el terror y las manos levantadas á la menor palabra, implorando gracia, ¡qué viviente y terrible testimonio de convicción contra los alemanes!...»



INSCRIPCIÓN ALEMANA EN UNA CASA BELGA: «BUENAS PERSONAS. NO SAQUEAR»

Esto fué lo que vió el escritor norte-americano Powell al pasar por Aerschot. La comisión belga dió también un informe sobre los horrores cometidos por los alemanes en dicha ciudad. En la primera quincena de Septiembre, el ejército belga, saliendo de Amberes, emprendió un movimiento general ofensivo con dirección á Lovaina, y sus tropas penetraron en Aerschot, repeliendo á los enemigos.



UNA BATERÍA ALEMANA DISPUESTA Á HACER FUEGO

Un individuo de la comisión, M. Orts, aprovechó esta circunstancia para visitar la ciudad mártir, entrando en ella treinta horas después de haber salido los alemanes. El comisionado belga describió en su informe el aspecto de la población en la siguiente forma:

«Al acercarse á Aerschot el camino está bordeado de casitas de pequeños cultivadores y hortelanos. Todas estas viviendas, sin excepción, han sido incendiadas. Los edificios anexos, establos, corrales de ganado, almacenes, herrerías y gallineros, nada ha sido respetado por los incendiarios, y es visible que la obra de destrucción fué activada por el empleo de materias inflamables, pues el fuego se propagó á ras de tierra, destruyendo los cultivos, los jardines, las cercas y los árboles frutales en las inmediaciones de los edificios.

Las primeras casas de Aerschot, que se encuentran al otro lado del puente, están igualmente destruidas. Sus fachadas guardan aún innumerables huellas de proyectiles. El 19 de Agosto, al efectuar el ejército belga su retirada á Amberes, este lugar fué el teatro de un vivo combate de retaguardia.

Se entra en la ciudad por una calle sinuosa que conduce á la plaza del Mercado. En toda la longitud de dicha calle, ó sea en una distancia de 500 metros, todas las casas han sido incendiadas. El fuego se propagó en las callejuelas de derecha á izquierda, de modo que toda esta parte de la ciudad quedó des-

UNA GRANJA DESPUÉS DEL PASO DE LOS ALEMANES (Fot. Rol)

truída. Mientras nosotros remontábamos la calle entre las filas de una columna de infantería belga, pedazos de muro y remates de fachada se desplomaban á cada instante bajo la acción de un fuerte viento, produciendo un ruido sordo y levantando nubes de polvo. La maraña de hilos telefónicos rotos, mil objetos esparcidos en medio de la calle y los vidrios pulverizados que crujían bajo las botas, completaban la triste impresión de estas ruinas. La Gran Plaza ha sufrido menos. La «Gilden Huis» y tres casas vecinas á la del burgomaestre Tielemans, han sido quemadas. Esta última permanece en pie, y su fachada, como las de los demás edificios de la plaza, conserva los vestigios de la fusilería que estalló en la tarde del 19 de Agosto, á consecuencia de un pánico provocado por algunos soldados ebrios, del ejército alemán.

La iglesia ofrece un aspecto lamentable. Las puertas quedaron forzadas á golpes de ariete, después de haberlas prendido fuego. En el interior, los altares, los confesonarios, los órganos, los grandes candelabros, todo está roto. Los cepillos han sido fracturados. Las estatuas góticas de madera que ornamentaban las columnas de la nave central, han sido arrancadas. En todo el templo reina el mayor desorden. El suelo está lleno de paja, en la cual han dormido durante muchos días las mujeres, pues como es sabido, gran parte de ellas fueron encarceladas en la iglesia.

En el resto de la población se descubren todavía numerosas casas incendiadas, formando grupos de dos, tres y hasta cinco edificios calcinados. Á la salida de la ciudad, en un campo situado á cien metros del camino á Lovaina, es donde los alemanes fusilaron al burgomaestre Tielemans, á su hijo, su hermano y todo un grupo de convecinos. Después de algunas exploraciones he encontrado al pie de un talud el lugar donde murieron estas víctimas inocentes del furor de los alemanes. Manchas y grumos de sangre negra marcan aún en la hierba el sitio ocupado por cada uno de estos mártires ante



LA OBRA DESTRUCTORA

UN MOLINO BOMBARDEADO (Fot. Rol)

el fuego del pelotón de ejecutores. Á pocos pasos de este lugar, la tierra recientemente removida y una humilde cruz de madera, clavada furtivamente por manos amigas, marcan el lugar donde reposan los cadáveres de 27 de las víctimas. La fosa sólo ha sido rellenada en una mitad, y parece esperar nuevos cadáveres.

He visto junto á la iglesia las tumbas de otros civiles asesinados por los alemanes, pero en esta ciudad abandonada por su vecindario es ahora muy difícil encontrar testigos de los sucesos, y por esto no puedo determinar exactamente el número de los habitantes de Aerschot que cayeron bajo las balas homicidas. La ciudad está casi desierta. La calle principal es la única animada por el paso continuo de las tropas belgas en marcha. En las calles laterales se ven, de tarde en tarde, algunas familias agrupadas ante las puertas de sus viviendas saqueadas.

Los atentados cometidos contra el pudor de las mujeres y las muchachas, han sido numerosos en Aerschot, lo mismo que en otras poblaciones de Bélgica. Pero en este punto especialmente las averiguaciones de la comisión chocan con grandes dificultades. Las víctimas designadas por la voz pública, así como sus familias, oponen generalmente un mutismo absoluto á todas las preguntas.

Lo que salta inmediatamente á la vista en Aerschot es que la ciudad fué enteramente saqueada. He penetrado en numerosas casas escogidas al azar, recorriendo sus diversos pisos. Por las ventanas y las puertas destruídas he examinado igualmente un gran nú-



MUJERES BELGAS BUSCANDO ENTRE LAS RUINAS DE SU CASA

mero de otras viviendas. En todas partes los mobiliarios están rotos, despanzurrados, y además sucios de un modo innoble. Los empapelados de las paredes cuelgan en harapos. Las puertas de las bodegas han sido derribadas. Los armarios, los cajones de las mesas, todos los muebles cerrados han sido forzados por los alemanes, vaciando su contenido. La ropa blanca y los objetos más diversos cubren el suelo, al mismo tiempo que un número increíble de botellas vacías.

En las casas ricas los cuadros han sido desgarrados y las estatuas rotas. Penetro en una de ellas, que según me dicen fué habitada por oficiales, librándose de informes de varios testigos, ocurrió lo mismo en todas las casas de familias ricas, donde los oficiales alemanes escogieron su alojamiento.

Durante tres semanas los invasores desvalijaron casi todas las casas de la ciudad, destruyendo los objetos que no satisfacían su codicia, mientras que los oficiales se reservaban las viviendas más opulentas. Todos los valores que sus propietarios no tuvieron tiempo de guardar, los servicios de plata, las joyas de familia y el dinero, han desaparecido. Los habitantes afirman que el incendio no tuvo las más de las veces otra finalidad que ocultar la prueba de robos, particu-



UN CAMINO DE BÉLGICA EN LOS PRIMEROS DÍAS DE LA INVASIÓN

la devastación general por la solicitud de uno de éstos. Desde la puerta, un fuerte olor de vino derramado atrae mi atención sobre los centenares de botellas vacías ó rotas que obstruyen el vestíbulo, la escalera y el patio que conduce al jardín. En las habitaciones reina un desorden indescriptible. Mis pies marchan sobre una gruesa capa de vestidos desgarrados y vedijas de lana escapadas de los colchones. Por todas partes muebles rotos, y en todos los dormitorios, junto á las camas, más botellas vacías. El comedor está lleno igualmente de botellas. Docenas de copas cubren la mesa y los veladores. En torno de ellos hay sillones y sofás con la tela desgarrada. En un rincón un piano, con el teclado lleno de inmundicia, parece roto á patadas. Todo indica que estos lugares han sido durante muchos días y noches el teatro de borracheras y otras orgías innobles. Según larmente importantes. Numerosos furgones cargados de botín salieron de Aerschot para Alemania.

Estos excesos no fueron obra únicamente de las tropas regulares. Á fines de Agosto, los reservistas de la *Landsturn* reemplazaron en Aerschot al ejército activo, continuando los asesinatos, el pillaje, las violaciones y toda clase de atentados contra las personas y la propiedad.

Un soldado belga del 6.º regimiento de línea me expuso los tratamientos odiosos que sufrieron en Aerschot muchos heridos y prisioneros. Herido en el combate del 18 de Agosto, fué conducido con otros 27 soldados belgas á las afueras de la ciudad, junto al río Demer. Dos compañías alemanas se encontraban en este lugar. Todos los prisioneros, muchos de los cuales estaban heridos, fueron obligados á correr á punta de bayoneta y fusilados cuando se hallaban á cierta

distancia. Algunos que por escapar al fusilamiento se arrojaron en el Demer, murieron igualmente bajo los disparos, desapareciendo en el río.

El testigo á la primera descarga se echó en el suelo, fingiéndose muerto. Un alemán se acercó á él y quiso rematarlo de un tiro: pero un oficial intervino, diciendo que un belga no merecía una bala, y ordenó que lo arrojasen en el Demer. El testigo pudo agarrarse á la rama de un arbusto, y apoyando los pies en las piedras del fondo, pasó toda la noche en el agua. Sólo su cabeza emergía. Al día siguiente pudo salir del río, entrando por los jardines de una casa abandonada. Allí se vistió con un traje de paisano, y uniéndose á los habitantes que huían de Aerschot pudo salvarse. De los 28 prisioneros y heridos sólo él y otro lograron escapar.

Conocido es el pretexto que invocaron los alemanes para explicar sus atentados. Según ellos, fueron represalias destinadas á vengar la muerte de uno de sus generales, asesinado por el hijo del burgomaestre de Aerschot. Todos los testimonios concordantes de los vecinos de dicha ciudad oídos por nosotros, establecen que el disparo que mató á este oficial superior procedía de las tropas alemanas, que comenzaron á hacer fuego dentro de la ciudad.

Es oportuno reproducir, á propósito de estos hechos, una carta que acaba de llegar á nuestro poder de Mad. Tielemans, viuda del infortunado burgomaestre de Aerschot, y que se halla actualmente en seguridad en el extranjero. En dicha carta expone del siguiente modo los sucesos que se produjeron en la citada población:

«Los hechos—dice la viuda del burgomaestre han ocurrido del siguiente modo: Á las cuatro de la tarde mi marido distribuía cigarros á los centinelas alemanes que montaban la guardia á la puerta de la casa. Yo lo acompañaba. Viendo que el general y sus ayudantes nos observaban desde lo alto del balcón, aconsejé á mi marido que entrase en casa. En este mismo momento, mirando á la Gran Plaza, donde estaban acampados más de 2.000 alemanes, vi de pronto dos columnas de humo seguidas de una descarga de fusilería. Los alemanes tiraban contra las casas y las invadían. Mi marido, mis hijos, los domésticos y yo, sólo tuvimos tiempo para precipitarnos por la escalera de la cueva. Los alemanes tiraban contra los vestíbulos de las casas. Después de algunos momentos de angustia indecible, uno de los ayudantes del general bajó á la cueva gritando: «El general ha muerto. ¿Dónde está el burgomaestre?» Mi marido dijo entonces: «Esto va á ser muy grave para mí.» Como el ayudante avanzaba hacia nosotros, yo le dije: «Podéis ser testigo, señor, de que mi marido no ha tirado.» «Es igual—me respondió—; él es el responsable.» Mi marido desapareció empujado por el ayudante. Mi hijo, que estaba al lado nuestro, nos condujo entonces á otra cueva. El mismo ayudante vino á arrancármelo poco después, llevándoselo á patadas. El pobre niño



PATRULLA ALEMANA EN LOS CAMPOS DE BÉLGICA



ALEMANES ALOJADOS EN UNA CASA BELGA

(De *The Illustrated War News*)

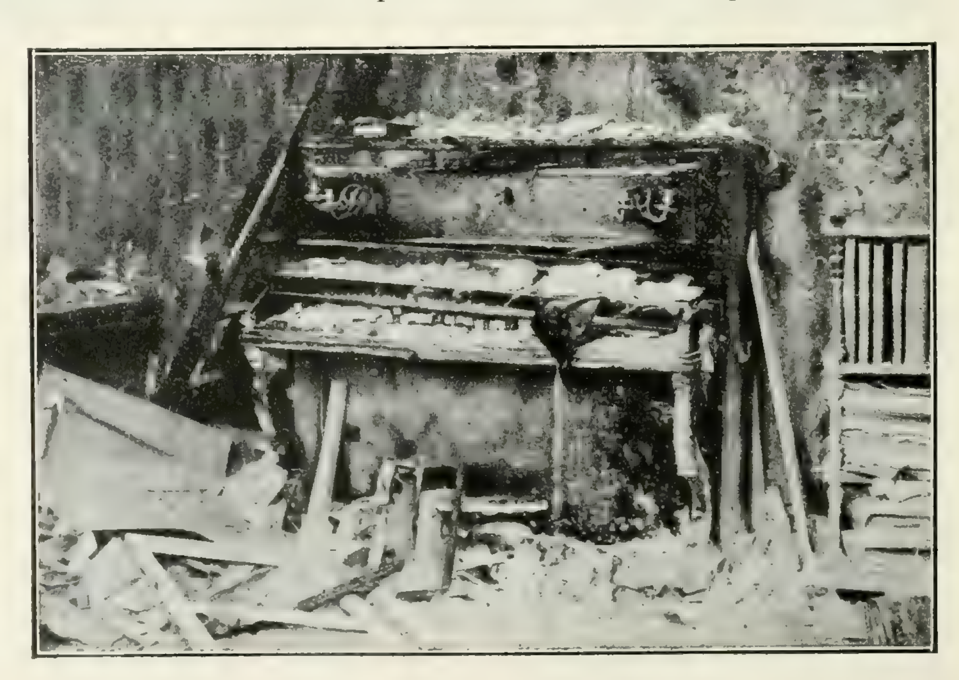
cer desaparecer un testigo de su crimen?...»

Mucho después del saqueo de Aerschot continuó la persecución contra sus habitantes, viéndose en este ensañamiento un deseo de suprimir los testigos del inmenso atropello. Del 30 de Agosto al 6 de Septiembre, todos los hombres que aun quedaban en la ciudad fueron encerrados en la iglesia con una treintena de eclesiásticos. Allí permanecieron algunos días, sin más alimento que pan agrio, en cantidad insuficiente. Después, formando varias cuerdas, los llevaron prisioneros á Alemania.

Al entrar las tropas belgas en Aerschot, haciendo prisioneros á varios alemanes, encontraron en los cuadernos de campaña de éstos algunas notas referentes á los envíos de cautivos civiles. Un alemán de Macdeburgo decía así en sus notas: «Hemos encerrado en la iglesia de Aerschot 450 hombres para enviarlos á Alemania.» Otro cuaderno contenía la mención siguiente: «El 6 de Septiembre hemos expedido camino de Alemania á 300 belgas. Entre ellos se encontraban 21 curas.»

El saqueo de Aerschot fué acompañado de nume-

apenas podía marchar. Por la mañana, al entrar los alemanes en la ciudad, habían tirado contra las ventanas de las casas. Una bala penetró en el dormitorio donde se encontraba mi hijo, hiriéndole de rebote en una pantorrilla. Después que mi marido y mi hijo desaparecieron, yo fuí conducida por toda la casa entre un grupo de alemanes que apoyaban sus revólveres en mi cabeza. Así pude ver al general muerto. Después mi hija y yo fuimos arrojadas fuera de la casa, sin paletó, sin nada. Nos encorralaron en la Gran Plaza entre un cordón de soldados, y desde allí presenciamos el incendio de nuestra querida ciudad. Allí también, á la claridad siniestra del incendio, pude ver por última vez, á la una de la mañana, al padre y al hijo atados codo con codo. Seguidos de mi cuñado, marchaban los dos al suplicio. Los malvados alemanes me han arrebatado todo lo que yo amaba, y ahora intentan despojarme del honor de un nombre que llevo con orgullo. No, señor ministro y señores de la comisión; yo no puedo tolerar esa mentira. Por mi honor afirmo que no teníamos en nuestra casa ni una sola arma. Mi cabeza ha sido puesta á precio por los alemanes, y he tenido que huir de pueblo en pueblo. ¿No era esto para ha-



INTERIOR DE UNA CASA DESPUÉS DEL BOMBARDEO





Dibujo de Norman Wilkinson, de «The Illustrated London News»

Navíos ingleses rechazando el



ue de los zeppelines alemanes



rosos actos de sacrilegio religioso. Los alemanes se apoderaron de los cálices y copones que representaban algún valor, derramando las sagradas formas en los escombros y las inmundicias del saqueo. La comisión belga recibió muchos informes de sacerdotes denunciando estos atentados religiosos.

Otras poblaciones belgas que fueron ocupadas el 19 de Agosto al mismo tiempo que Aerschot, sufrieron iguales atropellos.

En Schaffen, pueblo vecino á Diest, y en los municipios limítrofes de Lummen y Molenstede, las tropas alemanas cometieron numerosos atentados, devastando el país. Desde una hora antes de llegar á Diest comenzaron su obra de destrucción á lo largo de la carretera, incendiando todo lo que hallaban á su paso: granjas, viviendas y pajares. Al entrar en Schaffen los invasores quemaron los edificios y asesinaron á las raras personas que pudieron encontrar en las casas y las calles. Diez y ocho vecinos de Schaffen murieron de este modo, figurando entre las víctimas las siguientes personas: Una mujer de 45 años, esposa de Francisco Luyckx, con *su hija de 12 años de edad*, cuyos cadáveres, acribillados á balazos, fueron descubiertos en una letrina. La hija de Juan Oyen, de *9 años de edad*, que fué fusilada. Andrés Willen, sacristán del pueblo, de 23 años de edad, que fué *atado á un árbol y quemado vivo*. José Reynders, de cuarenta años, fusilado en compañía de *su sobrino, que sólo tenía 10 años*. Dos hombres de 40 años, Gustavo Lodts y Juan Markel, que fueron enterrados *cuando todavía estaban vivos*.

Un pelotón de hulanos que penetró en la aldea de Rethy incendió y fusiló á su capricho, figurando entre sus víctimas una muchacha de 15 años, muerta de un tiro.

En Corbeek-Loo, una mujer de 22 años, cuyo marido estaba en el ejército belga, fué sorprendida el 19 de Agosto con varios individuos de su familia por una banda de soldados alemanes. Las personas que la acompañaban quedaron encerradas en una casa, mientras la pobre mujer era empujada á una habitación inmediata, donde la violaron sucesivamente cinco soldados. En el mismo pueblo los alemanes invadieron al día siguiente la casa de una muchacha de diez y seis años que vivía con sus padres, conduciendo á toda la familia á una propiedad abandonada, en los alrededores de la población. Mientras unos soldados amenazaban con sus fusiles al padre y á la madre, otros bajaban con la hija á la bodega, obligándola á beber. Después la condujeron á una pradera frente á la casa, violándola sucesivamente, y como la muchacha se resistiese, le atravesaron el pecho con varios bayonetazos. La infeliz joven, abandonada después de estos actos abominables, fué conducida al hospital de Lovaina en tal estado, que hubo que administrarla los últimos sacramentos. En el momento que la comisión



SALÓN DE UNA CASA BELGA DESTROZADO POR LOS OBUSES ALEMANES



INFANTERÍA BELGA DISPUESTA Á MARCHAR

Los contados habitantes que habían quedado en las poblaciones y granjas después de esta devastación, hacían relatos horribles. En Wackerzeel, siete alemanes violaron consecutivamente á una mujer, matándola después. En la misma población se entretuvieron en martirizar con sus lanzas á un muchacho, haciéndolo correr como si fuese un animal de caza, mientras otros disparaban contra él. En Bueken, muchos habitantes fueron fusilados. Á la cabeza de estas víctimas figuró el cura párroco, venerable sacerdote de más de 80 años.

belga recogió este informe, la víctima estaba agonizando.

Cuando el 25 de Agosto las tropas belgas, haciendo una salida del campo atrincherado de Amberes, atacaron al ejército alemán que estaba ante Malinas, repeliéndolo hasta Lovaina y Vilvorde, pudieron apreciar por sus propios ojos los grandes crímenes que en los días anteriores había realizado la invasión. Al retirarse los alemanes incendiaron los pueblos, llevándose prisioneros á todos los habitantes masculinos. Cuando los soldados belgas entraron en Hofstade, vieron el cadáver de una vieja que había sido muerta á bayonetazos. La infeliz tenía aún en la mano la aguja con que estaba cosiendo en el momento que fué asesinada. Una mujer y su hijo de 15 años yacían en el suelo abrazados y con numerosas heridas de bayoneta. Un hombre había sido ahorcado. En Semest, pueblo vecino, se encontraron los cuerpos de dos hombres parcialmente carbonizados. Uno de ellos tenía las piernas cortadas á la altura de las rodillas. El otro estaba sin brazos y sin piernas. También encontraron el cadáver de un obrero, calcinado en parte y atravesado por numerosos bayonetazos. Cuando todavía estaba vivo, los alemanes lo mojaron con petróleo, arrojándolo en el interior de su casa, á la que prendieron fuego. Una mujer que salía de su vivienda para huir, murió del mismo modo.

Cerca de Malinas un viejo fué colgado de una viga de su granja, encendiendo los alemanes una hoguera debajo de sus pies. Cuando lo vieron los soldados belgas, estaba medio carbonizado. En otra granja inmediata, el cadáver de un niño de 15 años fué encontrado con las manos amarradas á la espalda y el vientre abierto á bayonetazos. Muchos cadáveres de campesinos, hombres y mujeres, estaban aún en una posición suplicante, como implorando perdón, con los brazos levantados ó las manos juntas.

Entre Impde y Wolverthem, dos soldados belgas estaban heridos cerca de una granja incendiada. Al llegar los alemanes descubrieron á estos dos heridos, que por su estado merecían respeto, y haciéndolos levantar del suelo á patadas y bayonetazos, los arrojaron en la hoguera.

Huyendo de la barbarie alemana, el vecindario de algunos pueblos se refugió en los bosques, donde estuvo oculto muchos días, sin pan y sin abrigo. El aspecto de los campos no podía ser más horrible. Á lo largo de los caminos y en los fosos inmediatos, yacían numerosos cadáveres de hombres, mujeres y niños asesinados por los alemanes. Los muertos eran arrojados á los pozos, contaminando las aguas. Los heridos de todas edades quedaban abandonados sin recibir socorro.

Un médico de una ambulancia de Malinas describió el estado de estas víctimas, que habían permanecido sin curación durante varios días. Un campesino belga de 30 años, huyendo de los invasores se había refugiado con su familia en un silo donde guardaba el



AVANZANDO HACIA EL FRENTE



INFANTERÍA FRANCESA MARCHANDO AL ENCUENTRO DE LOS ALEMANES

estiércol para su putrefacción. Al llegar los alemanes levantaron la tapa del foso y dispararon en su interior. El hombre recibió varios proyectiles, y para evitar que lo rematasen, permaneció cinco días oculto. Cuando al fin pudo ir en busca del médico, tenía una pierna en completa putrefacción.

Los invasores, cuando no mataban á los campesinos, los hacían cautivos, empleándolos en abrir trincheras y efectuar otros trabajos de defensa contra las tropas de su país, con visible menosprecio de lo que establecen las leyes de la guerra. En sus encuentros



DRAGONES FRANCESES GUARDANDO UNA VÍA FÉRREA

con el ejército adversario hacían preceder sus vanguardias por grupos de hombres, mujeres y niños, para que fuesen los primeros en recibir las balas belgas. Así se comprende que la mayor parte de los que fueron arrebatados de sus viviendas no hayan vuelto á ellas, desapareciendo para siempre.

La comisión belga, al resumir los atentados alemanes y protestar de ellos ante el mundo civilizado, dijo así:

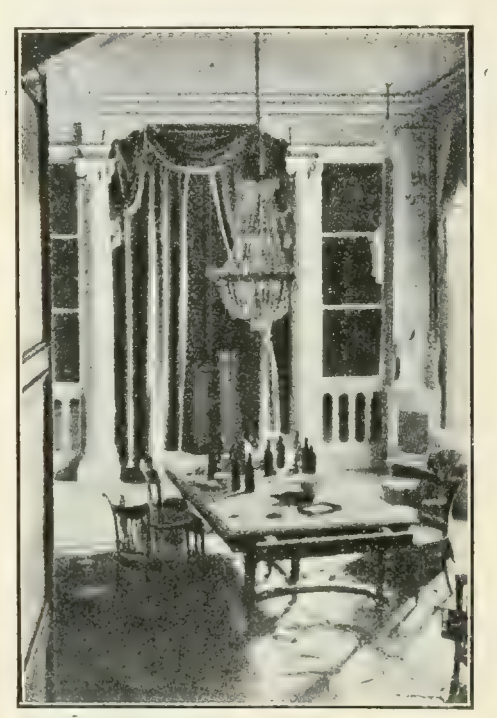
«En esta guerra la ocupación de las poblaciones es acompañada sistemáticamente, y muchas veces precedida, de toda clase de violencias contra la población civil; violencias contrarias á las leyes convencionales de la guerra y á los principios más rudimentarios de humanidad. El modo de proceder de los alemanes es igual en todas las poblaciones. Avanzan á lo largo de las carreteras, fusilando á los transeuntes inofensivos, especialmente á los ciclistas, como también á los agricultores que cuando ellos pasan están ocupados en los trabajos del campo. Al detenerse en una aglomeración urbana empiezan por requisar los alimentos y las bebidas, consumiendo estas últimas hasta la embriaguez. Muchas veces en el interior de casas que no están ocupadas disparan al azar sus fusiles, y luego declaran que son los habitantes los que han tirado contra ellos. Entonces empiezan las escenas de incendio, de muerte, y sobre todo de pillaje, acompañadas de actos de fría crueldad, que no respetan ni las edades ni el sexo. Hasta en los sitios donde ellos dicen conocer al culpable de los hechos que alegan, no se limitan nunca á ejecutar sumariamente á dicho culpable, pues aprovechan la ocasión para diezmar al vecindario, robar todas las casas y luego incendiarlas, con el deseo de que no quede rastro de su pillaje.

Después de una primera matanza ejecutada al

azar, encierran á los hombres en la iglesia de la localidad para que no puedan defender á sus mujeres y *ordenan á éstas que vuelvan á sus casas y tengan abiertas toda la noche las puertas de sus viviendas.*

En muchas localidades la población masculina ha sido enviada prisionera á Alemania, donde la obligan á ejecutar los trabajos de la cosecha, como en los tiempos de la antigua esclavitud. Son numerosos los casos en que los habitantes belgas se han visto obligados á servir de guías contra las tropas de su país y á trabajar en las trincheras y otras fortificaciones de campaña de los alemanes. Numerosas declaraciones atestiguan que, durante las marchas de los invasores y en muchos de sus ataques, han colocado delante de su vanguardia grupos de civiles, hombres y mujeres, para impedir que nuestros soldados tirasen.

Otros testimonios de oficiales y soldados belgas demuestran que algunos destacamentos alemanes enarbolan bandera blanca ó la bandera de la Cruz Roja para aproximarse traidoramente á nuestras tropas sin despertar su desconfianza. Por el contrario, los alemanes tiran contra nuestras ambulancias y maltratan á nuestros enfermeros. Del mismo modo maltratan á nuestros heridos y muchas veces los rematan, infligiéndoles terribles martirios. Los miembros del clero son objeto de una crueldad especial en estos atentados.



SALA DE UN CASTILLO BELGA EVACUADO SÚBITAMENTE POR LOS ALEMANES DURANTE SU COMIDA

Tenemos en nuestro poder balas explosivas abandonadas por el enemigo en Wercheer, y poseemos certificados médicos atestiguando que algunas heridas horribles han sido causadas por proyectiles de este género, prohibidos en todas las naciones civilizadas.

Los alemanes, para excusar sus atentados, pretenden que allí donde han fusilado, quemado y robado, lo hicieron porque los habitantes les habían opuesto una resistencia armada. Tal vez este hecho haya podido producirse en algunos puntos aislados, pues en todas las guerras ocurren casos de esta clase. Si los alemanes se hubiesen limitado á pasar por las armas á los autores de estos hechos, nosotros no hubiéramos podido hacer otra cosa que inclinarnos ante el rigor de las leyes militares. Pero estas agresiones, obra de uno ó varios individuos, y que además constituyen una excepción muy rara, no pueden justificar de ningún modo la generalización de las medidas represivas á que se han visto sometidos los vecindarios de ciudades, pueblos y aldeas, en sus personas y en sus bienes, ni los fusilamientos, los incendios y los pillajes que se han realizado en gran parte de nuestro territorio, no con el carácter de represalias, sino como verdaderos refinamientos de crueldad. Además, ninguna provocación han podido establecer los alemanes en Visé, en Warsaje, en Wavre, en Lovaina y en tantas otras localidades que han sido objeto de una destrucción preparada fríamente y ejecutada muchos días después de su ocupación por los alemanes, sin olvidar el incendio sistemático de las casas aisladas en los caminos por donde pasaron los invasores y el fusilamiento de sus desgraciados habitantes que intentaron huir.

Los alemanes han pretendido hacer creer, por medio de sus periódicos, que el gobierno belga distribuyó armas á sus poblaciones para que las usasen contra los invasores del territorio. Añaden que el clero católico ha predicado una especie de guerra santa, incitando á sus fieles á matar alemanes. Han sostenido, en fin, para justificar los asesinatos de mujeres, que éstas se mostraron tan encarnizadas como los hombres, llegando á arrojar por las ventanas aceite hirviendo sobre las tropas alemanas en marcha.

Todas estas afirmaciones son otras tantas falsedades. Lejos de haber distribuído armas, las autoridades belgas, al aproximarse el enemigo, ordenaron el desarme de las poblaciones. Los burgomaestres han recomendado la prudencia á sus administrados, aconsejándoles que se abstuviesen de violencias, para evitar de este modo las represalias. El clero, cumpliendo su ministerio, ha exhortado á sus fieles á mantenerse en calma. En cuanto á las mujeres—á excepción de un relato de origen sospechoso, publicado por un diario extranjero—, todas ellas no tuvieron otra preocupación que huir de los horrores de una guerra sin misericordia.

Los verdaderos móviles de las atrocidades alemanas, de las que hemos recogido tan emocionantes testimonios, se basan por una parte en el deseo de aterrorizar y desmoralizar á las poblaciones, conforme á las teorías inhumanas de los escritores militares de Alemania, y por otra parte en el deseo del pillaje. Un disparo de fusil hecho no se sabe dónde, por quién ni contra quién, tal vez por un soldado ebrio ó un centinela nervioso, es suficiente para dar pretexto al saqueo de toda una ciudad. Al robo individual suceden las contribuciones de guerra en una proporción imposible de satisfacer, y la selección de rehenes que serán fusilados ó guardados hasta el pago completo de la cantidad, siguiendo los conocidos procedimientos del bandolerismo clásico. Hay que tener en cuenta

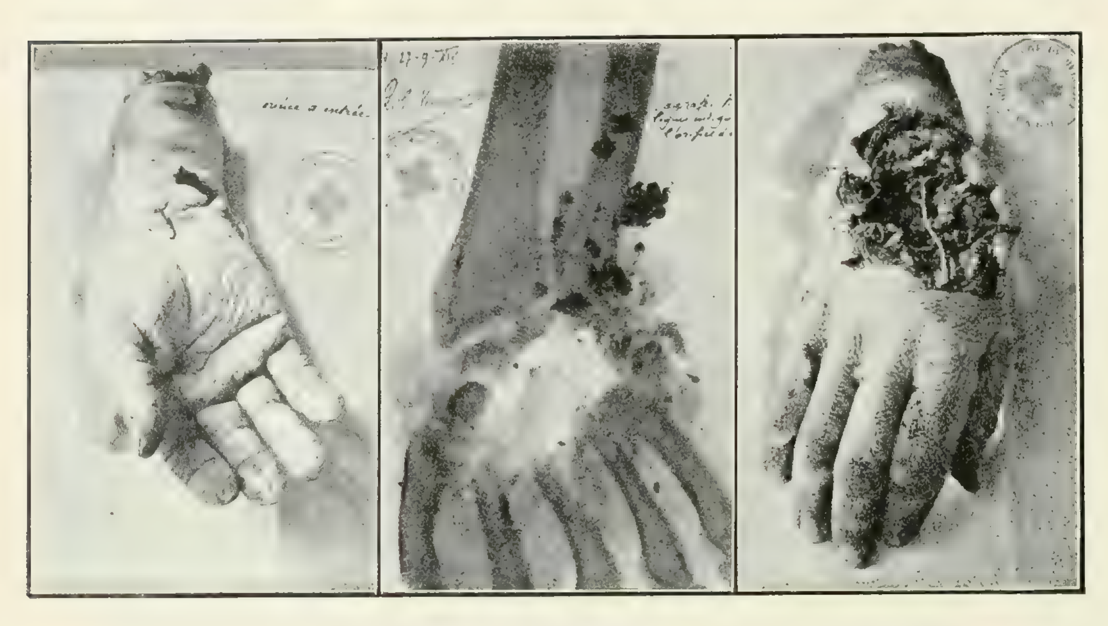


¡EN LA VANGUARDIA!

(Dibujo de Steinlen)

además, que toda resistencia opuesta por los destacamentos de nuestro ejército regular la interpretan los alemanes—para poder satisfacer su crueldad—como una resistencia de los habitantes del país, y de este modo el invasor procura vengarse en los indefensos civiles de los descalabros ó las simples decepciones que sufre en el curso de la campaña.»

Todas las afirmaciones del gobierno belga y la comisión averiguadora están probadas con hechos y con testimonios irrebatibles. Numerosos certificados de médicos belgas y de otras nacionalidades demuestran que el ejército alemán, en su invasión de Bélgica, empleó balas explosivas de fusil y de pistola, faltando á todas las convenciones del derecho internacional referentes á la guerra. Fotografías tomadas por los médicos de la Cruz Roja en los hospitales, constituyen una prueba irrefutable.



MANOS DE SOLDADOS BELGAS DESTROZADAS POR LAS BALAS EXPLOSIVAS DE LOS ALEMANES

Los alemanes osaron además resucitar una crueldad que sólo se empleó hace muchos siglos, cuando la barbarie de la guerra no había sido aún atenuada por los acuerdos humanitarios. En casi todos los combates sostenidos en Bélgica, los invasores mataron prisioneros y remataron heridos. Ya hemos mencionado su barbarie en Aerschot, donde á continuación del combate del 18 de Agosto fusilaron á 26 heridos y prisioneros belgas. También hemos citado el caso de los dos soldados heridos que cerca de Impde fueron arrojados en el interior de una casa que ardía.

Numerosos hechos de esta especie se repitieron en los combates de Bélgica. Un sargento del 3.° regimiento de lanceros, herido de dos balas alemanas en el combate de Orsmael, se vió maltratado por los alemanes cuando estaba en el suelo, recibiendo numerosos culatazos. Un alemán, viendo que aun vivía, le disparó su fusil á dos metros de distancia. Por fortuna la bala no hizo más que rozarle el vientre. Un carabinero ciclista belga, al caer prisionero de los alemanes, fué colgado de un árbol. Más adelante diremos cómo los soldados franceses heridos en la batalla de Dinant fueron encontrados con la cabeza machacada á culatazos. En Namur, los invasores, después de hacer salir de una clínica á los heridos que eran alemanes, mataron á los otros heridos, belgas y franceses, incendiando luego el hospital. Cerca de Malinas, un soldado belga herido, perteneciente á un regimiento de carabineros, fué rematado á culatazos que hicieron estallar su cráneo. Veintidós soldados belgas heridos en el mismo combate fueron acabados á bayonetazos. En un combate librado en los alrededores de Sempst, los camilleros belgas encontraron dos soldados de su ejército que estaban atados á un árbol. Los dos tenían la guerrera desabrochada, mostrando el vientre abierto á bayonetazos y saliéndose sus entrañas por las heridas. Una enfermera vió en el campo de batalla á un alemán que acababa á un herido belga dándole culatazos en la cabeza.

Un soldado llamado Burm declaró que hecho prisionero por los alemanes cerca de Aerschot, éstos, para obligarle á hablar, le sumergieron las manos en una caldera de agua hirviendo. El médico de su batallón y otros facultativos atestiguaron los rastros de las quemaduras que aun tenía en las manos. Otros dos soldados del mismo cuerpo fueron sometidos á torturas semejantes para hacerles hablar. Uno de ellos que intentó rebelarse, fué sujetado por los alemanes, que inmovilizaron sus brazos y sus piernas, mientras otros le retorcían el cuello hasta hacerle perder la vida. Á su camarada le cortaron un dedo para vencer su mutismo.

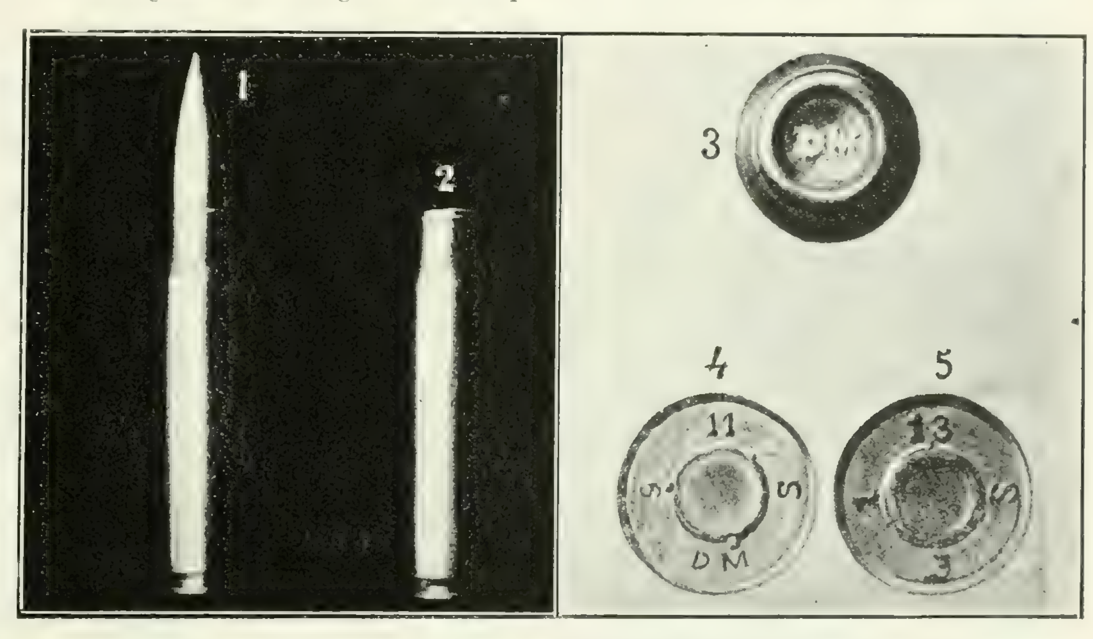
Un sacerdote atestiguó que, después de un combate cerca de Dixmude, había encontrado el cuerpo de un teniente del 12.° de línea, llamado Camilo Poncin. El infeliz teniente había sido fusilado, atándolo previamente los enemigos con alambres, para que recibiese la muerte de rodillas.

Los servicios de la Cruz Roja no fueron más respetados por los alemanes que el ejército regular. En casi todos los combates tiraron contra las ambulancias, á pesar de que las insignias de éstas eran muy visibles, y evitaban toda confusión con las fuerzas combatientes. Muchos individuos de la ambulancia fueron heridos. Otros sufrieron golpes é injurias cada

vez que se ponían en contacto con los alemanes. En los ataques de las poblaciones, sus baterías tiraron con preferencia sobre los edificios que ostentaban la bandera de la Cruz Roja.

Desde el principio de la invasión los alemanes emplearon el sistema de protegerse, empujando delante de ellos un grupo de civiles. En el sitio de Lieja ya se valieron de este procedimiento inhumano para su propia seguridad. Una batería alemana, con el objeto de evitar los tiros del fuerte que tenía enfrente, colocó junto á sus cañones un gran número de belgas aprisionados en las aldeas inmediatas, y entre los cuales figuraban mujeres y niños. Cuando el grueso de las tropas sitiadoras intentó pasar entre los fuertes de Chaudfontaine y de Fléron, llevó delante de él á un grupo de civiles que había ido recogiendo á lo largo del camino. Todos ellos tenían las manos atadas á la espalda. Otro grupo de paisanos fué obligado á marchar en medio de la tropa. En este grupo figuraba un viejo de 80 años, medio desmayado, y que dos compañeros de infortunio habían de sostener.

Mientras ocurría esto en Lieja, al otro extremo de Bélgica la vanguardia alemana empleaba idéntico procedimiento en sus primeros choques con el ejército francés, llevando al frente numerosos grupos de civiles para impedir el tiro de los adversarios. Cerca de Borinaje, en las inmediaciones del Sambre, un cuerpo francés que ocupaba las alturas tardó en emprender el combate por consideraciones de humanidad al ver numerosos grupos de civiles al frente y en el centro de la columna enemiga. Estos grupos estaban compuestos en su mayor parte de mujeres y niños. Los alemanes los colocaron sobre el puente del Sambre, para evitar de este modo que los cañones franceses lo destruyesen. Entre estos rehenes, arreados como una recua delante de las columnas invasoras, figuraban un sacerdote de 64 años y ocho religiosas jóvenes.



1. Cartucho ordinario.—2. Cartucho explosivo.—3. Extremidad cóncava de una bala explosiva.
4. Base de una cápsula explosiva.—5. Base de una cápsula ordinaria

En Tamines, un testigo que asistió desde una ventana al combate entre alemanes y franceses junto al Sambre, vió á varios grupos de paisanos que empujaban los alemanes hacia el puente, obligándolos á permanecer en él expuestos al doble fuego. Todos ellos huyeron instintivamente, refugiándose en las casas de la otra orilla, pero los alemanes los alcanzaron con el fuego de sus ametralladoras, matando á muchos de ellos. Algunos vinieron á morir al pie de la casa donde estaba el testigo.

En Tournai, las tropas alemanas entraron protegiéndose con varias filas de civiles. En Malinas, los invasores agruparon muchos paisanos belgas, que habían sido conducidos á Alemania y devueltos luego á Bruselas, para emplearlos como muro protector de su vanguardia. Estos prisioneros fueron conducidos al canal, en cuya orilla opuesta estaban los belgas, con la esperanza de que por este medio podrían franquearlo impunemente. En dicho combate, como en otros muchos, los alemanes, con la punta de la bayoneta ó con las culatas de sus fusiles, obligaban á los prisioneros á que gritasen, dirigiéndose á las tropas que estaban enfrente: «¡No tiréis, que somos belgas!»

Este procedimiento de las columnas en marcha lo utilizaron igualmente las patrullas. Un vecino de Malinas, al volver á su ciudad, encontró á seis soldados alemanes que llevaban presas á cinco muchachas. El testigo fué aprehendido igualmente. Al pasar cerca de un punto donde estaba una compañía belga, los alemanes colocaron las cinco muchachas en torno de ellos, para impedir que los soldados tirasen. Otros muchos testigos que circulaban en bicicleta por las carreteras, fueron arrestados por los destacamentos de húsares y hulanos, que los obligaron á marchar entre ellos, amenazándolos con la muerte si las tropas belgas llegaban á hostilizarles.

El gran número de sacerdotes fusilados por los alemanes debe atribuirse á la falsa idea que los jefes inculcaron á su tropa de que la población fanatizada era conducida al combate por sus párrocos. Esta mentira sirvió para excitar la barbarie de los simples soldados. Los jefes sabían á qué atenerse, pero no vacilaron en emplear este pretexto como una justificación de sus órdenes destructoras. El cura párroco de un pueblo del Sur de Bélgica, donde la religión no ejerce gran in-

fluencia, relató á la comisión lo que le había ocurrido al presentarse los alemanes. Acababa de celebrar la misa, cuando fué llamado á presencia del jefe que mandaba la columna, entablándose el siguiente diálogo:

«¿Sois vos el cura de este pueblo?» «Sí.» «Tengo que deciros, señor, que habéis dejado á vuestros feligreses que hagan contra nosotros la guerra de franco-tiradores.» «Perdón, comandante. Yo he recomendado á todo el mundo que no tire. Este consejo ha sido fijado en bandos en las esquinas, y los periódicos lo han reproducido.» «Entonces, señor, vuestra ininfluencia es bien poca.» «Indudablemente, comandante; no tengo la influencia que vos creéis. Pero de todos modos, tened la seguridad de que no son los civiles los que han tirado. Son las tropas francesas que ocupan una altura cercana.» Entonces—añade el testigo—yo guardé silencio, y el comandante, levantando los puños, me dijo: «Bueno; sea como sea, el cañón va á hablar y lo vamos á demoler todo.»

El pueblo fué incendiado y fusilados muchos de sus habitantes. Los que no fueron muertos inmediatamente se vieron conducidos á la cola, entre bayonetas. Todos los rehenes del país quedaron concentrados en mitad de la columna, marchando junto á soldados que les insultaban y pegaban. El sacerdote iba entre ellos. Los soldados más inmediatos lo injuriaban, mostrándole los cañones de sus fusiles para darle á entender el gusto con que lo fusilarían dentro de poco.

Durante un alto en la marcha, seis prisioneros, escogidos al azar, fueron fusilados. El resto pasó la noche en un establo, donde algunos estuvieron próximos á morir de asfixia.

En Surbise, bajo el resplandor del pueblo incendiado, los alemanes verificaron una selección de prisioneros. Los hombres fueron separados de las mujeres, y 18 de ellos recibieron la fatal noticia de que iban á ser fusilados. Entre ellos estaban los curas de Anthée y Oonhaye, otro sacerdote y el cura de Surice. Figuraban además en el grupo algunos padres con sus hijos. Enfrente del montón de víctimas estaban las esposas, las madres, las hijas, lanzando alaridos de dolor é implorando misericordia. Ante los ojos de las aterradas mujeres se cumplió el asesinato. Los hombres cayeron como segados por la descarga. Algunos que se removían en el suelo fueron acabados á culatazos en la cabeza. Después los alemanes se apoderaron de todo lo que guardaban en los bolsillos, así como de sus ropas, dejando los cadáveres desnudos.

En Bueken la matanza ocurrió algún tiempo después de estar ocupada la población por los alemanes. Éstos llevaban diez días en ella, y los habitantes, aterrorizados, se esforzaban por satisfacer todas sus exigencias, cuando de pronto los hombres del vecindario fueron hechos prisioneros y conducidos con las manos atadas á una pradera inmediata. Allí fueron fusilados diez y seis habitantes, entre ellos un viejo de setenta años y sus tres hijos, en presencia de las mujeres y los niños. Esta ejecución fué precedida de la lectura de una especie de sentencia, hecha por un oficial. Uno de los fusilados estaba acusado de guardar un libro que un soldado alemán, alojado en su casa, había olvidado. Otro había cometido el terrible crimen de guardarse en el bolsillo un pedazo de cartucho alemán. Las pobres mujeres, para salvar á sus maridos, empezaron á gritar inútilmente: «¡Viva Alemania! ¡Viva el kaiser!» Cuando esta matanza quedó terminada, los alemanes encerraron á las mujeres y los niños en una habitación tan estrecha que nadie tuvo espacio para acostarse. Las pobres gentes permanecieron así durante dos días y dos noches, sin poder comer ni beber. Mientras tanto la aldea quedó destruída por completo.

DISTRIBUCIÓN DE AGUA Á LAS TROPAS GERMÁNICAS

Todos estos crímenes de la invasión, muertes, incendios y robos, se realizaron metódicamente, á estilo alemán, como si obedeciesen á una reglamentación. Cuando el incendio respetaba á algunos edificios, no por esto se libraban del pillaje. La iglesia de Hastiere, célebre por su antigüedad y por su mérito artístico, sirvió de cuadra á los caballos alemanes, y en sus capillas se desarrollaron toda clase de orgías. Los altares fueron rotos, las reliquias dispersadas, los lugares más respetables sirvieron para depósitos feca-



ESCUDOS VIVIENTES (Dibujo de Lucien Jonas, de la «Illustration» de París)

Hulanos llevando al frente un grupo de mineros belgas

les, los ornamentos del culto fueron empleados en los usos más inmundos.

La rabia de destrucción varió según los regimientos encargados de aterrar al país. Hay que reconocer que los cuerpos alemanes reflejaron el carácter y la condición de sus jefes, aplicando el sistema de muerte, incendio y robo, con más ó menos ardor. Un testigo belga declaró que algunos soldados alemanes decían á las mujeres que se lamentaban de las atrocidades cometidas: «No hay que llorar, pues no hacemos ni la cuarta parte de lo que nos ordenan nuestros jefes.»

Otro testigo que presenció las matanzas de Surice, cuenta que un soldado joven alemán volvía la cabeza para no ver el fusilamiento de los paisanos, mientras que las lágrimas caían de sus ojos sobre el pecho de su uniforme.



AUTOMÓVIL BLINDADO DEL EJÉRCITO BELGA (Fot. Meurisse)

o

La suerte de los belgas que salvaron su vida quedando prisioneros, resultó igualmente terrible. Hombres, mujeres y niños fueron internados en Alemania en número considerable, viéndose separados de los miembros de su familia. Los más de ellos habían sido detenidos sin que los invasores se tomasen la molestia de alegar motivo alguno, viéndose arreados como los cautivos de las guerras antiguas, entre injurias y golpes. Muchos consiguieron evadirse. Otros, después de ser conducidos á Alemania y quedar expuestos por algunos días á las injurias y las pedradas del populacho patriotero, fueron reconducidos á Bélgica y abandonados en medio del campo.

El gobierno alemán quería enardecer el entusiasmo de su país con esta exhibición de rebaños de prisioneros, y procedió sistemáticamente al cautiverio de los belgas, sin un pretexto, sin una razón, arrebatando de sus hogares familias completas, y en ciertas ocasiones el vecindario en masa de aldeas y pueblos.

Estos prisioneros, á los que se daba arbitrariamente el título de rehenes, fueron reunidos y encorralados como un ganado, dividiéndolos en dos grupos. Los hombres quedaban separados de sus mujeres, y una parte de ellos destinada al fusilamiento. Los que eran enviados á Alemania pasaban por un verdadero calvario.

En las estaciones alemanas la muchedumbre esperaba el paso de los trenes entonando canciones patrióticas, y lanzaba injurias y piedras á los prisioneros, á pesar de que eran civiles y de aspecto pacífico, figurando entre ellos débiles octogenarios, muchachas y niños. Los guardianes, que no habían estado en la guerra, para darse la importancia de soldados bien enterados, designaban á estos infelices como terribles franco-tiradores. La muchedumbre germánica, por respeto al uniforme, se guardaba de insultar á los prisioneros militares belgas, franceses é ingleses. Éstos eran alimentados relativamente bien, mientras que los civiles sólo recibían pan y agua.

Su permanencia en los depósitos de prisioneros fué un interminable tormento. Los guardianes los dirigían á garrotazos. En la espalda llevaban una inscripción marcando su calidad de prisioneros de guerra. Los curas y seminaristas eran objeto de una predilección especial en punto á castigos. Una promiscuidad molesta y peligrosa existía en estos campamentos, viviendo los sanos con los enfermos contagiosos. Todo el inmenso rebaño de cautivos, pertenecientes á las clases y profesiones más diversas, profesores de universidad, abogados, sacerdotes, industriales, comerciantes y obreros, se veían obligados á vivir en la inacción más completa. Ni un libro, ni un instrumento de trabajo, les era permitido. Sus guardianes pretendían que todos ellos eran franco-tiradores, asesinos de alemanes. Las mujeres germánicas se indignaban y pedían la muerte de las mujeres belgas, con la absoluta convicción de que eran ellas las que sacaban los ojos á los prisioneros alemanes. Sin fuego, sin luz, teniendo por lecho una paja nunca renovada, más inmunda que la de una cuadra, y media libra de pan todos los días por único alimento, su existencia resultó más horrible que la que habían llevado en Bélgica durante la invasión. Los que tenían algún dinero pudieron sostenerse, pero muchos de ellos habían sido aprisionados de un modo imprevisto, sin darles tiempo para juntar recursos. Esta vida infernal no podía re-

sistirse sin grave quebranto físico. Algunos de los prisioneros perdieron la razón, y á las tristezas del campamento vino á unirse el espectáculo de la demencia.

El calvario de muchos de estos cautivos fué tan rápido, tan cruel y tan falto de explicaciones, que carece de justificación alguna. Sólo se comprende teniendo en cuenta el deseo del gobierno alemán de exhibir muchos prisioneros ante las muchedumbres de su país.

Uno de los belgas apresado en Lovaina después de los sucesos que describiremos más adelante, hizo en los siguientes términos la descripción de su viaje á Colonia, tan doloroso como rápido: «El 27 de Agosto fuimos llevados á la estación, y allí nos encerraron en vagones de ganado que tenían una capa de estiércol que nos llegaba hasta más arriba del tobillo. En estas cajas cerradas hemos viajado durante cuatro días y cuatro noches, sin recibir el menor alimento ni poder siquiera entreabrir la puerta. Éramos 60 por vagón. En la cuarta noche hemos llegado á Colonia. Nuestros guardianes nos exhibieron por las calles. Las mujeres alemanas nos escupían en la cara. Después hemos dormido sobre el piso de madera de un establecimiento, que es una especie de Luna Park. Setenta de nosotros han tenido que pasar la noche en el exterior, de pie y bajo la lluvia. Por todo alimento hemos recibido un pan para cada 10 hombres; un pan viejo de 15 días (la fecha estaba marcada en la corteza). Imposible comerlo. Al día siguiente, á las diez de la mañana, nos han conducido otra vez á la estación, entre soldados que habían cargado sus fusiles. Nos han instalado en vagones de 3.ª clase, á razón de 16 individuos por compartimiento, cuando los asientos son para ocho. No nos han dado ningún alimento, y después de 50 horas de tren hemos llegado á Bruselas.»

Muchos rehenes quedaron presos, mientras sus respectivas localidades satisfacían los cuantiosos impuestos de guerra exigidos por los alemanes. Como por regla general estas contribuciones eran muy superiores á los recursos de la población, las autoridades municipales no pudieron hacerlas efectivas con prontitud, y los rehenes permanecían mucho tiempo en prisión, sufriendo toda clase de vejaciones.

Las autoridades militares alemanas, al escoger estos rehenes, no tuvieron nunca en cuenta la edad ni la dignidad de las personas aprisionadas. El obispo de Tournai, anciano enfermo y débil, estuvo preso en Aath durante cinco días en un local infecto y con un haz de paja por cama. Sus guardianes no se preocuparon de su alimentación, y el venerable prelado se salvó de perecer de hambre gracias á las buenas personas que le llevaron ocultamente algunos víveres. La libertad de todo belga, fuese cual fuese su condición, estaba á merced del más insignificante oficial. Un simple teniente disponía de la suerte de las personas más elevadas, bastando una palabra suya para que el transeunte se viese condenado al fusilamiento ó á la deportación.

Muchos belgas que consiguieron librarse de su cautiverio, relataron á la comisión el modo incoherente cómo fueron aprisionados, puestos en libertad, aprisionados de nuevo, separados en grupos, encerrados por la noche en un lugar infecto, con la promesa de ser fusilados á la mañana siguiente, y cómo les hicieron formar á lo largo de un muro ó de una cerca, apuntándoles con sus fusiles el pelotón de ejecutores, hasta que el oficial, cuando ya se daban por muertos, les ordenaba que se marcharan libremente, como si todo hubiese sido una broma. En un camino que conducía á Tirlemont, los prisioneros belgas fueron separados de sus mujeres, continuando éstas el camino con una parte de la escolta. Cuando esta tropa de mujeres, que lloraban desesperadas por la lúgubre separación, se hubo perdido de vista, los soldados alemanes dispararon sus armas al aire, para hacerlas creer que sus padres y sus maridos acababan de ser fusilados.


UN SOLDADO BELGA ACARICIANDO Á SU HIJO

Muchas veces estos fusilamientos en medio del camino no fueron fingidos, sino reales.

Las tropas alemanas mataron fríamente, no en el enardecimiento de un combate ó en plena cólera después de un fracaso, sino con la mayor tranquilidad,

cuando conducían los prisioneros de una región á otra, y sin otro fin que el de aterrar al país. Los curas y los funcionarios municipales fueron asesinados sin alegar pretexto alguno, sin tomarse los alemanes el trabajo de inventar un delito que justificase la ejecución, únicamente para demostrar á los infelices campesinos la facilidad con que podían ser exterminados por un invasor que empezaba matando á las personalidades más notables del pueblo. En Hermeton, dos curas, varias autoridades municipales y un profesor de la Universidad de Lovaina, murieron fusilados. En Monceau-Sur-Sambre y en Montignies, los vecinos más importantes del pueblo fueron sacrificados en masa.

Casi nunca dieron los verdugos explicaciones á sus víctimas sobre el motivo del suplicio que iban á infligirles. Eran sorprendidas en sus domicilios, empujadas á culatazos por los caminos y las calles, y conducidas á la muerte. Antes del fusilamiento en masa, los alemanes realizaban selecciones en estos rebaños humanos, separando las mujeres, los niños y los viejos. El oficial encargado de la ejecución, que había recibido la orden de hacer morir á todos los hombres en estado de tomar las armas, apreciaba el límite de edad en los adolescentes, marcando los que habían de quedar entre los hombres ó los que debían permanecer entre las mujeres y los viejos. Un muchacho de 14 años fué llevado varias veces de un lado á otro de la carretera, ó sea del grupo destinado al fusilamiento, al de los seres débiles que debían quedar prisioneros. Después de estas idas y venidas, un jefe alemán resolvió la duda, ordenando que colocasen al pobre muchacho en el grupo de los condenados á muerte.

No hubo nunca en estos atropellos nada que se aproximase á un juicio tranquilo é imparcial. Los oficiales alemanes escogían á capricho, arbitrariamente, sin miedo á una repulsa de sus superiores, pues habían recibido la orden de aterrar y matar, «aunque los inocentes pagasen por los culpables». Además, los supuestos culpables nadie llegó á verlos, ni pudo decir con certeza en qué consistían sus crímenes. La comisión averiguadora belga, al tratar este punto, dice así:



DESTACAMENTO ALEMÁN ENTRE LAS RUINAS DE UN PUEBLO DE BÉLGICA

«De 62 testigos que llevamos interrogados con gran insistencia para saber si en sus respectivos pueblos algún vecino tiró contra los alemanes, ninguno ha podido proporcionarnos el más leve indicio. Por el contrario, todos nos describen el terror de la población á la llegada del enemigo y la fidelidad con que ejecutaron las instrucciones de las autoridades municipales, relativas á la entrega de las armas. Numerosos testigos nos han explicado que los soldados alemanes, ebrios hasta la demencia, disparaban su fusil al azar, y luego declaraban á sus oficiales que los

vecinos habían tirado contra ellos. Aceptando estas declaraciones, los jefes ordenaban inmediatamente las represalias de costumbre: el pillaje, el incendio y la matanza de los civiles, apresados á capricho.

Es cierto que los soldados alemanes fueron preparados por sus jefes anticipadamente, infundiéndoles la idea de que iban á ser atacados en los pueblos por los civiles. Esto provocó en ellos, desde los primeros días de su penetración en el territorio belga, un estado de nerviosidad y de inquietud que les ha hecho ensañarse con la población. Un súbdito de una potencia neutra (Turquía), que ahora es beligerante al lado de Alemania y Austria, ha comparecido ante nosotros, para comunicarnos espontáneamente una experiencia personal. En los primeros días de Agosto, encontrándose en Verviers y Dolhain, fué arrestado por inculpación de espionaje en la imprevista compañía de un soldado alemán. Después lo soltaron, luego lo volvieron á tomar, para ponerlo al fin en libertad con toda clase de excusas. Este testigo ha visto á las tropas alemanas tirar contra la casa donde él se había refugiado en Dolhain para pasar la noche. El alemán, que era su compañero momentáneo, le confesó la causa de la alarma nocturna. Uno de los centinelas, fatigado por la larga marcha que había hecho durante el día y bajo el imperio de una alucinación, había disparado en la obscuridad, creyendo que el enemigo se hallaba próximo. Esto bastó para que todos los alemanes empezasen á hacer fuego al azar é incendiasen las casas de la calle principal.»

FAMILIAS BELGAS REFUGIADAS EN UNA IGLESIA

El miedo á las poblaciones belgas—á pesar de que las veían aterradas—y la creencia infundida por los jefes de que éstas guardaban depósitos de armas para una resistencia traidora, fué el móvil de muchas atrocidades cometidas por la soldadesca. Á fuerza de repetir que la población civil abrigaba el propósito de degollar á todos los invasores, los alemanes que habían lanzado esta idea hipócritamente, sabiendo que era falsa, acabaron por persuadirse á ellos mismos de su certeza. Las tropas invasoras vivían en sus alojamientos en una perpetua obsesión, semejante al miedo. Fuera de los campos de batalla el menor ruido les hacía saltar, trémulos de inquietud. El estallido de una rueda de automóvil; un petardo bajo las ruedas del tren, como ocurrió en Surbise; las explosiones de un motor á gas, como en Alost; las deflagraciones de ciertos productos en un laboratorio químico de Lovaina, produjeron entre los alemanes el grito de «¡El enemigo que nos ataca!» con todas sus siniestras consecuencias. Una carta de un médico alemán, encontrada en Termonde, dice que el capitán de su compañía no se aventuraba jamás fuera de su alojamiento sin la escolta de dos soldados que le guardaban, armados de revólveres y carabinas.

En los alrededores de Aerschot prohibieron la molienda del trigo necesario para la alimentación de los habitantes, con el pretexto de que las alas del molino podían servir de señales á las tropas belgas. En Limburgo creyeron que la reverberación de la luna en las vidrieras de la iglesia daba indicaciones al enemigo. En Izel una bandera que flotaba desde 15 días antes sobre el campanario, provocó su inquietud, como si fuese una terrible señal. En Sitaert confiscaron los



UN CONVOY ALEMÁN

agentes de la vasta organización del espionaje prusiano, hicieron disparos en las calles para dar pretexto de este modo á los desórdenes de las tropas, que creyeron ciegamente en un ataque de los vecinos.

En más de una ocasión estas agresiones no existieron, ni siquiera fingidas, siendo obra de la perturbada imaginación de los soldados. Un alto dignatario belga fué arrancado de su castillo y encerrado con su familia toda una noche en el fondo de una cueva. Los invasores afirmaban que se habían descubierto en un bosque de su propiedad 25 cadáveres de alemanes, recientemente asesinados. Á duras penas pudo conseguir que la soldadesca, desenfrenada y rabiosa, no le fusilase durante la noche, así como á su familia. Al día siguiente fueron al bosque indicado y no encontraron, después de minuciosas rebuscas, ni el menor indicio de cadáveres.

En cuanto á las ejecuciones en masa de los habitantes, lo que las caracterizó fué la negativa á escuchar las explicaciones de las víctimas. Algunas veces los alemanes hicieron un simulacro de juicio, improvisando un consejo de guerra cuyos individuos, en su mayor parte, no entendían la lengua de los acusados.

Una infeliz mujer fué llevada por los alemanes ante el cadáver de su marido fusilado. Con la natural indignación preguntó al oficial que había mandado el fusilamiento:

—¿Qué mal os hizo mi marido?

—Tiró contra nosotros y está bien castigado—contestó el oficial.

—¿Y éste tiró también?...

Al decir esto la pobre madre, señalaba el cadáver de un niño que estaba destrozado por las balas, al lado de su padre. El oficial se alejó sin decir una palabra, con la cabeza baja, según declararon varios testigos.

Un gusto teatral, una tendencia á las exhibiciones dramáticas, que parecía reflejar el histrionismo del kaiser, se reveló en todos los refinamientos de crueldad con que fueron tratados los prisioneros civiles. Aun en los casos en que no pensaban ejecutarlos, les hicieron sufrir los alemanes interminables marchas por caminos y campos, sometiéndolos á simulacros de fusilamiento, obligándolos á cavar sus propias fosas y mutilándolos del modo más bárbaro. Algunos oficiales alemanes, en los que no había desaparecido por completo el sentimiento de humanidad, derramaron lágrimas ante las injustas ejecuciones. Otros advirtieron caritativamente á las familias que les tenían alojados en sus casas, que harían bien en abandonar cuanto antes la ciudad, porque iban á desarrollarse en ella «cosas terribles». Todo indicó en la ejecución

arcos y las flechas de una sociedad de tiro de ballesta —diversión muy generalizada en Bélgica—, con el pretexto de que sus flechas podían servir contra las tropas alemanas después de haberlas envenenado, como lo hacen los indios. «Todo esto—dice la comisión—sería simplemente grotesco si no pusiese en peligro, por una simple sospecha, la vida y la propiedad de los habitantes.»

Teniendo en cuenta el estado mental de estos soldados, que veían en todas partes emboscadas y asechanzas, y se hallaban además frecuentemente en un estado de completa embriaguez, se comprende que á impulsos del terror tirasen unos contra otros, y matasen casual ó intencionadamente á sus jefes, mientras que la población civil, desarmada por las autoridades locales, seguía temblorosa, á través de los respiraderos de sus cuevas, este choque sangriento, cuyas terribles consecuencias debía sufrir á continuación.

Cuando se restauraba el orden y los alemanes reconocían su error, el primer cuidado de los jefes era disimular ó desnaturalizar el incidente, para no verse en una situación ridícula ni confesar la extremada nerviosidad de sus hombres, y para esto inventaban la leyenda de un ataque del elemento civil. Algunas veces—muy pocas—estos jefes guardaban serenidad, y al ordenar una información de lo ocurrido, procediendo á la autopsia de los soldados muertos, resultaba que los proyectiles encontrados en el interior de las víctimas eran de fusiles alemanes, como ocurrió en Montaigu y en Wavre. En otras ocasiones, al registrar la casa designada por los soldados como el lugar de donde había partido la primera agresión, resultó que estaba cerrada y deshabitada desde muchos días antes.

Cuando las autoridades alemanas creían necesario para sus fines políticos sembrar el terror, castigando duramente á las poblaciones, organizaban con el mayor cinismo falsos atentados contra sus tropas. En Lovaina, soldados alemanes disfrazados de civiles, ó

de las atrocidades alemanas un plan premeditado y sistemático.

En algunos pueblos los invasores, para arruinar al vecindario, no buscaron siquiera el pretexto de atribuir la resistencia armada á los civiles. Bastó que tuvieran que sostener un combate en sus cercanías con los soldados belgas ó sus aliados, para ensañarse después en los inermes vecinos. Algunas veces las tropas del país sorprendieron dentro de una población á pelotones de hulanos ó de húsares, matando á algunos de ellos en leal combate, y obligando á huir á los demás. Al volver éstos con grandes refuerzos, imputaban al vecindario su derrota, á pesar de haber visto los uniformes belgas de los combatientes. Mentían con asombroso cinismo, asegurando que los que les habían atacado eran partidas de franco-tiradores, ó los habitantes del pueblo inmediato.



EL CAMINO DE DIEST DESPUÉS DE PASAR LOS ALEMANES (Fot Meurisse)

Cada fracaso de las tropas alemanas fué seguido de crueles represalias contra los vecindarios inofensivos. Todo pueblo de donde se vieron expulsados por las tropas belgas, fué incendiado por ellos al recuperarlo, acuchillando á sus habitantes. En realidad, la invasión siguió como principio indiscutible que todo está permitido á los alemanes para conseguir el triunfo de sus armas.



DISTRIBUCIÓN DE RACIONES AL EJÉRCITO ALEMÁN

El gobierno y los periódicos de Alemania, para justificar la conducta salvaje de sus soldados en Bélgica, inventaron, como ya dijimos, una serie de acusaciones. Todo lo afirmado por ellos ha sido desmentido por otros alemanes, ó por el testimonio desinteresado de los neutros.

He aquí las acusaciones de los alemanes, contestadas y rebatidas indiscutiblemente por el gobierno belga y todas las personas de sentimientos humanitarios que pudieron ver de cerca las crueldades cometidas en Bélgica:

1.° *Malos tratamientos infligidos á las familias alemanas que vivían en Bélgica al iniciarse las hostilidades.*—Las autoridades judiciales belgas, al enterarse de esta acusación alemana, abrieron una información que sólo ha dado resultados negativos. Las «atrocidades» denunciadas por ciertos diarios alemanes eran pura invención. Todo lo ocurrido se limitaba á algunos excesos de la masa popular, que al ver invadido su país, se amotinó en Bruselas y otras ciudades, rompiendo los escaparates y allanando los almacenes de algunos comerciantes alemanes, pero sin violencias serias contra las personas. En todos los pueblos que se ven atacados, resultan inevitables estas manifestaciones espontáneas. Más terrible fué la suerte de los franceses y los rusos que estaban en Alemania al declararse la guerra, á pesar de que el pueblo alemán resultaba el verdadero responsable de la ofensiva.

2.° *Mutilaciones que los habitantes y los mismos soldados belgas han infligido á los heridos y los prisioneros alemanes: ojos arrancados, miembros cortados,*

matanza de enemigos sin defensa.—Á pesar de todos sus esfuerzos para presentar un hecho concreto, el gobierno alemán no pudo recoger ni una sola prueba de estas calumnias, lanzadas por sus periódicos. Uno de éstos, que se distinguió especialmente en dicha campaña de falsedades, la *Gaceta de Colonia,* se vió obligado á insertar las rectificaciones de varios sacerdotes y médicos alemanes del ejército, cuyo testimonio invocó antes cínicamente, afirmando que habían presenciado tales crímenes. Todos ellos declararon que no sabían nada, ni habían visto nada de lo que



UN VIVAC DE LOS ALEMANES EN BÉLGICA (Fot. Rol)

contaba el periódico. Iguales manifestaciones hicieron los directores de los hospitales alemanes de Hanover, Aix-la-Chapelle, Gross-Lichterfelde y el Gran Hospital de la Caridad de Berlín. Ya dijimos también cómo la información abierta por el diario socialista *Vorwaerts* y otra de las asociaciones católicas, demostraron la falsedad de tales embustes de la prensa alemana. Después de esto, los periódicos pangermanistas procuraron no hablar más de los horribles crímenes de las mujeres belgas, que *arrancaban los ojos á los alemanes.* Además, ya habían conseguido sus fines, que consistían en excitar la desconfianza y despertar la ferocidad de los soldados alemanes en los primeros momentos de la invasión.

3.° *Los saqueos de las poblaciones belgas no fueron obra de las tropas alemanas, sino de los soldados belgas y de los mismos vecindarios.*—Esta calumnia, por lo estúpida é inverosímil, apenas merece respuesta. Algunos vagabundos de nacionalidad incierta ó delincuentes de los que existen en las últimas capas sociales de todas las naciones, tal vez pudieron intervenir á última hora en los saqueos, aprovechando los restos desechados por los alemanes. Pero los rosarios de furgones automóviles y los trenes enteros cargados de botín que salieron de Bélgica para todas las ciudades de Alemania, constituyen una respuesta suficiente á las alegaciones con que la opinión germánica quiso disimular el sistema de robos metódicos y bien organizados puesto en práctica por los alemanes de todas las armas y todos los grados.

4.° *Distribución de armas á las poblaciones belgas para que hiciesen uso de ellas contra las tropas alemanas.*—Ya hemos dicho cómo estas tropas vivieron agitadas constantemente en Bélgica, por la pesadilla de los franco-tiradores. El gobierno belga, en vez de impulsar á los civiles á que tomasen parte en la lucha, no cesó de recomendarles, desde el principio de la guerra, la abstención de toda violencia, como lo atestiguan las circulares ministeriales que reproducimos á continuación. Estas circulares, impresas, quedaron fijadas en todos los municipios del reino, y fueron publicadas por los periódicos. Por su parte, los burgomaestres, obedeciendo las instrucciones del ministe-

rio, invitaron á los habitantes, unas veces colectivamente por medio de proclamas, y otras individuo por individuo valiéndose de los guardias campestres, para que depositasen en las oficinas del ayuntamiento las armas que tuvieran en su poder. Esto no impidió que los alemanes inventasen toda clase de agresiones para fusilar á los burgomaestres y al clero parroquial, acusándolos de excitar las poblaciones á la resistencia. Estos martirios formaban parte, evidentemente, de su plan terrorista.

«Es posible—dice la comisión belga—que, á pesar de las advertencias y consejos, se hayan producido en algunos puntos, y sin concierto preparatorio, actos de resistencia y hasta de agresión armada. Pero la comisión averiguadora, después de una inspección minuciosa, no ha podido encontrar un solo caso que implique una participación directa en las hostilidades atribuíble á las poblaciones civiles. Á los acusadores corresponde aportar sus pruebas, y no las presentan. Nosotros hemos demostrado plenamente cuán inverosímil resulta que poblaciones aterrorizadas y conscientes de su debilidad, hayan intentado provocar, arrogantemente, los excesos de furia á que se entregaron los alemanes desde su entrada en el territorio belga.»

He aquí las circulares del gobierno de Bélgica aconsejando á las poblaciones civiles que se abstuviesen de tomar parte en las hostilidades. El 4 de Agosto, el ministro del Interior, M. Berryer, dirigió á los dos mil setecientos municipios de Bélgica la siguiente circular:

«La amenaza de una invasión extranjera va á producir emoción y turbación en el pueblo belga. El primer cuidado de las autoridades municipales debe ser instruir á los administrados de los deberes de todos con respecto á la patria y de la conducta que deben observar ante el ejército invasor. Este es el objeto de la presente circular.

De acuerdo con las leyes de la guerra, los actos de hostilidad, ó sea la resistencia y el ataque por medio de las armas, el empleo de las armas contra los soldados enemigos aislados, la intervención directa en los combates ó encuentros, *no deben permitirse á los que no formen parte del ejército, de la Guardia Cívica ó de los cuerpos de voluntarios observando las leyes militares, obedeciendo á un jefe y llevando un signo distintivo y visible.*

Los que están autorizados á realizar actos de hostilidad gozan el calificativo de *beligerantes*, y cuando quedan en poder del enemigo ó rinden las armas, tienen derecho á ser tratados como prisioneros de guerra.

Si la población de un territorio que no ha sido aun ocupado por el enemigo toma espontáneamente las armas al acercarse el invasor, sin haber tenido tiem-

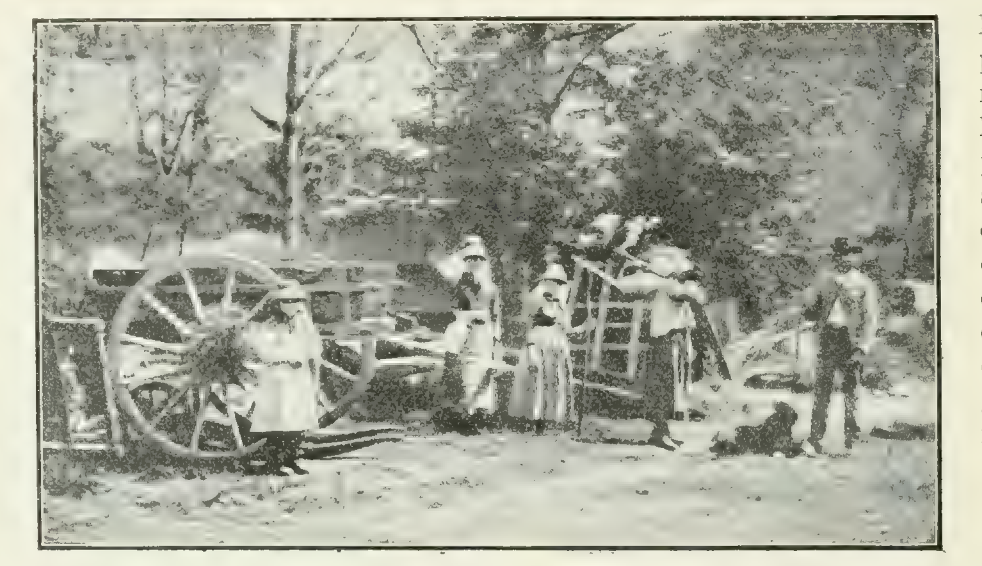


SOLDADOS ALEMANES PREPARANDO SU COMIDA

po para organizarse militarmente, será considerada como beligerante, siempre que luche á cara descubierta y se conforme con las leyes de la guerra.

El individuo aislado que no pertenezca á ninguna de estas categorías y que cometa un acto de hostilidad, no será considerado como beligerante. Si cae prisionero será tratado con más rigor que un prisionero de guerra, y tal vez se verá sentenciado á muerte.

Con mayor razón los habitantes del país deben abstenerse de los actos que están prohibidos á los mismos soldados. Estos actos son, especialmente, valerse de veneno ó de armas envenenadas; matar ó herir á traición á individuos pertenecientes al ejército ó á la nación de los invasores; matar ó herir á un enemigo que haya rendido sus armas ó que no teniendo medios de defenderse se ha entregado á discreción.»



CAMPESINOS DE LIEJA

Además, el ministro del Interior hizo publicar diariamente en letras grandes, al frente de todos los periódicos de Bélgica sin distinción de partido, las siguientes recomendaciones:

«Á los civiles:

El ministro del Interior recomienda á los civiles lo siguiente, si el enemigo se presenta en su región:

No combatir.

No proferir injurias ni amenazas.

Mantenerse en el interior de sus casas y cerrar las ventanas, para que no pueda decirse que ha habido provocación.

Si los soldados ocupan para defenderse una casa ó un caserío aislado, los civiles deben evacuarlo inmediatamente, para que no se pueda alegar que han tirado.

El acto de violencia cometido por un sólo civil, representará un verdadero crimen que la ley castiga y condena, pues puede servir de pretexto á una represión sangrienta, al pillaje y á la matanza de la población inocente, compuesta de mujeres y de niños.»

Á fines de Septiembre, cuando una parte de Bélgica estaba en poder de los alemanes, y las tropas del país les disputaban el terreno con más encarnizamiento, el ministro del Interior todavía se dirigió á las autoridades municipales y á los vecindarios, renovando su recomendación en la siguiente forma: «Los habitantes de Bélgica que no pertenezcan al ejército, deben abstenerse rigurosamente de todo acto de hostilidad contra las tropas extranjeras.»



V

Los fusilamientos de Lieja.—Cinco españoles asesinados por los alemanes

En la noche del 20 al 21 de Agosto, Lieja fué teatro de una serie de horrores, lo mismo que otras ciudades de Bélgica.

Después de la entrada de los alemanes, la vida del vecindario de Lieja había empezado á adquirir cierta normalidad. Las tropas invasoras se alojaron en los cuarteles y otros edificios públicos. En la plaza de la Universidad estaba el regimiento 39.° de infantería, procedente de Dusseldorf. La calma que había sucedido á los horrores del sitio no parecía del gusto de los invasores. El vecindario no estaba castigado y guardaba aún cierto orgullo por la heroica defensa del general Leman. Además, llegaban noticias de otros lugares de Bélgica, donde la soldadesca alemana había gozado sin límite alguno los provechos del saqueo y la satisfacción brutal de atropellar y matar á los vencidos. Esto era interpretado por los alemanes de Lieja como un signo de inferioridad para ellos, y deseaban una ocasión propicia para repetir las mismas hazañas de sus compatriotas en Aerschot y otras poblaciones.

Esta ocasión se preparó y se produjo en la citada noche, poco antes de las diez, por las tropas que ocupaban la plaza de la Universidad.

La plaza estaba iluminada solamente por las lámparas eléctricas. La distribución de gas había dejado de funcionar á consecuencia de los accidentes del sitio. Según el relato de algunos testigos, á la citada hora partió un disparo de fusil de la casa número 3. Esta casa había sido abandonada por sus dueños desde que comenzó el asedio de Lieja, y la ocupaban únicamente los alemanes.

Apenas sonó el disparo, todos los soldados se echaron á la calle, haciendo fuego contra las casas, asaltándolas y procediendo á su incendio. En menos de un cuarto de hora ardió la plaza y gran parte del barrio, mientras los soldados, dando muestras de furor—unos hipócritamente y otros creyendo de buena fe en una agresión de los belgas—, iban prendiendo á los habitantes de las casas y conduciéndolos al local de la Universidad.

Una hora después, diez y siete de los hombres prisioneros eran fusilados en mitad de la plaza, al pie de la estatua del geólogo Andrés Dumont.

Como esta matanza ocurría al mismo tiempo que las de otras poblaciones belgas, y fué menos terrible en cuanto al número de víctimas, quedó en cierto modo obscurecida, hablándose poco de ella en los primeros momentos. Días después empezó á circular un rumor, primeramente por Bélgica y luego por Inglaterra y Francia. Un ingeniero belga, M. Néstor Jacob, empleado en el ferrocarril español de Linares á la Carolina, que estaba en Lieja en el momento del crimen, pudo huir de dicha ciudad, dirigiéndose á Londres, donde dió cuenta al embajador de España de todo lo ocurrido.

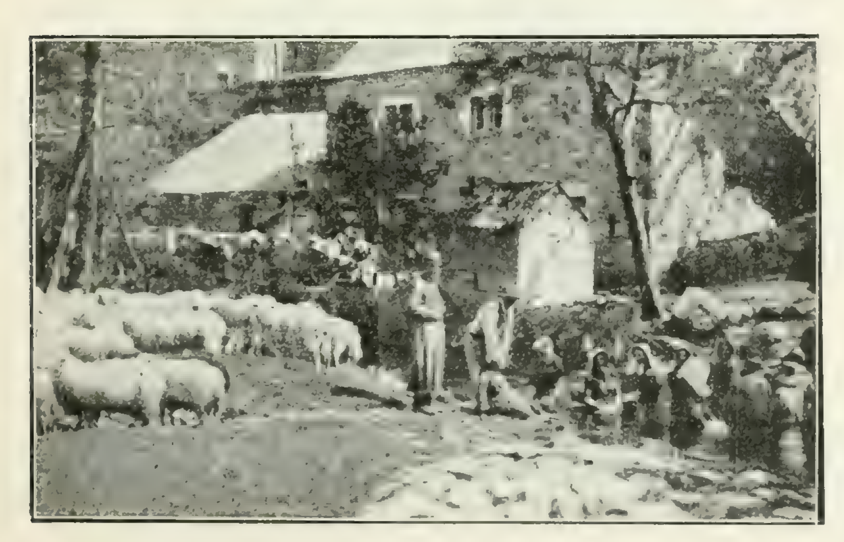


UN PAISAJE DE LIEJA

Cinco españoles habían sido fusilados por los alemanes en la noche del 20 de Agosto. Su muerte resultaba un verdadero asesinato, y era además un acto de menosprecio para la nacionalidad de las víctimas.

Los cinco españoles habían hecho constar, al verse aprehendidos injustamente, su carácter de neutros, protestando hasta el último momento en nombre de su patria. Á pesar de esto, los alemanes los fusilaron, sin oir sus explicaciones, dando por pretexto que eran rusos.

Vamos á relatar con todos sus detalles este crimen, que los ejecutores mantuvieron oculto por mucho tiempo, y sólo ha venido á quedar en claro gracias á las gestiones de algunos españoles.



PASTORES LAVANDO SUS GANADOS

□

En la plaza de la Universidad de Lieja existía un almacén de frutas, verduras, conservas y vinos de España, con el título *Aux jardins de Valence* (Á los jardines de Valencia). Su dueño era un mallorquín del pueblo de Soller, de 40 años de edad, llamado Antonio Oliver Rullán. Su esposa, Rosa Vicens, era también de Mallorca, y el matrimonio tenía tres niños varones. Con esta familia, y prestando sus servicios como dependientes del establecimiento, vivían un hermano del dueño, once años mayor que él, llamado Jaime Oliver Rullán, y tres dependientes jóvenes, Jaime Llabrés y José Niell, naturales de Mallorca, y Juan Mora, nacido en San Sebastián.

El establecimiento español marchaba perfectamente y hacía buenos negocios. En toda Bélgica existían antes de la guerra numerosas tiendas de esta clase, dirigidas generalmente por mallorquines, que se dedicaban á la venta de productos de las Baleares y de Valencia, así como al despacho de vinos españoles. Actualmente en casi todas las poblaciones importantes del Norte de Francia existen establecimientos de mallorquines con el mismo título *Aux jardins de Valence*.

Los españoles de la plaza de la Universidad eran gente laboriosa, económica é infatigable para el trabajo. Rara vez salían de su tienda, y no conocían en Lieja á otras personas que los vecinos de la plaza y los clientes del establecimiento. Además, estos hombres pacíficos asistieron con timidez y estupefac-



PALACIO DE JUSTICIA DE LIEJA

ción á todos los sucesos que inesperadamente se desarrollaron en Lieja.

Al iniciarse el bombardeo, Antonio Oliver no se creyó seguro en su establecimiento, trasladándose con la familia y los dependientes á una casa de la calle de Selys, por miedo á los desmanes que pudiesen cometer los invasores. Como después de la ocupación alemana no ocurrió nada extraordinario, el mallorquín sintió renacer su confianza, y cual buen comerciante, volvió á instalarse en la tienda, abriendo sus puertas al público. Hay que hacer constar que su clientela, que había sufrido cierta merma con motivo del sitio, se vió aumentada por los soldados alemanes que ocupaban la Universidad, situada enfrente de «Á los jardines de Valencia». Estos soldados entraban con frecuencia en el establecimiento para beber copas de vino y comprar frutas, enterándose de que la tienda era española y conociendo personalmente á Oliver y sus empleados.

En el piso primero de la casa existía una sociedad de estudiantes israelitas. Esta asociación, de fines puramente instructivos, constaba especialmente de una biblioteca, en la que trabajaban sus individuos, alumnos todos ellos de los cursos de ingeniería. Lieja —como es bien sabido—fué hasta principios de la guerra un centro de estudios de fama mundial, viniendo á educarse en su escuela de ingenieros alumnos de todas las naciones. En este centro de la plaza de la Universidad, compuesto como hemos dicho de estudiantes israelitas, eran muy numerosos los rusos.

No es cierto—como dijeron más adelante las autoridades alemanas para justificar sus atropellos—que muchos de estos rusos fuesen de ideas nihilistas. Un profesor católico de la Universidad de Lieja, que los había tratado íntimamente, declaró á un amigo nuestro que casi todos ellos, por ser hijos de familias acomodadas, se mostraban partidarios del zar y del gobierno de su país. Además, desde que cayó Lieja en poder de los alemanes, los estudiantes rusos huyeron ó se ocultaron, absteniéndose de visitar la biblioteca. En los días anteriores al 20 de Agosto, la sociedad israelita estuvo cerrada, no presentándose en ella ninguno de sus socios.

Gracias á las gestiones de algunos españoles, el vice-cónsul de España en Lieja y la Legación de España en Bruselas emprendieron una averiguación para poner en claro lo ocurrido en la noche del 20 de Agosto. El relato de los testigos, tanto españoles como belgas, que declaran en esta información, demuestra de un modo convincente cuál fué el origen de los hechos y la conducta seguida por los alemanes. Todos los vecinos de la plaza de la Universidad que sobrevivieron á la matanza, así como el comisario de policía de Lieja, prueban de un modo indiscutible la inocencia de los cinco españoles asesinados. Las mismas autoridades alemanas tuvieron que reconocer esta inocencia, cuando no les fué posible negar el hecho por más tiempo.

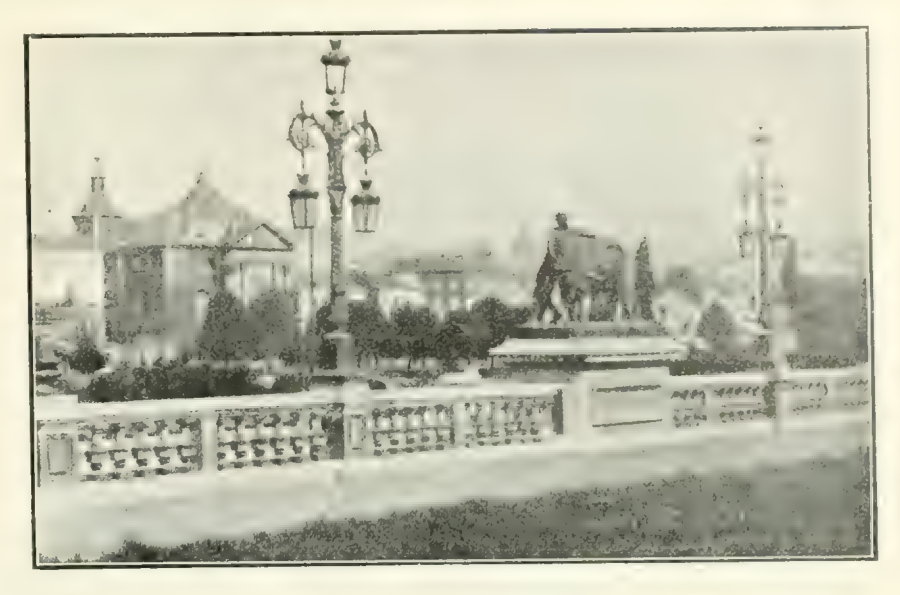
Uno de los edificios de la plaza, vecino al de «Á los Jardines de Valencia», era de una sociedad recreativa titulada «La Emulación». En este local amplio se instaló toda una compañía alemana. De aquí, como veremos más adelante, partió también la agresión, según se desprende de las declaraciones de la mujer encargada del cuidado del local.

La primera manifestación de lo ocurrido fué hecha ante el consulado español de Lieja por doña Rosa Vi-



MUSEO ARQUEOLÓGICO

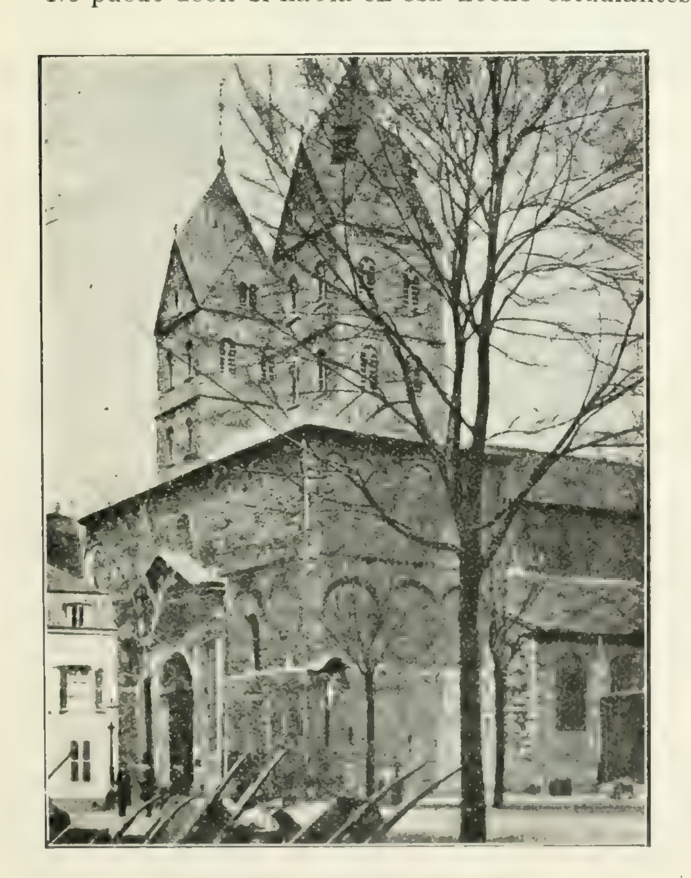
cens, viuda de Antonio Oliver, el 31 de Agosto, diez días después de la tragedia de la plaza de la Universidad.



LA ISLA DEL COMERCIO

«Eran aproximadamente las diez de la noche—dice esta señora—, cuando todos los habitantes españoles de la casa situada en la plaza de la Universidad, número 20, y separada del local de «La Emulación» por sólo un edificio, nos fuimos á dormir. Un cuarto de hora después, poco más ó menos, cuando acabábamos de meternos en la cama, oí fuertes descargas de fusilería. Mi marido se levantó entonces, poniéndose un pantalón nada más y los zapatos. Todos juntos, los hombres de la familia, los dependientes, los niños y mi hermana, hemos bajado á la cueva, donde hemos permanecido unos cinco minutos. La parte de atrás de nuestra casa ardía ya, cuando hemos salido de ella por miedo á morir quemados. Los soldados tiraban por todas partes. Tan pronto como salimos á la plaza, fuimos hechos prisioneros por los alemanes, que nos condujeron, hombres, mujeres y niños, á una sala de la Universidad, que está enfrente de nuestra casa. Una media hora después los alemanes han hecho salir á todos los hombres españoles en compañía de otros belgas, figurando entre éstos M. Deguel-dre y M. Corbusier, que eran vecinos nuestros. Yo no sé á estas horas—31 de Agosto—cuál es la suerte de mi marido, de mi cuñado y de mis tres dependientes.

No puedo decir si había en esa noche estudiantes rusos en el local situado encima de nuestra tienda, *pero creo que no, porque la casa estaba tranquila y silenciosa*. Á las cinco de la mañana me dejaron salir de la Universidad con mi hermana y los niños, en compañía de otras familias belgas que habían sido encerradas en dicho edificio media hora después que hicieron salir á nuestros hombres, ó sea á las diez y media de la noche. Estas familias estaban compuestas de hombres, mujeres y niños.»



LA IGLESIA DE SAN BARTOLOMÉ

Como se ve, la esposa de Oliver ignoraba diez días después de la catástrofe cuál había sido la suerte de los suyos, y la siguió ignorando durante mucho tiempo. Las autoridades alemanas contestaban á todas las preguntas de la familia y del consulado, que los cinco españoles estaban prisioneros en Alemania. Iguales manifestaciones hizo el gobierno germánico al gobierno español, y á estas horas aun persistiría el engaño á no haber mediado las averiguaciones particulares de algunos españoles, que obligaron á la autoridad alemana á reconocer y confesar el crimen.

Una habitante de la plaza de la Universidad, madama Corbusier, viuda de uno de los fusilados y vecina de los Oliver, declaró así:

«Mi marido volvió á casa cerca de las ocho de la noche. Á esa hora Mr. Antonio Oliver se ha acercado á la puerta de nuestra casa, con tres de sus hombres. «¿Qué noticias hay, madama?», me dijo. «No sé nada, señor. Creo que ya es hora de que cerremos. Buenas noches y hasta mañana.» Y cerré la puerta. Mi marido fué á dar de beber á sus perros, que estaban en la cueva. Luego subió al primer piso conmigo y mi cuñado José Corbusier. Después de haber hecho sus cuentas del día, mi marido y yo nos hemos acostado. Á las nueve de la noche he oído un pequeño ruido semejante al movimiento de una puerta, y me he levantado, descendiendo la escalera en compañía de mi esposo. No habiendo visto nada de extraordinario,

hemos vuelto á nuestro dormitorio. Mi marido se acostó sin desnudarse y yo en traje de noche. Á las nueve y media ó un cuarto antes de las diez, empezaron á sonar descargas de fusilería. Llamé por dos veces á mi marido, que no me respondió, y tuve que sacudirle y tirarle de la chaqueta. Al fin se levantó de un salto, al mismo tiempo que yo corría por la habitación, gritando á mi cuñado: «José, levántate, que tiran.» José se levantó, uniéndose á nosotros. «Salvémonos en la cueva», dije yo. Y los tres nos refugiamos en la cueva.

Las primeras descargas de fusilería han cesado durante un minuto, y hemos querido aprovechar esta breve calma para salir de la casa por miedo á perecer quemados en ella. Hemos vuelto á subir para poder tomar algunas ropas, y en el momento de llegar á nuestro dormitorio del primer piso, cuando yo tomaba una falda y un pantalón, las descargas se han reproducido con más fuerza que antes. Mi marido y mi cuñado se han abrazado á mí, diciendo: «Muramos los tres aquí mismo.» Yo he hecho esfuerzos para desasirme, y buscando en mi habitación he tomado al azar un par de zapatillas y varias medias. José Corbusier ha gritado: «No tengo pantalones.» Su hermano le ha arrojado una ropa creyendo que era un pantalón. Mi marido y yo hemos bajado la escalera para salir á la plaza, y yo le he dicho: «Déjame pasar delante. Una mujer inspira siempre piedad.» Así lo hemos hecho, y yo he pasado delante, gritando á mi cuñado que aun estaba arriba para que saliese cuanto antes, librándose del incendio. José me contestó que iba á bajar en seguida, pero ya no le vi más.



CASCADA DEL HOEGNE EN LIEJA

Abajo, el corredor estaba lleno de alemanes. Yo creí que estos soldados se habían refugiado huyendo de las descargas, y avancé resueltamente hacia ellos. Inmediatamente me agarraron las dos manos, diciéndome con tono amenazante: «Vos habéis tirado seguramente. Vais á venir con nosotros.» Yo contesté que no había hecho nada, y por lo tanto no tenía miedo. Al mismo tiempo aprisionaron á mi marido, que estaba llamando á su hermano. José contestó desde el fondo del almacén, y en este instante sonaron junto á nosotros cuatro disparos y á continuación uno suelto.

Al entrar en la Universidad, yo, una pobre mujer, he recibido de un soldado que estaba de centinela un culatazo en la espalda. Los que me conducían presa, protestaron. Un poco más lejos me han dado una patada. Los dos soldados que nos acompañaban han vuelto á protestar inútilmente. Vi de pronto que mi marido estaba herido en la cabeza de un fuerte golpe. Al encontrar á un teniente, mi marido se puso de rodillas, suplicando: «¡Señor, mi pobre mujer! ¡Mi pobre hermano!» Yo le he dicho al oficial: «Teniente, dejad que me acompañen dos hombres para ir en busca de mi cuñado. Nuestra casa está ardiendo.» El oficial me ha preguntado cuál era el número de nuestra casa, yo le he dicho que el 18, y ha salido con dos soldados, volviendo á los pocos minutos sin poder decirnos nada acerca de la suerte de José. Un alemán ha vendado la cabeza ensangrentada de mi marido. Poco después nos han separado á las mujeres de los hombres. Una escolta ha venido á buscar á varios hombres, entre ellos á mi marido, y yo he preguntado adónde los conducían á un alemán que tenía una hacha en la mano. El alemán ha respondido: «Van á comparecer ante el juez.»

Los españoles estaban al lado nuestro y les he dado ánimo, diciendo que no debíamos temer nada, pues nada habíamos hecho. Madama Rosa—la esposa de Oliver—estaba sin medias, y como yo había tomado tres pares, le di uno. Un español de gran estatura que estaba en mangas de camisa, *hablaba muy bien en francés.* Ignoro su nombre. En lo que se refiere al círculo de los rusos, debo decir que en los días anteriores vi á muchos, pero el jueves no vi ni á uno sólo en el balcón. El miércoles—19 de Agosto—, que es el primer día en que los alemanes se alojaron en el local de «La Emulación», estaban tan borrachos que tenían que sostenerse unos á otros.

Á las ocho de la mañana del día siguiente nos han dejado libres, después de haber pasado la noche en la Universidad y de ser conducidas á primera hora al palacio de Justicia. Yo he vuelto á la plaza de la Universidad para pedir á los bomberos que buscasen el cadáver de mi cuñado entre los escombros de nuestra

casa. Los bomberos no me han contestado. Después he ido en busca del comisario de policía, y éste me ha dicho que era imposible acercarse á las casas incendiadas, pues las piedras caían hasta junto á la estatua de Andrés Dumont. He querido volver al palacio de Justicia para ver si encontraba á mi marido, pero el conserje de la Universidad me ha aconsejado que me ocultase lo antes posible. El regimiento que ocupaba la plaza de la Universidad en esta noche era el número 39.° de infantería.»

También esta viuda, al hacer su declaración, ignoraba si su marido había sido fusilado ó estaba prisionero en Alemania.

Una respetable señora que vivía en la plaza de la Universidad, madama Palante, nacida en Lieja y de 61 años, declaró así:

«Mi criada y yo estábamos acostadas en nuestro piso, cuando nos despertó una fuerte descarga de fusilería, á las diez de la noche aproximadamente. Entonces he descendido á la cueva con mis vecinos, que son dos empleados del Banco Dubois, y mi criada. Los soldados alemanes, después de haber roto los vidrios y las puertas del almacén situado en el piso bajo de la casa que habito, han subido á los pisos superiores, llevándose preso al criado José Lauterboren. No nos han encontrado en la cueva, porque el citado Lauterboren les hizo creer que no había ninguna persona en la casa. Pasado mucho tiempo, hemos salido de la cueva y hemos visto muchos cadáveres en la plaza. El citado José Lauterboren me ha dicho que vió cómo tiraban al principio desde la casa número 3, que estaba ocupada por soldados alemanes.

Yo he visto cómo en la tarde del jueves, á las cinco y media, muchos soldados alemanes entraban completamente ebrios en «La Emulación». La sala de «La Emulación» estaba ocupada por un centenar de soldados. Yo me he refugiado en la casa de un vecino llamado Toussaint, con todas las personas que me acompañaban, y desde allí vimos llegar á los bomberos bajo una lluvia de balas, trabajando para aislar el fuego. Se ha dicho por muchos que los jefes alemanes se opusieron á que extinguiesen el incendio. He visto igualmente desde mi refugio cómo llegaban los oficiales alemanes, haciendo sonar su silbato. Los tambores y las trompetas sonaban igualmente. En resumen, un desorden completo. Yo sólo me explico lo ocurrido teniendo en cuenta el estado de embriaguez en que se hallaban los soldados alemanes.»


CAMPESINAS CON SUS CESTOS EN EL MERCADO DE LIEJA

La declaración de la viuda María Delhougne, conserja de «La Emulación», resulta muy significativa y hace sospechar que lo ocurrido en la plaza de la Universidad fué premeditado por los alemanes.

«En la noche del 20 de Agosto—dice esta testigo—los soldados alojados en nuestra sociedad parecían no estar bajo la influencia de la bebida, como de costumbre. Un tenor del Teatro Imperial de Dusseldorf, que les servía de cocinero, dió un pequeño concierto de ocho á nueve de la noche. Algunos oficiales estaban presentes. Los soldados aplaudieron mucho. Eran del regimiento 39.° y de la compañía de ametralladoras de Dusseldorf. Durante este día y el anterior habían instalado muchas ametralladoras en el local de «La Emulación», que yo guardaba. La víspera se habían embriagado de tal modo, que algunos estaban enfermos. Después del pequeño concierto, los oficiales, que eran tres ó cuatro, se retiran dejando la tropa á las órdenes de los sargentos. Yo me he retirado con mis hijos á dormir á las nueve y veinte minutos, y los soldados se han acostado igualmente, excepto algunos que se quedaron alrededor de una mesa.

Una media hora después he oído cómo se ponían todos las botas y circulaban por la sala de la sociedad. Eran de 90 á 100 hombres. Oí que gritaban fuerte, luego que rompían las dos puertas de cristales de la habitación de la portería. Yo y mis dos hijos estábamos en un piso de la parte de atrás del edificio, que no tiene vistas á la plaza. Desde allí he oído muchos tiros de fusil, seguidos de enormes disparos que partían del interior de la gran sala de la sociedad. Las ametralladoras tiraban igualmente desde dicha sala. Varias balas han venido á aplastarse en los muros de las habitaciones que ocupábamos nosotros. Mis dos hijos y yo nos hemos ocultado debajo de los colchones

despuésde haberobstruídolas puertascon barricadasde muebles. Nuestro pensamiento fué huir por la ventana y los tejados. El incendio de «La Emulación» debió comenzar al mismo tiempo que sonaron los primeros disparos. Tan rápido fué el incendio y tan al mismo tiempo ardieron todos los techos, que nosotros creímos por algunos instantes en un ataque de los franceses que entraban en Lieja ó en la intervención de un aeroplano.

Debo hacer constar que en el mismo día, á las diez de la mañana, un oficial de los que asistieron por la noche al concierto, vino á dar ciertas órdenes secretas á una parte de sus hombres, 15 ó 20 á lo más, hablándoles en voz muy baja. Como yo volvía en este momento de la calle con una botella de leche y me detuve un momento en la puerta de la conserjería, el oficial me ordenó con un gesto de mando que siguiese mi camino rápidamente. Tuve la impresión de que mi presencia les estorbaba mucho.

Como era imposible que mis hijos y yo pudiésemos salir por las puertas de «La Emulación», pues todo el edificio estaba en llamas, hemos tenido que salvarnos, después de grandes esfuerzos y corriendo enormes peligros, por unas techumbres de cristal.»

Declaración de la señorita Hortensia Damblon, perteneciente á una familia que tenía un comercio en la casa número 10 de la plaza de la Universidad:

«De nueve y media á diez de la noche estábamos reunidos en la trastienda de nuestro establecimiento, mis padres, mi hermano, una amiga mía y yo. Las puertas de hierro del almacén habían sido bajadas desde mucho antes. Hemos oído de pronto algunos disparos aislados, pero bastante seguidos, que al poco tiempo se convirtieron en descargas cerradas. Inmediatamente hemos corrido á refugiarnos en las cuevas situadas en la parte trasera del edificio. No sé cuanto tiempo permanecimos ocultos en este lugar. Mi hermano cerró la puerta de la calle, pero tuvimos miedo de que los alemanes interpretasen esto como un delito, y mi hermano corrió de nuevo á dejarla abierta, con sólo el picaporte.



UNA TRINCHERA ALEMANA

Mi hermano ha subido al tejado de la casa para darse cuenta de lo que pasaba. El techo de «La Emulación» estaba coronado de llamas. Luego ha descendido á la cueva, encargándonos que extinguiésemos todas las luces. Como iba en aumento el estrépito de los fusiles y de las ametralladoras y continuaban los gritos de los soldados, mi hermano ha vuelto á subir al tejado, descendiendo poco después. Mientras tanto, los otros habitantes de la casa habían venido igualmente á refugiarse en la cueva. Mi hermano nos ha advertido que no teníamos un minuto que perder, pues el fuego se apoderaba de la casa. Él vió cómo los soldados alemanes arrojaban antorchas y





Dibujo de A. C. Michael, de «The Illustrated London News»

Los aliados rechazando á los ale



anes que intentaban vadear un río



liquidos inflamables en nuestro almacén y en otros de la plaza. Todos nos hemos precipitado escalera arriba para ganar la azotea que cubre la parte de atrás del edificio. Cuando estábamos en el segundo piso hemos oído los timbres eléctricos de las puertas de nuestro almacén, lo que indicaba que acababan de entrar en él los alemanes. Al llegar á la azotea, las balas silbaban en torno de nosotros. Á costa de muchos esfuerzos hemos podido bajar por los tejados de las casas vecinas, poniéndonos en salvo.

Durante todo el día, los soldados alemanes que entraron en la tienda *se mostraron más groseros que de costumbre y malhumorados. Algunos hicieron gestos hostiles y profirieron amenazas porque no les queríamos regalar las mercancías. Muchos soldados pretendieron hacernos admitir como buena moneda los bonos que habían falsificado, sin sello y sin firma.*»

José Lauterboren declaró así:

«Las descargas de fusilería empezaron á las diez menos cuarto. Á las diez, viendo que los alemanes empezaban á saquear la casa en que vivo, bajé de mi habitación vestido. Yo creía que era el ejército francés que entraba en Lieja. Al llegar al piso bajo, dos soldados alemanes me sujetaron, y un tercero me dió culatazos en la espalda para que avanzase más aprisa. Al entrar en la Universidad me hicieron sufrir un corto interrogatorio sobre mi nombre y mi estado social, sometiéndome luego á un registro. Yo no llevaba más que mi cortaplumas, que me fué arrebatado. En la Universidad encontré á la familia Oliver y sus dependientes, así como á los señores Corbusier, Schepers, Degueldre y otros que no conocía. Me ordenaron que me tendiese en el suelo, y en esta situación permanecí algún tiempo, *entre los Oliver á un lado* y Corbusier y los otros á continuación. Diez minutos después, dos soldados, uno de los cuales era graduado, ordenaron á los dos primeros de la fila que se levantasen y saliesen. *Estos dos primeros eran del grupo de los Oliver.* He oído cómo bajaban la escalera, pues estábamos en el primer piso de la Universidad, y poco después sonó una descarga de fusilería. Á continuación han subido para tomar á los otros dos, *que también eran de los Oliver,* y los han hecho salir, fusilándolos inmediatamente. Luego me tocaba el turno en compañía de Corbusier. Pero un oficial ha dicho, dirigiéndose á mí: «Este no, pues es mi prisionero.» Entonces los soldados se han llevado á Corbusier y Schepers, y todos los otros hombres han seguido saliendo, de dos en dos. Creo que los que descendieron á la plaza para ser fusilados, eran unos 11 hombres. Los que nos libramos de la muerte permanecimos en la Universidad hasta las seis de la mañana, y el teniente que me salvó nos dijo que íbamos á ser conducidos al Palacio y que haría todo lo posible para que nos pusiesen cuanto antes en libertad. Estaban conmigo los señores Frambach y Franquet. Hemos permanecido en el Palacio hasta las ocho de la mañana, y el mismo oficial nos ha anunciado que estábamos libres.



LA UNIVERSIDAD DE LIEJA OCUPADA POR LOS ALEMANES

Al día siguiente he podido ver que todos los almacenes de la plaza de la Universidad habían sido saqueados. Los alemanes se apoderaron de las cajas de cigarros, los vinos, las legumbres, etc.»

El comisario de policía de Lieja entregó el 21 de Agosto el siguiente informe, dirigido al burgomaestre de la población:

«Señor burgomaestre de Lieja: Anoche á las diez menos cuarto, cuando acababa de acostarme, oí una serie de disparos continuos que sonaban en los alrededores de la Universidad. Igualmente se percibían detonaciones de ametralladora y en algunos momentos disparos de cañón. Las descargas se continuaron por la calle de Sœurs-des-Hasques, y durante media hora no cesó el fuego. Á este estrépito se unían gritos de angustia de hombres y mujeres, contestados por otros gritos de los soldados alemanes.

Á las once y cuarto pude salir á la calle, y acompañado por mi ayudante, me dirigí á la esquina de la plaza de la Universidad y de la calle Sœurs-des-Hasques. En este momento muchos edificios de la plaza aparecían invadidos por las llamas, especialmente el local de «La Emulación». Sobre la vía pública, cerca de la estatua de Andrés Dumont, yacían una docena de cadáveres de hombres.

Toda persona que se acercaba á la plaza de la Universidad quedaba presa inmediatamente. Si se trataba de un hombre, era conducido ante el montón

de cadáveres y fusilado por los soldados alemanes que ocupaban la Universidad. Las mujeres que iban con estos hombres quedaban separadas de ellos á viva fuerza, y la ejecución se desarrollaba en su presencia. Tres de estos fusilamientos se realizaron ante mis ojos.

Apenas llegué á la plaza, me acerqué á un oficial para hacerme reconocer. «Vuestro servicio de policía no vale nada—me dijo con expresión de cólera—. Dejáis que tiren sobre nosotros. Yo he visto perfectamente cómo tiraban desde esa casa.» Y al decir esto me designaba la casa número 3 de la plaza de la Universidad.

Yo le hice observar que dicha casa había sido abandonada por sus propietarios mucho antes, y estaba ocupada hacía algunos días por soldados alemanes. Entonces no quiso insistir sobre este punto, y me señaló otras casas inmediatas á «La Emulación», repitiendo: «Han tirado de las ventanas de todos los pisos y hasta de las techumbres. Yo lo he visto perfectamente.»

Volví á hacerle observar que todos los vecinos de estos edificios eran gentes pacíficas, honrados negociantes y tenderos sedentarios, incapaces de mezclarse en una revuelta, pero él insistió en su declaración, preguntándome con autoridad si es que dudaba de su palabra.

UN REGIMIENTO ALEMÁN DESFILANDO POR LIEJA

Mientras tanto llegaron los bomberos del Municipio. Su jefe y muchos de ellos me han dicho que fueron maltratados por los alemanes antes de conseguir que les permitiesen trabajar en la extinción del incendio. Éste era enorme, pues había comenzado por varios puntos á la vez. Casi todos los establecimientos de la plaza de la Universidad quedaron destruídos. En las calles cercanas, algunos edificios tienen sus fachadas destrozadas por los obuses. Yo pude ver con mis ojos cómo muchos soldados penetraban, no solamente en los comercios de la plaza de la Universidad, sino que asaltaban igualmente las tiendas de la plaza Cockerill, apoderándose de mercancías de toda especie.

Cuando llegué á la plaza de la Universidad, muchos hombres y mujeres que habitaban dicha plaza habían sido conducidos prisioneros al edificio de la Universidad. Las mujeres quedaron libres esta mañana entre ocho y nueve. Diez y ocho cadáveres de hombres, uno de ellos de un soldado alemán, han sido transportados al local de la Bolsa, donde serán identificados antes de la inhumación.»

El comisario de policía de Lieja, Mr. Neujean, y algunos belgas, fotografiaron el montón de cadáveres expuesto en el local llamado «la Morgue». Estas fotografías sirvieron más adelante para probar que los hermanos Oliver y sus dependientes habían sido fusilados, mientras que las autoridades alemanas, queriendo disimular la barbarie de sus tropas, insistían en decir que los cinco españoles estaban prisioneros en Alemania.

□

Teniendo en cuenta la conducta observada por los invasores en muchas ciudades de Bélgica, y las declaraciones de los testigos que hemos mencionado, fácil es reconstituir con exactitud lo ocurrido en la plaza de la Universidad de Lieja durante la noche del 20 de Agosto.

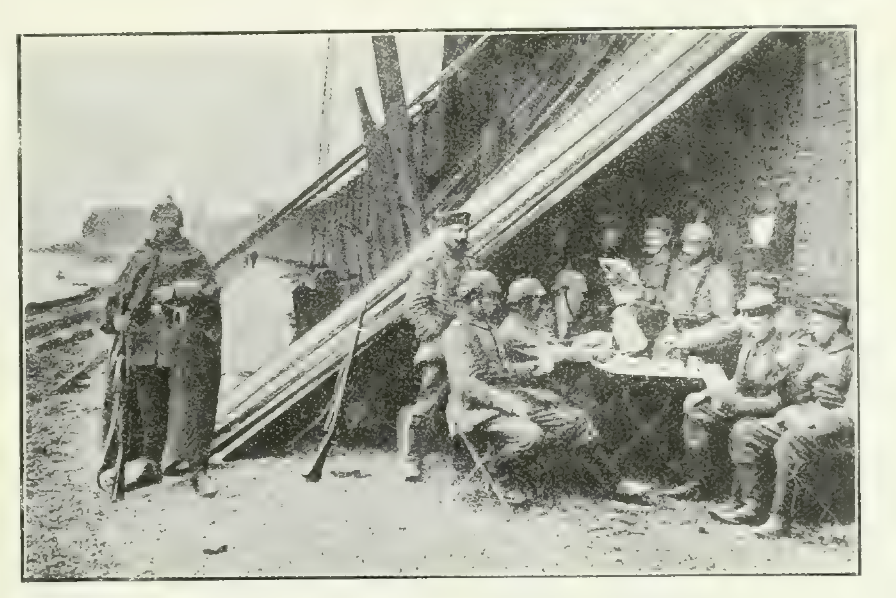
Los soldados del 39.° regimiento, alojados en dicha plaza, vivían en un estado perpetuo de embriaguez, lo mismo que sus camaradas que ocupaban otras poblaciones de Bélgica. Les pesaba verse obligados al respeto del vencido, por hallarse en una ciudad importante, y deseaban proceder con igual libertad que los alemanes que ocupaban los pequeños pueblos, apoderándose de todo y maltratando á las gentes. Tenían que pagar en las tiendas los objetos que excitaban sus deseos, y esta situación les parecía intolerable. Con arreglo á las doctrinas preconizadas por el militarismo prusiano, los bienes y las personas de los vencidos debían estar á disposición de los vencedores. Hasta el último soldado sabía ó presentía que Alemania deseaba someter á Bélgica definitivamente por medio del terror. Preparados los ánimos de este modo, era lógico que de un momento á otro ocurriese un atropello.

En la noche del 20 de Agosto sonó un tiro en la plaza de la Universidad, é inmediatamente todos los alemanes dispararon sus fusiles, empleando además la ametralladora y el cañón. Siguiendo la costumbre alemana, las casas fueron robadas é incendiadas en pocos minutos, como si todo hubiese sido preparado metódicamente. Los habitantes se vieron aprehendidos en masa y fusilados los hombres. ¿Quién disparó

el primer tiro dando la señal de la matanza y el saqueo?... Es indiscutible que fueron los mismos invasores.

Despues de ocurrido esto, las autoridades alemanas, para justificarse, inventaron, como siempre, una historia inverosímil. Según su versión, los estudiantes rusos residentes en Lieja y varios patriotas belgas atacaron traidoramente en la citada noche á las tropas alemanas, dirigiendo los primeros disparos contra el regimiento que ocupaba la Universidad.

Esta supuesta conspiración es inaceptable de todo punto. Sólo hubo desorden y sonaron descargas en la plaza de la Universidad y sus inmediaciones. El resto de Lieja permaneció tranquilo. Además, si los estudiantes rusos hubieran intentado una agresión, era natural y lógico que alguno de ellos quedase muerto en la refriega ó cayese prisionero de los alemanes, apareciendo entre los fusilados al pie de la estatua de la plaza de la Universidad. Ningún ruso figuró en esta catástrofe; ningún belga murió ejecutado que no fuese vecino de la plaza.



DESTACAMENTO ALEMÁN EN LA RIBERA DEL MOSA

En cuanto al carácter belicoso y revolucionario de estos vecinos, basta conocer su profesión para darse cuenta de lo absurdo de las invenciones alemanas. Todos ellos eran pequeños negociantes, pacíficos tenderos, buenos padres de familia que estaban bajo la impresión del terror producido por el reciente sitio de la ciudad. Muchos, al ocurrir el bombardeo de Lieja, habían cambiado de domicilio, abandonando sus tiendas, para refugiarse en casas de amigos situadas en lugares menos céntricos. Únicamente al ver que se restablecía la vida normal y los invasores no realizaban tropelías, se atrevieron á volver á sus comercios, abriendo las puertas para vender sus géneros, especialmente á los alemanes.

Muchos de los soldados acuartelados en la Universidad y las casas inmediatas, conocían perfectamente á los Oliver y á sus dependientes, por entrar con frecuencia en su tienda. Y sin embargo, estos cinco españoles fueron fusilados, según las autoridades alemanas, porque los oficiales *creyeron que eran rusos*. El hecho de existir en el primer piso de la casa ocupada por el establecimiento «Á los jardines de Valencia» una sociedad israelita, compuesta en su mayor parte de rusos, fué explotado por los alemanes como una excusa de su crimen. Doña Rosa Vicens, la esposa de Oliver, al declarar por segunda vez relatando lo ocurrido en la noche del 20, dijo así:

«El primer piso del cuerpo de nuestro edificio que daba á la plaza, estaba alquilado á una sociedad de rusos que habia establecido allí su biblioteca. *Pero yo tengo la certeza de que no había nadie absolutamente en el local durante la noche del 20 de Agosto. Yo no he oído ruido alguno en dicho piso durante la citada noche. Además, en el local de esta sociedad no vivía nadie.* Debo hacer constar que, cuando fuimos conducidos á la Universidad, lo mismo que cuando estábamos presos en este establecimiento, mi marido, mi cuñado, los dependientes y yo, hemos dicho que éramos españoles, pero no nos han prestado atención alguna.»

Las declaraciones de la citada señora muestran cómo se desarrolló en su domicilio este atentado de los alemanes, en el que perecieron todos los hombres de la familia. Acababan de acostarse, después de un día de trabajo. De pronto, el estrépito de la fusilería que los sorprende, cuando empezaban á dormirse. Todos saltan de la cama asustados y corren á ocultarse en la cueva. Á los pocos minutos tienen que abandonar este escondrijo, para no morir quemados, pues el fuego invade la casa. Cuando suben al almacén encuentran á los alemanes que lo están saqueando, y toda la familia, con sus dependientes, es conducida á la Universidad, á empellones y culatazos. Es inútil que griten que son españoles. La soldadesca, ebria y furiosa, no les escucha.

Pero en el local de la Universidad había oficiales, hombres que por su cultura podían entender perfectamente las reclamaciones de estos prisioneros, formuladas en francés. Además, es inverosímil que los hombres cautivos, así belgas como españoles, fuesen ejecutados sin sufrir antes el interrogatorio de un oficial. Las declaraciones de algunos testigos que sobrevivieron á la catástrofe, revelan cómo los oficiales intervenían en el interrogatorio y hasta en la selección de las víctimas. Hubo prisionero que se salvó por la intervención caprichosa de un teniente. Y sin embargo, estos cinco españoles que gritan y gritan su nacionalidad, que exigen el respeto en nombre de su ciudadanía, no son oídos, y tal vez por disposición de los jefes quedan colocados á la cabeza de la fila de

víctimas y fusilados los primeros, según se desprende de la declaración del testigo Lauterboren.

De ser cierto, como han afirmado los alemanes á última hora, que los fusilaron por equivocación, creyéndolos rusos, esto sólo serviría para demostrar el modo bárbaro y arbitrario como proceden los soldados del kaiser, fusilando á los prisioneros sin interrogatorio previo, sin un juicio sumario, sin prestar atención á sus explicaciones. ¡Cuatro hombres de Mallorca y uno de San Sebastián fusilados *como rusos,* después de tres cuartos de hora de detención, durante los cuales las víctimas gritan en francés que son españoles, sin que nadie les oiga! ¡Qué mejor prueba de que las ejecuciones de los alemanes son verdaderos asesinatos, y no se diferencian en nada de los procedimientos de una banda de salteadores ebrios!...

Mientras los cinco españoles hacían constar inútilmente su nacionalidad al pie de la estatua de Andrés Dumont, quedando cortadas sus últimas afirmaciones de españolismo por los disparos casi á quemarropa que hicieron saltar sus cráneos, otros alemanes saqueaban los almacenes de «Á los jardines de Valencia», buscando entre las llamas las barricas de vino, los cestos de frutas y los cajones de conservas.

Según el inventario hecho por las autoridades municipales de Lieja en el mes de Septiembre, siguiendo las indicaciones de doña Rosa Vicens, los alemanes robaron en la tienda española por valor de 57.562 francos, llevándose 4.700 litros de Madera, Porto y Málaga, 30 barricas de vinos diversos, 30 cajas de vermouth, 2.000 botellas de Burdeos, 10 cajas de Champañ, 10.000 latas de sardinas, 600 de atún, 500 de langosta, 50 cajas de tomates, 20 de piñas de América, 35 de diferentes conservas, 200 cestos de higos de Mallorca, y enormes cantidades de pasas, nueces, almendras, chufas, limones, naranjas, melones y otras frutas.



UNA ANCIANA QUE DURANTE EL BOMBARDEO SE OCULTÓ EN LA CUEVA DE SU CASA, ES AUXILIADA POR LOS SOLDADOS BELGAS

(Fot. Meurisse)

Lo único que se salvó de este robo fué el dinero guardado en una caja de caudales. La caja quedó enterrada en los escombros del edificio, resistiendo al fuego y á todos los intentos de violación. Algún tiempo después pudo abrirla la autoridad belga en presencia de la dueña, para extraer de su interior varios miles de francos en metálico y billetes.

□

Existían en Lieja otros comerciantes españoles que se salvaron de los atropellos alemanes por vivir en distintos barrios de la población. Alarmados por la suerte de sus compatriotas, fueron á «la Morgue» en la tarde del día 21, para ver el montón de

cadáveres de los fusilados en la plaza de la Universidad.

Estos españoles, que mostraron gran interés por conocer el paradero de los hermanos Oliver y sus dependientes, fueron don José Cabrer, joven comisionista de comercio, don Sebastián Mateu y Simonet y los hermanos Magín y Rafael Marqués. Especialmente el primero mostró un empeño tenaz é incansable por poner en claro todo lo ocurrido. Puede decirse que á su fuerza de voluntad se debe el que haya quedado en fotográficas sirvieron más adelante para que los españoles residentes en Lieja, especialmente el señor Cabrer, reconociesen la identidad de sus compatriotas.

Todos en la capital valona tenían la certeza de que el dueño y los dependientes de «Á los jardines de Valencia» habían sido fusilados. Pero las autoridades alemanas, faltando á la verdad con un aplomo asombroso, contestaban á todas las preguntas que los cinco españoles habían sido enviados prisioneros á Alemania y se estaban haciendo gestiones para libertarlos.



INTERIOR DE UNA CASA BOMBARDEADA POR LOS ALEMANES. DEBAJO DE LOS ESCOMBROS APARECE EL CADÁVER DEL PROPIETARIO

(Fot. Meurisse)

claro el crimen de que fueron víctimas sus cinco compatriotas.

Resultaba difícil el reconocimiento de los cadáveres en la sala de «la Morgue». La mayor parte de ellos estaban horriblemente desfigurados. Habían recibido la descarga de muy cerca y tenían las facciones deshechas y los cráneos rotos. Sin embargo, los citados testigos creyeron reconocer á uno de los hermanos Oliver por una sortija que llevaba siempre y que aparecía en la mano de uno de los muertos. También reconocieron los zapatos del dependiente Niell.

El comisario de policía, Mr. Oscar Neujean, hizo sacar fotografías detalladas de los cadáveres antes de proceder á su inhumación. Algunos belgas, por iniciativa particular, fotografiaron igualmente el montón de cadáveres de «la Morgue», y todas estas pruebas

Tan ciertas parecían estas afirmaciones, hechas en una forma concluyente, que muchos llegaron á dudar sobre la suerte de los cinco fusilados.

La viuda ignoraba su desgracia, y creyó en las palabras de los alemanes. Sus amigos de Lieja le ocultaban sus tristes presentimientos, y como por otra parte la autoridad alemana daba cada vez mayores seguridades de que los prisioneros volverían de un momento á otro, la infeliz señora persistió en la esperanza de que pronto regresarían su esposo, su cuñado y los tres muchachos de la tienda. Cansada de permanecer en Lieja en casa de unos amigos, hizo el viaje á Mallorca para vivir allí mientras durase la guerra, llevándose á sus tres hijos, de 13, 11 y 9 años, que habían presenciado la tragedia de la plaza de la Universidad.

El asesinato de los cinco españoles habría quedado en el misterio, oculto para siempre por las mentiras y excusas de las autoridades alemanas, á no haber intervenido en el asunto un diputado español. Llegaron á Mallorca cartas de españoles residentes en Bélgica dando detalles de la muerte de los comerciantes de Lieja. Además, el ingeniero belga Néstor Jacob, había relatado en Londres todo lo ocurrido, telegrafiándolo á Madrid el corresponsal de *El Liberal* en Inglaterra, don Luis Araquistain.

Varios mallorquines de Soller, patria de los Oliver, al volver á su país natal, procedentes de Lieja, confirmaron la noticia declarando ante las autoridades judiciales. El gobierno español se vió obligado á pedir explicaciones á la Embajada de Alemania, y ésta contestó negando rotundamente el hecho de que los cinco mallorquines hubiesen sido fusilados, y afirmando, por el contrario, que se encontraban prisioneros en una ciudad alemana, donde muy pronto serían puestos en libertad.



PLAZA DE LA VIRGEN EN LIEJA ANTES DEL BOMBARDEO

El señor Roselló, diputado por Mallorca, habló en la Cámara sobre lo ocurrido en Lieja, y en vista de los datos aportados por el representante balear, el gobierno se decidió á intervenir directamente, dando las instrucciones necesarias al ministro de España en Bruselas para que averiguase una verdad que ya era conocida por muchos.

Fruto de estas averiguaciones fué un expediente diplomático que probó plenamente el fusilamiento de los cinco españoles, crimen que las autoridades alemanas no pudieron negar por más tiempo y tuvieron que reconocer.

Este expediente, dirigido por el marqués de Villalobar, ministro de España en Bruselas, se hallará archivado indudablemente á estas horas en el ministerio de Estado en Madrid. Sólo el gobierno y el diplomático que lo formó conocen su contenido. Pero el autor de la presente obra tiene en su poder una copia fiel y exacta del citado expediente, así como de la comunicación con que lo acompaña el ministro español en Bélgica al remitirlo al gobierno.

La lectura de dicho expediente indigna á todo el que sea español. El ministro de España excusa en él, desde el principio al fin, de un modo indirecto, pero claro, á las autoridades alemanas, convirtiendo el crimen indiscutible en *una simple equivocación*. Los cinco españoles de Lieja fueron fusilados *como rusos*, y al diplomático español le parece esto natural y lógico. Ante el horrible hecho lanza el mismo comentario que cualquier oficial alemán cuando ordena incendios y matanzas: «¡Cosas de la guerra!»

Debo explicar cómo llegó á mis manos este expediente.

▫

Desde el principio de la presente guerra, un periodista español, don Pablo Almarza, se trasladó á Francia, recorriendo audazmente los campos de batalla, muchas veces sin autorización y sin recursos materiales, pasando por las más novelescas aventuras.

Cuando estaba con unos soldados belgas cerca de Ypres, oyó una noche á un oficial, nacido en Lieja, el relato del fusilamiento de que habían sido víctimas cinco españoles en dicha ciudad. En aquel entonces todavía el gobierno alemán juraba y perjuraba que el fusilamiento era una calumnia de sus enemigos, y que los cinco españoles estaban prisioneros en Alemania y serían puestos en libertad de un momento á otro.

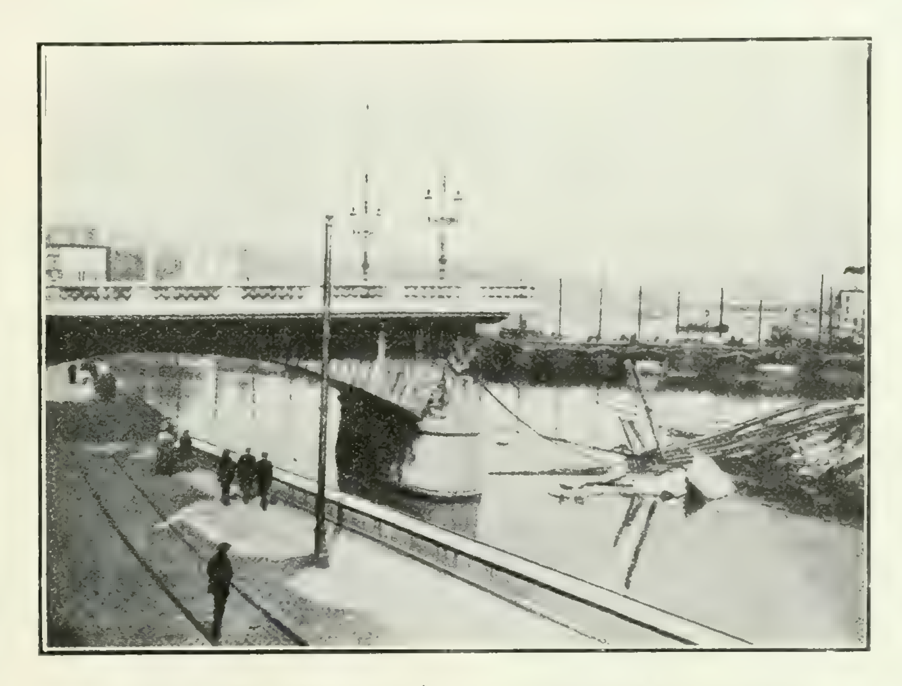
Almarza se sintió tentado por el peligro de una averiguación en Lieja, decidiendo ir en persona á dicha capital, ocupada y aterrorizada por los alemanes, para poner en claro los hechos.

Ignoro cómo este hombre, audaz é infatigable, en el que parece revivir el espíritu andante de los héroes de las antiguas novelas españolas, pudo organizar su viaje. Lo cierto es que se procuró una recomendación para las autoridades alemanas de Bélgica, presentándose á ellas como un periodista neutro, pero de tendencias germanófilas, que iba á estudiar de cerca la gestión de los invasores para hacer propaganda en favor suyo.

Al llegar á Bruselas se puso en relación con el ministro de España, marqués de Villalobar, que lo recibió muy bien, ofreciéndole su ayuda para que viajase por Bélgica, aunque con una sola restricción: no debía ir á Lieja, evitando nuevas averiguaciones en el asunto de los cinco fusilados.

—No vaya usted á Lieja—dijo el ministro español, según declara Almarza—. El asunto de los fusilados está ya terminado. Los alemanes han reconocido su error, confesando que los fusilaron por equivocación, al confundirlos con unos rusos que tiraban sobre ellos desde la misma casa de los españoles. Lamentan lo ocurrido y están dispuestos á indemnizar á las familias de las víctimas. ¿Qué más podemos desear nosotros? Lo patriótico, pues, será darse por satisfechos con estas explicaciones, y espero que usted, como español, será de mi parecer.

«Yo iba á responderle en sentido contrario—dice Almarza—, pero me callé al advertir en él un gesto imperativo, que no admitía réplica. El ministro debió darse cuenta de mi perplejidad y mi lucha interior, y tal vez por ganarse mi simpatía me invitó á comer para el día siguiente, con tanta insistencia, que no tuve más remedio que aceptar. Además, me ofreció su intervención personal en el caso de que no diese resultado la carta de recomendación que tenía yo para el comandante general alemán.»



UN PUENTE DE LIEJA DESTRUÍDO POR LOS BELGAS PARA IMPEDIR EL AVANCE DE LOS ALEMANES

Después de pasar algunos días en Bruselas, siendo objeto de amables atenciones por parte del ministro y recibido en la comandancia alemana por los ayudantes del general, que le hicieron numerosas preguntas sobre el estado de opinión de España, Almarza se convenció de que no conseguiría nunca un permiso para viajar por Bélgica, pues tanto el diplomático español como las autoridades germánicas, eran poco favorables á una información periodística directa.

Un día, harto de esperar, salió para Malinas, con lo que no corría peligro alguno, pues esta ciudad se halla próxima á Bruselas. Pero de Malinas se lanzó audazmente camino de Lieja, sin salvo-conducto, expuesto á ser detenido por los alemanes y encarcelado. Utilizando los tranvías de las poblaciones, y marchando á pie entre unas y otras, llegó al fin á la capital valona. Los refugiados belgas en Londres le habían dado cartas para sus amigos, que aun residían en Lieja, y uno de éstos lo tuvo oculto en una buhardilla, pues los agentes alemanes ejercían una vigilancia estrecha en los hoteles.

Durante los cinco días que permaneció en Lieja, habló Almarza con todas las personas que podían ayudarle en su investigación, especialmente con las que presenciaron directamente los hechos. Tropezó con grandes dificultades, pues muchas gentes estaban aterradas por los invasores y temían el castigo si hablaban con franqueza. Otros desconfiaron de él en los primeros momentos, teniendo en cuenta las grandes ramificaciones del espionaje alemán y los medios tortuosos de que se valen sus agentes. Cuando al fin inspiró confianza y los belgas fueron declarando la verdad, todos le exigieron, bajo palabra de honor, la promesa de que se abstendría de citar sus nombres en la información. Los infelices deseaban permanecer en Lieja y estaban seguros de que los alemanes los castigarían duramente si llegaban á enterarse de que habían hablado sobre lo ocurrido en la noche del 20 de Agosto.

Almarza me reveló los nombres y me enseñó documentos de dichos testigos, pero por las razones mencionadas debo observar igual silencio.

Del relato de los vecinos de Lieja testigos presenciales del suceso, resulta lo siguiente:

En la noche del 20 al 21 de Agosto, todos los soldados del 39.° regimiento, alojados en la Universidad de Lieja y las casas contiguas, estaban completamente ebrios. El día anterior habían robado los vinos de dos establecimientos de la calle de Carmes y las bodegas particulares de los doctores Renard y Louyer, habitantes en la calle de Croissiers, trasladándolos á la Universidad.

Poco antes de las diez sonaron los primeros disparos de fusilería, mezclados con los gritos y vociferaciones de los soldados alemanes. Unos 1.200 soldados, entre ellos un coronel, corrían por la plaza Cockerill y la de la Universidad, tirando en todas direcciones, mientras que las ametralladoras funcionaban en el centro de aquéllas. Varios cañones empezaron á hacer fuego contra el muelle des Pecheurs, incendiando y derrumbando una barriada de edificios á lo largo del Mosa. Bajo el resplandor del incendio vieron algunos vecinos cómo los soldados conducían, entre golpes, á varios grupos de hombres, mientras las esposas y los hijos daban alaridos, implorando piedad.

Diez y siete hombres fueron fusilados en la plaza,

recibiendo algunos las descargas á tan corta distancia, que sus cráneos volaron hechos pedazos. Otros fueron despanzurrados á golpes de bayoneta.

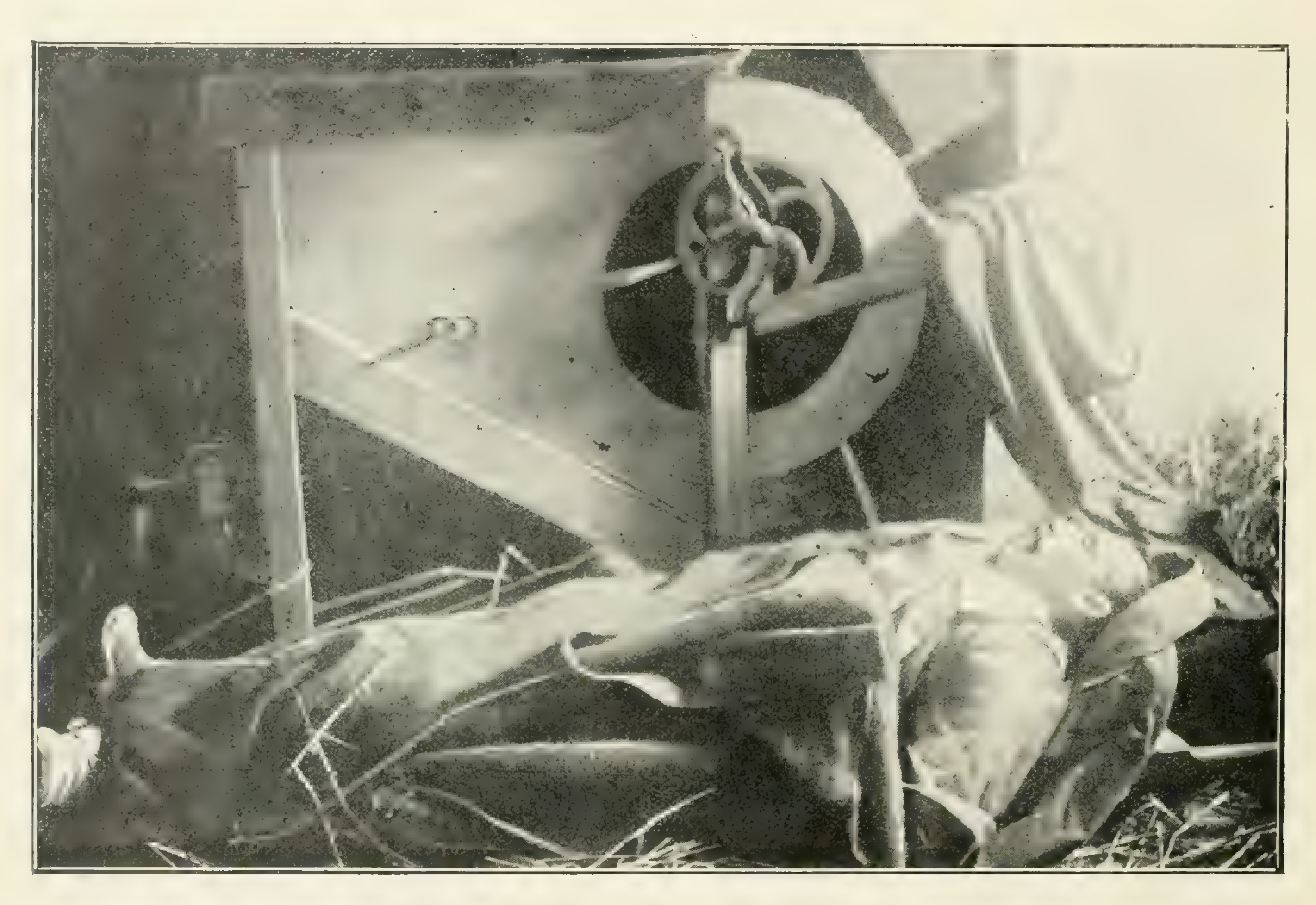
Al día siguiente dijeron los alemanes, para explicar su conducta, que los rusos habían querido atacarles, pero entre los muertos y los prisioneros ***no se encontró ningún súbdito ruso.*** Los estudiantes de la citada nacionalidad habían desaparecido algunos días antes del piso primero de la casa número 20, local de su biblioteca, cuyos bajos estaban ocupados por la tienda de los españoles.

Precisamente, una hora antes de que sonasen los primeros disparos, un grupo de alemanes exploró dicho local, sin encontrar á nadie, lo que demuestra la inverosimilitud de la versión alemana, y al mismo tiempo la obsesión de los invasores respecto á esta sociedad, obsesión que aprovecharon después para excusar sus atropellos.

Otros testigos cuentan que poco antes de ocurrir los hechos, un teniente conferenció en la puerta de «La Emulación» con el sargento encargado de los 90 soldados que tenían allí su alojamiento. Estos soldados, de la compañía de ametralladoras de Dusseldorf, antes de que sonaran los primeros disparos rompieron á hachazos los muebles y las puertas interiores del edificio. Muchos testigos afirman que los disparos precursores de la matanza partieron de «La Emulación».

En los primeros momentos de esta matanza, el coronel alemán dijo que habia visto con sus ojos cómo tiraban contra sus soldados desde «La Emulación» y la casa inmediata. Luego, cuando él y los oficiales se enteraron de que dichos edificios se hallaban ocupados solamente por soldados de su nación, cambiaron de rumbo, diciendo que los primeros disparos habían salido de otras casas.

Los alemanes, para hacer creer que habían sido agredidos, enseñaban el cadáver de un soldado compatriota suyo, que había muerto de un balazo en la plaza de la Universidad. Ya hemos dicho cómo en muchas poblaciones belgas, saqueadas y acuchilladas por los invasores, murieron igualmente soldados alemanes, y siempre que un jefe imparcial ordenó la autopsia, resultó que la bala era alemana. Lo mismo ocurrió en la plaza de la Universidad. El soldado fué muerto por el proyectil de un compañero. Lo extraordinario es que no cayesen más á consecuencia de este desorden.



UN LABRIEGO MUERTO JUNTO Á SU MÁQUINA AGRÍCOLA (Fot. Meurisse)

Un médico de Lieja, cuyo nombre no podemos revelar y que examinó el cadáver, está convencido profesionalmente de que el alemán fué muerto por sus camaradas. Además, algunos vecinos de Lieja afirman que fué mayor el número de soldados muertos, pero como éstos cayeron en calles lejanas, por efecto de las balas perdidas, sus jefes tuvieron interés en

ocultar el hecho. En la calle de Croissiers unos cuantos soldados alemanes, al salir de sus alojamientos, alarmados por la fusilería, fueron alcanzados por las balas de sus propios compañeros de armas, que en estado de embriaguez tiraban en todas direcciones.

Almarza recogió en Lieja el testimonio directo de una de las víctimas. Era un fusilado en la noche del 20. Cayó con los otros bajo los proyectiles alemanes junto á la estatua de la plaza de la Universidad, pero pudo sobrevivir á sus heridas. Estaba oculto en Lieja cuando lo vió el periodista, y buscaba ocasión para salir de Bélgica, por miedo á que lo rematasen los invasores como á un testigo molesto. Poseía un certificado de los médicos que procedieron á su curación y mostraba numerosas heridas ya cicatrizadas. Su deseo era trasladarse á Francia para ser oído por la comisión belga. Como es lógico, nos callamos su nombre, pues tal vez no habrá logrado á estas horas su deseo de salir de Lieja. He aquí su declaración:

«Yo dormía en una casa de la plaza de la Universidad que sus dueños, amigos míos, habían abandonado por miedo á los alemanes. Después de las nueve y media de la noche oí unos disparos sueltos, y creí que hacían fuego contra un aviador, acercándome á la ventana sin desconfianza. Un grupo de soldados —unos diez nada más—tiraban contra las casas, y pronto acudieron grandes masas de compañeros suyos. Comprendiendo el peligro que corría, me escondí en la bodega; luego, impaciente, volví á subir, pero viendo una casa con grandes llamas, tuve miedo y regresé á mi escondrijo. De repente, desde el rincón donde yo estaba oculto vi á un alemán que penetraba en la bodega con una linterna en una mano. Iba tomando todo lo que le apetecía, pero comenzó á penetrar tanto humo en la bodega, que al poco rato tuvo que abandonarla. Yo salí también para no morir entre las llamas, pero al dirigirme á la puerta de la calle me encontré con un soldado que me apuntó con su fusil para que me entregase. Recibí varios golpes, y en compañía de otro infeliz, que también huía de su casa incendiada, fuí conducido al centro de la plaza. Allí fuimos arrojados los dos en un montón de paisanos. Unos estaban con los brazos en alto, otros heridos y en el suelo. Todos imploraban clemencia.

—¿Habéis tirado?—nos preguntó un oficial.

—No—contestamos todos llenos de espanto.

—¡Fuego!—gritó una voz.

Y recibimos una descarga. Yo me dejé caer y me hice el muerto, permaneciendo inmóvil en un charco de sangre caliente que salía de los cuerpos inmediatos y me llenaba la cara y las manos. Sonó una segunda descarga, y esta vez me sentí acribillado, sufriendo agudos dolores. Un alemán me dió una patada



FUGITIVOS DE BÉLGICA SALIENDO DE UNA ESTACIÓN DE FRANCIA (Fot. Rol)

para cerciorarse de si estaba bien muerto, y como viese que yo vivía aún, me asestó un culatazo tremendo en la cabeza que me hizo perder el sentido... Cuando descargaron los empleados municipales la carreta de cadáveres, que eran diez y ocho, vieron que uno de ellos respiraba aún. Era yo. Me cuidaron y ocultaron. Hoy estoy curado de los cinco balazos que recibí. Es milagroso que me salvase, pues los alemanes tiraban de cerca sobre sus víctimas, aun después de haberlas fusilado, no abandonándolas hasta que estaban bien convencidos de que eran cadáveres.»

Los liejenses que vieron á los cinco españoles cuando estaban presos en el local universitario, afirman unánimemente que todos ellos manifestaron repetidas veces la nacionalidad á que pertenecían, pero los alemanes no les hicieron ningún caso.

Varios soldados intentaron consolar á la esposa de Oliver, que lloraba y gemía al ver cómo sacaban de la Universidad á su marido con los demás hombres de la casa. Los alemanes dijeron á la infeliz señora que únicamente se los llevaban para enviarlos prisioneros á Alemania. En el mismo instante sonó una descarga. Como la esposa no pudo ver el acto de la muerte, creyó en la mencionada afirmación, esperando que los alemanes pondrían en libertad á los cinco hombres, lo mismo que la habían dejado libre á ella con sus hijos. Esta creencia se robusteció al saber en los días sucesivos que las autoridades germánicas aseguraban que los españoles no habían sido fusilados, sino enviados á Alemania con otros prisioneros.

DESPUÉS DE PASAR LOS ALEMANES

▫

Al regresar Almarza á Bruselas ocultó al ministro de España su viaje á Lieja. El diplomático, deseoso de que un periodista español se enterase minuciosamente de las *brillantes gestiones* que había hecho en el asunto de los cinco españoles, entregó á Almarza el expediente, por una noche, para que sacase notas.

Con la ayuda de varios españoles que residían en Bruselas y estaban indignados contra los alemanes, Almarza hizo una copia completa del expediente, tal como existe á estas horas en los archivos del ministerio de Estado en Madrid, con las declaraciones de los testigos belgas y españoles, el informe del ministro de España y todas las gestiones del vice-cónsul en Lieja.

Esta copia, que por cierto lleva el sello de la Comandancia Militar de Bruselas, la tiene en su poder el autor de la presente obra y le ha servido de guía para relatar y poner en claro los terribles sucesos ocurridos en la noche del 20 de Agosto.

El citado expediente comunica una impresión de tristeza y de cólera á todo español que lo lee. Desde el principio al fin, tanto el ministro de España como su subordinado el vice-cónsul de Lieja, dan muestras de una falta de carácter que llega á la cobardía, apresurándose á admitir las explicaciones de los alemanes con humilde agradecimiento, como si fuese un acto de generosidad nunca vista dar unas cuantas excusas después de haber fusilado á cinco compatriotas.

Es más; tanto el vice-cónsul como el ministro, se esfuerzan por demostrar que todo lo ocurrido fué una *equivocación,* sin una sola palabra de protesta, encontrando muy natural que los alemanes tomasen á los españoles por rusos. Parece, según estos funcionarios españoles, que basta que un hombre sea de nacionalidad rusa para que los alemanes puedan asesinarlo, sin interrogatorio previo, sin juicio alguno, lo mismo que se mata á una bestia dañina.

El espíritu de cobarde adulación á los alemanes y el deseo de justificar su crimen, llega en este expediente á tomar formas lúgubremente ridículas. El vice-cónsul de España en Lieja es un belga, Mr. Alberto de Lame. El cónsul español de carrera se fué al aproximarse los alemanes. Este vice-cónsul, de nacionalidad belga, participó en el primer momento de la general indignación por los sucesos de la plaza de la Universidad, y pensó que era un insulto á España la muerte trágica de los cinco mallorquines. Por esto entregó una carta al ingeniero belga Néstor Jacob, para que se presentase al embajador de España en Londres, haciéndole presente todo lo ocurrido.

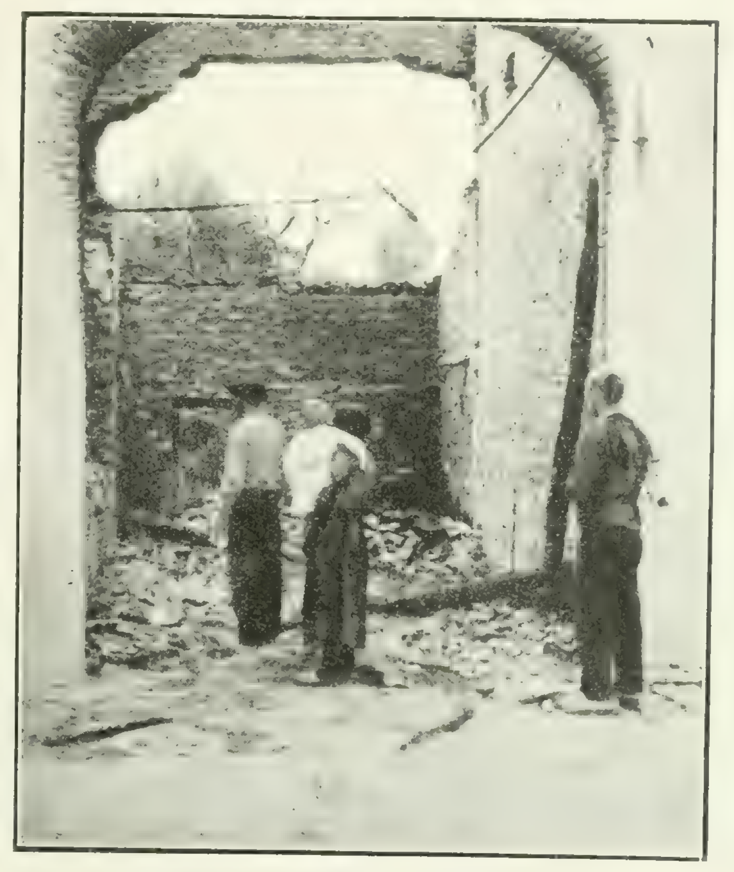
Pero algún tiempo después pareció arrepentirse de este primer movimiento. Existe en el expediente una comunicación suya al ministro de España en Bruselas, su inmediato superior, en la que pide perdón

humildemente por tales gestiones, que califica de «faltas», prometiendo que «no lo hará más».

Este vice-cónsul, al hacer en el expediente el primer relato oficial de lo ocurrido en la plaza de la Universidad, no muestra la menor indignación contra los que fusilaron á los cinco españoles, y hasta se permite exponer argumentos en favor de los alemanes que justifiquen previsoramente su *equivocación*.

Hace constar que la bandera española no flotaba en la casa de los Oliver en el momento del fusilamiento. ¿De qué podía servirles esta bandera, en las sombras de la noche y ante una soldadesca ebria? Repetidas veces gritaron las víctimas que eran españoles, y sin embargo nadie les hizo caso. Además, los soldados que los fusilaron eran vecinos suyos desde algunos días antes, entraban con frecuencia en la tienda para comprar productos españoles, y debían conocer la nacionalidad de los dueños.

Otro argumento expone el vice-cónsul, ridículo hasta lo absurdo. Según él, los alemanes fusilaron á estos cinco españoles *porque su tez y sus cabellos eran semejantes á los de los rusos,* lo que se prestaba fácilmente á una equivocación. ¡Cinco mallorquines que tenían cara de rusos! El lector sonreirá tristemente, si es que no se indigna, ante esta excusa de un representante de España. Por primera vez nos enteramos de que los habitantes de las Baleares tienen un gran parecido con los súbditos del zar, hasta el punto de poder ser confundidos con ellos. Tal vez alguno de los cinco asesinados fuese rubio y tuviera una lejana semejanza con un hombre del Norte... ¡pero los cinco!... ¡Todos ellos, que eran de distintas familias y habían nacido en diversos puntos de España—uno de ellos en San Sebastián—, con igual tez y el mismo color de cabellos!... Inútil insistir sobre esta excusa absurda.



CAMPESINOS BELGAS ENTRE LAS RUINAS DE SU CASA

Para explicar cómo los alemanes fusilaron á los cinco comerciantes, á pesar de sus protestas, el representante de España, que no quiere dejar en pie ni una sola acusación contra los matadores, dice que éstos no podían entender á sus víctimas, que no «hablaban correctamente el francés». Hemos visto cómo uno de los testigos belgas, al hablar de la permanencia de los prisioneros en el local de la Universidad, menciona á «un español alto, en mangas de camisa, *que hablaba muy bien el francés*». Además, los Oliver y sus dependientes llevaban mucho tiempo en Lieja, en un establecimiento frecuentado por numeroso público, y forzosamente debían hablar en francés para entenderse con sus parroquianos. Y aunque no lo hablaran con la pureza de un académico, y conservasen el acento de su país, ¿qué puede probar esto en favor de los alemanes? Por incorrectamente que hablasen los mallorquines el francés, no era difícil entenderles, al repetir incesantemente las mismas protestas, ó sea que eran españoles y pertenecían á una nación neutral.

El vice-cónsul aun va más allá en sus grotestas afirmaciones, diciendo que los Oliver y sus dependientes, aunque eran españoles, «tampoco hablaban correctamente el español, por ser originarios de Mallorca». ¿Y para qué necesitaban hablar el español correctamente como si fuesen de Castilla? ¿Es que los alemanes iban á examinarles de castellano antes de fusilarlos? ¿Acaso los escuchó alguien y comparecieron ante un tribunal? ¿No los mataron sin querer oirles, escogiéndolos caprichosamente en la fila de los prisioneros?...

El ministro de España, en su comunicación al ministro de Estado que acompaña al expediente, se muestra tan adulador para los alemanes como el humilde vice-cónsul. No tiene una palabra sincera y franca de indignación contra lo ocurrido. Casi encuentra naturales estas equivocaciones trágicas. «¡Son cosas de la guerra!» Y para justificar á los alemanes, alude y ofende á otras naciones unidas á España por un parentesco de historia y de raza, diciendo así: «Debe ponerse fin á una cuestión que por un lado lamentan los mismos causantes de ella, y por otro nada tiene de política, revistiendo, eso sí, por tratarse de las vidas de nuestros compatriotas indefensos é inocentes, el carácter de un grande y muy desgraciado incidente de esta guerra; incidente de todas suertes menor que los que en otras naciones, también en guerra ó revolución, han sufrido recientemente con España otras potencias de Europa y América.»

Con esto el ministro español quiere aludir á Méji-

co y á las matanzas de españoles efectuadas en esta república por las tropas insurrectas. La alusión del marqués de Villalobar no puede ser más falta de oportunidad. ¿Acaso los caudillejos de las revoluciones americanas se ofrecen como representantes de la más refinada civilización y pretenden salvar al mundo imponiéndole su cultura, como el emperador de Alemania? ¿Es que las partidas de indios cometen sus tropelías en nombre de la superioridad de su raza, y apoyadas por manifiestos de sabios y artistas, como lo hacen los alemanes?...

Todo el informe del ministro de España está lleno de elogios á las autoridades alemanas. Elogios á los representantes del kaiser porque le permitieron ir á Lieja acompañado de un oficial del Estado Mayor de Bruselas, al mismo tiempo que se reían de él afirmándole con toda clase de seguridades que los cinco españoles no habían sido fusilados, que estaban prisioneros en Münster y de un momento á otro los pondrían en libertad. Elogios al teniente coronel Renner, gobernador militar de Lieja, que le declaró *bajo palabra de honor que no hubo en la noche del 20 de Agosto ningún fusilamiento en la plaza de la Universidad* y que todos los prisioneros habían sido conducidos á Alemania.

En cambio, el diplomático español, para demostrar que es un hombre entero, incapaz de transigir con la menor incorrección, critica á los funcionarios belgas del municipio de Lieja por el modo como redactan el registro civil, y hace otras consideraciones de sabiduría oficinesca. Igualmente censura que los testigos belgas no fuesen muy explícitos al declarar la verdad.

Debo advertir que el representante de España hizo sus averiguaciones en Lieja acompañado del gobernador militar de la plaza y de otro jefe alemán del Estado Mayor de Bruselas. Es lógico que los belgas, al verle en tan buena compañía, evitasen hacer declaraciones precisas sobre la suerte de Oliver y los suyos, sabiendo además, como era público, que el gobierno germánico tenía empeño en prolongar la duda, haciendo creer que las víctimas vivían aún y estaban en Alemania.

Hay que admirar el tacto de este ministro de España al procurarse tal acompañamiento para la averiguación de un suceso que los alemanes querían tener oculto. De no intervenir el testigo don José Cabrer, la muerte de los cinco españoles habría quedado en secreto hasta el final de la guerra. Los vecinos de Lieja, á pesar de que la conocían con todos sus detalles, nunca la hubiesen afirmado en una declaración pública, obrando en esto cuerdamente, pues no es el ministro de España el que los habría salvado de la venganza de los alemanes.

El joven Cabrer, en presencia del teniente coronel Renner, dió muestras de una entereza española, reconociendo los cadáveres de sus cinco compatriotas en una fotografía que le mostraron, previamente agrandada y más clara que las que había visto hasta entonces. Todos los españoles residentes en Lieja cuando ocurrió el hecho, y que hubieran podido servir igualmente de testigos, se habían marchado á España en el mes de Noviembre. Únicamente Cabrer, íntimo amigo de las víctimas y que tenía el noble propósito de hacer triunfar la verdad, se quedó en Lieja, afrontando con su testimonio irrebatible todas las mentiras de los alemanes.

El 11 de Diciembre, José Cabrer compareció ante el marqués de Villalobar y el comandante de Lieja, reconociendo las fotografías de los fusilados de un modo que no permitió más dudas.

«Este testigo único—dice el ministro de España—, amigo y paisano de los españoles muertos, declaró resueltamente de tal modo, que no cabían vacilaciones. Su testimonio fué tan fehaciente, que el mismo señor teniente coronel Renner se sintió con nosotros impresionado por sus palabras, y vistas las pruebas y fotografías, declaró «que no cabía duda que los súbditos españoles habían sido muertos en *la refriega* sostenida en Lieja con las tropas alemanas en la noche del 20 al 21 de Agosto, por una lamentable equivocación, de la cual profundamente se condolía, porque era incontestable que los españoles no habían tomado parte en dicha *refriega* contra los alemanes, siendo buenas y pacíficas gentes, y que sólo el error producido por vivir éstos en la misma casa frecuentada por un círculo de estudiantes rusos, había sido la causa de que los tomaran como enemigos y de su desgracia. Que visto cuanto antecede, estaba seguro de que el gobierno imperial lo tomaría en cuenta, tanto para expresar su sentimiento por este error al gobierno de Su Majestad el rey de España, como para indemnizar á las infelices víctimas en aquello que fuese justo y preciso». Añadió que daría parte á su gobierno de lo ocurrido, y se convino en finalizar el asunto en Berlín.»

Con esta solución del jefe alemán quedó satisfecho y entusiasmado el ministro de España. Tan enorme fué su alegría por el triunfo, que añade así: «El señor teniente coronel *subrayó gallardamente* los anteriores conceptos y declaraciones, demostrando inmediato interés que *honra mucho á tal señor oficial y habla en pro de la buena fe de su gobierno*, preguntándome con vivo interés si quedaban en Lieja algunas de las familias de las víctimas que se hallasen desvalidas, porque en tal caso, inmediatamente se las atendería y socorrería, independientemente de las resoluciones que en Berlín recaigan y mientras éstas se traten. Le di las gracias, considerándolo inútil, porque todos los parientes de las víctimas se habían ido á España.»

Este párrafo del informe demuestra la inmensa satisfacción del representante español. Cualquiera diría que celebra mucho lo ocurrido á sus compatriotas, porque esto da ocasión para que un jefe alemán *subraye gallardamente* sus conceptos y declaraciones y para que el gobierno alemán demuestre su *buena fe*. Es conmovedora la bondad del gobernador alemán de



LOS FUSILADOS DE LIEJA

Esta fotografía es una de las varias que tomaron el comisario de policía y algunos vecinos de Lieja, el 21 de Agosto, en el depósito de cadáveres de dicha ciudad. Nos la han proporcionado los vecinos de Lieja refugiados en Londres. Ignoramos si es igual á las que figuran en el expediente archivado en Madrid en el Ministerio de Estado, y que sirvieron para que el testigo Cabrer reconociese á los cinco españoles fusilados. Ignoramos igualmente si los dos cadáveres que están en primer término son de nuestros compatriotas.

Pero podemos afirmar rotundamente que la presente fotografía es de los fusilados en la plaza de la Universidad de Lieja, en la noche del 20 de Agosto de 1914, y que fué tomada al día siguiente en «la Morgue» de la citada ciudad. Si los dos cadáveres de primer término no son de nuestros compatriotas—y bien pudiera ser que fuesen—, los cinco españoles están en el montón de muertos situado detrás.

El cadáver de la derecha tiene el cráneo saltado y completamente vacío. La fotografía concuerda con las declaraciones de los testigos que afirman que la mayor parte de los cadáveres estaban horriblemente desfigurados, por haber hecho fuego los ejecutores casi á quemarropa.

Lieja, que con *vivo interés* quiere dar unos marcos en el mes de Diciembre á las familias de cinco inocentes que fueron asesinados en Agosto. El ministro de España agradece este rapto de generosidad con visible emoción. Parece conmovido en lo más profundo de su ser por la *gallardía* con que *subraya* este guerrero.

Luego añade en su informe: «El señor teniente coronel *declaró, bajo palabra de honor, que no hubo en la noche de autos ningún fusilamiento,* y que sólo hubo prisioneros que se enviaron á Alemania.»

La afirmación resulta ininteligible. ¿Si no hubo fusilamientos, cómo murieron los Oliver y sus dependientes?... Tal vez lo que el jefe alemán quiso hacer creer, *bajo palabra de honor,* fué que los muertos en la plaza de la Universidad perecieron durante un combate, durante la *refriega* que menciona al reconocer los hechos. Y el ministro de España, agradecido á sus ofrecimientos, habla también de *refriega* en el curso de su comunicación. Con la misma facilidad titularía batalla lo ocurrido en la noche del 20, de llamarlo así el *gallardo* teniente coronel Renner.



MUJERES Y ANCIANOS CONDUCIDOS POR LOS ALEMANES

¿Qué *refriega* es esa? ¿Cómo puede darse tal nombre á una cacería de pacíficos vecinos, que estaban desnudos y en la cama al lanzarse sobre sus casas la soldadesca ebria? ¿Cómo el representante español puede hablar de *refriega* en un expediente en el que no figuran otras declaraciones que las que hemos transcrito antes, declaraciones de viudas de fusilados y de infelices prisioneros, que á pesar del miedo que les inspiran los invasores declaran unánimemente que estaban durmiendo en sus casas cuando empezó el bárbaro atropello? ¿Qué *refriega* pudo haber entre unos pacíficos tenderos en camisa y sin armas, y un regimiento alemán con ametralladoras y cañones?...

El marqués de Villalobar—al que no conozco—será individualmente una persona apreciable, pero de sus informaciones en Lieja, así como de la comunicación con que las acompaña, se desprende que como funcionario falta descaradamente á la verdad y coloca en una situación humillante y deshonrosa al país que representa.

Reconocemos que lo ocurrido en la noche del 20 de Agosto era ya irremediable cuando él intervino en el asunto, pues nadie podía devolver la vida á las víctimas. Reconocemos igualmente que España no está en condiciones para hacer frente á Alemania, y no era lógico extremar las consecuencias del suceso hasta una actitud hostil. Pero la resignación ante el crimen no supone la necesidad de disculpar á los criminales, llegando hasta la adulación, como lo hace este representante de España en un informe que se imaginó que nunca llegaría á publicarse.

El pueblo español, de su pasado de inmensa gloria conserva dos cualidades que le reconocen todas las naciones y le proporcionan un prestigio simpático: la altivez y el odio á la injusticia. El ministro de España en Bruselas demuestra no conocer ni de lejos estas dos cualidades.

Es más, falta á la verdad cuando habla de *refriega* y cuando habla de *equivocación.* Él mismo dirigió y formó el expediente enviado á Madrid, cuya copia tengo á la vista. Existen en él declaraciones de españoles y belgas, tomadas por el representante consular de España, y cuya parte substancial hemos publicado al principio de este capítulo. ¿Cuál de estas declaraciones da á entender ni remotamente que hubo *refriega?* Para que existiese refriega, era preciso que alguien atacase á los alemanes. ¿Quiénes fueron esos atacantes fantasmas que no aparecen entre los muertos ni entre los presos, todos ellos pacíficos mercaderes de una plaza de Lieja?...

Falta á la verdad igualmente cuando atribuye la muerte de los cinco españoles á un *error.* Y digo esto, porque en el expediente que él mismo ha formado y dirigido, todas las declaraciones atestiguan lo contrario. Podría tener cierta verosimilitud—todavía muy discutible—esto del *error,* si los cinco españoles hubiesen sido asesinados en el primer momento dentro de la casa, sin darles tiempo sus matadores á explicación alguna, tomándolos por rusos. Pero de todas las declaraciones, resulta que los cinco mallorquines fueron conducidos á la Universidad, que estuvieron allí presos durante *media hora ó tres cuartos de hora,* gritando incesantemente para hacer constar su origen, y que los fueron sacando tranquilamente los alemanes, de dos en dos, para fusilarlos en medio de la

plaza, después de oir muchas veces que eran españoles.

No hubo *error*. Fué simplemente un crimen alemán, uno de los innumerables crímenes de este pueblo, loco de soberbia, que desafía al mundo entero, se cree destinado históricamente á dominar á todos los hombres, y cuando siente despertar su ferocidad ancestral no respeta tratados, no repara en sexos, no reconoce nacionalidades. «*¡Alemania sobre todos!*—como cantan en su himno—. *¡Alemania sobre el mundo!*»

El marqués de Villalobar termina su comunicación diciendo que ha procurado ser imparcial, como corresponde al representante de una nación neutra. No es cierto. Todo lo es, menos imparcial.

Al escribir su comunicación, debió pensar que en el ministerio de Estado—como ocurre en muchos centros oficiales—se limitarían á la lectura de este documento sin examinar el resto del expediente. El contradictorio contraste entre lo que declaran los testigos en las actuaciones y las falsedades humillantes y adulonas de la comunicación del ministro, es notorio y enorme.

Este ministro de España trata á la verdad lo mismo que un funcionario alemán, lo que en los presentes momentos no significa un elogio.

Infunde tristeza ser de una nación que mantiene á tales representantes. El ministro de España en Bruselas debe pertenecer á esa casta de diplomáticos que cuando han de intervenir en un asunto extraordinario que perturba su vida plácida y pueril de chismorreos y fiestas, se lamentan como si hubiese caído sobre ellos una calamidad y desean terminar cuanto antes con tales *historias*. Por adelantado se hallan dispuestos á aceptar todas las explicaciones, por inverosímiles que sean, y lo que es peor, á agradecerlas, como grandes muestras de consideración.

Un tranquilo comerciante español que vive en el extranjero con su familia y sus dependientes, sin mezclarse en nada, puede ser asesinado por una soldadesca ebria, en compañía de los suyos, no obstante haber hecho constar repetidas veces su nacionalidad. El ministro de su país admitirá con apresuramiento que todo ha sido un error, y si además los que ordenaron la matanza ofrecen unas cuantas pesetas para la viuda y los huérfanos, el representante de España comentará, dulcemente emocionado, el tono con que estas promesas fueron *subrayadas gallardamente*.

El gobierno alemán ha prometido, según se dice, una indemnización á las familias de los cinco españoles asesinados en Lieja.

Pero esta indemnización no piensa sacarla de sus cajas. El dinero tendrán que darlo los pobres belgas, como si ellos fuesen los autores del crimen.

▫

Así murieron á manos de los alemanes en la plaza de la Universidad de Lieja, durante la noche del 20 al 21 de Agosto, los súbditos españoles:

Antonio Oliver Rullán, nacido en Soller (Mallorca), de 40 años, esposo de Rosa Vicens, de la que tuvo tres hijos.

Jaime Oliver Rullán, soltero, de 51 años, nacido en Soller.

Jaime Llabrés, soltero, de 26 años, nacido en Establament (Mallorca).

José Niell, soltero, de 19 años, nacido en Sineu (Mallorca).

Juan Mora, soltero, de 19 años, nacido en San Sebastián (Guipúzcoa), é hijo de un sargento de la Guardia Civil.



UN CAMPAMENTO ALEMÁN

La muerte trágica de estos españoles ha estado hasta el momento presente envuelta en cierto misterio. La opinión pública se enteró hace algunos meses, por los relatos de los periódicos, de que cinco españoles habían sido fusilados por los alemanes; pero todos ignoraban las circunstancias y los detalles del crimen. El informe diplomático del representante de España se ha mantenido en secreto. Á pesar de su espíritu tendencioso en favor de los alemanes, los testimonios irrecusables que contiene resultan de una evidencia aplastante contra los autores del hecho, y tal vez por esto no se ha publicado.

Por primera vez entregamos al juicio público el informe completo de lo ocurrido en la plaza de la Universidad. La comisión belga encargada de averiguar y publicar las atrocidades alemanas, ha dicho muy poco de lo ocurrido en Lieja durante la noche del 20 de Agosto, y nada del asesinato de los cinco españo-



LOVAINA ANTES DEL BOMBARDEO

EL HOTEL DE VILLE

les. Carecía dicha comisión de los datos y documentos que tenemos nosotros.

Sometida Lieja á la dominación alemana, y aterrado su vecindario, le ha sido imposible á la citada comisión ponerse en contacto con los habitantes de la ciudad. Gracias al periodista Almarza, que se procuró una copia del expediente y pudo burlar la vigilancia alemana, salvando dicho documento de un modo novelesco, la verdad ha acabado por abrirse paso á través de las falsedades con que pretendieron ahogarla los representantes del imperio germánico.

VI

El saqueo de Lovaina

El ejército alemán entró en Lovaina el miércoles 19 de Agosto.

Antes de que se presentasen los invasores, el burgomaestre de la ciudad, Mr. Colins, había hecho fijar en las esquinas una proclama aconsejando al vecindario que se mantuviese en calma. La población estaba aterrada por los relatos de los fugitivos que iban llegando de los lugares inmediatos, destruídos por los alemanes. Muchos vecinos abandonaron apresuradamente la ciudad. Los que tuvieron valor para permanecer en ella, se mostraron resueltos á seguir en todo los consejos del burgomaestre, recibiendo á las tropas enemigas con una calma digna.

Todas las armas existentes en Lovaina quedaron recogidas y almacenadas en la iglesia de San Pedro. Hasta los floretes de esgrima fueron requisados y guardados. No quedó en toda la ciudad una arma nueva ó vieja. Tales detalles hay que tenerlos en cuenta para apreciar con más exactitud la conducta de los invasores. Éstos, como de costumbre, se fingieron agredidos para justificar el enorme crimen realizado en Lovaina.

Á las dos de la tarde del 19, se presentaron los parlamentarios enviados por las tropas alemanas, haciéndose preceder por el decano de la Universidad. Las calles estaban desiertas. Media hora después hizo su entrada el ejército alemán, procediendo inmediatamente, con brutales formas, á la requisa de una enorme cantidad de víveres. Cuando los invasores, en esta entrada, á la que quisieron dar una forma triunfal, pasaban ante los soldados belgas heridos ó moribundos á consecuencia de los combates sostenidos en las cercanías, los cantos de victoria y los himnos de las bandas de música redoblaban con una alegría insolente.

El burgomaestre puso á disposición de los alemanes todos los cuarteles y los edificios públicos, pero ellos prefirieron alojarse en las casas para pesar de este modo más directamente sobre el vecindario. Muchos soldados echaron abajo las puertas de las viviendas abandonadas, procediendo á su saqueo.



IGLESIA DE SAN MIGUEL

Al día siguiente, 20 de Agosto, el burgomaestre Colins y el senador Van der Kelen fueron detenidos como rehenes. Un bando del comandante alemán apareció en las esquinas ordenando que nadie circulase por las calles

después de las ocho de la noche, bajo pena de ser fusilado. Todos los vecinos debían depositar en el palacio municipal las armas y municiones que tuviesen en su poder, así como toda la esencia para automóvil, con la amenaza de ser fusilados en caso de desobediencia. Los vecinos de las principales calles debían dejar las puertas de sus casas abiertas toda la noche, é iluminadas las ventanas.

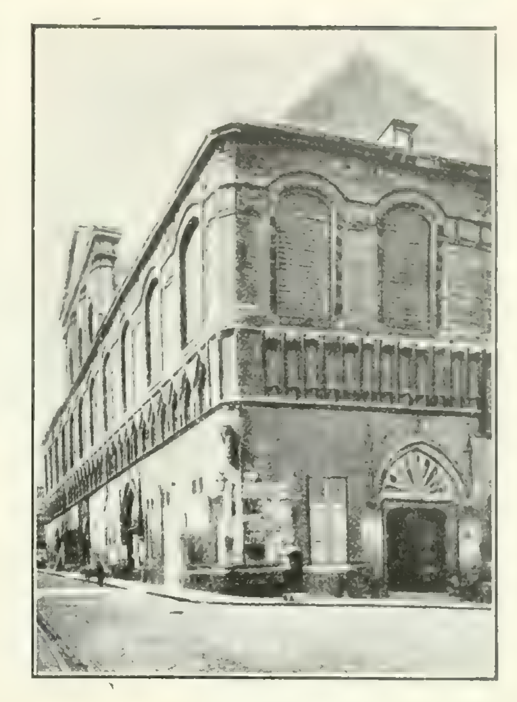
El comandante de las fuerzas alemanas, Von Manteuffel, exigió á Lovaina una fuerte indemnización de guerra, se apoderó del metálico que existía en las cajas de los Bancos, y dió orden para que fuesen puestos en libertad todos los delincuentes de origen alemán que estaban encerrados en el presidio, incluso los ladrones y asesinos. Nadie supo adónde fueron á parar estos apreciables alemanes y si Manteuffel los empleó en algo.

Nuevas requisas se ordenaron en los días sucesivos. El número de rehenes pareció escaso al gobernador, y fué aumentado con la prisión de Monseñor Ladeuze, rector de la Universidad; De Bruyn, presidente del Tribunal; Van den Eynde, consejero de la provincia, y otras personas conocidas.

En este período de relativa calma—llamémoslo así, ya que en estos días los alemanes no realizaron ningún fusilamiento en masa—, la soldadesca continuó saqueando metódicamente los edificios abandonados por sus dueños, y cometió numerosos atentados contra las mujeres y las muchachas, tanto en la ciudad como en los pueblos de los alrededores. Ya mencionamos en otro capítulo los atropellos sufridos por varias mujeres en la aldea de Corbeek-Loo, cerca de Lovaina

El ejército belga concentrado en Amberes, emprendió un avance el 24 y 25 de Agosto, arrollando á las tropas alemanas que estaban ante Malinas. Éstas, en su retroceso, llegaron desordenadas hasta Lovaina al anochecer del día 25. Un regimiento de *landwehr* había quedado guarneciendo la plaza, compuesto de reservistas que se sentían inquietos al verse solos. Á mediodía recibieron el refuerzo de varios destacamentos procedentes de Lieja.

Esta guarnición experimentó un verdadero pánico en el anochecer del día 25. Las tropas alemanas de Malinas se replegaban perseguidas de cerca por los belgas, y la guarnición de Lovaina creyó que era el enemigo el que penetraba en la ciudad. Á todo correr se dirigieron los soldados á la estación, recibiendo con un nutrido tiroteo á sus compatriotas, que llegaban acosados por los lanceros belgas.



LA UNIVERSIDAD

Numerosos testigos presenciales han hecho constar con pruebas, que tanto en el interior de la ciudad como en los alrededores, los alemanes de la guarnición, parapetados en las casas, tiraron sobre los otros alemanes que llegaban en retirada, creyéndolos belgas. No hay que olvidar que esto ocurrió al anochecer.

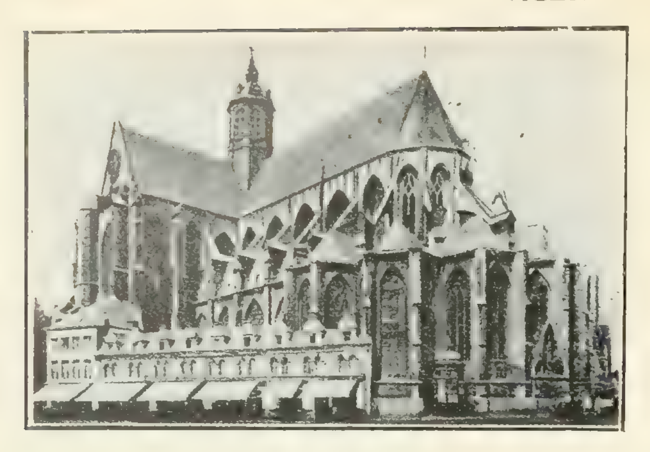
VESTÍBULO GÓTICO DE LA UNIVERSIDAD

«Un religioso—dice la Comisión belga—nos asegura haber asistido á un combate que se desarrolló en la calle de Joyeuses-Entrées entre las tropas alemanas, y haber contado en sólo esta calle, cuando cesó el fuego, más de sesenta cadáveres de soldados alemanes. Ningún cadáver de civil fué encontrado en la calle.

En este instante un fuego de nutrida fusilería estalló simultáneamente en diversos puntos de la ciudad, especialmente en las puertas de Bruselas y de Tirlemont, y en las calles de Leopoldo, de María-Teresa y de Joyeuses-Entrées. Los soldados alemanes tiraban en todas direcciones, á pesar de que las calles estaban desiertas. *Fué un verdadero pánico. Los oficiales habían perdido toda influencia sobre sus hombres.*

Pocas horas después los incendios estallaban por todos lados, especialmente en los edificios de la Universidad que contenían sus archivos y su valiosa biblioteca, en la iglesia de San Pedro, en la plaza del Pueblo, en la calle de la Estación y en el bulevar y la calzada de Tirlemont.

Siguiendo las órdenes de sus jefes, los soldados alemanes derribaban á hachazos las puertas de las casas y prendían fuego á su interior,



LA IGLESIA DE SAN PEDRO

valiéndose de cohetes incendiarios. Otros tiraban contra los habitantes que intentaban salir de sus viviendas. Muchas personas refugiadas en las cuevas fueron quemadas vivas. Otras fueron muertas á balazos en el momento que pretendían salir de la hoguera. Numerosos vecinos de Lovaina que consiguieron abandonar sus casas escapando por los jardines, se vieron conducidos á la plaza de la Estación, en cuyo pavimento estaban diez cadáveres de civiles fusilados. Los prisioneros se vieron separados de sus mujeres é hijos, y despojados de todo lo que llevaban con ellos.

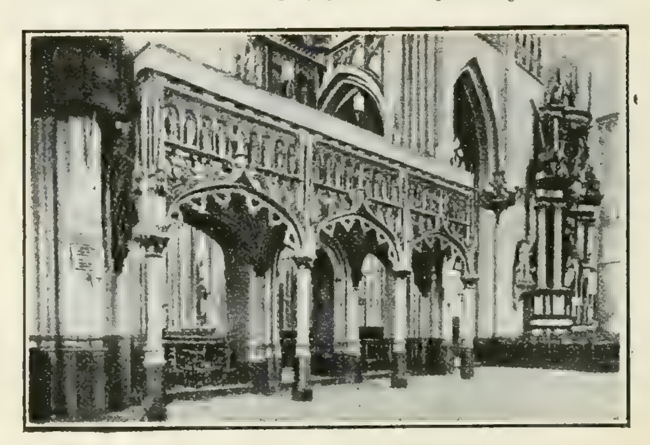
Los jefes alemanes, para justificar la muerte de sus soldados que se pelearon entre ellos á impulsos del error y del pánico, pretendieron hacer creer que los civiles habían tirado contra las tropas ocupantes, lo que ha sido contradicho por las afirmaciones de los testigos, y resultaba, además, imposible, ya que algunos días antes los vecinos de Lieja habían entregado todas sus armas á las autoridades municipales. Las tropas alemanas empezaron á bombardear la ciudad, durando el bombardeo hasta las diez de la noche. Mientras tanto, partidas sueltas atizaban el incendio penetrando en las casas y derramando combustibles especiales. Numerosos cadáveres de civiles yacían tendidos en calles y plazas. Solamente en el bulevar de Tirlemont un testigo contó más de cincuenta. En los vestíbulos de las casas incendiadas se encontraban los cadáveres carbonizados de sus habitantes. Sorprendidos en las bodegas por el incendio habían querido huir, pereciendo al atravesar las llamas. En los alrededores de Lovaina ocurrió lo mismo, quedando destruído por el incendio casi todo el caserío.

Un grupo de setenta y cinco personas, compuesto de las gentes más conocidas y respetadas de la ciudad, fué conducido á la plaza de la Estación. En este grupo se encontraban varias personalidades importantes del mundo católico, que vivían en torno de la Universidad: el padre Coloboet, y con él un sacerdote español y otro norte-americano. Después que estos prisioneros sufrieron amenazas y golpes, pasando por las angustias de varios simulacros de fusilamiento, fueron conducidos hasta el frente del ejército alemán, para exponerlos al fuego de los belgas en el caso de que éstos reanudasen su ataque. Los encerraron en la iglesia de la aldea de Campenhont, donde pasaron la noche. Poco antes del amanecer, un oficial alemán les previno que se confesasen, pues iban á ser fusilados media hora después. Al expirar este plazo el oficial los puso en libertad. Luego fueron aprehendidos de nuevo por una brigada alemana, que les hizo marchar á vanguardia con dirección á Malinas. Al contestar á las preguntas de los prisioneros, un oficial les hizo saber que los llevaban ante las líneas de Amberes, para ponerlos en primera fila y que saboreasen la metralla belga. Al fin, los alemanes los abandonaron cerca de Malinas.

Otros vecinos de Lovaina fueron conducidos á la estación y amontonados en vagones de ganado. Después de un viaje de 26 horas sin recibir ningún alimento, llegaron á Colonia. Al día siguiente, luego de una noche pasada en una barraca de feria, donde sólo recibieron pan y agua, muchos de ellos fueron amontonados de nuevo en vagones de 3.ª clase (diez y seis por compartimiento), y reconducidos á Bruselas, adonde llegaron en un completo estado de aniquilamiento el domingo 30 de Agosto. Por primera vez después de su arresto, pudieron hacer una verdadera comida. Los alemanes los condujeron á sus puestos avanzados frente á Malinas, y allí los dejaron en libertad.

Otros, en fin, que eran en su mayoría pertenecientes al clero, entre ellos Monseñor Ladeuze, rector de la Universidad, y Monseñor Becker, rector del Colegio Americano, fueron enviados con dirección á Bruselas. Todos sufrieron numerosas torturas, y uno de ellos, el padre Dupierreux, de la Compañía de Jesús, fué fusilado.

Las mujeres y los niños apresados en Lovaina permanecieron en la plaza de la Estación sin recibir ningún alimento durante todo el 26 de Agosto. Allí presenciaron la ejecución de una veintena de sus conciudadanos, entre los cuales figuraban varios sacerdotes y religiosos. Atados en grupos de á cuatro, fueron fusilados éstos en un extremo de la plaza, sobre la acera del edificio que es propiedad de Mr. Hamaide. Los alemanes hicieron además un simulacro de ejecución con Monseñor Coenraets, vicerrector de la Universidad, y el padre Schmit, de la orden de Predicadores. Sonó una descarga, y las mujeres y los niños,



CORO DE LA IGLESIA DE SAN PEDRO

que creían en la realidad de la ejecución, recibieron de los soldados la orden de aplaudir. Estas mujeres y estos niños sólo quedaron en libertad en la noche del 26 al 27 de Agosto.

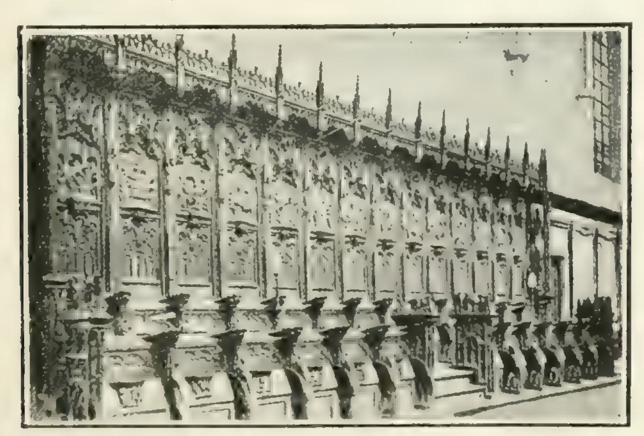
El jueves 27 de Agosto, á las ocho de la mañana, todos los habitantes de Lovaina recibieron la orden de abandonar la ciudad. Ésta iba á ser bombardeada.

Ancianos, mujeres, niños, enfermos, dementes del manicomio, religiosos y religiosas, se vieron arrojados brutalmente fuera de sus viviendas y empujados por todos los caminos, lo mismo que rebaños. Lo que resultó este éxodo de los habitantes de Lovaina y las atrocidades cometidas con ellos, sobrepasa á toda descripción. Fueron conducidos muy lejos, por soldados brutales, en direcciones diversas. Los obligaron á arrodillarse en medio de los caminos, levantando los brazos cada vez que transcurrían ante ellos los oficiales alemanes. Pasaron el día sin alimento y la noche sin abrigo.

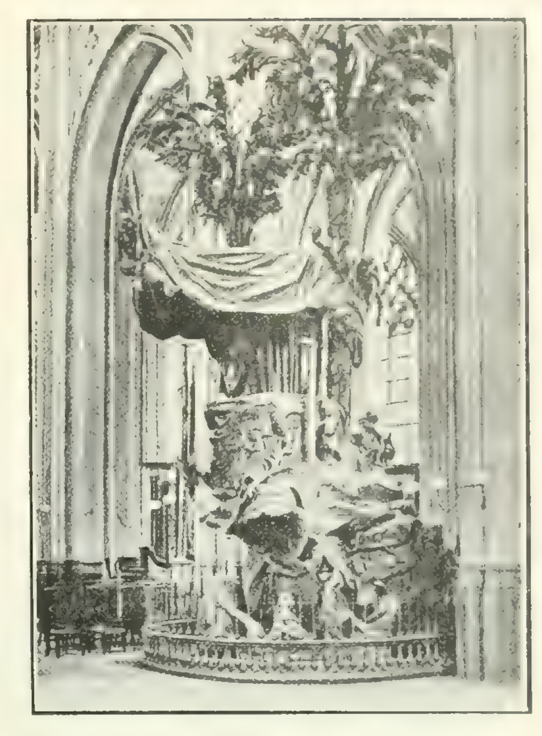
Muchos murieron durante la cruel conducción. Otros fueron fusilados porque no podían continuar la marcha, figurando entre las víctimas mujeres, niños y eclesiásticos. Más de 10.000 habitantes de Lovaina se vieron empujados de este modo hasta Tirlemont, ó sea á más de veinte kilómetros. Otros hubieron de continuar todavía su calvario más allá de Tirlemont, hasta Saint-Trond y Hasselt.

Para no citar más que un ejemplo de lo que fué este viaje, baste decir que un grupo de 13 eclesiásticos, en el que figuraban el cura de la parroquia de San José, Mr. Noel, profesor de la Universidad, y el padre rector Scheut, quedó aprisionado cerca del pueblo de Lovenjoul. Los alemanes los injuriaron y golpearon, encerrándolos en una pocilga de la que hicieron salir á los cerdos en presencia de los prisioneros. Luego obligaron á éstos á desnudarse, arrebatándoles todos los objetos de algún valor y acompañando su despojo con numerosos golpes.

La expulsión de los habitantes de Lovaina tuvo por objeto el pillaje. Los soldados querían robar á sus anchas, sin testigos molestos. Algunos alemanes se mostraron tan impacientes que, según declaraciones de testigos, invadieron las casas de éstos y comenzaron el saqueo, en el mismo momento que los dueños salían de ellas.



CORO DE LA IGLESIA DE SANTA GERTRUDIS



PÚLPITO DE LA IGLESIA DE SAN PEDRO

El pillaje oficial empezó el jueves 27 de Agosto, y *duró ocho días*. Formando bandas de seis ú ocho, los soldados derribaban las puertas ó rompían las ventanas, se emborrachaban en las bodegas, saqueaban cómodas y armarios, violentaban las cajas de caudales, robaban el dinero, las piezas de plata, los cuadros, las estatuas, la ropa blanca, los vestidos, el vino y las provisiones.

Los cuadernos de campaña de algunos soldados alemanes hechos prisioneros por los belgas, contienen confesiones irrecusables.

Gastón Klein, soldado de la 1.ª compañía de un regimiento de *landsturm*, que llegó de refuerzo á Lovaina, escribe lo siguiente en su cuaderno, con fecha 29 de Agosto:

«Á partir de Roosbeek empezamos á darnos cuenta de la guerra: casas incendiadas, muros acribillados de balas, reloj de la torre arrebatado por un obús, etc. Algunas cruces aisladas indican las tumbas de las víctimas. Llegamos á Lovaina, que es un verdadero hormiguero militar. El batallón de *landsturm* de Halle llega trayendo tras de él toda suerte de cosas; especialmente botellas de vino. Muchos de sus individuos están ebrios. Un pelotón de diez ciclistas corre por toda la ciudad buscando alojamiento inútilmente. Lovaina ofrece tal aspecto de devastación, que es imposible imaginarse algo peor. Las casas arden y se desploman á ambos lados de las calles, obstruyéndolas. Sólo unas pocas siguen intactas. Se camina en las calles sobre pedazos de vidrio y montones de maderas quemadas. Los cables conductores de los tranvías y los hilos del teléfono, están caídos en las calles, dificultando la circulación.

Las estaciones de ferrocarril sirven de alojamiento á las tropas. Cuando nuestro batallón entró en Lovaina, los soldados se salieron de las filas para entrar en las primeras casas, violentando las puertas y robando vino y otras cosas. Perdón por la palabra: lo que hicieron fué *requisar*. Lo mismo que una jauría á la desbandada marchábamos todos, y cada uno hacía

lo que le indicaba su capricho. Los oficiales iban al frente dando el buen ejemplo. Luego, una noche pasada en un cuartel con numerosos borrachos. Toda esta jornada me inspira un desprecio que no sé cómo describir.»

Otro soldado alemán que cayó prisionero de los belgas, escribía así á su mujer, Ana Manniget, habitante de Magdeburgo: «Hemos llegado á Lovaina á las siete de la tarde. No podía escribirte á causa del aspecto lúgubre que presenta Lovaina. Por todos lados ardía la ciudad. Allí donde no ardía, la destrucción era efectuada por los hombres. Hemos penetrado en todas las bodegas y nos hemos llenado á nuestro gusto.»

Una gran parte del botín fué cargado en furgones militares y transportado á continuación por trenes á varias ciudades de Alemania.

El incendio y el pillaje sólo cesaron el miércoles 2 de Septiembre. Aún en este día los soldados alemanes produjeron cuatro incendios en la calle Leopoldo y en la de María-Teresa.

Sin contar los edificios de la Universidad, su biblioteca y el Palacio de Justicia, 894 casas fueron incendiadas en el interior de Lovaina y 500 en el arrabal de Kessel-Loo. El arrabal de Herent y el municipio anexo de Corbeek-Loo quedaron completamente destruídos.

En la tarde del 25 de Agosto, cuando los alemanes empezaron el incendio de Lovaina, un grupo de ellos destruyó las bombas del cuerpo de bomberos, la escala Porta y demás material, para que nadie pudiese intentar la extinción del fuego. Además, los alemanes tiraban sobre las personas que subían á las techumbres para apagar el incendio.

El barrio de Heverlé fué respetado por los saqueadores de un modo incomprensible. Algunos pretenden que este respeto obedeció á que el duque de Arenberg, súbdito alemán, posee en él numerosas propiedades. En algunas casas de Lovaina que se libraron del incendio y del saqueo, los alemanes fijaron en las puertas un anuncio reclamando el respeto en nombre del comandante de la plaza. Estos edificios, así como los del barrio de Heverlé, pertenecían á súbditos alemanes ó á gentes emparentadas con ellos.



VISTA GENERAL DE LOVAINA DESPUÉS DEL BOMBARDEO

Es imposible calcular el número de las personas que perecieron en estos incendios. Cuando terminó el saqueo de la ciudad, en sólo cuatro días fueron extraídos de los escombros cuarenta y dos cadáveres.

Para justificar sus atrocidades, los invasores apelaron, como ya hemos dicho, á la excusa de siempre, diciendo que los civiles habían tirado contra sus tropas. Todas las declaraciones de los testigos contradicen esta alegación mentirosa.

La verdad es que, en Lovaina como en toda Bélgica, el asesinato de los ciudadanos pacíficos, el pillaje y el robo, han sido metódicamente organizados.

Un testigo de nacionalidad extranjera nos ha con-

tado cómo el 26 de Agosto, ante el Hotel de Ville de Lovaina, oyó á un oficial alemán decir á sus soldados que «hasta entonces su ejército se había limitado á incendiar aldeas y pueblos de importancia secundaria, pero que ahora, por primera vez, iban á asistir á la quema de una gran ciudad».

El incendio sigue en todas partes al pillaje, y las más de las veces parece no tener otro objeto que el hacer que desaparezcan los vestigios del robo. Frecuentemente las casas son quemadas por medio de cohetes incendiarios. Otras veces las rocían con petróleo, valiéndose de bombas y mangas de riego. Otras veces, en fin, para activar el incendio, los soldados alemanes se sirven de pastillas de las que tenemos algunas muestras en nuestro poder. El análisis á que hemos sometido estas pastillas nos revela que son fabricadas con nitro-celulosa agelatinada.

El pillaje y el incendio se realizan por orden de la autoridad superior. Una parte del botín, la más importante, es expedida directamente á Alemania.

La Comisión cree de su deber señalar una declaración interesante:

La superiora de un establecimiento religioso situado en una localidad que fué sometida al pillaje, ha venido ante nosotros para declarar que después del saqueo de la población, un soldado alemán le entregó una pequeña cantidad en metálico, diciéndole que el robo le había sido impuesto por sus jefes, pero que él no quería aprovecharse, porque no era ladrón. Un sub-oficial rogó también á dicha superiora que entregase á la señorita V. D. un reloj, una cadena y un brazalete de oro que había robado en su casa para cumplir la orden superior de saqueo, pero que igualmente no quería guardar.

En todas las calamidades de que es víctima Bélgica, se nota como único motivo el deseo de aterrar á las poblaciones, la voluntad de vengarse de una resistencia que el imperio alemán no había esperado nunca.

Los hechos lo demuestran. Cada salida de las tropas belgas del campo de Amberes provoca nuevos atentados, que el invasor no pretende siquiera justificar. La ciudad de Aerschot es un ejemplo de esto. El primer cuidado de los alemanes al entrar de nuevo en ella el 10 de Septiembre, después del avance y el retroceso de las tropas belgas, ha sido anonadar lo que había escapado á su primera obra destructiva.»



EL MERCADO VIEJO

De este modo la Comisión belga denunció ante el mundo el incendio y saqueo de Lovaina, en sus informes de 31 de Agosto y 25 de Septiembre. En otro informe de 10 de Septiembre, cuenta la Comisión las terribles consecuencias del calvario á que se vió sometida una de las muchedumbres expulsadas de Lovaina. De 6.000 á 8.000 personas, hombres, mujeres y niños, de todas edades y condiciones, fueron conducidas por un destacamento del 162.° de infantería alemana á un

picadero, donde tuvieron que pernoctar. El local era tan exiguo para esta cantidad enorme de prisioneros, que todos hubieron de pasar la noche de pie. Los sufrimientos y atropellos infligidos á los infelices fueron tan grandes, que algunas mujeres perdieron la razón para siempre en esta noche trágica. Niños de pecho murieron de asfixia en los brazos de sus madres.

o

Lovaina era una ciudad industrial que poseía vastos establecimientos metalúrgicos, una fundición famosa de campanas y numerosas fábricas de productos diversos. La rodeaban hermosos bulevares, que en algunos puntos adquirían la amplitud de verdaderos parques. Situada casi en mitad de la línea férrea entre Bruselas y Lieja, es Lovaina el punto de partida de varios ramales para Aerschot, Malinas, Diest, Tervueren y Jodoigne. Un canal que lleva su nombre, y que fué abierto en el siglo XVIII, pone la ciudad en comunicación con las numerosas vías fluviales de Bélgica. Su famosa Universidad hizo célebre á Lovaina en todo el mundo.



LA CALLE DE NAMUR

En el siglo XIV su fortuna, como la de todas las ciudades de Flandes, se basó en la producción de paños. Un vecindario de 130.000 habitantes, casi triple que la población actual, vivía dedicado á este trabajo en el recinto de la floreciente ciudad. La decadencia industrial de Lovaina se declaró á consecuencia de una revuelta de los tejedores, severamente reprimida por los soberanos de Flandes. Para impedir esta decadencia, quedó fundada en el siglo siguiente la célebre Universidad de Lovaina (1425), con la aprobación del papa Martín V.

El duque de Brabante, Juan IV, ayudado por los burgueses, procuró que esta Universidad, *Studium generale,* fuese una de las primeras de Europa. Muy pocas llegaron, en los albores de los tiempos modernos, á ser tan florecientes y gozar de tanto prestigio. En sus comienzos sólo contó con tres facultades: de Teología, de Medicina y de Derecho, pero poco á poco fué ensanchando la extensión de sus estudios. En el siglo XVI figuró como la primera Universidad de toda Europa, acudiendo á ella los sabios de las naciones más diversas. La aspiración de todo hombre de estudios consistió en explicar un curso en las aulas de Lovaina. El famoso Erasmo y todos los grandes humanistas de su época miraron la escuela de Lovaina como si fuese su patria espiritual. Bastaba adquirir en ella el título de doctor, para ser considerado como un hombre de saber indiscutible. Justo Lipse fué uno de sus más ilustres profesores. Cuando murió éste, en 1606, Lovaina tenia 43 colegios, con unos 6.000 estudiantes. Las autoridades españolas que gobernaban á los Países Bajos protegieron la vida de este centro de cultura. Nadie podía desempeñar un empleo en el país sin adquirir antes sus grados en Lovaina.

Al pasar Bélgica de la dominación española á la austriaca, la antigua Universidad, respetable por su fama y sus años, perdió mucha importancia. El emperador de Austria, José II, llamado «el filósofo», la cerró por algún tiempo. Luego fué abierta otra vez; pero en 1797, al apoderarse de Bélgica los ejércitos de la Revolución francesa, las nuevas autoridades la suprimieron, fundándose en que sus enseñanzas eran contrarias á los principios de la República. Cuando Bélgica fué anexionada al reino de Holanda, se reorganizaron, en 1817, los estudios de Lovaina. El clero belga, que consideraba esta Universidad como su propia obra, se indispuso con el gobierno neerlandés por haber fundado éste un «colegio filosófico» en el seno de la venerable escuela de Teología. Una de las causas de la revolución belga de 1830 fué la intrusión del gobierno holandés en los estudios de Lovaina. Pero á pesar de esto, cuando Bélgica consiguió su independencia, el Estado cesó en 1834 de sostener oficialmente la Universidad de Lovaina. La vieja *Alma Mater* mantenida por los subsidios del episcopado, se constituyó entonces en centro libre de enseñanza, tomando el título de «Universidad católica de Lovaina».

La influencia de la Universidad era aún considerable en los tiempos actuales. Lovaina debía gran

parte de su vida económica á la existencia de este centro floreciente, que constaba de cinco facultades, con diferentes escuelas anexas de Ingenieros civiles, Artes y Manufacturas, Minas, Instituto Agrícola, Escuela de Cervecería é Instituto Comercial. Los estudiantes, al iniciarse la guerra, eran 2.300 siguiendo los cursos, de que estaban encargados 120 profesores. Muchos de los estudiantes habitaban colegios de diferente nacionalidad, titulados del Espíritu Santo, de los Josefitas, de María-Teresa, del papa Adriano, etcétera. España tiene un colegio propio desde los tiempos de su dominación en los Países Bajos, y este colegio, anexo á la Universidad, está dirigido por profesores españoles.

En torno de Lovaina, «metrópoli intelectual del catolicismo belga», se ha desarrollado en los últimos años un considerable movimiento literario y científico. Se publicaban en Lovaina unas 30 revistas, y además aparecían todos los años numerosas obras referentes á diversas ramas de la ciencia. Esta Universidad era frecuentada por toda la juventud rica de Bélgica. Como el partido llamado católico gobierna el país hace 40 años, de los bancos de las aulas de Lovaina han salido todos los hombres políticos y los grandes administradores.

La biblioteca era más famosa aún que la Universidad. En 1317 la corporación de pañeros de Lovaina construyó las Halles para depósito de sus mercancías, y estos edificios pasaron en el siglo XV á poder de las autoridades universitarias, que los agrandaron en 1560 con un nuevo piso. El vestíbulo de la Universidad guardaba aún el carácter gótico de la época en que fueron construídas las Halles. La biblioteca estaba instalada en un edificio anexo á las Halles, levantado en 1723. Contenía unos 300.000 volúmenes, siendo algunos de ellos únicos en el mundo. Figuraban en sus vitrinas 300 incunables y manuscritos de inmenso mérito. Además guardaba esta biblioteca un verdadero tesoro bibliográfico referente á la historia de los Países Bajos, de indiscutible valor igualmente para la historia de España.

Todo esto lo han quemado los alemanes. Su atentado fué, como dice un gran periódico de Stokolmo, «una inmensa barbarie contra los hombres y la civilización».



LA CALLE DE DIEST

Lovaina atraía numerosos viajeros, por sus grandes bellezas arqueológicas, arquitectónicas y artísticas.

El más hermoso de sus monumentos es incontestablemente el Hotel de Ville, de un soberbio gótico florido. Este edificio consta de tres pisos, está guarnecido de ventanas ojivales, y tiene seis graciosas torrecillas que terminan en flechas caladas. Innumerables esculturas y festones de piedra cubren sus cuatro frentes. Todo él parece un inmenso bordado, y á pesar de la exuberancia de sus adornos, guarda proporciones armoniosas y da una impresión de sencillez.

Otro monumento famoso es la Colegiata de San Pedro, situada enfrente del Hotel de Ville. El exterior no daba idea de sus bellezas interiores. Varias casas de aspecto vulgar estaban adheridas á sus contrafuertes, quitando al monumento toda visualidad. En cambio el interior resultaba magnífico, de un gótico florido, majestuoso, con 28 pilastras formadas por haces de columnitas, y tres bóvedas cubiertas de pétrea hojarasca y pobladas de estatuas. Lo más extraordinario de este templo era la colección de obras de pintores primitivos, especialmente la admirable *Cena* y el extraño *Martirio de San Erasmo,* cuadros del maestro Thierri Bouts.

La Colegiata de San Pedro ya no existe; fué quemada por los soldados alemanes.

Los cuadros de raro valor que figuraban en sus capillas, fueron *salvados* de las llamas por los oficiales alemanes.

Digámoslo sin eufemismos: fueron simplemente robados.

▫

La tragedia de Lovaina tuvo un testigo imparcial, el profesor holandés Grondijs, que presenció el incendio, el saqueo y las matanzas, figurando igualmente en el éxodo de los habitantes obligados á la evacuación.

Este escritor ha eternizado, en una forma sobria y desapasionada, la más grande de las atrocidades alemanas. Su testimonio destruye por completo todas las mentiras de los periódicos alemanes que han pretendido justificar lo ocurrido en Lovaina, hablando de un ataque de la población contra los soldados; ataque que nadie pudo ver.

Hablamos en otro capítulo del profesor Grondijs y de su visita á Aerschot, poco después de haber sido saqueada esta ciudad y fusilados sus principales habitantes. Luego de haber estado en Aerschot, el profesor Grondijs regresó á Lovaina, puede decirse que providencialmente, pues de este modo el gran crimen alemán tuvo como testigo á un ciudadano de una nación neutra, al que nadie puede acusar de parcialidad.



LA CALLE DE LA ESTACIÓN

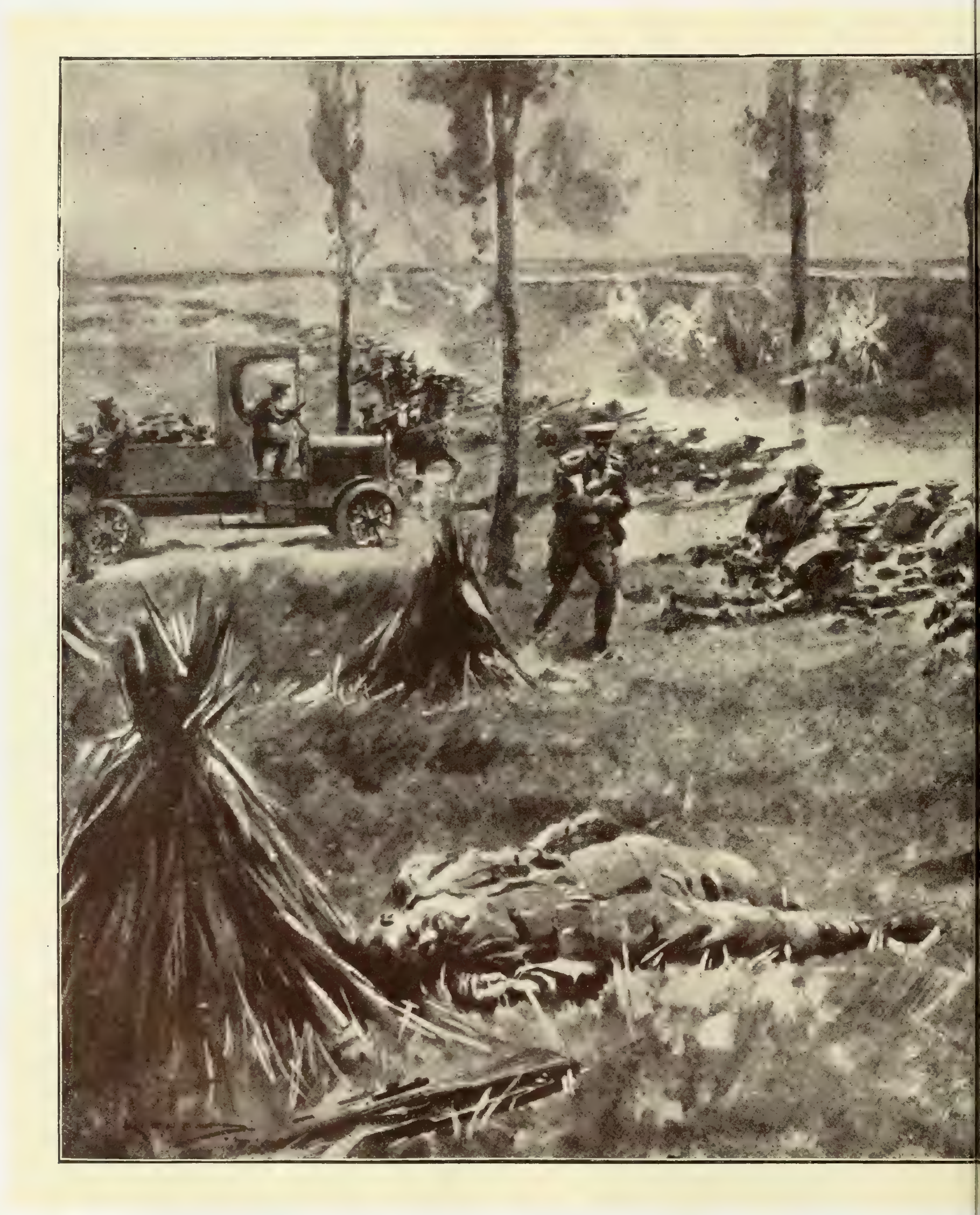
He aquí el relato de Grondijs, interesante y conmovedor por los hechos dramáticos que describe:

«*Domingo 23 de Agosto.*—A las tres de la tarde vuelvo de Aerschot á Lovaina, á lo largo del canal. Al entrar en la ciudad, veo ante el célebre Hotel de Ville—hermoso y blanco como un relicario inmenso de marfil—á la guardia alemana, que parece muy tranquila. No se nota ninguna inquietud aparente. Sin embargo, la población civil me cuenta en voz baja que los rehenes tomados por los alemanes en Lovaina y pertenecientes á las clases acomodadas, han sido tratados con extraordinaria dureza. La gente se indigna igualmente al comentar los insultos y atentados de que muchas mujeres han sido objeto en los arrabales. Las relaciones de la población con el ejército ocupante son tan buenas como lo permiten las circunstancias. Al anochecer, vi en un banco de una plaza á dos soldados alemanes conversar sonriendo con dos muchachas, en presencia de sus padres, que parecían tranquilos. En el mercado de las Legumbres un soldado hace el gesto de acariciar la mejilla de una muchacha. Ésta es llamada de su casa y no vuelve á aparecer.

Entro en el café Sody, situado en la calle de Bruselas. El dueño con sus dos hijas sirve á los clientes, casi todos ellos militares, y algunos con insignias de oficial. El servicio se realiza correctamente. Entran dos soldados alemanes de un regimiento de reserva —los regimientos del ejército activo han sido enviados á Francia—. Piden un vaso de cerveza y empiezan una conversación con el personal del café. «Nosotros los alemanes—dicen—somos buenos sujetos...» El personal los sirve sonriendo levemente, pero sin contestar, y se retira en seguida.

Los reservistas alemanes intentan ordinariamente iniciar conversación con estas palabras acerca de su bondad. Generalmente experimentan un visible deseo de excusarse. Propietarios en su país y padres de familia, comprenden el horror de esta guerra de devastación. Los soldados jóvenes hablan de otro modo. Mostrando las ruinas de las casas, gritan: «¡Que los bel-



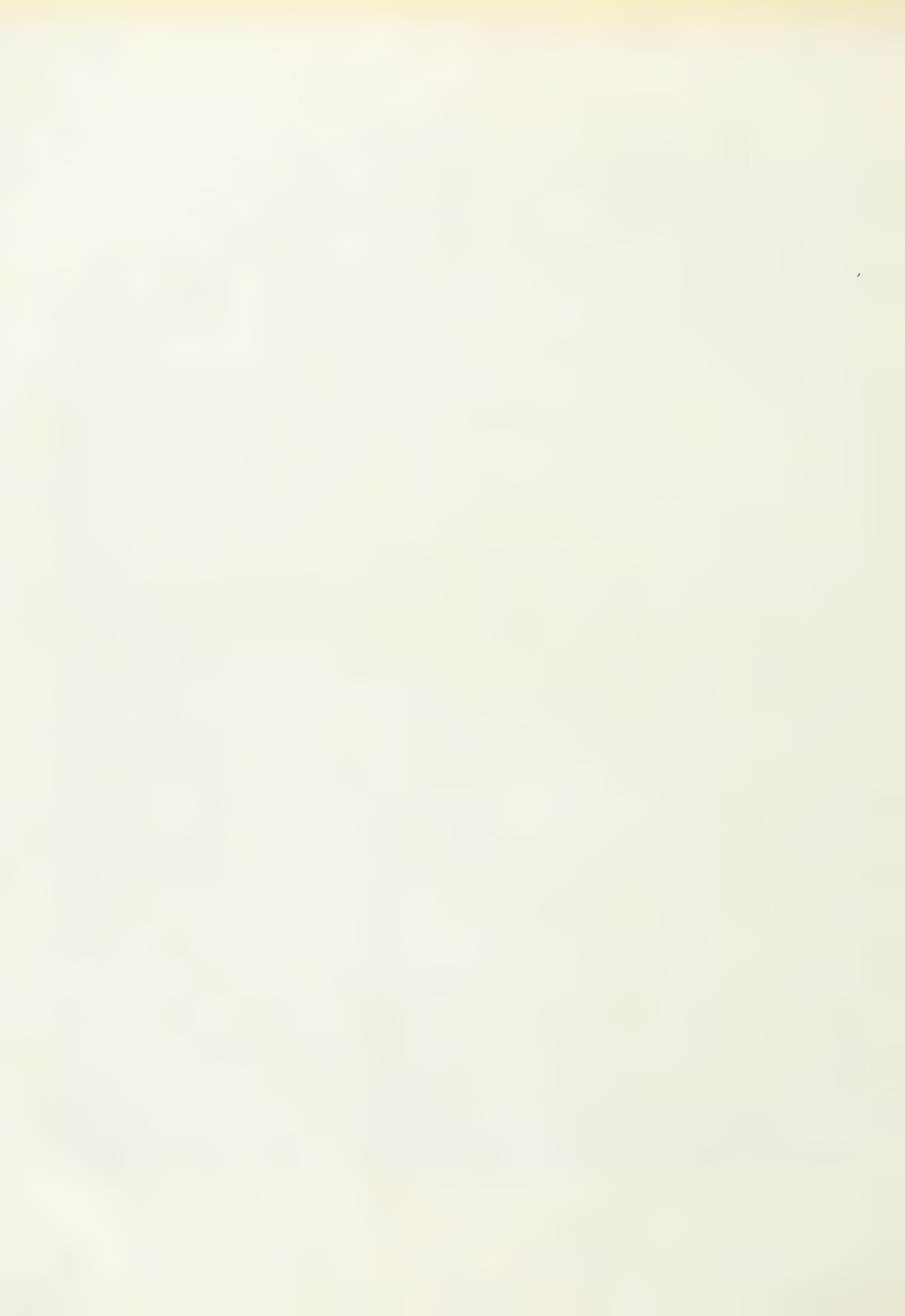


Dibujo de A. C. Michael, de «The Illustrated London News»

Distribución de raciones á la infant



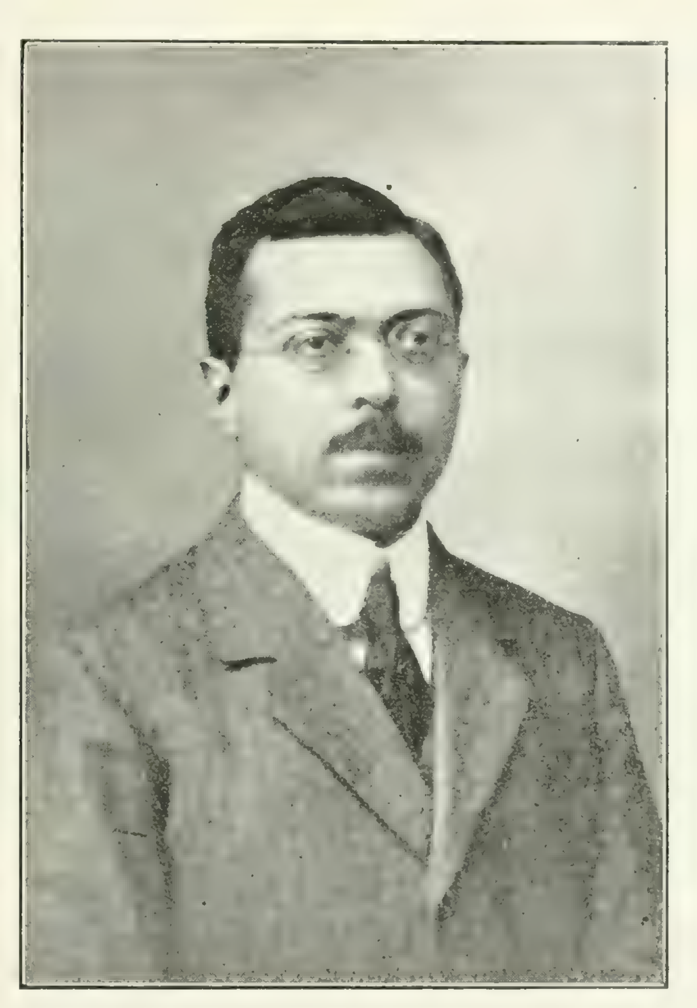
ía inglesa bajo el fuego del enemigo



gas tiren contra nosotros! He ahí lo que les pasa por atacar al ejército alemán.»

El sacerdote Van Ussel, al que conocí en mi primera visita á Lovaina, me ofrece hospitalidad en su casa por esta noche. Á sus funciones ordinarias de cura párroco une las de sacerdote de las prisiones. El cardenal Mercier le ha rogado que se encargue de este trabajo. Es el tipo del sacerdote flamenco hospitalario, cuyas ideas se han ensanchado en la atmósfera de la Universidad de Lovaina. Parece haber olvidado que yo no pertenezco á su religión.

Después de la comida recibe la visita de dos seminaristas, uno de los cuales es sobrino del Cardenal. Se muestran asustados por una manifestación hostil de que acaban de ser objeto de parte de los soldados alemanes. El señor Van Ussel me hace saber que esta actitud hostil contra los curas es general entre los invasores. Él mismo, á pesar de su cargo, ha tropezado con grandes dificultades para obtener el permiso de salir á la calle después de las ocho de la noche. La autoridad militar se negó á darle este permiso durante dos días, á pesar de que trabaja en la ambulancia de la Cruz Roja, donde hay muchos alemanes heridos, y de que por dos veces le llamaron á altas horas de la noche para asistir á moribundos alemanes que eran católicos.



EL PROFESOR GRONDIJS

Es ya muy tarde cuando el dueño de la casa me conduce á su dormitorio. Lovaina está aislada y carecemos de noticias del exterior.

Lunes 24 de Agosto.—Durante la mañana visito los tesoros artísticos que contiene la antigua ciudad de Lovaina. Después me dirijo á la calle des Moutons, frente al convento de las Beguinas, para visitar al profesor Scharpé, uno de los jefes del partido flamenquista. Su esposa me recibe en su hermosa casa, que data del siglo XVII, y acaba de ser restaurada. El profesor, que es un lingüista muy reputado, acaba de salir con el director de una gran lechería, al cual los alemanes le han arrebatado la mayor parte de sus caballos, destruyendo además sus cuadras y establos. Con la autorización del comandante alemán, los dos han salido á recorrer los alrededores para reunir las vacas errantes y organizar al mismo tiempo la provisión de leche de la ciudad.

Los soldados alemanes, en esta guerra contra Bélgica, cuando llegan á un pueblo empiezan por expulsar á los habitantes, destruyendo luego sistemáticamente los talleres, las fábricas y las granjas. Después los jefes permiten á aquellos que se han obstinado en permanecer en sus viviendas, que se dediquen al avituallamiento de las ciudades inmediatas. Por esto el señor Scharpé y su amigo el director de la lechería, con el pasaporte necesario, pudieron recorrer desde las cuatro de la mañana á las seis de la tarde todos los pueblos de los alrededores, comprometiendo á los campesinos para que llevasen al día siguiente sus productos á Lovaina. En todas partes pudieron ver la desolación sembrada por los regimientos alemanes.

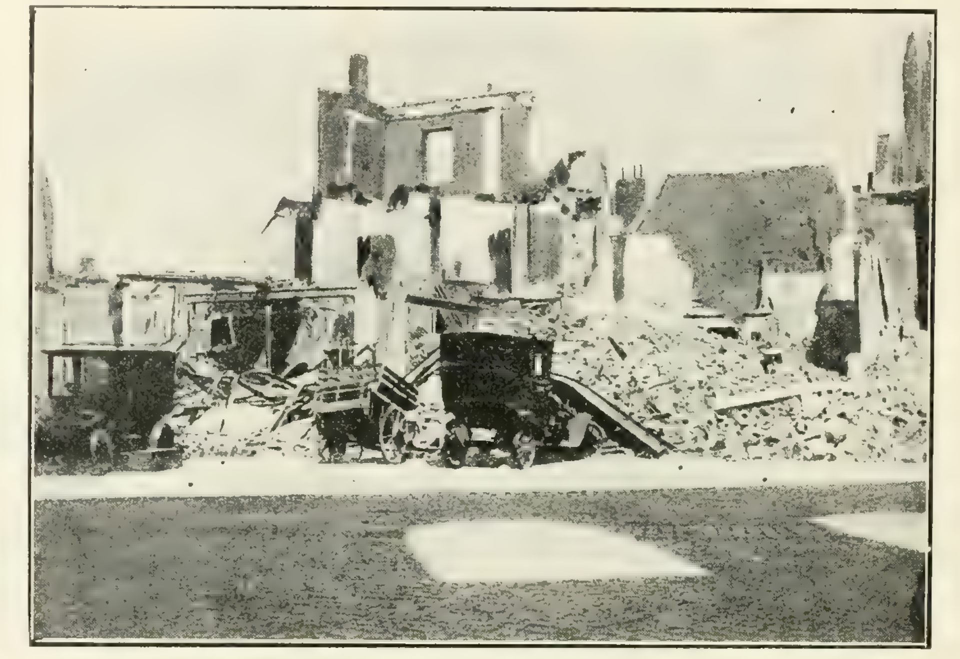
El señor Scharpé volvió á casa bien entrada la noche, y muy fatigado. Su impresión es que los alemanes han conseguido aterrorizar completamente á los vecindarios de los pueblos. Ha hecho el viaje con su amigo en un pequeño carro de lechero. Cuando en las travesías encontraban grupos de fugitivos, hombres, mujeres ó muchachos, todos levantaban los brazos con terror, en señal de sumisión. Los infelices no esperaban encontrar amigos, y no podían creer que fuesen ciudadanos belgas estos dos hombres que iban por las carreteras libremente, lo mismo que los funcionarios alemanes. El profesor les gritaba casi llorando: «¡En nombre del cielo, amigos míos! ¡Bajad las manos!» Los niños parecían no entenderle. Miraban á los dos hombres con sus ojos llenos de terror, y continuaban la marcha, siempre con los brazos en alto...

El profesor Scharpé me cuenta que todavía ha encontrado en los pueblos algunos cadáveres de las víctimas del ejército alemán. Los habitantes de las poblaciones donde se han desarrollado estas maldades, huyeron con dirección á Bruselas. Nadie queda en los pueblos para enterrar á los muertos. Creo inútil repetir todos los relatos que he escuchado. Uno, sin embargo, me parece digno de mencionarse. El pueblo de Linden ha sido incendiado porque uno de sus ve-

cinos dió muerte á un soldado alemán. Éste, en compañía de otro soldado, violó á una muchacha después de haber atado á sus padres á unos muebles. El padre, obligado á presenciar el atropello, pudo librarse de sus ataduras con un esfuerzo supremo, y apoderándose de uno de los fusiles de los violadores, disparó, matando al que tenía más próximo. Los oficiales alemanes ordenaron que fuesen incendiadas todas las casas del pueblo, y los padres de la muchacha, atados otra vez á sus muebles, perecieron en las llamas...

Entre otros cadáveres vistos por el señor Scharpé, se encontraban el de un niño de 2 años, muerto á bayonetazos, y el de un hombre de 70. Éste conservaba aún una muleta en su mano yerta. Tenía en el pecho numerosos bayonetazos, y sus piernas aparecían carbonizadas. El anciano era un peregrino de profesión, que gozaba en la comarca cierta fama de santidad. Había hecho numerosos viajes á Lourdes y Roma, y pasaba su vida en incesantes oraciones.

El señor Scharpé me propone visitar los alrededores con su amigo el director de la lechería. Compro un aparato fotográfico para tomar fotografías, que constituirán útiles testimonios.


LA PLAZA MARGUERITE

Martes 25 de Agosto.—Salimos temprano de casa para conseguir los pasaportes necesarios. Mi amigo me presenta al rector de la Universidad de Lovaina, Monseñor Ladeuze, hombre amable y enérgico. Ha querido permanecer en su puesto en estas circunstancias, que parecen muy críticas para Lovaina y la Universidad. Durante veinticuatro horas estuvo preso como rehén en el Hotel de Ville. Sólo pudo obtener autorización para ir á misa, después que otro profesor de la Universidad se constituyó en prisión para reemplazarle durante su corta ausencia.

Á propósito de misa, debo hacer notar que en Lovaina los sacerdotes pueden cumplir su rito sin escolta de soldados. En los pueblos de los alrededores, los clérigos sólo pueden revestir sus vestimentas sagradas y decir la misa, acompañados de cuatro alemanes con bayoneta calada. En la ambulancia de la Cruz Roja veo á un gran número de ciudadanos belgas, en su mayor parte eclesiásticos, encargados del cuidado de los heridos. Vuelvo á encontrar en este sitio á mis antiguos conocimientos: al profesor de neo-escolástica doctor Nys, al padre Janssens y á uno de mis antiguos compañeros de estudios, el profesor Noyons, que más tarde, durante el saqueo de la desgraciada ciudad, se conducirá de un modo heroico. Las salas de la Cruz Roja están guardadas por soldados alemanes. Veo á un viejo y á un muchacho de 12 años que empiezan á curarse de los balazos que recibieron de los alemanes. El padre Janssens, encargado de una ambulancia, ha sido amenazado frecuentemente por los revólveres de los oficiales.

Estos oficiales alemanes cuentan, á todos los que les quieren escuchar, que los curas, desde el púlpito, excitan á las poblaciones contra ellos. Aseguran que el cardenal Mercier ha dado el ejemplo en sus cartas pastorales. Pero yo he leído estos documentos del noble prelado, y puedo afirmar que son pastorales de un alto carácter y de un tono distinguido, que no tienen el menor vestigio de excitación á la matanza.

Los profesores que acabo de encontrar me citan los nombres de sacerdotes que han sido fusilados porque las tropas alemanas encontraron una ametralladora en el campanario de su iglesia. Los alemanes no han querido admitir jamás explicaciones sobre este punto. Sin embargo, tales explicaciones no pueden ser más fáciles y verosímiles. Es muy posible que las tropas belgas, al retirarse apresuradamente ante un enemigo superior en número, hayan abandonado sus ametralladoras allí donde las habían emplazado. La responsabilidad de esto incumbe á las autoridades militares y no á los curas.

Además, nadie puede fiarse de los relatos hechos por los militares alemanes. En su imaginación febrilmente excitada, cada suceso que ha ocurrido en un pueblo se multiplica, y según sus afirmaciones, se reprodujo en un gran número de pueblos. No se puede hablar con un soldado alemán sin que enumere muchos lugares «donde el cura colocó una ametralladora en el campanario para tirar sobre las tropas alemanas», sin que la ametralladora llegase á tirar nunca.

Al entrar en todo pueblo, el soldado alemán comenzaba por registrar la iglesia y la cueva de la vivienda del cura. Aunque no encontrase nada de sospechoso, creía necesario molestar y aterrar al sacerdote. Un cura de 65 años tuvo que estar durante dos horas poniendo en movimiento una bomba de agua para dar de beber á una compañía entera. El señor Beucker, cura de Schaeffen-lez-Diest, hombre de edad avanzada, fué maltratado por los alemanes. Algunos de éstos levantaron una horca en su jardín, asegurando que iban á colgarle de ella. Otros le agarraron por la nariz y las orejas, haciendo el gesto de cortárselas. Después de haberle martirizado de este modo, lo tuvieron varias horas con la cabeza en alto, obligándole á mirar fijamente al sol. Luego lo metieron en la casa del burgomaestre, que estaba ardiendo, para sacarlo chamuscado. Estos tormentos duraron todo el día. Á las siete de la tarde lo dejaron libre, luego de perseguirle á latigazos. El cura, cubierto de sangre, cayó desmayado. Un oficial le hizo levantarse, ordenándole que se fuese del pueblo. Cuando estaba á unos 200 metros, los soldados hicieron contra él más de cincuenta disparos. El sacerdote no fué alcanzado, pero se echó al suelo, ocultándose detrás de un matorral. Los alemanes, creyendo haberle muerto, no le inquietaron más, y durante la noche pudo llegar á Diest.

La entrada de las tropas alemanas en la ciudad de Lovaina se ha efectuado sin grandes dificultades. El ejército belga la evacuó para que los tesoros artísticos de esta ciudad, antigua y magnífica, no sufriesen daño alguno. Los jefes alemanes pudieron llegar sin obstáculo al Hotel de Ville. Allí encontraron al burgomaestre en su despacho, y le pusieron los revólveres en la frente. Uno de los jefes exigió la entrega inmediata de 30.000 kilos de patatas, otro 32.000 kilos de pan, y un tercero 30.000 kilos de harina. De no satisfacer inmediatamente estas demandas, la ciudad tendría que pagar 200.000 francos por día. La autoridad municipal de Lovaina no ha mostrado ante los conquistadores esa mezcla de complacencia y de altivez de que resulta un ejemplo el burgomaestre de Bruselas.

EL ALTAR MAYOR DE LA CATEDRAL DE LOVAINA

En un Banco de Hasselt los alemanes se apoderaron de dos millones de francos. Queriendo evitar esto, los Bancos de Lovaina pusieron en seguridad, previsoramente, todos sus fondos, y los alemanes no encontraron casi nada. Para vengarse, comenzaron por exigir á la caja municipal la entrega de 100.000 francos en metálico. Como no era posible reunir dicha suma, los jefes alemanes fueron rebajando consecutivamente sus exigencias á 80.000 francos, 50.000 francos, 20.000 francos, 10.000 francos, y finalmente 3.000 francos. El echevin (concejal) encargado de la Hacienda, tuvo que añadir personalmente la suma de 80 francos, y el comandante alemán firmó un recibo por 3.000 francos. El burgomaestre de Lovaina, después de este primer día de tormento, bajo la amenaza continua de ser fusilado si no satisfacía las exigencias más insignificantes de los conquistadores, y aterrado por el espectáculo de tanto revólver apuntando á su cabeza, no pudo resistir más y se metió en la cama.

Algunos oficiales hicieron subir en su automóvil al echevin encargado de las obras públicas, y lo llevaron á examinar un puente que estaba en estado normal. Los oficiales anunciaron al desgraciado funcionario que iban á fusilarle si no juraba en el acto que todos los puentes de Lovaina estaban en el mismo estado. El echevin protestó, diciendo que hacía algunos meses que no había inspeccionado los puentes, y por esto le era imposible prestar el juramento que le exigían. Después del consabido juego de revólveres, el funcionario fué empujado y aprisionado como rehén, declarándolo responsable con su vida de lo que pudiese ocurrir en los puentes de la ciudad.

Tengo la impresión de que los alemanes, que no carecen de valor en los combates, sufren un miedo atroz de verse expuestos á ocultos peligros en estas ciudades, donde desean vivir con seguridad. Á cada momento los oficiales entran en el Hotel de Ville, donde están los rehenes, para pedirles provisiones y dinero. Pero al mismo tiempo no quieren dejarles en libertad provisional y que se pongan en situación oportuna para obtener del vecindario lo que ellos exigen.

Los rehenes, entre los cuales se encuentra Monseñor Ladeuze, deben preocuparse desde el encierro de su propia manutención. Un muchacho les lleva diariamente la comida. Los oficiales de la *Kommandantur* quisieron visitar al echevin Schmitz, que remplaza al burgomaestre enfermo. Al ver al muchacho, que acababa de dejar en el Hotel de Ville las provisiones para los rehenes, le ordenaron que los condujera á la casa del señor Schmitz. Los oficiales, con la escolta de un pelotón de soldados, siguieron al guía. Al llegar á la casa de Schmitz, llamaron, y como tardasen en contestar de adentro, preguntaron al muchacho si era realmente allí donde vivía el burgomaestre. «No—respondió—; el burgomaestre no vive aquí.»

Esto fué suficiente para que los oficiales gritasen con alarma á sus soldados: «¡Fusiladlo! ¡fusiladlo!» Los soldados le apuntaban ya con sus fusiles, cuando el muchacho, que no comprendía bien la razón de esta alarma, tuvo serenidad para añadir: «El que habita aquí es el señor Schmitz, que reemplaza al burgomaestre.» Esto le salvó la vida. El miedo debe haber sido enorme en estos oficiales para impulsarles á ordenar este absurdo macabro. Los alemanes ven emboscadas en todas partes. En cada puente que pasan sospechan la existencia de una cantidad de dinamita oculta; cada vivienda particular creen que puede ser una fortaleza.



LA PLAZA DE LA CATEDRAL

La población de Lovaina está indignada de la inconsciencia y la imprevisión con que los alemanes derrochan los víveres, reunidos á costa de enormes esfuerzos. El primer día requisaron y obtuvieron 30.000 kilos de carne; dos días después devolvieron á los carniceros 10.000 kilos enteramente podridos, exigiendo inmediatamente otro tanto de carne fresca, pero sin pagar nada. Pocos días después de la ocupación, ningún ciudadano podía encontrar carne, y las gentes más acomodadas debían alimentarse de conservas. Un vecino del señor Scharpé, que en tiempo ordinario vive con cierta holgura, muestra su contento porque él y su familia pueden alimentarse con galletas que antes se destinaban á los perros.

Aunque ningún motivo grave de discordia se produjo en los primeros momentos entre la población y los alemanes, éstos se dedicaron á robar todas las casas cuyos habitantes habían huído al acercarse ellos. He visitado algunas de estas casas. Las puertas han sido derribadas, y entre los muebles rotos se ven sábanas y objetos de cocina. Todo lo de algún valor ha desaparecido. Siguiendo su costumbre, antes de irse los saqueadores han hecho sus necesidades sobre las camas. Algunos alemanes entraron á robar igualmente en casas habitadas. Antes de proceder al pillaje de la casa de un profesor de la Universidad, encerraron á éste y á su mujer, que son ancianos, en una pieza apartada.

No queriendo seguir la conducta de otras notabilidades, el profesor Scharpé y su esposa se han quedado en Lovaina para reconfortar á sus conciudadanos con sus buenas palabras y su ejemplo. Enviaron á Gante á seis de sus diez hijos, y los dos mayores, así como los dos pequeños, han quedado en la casa, dando con su presencia á la valerosa señora la energía necesaria para resistir las terribles incertidumbres del momento. Sin embargo, la madre sufre cruelmente por la ausencia de sus seis hijos, y sobre todo por la imposibilidad de enviarles noticias. Malinas está aún en poder de los belgas. Á mediodía, un estudiante de la Universidad ofrece á la señora Scharpé hacer un viaje en bicicleta para llevar sus cartas. De Malinas á los territorios de Flandes el servicio postal funciona todavía. La señora acepta la proposición con agradecimiento.

Después del almuerzo, la calle des Moutons es invadida de repente. Una compañía entera de soldados fatigados y polvorientos la ocupa. Todos ellos tienen sus fusiles prontos para tirar; los sub-oficiales llevan el revólver en la mano. Un cabo designa la casa del señor Scharpé como alojamiento de 26 hombres y un capitán. Los soldados quieren entrar inmediatamente en la casa. Piden de comer y un sitio para dormir. Miran con inquietud á las ventanas, y se adivina su temor á que tiren sobre ellos. Les hacemos entrar por una puerta trasera en un patio abierto, separado de la casa por una vidriera.

En el domicilio del vecino que no tiene más que galletas de perro para vivir, son alojados siete hombres. Tal alojamiento resulta insensato, pero nuestra



EL RÉGIMEN DEL TERROR

Los alemanes, pretextando que se les quiso atacar, disparan contra el vecindario indefenso de un pueblo belga

(Dibujo de Federico Haenen, de «The Illustrated London News»)

calle es la primera por la que estos soldados han entrado en la ciudad y no quieren seguir adelante. Prefieren permanecer juntos en un reducido número de casas, para no verse aislados en caso de un ataque. El vecino de las galletas de perro viene á quejarse á nosotros. Para librarle de sus alojados, nos dirigimos en busca del capitán, porque nunca da resultado parlamentar con los inferiores. La señora Scharpé me llama con inquietud. Los 26 soldados se consideran en peligro en el patio y el jardín, y acaban de abrir la puerta vidriera para penetrar en la casa. La señora vuelve á cerrar la puerta para que no entren los soldados, y éstos empiezan á proferir amenazas. Yo les dirijo la palabra:

—Señores, tened la bondad de callaros y de esperar, que todo se arreglará convenientemente. Comprended que en una casa como esta no pueden encontrarse 26 colchones.

—No necesitamos tantos—responden ellos—, siempre que podamos dormir todos juntos.

—Bien—digo yo—, pero hay que portarse de un modo conveniente. Voy á hablar con el capitán.

Entonces el cabo da una orden:

—Descanso; las mochilas en tierra, pero el fusil en las manos.



PATRULLA DE DRAGONES ALEMANES EN DESCUBIERTA

Después de una discusión, el capitán decide que sólo él y su ordenanza se instalarán en la casa de Scharpé. El pobre vecino queda libre de sus huéspedes.

El capitán, como muchos oficiales con los que yo he hablado, es un hombre correcto, de maneras corteses. Á pesar de que ha hecho una marcha fatigante, parece en buen estado, lo mismo que sus soldados. Sentado á la mesa con nosotros, nos cuenta las últimas noticias de la guerra que ignorábamos todavía: la toma de los fuertes de Lieja y de Namur y el combate de Wörth. También nos da los primeros detalles sobre los nuevos morteros de sitio austriacos, de 420. Duda y no se atreve á formular una opinión acerca de las devastaciones de que han sido objeto los pueblos. Se limita ha hacer pesar la responsabilidad de tales hechos sobre los superiores que dieron las órdenes.

Nuestra conversación es interrumpida por la llegada de dos vecinos de la calle, que vienen á quejarse de la conducta de los soldados alojados en sus casas. Les han dado huevos para el almuerzo y tres vasos de cerveza por individuo. No contentos con esto, les han reclamado, revólver en mano, que les diesen carne inmediatamente, así como en la comida de la noche.

—¿Dónde podremos nosotros encontrar esa carne? —preguntan los pobres vecinos—. Hace más de una semana que nosotros no la comemos.

Interrogamos al capitán con la mirada, y éste contesta á los reclamantes que pasará luego por sus casas.

Después de nuestra comida, que se compone de simples conservas, el capitán nos propone á Scharpé y á mí que lo acompañemos á través de la ciudad.

Se pasea lentamente por la calle, y llama á todos los soldados, uno por uno, con voz autoritaria. Les pregunta altivamente, sin mirarles siquiera, si la comida del alojamiento les satisface. El tono con que formula esta pregunta hace comprender á los soldados lo que deben contestar. Todos, sin excepción, responden afirmativamente. Á los vecinos que reclamaron poco antes, les dice que no den á los soldados más que los alimentos de que puedan disponer, y dos vasos de cerveza por comida. Todo lo demás que tomen deberán pagarlo. Los soldados saludan.

Por la tarde voy al monasterio de los Premontenses del Parque, situado á media hora de Lovaina, para hablar con el abad Dom Nols, que puede darme detalles interesantes. El edificio constituye un tipo perfecto de los antiguos monasterios de gran riqueza, semejantes á castillos, con su doble recinto de altos muros. Cuando llego al monasterio son las seis de la tarde. El abad está en el refectorio y me envía á decir que vuelva mañana. Lentamente regreso á la ciudad. Oigo cañonazos al Noroeste de Lovaina.

El profesor Scharpé, apenas llego á su casa, me cuenta que han ocurrido graves acontecimientos. El estudiante que salió en bicicleta para Malinas ha regresado. Á mitad de camino entre Lovaina y Mali-

nas, encontró tropas belgas é inglesas (1) que le recibieron á punta de bayoneta, y luego de interrogarle le ordenaron que desandase su camino.

Solicito hablar con el capitán; pero éste, que parecía muy entusiasmado por un baño que le había prometido el señor Scharpé, recibió á las cinco de la tarde una orden, y salió con su compañía hacia Malinas, al encuentro de sus enemigos.

Poco á poco la ciudad se va enterando de que están próximas las tropas belgas é inglesas, cuyo socorro espera desde el principio de las hostilidades. Tal vez el vecindario demuestra cierta alegría que descontenta á los soldados alemanes.

Se oyen á lo lejos los cañonazos y las descargas de fusilería. Á las ocho de la noche, mientras estamos cenando, los tiros de fusil suenan cada vez más proximos, secos y breves. Seguimos creyendo que proceden de los combates entre los alemanes y las tropas belgas. Sin embargo, estos tiros que parecen provenir de tiradores que han escogido calmosamente su punto de mira, me parecen muy extraños. Voy á salir de la casa para ver mejor, cuando de repente los soldados alemanes invaden la calle y empiezan á vociferar, ordenando á los vecinos que están en las ventanas que se retiren al interior de las casas y con ningún pretexto salgan á la calle, bajo pena de prisión ó de muerte. La autoridad militar ha proclamado hace una semana que desde las nueve de la noche al amanecer ningún paisano debe ser encontrado en la calle. No vemos en esta advertencia ningún motivo de inquietud, pues solamente avanza la prohibición de una hora.



UN SOLDADO ALEMÁN HACIENDO FUEGO DESDE UNA CASA

Subimos al granero, y nos asomamos á un tragaluz. Á lo lejos un resplandor rojo. ¿Proviene de un incendio, ó es el reflejo de las luces de la ciudad en la bruma? Estamos convencidos de las intenciones pacíficas del vecindario y no podemos imaginar, ni remotamente, la posibilidad de un desastre como el que va á caer de un momento á otro sobre la desgraciada Lovaina. Todos nos sentimos tranquilos y hasta cruzamos apuestas. ¿Hablaremos mañana á los soldados de la guarnición en alemán ó en inglés? Me acuesto y ruego á los dueños de la casa que no me despierten durante la noche, ocurra lo que ocurra. Así la sorpresa será mañana más grande.

Miércoles 26 de Agosto.—Á las cuatro de la madrugada el señor Scharpé aparece junto á mi cama. Me dice que indudablemente la mitad de Lovaina está ardiendo. Durante la noche han sonado disparos continuamente. Muchos fugitivos, que han pasado huyendo por la calle des Moutons, contaron que había numerosos cadáveres en las otras calles. Toda la familia ha pasado la noche en la obscuridad, junto á las ventanas. Yo no he oído nada.

El profesor Scharpé me ruega que vaya al interior de la ciudad, pues él debe permanecer al lado de su familia, que sufre las más vivas inquietudes. Me encarga que ofrezca á los amigos que habitan en el centro de Lovaina la hospitalidad de su casa, que adquiera algunas provisiones, y que me entere de los daños causados por el incendio. Me visto rápidamente, y emprendo mi excursión. Todo nuestro barrio, alrededor de la calle des Moutons, ha sido respetado. En esta calle distingo, agrupados tras los vidrios de las ventanas, los rostros ansiosos de los vecinos, que han estado en vela toda la noche para poder huir tan pronto como viesen amenazadas sus personas y sus propiedades.

En voz baja me piden noticias y me comunican las más terribles suposiciones. Yo sólo contesto con gestos evasivos, y sigo adelante.

Los alrededores del Hotel de Ville están en pleno incendio, coronados de llamas, así como la Krakenstraat, la Drie-Engelenbuurt y el Mercado de las Legumbres. Voy en busca de los amigos del profesor Scharpé. Cinco soldados alemanes me detienen. Todos ellos tienen otra cara que en los días precedentes. Sus ojos relucen con una mirada inquieta y hostil. Marchan como si estuviesen borrachos. Me amenazan, ordenándome que no permanezca en la calle. Les contesto manifestando mi deseo de ser conducido ante el oficial de guardia. Á éste le pregunto si existe alguna orden del comandante militar que obligue á los ciudadanos á permanecer en sus casas después que empieza el día. Me contesta negativamente. El oficial examina mi pasaporte, y sonriendo me devuel-

(1) Los habitantes de Bélgica, con la tendencia que sienten las muchedumbres á confiar en los prodigios, creyeron que los ingleses iban á llegar instantáneamente en su auxilio, y se imaginaron verlos en todas partes.

ve la libertad. Los soldados que me habían detenido son duramente amonestados. Para no ser detenido y conducido al puesto de guardia cada cinco minutos, pido al teniente un salvo-conducto, pero me contesta que para obtenerlo debo dirigirme personalmente á Von Manteuffel, comandante de la guarnición.

Entro en la casa de la familia Persoons para proponerle la hospitalidad que les ofrece el profesor Scharpé. La familia contesta con una negativa, pues está ocupada activamente en poner á salvo sus muebles. La manga de una bomba contra incendios atraviesa toda la casa, derramando sobre la techumbre un chorro de agua, que desciende después por todos lados, como lluvia finísima, para proteger el edificio. La bomba está manejada por soldados alemanes. En el primer momento encuentro extraordinario que los alemanes trabajen para impedir los progresos de un incendio que ellos mismos han producido. Pero luego, al recorrer el Mercado de las Legumbres, me doy cuenta de que las bombas han sido colocadas de tal modo, que impiden que el fuego se propague en dirección al Hotel de Ville. El incendio, detenido únicamente por este lado, continúa apoderándose de las casas del barrio en las otras direcciones. Las Halles de la Universidad y la antigua biblioteca están completamente destruídas. Indudablemente el incendio empezó á media noche. Una de las dos casas vecinas á la Universidad está intacta todavía. Si no me engaño, es la casa de los estudiantes españoles de la Universidad de Lovaina, que está bajo la dirección del padre Catalá.

En muchas casas los muros se mantienen todavía, pero á través de la techumbre que el incendio empieza á perforar, se elevan las llamas, lanzando mugidos. Otras casas crujen y se derrumban con el estrépito de un trueno. No hay ningún paisano en las calles. Sólo se ven algunos soldados encargados de protejer el Hotel de Ville contra el incendio (1) y otros que circulan sin una dirección determinada, con los ojos azorados.

En semejantes momentos, cuando lo arbitrario parece reinar sin límites y se ven las cosas más preciosas y raras, herencia de tantos siglos, destrozadas y destruídas, la vida pierde todo su valor. Ahora comprendo fácilmente cómo los que se ven colocados junto á un muro, para morir en injusto fusilamiento, pueden permanecer silenciosos, con una actitud de profundo



RUINAS DE LA CALLE DE BRUSELAS, EN LOVAINA, DESPUÉS DEL BOMBARDEO

(1) Los periódicos y revistas alemanas han entonado un himno ensalzando los méritos del comandante militar de Lovaina que, según ellos, *salvó* el Hotel de Ville de la destrucción, limitando los incendios en torno del edificio por medio de explosiones de dinamita, que derribaron las casas cercanas. El mérito del comandante sería más digno de tales elogios si hubiese evitado el incendio de la biblioteca de la Universidad, que es de donde se propagó el fuego con dirección al Hotel de Ville.

En realidad, este acto *magnánimo* del comandante alemán obedeció á miras menos desinteresadas y artísticas. En la proximidad del magnífico Hotel de Ville estaban instaladas las oficinas de la *Kommandantur* y una gran parte de la guarnición tenía sus alojamientos. Esto explica plenamente, por qué los alemanes cortaron el incendio en esta parte de Lovaina. —*(Nota de Grondiis.)*

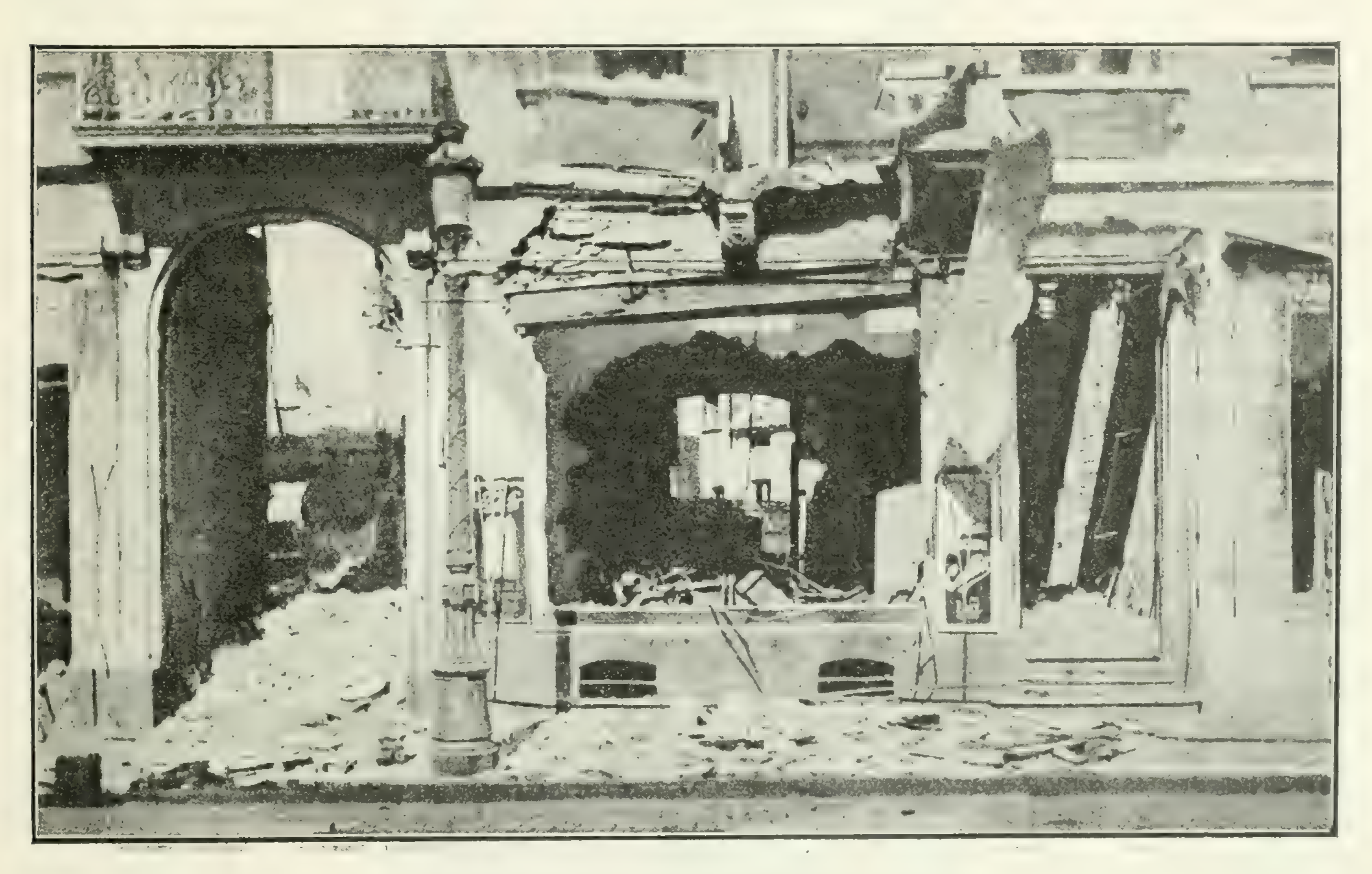
desprecio, ó lanzar altivas palabras. Algunos soldados quieren detenerme otra vez, pero yo, con una cólera instintiva, arrojo mi pasaporte á uno de ellos. «Tú no puedes leer eso, imbécil—le digo—, pues el pasaporte está redactado en francés.» El grupo me amenaza con sus fusiles, y yo contesto altivamente: «Conducidme ante el oficial de guardia. Yo no puedo discutir con vosotros.» Los miro fijamente en los ojos, y después de algunas amenazas me dejan continuar mi camino.

En una calle, cerca del Mercado de las Legumbres, veo á unos soldados que tiran contra una casa que de la noche largas rebuscas para averiguar quién ha tirado?

En esta corta réplica está comprendida toda la lógica de las represalias de los militares contra los civiles.

Me dispongo á volver á casa de Scharpé para comunicarle la negativa de sus amigos, cuando veo elevarse una llama de la torre de la Colegiata de San Pedro. Todas las casas que rodean este monumento están aún intactas. Esto demuestra que la iglesia ha sido incendiada intencionadamente (1).

Algunos vecinos asustados me invitan á entrar en



UNA CASA DE LA CALLE DE BRUSELAS EN LOVAINA

arde. ¿Quieren impedir que alguien salga de este brasero?...

Paso ante una tienda, cuya puerta ha sido derribada. Un soldado, que está inmóvil ante la casa, me tira de un brazo para enseñarme algo en el fondo de la tienda. Es el cadáver del dueño, en camisa de noche, y con un pequeño agujero negro en la frente.

—¿Sois vos quien ha matado á este hombre?—pregunto al soldado.

—No—contesta—; pero yo estaba con los que le mataron. Así aprenderán estos *cochinos perros* á no tirar contra los soldados alemanes.

—¿Y cómo sabéis que fué él quien tiró contra vosotros?

El hombre me contesta con otra pregunta.

—¿Y como queréis que hagamos en la obscuridad

sus casas, y me cuentan en voz baja que á las dos de la mañana un gran número de mujeres han sido conducidas por los soldados con dirección á la puerta de Bruselas. Me citan, entre otras, á la hija de la viuda Ackermans, que vive en una casita cerca de la Krakenstraat. Voy á visitar á la viuda, y la pobre vieja

(1) En el relato oficial publicado por una comisión averiguadora alemana, figura la aserción de que el fuego ganó, por una simple casualidad, la Colegiata de San Pedro. Según dicho relato, los vecinos de las casas cercanas tiraron contra los soldados, y éstos incendiaron los edificios para castigar á los habitantes. De estas casas quemadas se propagó el fuego á la iglesia. Resulta algo difícil hacer ver cómo un fuego propagado tan rápidamente, pudo atravesar los gruesos muros de la iglesia. Además, en el momento que las llamas comenzaron á surgir de la pequeña torre que se alzaba *en medio de la techumbre* de la iglesia, todas las casas de las que habla el relato oficial estaban todavía intactas.

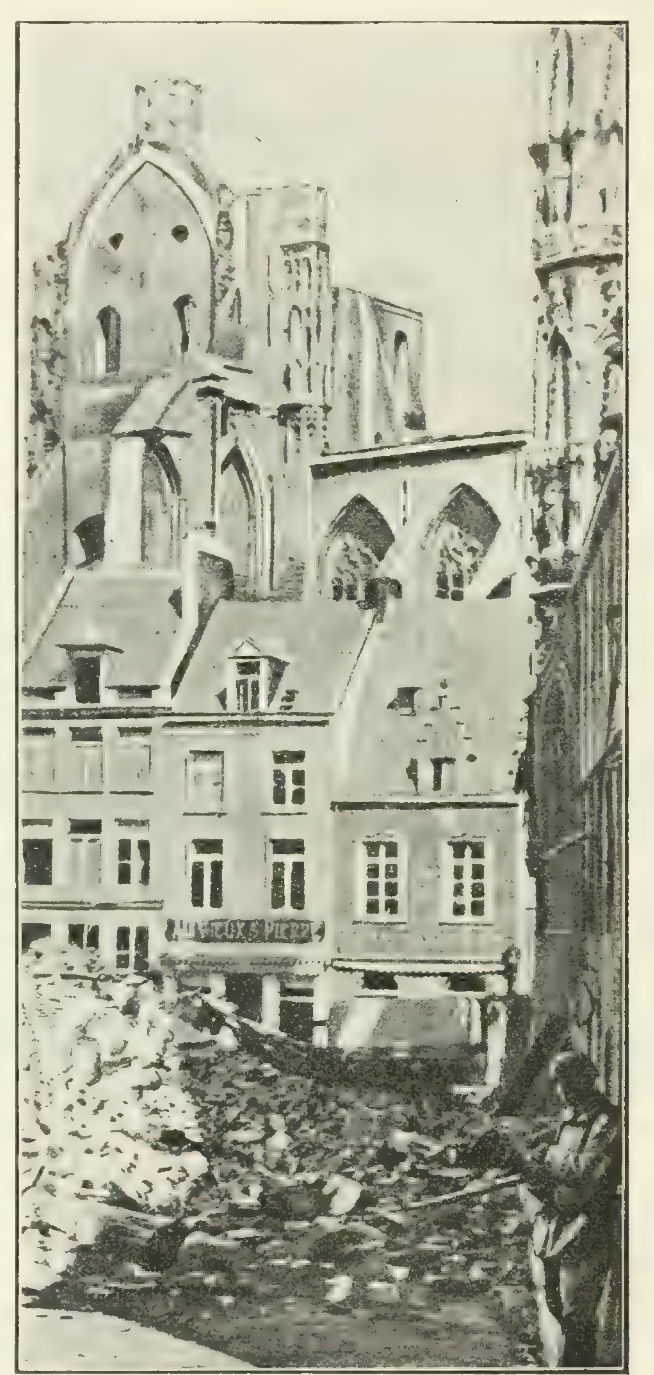
Se ha pretendido que los cuadros de valor que se encontraban en la iglesia fueron *salvados* por los oficiales alemanes. Esto de *salvados* me parece un eufemismo.—(*Nota de Grondi's.*)

me cuenta, temblando, que ella y su hija fueron conducidas hacia la puerta de Bruselas por los mismos soldados que estaban alojados en su casa. Tuvieron que marchar entre fusiles, con los brazos siempre en alto. En el camino encontraron á otras mujeres, escoltadas también por alemanes. Luego los soldados ordenaron á la viuda que se marchase porque era demasiado vieja, y guardaron con ellos á la hija. Igualmente se llevaron á otras mujeres casadas y muchachas de las calles vecinas. Inútil es decir con qué fin realizaron los alemanes estas prisiones de mujeres. No podían alegar ninguna medida de represalia, pues en esta calle y en las inmediatas no ocurrió ningún desorden.

Me dirijo á la puerta de Bruselas para averiguar la suerte de estas infelices mujeres. En la calle de Bruselas tropiezo continuamente con cadáveres; aquí tres, más allá uno, después dos, después tres, etc. Mientras yo me paseo por esta calle, siempre solo, miro detrás de mí. La torre entera de la Colegiata de San Pedro está ardiendo. El fuego es activado por la formidable corriente de aire que pasa á través de las aberturas del carrillón. Muy pronto la torre se derrumba y pequeñas llamas empiezan á surgir de la techumbre de la iglesia.

Encuentro en la calle soldados que me miran sin hablarme. Los vecinos, que asoman temerosos á las puertas, me dicen que, efectivamente, algunos grupos de mujeres, escoltados por alemanes, han pasado durante la noche por este sitio y no han vuelto. Yo me decido á formular una queja ante las autoridades militares. Al volver sobre mis pasos, encuentro á una columna alemana, y abordo á los oficiales para comunicarles lo que sé acerca de las mujeres. Los oficiales me contestan que vienen de Aerschot y que los pretendidos malhechores no pueden pertenecer á su compañía. Los soldados se enfurecen á la vista de los cadáveres de los belgas, y les gritan: «*¡Schweinehunde, schweinehunde!*» (¡Perros cochinos!) Todos ellos me miran con ojos amenazantes. Yo continúo mi camino.

Ante el Hotel de Ville veo á las tropas formadas. El comandante de la plaza, rodeado de sus oficiales, pasa revista á la guarnición. Detrás de las tropas suena el mugido de las llamas y el crujir de las vigas que se rompen y caen. Los hombres, formados, siguen con los ojos el incendio que destruye la célebre iglesia de San Pedro. El admirable Hotel de Ville está intacto.



LA IGLESIA DE SAN PEDRO

Me acerco al comandante y le pregunto si me permite dirigirle unas palabras.

—Sí.

Los oficiales se retiran algunos pasos.

—¿Estáis enterado, comandante, de que esta noche un gran número de mujeres han sido conducidas por los soldados fuera de la ciudad?

—No.

—¿Creéis que esté de acuerdo con el honor de vuestro ejército que infelices mujeres sin defensa sufran este tratamiento?

El comandante me contesta elevando la voz:

—¿Y creéis vos que está de acuerdo con el honor del jeército belga que los civiles tiren desde sus casas contra nuestros soldados?

No veo por ninguna parte la lógica de esta contestación.

—Comandante—replico—, como súbdito de un Estado neutral, yo no puedo contestar á esa pregunta. Me limito únicamente á poner en vuestro conocimiento lo ocurrido á esas mujeres, para que procedáis en consecuencia.

—¿Queréis decir que esas mujeres han sido violadas?

—Yo no puedo decir eso. Me limito á afirmar lo que sé, y es que los soldados se las han llevado.

—Si queréis presentar una queja, dirigíos al cuerpo de guardia.

El cuerpo de guardia está compuesto de un sargento y unos cuantos soldados.

—Yo no deseo formular ninguna denuncia, mi co-

mandante. Sólo quiero advertir un hecho, y estoy convencido de que me dirijo á la autoridad competente.

—No tengo tiempo para ocuparme de eso, pero—elevando la voz—os agradezco vuestra comunicación.

Nos hacemos los dos un gran saludo. La entrevista ha terminado.

Al volver hacia la casa de Scharpé, veo que en la calle de la Estación muchas casas acaban de ser incendiadas. En el Mercado de las Legumbres columbro, detrás de una puerta entreabierta, á una vieja que habla en el centro de un grupo de mujeres asustadas. La vieja me hace signos para que me acerque, y me pregunta si quiero atravesar el mercado para recoger las provisiones que se encuentran en su tiendecita. Yo le doy el brazo á la vieja, y nos encaminamos lentamente hacia su casa, en una actitud galante, á través de los soldados. Durante la marcha, se agacha para recoger varios objetos. Me acuerdo del encargo que me dió Scharpé, y propongo á la vieja que me venda huevos para la familia. La vieja me contesta: «Los huevos me cuestan á 12 céntimos. Pues bien; os los daré á 14.» Así lo hizo, y yo reí mucho del espíritu comercial que demostraba en tales momentos, pues temblaba lo mismo que una hoja. También celebré su extremada bondad, pues tengo la certeza de que en toda su vida no se contentó nunca con tan pequeña ganancia...



FACHADA DE LA BIBLIOTECA

En la larga calle des Moutons no se ve á nadie, pero de todas las ventanas surgen cabezas pidiéndome noticias. Los vecinos afluyen á la casa de Scharpé para solicitar consejos. El profesor Scharpé quiere ir al Hotel de Ville para hablar al comandante sobre las medidas oportunas para obtener la seguridad de toda su calle. Desea ofrecerse como rehén para responder de la conducta de sus vecinos, Si lo retienen prisionero yo me encargaré de contener y aconsejar al vecindario, que sufre crisis de terror.

Scharpé se va, y yo tomo medidas para que en la calle des Moutons continúen el orden y la calma. La larga ausencia del profesor Scharpé empieza á alarmar á su esposa, y voy á buscarle en la *Kommandantur*. Los soldados de la guardia me reconocen, pues me han visto hablar con el comandante frente á las tropas formadas, y me permiten que espere la salida de Scharpé. Permanezco entre los soldados, derecho sobre uno de los peldaños de la amplia escalera de piedra que conduce á la gran puerta de entrada. Los soldados y yo no cruzamos la menor palabra.

Estos hombres de la guardia, una treintena cuando menos, están sentados en los escalones ó derechos abajo, con la espalda apoyada en el muro. En lo alto de la escalinata, un teniente, grande y elegante, sentado en una silla, habla con sus soldados. El tema de la conversación versa sobre los accidentes de la última semana. Contestando á una pregunta de uno de sus hombres, el oficial dice con voz clara:

—Hasta ahora sólo hemos quemado pueblos. Por ejemplo, Tongres. Todo él ha sido arrasado, y con razón. Pero en adelante vamos ha hacer lo mismo con las ciudades. Lovaina será la primera que destruiremos.

Me llaman la atención estas palabras, pero permanezco inmóvil, como si no las entendiese.

Después de un cuarto de hora de espera, insisto para que me reciba el comandante. En el corredor que conduce á su despacho encuentro á mi amigo. Los dos podemos llegar al fin hasta el comandante, y le contamos las medidas adoptadas en nuestro barrio para mantener el orden. El comandante Von Manteuffel, que es un hombre de 50 años, da orden para que redacten un pasaporte que me permitirá circular libremente por la región sometida á su mando. Mientras terminan este pasaporte nos habla cortésmente, y repite con frecuencia: «¿Por qué han tirado contra nosotros? He aquí el resultado. Mirad:



LA CARICATURA Y LA GUERRA

ALEMANIA CONTRA EL MUNDO

(The Graphic, de Londres

la catedral ha sido quemada.» Nos abstenemos de responder. El comandante nos promete no enviar patrullas á nuestro barrio, si le garantizamos que las medidas adoptadas por nosotros se mantendrán siempre.

El profesor Scharpé sale del despacho antes que yo. Á los pocos segundos vuelve á entrar, dando signos de una cólera nerviosa. Al salir se ha encontrado con un teniente que le obstruía el paso, y le tocó suavemente en un brazo para rogarle que le deja se seguir adelante. El oficial, al sentirse tocado, le repelió vivamente, insultando á Scharpé, y diciendo entre otras amenidades, «que el comandante era demasiado bueno para nosotros dos». El comandante Von Manteuffel sale con mi amigo para darle una satisfacción, luego de decirle que le resulta difícil «la protección contra los jóvenes oficiales». Tengo la certeza de que estos oficiales se alegran mucho más que el comandante de las desgracias que aflijen á la ciudad.



EL HEROÍSMO DEL PEQUEÑO

(The People, de Londres)

Á hora muy avanzada de la mañana me he dirigido al convento de los Premontenses del Parque para hacer mi anunciada visita al abad. Había caminado unos cien metros por la avenida del monasterio, cuando un pequeño ruido á mis espaldas me hizo volver la cabeza instintivamente. Detrás de mí un soldado alemán me apuntaba con su fusil, é iba á hacer fuego. Me apresuro á levantar los brazos. El soldado se acerca, y me registra mirando hasta el interior de mi sombrero. Asegura que me hubiese matado al encontrarme la menor arma. Dice que gritó detrás de mí, pero á causa del viento no pude oirle.

El monasterio del Parque está lleno de refugiados. Los Premontenses me dicen que durante la noche han contemplado el incendio desde sus celdas. Á las dos de la mañana han visto una recrudescencia de resplandores. Brillantes chispas, semejantes á las pavesas ardientes del papel, volteaban en la inmensa columna de fuego. La biblioteca de la Universidad empezaba á arder. Los famosos incunables, los preciosísimos libros de horas iluminados, los impagables manuscritos de los primeros siglos de la Edad Media, eran consumidos por el fuego. El convento se enteró antes que la ciudad de que la incomparable biblioteca, gloria y orgullo de numerosas generaciones, se había perdido para siempre (1).

(1) Muchos periódicos han emitido una hipótesis, según la cual, los alemanes quisieron simplemente robar la biblioteca. La suposición me parece infundada. Esta biblioteca ardió de la 1 á las 2 de la mañana. ¿Cómo la guarnición en desorden y temiendo un ataque de los belgas iba



—HA SIDO BÉLGICA LA QUE NOS HA ATACADO

(Le Cri de Paris)

Empiezo mi entrevista con el abad Nols, pero éste sólo me conoce por una carta de presentación. Después del terrible desastre, al cual ha asistido de lejos, muestra cierta desconfianza, y la base de cordialidad sobre la que debe reposar una conversación como la que yo deseo, está completamente minada. Me despido muy pronto del abad, sonriendo y manifestando mi deseo de encontrarle otra vez en tiempos más felices que puedan justificar una confianza más grande.

Á la una de la tarde, la autoridad militar, con grandes redobles de tambor, pregona en las calles una proclama que puede resumirse así:

«Todas las armas deben ser entregadas inmediatamente en el Hotel de Ville. Si durante las pesquisas que la autoridad efectuará hoy mismo se encuentra una sola arma en una casa, toda la calle será castigada con las más severas medidas. Todas las puertas deben quedar abiertas durante el día y durante la noche. Del mismo modo las ventanas quedarán abiertas toda la noche. Todas las habitaciones del piso bajo deben estar iluminadas, para que las patrullas puedan á cada instante examinar el interior de la casa. Los guardias cívicos, desarmados en Lovaina como en la mayor parte de las ciudades de Bélgica, deberán presentarse á las dos de la tarde en el Hotel de Ville, en traje de paisano.»

Á la hora citada se presentaron los guardias cívicos en el edificio municipal y les pasaron lista, gracias á los documentos encontrados en las oficinas. Horas después, al anochecer, la autoridad militar hizo reunir á todos los hombres jóvenes de Lovaina, aunque no perteneciesen al ejército ni á la policía. Un joven, casado recientemente, que vive cerca de nosotros, viene á contarnos llorando que ha recibido la orden de presentarse en el Hotel de Ville. Al día siguiente por la mañana estos guardias cívicos y estos ciudadanos jóvenes son conducidos á la estación y expedidos á Alemania como prisioneros de guerra, lo que resulta contrario al derecho internacional.

Scharpé y yo visitamos todas las casas de nuestro barrio, para preguntar á los habitantes si han comprendido bien las órdenes de la autoridad. Muchos ciudadanos están ausentes. ¡Con qué ligereza los alemanes comunican proclamas tan graves á una población que las más de las



EL INTRÉPIDO MANNEKEN DE BRUSELAS

—¡Miserable, estás mojando mi pólvora seca!

(Le Rire, de París)

á poder desbalijar en cuatro horas una biblioteca de más de 300.000 volúmenes? Todo el que tenga una idea de lo que representaba una biblioteca como la de Lovaina, comprenderá mis dudas.—*(Nota de Grondijs.)*



EL NUEVO PAVIMENTO DE LA CIVILIZACIÓN ALEMANA

(Numero, de Turín)



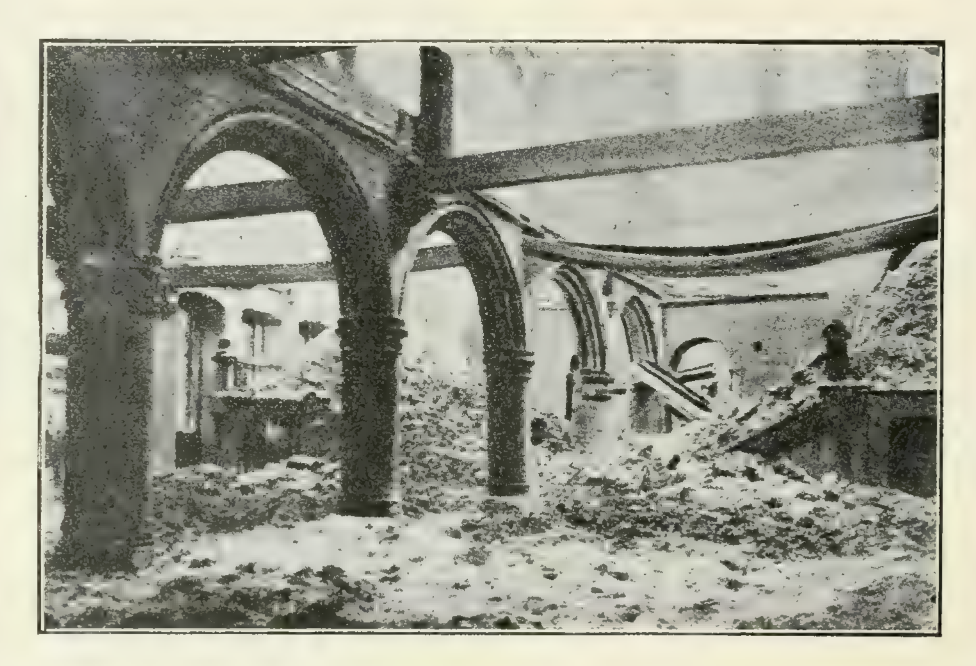
LOVAINA, REIMS, Y LUEGO...

(Secolo, de Milán)

veces no llega á comprenderlas! La inconsciencia de muchos de estos habitantes resulta extremada. En casa de la viuda de un oficial francés encuentro el revólver de su marido, que está á la vista. Me apresuro á enterrarlo en el jardín. La atmósfera moral de la calle resulta insoportable. De todas partes acuden las mujeres llorosas, y rodean á la señora Scharpé, que les prodiga consuelos y consejos.

Á la caída de la tarde veo desde una ventana á dos jinetes de la caballería belga venir á todo galope hacia la ciudad, y volverse inmediatamente del lado de Malinas. Una compañía alemana sale de Lovaina y ocupa la línea del ferrocarril. Detrás de nosotros suenan algunos cañonazos.

Al llegar la noche, Scharpé y yo hacemos una ronda por el barrio, para ver si los vecinos obedecen las órdenes de la proclama (1). Muchas familias han huído de la ciudad después de haber encendido una bujía en las piezas del piso bajo, pero sin dejar abierta la puerta. La casa que no abra á las patrullas, será forzada inmediatamente, procediendo en seguida los alemanes á su pillaje é incendio. Esto pondrá en peligro la calle entera, y por tal razón vamos llamando á todas las puertas cerradas. Donde no nos contestan, abrimos nosotros, haciendo que rompa las cerraduras un vecino que nos acompaña, y que es herrero.



LOVAINA. VESTÍBULO DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD

La fábrica de gas ha cesado de funcionar, y tenemos que hacer frente á la dificultad de surtir de bujías á todos los vecinos. En una calle me veo ayudado por tres señoritas, que para poner á cubierto su casa rompen las cerraduras de las casas inmediatas, abandonadas por sus dueños. Una de estas señoritas, graciosa y agresiva, lleva una hacha en la mano, y emplea una escalera portátil para penetrar en las casas por las ventanas y abrir las puertas interiormente.

Cuando vuelvo á mi alojamiento, la noche ha cerrado completamente. Enormes resplandores se esparcen por encima de la ciudad. En la calle de la Estación las casas van ardiendo una tras otra. El fuego es atizado por los soldados, cuyas siluetas se marcan claramente sobre el fondo de llamas. En Lovaina, como en otras poblaciones belgas, los alemanes han hecho uso de instrumentos especiales para iniciar y extender los incendios. Todos los sub-oficiales estaban proveídos de aparatos: granadas incendiarias, bombas para regar con petróleo, receptáculos de bencina, pastillas incendiarias, pastillas de resíduos de petróleo, etc.

En nuestro barrio no hay ningún incendio. Podemos acostarnos con la relativa satisfacción de que las pobres gentes que nos rodean, y nosotros mismos, escaparemos de las terribles desgracias que han afligido á tantos ciudadanos.

Jueves 27 de Agosto.—Durante la noche se oyen á lo lejos numerosos disparos de fusil. Las nubes están tan rojas que parecen arder como un inmenso brasero. Ninguna patrulla pasa por nuestras calles, y ninguna casa del barrio ha sido incendiada. Nada nos hace esperar que se repetirá la pesadilla de los días anteriores. Los vecinos se van serenando. Sin embargo, desde que empieza el día la casa del profesor Scharpé se llena de gente de todas las clases de la sociedad, que nos consideran como su providencia, y nos someten sus inquietudes.

Scharpé se dirige al Hotel de Ville para conferenciar con el comandante. Pasado un cuarto de hora voy, como ayer, en su busca, temiendo que lo retengan prisionero. Llega, para consultarme, la maestra de una gran escuela de huérfanas establecida en el patio de las Beguinas. Quiere pedir al comandante que anote en el plano de la ciudad el lugar donde se encuentra su escuela, para que la respeten, si es que se produce algún desastre. Es una joven vigorosa, que

(1) Si algunos civiles belgas cometieron imprudencias en determinadas ocasiones, la falta es imputable, en los países flamencos que hablan el idioma de este nombre, á los alemanes que no los han advertido suficientemente y á las autoridades que no han explicado bastante sus proclamas. Los primeros bandos fijados en las calles de los pueblos, estaban redactados en alemán y en francés. Yo he recogido un bando, impreso en papel rojo, en el cual las amenazas bien conocidas contra los habitantes que viviesen alrededor de un lugar donde los hilos telegráficos quedasen cortados, estaban redactadas en aleman, en francés y... *¡en ruso!*... ¡Que pretendan, después de esto, que todas las precauciones no habían sido tomadas por los alemanes antes de la guerra! Me acuerdo aún del asombro de un oficial alemán, al que dije que los campesinos belgas no entendían el francés. Además, aun tratándose de textos redactados en flamenco, las gentes del pueblo necesitaban de muchas aclaraciones.—*(Nota de Grondijs.)*

posee, según dice ella, el valor de un «verdadero soldado». Pero á pesar de toda su bravura, acepta con apresuramiento mi protección, y salimos juntos para el Hotel de Ville. Las calles están llenas de escombros. Oímos continuamente á un lado y á otro el crujido de las vigas y de los lienzos de muro que caen. Á cada momento nos cruzamos con pequeños grupos de fugitivos.

Ayer por la noche la guarnición ha cometido todavía algunos asesinatos. Me limitaré á citar uno. En el café Sody se encontraban algunos soldados esperando una cena que habian encargado. Silenciosamente, el dueño del café y sus dos hijas se dedicaban á este trabajo. De pronto entró un soldado ordenando á estos militares que fuesen inmediatamente al Hotel de Ville. Los soldados, que estaban borrachos, se encolerizaron, y para dar expansión á su furia mataron fríamente al dueño del café. Una de las dos hijas intentó huir, pero cuando abría la puerta del patio cayó muerta con un balazo en la espalda. La otra hija fué más afortunada. Se echó al suelo, ocultándose debajo de una mesa, y los soldados no volvieron á ocuparse de ella. Estos hechos no me asombran. El soldado alemán cambia radicalmente de carácter cuando se excita, y es capaz de las mayores injusticias.

RUINAS DE LA UNIVERSIDAD Y DE SU BIBLIOTECA

En el Hotel de Ville nos ordenan que esperemos sobre la escalinata de piedra. Los alemanes llegan de todas partes con grandes paquetes de objetos robados, vestidos, cajas de cigarros, botellas de vino, etc., etcétera. Muchos de estos hombres se hallan borrachos y hacen los graciosos. Los soldados de la guardia se divierten locamente con sus farsas. El teniente, que ríe también, les hace seña bondadosamente para que sigan adelante.

Muchos vecinos de Lovaina pasan á toda prisa frente al Hotel de Ville. Los soldados, desde lejos, les dan la orden para que levanten los brazos. Hombres notables de Lovaina, burgueses cuyo sentimiento de dignidad personal es bien conocido, tienen que caminar centenares de metros en una actitud humillante. Este espectáculo me impresiona más aún que el de los incendios.

Cuando entramos en el Hotel de Ville, el profesor Scharpé, pálido y tembloroso, me lleva á un rincón para hablarme. Me suplica que vuelva rápidamente á su casa y haga bajar á la cueva todos sus cuadros y otros objetos de valor. Las cosas toman mal aspecto. Según parece, la ciudad ha sido condenada á la destrucción, y van á bombardearla.

Al volver á la calle des Moutons, accedo á los ruegos de mi compañera, la maestra, y nos apartamos un poco del camino para pasar por la calle de la Estación, cuyos incendios atraen su curiosidad. De pronto, un grupo de soldados que marchan con paso vacilante y visible embriaguez, corren hacia nosotros vociferando. Un alemán á caballo, que tiene el aspecto aristocrático y altivo, los detiene y parece darles órdenes. Después del breve diálogo, los soldados se aproximan á nosotros é intentan empujarnos hacia la estación. «¡Marchaos! —nos gritan—. La ciudad va á ser bombardeada.» Su aspecto es tan amenazador, que la maestra lanza un grito ronco y huye hacia la estación. Yo tomo la dirección opuesta para cumplir el encargo de Scharpé.

Algunos alemanes me dicen que el bombardeo empezará á mediodía, y que la ciudad debe ser evacuada antes de dicha hora. Varias religiosas, que muestran una gran serenidad, se dirigen sin prisa hacia sus conventos. En la calle de Namur me sale al paso el canónigo Cauchie, profesor de Historia de la Universidad, al que he sido presentado el día antes. Me ruega que acompañe al rector Lareuze y á él hasta Bruselas para su mayor seguridad, pues seré respetado seguramente por mi título de ciudadano de un país neutral. Yo prometo ir en busca de estos dos respetables ancianos á la casa del rector.

Al llegar, en la calle des Moutons veo una confusión indescriptible. Los vecinos huyen. Los huérfanos de la escuela, pálidos y temblorosos, marchan como un rebaño en desorden. Sobre una carretilla, empujada por un viejo pequeñito, va tendida una religiosa de noventa años. La muchedumbre revela un inmenso terror y una locura inquietante.

Los alemanes ordenan que el vecindario en masa

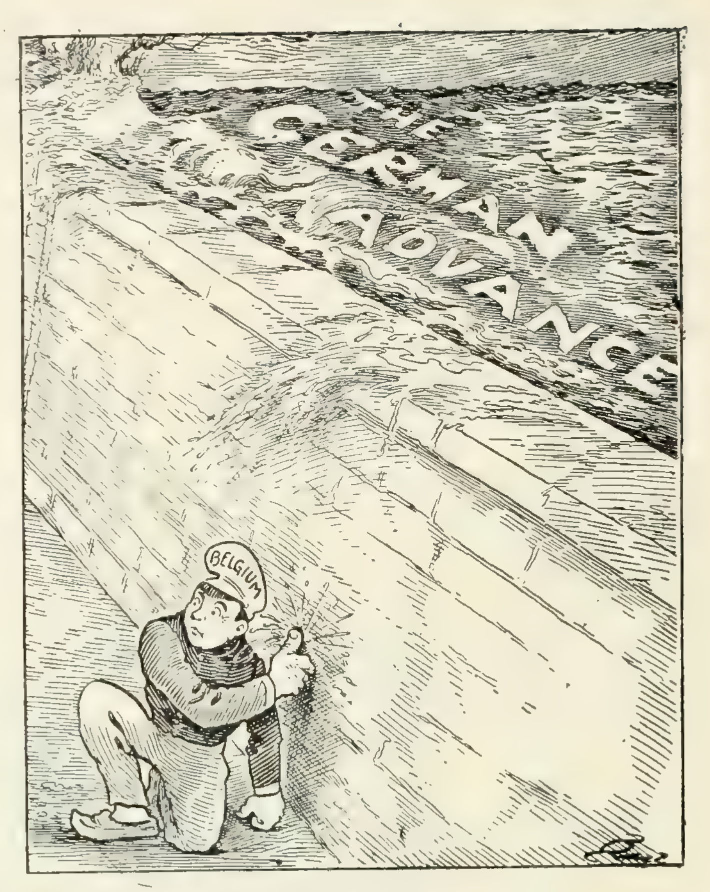
acuda á la estación. La mayor parte de los pobladores hacen lo contrario, y huyen hacia Malinas y Bruselas. Proceden en esto cuerdamente. Todos los que obedecieron á los alemanes, tomando la dirección indicada por ellos, fueron hechos prisioneros, hombres, mujeres y niños, y transportados á Alemania. Mientras que yo ayudo al profesor Scharpé á ocultar en la cueva sus objetos más preciosos, me hace saber que en vano ha suplicado al comandante que librase á nuestro barrio de la destrucción general, ya que en él no ha ocurrido nada de reprensible. El comandante



EL NUEVO MAPA DE EUROPA

EL CANCILLER.—¿Tachamos también todo el Imperio ruso?
EL KAISER.—Provisionalmente hasta Moscou. En Noviembre conquistaré el resto.

(*Mucha*, de Varsovia)



AGOSTO DE 1914
Bélgica deteniendo la invasión alemana
(*Minneapolis Journal*)

Von Manteuffel se negó rotundamente. La ciudad entera debe ser castigada por los pretendidos delitos de algunos vecinos.

Nos apresuramos á concluir nuestro trabajo. Pálida, pero sin embargo serena, con su niño de pechos al brazo, la señora Scharpé da órdenes y hace que sean empaquetados los objetos más precisos. Su pequeño rostro enérgico, de ojos claros, parece haberse desprendido de un cuadro de Memling. Una muchacha flamenca, expulsada de una aldea vecina, la secunda activamente. Poco después, toda la familia emprende la marcha, á pie, hacia Malinas y Amberes, con una carretilla de mano cargada con algunas maletas y un poco de comida... Ya no es más que un átomo del torbellino de miseria que rueda hacia la frontera holandesa.

Las causas del saqueo de Lovaina.—Los alemanes pretenden que algunos vecinos de Lovaina tiraron contra ellos en la noche del 25 de Agosto. De este modo explican su conducta en dicha ciudad como una simple aplicación de la abominable teoría alemana, que hace responsables á pueblos enteros de las pretendidas violencias de uno solo de sus vecinos.



CUADROS

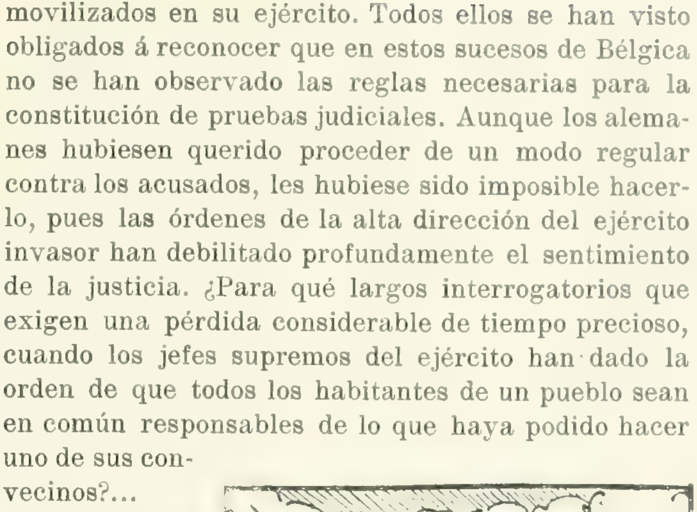
EL ENSUEÑO TRIUNFAL

Composición de Dudley Hardy, publicada en «The Sketch», de Londres, alusiva á que el célebre pintor alemán de batallas Teodoro Rochold, fué autorizado por el kaiser



LO QUE NO PREVIERON
Todo el mundo en armas contra el kaiser
(*Life*, de Nueva York)

Los belgas dicen, por el contrario, que ningún habitante de Lovaina tiró contra las tropas. Los alemanes, según ellos, buscaron un vulgar pretexto, una sombra de motivo, para ejecutar un proyecto fríamente premeditado. Yo he discutido varias veces este punto con numerosos oficiales alemanes, y especialmente con doctores en Derecho, que se encontraban



movilizados en su ejército. Todos ellos se han visto obligados á reconocer que en estos sucesos de Bélgica no se han observado las reglas necesarias para la constitución de pruebas judiciales. Aunque los alemanes hubiesen querido proceder de un modo regular contra los acusados, les hubiese sido imposible hacerlo, pues las órdenes de la alta dirección del ejército invasor han debilitado profundamente el sentimiento de la justicia. ¿Para qué largos interrogatorios que exigen una pérdida considerable de tiempo precioso, cuando los jefes supremos del ejército han dado la orden de que todos los habitantes de un pueblo sean en común responsables de lo que haya podido hacer uno de sus convecinos?...

En Lovaina los alemanes han tirado á capricho contra las casas. Han aprisionado ciudadanos en montón, y sin buscar siquiera las pruebas de su culpabilidad, simples soldados han matado á los vecinos dentro de sus viviendas. Los soldados mismos me lo han contado, y no considero necesario reproducir aquí sus conversaciones.



LA SUPREMACÍA UNIVERSAL
—¡Después de incubarla durante 44 años, se ha roto!
(*Glasgow News*)

Debo hacer constar solamente que sus rudimentarias inteligencias han sabido extraer las deducciones lógicas de esta doctrina germánica, inventada recientemente, sobre la responsabilidad en tiempo de guerra. Dicha teoría acuerda por adelantado al combatiente alemán una plena absolución por todas las injusticias que pueda cometer, aunque sean extremadamente crueles. El más modesto soldado alemán es de tan inmenso valor, que si aparece muerto en un pueblo, el pueblo entero es maldecido, y todos sus habitantes en masa pierden el derecho á la vida.

Hay que tener en cuenta el estado de nerviosidad de los invasores y los pánicos indiscutibles que han sufrido las guarniciones alemanas en Bélgica.

Yo he visto con mis ojos, en la



DE HISTORIA

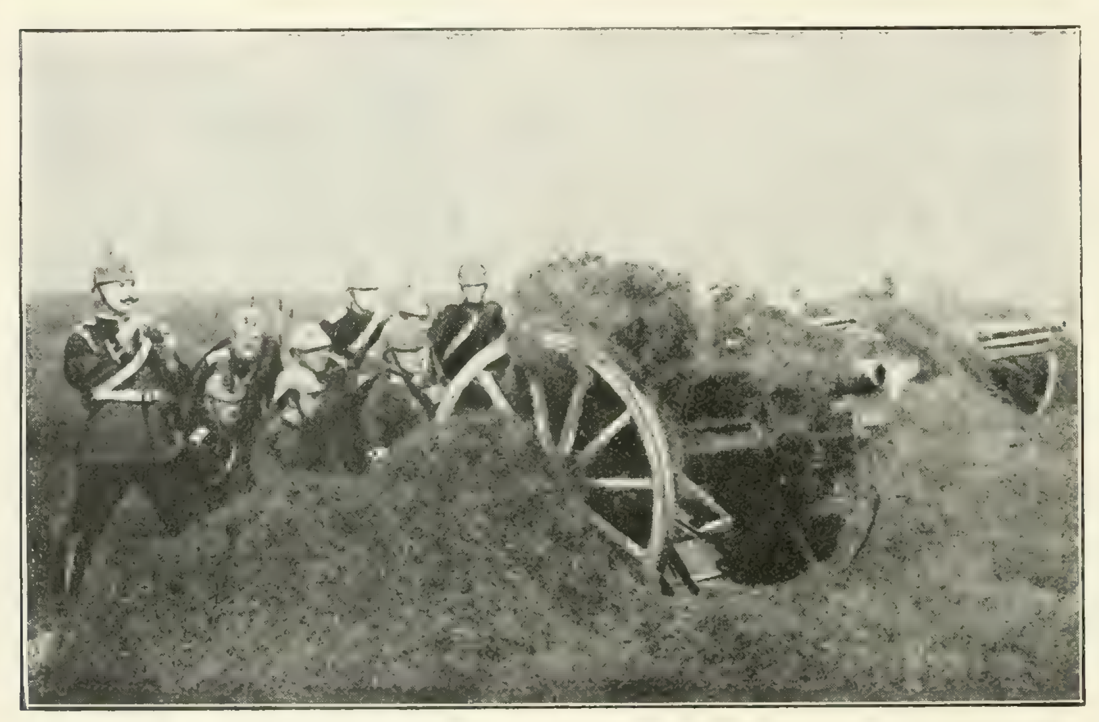
LA REALIDAD EN LOVAINA

para visitar el frente y tomar apuntes con destino á los cuadros conmemorativos de las campañas alemanas en Bélgica y Francia.

(Dibujo de Dudley Hardy, del *Sketch*, de Londres)

plaza de San José, de Bruselas, á un soldado alemán amarrado durante 24 horas á un carro de transporte, con los brazos atados á la espalda. La población manifestaba piedad ante este pobre diablo que, humillado en presencia de los vencidos, unas veces gritaba de rabia y otras lloraba silenciosamente. Su crimen, según me explicó un sub-oficial alemán, consistía en haber causado un *pánico* en la guarnición, disparando sin motivo su fusil.

En Lovaina he visto en el patio del Hotel de Ville á un soldado amarrado á la rueda de un camión, por haber hecho fuego con su fusil durante la noche, provocando igualmente un *pánico* en la guarnición. Muchos soldados, al oir tal disparo, comenzaron á tirar sin saber por qué ni contra quién.



UNA BATERÍA ALEMANA

Ya he contado en otro sitio cómo en Aerschot la imprudencia de un soldado ocasionó igualmente un *pánico* nocturno.

En la tienda del barbero de Lovaina que me afeitaba todos los días, dos soldados alemanes se divirtieron haciendo disparos de fusil contra el techo. La cama de un niño del primer piso fué atravesada por una bala, que afortunadamente no tocó al pequeño. Inmediatamente acudieron de todas partes soldados alemanes, creyendo en un ataque de los vecinos, y dispuestos á la venganza. Muchos oficiales del ejército invasor se han lamentado de que la nerviosidad de sus tropas era tal, que bastaba un simple tiro de fusil para que todos los soldados empezasen á disparar, favorecidos por la prontitud con que se cargan los fusiles alemanes.

De un interrogatorio á que fueron sometidos en Francia algunos prisioneros alemanes, resulta que al atravesar una columna invasora la ciudad de Lovaina después del primer día del desastre, se produjo un pánico á causa de un disparo de fusil que sonó de pronto. Inmediatamente se esparció el rumor de que un soldado había sido muerto por un civil, y las tropas empezaron á tirar contra las casas. Reinaron durante mucho tiempo el desorden y la excitación, hasta que restablecida la calma se reconoció que ningún soldado había sido muerto, ni siquiera herido. Supongamos que en el tumulto de este tiroteo á ciegas, un soldado hubiese sido muerto por sus mismos compañeros de armas, poseídos de una nerviosidad excesiva. En tal caso, una nueva leyenda de agresión belga se hubiese unido á las muchas otras inventadas por los alemanes.

Puedo afirmar que en la noche del 25 de Agosto un pánico semejante se apoderó de la guarnición de Lovaina. El lector debe recordar que en la tarde de este mismo día, el ejército belga se aproximó hasta los alrededores de la ciudad. Una parte de la guarnición salió á su encuentro. El resto, mientras esperaba los refuerzos, que llegaron durante la noche, pasó seguramente una larga angustia. Á la caída de la noche, las tropas que habían salido algunas horas antes, regresaron á la población. De un gran número de testimonios directos, resulta que los alemanes que se habían quedado en Lovaina se engañaron sobre la identidad de los que volvían, haciendo fuego contra sus compañeros. Es posible también que al recibir las descargas los que entraban en Lovaina, se imaginasen que eran atacados por los civiles. Hay que tener en cuenta, además, que la guarnición estaba interesada en que persistiese este error, para no confesar su aturdimiento y su pánico.

Hasta aquí puede admitirse la buena fe de los soldados de una y otra parte, víctimas de un engaño. Pero inmediatamente interviene la teoría militar alemana sobre las represalias en tiempo de guerra. Si las tropas que se han creído atacadas por los pretendidos civiles no pueden designar quiénes fueron los agresores... ¡tanto peor para la ciudad! Á falta de responsables conocidos, el vecindario entero debe pagar por ellos. Esta doctrina monstruosa, adoptada por profesores de Universidad, la han promulgado los generales alemanes en proclamas y bandos fijados en las esquinas. De este modo la devastación de Lovaina

no es más que la simple consecuencia de una terrible paradoja jurídica, que repele el mundo entero, y sólo es enseñada en Alemania. Basándose en ella, los soldados que entran en las casas locos de furor y sin pruebas, sin interrogatorio, matan á los hombres en presencia de sus mujeres y de sus hijos, estos malhechores no son culpables, y hasta merecen elogios por su obeciencia y disciplina.

Durante los días que precedieron al desastre, pude ver que la población de Lovaina no alimentaba ningún propósito de venganza. He hablado con profesores, con tenderos, con gentes del pueblo. En todos ellos pude apreciar un espíritu de perfecta sumisión á consecuencia del terror por lo ocurrido en Aerschot, Linden, Haelen, etc., etc. Todos ellos esperaban tranquilamente la victoria de los ejércitos aliados, sin ninguna intención de emprender algo por su propia cuenta.

Un testimonio, particularmente grave, ha confirmado mis hipótesis. Dos vecinos notables de Lovaina, dignos de toda confianza, me han contado que en la mañana del 26 de Agosto, paseando por el jardín de uno de ellos, situado en la calle de Namur, oyeron durante veinte minutos un estrépito de fusilería muy cercano. Poniendo una escalera en el muro del jardín, se asomaron á él, viendo á dos soldados alemanes que estaban ocultos detrás de unos árboles, y tiraban apuntando con sus fusiles á la calle inmediata. Estos disparos, para los que pasaban por la calle, parecían proceder de las casas. De este modo los alemanes podían decir que los habitantes tiraban contra ellos.

El mismo día por la noche vi en el sitio indicado por los citados vecinos dos caballos muertos, que conservaban sus sillas. Más tarde, en Bruselas, un oficial alemán me contó que en Lovaina los civiles habían muerto á dos oficiales montados á caballo, y que esta razón obligó á las autoridades á ordenar el incendio de la ciudad.

Se ha supuesto también que los alemanes, al quemar á Lovaina, quisieron aterrar á los bruselenses, algo inquietos y rebeldes, dándoles á entender que les esperaba la misma suerte en caso de insurrección.

Todas las presunciones que yo emito quedan confirmadas por la circunstancia de que los alemanes no están de acuerdo, ni lo estarán nunca, acerca de las causas del desastre. Tres días después del saqueo de Lovaina, un oficial del gran Estado Mayor de Bruselas me aseguró, formalmente, que según las pruebas que tenía en su poder la autoridad alemana, el castigo de Lovaina obedecía á que un hermano del burgomaestre había matado á un general alemán. Otro oficial del citado Estado Mayor me comunicó con igual seriedad que el mismo general había sido asesinado por el hijo del burgomaestre. ¡Y el burgomaestre de Lovaina no ha tenido nunca hermanos, y su único hijo, en el momento del desastre, hacía diez años que había muerto!...

Verdaderamente nos encontramos ante un caso de formación de leyendas. El caso de Aerschot—donde los alemanes dicen que su comandante fué muerto por el hijo del burgomaestre, y en realidad, pereció por un tiro de sus tropas excitadas y en desorden—, el caso de Aerschot, repito, ha sido combinado con el castigo de Lovaina, cristalizándose en la imaginación febril de los invasores.



INFANTERÍA ALEMANA EN EL CAMPO

Después de estos días de horror, he vivido con las tropas alemanas, pudiendo apreciar cómo entre ellas la más ligera y absurda suposición se convierte rápidamente en indiscutible certidumbre. Los cerebros deben ser muy sólidos para poder resistir la influencia de las pasiones en determinadas circunstancias. Como la prudente razón sólo puede emitir probabilidades, los espíritus agitados prefieren las falsas imágenes suscitadas por el miedo, el odio ó la esperanza.

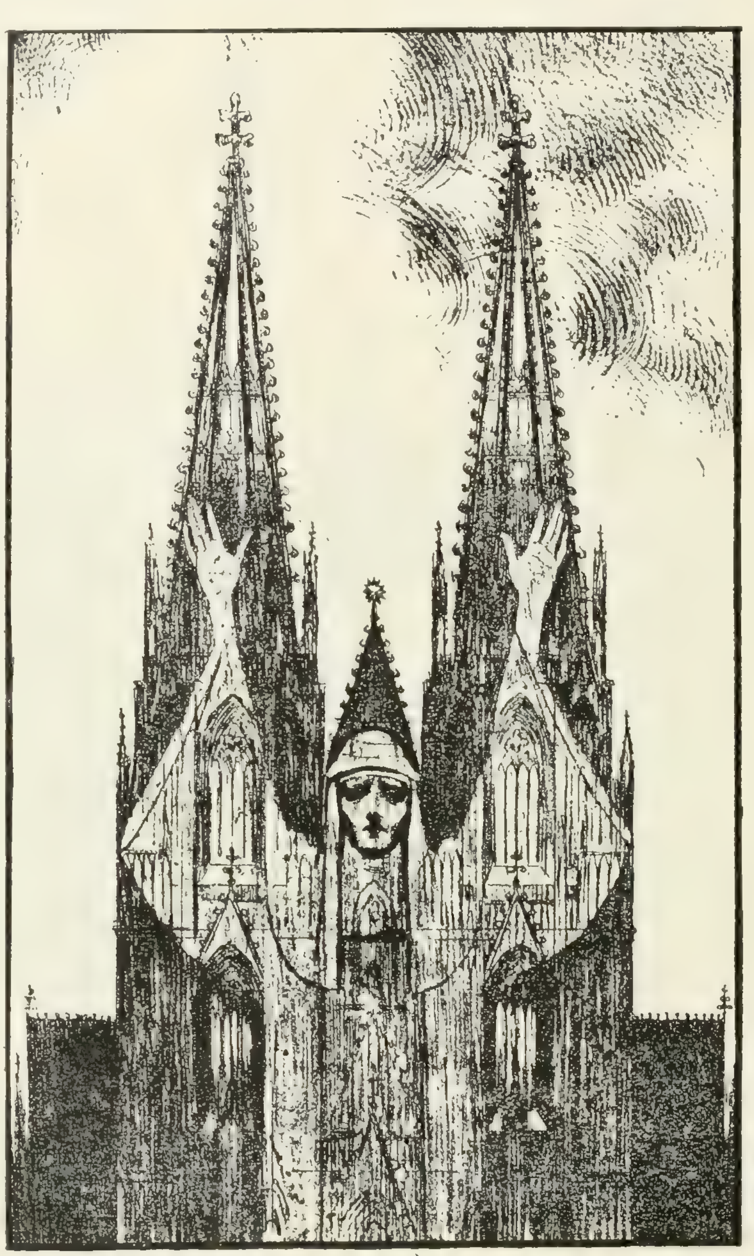
El éxodo de Lovaina.—Cuando fiel á mi promesa llegué á la casa del rector de la Universidad, encontré á éste y al canónigo Cauchie, que me esperaban, preparados para marchar. Los dos habían conserva-

do su sotana. Como sólo eran las diez, y el bombardeo debía empezar á medio día, les propuse que empleásemos este tiempo en ocultar en la cueva sus papeles y notas más preciosas. Pero ellos no tienen confianza en la palabra de los alemanes, y quisieron partir inmediatamente. La vieja doméstica de Monseñor Ladeuze se unió á nosotros. Esta anciana llevaba en los brazos un pan, un grueso jamón y un perrillo indolente.

En poco tiempo llegamos al camino de Tervueren, viéndonos en medio de una enorme muchedumbre de fugitivos. Un profesor de la Universidad huye en traje de casa, sin cuello de camisa. En pobres carretillas pasan algunos seres humanos de una vejez inverosímil. Más lejos son llevadas en sillas varias mujeres que acaban de dar á luz. Están extremadamente pálidas y parecen en peligro de muerte. Al salir de la ciudad, encontramos un puesto militar de cuatro soldados y un sub-oficial.

Estos alemanes insultan á los fugitivos: «*Sie, Lumpe Schweinehunde!*» (¡Perros cochinos!) Además apuntan con sus revólveres á la muchedumbre, y gritan: «Que todo el mundo levante los brazos en alto.» Religiosas y niños, profesores y labriegos, todos dejan sus bagajes en el suelo para obedecer la orden. Yo agito mi pasaporte, y luego enseño, sin levantarlas, mis manos vacías.

Las tropas alemanas atraviesan la masa de fugitivos, dividiéndola en dos corrientes que se deslizan por ambos lados de la carretera. Los sacerdotes son particularmente insultados por los alemanes protestantes. Continuamente les gritan: «*¡Abajo el catolicismo! ¡Mueran los curas! ¡Todos los sacerdotes deben ser fusilados!*» Empezamos á sufrir molestias, que en realidad no son todavía peligrosas. Un soldado sale de las filas, y arrancando un grueso y pesado fardo de las manos de una mujer, lo arroja contra la espalda del profesor Cauchie. Como yo acompaño á dos sacerdotes que visten sotana, me toman igualmente por un cura disfrazado: «¡Muera el cura del sombrero de paja!» me gritan. Y poco después otro fardo pesado cae sobre mi pobre sombrero. Algo más lejos, seis soldados alemanes, que parecen apiadarse de la miseria de los fugitivos, se colocan á un lado del camino con varios cubos y ofrecen vasos de agua á las mujeres y los niños. Pero nadie se detiene para aceptar el socorro. Todos desean huir con la mayor rapidez posible.



LA PROTESTA DE LA CATEDRAL DE COLONIA

—Lovaina, tú eras piedra de mi piedra y espíritu de mi espíritu

(Dibujo del artista holandés Johann Braakensiek, en *Weekblad voor Nederland*)

La carretera se desarrolla á través de un campo espléndido. Mientras yo avanzo lentamente, cargado y fatigado, por el camino interminable, me doy cuenta por primera vez de la hermosura de estas llanuras fértiles. El canónigo Cauchie y yo vamos delante. El rector Ladeuze marcha detrás con su vieja criada y dos señoritas, que son las mismas que vi el día anterior abriendo enérgicamente las casas de sus vecinos. Mi compañero es un anciano vigoroso, que marcha como un joven. Á pesar de las circunstancias, se muestra amable y sereno, y razona con gran claridad. Su fisonomía me recuerda la de Ampere. Goza de gran reputación entre los eruditos belgas, y ha elaborado muchas de sus tesis históricas paseando por estos magníficos campos. Los dos marchamos discurriendo sobre la historia del cristianismo y varias cuestiones teológicas, temas que no pueden ser más extraños á los horrores de que huímos. Mientras sostenemos nuestra conversación, nos alineamos instintivamente



LAS RUINAS DE LOVAINA

(De «The Illustrated London News»)

de vez en cuando entre los árboles, para dejar pasar á los oficiales á caballo. Los problemas se suceden en nuestro diálogo, mientras los soldados dirigen contra nosotros gritos de odio y menosprecio, y la turba miserable de fugitivos continúa su camino.

Nos separamos de la carretera para dejar en seguridad á la vieja criada del rector, con su jamón y su perrito, que guarda entre los brazos. En los campos de trigo y de cebada que no han sufrido los horrores de la guerra, casi encontramos la alegría. Los adioses del ama á su señor resultan conmovedores. La vieja siente miedo ante el porvenir, y ruega á los dos ancianos que le den su bendición. Los dos hacen el signo de la cruz y murmuran la fórmula latina. Luego, la vieja, que derrama torrentes de lágrimas, pide á Monseñor Ladeuze que acaricie por última vez á su perrito. El rector, bondadoso, obedece al ruego. Este pequeño gesto del sacerdote significa la gran piedad que le inspira la pobre mujer, para la cual una caricia dedicada á su perro es un consuelo precioso. En cuanto al perro, no parece sentir la menor emoción por estos incidentes. Al separarnos de la vieja, nos proponemos tomar en Tervueren el tranvía que conduce á Bruselas. Oblicuando lentamente á través de los campos, nos acercamos á Tervueren. Antes de llegar á la carretera volvemos la cabeza para mirar con dirección á Lovaina. Por encima de la ciudad se eleva una inmensa columna de humo.



UNA CALLE DE LOVAINA DESPUÉS DEL BOMBARDEO

En las primeras casas de Tervueren somos arrestados por un piquete alemán, compuesto de diez hombres y mandado por un sargento-mayor. Después de haber examinado mi pasaporte, me dejan pasar, pero retienen á los dos eclesiásticos, sin fijarse siquiera en sus papeles. Desoyendo mis vivas protestas, algunos soldados se llevan á los dos viejos detrás de una empalizada. El sargento-mayor alega que obedece las órdenes de su teniente. Yo solicito, y después exijo, hablar á este oficial, pero el sargento se niega, á pesar de que invoco una serie de derechos reales é imaginarios. Me dirijo al sitio por donde he visto desaparecer á los dos viejos, y detrás de la empalizada encuentro á veinticinco sacerdotes tendidos en una pradera y guardados por ocho soldados y un cabo, que les prodigan toda clase de insultos. Pregunto á los alemanes qué razones motivan esta extraña cautividad. Me contestan con frases generales: «Los sacerdotes han excitado á la población á tirar contra nosotros», etcétera... ¡Acusación insensata!

Exijo de nuevo que me conduzcan adonde está el teniente. El cabo designa á un soldado para que me acompañe, pero el sargento-mayor llega corriendo, y lo reprende severamente, por haberme hecho caso. Tengo la impresión de que todo este rigor obedece á las decisiones arbitrarias de una tropa de soldados, protestantes fanáticos, que se han conducido mal en Lovaina. Tales medidas no pueden ser ordenadas, ni toleradas siquiera, por un oficial. Me imagino que me bastará dirigirme al primer capitán que encuentre, para obtener en seguida la libertad de mis dos amigos y todos sus compañeros.

Tendidos en el prado los sacerdotes, sufren sin contestar una lluvia de injurias. Algunos rezan, deslizando entre los dedos su rosario. Grito á mis dos compañeros que voy en busca de un jefe superior para hablarle de lo ocurrido y poner fin á este escándalo.

Continúo mi marcha hacia Tervueren, y encuentro al fin, cerca de la estación del tranvía, á un comandante grande y barbudo que está en conversación con un joven teniente. Me presento á ellos, y les digo que mis dos compañeros, que son grandes sabios de Bélgica, han sido arrestados en Tervueren sin motivo aparente, y que no dudo que esta acción injustificable será reprimida por las autoridades al tener conocimiento de ella.

—Veo que olvidáis, señor—contesta el comandante—, que en Lieja y en Aerschot dos de los más grandes estrategas de Alemania han sido asesinados traidoramente.

Yo me limito á preguntar si existen presunciones de que los dos sacerdotes amigos míos sean cómplices de dichos actos.

—No—responde el comandante—; pero todos los

sacerdotes belgas han excitado al pueblo desde el púlpito.

Me esfuerzo para hacerle ver que mis dos amigos no pueden ser comprendidos en este reproche, pues son profesores de la Universidad. El comandante se decide cortésmente á acompañarme, y volvemos juntos adonde están los prisioneros. El comandante pide explicaciones. Los soldados se muestran furiosos cuando me ven llegar con él. El sargento-mayor hace un relato con numerosas interrupciones y observaciones suplementarias. Cuenta que han encontrado sobre uno de los sacerdotes prisioneros papeles comprometedores, tratando á los alemanes de bárbaros, é invitando á la población á matarlos como si fuesen perros. El teniente que manda el puesto ha hecho fusilar al sacerdote, y ha dado la orden de prender á los demás eclesiásticos que llegan de Lovaina, para que acompañen como rehenes á las tropas durante su marcha á través de Bélgica. Yo miro al comandante. Éste reflexiona un momento, y dice: «Está bien; mantengo la orden. Los sacerdotes deben quedar prisioneros.» Veo que por el momento no hay nada que hacer. El comandante me habla después extensamente de lo que él llama la actitud estúpida de los belgas.

—Estos imbéciles—dice—hubieran podido hacer magníficos negocios con nosotros, dejándonos pasar libremente por su territorio. Habríamos pagado todos los gastos de nuestro transporte y alojamiento. Hasta les habríamos dado algo más. Mirad ahora lo que *han hecho ellos* de su país. ¡Qué pérdidas tan enormes! Veréis como muy pronto no queda nada en estos lugares, si es que persisten en resistirnos.

Yo le contesto que siempre quedará el honor, y que los belgas me parecen una pequeña nación con un honor inmenso. Además, nosotros los holandeses, habríamos procedido del mismo modo. El comandante levanta los hombros, y replica que el sentimiento del honor es de gran importancia para los particulares, pero no para los pueblos. «Además—continúa—, ¿es que creen que los pequeños alfilerazos con que nos molestan pueden causar un verdadero mal á un gran ejército?»...

Le pido permiso para ir á manifestar á mis compañeros por qué razón los han capturado, pues ellos no tienen la menor sospecha. El comandante me lo acuerda y se excusa de verse obligado á mantener el arresto.

En la pradera los soldados no quieren permitirme que dirija la palabra á los prisioneros en francés; pero uno de ellos, que es estudiante alemán movilizado, promete á sus camaradas que vigilará mis palabras. Los soldados, al enterarse de lo que digo, me interrumpen continuamente. «En Lovaina—gritan—se han pronunciado en las iglesias discursos fulgurantes contra los alemanes. Muchos sacerdotes han tirado con sus browings contra las tropas», etc. Al oir estas acusaciones, los sacerdotes se limitan á hacer signos negativos con la cabeza, y los soldados les contestan riendo sarcásticamente. Monseñor Ladeuze me ruega que vea en Bruselas al duque de Arenberg, amigo personal del kaiser y antiguo curador de la Universidad de Lovaina. Yo me muestro escéptico acerca del resultado de esta gestión. Uno de los soldados alemanes, antiguo estudiante de la Universidad de Lieja, me interpela: «¿Qué relaciones son las vuestras con estos curas y por qué os interesa su suerte? El Emperador no concederá jamás la libertad de estos malditos sacerdotes cuando se entere del gran número de sus hombres que han sido asesinados», etc. Yo contesto: «Pronto lo veremos.» Después de haberme despedido de mis compañeros y saludado á los otros sacerdotes, salgo para Bruselas en un tren lleno de fugitivos.



LAS RUINAS JUNTO AL HOTEL DE VILLE

El clero católico y los alemanes en la pradera de Tervueren.—Me propuse intervenir rápidamente en favor de mis compañeros de viaje, luego de saber que la pradera donde estaban encorralados había presenciado la ejecución de un eclesiástico y de convencerme de que había que temerlo todo de esta soldadesca.

Mientras hablaba yo con el comandante, el sargento contó que un sacerdote, portador de papeles comprometedores, había sido fusilado. Rosolví enterarme de las circunstancias de tal suceso, y he aquí lo ocurrido, según las declaraciones de los testigos oculares, todos ellos respetables sacerdotes.

De los habitantes de Lovaina que huían hacia Bruselas, sólo fueron arrestados los que llevaban há-



PLAZA DE LA ESTACIÓN EN LOVAINA ENTRE CUYAS RUINAS SOLO QUEDA INTACTA LA ESTATUA DE SYLVAIN VAN DE WEYER, UNO DE LOS JEFES DE LA REVOLUCIÓN BELGA DE 1830

bitos eclesiásticos. El puesto alemán de Tervueren arrestó á una treintena de sacerdotes, entre los cuales estaban Monseñor Becker, rector del colegio norteamericano de Lovaina, y Monseñor Willemsen, antiguo rector del mismo colegio, destinado ahora á Roma y de paso en Lovaina. Los alemanes registraron los bolsillos y las maletas de todos los sacerdotes. Uno de ellos era un joven jesuita llamado Dupierreux, y los alemanes encontraron en un bolsillo de su sotana un pequeño cuaderno de notas que contenía textualmente las siguientes líneas escritas en francés:

«Cuando en otros tiempos leía yo que los hunos, mandados por Atila, arrasaron ciudades, y que los árabes quemaron la biblioteca de Alejandría, sonreía siempre. Ahora ya no sonrío, después que he visto con mis propios ojos á las *hordas* de este tiempo incendiar las iglesias y la célebre biblioteca de Lovaina.»

El joven jesuita tenía la loable costumbre de ir anotando sus observaciones. Pero en tiempo de guerra guardar en el bolsillo las observaciones escritas constituye una imprudencia. Los alemanes se la hicieron expiar trágicamente. Ante las tropas reunidas, los veintinueve sacerdotes prisioneros quedaron formados en semicírculo, alrededor del desgraciado jesuita, y las líneas de su cuaderno fueron leídas, primeramente en francés, y luego, traducidas, en alemán. La lectura fué interrumpida por las exclamaciones de cólera de los soldados.

El teniente que mandaba esta tropa anunció que *la excitación al asesinato de los alemanes* estaba bien probada en tales líneas, y que el autor iba á ser fusilado inmediatamente. Le permitieron que se confesase con uno de sus compañeros, y luego de la confesión le vendaron los ojos. El teniente hizo retroceder á los sacerdotes y ordenó que avanzase el pelotón ejecutor. Fué dada la orden de hacer fuego, y sonaron las detonaciones, cayendo el ejecutado. Luego obligaron á todos los sacerdotes á contemplar la agonía de su infeliz compañero. Cuando éste expiró, lo enterraron en el mismo lugar de la ejecución. Después, el teniente dirigió á los sacerdotes la siguiente arenga: «En nombre del Emperador os hago prisioneros como rehenes para que marchéis con nuestra columna á través de Bélgica. Si un solo disparo se hace por los belgas contra nosotros, todos seréis fusilados.»

Los eclesiásticos fueron izados después sobre unos camiones abiertos y enviados á Bruselas, donde entraron por la noche. Su exhibición en las calles produjo escándalo. Monseñor Becker, habiendo visto en el público á una persona conocida, le gritó que se presentase en la legación



¡1914!

(Dibujo del artista suizo Edmundo Bille)





Dibujo de Félix Schwormstadt, de «The Illustrated London News»

Una trinchera alemana de primera línea



tacada durante la noche por los aliados



de los Estados Unidos para dar cuenta de lo que le ocurría. Al día siguiente, Monseñor Becker y algunos de sus compañeros fueron puestos en libertad, á consecuencia de las gestiones hechas por los embajadores de España y de los Estados Unidos, y por dos jesuítas influyentes, el provincial y el rector de la residencia de Bruselas.

Cuando el primer grupo de sacerdotes arrestados en Tervueren fué expedido á Bruselas, el destacamento que los había aprehendido siguió reteniendo á todos los eclesiásticos que pasaban con sotana. De este modo capturaron á veinticinco más, entre ellos á mis compañeros Monseñor Ladeuze y el canónigo Cauchie.

Cerca de allí, otro puesto militar procedió del mismo modo, constituyendo un tercer grupo de sacerdotes prisioneros, entre los cuales figuraban Monseñor Van Couwenberg, vice-rector de Universidad, y el padre Vermeersch, rector de los jesuítas de Lovaina. El grupo fué empujado por una columna alemana con dirección al Oeste.



EL DIOS DE LA GUERRA

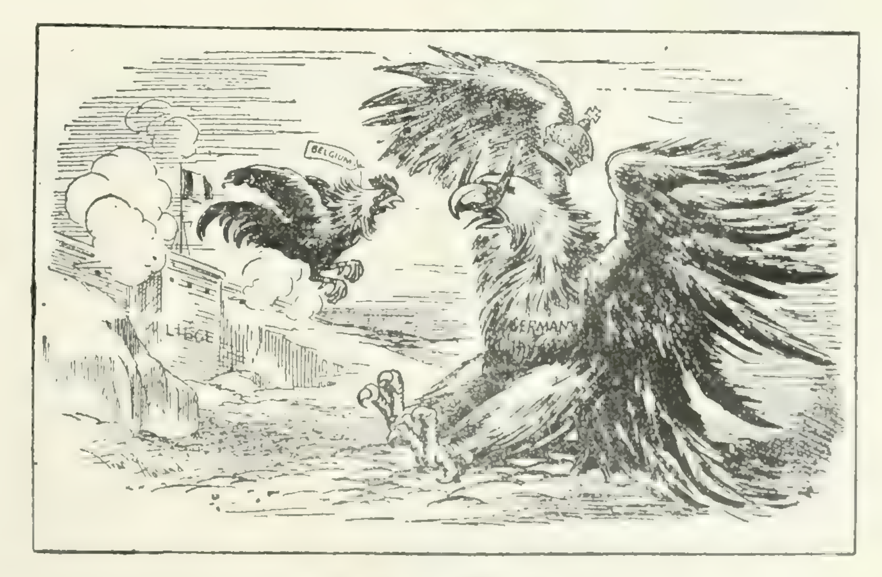
(*Judge*, de Nueva York)

Los alemanes han intentado justificar estos arrestos y atropellos, exhibiendo el cuaderno comprometedor que encontraron en un bolsillo del padre Duperrieux. Pero el argumento, además de insuficiente, es de todo punto falso. Treinta horas antes de que conociesen la existencia del jesuíta Duperrieux y leyesen su cuaderno, los alemanes habían maltratado vergonzosamente á dos sacerdotes de nacionalidad española: el padre Catalá, rector del Colegio de estudiantes españoles de Lovaina, y otro cuyo nombre he olvidado. Los dos habitaban en el citado Colegio, cerca de la biblioteca. Cuando ésta fué incendiada, se salvaron del fuego saliendo á la calle, donde los arrestaron los alemanes en compañía de unas cuarenta personas. Pasaron la noche presos en la estación, y al día siguiente por la mañana se vieron obligados á seguir á una compañía de alemanes que marchaba hacia el Oeste. *Fué inútil que los dos sacerdotes españoles enseñasen sus certificados de nacionalidad, demostrando que pertenecían á un país neutral; los oficiales no les hicieron caso alguno.* Durante la marcha recibieron numerosos culatazos en la espalda. Luego, á mediodía, los oficiales les anunciaron que iban á ser fusilados. Dieron tiempo á los dos sacerdotes españoles para confesarse mutuamente, les vendaron los ojos y los colocaron junto á un muro. Mientras recitaban sus oraciones sonaron varios tiros de fusil. El pelotón de ejecución había tirado al aire. Los soldados rieron ruidosamente, encontrando muy graciosa la broma, y los dos viejos eclesiásticos volvieron á la vida después de la consiguiente emoción. Un poco más allá los alemanes tropezaron con una tropa belga. Al entablarse el combate todos los prisioneros pudieron esca-



LA GUERRA, SEÑORA DEL PRESENTE

(*Philadelphia Inquirer*)



EL ASOMBRO DEL ÁGUILA

Reynolds Newspaper

par, y por caminos extraviados llegaron á Bruselas.

En vista de estos hechos, ¿no es lógico deducir la consecuencia de que al comenzar el saqueo de Lovaina fué dada una orden contra todos los sacerdotes? Los tres grupos de eclesiásticos arrestados en Tervueren no fueron los únicos. En otros lugares los alemanes hicieron prisioneros igualmente á todos los que llevaban sotana. En total se apoderaron de 90 sacerdotes.

Muchos días después, algunos de estos infelices fueron vistos acompañando á las tropas en marcha. De más de uno no se ha tenido luego noticia alguna.

▫

Omitimos el relato de las múltiples y pesadas gestiones que tuvo que hacer en Bruselas el profesor Grondijs, con su intrépida tenacidad holandesa, para conseguir la liberación de los dos viejos sacerdotes.

Las autoridades alemanas de Bruselas se resistieron á creer la denuncia de Grondijs, por parecerles absurdamente arbitraria, pero cuando se convencieron de su veracidad tuvieron que acceder á la demanda del profesor. Todavía hubo de realizar éste diversos viajes para encontrar á sus amigos, pues el mismo Estado Mayor alemán no sabía dónde estaban. Algunos oficiales insultaron á Grondijs y pretendieron agredirle por el tenaz interés que mostraba en favor de los prisioneros, pero él siguió adelante hasta conseguir su humanitario propósito. Cuando encontró á los dos viejos profesores de Lovaina, estos parecían resueltos á morir. Sus guardianes les habían amenazado continuamente con el fusilamiento, martirizándolos con toda clase de vilipendios y privaciones.



AUTOMÓVIL BLINDADO DEL EJÉRCITO BELGA

Algunos días después de la destrucción de Lovaina, fué visitada esta ciudad por otro testigo imparcial, perteneciente á una nación neutra, el escritor norte-americano Alejandro Powell, que ya hemos mencionado. Como su visita la hizo después de haber visto las ruinas de Aerschot, dice así:

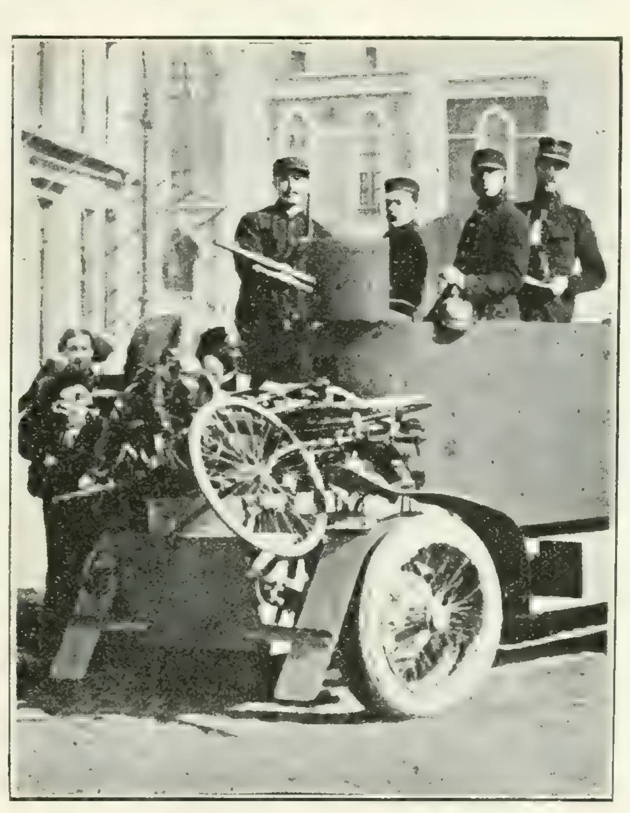
«En Lovaina me esperaba una nueva escena de carnicería y desolación. La mitad de la ciudad está convertida en cenizas. Casi todas las calles principales, obstruídas por los escombros, resultan intransitables. Las avenidas magníficas aparecen flanqueadas por los esqueletos calcinados de antiguos y hermosos edificios. Muchas fachadas conservan aún en su parte baja manchas obscuras de sangre. Proporcionalmente los alemanes han hecho en Lovaina una obra más destructiva que el temblor de tierra y el fuego en San Francisco de California. El pillaje no tuvo límites. En los alrededores de Lovaina los caminos están sembrados, durante varios kilómetros, de muebles, ropa blanca y vestidos. Los papeles de las paredes han sido arrancados, los cuadros rotos, el contenido de armarios y cofres está esparcido en las calles, y todo lo que era capaz de romperse ha sido roto.

Lo mismo que en Aerschot, he visto esta desolación con mis ojos y nadie podrá desmentirme. Lo más extraordinario es que no se nota en los alemanes el menor indicio de vergüenza ni de remordimiento. Los oficiales, luciendo uniformes inmaculados, se pasean entre las ruinas de Lovaina, conversando, riendo y fumando. En un barrio central vi que una magnífica mesa de comedor había sido trasladada de una casa en ruinas á la mitad de la calle, y en torno de ella, sentados en ricas sillas, esculpidas y tapizadas, se regodeaban una docena de soldados alemanes bebiendo cerveza.

Lo mismo que en Aerschot, existen dos versiones completamente diferentes para explicar la destrucción de Lovaina. Ante todo hay que tener en cuenta que Lovaina no fué destruída por un bombardeo sitiador, ni por el desarrollo de una batalla, pues los alemanes entraron en la ciudad sin oposición alguna y eran dueños absolutos de ella desde algunos días antes. Afirman, para justificar sus actos, que descubrieron una conspiración fomentada por el burgomaestre, los curas y muchos vecinos notables, conspiración que tenía por objeto el exterminio de los alemanes. Para ejecutar este plan, los habitantes comenzaron á disparar desde los tejados y ventanas contra la guarnición, que vivía en la más absoluta confianza. Una verdadera batalla siguió á tal agresión, pereciendo en ella cierto número de mujeres y de niños á consecuencia de las balas perdidas. Para vengarse de esta felonía, muchos vecinos fueron ejecutados y entregada al fuego gran parte de la ciudad. Como al entrar los alemanes en Lovaina requisaron cuidadosamente todos los armamentos, y esto hace inverosímil el ataque de los habitantes, los alemanes pretenden que aquéllos tenían otros depósitos ocultos, y no solamente

poseían fusiles y municiones, sino que también ametralladoras. Tengo por increíble que el vecindario de Lovaina intentase una empresa tan loca como agredir á las tropas alemanas, muy superiores en número y medios de defensa, sobre todo al día siguiente de la terrible lección de Aerschot.

La explicación que dan los vecinos de Lovaina es más verosímil. Á consecuencia de una ofensiva del ejército belga efectuada con éxito al Sur de Malinas, las tropas alemanas se replegaron en un desorden vecino al pánico, y una de sus divisiones entró precipitadamente en Lovaina al cerrar la noche. En las profundas tinieblas, la guarnición tomó á esta tropa por el ejército belga, recibiéndola con un fuego mortal. Cuando se descubrió el engaño, los alemanes, para ocultar su desastrosa equivocación y saciar al mismo tiempo su despecho y su rabia, se lanzaron contra los vecinos de la ciudad en un paroxismo de furor. Las calles de Lovaina presenciaron una escena indescriptible. Los soldados, que habían invadido todos los cafés y tabernas embriagándose hasta la locura furiosa, se mostraron ingobernables. Forzaron las puertas de las casas, é hicieron fuego contra todas las personas que encontraron. Tal vez para defender sus hogares y sus mujeres, algunos ciudadanos belgas, á impulsos de la desesperación, emplearían la primera arma que encontrasen á mano, y esta defensa improvisada, aislada y tristemente ineficaz, proporcionó á los alemanes la excusa que necesitaban. Los civiles les habían atacado—gritaban los invasores—, y para vengarse, iban á infligir á los ciudadanos de Lovaina y á todos los habitantes de las poblaciones cercanas una lección memorable. Así lo hicieron. Ningún belga olvidará ni perdonará jamás esta lección. La orgía de sangre, de obscena voluptuosidad y de matanza, duró dos días.



AUTOMÓVIL BLINDADO CON LAS BICICLETAS DE LOS TIRADORES BELGAS

Varios corresponsales concienzudos — entre los cuales se encuentra M. Richard Harding Davis—que se dirigían en ferrocarril de Bruselas á Alemania y quedaron detenidos por varias horas en la estación de Lovaina durante la matanza de la primera noche, han descrito de un modo conmovedor los horrores de que fueron testigos desde las ventanillas de sus vagones. El segundo día de la destrucción de Lovaina, M. Gibson, secretario de la legación de los Estados Unidos en Bruselas, acompañado de otros diplomáticos, fué á la mencionada ciudad en un taxímetro. M. Gibson me ha contado que los alemanes trasladaron el mobiliario de un comedor al jardín situado enfrente de la estación, y que varios oficiales, en un estado de completa embriaguez, insistieron para que los diplomáticos bebiesen con ellos los vinos robados, sobre una mesa robada. Tal invitación fué hecha al mismo tiempo que ardía la ciudad, que sonaban en las calles las descargas de los fusilamientos, y los cadáveres de hombres y mujeres se amontonaban á corta distancia sobre las aceras. En las ventanas de las casas saqueadas, cuyos muros están ennegrecidos por el hollín del incendio, pude ver yo aún banderas blancas, improvisadas con sábanas y manteles. Eran patéticos llamamientos de los habitantes á una misericordia que no les dispensaron sus verdugos.»

El norte-americano Powell, después de visitar las trágicas ruinas de Lovaina, vivió en contacto con algunos jefes y generales de las tropas invasoras. Su entrevista con el general Von Bohen, jefe de uno de los cuerpos de ejército, es interesante é instructiva, pues demuestra la mentalidad de los guerreros germánicos, su falta de remordimientos y su predisposición á la mentira para explicar y justificar todos los atropellos.

Como desde el principio de la guerra los alemanes tuvieron interés en captarse las simpatías de los Estados Unidos, engañando y desorientando á la opinión de este país, justamente alarmada por lo que ocurría en Bélgica, el general Von Bohen recibió con grandes demostraciones de amabilidad á Powell. Durante la entrevista, el caudillo alemán procuró inútilmente convencer al escritor de que todos los relatos de los belgas acerca de las atrocidades alemanas eran completamente falsos. Pero Powell, que acababa de apreciar con sus propios ojos la obra destructiva de los invasores, confundió al general con sus respuestas. He aquí cómo cuenta su entrevista con Von Bohen:

«El general comenzó por afirmarme que el relato de las atrocidades cometidas por las tropas alemanas contra los no combatientes belgas, eran en todos sus extremos de una falsedad notoria.

—Mirad los oficiales que me rodean—dijo el gene-

ral—, todos ellos son *gentlemens,* lo mismo que vos. Mirad aquellos soldados que pasan allá abajo por la carretera: muchos de ellos son padres de familia. Responded francamente, ¿los creéis capaces de cometer los horrores de que les acusan?

Yo contesté:

—Hace tres días, general, he estado en Aerschot. Esta ciudad no es más que una repugnante ruina negra.

—Cuando nos hemos instalado en Aerschot—repuso el general—, el hijo del burgomaestre entró en el comedor, donde estaban nuestros oficiales, y asesinó al jefe del Estado Mayor. Nosotros no hemos hecho allí más que poner en práctica una represalia justa. El vecindario fué tratado según sus méritos.

—¿Pero por qué usasteis estas represalias con las mujeres y los niños?—pregunto yo.

—Ninguna mujer ni niño alguno han sido muertos en Aerschot—asegura el general con un acento de convicción.

—Siento mucho contradeciros, general—contesto no menos categóricamente—. Pero yo he visto con mis ojos los cadáveres de las mujeres y los niños. Y lo mismo puede afirmar M. Gibson, secretario de la legación de los Estados Unidos en Bruselas, el cual asistió á la destrucción de Lovaina.

—¡Diablo!—exclama el general Von Boehn—. Si las mujeres y los niños se obstinan en salir á la calle mientras las gentes se baten, corren fatalmente el peligro de ser muertos. Esto es triste, pero así es la guerra.

—¿Y qué me decís del cadáver de una mujer que he visto yo con las manos y los pies cortados? ¿Y de un viejo de cabellos blancos y su hijo, á los que he ayudado á enterrar cerca de Sempst, y que fueron muertos únicamente porque un soldado belga en retirada, disparó contra un soldado alemán delante de su casa? El rostro del viejo había recibido veintidós bayonetazos. Yo los he contado. ¿Y qué pensáis de una niña de dos años muerta en los brazos de su madre por un hulano, y á cuyo entierro asistí yo en Heys-op-den-Berg? ¿Y del otro viejo que cerca de Vilvorde fué colgado por las manos de las vigas del techo de su casa y asado lentamente, hasta que murió consumido por la hoguera que encendieron los alemanes debajo de sus pies?

Mis detalles precisos parecen desconcertar al general.

—Esas cosas son horribles—dice—si es que han ocurrido de ese modo. Naturalmente, nuestros soldados, como los de todos los ejércitos, desbordan algunas veces nuestras órdenes y cometen actos que no toleraríamos si los jefes estuviésemos presentes. En Lovaina, por ejemplo, yo he condenado á dos solda-



COMIDA DE LOS SOLDADOS BELGAS

dos á doce años de presidio por haber violado á una mujer.

—Á propósito de Lovaina—le interrumpo—. ¿Por qué habéis destruído su famosa biblioteca?

—Hemos lamentado esta destrucción tanto como vos—responde el general—. La biblioteca fué alcanzada por las llamas que devoraban las casas vecinas, y no pudimos salvarla.

—Pero en resumen, ¿por qué habéis incendiado á Lovaina?

—Porque la población civil tiró contra nuestras tropas. Tanto es así, que hemos encontrado ametralladoras en algunas casas de la ciudad.

El general se interrumpe para dar un puñetazo sobre la mesa, y luego añade:

—Cada vez que los civiles molesten á nuestros soldados, les infligiremos una lección memorable. Y si las mujeres y los niños se ponen en el camino de las balas, tanto peor para ellas y para ellos. Nada nos importa que caigan.»

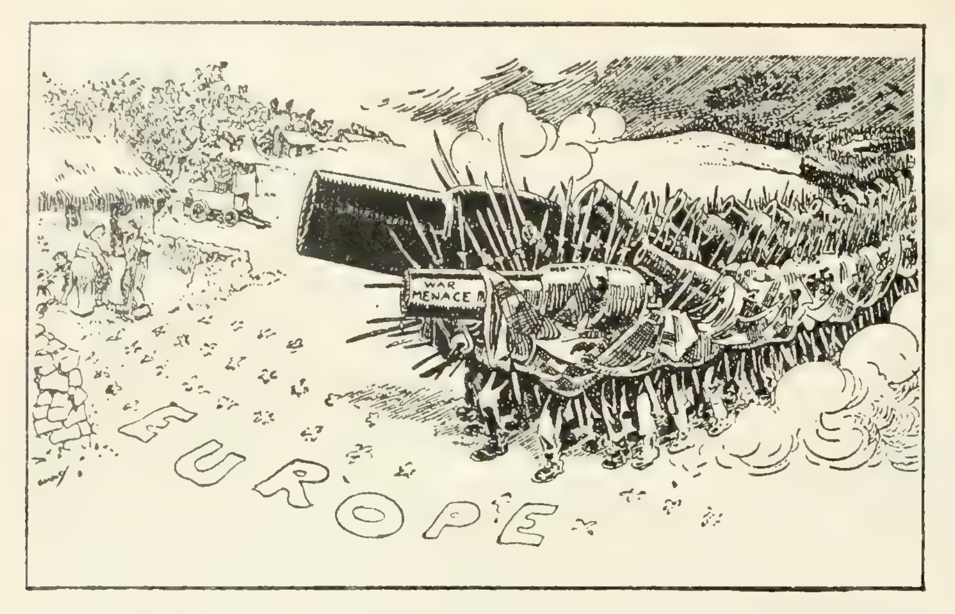
La mentalidad de Von Boehn y su falta de escrúpulos para falsear los hechos, se repiten en todos los jefes del ejército alemán. Todos á coro han justificado las atrocidades cometidas en Bélgica con los mismos pretextos. Los incendios y los asesinatos de gentes indefensas obedecieron, según ellos, á que las tropas alemanas habían sido atacadas. Pero nunca han podido formular una acusación concreta; nunca han podido señalar con pruebas á los autores de estos ataques contra sus tropas. Como único argumento material ofrecen el hallazgo de ametralladoras en algunas localidades, ametralladoras abandonadas por el ejército belga en su retirada y que carecían de municiones.

El incendio de la biblioteca de Lovaina ha sido lamentado hipócritamente por sus autores, ya que no podían alabarse cínicamente de este hecho. Pero es falso que el siniestro resultase inevitable, y que los alemanes hicieran esfuerzos para salvar dicho tesoro bibliográfico. El profesor Grondijs, testigo presencial, ha contado cómo hubiera podido evitarse este incendio con un poco de buena voluntad. Del mismo modo que los alemanes impidieron la quema del Hotel de Ville por tener instaladas en él sus oficinas y otros servicios, hubiesen podido salvar la famosa biblioteca.



FAMILIAS BELGAS EN UN CAMINO, OBSERVANDO LAS EVOLUCIONES DE UN AEROPLANO ALEMÁN (Fot. Meurisse)

La conducta de los invasores después del incendio, demuestra el poco interés que inspiraban los libros á estos representantes de la *Kultur*. Llovió durante muchos días, y los alemanes dejaron que el agua del cielo acabase la obra de las llamas, pudriéndose las masas de obras antiguas y preciosos manuscritos que se habían librado del fuego y estaban esparcidos entre los escombros. Bien sabido es que el papel prensado ó fuertemente empaquetado, sólo se chamusca



EL HURACÁN GUERRERO

(Chicago Daily New)

exteriormente, y resiste al fuego lo mismo que el ladrillo ó la piedra. Una buena parte de los volúmenes permanecieron días y días á la vista de todos, destruyéndose con la lluvia. La guarnición prusiana no se ocupó ni un momento de salvar estas riquezas literarias. Oficiales y soldados tenían algo mejor que hacer. Bebían de la mañana á la noche, en medio de la calle, instalados en los muebles extraídos de las casas. Mostraban su contento ante los depósitos encontrados en las bodegas. Por todas partes había una capa de botellas rotas. Además se divertían aterrorizando y molestando á los pocos vecinos que aun quedaban en Lovaina.

De este modo se preocuparon los alemanes de salvar la famosa biblioteca.

▫

El saqueo de Lovaina demostró una vez más el menosprecio de los alemanes por los pueblos de Europa en actitud neutral, y especialmente por los súbditos de España. Ciudadanos de varias naciones, ajenas á la guerra, sufrieron las consecuencias de la barbarie invasora, pero entre ellos fueron objeto de una fatal predilección los contados españoles que cayeron en poder de los alemanes.

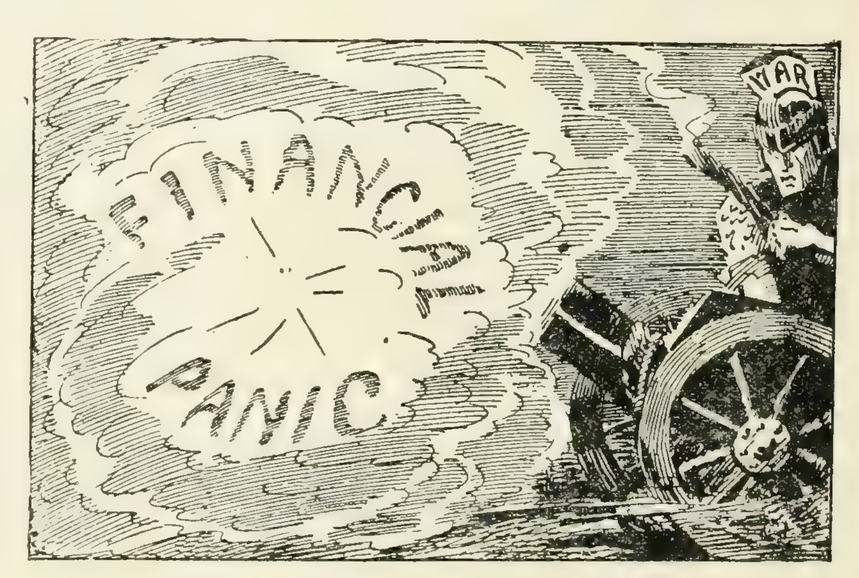
Ya hemos dicho cómo dos sacerdotes ancianos, de nacionalidad española, y que ejercían el profesorado en un colegio anexo á la Universidad de Lovaina, se vieron arreados á culatazos como animales por la soldadesca furiosa, y sufrieron una atroz comedia de fusilamiento, farsa salvaje, capaz de trastornar el juicio de cualquiera ó producirle la muerte por exceso de emoción.

Fué en vano que los dos sacerdotes enseñasen sus certificados de nacionalidad haciendo constar que pertenecían á una nación neutral. Los alemanes se burlaron de España, golpeando á los dos eclesiásticos y sometiéndolos al mencionado tormento.

Otros españoles vivían en Lovaina y sufrieron idénticos atropellos. Eran comerciantes de frutas, con tiendas iguales á la de los infortunados Oliver, de Lieja. Casi todos ellos fueron víctimas del atropello alemán, especialmente los apellidados Escursell, padre é hijo. Estos dos españoles desaparecieron al ocurrir la destrucción de Lovaina, y por mucho tiempo se les creyó fusilados. Su casa de comercio había sido robada, incendiada y destruída. Una hija de Escursell llegó á Bruselas entre la muchedumbre de los fugitivos. Se supuso que los cadáveres del padre y el hijo estaban bajo los escombros de la tienda, y sólo algún tiempo después pudo saberse que no habían muerto y estaban prisioneros en Münster (Alemania), en compañía de muchos belgas. Inútil es decir las penalidades que sufrieron estos dos españoles, conducidos á golpes y sin recibir casi alimento, entre el rebaño de los infelices vencidos. Fué inútil que el padre y el hijo alegasen su calidad de españoles. Los alemanes no hicieron caso alguno de los documentos que presentaban, burlándose de su nacionalidad.

¡Y á la misma hora en que ocurrían estos atropellos, la propaganda alemana intentaba halagar á los españoles de la península con absurdas promesas y toda clase de adulaciones para que abandonasen su neutralidad, creando obstáculos á las naciones aliadas!

Esta conducta resulta tan absurda é ilógica como la de las gentes que por entusiasmo religioso se han



EL PRIMER CAÑONAZO

(London News and Leader)

mostrado partidarias de Alemania en España y otras naciones, al mismo tiempo que los alemanes fusilaban en Bélgica á los sacerdotes católicos, y rompían las imágenes, ensuciaban con sus inmundicias los templos y martirizaban con rabioso fanatismo á todo el que vestía una sotana.

VII

La barbarie alemana en Bélgica.—Asesinatos, embriaguez, violaciones, matanzas de ancianos, mujeres y niños.

En todas las poblaciones belgas los invasores procedieron de igual modo para aterrar al vecindario, con sus atrocidades realizadas metódicamente.

El notable escritor Pedro Nothomb, que por las funciones que desempeña en el Ministerio de Justicia de Bélgica ha podido conocer directamente todos los informes y declaraciones sobre los atentados cometidos por las tropas alemanas, dice así:

«Los alemanes entran en un pueblo. Con el dedo en el gatillo y el cañón del fusil por delante, examinan las casas y saludan con una descarga al vecino que asoma á su puerta ó á sus ventanas. El jefe de la columna se instala en la casa municipal, hace venir al burgomaestre, y le impone una contribución inmediata. Al mismo tiempo, los soldados se esparcen por las calles y las granjas, derriban las puertas que no se abren con prontitud, maltratan á los habitantes, visitan inmediatamente las bodegas, y se hacen servir todos los comestibles que hay en la vivienda. Mientras tanto, otros conducen presos ante el comandante á los vecinos más notables del lugar. Éstos servirán de rehenes. Si suena un disparo, si los víveres exigidos no llegan en breve plazo, si el impuesto de guerra no queda pagado hasta el último céntimo, y si el *ejército belga vuelve á tomar la ofensiva* por el lado de este pueblo, los rehenes perecerán.

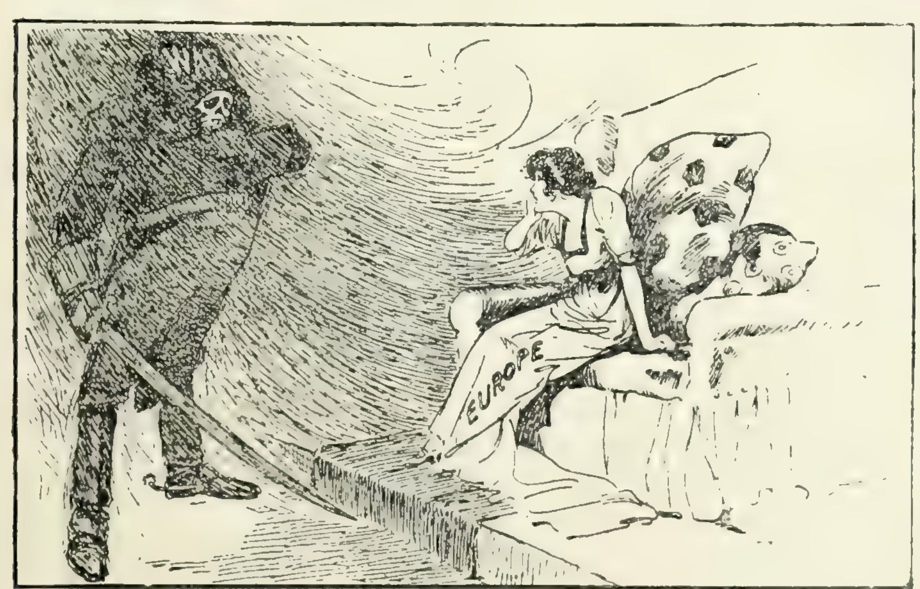


LA RESISTENCIA HERÓICA
Las bayonetas teutónicas no le dan miedo
(*New York World*)

Muchas veces, el cura, el notario, el médico de la población, no bastan como rehenes. Entonces los invasores amontonan en un lugar cerrado á toda la población masculina. Con frecuencia, en el fondo de una calle apartada suena una detonación, que es obra de un alemán. Otras veces el alemán grita simplemente que han tirado contra él, aunque nadie ha oído el disparo. Es la señal del pillaje. Poco antes, los oficiales, revólver en mano, han robado las cajas públicas ó la sucursal del Banco Nacional. Llega ahora el momento del trabajo agradable para los soldados, y se entregan á él con entusiasmo. Las tiendas quedan vacías; las cabañas más humildes se ven desamuebladas en pocos momentos. Por la noche luminarias de incendio. Unas veces queman todo el pueblo; otras, algunas casas cuando menos. Pero siempre creen necesario quemar algo.

Los pobres vecinos callan aterrorizados. Aunque quieran defender su pobre fortuna ó el honor de la esposa á costa de la vida, no pueden hacerlo por la consideración de que otros vecinos suyos están en poder de los alemanes, y pagarían con su existencia lo que ellos intentasen. Esta prudencia es muchas veces inútil, porque la suerte de los rehenes no depende de un acto real, sino de la arbitrariedad de sus guardianes. Cuando quedan entre las manos de los invasores, los cautivos deben considerarse á merced de la suerte.

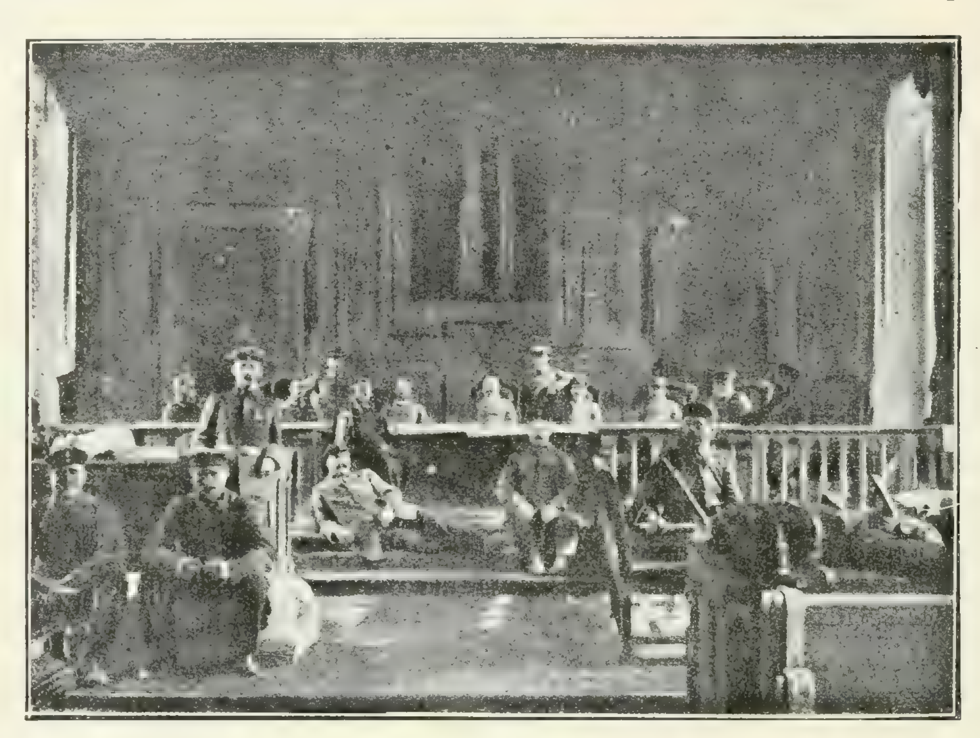
Cae la noche. Los rehenes se adormecen sobre una silla en la casa municipal, y si son muy numerosos, sobre las losas frías de la iglesia. De pronto los despiertan. ¿Es para fusilarlos, ó simplemente para servir de guía á un oficial que desea atravesar la población? ¡Quién puede sa-



LA GUERRA.—Perdonad, señora que venga á visitaros (*Cleveland Leader*)

berlo! Van á conocer á todas horas la angustiosa espera de la muerte. Ya no son hombres; son débiles juguetes de un odioso capricho. Si á un simple oficial se le ocurre matarlos, serán ejecutados sin ninguna forma de juicio. Tal vez como en Wygmael ó en Hervé, les obligarán, antes de ser fusilados, á que abran en el suelo su propia fosa. Si son tan numerosos que no basta la fusilería para exterminarlos, los alemanes emplearán la ametralladora. Después se encontrarán sus cadáveres cruzados unos sobre otros, cubiertos de sangre coagulada, ó como ocurrió en Elewyt, puestos de rodillas y con las manos todavía juntas, yertas por la muerte, en actitud de súplica.

Algunas veces, antes de dar la muerte á los rehenes, los verdugos se divierten con ellos, como ocurrió en Gelrode, donde los invasores tomaron entre los presos encerrados en la iglesia á siete muchachos, conduciéndolos á una taberna cercana. Allí les hicieron dar cabriolas para que los soldados se divirtiesen. Luego, al amanecer, cuando hubo terminado la fiesta, los alemanes, ebrios, mataron á sablazos á los siete jóvenes.



LOS ALEMANES EN BÉLGICA

Cómo se han hecho fotografiar en la sala del Tribunal de Casación del Palacio de Justicia de Bruselas

(Del *1914 illustré*, revista semanal cuya publicación ha sido autorizada en Bruselas)

Cuando los rehenes no son ejecutados, sufren toda clase de suplicios morales. En Tongres, el procurador del rey y los jueces de la localidad fueron obligados á barrer las calles. Otros personajes han tenido que pasearse con una cuerda al cuello, apretando los alemanes el nudo para divertirse con sus grotescas contorsiones. En Francorchamps, un respetable caballero de 70 años tuvo que marchar por en medio de la carretera empujado por el caballo de un comandante. En Hingeon, para poner en libertad á los rehenes, se les exigió que fuesen antes á la población cercana con una escolta de soldados, para gritar por tres veces ante el comandante del distrito: «¡Viva el emperador de Alemania!»

Las más de las veces los rehenes son conducidos á través de los campos, de pueblo en pueblo, durante varios días, circulando sin objeto, para aterrorizar con su fatiga y sus crueles sufrimientos á los campesinos de los alrededores. De hora en hora se les anuncia que van á morir, preguntándoles cómo prefieren perder la vida, sentados, derechos ó acostados. Se empleará con ellos por cinco ó seis veces el simulacro del fusilamiento, y cuando se vean ante los fusiles apuntados, suspendidos entre la vida y la muerte, un oficial les dirigirá una arenga grosera y burlesca.

—Mirad por última vez vuestra hermosa patria —grita el oficial entre carcajadas sardónicas.

Otro oficial, al organizar uno de estos fusilamientos fingidos, dijo á sus prisioneros con la pesada ironía alemana:

—Antes de vuestra muerte tengo que daros una gran noticia que os gustará mucho. El príncipe de Mónaco ha movilizado su poderoso ejército contra nosotros.

Un tercer oficial mostró un refinamiento mayor en esta clase de suplicios. En el momento de dar la orden de fuego, hizo que sus soldados levantasen los fusiles.

—Os fusilaremos luego. Hay que hacer durar los placeres.

La atroz espera continúa de este modo indefinidamente. Las víctimas tienen que permanecer de rodillas horas enteras con las manos en alto. Otras veces las obligan á permanecer tendidas sobre el vientre, la cara en el polvo, los pies atados y los brazos en cruz. Á algunos grupos les cortan todos los botones y todos los abroches de sus trajes para conseguir de este modo que los hombres marchen reteniendo sus pantalones con las manos. Cuando los rehenes no caminan aprisa, son golpeados, como le ocurrió al venerable obispo de Tournai, de 74 años de edad, obligado á marchar por el camino de Ath con todos los notables de la población, y que próximo á desplomarse de fatiga recibió de un soldado alemán un puñetazo en plena cara.

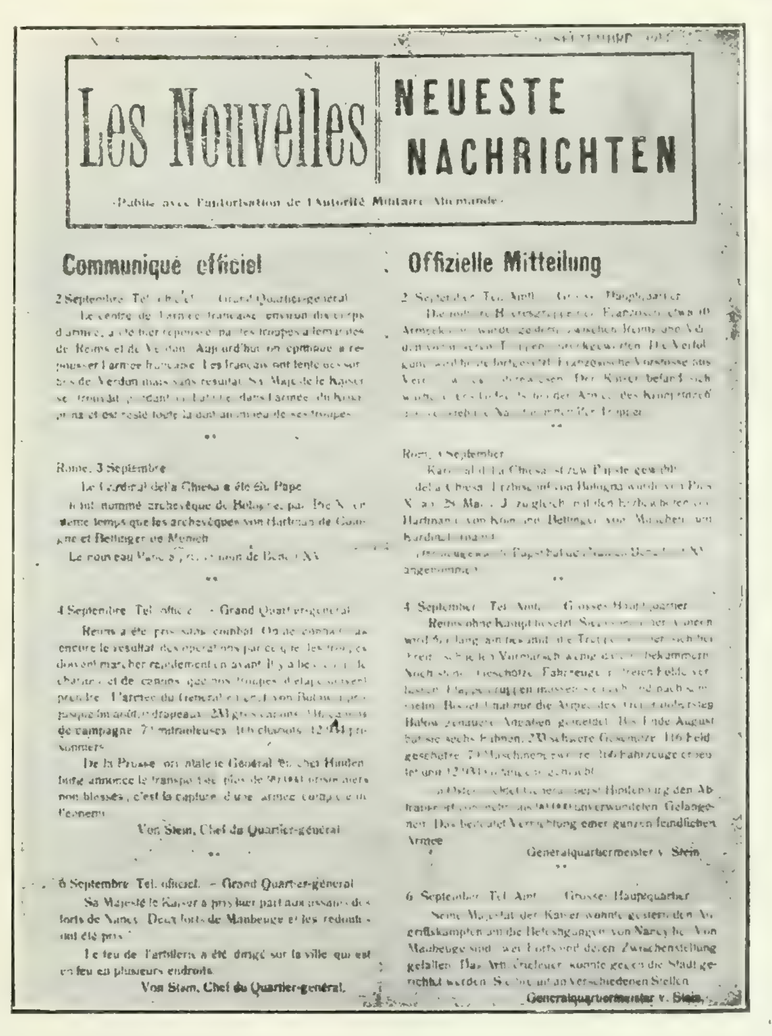
Cuando la columna de prisioneros, escoltada por sus guardianes, encuentra á otra columna alemana, los recién llegados rien señalando con el dedo á los rehenes: «*¡Vosotros fosilados! ¡Fosilados vosotros!*» Algunas veces, como ocurrió en Montigny-sur-Sambre, los cautivos tienen que pasar entre dos filas de

alemanes, que les pegan con las lanzas y las culatas, ensangrentando sus caras y sus miembros.

Si el prisionero intenta huir, no sólo pagará este acto con su vida, sino que los compañeros de infortunio sufrirán igual suerte. «Seis hombres estaban á mi derecha—cuenta el vicario L... que fué prisionero de los alemanes—, y uno de ellos, llamado Demay, de 18 años, que tenía perturbadas sus facultades mentales, intentó huir. Los centinelas le hicieron tres disparos. Más adelante supe por su madre, que consiguió encontrar el cadáver, cómo este joven fué herido en una pierna y murió falto de cuidados en una granja abandonada donde pudo ocultarse. Al oir los tres disparos, acudió el capitán del destacamento, y precipitándose sobre los hombres que estaban á mi derecha, empezó á distribuir puñetazos y á golpearles las cabezas contra la muralla. Estaba tan furioso que apenas podía hablar. Yo oí cómo terminaba sus balbuceos, gritando: «Ahora todos fusilados.» Los soldados se llevaron á los cinco cautivos que estaban á mi derecha, y poco después sonó la descarga del fusilamiento.

Los invasores no saben qué nuevas injurias inventar para sus prisioneros belgas. «En Gilli-Hauchies—dicen varios testigos—los alemanes nos hicieron arrodillar y nos escupieron en la cara, mientras que un oficial y varios hombres, dando vueltas en torno de nosotros, nos lanzaban como flechas sus bayonetas. Muchos fueron heridos de este modo.»

Los sables, las culatas y los látigos no les bastan para sus invenciones y se sirven de las hachas. Un espectáculo interminable de horrores y martirios es ofrecido á los prisioneros. Oigamos el relato que hace uno de estos cautivos de su trágico paseo entre bayonetas: «Un soldado me dió en la cabeza un culatazo que me hizo caer desvanecido en mitad de la calle. Los alemanes me obligaron á levantarme. En Lodelinsart-Bon Air, he visto á varios soldados del 10.° regimiento de infantería matar á un habitante del pueblo que estaba en el pórtico de su casa. En Lodelinsart-Duchassis, he visto á los mismos soldados arrancar á un viejo del umbral de su puerta y aplastarlo de un culatazo. En Lodelinsart-Caveau, delante del castillo, los mismos soldados han disparado contra dos civiles que contemplaban su paso, cayendo muertos en la acera. En toda esta marcha he tenido que sostener á un compañero, infeliz viejo, que no podía seguirme. Los alemanes lo arrancaron de mis brazos y lo arrojaron brutalmente sobre la acera, matándolo á culatazos. En la esclusa de Couillet sacaron de nuestras filas á dos hombres y los fusilaron en un foso al lado del camino. Un poco más allá fusilaron al señor Alfredo Georges, echevin de Lodelinsart.»



Les Nouvelles | NEUESTE NACHRICHTEN

·Publié avec l'autorisation de l'Autorité Militaire Allemande·

Communiqué officiel

2 Septembre. Tel. officiel — Grand Quartier-général

[illegible]

Rome, 3 Septembre

Le Cardinal della Chiesa a été élu Pape

[illegible]

4 Septembre. Tel. officiel — Grand Quartier-général

[illegible]

Von Stein, Chef du Quartier-général

6 Septembre. Tel. officiel. — Grand Quartier-général

[illegible]

Von Stein, Chef du Quartier-général.

Offizielle Mitteilung

[illegible]

Generalquartiermeister v. Stein.

[illegible]

Generalquartiermeister v. Stein.

UN PERIÓDICO QUE SE PUBLICA EN BÉLGICA CON LA AUTORIZACIÓN DE LA AUTORIDAD MILITAR ALEMANA

Cuando estos rehenes han presenciado bastantes horrores, los hacen volver á su procedencia, después de grandes rodeos, para que vean sus casas destruídas y sus pueblos incendiados, acompañando su libertad con una carcajada ruidosa ó una blasfemia. Esto no impide después que sean aprisionados de nuevo dos ó tres veces por otros batallones que no han gozado aún del espectáculo de su martirio.

Con frecuencia todo este círculo de sufrimientos no es más que el prólogo de un futuro calvario. Después de estos paseos trágicos, se ven conducidos prisioneros á Alemania, como les ocurrió á 600 habitantes de Visé, á 450 de Lebbeke y á toda la población masculina de los numerosos lugares situados en las cercanías de Lovaina. El triste cortejo, perdiendo de vista definitivamente la torre de su pueblo coronada de llamas, se encamina hacia lo desconocido á través del país en ruinas. Si en una estación hay disponibles algunos vagones de ganado, los alemanes amontonan en ellos á los cautivos en terrible mezcolanza. Y los desgraciados emprenden de este modo un viaje forzoso, sin saber adónde, con menosprecio de todo derecho. Un testigo vió en uno de estos vagones á dos muchachitas de 12 ó 13 años y á un niño de 10, abrazados á un viejo de cabellos blancos. Cuando llegan al campo de concentración en Alemania, estos viejos, estos labriegos inofensivos, y hasta



EL TRIUNFO DE LA «KULTUR» EN BÉLGICA

(*Punch*, de Londres)

los niños de la escuela y las mujeres, sirven á los prusianos para aumentar cobardemente el total de los prisioneros de guerra.

Porque estos cautivos son considerados como prisioneros de guerra. Hasta ahora era cosa desconocida en las naciones civilizadas que los paisanos fuesen conducidos prisioneros y considerados lo mismo que combatientes. Á todos ellos les inscriben en la espalda con letras blancas el lugar de su destino, marcándolos como á un ganado que es conducido al corral. Uno de estos prisioneros, Mr. F..., libertado á los pocos días por su calidad de ciudadano mejicano, ha descrito la vida de los infelices cautivos en el campo de Soltau. Seiscientos cincuenta vivían amontonados en un granero, sin el sitio necesario para acostarse. Por la mañana los despertaban sus guardianes con gritos variados, de los cuales el más modesto era el de *cochino*, acompañando tales palabras con golpes de látigo. El látigo intervenía en todas las circunstancias de esta existencia. El frío, el hambre y la suciedad más repugnante, reinaban en tal aglomeración. Los castigos eran frecuentes porque las víctimas no entendían el idioma con que sus carceleros formulaban las órdenes. Todo el que desobedecía una de éstas ó mostraba repugnancia ante el rancho, era atado á un pilar en medio del patio, para infundir de este modo la sumisión á los otros.

El encierro era tan horrible, y tan grande la desesperación de las víctimas, que uno de los cautivos se ahorcó. Otro perdió la razón, siendo conducido al manicomio de Lunebourg. Los sacerdotes eran insultados con cierta predilección. «Dos de entre ellos—cuenta el citado testigo—, el abate Beelaerts y el cura Hacherelle, han sufrido tales atrocidades, que un antiguo prisionero, cónsul de Rusia en América, arrestado el primer día de la guerra y puesto en libertad en Septiembre, hizo una campaña de prensa y publicó unos grabados representando á los dos sacerdotes atados en el patio del cuartel y golpeados por uno de sus carceleros. Estas publicaciones produjeron cierto escándalo, dando lugar á una interpelación en el Landtag de Hanóver. Entonces varios oficiales vinieron á la prisión, y bajo la amenaza de los golpes hicieron *firmar á todos los desgraciados una hoja en blanco*, sin duda para llenarla con una protesta contra la indicada publicidad.»

El tratamiento de los cautivos en Münster no es más humano. Allí se ha visto también mujeres y niños, algunos de éstos de menos de 11 años. Según el relato de un evadido de este campo, el hambre tortura á todos los prisioneros que no tienen dinero para comprar pan en la cantina. El fuego, la luz, la limpieza y la higiene, son cosas desconocidas. Los tuberculosos, los sifilíticos y los sarnosos, están mezclados con los demás. Dos profesores de la Facultad de Medicina de Lovaina, encerrados en el campo de Münster, pueden dar interesantes detalles. La paja que sirve de cama en las barracas, no se cambia nunca, y está infestada de gruesos piojos.

Muchos prisioneros fueron arrancados de sus casas en pantuflas y mangas de camisa, y al llegar el invierno no han tenido con qué calzarse y vestirse. Llueven los malos tratamientos, los insultos, los golpes. Entre los rehenes encorralados en Münster figura



EL APAGALUCES

(*New York Tribune*)

un hombre pacífico y benévolo, que muchas veces agradeció la bondad individual de algunos de los soldados alemanes y la hizo pública imparcialmente. Sin embargo, este testigo calmoso dice así: «Los soldados nos consideran como asesinos y nos tratan en consecuencia. Las injurias, las amenazas y los culatazos nos alcanzan á todos, hasta á los más viejos. Tantas privaciones y emociones dieron por efecto, al principio, que muchos perdiesen totalmente la razón.»

Sólo en el campo de Münster los alemanes reunieron más de 3.000 rehenes belgas. La cifra ha sido consignada por el cardenal Mercier en su emocionante pastoral. De vez en cuando alguno de estos prisioneros consigue que lo reexpidan á su pueblo. Los alemanes le prohiben que hable de su cautividad. Los vecinos le ven llegar al pueblo arruinado, pasando entre los escombros, como un fantasma enfermo y enflaquecido. No se atreve á contar nada. Á los que le interrogan les podría decir en voz baja, como el Dante: «Soy un hombre que viene del infierno.»

□

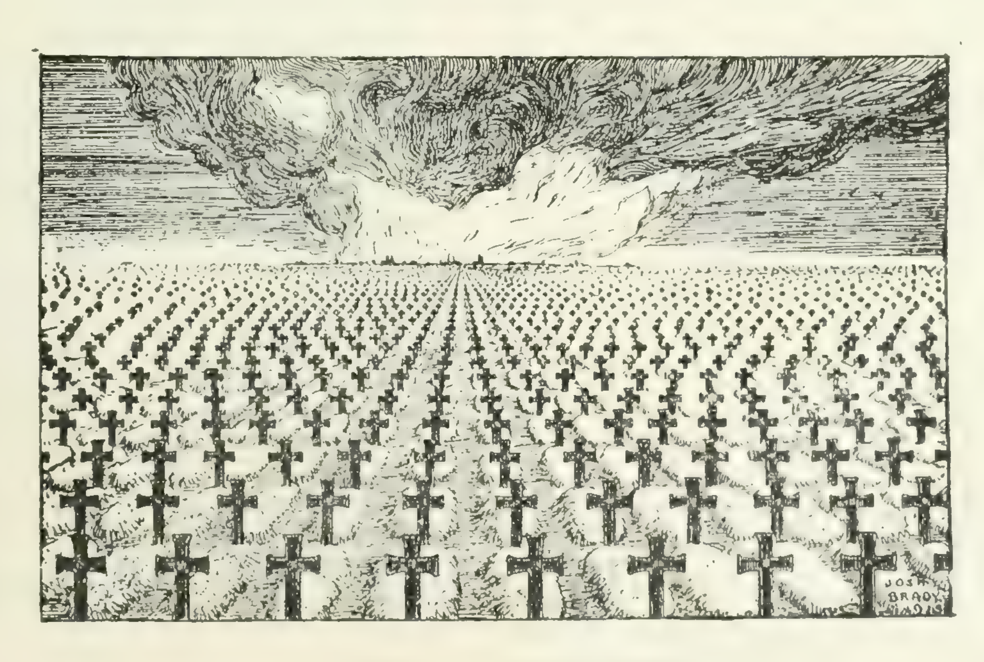
Para entretener sus ocios en las poblaciones ocupadas, los alemanes se dedicaron especialmente á la embriaguez. Lovaina, Malinas y otras ciudades belgas vieron sus calles y sus caminos casi borrados por una capa de botellas. Todos los testigos que visitaron dichos lugares á fines de Agosto y principios de Septiembre, mencionan la enorme cantidad de botellas que cubría el suelo por todas partes. Como dice uno de ellos, «los oficiales alemanes dejaron que sus tropas se dedicasen á la embriaguez colectiva, mientras ellos se emborrachaban individualmente». Sus dormitorios estaban llenos de vasos y frascos. La mesa del consejo de guerra, cuando juzgaban á alguien, aparecía guarnecida de botellas de champañ. La marcha de sus regimientos quedaba indicada por los rastros de botellas. «Dar de beber á los alemanes—dice otro testigo—es el único medio de que los vecinos pacíficos no se vean atropellados. Los invasores entran á beber hasta en las farmacias, apoderándose de los vinos tónicos.»

La soldadesca ebria quiso divertirse, y todas sus diversiones tuvieron por base el tormento ó la muerte. Fusilaron á los habitantes porque huían, y los fusilaron igualmente porque se quedaban. Ocultarse resulta un crimen, pues los invasores juzgan que el que se oculta es porque ha intentado algo contra ellos. Mostrarse cuando pasan los alemanes es otro crimen, pues creen ver en todo belga un franco-tirador que prepara traidoras asechanzas.

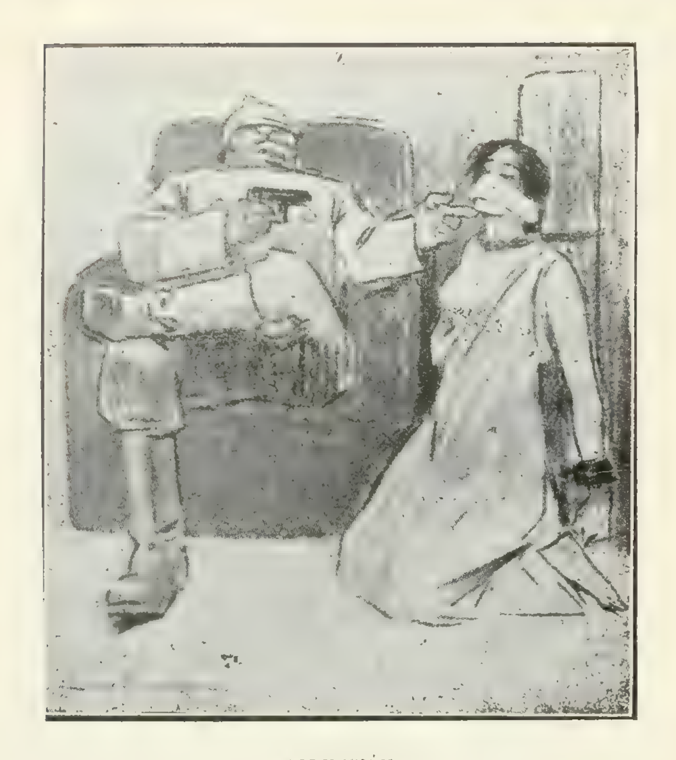


LA NEUTRALIDAD HOLANDESA
Una situación peligrosa
(Washington Evening Star)

Centenares de belgas fueron fusilados sin más delito que ocultarse en la cueva ó haberse asomado á una ventana. En Brusseghem dos jóvenes hermanas recibieron un balazo por haberse detenido á contemplar un incendio. En Wolverthem un pobre viejo, montado en una carreta, que se cruzó con un destacamento alemán, fué muerto por los soldados sin explicación alguna. Los campesinos que, aterrados por las noticias de la invasión, se ocultaron en los trigales, fueron aco-



LA ORDEN DE LA CRUZ DE HIERRO
(Life, de Nueva York)



SEDUCCIÓN

—¡No dirás que no sé hacerme amar!

sados á tiros como bestias de caza. La embriaguez hizo cometer á estos conquistadores las más impúdicas extravagancias. En algunos pueblos, después de haber tomado el baño en el río, se pasearon desnudos por las calles.

La solicitud y las atenciones de algunos belgas las recompensaron muchas veces con la muerte. Después de haber comido bien en una taberna de Tessenderloo, para manifestar su agradecimiento al tabernero, llamado Degeud, lo fusilaron. En Vlamertinghe asesinaron á una mujer mientras ésta les guisaba la comida. En los pueblos donde no podían hacer daño por orden de algunos de sus jefes, que eran severos y mantenían la disciplina, recomendaban á sus compatriotas que llegaban después el castigo de los habitantes. En Lubbeek un destacamento alemán se alojó en la posada. «El posadero—dice un testigo que llegó con unos amigos poco después—nos cuenta que los prusianos se mostraron tan contentos del modo como él los trató, que al despedirse todos le estrecharon la mano, diciendo: «Buenas personas.» Antes de partir habían escrito sobre la puerta una «buena recomendación» para que los alemanes que llegasen después respetasen al posadero. Uno de nosotros, que sabía alemán, fué á ver esta recomendación, y leyó con asombro lo siguiente: *Los habitantes de este pueblo no merecen ninguna piedad, pues han tirado contra las tropas.*»

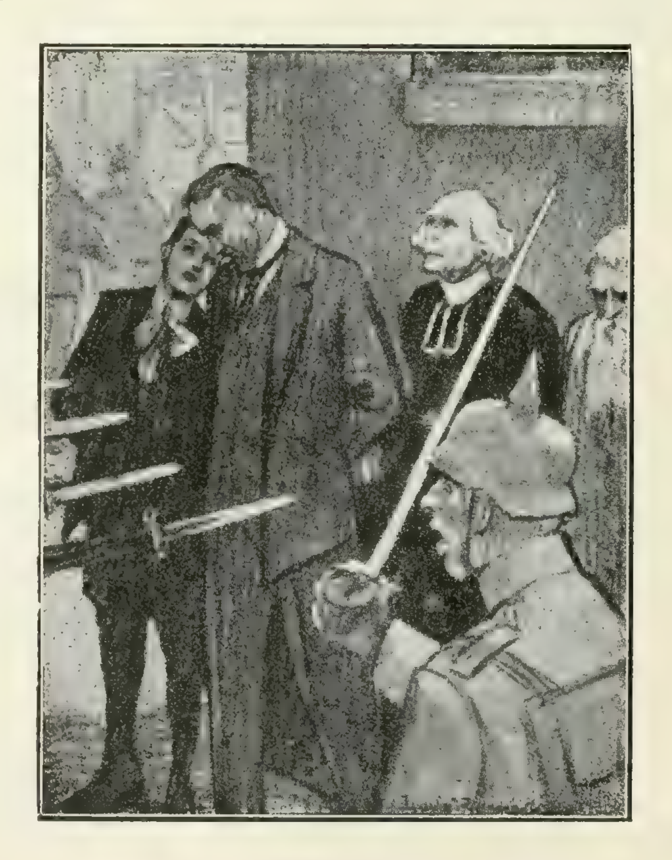
Esta doblez iba acompañada algunas veces de una pretendida ingeniosidad. Ciertos subalternos alemanes, para dar un aire de legalidad á sus pillajes, entregaban á los campesinos recibos y bonos firmados con nombres fantásticos. Algunos de estos bonos dados á cambio de alimentos y bebidas arrebatados de las tiendas, decían así en alemán: *Bono para que el portador sea ahorcado.*

El aburrimiento de la ocupación les hizo inventar juegos crueles. En Schaffen se entretuvieron rompiéndole á un hombre los brazos y las piernas. En Louveigné los oficiales organizaron un tiro de pichón en el que los cautivos sirvieron de blanco. Eran soltados por grupos y obligados á correr, mientras los tiradores disparaban sobre ellos, viendo aplaudida su habilidad por los camaradas. En Alost se divirtieron rociando con petróleo y quemando los paquetes de acciones y otros valores que habían encontrado sobre los fugitivos.

La menor queja de las víctimas motivaba su muerte. Un vecino de Visé, Mr. Cognon, fué atravesado por numerosos bayonetazos y arrojado en el río. Allí, con el vientre abierto y conteniendo sus entrañas con una mano, fué obligado á tirar de una barca hasta que murió.

El lector no extrañará que unas tropas en continuo estado de embriaguez y dispuestas á toda clase de crueldades, cometiesen con las mujeres los más repugnantes excesos. Estos atentados resultan lógicos, teniendo en cuenta la libertad en que las dejaron sus jefes. Antes de proceder al pillaje del pueblo de Andenne, los alemanes hicieron salir de las casas á los padres y las madres, y después invadieron los dormitorios, violando á las jóvenes que habían quedado solas.

Muchas veces su procedimiento fué aun más cruel, pues no se tomaron el trabajo de alejar á los padres y los maridos. Los ataron á los muebles de la habita-



LOS REHENES

Matanza de inocentes

ción, obligándolos á ser espectadores forzosos de los ultrajes inferidos á las mujeres de la familia.

Un vecino de Aerschot, atado de pies á cabeza, tuvo que presenciar el asesinato de sus dos hijos y la violación de su mujer, tendida junto á él. Luego lo enviaron prisionero á Alemania.

En Wacherzeel siete alemanes, en presencia de un marido, abusaron de su mujer, matándola después.

En Meysse, durante una noche del mes de Agosto, un soldado alemán penetró en la granja del labriego D..., registrando las diversas habitaciones. La cuñada de D... y una joven llamada María D..., sobrina suya, estaban dormidas en la cama. El soldado se desnudó, acostándose entre las dos mujeres. Una de ellas pudo huir, despavorida, y la otra fué violada por el soldado.

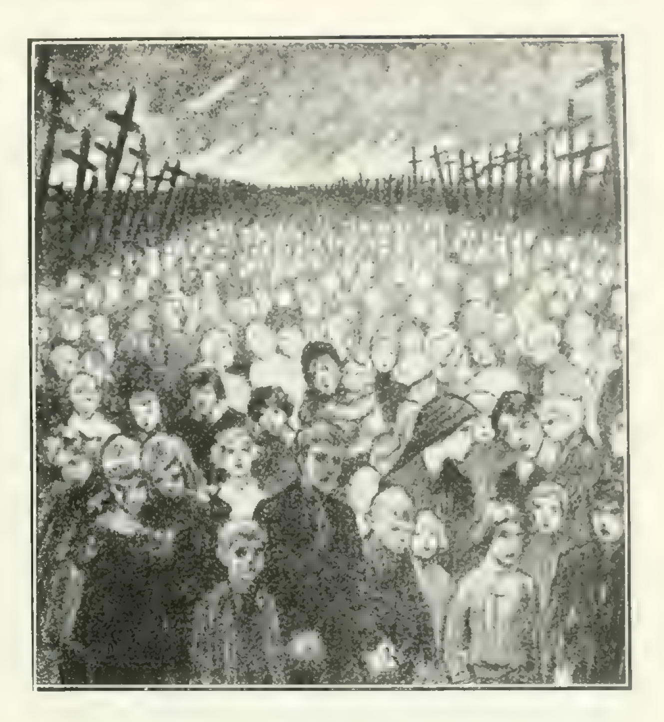
Una mujer casada del pueblo de Gelrode contó así su infortunio: «Los alemanes me detuvieron cuando yo iba á buscar agua para mis vacas. Cuatro soldados han entrado en mi casa y me han encerrado. Dos han querido violarme, pero yo me he defendido con fuerza, y al final se marcharon. Después han venido los otros dos, y sucesivamente han abusado de mí, mientras el uno ayudaba al otro manteniéndome sujeta. Me han brutalizado, y sobre todo me han infundido miedo con su amenaza de matar á mi hijo pequeño si no accedía á sus deseos.»



GUERRA CIVILIZADORA

Por aquí ha pasado la «Kultur»

Dibujos del célebre artista holandés Luis Raemaekers, publicados por el periódico *De Telegraaf*, de Amsterdán.



DESCONSUELO

—¿Dónde reposarán nuestros padres?

El 11 de Septiembre, en Renaix, la esposa S... estaba sola en su casa con sus cuatro hijos. Los alemanes la violaron bajo la amenaza de un revólver apoyado en su pecho. En Hody una madre es también atropellada cínicamente en presencia de sus hijos. En Heyst-op-den-Berg, María V... es arrojada al suelo por los soldados y violada, mientras que sus hermanitos pequeños y sus hermanas se agarran á ella y pretenden salvarla.

El 19 de Agosto la esposa A..., vecina de Blauwput, que estaba en cinta visiblemente, fué atropellada durante dos horas por los alemanes, quedando casi moribunda. En Heverlé la esposa de un empleado de la prisión fué odiosamente atropellada por un alemán de la Cruz Roja.

El 48.° regimiento de infantería de reserva, mandado por Von Bieberstein, ocupó el 26 de Agosto el pueblo de Elewyt. Las hijas de los vecinos más notables, jóvenes de 16 y 17 años, fueron violadas, mientras que otros soldados apuntaban con sus fusiles á los padres. La criada del vicario A... intentó defenderse contra estos sátiros, y la arrojaron al río, ahogándola. En Montigny fueron encontradas en una cisterna una madre y una hija sin vestidos y con señales de brutal violación. En los alrededores de Montaigu centenares de mujeres sufrieron la misma suerte.

Un granjero de Keyberg intentó proteger á su esposa, pero los alemanes lo abatieron á culatazos, y oprimido por fuertes ligaduras, lo mismo que sus hijos varones, tuvo que presenciar, desde las nueve de la noche á las seis de la mañana, cómo numerosos soldados abusaban de su mujer. La infeliz daba continuamente alaridos implorando socorro, sin que su marido pudiese defenderla.

En Buecken, cerca de Herent, los hombres de este

EN LA PRIMERA LÍNEA DE LAS TRINCHERAS BELGAS (Fot. Meurisse)

último pueblo fueron atados á la boca de los cañones, mientras las mujeres eran ultrajadas en medio de sus hijos. Las que intentaban resistirse á la violación sentían en sus pechos la picadura de las bayonetas. Al enterarse el general alemán de esta orgía, se limitó á enviar á los infelices cautivos hacia las líneas belgas. «Podíamos mataros, pero no os mataremos —dijo riendo—. Es mejor que os maten vuestros propios amigos.» Y bajo el estallido de los shrapnels envió á los cautivos hacia la artillería belga apostada en Malinas.

En Beighem unos reservistas alemanes de 30 á 35 años, entre los cuales figura el teniente Kumer, conducen á una muchacha belga á la casa del cura del pueblo, y allí abusan de ella en presencia del cura y de su hermana, venerables personas, á las que obligan á desnudarse. Estos dos ancianos tienen que presenciar, bajo la amenaza de los fusiles, los lúbricos asaltos, amenazándoles de muerte cada vez que intentan volver la cabeza ó cerrar los ojos.

Fueron miles y miles los atentados de esta clase cometidos por los alemanes en Bélgica. Un relato detallado acabaría por resultar monótono, pues los mismos horrores se repiten incesantemente.

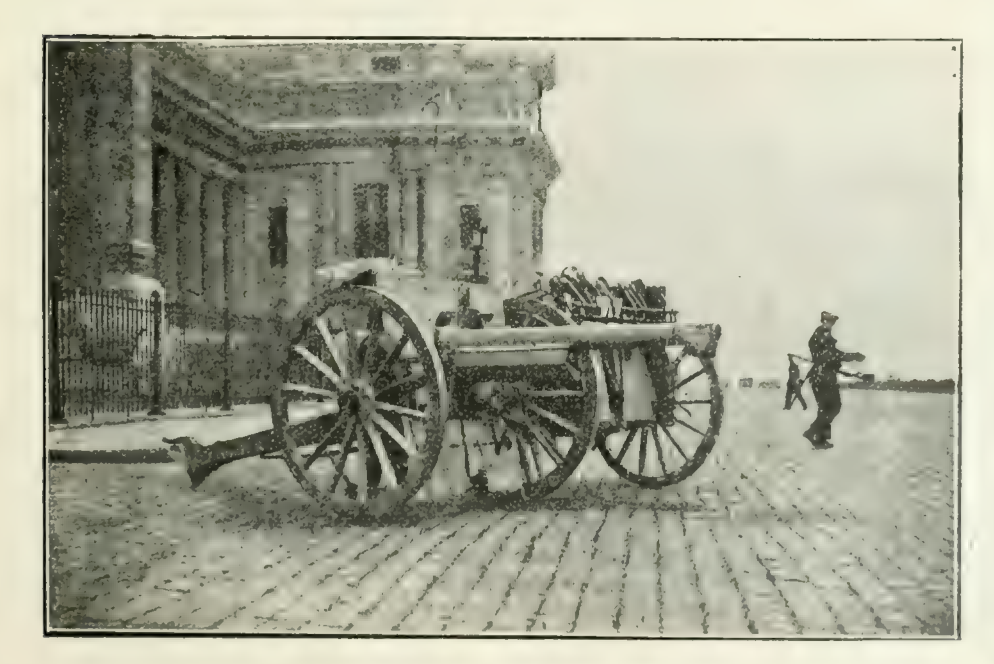
Y hay que tener en cuenta que no se sabe toda la



UNA BATERÍA ALEMANA DISPARANDO

REQUISA DE CABALLOS PARA EL EJÉRCITO BELGA (Fot. Meurisse)

verdad, ni se sabrá nunca, pues muchas de las víctimas de tales atentados procuran tenerlos secretos y se han negado á contestar á las preguntas de la Comisión. «Los hechos más criminales de esta clase —dice un autor belga—son los que han sido cometidos por los oficiales con jóvenes de la buena sociedad, en las casas donde se alojaron. Estas señoritas estaban menos preparadas que las otras jóvenes para defenderse. También han quedado en el secreto muchos de los atentados de que fueron víctimas las religiosas en sus conventos. Las mujeres atropelladas oponen una desesperada discreción á todas las averiguaciones, y nunca se conseguirá que hablen.»



LOS ALEMANES EN BRUSELAS

Los refinamientos de crueldad con que los alemanes intentaron aterrar á los belgas sobrepasan los tormentos usados por los pueblos más feroces.

«En Montigny—dicen unos testigos—hemos encontrado la mitad del cadáver de un hombre que los alemanes habían atado á su cama antes de prender fuego á la casa.» En Wart-l'Evèque unos hulanos fusilaron á Mr. Chavé, al que habían tomado como rehén, pero antes de darle muerte le cortaron las manos. En Jurbise un belga llamado An-



EL LARGO CAMINO DE LA PAZ

(De *Notenkraker*, de Amsterdán)



LA CONFLAGRACIÓN MUNDIAL

El próximo Congreso de la paz

(*Judge*, de Nueva York)

drés Vreux fué hecho pedazos *artísticamente* por los sables de sus verdugos.

En Erembodeghem los invasores ataron á los dos hermanos Temmerman á la trasera de un automóvil, y los arrastraron con la cara sobre el suelo por toda la población y un gran trecho de la carretera. Un grupo de soldados de infantería que marchaba hacia Amberes, se apoderó en Sempst del cuchillo del carnicero, y para aprovechar sin duda el hallazgo, procedió á la vivisección de un doméstico que pasaba. Le cortaron las piernas, los brazos, luego la cabeza, y acabaron por asarlo en una casa que ardía. En Lebbeke-lez-Termonde el llamado Frantz Mertens y cuatro amigos suyos fueron atados brazo con brazo por los alemanes. Con una punta de bayoneta fueron éstos reventándoles los ojos, y luego de dejarles ciegos procedieron á su fusilamiento. Todos los demás hombres asesinados en esta población fueron rematados por medio de las bayonetas, las lanzas ó las hachas.

Un magistrado de la comisión averiguadora belga dice así: «Los testigos que asistieron á esta matanza y escucharon los rugidos de las víctimas, no oyeron ni un solo tiro de fusil, pues todas las víctimas fueron sacrificadas con arma blanca. Al examinar yo los cadáveres he visto que unos tenían los hombros ó los brazos cortados, otros el vientre abierto, el pecho traspasado ó las facciones casi arrancadas. Hemos tenido que registrar los bolsillos de estos desgraciados para poder establecer su identidad. Nos era imposible reconocerlos de otro modo; tan desfigurados estaban.»

Los viejos, las mujeres, los adolescentes y los pequeños, fueron objeto de monstruosa diversión para estos soldados, que se entretuvieron haciéndoles morir con lentitud.

El 20 de Agosto, en Averbode unos hulanos encuentran á una mujer que por miedo á ellos se ha ocultado en un foso. Los guerreros del kaiser se divierten matándola á lanzazos. Una legua más allá, en Schaffen, matan á una mujer de 20 años abriéndola el vientre y echando fuera sus entrañas.

Los habitantes de los alrededores de Lovaina que se refugiaron en Amberes, atestiguan el 12 de Septiembre cómo en el pueblo de Wilsele los alemanes quemaron vivos á una mujer llamada Van Kriegelingen y sus once hijos. «La mujer y ocho de sus hijos han quedado completa-

EL TURISMO EN BÉLGICA (1917)

EL CICERONE.—Á nuestra derecha el Hotel de Ville, que data del siglo X. Á la izquierda el Museo, del estilo Renacimiento más puro.

(*Puck*, de Nueva York)



SÍNTESIS

La ambición alemana explicada por los pies

(*Le Rire*, de París)



EL TIEMPO, EL HAMBRE Y EL INVIERNO
Los tres estrategas más grandes del mundo
(Daily Graphic)

mente carbonizados. Dos han podido huir de entre las llamas, y otro, al querer escapar, ha sido fusilado en medio de la calle. Nosotros hemos visto los cadáveres de la madre y sus hijos y hemos asistido á la ejecución.»

El general Deruette, ayudante de campo del rey Alberto, vió en Hofstade el cadáver de una vieja atravesado por 10 bayonetazos. La vieja tenía en una mano la aguja y el hilo con que estaba cosiendo.



SUIZA ANTE LA GUERRA
—¡El mundo arde en derredor nuestro! ¡Dios proteja á mi patria!
(Nebelspalter, de Zurich)

En el mismo pueblo una madre busca á su hija que ha desaparecido, y la encuentra en los alrededores, pero colgada de un árbol. Un artillero belga despega del suelo los cadáveres de una mujer y su hijo, clavados en la tierra con bayonetas.

Un doctor de Malinas declaró así ante la Comisión: «La esposa... Van Rollegen ha entrado en mi hospital de Malinas el 22 de Agosto. El jueves 20, huyendo de Boortmeerbeek con su marido, fué alcanzada en una pierna por dos balas de los alemanes. Entonces se ocultó en un foso para no recibir nuevos disparos. Poco después los alemanes que habían tirado contra ella la alcanzaron y la hicieron con las bayonetas horribles heridas en el muslo y el brazo izquierdo. Así permaneció, sin socorro alguno, hasta el sábado por la noche. Las heridas estaban infectadas cuando yo la recibí en el hospital y llenas de gusanos.»



LA OBSESION DEL IMPERIALISMO
(L'Esquella de la Torratxa, Barcelona)

En la noche del 23 al 24 de Agosto los alemanes llamaron violentamente á la puerta del castillo de Kanne, propiedad del señor Poswick. La señora Poswick abrió la puerta, é inmediatamente los soldados la echaron al suelo, dándola culatazos que la hicieron perder el sentido.

El señor Derrickx, diputado, que se había refugiado en el castillo, se presentó á su vez con un niño en brazos. Inmediatamente cayó traspasado por veinte lanzas.

El domingo 30 de Agosto una patrulla de húsares, á modo de distracción dominical, se divierte tirando con sus carabinas sobre una vieja de 74 años, á la que habían encontrado en la carretera de Bruselas á Malinas. Como hay que conservar el blanco para que dure la fiesta, la mujer, llamada Catalina Van Kerchove, recibe numerosas heridas allí donde no pueden causar la muerte. Una bala se le lleva varios dedos de la mano derecha, otra le rasga una mejilla, etc.

En Battize, antes de quemar las casas, los alemanes encierran en ellas á las mujeres. En Barchon una mujer llamada Lieutenant, con sus dos hijos, uno de cinco años y otro de sólo algunos meses, es encerrada en una casa que arde, y los tres seres perecen carbonizados.

En Francorchamps, pueblo inmediato á la frontera, un pelotón de hulanos pide á la señora Boby, de 60 años, que haga café. Cuando la pobre mujer les está sirviendo este líquido, los alemanes la arrojan sobre un montón de estiércol y la matan tranquilamente. En el mismo pueblo matan á otra mujer, Fernanda Legrand, que huía llevando en los brazos á un hijo de pocos meses, el cual también fué muerto.

El prelado Monseñor Carton de Wiart, hermano del ministro de Justicia de Bélgica, declara así: «Cuando los alemanes entraron en Hastiere, una mujer estaba sentada con sus dos hijos en el borde del camino. Sin que nada justificase el atentado, los invasores le infirieron cinco heridas: dos tiros de revólver y tres bayonetazos, atravesándole uno de éstos el seno derecho. Durante seis horas permaneció abandonada y cubierta de sangre al lado del camino.»


EL IMPERIALISMO TEUTÓN

El testigo Boudin, refugiado en el Mediodía de Francia, declaró á las autoridades francesas que había presenciado el 7 de Agosto, en Herstal, cómo los alemanes mataban á una mujer que tenía un niño en los brazos.

Un soldado llamado Marschal declaró que haciendo un reconocimiento entre Diest y Aerschot vió á tres hulanos que salían de una casa. La patrulla belga de que formaba parte Marschal persiguió á los tres alemanes, matándolos. Luego, al entrar los soldados en la casa, encontraron el cadáver de una mujer tendido sobre una mesa y atado á ésta con varias vueltas de cuerda. La mujer tenía las faldas levantadas, el vientre con profundos cortes y las piernas manando sangre. Ante la sub-comisión averiguadora de Londres, el cabo del ejército belga Ruyter declaró haber visto en Sempst los cadáveres de dos recién casados que habían contraído matrimonio ocho días antes, y estaban atados á un árbol. En Alost los soldados alemanes incendiaron la casa de Franz Dewit, cuya mujer había dado á luz pocas horas antes.

En Lovaina una mujer que acababa igualmente de dar á luz, fué muerta de un balazo en la cabeza mientras que su marido la transportaba en brazos. Loco de terror y con el deseo de salvar á sus hijos, el infeliz dejó el cadáver en el suelo para correr, arrastrando á sus pequeños. Cuando éstos quedaron en seguridad, volvió sobre sus pasos para recobrar el amado cadáver, pero vió con asombro que los alemanes habían machacado á culatazos la cabeza de la muerta. En Thy-le-Chateau el soldado belga Possaer encontró á una mujer atada á la rueda de una carreta, y que aun estaba viva, pero sin sentido. La infeliz no conservaba sobre su cuerpo ninguna ropa, y presentaba señales de haber sido horriblemente brutalizada.

Los rehenes escogidos por los alemanes en Lovaina fueron obligados á dar varias vueltas alrededor de la ciudad mientras ésta ardía. Algunos de los rehenes, que eran vecinos de gran posición social, pudieron contar al verse libres los horrores que habían presenciado. «Me acuerdo especialmente—dice uno de ellos—de haber visto el cadáver de una mujer joven, casi desnuda, con los cabellos quemados y la piel de los brazos enrojecida por el fuego. Sus miembros estaban retorcidos por contorsiones atroces, que me recordaron las de los cadáveres encontrados en Pompeya.»

Un segundo testigo añade: «Más lejos había una casa quemada, y en el umbral estaban los cadáveres tostados de los dueños: un hombre y una mujer. La mujer estaba tendida de lado, con el vientre abierto, las entrañas pendientes y el brazo izquierdo replegado ante los ojos, como para escapar al horror de la escena que debió ver. La cara tenía una expresión de sufrimiento y de miedo imposible de describir.»

Resulta de estas declaraciones y de otras, que muchas mujeres fueron quemadas vivas por los alemanes.

En algunos sitios los invasores se limitaron á matar á los hombres de la casa, respetando la vida de las mujeres, pero con tales condiciones, que muchas de ellas hubiesen preferido morir. En Retinne un marido es fusilado delante de su mujer, y luego los alemanes obligan á ésta á que salte varias veces sobre el cuerpo ensangrentado. En una casa cerca de

Ardenne los invasores matan al dueño y obligan á su esposa á que les dé de cenar y les sirva los platos. Cada vez que la infeliz mujer ha de acercarse á la mesa tiene que pasar sobre el cadáver de su esposo.

«Muchas veces—dice un testigo—las mujeres se ven salvadas de la muerte por los invasores únicamente para poder gozar éstos con los tormentos de su alma. En Francorchamps, el señor d'Archambeau que está herido, se refugia en la cueva de su casa con su esposa, su cuñada y sus hijos. La casa empieza á arder. Al oir por un tragaluz los gritos de la familia implorando socorro, acuden varios soldados alemanes y un joven oficial de 20 á 22 años de edad. Gracias á sus esfuerzos la familia sale del encierro, pero apenas están en la calle, el joven oficial saca su revólver, apunta al señor d'Archambeau y lo mata sin explicación alguna.

Otras veces conceden á las mujeres lo que les piden, pero para obtenerlo deben arrodillarse y humillarse. Muchos testigos han hecho la descripción de las noches lúgubres, durante las cuales sólo se oyen en las aldeas los lloros y súplicas de las mujeres. Los alemanes se divierten en torturarlas moralmente, mientras ellas esperan con ansiedad su aprobación. Las más de las veces abusan de su miedo y de su exceso de credulidad. Una pobre mujer ha declarado así: «Me arrancaron de los brazos á mi hijo pequeño, diciendo que iban á meterlo en una marmita para hacer la sopa. Lo han desnudado y lo han puesto sobre la mesa al lado de dos sables desenvainados, diciéndome que debía yo misma despedazarlo. Afortunadamente sonó la trompeta llamándolos, y han desaparecido.» Se ve en esta declaración que los alemanes estaban de buen humor, y tal vez quisieron divertirse abusando de la credulidad de la pobre mujer. Pero si fué una broma la amenaza, no por ello deja de representar un tormento cruel para una mujer sencilla.

Los viejos no se salvaron de este martirio general á pesar de su temblorosa debilidad. «Es incalculable—dice un magistrado belga—el número de ancianos que han sido muertos ó heridos por los invasores. Solamente en la región de Charleroi su número fué considerable. En Couillet cuatro viejos fueron asesinados, tres en Bouffioulx y tres en Farciennes. Un anciano de 77 años fué asesinado en Monceau-sur-Sambre. En Francorchamps un anciano de 70 años, llamado Derlet, es obligado por los alemanes á llevar cubos de agua para sus caballos. Como muestra de agradecimiento lo matan así que termina su trabajo. En los alrededores de Molenstede un viejo que había llegado á la avanzada edad de 98 años, intentó proteger á una de sus nietas violada por los soldados. Éstos lo ataron á un árbol, y amontonando paja junto á sus pies, lo quemaron vivo. En Hérent un octogenario fué atado á su sillón, y luego le abrieron el cráneo. En Mouland un abogado de Lieja vió descubrir el cadáver de un anciano que había sido enterrado vivo el día antes. Treinta hulanos penetran en Quaremont, en la casa de un anciano llamado Poorter, y le exigen que les dé forraje. Cuando el viejo ha entregado todo lo que tiene, los alemanes lo arrinconan á patadas. Cuatro soldados se agrupan imitando la actuación de un consejo de guerra, y anuncian luego al anciano con aires de sentencia que no será fusilado, pero que va á sufrir la pena de la flagelación. Poorter, que está enfermo y apenas puede caminar, es conducido á cierta distancia de su casa entre empellones y golpes. Los hulanos le tienden en el suelo, y uno con un látigo, otro con una barra de hierro, lo golpean hasta que se desmaya cubierto de sangre. Un vecino de Lens llamado Thildonck, estaba hablando con sus vecinos en la puerta de su casa, cuando llegaron unos hulanos y lo hirieron por no haberse retirado oportunamente. Su hijo Arnoldo lo acuesta sobre una carretilla, y corre á buscar un poco de agua fresca para dársela á beber. Cuando vuelve encuentra que su padre ha sido rematado á sablazos por uno de los jinetes.»

EL COMENSAL DE LA POBRE BÉLGICA

—¡Más, aun más, siempre más!

(Dibujos de Alberto Hahn, del *Notenkraker*, órgano socialista de Amsterdán).

«Los alemanes llegaron á Wesemael—cuenta un pobre hombre—y yo me refugié en la pocilga de los cerdos, porque estoy medio paralítico y no podía huir. Dos soldados me han descubierto y han querido llevarme con ellos. Viendo que no podía marchar me han atado las manos á la espalda y me han arrojado al fondo de un pozo. Allí he permanecido del lunes al miércoles sin comer nada. Un vecino de 82 años ha venido á buscarme y me ha librado de la muerte.»

«Entre los prisioneros civiles de Wilder—dice otro testigo—había un enfermo, Juan Volkaerts, idiota de nacimiento, y Luis Hendrix, de 80 años, ciego y casi paralítico. Estos prisioneros, como es natural, no podían seguir el paso de la tropa. Cerca del castillo de Wilder los alemanes los colocaron fuera de las filas, á 30 metros en pleno campo. Sin dar explicaciones, dos soldados y un oficial se acercan á ellos. El oficial grita: «¡Fuego!» Los dos caen muertos y los alemanes continún su marcha sin volver la cabeza.»

sobre la espalda y el tronco destrozado por numerosos golpes.

«He visto en este mismo pueblo—declara el general Deruette—el cadáver de un niño que había sido muerto en el momento que imploraba misericordia. Esto se adivinaba por la posición de su cuerpo.»

«He visto en Hallembaye—escribe en su informe un ingeniero del Estado—cinco infelices campesinos prisioneros, cubiertos de heridas y con las manos atadas, que los alemanes empujaban á golpes hacia un grupo de oficiales. He visto también á un pastorcillo de 13 años con las mejillas atravesadas por un bayonetazo y los dos brazos chorreando sangre.»



SOLDADOS BELGAS EN EMBOSCADA DEFENDIENDO UN CAMINO (Fot. Rol)

Los niños no fueron más respetados que las mujeres y los ancianos.

—¿Cuál es el camino de Gante?—pregunta el jefe de una patrulla á un niño del pueblo de Ternath.

El pequeño ignora el alemán.

—No comprendo—contesta en flamenco.

Para castigar esta ignorancia que consideran un insulto, los alemanes le cortan las dos manos y el niño sucumbe por la pérdida de sangre.

El 27 de Agosto, en Werchter, el cónsul de Bélgica en Uganda vió flotar bajo un puente el cadáver de una joven de 12 años. En la noche del 25 al 26, el conde de Hemtinne, soldado voluntario del ejército belga, recogió cerca de Malinas el cadáver de un muchacho de 13 años, atravesado por numerosos lanzazos. En Hofstade otro muchacho de no más edad fué encontrado muerto, con las manos atadas

En Roselies figuraron entre los heridos un muchacho de 13 años y una muchacha de 11. El 26 de Agosto un niño de 9 años intenta seguir á un grupo de mujeres expulsadas por los alemanes del pueblo de Campenhout. Los soldados lo hieren de un balazo en una pierna. Una muchacha de 15 años huye de Malinas hacia Lovaina, y los alemanes la matan en el camino. Un hijo de Mr. Cailleaux, vecino de Montigny, recibe en el pecho un balazo de un alemán, mientras su padre, cerca de él, habla con un oficial.

El 8 de Septiembre, en las primeras horas de la mañana, un granjero de Cuatrecht es aprehendido con sus dos hijos. Los alemanes lo atan á un árbol frente á su casa y matan en su presencia á los dos jóvenes.

Uno de éstos muere inmediatamente; el otro queda mal herido, y los invasores lo arrojan en el interior de la granja, á la que acaban de prender fuego.

En Pin, cerca de Izel, dos muchachos inmóviles á un lado del camino miran cómo llegan los hulanos. Estos los aprisionan al pasar, les atan los brazos y los obligan á correr entre sus caballos, que emprenden el galope. Sus cadáveres fueron encontrados horas después en un foso. Tenían las rodillas descarnadas con el hueso al aire. Los dos habían recibido un balazo en la cabeza. Uno de ellos tenía además el cuello cortado y el pecho abierto. En el camino de Lovaina á Malinas, un muchacho que los alemanes llevan prisionero no marcha con la prisa que éstos desean y recibe numerosos golpes. Desesperado se arroja en un canal, y cuando su cabeza vuelve á aparecer en la superficie, los prusianos se divierten tirando contra ella, como si fuese un blanco flotante. En Schaffen un adolescente fué atado á unas persianas que habían sido rociadas de petróleo y quemado vivo. En Rethy y en Testelt dos muchachas de menos de 12 años fueron asesinadas. En Wacherzeel un pobre muchacho es desnudado hasta la cintura por los alemanes, y éstos se divierten arrojando bayonetas contra su débil torso, infligiéndole el martirio de San Sebastián.

En Pertrix, un hermano y una hermana, los dos adolescentes, son asesinados por los alemanes. Después de cometido el crimen desnudan los cadáveres y colocan al hermano sobre la hermana en una posición indecente é indescriptible, que supone una monstruosidad teniendo en cuenta el parentesco de las víctimas. Los verdugos ríen celebrando esta broma repugnante. ¡Y muchos de estos soldados—según decía con orgullo uno de sus generales—eran en su país padres de familia!...



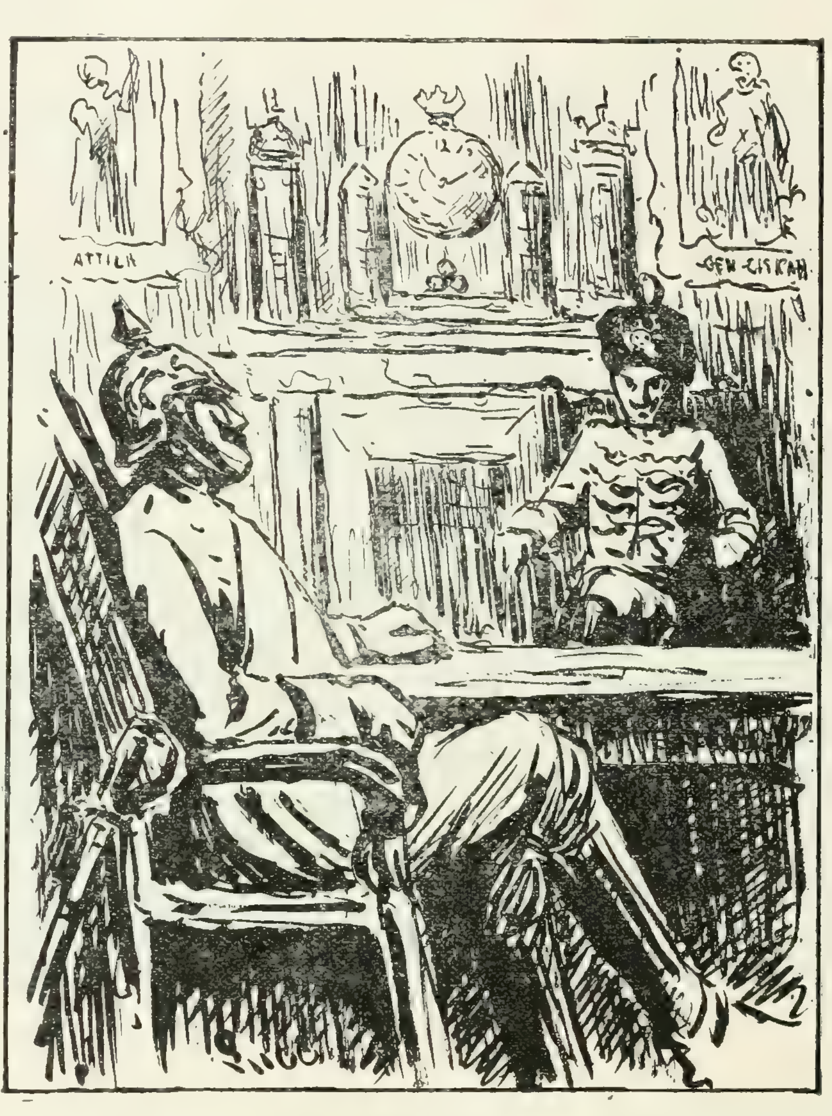
UN SOLDADO BELGA ENTRE LAS RUINAS DE UNA GRANJA DISPARANDO SU AMETRALLADORA (Fot. Rol)

En Ans ocurrió uno de los mayores crímenes de la invasión, que provocó grandes indignaciones en todo el mundo. Un niño de 6 años jugaba en medio de la calle con un fusil de madera, imitando los gestos de los soldados. Inocentemente apuntaba á los transeuntes, balbuceando: «¡Alto!» «¡Fuego!» Pasó un grupo de alemanes, y un soldado contestó á las voces del niño echándose el fusil á la cara y disparando á menos de dos metros. El niño cayó muerto instantáneamente. El alemán también había querido jugar.

El testigo belga Ollevier declara así: «Los alemanes me tomaron á mi niño el menor. En la noche de nuestro primer día de cautividad, tres oficiales vinieron á llevárselo. Lo tuvieron con ellos dos horas. Luego me lo devolvieron diciendo que «ya tenía un recuerdo de los alemanes». La punta de su naricita y un dedo pulgar los tenía quemados por el fuego de un

cigarro. Estos oficiales llevaban el número del regimiento 59.° Su edad era de 35 á 40 años. Se llevaron al niño al bosque. Todos ellos estaban borrachos. Mi niño tiene tres años»... El balbuceo de este padre representa un inmenso dolor.

Los invasores, para aterrar al pueblo belga, se ensañaron hasta en los niños de más corta edad. El 18 de Agosto fueron recogidos en Testelt los restos de un niño de dos años, llamado Deneef, muerto de un balazo en la cabeza. El pequeño Deckers, su vecino, que era de la misma edad, sufrió igual suerte. Cerca de allí, en Betecom, el teniente de artillería Lemaire encontró dentro de un pozo los cadáveres de una mujer, de un hombre y de un bebé, que el padre guardaba estrechamente entre sus brazos. El soldado Gervais encontró cerca de Lummen, arrojado en un foso, el cadáver de un niño con las entrañas pendientes. La familia Valkenaers, vecina de la aldea de Kelfs, fué objeto de una fatal predilección por parte de los invasores. Todos fueron asesinados, padre, madre, hijos, sobrinos y sobrinas. Entre los muertos estaban Emilio Valkenaerts de 13 años, Juana de 7 y Julio ¡que tenía dos!



EN FAMILIA

—Si nos abandonase el dios de las batallas, montaríamos una empresa de derribos

(Dibujo del pintor Maximilien Luce, de *L'Europe anti-prussienne*)

«He encontrado cerca de Lieja—dice el testigo Fernando Mari—á una mujer que huía de su casa llena de terror, vestida apenas y con un niño en los brazos. Un soldado le ha cortado la cabeza al niño, y ha marchado largo rato junto á la madre enseñando la cabeza de su hijo.»

En Montigny-sur-Sambre un alemán obligó á una mujer á que arrojase en la cisterna á su hijo que tenía 18 meses. Tres niños fueron asesinados en Farciennes. Uno de ellos sólo tenía cinco meses y lo mataron en los brazos de su madre.

Á principios de Octubre, el sargento belga Delille, que manda una patrulla, expulsa á los alemanes del pueblo de Zillebeke. Cuando registran las casas encuentran á un soldado alemán que duerme profundamente. «Al examinar su mochila—dice el sargento—hemos encontrado la mano de un niño como de dos á tres años. Esta mano había sido cortada un poco más arriba de la muñeca. Enfurecidos hemos preguntado al alemán: «¿Eres tú quien ha hecho esto?» Y como al fin ha tenido que confesar su crimen lo hemos fusilado inmediatamente.» Hay que hacer constar que este soldado era algo viejo y pertenecía á la reserva; un soldado de la *landwehr*, un padre de familia de los que hablaba el general alemán.

El 20 de Octubre, en las riberas del Iser los soldados belgas registraron á seis alemanes que acababan de hacer prisioneros. En sus mochilas descubrieron dos manos de niños recientemente cortadas. Como se ve, *los padres de familia* de Alemania sienten predilección por estos gloriosos trofeos. Al pasar por algunas aldeas belgas hubo soldado alemán que ostentó con orgullo de triunfador un niño de pecho ensartado en su bayoneta.

Los invasores habían recibido la orden de aterrar al país, quedando á la voluntad y á la fantasía de cada uno de ellos el modo de conseguirlo. El general belga Barón de Stein, escribió el 18 de Septiembre lo siguiente á la Comisión averiguadora:

«Bárbara Vervandert, esposa de Franz Dewit, habitante del pueblo de Humbeek, me declara que los alemanes han publicado esta mañana un aviso ordenando á todos los habitantes que abandonasen la localidad antes de las diez de la mañana. Esta mujer salió con sus seis hijos, tres en una primera carreta y otros tres con ella en la segunda. La primera carreta había tomado un avance de más de cien metros,

cuando al llegar á la capilla de San Roque sonaron junto á ella varios disparos. Dos niños, Juan y Florentina, de 10 y 6 años respectivamente, quedaron muertos en el acto. El cerebro del mayor fué proyectado á lo lejos por las balas, así como su gorra. El conductor huyó despavorido con la carreta que contenía los cadáveres. Cuando llegó al lugar del suceso el segundo vehículo, en el que iba la madre, ésta vió á los alemanes que pateaban la gorra y los restos del cerebro, gritando: «*Belgische Bluth.*» La madre les dijo aterrada, al reconocer la gorra, que estos restos eran de la cabeza de su hijo, pero ellos respondieron con risas: «*No; son de caballo belga.*» Y arrojaron las piltrafas á un lado del camino... Los cadáveres han sido conducidos hasta aquí, y yo los he hecho examinar por el médico del 3.° batallón de cazadores, el cual cree, sin poderlo afirmar, que las heridas han sido causadas por balas *dum-dum.*»

Como se ve, estos hombres, ante una madre que contempla aterrada el cerebro destrozado de su hijo, se permitían las más estúpidas bromas. Los oficiales se mostraron en muchas ocasiones tan brutalmente graciosos como sus hombres.



DE LIEJA Á YPRES (4 DE AGOSTO 1914-1.° DE FEBRERO 1915)

—¿Ven ustedes á Bélgica?... ¡Pff! Pues ya no la ven

(*Life*, de Nueva York)

En Lovaina una madre joven acudió desolada ante un oficial pidiéndole socorro: «¡Señor, mis hijos están en aquella casa que arde; ayudadme á salvarlos!» Y el oficial, sonriendo, le contestó en francés: «¿Conque tenéis hijos, madama? Pues bien, yo no tengo ninguno; así es que nada me importan los vuestros.»

Pero el colmo del cinismo de estos oficiales elegantes, encorsetados y con el monóculo en un ojo, que se creen superiores al resto de los hombres, queda patente en el siguiente relato que hace Nothomb:

«En un pueblo saqueado por los alemanes, la baronesa de X... se ve retenida en una casa, mientras que al otro lado de la plaza arde y se derrumba su vivienda, donde ha dejado á sus hijos. Libre al fin, corre las calles del pueblo hasta encontrar á sus cuatro pequeños que en compañía de una doméstica se han refugiado en el atrio de un monumento público y contemplan temblando las llamas. La señora los estrecha en un abrazo común, y luego, á través de las ruinas y los incendios, huye hacia el campo llevando á los dos más pequeños en los brazos, mientras la criada la sigue con los otros dos.

Atravesando los campos llega á una aldea donde la víspera se elevaba todavía un castillo de su propiedad. Anonadada por las emociones, interrogó con voz suplicante á un oficial prusiano que pasa:

—Señor: yo soy la dueña del castillo. ¿Puedo volver á él? ¿No ha sufrido nada?

—Nada—responde con galantería el teniente—. Yo mismo voy á guiaros hasta vuestra vivienda.

El oficial la acompaña por entre las arboledas del parque con una cortesía exagerada y un tanto irónica. Al dar vuelta á un grupo de árboles ven un montón de ruinas humeantes.

—He ahí, madama—dice el alemán—, vuestro hermoso castillo.

La infeliz señora rompe á llorar y los niños lloran igualmente. El teniente prusiano sonríe satisfecho de su ingenio.

—¿Por qué no os habéis quedado en el castillo, madama?—dice con expresión maliciosa—. Nada de malo os hubiese ocurrido. Al contrario, sólo habríais tenido algún incidente... muy agradable.

Y acompañando estas últimas palabras con un guiño de fatuidad y un gesto soez que pretende ser amable, añade:

—Una mujer que prueba á un alemán no soporta en adelante á los otros hombres.

El teniente saluda y se va.»

He aquí un superhombre de la Alemania «sal de la tierra», regeneradora del mundo.

▫

Las ciudades fueron tratadas con igual crueldad que las personas. La soldadesca alemana destruyó con una cólera bárbara ciudades que eran verdaderos museos. Ya hemos descrito lo ocurrido en Aerschot y en Lovaina. Otras poblaciones sufrieron igual suerte. Dinant, Andenne, Termonde y Tamines fueron igualmente ciudades mártires.

Más adelante relataremos los combates sostenidos por franceses y belgas contra los alemanes en el Sur de Bélgica. Como en esta parte de la obra nos limitamos al relato de las atrocidades cometidas por los invasores del país belga, prescindiremos de las operaciones de guerra que facilitaron la entrada de los alemanes en nuevas poblaciones.

Varios días antes de la batalla que sostuvieron los franceses en Dinant contra el avance alemán, y que relataremos oportunamente, una columna alemana entró el 21 de Agosto en esta pequeña ciudad del Sur de Bélgica. Dinant había sido evacuado por las fuerzas belgas y los invasores entraron en ella sin resistencia, matando algunas personas y quemando unas cuantas casas, para retirarse inmediatamente. El 23 volvieron formando una columna de importancia. El regimiento de infantería 108.° marchaba á la cabeza. Eran las seis y media de la mañana.

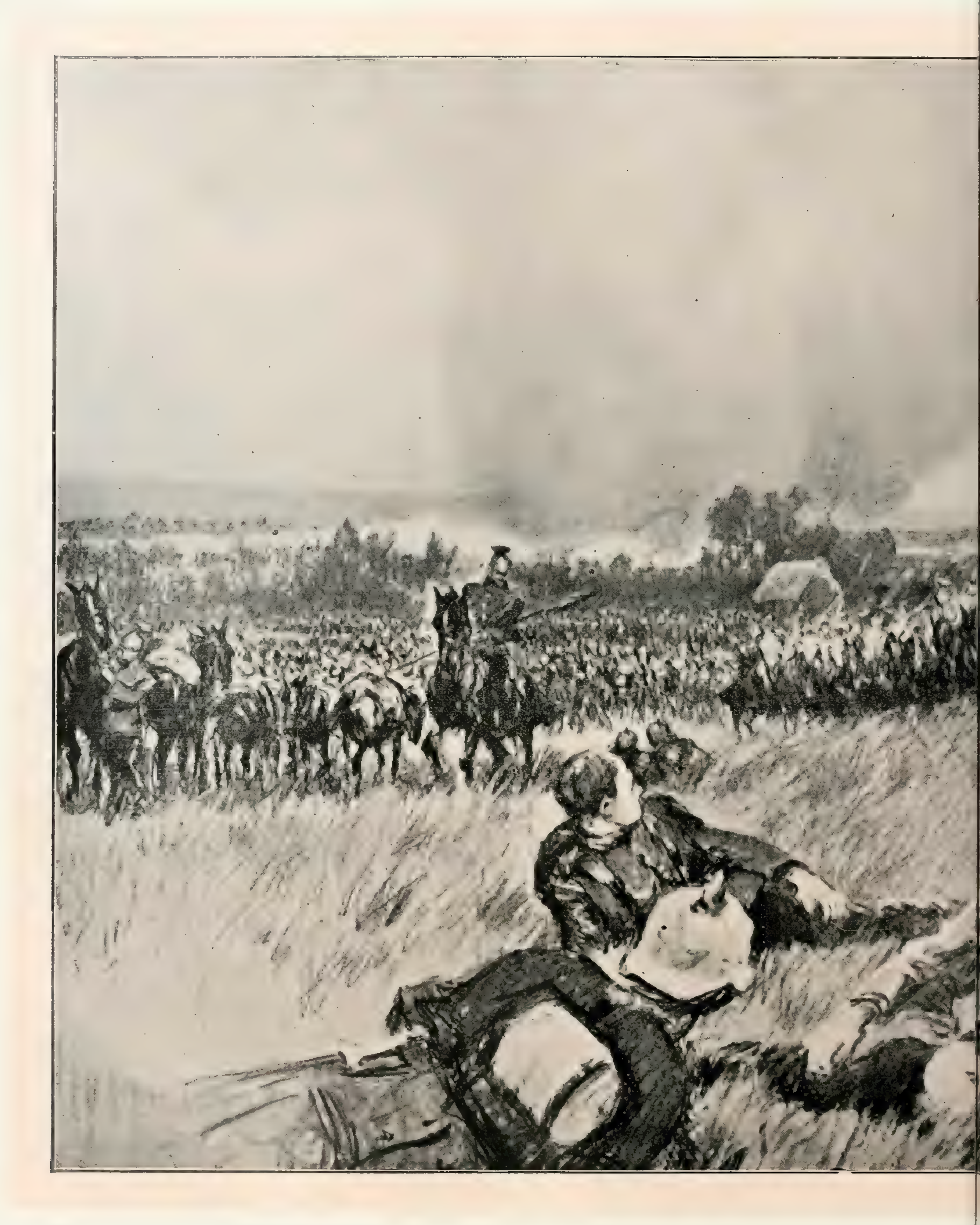
Al pasar cerca de la iglesia de los Premontenses, donde se decía una misa, los alemanes se arrojaron sobre la masa de fieles, separando brutalmente á las mujeres de los hombres. Cincuenta hombres fueron fusilados y las mujeres quedaron encerradas en el convento. Varios destacamentos alemanes se esparcieron por las calles llamando á las puertas y matando á los que las abrían. Centenares de mujeres y de niños fueron amontonados en los conventos y en la prisión de la ciudad.



TRINCHERA ALEMANA DE ARTILLERÍA CON RAÍLES PARA TRANSPORTAR UN MORTERO 42

Las mujeres del arrabal quedaron encerradas durante varios días en la Abadía de Leffe, y los soldados acudieron á este punto como un lugar de placeres para cometer los excesos más odiosos. El primer día se negaron á alimentar á las prisioneras, el segundo les dieron un poco de pan negro, y el tercero permitieron á algunas de ellas que arrancasen verduras del jardín de los frailes.





Dibujo de Gilbert Holiday, de «The Illustrated London News»

Los regimientos aleman



s avanzando sobre Visé



Aterradas todas ellas cayeron á los pies de sus atormentadores, preguntándoles qué pedían por dejarlas libres. Los alemanes contestaron que concederían su libertad á cambio de 30.000 francos. Lo enorme de esta suma, tratándose de pobres obreras, no las desalentó. Muchas guardaban ocultas en las ropas sus economías, y cotizándose entre ellas llegaron á reunir 15.000 francos. El jefe del destacamento tomó el dinero y no las puso en libertad. Su tormento se prolongó durante tres días. Los soldados, ebrios, anunciaban á todas horas que las iban á fusilar. Luego cambiaron de suplicio haciéndolas saber que serían quemadas vivas, y para aumentar su terror, encendieron debajo de las ventanas unas hogueras de paja. Al fin las puertas del convento se abrieron para ellas el cuarto día, y el rebaño de pobres mujeres se esparció por Dinant para contemplar la ciudad destruída y sus casas convertidas en calcinados esqueletos.



CAMPESINA OFRECIENDO PAN Á UNA PATRULLA DE LANCEROS BELGAS

(Fot. Rol)

Una de estas cautivas, madama P..., experimentó una inmensa alegría al ver de lejos su vivienda intacta. Entró en ella seguida de sus seis niños, y lo primero que encontró en el vestíbulo fué el cadáver de su marido, que había sido muerto cuatro días antes. Ayudada por sus pequeños, enterró el cadáver en el fondo del jardín. El infeliz había pasado la última semana dedicado á inhumar los alemanes muertos en la batalla del 15 de Agosto.



QUITÁNDOSE LA CARETA

(*The Graphic*, de Londres)

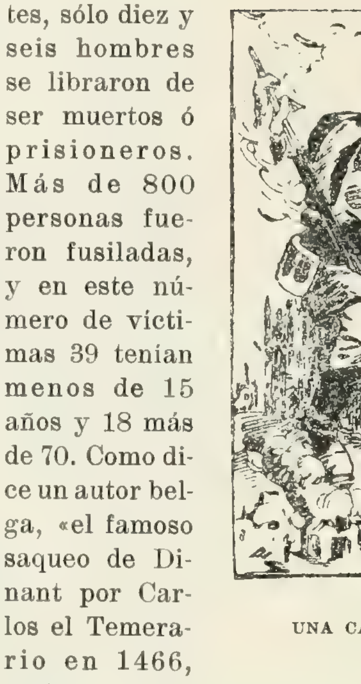
Las otras mujeres puestas en libertad, atravesaron lo que restaba en pie de la población. De 1.400 casas que componían Dinant y sus arrabales, sólo unas 200 se mantenían intactas. En los alrededores de una iglesia, cuyos escombros estaban manchados de sangre, aparecían tendidos 120 hombres muertos con ametralladora. Un poco más allá habían sido fusilados 84 hombres. Para que no se salvase ninguno, los alemanes habían fusilado este amontonamiento de víctimas por tres lados á la vez. Una niña de tres años fué encontrada viva sobre uno de los montones de cadáveres.

En una fábrica de hilados, los obreros y obreras permanecieron ocultos muchas horas en las cuevas del edificio. El director de la fábrica era el señor Himmer, cónsul de la República Argentina. Los obreros salieron del establecimiento llevando al frente una bandera blanca con objeto de inspirar piedad al invasor. Además, el cónsul Himmer había izado la bandera argentina para evitar un atropello. Los alemanes hicieron prisioneros á los obreros y arrancaron la bandera atropellando al cónsul. Setenta obreros fueron fusilados inmediatamente sobre el terreno. El cónsul Himmer, á pesar de sus protestas y de hacer valer su calidad de representante de la República Argentina, fué fusilado igualmente. Un grupo de mujeres que quedó encorralado en un camino junto á la roca cortada verticalmente, sucumbió bajo el fuego de las ametralladoras.

El director de la sucursal del Banco Nacional en Dinant, Mr. Javier Wasseige, se negó á revelar el



LA FAVORITA
—¡Viens, Poupoule, viens...!
(*Le Rire*, de París)



secreto de la caja de caudales del establecimiento, siendo condenado á muerte por esta negativa. Dos de sus hijos le acompañaron en el suplicio. Uno de ellos, de quince años, recibió la descarga sin morir inmediatamente, y durante varias horas gimió de dolor al lado de los cadáveres de su padre y su hermano, pidiendo que por caridad lo rematasen. Ninguno de sus verdugos atendió esta súplica, dejando que se prolongase su agonía. La señora Wasseige huyó aterrorizada, llevando en brazos á su hijo más pequeño. Otros de sus hijos menores, Isabel, Esteban y Simón, pobres niños, estupefactos de terror, fueron conducidos prisioneros por las tropas alemanas. Un doctor de Dinant, cuya esposa había dado á luz tres días antes, tuvo que ocultarse con ésta y el recién nacido en la alcantarilla de la cárcel. Allí vivieron 48 horas, teniendo que beber el agua extraida del Mosa con un sombrero de fieltro.

Las mujeres buscaban los muertos de sus familias en los montones de cadáveres, para llevarse algunas reliquias de ellos. De la población obrera de Leffe, arrabal de Dinant, que contaba más de 2.000 habitantes, sólo diez y seis hombres se libraron de ser muertos ó prisioneros. Más de 800 personas fueron fusiladas, y en este número de víctimas 39 tenían menos de 15 años y 18 más de 70. Como dice un autor belga, «el famoso saqueo de Dinant por Carlos el Temerario en 1466, casi resulta un acto caballeresco comparado con esta inmensa carnicería.»



UNA CARICIA DE LA «KULTUR»
(*Bystander*, de Londres)

La población de Andenne tuvo la misma suerte que Dinant. Después que los alemanes la ocuparon dos días de un modo relativamente pacífico, el jueves 20 de Agosto, á las seis de la tarde, estalló un vivo fuego de fusilería por varios lados á la vez, y una docena de casas entre el Mosa y la estación del ferrocarril comenzaron á arder. Los habitantes, refugiados en las cuevas, creyeron por un momento en la llegada de los aliados, pero no tardaron en convencerse de que la fusilería iba dirigida contra ellos. Los vecinos que aparecieron en puertas y ventanas para enterarse de lo que ocurría fueron muertos inmediatamente. El burgomaestre Mr. Camus, al intentar cerrar la puerta de su casa, recibió un balazo mortal y veinte bayonetazos. Durante la noche los alemanes se entregaron al incendio y al saqueo. Al amanecer un destacamento de caballería galopó por las calles, gritando:

—¡Habitantes de Andenne! ¡Salid! Los franceses llegan en socorro vuestro.

Los incautos que se dejaron engañar por esta estratagema saliendo á la calle, fueron muertos inmediatamente. Á las cinco de la mañana la tropa penetró en las casas, empujando en masa á sus habitantes hacia la plaza de los Tilos. Todo el vecindario, hombres, mujeres, niños, viejos, válidos ó enfermos, tuvo que marchar con las manos en alto, entre dos filas de cadáveres tendidos en las aceras. En la



SIN PIEDAD PARA LOS NO COMBATIENTES (*Sidney Bulletin*)



LAS PRIMERAS PLUMAS DEL ÁGUILA

(*New York World*)

plaza de los Tilos esperaba Schoenman, uno de los jefes que más se distinguió por su ferocidad en la invasión de Bélgica.

Este sayón germánico rió con cruel satisfacción al contemplar el mísero rebaño de belgas aterrados. Llamó á sus oficiales en presencia de la triste muchedumbre, é hizo el simulacro de una deliberación sobre la suerte de los prisioneros. Según él, era preciso castigarlos, sin explicar á qué causa obedecía el castigo. Pero el gran número de cautivos representaba un obstáculo. Unos oficiales se mostraron partidarios del ametrallamiento en masa; otros hablaban de fusilarlos metódicamente, por grupos de tres ó de cuatro.

Los guerreros del kaiser quisieron hacer un ensayo. Cuatro hombres fueron escogidos en la masa por los siguientes indicios de culpabilidad: Uno de ellos era poseedor de un cartucho vacío, otro guardaba una llave en sus ropas, el tercero presentaba un rasguño en una mano, el cuarto tenía una contracción en el rostro. Como se ve, su culpabilidad no podía ser más evidente. Los cuatro fueron fusilados en la plaza. Después los prisioneros quedaron divididos arbitrariamente en varias columnas. Una de éstas fué dirigida á las orillas del Mosa, y junto á los muros del matadero cayeron fusilados sus individuos, diez por diez, metódicamente, con un orden escrupuloso que hizo honor á la disciplina alemana. Los otros prisioneros fueron guardados como rehenes en unas casas de la plaza. Desde su encierro pudieron oir cómo los oficiales alemanes, completamente ebrios, tocaban el piano y bailaban en los salones saqueados, mientras sonaban las descargas de fusilería y lanzaban las mujeres alaridos de terror.

Mientras tanto, Schoenman había hecho depositar en medio de la plaza á dos belgas moribundos que, con el rostro hundido en el polvo, sufrían las convulsiones de la agonía. El jefe alemán, después de aterrar á las mujeres con este espectáculo, les dijo como si les concediese una gran merced:

—Volved á vuestras casas, señoras, y dedicaos á enterrar á vuestros muertos.

En sus casas les esperaban nuevos ultrajes, pues la soldadesca, desenfrenada, se permitió los mayores atentados con estas infelices que estaban á merced del vencedor, sin el apoyo de sus esposos, padres y hermanos, fusilados ya ó conducidos prisioneros á Alemania. Muchas de ellas tuvieron que asistir al horroroso espectáculo de la matanza. Todas hablaron después con terror de un soldado alemán de gran estatura y pelo rojo que antes de matar á los prisioneros, muchos de ellos viejos y niños, se entretenía en partirles los miembros con un hacha.



ACABARÁ POR HUNDIRSE ENTRE RUINAS

(*The Evening News*, Nueva York)

La matanza y la orgía duró 48 horas. Al fin se restableció una calma trágica, pero los invasores, no contentos de sus atrocidades, quisieron añadir á ellas el escarnio. En esta risueña ciudad, donde habían perecido 320 vecinos, la mayor parte bajo la bayoneta ó el hacha, y 300 casas estaban quemadas, los supervivientes tuvieron que sufrir el tormento de



BÉLGICA:—¡Socorro, compañeros, socorro!
LOS SOCIALISTAS «neutrales y conscientes»:—¡Ánimo, mucho ánimo! Nosotros vamos á redactar un orden del día contra el imperialismo aleman

tomar parte en un banquete público, que fué titulado por los alemanes *el perdón de Andenne*. Este banquete fué organizado en la plaza por los oficiales alemanes. Las autoridades belgas y los vecinos que habían logrado conservar la vida, tuvieron que asistir á la fiesta. En medio de los escombros todavía humeantes, las viudas, los huérfanos y los aterrados burgueses se vieron forzados á dar vivas al emperador y cantar himnos de reconciliación para salvar su vida. Después del tormento de los cuerpos, los invasores organizaron el suplicio de las almas.

En Tamines, población obrera, los alemanes se vengaron acuchillando á los trabajadores de las fábricas de las pérdidas sangrientas que les había infligido un regimiento francés. Durante todo el 22 de Agosto, los habitantes encontrados en las calles, hombres, mujeres y niños, fueron conducidos á la iglesia parroquial. Á las seis de la tarde los alemanes hicieron en esta masa una siniestra selección, y todos los hombres fueron conducidos en grupo á las cercanías del puente sobre el Sambre.



LOS BELGAS
—¡Paciencia! Ya te devolveremos la visita.
(Dibujo de Ricardo Flores, en *Boches*, publicación de Paris)

Eran más de 500: el más joven de 13 años y el más viejo de 85. Ninguno de ellos había tomado las armas. Todos eran pobres obreros, de manos callosas, que habían asistido con silenciosa estupefacción á las primeras operaciones de la guerra.

Á las siete de la tarde un oficial hizo ante ellos una breve lectura que nadie entendió. Era la sentencia de muerte. Inmediatamente empezaron las descargas. Cuando la enorme masa humana quedó tendida en el suelo, un oficial gritó que se concedería la vida á todo el que estuviese herido, con la condición de que se levantase inmediatamente. Apenas se pusieron en pie, chorreando sangre de sus compañeros, los que habían creído en esta feroz estratagema, recibieron una segunda descarga. Para que no quedase uno solo con vida, los alemanes hicieron funcionar sus ametralladoras contra el montón humano. Al final los soldados se arrojaron sobre esta masa de carne sanguinolenta, atravesando á bayonetazos muertos y heridos, aplastando los cadáveres con los zapatos y las culatas.

No terminó con esto el tormento de la infeliz población. Al día siguiente, 23 de Agosto, otro grupo de 200 prisioneros fué conducido á la plaza para dar sepultura á los muertos. Los aterrados cautivos se estremecieron de horror ante «un montón de cadáveres de cuarenta metros de largo, seis metros de ancho y un metro de altura». Uno de los testigos, después de describir este amontonamiento de cadáveres, dice así: «Tuvimos que abrir enormes fosas, arrojando en ellas los restos ensangrentados. Muchos padres han enterrado el cadáver de su hijo, y muchos hijos el cadáver de su padre. Las mujeres fueron conducidas por los alemanes á la plaza para que viesen el trágico espectáculo. Cerca de ellas los oficiales bromeaban y bebían champañ. Uno de los fusilados que aun no había muerto levantó los brazos. Los enterradores, al ver esto, dudan y se detienen ante el cuerpo que aun vive. «¡Enterradlo como á los otros!», ordena un oficial alemán. Y obedeciendo esta orden repetida con impaciencia, el moribundo desaparece en la tierra.»



EL INTRUSO

(Dibujo de la «Illustration» de París

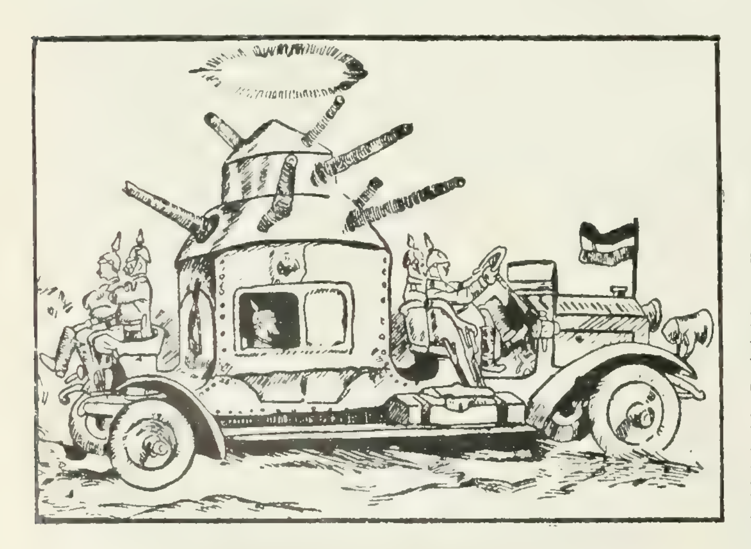


El hulano.—¿Por qué te detienes?
El caballo.—Veo levantarse en todas partes contra Alemania la indignación del mundo civilizado

(Del *Uomo di Pietra*, de Milán)

Una vez terminado este trabajo, los alemanes dejaron con vida á los enterradores, pero los expulsaron de la población dispersándolos en la campiña. Mientras tanto, los invasores terminaban su fiesta con un saqueo general de la ciudad. Como las cajas de caudales de los comerciantes habían resistido á los primeros intentos de violación, los alemanes procedieron á su ruptura *científicamente*, valiéndose de aparatos especiales. Ciento ochenta y ocho cajas fueron quemadas y 534 saqueadas y rotas.

«Termonde—dice Nothomb—, que fué en otros tiempos una ciudadela de estilo Vauban, era ahora una pequeña ciudad, adormecida tranquilamente en medio de praderas y canales. El Dendre y el Escalda anudaban en torno de ella sus cintas azules. Un beguinaje, plácido retiro perfumado de lirios y de silencio, vivía en el corazón de la ciudad como un ensueño en medio de otro ensueño. Un Hotel de Ville antiguo y seductor elevaba sobre la gran plaza su torre original. El viajero entraba con respeto en sus callejuelas de fachadas puntiagudas. Una actividad industriosa, cada vez mayor, iba conmoviendo sus muros silenciosos. Fuera de ella los arrabales populares de Saint-Gilles y Lebbeke desbordaban de fabricaciones prósperas. La aglomeración total de los tres municipios representaba 26.000 habitantes.



EL KAISER CAMINO DEL FRENTE

(*Life*, de Nueva York)

Después de ocupar Bruselas, el enemigo hizo algunos avances hacia Termonde. Á principios de Septiembre se presentó en número considerable, bombardeando la ciudad. Ésta se hallaba defendida por un pequeño destacamento belga, que no tardó en rendirse. Los alemanes hicieron su entrada en el mismo día, tomaron numerosos rehenes, saquearon varias casas y robaron las cajas del *Banco del Dendre*, mientras que su general Von Boehm se hacía gloriosamente fotografiar sobre la escalinata del Hotel de Ville. Pero los soldados parecían descontentos de esta entrada pacífica, mientras que los habitantes empezaban á recobrar su confianza. Un oficial alemán, con una breve recomendación á los burgueses que lo alojaban, desvaneció la calma del vecindario. «Marchaos—dijo—; Termonde va á ser destruído.» «¿Cuándo?» «Dentro de diez minutos.»



AL ABORDAJE DE LA CIVILIZACIÓN

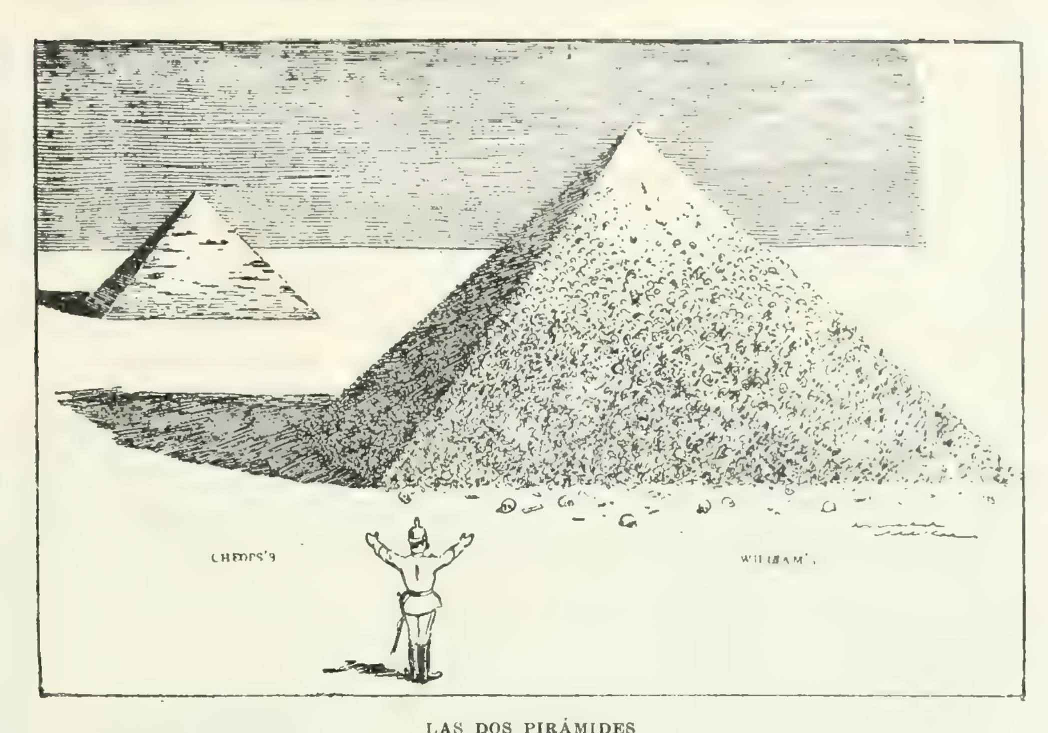
(*The Kerne*)

Efectivamente, diez minutos después, el 9.° regimiento de ingenieros apareció en las puertas de Termondè. Para empezar, estos héroes quemaron todos los talleres de las afueras y prendieron fuego á varias manzanas de casas. Creyendo sin duda no ser bastante hábiles y necesitando auxiliares, su primer cuidado fué poner en libertad á 145 ladrones que estaban detenidos en la cárcel.

Al día siguiente, 5 de Septiembre, empezó el incendio sistemático de Termonde. El coronel Sommerfeld, ayudado por su digno acólito el mayor Von Fortsner—nombre predestinado á la vergüenza—, dirigió este incendio con un método verdaderamente alemán. El hospital fué rociado de petróleo con mangas de riego y entregado á las llamas. Un pobre epiléptico pereció entre ellas. La iglesia del beguinaje no tardó en desplomarse. Casa tras casa, todos los barrios ricos fueron destruídos en dos días. Calles enteras desaparecieron. El 7 de Septiembre cesó el incendio. El regimiento de ingenieros se había ido para destruir las vías férreas. Al alejarse, Termonde no era ya más que una ruina humeante. Al mismo tiempo los arrabales habían sido entregados al saqueo. San Gilles estaba lleno de cadáveres. Veinticinco hombres de Lebbeke habían sido fusilados en

grupo y 450 expedidos á Alemania. El pueblo vecino de Appels fué bombardeado sin ninguna razón.

Algunos habitantes no quisieron huir y vieron de pronto desvanecerse la horrible pesadilla en que vivían. El 10 de Septiembre fué recuperado por las tropas belgas todo lo que quedaba de Termonde. Al atravesar San Gilles los soldados pudieron ver el cadáver de un vecino crucificado en la puerta de su casa. Tenía la mano derecha atada al llamador, la mano izquierda al pomo de una de las dos hojas, y el vientre abierto en cinco partes. La imagen de este crucificado se fijó en las almas de los soldados belgas y debieron jurarse que impedirían para siempre tales crueldades. Pero ¡hay! inferiores en número tuvieron que retroceder de nuevo, cuando el 16 y el 17 de Septiembre rugió por segunda vez sobre la ciudad el bombardeo alemán.

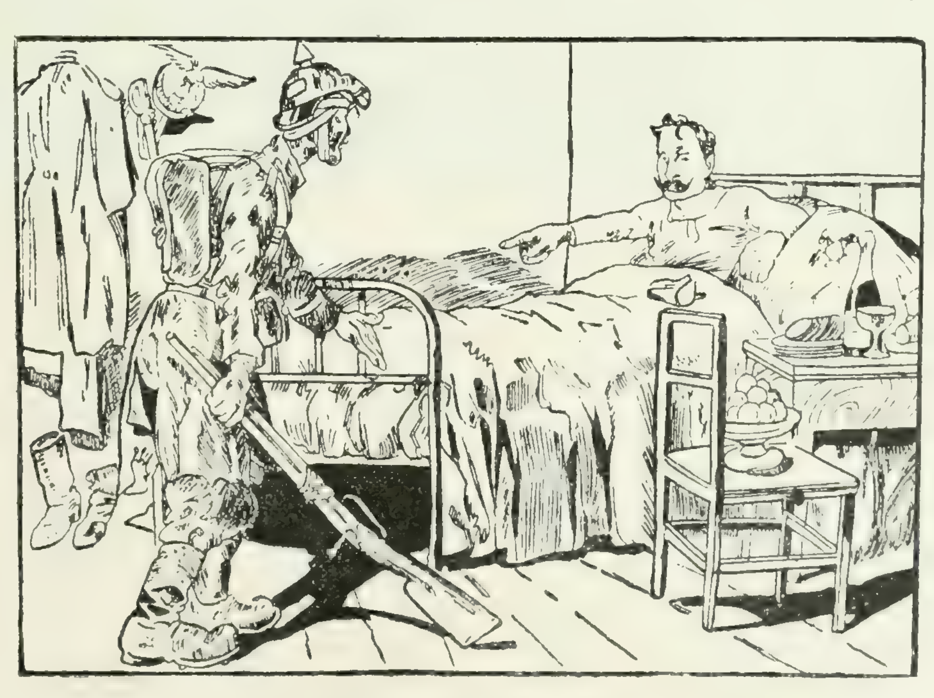


LAS DOS PIRÁMIDES
La de Cheops es de granito. La de Guillermo de osamentas
(Life. de Nueva York)

Al recuperar los invasores á Termonde, reanudaron el incendio á partir de donde lo habían dejado. La torre del Hotel de Ville dominaba todavía el desastre con su gracia un poco marchita. Los invasores incendiaron la torre del Hotel de Ville. Algunas casas se mantenían aún en pie; varias callejuelas estaban intactas. Todo fué quemado. Mientras los soldados, obedeciendo las órdenes superiores, proseguían su obra de destrucción, los oficiales instalados en la Gran Plaza comían y bebían. Todas las alfombras que habían podido encontrar en el saqueo fueron tendidas en mitad de la plaza. Los soldados trajeron divanes, sillones, cogines, un piano. Á la luz de las llamas, la música, la embriaguez, las risas y otras cosas indescriptibles se prolongaron hasta la mañana.

Termonde estaba vacío. Termonde ya no existía. Una fachada puntiaguda ó un monumento, manteniéndose milagrosamente en pie entre los escombros y ruinas, servían para demostrar que sobre este terreno devastado había existido una ciudad. Una paz horrorosa comenzó á reinar sobre los escombros que todos han abandonado.»

En el Luxemburgo belga los invasores emplearon el mismo sistema de intimidación, incendiando, robando y fusilando. En casi todos los pueblos fueron quemadas muchas casas por orden de la autoridad alemana. El número de los edificios incendiados en la provincia del Luxemburgo pasó de 3.000, siendo estos incendios, no por operaciones de guerra, sino por una voluntad sistemática de perjudicar y aterrar al vecindario. En algunos lugares las tropas invasoras se en-



EL KAISER-PROVIDENCIA
—Sir, mis kamaradas y yo nos estamos batiendo desde hace 48 horas sin comer ni dormir.
—¡Sal de aquí, intruso! Di á tus camaradas que no tienen ninguna razón en quejarse. Su emperador come y reposa por ellos.
(Crítica, de Buenos Aires.)

tregaron á las ejecuciones en masa. El número de fusilados en el Lexemburgo ascendió á 1.000.

En Arlon fueron pasadas por las armas 111 personas.

Los casos de violación de mujeres por los soldados ebrios fueron muy numerosos. Según los informes de la Comisión belga, en una población del Luxemburgo una mujer fué violada por doce soldados que habían matado antes al marido. «Los hechos de este género —dice la Comisión—no son conocidos en toda su exactitud porque las familias procuran disimularlos, y los informadores de la Comisión tienen que respetar este sentimiento.»

En ninguna de dichas poblaciones intentó el vecindario la menor resistencia, pero los alemanes estaban furiosos por las bajas que les hacían sufrir las patrullas francesas, vengándose de tales pérdidas en los habitantes indefensos. La embriaguez de los soldados, el placer sádico de infligir tormentos y la cólera provocada por la resistencia de Bélgica, fueron las verdaderas causas de las órdenes de destrucción dadas sistemáticamente por las autoridades alemanas.

□

La histórica ciudad de Namur presenció también las atrocidades de los invasores. Más adelante hablaremos de los combates que se desarrollaron en sus alrededores y en los de Dinant entre alemanes y franceses. Ahora hemos de mencionar únicamente la conducta de los invasores al entrar en dicha ciudad.

El 21 de Agosto los alemanes bombardearon á Namur sin la advertencia preliminar que exigen las leyes de guerra. El bombardeo empezó á la una de la tarde, durando unos veinte minutos. El sitiador disponía de piezas de largo alcance, que le permitieron dirigir sus fuegos sobre la ciudad antes de que los fuertes fuesen tomados. Numerosos proyectiles cayeron sobre la prisión, el hospital, la casa del burgomaestre y la estación del ferrocarril, provocando incendios y causando numerosas víctimas. El 23 de Agosto el ejército alemán forzó la línea de defensas exteriores, y la 4.ª división belga se retiró de la ciudad, mientras que muchos de los fuertes, todavía intactos, continuaban la resistencia.

Las tropas alemanas entraron en Namur á las cuatro de la tarde. Todo ocurrió en este día con cierto orden. Oficiales y soldados se dedicaron á requisar comestibles y bebidas, pagándolos unas veces con dinero y otras con bonos que en su mayor parte eran falsos y de una redacción fantástica, pero que el ve-



UNA CASA BOMBARDEADA POR LOS ALEMANES EN LOO (Fot. Meurisse)

cindario, ignorante de la lengua alemana, aceptó sin dificultad.

Esta calma duró hasta el día siguiente, 24 de Agosto, á las nueve de la noche. Los alemanes parecían descontentos en Namur, como en otras poblaciones, de que la ocupación se realizase con cierto orden. Á dicha hora sonaron disparos en diversos puntos de la ciudad y los soldados se lanzaron á la calle, matando á todos los que encontraban y gritando *que los habían atacado*. Al mismo tiempo una inmensa columna de llamas y humo se elevó en el centro de Namur. Los alemanes habían prendido fuego á la plaza de Armas, é inmediatamente se reprodujo el incendio en diversos puntos de la ciudad.



ESTAFETA DE CICLISTAS BELGAS MARCHANDO Á OCUPAR UN PUEBLO (Fot. Meurisse)

El vecindario, pacífico y sin defensa, se sintió enloquecido por el terror. Los alemanes derribaban á culatazos las puertas de las casas, arrojando materias inflamables en los vestíbulos. En la calle Rogier seis vecinos que huían del incendio de sus viviendas fueron asesinados al pasar el umbral. Los demás vecinos de la indicada calle, para no sufrir la misma suerte, tuvieron que huir por los jardines, la mayor parte en camisa, sin tiempo para recoger vestidos y dinero. El incendio y la destrucción continuaron durante todo el día siguiente. La plaza de Armas perdió sus mejores edificios. El Hotel de Ville quedó destruído, con sus archivos y sus cuadros famosos, así como todos los edificios cercanos y gran parte del barrio.

Los alemanes no intentaron sofocar el incendio. Al iniciarse éste, muchos ciudadanos quisieron acudir á la plaza, pero los alemanes les prohibieron que saliesen de sus viviendas. El jefe de los bomberos llegó hasta el lugar del siniestro á través de las balas que silbaban en las calles. Un oficial lo arrestó por orden superior, enviándolo á su casa con una escolta.

Como de costumbre, los alemanes pretendieron justificar su atentado asegurando que los vecinos habían hecho fuego contra ellos. Pero este pretexto fué tan inexacto é inverosímil en Namur como en las otras poblaciones belgas. Las armas de los vecinos estaban recogidas por las autoridades locales. Las tropas belgas habían abandonado la ciudad 36 horas antes. ¿Cómo el vecindario iba á cometer la locura, después de esta retirada, de atacar á los alemanes que llenaban toda la ciudad y tenían sus cañones en las avenidas? El incendio y el saqueo de Namur fué un hecho más de la táctica de intimidación, practicada constantemente por las tropas invasoras. Hay que hacer constar que los alemanes se fingieron atacados en cinco puntos de Namur, donde precisamente te-



—HE AQUÍ MI BIBLIOTECA

(Le Bataille Syndicaliste)

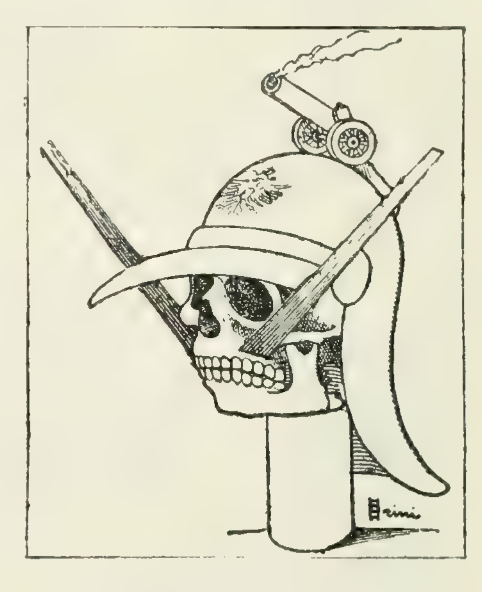
nían almacenado previsoramente su material incendiario, lo que les permitió en pocos segundos prender fuego á toda la ciudad.

El desorden que siguió al incendio fué aprovechado por la soldadesca para proceder al pillaje, que era lo que deseaba. Barrios enteros fueron pasados á saco, robando los alemanes no solamente las cajas de caudales, sino hasta los muebles y las ropas. Durante los días siguientes pareció restablecerse una calma relativa, pero á pesar de ella continuó el pillaje. En las casas donde estaban alojados los oficiales, todos los muebles quedaron fracturados. Los guerreros del kaiser no se contentaron con el vino y los comestibles, pues robaron la ropa blanca y hasta los vestidos de mujer para enviarlos á sus familias.

Numerosos testigos certificaron los atentados de que fueron víctimas las mujeres de Namur. Una joven fué violada por cuatro soldados. Un sargento belga de gendarmería que estaba herido, tuvo que presenciar en la madrugada del 26 de Agosto, sin poder intervenir á causa de su estado, la violación por dos alemanes de la hija del propietario del hotel donde vivía. Muchos vecinos de edad avanzada perecieron entre las llamas. Otros fueron fusilados en las calles cuando huían de sus viviendas. Setenta y cinco civiles murieron de este modo. Namur fué condenado á una contribución de 32 millones, teniendo que entregar un millón cada 24 horas. Los depósitos de los bancos pasaron á manos de los alemanes.

Los alrededores de la ciudad presenciaron las más atroces violencias. Todos los castillos y casas de campo fueron robados metódicamente. Algunos vecinos de Namur vieron pasar amontonados en carretones del ejército invasor el mobiliario de sus casas. El producto del botín era expedido á Alemania. En Vedrin un niño fué fusilado por el delito de guardar un cartucho alemán que ya había sido disparado.

En la diócesis de Namur 26 sacerdotes y religiosos murieron pasados por las armas.



EL HÚSAR DE LA MUERTE

(L'Avanti)

Algunos lugares pequeños de Bélgica fueron objeto de un ensañamiento especial por parte de los invasores.

El 23 de Agosto los alemanes invadieron el pueblo de Hastiere. Su primer acto fué apoderarse del doctor Halloy, médico de la Cruz Roja, fusilándolo inmediatamente. Atravesando el camino se dirigieron á la casa del carnicero Alfonso Aigret, lo hicieron salir con su mujer y sus hijos, y lo fusilaron á él y á su hijo



LA LUCHA DE LAS TRES ÁGUILAS

Rusia combatiendo contra Alemania y Austria.

(Novoie Vremie)

mayor. De allí fueron en busca del granjero Julio Rifon, lo hicieron salir de la cueva donde se había refugiado con sus hijas, y lo fusilaron. Después fusilaron al granjero Bodson, sus dos hijos y otros diez habitantes. El pueblo fué entregado al pillaje inmediatamente é incendiadas la mayor parte de las casas. Un gran número de vecinos, mujeres y niños, recibieron heridas de gravedad. La vieja iglesia de Hastiere fué profanada por los alemanes, que desgarraron los ornamentos sacerdotales, rompieron las imágenes y dispersaron las reliquias. Entre estas últimas figuraban las de las vírgenes de Colonia, reliquias que habían escapado á los accidentes de la guerra de los hugonotes y las de la Revolución. Los sepulcros y los altares quedaron rotos.



EL SEGADOR

(L'Avanti)

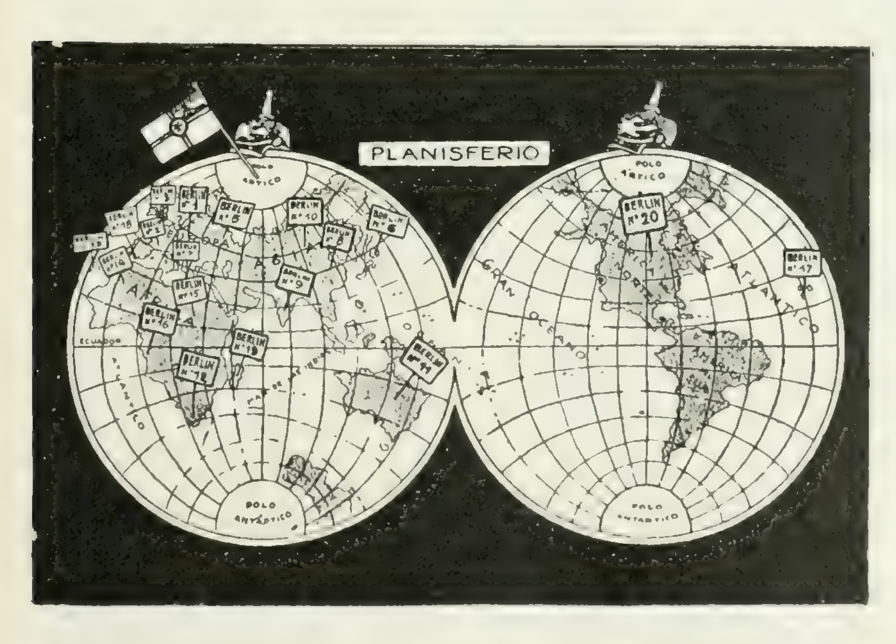
El cura de Hastiere estaba oculto en el subsuelo de la iglesia con un cuñado suyo, profesor de la Universidad de Lovaina, la mujer de éste, su hija, dos domésticos, el maestro del pueblo con toda su familia y otros habitantes. Los alemanes tiraron contra ellos á través de los respiraderos de la cueva. Después los incitaron á salir, prometiendo que respetarían sus vidas, y los pusieron en presencia de algunos oficiales que estaban en su mayoría borrachos. Estos oficiales hicieron algunas preguntas incoherentes al cura Schlogel, sin darle tiempo para contestarlas. Las mujeres quedaron separadas de los hombres. El cura, su cuñado el profesor Ponthiere, el maestro de escuela y otros vecinos fueron fusilados inmediatamente, quedando sus cadáveres abandonados en el camino. Esto ocurrió á las cinco y media de la tarde del 24 de Agosto.



¡GUERRA Á LA GUERRA!

(*Le Bataille Syndicaliste*)

El mismo día la aldea de Hermeton fué saqueada y muchos de sus habitantes fusilados, mientras ardían numerosas casas. Casi á igual hora el pueblo de Surice fué invadido por los alemanes. Á las 11 de la noche comenzaron á arder algunas casas. Al día siguiente por la mañana los soldados derribaron á culatazos las puertas y ventanas, obligando á los habitantes á marchar con dirección á la iglesia. Durante la marcha los soldados tiraban contra las gentes más inofensivas. «De este modo—dice la Comisión belga—el viejo cantor de la parroquia, Carlos Colot, de 88 años de edad, que se había asomado á su puerta, fué fusilado. Los alemanes lo envolvieron en una manta prendiendo fuego al envoltorio.» El vecino Elías Pierrot, que salía de su casa incendiada llevando en brazos á su suegra, vieja paralítica de 80 años, fué aprehendido por los alemanes, que lo fusilaron á quemarropa. El



LA OBSESIÓN DE LOS IMPERIALISTAS

No estarán satisfechos mientras no hayan cubierto al mundo de sucursales de Berlín

La Campana de Gracia

cartero Leopoldo Burniaux, su hijo Armando, que se había ordenado de sacerdote un año antes, y otro de sus hijos, fueron asesinados en presencia de la señora Burniaux. Ésta, con su último hijo, profesor en el colegio de Malonne, se vió arrastrada por los alemanes, que la condujeron en un grupo de prisioneros hacia las afueras del pueblo. En un jardín cerca del camino, los prisioneros vieron el cadáver de una mujer. Dos niños pequeños lloraban al lado de ella.

El grupo de cautivos, que constaba de 50 á 60 personas, hombres y mujeres, hizo alto en una tierra inculta. «Eran las siete y cuarto de la mañana—declaró una de las mujeres prisioneras—. Los alemanes hicieron formar los hombres á un lado y las mujeres á otro. En esto llegó un oficial que nos dijo en francés con un fuerte acento alemán: «Todos merecéis ser fusilados. Una muchacha de 15 años ha tirado contra uno de nuestros jefes, pero el consejo de guerra ha decidido que sólo los hombres serán fusilados y las mujeres quedarán prisioneras.» Lo que ocurrió entonces es difícil de describir. Diez y ocho hombres estaban de pie ante nosotras. Al lado de los curas de Anthée y de Onhaye y del abate Gaspiard, estaban nuestro cura párroco, Mr. Poskin, su cuñado Mr. Schmidt, después el doctor Jacques y su hijo Enrique, un muchacho de 16 años apenas; más lejos Gastón Burniaux, el hijo del cartero, y Leonardo Soumoy; más lejos aún los llamados Balbeur y Billy, este último con su hijo de 17 años, y en fin, un hombre de Onhaye y otro de Dinant que habían venido á buscar asilo en Surice, y otros cuyos nombres no recuerdo. Al formarlos de dos en dos quedó comprendido en ellos el niño del señor Schmidt, que no tenía 14 años. Los soldados dudaron un momento; después lo repelieron bruscamente. En este momento vi á un joven soldado alemán—lo declaro sinceramente—que estaba visiblemente emocionado, hasta el punto de que le caían gruesas lágrimas sobre el pecho. Pero procuraba volver la cabeza para no ser visto por el oficial.

LA ESPERANZA CONSUELA Á BÉLGICA

Composición del artista A. Osbert, en *L'Heroïque Belgique*

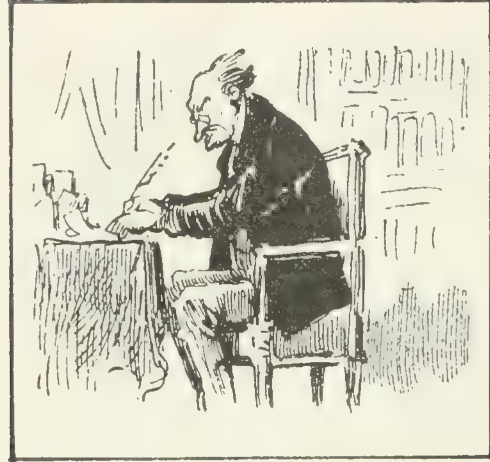
Transcurrieron algunos minutos. Después, ante nuestros ojos aterrados y en medio del clamoreo de las mujeres que gritaban: «¡Matadme á mí también! ¡Matadme á mí también!» y de los alaridos de los niños, los hombres fueron formados en el borde del camino. Todos ellos nos hacían signos de adiós; los unos con las manos, los otros con la gorra ó con el sombrero. El joven Enrique Jacques, el hijo del doctor, se apoyaba en uno de los sacerdotes como para buscar protección y gemía desesperadamante: «Soy muy joven. Me falta valor para morir.» No pudiendo soportar por más tiempo este espectáculo volví la cabeza, cubriéndome los ojos con las manos. Los soldados hicieron una descarga, y todos los hombres se desplomaron. Un alemán me dijo: «Podéis mirar, ya han caído.» Algunos habían muerto instantáneamente; otros vivían aún y pude ver cómo removían los miembros. Los soldados los iban rematando á culatazos en la cabeza. Según me dijeron más tarde, el cura de Surice tenía la cabeza completamente rota. Al terminar su matanza, los alemanes robaron á los cadáveres, apoderándose de sus relojes, sortijas, portamonedas y carteras. El señor Schmidt, según me dijo su esposa, llevaba en un bolsillo tres mil francos aproximadamente. Esta cantidad fué robada. El doctor Jacques guardaba igualmente una suma tal vez superior.

»Mientras tanto otros soldados alemanes trajeron



EL PILLAJE

Dibujo de Lucien Jonas, de la «Illustration» de París.







EL HUMORISMO FRANCÉS Y LA GUERRA

Baedeker corrigiendo sus guías de Bélgica:
—En lugar de todas las torres, castillos y catedrales, mencionaremos importantes ruinas que datan del siglo XX.

—No tengo ningún mapa del Cáucaso. Tendré que comprar uno necesariamente.
—Esta guerra se extiende por todo el mundo... Te vas á arruinar de ese modo... Compra de una vez un buen atlas.

—¿De dónde eres?
—Limosino... ¿y tú?
—De Mecklemburgo.
—¿Sabes por qué nos matan?
¡Quién lo sabe!

á un vecino, llamado Víctor Cavillot, y antes de que llegase al lugar del anterior fusilamiento tiraron sobre él. Yo vi cómo giraba sobre sus pies antes de caer, rodando luego el cadáver por una pendiente del camino.»

La aldea de Surice fué entregada al pillaje durante un día y una noche. De las 131 casas de la población, solamente 8 escaparon al incendio.

Los demás pueblos de las inmediaciones de Namur sufrieron un tratamiento semejante. Veintiuna aldeas quedaron destruídas. Veinte pueblos saqueados y más ó menos incendiados. En la provincia de Namur, que contaba antes de la guerra con 364.000 habitantes, 2.000 personas inofensivas, hombres, mujeres y niños, recibieron la muerte.

Como dice la Comisión belga, «cuando el reino de Bélgica haya terminado la cuenta de sus pérdidas aparecerá claramente que la guerra ha hecho más víctimas en la población civil que entre los hombres llamados á servir al país sobre los campos de batalla. Bélgica ha vivido en pleno siglo XX todo el horror de las antiguas guerras, con el legendario acompañamiento de matanzas en masa, orgías sangrientas y saqueo é incendio de ciudades enteras.

DESPUÉS DEL BOMBARDEO

—¡El vidrierooo...!

(*Le Rire*, de París)

»Las hazañas de las bandas mercenarias del siglo XVII han sido sobrepasadas por el ejército nacional de un país que persiste en reivindicar el primer sitio entre los pueblos de alta civilización.

»El gobierno alemán no puede negar la exactitud de los hechos atestiguados por las ruinas y las tumbas que cubren nuestro suelo, pero se esfuerza en el intento de disculpar á sus ejércitos, afirmando que éstos no han hecho más que reprimir, según las







Buscando en las ruinas:
—¿Dónde estará nuestra casa?

—Me hirieron gravemente en la mano derecha... ¿y á ti?
—A mí en la cabeza.
—¡Dichoso tú que puedes seguir disparando!

—Papá, ¿te indemnizarán por el incendio de tu casa?
—Es probable; ¡pero hay que pensar en los belgas, que lo merecen antes que nadie!



Aquellos para quienes provisionalmente la guerra es la paz.



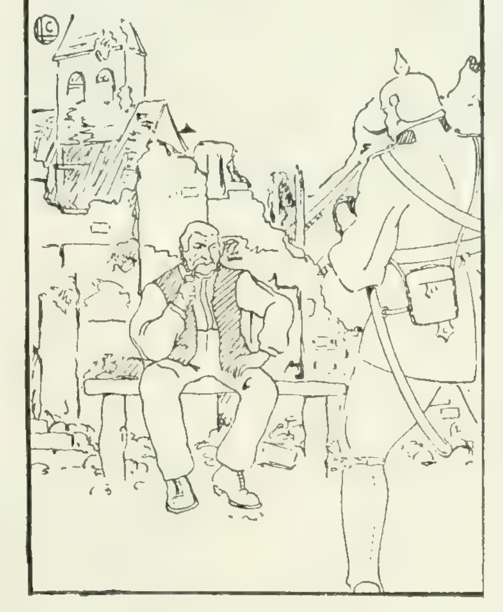
El corresponsal alemán en París:
El aspecto de la capital es siniestro... Los Campos Elíseos están desiertos completamente. Nadie se atreve á salir de casa. El horror á los zeppelines aterra á la poblacion, angustiada y temerosa.



Pero desdichado, ¿cómo te atreves á pedir que dure tres años esta guerra?
¡Porque no puedo alistarme hasta los diez y ocho años, y sólo tengo quince.

(Dibujos de Henriot, en la *Illustration*, de París

leyes de la guerra, los actos de hostilidad de que fueron objeto por parte de la población belga. Desde el primer día la Comisión se aplicó á rebuscar todo lo que podía dar pretexto á estas alegaciones, completamente inverosímiles para los que conocen á nuestro pueblo. Después de haber oído á centenares de testigos, lo mismo belgas que extranjeros, y agotado todos los medios de investigación, afirmamos una vez más que la población civil de Bélgica no ha participado en las hostilidades. La guerra de franco-tiradores, que según dicen los alemanes ha sido hecha en nuestro país, no es más que una invención destinada á atenuar la indignación del mundo civilizado por el tratamiento bárbaro que las tropas alemanas han infligido á las poblaciones belgas. Han buscado también con esto ahogar los escrúpulos del pueblo alemán, que se estremecerá de emoción—si es que no ha olvidado las nociones de justicia—el día en que sepa qué tributo de sangre inocente han impuesto sus ejércitos á nuestros hijos, nuestras mujeres y nuestros conciudadanos sin defensa.



INGENUAMENTE

—¿Y el alcalde?
—Está de mudanza.

(*Le Rire*, de París)

»Además, los jefes del ejército alemán se han equivocado, singularmente al querer impresionar con el argumento de los franco-tiradores el veredicto del mundo civilizado. Parecen ignorar que la represión colectiva de faltas individuales, proscrita por las convenciones internacionales, que á ellos les inspiran risa, está igualmente condenada desde hace mucho tiempo por la conciencia de los pueblos modernos, entre los cuales la Alemania del presente aparece como una monstruosa y desconcertante entidad moral.»

Algunos de los atentados cometidos en Bélgica por



—Otro obús que no ha estallado...
—¡Estos alemanes acabarán por arruinarse á fuerza de gastos inútiles!



En los caminos:
Yo que deseaba un automóvil... ¡He aquí uno bien barato!



Agencia Wolff:
Tiempo hay para que la verdad se imponga... Mientras tanto anunciemos al mundo que nos hemos apoderado de Marsella.

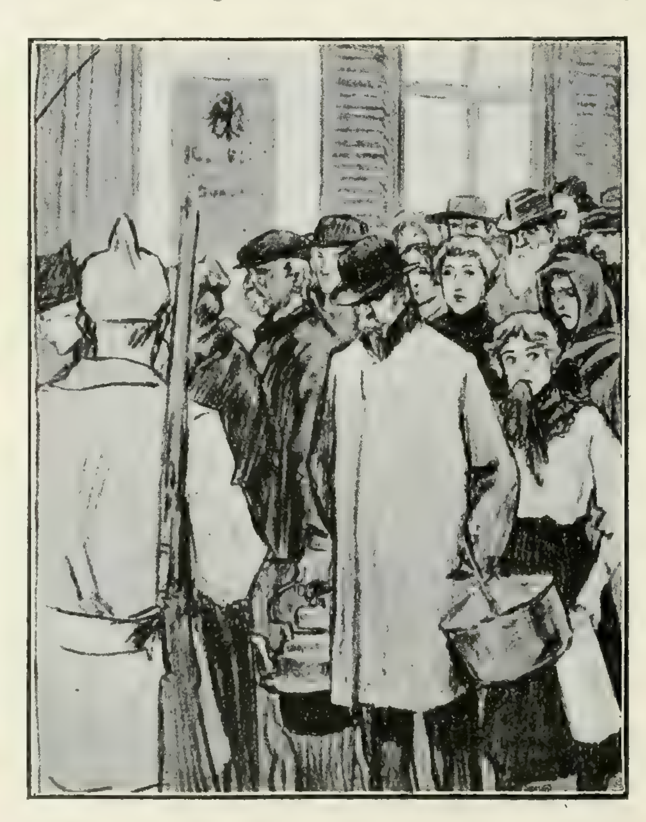
AUTOMÓVILES BELGAS ARMADOS DE AMETRALLADORAS (Fot. Meurisse)

la invasión alemana fueron obra de la indisciplina y de la embriaguez. Hay que reconocer que en determinadas ocasiones intervino alguno que otro oficial para restablecer el orden y castigar los atentados. Pero generalmente, los pillajes, los incendios, las matanzas, los crímenes de toda clase que desolaron á Bélgica, fueron el resultado de las órdenes dadas por las autoridades alemanas, los efectos de un sistema preconcebido de terror, las manifestaciones de una organización dura, salvaje y sabia que tuvo por objeto anonadar al país, inspirándole un miedo irresistible.

Cuando la ciencia alemana intentó, como diremos más adelante, desmentir las crueldades de Bélgica por medio de un manifiesto firmado por 93 hombres célebres, dijo así: «Nuestros soldados no cometen ningún acto de crueldad *indisciplinada.*»

El mundo civilizado se asombró ante el cinismo de esta afirmación, y sin embargo, tenía mucho de verdad. Es cierto que algunos atentados de los alemanes fueron cometidos espontáneamente, sin orden superior. Pero generalmente la crueldad del ejército alemán fué en extremo *disciplinada,* obedeciendo casi siempre las matanzas, los robos y los incendios á órdenes de los jefes. La afirmación de los 93 intelectuales alemanes resulta espantosamente cierta. Los crímenes de la invasión de Bélgica no obedecieron casi nunca á una crueldad *indisciplinada.* Se desarrollaron metódicamente, con arreglo al orden mecánico y á la estrecha disciplina impuesta por Prusia.

Los hombres de alguna sensibilidad y honrados sentimientos, que existen en todos los países, y forzosamente debían figurar también en las filas del ejér-



LA PROSPERIDAD DE FLANDES

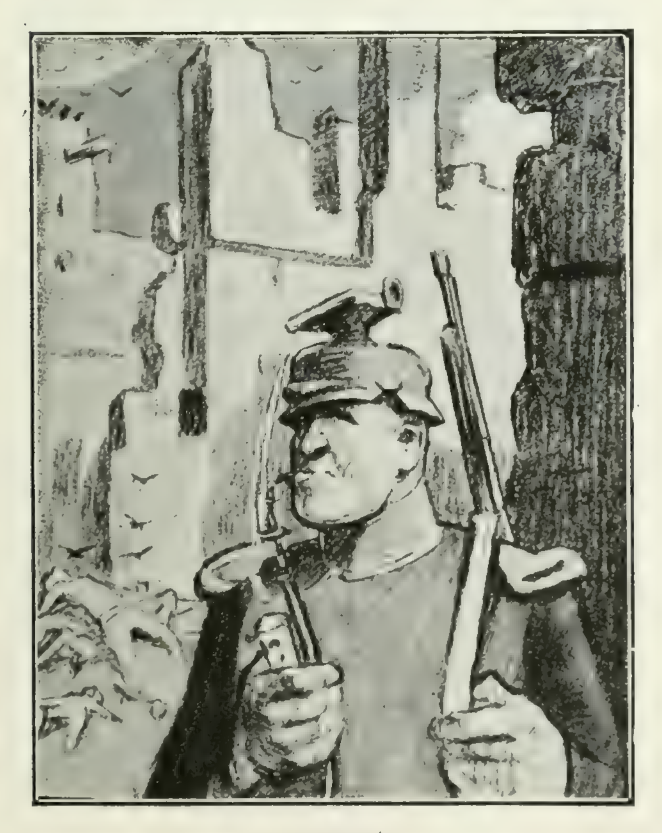
480 millones de impuesto de guerra... y sopa gratuita.

CORDERILLO «MASCOTA» DE UN REGIMIENTO BELGA (Fot. Meurisse)

cito alemán, encontraron una excusa para disimular y justificar sus atentados.

«¡Qué hacer!... ¡Es la guerra!», dijeron como suprema excusa los contados alemanes que sentían la necesidad de acallar su conciencia. Esta excusa fácil la tuvieron siempre pronta al iniciar todos sus crímenes. En Melle una pobre señora belga se puso de rodillas ante un alemán que se disponía á incendiar una casa.

—No la queméis—imploró—. Hay dentro de ella muchos niños: los míos y siete sobrinos.



SATISFACCIÓN

—La paz reina en Bélgica.

(Dibujos de Luis Raemaekers, en el *Telegraaf*, de Amsterdán)

El incendiario empujó á la suplicante y prendió fuego al edificio, diciendo: *«Es la guerra.»* Al quemar una población, los invasores explicaban á los fugitivos la necesidad de este crimen, repitiendo: *«Es la guerra.»* Después de un fusilamiento, cuando lloraban locas de dolor las viudas y las hijas, estos padres de familia alemanes cubiertos con el casco puntiagudo, intentaban consolarlas diciendo: *«Así es la guerra»*, como si estas palabras pudieran excusarlo todo.

«Ante los ojos de estos hombres—dice un autor belga—, educados deliberadamente para el crimen, la guerra es un estado de cosas en el que la moral ordinaria queda reemplazada por otra moral; es una deformación de la conciencia, una deificación de la fuerza. Todo lo que antes de la guerra era respetable, hermoso ó noble, ya no subsiste. El sentimiento desaparece, el honor cesa de vivir, la piedad es desconocida, la justicia no es otra cosa que lo arbitrario. Un jefe alemán dirá elegantemente mientras limpia su sable manchado con la sangre de un niño: «La guerra no es un té de las cinco.» El simple soldado que busca en el fondo de su pensamiento una explica-



ITALIA ANTE LA GUERRA

La serenata del kaiser

(Daily Mail)

ción filosófica de su crueldad, formula esta misma declaración aprendida de memoria en mal francés, con lo que queda libre de todo escrúpulo y todo remordimiento.

»Pero esta excusa no basta. Les falta otra cosa para legitimar ante los neutros los actos crueles que se multiplican y que son bautizados con el nombre de represalias. Y los alemanes inventan esta otra excusa: «Había que castigar. *Los civiles tiraron contra nosotros.*» Y tal pretexto absuelve por adelantado los mayores excesos, las ruinas y las matanzas.»

En ninguna parte de Bélgica la población civil pudo hacer armas contra los invasores, por la simple razón de que no las tenía. Las autoridades belgas habían recogido oportunamente las armas de la guardia cívica. Además, esta guardia cívica solo tenía una relativa organización en las ciudades. En las aldeas y los campos, la guardia cívica no tenía significación militar ni armas modernas, figurando únicamente sobre el papel como fuerza activa. Las armas que existían en los pueblos, viejos fusiles de pistón, viejas pistolas, viejas espadas, fueron depositadas por orden de la autoridad en las casas municipales.



—¿«La Marsellesa» ó el «Himno del Rhin»?

(London Opinion)

No pudo haber partidas de franco-tiradores como supusieron los alemanes para justificar sus crímenes. Nadie logró ver nunca un grupo de estos franco-tiradores. «Cada vez que al circular la noticia de que los belgas habían tirado sobre los alemanes, hubo un vecino del pueblo bastante valeroso para reclamar antes de la matanza ó del incendio, y un teniente de las tropas invasoras bastante honrado para ordenar la autopsia del caballo ó del soldado muerto que exigían venganza, se encontró en el cadáver del hombre ó del animal una bala de Maüser alemán...» Pero en la mayor parte de los atentados no hubo como motivo inicial ni caballo ni alemán muertos. Los invasores agredieron porque sí, por su instinto de presa, obedeciendo el gesto de su jefe, deseoso de no perder tiempo y castigar cuanto antes á los belgas.

Toda clase de pretextos sirvieron para sus malas acciones. Un testigo de las atrocidades alemanas dice así: «Basta que estalle un pneumático de automóvil para que todos los fusiles se coloquen en posición de hacer fuego. Basta para fusilar á un hombre que encuentren en sus bolsillos un cartucho viejo ó un corta-papeles metálico. Cerca de Malinas fusilaron á un cura porque hacía señales desde lo alto de su campanario. ¡Y las señales eran los reflejos de la luna! En Louveigné la población fué acuchillada porque los habitantes del pueblo «habían cortado las orejas á un médico alemán.» Nadie presenció el hecho, pero un oficial, al pasar por el pueblo, lo había afirmado. Algunos vecinos pidieron ver de cerca á este médico misterioso que nadie conoce, ó cuando menos contemplar sus orejas cortadas. El jefe alemán contestó que no tiene tiempo para discutir, é inmediatamente empezó el fusilamiento de los vecinos.»



La mujer indecisa

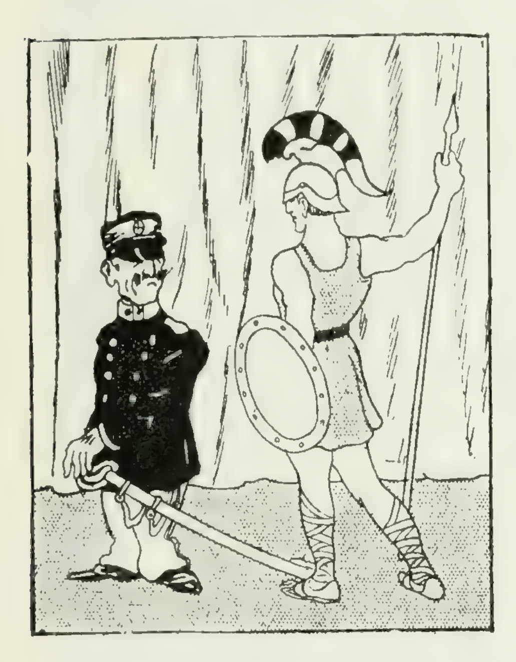
(La Campana de Gracia)

Las palabras «han tirado contra nosotros» fueron el preludio de todos los asesinatos y sirvieron de conclusión á todas las matanzas. Cerca de Lovaina los soldados fusilaron á un viejo que figuraba entre los rehenes, afirmando que había tirado contra ellos. Al examinar el cadáver, resultó que el terrible franco-tirador ¡estaba ciego! El cura de Hainaut se vió interpelado furiosamente por un oficial alemán que gritaba: «Los civiles han tirado.»

«Yo hice constar—dice el cura—que los habitantes

se habían mostrado buenos y atentos con sus soldados. El oficial me contestó que esto era para ganar mejor la confianza de los alemanes y matarlos traidoramente. Mientras hablábamos oí muchos disparos en la calle vecina. Al día siguiente encontramos 26 vecinos muertos.»

Otro testigo cuenta cómo en Hastiere los alemanes afirmaban que habían tirado contra ellos desde la casa de Monseñor Carton de Wiart, edificio que en realidad deseaban saquear. «La casa—dice el testigo—estaba absolutamente vacía, y yo guardaba la llave en mi bolsillo. En la cueva de un edificio inmediato se habían refugiado varias mujeres y niños, de cuya alimentación cuidaba secretamente un soldado católico alemán. Este último me aseguró que no solamente los civiles no habían tirado, sino que él había recibido una herida en la mano izquierda al atravesar el jardín bajo los disparos de los alemanes... La casa fué saqueada é incendiada, que es lo que deseaban los invasores.»



—¿Qué aguardas para entrar en escena?
El segundo acto; ahora estamos en el primero.
(*Il Mondo Umoristico*)

«En Tamines—dice otro testigo—un grupo de civiles prisioneros está guardado por un destacamento en una pradera. Ningún prisionero se mueve. Sus guardianes se aburren. Un oficial busca una distracción fácil, y dice á los prisioneros: «¿Cuál de vosotros es el que acaba de tirar?» Y escogiendo cinco á su capricho, ordena que los fusilen. Pasadas algunas horas el aburrimiento vuelve á reaparecer. Los soldados ya no se divierten comiendo con abundancia en presencia de los cautivos famélicos, haciendo funcionar el fonógrafo ó tocando el acordeón. El oficial reconoce que sólo un episodio podrá distraerlos, y vuelve á preguntar: «¿Quién ha tirado contra nosotros?» Y la descarga de un segundo fusilamiento abate nuevos prisioneros.»

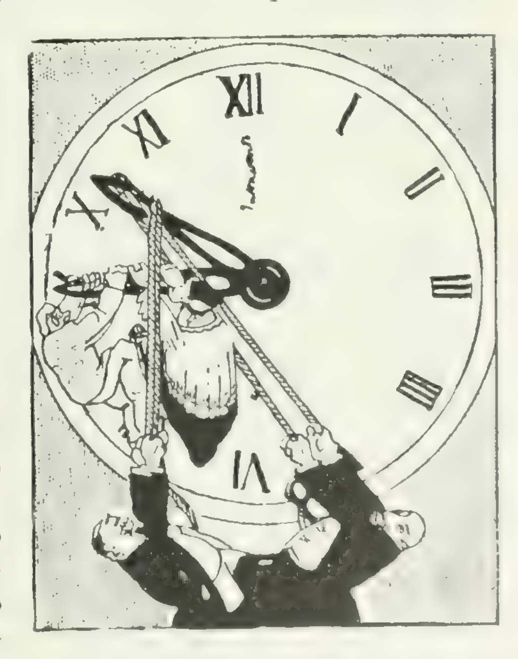
El soldado alemán, durante la invasión de Bélgica, tuvo tres frases para justificarlo todo: «*Así es la guerra*», «*Han tirado contra nosotros*» y «*Los inocentes deben pagar por los culpables.*» En Lovaina un funcionario que se presentó á las autoridades alemanas para que salvasen del incendio sus archivos, se vió arrestado por los mismos cuyo auxilio imploraba, bajo la acusación de haber tirado contra los alemanes. Ningún oficial lo conocía; todos ignoraban su nombre. Pero no importa, era belga é *indudablemente había tirado*. En Ninove un viajero, al entrar en un cuerpo de guardia para preguntar la hora del paso del tranvía, se vió detenido cuando intentaba salir. El jefe del puesto contestó simplemente á sus protestas indignadas: «Usted ha tirado.» Y lo agregó al primer convoy de prisioneros que salía para Alemania.



El pueblo italiano pidiendo al rey que lance contra Austria la escuadra y el ejército, que desean combatir. (*Times Picayune*)

Estos pretextos y excusas dieron al alemán carta blanca para disponer á su antojo de los bienes y las personas. Cuando un batallón ó un destacamento sentía deseos de muerte, de lujuria ó de pillaje, le bastaba apelar á la mentira de los franco-tiradores para darse satisfacción.

La suerte de un pueblo belga dependía de la fatiga, la excitación ó el aburrimiento de las tropas que pasaban por él, y podían decidir arbitrariamente de su suerte. Bastaba que un hombre hiciese un disparo al aire ó simplemente lanzase un grito. Los oficiales dejaban hacer, con el deseo de aprovecharse ellos mismos. Un testigo vió en Blegny á un motociclista alemán detenerse y disparar al aire su revólver. Inmediatamente acudió una patrulla, acuchillando al vecindario. En Battice, otro testigo vió cómo un soldado alemán disparaba un tiro contra una casa. Inmediatamente acudie-



La hora de la intervención sonará á pesar de todos los esfuerzos. (*Pasquino de Turín*)

ron otros soldados, que tomaron por asalto el edificio, matando á casi todos sus habitantes.

El ansia de venganza vino á unirse á la satisfacción de otros criminales deseos. Los éxitos de los soldados belgas los pagaron con su martirio los campesinos. Los carabineros ciclistas de Bélgica eran objeto del odio y la preocupación de los alemanes por su movilidad y su audacia. Estos soldados que atacaban y desaparecían para volver á mostrarse donde menos lo esperaba el enemigo, infligieron grandes pérdidas á las tropas invasoras. Los alemanes los apodaban *Schwartze Teufels*, «los diablos negros». No pudiendo acabar con ellos, fingieron ignorar su existencia como soldados de un ejército regular, atribuyendo sus trucción. Una columna, al atravesar Viesville, pueblo situado á 15 kilómetros de Monceau, declaró que los vecinos habían tirado contra ella, y que iban á proceder al incendio y al fusilamiento. Pero al enterarse los oficiales de que estaban en Viesville no pasaron adelante en sus propósitos, diciendo que habían creído entrar en Monceau, y que era á este pueblo al que deseaban castigar.

Según las declaraciones de respetables testigos, los alemanes fingieron en varias poblaciones, con la habilidad de un director de escena, el ataque de los vecinos. Algunos soldados fueron sorprendidos en casas y jardines disparando contra sus camaradas, para hacer creer en la existencia de franco-tiradores.



ARTILLERÍA ALEMANA (Fot. Rol)

ataques afortunados á las bandas de franco-tiradores y haciendo responsables de ellos á los habitantes del país.

Algunas poblaciones estaban destinadas por adelantado á la destrucción, y los invasores, al entrar en sus calles, sabían que no transcurriría mucho tiempo antes de proceder á su saqueo é incendio. Para ejecutar el proyecto madurado desde días antes por los jefes, se valían del pretexto del franco-tirador misterioso que había disparado sin que nadie lo viese. Ciertas destrucciones de pueblos fueron anunciadas por alemanes demasiado habladores ó que sentían conmiseración, mucho antes de que surgiese el pretexto que había de servir de justificación á la tragedia.

En sus diversos alojamientos, antes de llegar á Dinant, á Andenne y á otras poblaciones belgas, varios oficiales y soldados anunciaron su futura destrucción.

En Lovaina algunos oficiales alemanes, agradecidos al buen trato que les había dado Mr. David en su hermoso hotel de la calle de la Estación, le entregaron un certificado para que nadie lo molestase. Varios soldados, furiosos al ver que se les escapaba una fructuosa ocasión de pillaje, colocaron ante la casa el cadáver de un húsar, yerto y frío, que habían encontrado en el campo del combate de Herent. Los alemanes se fueron agrupando ante el cadáver de esta *víctima*, y un teniente gritó: «He aquí un hombre que acaba de ser muerto con ametralladora desde las ventanas de esta casa.» La soldadesca no necesitó más para echar las puertas abajo y saquear la lujosa vivienda. Mientras unos robaban, otros se apoderaron de Mr. David, fusilándolo.

Un testigo de Lovaina, prisionero de los alemanes, cuenta cómo los soldados que guardaban á los rehenes en el bulevar de Diest, organizaron una de estas far-



CORACEROS ALEMANES DESFILANDO FRENTE AL PALACIO REAL DE BRUSELAS



LA LOTERÍA DE LA MUERTE
Las potencias anotando las bajas de guerra, cuyas listas más largas son las de Alemania y Austria
(Composición de Juan Braakensick, del *Weekblad*, de Amsterdán)

sas contra enemigos invisibles. «Los soldados—dice—representaron una verdadera comedia. En un momento dado se precipitaron hacia delante abrigándose detrás de un reverbero, de una fuente, ó marchando pegados á los muros, sin cesar de disparar contra un enemigo que no existía. Después volvían hacia nosotros tomando actitudes triunfantes. Algunos comenzaron á tirar alrededor de nosotros, y mi hijo, que entiende el alemán, oyó que un soldado decía á otro: «Atención; no vayas á herir á un camarada.» El interpelado contestó: «No tengas miedo, son cartuchos sin bala.»

Cuatro días después, cuando el ministro de los Estados Unidos y varios periodistas neutrales pudieron visitar Lovaina con el permiso de las autoridades alemanas, se organizó en su honor una comedia semejante. Los alemanes fingieron un combate de franco-tiradores para dar interés novelesco á este viaje, disparando y avanzando victoriosos por las calles arruinadas, en las que no quedaba un ser humano.

En algunos pueblos la venganza de los invasores fué de una frialdad espantosa. El 28 de Agosto siete vecinos de la aldea de Boeckt fueron fusilados porque en el curso de un combate ocurrido el día anterior los soldados belgas se habían atrincherado detrás de las casas de estos siete padres de familia. Uno de ellos, por ser sin duda el «más culpable», fué enterrado vivo. Algunos días después el pueblo de Lebbeke fué destruido por el incendio. Su crimen consistió en el hecho de haber muerto seis alemanes en su territorio durante un combate sostenido con el ejército belga.

□

Tales atrocidades fueron pocas veces obra única de los soldados. Allí donde se cometieron se notó la presencia de los oficiales. Gracias á ellos la crueldad invasora se mantuvo disciplinada, como afirman los 93 intelectuales germánicos. Todo lo que la moral corriente, la moral admitida por los hombres llama *crimen*, fué titulado por estos oficiales *operaciones de guerra*.

Su misión gloriosa fué dirigir estas operaciones. En presencia suya, y obedeciendo sus órdenes, los civiles formaron rebaño para marchar delante de las tropas en los combates, sirviendo, mujeres, viejos y niños, de abrigo á los combatientes. «Bajo sus órdenes también—dice un autor—se realizaron los fusilamientos; no los fusilamientos regulares ordenados por un consejo de guerra despues de una deliberación, sino los fusilamientos al azar, á través de las calles de un pueblo, matando á todo el que se



LOS CAMPOS
El de ayer

ponía á su alcance. Con su autorización los soldados violan y torturan. Personalmente no son más delicados en general que sus subordinados, ni menos crueles.»

Al entrar en Aerschot á la cabeza de sus hombres en correcta formación, un oficial dispara un tiro de revólver contra una mujer joven que está asomada á una ventana y lleva un niño en los brazos. En Tamines son los oficiales los que al ver que los encargados de las ametralladoras no siguen disparando poseídos de horror, ocupan el sitio de sus hombres para continuar la destrucción de la masa de civiles, y dan vueltas friamente á la siniestra manivela.

Un comandante, al entrar en un pueblo belga el 27 de Agosto, encuentra una monja, la hermana Aldegonda, y le pregunta dónde está el cura. «Indudablemente en la casa parroquial», contesta la religiosa. El comandante saca su revólver, lo apoya en el pecho de la monja y dice: «Venga usted conmigo, y si no encuentro al cura en su casa le mato á usted y doy orden para que incendien el pueblo.» Así hablan á las mujeres los caballeros alemanes. Un teniente del 163.° de infantería amenazó con su revólver á las mujeres y los niños refugiados en un convento, manifestando deseos de matar á varios sacerdotes viejos que estaban prisioneros en una sala inmediata. En Monceau-sur-Sambre los soldados fusilaron en las calles á los transeuntes pacíficos, siendo los oficiales los que dieron con sus silbatos las órdenes de empezar y cesar el fuego.



DE BATALLA

El de hoy (*Uomo di Pietra*)



LOS INVENTOS DEL HOMBRE CONTRA EL HOMBRE

(*Cleveland Plain Dealer*, Estados Unidos)

«Es en los incendios—dice un escritor belga—donde hay que ver actuar á los oficiales. Ellos son los que los ordenan, los que reglamentan su curso y vigilan su ejecución. Cuando no están presentes los cuerpos de ingenieros encargados especialmente de este servicio, los oficiales de infantería ó caballería trabajan minuciosamente para que el incendio sea perfecto y no se note la falta de los técnicos. En Rethy la Comisión investigadora belga describe el buen orden de los incendiarios alemanes, entrando en las casas y prendiendo fuego, habitación por habitación, á las cortinas, los vestidos y los colchones. Hasta los destacamentos ligeros de hulanos, que carecen de material *ad hoc,* procuran hacer los incendios correctamente. En Ham-sur-Sambre, el domingo 23 de Agosto, un destacamento de hulanos, para divertirse en este día de reposo, quema toda una calle, casa tras casa. Cuando la tropa es más numerosa, posee sus útiles para incendio y todas las municiones necesarias. En Schaffen cada casa es rociada previsoramente con petróleo y nafta, líquidos contenidos en recipientes perfeccionados. En Tamines se sirven de unos cohetes voladores que los soldados llevan con ellos y que alumbran el incendio. En algunas partes emplean las pastillas incendiarias de nitrocelulosa agelatinada. Estos incendios no se inician durante la noche, sino tranquilamente en pleno día, ante los transeuntes, que declaran luego todo lo que han visto.» «He presenciado—dice uno de ellos—cómo los hulanos rociaban los muros de las casas de la calle Nueva con un líquido que debía ser petróleo, prendiendo fuego inmediatamente. Para rociar las casas se valían de una pequeña bomba con manga.» «El 25 de Agosto—dice otro—estaba yo ante el *Café de la*

Armonía, en Aerschot, cuando vi á un soldado con un objeto en la mano semejante á una lanza. Un olor de nafta se esparció inmediatamente, y á los pocos segundos la casa se cubría de llamas.» «He visto—dice un tercero—cómo los alemanes, antes de incendiar, esparcían un líquido de fuerte hedor valiéndose de un instrumento que tenía la forma de un bastón.»

Todos los hombres parecen ejercitados en el incendio, pero sin embargo hay en cada regimiento una compañía dedicada especialmente á este servicio. Un testigo que presenció el incendio de Ceroux-Mousty, menciona el orden metódico con que se realizó éste. «Un cuerpo especial se ocupó del incendio. Mientras unos hombres arrojaban granadas, otros ventanas á culatazos. Otros venían á continuación armados de hachas para terminar y perfeccionar el trabajo. Por las aberturas practicadas, un tercer grupo proyectaba un líquido inflamable, arrojando después maderas encendidas. La casa ardía inmediatamente... Se ha dicho que bastaba dejar las puertas abiertas para librarse de la furia alemana. No es cierto. En muchas casas donde las puertas estaban abiertas, el fuego estalló en el piso primero al mismo tiempo que en el piso bajo. En lo que concierne á esta destrucción metódica hay que hacer constar que las casas incendiadas fueron siempre las inmediatas á los caminos por donde circulaban las columnas alemanas con sus jefes al frente. Pueden citarse muy pocas

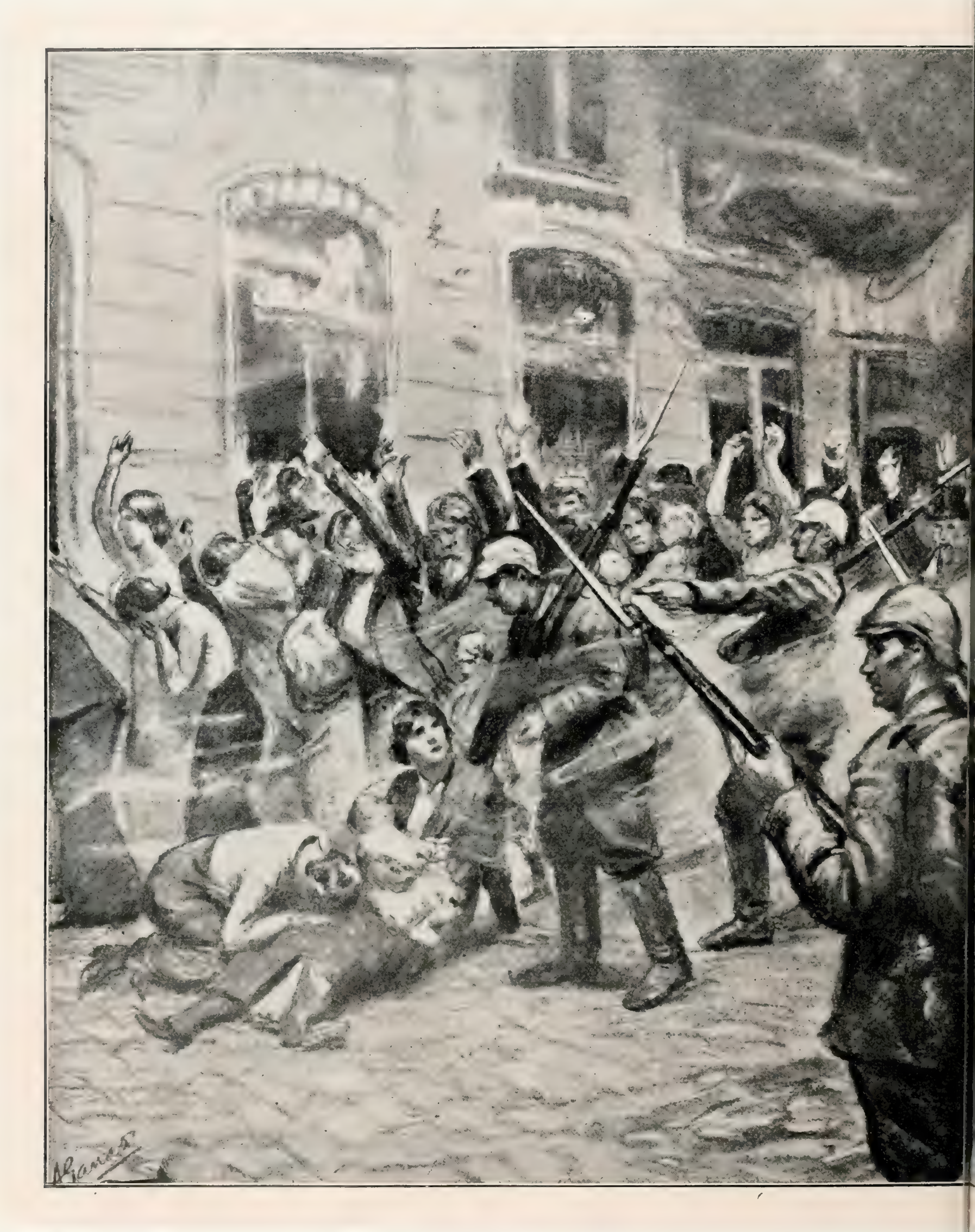


TROPAS ALEMANAS EN UN CAMINO DE BÉLGICA (Fot. Rol)

derramaban chorros de petróleo ó de bencina valiéndose de bombas.» En Monceau-sur-Sambre, como las calles eran más largas y las casas más numerosas que en otros pueblos, los incendiarios se dividieron en dos grupos. «Unos abrían las casas haciendo saltar las puertas á golpes de hacha ó á culatazos. Los otros venían á continuación arrojando en el interior materias inflamables, pastillas, granadas y petróleo ó nafta contenidos en receptáculos especiales.» Otro testigo dice así: «Habiendo pasado toda una tarde en una calle donde se manifestaban particularmente las crueldades de los alemanes, pude ver su manera de operar, apreciando personalmente la reglamentación con que proceden en sus devastaciones. Cuando los oficiales habían dado la orden del incendio, los grupos de soldados encargados de las diversas funciones destructivas avanzaban por ambos lados de la calle. Los primeros tenían el encargo de echar abajo puertas y casas aisladas que desapareciesen bajo el fuego, lo que demuestra que los incendios no fueron obra de grupos sueltos de soldados, sino de tropas sometidas á la vigilancia de sus jefes.» En las mochilas de algunos alemanes prisioneros se encontraron botellas de petróleo mezclado con nafta para el incendio de las casas. Cuando las tropas agotaban su provisión de líquido inflamable, requisaban el petróleo de los pueblos para seguir quemando.

«Los invasores se aprovechan muchas veces del incendio para hacer un trabajo doble. En Lieja, mientras arden las casas de una calle, la infantería caza con los fusiles y las ametralladoras á los burgueses que se ven expulsados por las llamas de sus viviendas. Esto representa una notable economía de tiempo. El incendio se confunde con la guerra. En Averbode el comandante alemán declara á un vecino ***que no ha venido al pueblo para batirse, sino para in-***





Dibujo de Arturo Garratt, de «The Illustrated London News»

Los horror



de Lovaina



cendiarlo. Algunas veces, por modestia ó por disciplina, el ejército combatiente se abstiene de su gloriosa función incendiaria. Es que las fuerzas de ingenieros, los terribles *pionniers,* no se hallan lejos.» Éstos son los encargados de los incendios impecables en las grandes poblaciones. Su material es más completo, más nuevo y homogéneo que el de las otras tropas. El prestigio profesional de los *pionniers* en materia de incendio es tan indiscutible, que delante de ellos los otros alemanes se retiran modestamente. Á una mujer de Termonde que pedía á un oficial que salvase su casa, le contestó éste: «Lo siento mucho, señora, pero el incendio no es de mi competencia. Esto corresponde á los que acaban de entrar, y ante ellos me retiro.» ¡Admirable división del trabajo, última palabra de la industria guerrera!

Un general belga encargado de examinar técnicamente las atrocidades de los alemanes en Termonde, dijo así á su gobierno: «Una compañía estaba encargada de la destrucción de las casas. Tenía depósitos centrales de líquidos inflamables, y cada hombre, portador de un cinturón pneumático, iba y volvía para hacer provisión de líquido y rociar puertas y ventanas. Otro hombre, con un guante especial untado de fósforo, pasaba ante las casas rociadas, y frotando su guante en las puertas y ventanas prendía fuego instantáneamente. De este modo podían incendiar una calle entera en menos de un cuarto de hora. Para activar el incendio los hombres arrojaban materias inflamables, de las que guardo una muestra—una nueva variedad incendiaria: fumi-algodón comprimido—. Se comprende que en presencia de tan hábil trabajo los otros soldados alemanes no se atrevan á intervenir, y que cuando los *pionniers* tuvieron que abandonar su trabajo para ir á hacer saltar las estaciones férreas, las tropas de ocupación esperasen su regreso para poder continuar y terminar un trabajo tan bien comenzado.»

Los terribles *pionniers* nunca trabajaron al azar. Quemaron correctamente lo que les había sido designado, y respetaron lo que estaba bajo la protección de sus jefes. En medio de una ciudad incendiada supieron dejar intactas las casas pertenecientes á los alemanes ó á los amigos de Alemania. De este modo, en Lovaina todas las propiedades del duque de Aremberg quedaron intactas en medio de los escombros. Los habitantes de Lovaina creían que este duque era belga, cuando en realidad era alemán.



UNA TRINCHERA ALEMANA (Fot. Rol.)

«Después del ejército de los incendiarios—dice Nothomb—entra en función el ejército de los ladrones. No se trata aquí de ningún cuerpo especial. Todo alemán, por el hecho de ser militar, forma parte de la gran organización del pillaje. El robo estaba preparado, y fué ejecutado lo mismo que el incendio: con frialdad y método y con una disciplina unánime. Todos lo ejercitaron y lo aprovecharon, soldados, oficiales, jefes y hasta médicos. ¿No era la recompensa de su trabajo? El pillaje es un medio honorable de guerra para el alemán, y nadie deja de emplearlo. Los invasores lo han practicado á fondo, sin perdonar nada y siempre en medio del mayor orden. En Lovaina, según dice el relato oficial, «el pillaje empezó el 27 de



TRÁGICA ARRELLANADORA

(*L'Asino*)

Agosto y duró ocho días. Los alemanes, formando grupos de seis ú ocho, rompían puertas y ventanas, penetraban en las cuevas para emborracharse bestialmente, saqueaban los muebles, despanzurraban las cajas de caudales, robaban el dinero, los cuadros, las obras de arte, la plata labrada, la ropa blanca, los vestidos, el vino, las provisiones.» «Los soldados—dice un testigo—, al mando de un sub-oficial, iban de casa en casa derribando las puertas y las fachadas de las tiendas. Mientras ellos robaban, una carreta ó un carruaje estaba estacionado en la calle para recoger el botín. Algunas veces el robo se hacía bajo la dirección de un oficial.» «En Tongres los 10.000 habitantes de la población se vieron empujados fuera de ella, para que de este modo resultase más fácil el pillaje. Una vez evacuada la ciudad, la soldadesca incendió los edificios, saqueó los almacenes, robó los cuadros y todos los objetos de valor, depositándolos en las aceras para amontonarlos luego en carretones.» «En Namur las casas más robadas fueron las que servían de alojamiento á los oficiales. Éstos fracturaron todos los muebles, llevándose la ropa blanca y hasta los vestidos de señoras y señoritas.» «En Malinas los muebles robados fueron transportados por los alemanes á las casas vacías, y de allí amontonados en trenes que los trasladaron á Alemania. En pocos días partieron 28 trenes cargados de objetos robados. El comisario de policía belga declaró que le era imposible ejercer sus funciones, pues resultaba una ironía detener y procesar á un pobre diablo por el hurto de unos cigarros, cuando el robo estaba organizado públicamente en gran escala por los alemanes.»

En todas las poblaciones de Bélgica las tropas invasoras iban seguidas de filas de carretas. Los soldados robaban cuanto veían, aunque sin gran provecho, pues todo lo que era de algún valor pasaba á poder de los oficiales. Éstos querían enviar un *recuerdo* á sus familias, sin reparar en el peso ni el volumen. Antes bien, en su afición á lo *kolossal*, procuraban que fuese lo más vistoso posible. Los tales recuerdos eran roperos enteros, pianos de cola, muebles de comedor, etc., etc. Un echevín aprisionado como rehén, ofreció á un oficial que había de pasar la noche en su casa todas las llaves de las puertas, así como de los muebles cerrados. «Es inútil, no las necesito», respondió el oficial. Al día siguiente todas las puertas estaban derribadas, todos los muebles fracturados y la casa saqueada desde la cueva á la buhardilla. «Hemos notado—dice un testigo—que estos robos se realizan con la aprobación de los jefes y porque ellos lo permiten deliberadamente. La disciplina alemana es tal, que bastaría el gesto de un teniente para que no ocurriese el más leve atentado en una población ocupada.» El 20 de Agosto la autoridad alemana hizo saber fríamente al burgomaestre de Wolverthem que toda la población masculina debía salir del municipio antes de las tres de la tarde, bajo pena de muerte. Hay que hacer constar que este vecindario había acogido bien á los invasores, esforzándose por atender todos sus deseos. Así que se alejaron los hombres empezó el saqueo de las viviendas y el atropello de las mujeres.



LA MUERTE SEGANDO BATALLONES

(*Telegraaf*, de Amsterdán

Los castillos y casas de campo, propiedad de los ricos, fueron particularmente buscados por los invasores. Todos los cuadros, bronces, estatuas y otros objetos de arte atrajeron la codicia de los oficiales, que se dedicaron á coleccionistas con el revólver



LA GUERRA
(*Philadelphia Inquires*)

en la mano. Los objetos robados se amontonaban en carretas ó en los automóviles del ejército para ser conducidos á la próxima estación. «Ciertos *artículos* —dice un escritor belga—eran buscados particularmente por los oficiales alemanes. En 1870, al invadir Francia, mostraron cierto entusiasmo por el robo de relojes de chimenea. Ahora muestran una predilección especial por los pianos. Hubo un día en que se juntaron *setecientos* sobre los muelles de mercancías de la estación de Malinas. Estos pianos robados á las casas belgas, emprendían el camino de Alemania para divertir á las Gretchen de ojos azules, ansiosas de botín, lo mismo á las que se deleitan con el *Sigfrido* que á las que aman la *Viuda Alegre.*» El producto de todos los robos no estaba destinado á regalos individuales. Con frecuencia la masa del pillaje pasaba á ser propiedad del Imperio. Los diarios de Colonia han anunciado muchas veces la venta pública en las plazas de dicha ciudad de reproductores de precio y otros frutos del pillaje en las poblaciones y los campos de Bélgica. «Cuando los alemanes para disimular su robo daban á cambio de los objetos arrebatados un bono ó un recibo, éste aparecía casi siempre redactado en términos de broma. Unas veces esta broma era pesada y grave: «Bono pagable por la Francia.» Otras la broma quería ser ligera: «Bono para ser ahorcado.»

Lo más notable en este sistema de robos fué la inconsciencia de los que los ejecutaban. Saquear las casas, llevándose hasta los objetos más insignificantes, les parece á los soldados del kaiser un acto natural, y se indignan ó muestran una verdadera estupefacción cuando alguien pretende suponer que esto equivale á un robo.

Los alemanes saquearon en Brabante un castillo, perteneciente á un alto magistrado de Bruselas. Éste dirigió sus quejas al gobernador alemán, que empezó por negar el hecho. Luego, en vista de su insistencia y sus pruebas, le permitió que visitase los depósitos donde estaba amontonado el botín, para buscar sus objetos entre los fardos innumerables que iban á ser expedidos á Alemania. Al entrar en estos depósitos, conducido por un oficial, el honorable magistrado vió una cantidad enorme de cajas bien claveteadas y que esperaban la hora de la partida. Al examinar las procedentes de Brabante, el magistrado fué encontrando uno por uno varios objetos de arte que le pertenecían, y los puso á un lado, continuando la apertura y examen de las otras cajas. Al fin el oficial se impacientó por estas largas rebuscas, y para ponerlas un término propuso al propietario robado que tomase lo que quisiera en las cajas abiertas, como un equivalente de lo que había perdido. El magistrado contestó con dignidad que no podía ser cómplice de un robo.

—¿Pero esto es un robo?—preguntó con extrañeza el oficial, como si no lo comprendiese.



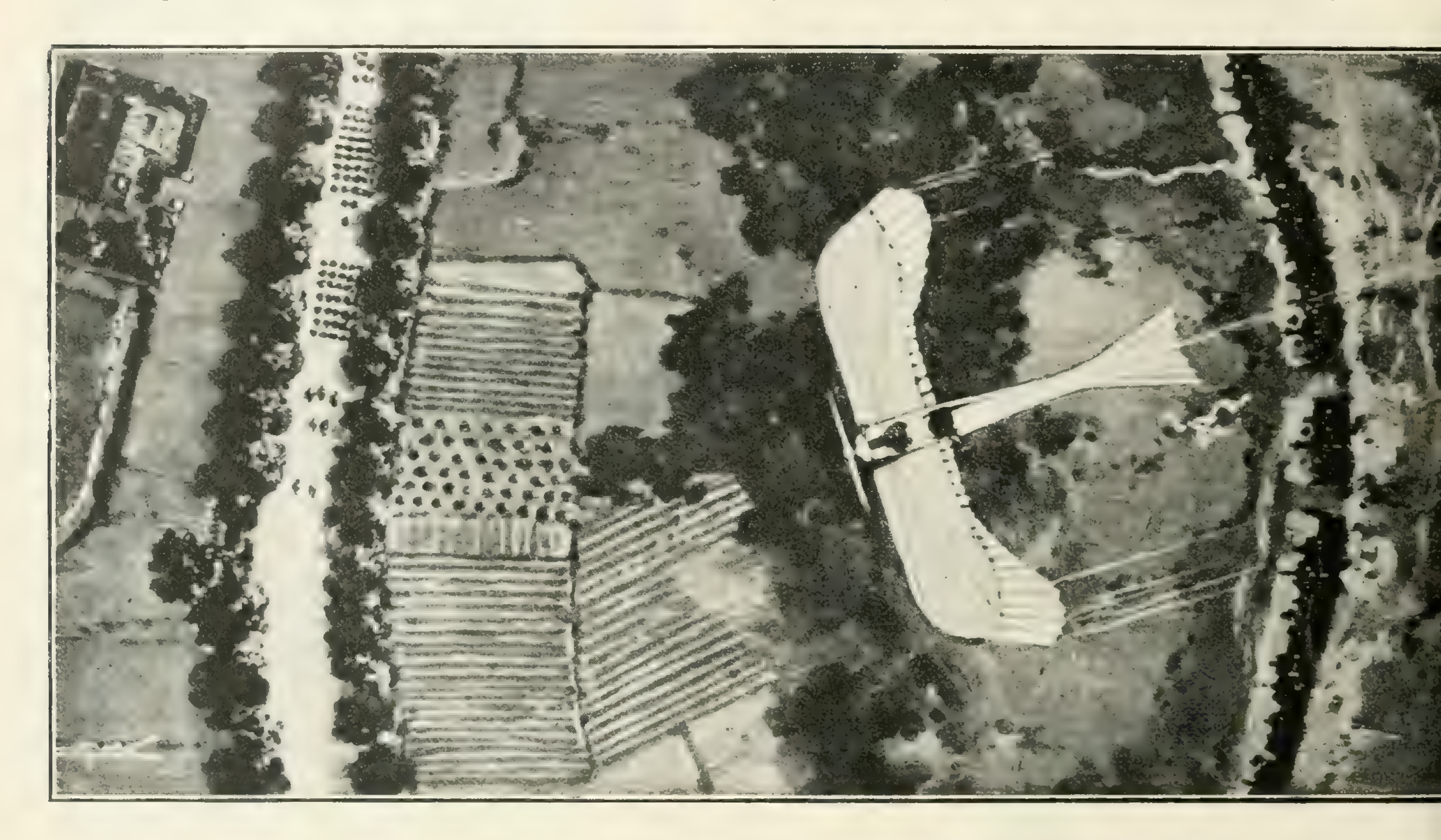
LA SORPRESA DEL 42
Un cartel alemán

Algunas veces los simples soldados tuvieron una noción más exacta del honor que sus jefes y oficiales. Los hubo que mostraron cierta vergüenza al proceder como procedieron. Todos sabían que á los ojos de los oficiales los saqueadores no son soldados desobedientes, sino por el contrario, buenos colaboradores de las intenciones del Estado Mayor, y por esto todos robaron creyendo cumplir un deber, y algunas veces contra su voluntad. Ya hemos mencionado las opiniones de algunos soldados expuestas en sus cuadernos de notas. El soldado Klein escribía así después de su entrada

en Lovaina: «Esta jornada me inspira un desprecio que no sé cómo describir.» Otro soldado, al entregar una cantidad de dinero, producto de sus robos, á la superiora de un convento, dijo así: «Tome usted, hermana, para sus buenas obras, y no me desprecie. Me veo obligado á robar, pero yo no soy un ladrón.» En el incendio y pillaje de los pueblos, procuraban los oficiales que los soldados empezasen sus visitas de las casas por las bodegas. De este modo se acallaban los escrúpulos y los hombres mostraban más ardor.

Los altos jefes, que por su elevada situación y su fortuna parecían hallarse á cubierto de esta criminalidad general, incurrieron igualmente en el pillaje. Muchas veces los soldados robaron por su cuenta, amontonando el botín con cinismo y tranquilidad. Los amigos íntimos del kaiser procedieron como los simples tenientes, saqueando los castillos en que se habían instalado, guardando en cajas la plata labrada, los muebles artísticos, las sábanas bordadas, los trajes de baile destinados á sus esposas y amigas, y hasta los cromos. El duque de Gronau, después de instalarse pacíficamente durante el mes de Agosto con todo su Estado Mayor en el elegante castillo de Villiers Notre Dame, se llevó tranquilamente 146 cubiertos de plata, 236 cucharillas, 3 relojes de oro, 1.500 botellas de vino, numerosos trajes de soiree, muchas obras de arte y una gran cantidad de ropa de niño. Su Alteza Imperial y Real el Príncipe Eitel-Fritz, hijo del emperador, luego de vivir ocho días en un castillo cerca de Lieja, agradeció el buen trato de sus dueños embalando ante sus ojos todos los trajes elegantes que encontró en los armarios, pertenecientes á la señora de la casa y sus hijas.

«Desde el soldado al oficial—dice Nothomb—, del oficial al príncipe y del príncipe al jefe de ejército, se nota el mismo sistema, la misma crueldad, el mismo gusto áspero del robo. «No es cierto que hayamos cometido ninguna crueldad indisciplinada», dicen los intelectuales alemanes. Es cierto. Pero el robo y la mentira, la vileza y la brutalidad, el incendio y el asesinato, han sido erigidos en método y cometidos por orden de los generales del emperador.»



AEROPLANO ALEMÁN MANIOBRANDO SOBRE UNA LLA

Las proclamas de los jefes alemanes demuestran que las atrocidades de los invasores obedecían á un plan preconcebido del Estado Mayor.

El 21 de Agosto, en Lovaina, el general en jefe hizo fijar en las esquinas un bando redactado en alemán y en francés, en el que declaraba que ordenaría la destrucción de todos los pueblos y aldeas donde los civiles tirasen contra las tropas, añadiendo que ya estaba probado que en algunos lugares los habitantes habían cometido actos de «la más lúgubre crueldad». Todos los vecinos de Lovaina expertos en el arte tipográfico, vieron que este bando había sido impreso en Alemania muchos días antes. Además, el documento llamaba *maires* á los alcaldes de Bélgica, cuyo

título es de *burgomaestres.* Como se ve, los generales llevaban las proclamas en sus bagajes impresas con anterioridad, y en ellas hablaban de franco-tiradores, de *recientes* agresiones, y sobre todo de represalias, cosas indispensables para la buena marcha de la invasión.

El incendio fué para la autoridad alemana el complemento de todo castigo individual. El comandante Von Otto fijó el 23 de Agosto en varios municipios del distrito de Charleroi un bando que establecía lo siguiente: «Toda persona que guarde un arma será fusilada y su *casa incendiada.*» En Chatelet el comandante Von Maltzahn hizo saber por medio de un aviso impreso: «Todo habitante que guarde en su domicilio á un herido belga ó francés debe declararlo, y si no lo hace así se expone á ser ahorcado y su casa incendiada.» En Charleroi el general en jefe declaró: «Toda localidad donde los habitantes tiren contra las tropas será quemada á fondo.»

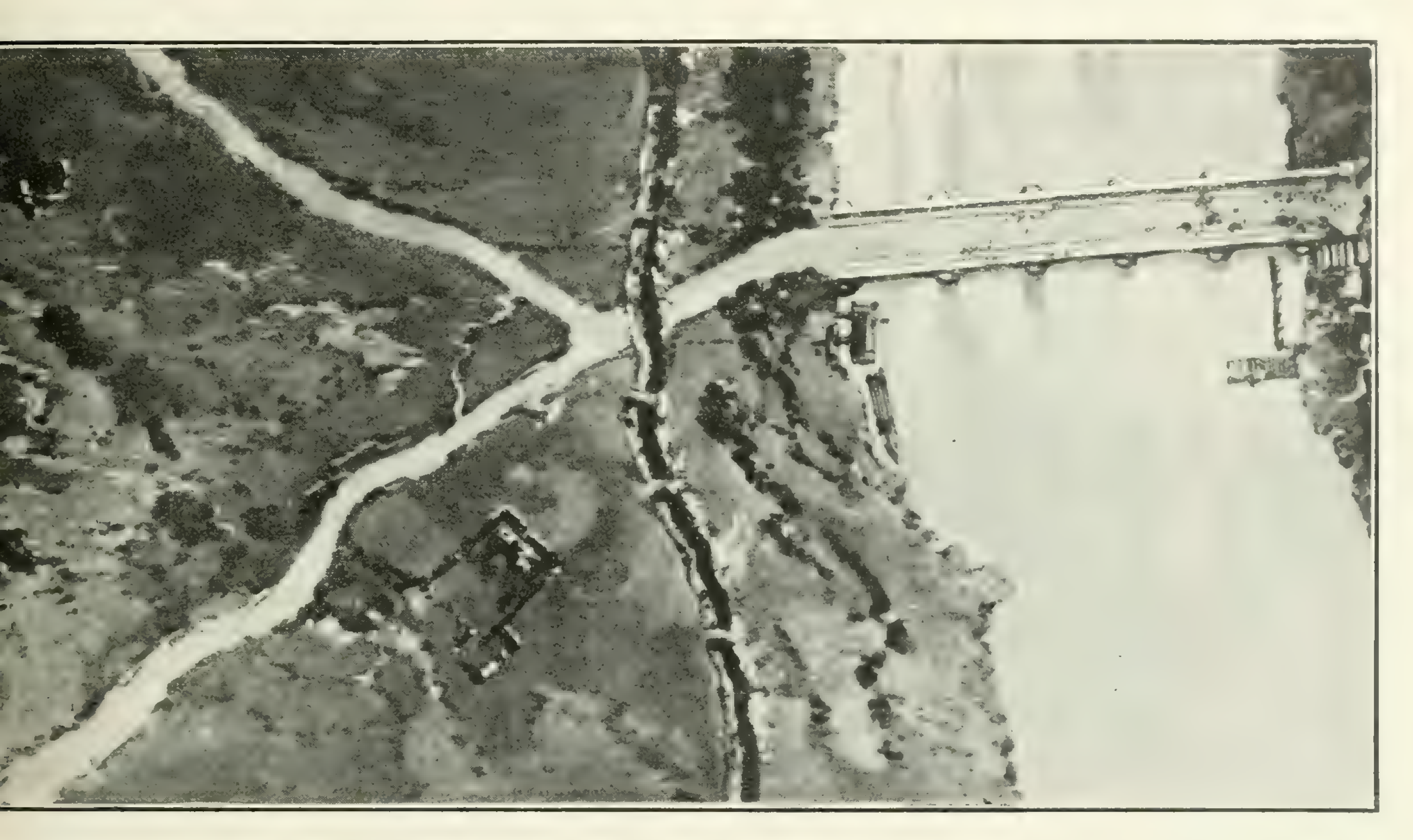
El 22 de Agosto, después de la matanza de Andenne, Von Bulow publicó en Lieja, á guisa de amenaza, esta abominable confesión: «Es con mi consentimiento que el general en jefe ha quemado toda la población y 100 personas aproximadamente han sido fusiladas.»

El 25 de Agosto el mismo Bulow hizo fijar en Namur la proclama siguiente acerca de los enemigos heridos:

«Los soldados belgas y franceses deben ser entregados como prisioneros de guerra antes de las cuatro de la tarde delante de la prisión. Los ciudadanos que no obedezcan serán condenados á trabajos forzados á perpetuidad en Alemania. La inspección severa de las casas empezará á las cuatro. *Todo soldado enemigo que se encuentre será inmediatamente fusilado.*

»Todas las calles quedarán ocupadas por una guardia alemana, que tomará diez rehenes en cada calle. Si un atentado se produce en la calle, los rehenes serán fusilados.»

El 8 de Septiembre el mayor Dieckmann anunció lo siguiente á la población de Grivegnée:



...LGICA PARA DESCUBRIR LAS POSICIONES ENEMIGAS (Dibujo de H. W. Koekkoek, de «The Illustrated War News»)

«Como rehenes serán colocados en primera fila los sacerdotes, los burgomaestres y otros miembros de la administración.

»La vida de estos rehenes depende de que la población se mantenga tranquila en todas las circunstancias.

»Exijo que todos los civiles que circulan en mi circunscripción muestren su respeto á los oficiales alemanes quitándose el sombrero cada vez que los encuentren ó llevándose una mano á la cabeza como para el saludo militar. En caso de duda, deben saludar á todo militar alemán, sea oficial ó no lo sea. El que se niegue á hacer esto, debe tener en cuenta que los militares alemanes se harán respetar *por todos los medios.*»

El teniente general Von Nieber escribió el 27 de Agosto al burgomaestre de Wavre exigiendo de esta

pequeña población qué pagase el exorbitante impuesto de guerra de tres millones de francos acordado por Bulow. La carta terminaba del siguiente modo: «La población será incendiada y destruída si no se efectúa el pago, sin tener consideración con nadie. *Los inocentes sufrirán por los culpables.*» El 23 de Septiembre esta fórmula atroz fué repetida en una proclama del general Von Bissing, que también dijo: «Los inocentes deben pagar por los culpables.» En Hasselt la autoridad militar alemana hizo saber que «en el caso de que los habitantes tirasen contra los soldados, *la tercera parte de la población masculina* sería pasada por las armas».

El colmo del cinismo corresponde al venerable mariscal Von der Goltz, gobernador general de Bélgica. Este anciano feroz, en una de sus proclamas anunció que castigaría sin misericordia á toda población en cuyos alrededores apareciesen cortados los hilos telegráficos ó la vía férrea, añadiendo: «*poco importa que las poblaciones sean cómplices ó no lo sean.*»

LAS TROPAS BELGAS EVACUANDO LOVAINA

Así como estas proclamas muestran el verdadero carácter del jefe alemán con su falta de escrúpulos y sus brutales procedimientos, los cuadernos de notas encontrados en las mochilas de los prisioneros ó los muertos esparcen una nueva luz sobre la fisonomía del soldado. «Ningún heroísmo en estas confidencias —dice un autor—, ninguna gradación espiritual, ninguna delicadeza de alma. La gran preocupación del alemán en campaña es comer. Exaltar la causa que defiende, mencionar rasgos de bravura, buscar el darse cuenta de la marcha de la campaña, son cosas que no se le ocurren. La gran cuestión para él es saber si á mediodía comerá habas ó salchichón, y anotar cuidadosamente cómo ha digerido las habas ó el salchichón del día anterior. El beber tiene igualmente una gran importancia. Para muchos alemanes los hechos de guerra más salientes consisten en borracheras. Los días más hermosos son aquellos en que han bebido mejor. En medio de las ruinas y de los muertos sólo piensan en la bebida. «Como tenía un poco de reposo—dice uno de ellos—lo he aprovechado para visitar la ciudad de Aerschot. Nadie puede imaginarse el estado en que se encuentra... Sin embargo, en toda mi vida beberé tanto vino como he bebido aquí.» Otro alemán relata con deleite el pillaje de las bodegas. «Proseguimos nuestra marcha hacia Lovaina. En los alrededores de la estación no hay una casa que no esté destruída. Entramos en la ciudad, que está ardiendo. Nunca he visto una cosa semejante. Las casas más hermosas de la calle principal estaban ardiendo, y el pillaje empezó inmediatamente; sobre todo el pillaje del vino, y ¡era de ver con qué abundancia! ¡Cada uno dispuso de tantas botellas como pudo llevar!»

Otro soldado alemán se expresa así: «Se asombra uno cuando pasa por un pueblo que no ha sido incendiado ó cuando transcurre un día sin ver un franco-tirador fusilado... Por la noche se sienta uno á sus anchas ante la mesa para beber el vino rojo que perteneció al cura fusilado, mientras se siente la alegría de ver cómo arden las casas desde las cuales han tirado.» Los días en que no hay fusilamientos ni incendios el soldado alemán siente extrañeza. «6 de Septiembre—escribe uno de ellos—, día de reposo. Hemos enviado solamente á Alemania 300 civiles y entre ellos 22 curas.»

Cuando el soldado alemán es un padre de familia, perteneciente al *landsturm*, se siente conmovido unos momentos por la miseria de los habitantes, pero no tarda en recobrar su guerrera ferocidad recordando lo que le han contado sus jefes. «Es terrible—escribe uno de ellos—ver cómo las mujeres y los niños se despedían de los que iban á ser fusilados... Pero todas estas gentes están excitadas por los curas, que les predican en las iglesias que deben tirar contra los alemanes y matarlos para ganar el cielo.»

Los cuadernos de notas revelan también el estado de ánimo de estos militares, que son de indiscutible bravura cuando marchan en apretado rebaño con el revólver de los oficiales á su espalda, pero que pierden la serenidad cuando no combaten en masa y se ven solos. «Es algo peligroso—confiesa uno de ellos

en su cuaderno de memorias—encontrarse de guardia en plena noche en un país enemigo. Sentí cierta *impresión* cuando la luna se ocultó y comenzó á soplar el viento.» El oficial participa muchas veces de esta *impresión*—llamémosla así—de que habla el soldado. «Nuestro capitán—dice otro—es excesivamente prudente, pues va á todas partes bajo la protección de dos camilleros armados de revólveres y carabinas y busca siempre para dormir un lugar solitario é ignorado.» Así vivieron durante la invasión muchos matadores de mujeres y niños.

Algunos soldados de mayor instrucción pretenden hacer poesía en sus cuadernos de notas, extasiándose ante la belleza de los castillos y templos que van incendiando. Á estas manifestaciones poéticas se unen de pronto los más groseros deseos. Uno de ellos habla de la arquitectura ojival, y se extasía estéticamente ante la adorable iglesia de Diest. «He entrado en la catedral de Diest. Jamás había visto semejante munificencia. Recibimos de nuevo salchichón para comer. Esto resulta repugnante. La cerveza no puede compararse ni de lejos con la de Alemania. En cada rincón de la calle hay un meadero.» «¿No está aquí pintado—dice Nothomb—el alemán instintivo con su inteligencia de bruto, su corazón sensible y su gusto grosero? Las operaciones militares, la poesía de la catedral, el salchichón y el meadero, todo tiene para él la misma importancia. En el fondo esta es la marca de su barbarie. No hace distinción entre lo que es hermoso y lo que es mediocre, entre el bien y el mal. Comete los crímenes que le encargan con la misma tranquilidad pesada con que hace el ejercicio, come ó bebe. No discute nunca lo que le dicen ni razona lo que hace. Resulta la expresión servil é inconsciente de una cultura de seres primarios, que es lo contrario de la civilización. Todo lo que sus ojos encuentran le interesa con igual intensidad. Todo lo que ordena ó tolera su amo le parece natural y simple. No tiene reserva, coquetería, pudor ni vergüenza. Muchas veces es instruído, pero no ha asimilado nada. Su disciplina es más por temperamento que por virtud. Se cree religioso, pero es capaz de cometer ante un signo imperativo de su jefe todos los sacrilegios. Es casto, pero no en el curso de la campaña. Se cree sentimental, pero al mismo tiempo es feroz.»



PELOTÓN DE LANCEROS BELGAS MARCHANDO EN DESCUBIERTA CERCA DE LOVAINA

El diario de Frantz Schmiedt del 1.° batallón de infantería del *landsturm*, es un documento que retrata la mentalidad complicada y divergente de uno de estos guerreros alemanes. Frantz Schmiedt, que fué muerto en un combate—placa de identidad número 201—, era un padre de familia, un cristiano y un guerrero. He aquí algunos extractos de su diario de guerra:

26 de Agosto.—Me lavo los pies.

29 de Agosto.—Llegamos á Tirlemont y otros pueblos donde ha habido combates. Casas incendiadas.

Después llegamos á una pequeña ciudad que se llama Lovaina. Todas las casas están quemadas. La ciudad ha sido incendiada porque los ingleses (1) y los belgas han tirado contra un tren que conducía fuerzas nuestras.—Esta es una nueva versión del saqueo de Lovaina.—Nos recomiendan las más grandes precauciones. Por todos lados suben resplandores de incendios y haces de chispas. Las vigas calcinadas crugen. Toda esta ciudad de 50.000 almas arde. Vamos desfilando por las calles ardientes. Las casas más hermosas han sido abiertas á viva fuerza y han tomado en ellas todo lo que es comible. Además, millares de botellas, tres grandes toneles de vino, cigarros, conservas, cacerolas de cobre, café, molinillos de café, azúcar, toallas, ropa blanca, cepillos, peines, etc., etc. Hemos bebido vino hasta saciarnos: todo el que hemos podido; champañ á 20 marcos la botella. Yo no estaba borracho, pero muchos camaradas que no supieron beber con método ¡estaban tan borrachos! Cuando estuvimos bien cargados de botín hubo que volver al cuartel. De pronto oímos el estrépito del cañón como á unos cinco kilómetros. El ruido es terrible y cambia nuestras ideas. Según parece

(1) Los soldados alemanes creían batirse con los ingleses cuando ni uno sólo de éstos había pisado el suelo de Bélgica.

esto va serio. Intentamos dormir con la cabeza sobre la mesa y casi todos vomitamos el vino. Después cargamos el botín. Vamos á abandonar la ciudad. Encontramos mujeres y niños que levantan las manos é imploran misericordia...

Por todos lados vemos filas de casas quemadas. Son las casas de donde han hecho fuego los francotiradores... En el camino quedan aún gentes que nos traen agua para que bebamos, pero nosotros les hacemos beber primero para convencernos de que el agua no está envenenada. Es un domingo muy caluroso y transpiramos terriblemente.

31 de Agosto.—Nos enteramos de que la caballería enemiga ha sido vista y de que dos regimientos belgas marchan hacia nosotros. La noche anterior fué una noche sin sueño. Yo tenía los nervios en tensión. Á cada instante se figura uno que va á ser atacado. Se sueña con los ataques más inverosímiles y luego se despierta uno bruscamente... Entonces se entrega uno en las manos de Jesús y reza: «¡Señor, tú conoces la vida de cada uno de nosotros, y si es tu voluntad que yo vuelva á mi casa, que tu voluntad se cumpla, y que yo vuelva á ver á mi mujer y á mis hijos! ¿Qué será de mi mujer y de mis hijos?...»



LA BIBLIOTECA DE LOVAINA ANTES DEL BOMBARDEO

Toda la ciudad que ocupamos (Aerschot) está vacía y arruinada. Las casas que no han ardido están inocupadas. Los habitantes han escapado. *Lo esencial es que aun quedan algunas mujeres.*

Á nuestra derecha hay más de 600 civiles belgas é *ingleses* (!) prisioneros. Están encerrados en una iglesia y un convento. Los que intenten huir serán fusilados. Pero nadie se mueve. Todos están aterrados. Los soldados belgas tiran sobre la espalda de nuestras tropas. Además arrancan las orejas y pinchan los ojos de los que caen en sus manos. El pueblo es fanático y está dominado por los sacerdotes. Todos obedecen ciegamente lo que éstos les ordenan, sin preocuparse de si tal obediencia les conducirá ó no á la muerte.

La ciudad ofrece un aspecto lamentable: todo está destruído. Las casas están incendiadas y robadas. Los vestidos, los muebles, todo aparece amontonado y confundido. Nosotros saqueamos y robamos todo lo que podemos. Podríamos llevarnos grandes cantidades de cosas; ¿pero qué hacer de ellas? Se vive más agradablemente aquí que en la otra ciudad donde hemos estado acantonados. Aquí hay pan y grasa.

Hemos cantado hasta las dos de la mañana. Un camarada nos acompañaba al piano. Resultaba muy bonito.

Á las seis de la tarde nos han traído 240 civiles prisioneros, 21 sacerdotes y 15 heridos. Nuestra compañía está acantonada en un colegio. Aquí se roba mucho entre camaradas. Los sacerdotes que ocupaban antes el colegio vivían muy bien. Mientras que ellos bebían abundantemente, mantenían á las gentes en la ignorancia, prohibiéndoles que aprendiesen á leer y escribir. Á partir de los ocho años los niños deben trabajar. La prostitución es muy grande. Hermanos y hermanas viven como marido y mujer, y además las mujeres se prostituyen en otras partes. La mujer goza de todos los derechos y el hombre no puede protestar. Sin embargo, estas gentes de Bélgica no son tan crueles como dicen. Su único defecto es que obedecen demasiado á los curas...»

El escritor belga Nothomb comenta con una justa indignación el diario de este soldado alemán, que es un reflejo de la mentalidad de la mayoría de sus compatriotas. «El lavado de los pies—dice—, el incendio, el entusiasmo por el pillaje, el miedo á la noche, la injuria á las pobres gentes que les ofrecen de beber, el llamamiento á Jesús, el recuerdo del hogar, seguido de la rebusca de mujeres para violarlas, la música en medio de las ruinas, la crueldad de los soldados, la pretendida psicología del carácter de los habitantes... todo el pueblo alemán está en este diario, con su brutalidad salvaje, su irremediable mediocridad, su gusto por el pillaje, su misticismo de las horas de miedo, su grosería de las jornadas de fácil victoria y su credulidad pasiva é imbécil, que acepta sin examen alguno, sólo porque viene de arriba, la más infame y la más risible calumnia. Para Alemania, el pobre país belga no solamente debía ser crucificado, sino además calumniado. Esta calumnia sistemática y deliberada era vertida con sabias gradaciones por los jefes para hacer más terrible y más decisiva la agresión de Alemania, cuyo orgullo no reconoce límites. Buscando que el soldado no vacilase al martirizar á una población inocente, los jefes le pintaron á Bélgica como corrompida para excusar sus propios vicios, como cruel para excitar su propia crueldad, y como traidora para impedir toda misericordia.»

Todo fué preparado cuidadosamente por los jefes

alemanes para convertir en asesinos de buena fe á los soldados capaces de sentir un remordimiento de conciencia, y para matar la compasión en el espíritu de los que pudieran conocer la piedad. Los directores de la opinión alemana, ansiosos por justificar su política destructiva, inventaron una razón de odiar á los belgas, representándolos como un pueblo traidor y corrompido, del que había que temer todas las asechanzas.

Las numerosas cartas encontradas en las mochilas de los prisioneros y heridos alemanes, cartas procedentes de sus familias y amigos, demuestran cuál era, al iniciarse la invasión de Bélgica, la mentalidad del pueblo germánico. Basta reproducir una de estas cartas para darse cuenta de cómo excitó la opinión alemana á sus militares para que oprimiesen y martirizasen á las pacíficas poblaciones belgas: «Tú irás pronto á Bruselas con tu regimiento. Ponte en guardia contra los civiles, especialmente en las poblaciones pequeñas. No dejes que se acerque á ti ninguno de ellos. *Tira sin piedad contra todo aquel que se te ponga cerca.* Todos los belgas son muy astutos y peligrosos. *Las mujeres y los niños están también armados y tiran contra los alemanes.* No entres jamás en una casa, sobre todo si estás solo. Si bebes, haz que beban las gentes antes que tú, y mantente siempre alejado de ellas. Los diarios relatan numerosos casos de soldados que han sido muertos mientras bebían. Vosotros los soldados debéis esparcir tal miedo alrededor de vuestras personas, que ningún civil debe osar acercarse. Permanece siempre unido á tus compañeros. Supongo que habrás leído los periódicos y sabrás cómo conducirte. Sobre todo, nada de compasión con esos verdugos. Trátalos sin piedad, á culatazos y bayonetazos.»

La invasión alemana fué precedida en sus avances por la fuga loca de una muchedumbre que hasta entonces había vivido pacíficamente y se sintió aterrada por los crímenes de la guerra. El civil tuvo más motivos que el militar para te-



CADÁVERES DE LOS DOS HERMANOS OLIVER

ADVERTENCIA AL LECTOR.—Al hablar de los cinco españoles fusilados en Lieja por los alemanes, publicamos una fotografía de las víctimas, proporcionada por los vecinos de dicha ciudad fugitivos en Londres. Como no teníamos la absoluta certeza de que los cadáveres que aparecen en la fotografía fuesen los de los hermanos Oliver, manifestamos francamente nuestras dudas al pie de la expresada fotografía, no queriendo afirmar sin pruebas para que no nos tachasen de apasionados é injustos.

Ahora volvemos á reproducir la fotografía horriblemente acusadora de la barbarie alemana, y que es sin ninguna duda la de los hermanos Jaime y Antonio Oliver Rollán.

Esta fotografía la han examinado en Soller (Mallorca) todos los que vivían en Lieja con los Oliver, reconociendo inmediatamente á los dos hermanos.

El joven Antonio Perelló, que reside actualmente en Palma, pero vivió en Lieja en el momento de los fusilamientos, siendo dependiente del comerciante Sr. Marqués, natural de Mallorca, ha puesto al dorso de la fotografía un certificado que dice así:

Yo estaba con ellos en Lieja, y los vi una vez fusilados, por lo tanto á testiguo que los de esta fotogracía son los señores Jaime y Antonio Oliver y Rollan

Antonio Perelló

Palma 1 junio 1915.

mer al enemigo. Murieron á miles los paisanos, sin más delito que permanecer en sus casas y defender con su presencia los escasos bienes conquistados á fuerza de trabajo. «Marchamos—dice un soldado alemán—á través de un paisaje donde sólo quedan algunas granjas abandonadas. Las aldeas están destruídas. El ganado, falto de agua, muge en los establos. Allí donde los establos han sido incendiados, las bestias vagan sueltas.» «En las aldeas—escribe otro—sólo se ven hombres de edad avanzadísima y mujeres que levantan los brazos implorando misericordia.» «En la puerta de una casa incendiada—dice un testigo—veo el cadáver de un hombre en mangas de camisa. Á su lado hay un cerdo muerto y abandonado.» Los hombres y las bestias eran degollados al mismo tiempo.

Los campesinos huyeron por centenares de miles ante la bárbara invasión. La ola de terror los envolvía, y tomando á toda prisa algunas ropas se agregaban á las columnas de fugitivos, vagando por los caminos, sin saber adónde ir. Muchos que quisieron permanecer en sus casas fueron expulsados por los invasores. Algunos se empeñaron tenazmente en permanecer en su hogar, prefiriendo la muerte al destierro. El fuego les hizo salir de sus viviendas, pero aun así no quisieron alejarse de ellas, pretendiendo mantenerse en un foso abierto á corta distancia de la cabaña incendiada. Al fin, con un gemido de desesperación, tuvieron que decidirse á la fuga, siguiendo á los demás.

Largos cortejos de terror avanzaban por los caminos. De aldea en aldea los infelices se sentían empujados por la marea humana que los perseguía. En las poblaciones todavía libres eran acogidos por los habitantes con el tierno compañerismo de la desgracia, gozando ocho ó diez días de reposo. Pero la invasión, con su cortejo de matanzas é incendios, se aproximaba de nuevo en su busca, y volviendo á enfardar el pobre bagaje tenían que reanudarla marcha.

En las ciudades llenaban las aceras, dormían en los paseos y en los teatros, se alimentaban con la sopa preparada por los municipios; pero de nuevo la proximidad maldita del enemigo los expulsaba de este refugio. Muchas veces no huían á tiempo, y al llegar el invasor encontraba á estas muchedumbres errantes por las calles, sin vivienda y sin pan. Como los municipios, hasta entonces hospitalarios, sabían que en adelante pesaría sobre ellos la carga de enormes guarniciones alemanas, se veían obligados á reexpedir á los hambrientos á través de las aldeas en llamas, hacia las ruinas de su primitiva población. Por esto en algunas ciudades destruídas por los alemanes el cementerio se repobló de vecinos que, faltos de viviendas, tenían que instalarse en panteones y capillas, muriendo de hambre.

Los que consiguieron huir llegaron hasta el mar buscando el trasladarse á Inglaterra. En Ostende barcos y más barcos salieron del puerto cargados de un pueblo miserable. Sólo se oían gritos de adiós y llantos de mujeres. «Un día—dice Nothomb—, en medio de la desesperación de una muchedumbre aglomerada en los muelles, el último buque se alejó. No quedaba ya para la fuga más que un sólo camino, por donde yo les vi pasar: un camino á lo largo de un canal; una ruta blanca, monótona, sin fin, bordeada de álamos inclinados unos sobre otros, como si los conmoviese igualmente el ímpetu de la fuga. Durante horas y días la muchedumbre pasó por este camino. La vida se escapó por esta vena abierta de la Bélgica casi exangüe. El pueblo marchaba silencioso hacia lo Desconocido. Pasaban carretas cargadas de muebles y de fardos; carretillas de mano que servían de lecho rodante á pobres viejas; niños apoyados unos en otros, conmovidos por el miedo; madres que nutrían al recién nacido sin dejar de caminar; ancianos tendidos en una barca del canal de la que tiraban sus hijos, lentamente, subiendo la ribera. ¡Procesión de duelo! ¡Multitud errante! Los enfermos, los paralíticos, los heridos, los validos, todos estaban cansados y desalentados igualmente, hasta que en su marcha dolorosa tropezaron con un poste que ostentaba un nombre: *Francia*. Y todos comenzaron á sonreir con una expresión de fe y de amistad.

»Los belgas que existen en Francia, en Inglaterra, en Holanda y en la misma Bélgica, son y serán siempre una nación viva. Dispersados por los cuatro puntos del horizonte, están unidos, sin embargo, por el obsesionante pensamiento de la liberación. Ninguno de ellos se ha librado de su parte de martirio, y á pesar de esto ninguno desea cambiar su suerte por la del vencedor.

»Nosotros éramos el país menos guerrero del mundo. Después de la fundación del reino, no habíamos conocido ninguna invasión. Nuestro pueblo, compuesto especialmente de pequeños burgueses comerciantes, nunca fué patriotero ni exaltado. Era antimilitarista por confianza y pacífico por instinto. Los que en los últimos años habían preparado su éjército, chocaron siempre con desconfianzas, perezas y cálculos. Amaba á Francia, pero no por esto odiaba á Alemania. La nación alemana le parecía abrumadora, pedante y tal vez hipócrita en su amistad afectada. Pero no iba más allá en sus opiniones. Era un país neutro, pronto á cumplir su deber de neutro, que consistía especialmente en no intervenir en nada de lo que pasase más allá de sus fronteras... El día que este deber se reveló en forma más grave y hubo necesidad de apelar á las armas, este pueblo, hasta entonces pacífico, no vaciló. Se vió arrastrado por el respeto de su palabra á los más horribles peligros. Su honradez le valió la prueba del martirio. Mal preparado para el gran choque, envió sus hijos á la muerte y tuvo que participar de la guerra con toda clase de sufrimientos inmerecidos. Pero en medio de sus mayores torturas jamás murmuró. Desde el primero al último hombre, desde el más modesto al más glorioso, todos

sabían que su sufrimiento era por un principio inmaterial, por una idea. Sabían que desde el punto de vista de las ventajas materiales, su interés estaba en ceder á las proposiciones alemanas. Sabían que habiendo dicho *sí* á la petición de pasaje por nuestros caminos, hubiesen puesto en salvo sus intereses y su vida. Muchos habían creído en Europa que Bélgica tenía un alma de comerciante; y sin embargo, no quiso venderse á costa de una vergüenza.

»Sabía que una resistencia de pura fórmula, una demostración en la frontera, unos cuantos tiros y unas cuantas muertes habrían salvado las apariencias. Pero el pueblo belga agradeció á sus gobernantes el que no intentasen siquiera esta combinación. Él, que se había opuesto con frecuencia á las leyes de defensa nacional, no pensó ni un sólo momento que de no haber tenido ejército, como el Luxemburgo, se habría podido entregar sin resistencia. Antes bien, procuró emplear para su defensa este ejército pequeño y mal constituído.

»Aplastados por la invasión, arrojados de sus hogares, arruinados, los pobres belgas sólo han tenido y tienen un pensamiento: la Victoria; y un orgullo: el Honor que ha quedado á salvo. ¡Nobleza nativa de una raza que el extranjero creyó por mucho tiempo mediocre, exclusivamente práctica y amiga excesiva del justo medio!

»La Bélgica ensangrentada y desgarrada no ha muerto ni morirá. Ella sabe que no puede morir, y que su sacrificio y su muerte aparente son la más hermosa prueba de su vida. Es imposible su muerte después que á los ojos del mundo ha encarnado un principio: el honor y la libertad necesarios para la vida del mundo.»



EN EL UMBRAL DEL VATICANO

—¡Abrid!... ¡Abrid!... Soy la infortunada Bélgica.

(Dibujo de Villette, en *Le Rire*, de París)

VIII

Un héroe cívico.—El burgomaestre Max. El pueblo de Bruselas

La resistencia de Bélgica reveló al mundo tres héroes completamente ignorados hasta entonces. Un héroe militar: el general Leman. Un héroe cívico: Adolfo Max, burgomaestre de Bruselas. Un héroe religioso: el cardenal Mercier, arzobispo de Malinas. La guerra, al devastar á Bélgica, hizo surgir á estos hombres que no habían buscado nunca la popularidad y se limitaban á cumplir sus pesados deberes con una sencillez admirable.

El burgomaestre Max es el belga más popular después del rey Alberto. Como dice el ilustre periodista Rolando de Mares, «Adolfo Max no estuvo nunca en el fuego, no ha descendido á una trinchera, no operó jamás en un fuerte, y sin embargo ha dado pruebas de un heroismo igual al de los más valeroros soldados. Cuando en todo el mundo quiera alguien simbolizar el heroísmo cívico, citará simplemente el ejemplo del burgomaestre Max.

»Figura extraña y desconcertante al primer golpe de vista. Hace unos veinte años que yo conozco á Max y confieso que no había adivinado nunca en él al hombre que se ha revelado luego prodigiosamente. Dedicado muy tarde á la política, surgió de repente su candidatura al puesto de primer magistrado de Bruselas en 1909, cuando murió Mr. de Mot. El rey Leopoldo y el gobierno vieron en él al hombre de la situación. Fué una sorpresa para muchos; no porque dudasen en lo más mínimo del talento y la habilidad del elegido, sino porque Max parecía muy joven para asumir un cargo tan grave, en el cual se habían señalado tantas personalidades considerables.

»Ser burgomaestre de Bruselas representa una responsabilidad enorme, una representación de todos los momentos. Exige, además, un poder de trabajo poco común. El público examinaba á Mr. Adolfo Max, preguntándose si este hombre pequeño, delgado y rubio, muy correcto, muy frío, que apenas había llegado á los cuarenta años, tendría en las horas graves la necesaria serenidad para salir adelante...»

Las horas trágicas llegaron para Bruselas, y el burgomaestre poco apreciado por algunos á causa de su juventud, supo revelarse como un héroe. Cuando el gobierno belga tuvo que trasladarse á Amberes, y el rey vivió en «el frente» rodeado de sus soldados, y la autoridad militar abandonó definitivamente á Bruselas, que acababa de ser declarada «ciudad abierta», fué el joven burgomaestre, con su experiencia de cuatro años de dirección administrativa, el que tomó

voluntariamente la misión de defender la capital contra los audaces intentos del invasor. «Completamente solo—dice Marci—fué al encuentro de los conquistadores, y con su voz algo lenta les habló como él sabe hablar. Los alemanes, que llegaban como amos, eran enemigos suyos. Sabían que en el curso de la recepción á los consejeros municipales de París que visitaron Bruselas, el burgomaestre Max había proclamado ruidosamente sus simpatías por Francia. Sabían que en París, durante las fiestas que la capital francesa dedicó á los echevines de Bruselas, el popular Max había sido muy aplaudido. Sabían también que recientemente el burgomaestre había sido un obrero tenaz en la reconciliación de belgas é ingleses—un poco fríos por las complicaciones del Congo—, recibiendo con gran esplendidez al Lord-Maire de Londres. Á pesar de esto los conquistadores escucharon á Max, y éste pudo obtener que la ocupación de Bruselas se realizase en condiciones aceptables. Su mayor triunfo fué conseguir que lo respetasen y mantuviesen al frente de la administración municipal, pudiendo desempeñar el difícil papel de conciliador entre los vencedores y los vencidos.»



MR. MAX, EL HEROICO BURGOMAESTRE DE BRUSELAS

(Fot. Rol)

▫

El 20 de Agosto, día de la entrada de los alemanes en Bruselas, se reveló el burgomaestre Max con toda su grandeza cívica. Mientras los magistrados de otras ciudades huían ante el invasor ó se plegaban con timidez á todas sus exigencias, él marchó á su encuentro, como un igual, como un caudillo que pacta antes de entregar la plaza. Y detrás de él no tenía ejército alguno, sino un pueblo necesitado de protección. La única fuerza con que podía contar era su propia voluntad.

Un escritor belga, Juan Francisco Fonson, popular autor dramático, cuya comedia *El matrimonio de la señorita Beulemans* está de repertorio en muchos teatros de Europa, presenció el calvario del heroico burgomaestre al salir al encuentro de los invasores. Fonson no fué sólo un testigo de la entrada de los alemanes en Bruselas. Sospechoso á éstos por su patriotismo, se vió arrestado días después y sometido á un consejo de guerra, librando su vida y recobrando su libertad milagrosamente, para refugiarse al fin en París. He aquí cómo cuenta Fonson la jornada del 20 de Agosto, día de gloria y de angustia para el burgomaestre:

«¡Max!... ¡Nuestro Max!, como nosotros decimos, fué por la mañana á la carretera de Lovaina, más allá de las puertas de Bruselas, á la plaza de Day, donde termina el arrabal. Desde allí se ve la campiña y el largo camino plantado de viejos olmos que conduce á nuestros cementerios.

La plaza hervía de soldados alemanes, hulanos, húsares de la muerte, que caracoleaban con la alegría del triunfo. Invadían los cafés y tomaban por asalto las tocinerías, mientras que otros ocupaban nuestro cuartel de carabineros, cuya enorme masa de ladrillos rojos brillaba bajo el sol resplandeciente de un caluroso día de verano.

Pocos momentos antes, el cuartel general del ejército de ocupación de Bruselas se había instalado en el cuerpo delantero del edificio.

Las mujeres, los niños, los hombres sin trabajo á los que la guerra acababa de quitar los medios de ganar el pan, se habían atrevido á salir de sus casas, y arqueando los ojos como si surgiesen de una pesadilla, contemplaban toda esta soldadesca que la víspera había quemado á Lovaina, fusilado á centenares de civiles, viejos, sacerdotes, hermanas de la caridad, madres que daban el pecho á sus niños, y niños que se alimentaban en el pecho de sus madres.

El murmullo ronco de esta banda de alemanes de lenguaje duro y bárbaro, entrecortado por las voces de mando aulladas con una voz gutural por los *oberleunants* de talle encorsetado como el de las meretrices de Berlín, parecía pesar sobre la ciudad.

De vez en cuando, entonado con un ritmo lento, se elevaba alguno de sus cantos de victoria, *Deutschland über alles* ó el *Wacht am Rhein,* siniestras melo-

peas, himnos fúnebres á cuyo son parecían enterrar su gloria, queriendo exaltarla.

De pronto un remolino en la muchedumbre. Á un lado de la carretera, viniendo de la puerta de Lovaina, avanza lentamente un automóvil, un gran torpedo negro. Sobre él un hombre está derecho agitando una bandera blanca. Va vestido con una levita negra y larga; lleva un sombrero de copa brillante, bajo el cual su cara juvenil, encuadrada de rubios cabellos, toma un aspecto grave de dolorosa dignidad. ¡El burgomaestre!

¡Es él! ¡Es Max! Nunca su palidez me pareció tan pálida. Conserva un aire impasible en medio de todo este mundo que lo contempla con ojos llenos de tierno reconocimiento. Se adivina que todos los corazones se ensanchan hacia él. Cada uno habla en voz baja como si estuviese en una iglesia. Nadie se atreve á gritar su gratitud al primer magistrado de Bruselas, y sin embargo, todos en este minuto trágico se dan cuenta de la amplitud del sacrificio que va á realizar. Un gran silencio pesa sobre la plaza. Hasta los alemanes comprenden que algo grande y terrible está pasando. El automóvil se detiene. Todos los hombres se descubren. Max saluda profundamente á sus conciudadanos. Con un esfuerzo de voluntad sobrehumana, apretando los dientes, contiene las lágrimas que se adivinan en el borde de sus ojos. Su hermosa faz clara, en la que unos ojos grandes revelan los tesoros de una bondad infinita, es en este momento la imagen dolorosa de nuestro dolor común. Cerca de mí un viejo llora como una criatura. Más lejos una mujer del pueblo, una mocetona magnífica con el peinado al aire, envía sonoros besos al hombre en el que el pueblo de Bruselas ha depositado toda su confianza para la defensa de su dignidad y sus derechos.

¡Es el burgomaestre!... ¡Es Max!... Un gran silencio pesa sobre la plaza.

(De *Les Annales*, de París)

Un oficial de hulanos avanza, rectifica su posición con un tintineo metálico de espuelas, y después saluda. El burgomaestre, sin decir una palabra, pasa adelante, penetra en el atrio del cuartel y lentamente empieza á recorrer su calvario...»

□

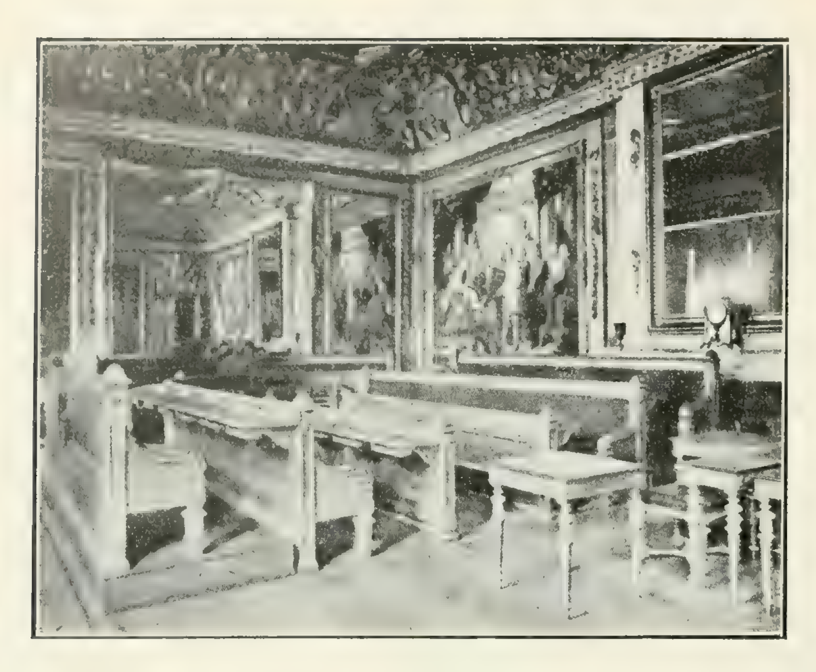
Ya hemos dicho, al relatar la entrada de los alemanes en Bruselas, cómo el tacto y la sonriente firmeza de Max consiguieron evitar todo pretexto para que el invasor cumpliese sus deseos de venganza.

Las exigencias de éste fueron crueles. Max, en vista de la insolencia de los oficiales que le recibieron, comenzó por manifestar su deseo de enviar un telegrama al emperador de Alemania.

—No puedo permitir—dijo—que el ejército de un soberano al que hace poco tiempo recibimos con grandes fiestas, quiera entrar en Bruselas sin estar autorizado antes por los que administran la ciudad.

Redactó el telegrama, que fué examinado por los jefes alemanes en una conferencia aparte, y pasada media hora le manifestaron que el despacho sería transmitido, pero que no podían acceder á sus deseos de abstenerse de entrar en la ciudad, pues el ejército debía forzosamente atravesar las calles de Bruselas.

La indemnización de guerra que exigían los vencedores dió lugar á una laboriosa discusión, sostenida firmemente por el burgomaestre. Los vencedores pidieron que Bruselas y los pueblos inmediatos pagasen en el término de tres días una suma de 50 millones de francos en oro, plata ó billetes de Banco. Además, la provincia de Brabante debía pagar como impuesto de guerra 450 millones de francos en varios plazos antes del 1.º de Septiembre. Max protestó contra esta



LA SALA DEL CONSEJO COMUNAL

violencia, declarando que sólo la admitía por la imposición de la fuerza. Además hizo conocer á los invasores su intención de vivir en el Hotel de Ville para ejercer á todas horas su autoridad, velando por la buena marcha de los servicios.

Los representantes del Estado Mayor exigieron que, para garantizar la conducta de la población de Bruselas, quedasen detenidos, á disposición del comandante alemán, todos los miembros del Consejo municipal y cien personajes notables.

Al llegar á este punto, el burgomaestre interrumpió con energía la lectura de las proposiciones.

—Si queréis un rehén—dijo con firmeza, pero sin perder su calma—, aquí me tenéis. Haced de mí lo que queráis. En caso de sublevación, nada me importa perder la existencia para garantizar las vidas y propiedades de mis conciudadanos. Pero si persistís en vuestra decisión de retener presos á los individuos del cuerpo municipal y á los cien vecinos notables, declaro que no podré responder de nada.

Esta firmeza del burgomaestre acabó por persuadir á los invasores, que desistieron de su proyecto, confiándose á la garantía personal de Max.

El burgomaestre procuró, en medio de la desgracia de su país, que se mantuviese viva la autoridad belga, infundiendo á la masa popular la convicción de que la patria no había desaparecido. Por esto al ponerse en marcha el ejército para su entrada triunfal, Max, ocupando de nuevo su automóvil, se colocó á la cabeza de las tropas, dando á entender así que aun existía el burgomaestre de Bruselas y que todo se verificaba bajo su protección y garantía.

Ya publicamos la descripción de la entrada de los alemanes en Bruselas, hecha por un escritor neutral, el profesor Grondijs. He aquí cómo la describió un periodista francés, Gastón Chérau, que fué también testigo presencial:

«La plaza del Hotel de Ville estaba desierta. Las calles adyacentes habían sido cerradas por filas de agentes de policía. La vida estaba como suspendida. Reinaba un silencio semejante al que acompaña á las ejecuciones capitales.

¿Cuánto tiempo estuvimos esperando así?... Sólo recuerdo que en cierto momento algunos hombres aparecieron bajo las arcadas del Hotel de Ville, inspeccionando con la mirada la plaza y las fachadas de los edificios, para desaparecer luego.

De pronto resonaron pasos de caballos por el lado de la calle de la Colina. Tres jinetes alemanes aparecieron. Después la cabeza de un regimiento surgió detrás de ellos. Inmediatamente una espada salió de su vaina, y estalló una voz de mando, ronca, inhumana, semejante á un grito de amenaza ó de terror. Inmediatamente los pífanos y los tambores iniciaron una marcha lenta, tan lenta, que parecía una marcha fúnebre. Á sus sones, la tropa tomó el paso de parada. Las botas golpeaban pesadamente el pavimento, con exacto compás, haciendo resonar la plaza. De la muchedumbre que se aglomeraba en la calle del Mercado de las Hierbas se elevó un rumor intraducible, un *¡oh!* de estupefacción, de inquietud, de reprobación, reprimido inmediatamente por los agentes.

—¡Silencio!... ¡Ni una palabra!

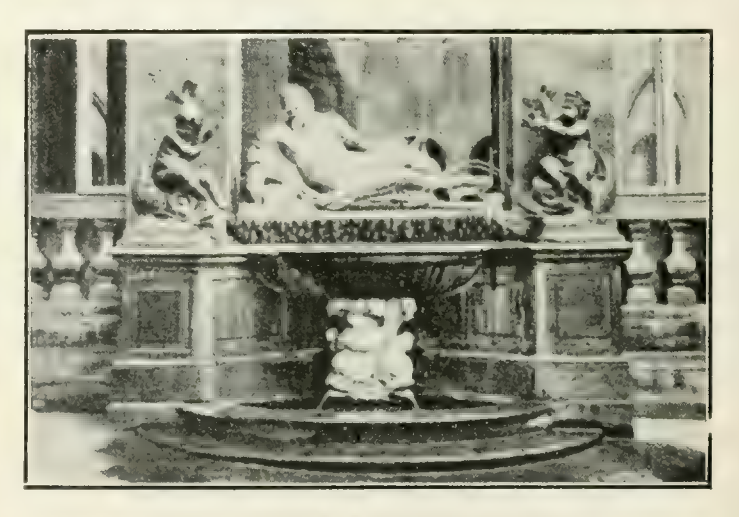
No era una amenaza de la policía: era un consejo imperioso y fraternal.

Al fin pasó la bandera alemana del regimiento. Sonó el grito de ¡alto! El regimiento quedó inmóvil.

Después fueron apareciendo otras compañías. Dos caballos de oficiales resbalaron en el pavimento, cayendo á lo largo. Furgones y cocinas rodantes se amasaron ante la histórica casa de los Brasseurs. Un soldado tirando de una pequeña vaca, y otro cargado de jamones, cerraban la marcha.

La plaza estaba gris de uniformes; de ese gris que no puedo ver sin sentir una náusea.

Sobre la fachada del Hotel de Ville flotaban tres



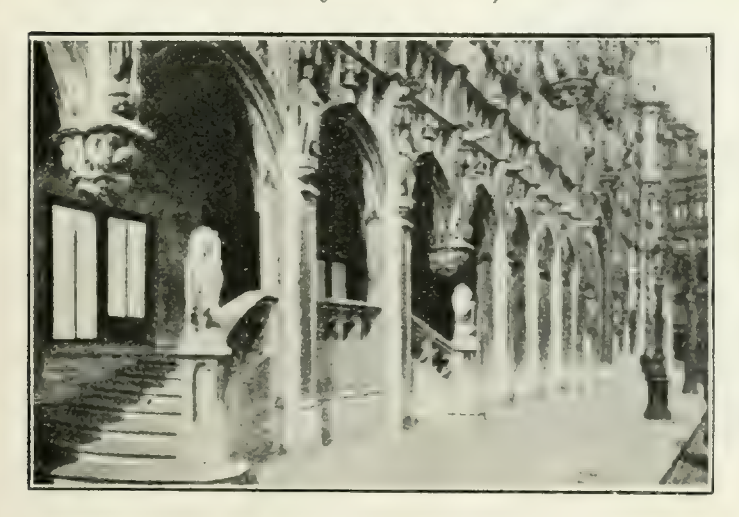
HOTEL DE VILLE. FUENTE DEL ESCALDA

grandes banderas: una bandera belga, escoltada por la francesa y la inglesa. Al cabo de un espacio de tiempo, que no puedo precisar, las tres banderas desaparecieron, y en el ángulo izquierdo del hermoso palacio gótico, orgullo de la capital, comenzó á remontarse una larga bandera, negra, blanca y roja, que pendió sombría y amenazante.

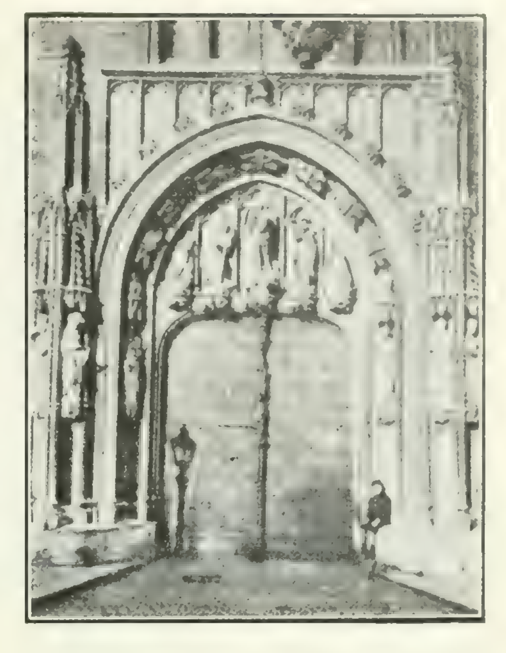
Según declaración de los alemanes, Bruselas era alemana desde aquel momento.

Mientras que los aeroplanos volaban sobre la ciudad haciendo señales con cohetes luminosos, el río de enemigos comenzó á correr por la carretera de Lovaina, invadiendo á Bruselas por diversos puntos. Desfilaban caballería, infantería, artillería, ametralladoras, proyectores y carretas de telégrafo. Eran inimaginables é indescriptibles las procesiones de vehículos: ambulancias, carros de municiones, y unidos á éstos todos los carruajes requisados en Bélgica: vagones de mudanza, carros de labrador, calesas, landós, breaks, victorias, etc. Esto daba la impresión de una formidable mudanza de campamento de gitanos, y lo que se acumulaba disparatadamente en los vehículos servía para confirmar tal idea. Un landó elegante aparecía cargado de heno, de jaulas de conejos y palomos, de un cordero vivo con las patas atadas, y de sillas de cocina con el respaldo cortado. Un *toneau* brillante y gracioso, de fabricación inglesa, estaba ocupado por varios sub-oficiales y numerosos cestos de botellas de vino. Un magnífico caballo de carreras iba atado con una gruesa cuerda á la trasera del carruaje... Figuraban muchos perros en el convoy: perros de pastor, *foxterriers,* perros de caza y perros de lujo, que avanzaban contra su voluntad, tirando de las cuerdas que los mantenían prisioneros. Se mostraban rebeldes á este viaje. No venían de muy lejos y su vida debía ser corta, pues una parte de los alemanes gusta mucho de su carne. Pero lo que abundaba más eran los caballos, caballos de todas las tallas y todos los colores, requisados ó robados. Los invasores se llevaron por delante todos los caballos que encontraron á su paso, aun los más inútiles.

Esto duró tres días y tres noches, con detenciones súbitas que se prolongaban por varias horas, permitiendo á los curiosos el hacer hablar á los soldados.



HOTEL DE VILLE. ESCALERA DE LOS LEONES



PUERTA PRINCIPAL DEL HOTEL DE VILLE

La mayor parte de ellos estaban seguros de la más absoluta victoria. Un hombre del regimiento 74.° me dijo:

—Nosotros somos quince millones.

Al verme sonreir, tuvo un exceso de cólera y llamó á uno de sus camaradas.

—Di, tú. ¿Cuántos somos los que marchamos contra Francia?

Y el otro replicó imperturbable:

—Quince millones.

Su capitán les había dicho esto por la mañana.

Pero la mayoría de los que que yo interrogué manifestaban otras convicciones. Parecían preocupados; hablaban con frecuencia del país natal que habían dejado y al que volverían muy pocos. Á uno de ellos le dije para darle ánimos, repitiendo la misma expresión de sus oficiales: «¿Qué queréis?... Así es la guerra.»

—¡Así es la guerra!—repitió irónicamente el soldado—. Bien se ve que sois soltero y no tenéis una familia que os espera.

Entre los oficiales los había que no mostraban gran entusiasmo. Uno de ellos, comiendo en un hotel, dijo con tristeza:

—Esta Bélgica va á ser nuestra tumba.

Y sus camaradas no protestaron. Pero esta falta de alegría no les impide beber el champañ de un modo irrazonable; pero lo beben en silencio, rabiosamente, á vasos llenos.

▫

Al volver el burgomaestre al Hotel de Ville depositó en su despacho la bandera blanca, improvisada con una caña y un servilleta, que le había servido para ponerse en relación con el Estado Mayor alemán. Poco después dicho Estado Mayor entró en el palacio municipal para instalarse en él. Los jefes de la invasión deseaban vivir en sus salones y despachos, convirtiéndolos en dormitorios. Max replicó con sonriente frialdad:

—Vais á estar muy mal aquí. Pero ya que insistís en vuestra decisión, yo dormiré también en el Hotel de Ville, considerándolo como mi casa.



LA SALA DE LA INDEPENDENCIA DEL HOTEL DE VILLE, DONDE MR. MAX INSTALÓ SU DORMITORIO DESDE EL PRIMER DÍA DE LA OCUPACIÓN ALEMANA

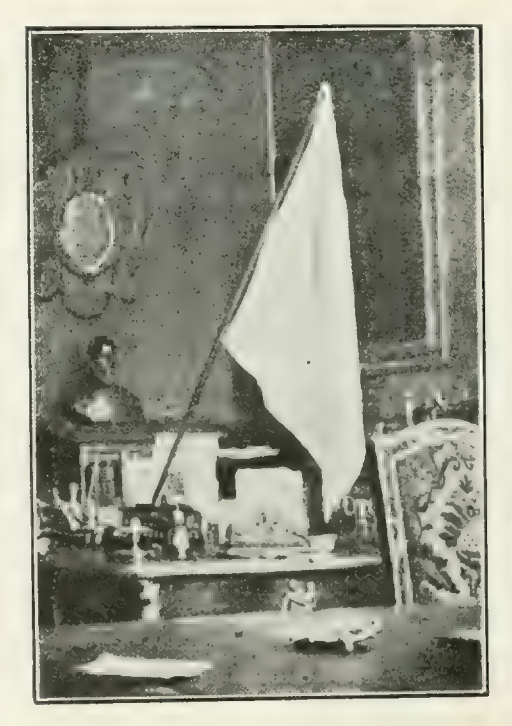
Y sin esperar una respuesta ordenó á sus empleados que le subieran una cama de campaña á la sala llamada de la Independencia, viviendo en ella todo el tiempo que fué respetado por los alemanes en sus funciones de burgomaestre. Ya que los del Estado Mayor se apoderaban del Hotel de Ville como si fuese suyo, el burgomaestre se instalaba igualmente para que no olvidasen un sólo instante que estaban en Bélgica y que ésta tenía aún sus autoridades propias.

Todos los gestos y palabras de Max fueron inspirados por la misma resolución.

Un general le exigió al entrar en el Hotel de Ville que hiciese quitar las banderas belga, francesa é inglesa que flotaban en la torre. El burgomaestre contestó sonriendo:

—Ese trabajo no me corresponde, y si me prestase á él no encontraría entre los hombres á mis órdenes uno sólo que quisiera ejecutarlo.

«Respuestas de esta clase—dice un testigo presencial—eran formuladas sin cólera, pero con firmeza, por un hombre que consultaba á la vez dos conciencias: la suya y la de la gran ciudad de cuya guarda estaba encargado. Á esta terquedad razonada y burguesa, y al completo acuerdo entre el burgomaestre y sus echevines, debió Bruselas en gran parte el escapar á la destrucción y el guardar intacta bajo la bota del alemán la altivez que había mostrado siempre. ¿El comandante de las fuerzas alemanas levanta el tono? El burgomaestre se pone á diapasón. Él no provoca nada, pero no pierde ninguna ocasión de replicar. Su deseo es hacer entender á todas horas á los invasores que la germanización de Bruselas no ha empezado aún.»



LA BANDERA BLANCA IMPROVISADA POR MR. MAX PARA PONERSE EN RELACIÓN CON EL ESTADO MAYOR ALEMÁN

Si aceptó este papel difícil fué porque conocía al pueblo de Bruselas, y estaba convencido de que no podía esperar de su parte ninguna mala sorpresa. Hizo los mayores sacrificios para impedir que el enemigo violase las leyes de guerra como lo había realizado en otras ciudades belgas, y se aplicó á esta función con una energía que no desmayó un sólo momento, con un sentido de la diplomacia que sorprendió á los alemanes. Instalado en el Hotel de Ville día y noche, sólo durante breves horas buscó el reposo en el lecho de campaña instalado en su despacho.

Desde el primer momento dió á entender á los generales enemigos con qué clase de adversario iban á luchar. Los alemanes estaban acostumbrados á infundir terror á los burgomaestres por medio de la amenaza, colocándoles muchas veces el revólver en la frente. Cuando el gobernador alemán nombrado por el emperador se avistó por primera vez con Max, empleó el mismo procedimiento. Al sentarse junto á la mesa, sacó su revólver de la funda y lo puso sobre los papeles. Max, sonriente y silencioso, buscó también en sus bolsillos, y sacando una pluma estilográfica la puso al lado del revól-

ver, cruzando luego los brazos... ¡Cada uno sus armas! El general alemán, comprendiendo la lección de este héroe civil, aprovechó la primera oportunidad para ocultar su revólver.

Sus conferencias diarias con el mariscal Von der Goltz fueron verdaderas batallas de finura y habilidad, conversaciones llenas de matices sobre la interpretación rigurosa de los textos y el valor exacto de las palabras. «Supo plegarse donde era forzoso, para evitar la provocación de una catástrofe, pero á la mañana siguiente volvía á la carga, discutiendo, picando al enemigo con nuevos argumentos, hasta que obtenía al fin lo que éste había decidido negarle.» De este modo consiguió mantener una autoridad belga que participaba del poder con la autoridad alemana. No pudo evitar la famosa contribución de guerra impuesta á la capital. Pero el tesoro del municipio de Bruselas lo había puesto Max al abrigo de un golpe de mano en Amberes, y los alemanes tuvieron que negociar con él, pues de otro modo les era imposible encontrar dinero. Estas negociaciones sirvieron para ganar tiempo, escalonando los pagos.

Max, instalado en el Hotel de Ville como si nada hubiese ocurrido, hizo comprender á los alemanes en todos los instantes que el burgomaestre seguía siendo el soberano de la ciudad, y trató de igual á igual al gobernador nombrado por el kaiser.

EL MARISCAL VON DER GOLTZ, NOMBRADO POR EL KAISER GOBERNADOR GENERAL DE BRUSELAS (Fot. Rol)

Un día un oficial prusiano se permitió entrar en el despacho de Max sin anunciarse y con el cigarro en la boca. El burgomaestre se puso de pie señalándole la puerta, y lo hizo expulsar por sus ujieres. Luego protestó ante la autoridad alemana, no cejando hasta conseguir el castigo del oficial.

Los burgueses de Bruselas, desde los primeros días de la invasión, retiraron espontáneamente la bandera nacional que flotaba en sus balcones. Max protestó de esta prontitud en cumplir los deseos del enemigo, publicando un bando en el que incitaba á los vecinos á que continuasen exhibiendo en sus casas los tres colores belgas. Bélgica existía aún, Bruselas era su capital y los vecinos debían ostentar con orgullo su nacionalidad. El gobernador alemán se opuso á esta *audacia,* ordenando que la bandera belga fuese retirada de la vía pública. Max tuvo que someterse ante la fuerza, pero lanzó otro bando en el que aconsejaba á sus administrados la obediencia *en espera de la hora de la reparación.* Afirmar la esperanza del desquite belga en la misma cara del enemigo y para una fecha muy cercana, representa ciertamente un sereno heroísmo.

Aun hizo más. El gobernador alemán de Lieja, Von Kolewe, hizo fijar en los muros de dicha ciudad una proclama, diciendo que el burgomaestre de Bruselas aseguraba que Francia había hecho saber á Bélgica que no podía ayudarla, pues ella misma se veía obligada á mantenerse á la defensiva. Esto no era verdad. Max no había dicho nada. Los alemanes empleaban una vez más su sistema favorito de mentiras para desorientar y confundir la opinión de los belgas.

El burgomaestre no vaciló para restablecer la verdad, y afrontando la cólera de los alemanes al ver descubierta su superchería, hizo una protesta pública. Una mañana apareció fijado en todas las calles de Bruselas el siguiente bando:

Ciudad de Bruselas:

EL GOBERNADOR ALEMÁN DE LA CIUDAD DE LIEJA, TENIENTE GENERAL VON KOLEWE, HA HECHO FIJAR AYER EL AVISO SIGUIENTE:

«*Á los habitantes de la ciudad de Lieja:*

»El burgomaestre de Bruselas ha hecho saber al comandante alemán, que el gobierno francés ha declarado al gobierno belga la imposibilidad de apoyarlo ofensivamente en modo alguno, pues él se ve forzado á la defensiva.»

Opongo á esta afirmación el mentís más formal.

Bruselas 30 de Agosto de 1914.

El burgomaestre,
Adolfo Max.

Esta vez el mariscal Von der Goltz y su Estado Mayor se enfadaron de veras con el valeroso magistrado. Probar de un modo tan palpable á los ojos de los belgas que las autoridades alemanas mentían descaradamente, los irritó hasta el paroxismo.

El gobernador militar de Bruselas publicó un bando en alemán y en francés, prohibiendo que en adelante se fijase en las calles una sola alocución que no fuese sometida antes á su permiso. Además, ordenó á sus soldados que fuesen cubriendo en los muros de Bruselas el Manifiesto de Max con una gran hoja de papel blanco. Al día siguiente el papel blanco había sido pintado durante la noche con una capa de aceite, lo que hizo transparentar el impreso oculto, y la muchedumbre pudo leer el mentís del burgomaestre, que los alemanes querían mantener secreto.

Desde este momento puede decirse que la prisión de Max quedó decidida.

El burgomaestre de Bruselas era un héroe mundial. Su nombre se había popularizado en menos de una semana en ambos hemisferios. Von der Goltz y sus acólitos temieron el efecto que produciría en la opinión una arbitrariedad, y prepararon lentamente la ocasión propicia para proceder contra él, sin que su infamia resultase demasiado escandalosa.

Mientras tanto Max, privado de medios para hacer conocer su opinión, no por esto se mantenía inactivo.

Cada vez que los alemanes hacían anunciar en Bruselas falsas noticias relativas á victorias que no habían conseguido, el burgomaestre se paseaba por las calles é iba de grupo en grupo haciendo conocer á todos los ciudadanos lo inexacto de tales informes.

Los invasores necesitaban desembarazarse de este burgomaestre, demasiado independiente é impregnado del espíritu de libertad. Con motivo de una cuestión de dinero, procedieron contra él. De los 50 millones impuestos á Bruselas para la manutención de las tropas alemanas, quedaban por pagar 30 millones á fines de Septiembre. Los alemanes se enteraron de que Max pensaba retardar la entrega de dicha cantidad, teniendo plena y entera confianza en un éxito próximo de las armas francesas, y esperando en un plazo breve ver libre á Bruselas de sus invasores. Entonces exigieron el pago inmediato de los 30 millones, y Max se negó, fundándose en que aun no se había cumplido el plazo. Los alemanes creyeron obligarle negándose á pagar sus requisas de víveres, y además le hicieron presentar en bloque, por medio de un Banco, todos los bonos de requisición para su inmediato reembolso. El burgomaestre, fundándose en la ilegalidad de esta maniobra, se negó de nuevo á abrir las cajas de la ciudad, y Von der Goltz, fundándose en su negativa, ordenó el arresto. Esta versión fué la que dieron los periódicos alemanes.

VILLE DE BRUXELLES

Le Gouverneur Allemand de la Ville de Liége, Lieutenant-Général von Kolewe, a fait afficher hier l'avis suivant :

Aux habitants de la Ville de Liége.

« Le Bourgmestre de Bruxelles a fait savoir au Commandant allemand que le Gouvernement français a déclaré au Gouvernement belge l'impossibilité de l'assister offensivement en aucune manière, vu qu'il se voit lui-même forcé à la défensive. »

J'oppose à cette affirmation le démenti le plus formel.

Le Bourgmestre,
Adolphe MAX.

EL VALEROSO BANDO DE MR. MAX

El valeroso burgomaestre fué conducido prisionero á Alemania, con una gran escolta. No mostró la menor emoción. Se dejó llevar con el mismo paso lento y seguro, con la misma sonrisa discreta que conocían todos los bruselenses.

Luego el gobierno alemán le ofreció muchas veces la libertad, pero él se negó siempre á aceptarla, porque las condiciones exigidas por el enemigo le parecían difíciles de conciliar con la dignidad de un burgomaestre de Bruselas, que no debe abdicar ninguno de sus derechos ante el invasor ni renegar de su patria.

«Hay en la historia de las municipalidades belgas—dice Rolando de Marés—grandes y nobles páginas, pues desde hace seiscientos años este pueblo no ha cesado de combatir por sus fueros y por su libertad; pero muy pocas pueden compararse con la página que Adolfo Max ha añadido á la historia de Bruselas. Este burgomaestre que impuso respeto á un conquistador brutal; este hombre que tenía el deber de salvar de la matanza y del pillaje á una ciudad de 800.000 habitantes y que él solo hizo frente á un ejército victorioso; este elegido del pueblo que defendió plenamente los intereses de sus conciudadanos sin abdicar nunca una parcela de su autoridad y su dignidad, sin cesar un sólo instante de hacer pública su fe en el triunfo final de la causa belga, es de un grandor y de una belleza que evocan el recuerdo de los jefes de comuneros de otros tiempos, gloria de la vieja tierra flamenca, siempre martirizada y jamás sometida.»

El heroico burgomaestre se vió sostenido y secundado por la rebeldía pasiva de una gran parte del vecindario de Bruselas. Una vez desvanecida la primera impresión de la entrada de las tropas alemanas, el

pueblo de Bruselas, que es aficionado á la burla y á la rebeldía, lo mismo que el de París, pero con algo más pesado y tenaz en su protesta, comenzó á agitarse en presencia de los invasores.

El profesor Grondijs, que comentó el desaliento y la tristeza de los bruselenses en el primer momento de la entrada de los alemanes, hace notar el gran cambio de la ciudad cuando él volvió á ella después de haber presenciado el saqueo y la destrucción de Lovaina. El intrépido holandés dice así al relatar su segunda visita á Bruselas:

«La actitud del vecindario de la capital ha cambiado. En los primeros días de la invasión, los rumores terribles que avanzaban delante de las tropas alemanas lo intimidaron. Dos días después, la vista de los alemanes resultaba casi una diversión para el pueblo de Bruselas. Los ciudadanos miraban con ojos curiosos sus agrupamientos, admirando sus caballos y el orden marcial que reinaba en sus filas. Muy pronto la población volvió á cobrar coraje y encontró su antigua altivez. Así como los alemanes empezaron á complacerse en su nuevo alojamiento y buscaron aproximarse á los bruselenses, éstos se alejaron de ellos y fingieron ignorar su presencia. Los habían admirado como enemigos, pero una amistad con ellos les inspiraba repugnancia.



Wichtige Bekanntmachung

Ich verbiete hierdurch auf das strengste einen jeden Maueranschlag, auch von seiten der Stadtverwaltung, ohne meine ausdrueckliche Genehmigung.

Brüssel 31. August 1914.

Der Militaergouverneur,

(Gez.) von LUETTWITZ,

Generalmajor.

Avis important

Il est strictement défendu, aussi à la municipalité de la ville, de publier des affiches sans avoir reçu ma permission spéciale.

Bruxelles, le 31 aout 1914.

Le Gouverneur militaire allemand.

(Signé) von LUETTWITZ,

Général

EL BANDO DEL GENERAL VON LUETTWITZ, EN ALEMÁN Y EN FRANCÉS

Empezaron á producirse mil pequeños incidentes desagradables para los invasores. El público se negó á hablar con ellos en los cafés. Los oficiales, sentados ante las mesas del Palace Hotel, forman círculo aparte, lo mismo que en Estrasburgo. Pero se nota en ellos un deseo de pasar inadvertidos. Buscan el divertirse como en su país, y se adivina que sentirían mucho perder las alegrías paradisíacas de Bruselas. Los nombres de las mujeres demasiado complacientes con ellos, son anotados por los belgas, y sus retratos exhibidos públicamente con malsonantes invectivas.

Los alemanes sólo se pueden explicar esta actitud burlona y hostil de los habitantes, como síntoma de una rebelión que se prepara. Por esto al llegar yo á la estación del Norte veo en la plaza Rogier varias ametralladoras rodeadas de una fuerte guardia. Reclamo una gran maleta que deposité al llegar por primera vez á Bruselas. La encuentro con las cerraduras rotas y completamente vacía, lo mismo que los demás equipajes del depósito. Los alemanes las han abierto, *para ver si tenían dinamita.*

El teniente Lincke, comandante de la estación, habla conmigo y se queja amargamente de la actitud adoptada por los bruselenses. Desde hace algunos días las tropas viven acuarteladas en la estación día y noche, durmiendo vestidas y conservando sus armas. ¡Los ciudadanos ya no se forman en las aceras cuando pasan los soldados! Y éstos se quejan de que deben sufrir en las calles las miradas irónicas y los chistes malévolos de la muchedumbre.

—¡Cuándo se ha visto—exclama el teniente—que un ejército victorioso, que entra en una ciudad enemiga, se haya contentado con una suerte tan miserable! Esta ciudad ha debido rendirse. Nosotros teníamos el derecho y el poder de saquearla. Mis soldados tienen que pasar la noche acostados en tierra ó en los vagones. Los civiles toman con nosotros una actitud inconveniente y no parecen apreciar la buena voluntad de que damos muestra. Por esto hemos dado á nuestros soldados la orden de que marchen por la calle en línea recta, atropellando á todo el que encuentren al paso. Deben abofetear al que se burle de ellos, echar al suelo al que no se ponga prontamente á un lado, y arrestar á todo el que no se someta.

Yo le hablo de los horribles procedimientos que siguen los oficiales alemanes con el vecindario de otras ciudades de Bélgica.

—Vos que sois abogado de carrera—le digo—, sabéis mejor que yo que vuestro ejército cometerá inevitablemente las mayores injusticias desde el momento que desaparezcan las garantías del derecho.



LA PLAZA DEL HOTEL DE VILLE DURANTE EL MERCADO DE FLORES

Y el teniente, que es un jurisconsulto de inteligencia y un hombre bien educado, responde:

—Tenéis razón. Es imposible apartarse de las formas regulares del procedimiento, sin abandonar á lo arbitrario el funcionamiento de la justicia. Pero Alemania se ve obligada ha hacer una guerra *que no ha querido*. Rodeada de enemigos se considera en gran peligro y no puede escoger los procedimientos. Tiene que barrer este país y lo *barrerá con una escoba de hierro*.

Los alemanes han pensado en bombardear á Bruselas, lo mismo que á otras ciudades belgas. El general gobernador recibió la autorización telegráfica de Berlín al hacer saber que el burgomaestre se negaba á pagar los últimos millones de la indemnización de guerra. Cuando la *Kommandantur* informó á Mr. Max de las consecuencias que tendría su negativa, éste contestó sencillamente:

—Avisadme tres horas antes del bombardeo, para que yo haga evacuar la ciudad á los vecinos.

Voy al magnífico Hotel de Ville para conocer al burgomaestre Max. Éste me recibe en su gabinete de trabajo. Es un hombre de talla pequeña, pero de rostro distinguido y mirada altiva. Una autoridad innata comunica una masculina seguridad á sus palabras. Su mérito excepcional consiste en que siempre ha sabido encontrar la actitud y las palabras propias para imponer á los invasores el respeto y la estima. Sus gestos breves y su elocuencia ingeniosa han debido intimidar muchas veces á los oficiales alemanes. Uno de éstos, en los primeros momentos de la entrada en Bruselas, quiso usar con Max los mismos procedimientos que habían obtenido tanto éxito en las pequeñas ciudades, é invadió su gabinete revólver en mano. Mientras que él gritaba y amenazaba, Max, sin mirarle ni escucharle, hizo sonar un timbre y ordenó á sus ugieres que echasen á aquel mal educado y avisasen al Estado Mayor que otra vez enviara un emisario más digno y presentable. El oficial, intimidado por esta altiva frialdad, acabó por ofrecer toda clase de excusas.



CASAS DE LA PLAZA DEL HOTEL DE VILLE

El burgomaestre de

Bruselas es demasiado modesto para atribuir la deferencia con que le trata el gobierno alemán á la circunstancia de que representa en este momento á una provincia entera. Nos cuenta que esta misma mañana ha protestado con motivo de un grave y terrible delito contra el derecho de gentes cometido por los alemanes cerca de Mons. La autoridad de Mr. Max y los testimonios que cita, no me permiten dudar. Saliendo al encuentro de los ingleses, las tropas alemanas que ocupan la ciudad de Mons se hicieron preceder por el burgomaestre y un gran número de mujeres y niños recogidos en el arrabal. Al iniciarse el combate y sonar los primeros tiros, algunas mujeres huyeron. Las balas alemanas las hirieron por la espalda. ¡Sin duda estas pobres prisioneras eran consideradas como *desertores!* Oíamos por primera vez un relato de esta especie y nos indignamos. Luego hemos tenido ocasión de acostumbrarnos á hechos semejantes.



EL BURGOMAESTRE MR. MAX, DE UNIFORME

Mr. Max permanece noche y día en el Hotel de Ville, donde los alemanes le inquietan poco. Él, por su parte, los exaspera con su presencia de espíritu, pero no da lugar nunca á las violencias. Su altivez patriótica los intimida singularmente.

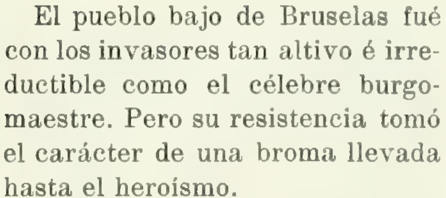
—Mirad—nos dice—cómo la bandera belga flota gloriosamente sobre el Hotel de Ville y sobre la catedral. Muchas cosas se han perdido en Bélgica, pero no el honor.

El burgomaestre nos parece envuelto en una atmósfera de virtud y de gloria; y cuando recorremos el soberbio edificio donde fué firmado solemnemente en otro tiempo el tratado que aseguraba una inviolable neutralidad al pequeño país de los belgas, cuando lanzamos una última mirada á las magníficas fachadas grises en las que brillan las estatuitas doradas como joyeles preciosos, nos parece que el esplendor del admirable monumento está singularmente realzado por la belleza moral de este perfecto hombre honrado que se llama Adolfo Max.

Al entrar los alemanes en Bruselas desearon en todo lo posible vivir en paz con los habitantes. En una ciudad cuyas calles estaban llenas de jóvenes vigorosos que no mostraban las mejores disposiciones con el ejército ocupante, su interés les exigía el tratar á la población con cierta dulzura, ó cuando menos no forzar el curso de los sucesos. Además, las legaciones diplomáticas de los países neutros estaban todavía establecidas en la capital, y en caso de un atropello, sus miembros podían ser testigos oculares, en extremo desagradables.

Por sus amenazas y por los relatos de las atrocidades cometidas en otras poblaciones de Bélgica que hacían estremecer de indignación, los alemanes obtienen el silencio, pero no la conformidad. Las espantosas imágenes de ciudades incendiadas que los invasores hacen aparecer continuamente á los ojos de los vecinos de Bruselas, provocan la prudencia de éstos, pero no cambian sus ideas. ¡Y los alemanes se extrañan después de que no consigan ganar el afecto de los corazones exasperados!...

La actitud del burgomaestre Max es admirada por todos. El gobierno alemán le trata con cierta tolerancia, pero es porque necesita su colaboración para mantener el orden en la ciudad. Max, por su parte, ha impuesto sus condiciones. La bandera belga flota aún en lo alto de la catedral y del Hotel de Ville. Muchas casas particulares están empavesadas. Y Bruselas presenta el extraordinario espectáculo de una ciudad ocupada, donde las antiguas autoridades discuten con los invasores por medio de bandos fijados en las paredes, é incitan de viva voz al vecindario á que no sufra el yugo extranjero más que en la espera de una liberación final.



El pueblo bajo de Bruselas fué con los invasores tan altivo é irreductible como el célebre burgomaestre. Pero su resistencia tomó el carácter de una broma llevada hasta el heroísmo.

El belga es alegre. Hasta en las peores situaciones de su existencia encuentra el medio de reir, extrayendo de la desgracia lo que ésta tiene de grotesco y regocijante. Hay que ver á los compatriotas del rey Alberto que vagan de ciudad en ciudad, ó á sus soldados, convalecientes en París, que esperan el llamamiento para volver á las filas. Perdieron su casa; casi han perdido la patria; las familias se han disuelto durante la confusión de la fuga, y tardan en encontrarse y reunirse; todos tienen algún muerto que llorar, y sin embargo, ríen cuando hablan del enemigo, comentando sus ridiculeces. La guerra es para ellos una serie de farsas y bromas pesadas. Alemania les lleva hechas algunas hasta el presente. ¡Paciencia! El pueblo belga será el autor del último chasco gracioso, del definitivo... ¡Y cómo van á reir al comentarlo con aire triunfante en los *cabarets* de su país, acabados de reedificar!...

La sana alegría de la vida, la glorificación de sus sensualidades, fué siempre la manifestación sobresaliente de este pueblo. Hace siglos, cuando el arte italiano y español gustaban únicamente de representar sobre el lienzo santos y santas, los pintores belgas se extasiaban imaginando las sonrosadas carnes de dio-



LA CASA DEL REY EN LA PLAZA DEL HOTEL DE VILLE DE BRUSELAS

sas y ninfas, ó reproducían las cocinas llenas de comestibles, las mesas servidas pantagruélicamente, las bulliciosas kermesses con sus borrachos patriarcales, y sus rondas de comadres que saltan enseñando las calzorras, mientras tiemblan bajo el zagalejo sus esféricas rotundidades.

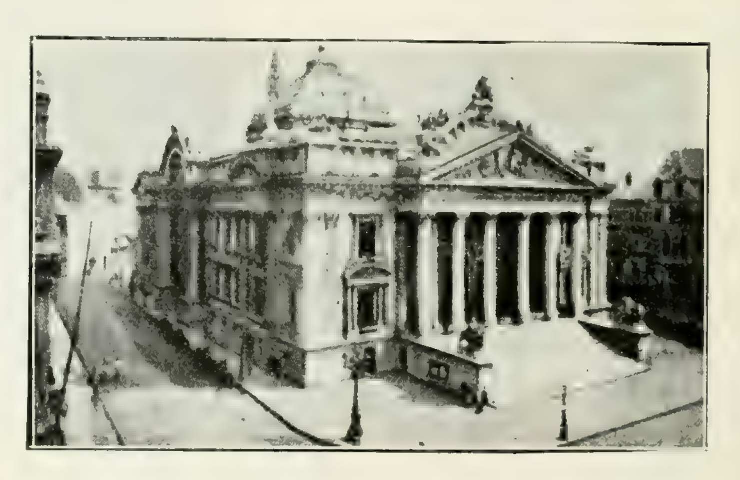
El belga ríe y canta ante la mesa servida, y no puede oir una música sin ponerse á bailar. Su buen humor es tal vez algo pesado, pero más franco y sincero que la alegría enfermiza de otros pueblos. Su carcajada exige el desabrochamiento de la pretina. Sus bromas recuerdan las de los frailes en un refectorio opulento. Puede decirse que su alegría está siempre en mangas de camisa.

Un año antes de la guerra hice un viaje á Bélgica, en el mes de Octubre, durante las fiestas de la Independencia. Grandes desfiles de ejército. ¡Quién podía imaginarse el heroísmo que les estaba reservado á estas tropas inútiles, con sus gorros de pelo teatrales y sus sombreros de copa forrados de hule! Las dos profesiones más descansadas que existían hasta hace poco en Europa eran la de almirante suizo y la de general belga. Ni la existencia de los antiguos canónigos podía compararse por lo descansada y pacífica con la de los militares de Bélgica. No hacían nada. Ninguno de ellos sabía lo que era una guerra ni esperaba saberlo nunca. Y estos tranquilos burgueses, buenos padres de familia, que iban al cuartel como á una oficina, fueron después los defensores de Lieja, de Namur, de Amberes; los que quebraron el puño de Alemania, y clavados en las dunas y los campos inundados de la Flandes occidental no dejaron á los invasores avanzar un paso. Después de este chasco, cualquiera tiene fe en las reputaciones generalmente admitidas y en las frases hechas.

¡Qué de procesiones carnavalescas para conmemorar su independencia! El pueblo belga celebraba las fechas de su historia, no con manifestaciones teatrales de pretendida sublimidad, sino con farsas y bailes para la alegría común. Las sociedades corrían las calles de Bruselas en comparsa, con grotescos disfraces. En todas las encrucijadas sonaban instrumentos, y los transeuntes, hombres y mujeres, formaban parejas sin conocerse, para dar sobre el asfalto unas cuantas vueltas de vals. Las gentes respetables y maduras, que no podían permitirse esas agilidades, se agarraban del brazo formando cadena, como en los cuadros de los antiguos pintores flamencos, y al compás de la música iban saltando con alegre serpenteo de un lado al otro de la calle. ¡Alegría general!... ¡Cuán lejos están ahora aquellos tiempos, después de transcurrir sólo unos meses! ¡Cuántos habrán muerto á estas horas!...

▫

El barrio de Marolles es el más popular de Bruselas. Vive en él lo que podríamos llamar la chulería belga. Tiene un lenguaje propio, como todos los suburbios de las grandes capitales, y sus costum-



LA BOLSA



EL PALACIO DE LA NACIÓN

bres sirven de argumento á muchas piezas de teatro.

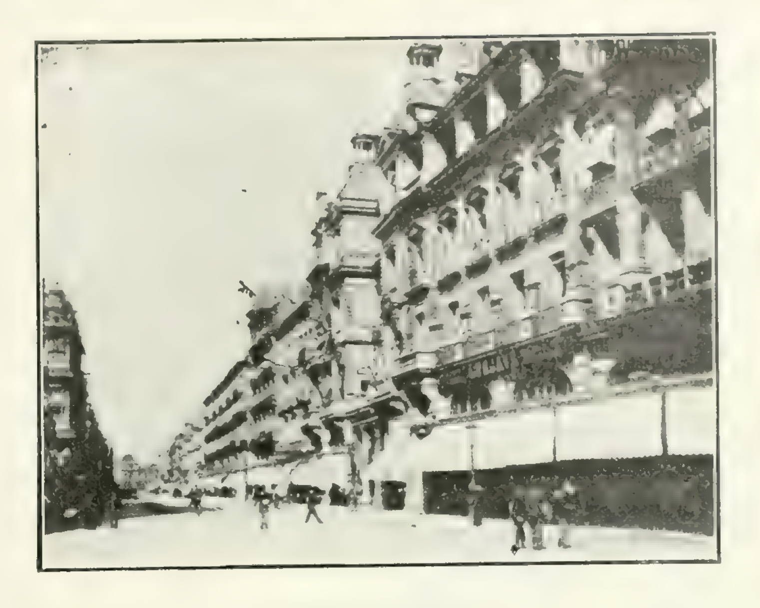
Recuerdo sus calles estrechas, iluminadas con farolillos de papel; su aspecto de viejo barrio español con casuchas antiguas que evocan la dominación castellana. Hasta el amanecer bailaban en ellas los vecinos, conmemorando la fiesta patriótica. Todos iban disfrazados grotescamente. Los bailarines se disputaban á las buenas mozas del barrio, muchachas de aire bravío, grandes, carnudas, pelirrojas, llevando sobre el cráneo su topo ondulante como una llama; verdaderas ninfas de Rubéns, con delantal corto, altos tacones y una cinta al cuello, lo mismo que las *gigolettes* de París.

Un olor de alcohol y de carne sudorosa flotaba en el popular ambiente. Los principales comerciantes de Marolles eran españoles; tenderos mallorquines que vendían naranjas y hortalizas de Valencia, embutidos baleares, vinos de Jerez, Málaga y Alicante, como los cinco mallorquines de Lieja fusilados por los alemanes. El gran lujo de las buenas mozas del barrio era entrar en dichos establecimientos, superiores á las tabernas belgas. Una copa de vino dulce español conmovía las entrañas de estas deidades flamencas, habituadas á la cerveza insípida del país.



LA ESTACIÓN DEL NORTE

En los bailes nocturnos del famoso barrio pude apreciar el carácter de la muchedumbre bruselesa, el humor belicoso de esta chulería que iba con gabán azul y sombrero duro. En mitad de la danza, un puño cerrado golpeaba el sombrero más inmediato. ¡Pelea general! Cada uno le pegaba al vecino sin reparar en su identidad. Puñetazos, ojos ennegrecidos, narices chorreando sangre. Intervenían las comadres, pegando también, pero sólo á los hombres y por restablecer la tranquilidad. Se llevaban á rastras á los más belicosos é irreductibles, mientras la música entonaba *La Brabanzona,* restableciéndose la calma á sus sones patrióticos. Y el baile volvía á comenzar... ¡Aquí no ha pasado nada!



BULEVAR DEL NORTE

El barrio de Marolles, al apoderarse los alemanes de Bruselas, declaró la guerra al invasor, y trajo loco al mariscal Von der Goltz, gobernador general de Bélgica.

Esta situación recordó la de Madrid en 1808. Los marollenses fueron semejantes á los chisperos de los barrios bajos que, de broma en broma, hicieron el 2 de Mayo. Von der Goltz ocupó una situación igual á la de Murat.

La situación fué idéntica, pero las personas algo distintas. El mariscal alemán, gordo y con cara plácida de prior, no ha dado cargas heroicas como el gran duque de Berg. Es el padre grave del Estado Mayor alemán, un patriarca con sable, un tratadista sesudo, de reputación universal, tal vez porque casi nunca se realizan sus profecías ni sirven para nada sus consejos. Organizó durante años el ejército turco, queriendo hacerlo tan invencible como el prusiano, y efectivamente, apenas tuvo una guerra con los pequeños Estados balkánicos, no hizo más que recibir paliza tras paliza.



ARCADA MONUMENTAL DEL PALACIO DE LA INDEPENDENCIA

Todos los días, desde Bruselas, anunció para el día siguiente la derrota total de los aliados, con un sinnúmero de razonamientos estratégicos, hasta que acabó por cansarse de su papel de profeta falso.

Este venerable guerrero tuvo que preocuparse algunas veces de los rebeldes del barrio de Marolles, miserable gentuza que se empeñó en recordar que era belga, valiéndose para ello de toda clase de bromas.

Después de la ocupación alemana no quedaron hombres en Marolles, pues todos se fueron al ejército. En cambio los chiquillos agujerearon sus gorras colocándose en mitad de ellas un nabo ó un rábano que imitaba la punta de los cascos alemanes. Ya que el invasor quería que fuesen prusianos, empezaron por imitar su uniforme. Algunos llevaron la irreverencia hasta colocarse bigotes de crepé, enhiestos y tiesos como los de Guillermo II.

Los pilluelos del barrio, los *kejtes*, como los llaman en el lenguaje popular de Bruselas, son incansables en este género de farsas.

Cada pueblo tiene su forma especial de bromear. La *guasa* española, la *blague* francesa, el *humour* inglés, se llama en Bélgica *zwanze*, y es una burla fría y tenaz que pone en ridículo á las gentes.

Poco después de entrar los alemanes en Bruselas colocaron en la galería circular del Palacio de Justicia dos cañones apuntando con sus bocas al temible barrio de Marolles... ¡Enterados! Al día siguiente el barrio se puso en estado de defensa, erizando también de cañones sus ventanas y tejados. Eran tubos de chimenea, largos, cortos, gruesos, delgados, y estos mil cañones de hojalata apuntaban burlescamente á la batería enemiga.

Todo el vecindario bruselés fué como en peregrinación al barrio de Marolles para ver esta artillería, riendo la broma con una ruidosidad belga. Desde Von der Goltz al último teniente se irritaron por la burla colectiva, ¿pero qué hacer? ¿Cómo el gran tratadista militar iba á medirse con los vecinos de la calle Alta, prohibiéndoles, para risa de Europa, el uso de sus tubos de chimenea?...

El gobernador general hizo toda clase de esfuerzos por conquistar la simpatía de los belgas; como si bastase una falsa bondad para que todo un pueblo olvide el atropello de su patria.

Al poco tiempo las enfermedades diezmaron la caballada del ejército alemán, y el gobernador ordenó una requisa de caballos en toda Bélgica, embargando hasta los matalones más despreciables.

La orden de requisa fué obedecida por los *ketjes* del barrio de Marolles, donde hay un grupo de chiquillos en cada puerta, y parecen surgir á enjambres del adoquinado. Más de mil muchachos avanzaron en procesión hasta el Palacio de Justicia, residencia del gobernador alemán, llevando á remolque caballos de madera, caballos de cartón, viejos caballos mecánicos rebuscados en los desvanes, entre los juguetes rotos. Algunos sólo conservaban tres patas: muchos no tenían ninguna. Y veinte veces dieron la vuelta al palacio entre las risotadas del público que había acudido á presenciar el desfile. La guardia prusiana se mordió los labios de cólera. Pero ¡qué hacer contra muchachos!...



—ESTAMOS MARCHANDO CONTRA PARÍS

(Dibujo de Friedrich, en *Fray Mocho*)

Además, esta gente era temible. Cada vez que la autoridad alemana publicó un bando amenazante, los *ketjes* colocaron en las esquinas un bando suyo como respuesta.

«El Estado de Marolles hace saber que al menor atentado contra uno de sus súbditos declarará la guerra á Guillermo II.

»*El gobierno de Marolles.*»

Otros cortejos no menos burlescos hicieron las delicias del vecindario de Bruselas. En una plaza, doscientos chiquillos, formados militarmente, se dedicaron á imitar la *ganzer parade*, ó sea la marcha prusiana apodada el «paso de la oca». Todos levantaban á un tiempo la pierna rígida á la altura del estómago, sin avanzar más que unos centímetros.

Los *ketjes* llevaban un cuarto de hora de agitar las piernas, imitando con la boca trompetas y tambores, sin moverse del mismo sitio.

Pasó un capitán alemán, y atraído por las risas del público se fijó en la tropa infantil.

—¿Qué hacéis aquí?—preguntó rudamente al muchacho que actuaba de jefe.

—Jugamos á los alemanes—dijo éste con inocencia—. Estamos marchando contra París y nunca nos movemos del mismo sitio.

El oficial, pálido de rabia, buscó instintivamente su revólver. Pero Bruselas no era lo mismo que las aldeas pasadas á hierro y fuego. Miles de personas estaban presentes. Además, había en la ciudad cón-





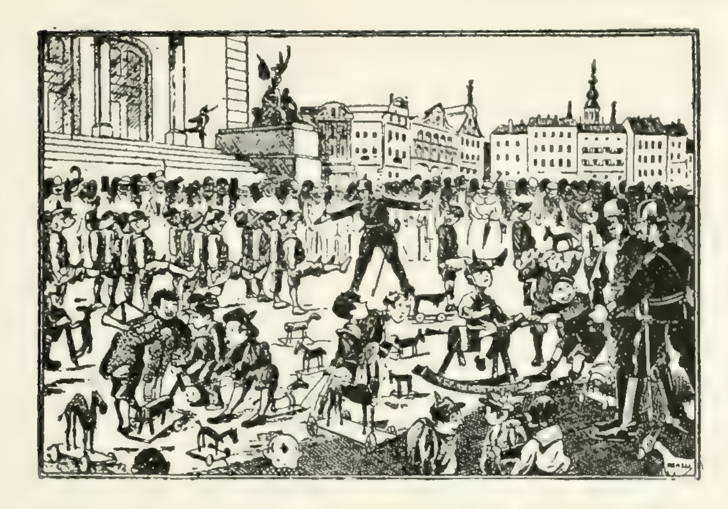
De la «Illustration» de París

Centinela francés velando el c



caláver de un aviador enemigo





LOS «KETJES» DE MAROLLES

sules extranjeros que podían servir de testigos. Y el alemán se alejó furioso, mientras la muchedumbre aplaudía.

Estos pequeños prusianos con bigotes de crepé y un rábano en la gorra, organizaron otros juegos ante un cuartel ó un cuerpo de guardia enemigos.

—¡Á Berlín!—gritaba el jefe de la tropa revoltosa.

Y todos corrían apresuradamente.

—¡Á París!

Y el pequeño ejército marchaba igualmente... pero de espaldas, dando saltos atrás, volviendo la cara, con gran regocijo del público.

Cuando Max, el heroico alcalde de Bruselas, fué arrestado por primera vez con motivo de su firme y sonriente resistencia, toda la chiquillería de la calle Alta y adyacentes se puso en revolución. Bravamente marchó en grupos á fijar un cartel en diversos puntos de la ciudad, ante los ojos de los enemigos:

«*Proclama.*—Si los alemanes tocan un sólo cabello de la cabeza de nuestro Max, declararemos la guerra á Alemania.

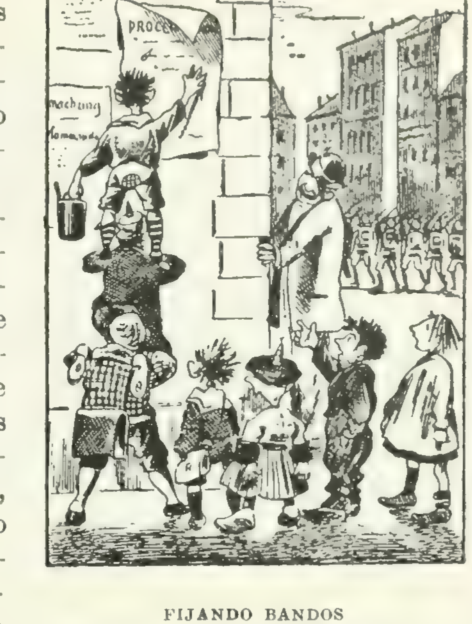
»*El Estado Mayor de Marolles.*»

Los invasores rasgaron los carteles, pero como á las pocas horas el popular alcalde fué puesto en libertad, los *ketjes* decían con orgullo á los transeuntes:

—¡Eh! ¿habéis visto?... Nos tienen miedo.

Esta burla colectiva contrarió muchas veces á Von der Goltz y los suyos.

Al principio fijó el gobierno en las esquinas de Bruselas boletines impresos con las estupendas mentiras que circulaba por el mundo la famosa agencia Wolff.



FIJANDO BANDOS

(Ilustraciones del *Petit Suisse*)

Pronto se arrepintieron los alemanes de tal propaganda. Ante cada papel se formaba un grupo de mujeres con los puños en las caderas, riendo, riendo como sólo puede reir la sonora alegría belga. Al pasar un oficial alemán, las carcajadas tomaban una intensidad solo comparable á la risa de los héroes homéricos.

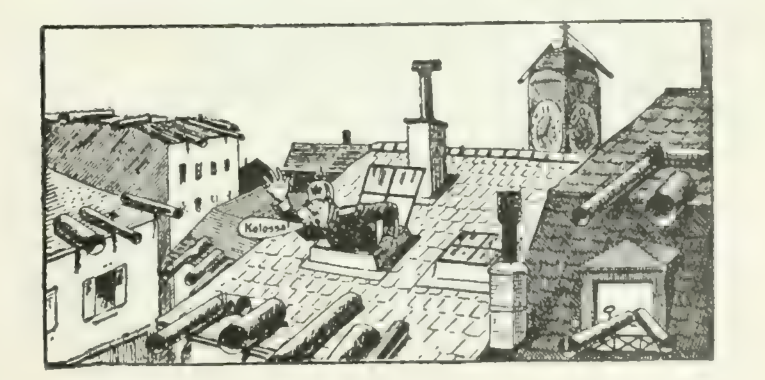


LA REQUISA DE CABALLOS

(Dibujo de Friedrich, en *Fray Mocho*)

Las noticias fantásticas de Wolff fueron muchas veces parodiadas graciosamente por los *ketjes*. «Gran victoria alemana —decía un parte—. Cuarenta mil soldados franceses y seis generales prisioneros.» Y los muchachos de Marolles alteraron el orden de la novelesca victoria, dejándola así: «Cuarenta mil generales franceses y seis soldados prisioneros.»

Al fin los alemanes acabaron por ocultar los boletines de Wolff, para que no pudiesen reir las comadres de la calle Alta. Pero siguieron arrancando anuncios de los belgas burlones.



LA ARTILLERÍA (*Petit Suisse*)



VISTAS DE MALINAS

ANTIGUAS CASAS JUNTO AL DYLE

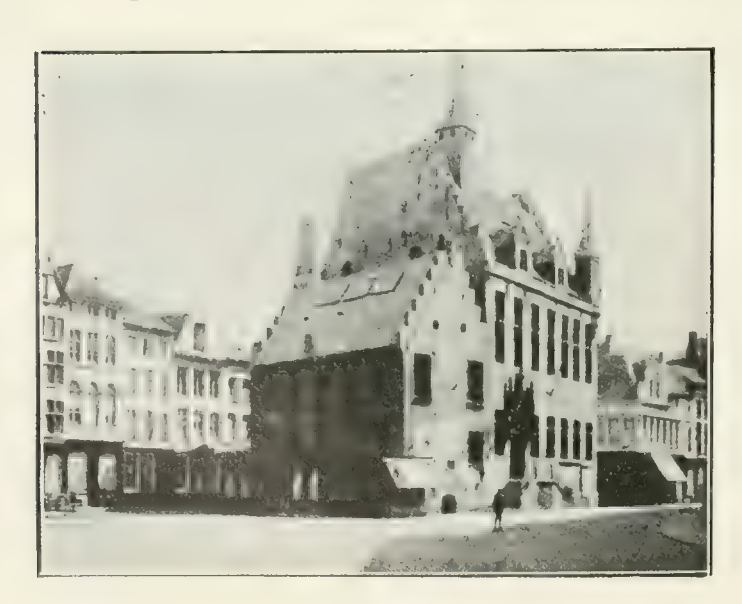
¡Pueblo heroico y alegre ante la desgracia!... En las puertas del palacio del rey y de todos los ministerios, deshabitados, aparecieron carteles semejantes á los anuncios de clausura de una tienda por obras en su interior.

Y estos anuncios, reveladores de la fe inconmovible de todo un pueblo, decían así: «Cerrado momentáneamente por trabajos de engrandecimiento.»

IX

La guerra en Bélgica.—Combates en torno de Malinas

Después que los alemanes se extendieron por casi toda Bélgica llegando á la frontera de Francia é invadiendo parte de ésta, las operaciones del ejército

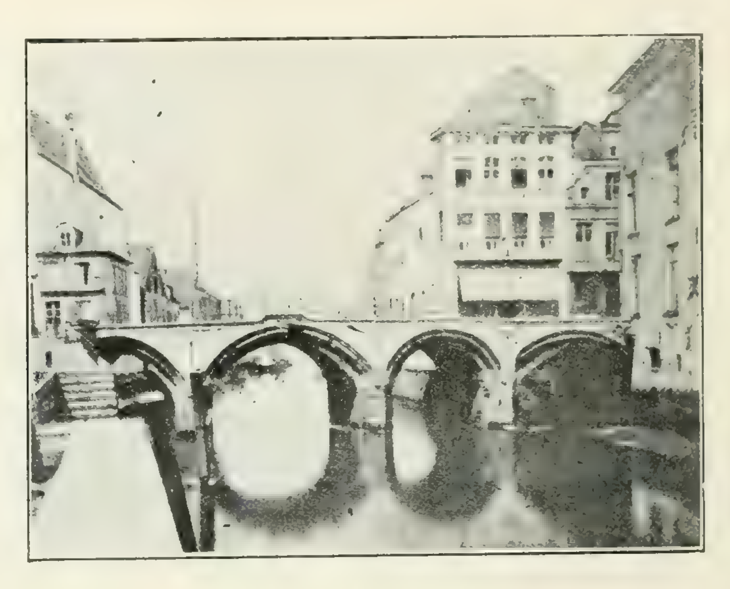


EL MUSEO

belga, acampado en Amberes, tuvieron por campo de acción un triángulo, del cual fueron las puntas Amberes, Aerschot y Termonde. La base meridional de este triángulo, situado al Sur de Malinas, tenía una longitud de 40 kilómetros aproximadamente, y fué este frente, con Aerschot al Este y Termonde al Oeste, la verdadera línea de batalla de los belgas.

Á medida que los alemanes fueron avanzando, gracias á la superioridad abrumadora de sus fuerzas, los belgas tuvieron que replegarse lentamente en el interior del triángulo, hasta que se encontraron encerrados inevitablemente en el ángulo formado por Amberes, donde opusieron la última y tenaz resistencia de esta lucha desigual.

La campaña, que duró desde Agosto á Septiembre, tuvo un testigo presencial: el escritor norte-americano Alejandro Powell, que ya hemos mencionado varias veces, y el cual relató todo lo que había visto con se-



PUENTE GÓTICO

rena imparcialidad y pintoresco estilo. Este escritor cuenta del siguiente modo los incidentes de la guerra belga, en la que un pequeño ejército no sólo hizo frente durante meses á la abrumadora invasión alemana, sino que ayudó desde lejos con éxito las combinaciones de la estrategia francesa.

«Al hablar de las batallas de Bélgica—dice Powell—no sé qué nombres darles. Después que los diplomáticos pongan su firma al pie del tratado de paz, y los pacíficos historiadores del porvenir se dediquen á redactar relatos coherentes de la campaña, los diversos hechos de armas serán sin duda clasificados y recibirán una etiqueta. Probablemente también, bajo los nombres que les darán los manuales históricos, nosotros, que fuimos testigos presenciales, no llegaremos á reconocer estos combates. Pero en espera de que la Historia los haya concretado y bautizado más ó menos correctamente, yo no puedo designarlos con otros nombres que estos: el «combate de Sempst», el «pri-

mer encuentro en los alrededores de Alost», la «batalla de Vilvorde» y la «toma de Termonde».

Los encuentros que nosotros hemos tomado por verdaderas batallas ó por algo semejante á batallas, serán tal vez relegados por los historiadores al rango de escaramuzas ó simples contactos sin importancia, mientras que otros encuentros que nosotros habremos considerado como asuntos mediocres, adquirirán al resplandor de los sucesos posteriores una significación que ahora no podemos suponer. No sé ciertamente el número de combates de que fuí testigo, pues no me tomé el trabajo de contarlos; pero el fotógrafo que viene conmigo desde el principio de la campaña, declara que fueron treinta y dos: los unos serios y los otros secundarios. Aunque yo no garantizo este cálculo, no lo considero inverosímil, pues desde la mitad de Agosto á la primera quincena de Octubre, los días sin lucha fueron infinitamente raros.



IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA

Desde el punto de vista de un espectador profesional —que es lo que soy yo—, hay que declarar que el teatro de las operaciones estaba muy mal dispuesto. La Naturaleza no había preparado butacas ni palcos. Todas las localidades eran malas. Imposible obtener una buena vista de la escena y de los personajes con uniforme que representaban el drama más formidable de la Historia. Toda la región era absolutamente plana—plana como la superficie de una mesa—, sin uno siquiera de esos pequeños accidentes del terreno que llaman colinas.

Para colmo de contrariedades, la región está cortada en todos sentidos por una red perfecta de riachuelos, fuentes, canales y fosos. Las carreteras y los ferrocarriles están sobre terraplenes para librarlos de las inundaciones periódicas, y estos terraplenes se hallan disimulados por cortinas de árboles. Pero los árboles están tan espaciados que es imposible emplearlos como puestos de observación. En los raros lugares donde una hinchazón del terreno podría facilitar el estudio de los alrededores, densos matorrales ó pueblecitos rojos y blancos se interponen ante la vista. Puede un observador encontrarse á pocos centenares de metros de una línea de fuego y no ver nada,



EL MERCADO

nada absolutamente, aparte de las bocanadas lanosas de humo que lanzan los shrapnells al hacer explosión. Verdaderamente, no sé qué hubiese podido hacer á no contar con el auxilio de los campanarios de las iglesias. Estos parecen esparcidos útilmente en el paisaje, pues cada grupo de casas tiene el suyo, y compensan las lagunas topográficas del terreno. El único inconveniente que ofrecen las torres de las iglesias como observatorios de combate, es que el servicio de observación militar belga y los oficiales que dirigen el tiro de las baterías, los utilizan con el mismo fin. El enemigo no lo ignora, y por esto empieza siempre por disparar sus cañones contra las eminencias arquitectónicas, para desalojarlas de indiscretos ocupantes. Esto explica, en parte, que en casi toda Bélgica no quede en pie un campanario ó una torre.

Cuando nosotros conseguíamos subir á una de estas alturas para contemplar el panorama de una batalla, era á nuestra costa y riesgo. Más de una vez, al ver que el enemigo había ajustado su puntería y las bom-



ANTIGUO PARLAMENTO

bas empezaban á silbar y aullar en torno del *beffroi* donde me había instalado, tuve que descender los escalones carcomidos de las vetustas escaleras con una velocidad tal, que en circunstancias normales me hubiese roto seguramente la cabeza.

El ejército belga se componía de seis divisiones y una brigada de caballería, representando en conjunto, sobre el papel, 180.000 hombres. Dudo que en momento alguno el rey Alberto haya tenido á su disposición más de 120.000 hombres, de los cuales un gran número eran reclutas completamente inexperimentados. En realidad, el ejército belga no merecía el nombre de ejército en el sentido que le dan las potencias continentales. Era más bien un cuerpo de policía, una milicia elevada á más alta dignidad. Nadie había soñado nunca que este ejército se viese obligado alguna vez á combatir, y por esto cuando estalló la guerra su preparación era casi nula. El hecho de que haya podido oponer á las legiones alemanas la resistencia tenaz y horoica que le ha opuesto, demuestra con más elocuencia que numerosos volúmenes de comentarios, el pundonor y la valentía de los belgas.



VISTA GENERAL DE MALINAS (Fot. Rol)

Muchos batallones estaban armados con fusiles de modelo antiguo; la provisión de municiones era insuficiente, y aunque la artillería fuese de buena cualidad, resultaba por su alcance y su calibre muy inferior á las piezas de campaña alemanas. La tropa no tenía siquiera la ventaja que proporcionan los uniformes de color neutro, é hizo la guerra con sus trajes azules, verdes y rojos, extremadamente chillones, que denuncian al que los lleva á los proyectiles enemigos. Estando un día en Amberes, en la plaza de Meir, mientras desfilaba con gran retintín de sables un regimiento de guías salpicado de barro, me fué difícil concebir que vivía en pleno siglo XX, y no á principios del XIX. En vez de los prácticos y casi invisibles uniformes modernos de color gris ó kaki, estos bravos llevaban levitas verdes, pantalones rojos y enormes gorros de pelo, como los granaderos de Napoleón. Son además bien conocidos el uniforme verde botella y los curiosos sombreros de copa, de reluciente charol, que ostentan los batallones de carabineros, y que evocan el recuerdo de las modas del Directorio. Los regimientos de línea y los granaderos, marchaban, combatían y dormían con sus uniformes de grueso paño azul con adornos rojos, y sus gorros de cuartel sin visera, que no preservan del sol ni de la lluvia. Algunos soldados remediaban esta falta adornando sus gorros con pantallas verdes, de modo que á primera vista todo un regimiento parecía un desfile de jockeys. Los gen-

darmes, á los que he encontrado siempre allí donde el combate era más rudo, llevan el uniforme más complicado de todos. Sus levitas azules, sus cordones de plata y sus monumentales gorros de pelo que tanto respeto infundían á los campesinos, hacen de ellos incomparables blancos para los tiradores de enfrente. Esta mezcolanza de uniformes, brillantes y pintorescos, confieso que formaba á veces cuadros de infinita seducción. Nunca pude encontrar un grupo de lanceros de azul celeste y amarillo ante una posada de la carretera, ó una patrulla de guías polícromos trotando por un sendero, sin imaginarme que estaba en presencia de una bonita pintura de Meissonier ó de Detaille.

Al principio de la guerra, la caballería belga estaba tan bien montada como cualquiera de otro ejército europeo. Muchos oficiales cabalgaban en caballos de caza irlandeses, y los soldados en potros de raza húngara. Pero la continuidad de la lucha y la falta de alimentación y de cuidado, influyen mucho en la condición de los caballos. Sólo estaba en su mitad la campaña de Flandes cuando todo el ganado de la caballería, degenerado rápidamente, se convirtió en un lote de bestias descarnadas y de aspecto macilento. Los tiros de la artillería de campaña belga eran magníficos, pues estaban representados por las sólidas razas caballares del Luxemburgo y las Ardennes.

El espectáculo que yo deseaba presenciar con más ardor, desde el principio de la guerra, era una carga de caballería. Yo he visto numerosos encuentros de tropas montadas en las guerras de África y de Asia, pero eran tropas de color de chocolate, con trajes fantásticos. Lo que yo deseaba era el cuadro de una de esas cargas que gustaban á Meissonier, con pantalones colorados y cascos de acero, un océano de espadas en alto, y todo el resto del clásico y conmovedor kaleidoscopio de la batalla europea. Cuando hablé de esto á un oficial, compatriota mío, al que encontré en el buque viniendo á Europa, este militar me hizo perder prontamente las ilusiones.

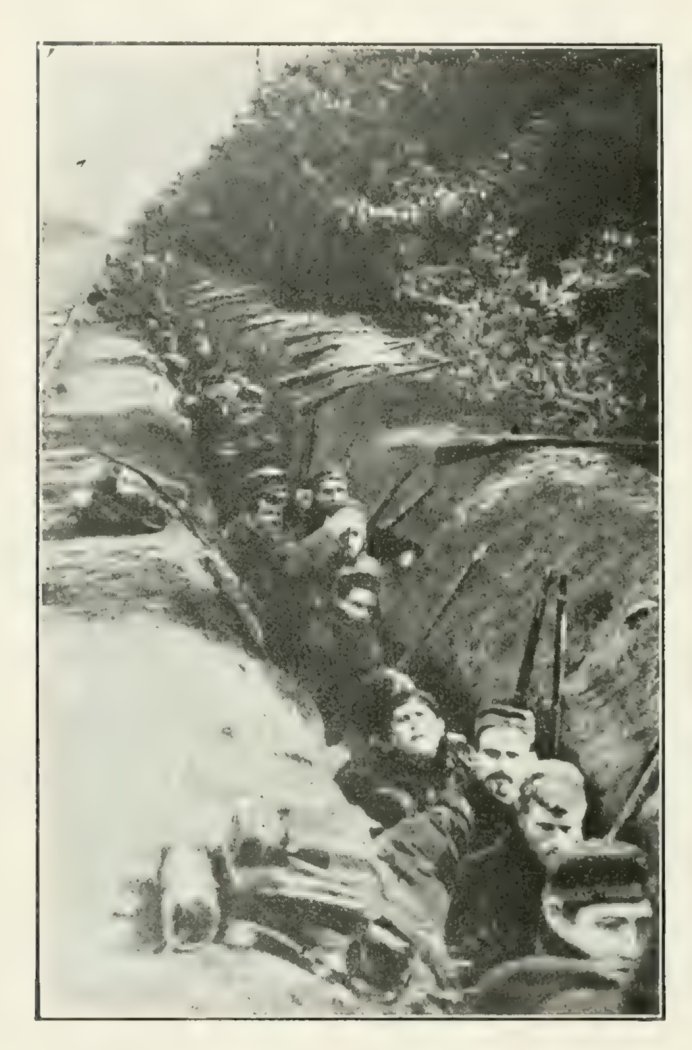


SOLDADOS BELGAS ABRIENDO TRINCHERAS EN LOS ALREDEDORES DE MALINAS (Fot. Rol)

—Las cargas de caballería—me dijo—son cosas que han pasado de moda. Ya no se verán más. El fusil moderno, de largo alcance, las ha hecho imposibles. La caballería sólo será empleada en adelante para los servicios de reconocimiento ó á guisa de infantería montada.

El oficial se expresó de un modo categórico, como hombre que ha visto la guerra de cerca. De acuerdo con los manuales tácticos y con las afirmaciones de los expertos y de los que estudian la guerra desde su casa, tenía mil veces razón. Creo que todos los espe-

cialistas de la crítica guerrera están de acuerdo para afirmar que la carga de caballería, como medio de ataque, pertenece ya á la antigüedad. ¡Pero he aquí que estos diablos de belgas no han llevado al juego de la guerra el respeto de las reglas establecidas! Tienen de ellas una concepción primitiva. Según su idea, cada vez que entreveían un regimiento alemán, lo conveniente era correr hacia él y exterminarlo, á caballo, á pie ó á cañonazos; poco importa. Gracias á este desdén de las prescripciones de los manuales,



TRINCHERA BELGA EN UN TERRAPLÉN DEL FERROCARRIL

tuve yo mi carga de caballería. Dejádmela contar, ya que la ocasión se presenta, pues según parece, la práctica de ella cada vez será más rara y yo no veré ya otra. La carga se produjo entre Termonde y Alost.

Este lugar es uno de los pocos de Flandes que puede servir de campo de maniobras para la caballería. En el resto del país no se pueden dar mil pasos sin verse detenido por un canal. Un destacamento considerable de alemanes había avanzado por el Norte de Alost, y el comandante belga de la región dió orden á una brigada de caballería, compuesta de dos regimientos de lanceros, para salir al encuentro del enemigo y repelerle. Después de una mañana de escaramuzas, de maniobras y contramaniobras, el jefe de la caballería obligó á los alemanes á tomar la posición que él deseaba. Las fuerzas del kaiser se apoyaban contra un bosque, y entre ellas y los belgas se extendía el precioso espacio descubierto que deseaban los jinetes. Pero sabed que los alemanes ocupaban una fuerte posición, y que de acuerdo con el texto de los manuales tácticos era preciso comenzar por desmoralizarlos con una lluvia de obuses seguida de un ataque de infantería. El viejo comandante belga no hizo nada de esto ni pensó en hacerlo. Tenía tras de él 1.500 hombres ansiosos de arrojarse sobre los alemanes y hacerles sentir el frío de su acero. No creía necesitar más. Arrojando su cigarrillo y apretándose luego el barbuquejo del chakó, fué pasando al trote delante de sus hombres.

—¡En línea!—vociferó.

Dos largas líneas, la una de guías verdes y escarlata, la otra de lanceros azules y amarillos, se prolongaron á través de los campos.

«¡Al trote!», cantaron los clarines. Después, «¡Al galope!»

El bosque de lanzas descendió de la posición vertical á la horizontal, y la nube de banderitas alegremente desplegadas, se cambió en un muro de acero chispeante.

«¡Carguen!», tronó el jefe. Y clavando sus espuelas en los flancos de los caballos, los soldados se lanzaron á un galope loco, gritando: «¡Viva Bélgica! ¡Viva Bélgica!»

Los alemanes, inquietos á la vista de estas lanzas largas y crueles, se declararon prontamente en retirada, refugiándose en el interior del bosque, que era impenetrable para la caballería. Entonces, habiendo repelido al enemigo, forzosamente tuvo la caballería que volver atrás, marchando al pequeño trote. Desde el punto de vista militar, esta operación fué de escasa importancia; pero en lo que se refiere á color, movimiento y emoción, el espectáculo por sí solo valía la pena del viaje á Bélgica.

Después de la ocupación de Bruselas por los alemanes, el primer encuentro suficientemente considerable para merecer el nombre de batalla, se realizó el 25 y 26 de Agosto en la región comprendida entre Sempst, Elewyt, Eppeghem y Vilvorde, á mitad de camino entre la capital y Malinas. Los belgas pusieron en línea cuatro divisiones, con un total de 60.000 hombres, frente á las fuerzas alemanas que eran considerablemente superiores.

Para darse cuenta exacta de esta jornada, figuraos un terraplén de ferrocarril de 50 pies de alto, con los taludes cubiertos de matorrales, extendiéndose como un monstruoso lagarto verde en medio de las campiñas fértiles y risueñas. En tiempo de paz los trenes franquean en menos de una hora, sobre esta línea, la distancia de Amberes á Bruselas.

Malinas, con sus edificios históricos y su famosa catedral, está á un lado de la vía, y Vilvorde al otro lado, pero con sólo un intervalo de cinco kilómetros.

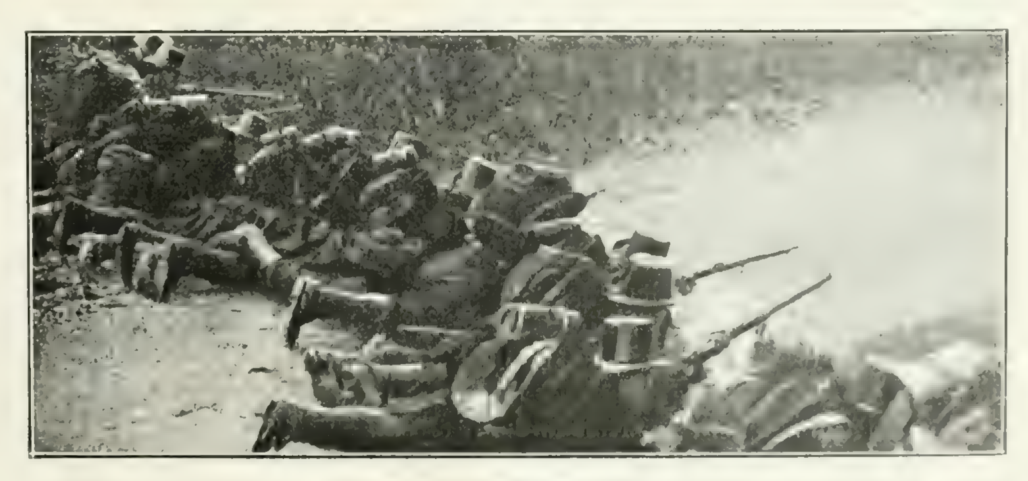
El 25 de Agosto los belgas, suponiendo que la guar-



SOLDADOS BELGAS DISPARANDO CONTRA UN AEROPLANO ALEMÁN (Fot. Meurisse)

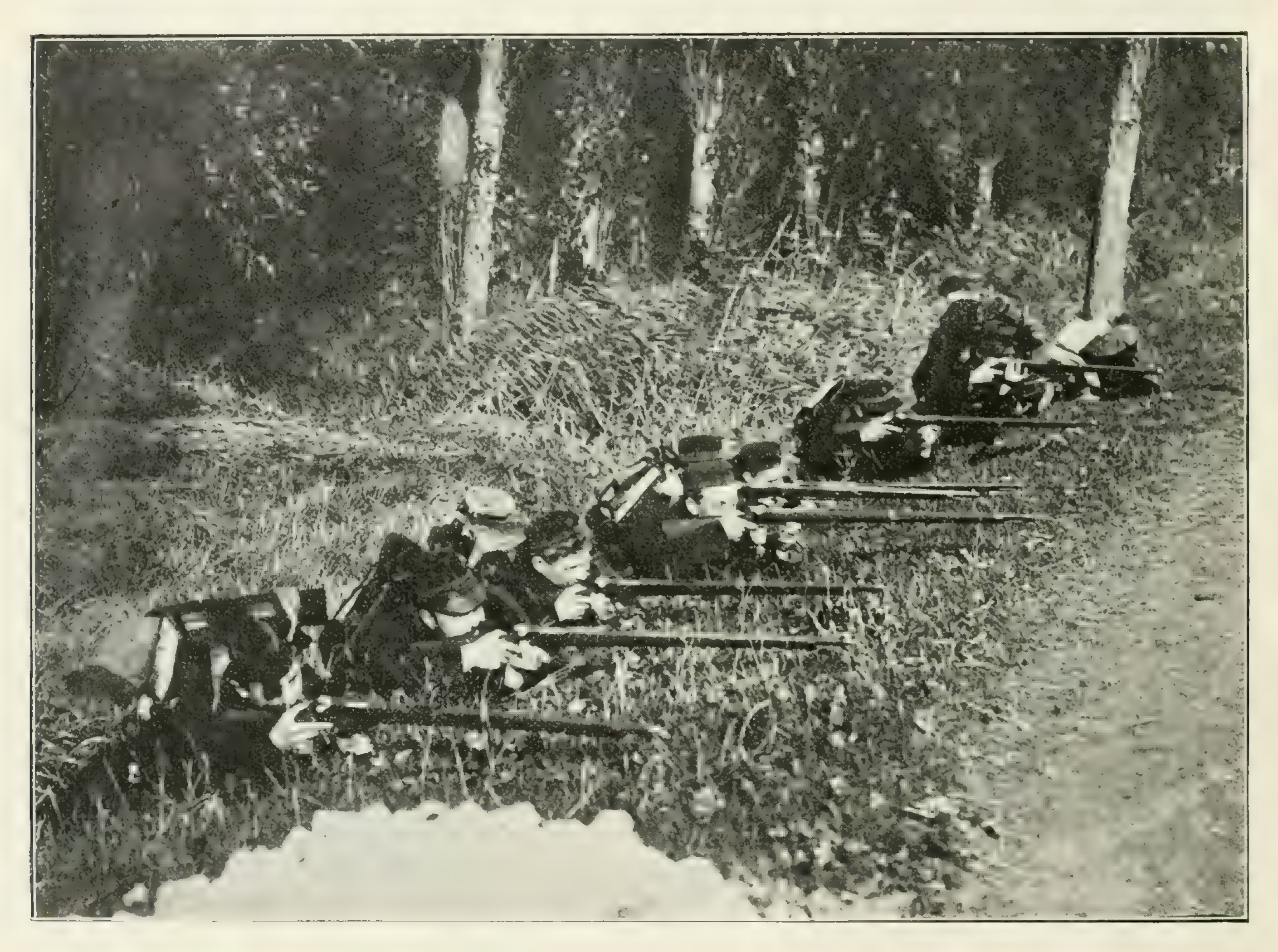
nición de Bruselas había quedado muy reducida y las comunicaciones alemanas estaban mal guardadas, abandonaron en masa el abrigo de los fuertes de Amberes, tomando una vigorosa ofensiva. Fué algo así como el salto de un pequeño y valeroso *foxterrier* sobre un gran dogo. Los belgas, con su ímpetu entusiasta, echaron á los alemanes fuera de Malinas, pero éstos recibieron inmediatamente grandes refuerzos, y en la mañana del 26 los belgas se encontraron en la posición más crítica. La lucha por la posesión del terraplén del ferrocarril, única altura del terreno, se fué desarrollando rápidamente. Cada ejército buscó tomar al otro de flanco, prolongándose, hasta que el frente de batalla cubrió una extensión de 20 kilómetros.

En el amanecer de la segunda jornada se entabló un duelo de artillería á través del terraplén, ajustando sus tiros los alemanes con la ayuda de las observaciones de los globos cautivos. Á mediodía el cañoneo enemigo adquirió una perfecta exactitud, y una lluvia de shrapnells fué cayendo sobre las baterías belgas, obligándolas á reenganchar sus cañones y retirarse al trote. Una vez los cañones fuera del alcance enemigo, vi á las masas azules de la infantería belga replegarse lentamente, con el mayor orden, calmosas y frías como una mañana de hielo invernal. Á consecuencia tal vez de un olvido, dos batallones de carabineros que no habían recibido la orden de retirada, se encontraron en inminente peligro de ser envueltos y anonadados. Entonces se realizó uno de los más hermosos prodigios de bravura que he podido ver. Para comunicar la orden de retirada á estos dos batallones, un hombre debía franquear un kilómetro de terreno descubierto y barrido en todas direcciones por el aullador shrapnell y la silbante metralla. Sólo había una probabilidad por mil de recorrer este infierno conservando la vida. Un coronel que estaba á mi lado, sobre un puente del ferrocarril, llamó á un gendarme, le dió las órdenes necesarias, y añadió: «¡Buena suerte, valiente!»



CARABINEROS BELGAS BATIÉNDOSE CONTRA LOS ALEMANES

El hombre, uno de esos gruñones bigotudos, como los que gustaban á Napoleón I, comprendió que lo enviaban al encuentro de las mandíbulas de la muerte. Pero saludó impasible, espoleó su caballo y se lanzó en el camino tranquilamente. ¡Figura de héroe arcaico, con su imponente gorro de pelo! Llegó intacto adonde estaban los carabineros y comunicó la orden, pero mientras los dos batallones se replegaban, los alemanes hicieron caer sobre la columna un sinnúmero de obuses, cada uno de los cuales iba rectamente á su objetivo. Muy pronto la ruta y los campos inmediatos aparecieron manchados con la sangre de estos belgas de uniforme azul.



SOLDADOS BELGAS ATRINCHERADOS JUNTO Á UN CAMINO (Fot. Rol)

Varias veces los alemanes intentaron apoderarse del terraplén á la bayoneta, pero los belgas los recibieron con un huracán de plomo que dispersó sus columnas grises, como las hojas secas de los árboles son dispersadas por una borrasca de otoño.

Por la tarde, belgas y alemanes se encontraron en algunos puntos á cien metros de distancia. El ruido de la fusilería era semejante al de un bastón corriendo á lo largo de una verja de hierro. En lo más fuerte del combate un zeppelín describió un lento círculo encima del campo de batalla, como un buitre enorme al acecho de un festín.

El combate resultaba tan violento desde algunas horas antes, que las pendientes del trozo de ferrocarril, desde donde contemplaba yo la lucha, estaban literalmente cubiertas de cadáveres de alemanes, muertos en los choques de la mañana. Uno de estos cadáveres guardaba convulsivamente en una mano un retrato de mujer, y así fué enterrado. Vi cómo los campesinos enterraban hasta doce cadáveres en una sola fosa. Uno de los enterradores tomaba á un cadáver por los hombros, otro por los pies, y lo balanceaban al transportarlo como si fuese un saco de trigo. Al contemplar estos cadáveres, arrojados con indiferencia en el seno de la tierra, me resultaba difícil concebir que horas antes eran hijos, maridos ó padres, cuyas mujeres y cuyos hijos esperaban ansiosamente sus noticias al otro lado del Rhin, rogando por ellos. En una aldea de los alrededores de Sempst había yo ayudado á enterrar días antes á un viejo granjero y á su hijo, campesinos inofensivos ejecutados por los alemanes á causa de que un soldado belga había muerto á un hulano en las inmediaciones de su granja. Creo haber dicho en otra parte que sobre la faz desfigurada del viejo conté hasta 22 heridas hechas con bayoneta.

El 26, á las cuatro de la tarde, todas las tropas

belgas se habían replegado, menos una delgada cortina de tiradores que debía cubrir la retirada. Deseando presenciar el avance de los alemanes, permanecí sobre el terraplén del ferrocarril en los alrededores de Sempts, luego que todos los belgas, menos un piquete de 10 hombres, abandonaron la ciudad. Abajo del terraplén, en el camino, esperaba mi automóvil con el motor funcionando. Como la infantería alemana había de franquear un kilómetro de terreno al descubierto, tenía yo el tiempo suficiente para retirarme. ocurrido la idea de que un destacamento de caballería enemiga pudiera deslizarse en torno de nosotros, tomándonos por la espalda. Había que recorrer unos 150 metros de campo, recientemente labrado, para llegar á nuestro automóvil, pero estoy convencido de que salvé este espacio con una prontitud que me hubiese hecho ganar el premio mundial de la velocidad. En unos cuantos saltos llegué al auto y partimos á la velocidad de 90 á la hora, mientras los hulanos penetraban en el pueblo, brillando al sol las pun-



BELGAS BATIÉNDOSE CONTRA LOS ALEMANES JUNTO Á UN MOLINO (Fot. Rol)

Las tropas teutónicas preludiaron su movimiento de avance con un terrible cañoneo. El aire vibraba con los gemidos de los shrapnells. Las granjas se derrumbaban bajo penachos de humo obscuro. En doce puntos á la vez se obscureció el cielo con las emanaciones de las aldeas en llamas. De pronto, un soldado que estaba tendido cerca de mí, gritó: «¡Los alemanes! ¡Los alemanes!» Y de los bosques de enfrente comenzó á surgir un largo desfile de figuras grises que gritaban victoria hasta enronquecerse. Casi en el mismo instante oí el crepitamiento de la fusilería detrás de mí, en una calle de la entrada del pueblo. El conductor de mi automóvil gritó: «Huyamos, señor. Ya vienen los hulanos.» En mi deseo de asistir al avance de las fuerzas alemanas, no se me había tas de sus lanzas. ¡De buena habíamos escapado!...

La retirada de Malinas ofreció un espectáculo que no olvidaré jamás. En una distancia de 20 kilómetros, cada camino estaba obstruído por la caballería de ruidoso trote, la infantería de paso pesado, y las rumorosas baterías, cuyas piezas y armones ostentaban aún las ramas verdes que habían servido para disimular su posición á los aeroplanos alemanes. Los gendarmes con sus gigantescos gorros de pelo, los cazadores con sus uniformes verdes y amarillos, los carabineros con sus chisteras de cuero reluciente, los granaderos, las tropas de línea, los guías, los lanceros, los zapadores y minadores armados de picos y de palas, los ingenieros y su equipaje de pontones, las ametralladoras arrastradas por perros, los ca-

rruajes de ambulancia rodando bajo las grandes banderas ondeantes de la Cruz Roja y las interminables filas de autos, todo esto constituía un río poderoso, deslizándose sin cesar hacia Amberes.

Malinas había sido anteriormente una población de 50.000 habitantes, de los cuales 45.000 huyeron al enterarse de la inminente reaparición de las fuerzas enemigas. Las escenas entrevistas á lo largo de los caminos, fueron patéticas y desgarradoras. Seres jóvenes y seres viejos, ricos y pobres, cojos, enfermos, ciegos, llevando á la espalda ó empujando sobre carretillas de mano paquetes y fardos envueltos en tela y conteniendo todo lo que habían podido salvar de sus bienes, obstruían los caminos y dificultaban la marcha de las tropas. Los civiles abandonaban al pillaje y á la destrucción todo lo que tenían de más amado. Parecían completamente aterrorizados por los alemanes. Las tropas belgas no participaban en nada de este terror. El ejército, aunque en plena retirada, era victorioso todavía. Los soldados se mostraban tranquilos, confiados, exuberantes de coraje. Daban la impresión de que si el frente alemán cesaba un minuto de mantenerse en guardia, la pequeña Bélgica le infligiría uno de esos golpes que escuecen lo mismo que los golpes de sol.

Durante muchos días, después de ser evacuada por los belgas, ocupó Malinas una situación poco envidiable. Situada á mitad de camino entre los dos ejércitos adversarios, éstos la bombardearon, aunque con diferente intensidad. Los alemanes, en vez de esforzarse por no deteriorar la magnífica catedral, cuya torre alta de 325 pies forma la eminencia más visible de la región, parecieron encontrar un acre placer en dirigir su fuego contra el venerable edificio. Su gran reloj, el más grande de Bélgica, fué destruído. Las famosas vidrieras de la catedral quedaron rotas, y las exquisitas esculturas de madera hechas pedazos. Los obuses, pasando á través de techos y muros, convirtieron las bellezas del interior en un montón de escombros. Como en este momento no había tropas belgas dentro de Malinas que pudieran oponer resistencia, y los alemanes lo sabían perfectamente, de aquí que este bombardeo de una ciudad abierta y la destrucción de sus monumentos históricos, me parezca un acto particularmente cruel, que no reclamaba ninguna necesidad militar. Pero bien sabido es que estas devastaciones formaban parte integrante de la política alemana de terrorismo é intimidación. La matanza de los civiles y la destrucción inútil de ciudades y monumentos sirvieron á Alemania para vengarse de la inesperada resistencia de los belgas.

UNA BARRICADA EN LAS CALLES DE MALINAS (Fot. Meurisse)

Para apreciar exactamente los perjuicios sufridos por la ciudad, y sobre todo por la catedral, visité rápidamente á Malinas, aprovechando una tregua del bombardeo. Como las calles eran demasiado estrechas para permitir á nuestro auto el dar vuelta y huir rápidamente, mi chófer me propuso entrar en la ciudad haciendo marchar el carruaje hacia atrás, y así lo realizamos. Yo estaba derecho en la parte trasera del carruaje convertida en delantera, con unos gemelos ante los ojos para darme cuenta inmediata de un avance posible de los alemanes.

No recuerdo nada tan lúgubre como esta excursión furtiva. La ciudad estaba silenciosa y desierta, lo mismo que un cementerio. No encontramos una sola persona. Mientras avanzábamos con precaución por las callejuelas tortuosas, repercutían en las casas vecinas las vibraciones de nuestro motor con una sonoridad impresionante. Entrábamos en la plaza que domina la catedral, cuando rugió un obús por encima de los tejados, y con terrible estrépito atravesó el piso superior de un edificio próximo. La fachada de este edificio se desplomó cerca de nosotros, formando una cascada de yeso y ladrillos. No quisimos ver más. Nunca auto alguno saldrá de Malinas con una velocidad tan vertiginosa. ¡Ay!... En nuestra precipitación destruímos el último habitante de la ciudad, volteado y aplastado por nuestras ruedas: un gran perro rojo.

Por razones estratégicas, las proporciones y la significación de la gran batalla de cuatro días librada en mitad de Septiembre entre el ejército de campaña belga y todas las fuerzas alemanas del Norte de Bélgica, fueron disimuladas en dicho momento por los

comunicados oficiales, y su importancia se perdió de vista en el oleaje de los acontecimientos posteriores. Sin embargo, hay que reconocer que el gran movimiento de flanco de los aliados contra los invasores de Francia—la llamada batalla del Aisne—debió su éxito, en parte, á la enérgica ofensiva de los belgas, que operaron en estrecha inteligencia con el Estado Mayor general francés. Esta brusca ofensiva de los belgas en Septiembre, que pilló á los alemanes completamente inadvertidos, no sólo les hizo concentrar todas sus fuerzas disponibles, sino que les obligó á dar orden de retroceso á los ejércitos 3.° y 9.°, que marchaban ya sobre la frontera francesa y cuyo apoyo podía haber hecho caer la balanza á favor de los alemanes en la campaña francesa. Además, los invasores, para hacer frente á los belgas, tuvieron que llamar á toda prisa su *landwher* y su *landsturm*, situados al Sur de Bruselas, así como una división naval de 15.000 marinos y fusileros de marina. No es, pues, exagerado decir que el éxito de los aliados junto al Aisne fué, en gran parte, determinado por los sacrificios que hizo al mismo tiempo el ejército belga. Todo hombre válido de que Alemania pudo disponer fué movilizado para formar una línea pasando por Sempts, Weerde, Campenhout, Wespelaer, Rotselaer y Holsbeck. Los belgas se amasaron al Nordeste, con su derecha apoyada en Aerschot y su centro en Meerbeerk.

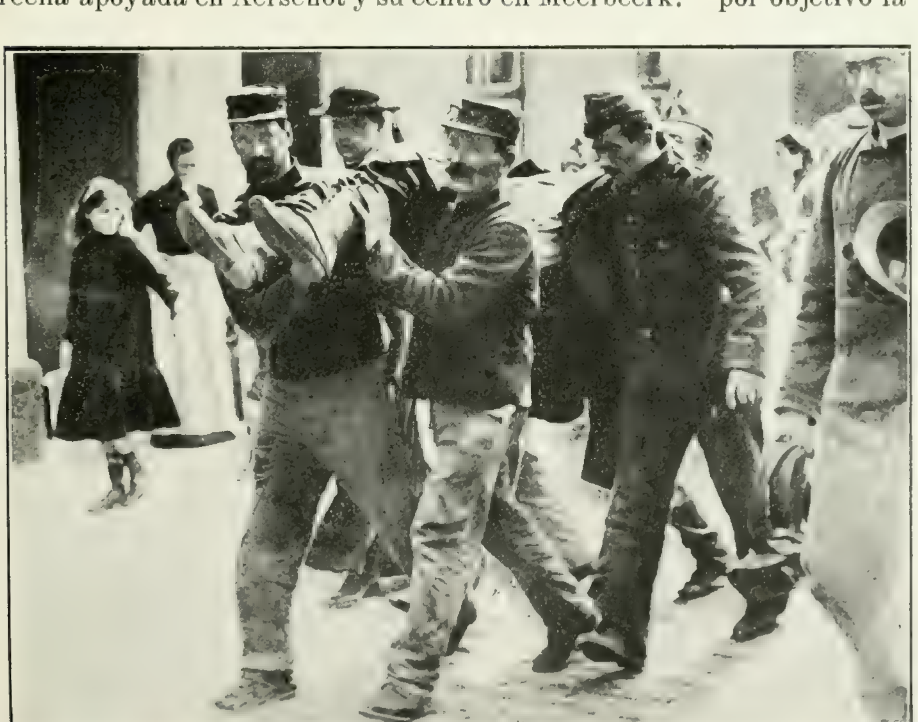


SOLDADOS BELGAS ACAMPADOS EN UNA CASA (Fot. Meurisse)

Entre los dos beligerantes se desplegaba el canal de Malinas-Lovaina, y en toda su longitud se libró una batalla más sangrienta que todas las que la guerra había suscitado hasta entonces.

Relatar esta batalla, cuando ignoro todavía el nombre con que la bautizarán las generaciones futuras, sería una usurpación de los derechos y deberes del historiador, y por esto debo limitarme á contar la parte de que fuí testigo presencial.

En la mañana del 13 de Septiembre cuatro divisiones belgas avanzaron al Sur de Malinas, teniendo por objetivo la villa de Weerde, en la línea del ferrocarril de Amberes á Bruselas. Como se sabía que eran muy numerosos los alemanes que ocupaban á Weerde, la artillería belga, oculta tras de espesos bosques, no cesó de bombardearlos durante toda la jornada. Á mediodía los cañones enemigos cesaron de responder, de lo que dedujeron los belgas, con gran entusiasmo, que los habían reducido al silencio. Á esta hora, la primera división belga empezó su marcha adelante. Mi fotógrafo y yo, dejando nuestro auto en un convento sobre el que flotaba la bandera de la Cruz Roja, seguimos el paso de la división que emprendía el ataque.



TRANSPORTE DE MUERTOS Y HERIDOS DURANTE EL BOMBARDEO DE MALINAS (Fot. Rol)

Á una milla del convento se elevaba solitaria, en medio del campo, una granja de dos pisos con fachada de ladrillos. Cien metros más allá se extendían las tres vías del terraplén pavimentado del tranvía

de Amberes á Bruselas. La villa de Weerde estaba al otro lado de este terraplén.

Abrigándonos todo lo que era posible en las trincheras que hacían zig-zag á través de los campos, y franqueando á todo correr los espacios descubiertos barridos por la fusilería, acabamos por llegar á la granja. Subimos al granero, abrimos un orificio en el techo de tejas, y he aquí la batalla ofreciéndose á nuestros ojos con la misma limpieza que una partida de *cricket* vista desde las gradas superiores de un anfiteatro. En el foso profundo que formaba de nuestro lado el terraplén del camino de Bruselas, estaba una brigada de infantería belga acurrucada ó acostada, compuesta de dos regimientos de carabineros y dos regimientos de cazadores. Á 500 metros al otro lado de la carretera, entrevimos los muros blanqueados de cal y los techos de alfarería roja de la villa de Weerde, mientras que á nuestra derecha, en medio de un parque frondoso, se levantaba á corta distancia un hermoso castillo de piedra labrada. Los únicos indicios de la ocupación militar de la villa eran un dosel de vapor gris y azulado suspendido sobre ella, y el continuo crepitamiento de la fusilería. De vez en cuando mis gemelos de largo alcance me revelaban las bocas de las ametralladoras perfilándose fuera de las ventanas de los pisos superiores del castillo.

No perdamos de vista que en el curso de esta guerra las tropas alineadas en las trincheras tiraron durante días enteros sin distinguir jamás la silueta del enemigo. En este encuentro que describo, los belgas sabían que enfrente de ellos, en cualquiera parte, tal vez detrás del macizo frondoso, en la aglomeración de edificios ó al otro lado de los taludes del ferrocarril, el enemigo trabajaba seriamente para matarlos, lo mismo que ellos trabajaban para destruir al adversario. Pero sólo podían verse cara á cara en los combates de las calles ó al atravesar regiones completamente descubiertas. El tirador en la guerra moderna no puede escoger su hombre para abatirlo como un ciervo, pues el formidable alcance de la artillería ha establecido demasiada distancia entre los combatientes. Por esto, en vez de apuntar á los individuos, las tropas apuntan simplemente á los lugares donde suponen que están situados dichos individuos. Todo comandante de compañía indica á sus hombres el blanco y la distancia á que deben tirar, y vigila el empleo de sus municiones, pues el fuego de la infantería resulta generalmente más eficaz cuando se hace por bruscas explosiones y por secciones.

CASA DE MALINAS BOMBARDEADA (Fot. Rol)

En Weerde, la teoría moderna de la invisibilidad del enemigo estaba reforzada por el espesor de la hojarasca que servía para ocultar las posiciones de los alemanes. De vez en cuando, después de la explosión de un obús belga bien dirigido, mi fotógrafo y yo, á través del agujero del techo y con la ayuda de nuestros poderosos gemelos, podíamos ver á lo lejos grupos de fugitivos, vestidos de gris, que huían á todo correr. Esto era todo. En cambio, en la hondonada inmediata á la granja, las tropas instaladas en las trincheras no veían otra cosa que las cercas, los jardines y los techos rojos de una villa rústica. Sólo conocían la proximidad del enemigo por el incesante rumor de la fusilería y de las ametralladoras, ó por las exclamaciones y los gritos breves de sus camaradas alcanzados por los proyectiles.

Á una hora avanzada de la tarde circuló la noticia de que los cañones alemanes habían quedado inútiles, que el enemigo se batía en retirada y que á las cinco y media en punto la línea belga entera avanzaría para apoderarse de la villa á la bayoneta. Bajo la protección de un fuego de artillería tan continuo que parecía el rodar incesante del trueno en las montañas, la infantería belga salió de sus trincheras, y aliviándose de sus mochilas, que quedaron amontonadas en el suelo, se formó junto á los taludes del camino, preparándose para el supremo asalto. Un momento después, una docena de baterías de ametralladoras tiradas por perros llegaron á pequeño trote y tomaron posición á izquierda de la infantería. Á las cinco y media en punto cortaron el espacio los silbidos dados por los oficiales con sus pitos de órdenes, y una línea de tropas, de un kilómetro de larga, partió hacia adelante lanzando ¡hurras! Esta línea franqueó la carretera, saltó los fosos, pasó por encima de las barreras y perforó las cercas hasta llegar á unos cien metros de los primeros edificios que formaban el arrabal de la pequeña villa.



UNA CASA DE MALINAS DESPUÉS DEL BOMBARDEO

Entonces pareció que se desencadenaba el infierno. El frente alemán, por entero, que desde hacía algunas horas sólo había contestado débilmente al cañoneo de los belgas, comenzó á vomitar sin interrupción plomo y llamas. El «pom-pom-pom» de las piezas de tiro rápido parecía apuñalear el crepitamiento de la fusilería y los desgarradores apóstrofes de los cañones automáticos. De cada una de las ventanas del castillo de tres pisos que teníamos enfrente, las bocas de las ametralladoras arrojaron su granizo mortal. He asistido á muchos combates en cuatro continentes, pero no he visto nunca un fuego tan homicida como el que suprimió en pocos instantes la cabeza de la columna belga, lo mismo que una esponja borra las cifras trazadas en una pizarra.

Los alemanes habían preparado una trampa en la que cayeron los belgas, ó más bien dicho, se precipitaron en línea recta. Tres minutos después, las baterías de ametralladoras tiradas por los perros desandaban el camino en desenfrenada carrera. Esto nos dió á entender que era tiempo de que abandonásemos nuestro observatorio, pero á pesar del peligro que se preparaba permanecimos inmóviles para asistir al epílogo. Los accidentes del desastre empezaron á producirse con una rapidez aturdidora. Á través de las cercas, de los fosos y de la carretera, la infantería belga retrocedía encorvada, deslizándose, corriendo, para escapar á la muerte. Á un lado y á otro se veía al mismo tiempo cómo los soldados vacilaban lo mismo que si se hubiesen torcido un pie, y con los brazos extendidos caían al suelo, la cabeza por delante. Una bala los había herido.

La carretera comenzó á cubrirse de cuerpos inertes, con uniformes azules y verdes; los campos también. Un hombre fué herido cuando estaba pugnando por atravesar una cerca, y murió de pie, mantenido derecho por el muro de ramas espinosas. Otros, cuya faz sudaba sangre, cuyas levitas estaban manchadas con horribles placas carmesís, pasaban cojeando ó arrastrándose, dejando detrás de ellos un reguero de líquido purpúreo. Un joven oficial de cazadores que acababa de exponerse temerariamente intentando cortar el movimiento de retirada, giró sobre sus talones como esos

juguetes mecánicos que los *camelots* hacen funcionar en las aceras de los bulevares, y se desplomó lo mismo que si todos sus huesos y sus músculos se hubiesen liquidado de golpe. Un soldado cayó en un foso lleno de agua y permaneció con sólo la cabeza emergiendo de la superficie. El agua se fué enrojeciendo en torno de él.

Comenzaron á volar en pedazos las tejas de nuestra granja, bajo el choque de las balas.

—Esto—declaró Thomson, mi fotógrafo, recogiendo su aparato y echándoselo á la espalda—no es un lugar habitable para dos inocentes mozos americanos.

Yo aprobé su decisión y abandonamos nuestro observatorio.

La infantería belga estaba ya retirada á una media milla, y para ganar nuestro auto debíamos franquear una milla de campo descubierto. Las balas cantaban sobre esta extensión, levantando pellas de tierra obscura allí donde caían. Sólo habíamos corrido unos cien metros, cuando la artillería alemana, que los belgas creían haber reducido al silencio, volvió á abrir el fuego con shrapnells.

Vosotros habréis oído muchas veces la tempestad de invierno gritando y silbando en lo alto de los árboles descarnados. El shrapnell tiene la misma resonancia, pero más acentuada. Es fácil concebir cuán desagradables resultan los shrapnells cuando estallan cerca de uno. Se experimenta el deseo de convertirse en raíz de árbol, oculta en la profundidad de la tierra.

Me acordé de pronto de una conversación con un oficial de artillería que me dijo que el shrapnell lanzado á una distancia de 2 kilómetros, hace sentir sus efectos en un radio de 8 acres de terreno, y cada vez que oía muy cerca el gemido de un obús me preguntaba si el proyectil iba á estallar precisamente en el campo de 8 acres que yo atravesaba.

Como si este huracán de plomo enemigo no nos bastase, dos soldados belgas se levantaron bruscamente de una trinchera, en medio de un prado que atravesábamos, y nos apuntaron con sus fusiles, gritando: «¡Alto!... ¡Levantad las manos!» No había otro remedio que obedecer.

Avanzamos con las manos en alto y la cabeza erguida, á pesar de nuestra tendencia á encogerla bajo el estrépito de los shrapnells que pasaban por el aire. Cuando nos acercamos á los soldados, éstos nos reconocieron.

—¡Ah! ¡Sois los americanos!—dijo uno de ellos bajando el fusil—. Os habíamos tomado por alemanes.



LOS ALEMANES EN EL HOTEL DE VILLE DE MALINAS

Haréis bien viniendo con nosotros. Este lugar resulta insostenible.

Los obuses llegaban en este momento á razón de veinte por minuto.

—¿Si nos ocultásemos en la cueva para esperar un momento de calma?—propuso mi fotógrafo al pasar frente á una casa.

—Muy bien—dije yo, metiéndome por una gran puerta destinada á los carruajes.

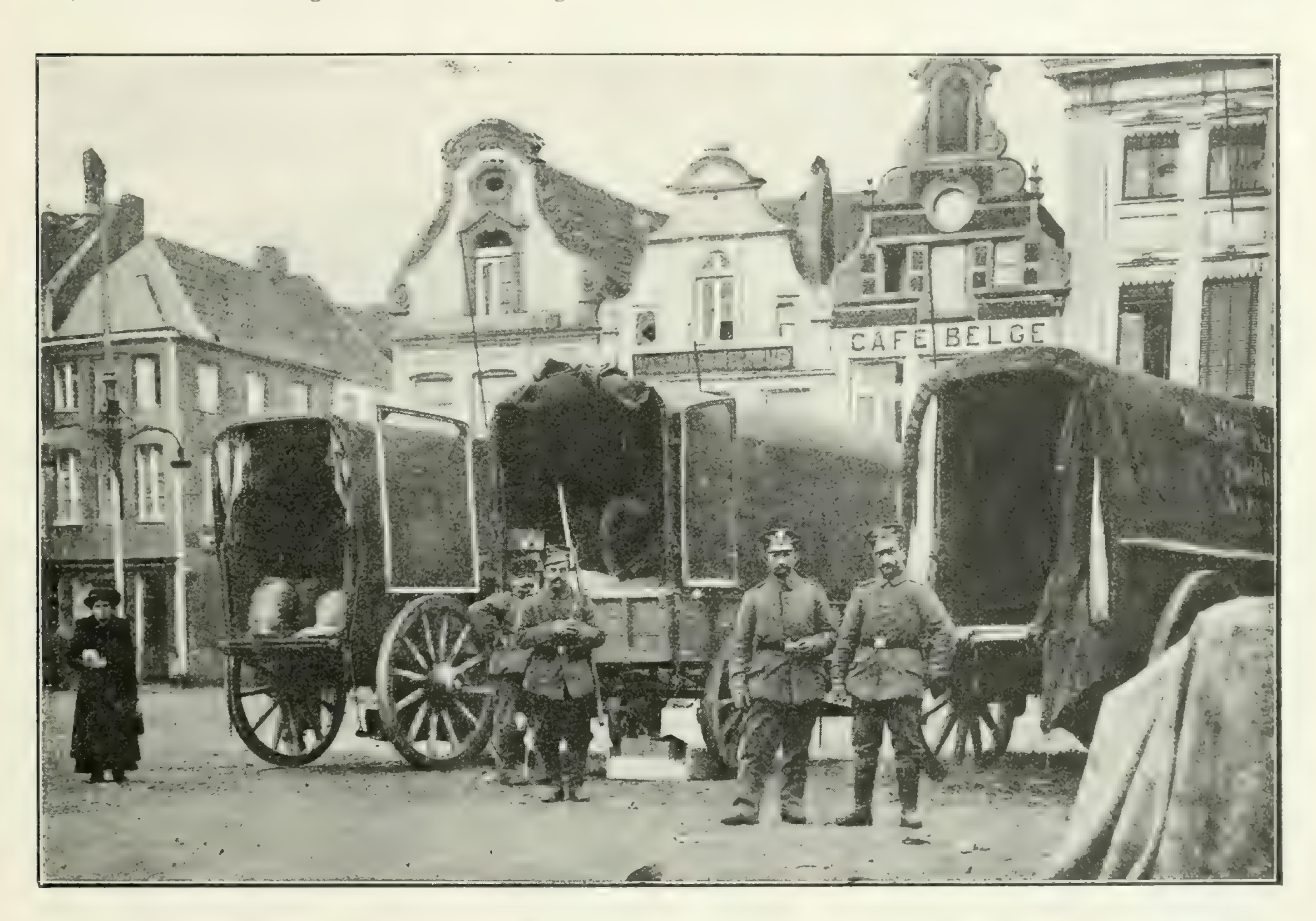
—¡Huid de esa casa!—gritó un soldado belga surgiendo de una esquina—. El dueño de ella se ha vuelto loco de terror. Está arriba con un fusil y tira sobre todos los que pretenden entrar.

—¡Vaya una manera de ejercer la hospitalidad! —dijo uno de nosotros.

No nos quedaba otro recurso que atravesar un pedazo de terreno para llegar hasta nuestro auto. Lo creíamos en seguridad bajo la bandera de la Cruz Roja, en el convento donde lo habíamos dejado. ¡Ilusión! La Cruz Roja no era, como nosotros creíamos, un talismán protector. En el momento que el vehículo se hacía visible á nuestros ojos, un obús estalló á veinte metros de él, y un casco de proyectil rompió una de sus portezuelas. No he visto nunca á un auto ofrecer tantas resistencias para ponerse en marcha. Tal vez sólo se resistió á marchar durante unos segundos, pero nos pareció que vivíamos en este corto espacio horas y horas de angustia, bajo el diluvio de obuses.

Empezaba á anochecer. De pronto cayó una lluvia torrencial. El vehículo patinó, oscilando de un borde del camino al otro, lo mismo que un escocés que vuelve á su casa después del banquete anual celebrando el aniversario de su poeta popular, Bobbie Burns. Varias veces estuvimos próximos á caer en un foso. Había barro hasta las rodillas. Como el camino de Malinas estaba en poder de los alemanes, tuvimos que marchar por en medio de los campos desiertos, franqueando un mar de tinieblas, cortando una noche color de tinta, sin el auxilio de los faroles. Éstos nos hubiesen denunciado á los proyectiles enemigos. Mucho después de haber sonado la media noche, transidos de frío, de humedad y de hambre, pudimos gritar el santo y seña á uno de los centinelas belgas que guardaban las cercas de alambre con púas en torno de Amberes, y logramos penetrar en la ciudad.

Fué una jornada de grandes emociones para todos los que asistieron á ella, saliendo indemnes. En algunos momentos llegué á persuadirme de que ya no vería más la estatua de la Libertad que recibe en Nueva York al americano cuando vuelve de Europa.»



FURGONES ALEMANES EN LA PLAZA MAYOR DE MALINAS

X

El cardenal Mercier.—Los alemanes y el catolicismo

Bélgica tuvo, como ya dijimos, un héroe religioso: el cardenal Mercier, arzobispo de Malinas. Antes de la guerra era conocido como filósofo y apreciado en los círculos intelectuales del catolicismo alemán. Había hecho numerosas publicaciones doctrinales y además era célebre como organizador. La Universidad de Lovaina figuraba como su mejor obra. El catolicismo de toda Europa reconocía sus méritos, pero nadie podía imaginarse que este prelado de gustos tranquilos, que vivía pacíficamente entregado al estudio, fuese un hombre enérgico en el más alto sentido, un carácter indomable.

Ocurrió la invasión. El filósofo de Malinas dejó su vida tranquila de satisfacciones y honores, para ser «el padre de su pueblo, el justiciero, el doctor en sufrimientos y el vengador de la Verdad». Ante los crímenes cometidos por los alemanes, el cardenal Mercier elevó su indignada protesta, con una resonancia mundial. Los alemanes intentaron comprar su silencio con toda clase de halagos. ¡Trabajo inútil! Luego quisieron intimidarle con grandes amenazas, pero este sacerdote culto, recordando los primitivos héroes del cristianismo, se mostró dispuesto al sacrificio antes que traicionar á la verdad.

La fama de Mercier fué semejante á la del burgomaestre Max. Una semana antes de la invasión, su nombre sólo era conocido en los altos círculos del catolicismo. Una semana después, era popular en ambos hemisferios. Su actitud de grave firmeza y en extremo clarividente, no pudo ser desarmada ni abatida por el invasor. Contaba éste con millones de bayonetas, con miles de cañones, con el apoyo de una disciplina ciega; pero á pesar de su poderío, no pudo hacer enmudecer al aislado sacerdote, sin más apoyo que la simpatía moral y la gratitud de las muchedumbres, aterradas y martirizadas. Pocas veces se ha visto un triunfo tan absoluto del espíritu sobre la fuerza.

Cuando á la muerte del papa Pío X se reunió en Roma el Cónclave de que hablaremos más adelante, el cardenal Mercier fué el héroe del catolicismo. Todas las simpatías convergieron en él. Si el jefe supremo de la religión católica hubiese sido elegido como en los primeros tiempos del cristianismo por el sufragio directo de los fieles, es indiscutible que la tiara habría ido á posarse en las sienes del prelado belga. Sus compañeros de Cónclave tuvieron con él grandes deferencias. En el primer escrutinio muchos cardenales votaron por Mercier, atestiguando con esta designación el respeto que les inspiraba su persona y su país.

Mercier supo representar á su patria con una impresionante dignidad. Algunos prelados romanos le preguntaron con excepticismo «qué es lo que los belgas podían ganar en la loca aventura», y el cardenal les contestó con un laconismo que equivalía á un golpe mortal:

—Hemos ganado el mantener intacto nuestro honor.

EL CARDENAL MERCIER

Al regresar de Roma, fué objeto de grandes honores en París y en Londres.

—Nunca en mi vida—dijo el Cardenal—me he sentido tan orgulloso de ser belga como al detenerme en las estaciones de Francia é Inglaterra. En todas partes me ha saludado el entusiasmo del pueblo, viendo en mí, tal vez inmerecidamente, una representación de nuestro país.

Pero el sacerdote huyó pronto de estos homenajes. Le faltaba el tiempo para volver al lado de los suyos, compartiendo todas las miserias y tristezas del pueblo belga. Conocía el odio que inspiraba á las autoridades alemanas, y fué á su encuentro, para vivir en Malinas, la ciudad bombardeada y arruinada, levantando una vez más su voz vengadora contra los estragos de la invasión.

El gran acto de Mercier fué en la Navidad de 1914. El prelado, en una carta pastoral dirigida á sus feligreses, que obtuvo gran resonancia en el mundo entero, hizo el resumen de todos los atropellos realizados durante seis meses por los alemanes.

Es más; recordó á los belgas que eran una nación, y que aunque por el momento la fuerza pareciese triunfar sobre el derecho, no debían sentir duda alguna por el triunfo final de la justicia.



EL ARZOBISPO DE MALINAS, CARDENAL MERCIER, EN UNA PROCESIÓN (Fot. Meurisse)



IGLESIA DE TERMONDE BOMBARDEADA

El Primado de la Iglesia belga afirmó la existentencia inmortal de Bélgica frente á las autoridades alemanas, que estaban trabajando por su germanización á viva fuerza. La carta de Mercier se leyó en los púlpitos de las iglesias todos los domingos, por orden del Cardenal. El gobierno alemán consideró este documento como una proclama revolucionaria, impidiendo su lectura y enviando fuertes piquetes con bayoneta calada para que invadiesen las iglesias durante la misa. Halagos, amenazas, coacciones, todo lo empleó para que el Cardenal retirase ó rectificase su documento patriótico y amenazador. Pero Mercier se mantuvo firme, con una pasividad sonriente, desbaratando con suaves pero incontestables objeciones todas las argucias con que pretendían envolverle los enemigos.

Para hacer flaquear su firmeza, los alemanes convirtieron en cárcel el palacio episcopal, teniendo arrestado á Mercier durante muchos días, hasta que la protesta del mundo entero les obligó á cambiar de actitud y á mentir, afirmando que nada habían intentado contra el heroico sacerdote.

El arzobispo de Malinas, que los alemanes quisieran ver lejos de su diócesis, sigue aferrado á su palacio ruinoso, ejerciendo el apostolado á costa de sacrificios y privaciones en un país que sufre toda clase de calamidades. Gracias á él, la fuerza se ve obligada á hipócritas fingimientos, y no puede hablar con su habitual insolencia. Gracias á él, la conciencia del mundo puede enterarse, de vez en cuando, de los crímenes de la invasión, pues su voz robusta no tiembla ni balbucea. Como dice un autor católico, «el incensario, que las más de las veces sólo se orienta hacia el poderoso, envuelve esta vez al débil con sus perfumes, manejado por la mano generosa de este sacerdote».

□

He aquí los extractos más importantes de la pastoral que el cardenal Mercier, arzobispo de Malinas, dirigió á sus fieles en Diciembre de 1914, y que provocó las furias de Alemania:

«Yo tal vez mejor que nadie conozco lo que ha sufrido nuestro pobre país. Espero que ningún belga dudará de la resonancia que han despertado en mi alma de ciudadano y de obispo todos estos dolores. Los últimos cuatro meses me parece que han durado un siglo.

Por millares han sido segadas las existencias de nuestros bravos compatriotas; las esposas y las madres lloran á los ausentes, que ya no verán más; los hogares quedan vacíos; la miseria se extiende y la angustia oprime todos los pechos. En Malinas y en Amberes yo he visto á la población de estas dos grandes ciudades, la una durante seis horas y la otra durante treinta y cuatro, vivir bajo un bombardeo continuo, sufriendo las angustias de la muerte. Yo he recorrido las regiones más devastadas de mi diócesis: Duffel, Lierre, Berlaer, Saint-Rombaut, Konings-Hoyckt, Mortsel, Waelhem, Muysen, Wavre-Sainte-Catherine, Wavre-Notre-Dame, Sempst, Weerde, Eppeghem, Hofstade, Elewyt, Rymenam, Boortmeerbeek, Wespelaer, Haecht, Werchter-Wackerzeel, Rotselaer, Tremeloo; Lovaina y las aglomeraciones suburbanas Blauwput, Kessel-Loo, Boven-Loo, Linden, Hérent, Thildonck, Bueken, Relst, Aerschot, Wesemael, Hersselt, Diest, Schaffen, Molenstede, Rillaer, Gelrode, y todo lo que yo he visto de ruinas y cenizas sobrepasa á cuanto me había podido imaginar, no obstante mis sospechas. Ciertas partes de mi diócesis que no he podido ver aún han sufrido iguales devastaciones. Iglesias, escuelas, asilos, hospitales, conventos, están arruinados en número considerable. Pueblos enteros han desaparecido casi por completo. En Werchter-Wackerzeel, por ejemplo, de 380 casas sólo quedan 130; en Tremeloo, las dos terceras partes de la población han sido arrasadas; en Bue-



TERMONDE DESPUÉS DEL BOMBARDEO

(Fots. Rol)

ken, de 100 casas sólo quedan 20; en Schaffen, de una aglomeración de 200 viviendas, 189 han desaparecido y sólo quedan 11. En Lovaina, la tercera parte de la extensión edificada ha sido destruída. 1.074 edificios han desaparecido. En los pueblos de las inmediaciones, 1.828 casas están incendiadas.



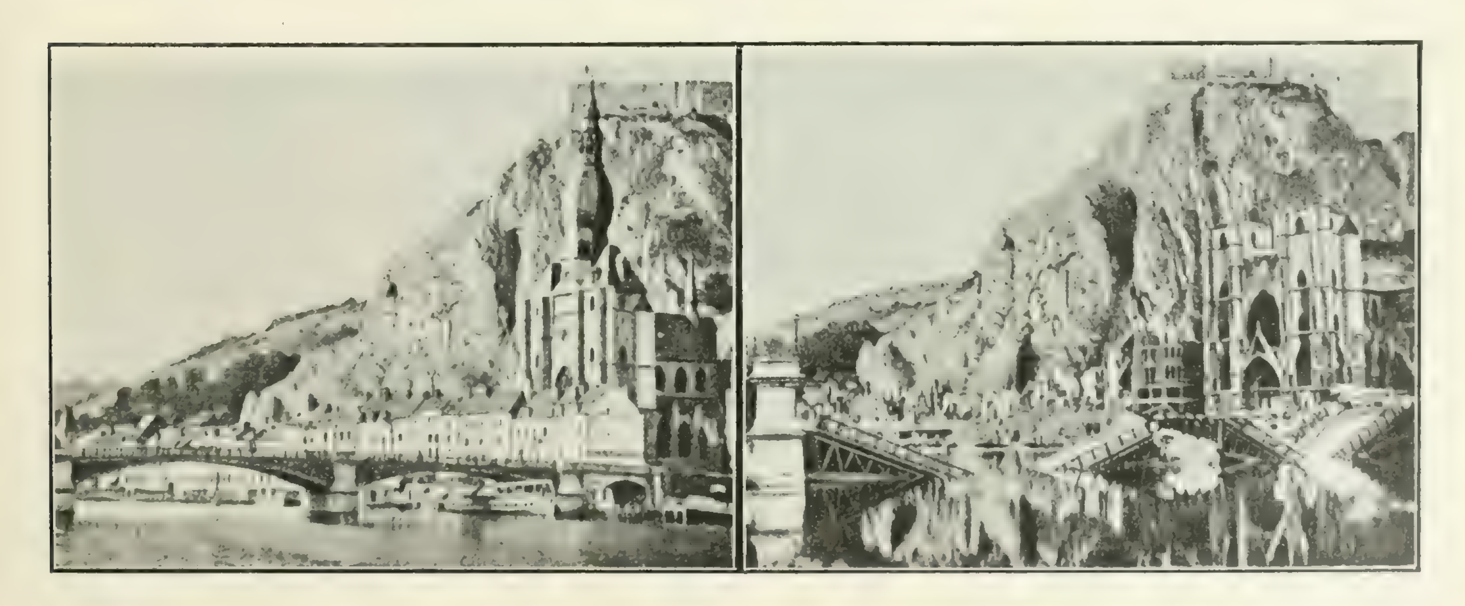
INTERIOR DE UN CONVENTO DE TERMONDE INCENDIADO

En esta querida ciudad de Lovaina, de la que no puedo apartar mis recuerdos, la soberbia Colegiata de San Pedro no recobrará nunca su pasado esplendor. El antiguo Colegio de San Ives, la Escuela de Bellas Artes de la ciudad, la Escuela Comercial y Consular de la Universidad, las Halles seculares, nuestra rica biblioteca con sus colecciones, sus incunables, sus manuscritos inéditos y sus archivos; la galería de sus glorias desde los primeros días de su fundación: retratos de rectores, de cancilleres, de catedráticos ilustres, ante los cuales los maestros y los discípulos del presente se impregnaban de nobleza tradicional y se animaban para el trabajo, toda esta acumulación de riquezas intelectuales históricas y artísticas, fruto de cinco siglos, todo ha desaparecido.

Numerosas parroquias han sido privadas de su pastor. Oigo aún el acento doloroso de un viejo al que pregunté si había oído la misa el domingo en su iglesia medio destruída: «Hace dos meses—me respondió—que no hemos visto á ningún sacerdote.» El cura y el vicario estaban presos en un campo de concentración, en Munsterlagen, cerca de Hanover.

Millares y millares de ciudadanos belgas han sido deportados del mismo modo á las prisiones de Alemania en Munsterlagen, Celle y Makdeburgo. Sólo Munsterlagen tiene más de 3.100 prisioneros civiles. La Historia dirá algún día las torturas físicas y morales de su largo calvario.

Centenares de inocentes han sido fusilados. No poseo aún por completo esta siniestra necrología, pero sé hasta ahora que 91 hombres fueron fusilados en Aerschot, y que bajo la amenaza de muerte sus conciudadanos se vieron obligados á abrir las fosas para sepultarlos. En Lovaina y los pueblos limítro-



LA IGLESIA DE DINANT ANTES DEL BOMBARDEO

DESPUÉS DEL BOMBARDEO

fes, 176 personas, hombres y mujeres, viejos y niños de pecho, ricos y pobres, válidos y enfermos, fueron fusilados ó quemados vivos.

En mi diócesis solamente, sé que 13 sacerdotes ó religiosos fueron fusilados (1). Uno de ellos, el cura de Gelrode, cayó, según parece, como un mártir. He hecho una peregrinación á su tumba, y rodeado de sus feligreses, á los que adoctrinaba él con el celo de un apóstol, he pedido á este justo que desde lo alto del cielo guarde su parroquia, la diócesis y la patria.

No podemos contar nuestros muertos ni medir la extensión de nuestras ruinas. ¿Qué será, si saliendo de nuestra diócesis, examinamos lo ocurrido en Lieja, en Namur, en Andenne, en Dinant, en Tamines, en Charleroi, en Virton y Semois, en el Luxemburgo, ó en Termonde y Dismude, en nuestras dos Flandes? (2).

Y allí donde las vidas han quedado á salvo y los edificios materiales intactos, ¡qué de sufrimientos ocultos! Las familias que vivían ayer en la abundancia, se ven ahora en la miseria; el comercio está paralizado; la actividad de los oficios suspendida; la industria en huelga forzosa; millares y millares de obreros sin trabajo; las obreras, las empleadas de almacén, las humildes sirvientes, se encuentran privadas de los medios para ganar su vida. Las pobres almas se revuelven febriles en su lecho de dolor, y nos preguntan cuándo terminará esto.

Nosotros no podemos responder. Es el secreto de Dios.

. . . .

Desde el principio de las operaciones de la guerra, las autoridades civiles del país recomendaron con insistencia á los particulares el abstenerse de actos de hostilidad contra el ejército enemigo. Estas recomendaciones están en vigor.

Nuestro ejército es el único que en unión de los valerosos batallones de nuestros aliados, debe disfrutar el honor y la carga de la defensa nacional. Sepamos esperar de él la liberación definitiva.

En lo que se refiere á las personas que dominan por la fuerza militar á nuestro país—y que en el fondo de sus conciencias no pueden menos que admirar la energía caballeresca con la que hemos defendido y defende-

Le Collège des Proviseurs de Saint-Julien-des-Belges a l'honneur de vous inviter au service religieux qu'il fera célébrer le Vendredi 22 Janvier, à 11 heures, pour le repos de l'âme des Prêtres et Religieux, mis à mort par les troupes allemandes au cours de l'invasion de la Belgique.

Vous en trouverez ci-contre une première liste.

*A cause de l'exiguïté de l'Église Nationale, le service religieux aura lieu dans l'*ÉGLISE DES STIGMATES, *à l'angle de la Via dei Cestari et du Corso Vittorio Emanuele.*

LE PRÉSIDENT
BARON D'ERP, Ministre de Belgique près le Saint-Siège

LE SECRÉTAIRE
C. DE T'SERCLAES Président du Collège Belge

M VAES, Recteur de Saint-Julien-des-Belges
OSCAR BOLLE.
G. KURTH, Directeur de l Institut historique Belge
A. POTTIER, Chanoine de Sainte-Marie-Majeure

DIOCÈSE DE LIÈGE.

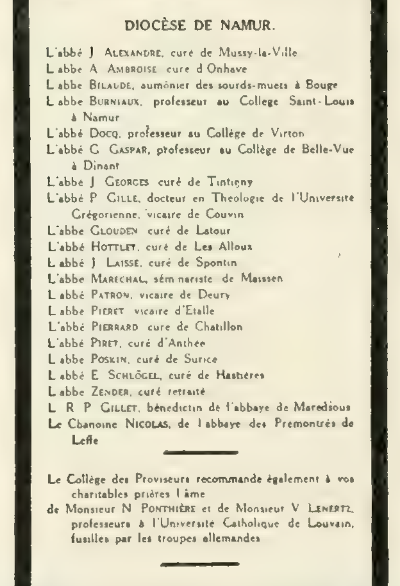
L'abbé O CHABOT curé de Forêt.,
L'abbé J DOSSOGNE, cure de Hockay,
L'abbé F JANSSEN curé de Heure-le-Romain
L abbé R LABEYE, curé de Blegny.
L abbé B RENSONNET, vicaire d'Olne
L'abbé E TIELEN, curé de Haccourt.

DIOCÈSE DE MALINES.

L'abbé R. CARETTE, professeur au Collège Saint-Pierre à Louvain
L'abbé H DE CLERK, curé de Bueken, près de Louvain
L'abbé P DERGENT, curé de Gelrode.
L abbé J. GORIS, cure de Autgarden.
L abbé E LOMBAERTS, curé de Bovenloo, près de Louvain
L'abbé VAN BLADEL, cure de Hérent, près de Louvain
Le R P DUPIERREUX, jésuite de Louvain
Le R P VINCENT SOMBROEK, conventuel, de Louvain
Le R P VAN HOLMEN, capucin, de Louvain
Le R Chanoine-Prémontré J WOUTERS, curé de Pont-Brulé
Le Frère ALLARD (dans le monde F Forger), religieux joséphite de Louvain.
Le Frère SÉBASTIEN (dans le monde Mr Straatman), religieux joséphite de Louvain
Le Frère CANDIDE (dans le monde Mr Pivet), des Frères de la Miséricorde de Blauwput, près de Louvain

DIOCÈSE DE TOURNAI

L'abbé E DRUET, curé d'Acoz
L'abbé J POLLART, curé de Rosehes



DIOCÈSE DE NAMUR.

L'abbé J ALEXANDRE, curé de Mussy-la-Ville
L abbe A AMBROISE cure d Onhave
L abbe BILAUDE, aumônier des sourds-muets à Bouge
L abbe BURNIAUX, professeur au College Saint-Louis à Namur
L'abbé DOCQ, professeur au Collège de Virton
L'abbé G GASPAR, professeur au Collège de Belle-Vue à Dinant
L'abbé J GEORGES curé de Tintigny
L'abbé P GILLE, docteur en Theologie de l'Universite Grégorienne, vicaire de Couvin
L'abbe GLOUDEN curé de Latour
L'abbé HOTTLET, curé de Les Alloux
L abbé J LAISSE, curé de Spontin
L'abbe MARECHAL, séminariste de Maissen
L abbé PATRON, vicaire de Deury
L abbe PIERET vicaire d'Etalle
L'abbé PIERRARD cure de Chatillon
L'abbé PIRET, curé d'Anthée
L abbe POSKIN, curé de Surice
L abbé E SCHLÖGEL, curé de Hastières
L abbe ZENDER, curé retraité
L R P GILLET, bénedictin de l'abbaye de Maredsous
Le Chanoine NICOLAS, de l abbaye des Prémontrés de Leffe

Le Collège des Proviseurs recommande également à vos charitables prières l âme de Monsieur N PONTHIÈRE et de Monsieur V LENERTZ, professeurs à l'Université Catholique de Louvain, fusillés par les troupes allemandes

Facsímil de una invitación á los funerales celebrados en Roma el 22 de Enero de 1915, por el eterno descanso de los curas y religiosos asesinados por los alemanes en Bélgica. En las dos páginas interiores de la invitación, figura una primera lista de víctimas, compuesta de cuarenta y cuatro muertos.

(1) Sus compañeros en religión ó en el sacerdocio querrán conocer sus nombres. Helos aquí: Duperrieux, de la Compañía de Jesús; los hermanos Sebastián y Allard, de la Congregación de Jo efitas; el hermano Cándido, de la Congregación de la Misericordia; el Padre Máximo, capuchino, y el Padre Vincent, conventual; Lombaerts, cura de Boven-Loo; Goris, cura de Autgaerden; el abate Carette, profesor del colegio episcopal de Lovaina; de Clerck, cura de Bueken; Dergent, cura de Gelrode; Wouters (Juan), cura de Héreot; Mr. Van Bladel, venerable anciano de 71 años, fué también muerto, pero su cadáver aún no ha sido encontrado á estas horas. *(Nota del Cardenal Mercier.)*

(2) He dicho que hubo trece eclesiásticos fusilados en la diócesis de Malinas. Según mis informes, más de 30 han sido fusilados en las diócesis de Namur, Tournai y Lieja: Schlögel, cura d'Hastière; Gille, cura de Couvin; Pieret, vicario de Étalle; Alexandre, cura de Mussy-la-Ville; Maréchal, seminarista de Maissin; el R. P. Gillet, benedictino de Maredsous; el R. P. Nicolás, Premonstense de la abadía de Leffe; dos hermanos de la misma abadía; un hermano de la Congregación des Oblats; Poskin, cura de Surice; Hotlet, cura des Alloux; Georges, cura de Tintigny; Glouden, cura de Latour; Zenden, cura retirado en Latour; el abate Jacques; Druet, cura d'Acoz; Pollart, cura de Roselies; Labeye, cura de Blegny-Trembleur; Thielen, cura de Haccourt; Janssen, cura d'Heure-le-Romain; Chabot, cura de Forêt; Dossogne, cura de Hockai; Rensonnet, vicario d'Olne; Bilande, confesor de sordo-mudos en Bouge; el abate Docq, etc. *(Nota del Cardenal Mercier.)*

LA CATEDRAL DE MALINAS BOMBARDEADA (Fot Rol)

mos nuestra independencia—, tengamos con ellas los miramientos que aconseja el interés general. Muchas de éstas afirman que quieren actualmente, en la medida que les sea posible, atenuar nuestras desgracias y ayudar al restablecimiento de un mínimum de vida pública regular. Respetemos los reglamentos que nos impongan, siempre que no atenten contra la libertad de nuestras conciencias cristianas ó contra nuestra dignidad patriótica. No hagamos consistir el valor en la bravata, ni confundamos la bravura con la agitación.

Vosotros, particularmente, queridos compañeros en el sacerdocio, sed á la vez los mejores guardianes del patriotismo y los sostenes del orden público.

Sobre los campos de batalla habéis sido magníficos. El rey y el ejército admiran la intrepidez de nuestros sacerdotes militares en presencia de la muerte, y la caridad del personal de las ambulancias y de los camilleros. Vuestros obispos se sienten orgullosos de vosotros.



DESTROZOS CAUSADOS EN UNA VIDRIERA DE LA CATEDRAL DE MALINAS

Habéis sufrido mucho. Habéis sido duramente calumniados. Tened paciencia. La Historia os vengará. Yo aporto mi testimonio en favor vuestro. Allí donde he podido, he interrogado á las poblaciones y al clero, especialmente á un número considerable de sacerdotes que habían sido deportados á las prisiones de Alemania, y que un sentimiento humanitario, que yo me complazco en reconocer, puso luego en libertad. Pues bien, yo afirmo por mi honor y estoy dispuesto á declararlo bajo juramento, que no he encontrado hasta el presente un solo eclesiástico, secular ó regular, que haya excitado á la población civil á servir-

se de las armas contra el enemigo. Todos, al contrario, han obedecido fielmente las instrucciones episcopales que recibieron á principios de Agosto, y que les prescribían emplear su influencia moral sobre nuestras poblaciones, para aconsejarles la calma y el respeto de los reglamentos militares.»

▫

La pastoral del cardenal Mercier no sólo resultó terrible para los alemanes por las acusaciones incontestables que contenía contra la barbarie germánica. Fué al mismo tiempo un llamamiento patriótico que reunió á los belgas dispersos, recordándoles que aun existía la patria, y seguiría existiendo por encima de la avalancha de desgracias. En el preámbulo de su valeroso documento, como resumen de los consejos que dirigía al pueblo belga, escribió estas dos palabras: PATRIOTISMO Y TENACIDAD.

«Cuando á mi regreso de Roma —dice el Cardenal— fuí á saludar á nuestros heridos belgas, franceses ó ingleses, cuando más tarde en Malinas, Lovaina y Amberes pude estrechar la mano de nuestros valientes que llevaban en sus tejidos una bala ó una herida en la frente por haber marchado al asalto del enemigo ó sostenido el choque de sus ataques, venían espontáneamente á mis labios palabras de gratitud y emoción: «Mis valerosos amigos—les decía yo—, es por todos vosotros y por mí que habéis expuesto vuestra vida y sufrís ahora. Necesito expresaros mi respeto, mi gratitud, y hacer constar que el país entero sabe lo mucho que os debe.»

Nuestros soldados son, efectivamente, nuestros salvadores.

Por primera vez, en Lieja han salvado á Francia. Por segunda vez, en Flandes han detenido la marcha del enemigo hacia Calais. Francia é Inglaterra no lo ignoran, y nuestra Bélgica aparece hoy ante sus ojos y los del mundo entero como un pueblo de héroes. Nunca me he sentido tan orgulloso de ser belga como al atravesar París y Londres. Por todas partes pude ver la admiración entusiasta que nuestros aliados sienten por el heroísmo de nuestro ejército. Nuestro rey es venerado por todos, y se halla en lo más alto de la escala moral. Él es, tal vez, el único que lo ignora, mientras que igual al más simple de nuestros soldados, recorre las trincheras y anima con la serenidad de su sonrisa á todos, pidiéndoles que no duden de la patria.

El primer deber de todo ciudadano belga en la hora presente, es la gratitud á nuestro ejército.

Si un hombre os hubiese salvado del naufragio ó del incendio, os juzgaríais ligados á él por una deuda de eterna gratitud.

No es un hombre, son doscientos cincuenta mil hombres, los que se baten, sufren y caen por vosotros, para que seáis libres, para que Bélgica conserve su independencia, su dinastía, su unión patriótica, y que después de las peripecias que se desarrollan en los campos de batalla se levante más noble, más altiva, más pura y más gloriosa que nunca.

LA CASA COMUNAL DE PEROYSE DESPUÉS DEL BOMBARDEO (Fot. Meurisse)

Rogad todos los días, hermanos míos, por estos doscientos cincuenta mil hombres, y por sus jefes que los conducen á la victoria. Rogad por nuestros hermanos de armas, rogad por los que han caído, rogad por los que siguen luchando, rogad por los reclutas que se preparan para los combates de mañana.

En vuestro nombre yo les envío desde aquí el saludo de nuestra fraternal simpatía, y la seguridad de que no sólo rogamos por el éxito de sus armas y por la salud eterna de sus almas, sino que aceptamos en su intención todo lo que hay de penoso, física y moralmente, para nosotros en esta opresión momentánea, todo lo que el porvenir pueda reservarnos de humillaciones temporales, de angustias y de dolores.

El día de la victoria final todos participaremos del honor. Es justo que hoy participemos todos de la pena.

. . . .

Dios salvará á Bélgica, hermanos míos; no dudéis de esto.

Más bien dicho: la ha salvado ya.

Á través de los resplandores del incendio y de los

vapores de la sangre, ¿no entrevéis los testimonios de su amor? ¿Hay un patriota que no sienta que Bélgica se ha engrandecido? ¿Quién de nosotros se atreverá á rasgar la última página de nuestra historia? ¿Quién no contempla con orgullo el resplandor glorioso de nuestra patria martirizada? Entre dolores, ella da á luz el heroísmo. Nuestra madre la Patria, derrama la energía en la sangre de su criatura.

. . . .

Teníamos necesidad de esta lección de patriotismo.

Muchísimos belgas usaban sus fuerzas y derrochaban su tiempo en querellas estériles de clases, razas y pasiones personales.

Pero cuando el 2 de Agosto una potencia extranjera, confiando en su fuerza y olvidando la fe de los tratados, osó amenazar nuestra independencia, todos los belgas, sin distinción de partido, condición ni origen, se levantaron como un solo hombre, apretados en torno de su rey y su gobierno, para decir al invasor: «¡No pasarás!»

De golpe fuimos todos conscientes de nuestro patriotismo. Y es que hay en nosotros un sentimiento más profundo que el interés personal, que los vínculos de la sangre y el impulso de los partidos: la necesidad, y por lo tanto la voluntad, de sacrificarse al interés general; lo que Roma llamó la «cosa pública» *Res publica;* y ese sentimiento es el *Patriotismo.*

La Patria no es una aglomeración de individuos ó de familias habitando el mismo suelo, cambiando relaciones más ó menos estrechas de vecindad ó de negocios, evocando los mismos recuerdos, felices ó penosos. No. La Patria es una asociación de almas al servicio de una organización social, que hay que sostener y defender, aunque sea á costa de la propia sangre, bajo la dirección del hombre ó de los hombres que presiden sus destinos.

Por el hecho de que tienen una misma alma, los compatriotas viven en las tradiciones la misma vida del pasado; por sus comunes aspiraciones y sus comunes esperanzas, prolongan con igual unidad su vida en el porvenir.

El patriotismo, principio interno de unidad y de orden, vínculo orgánico de los miembros de una misma patria, fué considerado por los más selectos pensadores de la Grecia y la Roma antigua como la más alta de las virtudes naturales. Aristóteles, el príncipe de los filósofos paganos, estimaba que el desinterés en el servicio de la ciudad, ó sea del Estado, era el ideal terrestre por excelencia.

La religión de Cristo hace del patriotismo una ley. No hay un perfecto cristiano que no sea un perfecta patriota.

No es verdad que la patria sea una especie de dios Moloch, en cuyo altar todas las vidas puedan ser legítimamente sacrificadas. La brutalidad de las costumbres paganas y el despotismo de los Césares, condujeron á la aberración de que el Estado es omnipotente, y su poder puede crear el Derecho. Esta aberración, el militarismo moderno pretende resucitarla.

No: el Derecho es la Paz, ó sea el orden interior edificado sobre la Justicia.

Por esto la guerra por la guerra resulta un crimen. La guerra sólo se justifica como un medio necesario para asegurar la paz.

. . . .

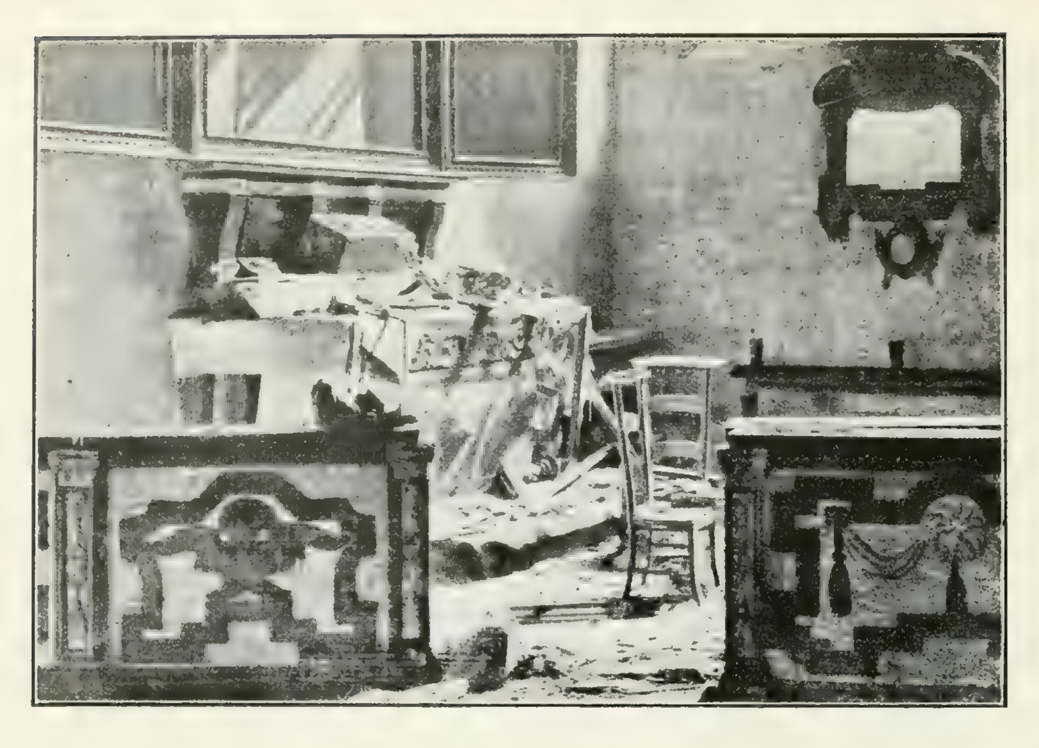
Un oficial de Estado Mayor me preguntó hace algún tiempo si el soldado que muere en el servicio de una causa justa—y la nuestra lo es, evidentemente—puede ser considerado como un mártir.

En la acepción rigurosa y teológica de la palabra, no; el soldado no es un mártir, porque muere con las armas en la mano, mientras que el mártir se entrega sin defensa á las violencias de sus verdugos.

Pero si me preguntáis qué pienso yo de la salud

LA CATEDRAL DE PEROYSE BOMBARDEADA

(Fot. Meurisse)



CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA DE MALINAS BOMBARDEADA POR LOS ALEMANES

No lamentamos nuestro primer impulso: antes bien, nos sentimos orgullosos de él. Al escribir en una hora trágica una página solemne de nuestra historia, hemos querido que fuese sincera y gloriosa.

Y daremos tantas pruebas como sean necesarias de nuestra tenacidad.

El pueblo humilde nos da el ejemplo. Los ciudadanos de todas las clases sociales han prodigado sus hijos á la Patria; pero el pueblo, especialmente, sufre las privaciones, el frío y el hambre. Si juzgo por lo que he podido ver en los barrios populares de Malinas y en las poblaciones más afligidas de mi diócesis, el pueblo muestra una gran energía en medio de sus sufrimientos. Espera el desquite, y no piensa jamás en la abdicación.

La prueba á que nos somete Dios, es un arma de dos filos. Si nos rebelamos contra ella, nos hiere de muerte. Si doblamos la cabeza y la aceptamos, sirve para santificarnos.

Demos tregua á las murmuraciones, hermanos

eterna de un bravo que da conscientemente su vida por defender el honor de su patria y vengar la justicia violada, no vacilaré en responder que, sin duda alguna, Cristo corona el valor militar, y que la muerte, cristianamente aceptada, asegura al soldado la salud de su alma. «Nosotros—dice Nuestro Señor—no tenemos mejor medio de practicar la caridad que dar nuestra vida por aquellos que amamos.»

El soldado que muere por salvar á sus hermanos, por proteger los hogares y los altares de la patria, realiza esta forma superior de la caridad.

Madres cristianas: mostraos orgullosas de vuestros hijos. Tal es la virtud de un acto de caridad perfecta, que él sólo basta para borrar una vida entera de pecado, y de un culpable puede hacer un santo.

Debe ser para nosotros un consuelo cristiano el pensar que todos aquellos que en nuestro ejército, ó en los otros ejércitos, obedecen de buena fe á la disciplina de sus jefes por una causa que consideran justa, pueden beneficiarse de la virtud moral de su sacrificio. ¡Cuántos hay entre esos jóvenes de veinte años, que no tenian indudablemente valor para vivir bien, y arrastrados por el entusiasmo patriótico se sienten con valor ahora para morir bien!...

. . . .

Bélgica estaba obligada por el honor á defender su independencia.

Las potencias firmantes de su tratado de neutralidad se habian obligado á respetar y proteger esta neutralidad. Alemania ha violado su juramento. Inglaterra se ha mantenido fiel á él.

Estos son los hechos.

Los derechos de la conciencia resultan soberanos. Hubiese sido indigno de nosotros el salvarnos detrás de un simulacro de resistencia.



—¡Qué habrían dejado si no dijesen que Dios está con ellos!

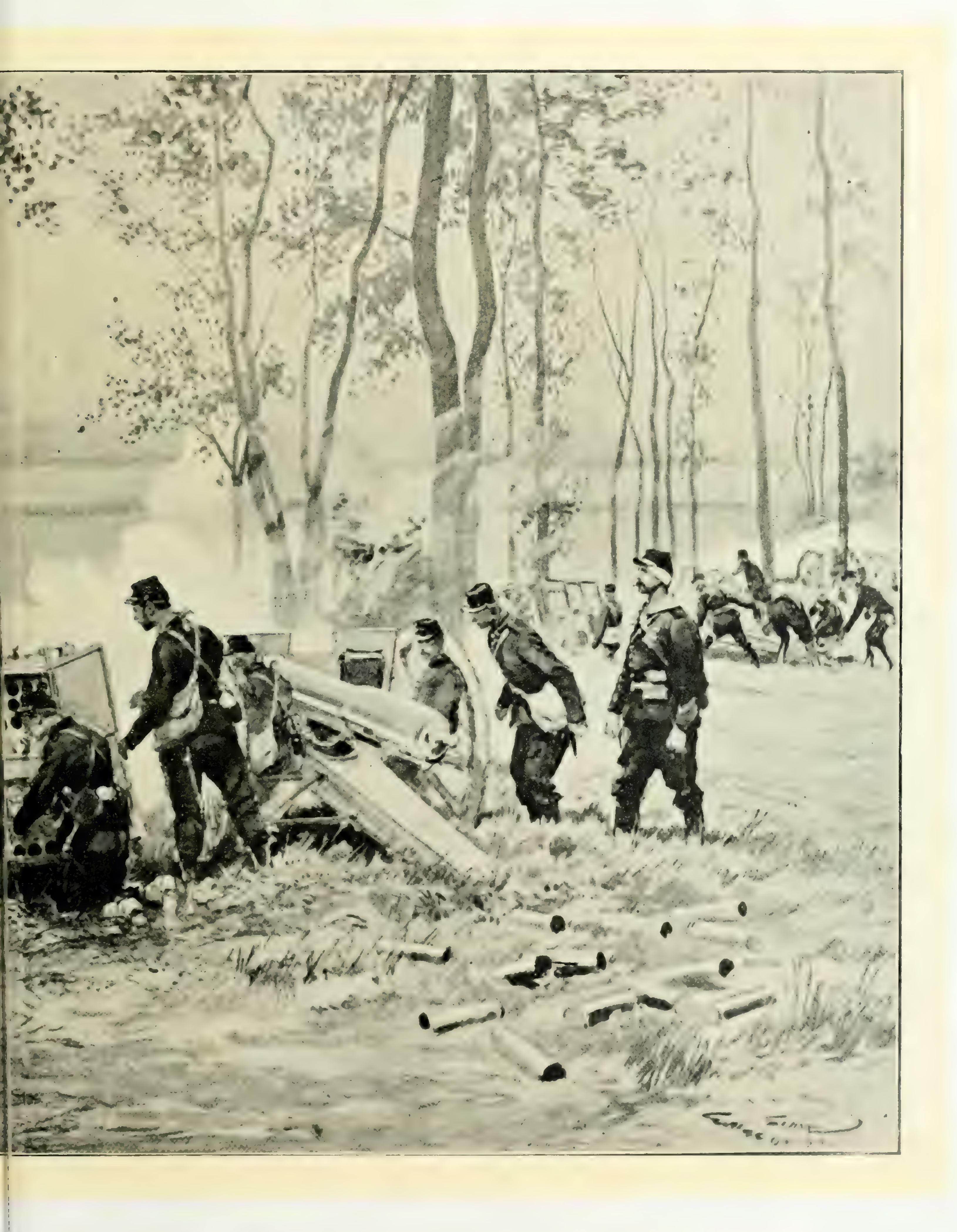
(Le Rire de Paris)





Dibujo de Georges Scott, de la «Illustration» de Paris

Una batería de caño



s 75 haciendo fuego



míos... No es el ejemplo universal y trascendental del Calvario el que yo os invito á contemplar, sino el de los 30.000 ó 40.000 soldados que han derramado su sangre por la Patria. Contemplando el sacrificio de estos bravos, decidme vosotros que estáis privados momentáneamente de vuestro confort habitual, de vuestros periódicos, de vuestras facilidades de viaje y de la comunicación con las familias, ¿qué es lo que habéis sufrido?...

¡Que el patriotismo de nuestro ejército, que el heroísmo de nuestro rey y nuestra reina amada, tan conmovedora en su grandeza de alma, nos sirvan de estímulo y sostén! No nos quejemos. ¡Merezcamos nuestra liberación! Acelerémosla, más por nuestras virtudes que por nuestras plegarias.

Valor, hermanos míos. El sufrimiento pasará. Pero la corona de vida para nuestras almas y la gloria para la nación no pasarán nunca.

. . . .

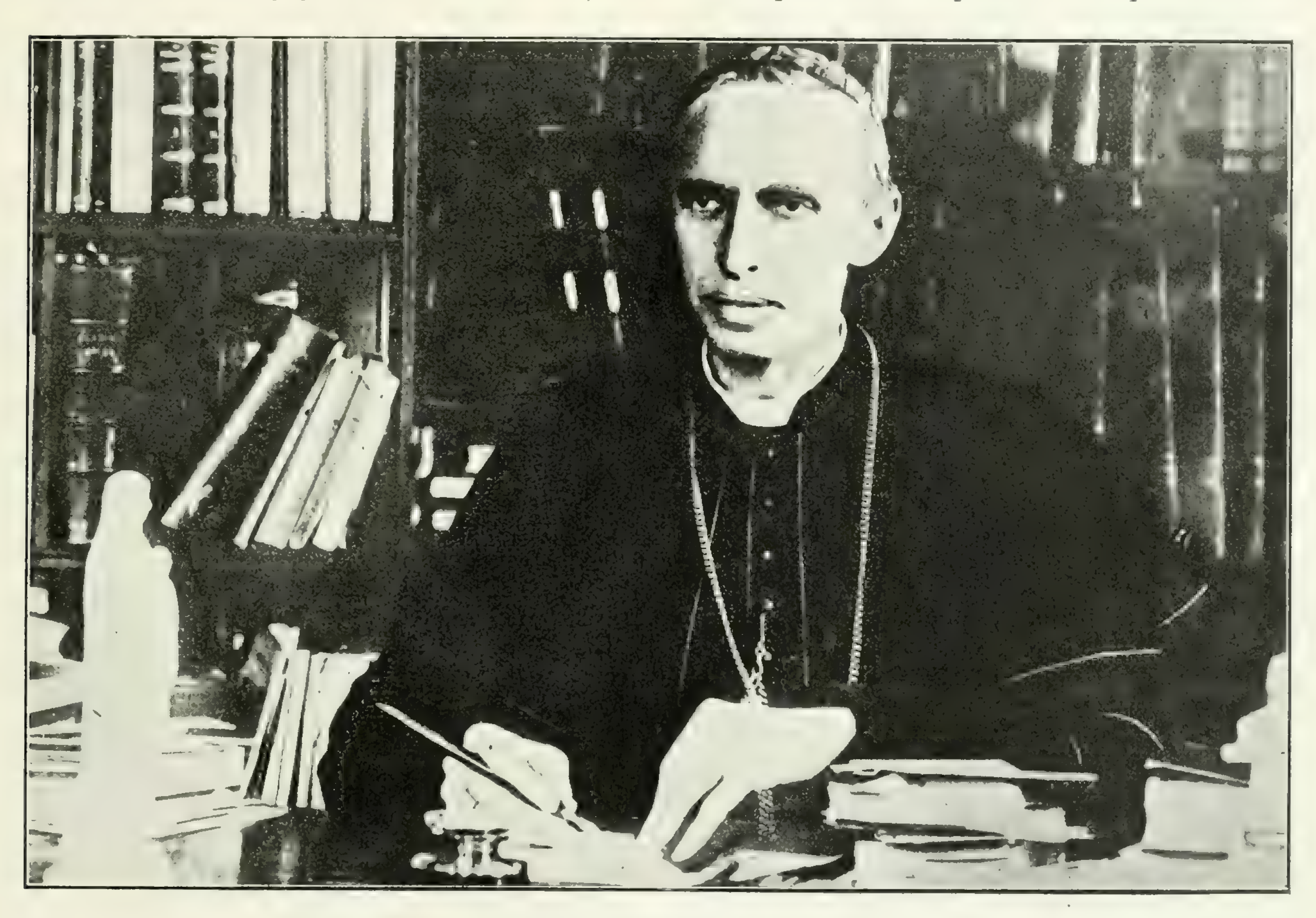
Yo no os pido que renunciéis á ninguna de vuestras esperanzas patrióticas. Al contrario, considero como una obligación de mi cargo pastoral definir vuestros deberes de conciencia ante el Poder que ha invadido nuestro suelo y ocupa la mayor parte.

Ese Poder *no es una autoridad legítima*. Y por esto, en lo íntimo de vuestra alma, no le debéis ni estima, ni adhesión, ni obediencia.

El único Poder legítimo en Bélgica es aquel que pertenece á nuestro rey, á su gobierno y á los representantes de la nación. Él sólo representa para nosotros la autoridad. Él sólo tiene derecho al afecto de nuestros corazones y á nuestra sumisión.

Por esto los actos de la administración pública del ocupante son sin valor para nosotros; pero la autoridad legítima ratifica aquellos que están justificados por el interés general, y de esta ratificación depende todo su valor jurídico.

Las provincias ocupadas no son provincias conquistadas. Del mismo modo que la Galitzia no es una provincia rusa, Bélgica no es una provincia alemana.



EL CARDENAL MERCIER EN SU BIBLIOTECA (Fot. Rol)

. . . .

† D. J. CARDENAL MERCIER, ARZOBISPO DE MALINAS»

▫

Para apreciar el heroísmo de las afirmaciones de Mercier hay que tener en cuenta que el Cardenal vivía en Malinas sometido á la autoridad alemana. Ésta, en su primera indignación, intentó tratar al príncipe de la Iglesia lo mismo que á un burgomaestre de aldea, enviándole varios oficiales, que quisieron intimidarle con su tono amenazador. Pero el Cardenal acabó por intimidarlos á ellos moralmente con su firme sonrisa y la lógica de sus palabras.



El cardenal Mercier.—Espero que en el Paraíso no encontraré ángeles guardianes de esta especie.

(*Successo*, de Génova)

El prelado quedó preso en su palacio durante muchos días, con centinelas armados.

Al enterarse el rey Alberto de lo que ocurría en Malinas, envió el siguiente telegrama al papa Benedicto XV:

«El arresto de un príncipe de la Iglesia, miembro del Sacro Colegio, que respetando la situación de hecho creada por el ocupante enemigo, no ha podido guardar silencio ante los crueles sufrimientos impuestos á sus fieles y ante el tratamiento inicuo infligido á tantos sacerdotes de mi país, debe afectar dolorosamente el corazón de Su Santidad.

Yo manifiesto al jefe venerado de la Iglesia católica mi admiración por la conducta del cardenal Mercier que, siguiendo el ejemplo de los gloriosos prelados del pasado, no ha temido proclamar la verdad frente al error y afirmar los imprescriptibles derechos de una causa justa ante la conciencia universal.

Alberto.»

La noticia del arresto conmovió á todas las naciones. El Papa tuvo que intervenir, reclamando al gobierno de Berlín la libertad de Mercier, y ordenando una averiguación á su Nuncio en Bélgica.

Las autoridades alemanas apelaron á su procedimiento habitual de la mentira y el sofisma, para excusarse. Según ellas, Mercier no había estado prisionero nunca en su palacio. Los alemanes se habían limitado á «aislarlo».

El mismo sistema emplearon para desvirtuar las afirmaciones del valeroso arzobispo. Les dolía este testimonio respetable que había denunciado las atrocidades de la invasión belga ante el mundo entero. El Cardenal no podía ser desmentido por los generales alemanes. Era una gran figura del catolicismo. Su nombre había figurado en la elección papal. El nuevo pontífice Benedicto XV le había enviado una carta pública, asociándose á sus aflicciones, y protestaba al verle prisionero.

Para tranquilizar la conciencia de los católicos de Alemania, las autoridades de la invasión hicieron circular la falsedad de que el Cardenal había retirado muchas de sus afirmaciones y rectificado otras.

Mercier, que seguía «aislado» en su palacio bajo la vigilancia de los enemigos, tuvo, sin embargo, ocasión para ponerse en contacto con el mundo exterior, diciendo así á un periodista holandés:

—Todos los esfuerzos posibles se han hecho para obligarme á realizar algunas modificaciones en mi carta-pastoral. No he querido hacer ninguna. En cuanto á mis instrucciones no he retirado nada de ellas, ni por escrito ni verbalmente.

Dichas instrucciones eran las que había dirigido á los curas, para que leyesen la pastoral en los templos. La autoridad alemana se opuso á esta lectura, amenazando con los mayores castigos á los sacerdotes que la realizasen. El Cardenal, por su parte, insistió en la orden, y los valerosos curas belgas le obedecieron,



Los lobos.—¿Cómo te atreves á excitar á tus ovejas contra nosotros?

(*Telegraaf*, de Amsterdán)

arrostrando la persecución. En muchos templos la lectura de la carta fué acogida con patrióticos aplausos.

El general Von Bissing, gobernador de Bélgica, apelando á la mentira, envió una circular á los curas, diciendo que el Cardenal había aprobado que se suspendiese la lectura de su documento. «En consecuencia—decía Von Bissing—, renuevo mi prohibición de leer y propagar la carta-pastoral, y llamo la atención del clero sobre el hecho de que si los sacerdotes infringen esta orden, desobedecerán las intenciones del Cardenal, que éste me ha confirmado por escrito.»

La mentira del gobernador alemán era manifiesta, pues al mismo tiempo el cardenal Mercier, á pesar de su «aislamiento», hacía llegar á los principales curas las siguientes líneas:

«Ni verbalmente, ni por escrito, he revocado nada ni revocaré de mis primeras instrucciones.

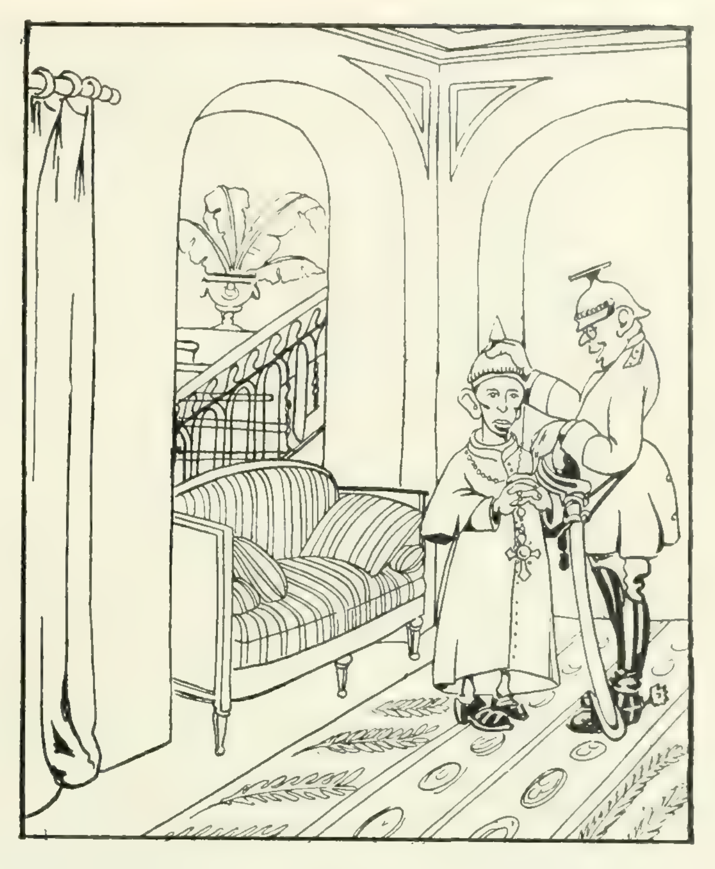
»Protesto contra la violencia que he sufrido en mis funciones pastorales.

»Han hecho todo lo que han podido para obtener que firmase una modificación de mi carta, pero yo no he firmado nada.

»En vista de esto intentan separarme de mi clero, prohibiéndole que lea mi carta. Yo he cumplido mi deber. Mi clero dirá si debe cumplir el suyo.»

La pastoral siguió leyéndose en muchas iglesias, como un documento patriótico y vengador.

El barón Von Bissing, deseoso de dar fin á este incidente que preocupaba mucho al kaiser, se puso en relación directa con el Cardenal, enviándole un alto emisario para que lo visitase en su «aislamiento» de Malinas. El gobernador había recibido orden de Berlín para redactar una «Nota conciliadora», que al ser firmada por el Cardenal se esparciría luego por la prensa de ambos mundos. Esta Nota serviría además para tranquilizar la conciencia de los católicos alemanes, algo inquietos al ver cómo su gobierno trataba á uno de los más célebres representantes del catolicismo.



El gobernador alemán.—Eminencia, para que estéis de acuerdo con nuestro viejo Dios, aquí tenéis vuestro nuevo sombrero.

(Pasquino, de Roma)

La Nota, hábilmente escrita en términos cautelosos y vagos, fué presentada al Primado de Bélgica por el general delegado del barón Von Bissing.

El Cardenal leyó la Nota con atención, y dijo luego:

—Me parece muy bien.

Amplia sonrisa del general teutón.

—Quisiera solamente—continuó el Cardenal—cambiar una palabra; una palabra nada más, general.

—Acordado, Eminencia... ¿Qué palabra?

—Quisiera reemplazar solamente la expresión «*cosas* hirientes para los sentimientos alemanes», por la expresión mucho más exacta de «*verdades* hirientes para los sentimientos alemanes». Con esta simple modificación estoy dispuesto á firmar. Pero os advierto que sin ella, no; pues hago de esta modificación insignificante—¡una palabra nada más!—la condición inevitable para que yo acepte vuestra ingeniosa Nota.

«Y mientras que el general—dice un



Cardenal.—¡Hay que dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César!
El alemán.—Aquí no hay más César ni más Dios que yo.

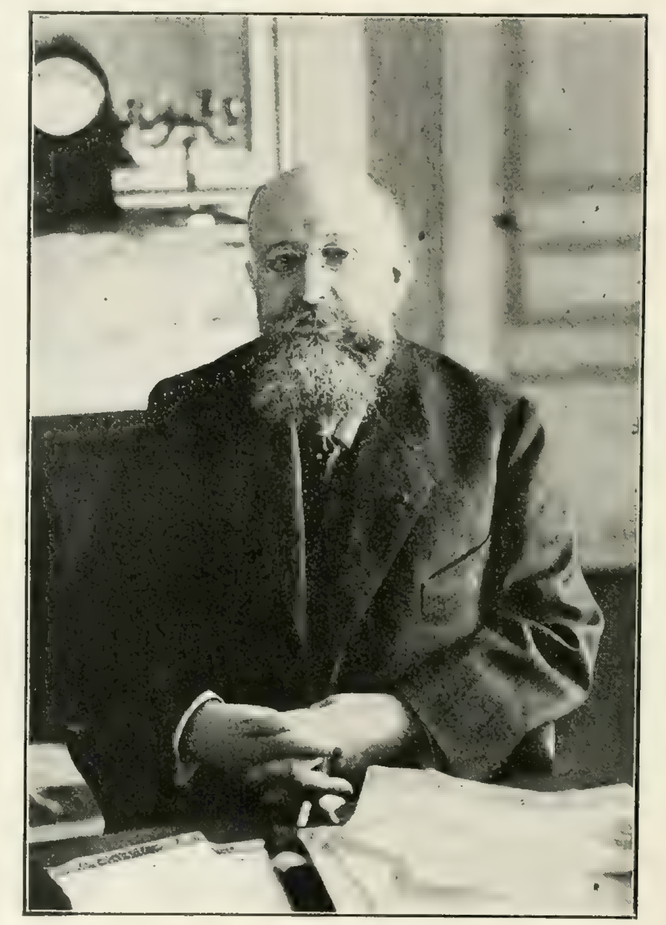
(Dibujo de Ricardo Marín, en *Nuevo Mundo*)

testigo de la entrevista—se ponía verde al contener su rabia, el arzobispo le saludó con su sonrisa irónica y espiritual que todos sus íntimos conocen.

»Inútil es decir que el general no insistió, y la Nota quedó sin firmar.»

Henry Davignon, ministro belga de Negocios Extranjeros, al ocuparse de «Los procedimientos de los alemanes en Bélgica», dedicó una atención especial al ensañamiento con que los soldados invasores trataron á la religión católica y sus ministros.

«El encarnizamiento de los soldados alemanes contra los sacerdotes—dice Davignon—resulta indiscutible. No se sabrá nunca, ó más bien dicho, nadie osará imprimir nunca, las ignominias de que han sido objeto los curas de los pueblos. La calumnia de que los sacerdotes eran los organizadores de la resistencia patriótica, fué difundida entre los soldados alemanes, lo mismo que la invención de los franco-tiradores. Ciertos regimientos del ejército alemán, especialmente los regimientos sajones, se mostraron animados por un odio feroz contra el catolicismo y sus ministros. Los curas, á los que llamaban «cerdos negros», fueron considerados por estos soldados como animales de caza.



MR. DAVIGNON

Ministro belga de Negocios Extranjeros

(Fot. Henri Manuel)

Cuando los eclesiásticos no quedaron muertos inmediatamente, sirvieron á los soldados de objeto de diversión, lo mismo que Cristo en el patio del Pretorio. Otros tuvieron que sufrir suplicios peores que la muerte. ¡Y cuántos fueron enviados á Alemania, lo mismo que malhechores, y viven aún presos allá en este momento!...

Un sacerdote fué casi crucificado; otro sufrió el tormento de quedar expuesto al sol de Agosto durante horas y horas; muchos han sido, como su Maestro, cubiertos de salivazos é injurias. Todos han muerto ó han sufrido su martirio con heroismo. Los que formaban parte de un grupo de condenados, confesaban y daban ánimos á sus compañeros. El cura de una aldea situada en la cumbre de las Ardennes, cerca de la frontera alemana, se ofreció por sus feligreses, denunciándose como único culpable, en vista de la obstinación del comandante alemán, que pretendía que un civil había tirado contra su tropa. El sacerdote fué fusilado.

En el país flamenco, donde el cura vive en estrecha relación con sus fieles y los conduce y domina, los sacerdotes han conocido el ultraje supremo de verse vilipendiados, inmovilizados y sometidos á todos los insultos, en presencia de los campesinos que los respetaban y admiraban.

En la Walonia industrial, donde el sacerdote tiene que luchar incesantemente para hacerse admitir y edificar con sus obras á las incrédulas masas de obreros, resultó una irrisión el que los alemanes lo acusasen de haber fanatizado al pueblo.

«Como rehenes serán colocados en primera línea los sacerdotes»... Así se expresa una proclama de 17 artículos, firmada por el jefe alemán Dieckmann y fijada en las calles del pueblo de Griveguée.

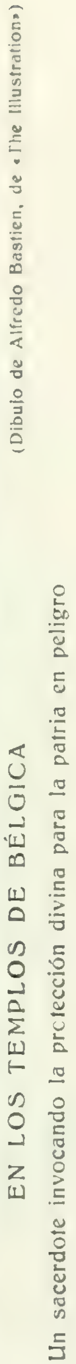
La toma de rehenes ha sido una medida tan general en Bélgica, que muy pocos vecinos notables pueden decir que no han sido detenidos en el local de la *Kommandantur* de toda población ocupada.

Esta medida, contraria en todo á las convenciones de la Haya, procede del terrorismo alemán, que hace de la guerra un instrumento de represalias.

Los obispos de Lieja, de Namur y de Tournai, se vieron sometidos á esta costumbre bárbara, exigiéndoles responsabilidad de todo lo que pudiese ocurrir de desagradable al ejército invasor.

Como el exorbitante impuesto de guerra con que fué afligido Tournai no pudo llegar á reunirse, el obispo fué abandonado durante cinco días, sin alimento alguno, sobre un jergón infecto, en una mazmorra obscura y húmeda.

Los soldados alemanes llevan inscritas en la chapa de su cinturón estas palabras: «Dios está con nosotros», y el emperador hace un llamamiento á Dios en cada una de sus proclamas guerreras. Hay que haber visto lo ocurrido en Bélgica, para darse cuenta de la indignación que inspiran estas invocaciones blasfematorias.»



EN LOS TEMPLOS DE BÉLGICA

Un sacerdote invocando la protección divina para la patria en peligro

(Dibujo de Alfredo Bastien, de «The Illustration»)

XI

Elección de nuevo Papa

El 20 de Agosto, á la una de la madrugada, ocurrió en Roma un suceso de gran importancia para el mundo católico. El Papa Pío X murió casi repentinamente. Al lanzar su último suspiro, las personas que rodeaban su lecho mortuorio pudieron oir estas palabras, articuladas penosamente: «Guerra... Paz.»

Los periódicos de Italia y gran parte de los de Europa consideraron á Pío X como una de las víctimas de la guerra. Según todos ellos, la guerra había matado al Papa.

Viendo la inutilidad de sus esfuerzos para conservar la paz, presintiendo los horrores de una lucha sin precedente en la Historia, el Papa, desde principios de Agosto, parecía sumido en una estupefacción dolorosa, que su organismo, en extremo debilitado, no le permitió sobrellevar.



EL PAPA PÍO X EN SU LECHO MORTUORIO

Pío X era un hombre sencillo, de origen popular y carácter evangélico. La guerra le había inspirado siempre un santo horror, y el hecho de que durante su pontificado surgiese la más grande y horrible de la Historia, le produjo una pena sin límites.

Se dijo poco antes de su muerte que el emperador de Austria, por medio de un alto emisario, había pretendido que el Papa, al iniciarse la contienda, diese una opinión favorable á la política de los dos imperios, recordándole para esto el carácter religioso de Austria-Hungría y el gran número de católicos de Alemania. Pero Pío X se negó resueltamente, diciendo: «Yo sólo puedo pedir la paz.»

Lo ocurrido en Bélgica aceleró su muerte. La desgracia de este país católico y gobernado por el partido católico, le preocupó día y noche. El heroísmo de las tropas belgas le inspiraba admiración, pero no pudo retener sus lágrimas de intensa pena al recibir la noticia de las matanzas en masa ordenadas en Lieja, Lovaina, etc., donde habían perecido mujeres, sacerdotes y niños.

Oyendo los detalles de estas atrocidades, relatadas directamente por un secretario de la legación belga ante el Vaticano, Pío X exclamó, elevando las manos al cielo:

—¡Ay! ¡Esta guerra abominable va á ser la causa de mi muerte!

Y efectivamente, murió pocos días después.

▫

La vacante de la Santa Sede obligó á reunirse en Roma á todos los cardenales, aun á aquellos que pertenecían á las naciones beligerantes. Alemania tuvo que dar un salvoconducto á los príncipes de la Iglesia que, como el cardenal Mercier, vivían en un país desolado por la guerra. Italia conservaba todavía su neutralidad, manteniendo libres los caminos de Roma para todos los cardenales de diversas procedencias. El trono pontificio no podía permanecer vacante por mucho tiempo en tan difíciles circunstancias, y el Cónclave debía procurar cuanto antes el nombramiento de un nuevo soberano espiritual.

Sesenta ancianos, vestidos con la púrpura cardenalicia, encargados de designar al hombre vicario de Dios, no sólo debían preocuparse de la suerte de la Iglesia, sino de las infinitas consecuencias que la guerra iba á producir en el orden político.

El Cónclave se desarrolló con bastante rapidez. Es bien conocida la forma tradicional que adopta la elección de un nuevo Papa. Diez días después de la muerte del Pontífice, los cardenales se reunen en una de las galerías del Vaticano. Todas las salidas del lugar donde se realiza el Cónclave quedan cerradas con un muro, así como las arcadas del pórtico, de modo que sólo hay libre una puerta que conduce á la sala llamada real. Esta puerta se cierra con cuatro cerrajas: dos interiores, cuyas llaves guardan el Cardenal Camarlengo y el primer maestro de ceremonias, y dos exteriores, cuyas llaves quedan en poder del mariscal del Cónclave. La comida y la cena de los cardenales, así como todas las cosas necesarias para su existencia, son introducidas por ocho tornos, semejantes á los de los conventos. En la gran puerta

hay una ventana, á través de la cual los cardenales dan audiencia á los embajadores que desean comunicar algo al Sacro Colegio; pero esta ventana tiene una cortina bien cerrada.

El cardenal que sale del Cónclave, aunque sea por causa de enfermedad, no puede volver á él y pierde el derecho de tomar parte en la elección. Todo cardenal lleva con él dos secretarios, llamados «conclavistas», y tres si es príncipe. Estos secretarios deben ser eclesiásticos.

La votación empieza al día siguiente de la entrada de los cardenales en el Cónclave, después de una misa del Espíritu Santo, y se continúa todos los días. Esta votación se verifica en la capilla de Sixto IV, llamada capilla Sixtina. Después de la misa, cada cardenal recibe una cédula en la que escribe su nombre y su lema, y en otro pliego cerrado y sellado su voto, de manera que el nombre del cardenal pueda leerse y su voto quede secreto. Estas cédulas son depositadas en un cáliz sobre el altar. Cuando empieza el escrutinio y los pliegos son abiertos, cada cardenal tiene delante de él una lista en la que va marcando los votos, á medida que son anunciados. Si un candidato obtiene las dos terceras partes de votos, queda elegido indiscutiblemente. Por esto cuando un cardenal extranjero se daba cuenta antes de que iba á ser elegido un candidato que su corte deseaba excluir, debía apresurarse á declarar su oposición antes de que el número de votos fuese completo, pues de no ser así, la elección resultaba canónica é irrevocable.

Austria, España y Francia, consideradas como las tres grandes potencias católicas, disponían hasta hace poco del llamado *veto*, ó sea el derecho de excluir á un candidato papal que no fuese de su gusto. España y Francia fueron renunciando lentamente á este derecho, con el curso del tiempo, al no hacer uso de él. Austria lo ha conservado hasta hace poco como una prerrogativa de gran valor. Todavía en el Cónclave que eligió á Pío X, el Imperio austriaco hizo sentir su influencia, ejerciendo el tradicional *veto* para oponerse á la elección del cardenal Rampolla, continuador de la política de León XIII y amigo de Francia.



EL CADÁVER DEL PAPA EN LA SALA DEL TRONO DEL VATICANO

Pío X, que vivía apartado de la política y deseaba la independencia de la Iglesia, abolió este derecho de otros tiempos, tanto más cuanto que Austria lo usaba como un arma en favor de la Triple Alianza, para imponer un Papa de tendencias germanófilas.

Si después de un escrutinio ninguno de los candidatos reune el número de votos necesarios, se procede á lo que se llama el «accésit», que es una continuación del escrutinio, con la sóla diferencia de que los cardenales escriben en su papeleta «yo accedo», en lugar de «yo voto». La persona que se designa en el



PROCLAMACIÓN DE BENEDICTO XV POR EL CARDENAL CAMARLENGO

(Dibujo de L. Bompard, de la *Illustration*, de Paris)

accésit debe ser diferente de la que se ha designado en el escrutinio, pues de lo contrario se darían dos votos al mismo candidato. Cuando un cardenal quiere votar en el accésit á la misma persona que en el escrutinio, tiene que escribir en esta segunda papeleta: «Á nadie». Si añadiendo los sufragios del accesit á los del escrutinio anterior, un candidato consigue al fin las dos terceras partes de los votos, es declarado elegido.

Al reunirse el Cónclave á principios de Septiembre, se creyó por un momento que el gobierno austriaco pretendería, como siempre, hacer uso del veto, para desbaratar todas las elecciones, hasta conseguir un Papa favorable á su política. Pero Pío X había previsto en vida esta maniobra, condenándola con severa sanción. Recordaba los manejos del cardenal austriaco de Cracovia en el Cónclave anterior, y por esto declaró abolido el privilegio del *veto*, añadiendo con su autoridad infalible que el que intentase resucitarlo en el próximo Cónclave, incurriría en la pena de excomunión mayor.

Al reunirse el Cónclave, sonaban varias candidaturas. Los partidarios de la elección de un pontífice perteneciente á una nación neutral—elección que consideraban oportuna en vista de la guerra—, citaron el nombre del cardenal holandés Van Rossum. Entre los prelados italianos, los dos que parecían contar con mayor número de sufragios, eran los cardenales Maffi y Ferrata. La simpatía universal se fijó en el cardenal Mercier, viendo en su posible elección una protesta contra los atentados teutónicos.

En la galería del Vaticano se encontraron frente á frente los cardenales de Alemania y Austria con el belga Mercier y los prelados de Francia, saludándose friamente, para mantenerse luego apartados en todo el curso de la sagrada reunión. Mares de sangre, montones de cadáveres, ciudades calcinadas, se alzaban entre estos representantes del catolicismo como un obstáculo eterno é insuperable.

Al entrar en el Cónclave, los cardenales prestaron, como es costumbre, el juramento de guardar un secreto inviolable, y el Camarlengo, Pontífice interino, procedió al solemne cierre de las puertas, sellándolas con el sello de la Santa Sede. Se creyó por esto que el pueblo de Roma sólo conocería los votos del Sagrado Colegio por las *sfumate*, ó sea los humos que se escapan de cierta chimenea del Vaticano, donde se queman las papeletas de los escrutinios sin resultado. Sin embargo, diariamente los detalles de la jornada del Cónclave surgieron misteriosamente del recinto amurallado, esparciéndose por la ciudad.

Se supo que el primer voto había sido un homenaje á las desgracias soportadas por Bélgica, y una manifestación de la gran mayoría contra los horrores de la guerra desencadenada por Alemania y Austria. Los cardenales de estos dos imperios fueron acogidos por sus compañeros con una cortesía glacial, viéndose



LA MISA PAPAL PARA LA PROCLAMACIÓN DE BENEDICTO XV

arrinconados moralmente, mientras que todos se aglomeraban en torno de Mercier, el arzobispo de Malinas, cuyo visible dolor realzaba más aún su natural dignidad. En el primer escrutinio el nombre de Mercier alcanzó 25 votos. Después de este homenaje, comenzaron las luchas de la política sagrada.

Es de tradición en el Cónclave votar dos veces por día, pero las circunstancias resultaban urgentes y los votos se sucedieron sin interrupción, especialmente cuando la lucha quedó circunscrita á dos candidatos: Pietro Maffi, arzobispo de Pisa, y Domenico Ferrata, antiguo Nuncio en París.

Maffi era tenido por liberal, y había de luchar, naturalmente, con todos los cardenales creados por el Papa difunto. Ferrata pasaba por amigo de Francia, sin ninguna razón justificada, á causa solamente de la vida diplomática que había llevado en París. Ninguno de los dos candidatos podía llegar á reunir el número de votos necesarios. Maffi, que fué el que más obtuvo, sólo llegó á reunir 30 sufragios. Se anunciaba el candidato desconocido, el Papa «de conciliación», y aquí empezaron las sorpresas.

Los cardenales, para terminar pronto, pensaron en elegir á un hombre circunspecto, cargado de años y de experiencia. Los dos hermanos Vannutelli, que habían sido candidatos en otros Cónclaves y tenían más de 80 años, renunciaron firmemente á toda candidatura. La atención del Cónclave se fijó en el cardenal Agliardi, antiguo Nuncio en Munich y Viena. Era el candidato indiscutible: todos iban á votar por él. Pero Agliardi juzgó que la tiara era demasiado pesada para su cabeza de anciano, y opuso la más firme negativa. Él fué, sin embargo, el que hizo el Papa.

—La Iglesia—dijo—necesita una cabeza joven, un carácter enérgico, un político consumado. Un hombre en el Sacro Colegio reune todas estas cualidades, en grado eminente. Es Della Chiesa, arzobispo de Bolonia.

El nombre de Della Chiesa pasó de boca en boca. Minutos antes nadie pensaba en él. En la mañana del tercer día, el 3 de Septiembre, su nombre surgió del cáliz, convertido en urna electoral, con 50 votos por 60 votantes.



BENEDICTO XV

La elección no podía resultar más imprevista. El arzobispo de Bolonia era el cardenal más joven del Cónclave, pues había recibido la púrpura tres meses antes.

Giacomo, marqués de Della Chiesa, nacido en Génova en 1854, era de la raza y de la clase de los Pecci y los Rampolla; un aristócrata de nacimiento, un diplomático de educación y de carrera.

El nuevo Papa difería enteramente de su predecesor Pío X, de origen popular, ajeno por principio á la política, y preocupado únicamente de la teología, la dogmática y la disciplina eclesiástica.

Después de haber hecho sus estudios en el Colegio Capranica, el joven sacerdote Della Chiesa había pasado por la Academia de Nobles Eclesiásticos, plantel de los diplomáticos de la Santa Sede. Allí se habían formado antes que él León XIII y su secretario de Estado, Rampolla.

Después, Monseñor Della Chiesa, prelado de curia, fué agregado á la secretaría de negocios eclesiásticos extraordinarios, dirigida por Rampolla, el cual supo apreciar muy pronto las raras cualidades de su colaborador.

Cuando Rampolla fué enviado como Nuncio á Madrid, llevó con él al joven prelado en calidad de auditor (secretario), y al llamarle León XIII á Roma para que fuese su Secretario de Estado, hizo nombrar vicesecretario á su inseparable ayudante, que conocía mejor que nadie sus ideas. Della Chiesa sólo abandonó la curia romana bajo el pontificado de Pío X, cuando murió el arzobispo de Bolonia, para ocupar este alto cargo. Durante siete años permaneció en dicha diócesis; pero sin perder contacto con los negocios diplomáticos de Europa, y conservando sus relaciones en Roma.

□

El primer acto pontificio de Della Chiesa, que tomó el nombre de Benedicto XV, fué una encíclica contra los horrores de la guerra.

Luego dirigió una carta al cardenal Mercier, deplorando las desgracias de Bélgica, é intentando endulzar la suerte de los sacerdotes belgas prisioneros, por medio del cardenal-arzobispo de Colonia.

Diplomático de raza, acostumbrado á los manejos hábiles y deseoso de no descontentar á nadie, su política y muchas de sus declaraciones alarmaron y aun indignaron á los católicos de Bélgica y Francia, que vieron en él cierta tendencia á favor de Alemania y Austria. El miedo á provocar la protesta pública de estas dos masas importantes de católicos, le ha obligado igualmente á varias explicaciones y rectificaciones.

La Iglesia, al elegir á Benedicto XV, se puso bajo la dirección de un ilustre diplomático. Tal vez las circunstancias exigian para su conveniencia y su gloria un hombre sencillo, pero de corazón; un apóstol desinteresado, capaz de clamar contra la injusticia y el crimen, con la indignación de los antiguos profetas.



LA CARTA DEL PAPA BENEDICTO XV AL KAISER

«Y destruyendo los templos de Dios, provocáis la cólera divina, ante la cual los ejércitos más fuertes pierden todo su poder.»

(Dibujo de S. Solomko)



UNA CAPILLA DE LA CATEDRAL DE MALINAS DESTROZADA POR LOS OBUSES ALEMANES

XII

El baluarte de Bélgica.—La Muerte en el aire

De mediados de Agosto á mediados de Octubre, Amberes fué la capital de Bélgica, la residencia del rey, de los ministros y del cuerpo diplomático, así como el centro directivo de la resistencia nacional.

Todo lo que restaba del ejército belga, se había concentrado en esta plaza enorme al abrigo de su doble cadena de fuertes, efectuando salidas contra los alemanes, que muchas veces resultaron victoriosas. Hemos descrito estos encuentros. No tuvieron un resultado definitivo, pero las más de las veces obligaron á los alemanes á la concentración y empleo de numerosas fuerzas, sirviendo esto para facilitar las operaciones efectuadas al mismo tiempo por los ejércitos aliados en la campaña de Francia. Las numerosas tropas alemanas retenidas en Bélgica por la ofensiva de la guarnición de Amberes, no pudieron de este modo prestar una ayuda eficaz á los ejércitos invasores de Francia.

Como toda la vida de Bélgica se había concentrado en Amberes, los cronistas de la guerra se instalaron en esta ciudad repleta de gente, y agitada por una vida febril. Pocas veces ha vivido una muchedumbre moderna en tan reducido espacio. Toda una nación se había acumulado en una ciudad. Alejandro Powell, el escritor norte-americano que hizo de Amberes el centro de sus operaciones, describió con la fidelidad



TERMONDE DESPUÉS DEL BOMBARDEO

de un testigo presencial el espectáculo ofrecido por este último baluarte de la resistencia belga.



UNA CALLE DE TERMONDE BOMBARDEADA

«Era relativamente fácil—dice Powell—penetrar en Amberes, pero resultaba difícil salir de él para llegar al frente de combate. Un largo cortejo de corresponsales llegó á Amberes por mar, pero después de dos ó tres días tuvo que marcharse, sin haber logrado pasar las puertas de la ciudad. Aun poseyendo un pasaporte del gobierno militar, era imposible llegar al frente, pues todos los autos y todos los caballos, aun los más viejos y débiles, habían sido requisados por el ejército. Nadie podía pensar en el alquiler ó la compra de un automóvil. Hasta aquellos que por influencia habían podido conservar sus autos, no podían servirse de ellos, pues la autoridad militar había requisado todas las provisiones de esencia.

Los oficiales de Estado Mayor y los cuerpos diplomático y consular, fueron proveídos por el gobierno de medios de locomoción. Todas las demás personas debían marchar á pie ó en tranvía. Con frecuencia, algún joven oficial de Estado Mayor, que no había conocido nunca las satisfacciones de una carrera en auto, pasaba por las calles con una velocidad infernal, en el fondo de una suntuosa limosina, con las botas armadas de espuelas sobre el terciopelo de los cojines, mientras que el legítimo propietario del carruaje, tal vez un banquero, un príncipe de los negocios, debía saltar del arroyo á la acera, para no ser aplastado. Con la declaración de guerra y la confiscación de todos los vehículos automóviles por la autoridad militar, los reglamentos concernientes á la velocidad en las calles resultaron letra muerta. Aunque el objeto de la carrera fuese de los más fútiles, cada uno se lanzaba á través de la ciudad con una velocidad tan loca, que parecía que el demonio—ó toda Alemania—marchaba en su persecución. Los pacíficos habitantes de Amberes tuvieron que adquirir forzosamente una notable aptitud para librarse de los furiosos vehículos, so pena de muerte.



REGRESO AL HOGAR DESPUÉS DEL BOMBARDEO (Fot. Rol)

Al mismo tiempo se arrostraban iguales peligros en las calles de Bruselas. Pero aquí las carreras vertiginosas de los autos iban dirigidas por oficiales alemanes, que más de una vez aplastaron á niños y ancianos en medio de las muchedumbres indignadas, sin tomarse la molestia de volver la cabeza para enterarse de la suerte de sus víctimas. Por esto, cada vez que uno de los citados vehículos chocaba con un tranvía, y el oficial alemán salía de la colisión más ó menos gravemente herido, una alegría feroz y muda iluminaba los ojos de la muchedumbre, que saboreaba el espectáculo como una manifestación de la justicia inmanente.

En Amberes, los que podíamos disponer de un auto ganábamos con



UN BALÓN ALEMÁN APRESADO POR LOS BELGAS (Fot. Meurisse)

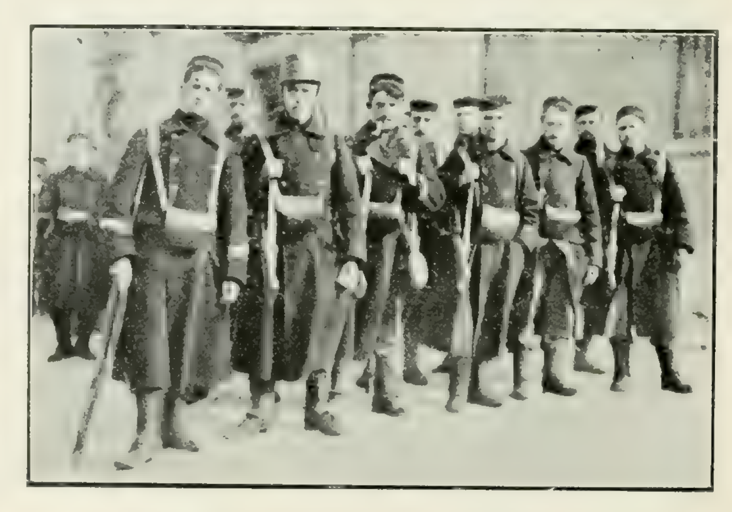
facilidad el campo, asistiendo á los combates allí donde nos parecía mejor. Amberes estaba en el punto de arranque del cable y era el único sitio desde donde se podía telegrafiar seguramente á Inglaterra. Por todas estas razones—especialmente por la última—hice de Amberes mi cuartel general durante las operaciones en Flandes, yendo por la mañana al frente para volver por la noche al hotel de San Antonio. Dudo que jamás un corresponsal de guerra haya podido trabajar en tales condiciones de comodidad y lujo. Ir al frente de batalla resultaba para mí una ocupación tan ordinaria y vulgar como para el comerciante lo es tomar todas las mañanas el tranvía y dirigirse á la oficina de sus negocios. Para un hombre como yo, cuyas campañas anteriores habían tenido por teatro Persia, Méjico, los Balkanes y el Norte de África, fué una aventura nueva salir por las mañanas de un hotel grande y elegante, después de un buen desayuno, hacer un viaje de 40 ó 50 kilómetros por caminos magníficamente pavimentados en un cómodo automóvil, asistir á una batalla—cuando figuraba batalla en el programa del día—y volver por la noche al hotel para ponerme de frac y asistir á una comida en un suntuoso comedor, entre gentes de brillante aspecto. ¡Imaginaos esto! Imaginaos un campo de batalla donde los obuses rugen atravesando el espacio; donde la fusilería crepita á lo largo de las trincheras; donde se amontonan sobre los vehículos de las ambulancias centenares de seres con la faz ensangrentada; donde muchos gimen con voz dolorida, mientras otros cesan de gritar y caen en el suelo en actitudes horripilantes... y una hora después de haber visto esto—á veces menos de una hora—encontrarse en un lujoso hotel donde hombres y mujeres, vestidos impecablemente de ceremonia, comen á la luz discreta de las pantallas color de rosa, ó beben café y licores bajo las palmeras de un jardín de invierno, acompañados por el susurro del surtidor de agua que cae en la pila de jaspe de una fuente...

▫

Para comprender la significación de los acontecimientos que precedieron á la caída de Amberes—continúa Powell—es necesario examinar las circunstancias extraordinarias en que se desarrollaba la existencia de esta ciudad cuando yo desembarqué en ella á mediados de Agosto.»

(Al llegar aquí, Powell describe la situación de Bélgica, que ya mencionamos nosotros. Los belgas, dueños únicamente de las provincias de Limburgo, Amberes y las dos Flandes, oriental y occidental. El resto de la nación—cinco provincias—en poder de los alemanes. Una línea de Este á Oeste, desde Holanda hasta Francia, pasando por Malinas, como divisoria entre ambos campos, y durante dos meses una serie de combates en toda la extensión de dicha línea. También describe Powell los numerosos trabajos realizados por los ingenieros belgas para completar la defensa de Amberes, trabajos que al final fueron inútiles, y que ya enumeramos.)

«Las precauciones—continúa—eran tan grandes en la plaza, que resultaba difícil entrar ó salir de ella; tan difícil como á un millonario colarse en el reino de los cielos, según la piadosa leyenda. Los centinelas pululaban como los *policemen* de Londres en Piccadilly. No se podía avanzar 500 metros en cualquiera dirección sin verse detenido por un agrio «¿Quién vive?» y percibir la extremidad de un fusil



INFANTERÍA BELGA MARCHANDO Á LA LÍNEA DE FUEGO



AVANZADA BELGA ALMORZANDO EN EL FRENTE (Fot. Meurisse)

apuntado contra el pecho. ¿Vuestros papeles no estaban absolutamente en regla? Había que volver atrás inmediatamente ó resignarse á ser arrestado y conducido ante un juez militar, á menos de ser influyente cerca de la autoridad y haber conseguido el santo y seña, en cuyo caso todo era fácil. Tuvo que transcurrir mucho tiempo antes de que dejase de experimentar el escalofrío de una sensación nueva cada vez que oía: «¡Alto, no se pasa!» «¿Amigo ó enemigo?», etc... Esto se asemejaba tanto á las cosas que había yo leído de pequeño en las novelas de capa y espada, que llegué á sentir la sensación de lo inverosímil y lo irreal.

Cuando por la noche viajábamos en automóvil y una orden imperativa de «¡alto!» surgía de las tinieblas, revelándonos de pronto nuestros faroles la silueta de un centinela con largo capote, y yo contestaba murmurando la palabra de paso, no podía menos de admirarme á mí mismo, como si fuese un personaje de melodrama... Y así era en realidad, aunque en aquel momento yo no me daba exacta cuenta de ello. Todos, más ó menos, éramos actores ó figurantes del drama más grande que jamás se ha visto en el escenario humano.

Cerca de Amberes los centinelas pertenecían á las tropas bien disciplinadas del ejército regular, pero en las regiones excéntricas, entre Ostende y Gante especialmente, las patrullas se componían de individuos de la Guardia Cívica, cada uno de los cuales se imaginaba que la salud de la nación dependía de su vigilancia particular. Loable creencia, pero muy molesta y peligrosa para los demás. Cada vez que un guardia cívico me interpelaba, sentía cierta nerviosidad, apresurándome á echar los frenos del automóvil sin perder tiempo. Estos guerreros aficionados estaban en perpetua agitación, y tenían un modo poco tranquilizador de manejar el fusil. Más de una vez, durante nuestras excursiones por la campiña, fuimos apostrofados por guardias cívicos, á los cuales, indudablemente, no les habían confiado el santo y seña, pero que con aire de importancia aprobaban moviendo la cabeza cuando yo lo murmuraba en su oído.



UNA BATERÍA BELGA OCULTA CON RAMAJE PARA DESPISTAR Á LOS AVIADORES ENEMIGOS

Este ejército secundario de soldados ciudadanos, conocido con el nombre de «Guardia Cívica», no tiene equivalente, que yo sepa, en ningún otro país. Es una milicia nacional, compuesta en gran parte de comerciantes y empleados, cuya función, antes de la guerra, consistía simplemente en exhibir sus uniformes variados, con motivo de las ceremonias públicas. Estos uniformes eran distintos según las provincias. La división montada de la Guardia Cívica de Amberes lucía un uniforme verde y escarlata, muy parecido al de los guías, ó sea al de la caballería nacional. En las ciudades flamencas, los soldados ciudadanos vestían un capote azul y largo, con los faldones abrochados atrás, y cubrían su cabeza con un sombrero negro, de fieltro rígido, adornado con una pluma. (Al iniciarse la guerra, algunas compañías escogidas de tiradores de la Guardia Cívica fueron agregadas al ejército regular, luchando valerosamente al lado de los soldados de profesión.) Los alemanes, desde el primer momento de la guerra, rehusaron á los guardias cívicos la calidad de beligerantes, declarando que á los que pillasen con las armas en la mano, los fusilarían como si fuesen civiles mezclados en la lucha. Á pesar de la amenaza, estos no-profesionales prestaron servicios admirablemente útiles, guardando los caminos, los túneles y los puentes, asistiendo á los refugiados, man-



FAMILIAS DE SOLDADOS BELGAS ANTE UN DEPÓSITO DE SUMINISTROS

teniendo el orden en las ciudades, y encargándose en Amberes de todos los trabajos para el avituallamiento del ejército.

Ningún relato de la resistencia de Amberes sería exacto, si no hiciese mención de los *boy-scouts*, que constituían uno de los rasgos más pintorescos é interesantes de la fisonomía de la ciudad. Yo que vi su actividad, no me imagino que Amberes hubiera podido vivir sin ellos. Trabajaban á todas horas; se les veía en todas partes; lo hacían todo. Estos muchachos cumplían las funciones de mensajeros, de ujieres en las oficinas, de guías, de ordenanzas del Estado Mayor, de correos de gabinete. Se encargaban de los ascensores de los hoteles, de los servicios de los hospitales, y ayudaban á los refugiados á encontrar alojamiento y comida.

Los *boy-scouts* que prestaban sus servicios en los ministerios, permanecían en su puesto veinticuatro horas seguidas. Dormían envueltos en una manta sobre el duro suelo, comían á su costa donde podían y cuando podían, y eran útiles de los más diversos modos. El personaje que era bastante influyente para poseer un automóvil, obtenía inmediatamente el auxilio de un *boy-scout*, que se colocaba en el pescante al lado del chófer, abría la portezuela cuando era necesario y servía para todo. El mío se llamaba José. Resultaba digno de ser pintado, con su sombrero de escarapela color de cereza, su manteleta verde botella y sus medias verdes, recogidas en lo alto, dejando ver las rodillas blancas y bien moldeadas como las de una mujer. Á decir verdad, yo lo ocupaba muy poco, y cuando estaba libre, se dedicaba á maniobrar el ascensor del hotel San Antonio. Sin embargo, José estuvo á mi lado durante el ataque de los alemanes contra Waelhem. Nos encontramos durante media hora en una situación llena de peligros, bajo el fuego continuo de los shrapnells. Fué curioso ver cómo se portó este jovencito de 14 años. De repente se volvió hacia mí con sus ojos negros, brillantes de deseo:

—Señor, ¿me permite usted que me acerque un poco adonde se baten? Volveré en seguida. El tiempo nada más para recoger un casco alemán.

Tal vez la bravura de estos efebos con sombrero de mosquetero y las rodillas desnudas, fué la de la ignorancia del peligro, pero el mismo valor caracterizó á los heroicos soldados belgas.

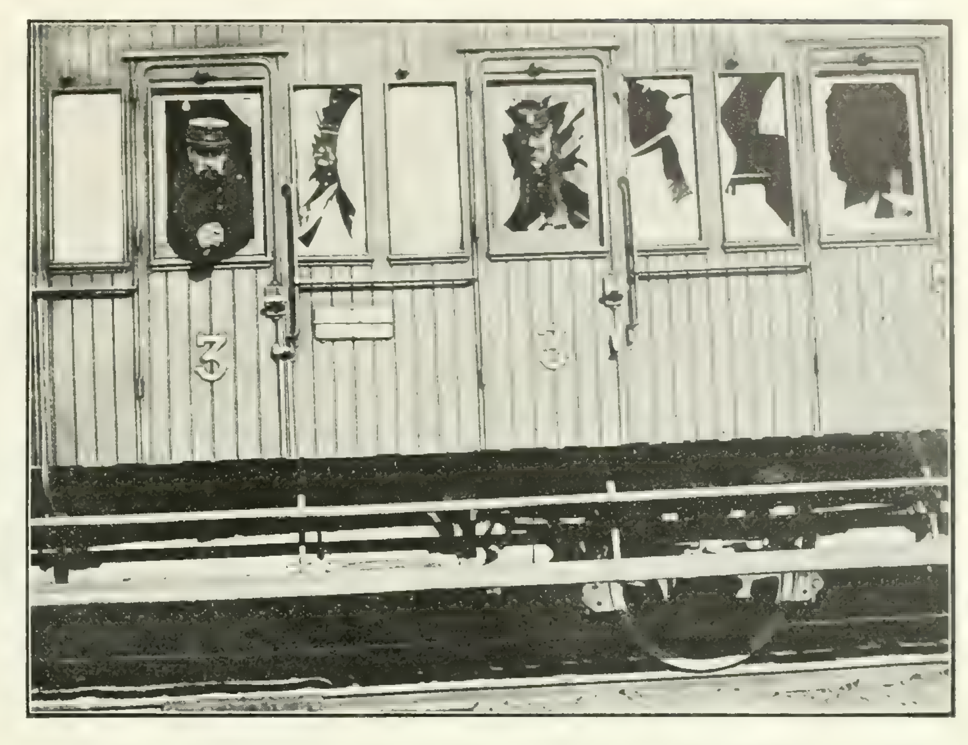
Cuatro *boy-scouts* han sacrificado hasta ahora su vida á su patria. Dos fueron volteados y aplastados por automóviles en las calles de Amberes. Otros dos fueron fusilados por los alemanes en los alrededores de Bruselas, cuando intentaban transportar despachos del gobierno belga á través de las líneas enemigas. Uno de estos efebos había resultado tan hábil en este género de misiones, que el gobierno lo empleaba re-



FAMILIA BELGA ESPERANDO UN TREN PARA REFUGIARSE EN AMBERES
(Fots. Rol)

gularmente para estar en correspondencia con sus agentes de Bruselas. Sus hazañas darían material para muchas novelas de aventuras, de las que gustan á la juventud. El rey en persona lo había condecorado por sus servicios.

Todo el que llegaba á Amberes con ideas preconcebidas acerca de inamovilidad de las distinciones sociales, tenía que renunciar muy pronto á ellas. Que un hombre con uniforme de simple soldado estuviese detrás de la rueda motriz de vuestro auto y os saludase respetuosamente llevándose una mano á la gorra al escuchar vuestras órdenes, no significaba que este hombre hubiese sido siempre chófer. El voluntario Roos, que condujo mi automóvil todo el tiempo que yo permanecí en Bélgica, era hijo de un millonario de Bruselas.



LOS CRISTALES DE UN TREN BELGA DESTROZADOS POR LA EXPLOSIÓN DE UN OBÚS

La aristocracia belga no intrigó en el ministerio de la Guerra para conseguir un grado militar. Simplemente vistió el uniforme de soldado raso, corriendo al fuego. Como consecuencia de este patriotismo sin cálculo, las filas del ejército belga se nutrieron de jóvenes que eran miembros de los círculos más cerrados y aristocráticos, y habían sido huéspedes, siempre bien acogidos, de las más brillantes sociedades de Europa. Casi todas las noches, durante el primer período de la guerra, un simple soldado, joven é imberbe, se instalaba en medio de un grupo de amigos en el hotel San Antonio. Cuando aparecía un oficial, el soldado se levantaba, unía sus talones y hacía su saludo con gran deferencia. Este soldado raso era el príncipe Enrique de Ligne, perteneciente á una de las familias más consideradas de Bélgica y emparentado con la mitad de la aristocracia de Europa. El pobre joven estaba destinado á no tomar parte en más cacerías elegantes y á no bailar más cotillones. Lo mataron cerca de Herenthals, en compañía del conde de Villermont y Felipe de Zualart, en una expedición que realizaron, ocupando un auto blindado, á través de las líneas alemanas, con el propósito de hacer saltar un puente de ferrocarril.»



HUYENDO DE LA INVASIÓN ALEMANA (Fots. Rol)

La aristocracia belga dió muchos héroes y mártires á la defensa nacional, lo mismo que el pueblo. Al iniciarse la guerra, la juventud más rica de Bruselas dirigió un llamamiento á todos los de su clase, para que diesen ejemplo alistándose como simples soldados.

El príncipe de Ligne, el hijo del barón de Zualart, el conde de Villermont y un amigo suyo, llamado Hankar, formaron un grupo heroico que acabó pagando sus temeridades con la vida. Los cuatro jóvenes tripulaban un auto blindado, con una ametralladora, y efectuando audaces correrías á través del país ocupado por los alemanes, causaron grandes estragos en las filas de éstos. Aparecían inespera-



VISTA DE AMBERES Y EL ESCALDA

Plaza del hotel de Ville. En primer término el palacio del Municipio, que data de la dominación española y conserva en su fachada principal el escudo de España (Fot. Rol)

damente en los acantonamientos del enemigo, ametrallándolo para escapar luego indemnes, antes de que pudiesen perseguirlos. Pasaban al otro lado de las líneas del invasor y cortaban á sus espaldas los medios de comunicación. Tan temibles se hicieron, que los alemanes dedicaron una atención especial al auto-ametralladora de los cuatro aristócratas, organizando una emboscada para acabar con ellos. Sorprendidos por el enemigo cuando ellos creían sorprenderle, los cuatro murieron defendiéndose, sin querer aceptar cuartel. El avance de un destacamento belga pudo salvar sus cadáveres.

El joven conde de Briey, de 18 años, alistado como simple granadero, murió á consecuencia de las numerosas heridas recibidas en una de las batallas de Dixmude. Un hermano del príncipe de Ligne pereció por su patria lo mismo que éste. El baron de Lettenhove, voluntario en el 3.º de lanceros y que apenas tenía 19 años, se hizo matar con un puñado de camaradas en Saint-Pierre-Capelle, luchando contra una fuerza enemiga cincuenta veces superior. Tan asombrosa fué esta bravura, que los alemanes, olvidando su brutalidad habitual contra los belgas, dieron al cadáver una sepultura digna, colocando sobre ella esta inscripción en alemán: «*Ha muerto como un héroe.*» En estricta justicia pueden quedar comprendidos en tan honrosa denominación los 40.000 voluntarios belgas de todas clases y condi-

EL PUERTO DE AMBERES

ciones, que ofrecieron la vida á su patria y nunca vacilaron ante el peligro. El escuadrón de lanceros de que formaba parte el joven barón Kervyn, muerto en el campo de batalla—un escuadrón compuesto de cien jinetes—, cargó tranquilamente contra toda una división alemana.

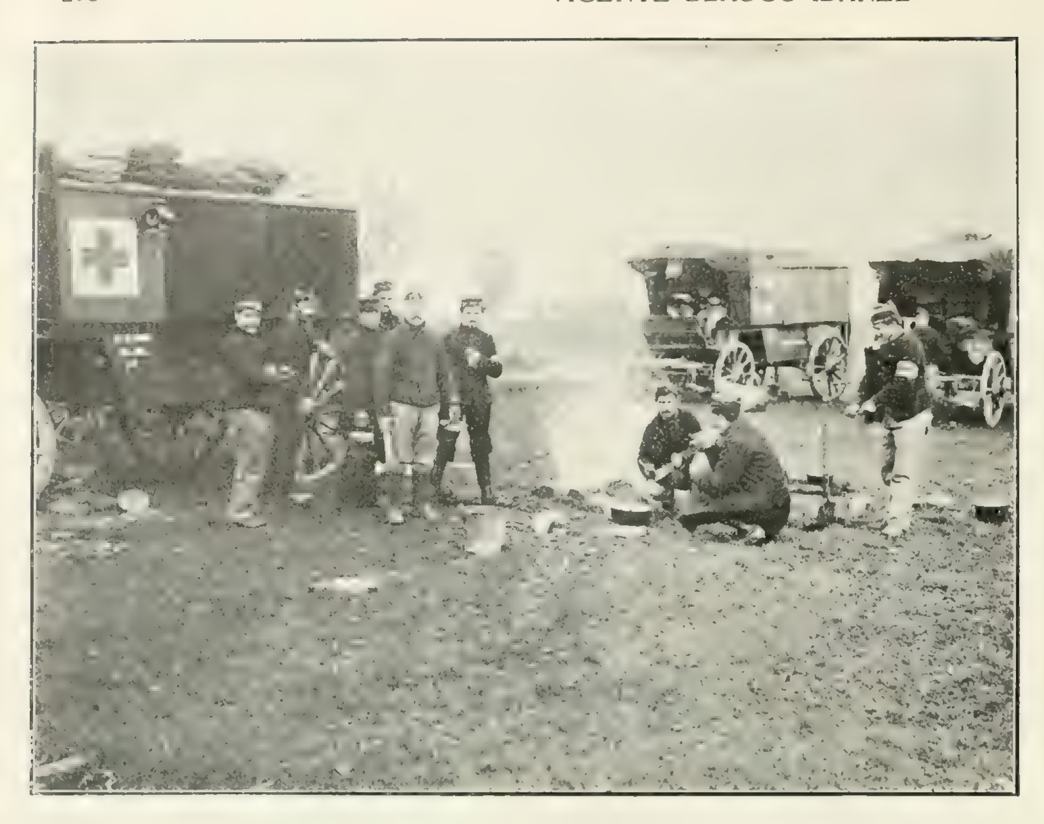
«Cuando al aproximarse los alemanes á Bruselas —dice Powell—la capital política fué trasladada á Amberes, la instalación de los diversos ministerios tropezó con grandes dificultades. Muchos grupos administrativos tuvieron que alojarse en el primer local etcétera, mientras que en las buhardillas el privilegio de la extraterritorialidad era ejercido por la República de China. Todas las noches los ministros belgas y los representantes diplomáticos se veían en el gran comedor rojo y negro, donde las pecheras relucientes de los hombres y los blancos escotes de las señoras, en unión de los uniformes de los agregados militares ingleses, franceses y rusos, formaban los elementos de un cuadro brillante. Ante este espectáculo seductor, era difícil imaginarse que bastaba subir á los tejados del hotel para contemplar las llamas de los pueblos incendiados en los alre-



EL HOTEL DE VILLE

que encontraron. El ministerio de Negocios Extranjeros se instaló en una escuela de la Avenida del Comercio, y el ministro Mr. Davignon daba audiencia en una sala dedicada á los cursos de Fisiología, cuyas paredes estaban cubiertas aún de cuadros anatómicos. El Gran Hotel dió asilo á otros ministros. Los miembros del cuerpo diplomático se instalaron en el hotel San Antonio, donde yo estaba. En nuestras tertulias, decíamos riendo que todo el que se viese perseguido por la policía no necesitaba más que pasar las puertas del hotel para encontrarse seguro bajo la protección de una bandera extranjera. El entresuelo era territorio británico, pues estaba ocupado por la legación de Inglaterra. Una parte del segundo piso podía considerarse territorio ruso, ya que el representante del zar tenía allí sus oficinas. Un determinado dormitorio figuraba la Rumania; otro la Grecia, dedores y oir el rugido de la artillería alemana.

Con la progresión del sitio y el estrechamiento constante de las líneas de ataque, las prescripciones militares que regían la vida de Amberes acentuaron sus rigores. Les fué prohibido á los periódicos locales el anunciar los fracasos y reveses de los belgas, y en cierto momento se prohibió igualmente la introducción de diarios ingleses. El correo sólo aceptaba cartas cerradas para Inglaterra, Rusia y Francia, y estas cartas las guardaba cuatro días, antes de transmitirlas, para dificultar con tal retraso los informes posibles del espionaje. Naturalmente, los telegramas sufrían una censura severa. El servicio telefónico estaba suspendido, excepto para las necesidades del Estado. Á las ocho de la noche quedaba totalmente paralizado el servicio de tranvías. Exceptuando unos cuantos vehículos tirados por caballos decrépitos, no



AMBULANCIAS DE LA CRUZ ROJA BELGA PREPARANDO LA COMIDA EN EL FRENTE
(Fot. Meurisse)

Los ciudadanos de Amberes habían comenzado á odiar á los alemanes con un odio más profundo y más absoluto—si fuese posible—que los vecinos de cualquiera otra población belga. Esto era á consecuencia de que en ninguna de las ciudades extranjeras donde los alemanes se habían domiciliado y practicado sus negocios, recibieron la acogida generosa y cordial que en Amberes. Habían obtenido en esta ciudad franquicias y privilegios de todas clases. Les habían prodigado toda suerte de recompensas, honores y distinciones. Eran los huéspedes mimados de las mejores casas. Á ciertas calles importantes se les había dado el nombre de vecinos notables de origen germánico. Muchas veces en reuniones privadas y banquetes públicos, estos alemanes residentes en Amberes habían afirmado, con la copa en alto, su amor, su lealtad y su desinterés con la ciudad hospitalaria donde se hallaban establecidos... Y estos mismos alemanes aprovecharon la primera oportunidad que se les ofreció para traicionar á su ciudad de adopción. En la bodega de una casa lujosa, perteneciente á uno de los miembros más notables de la colonia germánica, la policía belga descubrió al principio de las hostilidades un enorme depósito de municiones y centenares de fusiles y uniformes alemanes. Por una culpable confianza de las autoridades belgas, una sociedad alemana tomó la contrata de los armazones de acero

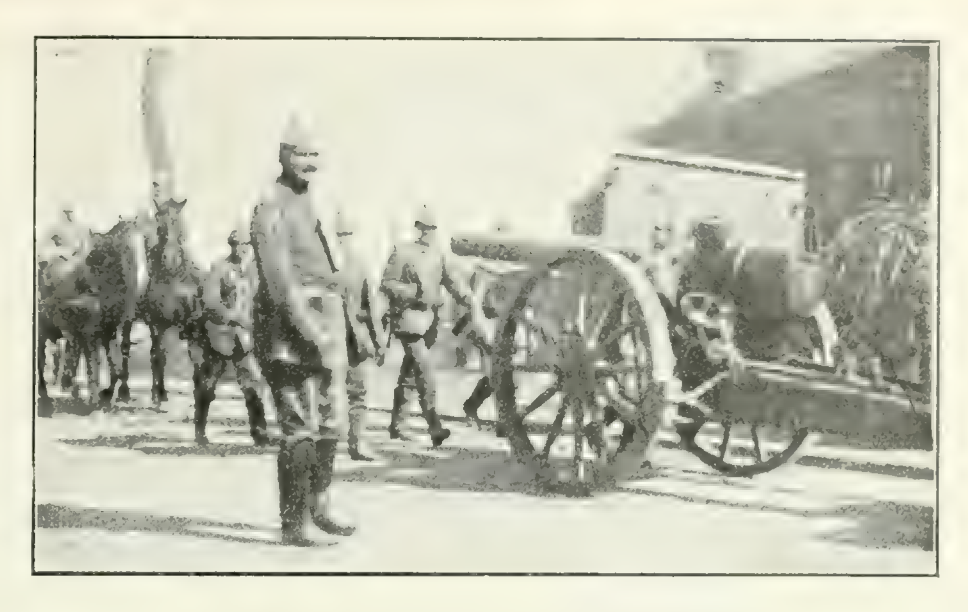
había carruajes de alquiler. El miedo al espía había llegado al paroxismo, y no faltaba fundamento para ello, como diremos más adelante. Todo el que en un restaurant pedía un plato de *choucroute* resultaba sospechoso. No pasaban veinticuatro horas sin que la policía invadiese alguna casa, arrestando á sus ocupantes como presuntos espías. Según el decir de las gentes, todos aquellos cuya culpabilidad quedaba bien establecida, eran inmediatamente pasados por las armas más allá de los baluartes. Pero sobre esto siento yo muchas dudas. Los belgas tienen buen carácter y no son aficionados á lo trágico. Si realmente se fusilaron espías, debieron ser muy pocos.

Nadie se podía aventurar fuera de su casa sin papeles de identidad, pues era forzoso exhibirlos para entrar en el correo, en las oficinas del telégrafo, en los bancos, las estaciones y otros establecimientos públicos. Los papeles eran de categorías diversas: el simple pasaporte que no tenía otra virtud que establecer la nacionalidad del que lo llevaba; el permiso de residencia dado por la policía que atestiguaba las razones imperiosas que habían movido al portador á trasladarse á Amberes, y el apreciado y buscadísimo salvoconducto, librado por la autoridad militar, y con el retrato de su beneficiante, especie de sésamo mágico que abría todas las puertas, y por lo mismo era difícil de obtener. Con los documentos necesarios, no tuve nunca que sufrir ningún acceso de malhumor de parte de un soldado ó de un civil belga. Dudo que en ningún país del mundo un extranjero pueda en plena guerra disfrutar la libertad de movimientos que yo tuve, ni encontrar una hospitalidad tan cordial.



OBREROS BELGAS EMPLEADOS EN ABRIR TRINCHERAS

para las fortalezas de Amberes, y al llegar la hora psicológica se vió que el metal entregado era de una calidad lamentable. Un rico alemán poseía una soberbia casa de campo, cuyos jardines llegaban hasta el foso de una de las fortalezas exteriores. Un día aseguró á la autoridad militar que si le dejaban emplear el agua de los fosos de la fortaleza, instalaría una piscina en su jardín para que los soldados pudiesen nadar. La «generosa proposición» fué aceptada, y cuando llegaron los días del sitio se vió que el foso había quedado sin una gota de agua. En el jardín de otra quinta perteneciente á un alemán se descubrieron fuertes plataformas de cemento, destinadas á sustentar los cañones de sitio del ejército del kaiser... De este modo pagaron los alemanes su deuda de gratitud á la amable ciudad de Amberes.



LA ARTILLERÍA ALEMANA AVANZANDO HACIA AMBERES

Al desencadenarse la guerra, hubo una expulsión general de súbditos alemanes. En algunos casos la muchedumbre se mostró irrespetuosa y rompió los vidrios de unos cuantos cafés germánicos en el barrio del puerto, pero ningún teutón fué personalmente maltratado. Simplemente los condujeron con sus bagajes á la frontera.

En mi opinión, debía haberse hecho lo mismo con toda la población civil de Amberes, desde el momento que las autoridades estaban resueltas á defender la plaza, costase lo que costase. Los civiles estorbaron seriamente los movimientos de las tropas y perjudicaron igualmente los trabajos defensivos. La presencia de una multitud de mujeres y niños durante el bombardeo ocasionó graves preocupaciones á la guarnición, y fué probablemente una de las causas que precipitaron la necesidad de la retirada. En el momento de dicha retirada, las masas interminables de emigrantes civiles que obstruían los caminos contribuyeron en gran parte á hacer posible la captura por los alemanes de una fracción del ejército belga, y á hacer inevitable la retirada y el internamiento y desarme de otra fracción en territorio holandés.



UN OFICIAL DE ARTILLERÍA BELGA EN UN PUESTO DE OBSERVACIÓN

Amberes pasaba por una plaza tan inexpugnable á los ojos de la mayoría de los belgas, que hasta el último momento ni un vecino de cada mil creyó en la posibilidad de la entrega de ella. El ejército creía igualmente á Amberes intangible, y el Estado Mayor participaba de esta confianza. Una ruda y triste desilusión esperaba á todos.

▫

El 25 de Agosto, á la una y once minutos de la madrugada, la Muerte apareció en el aire por encima de Amberes. Yo había pasado una parte de la noche en mi cuarto del hotel San Antonio leyendo un envío reciente de diarios ingleses y americanos. Las campanas de la catedral acababan de sonar la primera hora matinal, cuando apagué la lámpara eléctrica y abrí la ventana. En el mismo instante mi atención fué sorprendida por un extraño zumbido, semejante al de un millón de gruesas moscas que aleteasen sobre mi cabeza. Me incliné sobre la barandilla de la ventana, volviendo la cabeza hacia lo alto, é inmediatamente vi una masa confusa que poco á poco se fué concretando, hasta tomar la forma de un gigantesco cigarro negro, que se perfiló claramente sobre la púrpura aterciopelada del cielo. Sin ser experto en la apreciación de altitudes, me inclino á creer que en el momento que mis ojos encontraron esta cosa, no estaba más que á unos 1.000 pies por encima de mí. Á medida que se fué acercando el ruido anormal, semejante al principio al de un inmenso enjambre de abejas furiosas, su sonoridad se hinchó, hasta parecerse á los primeros estallidos de un automóvil que se pone en



UN DIRIGIBLE ALEMÁN PASANDO SOBRE LA CATEDRAL DE AMBERES

(Dibujo de «The Illustrated London News»)

marcha. Á pesar de la penumbra, no era posible equivocarse. Estaba viendo un zeppelín alemán.

Algo análogo á la caída de una estrella errante describió su trayectoria en el cielo, y un momento después un crujido siniestro, anonadador, hizo temblar el hotel hasta sus cimientos. Las paredes del cuarto parecieron bambolearse en torno mío, y durante uno de esos momentos en los que la consternación os corta el aliento, creí que el enorme edificio iba á desplomarse. Treinta segundos después se produjo el sonido desgarrador de una explosión, luego de otra... luego de otra: diez en total, cada una de las cuales, afortunadamente, tronaba más lejana.

Esto fué tan repentino, tan absolutamente imprevisto, que transcurrió algún tiempo antes de que me diese cuenta exacta de la verdad, ó sea, de que el monstruo que erraba allá arriba, en las tinieblas, era uno de los dirigibles acerca de los cuales se había escrito y discutido tanto, y que se encontraba verdaderamente entre las nubes, ocupado en hacer llover la muerte sobre la ciudad dormida.

El ciego instinto hizo que me precipitase á la puerta, y él me empujó también á lo largo del corredor con el deseo de llegar á la calle, sin pensar que la calle no es un refugio para salvarse de los zeppelines. Pero antes de haber dado veinte pasos recobré mi serenidad: «¿Y si no es un zeppelín?—me dije—. Tal vez he soñado, y mi situación será ridícula si bajo á la calle en pyjama y resulta que nada ha ocurrido. Al menos empecemos por vestirnos.» Y así lo hice. Jamás bombero alguno, respondiendo al toque de alarma, se vistió más aprisa. Después, cuando avancé por los corredores, vi entreabrirse muchas puertas, y los diplomáticos con ojos cargados de sueño, los funcionarios despeinados por la almohada, fueron saliendo para preguntarme si los alemanes nos bombardeaban.

«Así es», contesté sin detenerme. No tenía tiempo para explicarles que por primera vez en la Historia se había dado el caso del bombardeo aéreo de una gran ciudad.

Encontré que el vestíbulo se llenaba rápidamente de gentes apenas vestidas, y cuyos dientes chocaban de emoción. Guiado por el gerente del hotel, y acompañado de una media docena de miembros del cuerpo diplomático en pyjama, subí á toda prisa á una especie de observatorio sobre el techo del edificio. Un agregado de la legación británica, personaje solemne en tiempo normal, llevaba una bata de seda color granate. Cuando empezó á ascender por las barras de hierro de la escala de salvamento del hotel, me hizo el efecto de una sufragista marchando á un motín.

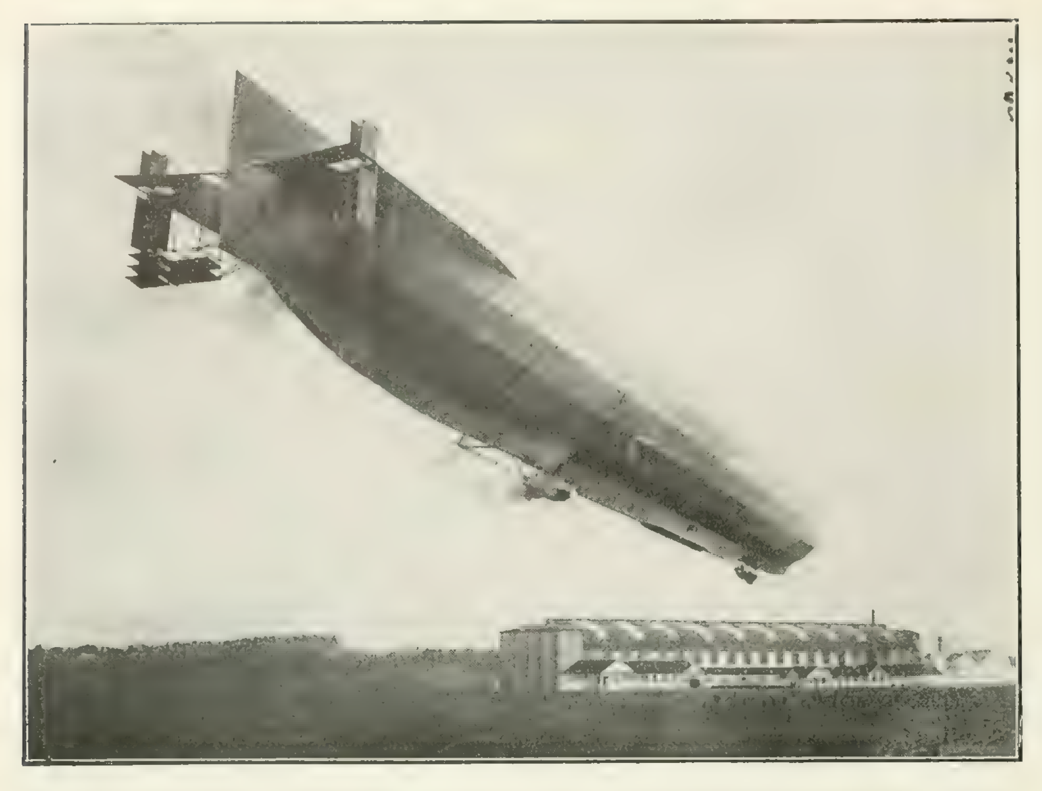
Al llegar todos nosotros al tejado, las ametralladoras y los cañones belgas, tirando en ángulo elevado, apuñaleaban las tinieblas con sus chorros de llamas. Las tropas de la guarnición acribillaban el aire con sus descargas, y en la calle los gendarmes hacían fuego locamente, disparando sus revólvers. Desdeñoso de la consternación y el pánico que había ocasionado, el zeppelín, después de lanzar una bomba final, ganó lentamente altura, desapareciendo en el obscuro espacio.



UN ZEPPELÍN ARROJANDO BOMBAS SOBRE AMBERES EN PLENA NOCHE

(Dibujo de un periodista inglés, testigo presencial)

Los destrozos ocasionados por los proyectiles alemanes fueron casi increíbles. La primera bomba, ó sea la que yo vi caer, hirió á un edificio de la calle de la Bolsa, á 200 metros apenas de mi ventana, en línea recta. No solamente atravesó la techumbre como lo hacen los obuses de una pieza de campaña. Los tres pisos superiores se desplomaron y desmenuzaron hundiéndose entre una ruidosa avalancha de ladrillos, piedra y yeso, lo mismo que si un titán les hubiese asestado un golpe de maza. Otra bomba cayó en la plaza del Peso Público, que es poco más ó menos de las dimensiones del Rusell Square de Londres. El proyectil abrió en el pavimento de adoquines una exca-



UN DIRIGIBLE ZEPPELÍN (Fot. Rol)

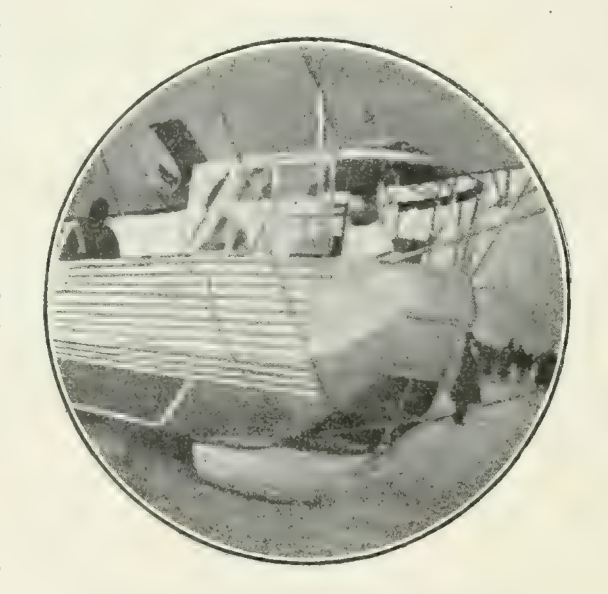
vieron sus ventanas limpias de vidrios.

En ningún campo de batalla he contemplado un espectáculo tan horrible como el que me oprimió el corazón y me hizo casi desfallecer cuando penetré en una de las casas medio destruídas. Saltando por encima de montones de escombros, pude llegar á una habitación donde dormía una pobre joven en el momento del bombardeo. Esta mujer había literalmente volado en pedazos. El suelo, las paredes, el techo, estaban salpicados con manchas de sangre y de... Baste decir que los restos, todavía tangibles, de la infeliz, habían quedado tan desmenuzados, que podían recogerse con una pala. Si insisto en estos detalles repugnantes, es para establecer con claridad que las únicas víctimas del bombardeo aéreo de Amberes fueron gentes pacíficas no combatientes que estaban dormidas.

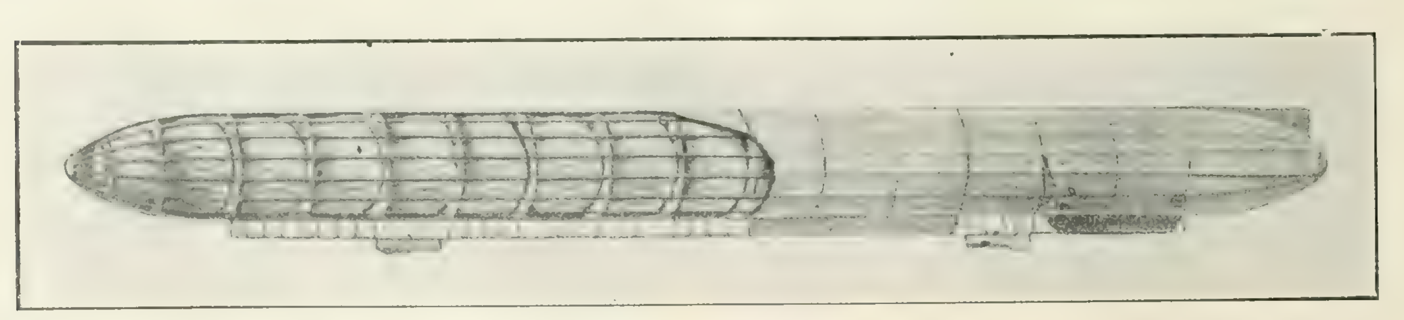
Otra bomba cayó en el techo de la casa de un médico, situada en la elegante calle de los Esgrimidores, matando á dos criadas que dormían en las buhardillas. Otra estalló en un jardín de la calle de Von Bary, hiriendo mortalmente á un hombre y á su esposa. Un niño de pocos años fué convertido en una pasta informe por un proyectil, en una casa de la calle de la Justicia. Otra bomba estalló en el cuartel de la calle Falcón, matando á un guardián é hiriendo á otros dos empleados. Por una feliz coincidencia, el regimiento acantonado en este cuartel había salido para el frente el día

vación en la que cabía un caballo. Un agente de policía, que estaba de guardia en una esquina de la plaza, fué muerto instantáneamente. Otro policía quedó sin las dos piernas, que le fueron arrancadas por la explosión. Seis personas que dormían en las casas inmediatas, murieron destrozadas en sus lechos. Una docena recibieron heridas más ó menos graves.

Todos los edificios cuyas fachadas daban sobre la plaza, quedaron demolidos en parte ó totalmente. Los cascos de acero del proyectil atravesaron los espesos muros de ladrillo con la misma facilidad que una punta de lápiz atraviesa una hoja de papel. Como consecuencia de la fuerte conmoción, todas las casas situadas en un radio de 100 metros



UNA DE LAS BARQUILLAS DEL ZEPPELÍN

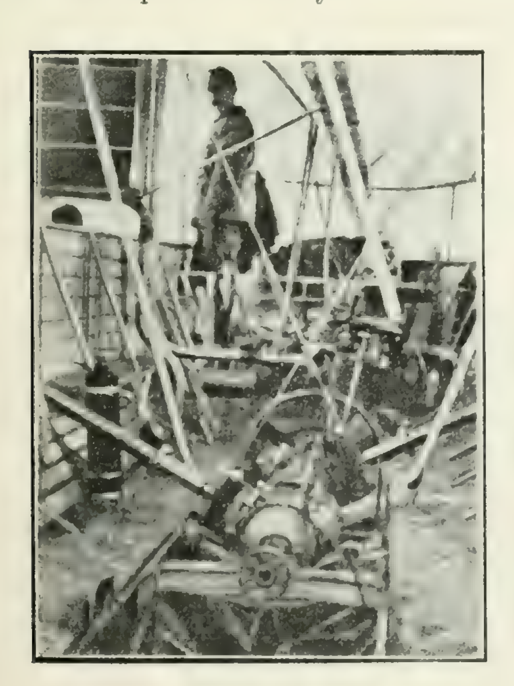


CORTE DE UN ZEPPELÍN MOSTRANDO LOS COMPARTIMIENTOS DE HIDRÓGENO

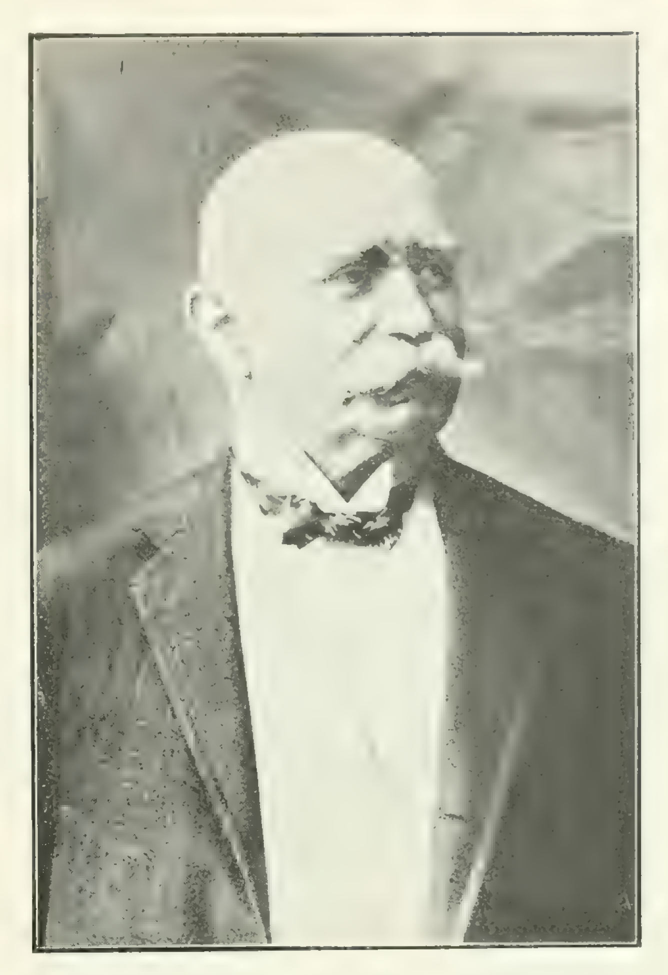
anterior. Una mujer, despertada por la primera detonación del bombardeo, se asomó á la ventana para enterarse de lo que ocurría á impulsos de la curiosidad. Un casco de bomba le arrancó la cabeza. En total: diez muertos, de los cuales seis eran mujeres, y más de cuarenta heridos que consiguieron salvar su vida, menos dos.

Es indudable que los alemanes se proponían matar á la familia del rey en masa y á los miembros del gobierno, para lo cual el zeppelín arrojó sus bombas sobre los edificios ocupados por dichas personas. Una bomba estalló á menos de 100 metros del palacio donde dormía el rey y la reina. Otra, á menos de 200 metros de la residencia del Estado Mayor y del hotel San Antonio, donde vivían algunos ministros y y el cuerpo diplomático.

Como consecuencia de este ataque, Amberes vivió en un estado de violenta nerviosidad. En la noche siguiente y en todas las noches que se sucedieron hasta la entrada de los alemanes, la gente creyó «ver cosas», enormes globos de figura de salchichón, desgranando rosarios de bombas. La autoridad militar—Amberes estaba en estado de sitio—nos oprimió con tales disposiciones, que hasta los hombres más timoratos y austeros empezaron á murmurar. Las medidas de precaución fueron tan rígidas y las prohibiciones tan numerosas, que Amberes, con sus 400.000 habitantes, resultó un lugar tan poco agradable como un cementerio de aldea en un día de lluvia. En las primeras horas de la noche, así que se apagaban los reverberos, quedaban cerrados cafés y restaurants, y la luz se eclipsaba en todas las ventanas. Un débil resplandor, entrevisto á través de un vidrio después de la hora marcada por la autoridad, exponía al imprudente á ser arrestado como espía, culpable de hacer señas al enemigo. Como mi cuarto se encontraba en el tercer piso del hotel y sus ventanas no daban sobre la calle, yo no me cuidé de ocultar mi luz. En la segunda noche después de la visita del zeppelín, el gerente del hotel se precipitó en mi habitación. «¡Por Dios, señor Powell! —gritó con violencia—. Cierre usted inmediatamente la ventana. Los vigías de la torre de la catedral acaban de denunciar que estas ventanas están iluminadas. La policía se ha presentado abajo para hacer averiguaciones.»



UNO DE LOS MOTORES DE LA NAVE

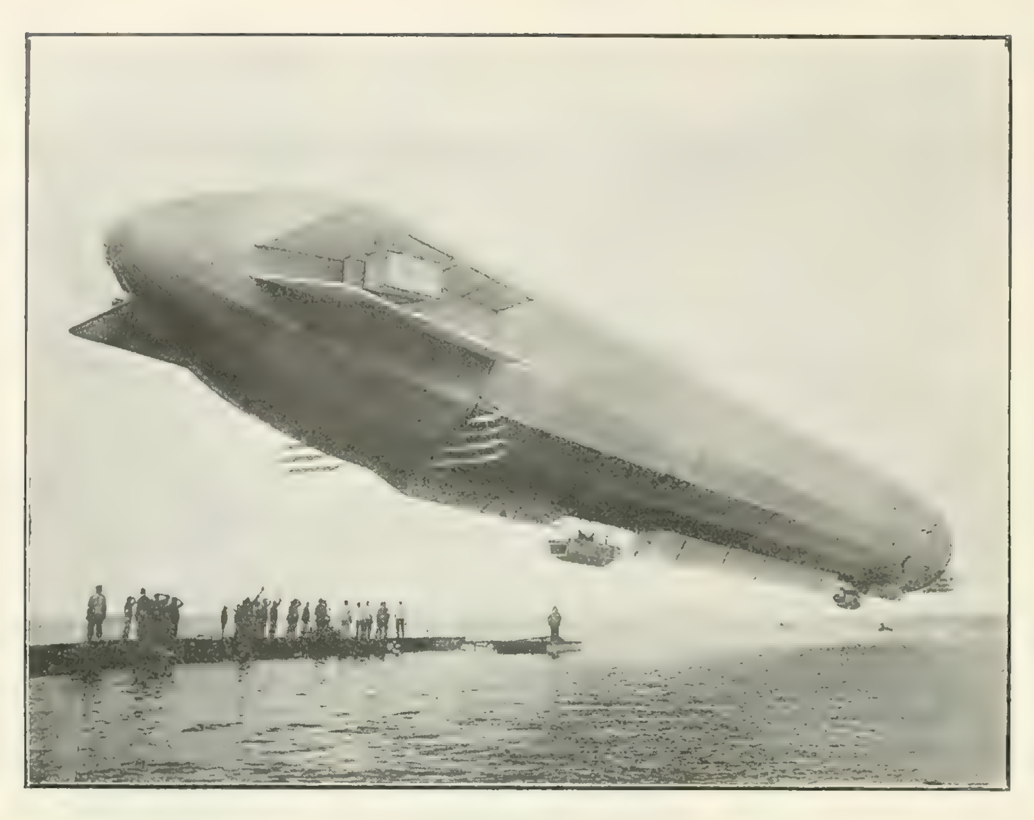


EL CONDE ZEPPELÍN, INVENTOR DE LOS DIRIGIBLES QUE LLEVAN SU NOMBRE

(Fot. Rol)

La obscuridad de Londres y París constituía un resplandor, en comparación con las tinieblas de Amberes. Para orientarme en las sombrías calles y callejuelas, cuando llevaba de noche mis despachos al telégrafo, tenía que marchar á tientas, con el bastón por delante, lo mismo que un ciego. Todavía hizo la situación más intolerable—si es que esto era posible—el escalonamiento de cordones de tropas en torno de los edificios que abrigaban al mundo oficial. Todo el que regresaba á su casa después de cerrar la noche, recibía la brusca invitación de hacer alto viendo un cañón de fusil á corta distancia de su pecho, mientras que otro soldado, á la claridad de una linterna sorda, examinaba sus papeles. Sin estas patrullas, el vacío más absoluto habría reinado en la vía pública, pues restaurants, cafés y salas de espectáculos cerraban sus puertas al comenzar la noche. No quedaba más que un refugio: el hotel.

He oído decir que Amberes se mostró indiferente ante su suerte. No fué esta mi impresión. Jamás he vivido en una atmósfera tan sombría y deprimente. Exceptuando los alrededores del hotel San Antonio á las horas del almuerzo y la comida, y determinados cafés del centro, no se notaba en ninguna parte nada que se pareciese ni remotamente al regocijo. Las gentes dormían poco y mal. Todos iban y venían graves



ZEPPELÍN MANIOBRANDO SOBRE EL MAR

y ansiosos. En las terrazas del café, los que durante el día consumían cerveza ó vino clarete—las bebidas alcohólicas estaban prohibidas—se mostraban silenciosos, inmóviles, como petrificados. Ciertamente que no había motivo para reir. El país sufría una lenta estrangulación. Las tres cuartas partes de su suelo estaban bajo el talón del invasor. Una bandera extranjera, una bandera odiosa, flotaba sobre la capital. El rey y el gobierno vivían como desterrados, vagando de población en población. Personas que un mes antes eran prósperos tenderos ó ricos industriales, se encontraban ahora en plena quiebra, espiando de dónde les podría llegar el billete de 100 francos. Otros se habían visto obligados á arrasar hasta los cimientos sus bonitas viviendas de las afueras, rodeadas de florido jardín, para que el enemigo no encontrase en su interior un refugio ante el cañón belga. Aunque las tiendas permanecían abiertas en Amberes, no entraban en ellas compradores, pues las gentes carecían de dinero ó lo guardaban ávidamente para el día de la ruina, de la proscripción y la fuga. No; verdaderamente no había motivo para sonreir en Amberes.

Sin embargo, ocurrían incidentes divertidos. Todas las situaciones, aun las más trágicas, ofrecen algo de ridículo, si se las examina bien. Después de la primera agresión aérea, los directores del hotel San Antonio prepararon dormitorios en las bodegas. Un siglo antes el edificio había sido un convento, y sus cuevas ofrecían todas las condiciones que convienen á una buena bodega monástica: espesor de murallas, humedad y florecimiento musgoso. Á pesar de estos inconvenientes, los tales departamentos eran tan buscados por el personal diplomático como las mesas de la sala de las palmeras en el Savoy-Hotel de Londres durante la *season* elegante. Desde la ventana de mi habitación, que daba á un patio, veía á los habitantes del subterráneo emerger con precaución poco después del alba, lo mismo que trogloditas que salen de sus agujeros.

Á medida que el sitio de la ciudad fué progresando y la artillería alemana se aproximó, los habitantes de los barrios centrales se apresuraron á cambiar de domicilio. Un día escuché cómo un personaje importante decía á un amigo:

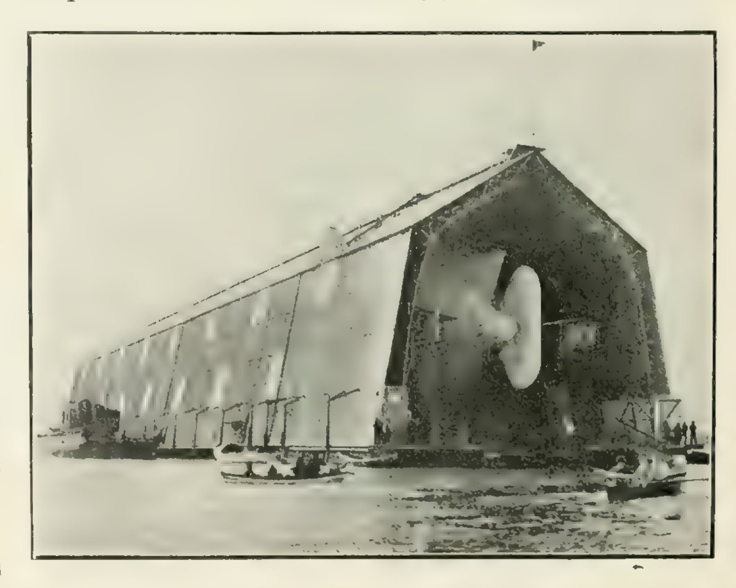
—Voy á cambiar de hotel hoy mismo.

—¿Por qué?

—Porque mi hotel está á 30 metros de la catedral.

Hay que decir, si es que lo ignoráis, que la famosa catedral, la eminencia más alta de Amberes, resulta visible en un día claro á 20 kilómetros, y que vivir á su sombra durante el bombardeo equivalía á buscar un refugio bajo el árbol único de un campo, en el curso de una tempestad abundante en rayos.

Hay que reconocer que las precauciones tomadas en previsión de un retorno ofensivo de los zeppelines, no fueron inoportunas. La prueba de esto la proporcionó el fiasco completo de un nuevo bombardeo aéreo, intentado en la segunda quincena de Septiembre. Un dirigible alemán, igual al anterior, voló sobre la ciudad á favor de la noche. Gracias á la total ausencia de iluminación, los tripulantes del zeppelín no pudieron orientar sus tiros, y la media docena de



HANGAR MARÍTIMO DE UN ZEPPELÍN





Dibujo de H. W. Koekkoek, de «The Illustrated London News»

La artillería belga batiéndose en Malinas con la artillería alemana

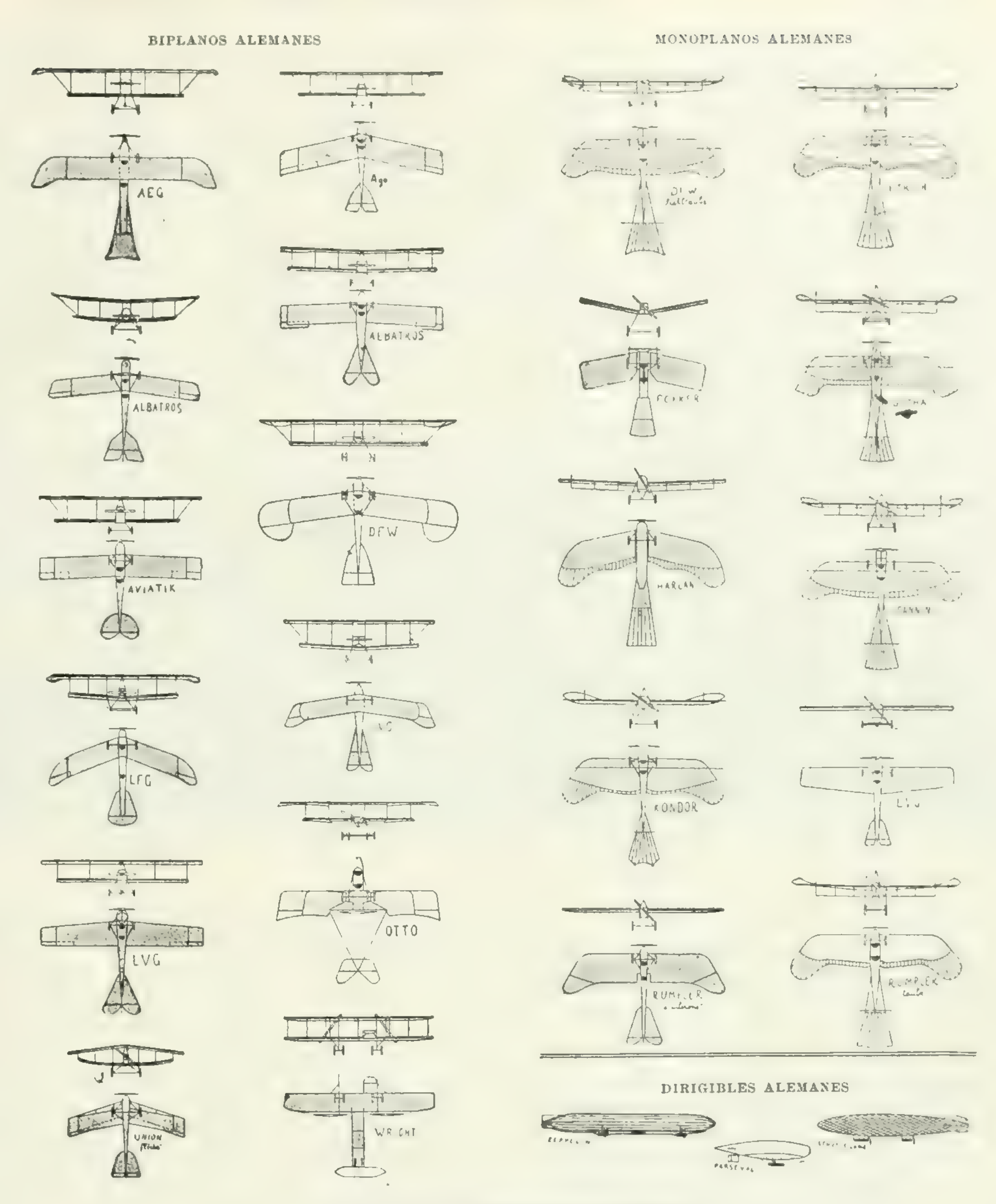


ue sirviéndose de balones cautivos regula el tiro de sus cañones



bombas que arrojaron cayeron en los arrabales sin hacer daño alguno. Además, esta vez los belgas estaban en guardia, y el fuego de su artillería vertical hizo pasar á los alemanes del dirigible un desagradable cuarto de hora.

Algunos oficiales belgas me han afirmado que las bombas eran lanzadas con la ayuda de una ingeniosa combinación que proporcionaba una seguridad relativa al navío aéreo y el máximun de exactitud al tiro de los bombardeadores. Según estos informes, el dirigible hace alto en el aire, en cuanto le es posible, encima de la ciudad ó los fuertes que desea atacar, y á una altura que le ponga á cubierto del fuego de los cañones ó la fusilería. Después deja caer un cable de acero de 1.000 pies, aproximadamente, al extremo del cual queda suspendido en el vacío un cesto de alambre que puede contener á un hombre con su provisión de proyectiles. Esta jaula representa un blanco tan insignificante, que es dificilísimo que la artillería pueda alcanzarla. Además, aunque un proyectil la destruya, el navío aéreo escapa indemne y sólo pierde un hombre de su tripulación, que cae acompañado de su provisión peligrosa de bombas. Esto sin contar que el zeppelín, provisto cuando menos de dos jaulas con dos juegos de cables, puede repetir su operación después de la caída de una de ellas.



AEROPLANOS Y DIRIGIBLES ALEMANES

Esquemas de Mr. Besançon para el Aero-Club de Francia, publicados por el «Aerophile»

Yo no garantizo, sin embargo, la existencia de este ingenioso aparato. El zeppelín que vi en funciones no estaba seguramente provisto de él. Sin embargo, sus tripulantes no lanzaban los proyectiles directamente con la mano, sino á través de un tubo.

Aunque las expediciones de los zeppelines no hayan producido efecto sobre las tropas y las fortificaciones, hay que reconocer que los aviadores alemanes establecieron desde el principio en la guerra aérea procedimientos prácticos é ingeniosos. Durante la batalla de Vilvorde, por ejemplo, los dirigibles germánicos, volando sobre las posiciones belgas, guiaron el fuego de los artilleros terrestres con una notable precisión. Los observadores de arriba estudiaban con la ayuda de poderosos gemelos el efecto de los obuses alemanes, y luego con la ayuda de un gran disco al extremo de una cuerda, que subían ó descendían á voluntad, iban reproduciendo los términos del código de señales: «Tirad más alto... Tirad más bajo... Á la derecha... Á la izquierda.» De este modo guiaban á los artilleros, incapaces de percibir su blanco y el efecto de su fuego. En Vilvorde, este sistema dió por resultado que la artillería teutona, instalada detrás de un talud de ferrocarril que la impedía ver, pudiese cañonear sin error á una columna de infantería en retirada, y destrozarla con una docena de tiros bien ajustados. En el curso del ataque supremo de Amberes, belgas é ingleses no pudieron cambiar de emplazamiento un batallón ó una batería, sin que una granizada de obuses cayera inmediatamente sobre el nuevo terreno escogido.

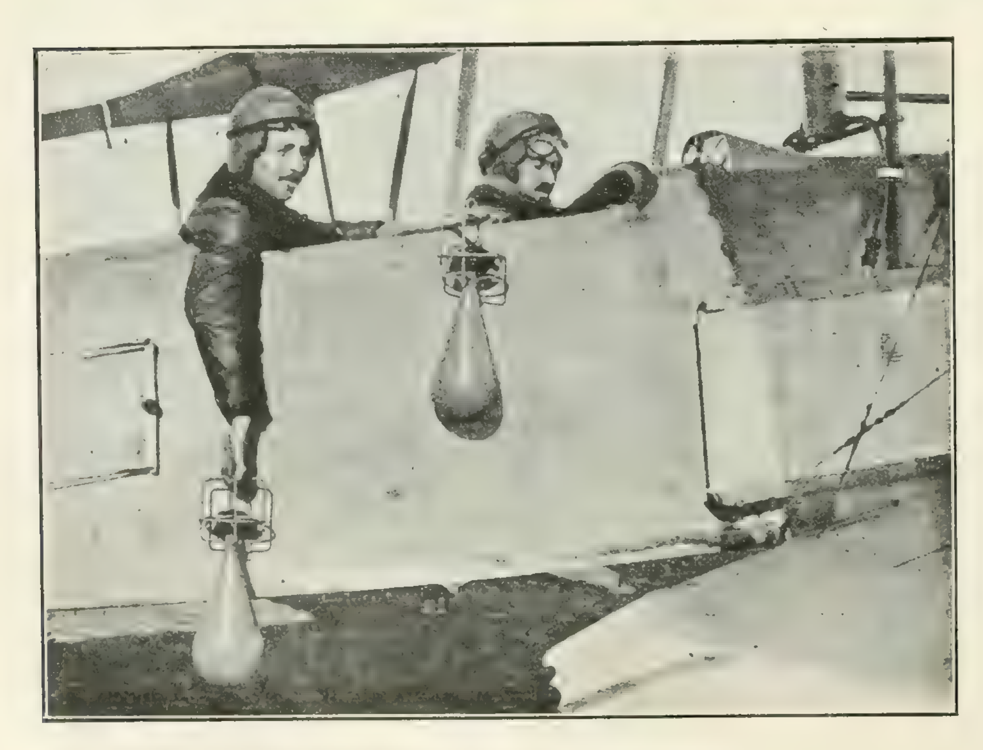
Durante las operaciones en torno de la ciudadela

UN DIRIGIBLE ALEM

de Amberes, los «taubes», aeroplanos alemanes que tienen la forma de una paloma y á esto deben su nombre (taube significa *paloma* en alemán), rivalizaron en la ejecución de audaces reconocimientos. Un día que estaba yo con el Estado Mayor en Lierre, uno de estos taubes pasó sobre el Hotel de Ville, donde dicho Estado Mayor se había instalado. El rey Alberto se hallaba justamente en la calle, fumando uno de esos cigarros belgas que á él le gustan: siete por un franco.

—¡Y los alemanes llaman á eso una paloma!—exclamó el rey con los ojos fijos en el aeroplano—. Más bien parece un halcón.

Algunos días antes de la caída de Amberes un taube se deslizó sobre la ciudad, lanzando miles de proclamas en francés y en flamenco, firmadas por el comandante del ejército sitiador. En ellas anunciaba el jefe alemán á los sitiados la inutilidad de su resistencia, haciendo saber á las tropas belgas que al combatir contra Alemania hacían el juego de Rusia, y exhortándolas á deponer las armas. Una granizada de shrapnells lanzados por los cañones de los fuertes saludó al avión, sin otros efectos que la muerte de dos paseantes inofensivos alcanzados por los cascos de los proyectiles.



LANZANDO BOMBAS DESDE UN AEROPLANO

Se supone generalmente que un aviador puede ver lo que pasa debajo de él con la misma facilidad que si mirase desde un edificio elevado. Esto es exacto cuando el aviador puede circular á 100 metros del suelo tranquilamente; pero no ocurre lo mismo cuando vuela sobre tropas enemigas que lo saludan con descargas de ametrallado-

IENDO DE SU HANGAR (Del «Scientific American»)

ra y de fusil. Al efectuar un reconocimiento, los aviadores se ven obligados á mantenerse á 1.000 ó 1.500 metros, y desde esta altura las observaciones resultan difíciles, pues vistos á través de los lentes más poderosos, los objetos toman las formas más anormales y desconocidas. Los aviadores belgas me han asegurado que temen más el fuego de fusilería que las explosiones de los shrapnells. La fusilería resulta mucho más eficaz, más mortal para el movible aeroplano, pues abarca un radio mayor que el cañón.

▫

Los belgas hicieron en las dos Flandes un empleo del automóvil más extenso y fructífero que ningún otro país. Al surgir la guerra, una de las primeras medidas de la autoridad militar fué la requisa de todos los autos y motocicletas, así como del petróleo existente en el reino. Todos los transportes militares se efectuaron exclusivamente con vehículos de motor, dando este sistema excelentes resultados. Cuando íbamos al frente, reconocíamos la proximidad del ejército por el número prodigioso de automóviles que bordeaban los caminos, á varios kilómetros de la retaguardia de cada división.

Todo lo que estaba montado sobre cuatro ruedas y accionado por un motor—diminutos carruajes americanos, largos y estrechos vehículos de carreras, suntuosas limosinas con las portezuelas ornadas de escudos nobiliarios, jardineras de comercio llevando el rótulo de negociantes de Amberes, Gante ó Bruselas, camiones que habían servido normalmente para el transporte de maderas ó de bovinas de papel para



AEROPLANO ARMADO DE AMETRALLADORA PARA LA LUCHA EN LOS AIRES

impresión, autobus de hotel—todo había sufrido la misma suerte, y estaba embadurnado con una capa de color gris elefante, y la etiqueta S. M. (Servicio Militar) en caracteres de enormes dimensiones. Todo partía para el frente, muchas veces bajo la dirección de un chófer novicio, y los aficionados al automovilismo gemían al ver cómo eran tratados ciertos carruajes. Sin embargo, todos cumplieron su misión. Funcionando por término medio á 20 kilómetros por hora —velocidad excepcional para los transportes militares—, sólo sufrieron raros accidentes, remediados en seguida por el automóvil de reparaciones. Antes de la guerra, el ejército belga no tenía un servicio de transportes digno de este título. Pero no habían sido reducidos aún al silencio los fuertes de Lieja, cuando Bélgica se vió tan bien proveída de material de transporte, como el mejor país de Europa.

Este servicio tenía por cuartel general el Parque de Automóviles Militares, establecido en los muelles de la compañía de navegación la «Red Star» de Amberes. Siempre había allí un centenar de vehículos de reserva con todo el material accesorio necesario. Desde el momento que el gobierno ponía un carruaje á vuestra disposición, la esencia, las piezas de recambio, etcétera, podían obtenerse gratuitamente con sólo firmar unos bonos impresos. Primeramente me dieron un 60 caballos de viaje; luego, cuando empezó el mal tiempo, obtuve una limosina tan grande, que podía servirme de alcoba; finalmente cambié este vehículo cómodo, pero difícil de manejar en los caminos, por una berlina de 90 caballos. Este carruaje, que todo Amberes me envidiaba, acabó—y siento mucho el decirlo—por caer en manos de los alemanes.

DESTROZOS CAUSADOS EN UNA CASA DE AMBERES POR LAS BOMBAS DE UN ZEPPELÍN

Aunque franceses y alemanes habían hecho durante años numerosos ensayos de diversos tipos de autos blindados, los belgas, que jamás habían estudiado seriamente la cuestión, fueron los primeros en producir y explotar un vehículo de esta especie, verdaderamente práctico. Los automóviles armados que emplearon al principio de la guerra estaban construídos por los talleres de La Minerva, en Amberes, y consistían en una torrecilla redonda, alta, lo preciso nada más para que solo la cabeza y los hombros del soldado que manejaba la ametralladora quedasen expuestos al fuego enemigo. La torrecilla estaba cubierta de placas de acero de media pulgada y montada sobre un chasis ordinario. Después de la desastrosa sorpresa de Herenthals, en la que perdieron la vida el joven príncipe de Ligne y sus tres compañeros, tripulantes de un auto-ametralladora, los constructores se dieron cuenta de que estos carruajes estaban insuficientemente protegidos, y para remediar tal defecto, colocaron sobre la torrecilla una cúpula móvil con ventana para la boca del cañón.

Estos vehículos temibles, que se reían de las balas y hasta de los shrapnells, no tardaron en ser la pesadilla de los alemanes. Conducidos por los más fogosos chófers de Bélgica, maniobrados por jóvenes que tenían el diablo en el cuerpo, y armados con cañones automáticos que esparcían el plomo á razón de mil proyectiles por minuto, las fortalezas rodantes se arrojaron á través de las líneas enemigas, diezmando á una avanzada, tendiendo en el suelo con sólo una descarga á una patrulla de caballería, dinamitando un puente ó un túnel para dificultar las comunicaciones del invasor; después de lo cual volvían á refugiarse en las líneas belgas, cuando el enemigo aun no había acabado de darse cuenta de la cruel aventura.

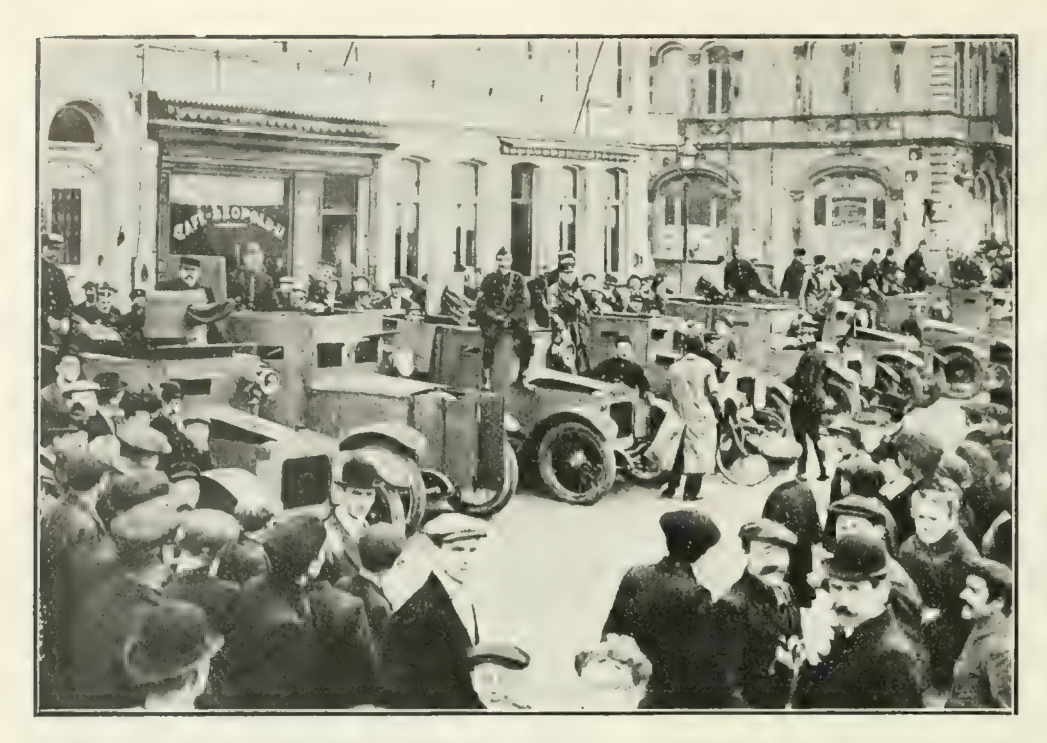
Yo fuí testigo de un acto de audacia tranquila de estos conductores y servidores de ametralladora-automóvil en el curso de los combates librados en torno de Malinas. Derecho sobre un terraplén del ferrocarril, observaba la retirada de la retaguardia belga bajo un fuego mortal, cuando un auto blindado, con la estrecha boca de su ametralladora asomando por la abertura de la torrecilla, pasó ante mí á una velocidad de 25 kilómetros por hora. El auto escupía sin cesar descargas de plomo homicida, y así fué solo al encuentro de los alemanes que avanzaban... Pero á algunos centenares de metros de la línea enemiga el vehículo fué disminuyendo su marcha, hasta quedar inmóvil. La provisión de esencia del motor se había agotado. Inmediatamente, un soldado de su tripulación echó pie á tierra con una lata de esencia en la mano, y mientras la ametralladora seguía haciendo fuego, se dedicó á llenar tranquilamente el depósito.



LA CARTA DEL CARDENAL MERCIER

Un soldado alemán está al pie del púlpito con bayoneta calada para impedir la lectura de la carta del Cardenal. El sacerdote belga dice: «Aquí la tengo... Pero no la leeré ya que está prohibido»... Y no la lee, pero la comenta largamente

(Dibujo de Lucien Jonas, en la «Guerre des Nations»)



AUTOMÓVILES BLINDADOS DEL EJÉRCITO BELGA (Fot. Rol)

desde muy lejos, las fortificaciones de los belgas y la misma ciudad, sin que los defensores les pudiesen oponer una resistencia seria.

Aunque Amberes fué una plaza sitiada desde muchas semanas antes de su caida, solamente al principio de la última semana de Septiembre los alemanes se dedicaron con ahinco á la destrucción de las fortificaciones belgas. Pero cuando se decidieron á esta ofensiva, sus poderosas piezas de sitio batieron los fuertes con la misma asiduidad implacable que el martillo-pilón de una fragua bate la barra de hierro.

El Estado Mayor belga supuso en este momento que el enemigo empleaba los mismos *howitzers* ó morteros gigantes que habían demolido los fuertes de Namur; pero según se averiguó más tarde, esto era un error. Los fuertes de Amberes sucumbieron bajo las baterías de sitio austriacas, servidas por artilleros austriacos.

Las piezas de estas dimensiones enormes sólo pueden operar, como es sabido, sobre gruesas plataformas de cemento, especialmente preparadas. Las tales plataformas fueron construídas durante el mes anterior—como supimos luego—detrás del terraplén del ferrocarril que va á Malinas y Lovaina. Así se explica la tenacidad con que los alemanes defendieron la posesión de esta línea contra todas las tentativas de los belgas para desalojarles. En esta última fase del ataque de la plaza los alemanes tiraban á una distancia de ocho kilómetros, mientras que ninguna de las piezas belgas pasaba más allá de seis kilómetros. Añadid á esto la notable precisión del tiro alemán, dirigido por el personal aerostático, y las propiedades eminentemente destructivas de los explosivos de sus obuses, más terribles que la cordita y la melinita, y comprenderéis hasta qué punto la defensa de la plaza belga fué fatalmente ilusoria.

Resultan indescriptibles en toda su horrorosa grandeza las escenas de que fuimos testigos á lo largo del sector Lierre-Wavre-Santa Catalina-Waelhem, donde los alemanes concentraron sus ataques.

Bajo un cielo lívido se elevaban pilastras de humo rosadas y grises, reflejando las llamas de las aldeas que ardían. El espacio temblaba con los rugidos de los obuses y la explosión de los shrapnells. Al gruñido profundo de los cañones de fortaleza y al colérico ladrido de las baterías de campaña belgas, respondían por intervalos las sonoridades aplastantes de las terribles bombas explosivas alemanas.

Las balas desgarraban y levantaban la tierra en torno de él, ó sonaban como granizo contra la torre de acero. El belga no se apresuró por esto, temiendo hacer su trabajo á medias. Yo, que lo seguía de lejos con mis gemelos de campaña, experimentaba una emoción más viva que él. Cuando el depósito quedó lleno... he aquí que el automóvil empieza á resistirse á marchar hacia atrás. Era un vehículo grande, y el camino, muy angosto, estaba bordeado de fosos profundos. Fué un milagro que el hábil chófer consiguiese al fin dar media vuelta. Precisamente en este momento los artilleros alemanes habían conseguido ajustar su puntería contra el auto, y los shrapnells empezaron á llover en torno de él. El chófer, impasible, siguió maniobrando con la misma frialdad que si estuviese en tiempo normal haciendo dar media vuelta á una limosina elegante en una amplia calle. Al fin, el vehículo se puso en postura para un retirada en línea recta, y los belgas saludaron á los alemanes con un bramido irónico de su sirena al regresar hacia Amberes.

▫

Los que conocéis los encuentros del boxeo entre profesionales, imaginaos un campeón de gran peso y con los brazos de una longitud anormal teniendo á otro luchador de peso ligero agarrado con una mano, mientras lo golpea con la otra á su voluntad. Que el más pequeño de los atletas no tenga miedo y que aproveche todas las ocasiones para asestar á su formidable antagonista una patada ó un puñetazo, esto no puede ejercer ninguna influencia decisiva sobre el resultado final de la lucha. He aquí la imagen precisa de lo que ocurrió en el sitio de Amberes. El alcance y el calibre enormemente superiores de sus piezas de sitio permitieron á los alemanes convertir en migajas,

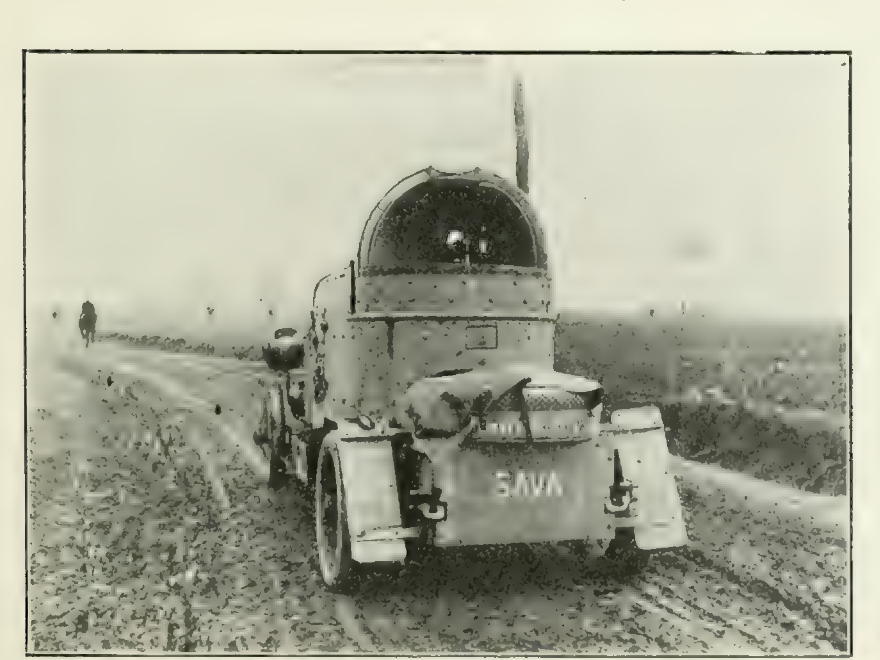
Cuando una de estas bombas, apodadas por los soldados, á causa de su ruido, «el exprés de Amberes», caía en un campo, levantaba un chorro de tierra de 60 á 70 metros de altura. Si caía en el río ó en un canal, era una tromba de agua lo que proyectaba hacia el cielo. Si se desplomaba sobre una aldea, la aldea entera desaparecía.



AMETRALLADORA BELGA MONTADA EN UN AUTOMÓVIL BLINDADO (Fot. Rol)

Mientras nosotros seguíamos el bombardeo desde una altura inmediata al camino de Waelhem, un obús estalló en la aldea de Waerloos, cuyas casas de ladrillos rojos se agrupaban casi á nuestros pies. Pasados unos minutos un rosario de aldeanos fugitivos se extendió por el pavimento de la carretera. Iba al frente un campesino con la cara pálida, como si fuese de ceniza, empujando una carretilla. Agarrada á uno de sus brazos caminaba una mujer lanzando lamentos. Sobre la carretilla, en lo alto de un montón de artículos caseros recogidos á toda prisa, yacía inerte el cadáver de un niño recién muerto. No podía tener más de siete años. Sus piernecitas con pantalones cortos, sus zapatos usados por los juegos infantiles, emergían con una actitud casi grotesca entre los muebles y trapos de su casa, amontonados en el carrito. Apartando las ropas, pudimos ver dónde el obús había alcanzado al pequeño muerto. Al lado de éste iba extendida una hermana suya, un bebé de tres años. La sangre corría por una de sus mejillas, en la que había recibido un casco de obús. Su manecita se crispaba convulsivamente oprimiendo todavía un juguete: un corderito de lana que había sido blanco, pero que ahora se iba tiñendo lentamente de rojo. Alguien, no recuerdo quién, se quitó el sombrero y lo pasó á la redonda. Todos quisimos manifestar nuestra compasión, arrojando en el sombrero algunas piezas de moneda. Después de un breve alto el triste cortejo reanudó su marcha. El padre siguió empujando obstinadamente la carretilla, con su lamentable carga; una carretilla que en adelante iba á ser el único hogar, la única fortuna de la familia.

Uno de los actos de mayor bravura que yo he presenciado durante el bombardeo de Waelhem, lo realizó una dama norte-americana, Madame Winterbottom, casada con un oficial inglés. Cuando este oficial partió para hacer la guerra en Francia, como los jefes no permitían mujeres en el campamento, su esposa, que deseaba ir también al frente, se dirigió á Bélgica, en un auto que dirigía ella misma, poniéndose al servicio de una ambulancia inglesa. Luego que el fuerte de Waelhem fué reducido al silencio por los grandes cañones alemanes, y la parte transportable de su guarnición pudo retirarse, el cuartel general de las ambulancias recibió la noticia de que muchos soldados belgas, gravemente heridos, habían sido abandonados en el fuerte por falta de medios de transporte, y perecerían seguramente si alguien no iba á socorrerlos. Para llegar al fuerte era preciso atravesar dos kilómetros de terreno removido en todos sentidos por los obu-



AUTOMÓVIL BLINDADO BELGA (Fot. Meurisse)



LA HEROICA DAMA NORTE-AMERICANA MADAME WINTERBOTTOM

ses. Antes de que los jefes de ambulancia hubiesen adoptado una resolución, un gran automóvil gris se deslizó como una flecha por el camino, mostrando la gracil silueta de Madame Winterbottom inclinada sobre el motor, con la rueda entre las manos. Sobre el estribo iba su chófer inglés, y sentado junto á ella mi pequeño fotógrafo, el intrépido Thompson. Á pesar de que el aire estaba lleno de vellones de humo blanco, semejantes á bolas de lana, que emanaban de la explosión de los shrapnells, la valerosa señora—según me dijo luego Thompson—mostró la misma calma que cuando descendia el domingo por una avenida elegante de Boston. Así llegaron, bajo la lluvia de obuses, hasta el fuerte. Allí la caída de los proyectiles era mucho mayor. La señora Winterbottom llenó el auto de heridos y volvió tranquilamente en busca de las líneas belgas, salvando su cargamento que chorreaba sangre.

Thompson se quedó en el fuerte por entusiasmo profesional, para tomar algunas fotografías de palpitante interés. Al anochecer regresó á la aldea de Waelhem, encontrándose con un regimiento de infanteria belga. Thompson reconoció en uno de los soldados á un antiguo mozo de un hotel de Nueva York, que luego había sido empleado como guía é intérprete inglés en los combates de Termonde. Este amigo de ocasión condujo al fotógrafo á una taberna, donde se habia alojado un destacamento, le dió de cenar y luego le ofreció una cama de paja en el suelo. Poco después de media noche un terrible obús de 420 cayó sobre la casa. De los soldados que dormian en la misma pieza de Thompson, nueve murieron instantáneamente, hechos pedazos, y quince en el piso superior, figurando entre éstos el antiguo camarero de Nueva York. Mi fotógrafo me contó después que cuando el techo se vino abajo, lloviendo en torno de él cadáveres despedazados, se precipitó fuera de la casa, corriendo por las calles con las manos en alto y gritando como un loco. Al poco rato encontró á un oficial conocido suyo, y corrieron juntos para salir cuanto antes de la aldea condenada. En el mismo momento un proyectil, lanzado por uno de los cañones alemanes de sitio, atravesó con un ruido de trueno todo lo largo de la calle rectilínea, pasando algunos metros por encima de sus cabezas. El desplazamiento del aire provocado por su paso fué tan violento, que los dos cayeron al suelo. Thompson comparó esta sensación á la que se experimenta estando al borde del andén de una pequeña estación del campo, mientras pasa un gran expreso á toda velocidad. Cuando los dos recobraron una cal-



CASAS INCENDIADAS POR LA ARTILLERÍA ALEMANA EN LOS ARRABALES DE AMBERES

(Fot. Rol)

ma relativa, el fotógrafo, para darse ánimos, sacó del bolsillo dos cigarros, ofreciendo uno al oficial. La terrible sacudida hacía aún temblar sus manos, hasta el punto de que gastaron la mitad de una caja de fósforos antes de conseguir encender sus cigarros.

El más extraordinario incidente que pude presenciar durante el bombardeo de los fuertes avanzados de Amberes, fué la fuga de las dementes pensionistas del manicomio establecido en Duffel. El establecimiento abrigaba 300 mujeres con enfermedades mentales, muchas de ellas locas furiosas. Las monjas que cuidaban de ellas las condujeron, con la ayuda de algunos soldados, hasta un tren que las esperaba; pero para esto tenían que atravesar un kilómetro de terreno, sin abrigo alguno, y bajo una lluvia de obuses. No olvidaré jamás el espectáculo de esta procesión tumultuosa, caminando trabajosamente á través de los campos devastados por el bombardeo. Con sólo unos segundos de intervalo, un obús estallaba delante ó detrás de ella, produciendo un estrépito ensordecedor. Á pesar de los frenéticos esfuerzos de las religiosas y los soldados, las locas se negaban á acelerar el paso, y parecían gustar del espectáculo. Cada vez que estallaba un proyectil, algunas lanzaban gritos y otras se sentaban en el suelo ó intentaban correr; pero la mayoría de ellas aullaban de alegría, reían y chocaban las manos con ruidoso aplauso, lo mismo que niñas maravilladas por un hermoso espectáculo. Los soldados juraban, empujándolas para que siguiesen adelante. Las religiosas las exhortaban con sus dulces voces suplicantes para que corriesen, corriesen, corriesen. Los que seguíamos con los ojos este drama, nos imaginábamos que muy pocas de estas desgraciadas conseguirían salvar su existencia. Ni una sóla murió; ni una sóla fué herida. Los árabes dicen la verdad: «Hay un Dios para los locos.»



CURA BELGA ACOMPAÑANDO Á LOS SOLDADOS HERIDOS CAMINO DE UNA AMBULANCIA (Fot. Meurisse)

Otro de los rasgos conmovedores de la campaña de Flandes fué el heroísmo de los sacerdotes y miembros de las congregaciones religiosas. Curas de pueblo con sotana y sombrero de teja, monjes con sandalias y hábito burdo, aparecían en todos los lugares de peligro. Los he visto en las trincheras exhortando á los soldados á morir por la patria y el rey; los he visto ir al campo de batalla con camillas para recoger á los heridos bajo un fuego que obligaba á los veteranos á buscar un refugio; los he visto en los pueblos, ante un diluvio de bombas, ayudar en su fuga á



UN CURA BELGA SIGUIENDO Á LAS TROPAS DE SU PATRIA (Fot. Rol)

los viejos y los enfermos; los he visto en los hospitales recogiendo las palabras supremas de adiós y administrando los sacramentos á los moribundos.

En la tarde del 3 de Octubre el porvenir de Amberes se ensombreció de un modo alarmante. Los fuertes del sector Lierre-Waelhem habían sido reducidos al silencio por la artillería gruesa de sitio, y un fuerte ejército alemán, pasando por esta brecha recién abierta, pudo franquear el río Nethe, no obstante la tenaz defensa de los belgas. Después de quince días de lucha continua, la guarnición de Amberes estaba anonadada por la fatiga. Los hospitales desbordaban de heridos; sobre la ciudad parecía pasar una nube de duelo y desesperanza. Aunque la autoridad procuraba que no circulasen noticias exactas de la situación, la muchedumbre se daba cuenta instintivamente de la inminencia de un desastre.

Al anochecer, cuando yo entré en el Hotel San Antonio, volviendo del frente de combate que sólo estaba ya á seis kilómetros de la ciudad, el gerente me interpeló en el momento que tomaba el ascensor.

—¿Usted también va á partir, señor Powell?—me dijo en voz baja.

—¿Partir?... ¿Adónde y con quién?—repliqué yo vivamente.



MR. WINSTON CHURCHILL

El director del hotel pareció algo confuso.

—¿No sabe usted la noticia?... Los miembros del gobierno y del cuerpo diplomático parten para Ostende en un vapor especial mañana á las siete de la misma. Así acaba de decidirse en consejo de ministros. Pero no diga usted nada de esto. Nadie debe saberlo hasta después de la partida.

Recuerdo que al atravesar los corredores, camino de mi habitación, percibí cierto olor de humo. Después supe que el ministro de Inglaterra, Sir Francis Villiers, y su secretario, quemaban papeles en las habitaciones ocupadas por la legación británica. El ministro de Rusia, que vigilaba la preparación de sus maletas en el *hall*, se detuvo para despedirse de mí. Comprenderéis mi sorpresa cuando á la mañana siguiente, yendo á tomar mi desayuno, me encontré con el conde Goblet de Alviella, vicepresidente del Senado belga y ministro de Estado, que salía tranquilamente del comedor.

—¡Cómo! ¿Aquí todavía, conde?—exclamé—. Yo le suponía á estas horas navegando hacia Ostende.

—Este era nuestro proyecto—explicó el venerable hombre de Estado—, pero esta madrugada, á las cuatro, el ministro de Inglaterra nos ha avisado á todos que Mr. Winston Churchill, ministro de la Marina inglesa, ha partido para Amberes, y nos ruega que le esperemos.

Á la una de la tarde un gran auto de turistas lleno de oficiales de la marina inglesa entró en la plaza de Meir acompañado por el ronco son de su sirena, viró por el estrecho Mercado de los Zapatos, é hizo alto delante de nuestro hotel. Antes que quedase completamente inmóvil, una de sus portezuelas se abrió violentamente, dejando paso á un personaje de aspecto juvenil, con el rostro afeitado, los cabellos de un rubio gris, color de arena, las espaldas algo encorvadas y vistiendo el uniforme de diario de los oficiales de marina. De un salto entró en el vestíbulo, lleno á esta hora del *lunch* de oficiales de Estado Mayor belgas, franceses é ingleses, de diplomáticos, políticos y corresponsales de periódicos. Al entrar, extendió los brazos hacia delante, con el gesto nervioso y típico del que desea abrirse camino á través de una muchedumbre compacta. Fué una entrada de las más dramáticas. Me recordó instintivamente la escena decisiva de ciertos melodramas, en la que surge el héroe con la cabeza al aire sobre un caballo blanco de espuma y salva á la heroína en peligro.

Mientras que el ministro Churchill almorzaba con el ministro de Inglaterra y el personal de la legación británica, dos corresponsales de diarios ingleses lo abordaron pidiéndole permiso para celebrar una interviú.

—¡No diré una palabra!—gritó el ministro de Marina dando un puñetazo en la mesa—. Vuestro sitio no está en Bélgica. Debéis iros de aquí cuanto antes.

Mi mesa estaba cerca de la del ministro, y como oí perfectamente la súplica y la descompasada réplica, nc pude menos de dirigir en voz alta á uno de mis

amigos la siguiente reflexión:

—Si Mr. Churchill me hablase á mí de ese modo, yo le contestaría: «Mi sitio está en Bélgica tan perfectamente como el de usted, señor ministro, lo estuvo en Cuba cuando era simple corresponsal de periódicos durante la guerra hispano-americana.»



LOS MARINOS INGLESES EN AMBERES (Fot. Rol)

Una hora después estaba yo hablando con Mr. Devos, burgomaestre de Amberes, y otros personajes, cuando el ministro Churchill pasó junto á nosotros, dirigiéndose á su habitación. Parecía tener mucha prisa. El burgomaestre le detuvo, le dijo quién era, y explicó sus inquietudes acerca de la suerte de la ciudad. Antes de que hubiese acabado, el ministro de Marina había subido ya muchos peldaños de la escalera.

—Creo, señor burgomaestre—repuso sin dejar de correr y con una voz que resonó hasta en el fondo del vestíbulo—, que de ahora en adelante todo irá bien. Vamos á salvar á Amberes.

Al oir esto, la mayoría de los civiles lanzaron un suspiro de satisfacción, que desahogó sus pechos. Un verdadero marino iba á tomar en sus manos la rueda del timón. Hasta los que estaban bien enterados de lo críticas que eran las circunstancias, sintieron una tranquilidad semejante. Un hombre como Mr. Churchill sólo podia manifestar públicamente tal confianza después que refuerzos considerables de hombres y cañones hubiesen emprendido la marcha para salvar á Amberes. Pero las declaraciones del enérgico, impetuoso y joven ministro, no disiparon del todo mis dudas, pues desde las ventanas de mi cuarto oía claramente el rugido de los cañones alemanes, y sus sonoridades se iban aproximando cada día de un modo apreciable.



UNA TRINCHERA DE LAS FUERZAS NAVALES INGLESAS EN AMBERES

El ministro Churchill consagró esta tarde y los tres dias siguientes á la inspección de las posiciones belgas. En numerosas ocasiones se expuso al fuego enemigo. Cerca de Waelhem los shrapnells estallaron en torno de su persona. Por una razón inexplicable, la censura británica arrojó un velo de profundo misterio sobre la visita del ministro de Marina á Amberes. Pude telegrafiar al *New York World* la relación que precede en la misma noche de la llegada del ministro, pero mi mensaje no fué transmitido, así como los demás despachos expedidos por mí durante los cuatro días que Mr. Churchill permaneció en la ciudad. Solamente después de la caída de Amberes, pudo saber el público inglés que el primer Lord del Almirantazgo había hecho un viaje á Bélgica.

Este viaje fué en cierto modo fatal. Á no ser por las promesas de refuerzos hechas por Churchill al rey y al ministerio belga, es indudable que el gobierno habría partido para Ostende en la fecha acordada, y la población civil de Amberes, advertida de tal modo de la extrema gravedad de la situación, hubiera podido con tiempo y con toda amplitud realizar su huída. En aquel momento aun podía hacerse con facilidad y



LOS AUTOBUS DE LONDRES EMPLEADOS EN EL TRANSPORTE DE TROPAS

(Dibujo de Michael Frou, según notas de Mr. Villiers, de «The Illustrated London News»

buen orden. Los trenes á Gante y á la frontera holandesa funcionaban libremente. Los grandes caminos no estaban ocupados por las masas de un ejército en retirada. La confianza impetuosa de Churchill sirvió para retrasar esta evacuación, haciéndola más penosa y deplorable en el último momento.

El primer contingente de los refuerzos prometidos llegó el domingo por la noche, en un tren especial procedente de Ostende. Se componía de una brigada de la marina activa, unos 2.000 hombres cuando más, pero bien ejercitados, y llevando con ellos varias piezas gruesas de artillería. Inmediatamente la brigada fué precipitada á las líneas de defensa, para que ocupase las trincheras, relevando á una fracción de las tropas belgas desfallecidas por el cansancio. El lunes y el martes llegó el resto de la fuerza expedicionaria inglesa: 5.000 ó 6.000 voluntarios de la reserva naval, cuyas municiones y aprovisionamientos fueron trasladados por el camino de Brujas y Gante en autobus de los que hacían el servicio público en las calles de Londres. Cuando este cortejo de vehículos, pintarrajeados de anuncios que celebraban los méritos de determinados tés, tabacos, licores alcohólicos, ó los últimos éxitos teatrales, con sus correspondientes indicaciones de itinerarios: Bank of England, Holborn, Picadilly, Strand, etc., cuando este cortejo, repito, empezó á rodar por las calles de Amberes, la población aplaudió y gritó loca de entusiasmo. ¡No cabía duda! ¡Los ingleses llegaban al fin! ¡La ciudad se habia salvado! «¡Vivan los ingleses! ¡Viva Tommy Atkins!» (1).

Yo asistí al desembarco de las brigadas navales en Vieux-Dieu y las acompañé hasta sus trincheras al Norte de Lierre. Cuando marchaban por la carretera bordeada de árboles, oí por primera vez en Bélgica la canción popular de music-hall que ha venido á ser

(1) Tommy Atkins es el apodo popular y cariñoso que se da al soldado inglés. Equivale al mote de *pioupiou* que recibe el soldado francés.



PUENTE SOBRE EL NETHE, CORTADO



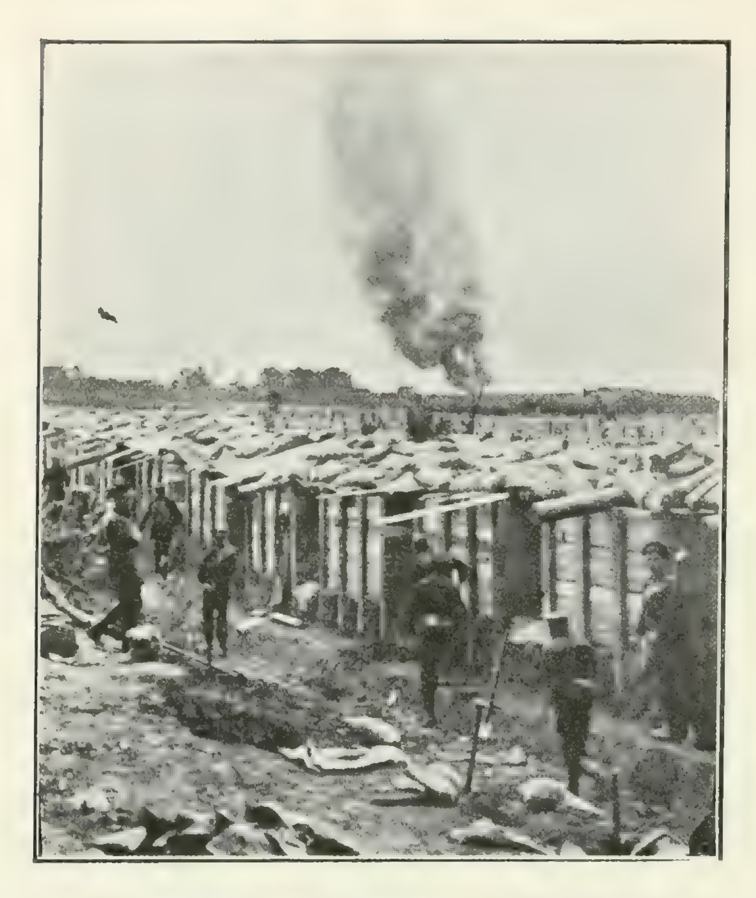
CAÑONES INGLESES DE COSTA FRENTE Á LOS GRANDES MORTEROS ALEMANES

la canción de marcha del soldado inglés, la famosa «Tipperay», que hoy se canta hasta en París:

It's a long way to Tipperary
It's a long way to go;
It's a long way to Tipperary:
To the sweetest girl I know
Good bye, Piccadilly!
Farewell, Leicester Square!
It's a long, long way to Tipperary.
But my heart's right there.

(Hay una larga distancia de aquí á Tipperay.—Hay mucho que trotar.—Hay una larga distancia de aquí á Tipperay.—Y allí está la muchacha más tierna que yo conozco.—¡Adiós, Picadilly!—¡Adiós, Leicester Square!—Pero mi corazón, sin duda alguna, está allá abajo.)

Muchos de los mocetones animosos que cantaban así, y que yo acompañaba por la carretera de Lierre en esta tarde de Octubre, estaban de antemano condenados por el destino á no hollar más con el pie el suelo de Picadilly, á no vagar de nuevo por Leicester Square. Era imposible encontrar agrupación de ingleses jóvenes con mejor musculatura y de rostro más agradable y sano. Pero para todo el que tuviese cierta experiencia de las cosas militares, resultaba indudable que estos mozos, á pesar de su vigor, de su coraje indiscutible y de su resolución de batirse hasta la muerte, no constituían lo que se llama «una unidad de combate de primer orden». Para vencer en la guerra, lo mismo que en los juegos del atletismo, el vigor, el coraje y la voluntad son necesarios. Pero á tan valiosas cualidades hay que añadir la experiencia y el ejercicio, que visiblemente hacían falta á estos reservistas de la marina. También su equipamiento dejaba mucho que desear. Los más de ellos, por ejemplo, estaban desprovistos de la cartuchera capaz de contener los 150 cartuchos reglamentarios. Hasta sus oficiales—al menos aquellos con quienes tuve ocasión de hablar—, excelentes navegantes sin duda,



UN BALUARTE DE LAS BRIGADAS NAVALES INGLESAS EN EL CAMINO DE LIERRE

parecían tan desprovistos de experiencia militar como sus hombres. Sin embargo, estos reclutas fueron lanzados inmediatamente en las trincheras, desprovistas en su mayoría de techos y abrigos, y á pesar de faltarles el apoyo de una artillería seria, las defendieron durante tres días bajo el fuego más mortífero, retirándose luego en perfecto orden. ¿La cifra de sus pérdidas?... La ignoro. En Amberes se reconocía generalmente que la quinta parte de los marinos ingleses habían sido muertos ó heridos. Trescientos de ellos entraron en sólo un hospital. El gobierno británico anunció oficialmente que 600 de sus hombres habían sido repelidos por el enemigo hacia la frontera holandesa, teniendo que entregarse para ser internados en Holanda.

Fué considerable el papel que desempeñó en la defensa de la ciudad el famoso tren blindado construído bajo la dirección del teniente Littlejohn, en los talleres de la compañía Hoboken, de Amberes. Este tren se componía de cuatro furgones descubiertos, con sus paredes blindadas á la altura necesaria para la protección de los sirvientes de cuatro cañones de marina del 47 llegados de Inglaterra—llegaron seis, pero sólo hubo tiempo para montar cuatro—. Entre cada uno de estos furgones se intercalaba un vagón de mercancías cargado de proyectiles. El tren iba impulsado por una locomotora blindada igualmente con planchas de acero.

Los cañones eran servidos por artilleros belgas bajo el mando de oficiales de marina ingleses. Cada furgón de artillería llevaba además un destacamento de infantería, en previsión de combates á corta distancia. Personalmente me inclino á creer que el principal mérito de esta arma de un nuevo tipo fué el proporcionar un entusiasmo moral á la defensa de Amberes, pues los cañones del tren, aunque mucho más poderosos que la artillería belga, resultaban inferiores en alcance y calibre á las grandes piezas del enemigo. Los oficiales alemanes que interrogué yo después de la ocupación de Amberes, me aseguraron que el fuego del tren blindado sólo los había inquietado levemente, pues sus destrozos fueron relativos.

En la noche del martes (6 de Octubre) un simple *boy-scout* podía darse cuenta de que la situación de Amberes resultaba desesperada. Los cañones de sitio austriacos habían roto é inutilizado la cadena de fuertes del Sur, apreciados hasta entonces como inexpugnables, efectuando este trabajo destructivo con la misma metódica seguridad que en Namur, que también se consideraba plaza intomable. Por la brecha abierta de este modo había pasado un cuerpo alemán, arrojándose sobre la segunda línea de defensa formada por los ríos Ruppel y Nethe. Á través del Nethe, y bajo el amparo de un fuego de artillería formidable, los alemanes tendieron sus puentes de barcas. Los primeros quedaron demolidos por los cañones belgas. Luego construyeron otros puentes, que sufrieron igual suerte. Al fin realizaron un tercer intento, y esta vez, á pesar de la artillería belga, los puentes se mantuvieron intactos. Una vez que las legiones de casco puntiagudo pusieron el pie en la orilla opuesta, las tropas belgas se dieron cuenta, antes que nadie,



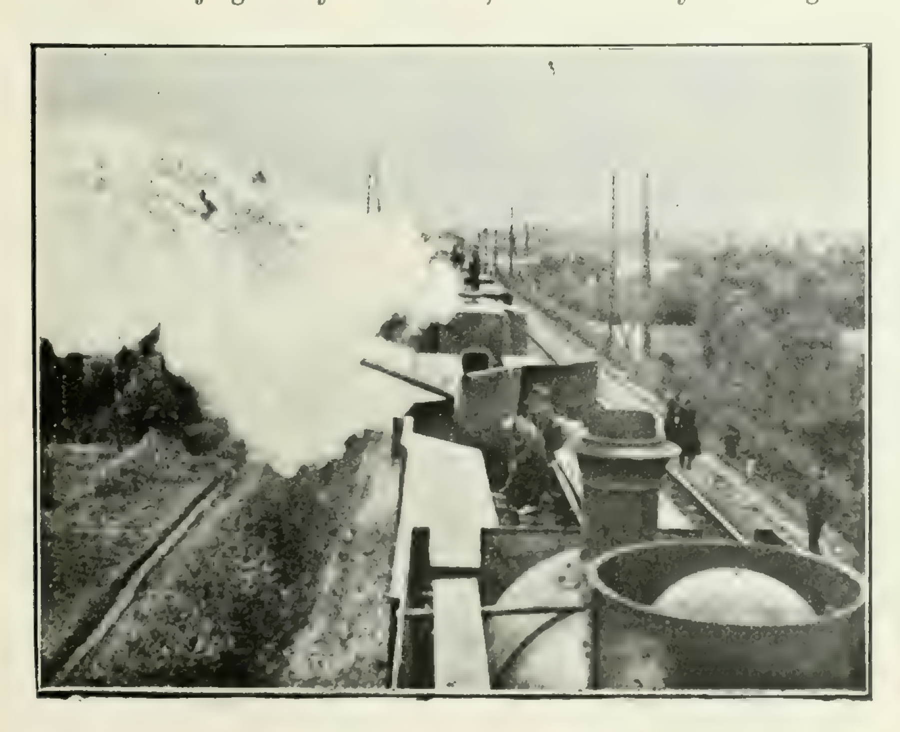
LOS MARINOS INGLESES EN UNA TRINCHERA

de que la defensa de la plaza tocaba á su fin. Sin embargo, enardecidos por la presencia de un puñado de ingleses, los valerosos belgas siguieron combatiendo rabiosamente, con la obstinación de un perro dogo. Sus fuertes aparecían hechos migajas por cañones monstruosos, á los que no podían resistir; sus filas estaban agujereadas por un diluvio mortal de balas y de obuses; sus ojos se cerraban vencidos por el largo insomnio; sus caballos tropezaban y caían de fatiga; su servicio de ambulancia funcionaba con dislocamiento; los hospitales no podían alojar tanto herido; las trincheras rebosaban de muertos y de moribundos... y sin embargo, los soldaditos belgas seguían resistiendo y manteniendo á distancia á las innumerables legiones alemanas.



DESTROZO CAUSADO EN UNO DE LOS FUERTES DE AMBERES POR LOS GRANDES MORTEROS ALEMANES

La región del Sur de Amberes se había cambiado de campiña apacible y sonriente como un idilio, en tierra de muerte y ruinas. Parecía destrozada por un monstruoso ciclón, cargado de rayos, que nada hubiese respetado. Muros negros de antiguas y prósperas granjas, pajares convertidos en montones de carbón humeante, campos revueltos y cortados por las trincheras, caminos hundidos y deshechos por las ruedas pesadas de los cañones y de los carros de la intendencia: este era el cuadro que se ofrecía á la vista por todos lados. En los pueblos y aldeas del borde del Nethe, donde fueron más violentos los combates, las paredes de las casas se habían desplomado sobre las calles, y montones de muebles, de instrumentos agrícolas, de colchones y de carros indicaban el reciente emplazamiento de barricadas y ametralladoras. La mayor parte de las ventanas de los edificios estaban obstruídas con jergones y almohadas, detrás de cuyos abrigos habían disparado los tiradores sus últimos cartuchos. Lierre, Waelhem y Duffel parecían galerías de matadero, chorreando sangre. Por todas partes montones de cadáveres. Muchos de estos muertos estaban tendidos sobre el vientre, con los brazos abiertos, como seres extenuados por largas marchas. Otros aparecían encogidos por violentas contracciones en actitudes grotescas y horribles. Algunos se mantenían sentados junto á los muros, hasta los que habían llegado gateando en la agonía. Todos miraban al vacío con sus ojos fijos y terribles de ciegos. Deseo olvidar este espectáculo y no lo olvidaré jamás.



EL TREN BLINDADO DE AMBERES

El martes por la noche, el general de Guisa, gobernador militar de Amberes, informó al gobierno que la posición belga resultaba por momentos insostenible. En vista de esto, la capital de Bélgica fué trasladada de Amberes á Ostende. Los miembros del gobierno y del cuerpo diplomático partieron el miércoles al amane-



UN MUELLE DEL PUERTO DE AMBERES SOBRE EL RÍO ESCALDA (Fot. Rol)

días que los periódicos *La Mañana* y *La Metrópoli* publicaban comunicados oficiales, negando categóricamente que ninguno de los fuertes hubiese sido reducido al silencio, y afirmando en términos positivos que el enemigo era rechazado en toda la línea. Como consecuencia de esta táctica de disimulo, el vecindario de Amberes se durmió en la noche del martes acariciando la esperanza de que los alemanes, desalentados, acabarían por retirarse. Imaginaos su sorpresa cuando el miércoles 7 de Octubre, al despertarse se enteró de que el gobierno había desaparecido de pronto, sin una palabra de adiós. Sobre paredes y vallas se exhibía una proclama del gobernador militar aconsejando á la gente la fuga, en vista de la inminencia de un bombardeo, ó la instalación en las cuevas, detrás de sacos de arena, de todos los habitantes que no pudieran ó no quisieran alejarse inmediatamente. Esta conducta era semejante á la del que esperase que un incendio invadiera todo el primer piso de una casa, para dar la voz de «¡Fuego!» cuando estuviese casi obstruía la retirada de los inquilinos.

cer en un vapor especial, mientras que el ministro de Marina inglés, Winston Churchill, salía en auto siguiendo la costa, escoltado por un automóvil blindado. Su último acto fué ordenar la destrucción de los condensadores de los buques alemanes detenidos en el puerto desde el principio de la guerra.

Hasta bien entrada la mañana del miércoles, la gran mayoría de los habitantes de Amberes vivió en una ignorancia absoluta de la realidad. Hacía muchos

Nadie que haya presenciado el éxodo de la pobla-



PUENTE DE BARCAS SOBRE EL ESCALDA, CONSTRUÍDO POR LOS INGENIEROS BELGAS PARA LA RETIRADA DE LA GUARNICIÓN DE AMBERES



EL ÉXODO DEL VECINDARIO DE AMBERES

FUGITIVOS LLEGANDO Á LA ESTACIÓN DE ROSENDAEL

ción civil de Amberes podrá olvidarlo nunca. Faltan palabras para describirlo exactamente. No fué una fuga: fué un desastre. Esta población flamenca, sesuda, reflexiva, lenta en sus movimientos como en sus ideas, se metamorfoseó de golpe en un rebaño loco, azotado por el pánico. El movimiento envolvente de los alemanes, que tendía á encerrar á Amberes, sólo dejó tres caminos: el del Oeste, ó sea el de Gante, por San Nicolás y Loreken; el del Nordeste, ó sea el de la frontera holandesa, y el de la plaza holandesa de Flessinga, bajando las aguas del Escalda. Medio millón de fugitivos—porque al vecindario de Amberes había que añadir toda la población suburbana y rural acudida de 30 kilómetros á la redonda—huyó de la ciudad. Es probable que de esta cifra, 250.000 se evadieron por el Escalda. Todo lo que podía flotar fué puesto á contribución: buques mercantes, dragas, barcas de paso, chalanas, barcos de canal, remolcadores, embarcaciones de pesca, yachts, botes de remos, balleneras y hasta balsas. Ningún esfuerzo fué intentado para mantener el orden. La muchedumbre, aterrada, se amontonó en las embarcaciones, hasta que no hubo en ellas un sitio para mantenerse de pie.

En esta enorme cantidad de emigrantes, era muy escasa la proporción de los que llevaban vestidos de abrigo y alimentos, y de los que podían extender las piernas en su flotante encierro. Durante dos noches consecutivas, estos desgraciados permanecieron en montón, sobre los puentes de las embarcaciones, á cielo abierto, arrostrando el frío y las tinieblas, mientras que la artillería gruesa de sitio destrozaba la ciudad que dejaban detrás de ellos. Cuando yo remontaba en barca este Escalda lleno de embarcaciones, en la tarde siguiente de la primera noche de bombardeo, me pareció ser perseguido por una oleada de sonidos, un inmenso y complejo murmullo de agonía, de miseria, de cansancio y de hambre, que se elevaba de esta muchedumbre expulsada de



FUGITIVOS BELGAS EN UNA ESTACIÓN (Fot. Rol)



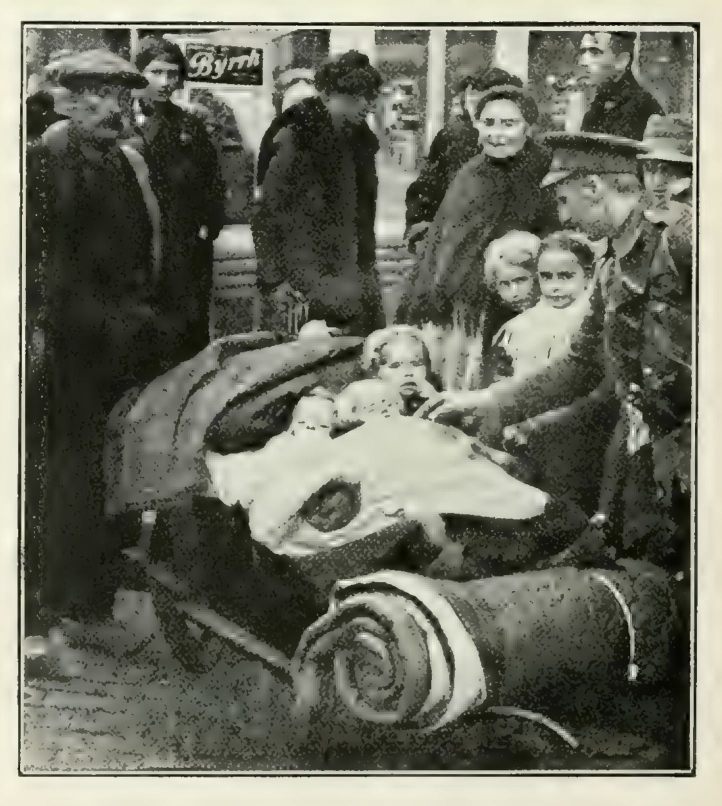
UNA HUÉRFANA DE 17 AÑOS CUYO PADRE, MADRE, HERMANOS Y HERMANA FUERON MUERTOS

sus hogares y marchando á la aventura río abajo.

Sobre los grandes caminos de tierra, el espectáculo era todavía más lamentable, pues las tropas en retirada y los paisanos fugitivos se mezclaban en una confusión inextricable. Desde la tarde del miércoles, en el camino de Amberes á Gante—unos 40 kilómetros—, se amontonó una masa compacta de emigrantes; y lo mismo puede decirse de toda arteria, pista ó sendero que condujese en la dirección de Oeste al Norte. Las gentes huían en auto, en carruaje, en camión, en jardinera, en carro de labranza, en ómnibus, en bicicleta, á caballo, y en vehículos tirados por bueyes, asnos y hasta por vacas. Miles y miles de desterrados marchaban simplemente á pie. Muchos hombres empujaban al avanzar sus carretillas de una rueda, llenas de fardos de ropas sobre los cuales iban sentados niños pequeños. Robustas y jóvenes campesinas llevaban á sus parientes viejos en los brazos ó á cuestas. Vi á mujeres elegantes, con gabán de pieles y botinas de altos tacones, avanzar agarradas á la trasera de un furgón de artillería ó de un carro de víveres. Vi á hombres y mujeres de cabellos blancos aferrados á los arneses de las bestias que tiraban de los cañones ó á las correas de los estribos de los soldados, y éstos, vencidos por tantos días de combate, se dormían sobre la silla mientras marchaban. Vi carros de granja cargados de combatientes heridos, con las caras blancas como la cera, y del fondo de estos vehículos goteaba la sangre, trazando detrás de ellos surcos rojos... Un sacerdote anciano que no podía marchar era llevado en una carretilla por dos sacerdotes más jóvenes. Detrás avanzaba una mujer, cuyo vientre hacía presentir una maternidad próxima, sostenida por su marido y contemplada á cada instante con ojos de febril ansiedad.

Uno de los más tristes elementos de esta procesión dolorosa lo proporcionaban los soldados heridos y enfermos. Los sanos caminaban casi todos encorvados por los excesos de la lucha y de la marcha, hasta el punto de que sólo podían mover los pies á costa de esfuerzos penosos. Un soldado de infantería, no pudiendo tolerar por más tiempo sus zapatos, los había colgado de la baqueta de su fusil. Otro, que había empaquetado sus botas en las correas de la mochila, avanzaba cojeando con los pies hinchados en unas pantuflas de fieltro. Aquí una comunidad de capuchinos abandonaba á toda prisa su monasterio; más allá un pequeño grupo de religiosos, muy pálidos, conducía á un rebaño de niños, la mayor parte huérfanos confiados á su solicitud. El desorden reinante era superior á toda imaginación. Los clamores ensordecedores de la muchedumbre se confundían con los chirridos de las ruedas, el ronquido de los motores, el patear de las bestias, el choque de las armas, los reniegos de los conductores, los lamentos de los heridos, los ayes de las mujeres, los lloros de los pequeños, las amenazas, las súplicas, las imprecaciones; y sobre todo esto, el ruido monótono, incesante, de los pasos, pasos innumerables, que se repetían y repetían, pero con una expresión reveladora de cansancio.

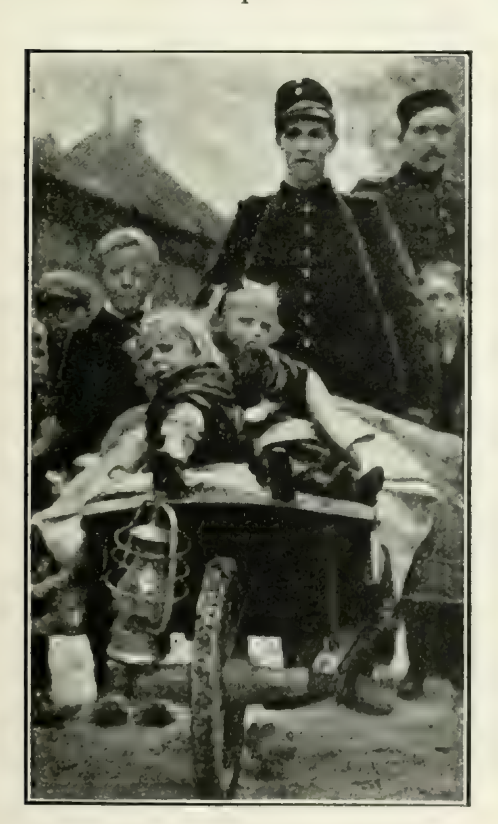
Los campos y fosos que atravesaban estos cortejos del desastre se cubrían poco á poco de seres tendidos que no podían marchar más y se dejaban caer. Y nada de comida; nada que pudiese servir de abrigo. Á las pocas horas de este éxodo, la campiña estaba tan rasa y limpia de alimentos como el Sahara de



FAMILIAS DE FUGITIVOS EN LOS ARRABALES DE AMBERES

SOLDADOS BELGAS EN LAS FRONTERAS CUIDANDO DE LOS NIÑOS PERDIDOS POR LA MUCHEDUMBRE EN SU FUGA
(Fot. Rol)

fresco musgo. Cien veces vi á fugitivos hambrientos hacer alto ante las granjas ofreciendo todo lo que les restaba de sus ropas á cambio de un pedazo de pan. Pero los pobres campesinos, con la faz reluciente de lágrimas, sólo podían mover la cabeza negativamente, murmurando que no tenían pan ni para ellos. Respetables caballeros viejos, damas con trajes elegantes, corrían por los campos para arrancar nabos, que devoraban crudos. No había otra cosa. Durante una sola noche, en las cercanías de un pueblecito de la frontera holandesa, veinte mujeres dieron á luz en pleno campo. Nadie sabrá nunca cuántos seres murieron en este espantoso calvario de todo un pueblo hacia el hambre, hacia el frío, hacia la desesperación. El bombardeo causó seguramente menos víctimas.»



NIÑOS RECOGIDOS POR LOS SOLDADOS BELGAS

XIII

La caída de Amberes

«El bombardeo de Amberes—continúa Powell—comenzó el miércoles 7 de Octubre á las diez de la noche. La primera bomba caída en la ciudad penetró en una casa del barrio de Berchem, matando á un muchacho de catorce años é hiriendo á su madre y su hermanita. La segunda se llevó la cabeza de un barrendero público, que corría á ponerse á cubierto. Durante toda la noche persistió la lluvia mortal á razón de cuatro ó cinco obuses por minuto. Las calles estaban tan desiertas como las de Pompeya. Los pocos vecinos de Amberes que habían permanecido en sus casas por exceso de confianza ó por falta de medios para huir, se refugiaron en las cuevas, barricándolas con sacos de arena. Á pesar de la extinción de los faroles de gas y las lámparas eléctricas, el cielo estaba rojo por los reflejos ardientes de los de-



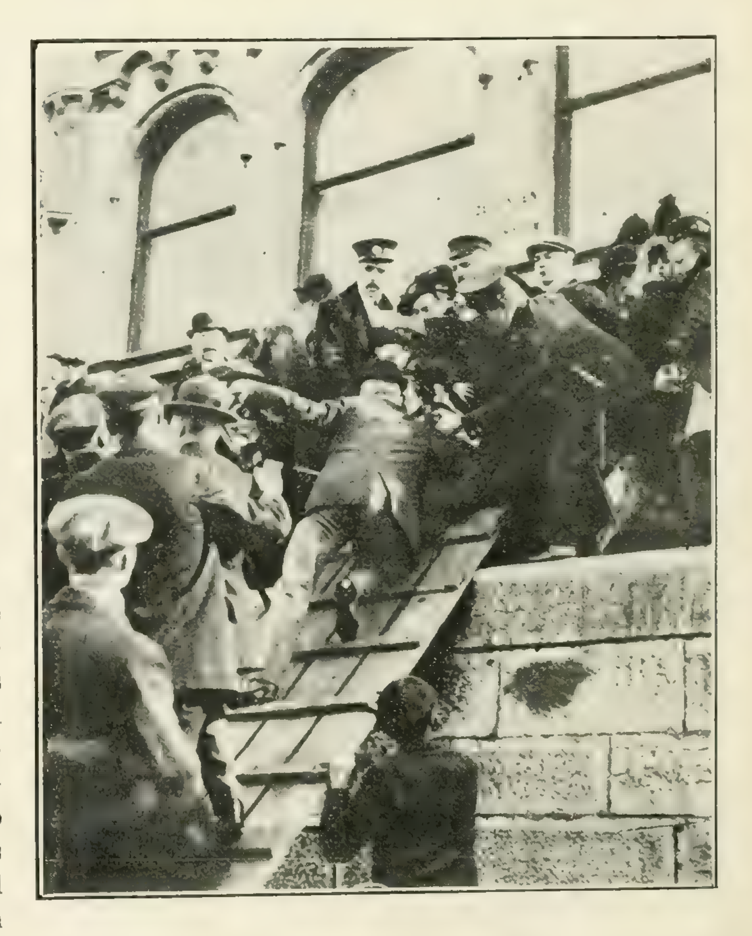
VECINOS DE AMBERES EMBARCÁNDOSE PRECIPITADAMENTE PARA HUIR DE LOS INVASORES

pósitos de petróleo, á los que habían prendido fuego los belgas. De vez en cuando estallaba un obús con la intensidad del magnesio, y los rayos temblorosos de dos proyectores pertenecientes á los fuertes establecidos al otro lado del río reforzaban furtivamente la iluminación de este cuadro macabro. El estrépito resultaba insoportable. Las casas se movían como un buque; los pavimentos de las calles parecían sentir escalofríos. Las palabras, las pobres palabras, no pueden dar una noción exacta de los horrores desarrollados en el curso de la caída de un proyectil. Era esta caída á modo de un drama en dos actos. Primeramente la lamentación salvaje del obús, que pasaba rozando los techos. Á continuación el crujido siniestro de varios edificios que caían á través de una calle, obstruyéndola con su masa de piedras, yesones y ladrillos.

Y hay que tener en cuenta que solo en la noche del jueves 8 de Octubre pusieron en juego los alemanes sus famosos morteros de 420. La obra de estos monstruos fué espantosa. Su detonación producía el mismo efecto que si todas las baterías alemanas tirasen á un tiempo. Esparcían sobre la ciudad proyectiles de una tonelada, que equivalían, por su efecto destructivo, á una tonelada de dinamita. Veíamos venir á estos proyectiles perfectamente. Cortaban el aire, produciendo un ruido semejante al de un tren expreso que se aproximase; pero cuando estaban cerca, el estrépito agrandaba su volumen, hasta el punto de llenar el aire de rugidos iguales á los de un ciclón. Después ocurría un estallido indescriptible, sacudiendo á toda la ciudad en sus cimientos. Sobre el suelo extremecido rodaban grandes nubes de polvo y de humo denso.

Cuando uno de estos terribles proyectiles atacaba á un edificio, no se limitaba á descoronarlo de sus pisos superiores ó á abrir una perforación enorme en sus muros. El edificio entero se hundía, se disgregaba, se aplastaba en el suelo como bajo el golpe de una mano omnipotente. Cuando hacía explosión en la calle, no se contentaba con practicar en el pavimento un agujero de las dimensiones de una bodega, sino que además cortaba en rebanadas las fachadas de los edificios comprendidos en su radio de acción, dejando al descubierto las habitaciones, como los interiores de los decorados de teatro.

Comparado con los destrozos del 420, el fuego de obuses y shrapnells de la primera noche de bombardeo resultaba insignificante. Estos proyectiles monstruosos atravesaban las obras de albañilería de gran solidez como simple cartón. Las cuevas de bóveda más fuerte no ofrecían protección cuando una de estas bombas estallaba sobre ellas. En ciertos momentos parecía que la ciudad entera se desplomaba en torno de nosotros. Este bombardeo sólo duró hasta media noche, y sin embargo, en toda la parte Sur de Amberes no quedó una sola calle que no estuviese



AYUDANDO Á UN ANCIANO EN EL MOMENTO DE EMBARCAR

LA MULTITUD APIÑADA EN EL PUERTO DE AMBERES PARA EMBARCARSE EN LOS VAPORES QUE SALÍAN HACIA INGLATERRA Y FRANCIA

llena de escombros. Hay que exceptuar las calles que habían sido habitadas por alemanes, y donde éstos conservaban aún sus casas. Casi ninguna de ellas fué alcanzada por el bombardeo, lo que demuestra que el espionaje estaba en comunicación con la artillería sitiadora.

Las arterias principales quedaron cubiertas por una capa de lámparas eléctricas, cables de troley de los tranvías, columnas sustentadoras y árboles abatidos. Las aceras tenían una alfombra de vidrios rotos. El aire estaba densificado por los acres vapores de los explosivos. Perros abandonados aullaban ante las casas desiertas. En más de doce puntos de la ciudad, volutas negras se remontaban en el espacio, reemplazadas durante la noche por espirales de fuego.»

(Powell, para cumplir sus deberes de periodista, tuvo que trasladarse en automóvil á Gante, donde funcionaba aún el servicio telegráfico. Luego de enviar sus telegramas relatando lo ocurrido en Amberes quiso volver á la ciudad. El camino de Gante á Amberes resultaba impracticable, pues había que abrirse paso en la muchedumbre de fugitivos, marchando en dirección contraria.)



FAMILIAS BELGAS REFUGIADAS EN HOLANDA

«Equivalía—dice el escritor—á querer atravesar en un bote de remos las cataratas del Niágara el intento de conducir nuestro auto de Gante á Amberes contra la corriente del río humano que huía en

dirección opuesta. Por esto, deslizándonos por los caminos laterales, relativamente libres, el jueves, (8 de Octubre) á mediodía pudimos llegar á Doel, una aldea de pescadores, á orillas del Escalda, á una docena de kilómetros más abajo de Amberes.

Haciendo alternar propinas y amenazas, mi chófer Roos decidió á un batelero á conducirnos á Amberes en una canoa automóvil, sobre la cual, por precaución, enarbolé la bandera americana. No se borrará de mi memoria la visión aguda de este viaje por el Escalda, cuya superficie estaba literalmente negra de embarcaciones casi próximas á zozobrar, por su extraordinario cargamento de miseria. La tarde estaba muy avanzada y el bombardeo (segundo día) había llegado á su período álgido, cuando contorneando el último recodo del río vimos la torre de la catedral, con sus encajes de piedra, surgir ante nosotros. Las explosiones de los obuses se sucedían con sólo unos segundos de intervalo; las columnas de humo gris verdoso se elevaban en el espacio; el aire vibraba como bajo la presión de un trueno continuo. Estábamos navegando á lo largo de los muelles desiertos, cuando una bomba estalló en una calle vecina con estrépito formidable, y el batelero, perdiendo la serenidad, hizo marcha atrás, retrocediendo nuestra canoa violentamente. Roos sacó el revólver.



UNA FAMILIA BELGA ANTE SU VIVIENDA DESTRUÍDA
(Dibujo de Lucien Jonas, en *La Guerre des Nations*)

—¡Adelante!—gritó el chófer—. Rectos al muelle para echar pie á tierra.

Ante la amenaza del revólver, el hombre obedeció murmurando:

—Tengo mujer é hijos en Doel. Si me matan nadie se encargará de ellos.

—Yo—dije—tengo mujer é hijos en América. Nuestros peligros son iguales.

Sin embargo, no me ruborizo al confesar que cuando atravesamos á todo correr los muelles reservados á los trasatlánticos de la *Red Star*, llevando sobre nuestras cabezas la bandera americana de la canoa, hubiese preferido mucho más encontrarme tranquilamente en mi casa. Una gran ciudad, cuyo vecindario se ha eclipsado súbitamente, es de lo más deprimente. Y si esta ciudad solitaria está llena de obuses que os gruñen en las orejas como una amenaza de muerte, no resulta precisamente un paraíso. Los pocos habitantes que no habían huído estaban ocultos en sus cuevas, y en este momento les tenía envidia, considerando una cueva profunda como el refugio ideal.

Á las diez de la noche el bombardeo comenzó á ser menos frecuente, y los habitantes de los subterráneos de Amberes gatearon fuera de ellos, deslizándose como espectros á lo largo de los muelles en busca de algún alimento. Grandes cantidades de comestibles y otras provisiones embargadas á los buques alemanes al principio de la guerra, estaban almacenadas en los barracones del puerto. La población hambrienta, desafiando á la policía y á las bombas, violentó las puertas de estos depósitos para comer y beber. Viendo á un hombre que oscilaba bajo el peso de un fardo de botellas, de botes de conservas y de quesos, nuestro batelero, que había acabado por resignarse á servirnos de escolta, nos pidió tímidamente permiso para sa-

quear un poco por su cuenta en los almacenes.

—No tenemos nada que comer en mi casa—dijo—, y vale más que lleve algo á mi familia que no que lo pillen los alemanes.

Con mi asentimiento se perdió en las tinieblas del almacén, arrastrando una carretilla de mano. Nuestro batelero no era de los que roban á medias. Roos y yo temblábamos de frío á media noche. Estábamos sin gabán y no habíamos probado bocado desde por la mañana, cuando salimos de Gante.

—Voy á robar un poco por nuestra cuenta—dije yo—. Estamos muertos de hambre, mientras que el cuerno de la abundancia se halla al alcance de nuestra mano.

Á tientas llegué á la puerta del almacén, y una vez en su interior encendí un fósforo. Á su resplandor pude ver una caja de botellas envueltas en fundas de paja. Por su forma exterior parecían ser de champañ. Tomé una ávidamente, pero en el mismo momento que la encerraban mis dedos, un obús pareció estallar encima de mi cabeza. Así me lo imaginé, pues la explosión fué tan violenta, que cualquiera hubiese creído en la proximidad del proyectil. Sin embargo, la explosión—como supe después—había sido á cien metros del almacén. Salí de él á todo correr, sin soltar por esto la botella.

—Al menos he aquí algo para beber—dije triunfalmente á Roos cuando se apaciguaron los violentos latidos de mi corazón.

Después de despojar á la botella de su envoltura de paja, encendí un fósforo para contemplar el fruto de mis ensayos de ladrón. ¿Champañ ó aguardiente?... Poco importaba. Uno ú otro podían servirnos. Pero ¡oh decepción! Era una botella de aperitivo... que nunca pudo merecer mejor su nombre.»



BATERÍA BELGA HACIENDO FUEGO



ARTILLEROS BELGAS COLOCANDO EN POSICIÓN UNA PIEZA

□

Powell tuvo que dirigirse de nuevo á la frontera holandesa para telegrafiar á su periódico, y volvió á remontar el Escalda para entrar por segunda vez en Amberes completamante solo, dejando á Roos que se uniese como soldado belga á las tropas que se retiraban hacia Ostende, para que no cayese prisionero de los alemanes.

El viernes 9 de Octubre, el escritor volvió á entrar en Amberes cuando sólo faltaba poco tiempo para que la plaza cayese en manos del enemigo.

«En el momento que llegaba nuestra embarcación á la vista de los muelles—continúa Powell—, el bombardeo, que era intermitente, se redobló con nueva violencia, y me vi obligado á recurrir á actos de corrupción y amenazas para que los tripulantes del buquecillo se decidiesen á atracar. Salté á tierra. Una hora después se rendía la ciudad.

La retirada de la guarnición había empezado el jueves, y bien considerado, se desenvolvió en un orden excelente. Las tropas, llamadas unidad por unidad, de las líneas de defensa exteriores, atravesaron las calles de Amberes, franquearon el puente de barcas tendido sobre el Es-

calda, y ganaron el camino de San Nicolás para unirse al ejército belga de campaña.

Una breve explicación hará comprender lo que representaba esta ruptura de contacto con el enemigo. En ciertos lugares las líneas beligerantes sólo estaban separadas por una distancia de 150 metros, de modo que los defensores de Amberes no podían hacer ningún movimiento en pleno día sin que se enterasen los enemigos. Muchos soldados del frente habían estado de servicio cien horas seguidas, y se encontraban fatalmente desgastados de espíritu y de cuerpo. El poco alimento y la escasa agua que era posible poner á su disposición, había que enviarlos de noche, pues toda tentativa diurna para atravesar los espacios descubiertos, era inmediatamente repelida por las feroces explosiones de cañones y ametralladoras. La evacuación de las trincheras sin que el enemigo se enterase era, pues, una de las operaciones más difíciles y peligrosas. El hecho de que se realizase á costa de pérdidas relativamente mínimas, hace el elogio de la capacidad de los oficiales encargados de dirigir el movimiento. También demuestra su pericia el éxito de la retirada de las tropas de Amberes á la Flandes occidental, por rutas obstruidas de fugitivos y constantemente bajo la amenaza de la persecución de los alemanes.



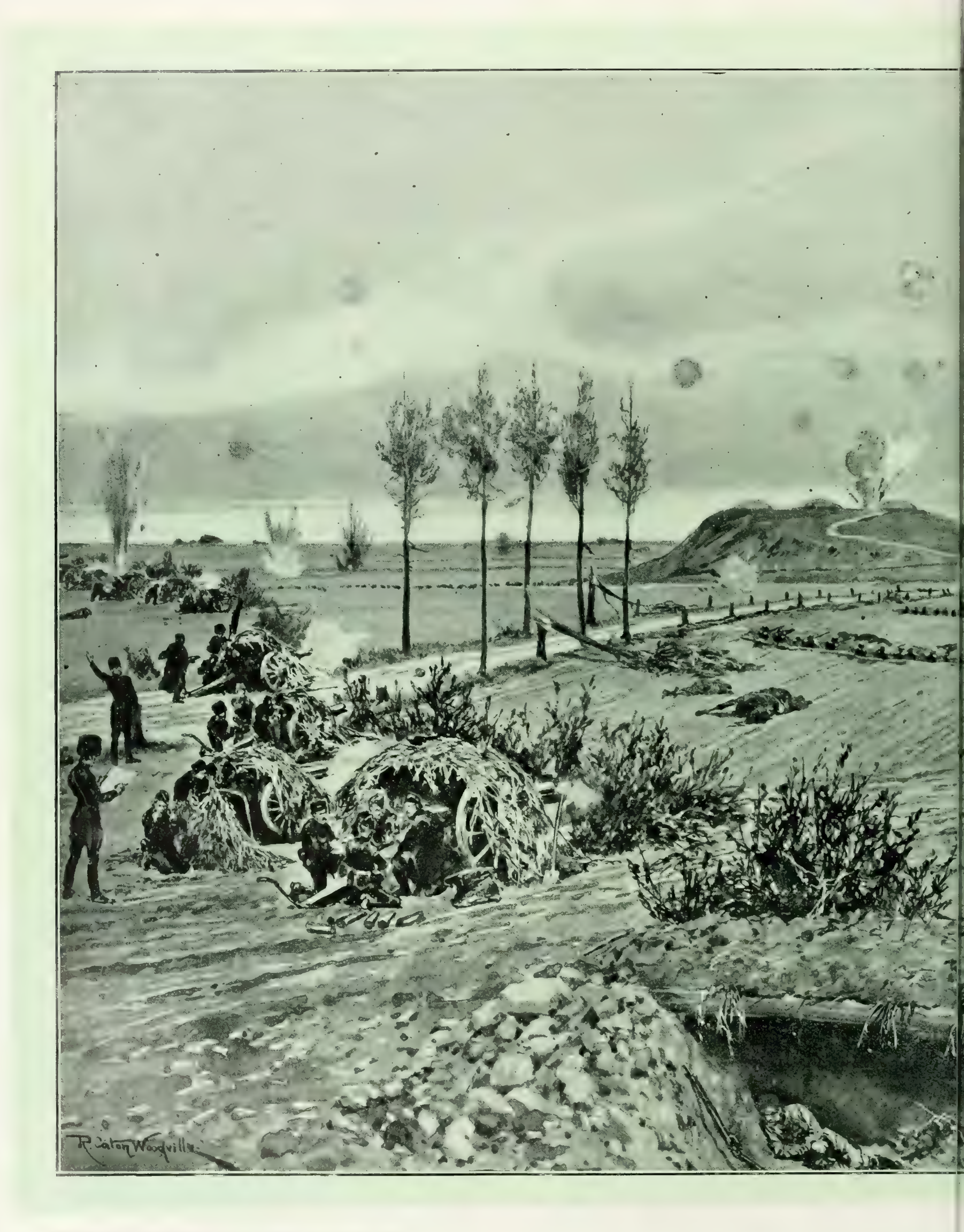
SOLDADOS BELGAS DE AMBERES DESEMBARCANDO EN OSTENDE (Fot. Rol)

Lo que había que temer más era que las tropas teutónicas consiguiesen franquear el río por la parte de Termonde, cortando la línea de retirada de los belgas hacia la costa, lo que hubiese obligado á la totalidad del ejército belga y al contingente auxiliar inglés á refugiarse en el territorio de Holanda. La caballería belga, los carabineros ciclistas y los autos blindados, supieron impedir esta catástrofe. Gracias á ellos los alemanes fueron conservados durante algún tiempo á respetable distancia, mientras la casi totalidad de la guarnición de Amberes evacuaba la ciudad y conseguía escapar. Una fracción notable de la reserva naval inglesa que marchaba á retaguardia, se vió empujada por el enemigo hacia un camino de la frontera, y no tuvo otro remedio que internarse en Holanda. Este fué el único fracaso de la hábil retirada.

En la mañana del viernes 9 de Octubre, el general de Guisa, gobernador militar, ordenó la destrucción del puente de barcas sobre el Escalda, que constituía el último camino de retirada fuera de Amberes. La explosión de las minas empleadas para esto sólo hizo saltar las secciones centrales del puente. Algunas horas después, cuando llegaron las últimas tropas belgas en retirada, encontrando rota su línea de evasión, se produjo un violento desorden. Muchos soldados se arrojaron frenéticamente en las escasas embarcaciones que pudieron encontrar, pasando el río, mientras que sus camaradas hacían fuego contra ellos para que volviesen y participasen de su suerte. Debo declarar que esto no fué más que un incidente aislado; que los soldados estaban agotados física y moralmente por largos días de combate contra un número irresistible de enemigos, y que, en conjunto, las tropas belgas se comportaron en esta situación desesperada con un valor y una sangre fría dignos del mayor elogio.

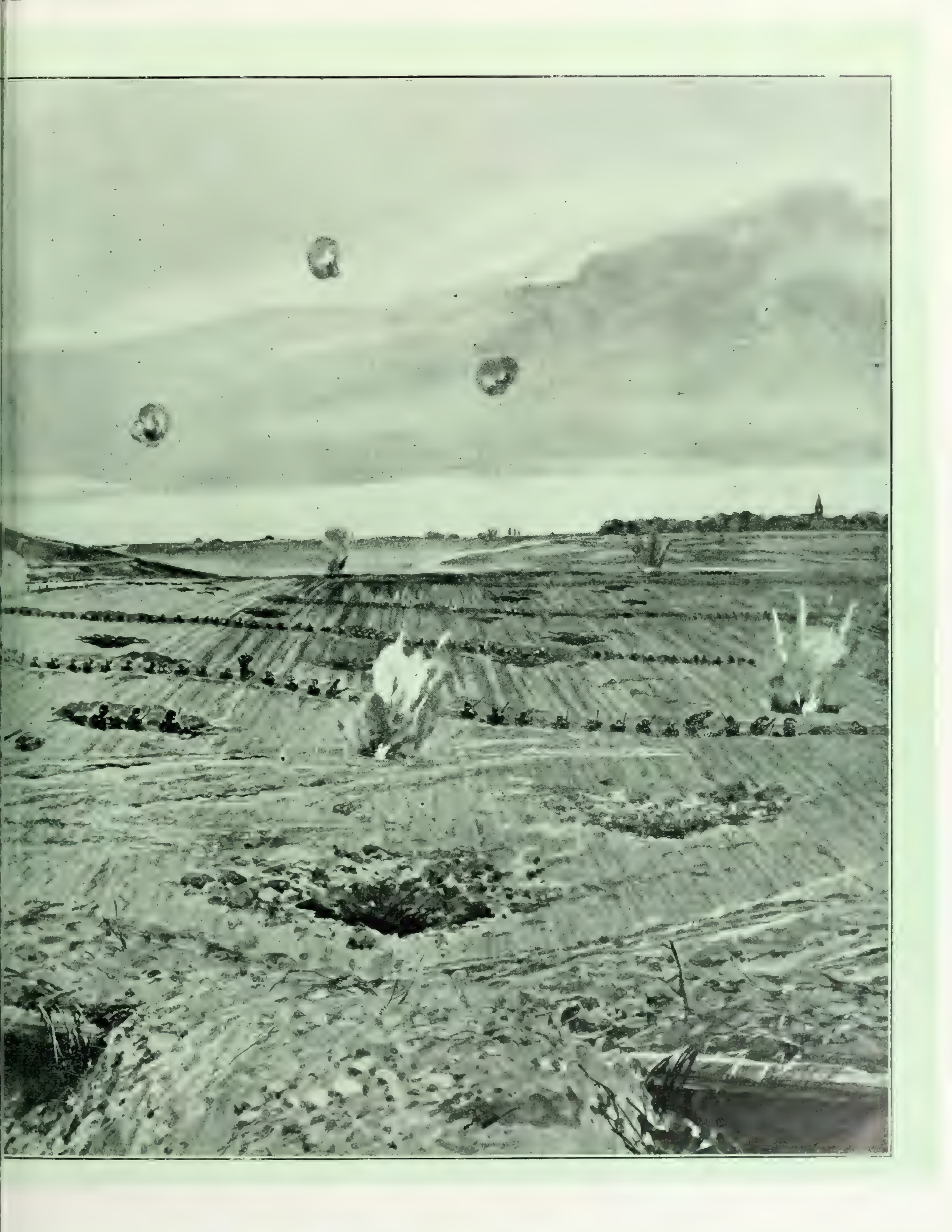
He oído decir á muchos en Inglaterra que la división naval inglesa había sido enviada á Amberes para «enardecer á los belgas». Es posible que esta fuese su misión, é indiscutiblemente la llegada de los ingleses sirvió para dar cierto descanso á algunos cuerpos belgas y apoyar á otros en las trincheras. Pero, en realidad, los belgas no necesitaban ser «enardecidos». Hicieron todo lo que podría hacer en tales circunstancias el mejor ejército del mundo y un poco más. Tampoco es exacto que la división naval inglesa cubriese la retirada de los belgas. Las últimas tropas que abandonaron las trincheras fueron regimientos belgas. Los últimos tiros en defensa de la ciudad los





Dibujo de R. Caton Voodville, de «The Illustrated London News»

El fuerte de Bornem apoyado por la infantería y



la artillería belga resistiendo al avance alemán



dispararon los belgas. Y belgas fueron también los últimos que atravesaron el Escalda.

▫

El viernes á mediodía, el general de Guisa, con su Estado Mayor, fué á refugiarse en el fuerte de San Felipe, y el jefe que mandaba la última línea de defensa avisó al burgomaestre de Amberes que sus tropas no podían mantenerse mucho tiempo en sus posiciones, y que había llegado el momento para la autoridad municipal de dirigirse á las líneas alemanas tremolando bandera de parlamentario, con objeto de obtener la rendición de la ciudad en las mejores condiciones posibles.

El burgomaestre Mr. Devos, el diputado Mr. Luis Franck y el consejero municipal Ryckmans, formaron una comisión para ir al encuentro de los sitiadores. Quisieron unir á ellos un individuo del cuerpo consular para que tuviese más autoridad su representación, y sólo encontraron al cónsul de España. El cónsul general de los Estados Unidos se había trasladado á Gante al empezar el bombardeo.»

(Fué digna de elogio la conducta del cónsul de España, don Francisco Yebra Sáiz. Se hallaba enfermo en cama, desde algunos días antes, á consecuencia de las penalidades del sitio. Ante los ruegos del burgomaestre y sus compañeros para que cooperase á la salvación de la ciudad, y teniendo en cuenta que los demás cónsules habían abandonado sus puestos, el señor Yebra no vaciló, ofreciéndose á acompañar á los parlamentarios (1). Su esposa, al ver que se vestía para ir al encuentro de los alemanes, dijo animosamente: «Donde tú vayas voy yo. Correremos la misma suerte.» Y la valerosa señora se unió al grupo de parlamentarios. Tremolando una bandera blanca, salieron de la ciudad hacia las líneas alemanas. La artillería sitiadora seguía disparando, y estallaron en torno del grupo numerosos shrapnells. La infantería hacía fuego contra las últimas tropas belgas que se retiraban. Á través de las bombas y la metralla, los parlamentarios belgas, el cónsul de España y su esposa, pudieron llegar á las avanzadas de los sitiadores.)

«Mientras que los parlamentarios—continúa Powell—salían de Amberes por una puerta, media docena de automóviles llenos de soldados alemanes penetraban por la puerta de Malinas, atravesando rápidamente los largos y sombríos bulevares para hacer alto frente al Hotel de Ville. Un joven oficial alemán, con amplio capote gris, llamó repetidas veces en la puerta del palacio municipal, y al fin la puerta se entreabrió con precaución, dejando ver á un empleado con la librea azul y plateada del municipio de Amberes.



LOS ALEMANES EN AMBERES

—Estoy encargado de una misión para el Consejo —dijo el oficial cortésmente.

—Los consejeros almuerzan en este momento y no puedo molestarlos—contestó el ujier con una firmeza flamenca—. Si el señor desea verlos, puede esperar.

El joven oficial se instaló pacientemente en un banco de madera, mientras sus hombres se alineaban á un lado del vestíbulo. Pasados veinte minutos se abrió la puerta de la sala donde almorzaban los echevines, y uno de éstos salió limpiándose el bigote.

—Acabo de enterarme, señor—dijo con cierta solemnidad—, de que usted desea hacer una comunicación al Consejo. ¿De qué se trata?

—Tengo el encargo—respondió el otro con gran cortesía—de haceros saber que Amberes es desde ahora una ciudad alemana. El Consejo queda invitado por el general comandante de las fuerzas de Su

(1) La valerosa conducta del cónsul de España en Amberes contrastó con la de otros cónsules españoles y de diversas naciones, que abandonaron las ciudades belgas al aproximarse los alemanes.

El señor Yebra Sáiz, antes de prestar sus servicios en un puesto consular, perteneció á la carrera judicial, siendo en España juez de primera instancia.



SOLDADOS ALEMANES EN EL HOTEL DE VILLE DE AMBERES

Majestad Imperial, á que advierta esto á sus conciudadanos, asegurándoles al mismo tiempo que no serán molestados siempre que no molesten á nuestras tropas con actos de hostilidad.

Mientras que esta dramática y pequeña escena se desarrollaba en el vestíbulo del histórico Hotel de Ville, el burgomaestre y sus acompañantes, ignorando que el enemigo estaba ya en el corazón de la ciudad, conferenciaban con el comandante en jefe alemán. Éste les manifestó que si los fuertes excéntricos, que aun estaban en poder de los belgas, se rendían inmediatamente, ninguna contribución de guerra sería impuesta. Todas las mercancías que se encontrasen en los depósitos del puerto debían ser confiscadas por el ejército de ocupación.

Las primeras tropas que entraron en Amberes se componían de ciclistas, que avanzaron con circunspección de calle en calle, de plaza en plaza, hasta formar una red de centinelas tendida por toda la ciudad. Á continuación entró á paso gimnástico una brigada de infantería, y pisándole los talones con ruidoso galope, media docena de baterías de artillería montada. Estas tropas atravesaron las calles rápidamente para dirigirse al puerto, guiadas por oficiales que conocían Amberes perfectamente. (Tal vez habían vivido en ella hasta la víspera de las hostilidades.) Al llegar las baterías al puerto, colocaron en posición sus cañones en los muelles, abriendo un fuego de shrapnells sobre las tropas belgas en retirada, que habían alcanzado ya la orilla opuesta del río. Mientras tanto, una compañía de infantería alemana se precipitó á todo correr por el puente de barcas, no sospechando la solución de continuidad que los explosivos habían producido en su parte media. Viendo el puente cortado, los soldados alemanes tuvieron que detenerse, pero dos de ellos, despojándose de sus mochilas, se arrojaron en el agua, salvaron á nado el pequeño estrecho, y consiguieron izarse en la otra mitad del puente, que aun subsistía. Á pesar del vivo fuego del fuerte de la Tete-de-Flandre, los dos alemanes intentaron un reconocimiento. Con esta hazaña pudieron ganar la Cruz de hierro. Una hora después de haber aparecido los alemanes al borde del río, llegaron sus pontoneros, y el puente fué reparado. El fuerte de Santa Ana, que aun disparaba, quedó reducido al silencio, y las tropas teutonas se lanzaron en masa á través del Escalda para perseguir á los belgas. El gruñido de los cañones de campaña, persistiendo toda la noche, nos anunció que habían alcanzado cuando menos la retaguardia del ejército belga.



UN DESTACAMENTO ALEMÁN EN EL HOTEL WEBER

Pero los alemanes llegaban tarde para cortar su retirada.

Aunque el bombardeo había terminado el viernes á mediodía, no por esto la noche se vió libre de horrores. Á la caída de la tarde estallaron en varios distritos numerosos incendios provocados por las bombas. El más grande se produjo en la ondulante calle llamada del Mercado de Zapatos, que va de la plaza Verde á la plaza de Meir. Á las ocho de la noche todo el lado occidental de esta calle era una vasta cortina de llamas. El incendio gigantesco no tuvo otros testigos que algunos grupos de soldados alemanes, que acogían con indiferencia la posibilidad de que ardiese toda Amberes. Varios destacamentos de bomberos de la ciudad acudieron poco después por la fuerza de la costumbre, pero sus servicios resultaron inútiles al lado de las bombas vacías. No había en la ciudad una gota de agua. Al fin se aisló el fuego haciendo saltar con dinamita los edificios cercanos á la cortina de llamas.

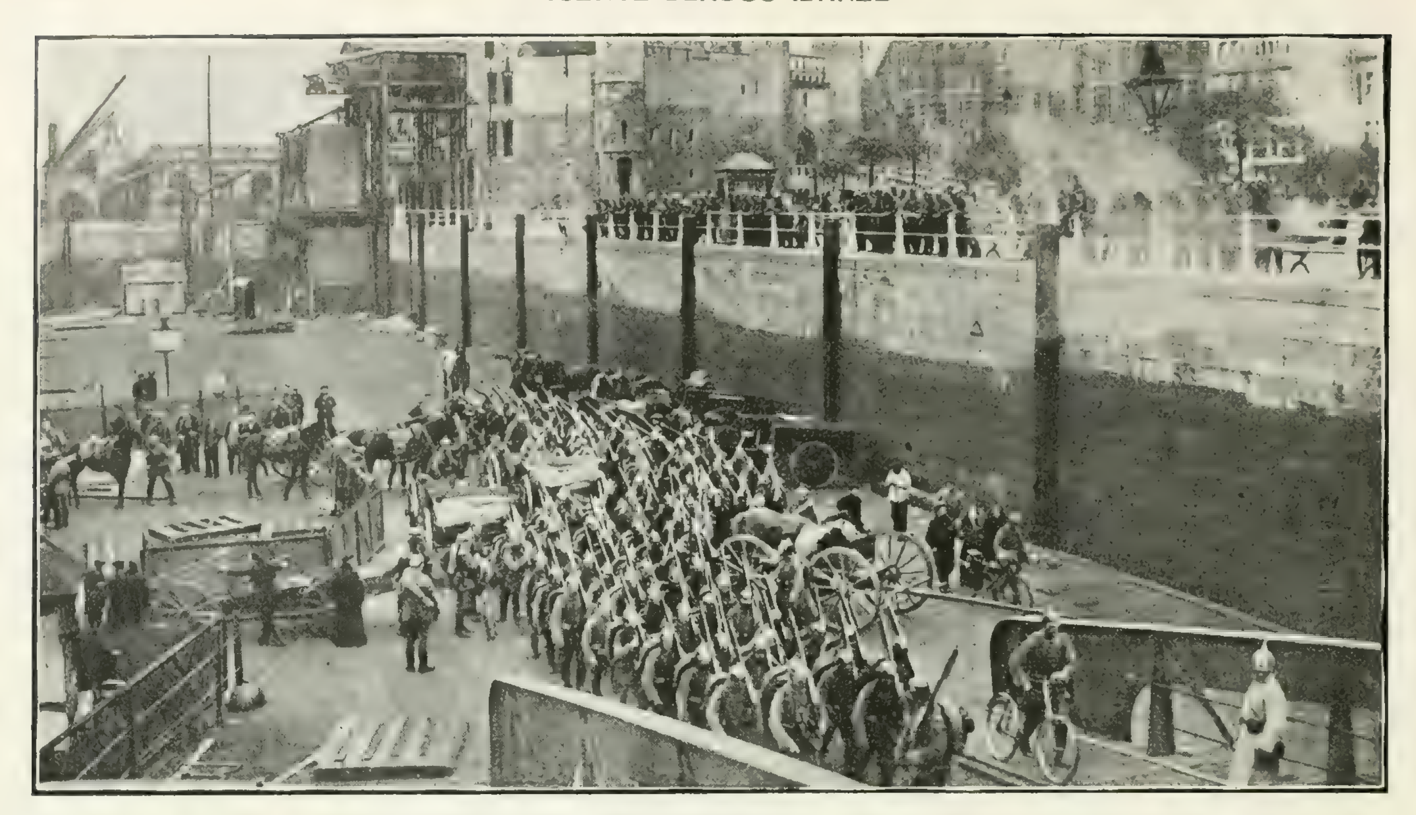


LOS ALEMANES EN LA CATEDRAL DE AMBERES

Una semana antes de la caída de Amberes, los depósitos de agua de la ciudad, situados cerca de Lierre, habían sido destruídos por los cañones de sitio, y la plaza carecía de líquido potable. Por esto, cuando entró el enemigo, la situación de Amberes, desde el punto de vista higiénico, era intolerable, y todos presentían una epidemia. El agua fué tan rara en los últimos días del sitio, que habiendo podido yo procurarme el día de la entrada de los prusianos una botella grande de Apollinaris, dudé varias veces si la emplearía como bebida ó como agua de *toilette*. Al fin me decidí por aplicar el líquido á los dos usos.

Los vencedores estaban preocupados por la posibilidad de una epidemia. Á las tres horas de vivir en Amberes, sus médicos empezaron á trabajar en la limpieza y desinfección de la ciudad. Cada fase de la ocupación fué caracterizada por el culto que dedican los alemanes al método y al orden. En realidad habían previsto todas las contingencias, atendiendo al remedio especial de cada una de ellas. El material mecánico de la oficina de higiene del municipio, fué utilizado inmediatamente por ellos. La policía recibió la orden de continuar su servicio, como si no se hubiese producido ningún cambio de gobierno. La circulación de los trenes para Bruselas, Holanda y Alemania, quedó restablecida. Sellos alemanes, con una inscripción suplementaria, «Belgien», fueron puestos á la venta en las oficinas de Correos. El alumbrado eléctrico quedó recompuesto, y en la noche del domingo, por primera vez luego de la memorable visita del primer zeppelín á fines de Agosto, la ciudad se envolvió en deslumbrantes resplandores.

Aunque un efectivo numeroso de tropas había atravesado Amberes durante la jornada del viernes en persecución de los belgas, la entrada triunfal de los vencedores sólo empezó el domingo por la tarde. Una revista de 60.000 hombres fué pasada por el gobernador militar, el almirante von Schroeder y el general Von Beseler, los cuales, rodeados de su Esta-



LOS ALEMANES EN UN MUELLE DE AMBERES

do Mayor galoneado, volvieron las cabezas de sus caballos hacia el antiguo palacio real. Estas magnificencias las contemplaron muy pocos. Los triunfadores germánicos tuvieron tantos testigos de su apoteosis, como si hubiesen pasado la revista en las calles de Babilonia arruinada. Mi fotógrafo y yo, instalados en las ventanas del consulado de los Estados Unidos, que estaba desierto, fuimos los únicos testigos de esta gran parada militar, en toda la plaza de Meir y las vías inmediatas, ó sea en una distancia de un kilómetro.

Las calles estaban absolutamente desiertas. Todas las casas tenían cerradas herméticamente persianas y puertas. En la plaza, que días antes aparecía empavesada con gran profusión de colores belgas, no se veía una sola bandera. Creo que los alemanes se sintieron un poco turbados, á pesar de su orgullo, al ver el silencio mortal con que eran acogidos. Según mi fotógrafo Thompson, esta entrada triunfal hacía el efecto «de un circo ecuestre llegando á una población de los Estados Unidos un día antes de la fecha en que lo esperan».

Durante cinco horas las legiones formidables se deslizaron entre dos filas de piedras y ladrillos, únicos contempladores de su triunfo. Pasaron, compañía sobre compañía, regimiento sobre regimiento, división sobre división, fatigando nuestros ojos con la teoría interminable de sus masas grises, rematadas por líneas oblicuas de acero. Su marcha iba acompañada de cánticos. Los altos edificios de la plaza de Meir y la avenida de Keyser, repercutían el sonido de las voces clamando: *Die Wacht am Rhein; Deutschland, Deutschland über alles*, y *Ein feste Burg ist unser Gott*. Aunque el canto fuese puramente mecánico—como los rostros de los cantores—, el poderoso volumen de las sonoridades vocales, puntuado á intervalos regulares por la música aguda de los pífanos y el redoble de los tambores, y acompañado por la tre-



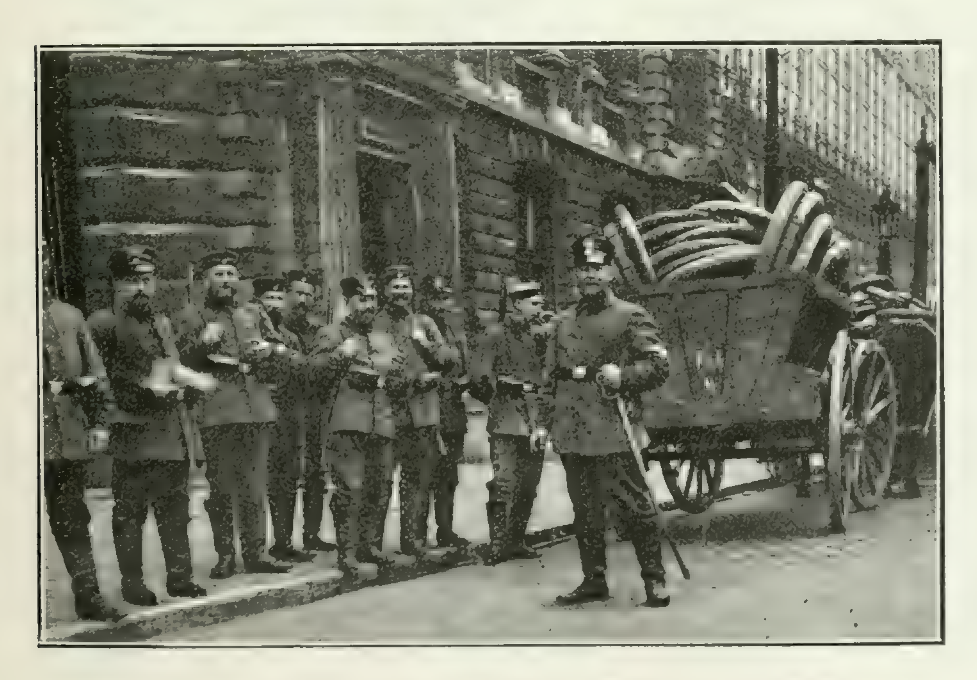
SOLDADOS ALEMANES ATRAVESANDO EL ESCALDA



LA COMANDANCIA MILITAR ALEMANA EN AMBERES

pidación incesante de las botas con suelas claveteadas, producía una impresión rara. Cada regimiento iba precedido de su música y sus banderas de guerra, y cuando empezó la noche y los faroles fueron encendidos, el son de los pífanos, el clamor de los tambores y la rítmica melopea de los pies en marcha, me hicieron recordar los cortejos políticos que desfilan á la luz de las antorchas en las noches electorales de los Estados Unidos.

Á la cabeza de la columna cabalgaba un escuadrón de gendarmes—la policía del ejército—con sus uniformes resplandecientes, verde botella y plata, montados en caballos inquietos, de pelo lustroso. Luego venía la infantería; sólidas columnas de hombres con uniformes grises, dominadas por las siluetas de los oficiales á caballo que surgían á trechos por encima del bosque de cascos puntiagudos. Á la infantería sucedió la artillería de campaña, gruesos cañones que vibraban sobre el pavimento y tenían sus sirvientes sentados junto á ellos, con los brazos sobre el pecho y los talones dentro de la cureña, impasibles caras de palo que recordaban á los antiguos lacayos en la trasera de una carroza. Eran los cañones que acababan de funcionar durante quince días, y en las últimas cuarenta horas habían esparcido la destrucción y la muerte en la ciudad. Sin embargo, los hombres y los caballos aparecían descansados y limpios, en el apogeo de su «forma», cortantes como navajas, duros como clavos. Mantas, baldes, mochilas, herramientas de trinchera, todo ocupaba su lugar reglamentario, y los arneses de cuero obscuro relucían lo mismo que zapatos de charol. Después de las baterías de campaña, apareció la artillería engarchada, los cañones «poms poms», tirado cada uno de ellos por un par de robustos caballos que guiaba con largas riendas un soldado sentado en el armón. Á continuación un cortejo de cañones automáticos, tan interminable, que había motivo para preguntarse



DESTACAMENTO ALEMÁN EN LA ESTACIÓN CENTRAL DE AMBERES

dónde había podido encontrar Krupp el tiempo y el acero necesarios para fabricarlos con tal profusión. Anunciada por la estridencia de sus trompetas y el golpeteo de sus tamboriles, avanzó la caballería; los coraceros de cascos centelleantes, con la coraza recubierta de tela gris; los húsares con el bonete de pelo oculto igualmente por una funda, y finalmente los hulanos cabalgando entre un mar de lanzas, bajo la nube de sus ondeantes pendoncillos.

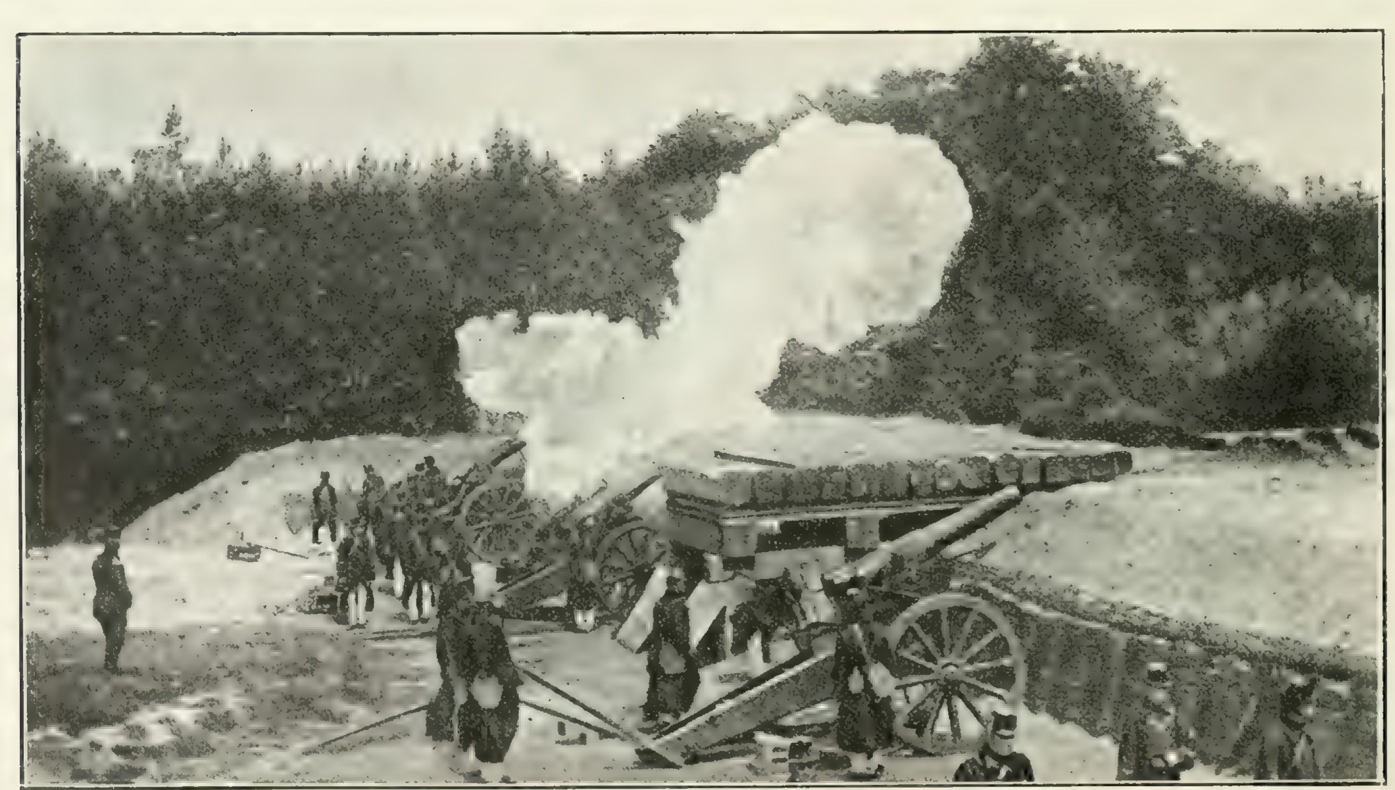
Pero esto no era más que una parte del desfile. Detrás de los hulanos venían los marineros de la división naval, rostros bronceados, ensombrecidos aun más por grandes patillas, y cubiertos con gorras aplastadas y redondas, balanceándose al marchar con un vaivén que recordaba el de las olas; luego los bávaros con uniforme azul obscuro, los sajones de azul celeste, y los austriacos—los mismos que habían dirigido el fuego de los cañones monstruosos—con magníficos uniformes de gris plateado. Un carruaje arrastrado por un obeso caballo blanco y cuyo pescante aparecía ocupado por dos soldados, marchaba detrás de los regimientos bávaros.

ALEJANDRO POVELL
cuyos interesantes relatos ilustran estas páginas. El gran escritor norte-americano aparece fotografiado en compañía del general alemán Von Boehn

Caballo y carruaje estaban adornados con flores, como si fuesen á figurar en un coso de Niza. Los dos soldados habían florecido igualmente sus cascos y levitas... Este carruaje quería ser una especie de carro triunfal, dedicado á la celebración de la victoria. Su interior estaba cargado de botellas de champañ y violines.

El ejército que había tomado á Amberes se mostró, desde el primer día del sitio al último, como un ejército de combate en toda la fuerza de la expresión. No figuraba en él un solo regimiento de *landsturm* ó de *landwehr*. Todos eran del ejército activo. Los soldados tenían la tez sonrosada de los atletas, y marchaban con la gallardía de una perfecta salud.

Sin embargo, el elemento *humano* hacía falta en esta entrada triunfal; no había en ella nada del aspecto alegre que el pensamiento presta á los hombres en sus días de gloria... Estos seres vestidos de gris, no eran más que las ruedas, los bulones y los tornillos de una gran máquina. Tal palabra, aplicada con



BATERÍA DE UNO DE LOS FUERTES DE AMBERES HACIENDO FUEGO

frecuencia á la definición del ejército alemán, hay que repetirla siempre, pues ninguna otra resulta tan apropiada: una gran máquina cuyo único objetivo es la Muerte. Y viendo pasar con sordo rumor esta máquina enorme de combate, exenta de remordimientos, como un martillo-pilón, implacable como una trituradora de piedra, no pude menos de maravillarme al pensar que no obstante su poderío había sido contrariada en su marcha, inmovilizada y mantenida á distancia durante mucho tiempo, por el ardiente, el caballeresco, el heroico y mal preparado pequeño ejército de la pequeña Bélgica.»

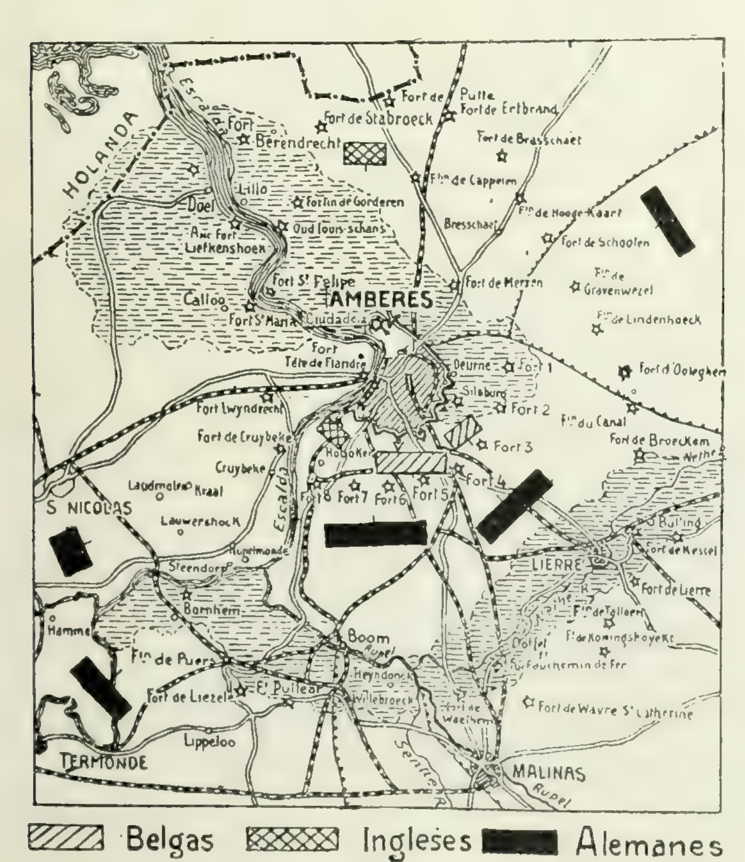
▫

Aquí termina el brillante y pintoresco relato de Powell.

La caída de Amberes produjo cierta estupefacción en el mundo entero. Nadie la esperaba. Los técnicos militares y los periódicos habían exagerado las condiciones defensivas de la plaza, considerándola intomable. Muy pocos tenían en cuenta la fuerza destructiva de la artillería monstruosa de los alemanes, que ya había anonadado á otras plazas fuertes. Gracias á ella, los sitiadores pudieron abrirse una brecha en el campo atrincherado de Amberes. Una vez la brecha abierta, la caída de la ciudad no fué empresa más que de tiempo y proyectiles.



PLANO DEL CAMPO FORTIFICADO DE AMBERES



PLANO DE LAS POSICIONES BELGAS, INGLESAS Y ALEMANAS ANTES DE LA CAÍDA DE AMBERES

Un notable crítico militar suizo, hizo el siguiente resumen de las operaciones en torno de Amberes:

«Cuando el 28 de Septiembre los primeros obuses alemanes empezaron á caer al pie de los fuertes exteriores, muchos rieron de la audacia de los teutones, que iban á «romperse la nariz» contra la primera de las fortalezas modernas. Había tal convicción de lo intomable que era esta plaza, que nadie juzgaba necesario el socorrerla. Ella se defendería sola.

Y sin embargo, diez días bastaron para hacer caer esta admirable joya militar, este modelo de campos atrincherados. Diez días de infierno indecible para sus defensores. Diez días casi plácidos y descansados para los asaltantes. Sus baterías monstruosas, cómodamente instaladas en los puntos favorables, vomitaban la destrucción. Ingenieros civiles en traje de paisano con una insignia en el brazo, dirigían la maniobra. Y el horrible trabajo se realizó mecánicamente, automáticamente.

Europa, mientras tanto, ignoraba esto. Todavía el 30 decían los periódicos que el resultado del tiro era nulo ó casi nulo, y en el mejor de los casos fuera de proporción con los esfuerzos de los sitiadores. Y cuando algunas horas después afirmaron desde Berlín que dos fuertes habían caído, todos rieron. ¡La agencia Wolff nos había acostumbrado á tantas mentiras!...

Realmente los dos fuertes no habían caído, pero los morteros de 420 los habían obligado al silencio para siempre. No quedaba entre ellos y el agresor



EL BOMBARDEO DE AMBERES

(Dibujo de Mr. H. W. Koekkoek, en *The Illustrated London News*)

alemán más que la barrera viviente de los heroicos soldados belgas. Á los dos días avanzó la infantería tudesca para dar el asalto. Wavre y el fortín de Santa Catalina fueron tomados, así como el reducto de Dorpwelt. Veinticuatro horas después, más al Nordeste, fueron tomados igualmente Waehlem, Lierre, Königshoekt y Kassel.

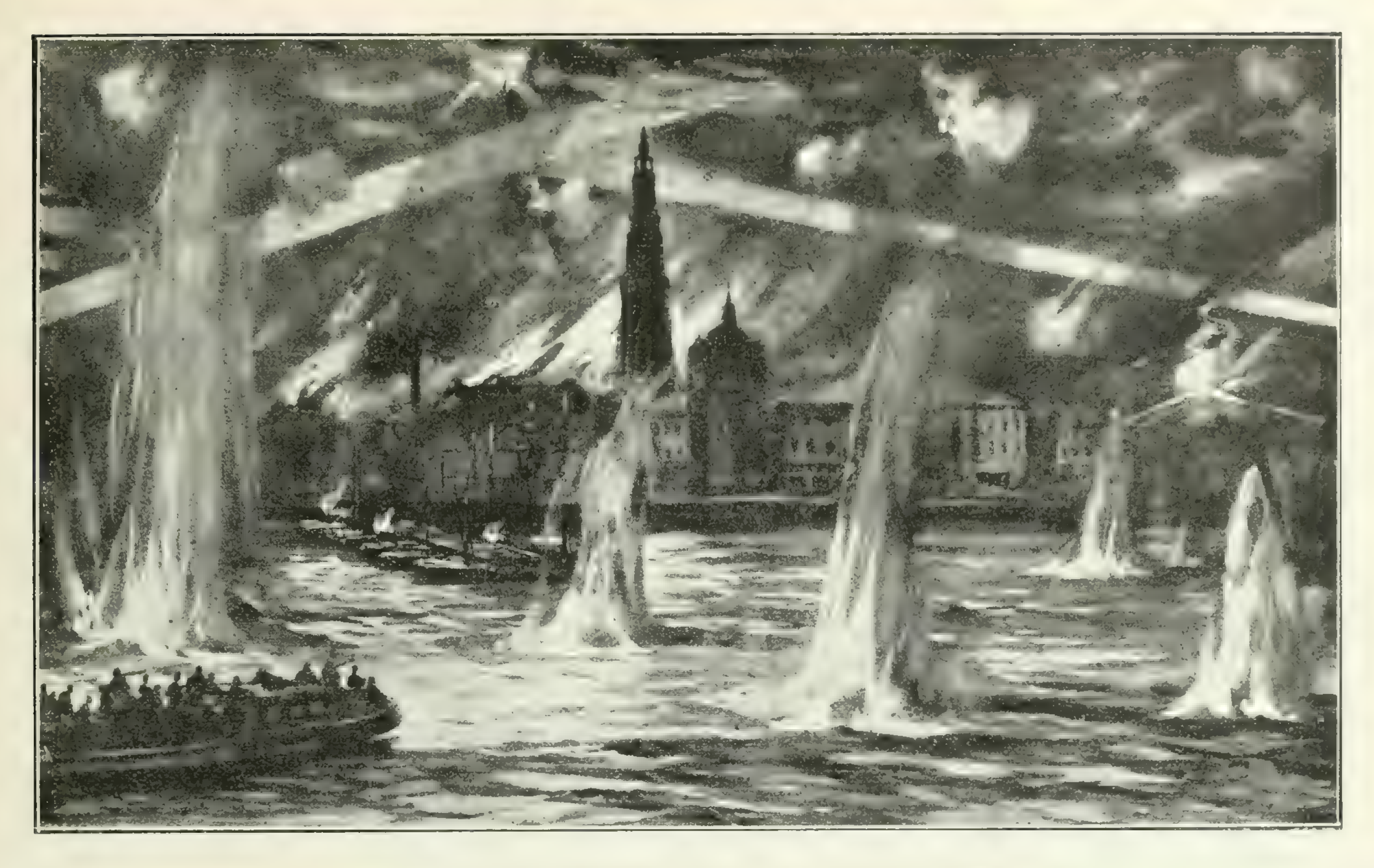
La gente no podía creer, no quería aceptar tales progresos. Pero he aquí un comunicado de origen belga, anunciando que después de cinco días de batalla, la defensa móvil de Amberes había tenido que retroceder al Norte y al Oeste del río Nethe. Y el Nethe corre por *detrás* de los fuertes que ya hemos mencionado. ¿Cómo dudar más de su caída?... Pero la opinión, que no podía aceptar que Amberes llegase á ser conquistada, empleó un nuevo argumento: «Las posiciones belgas sobre el Nethe son muy fuertes.» Todos se aferraron á esta frágil esperanza con tanta fe, que no bastó á desvanecerla la noticia llegada el 5 de Octubre, anunciando que dos obras de defensa de más allá del Nethe habían caído en poder del enemigo: la ciudadela de Lierre y el fortín de la vía férrea á Malinas. «¿Qué importa? No son más que fuertes. ¡Mientras los alemanes se vean imposibilitados de avanzar!»...

Efectivamente, durante los dos días que siguen los sitiadores no avanzan. Aunque anuncian que están en posesión de seis pasos sobre el río, no llegan á franquearlo. Tal vez se reservan para una tentativa seria, cuando sus camaradas, dirigidos hacia el Oeste en un movimiento envolvente, hayan conseguido franquear el Escalda para cortar la retirada de la guarnición. Por esta parte, más allá de Termonde, los alemanes, bajo el fuego de las baterías belgas, pretenden construir puentes de barcas, viéndose rechazados en sus primeros intentos.

El 7 de Octubre por la mañana, á favor de una bruma intensa, los sitiadores franquearon el suelo



UNA CALLE DE AMBERES DESPUÉS DEL BOMBARDEO



LOS TANQUES DE PETRÓLEO INCENDIADOS POR LOS OBUSES

(Dibujo de H. V. Koekkoek, en *The Illustrated London News*)

húmedo por todas partes. Las columnas situadas junto al Nethe, pasaron á través de 400 metros inundados, por una brecha de 20 kilómetros que sus morteros colosales habían abierto en la cintura exterior de fuertes. Las tropas sitiadoras situadas junto al Escalda lo pasaron en barcas ó por un puente que habían conseguido tender entre Termonde y Wetterem, cerca de Schellebelle. Las primeras compañías fueron repelidas por el fuego intenso de los cañones belgas instalados en Berlaeve. Pero al poco tiempo el fuego infernal de las piezas gruesas alemanas obligó á los artilleros del rey Alberto á abandonar esta situación insostenible. Y los alemanes pasaron.

Eran las siete y media de la noche. Las bocas de los mil cañones del general de Beseler estaban después de esta operación á dos kilómetros del segundo recinto de fuertes—los fuertes interiores del campo atrincherado—y á cinco kilómetros de la ciudad. El comandante de la plaza recibió el aviso de que el bombardeo de la ciudad empezaría á media noche. «Podéis comenzar», contesta lacónicamente el general de Guisa. Y el bombardeo empezó.



DESTROZOS EN UNA CASA DE AMBERES POR UN MORTERO ALEMÁN

Bajo la ráfaga de muerte que fué pasando sobre la ciudad, el pánico se apoderó de la población. La muchedumbre se amontonó en vapores y barcas para huir. El gobierno, comprendiendo que la resistencia llegaba á su fin, se había embarcado para Osten-



LA HEROICA GUARNICIÓN DE AMBERES AL RETIRARSE HACIA OSTENDE

(Dibujo de Edward Claes, de «The Graphic».)

de. El rey y la reina se mantuvieron en Amberes hasta el último momento. En cuanto á su valeroso ejército, la neutralidad holandesa le prohibía franquear la barra del Escalda, y por esto se preparó á abandonar la ciudad, deslizándose á lo largo de dicha frontera para ganar Ostende. En esta retirada se llevó todos sus cañones, sin abandonar uno, para continuar tenazmente la lucha.

Y mientras desfilaba tristemente en la noche del 8 al 9 de Octubre por las calles de la ciudad arruinada, oyó cómo se iba debilitando y cesaba al fin el fuego de dos de los antiguos fuertes que defendían el segundo recinto de Amberes. ¡Una segunda brecha!

El viernes 9 de Octubre, á las cuatro de la tarde, los alemanes hicieron su entrada en Amberes por el arrabal de Berchem. En ausencia de las autoridades belgas fué el burgomaestre el que rindió la ciudad al general von Beseler. Los fuertes del Norte que se resistieron algún tiempo más, cayeron igualmente. Pero si las fortificaciones se entregan, sus defensores no se rinden, y los alemanes se ven obligados á rechazar á cañonazos á 2.500 belgas tenaces en su resistencia, para que se refugien en la frontera holandesa.



CAMPAMENTO DE SOLDADOS BELGAS É INGLESES INTERNADOS EN HOLANDA

No termina con esto el drama. Los belgas y el cuerpo auxiliar inglés se retiran, como ya hemos dicho, hacia el Oeste. Los alemanes van á su alcance. Desde Termonde y Grembergen salen en su persecución, y se ponen en contacto con la retaguardia del ejército en retirada. Se entabla un combate desesperado, ¡el último!... Una parte de valerosos belgas se ve cortada del resto de la columna, pero sigue combatiendo dispuesta á morir antes que á rendirse, y en su retirada, haciendo frente siempre al enemigo, llega á la frontera holandesa y tiene que franquearla contra su voluntad. Allí los belgas caen en los brazos fraternales de los soldados de la reina Guillermina que los esperaban para desarmarlos, pero al mismo tiempo los acogen cariñosamente y los reconfortan. Estos belgas al menos iban á disfrutar de un reposo, merecido cien veces, por su heroica bravura.

El resto del ejército puede escapar. Los alemanes cometieron una falta inicial al emprender el sitio de Amberes, y esta falta no les permitió bloquear por entero la plaza. Se apoderaron de la ciudad, pero el ejército belga pudo escapar entero, lo que disminuyó considerablemente la importancia de su triunfo. Además cometieron otra falta, la de su excesiva prudencia al perseguir á los fugitivos con inexplicable lentitud. Los mismos soldados belgas no ocultaban su sorpresa al ver que podían ganar sucesivamente en su retirada, Gante, Brujas, Ostende y Nieuport, sin ser casi inquietados. Toda la guarnición de Amberes llegó intacta á Ostende con su artillería completa, á costa de tenaces esfuerzos, y haciendo frente á toda clase de peligros.»

◻

El general de Guisa, con los restos de la guarnición refugiados en algunos fuertes, defendió éstos durante tres días, retirándose el 12 de Octubre á la vecina frontera de Holanda.

El grueso del ejército en retirada se detuvo en Gante, capital de la Flandes oriental. Esta retirada de los belgas era ordenada y lenta, aprovechando todos los accidentes del terreno para hacer frente á los perseguidores y retardar su avance. En Quakecht y Melle-les-Gand, los belgas combatieron con los alemanes, deteniéndolos durante muchas horas, pero éstos hicieron intervenir su artillería gruesa, y el ejército del rey Alberto se vió obligado de nuevo á continuar su retroceso. Gante, ciudad abierta, no podía oponer resistencia. Las tropas alemanas entraron en ella el 14 de Octubre.

Los belgas continuaron su repliegue hacia Ostende, amparados por la caballería que cubría su retirada. Los lanceros belgas sólo abandonaron á Gan-

AVANZADA DE CICLISTAS ALEMANES EN LA PLAZA MAYOR DE GANTE

EL VECINDARIO VIENDO PASAR Á LOS ALEMANES

LOS ALEMANES TOMANDO POSICIONES FRENTE AL HOTEL DE VILLE

LA BANDERA ALEMANA EN EL HOTEL DE VILLE

(Fots. Rol)



EL GENERAL VON BESELER, JEFE DEL EJÉRCITO SITIADOR DE AMBERES

te una hora antes de la entrada de los alemanes.

Éstos acentuaron su empuje hacia el Oeste. El 15, después de un breve combate en Ursel, entre Gante y Brujas, se abrieron un camino hacia esta última ciudad. El mismo día 15, por la tarde, entraron en Brujas.

Ostende estaba condenado igualmente á caer en manos de los alemanes. Las ciudades flamencas, completamente abiertas, no podían ser defendidas por el fatigado ejército belga después de la caída de Amberes.

El gobierno, que se había refugiado en Ostende, tuvo que pensar en su seguridad. ¿Adónde ir cuando en todo el reino no quedaba una plaza fuerte que pudiese abrigar á los ministros nacionales y los representantes diplomáticos?... El presidente de la República francesa, M. Raimundo Poincaré, telegrafió al rey de Bélgica ofreciendo la hospitalidad de una ciudad de Francia. El gobierno belga podría gozar en ella de una independencia absoluta, tanto administrativa como política. Á este ofrecimiento contestó el rey de Bélgica con el siguiente telegrama:

«Estoy profundamente conmovido por la hospitalidad que Francia ofrece cordialmente al gobierno belga, y las medidas que el gobierno de la República ha tomado para asegurar nuestra plena independencia y nuestra soberanía. Esperamos con inquebrantable confianza la hora de la victoria común, luchando juntos por una causa justa. Nuestro valor no conocerá nunca el desfallecimiento.

»Recibid, señor presidente, el testimonio de mi inalterable afección.

»ALBERTO.»

El gobierno francés anunció á su país este suceso

LOS ALEMANES EN LA PLAZA MAYOR DE AMBERES

con la siguiente Nota publicada en Burdeos el 13 de Octubre:

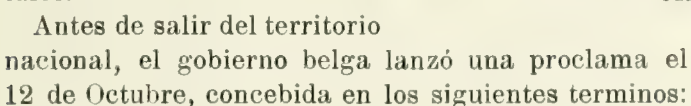
«El gobierno belga, no encontrando en su territorio toda la libertad necesaria para el pleno ejercicio de su soberanía, ha pedido hospitalidad á Francia y manifestado el deseo de trasladar al Havre su residencia.

»El gobierno de la República ha respondido inmediatamente, que del mismo modo que confunde en su afecto el ejército belga con el ejército francés, recibirá de todo corazón en el Havre al gobierno del rey de Bélgica, al que asegura la plenitud de sus derechos soberanos, el completo ejercicio de su autoridad y de sus deberes gubernamentales.»



CENTINELA ALEMÁN EN LA PLAYA DE OSTENDE

Antes de salir del territorio nacional, el gobierno belga lanzó una proclama el 12 de Octubre, concebida en los siguientes terminos:



«Conciudadanos:

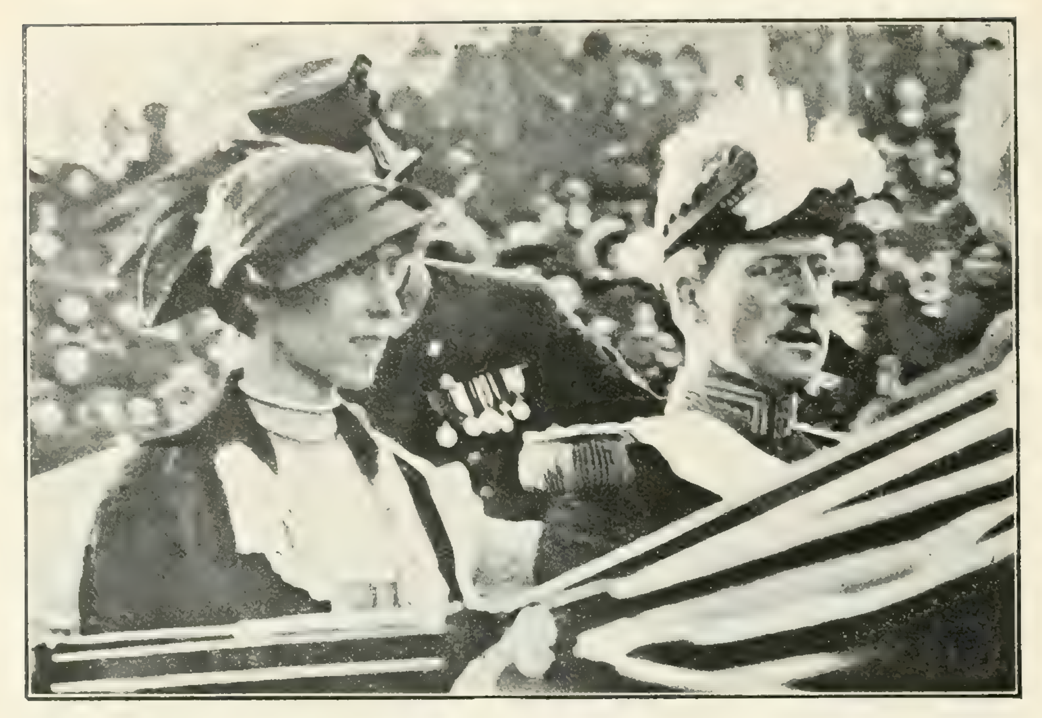
»Desde hace dos meses y medio, á costa de los más heroicos esfuerzos, los soldados belgas defienden palmo á palmo el suelo de la patria. El enemigo contaba con anonadar nuestro ejército en Amberes, pero una retirada en la que el orden y la dignidad han sido irreprochables, acaba de hacer ilusoria esta esperanza, y de asegurarnos la conservación de unas fuerzas militares que continuarán luchando sin tregua por la más justa y más hermosa de las causas.



UNA MINA ARROJADA POR LAS OLAS Á LA PLAYA DE OSTENDE

»De ahora en adelante dichas fuerzas operarán en nuestra frontera del Sur, viéndose apoyadas por los aliados. Gracias á esta valiosa cooperación la victoria del derecho es segura. Sin embargo, á los sacrificios que lleva aceptados la nación belga, con un valor inquebrantable, las circunstancias del momento añaden una nueva prueba. Para no servir á los designios del invasor, es preciso que el gobierno belga se establezca provisionalmente en un lugar donde pueda estar en contacto, por una parte con nuestro ejército y por otra con Francia é Inglaterra, prosiguiendo en el ejercicio de la soberanía nacional y asegurando su continuación.

»Por esta causa el gobierno abandona hoy á Ostende con



EL REY Y LA REINA DE BÉLGICA

un recuerdo de honda gratitud por el modo como lo recibió esta ciudad, y va á establecerse en el Havre, donde la noble amistad del gobierno de la República francesa le ofrece, al mismo tiempo que la plenitud de sus derechos, el completo ejercicio de su autoridad y sus deberes.

»Conciudadanos: esta prueba momentánea, á la cual nuestro patriotismo tiene que someterse, obtendrá —estamos convencidos de ello—un pronto desquite. Los servicios belgas continuarán funcionando en la medida que lo permitan las circunstancias locales.

El rey y el gobierno cuentan con la cordura de vuestro patriotismo. Vosotros contad igualmente con nuestro entusiasmo, con el valor de nuestro ejército y con el concurso de los aliados para acelerar la hora de la liberación común. Nuestra querida patria, tan odiosamente traicionada por una de las potencias que juraron garantizar su neutralidad, ha suscitado una admiración creciente en el mundo entero. Gracias á la unión, al coraje y á la clarividencia de todos sus hijos, ella continuará siendo digna de esta admiración que la reconforta actualmente.

»Mañana surgirá de sus desgracias más grande y más hermosa, habiendo sufrido su martirio por la justicia y por el honor de la civilización. ¡Viva Bélgica libre é independiente!

(Las firmas de todos los ministros.)



EL REY DE BÉLGICA ENTRE SUS TROPAS

Post scriptum.—Los ministros salen para el Havre á bordo de un vapor del Estado belga, con el personal de los ministerios, el nuncio y todos los miembros del cuerpo diplomático que siguieron al rey á Amberes.

»El rey permanece al frente de su ejército.»

Mr. Carlos de Broqueville, presidente del Consejo y ministro de la Guerra, permaneció momentáneamente en el ejército al lado del rey, pero poco después fué á unirse en Francia con sus compañeros de ministerio.

El 13 de Octubre se instaló el gobierno belga en el Havre, llegando á este puerto en el vapor *Peter de Coninck*. Mr. Augagneur, ministro de Marina francés, esperaba en dicho puerto para saludar á los recién llegados en nombre de su gobierno. Los ministros belgas eran: Mr. Henri Carton de Wiart, ministro de Justicia; Mr. Davignon, ministro de Negocios Extranjeros; Mr. Berryer, ministro del Interior; Mr. Poullet, ministro de Ciencias y Artes; Mr. Van de Vyvere, ministro de Hacienda; Mr. Halleputte, ministro de Trabajos públicos y de Agricultura; Mr. Hubert, ministro de la Industria y del Trabajo; Mr. Renkin, ministro de Colonias, y Mr. Segers, ministro de Ferrocarriles, Marina, Correos y Telégrafos.

Fué en Sainte-Adresse, elegante población de veraneo, situada en una playa cerca del Havre, donde se instalaron los diferentes departamentos ministeriales y servicios administrativos del gobierno belga. Se instaló la presidencia y el lugar de reunión de los ministros en un edificio llamado la «Hostelería». Los ministros de Estado ocuparon un local inmediato, y el cuerpo diplomático el antiguo «Club de Regatas». Los ministerios de la Guerra y de Negocios Extranjeros fueron los únicos que obtuvieron edificios aparte.



MR. BROQUEVILLE, MINISTRO DE LA GUERRA DE BÉLGICA Y PRESIDENTE DEL CONSEJO

(Fot. Henri Manuel, París)



MR. CARTON DE WIART, MINISTRO DE JUSTICIA DE BÉLGICA

(Fot. Henri Manuel, París)

Comenzó á funcionar una Oficina de Correos y Telégrafos para el uso exclusivo del gobierno belga. Los sellos de correo belgas fueron declarados legales en este lugar de Francia. Hasta el ministro diplomático francés siguió funcionando en Sainte-Adresse, como si este pueblo de su nación perteneciese á Bélgica.

Un destacamento de tropas belgas—gendarmes en su mayor parte—ocupó este rincón del suelo de Francia para dar guardia á su gobierno y prestar el servicio de plantones y emisarios en las oficinas. Todas las mañanas, al salir el sol, se izó la bandera de Bélgica en señal de libre soberanía sobre esta playa francesa.

Los belgas aceptaron con serenidad la nueva prueba á que les sometía el destino. Rolando de Mares dijo así, resumiendo los sentimientos de sus compatriotas:

«No hay que compadecer á los belgas. No hay que lamentarse de la suerte de este pequeño pueblo de

EL MINISTERIO DEL INTERIOR

GENDARMES BELGAS FRENTE Á LOS EDIFICIOS DEL GOBIERNO DE SU NACIÓN

OFICINAS DE CORREOS DEL GOBIERNO BELGA, EN EL HAVRE, ESTABLECIDAS EN UNA CASA DEL ALMACÉN DUFAYEL, DE PARÍS

MOMENTO DE IZARSE LA BANDERA BELGA TODAS LAS MAÑANAS. SUBE PLEGADA Y ARRIBA SE DESPLIEGA

(Fots. Meurisse)

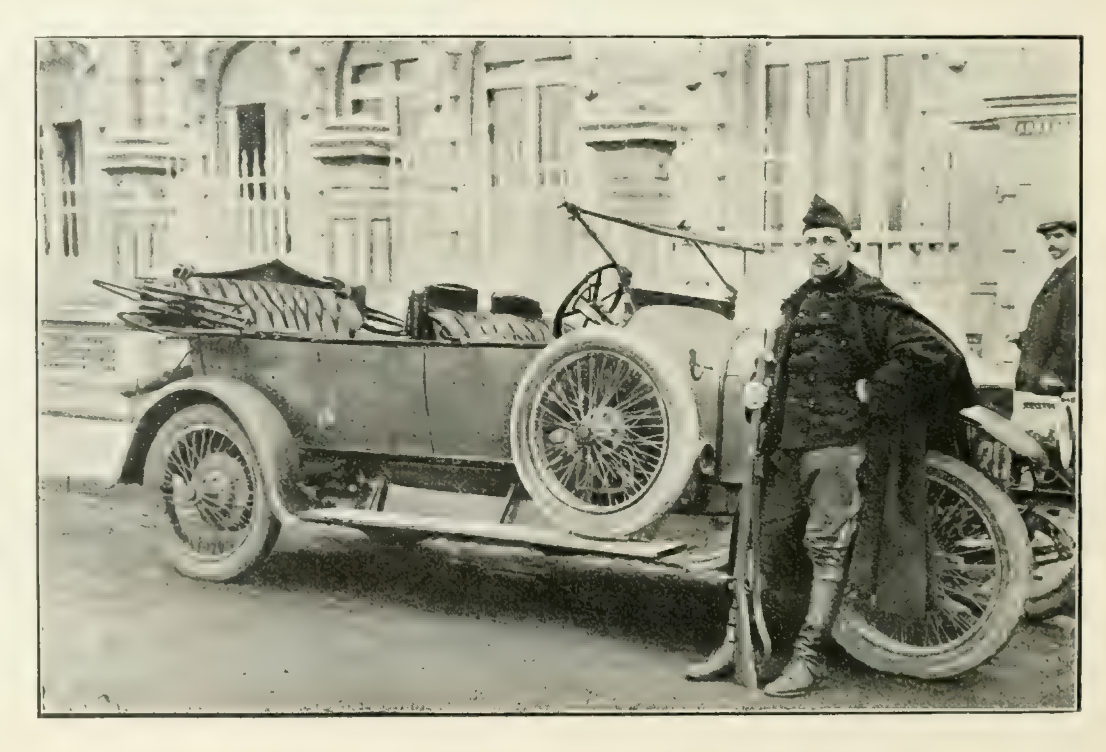


OFICIALES DE ESTADO MAYOR EN EL MINISTERIO BELGA DE LA GUERRA ESTABLECIDO EN EL HAVRE

artistas, industriales y artesanos, que ha llegado al fondo de las miserias humanas, que conoce todas las angustias, todos los dolores, todas las torturas, pero se defiende con una energía casi salvaje contra el destino implacable. No hay que repetir incesantemente que el mundo civilizado por entero ha contraído una deuda con Bélgica, porque este país ha dado una alta lección de dignidad al universo. No hay que repetir cada mañana que Francia debe un gran reconocimiento á la nación hermana, que supo combatir y sufrir por preservarla del ataque brusco de un adversario sin lealtad y sin honor.

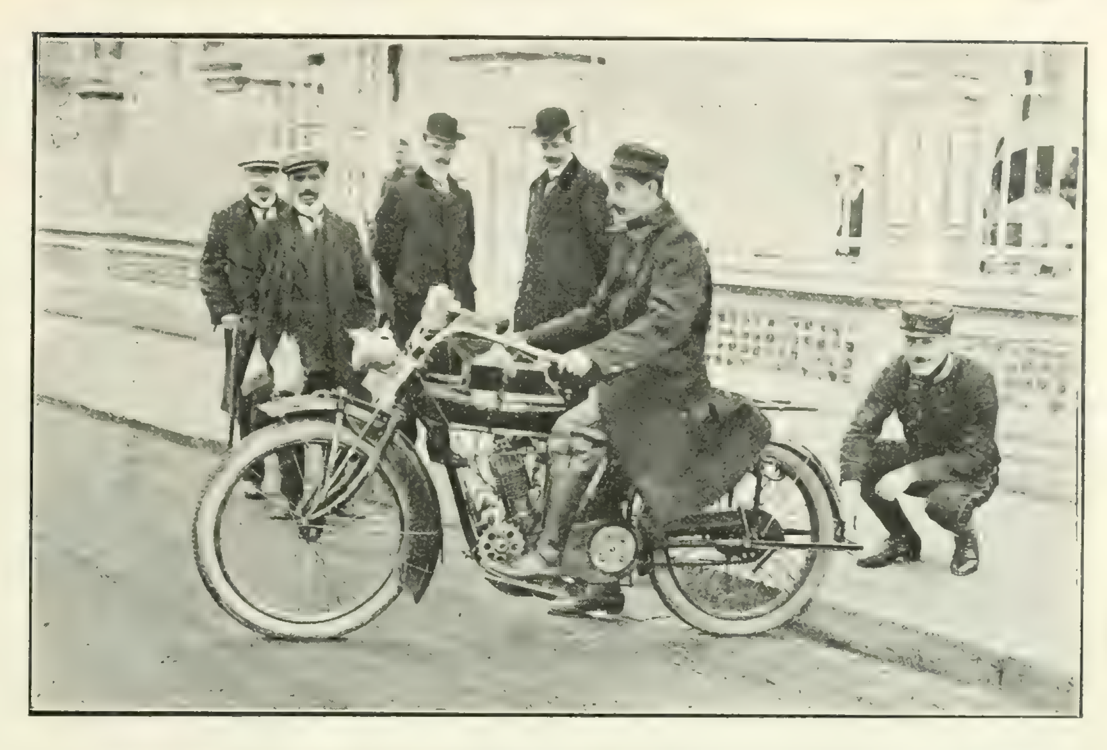
Bélgica ha hecho lo que debía hacer, sin pensar para nada en el agradecimiento que esto podía valerle. Evidentemente, las potencias amigas, cuando dicten la paz á una Alemania vencida, se acordarán de los perjuicios sufridos por Bélgica, exigiendo justas reparaciones. Pero el pueblo belga no busca ninguna recompensa ni implora ninguna piedad. Llora á sus muertos, pero no llora por los que combaten y se mantienen de pie, y se yergue con toda su voluntad de vivir, para oponerse á los bárbaros en marcha. Ocho provincias, de las nueve que tiene Bélgica, están ocupadas por el enemigo. Dinant saqueada, Lovaina destruida, Malinas bombardeada, Termonde incendiada, y Amberes —¡el supremo refugio!— caída en manos del enemigo: tal es la terrible realidad á la que los belgas hacen frente. Pero aun les queda una provincia para batirse; aun tienen fusiles, cañones y pechos que oponer á las hordas imperiales. Aun no han llegado á emplear el último batallón para que forme el último cuadro. Aun les queda su rey héroe y la voluntad inquebrantable de vencer.

Ciertamente, la caída de Amberes es la prueba más cruel que hemos sufrido hasta el presente. El «baluarte nacional», desplomándose en ruinas bajo los obuses alemanes, puede impresionar á los débiles y los tímidos; pero el ejército que defendía á Amberes se ha salvado, los cañones que tiraban desde los fuertes han partido, los recursos de todas clases amontonados en la plaza están ahora en lugar seguro... En la hora trágica que estamos viviendo, no hay más que una verdad que valga; una verdad única: los belgas, abandonando su reducto nacional donde el enemigo esperaba ahogarlos, prosiguen la guerra



AUTOMÓVIL DEL GOBIERNO BELGA GUARDADO POR UN SOLDADO

sobre una nueva base. Ellos no abdican, no se desarman, no se resignan. Tenerles lástima es obscurecer su heroismo con una debilidad. Lo único que ellos piden á sus hermanos de Francia y á sus amigos de Inglaterra, es que recojan y socorran á sus viejos, á sus mujeres, á sus niños, que les den la certeza de que estos seres queridos, que milagrosamente han podido escapar á las matanzas, no sucumbirán en las tierras amigas de miseria y desesperación. Y esto lo piden únicamente para tener el corazón más firme y el espíritu más libre mientras combaten. Hay una cosa que es preciso que todos comprendan bien. La Bélgica libre é independiente no puede morir, ni puede someterse. Cuando un pueblo tiene plena conciencia de su misión, no transige jamás, así se vea atormentado, chorreando sangre y en las convulsiones de la agonía. Es necesaria la mentalidad particular de los alemanes para suponer un solo instante que una nación como la nuestra, bien resuelta á defender su honor y su libertad, puede ceder ante los procedimientos del terrorismo. La decisión de la Bélgica de hacer frente á Alemania, fué tomada después de apreciar y sospesar todas las consecuencias posibles. Tal vez teníamos aún entonces la inocencia de creer que el pueblo alemán respetaba las leyes de guerra y el derecho de gentes que acatan todos los pueblos civilizados, pero sabíamos perfectamente que habría muertos á millares, que el fuego se extendería por ciudades y campos, que toda la prosperidad nacional quedaría destruída en sus fuentes, que las riquezas adquiridas en ochenta y cuatro años de esfuerzos continuos, de labor encarnizada, se verían en peligro. Sabíamos que habría que luchar hasta el último hombre, hasta el último cañón, y que tal vez llegásemos á perecer. Cuando Bélgica tiró de la espada, no estaba segura completamente de si podía esperar un socorro eficaz de Francia é Inglaterra. Sin embargo, aceptó la lucha, porque su conciencia le ordenaba que debía aceptarla, porque no podía admitir el renegar de la palabra dada, y á sus ojos «un pedazo de papel» que llevase su firma al pie valía más que su trabajo, sus tesoros, sus poblaciones y la vida de sus hijos.



UNA ESTAFETA MOTOCICLISTA MILITAR BELGA EN EL HAVRE



GENDARME BELGA DE GUARDIA EN LA PUERTA DEL MINISTERIO DE LA GUERRA

(Fots. Meurisse)

El rey Alberto lo ha dicho: «Cumplir un deber es de lo más fácil, cuando se desea cumplirlo.» Bélgica ha cumplido su deber porque lo deseaba con toda su energía, con toda su alma. Si su gesto heroico emociona tan profundamente al mundo civilizado, es porque lo mismo para las naciones

MUJERES BELGAS DESPIDIÉNDOSE DE SU PATRIA (Fot. Rol)

que para los hombres, toda grandeza, toda hermosura moral, residen en el deber lealmente cumplido. Y mientras exista la nación belga así seguirá siendo.

La decisión de nuestro gobierno de establecerse en el Havre, prueba bien que no hay ninguna fuerza en el mundo que pueda obligar á Bélgica á someterse. Este gobierno es regular; ejerce su soberanía sobre un territorio claramente definido; mantiene con todas las potencias relaciones, regularmente establecidas... El Estado belga subsiste, así esté en el Havre como en Ostende, Amberes ó Bruselas. Basta que Francia garantice su independencia y el libre ejercicio de su soberanía allí donde el Estado belga establezca el asiento de su gobierno. El Estado belga ejerce su derecho de dominación sobre el territorio belga no ocupado por el enemigo. Tiene sus súbditos, sus recursos propios, y vive en la plenitud de su soberanía, porque su ejército, mandado por el jefe de Estado, opera sobre su territorio. El traslado del gobierno belga al Havre no modifica en nada las condiciones de

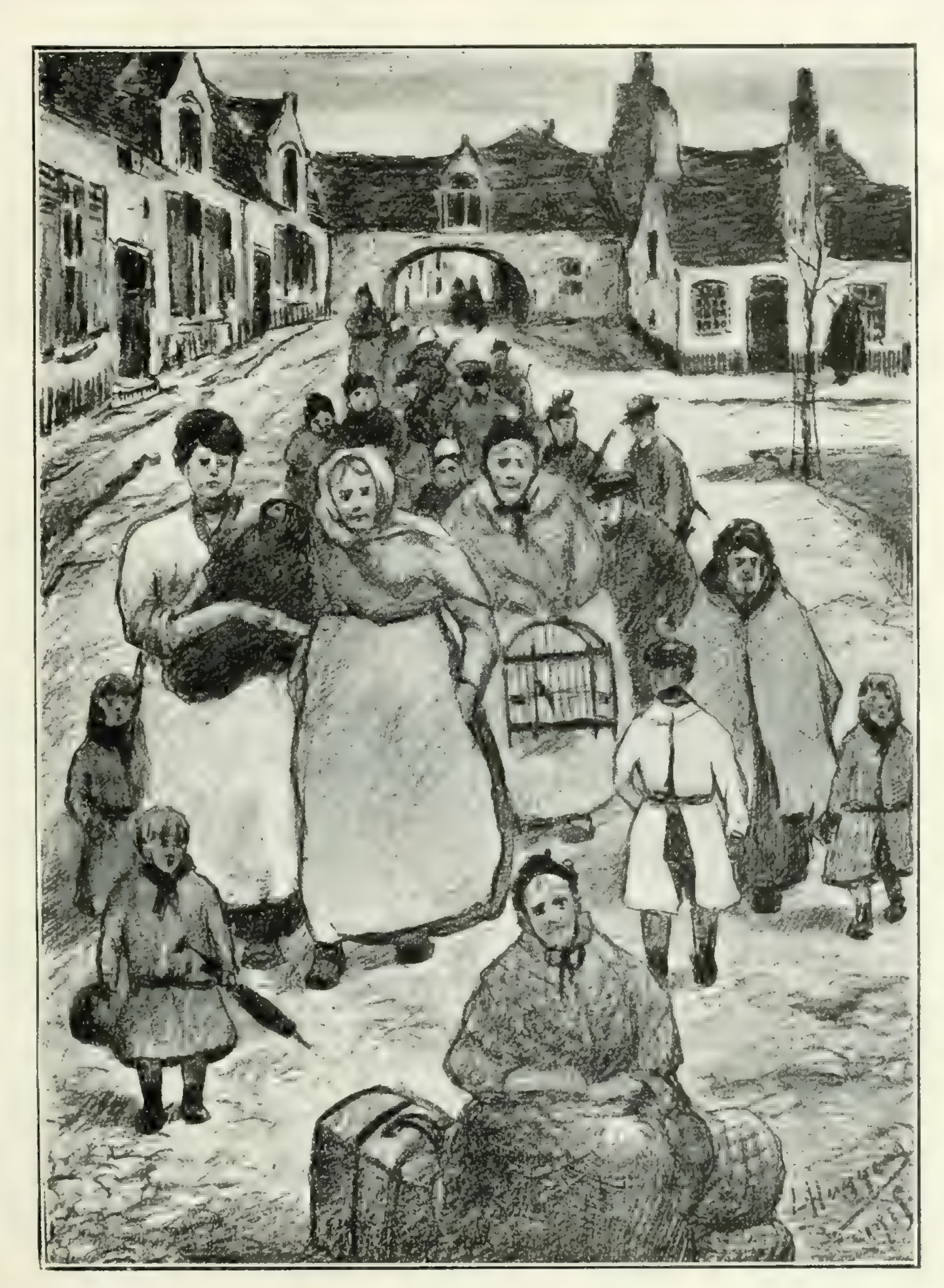


LOS FUGITIVOS DE FLANDES AL ENTRAR EN FRANCIA

(Dibujo de la *Guerre des Nations*)

la guerra que sostiene Bélgica, y que continúa siendo por su parte una guerra normal, rigurosamente ajustada á las reglas que rigen la sociedad de los Estados.

Importa insistir en este punto, para desvanecer toda impresión falsa que haya podido producir en el extranjero el traslado del gobierno. Tal hecho no puede disminuir en nada la confianza en el mantenimiento de una Bélgica independiente. El rey sigue sobre nuestro suelo al frente de nuestras tropas. En todos los belgas la confianza continúa inquebrantable. Si tienen fuerzas para sobrevivir á las trágicas pruebas que sufren desde hace dos meses y medio, si tienen coraje para no contar sus muertos, no detenerse ante las ruinas y no doblar la rodilla ante los bárbaros exasperados, lo deben á que subsiste en ellos la certeza absoluta de la victoria. Los que cayeron bajo las balas tuvieron la agonía dulce de los justos, porque sabían que el sacrificio de su vida no era en vano. Los que durante semanas y semanas vivieron en las trincheras y cantaron bajo la metralla, tienen el alma serena, porque saben que la causa de la libertad es la causa misma de la humanidad, y que si desde hace tres mil años generaciones innumerables han naufragado en desastres inmensos, la esperanza de ser libre reflorece siempre en el corazón de todo hombre que nace.»



LOS FUGITIVOS DE GANTE DIRIGIÉNDOSE Á FRANCIA

(Dibujo del natural, por L. Huygens)

Al abandonar el gobierno belga á Ostende y continuar su retirada el ejército, otra vez la muchedumbre infeliz tuvo que huir, para no caer bajo el dominio de los invasores.

Casi toda esta muchedumbre procedía de Amberes. Pero gran parte de ella se había refugiado semanas antes en Amberes, viniendo de diversos puntos de Bélgica. El éxodo de Ostende fué el último. Los que tenían fuerzas para seguir arrostrando esta existencia errante á lo largo de los caminos, emprendieron la fuga hacia Francia. Los que pudieron encontrar un sitio en los vapores anclados en Ostende, se dejaron conducir á Inglaterra. Esta vez terminaba definitivamente su patriótico calvario. No quedaba una ciudad belga que pudiese servirles de refugio. Iban á descansar; á no verse perseguidos de pueblo en pueblo, como vagabundos que sienten detrás de sus huellas el avance implacable del perseguidor. Pero ¡ay! el descanso iban á pagarlo con el abandono de la tierra amada. En adelante vagarían por el mundo, como los pueblos nómadas y sin patria... Y las mujeres, interrumpiendo sus lloros ó sus trágicos silencios, lanzaban desde la cubierta del buque una última mirada á la costa belga, esfumada por la distancia.

El ejército belga y su rey casi se hallaban en una situación semejante. Su decisión era inquebrantable. Todos estaban dispuestos á morir por Bélgica libre. Pero el valor tiene un límite, el de la resistencia de las fuerzas humanas; la energía conoce obstáculos

insuperables: la inmensidad del número y el cansancio.

Las enormes fuerzas alemanas perseguían con su irresistible superioridad la retirada del pequeño y heroico ejército. Éste, para no verse envuelto y prisionero, se dirigía hacia Francia, dando siempre la cara al enemigo, pero perdiendo una tras otra las poblaciones de Flandes, en las que ondeaba aún la bandera belga. Gante y Brujas cayeron en poder del enemigo. Sólo le quedaba al rey Alberto, por todo reino, una provincia flamenca, con la histórica ciudad de Yprés. Los alemanes esforzaron su avance para envolver y anonadar al heroico rey y los 60.000 hombres que le seguían en su retirada.

Pero cuando esperaban alcanzarlos cerca de Yprés se encontraron con que tenían enfrente á una división naval francesa, los valerosos fusileros marinos que avanzaron para cortarles el paso. Mientras tanto el ejército belga, con su rey al frente, se había deslizado en hábil retirada por la región marítima, yendo á ocupar un puesto en la gran línea de los aliados, detrás del río-canal llamado el Yser, que desemboca en el mar cerca de Nieuport. Sus hazañas pertenecen al relato que vamos ha hacer de la guerra en Francia.

□

Hubo un momento en que el rey Alberto y sus tropas pensaron en abandonar definitivamente el suelo de Bélgica, yendo á incorporarse al ejército francés. La persecución del enemigo era irresistible. ¿Adónde ir?...

Mientras la división naval francesa, saliendo al encuentro de los alemanes, facilitaba el deslizamiento de las tropas en retirada, el general Foch fué al encuentro del rey Alberto; Foch, que al principio de la guerra era simple general de división, y en pocas semanas había alcanzado la celebridad, pasando á mandar un ejército y luego un grupo de ejércitos como segundo de Joffre.

Foch posee una oratoria envidiable. Encuentra siempre la frase decisiva, la palabra apropiada al momento.

El general habló con calor al rey de la necesidad de que no saliese de Bélgica. Poca tierra quedaba al monarca: menos de una provincia, un retazo insignificante, pero este pedazo de suelo era Bélgica, y mientras él lo ocupase el enemigo no podría considerarse dueño de la nación, ni decretar el anulamiento de su independencia. Había que sostenerse en este pedazo de Flandes hasta la muerte. El soldado de corazón que se había hecho célebre en la batalla del Marne encontró á un rey de corazón. Conmovidos por sus propias palabras, los dos hombres acabaron por abrazarse, derramando lágrimas. Foch resumió en pocas palabras su ruego:

—Unos cuantos metros de tierra con su rey son siempre una gran patria.

Y el rey Alberto se quedó en lo que le restaba de su reino.

BÉLGICA VIOLADA

(Composición del pintor belga Pierre Paulus)





Dibujo de J. Simont, de la «Illustration» de París

El crepúsculo en u



campo de batalla





Monumento á los defensores de Verdún durante el sitio de 1870

La guerra en el frente occidental

Resumen de la campaña de Francia en 1914, desde el principio de las hostilidades hasta las batallas del Marne, del Aisne y de Flandes

I

Los preparativos estratégicos de Francia y de Alemania

DESPUÉS de los crueles fracasos sufridos por Francia en la guerra de 1870, el deseo predominante de su Estado Mayor fué poner al país á cubierto de una nueva invasión.

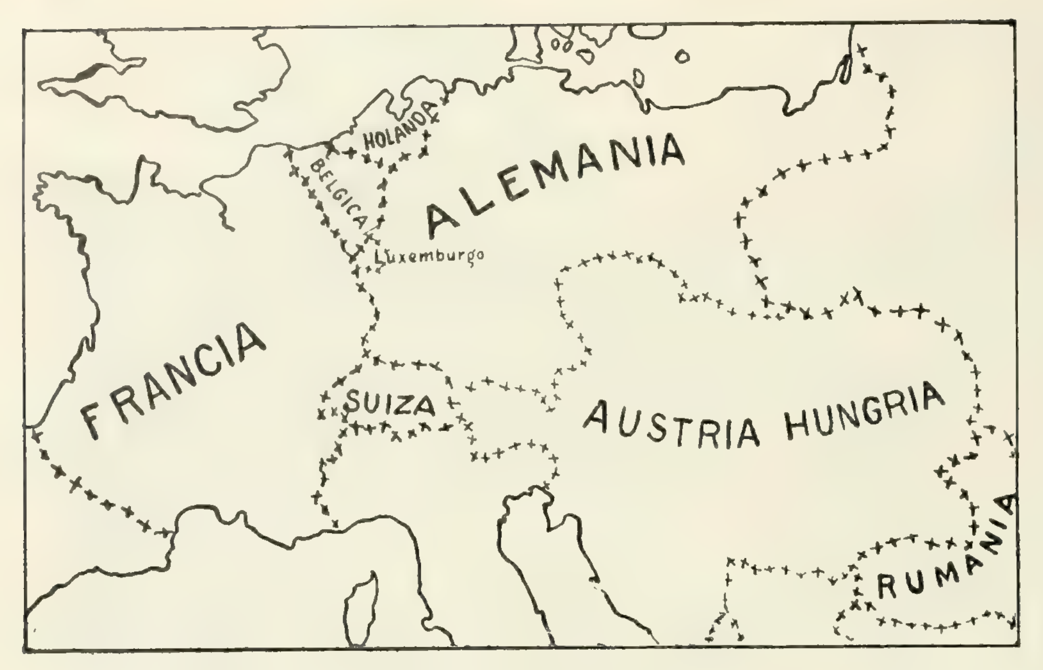
Con tal propósito, todos sus planes estratégicos se basaron en la defensiva, y sus trabajos fueron encaminados á fortificar la frontera. Una cadena de fortalezas enormes fué tendida á lo largo de los límites franco-alemanes.

El general Seré de Riviére fué el encargado de trazar esta línea de defensa, construyendo el sistema fortificado del Mosa (desde Verdún á Toul) y el del Mosela (de Epinal á Belfort). Estas dos líneas de fortificaciones sólo dejaban libres dos entradas angostas junto á las fronteras del Luxemburgo y Suiza. Toda la parte lindante con Alemania quedaba obstruída por las líneas de fuertes.

Cuando Francia realizó estos trabajos, el viejo Moltke, venerado y glorificado por sus éxitos, disponía como señor absoluto de los destinos y la organización del ejército alemán. El famoso mariscal era acérrimo enemigo de las fortificaciones y campos atrincherados, hablando con desprecio de toda obra defensiva.

—La historia de los campos fortificados—dijo repetidas veces—se confunde con la historia de las capitulaciones.

Lo más importante para él era concentrar con la mayor rapidez posible los ejércitos en la frontera de un país, para invadirlo antes de que el enemigo hubiese podido reunir sus fuerzas. Por esto en todo el resto de su vida—después del ruidoso triunfo de 1870—se



LÍMITES DE ALEMANIA Y FRANCIA

dedicó especialmente á aumentar y perfeccionar la red de vías férreas que conducía desde todos los puntos de Alemania á las provincias de Alsacia y Lorena, ó sea á la frontera francesa.

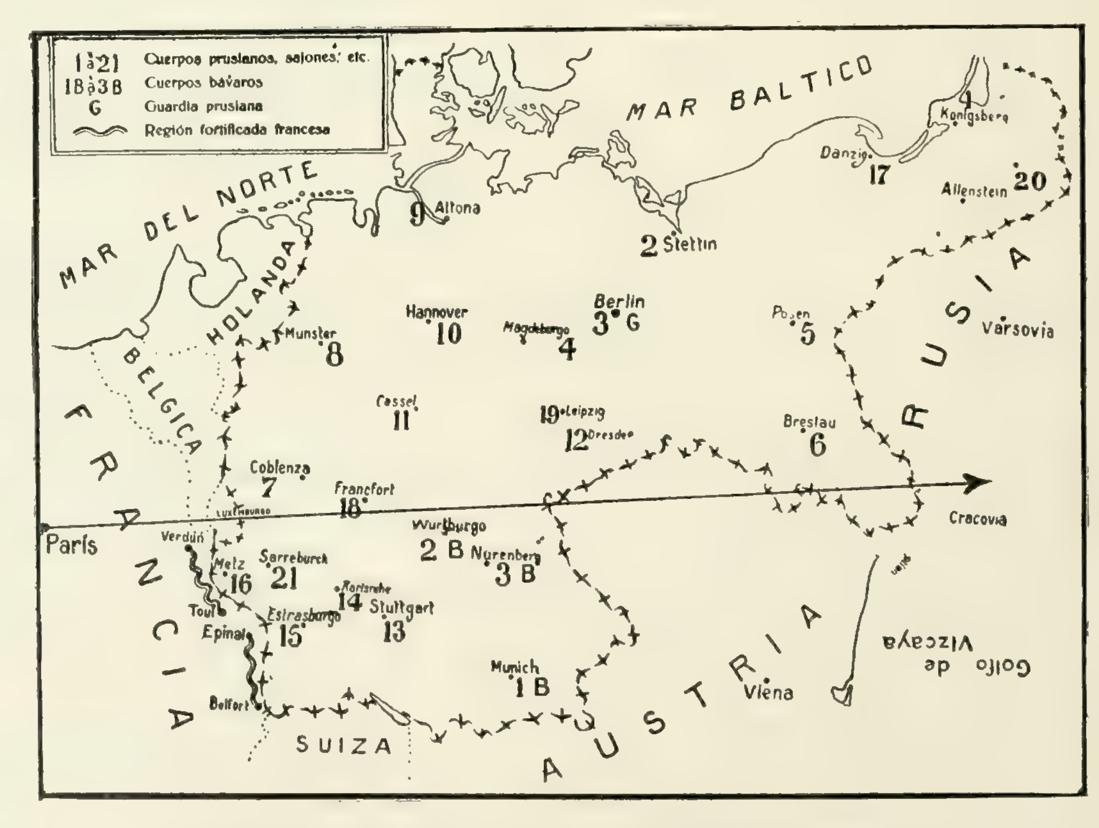
El Estado Mayor de Francia levantó fortalezas; Moltke aumentó y perfeccionó los ferrocarriles.

Pocos meses antes de ajustarse el tratado de alianza entre Francia y Rusia, murió el célebre mariscal. Este tratado vino á trastornar todos los planes estratégicos que había dejado Moltke. Alemania, en vez de un enemigo único, tenía dos, y le era forzoso preocuparse, no sólo de su frontera occidental como hasta entonces, sino del nuevo adversario que surgía por la parte de Oriente. Su posición entre los dos vecinos del Oeste y del Este resultaba peligrosa, obligando al Estado Mayor de Berlín á preparar un nuevo plan estratégico.

Este plan se basó en la indudable lentitud de una movilización rusa. El ejército del Imperio ruso, esparcido en un territorio inmenso y con escasos medios de comunicación, debía movilizarse poco á poco y concentrarse con mayores dificultades aún. Teniendo esto en cuenta, los estrategas alemanes elaboraron un plan de dudosa originalidad, pues estaba inspirado en uno de los métodos de Napoleón, el que empleó con más frecuencia y casi siempre con éxito.

Alemania fué preparando metódicamente todas sus fuerzas para arrojarlas en caso de guerra contra Francia con una rapidez fulminante y una superioridad numérica aplastadora. Luego de vencer á este enemigo, se revolvería para batir al segundo adversario, ó sea á Rusia, que por la lentitud de su movilización daba tiempo sobrado para realizar tal plan.

Un inconveniente grave se ofreció desde el primer momento á las nuevas combinaciones del Estado Mayor de Berlín. Para que éstas obtuviesen un éxito completo era preciso que la ofensiva contra Francia fuese realizada en poco tiempo, con vertiginosa rapidez, sin sufrir retraso alguno y con un resultado decisivo. Las fortificaciones francesas de la frontera representaban un obstáculo temible. Desde sus primeros pasos en el territorio de la República, las columnas alemanas tropezarían con estas barreras demasiado poderosas para ser tomadas



EMPLAZAMIENTO DE LOS CUERPOS DE EJÉRCITO ALEMANES EN TIEMPO DE PAZ

por asalto rápidamente, y demasiado extensas para poder evitarlas con un movimiento de flanco, siguiendo los estrechos pasos que el general Riviére había dejado sin obras defensivas.

Sólo un movimiento amplio y envolvente á través de los países neutros permitía evitar estos obstáculos. Por esto la violación de la neutralidad del ducado de Luxemburgo y del reino de Bélgica, fué cosa decidida por el Estado Mayor alemán desde hace muchos años.

La existencia de los diques fortificados que defendían la frontera entre Francia y Alemania no era el único obstáculo para la rapidez de un ataque alemán. Había que temer además la falta de espacio, la escasez de terreno para alinear los inmensos efectivos de un ejército moderno. Las tropas alemanas no podían moverse en los estrechos pasillos abiertos entre las fortificaciones.

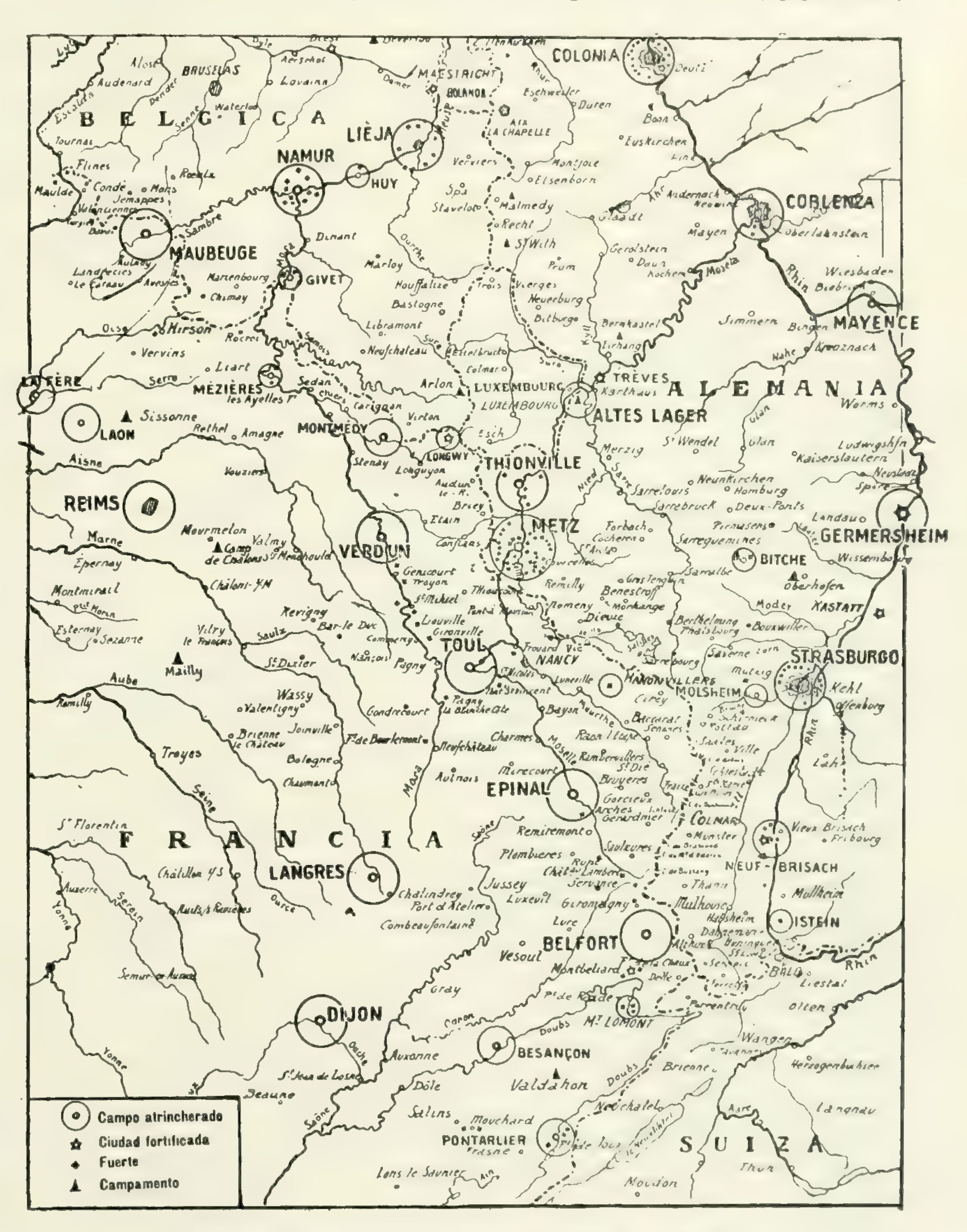
En 1870 la frontera francesa era más extensa, pues iba del Rhin al Mosela, y no ofrecía el obstáculo de los dos sistemas fortificados. Á pesar de esto, apenas había bastado para el despliegue estratégico de los diez y seis cuerpos de ejército que formaban sus columnas de invasión. Al llegar al Sarre, en la citada campaña, el ejército mandado por el general Steinmetz había tenido que invadir, para poder continuar su marcha con comodidad, la zona de terreno que correspondía al avance del ejército del príncipe Federico-Carlos. Éste se irritó de tal modo al verse inmovilizado por las tropas de su compañero, que dió orden á uno de sus generales de división de abrirse paso á viva fuerza por los caminos que le había atribuído el Estado Mayor, aunque para ello tuviese que hacer una matanza de soldados alemanes del ejército vecino.

Después de 1870 el número de cuerpos había sido aumentado considerablemente. Además, por el tratado de Francfort, la frontera franco-alemana estaba disminuída en 50 kilómetros.

Aparte de esto, había que luchar con el obstáculo de la barrera de fortificaciones. ¿Cómo aventurarse con el inmenso ejército alemán, en medio de tantos inconvenientes? ¿Cómo intentar el ataque, que debía ser de una rapidez fulminante?... En un frente de combate tan exiguo, los invasores se verían obligados á escalonar sus fuerzas en orden estrecho y profundo, entablando una guerra de usura, gigantesta, pero lenta é interminable; todo lo contrario de lo que deseaban los estrategas alemanes, ganosos de una brusca solución para dirigirse inmediatamente contra Rusia.

Estas consideraciones aconsejaron al Estado Mayor de Berlín, como ya hemos dicho, una ofensiva á través de Bélgica y el Luxemburgo.

Basta examinar en el mapa el emplazamiento de los diversos cuerpos de ejército alemanes en tiempo



FRONTERA FRANCO-ALEMANA CON SUS FORTIFICACIONES

de paz, para darse cuenta de que el camino de acceso natural para una gran parte de dicho ejército al dirigirse contra Francia, estaba en dichas regiones. Sólo ocho de estos cuerpos de ejército se hallaban situados á la altura de la frontera francesa. Los diez y siete restantes—la mayor parte del ejército del imperio—se extendían más al Norte, donde sólo existen naciones pequeñas y no había por qué temer una invasión, pero donde el camino resultaba más corto para dirigirse contra París, invadiendo el territorio de Francia por Bélgica y Luxemburgo.

Ningún obstáculo natural estorbaba una invasión por este lado. Solamente tres plazas fuertes—dos belgas, Lieja y Namur, y una francesa, Maubeuge—podían oponer resistencia á los alemanes, pero eran plazas aisladas, sin ninguna relación entre ellas y fáciles de evitar, continuando las tropas invasoras su avance hacia París por la cómoda ruta que ofrecen las cuencas del Mosa y del Oise.

La invasión de Bélgica, cosa decidida por los estrategas, fué apoyada cínicamente por los diplomáticos y estadistas de Alemania. «La necesidad no reconoce ley», dijo en el momento de la invasión el canciller Bethmann-Hollweg para justificar el atropello del pueblo belga. Un tratado de neutralidad era, según él, «un pedazo de papel», y significaba muy poco ante las exigencias estratégicas.

LOS CAMPOS ATRINCHERADOS ALEMANES EN ALSACIA Y LORENA

o

Una vez adoptada por el Estado Mayor alemán la decisión de invadir á Francia, pasando á través de los países neutrales, todos sus trabajos fueron encaminados á la metódica realización del plan.

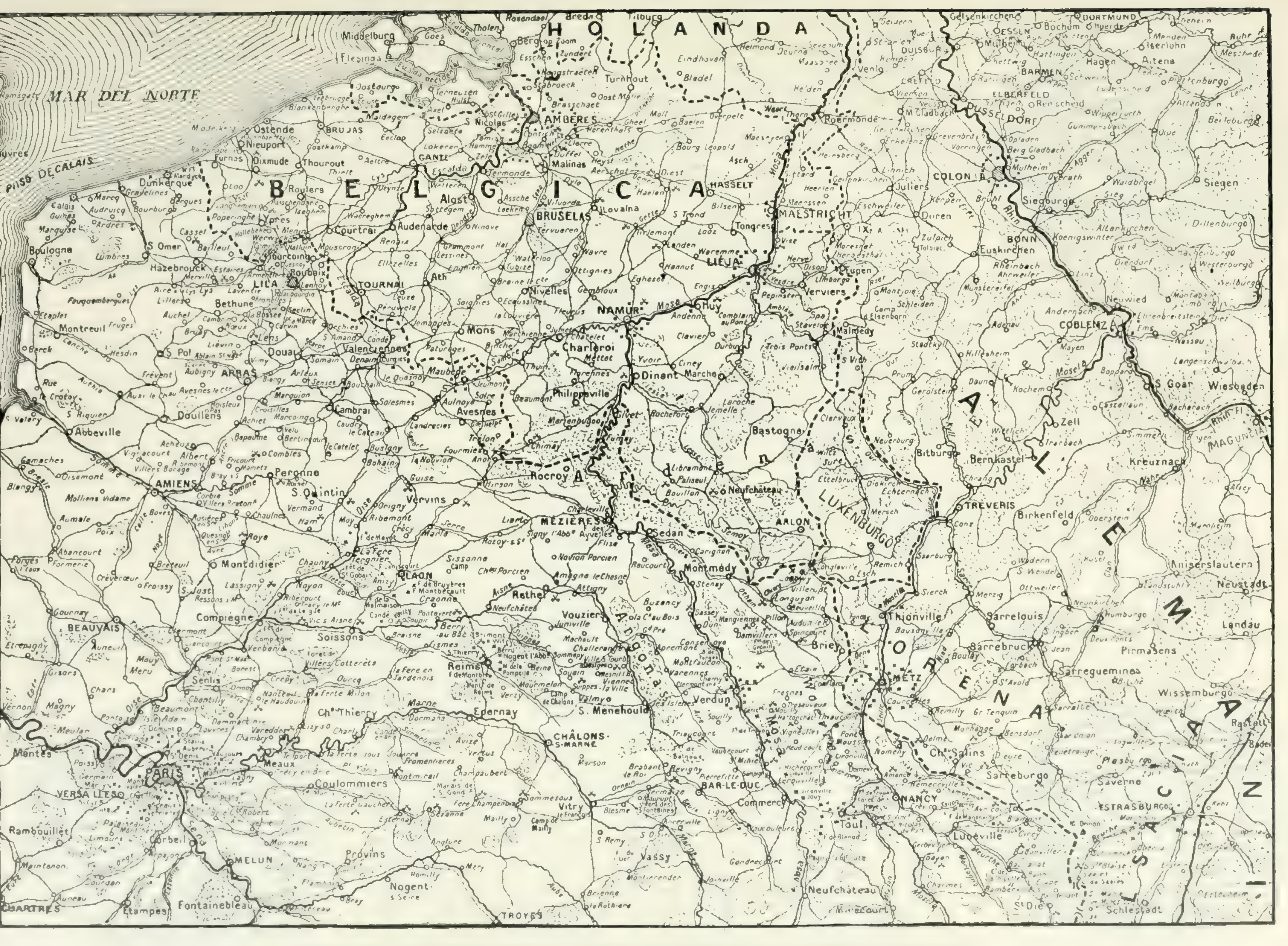
Durante veinte años—en los tiempos de Moltke—el Estado Mayor había procurado perfeccionar únicamente la red de ferrocarriles de Alsacia y Lorena y las líneas adyacentes. Á partir de 1893, comenzó á preocuparse de la renovación y aumento de las vías de la Prusia Rhinana que comunicaban con Bélgica, dando á entender manifiestamente su intención de concentrar en dicho punto la mayor parte de sus fuerzas.

Al mismo tiempo, rompiendo con la tradición de Moltke, comenzó á fortificar Alsacia y Lorena. Los nuevos campos atrincherados de Metz-Thionville y de Estrasburgo-Molsheim, así como las obras de fortificación de Neuf-Brisach y de Istein, permitían á los alemanes, en caso de guerra, economizar tropas en el territorio del imperio, poniendo á la defensiva las guarniciones de Alsacia, mientras el excedente iba á engrosar la masa de invasión operando en Bélgica.

Los trabajos del Estado Mayor alemán no tardaron en llamar la atención de los círculos militares en Bruselas y París. Todos vieron claramente que Alemania había puesto sus ojos en los caminos de Bélgica, pero hubo grandes divergencias al apreciar la amplitud del movimiento ofensivo. Los jefes belgas—especialmente los generales Brialmont y Dejardin—manifestaron su creencia de que la invasión germánica inundaría con sus oleadas de hombres toda la extensión del reino neutral, pasando por el Norte del Mosa. En Francia los escritores militares—especialmente los generales Langlois y Bonnal—estimaron de un modo erróneo que el ataque principal de los alemanes se desarrollaría en Lorena, y que un simple ejército de ala—el ala derecha de la invasión—atravesaría el Sur de Bélgica, sin atreverse á tocar siquiera la línea Lieja-Namur para no comprometerse ni perder tiempo en el asedio de sus fortificaciones.

El tiempo se encargó de demostrar la lamentable desorientación de estas opiniones de los técnicos.

Además, el ejército francés, después del desastre de 1870, era partidario de la ofensiva, de adelantarse en el ataque á los enemigos. Y como la República francesa no pensó nunca en violar la neutralidad de Bélgica, respetando como cosa sagrada la frontera de dicha nación, su ejército se agrupó en el Este para empezar las operaciones, invadiendo á Alsacia-Lorena.



MAPA DE LAS OPERACIONES MILITARES EN EL NORTE Y NOROESTE DE FRANCIA



GENERAL DUBAIL



GENERAL CASTELNAU

II

Las primeras operaciones

Las doctrinas estratégicas de los dos adversarios dieron á los movimientos de sus ejércitos una fisonomía diferente.

Deseaban los alemanes una rápida decisión de la campaña, y para obtenerla emprendieron un vasto movimiento envolvente, que tenía su apoyo fijo en el monte Donon y su extrema ala en marcha más allá del Sambre y del Oise, mientras que en su extrema izquierda, ó sea en Alsacia, se mantenían á la defensiva. *(Mapa 1).*

Los franceses deseaban atacar inmediatamente en toda la extensión de la frontera franco-alemana.

Mapa núm. 1

CONCENTRACIÓN DE LOS EJÉRCITOS

FRANCIA: 1. 1.er ejército (Dubail).—2. 2.º (Castelnau).—3. 3.º (Ruffey). -4. 4.º (Langle de Cary).—5. 5.º (Lanrezac).—A. Cuerpo expedicionario inglés (French), concentrado el 22 de Agosto.

ALEMANIA: M. Ejército del Mosa (Von Emmich).—1. 1.er ejército (Von Kluck).—2. 2.º (Von Bulow).—3. 3.º (Von Hausen).—4. 4.º (duque de Wurtemberg).—5. 5.º (kronprintz de Prusia).—6. 6.º (kronprintz de Baviera).—7. 7.º (Von Heeringen).—8. 8.º Destacamento de ejército (Von Deimling).

Los dos ejércitos se agruparon del modo siguiente:

Las tropas de primera línea de Francia quedaron repartidas así: el 1.er ejército, mandado por Dubail, se alineó en los Vosgos, desde la frontera suiza hasta Donon; 2.º ejército (general Castelnau), de Donon á Metz; 3.er ejército (general Ruffey), en Woëvre, haciendo frente á la región fortificada por los alemanes, Metz-Thionville; 4.º ejército (general Langle de Cary) y 5.º ejército (general de Lanrezac), junto á la frontera belga. Además, el ejército expedicionario inglés, compuesto solamente de dos cuerpos, debía prolongar la extrema izquierda de este dispositivo.

Las fuerzas de Alemania resultaban enormemente superiores, pues frente á los cinco ejércitos franceses oponía nueve ejércitos, sumando un total de cuarenta y cuatro cuerpos de ejército. Ponía en juego desde el principio de las hostilidades, como tropas de primera línea, no solamente los cuerpos activos y de reserva, sino también los regimientos territoriales, emprendiendo la primera batalla general con toda la plenitud de sus medios.

De los nueve ejércitos alemanes, sólo uno, el menos numeroso, mandado por el general Von Deimling, tenía la misión de mantenerse á la defensiva detrás de la cadena de



GENERAL LANGLE DE CARY

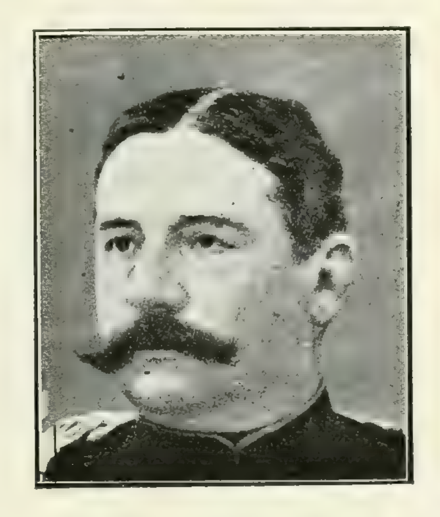


GENERAL LANREZAC


VON KLUCK

los Vosgos. El resto del enorme organismo de guerra se concentró en Alemania entre Aix-la-Chapelle y Estrasburgo, para converger sobre la frontera francesa del Norte y del Este.

Estos ejércitos quedaron situados así, de derecha á izquierda, vistos desde el campo francés: 1.er ejército (mandado por Von Kluck); 2.º (Von Bulow); 3.º (Von Hausen); 4.º (duque de Wurtemberg); 5.º (kronprintz de Prusia); 6.º (kronprintz de Baviera); 7.º (Von Heeringen). Además, como vanguardia del ala derecha, estaba el llamado ejército del Mosa, mandado por Von Emmich. Este ejército, formado con las tropas que estuvieron más prontas para la marcha, fué el que penetró en Bélgica minutos después de haber expirado el término del *ultimatum* dirigido al rey Alberto, intentando apoderarse inmediatamente de Lieja con un ataque brusco.


VON HAUSEN

Ya hemos relatado la heroica defensa de la capital walona. En la noche del 3 al 4 de Agosto, las primeras tropas alemanas pasaron la frontera belga, y al día siguiente acometieron el ataque de Lieja. La guarnición, con el refuerzo de una división y media del ejército belga de campaña, y vigorosamente mandada por el general Leman, repelió todos los asaltos, cubriendo de cadáveres enemigos los glacis de las fortificaciones. Von Emmich tuvo que esperar la llegada de la artillería gruesa para apoderarse de la plaza.


KRONPRINTZ DE BAVIERA

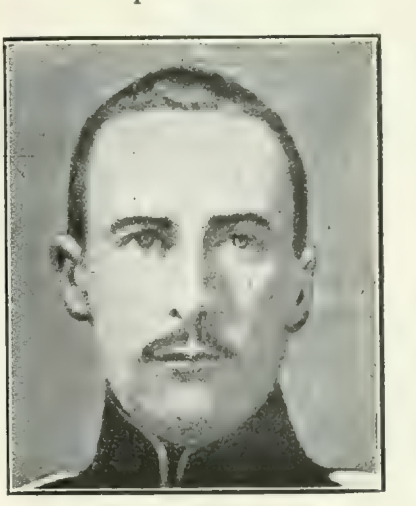
Casi al mismo tiempo las tropas francesas penetraron en Alsacia.


VON BULOW

El 7 de Agosto una brigada del ejército de Dubail derrotó á las tropas de cobertura alemanas que guarnecían á Altkirch, apoderándose de esta población. Al día siguiente los franceses entraban igualmente en Mulhouse.

Los batallones de cazadores alpinos se apoderaron á la vez de las alturas y pasos de los Vosgos, rechazando á las fuerzas enemigas para descender tras de ellas á los valles alsacianos.

En la parte de Lorena anexionada á Alemania también avanzaron los franceses. El general Castelnau sufrió dos fracasos en Lagarde el 11 y el 14 de Agosto, pero el 18 volvió á tomar la ofensiva con éxito, ocupando una línea á lo largo de Delme, Morhange y Sarrebourg.


DUQUE DE WURTEMBERG

El ala izquierda francesa—los dos ejércitos inmediatos á la frontera belga—se lanzó igualmente en un movimiento de avance. Los belgas, que con tanto heroísmo hacían frente á los alemanes retardando y dificultando sus planes estratégicos, solicitaron que los franceses penetrasen en su territorio para darles ayuda. Á partir del 10 de Agosto, las tropas del ala izquierda tomaron sus disposiciones para entrar en Bélgica. El ejército de Ruffey abandonó su posición frente á Metz para volver á formarse más al Nordeste, con su derecha á la altura de Longwy, lo que permitía al ejército de Langle de Cary, que continuaba en su primera posición, el


VON HEERINGEN



LAS TROPAS FRANCESAS DERRIBANDO UNO DE LOS POSTES ALEMANES DE LA FRONTERA DE ALSACIA

tener apoyada su izquierda. El 5.° ejército, mandado por Lanrezac, se estableció entre el Mosa y el Sambre. El mariscal French concentró las tropas de la expedición inglesa que iban desembarcando, y el 23 de Agosto pudo colocarlas entre el Sambre y el Escalda, en un frente desde Condé á Binche.

Lo mismo que en Alsacia y Lorena, las tropas francesas resultaron victoriosas en todos los primeros contactos con el enemigo. En Woëvre los alemanes sufrieron un descalabro el 10 de Agosto, junto á Mangiennes. La caballería francesa y una vanguardia de todas las armas obtuvo otro éxito brillante en Dinant (15 de Agosto).

Pero todas estas ventajas no eran—como dice un crítico militar francés—más que simples preliminares sin importancia. Fieles á su principio de no dar la batalla más que con todas las fuerzas reunidas, los alemanes sólo se hacían preceder por flojos destacamentos que marchaban á la descubierta y huían antes de comprometerse en un ataque serio.

III

Batalla del Sambre y retirada de los franceses

El grueso del ejército alemán, el verdadero ejército de invasión, partiendo á la vez de Aix-la-Chapelle, Malmédy, Treveris, Metz y Estrasburgo, avanzó formando un frente imponente.

El general Von Kluck (1.er ejército), sin preocuparse de los fuertes de Lieja, cuya conquista estaba realizando su colega Von Emmich, pasó el Mosa, más abajo de dicha ciudad, batiendo en Aerschot al ejército de campaña belga, que tuvo que replegarse definitivamente sobre Amberes, y ocupando el 20 de Agosto á Bruselas.

El general Von Bulow (2.° ejército), viniendo de la región de Eupen, atravesó el Mosa por Huy para ir á desplegarse sobre el terreno que había ocupado Napoleón en su campaña de 1815 y dirigirse hacia el río Sambre, entre Namur y Charleroi.

El 3.° y el 4.° ejércitos, mandados respectivamente por Von Hausen y el duque de Wurtemberg, partiendo de sus bases situadas en Malmédy y Saint-Vith, atravesaron las Ardenas belgas para caer sobre Dinant y Neufchateau. Á su izquierda avanzaba junto á ellos el 5.° ejército, al mando del kronprintz de Prusia, que se había concentrado en Treveris y Metz para entrar en Francia atravesando el ducado de Luxemburgo.

El 6.° ejército, mandado por el príncipe heredero de Baviera, marchó al Este de Metz contra el ejército del general Castelnau. Éste vió al mismo tiempo amenazado su flanco derecho en Sarrebourg por el 7.° ejército, mandado por Von Heeringen, y su flanco izquierdo por las tropas que habían salido del campo atrincherado de Metz.

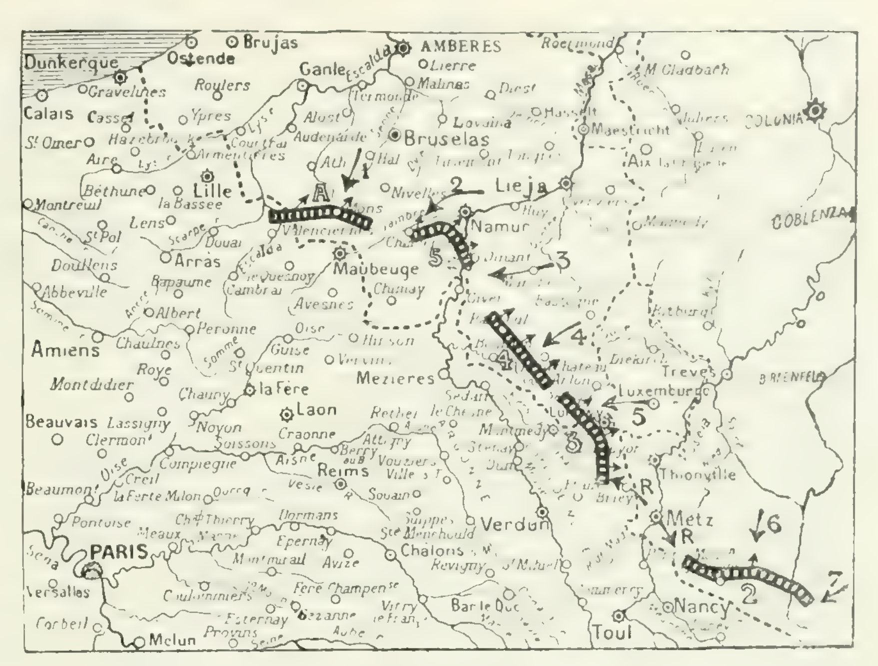
Fué en dicha región donde empezó el combate general el 20 de Agosto.

El ejército de Castelnau se vió atacado de frente



LA BANDERA FRANCESA EN LA ALCALDÍA DE UNA VILLA DE ALSACIA RECONQUISTADA

y por los dos flancos, no pudiendo continuar su avance. Uno de los cuerpos de dicho ejército flojeó por un decaimiento de ánimo, que resulta bastante común al principio de una guerra, cuando las tropas no están aún habituadas al fuego, y el brusco desfallecimiento dió motivo al retroceso de toda la línea. Este accidente podía haberse convertido en una verdadera derrota, pero Castelnau recibió tropas de refresco procedentes de la guarnición de Toul y del ejército del general Dubail, y con ellas disputó el terreno al enemigo paso á paso, hasta que consiguió inmovilizarlo definitivamente el 7 de Septiembre, en la línea de la Gran Corona de Nancy y del Mortagne. Pero como consecuencia de tal retroceso, los franceses tuvieron que abandonar todo el terreno que habían ganado en Alsacia, y evacuar el 27 de Agosto Mulhouse y otras poblaciones.



Mapa 2

LA PRIMERA BATALLA GENERAL (20-23 AGOSTO)

Las flechas indican la dirección general de los diversos ejércitos alemanes

En el ala izquierda francesa, el 3.° y el 4.° ejércitos chocaron el 21 y 22 de Agosto con las columnas alemanas en el Luxemburgo belga *(Mapa 2)*. El terreno, muy accidentado y cubierto de bosque, no se prestaba á los reconocimientos de la caballería y las exploraciones de los aeroplanos. La artillería carecía de espacio para maniobrar. Algunas fuerzas de infantería se dejaron sorprender en varios puntos. Al fin, los dos ejércitos tuvieron que ceder ante la superioridad numérica del empuje enemigo, viéndose repelidos del interior de Bélgica á la frontera francesa.

Este retroceso dejó descubierto el flanco derecho del 5.° ejército, mandado por Lanrezac, que había avanzado en Bélgica más allá de Charleroi y Dinant, llegando cerca de Namur.

El 5.° ejército, al ponerse en contacto con el enemigo, mordió bien—como dicen los militares en su lenguaje especial—, haciendo retroceder á varios cuerpos alemanes y teniendo en jaque á otros sin permitirles el avance. El general Franchet d'Esperey—que era en aquel entonces simple jefe de uno de los cuerpos de dicho ejército mandado por Lanrezac—se distinguió por su vigorosa ofensiva. Pero al quedar solo el 5.° ejército, sin apoyo en su derecha por la retirada del 3.° y el 4.°, tuvo á su vez que retroceder, sin sufrir grandes dificultades en su repliegue.



EL GENERAL FRANCHET D'ESPEREY

Como él á su vez cubría la derecha del cuerpo expedicionario inglés, éste tuvo que seguir el movimiento general de retroceso, cayendo sobre su retaguardia todas las fuerzas del general Von Kluck.

El mariscal French se vió en gran peligro el 26 de Agosto entre Landrecies y Cambray, y sólo con grandes esfuerzos y dolorosas pérdidas consiguió desasirse del enemigo que le cortaba la retirada.

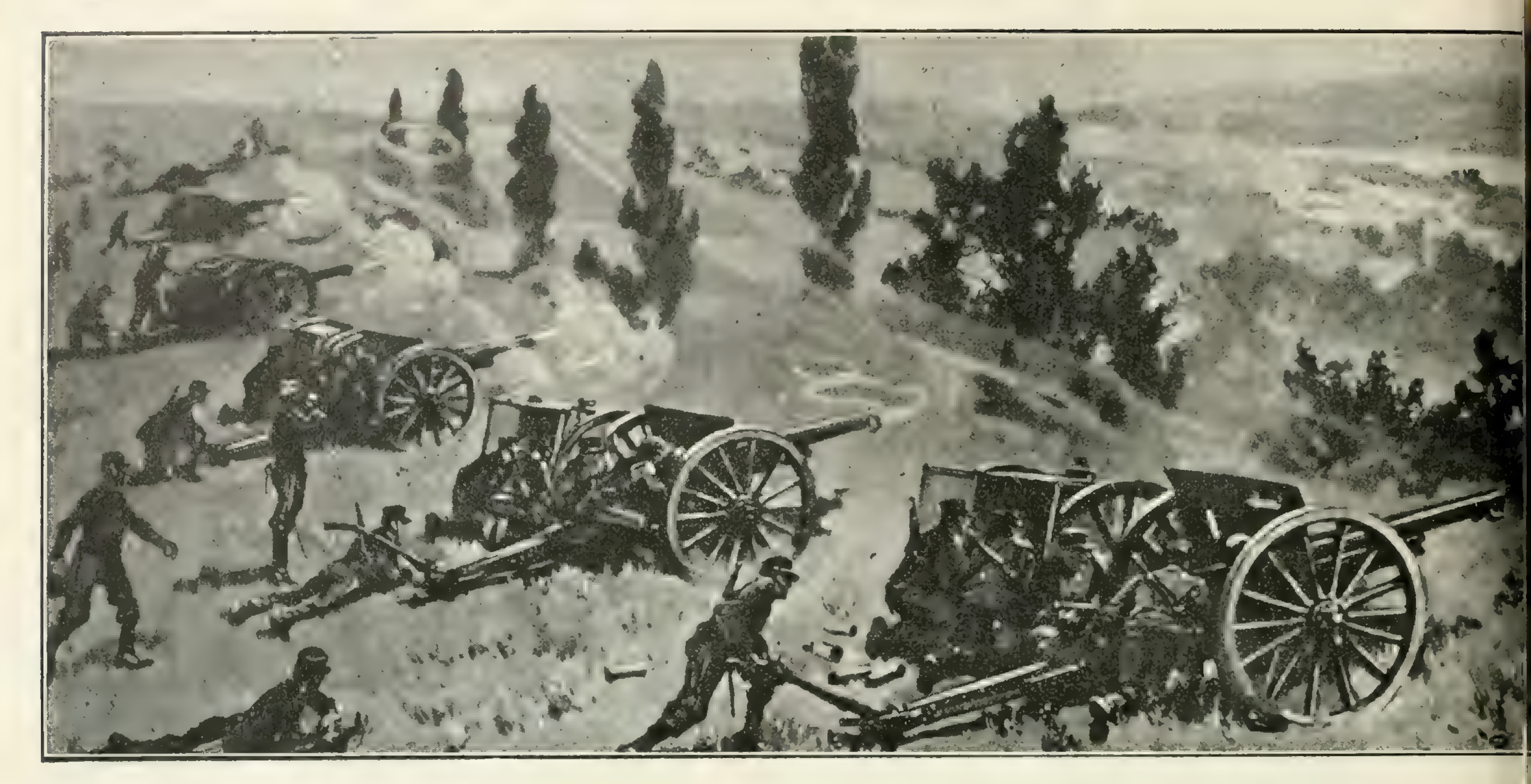
Así se desarrolló en conjunto la batalla que designa el vulgo con el nombre de Charleroi, y cuyo verdadero título debe ser batalla del Sambre, pues el combate de Charleroi sólo figura como uno de sus accidentes.

¡Las sorpresas de la guerra!... En la batalla moderna—compuesta de varias batallas que se desarrollan al mismo tiempo—nadie sabe hasta última hora si es vencido ó vencedor. El que avanza triunfante viendo correr al enemigo ante su empuje, recibe de pronto la orden de retirada y se entera con sorpresa de que está derrotado. Los que no han hecho más que defender el terreno, retrocediendo paso á paso, con grandes pérdidas, reciben inesperadamente la noticia de que son vencedores.

Igual á la suerte de los primeros fué la del 5.° ejército y



EL MARISCAL FRENCH



LA ARTILLERÍA FRANCESA BATIÉNDOSE CON LOS ALEM

la de los ingleses en las orillas del Sambre. Cuando con más empuje batían al enemigo, tuvieron que retroceder para no quedar envueltos.

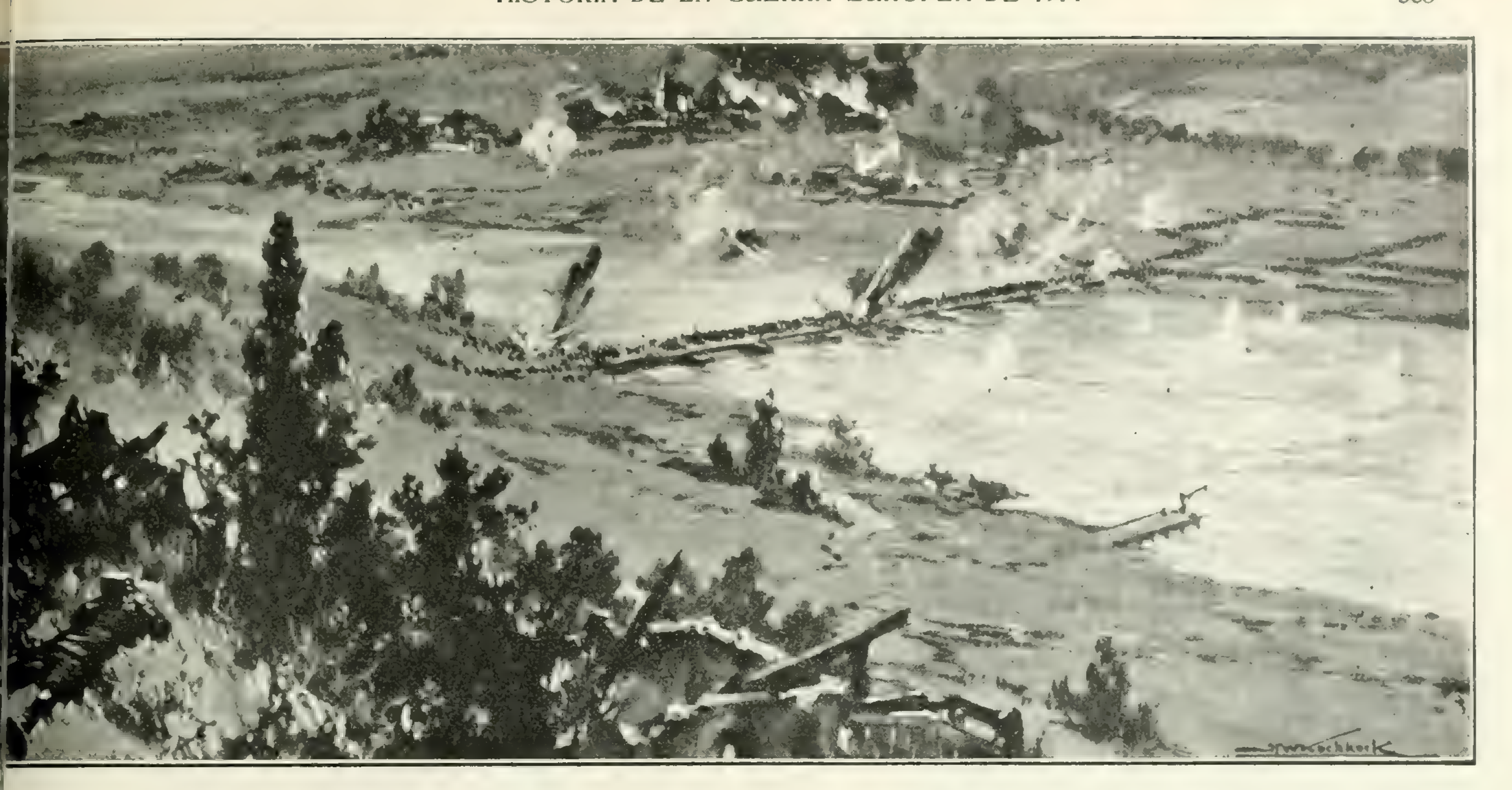
Todo cambió para los franceses después de esta batalla. Á los éxitos de los primeros días sucedió una serie de reveses en todo el frente. ¿Cómo restablecer el equilibrio?...

Joffre, el sereno, apreció la situación con su habitual claridad de juicio. Otro jefe hubiese situado sus fuerzas en una línea inmediata, la del Mosa, ó la del Aisne, para librar una nueva batalla de resultado incierto, apoyándose en la plaza de Reims. Este era el recurso fácil y cómodo, el que exigía menos esfuerzos y combinaciones, aunque en realidad sólo hubiese servido para retardar la hora del desastre final.

El generalísimo francés adoptó una resolución más extremada y audaz. Quedándose cerca del enemigo, su posición sólo podía ser de pura defensiva. Alejándose, hasta encontrar el terreno deseado, podía cambiar su situación, convirtiéndose en ofensor cuando le pareciese oportuno. «Esta solución—dice el crítico militar Champaubert—, tan difícil de concebir como de ejecutar, sólo podía cumplirse retirándose á una gran distancia y sacrificando una ancha zona del territorio nacional. Para retirarse rápi-

CARGA DE LA CABALLERÍA INGLESA CONTRA LOS ALEMANES EN SAN QUINTÍN

(Dibujo de R. Caton Woodville, de *The Illustrated London News*)



LLAS DEL MOSA EN EL NORTE DE FRANCIA (Dibujo de H. W. Koekkoek, de «The Illustrated War News»)

damente sin que sufriese la moral de las tropas; para dirigir el ejército hacia un punto el más favorable, detenerlo á tiempo, ni demasiado pronto ni sobradamente tarde, y reanudar el avance hacia el enemigo, eran precisos un golpe de ojo infalible y una firmeza de carácter poco común.» Joffre demostró que poseía las dos cualidades. Su retroceso fué semejante al del gimnasta que da varios pasos atrás para saltar con impulso más fuerte.

Comenzó la retirada general de los franceses; pero con lentitud, dando la cara al enemigo, asestándole un puñetazo en la frente cada vez que avanzaba con excesiva confianza poniéndose al alcance de sus golpes. En Guisa, el 5.° ejército detuvo su retroceso para infligir sangrientas pérdidas al 10.° cuerpo prusiano y á las tropas escogidas de la guardia imperial que lo perseguían de cerca. Los ingleses tuvieron que sostener otro choque rudo en San Quintín. Como ocupaban la extrema izquierda, les era preciso hacer frente á todas las fuerzas de Von Kluck que intentaban envolverlos.

Durante la retirada Joffre reformó sus tropas, destituyendo generales y reemplazándolos con otros que acababan de distinguirse. El 3.er ejército, mandado hasta entonces por el general Ruffey, quedó confiado al general Sarrail. El general Lanrezac, comandante del 5.° ejército, fué sustituído por Franchet d'Esperey, que había triunfado en el Sambre y en Guisa como simple jefe de cuerpo de ejército.



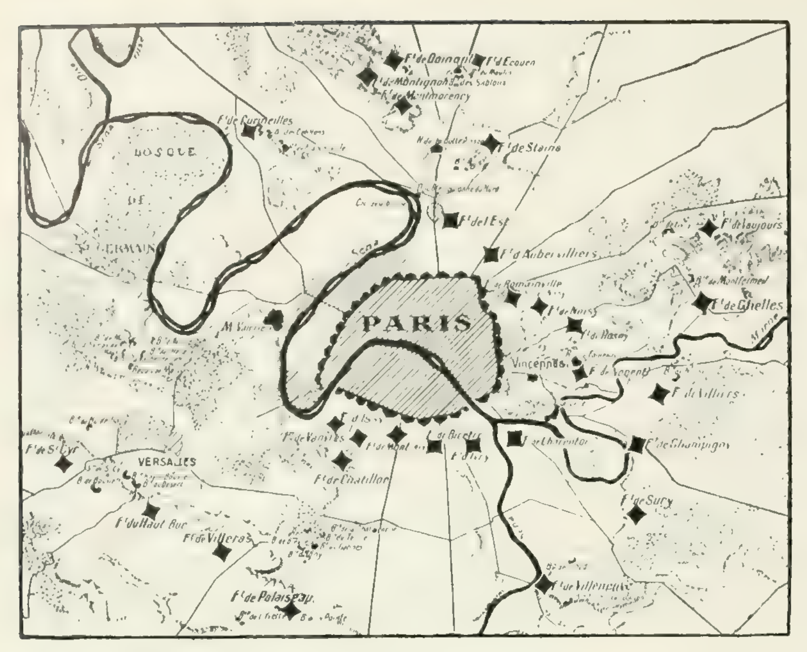
EL GENERAL SARRAIL

La orden de retirada era hasta la línea del Sena. Al llegar á esta línea Joffre pensaba atacar al enemigo, teniendo en sus extremos á París y Verdún, dos apoyos que no permitirían al enemigo emplear su maniobra favorita: el envolvimiento. ¿Pero el enemigo sería tan confiado que se metiese como en un estrecho corredor entre las dos plazas fuertes?...

□

Á la resolución tomada por el generalísimo francés debía corresponder una decisión del adversario. Hasta entonces todo había marchado maravillosamente para los alemanes. «Sus ejércitos—dice Champaubert—, inmensos hormigueros de centenares de miles de hombres, parecían animados por un movimiento de relojería impecable y seguro. La movilización, la concentración y el despliegue de las innumerables masas, así como su marcha á través de Bélgica, se habían desarrollado hasta en sus menores detalles, conforme al programa anteriormente establecido. La irresistible marea se había llevado por delante la valerosa pero efímera resistencia de los belgas, y luego, del primer empujón, había repelido por todas partes las fuerzas anglo-francesas, sin sufrir el menor descalabro, en una extensa línea de más de 300 kilómetros.

»Sin embargo, en este cuadro seductor existía una sombra. Los alemanes habían descontado, como algo indiscutible, que gracias á su su-



CAMPO ATRINCHERADO DE PARÍS

perioridad, á su preparación más avanzada y á la dirección de su ataque inesperado á través de Bélgica, tomarían á los aliados por la espalda, y envolviendo todas sus fuerzas ó gran parte de ellas, les infligirían una derrota aplastante. Esta esperanza resultó fallida. No solamente los ejércitos aliados no fueron destruídos, sino que escaparon al envolvimiento, con serias pérdidas, ciertamente, pero sin desmoralización ni desaliento, y conservando todas sus relaciones tácticas. Después de esto, era visible que la campaña no podía terminarse en breves días con un ruidoso trueno. Al perder el contacto con los aliados por la retirada de éstos, tenían los alemanes que volver á emprender la lucha sobre nuevas bases que el plan estratégico cuidadosamente elaborado en Berlín, no había podido prever.»

IV

La victoria del Marne

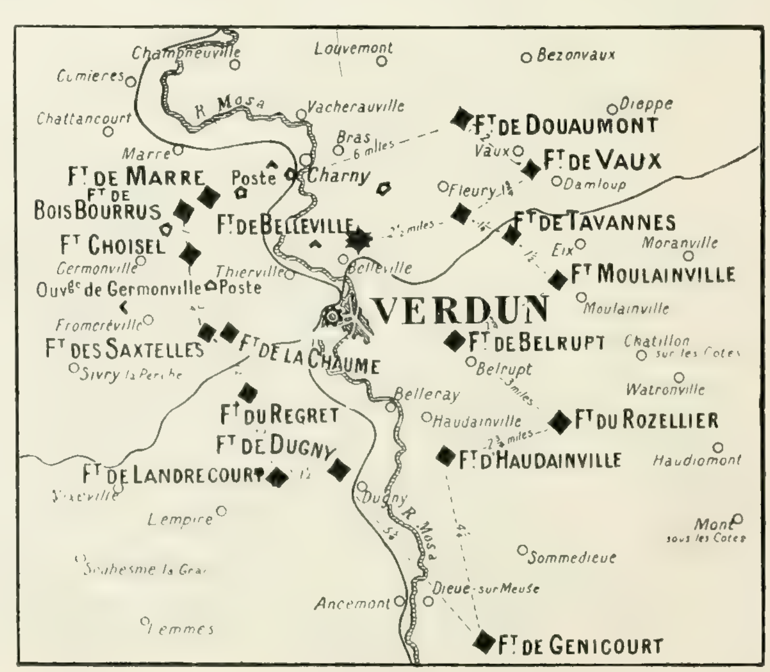
El ejército alemán invadió á Francia, siguiendo su marcha hacia el Sur. El ala derecha, mandada por Von Kluck, iba á encontrar á París en su camino. Era una presa tentadora, á pesar de las obras defensivas de un valor desigual que jaloneaban el enorme perímetro de su campo atrincherado.

Un dilema se presentó al Estado Mayor alemán: ¿Debían distraer una parte de sus fuerzas en el ataque de la capital francesa?... ¿Sería más conveniente mantener la unidad de las tropas de invasión, dedicándolas por entero á destruír el ejército francés que continuaba su retirada hacia el Marne y el Ornain?...

La doctrina de guerra de los alemanes está basada en varios dogmas indiscutibles, á los que ajustan siempre su conducta. Uno de éstos proclama que hay que menospreciar los objetivos geográficos para fijarse únicamente en el ejército enemigo, pues su destrucción representa mucho más que la toma de una ciudad. Esto, que tal vez es cierto como regla general, tuvo una excepción lamentable para los alemanes en la campaña de 1914. Los invasores renunciaron por el momento á atacar los fuertes de París para concentrar toda su ofensiva contra el ejército francés, persiguiéndolo sin tregua ni reposo hasta conseguir su aniquilamiento.

Pero esta ofensiva se presentaba menos ventajosa que en Bélgica. Para realizarla había que avanzar en seguimiento del ejército francés entre las plazas fuertes de Verdún y París, lo que hacía imposible, como ya hemos dicho, el empleo de su acostumbrado movimiento envolvente. Eran, al contrario, los alemanes los que á su vez corrían el riesgo de verse envueltos, pues los dos campos atrincherados franceses desempeñaban el mismo papel que semanas antes desempeñaba Metz respecto á los ejércitos de Castelnau y Ruffey.

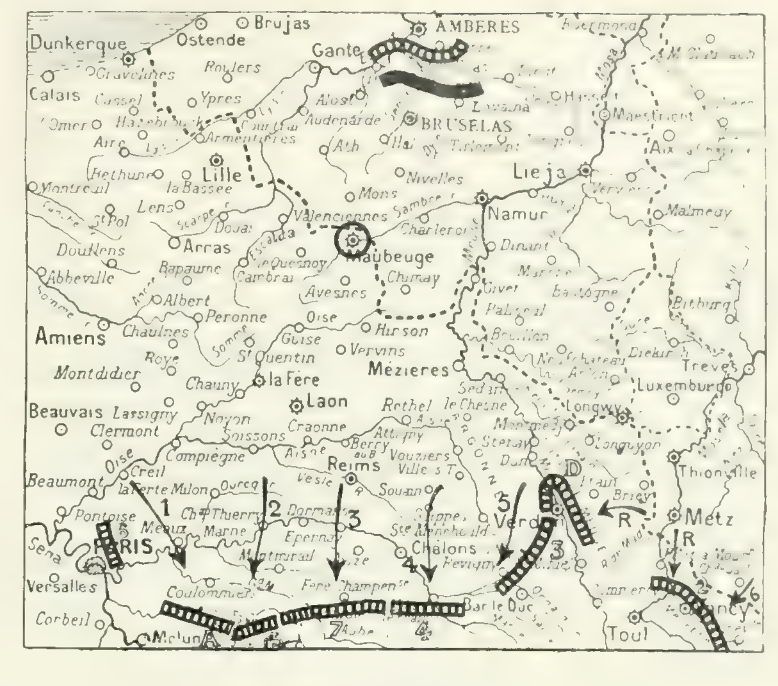
Los invasores cometieron además varias faltas. Avanzaron con una confianza excesiva, sin guardar entre sus ejércitos el necesario contacto, creyendo que el enemigo no se retiraba, sino que huía completamente desmoralizado. Este error de apreciación cometido por los estrategas alemanes—precisamente cuando su situación empezaba á ser embarazosa—tuvo fatales consecuencias para ellos. No llegaron á darse cuenta de la hábil maniobra de Joffre, atribu-



CAMPO ATRINCHERADO DE VERDÚN

yendo el rápido retroceso á un pánico creciente. Para un enemigo que huye no son necesarias las precauciones. Había que correr sobre él, por el camino más corto, como Moltke en Sedán, para alcanzarlo y hacerlo prisionero. La orden de avance de los alemanes dada el 31 de Agosto por el Estado Mayor, no podía ser más breve y confiada: «La marcha se reanudará al amanecer. Allí donde se encuentre al enemigo se le atacará vigorosamente.»

El infalible Estado Mayor demostró una ignorancia completa de los recursos de su adversario. En París se había formado un nuevo ejército con los contingentes de los departamentos del Norte, tomando su mando el general Maunoury. Este ejército no existió nunca para las combinaciones y cálculos de los alemanes. Era nada más que un puñado de reclutas sin ningún valor táctico. Los hombres de la disciplina y del método, ignoraban el gran poder de iniciativa é improvisación de la República francesa.



Mapa núm. 3

EL AVANCE ALEMÁN HASTA EL 5 DE SEPTIEMBRE

Siguieron avanzando los invasores, y su ala derecha llegó á las cercanías de Paris. ¿Qué iba ha hacer Von Kluck?... Joffre lo vigilaba con sus ojos claros, frunciendo el cano entrecejo. ¿Caería en la trampa, ó atacando á París haría necesario un nuevo plan?...

De pronto Von Kluck, en vez de seguir en línea recta sobre la capital, torció hacia el Este *(Mapa 3)*. La conquista de París la dejaban los alemanes para más adelante. Consideraban esto como empresa segura. Lo más urgente era anonadar al ejército enemigo. Y al torcer el rumbo se fué sobre las tropas inglesas, eterno objeto de su hostil predilección.

Joffre debió sonreir como sonreía Bonaparte cuando después de empinarse sobre los estribos para examinar el campo de batalla, profería un gruñido de satisfacción, sacando de un bolsillo su tabaquera. Esta era la falta del enemigo que el generalísimo estaba esperando. Su primer plan consistía en no detenerse hasta las riberas del Sena, pero al ver que Von Kluck oblicuaba al Sudeste y los cinco ejércitos alemanes se hundían á marchas forzadas en el estrecho formado por las fortalezas de París y Verdún, se decidió á tomar inmediatamente la ofensiva.

Orden general: terminó la retirada; todos contra el enemigo. «Y el regimiento que no pueda avanzar que muera sobre el terreno.» Así habló Joffre. ¡Y aun hubo después gentes que durante meses y meses negaron la existencia de la victoria del Marne, considerándola como una retirada voluntaria de los alemanes, ya que no podían explicarla de modo alguno!...



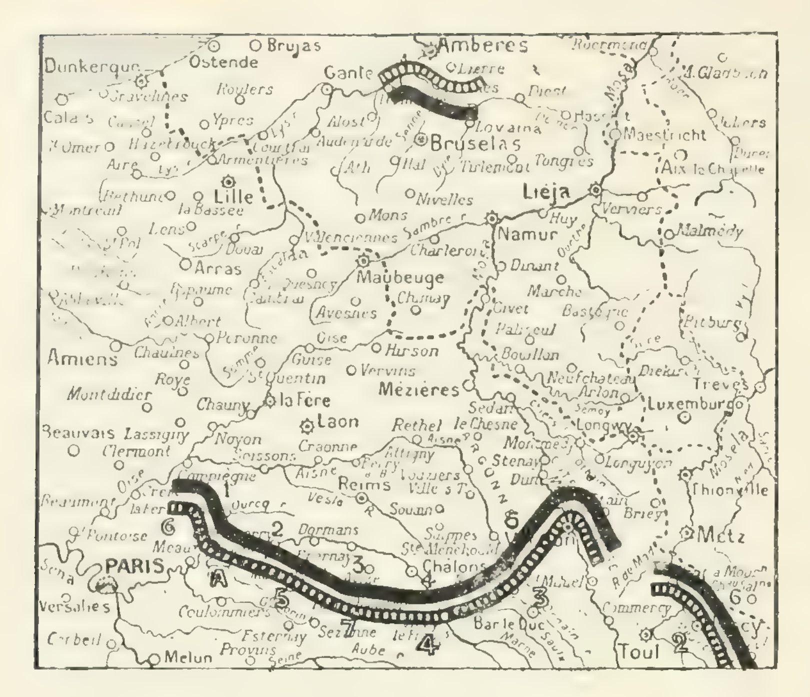
EL GENERAL MAUNOURY

Lo que menos pensaban los alemanes era en retirarse. Ya hemos dicho cuál era la orden de su Estado Mayor: «Atacar vigorosamente al enemigo allí donde se le encontrase.» Pero los que atacaron no fueron ellos, sino los franceses. Y la invasión arrolladora que pretendía aplastarlo todo, tuvo á su vez que pensar en defenderse.

▫

Los últimos días de la retirada fueron aprovechados por Joffre para reforzar su línea de tropas en la Champagne, con unidades extraídas de los ejércitos del Este y con los cuerpos de reserva que habían sido empleados en Bélgica.

De este modo pudo formar dos nuevos ejércitos: el 6.° ejército, de cuyo mando se encargó el general Maunoury, y que fué á colocarse, como ya hemos dicho, junto al campo atrincherado de París, y el 7.° ejército, mandado por el general Foch, que se intercaló entre los ejércitos de Franchet d'Esperey (antes de Lanrezac) y de Langle de Cary. El ejército de Maunoury, apoyándose sobre París, debía volver su frente hacia el Este y atacar sobre el río Ourcq el ala derecha alemana, envolviéndola. El 3.er ejército, mandado por Sarrail, apoyándose en el campo atrincherado de Verdún debía, por un movimiento igual al de Maunoury, volver su frente hacia el Oeste para atacar por el flanco las fuerzas del kronprintz de Prusia. El centro, compuesto de las tropas inglesas mandadas por el mariscal French y de los ejércitos de Franchet d'Esperey, Foch y Langle de Cary, mar-



Mapa núm. 4

SITUACIÓN DE LOS EJÉRCITOS EL 9 DE SEPTIEMBRE

charía directamente contra los alemanes en una línea desde Meaux á Vitri-le-François.

Así comenzó el 6 de Septiembre la batalla. En vez de atacar á los alemanes en las orillas del Sena, Joffre aprovechó sus errores para tomar la ofensiva mucho antes en las riberas del Marne.

Desconcertados en el primer momento los alemanes por este asalto general que no habían podido prever, recobraron su serenidad, y al mismo tiempo que se esforzaban por no ser envueltos, haciendo frente á los ataques de flanco de Maunoury y Sarrail, concentraron todos sus medios para romper la línea francesa, dirigiéndose principalmente contra el ejército mandado por Foch.

Nuevos refuerzos franceses habían cubierto los huecos existentes entre los diversos ejércitos. Todos estos se juntaron y solidificaron formando una sola línea, una muralla que avanzó contra el enemigo. *(Mapa 4)*. La mayor sorpresa la experimentó el enemigo al ver salir del campo atrincherado de París el ejército de Maunoury, cuya existencia no sospechaba, y que atacando de flanco á Von Kluck le obligó á modificar sus posiciones para no ser envuelto.

Batalla general. Ya hemos dicho que todo el peso de la ofensiva enemiga cayó sobre el ejército de Foch, para abrir una brecha en él y cortar el frente. Este general reveló de un modo brillante su férreo carácter. Durante tres días se vió muchas veces obligado á retroceder, abrumado por la enorme superioridad numérica de los alemanes; pero apenas le era posible, volvía sobre sus pasos, conquistando lo perdido. Para él y sus tropas no hubo día ni noche. Todos olvidaron la necesidad del sueño. Lo que se perdía á la luz del sol, se recobraba á la bayoneta entre las tinieblas.

Un general de división fué en busca de Foch con visible desaliento.

—General: no puedo resistir más. Mis soldados retroceden.

—Ataque usted—contestó Foch—. Cuando no se puede resistir, lo mejor es atacar.

Una respuesta de tal clase sintetiza á un hombre.

Al final, no solo hizo frente al 3.er ejército alemán, sino que consiguió, con el auxilio de las tropas situadas á su izquierda, desbordar al adversario, empujándolo en desorden á través de la intrincada región de los pantanos de Saint-Gond.

En la derecha, el ejército de Langle de Cary ganó igualmente terreno. En la izquierda, el mariscal French y el general Franchet d'Esperey empujaron al enemigo más allá del Gran Morin y del Marne. En las alas extremas los alemanes lucharon con furor para desasirse del enemigo é intentaron su maniobra favorita: el envolvimiento.

El ala derecha, mandada por Sarrail, que tenía su apoyo entre Verdún y Revigny, hubo de hacer frente á todas las fuerzas del kronprintz, dobles en número á las suyas. Pero á pesar de esta superioridad las fijó en el terreno, no permitiendo que avanzasen.

En la extrema ala izquierda, cerca de París, fué donde se decidió la batalla. Von Kluck intentó desesperadamente romper la línea de Maunoury y envolverle, pero éste, gracias al socorro de una división de la guarnición de París, llegada á toda velocidad en automóviles de alquiler y toda clase de vehículos, se mantuvo en sus posiciones junto al Ourcq.

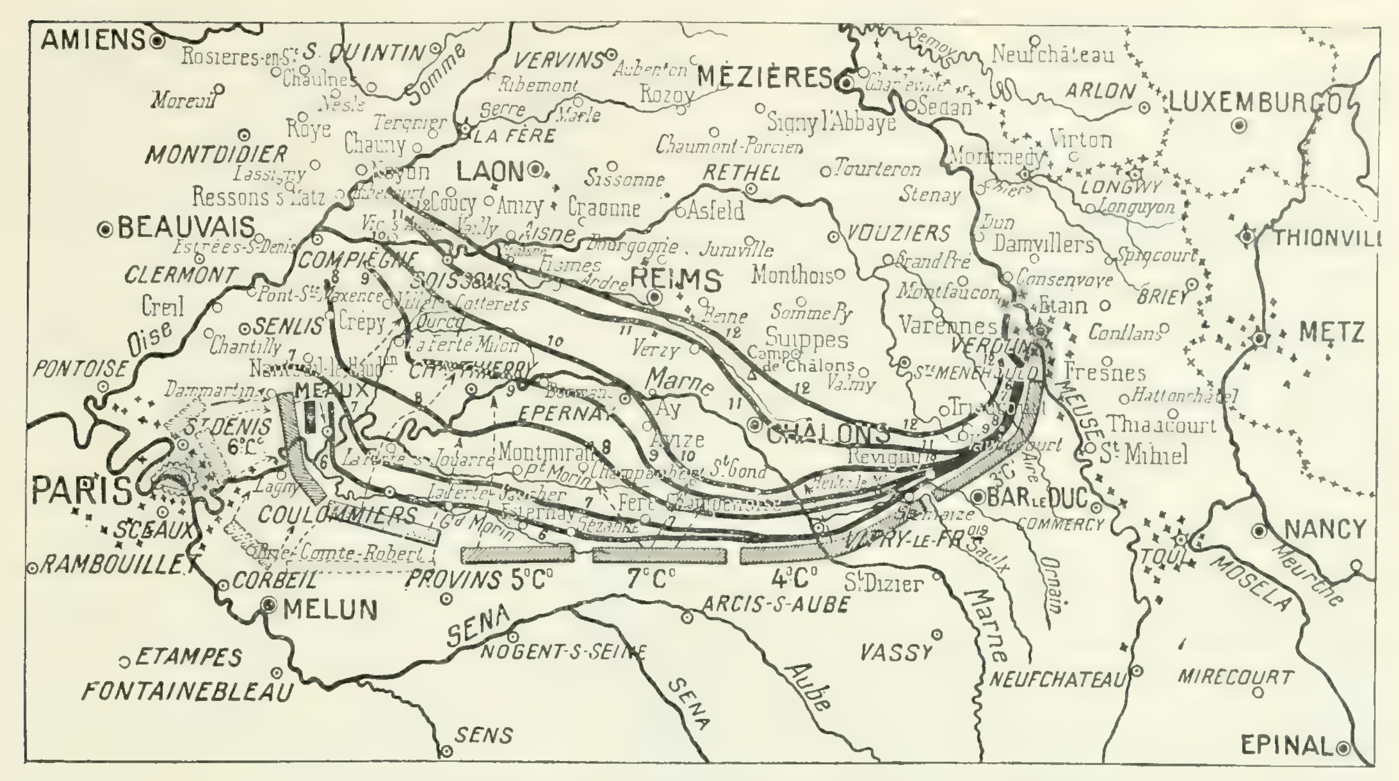
El 9 de Septiembre empezó la retirada de los alemanes. Von Kluck, para librarse del peligro de ser envuelto, tuvo que retroceder, y este movimiento fué imitado por todos los jefes alemanes, faltos del apoyo del vecino. El que se hubiese empeñado en mantener su terreno se habría visto aislado.

Deseosos de escapar á las dos garras que se iban cerrando sobre ellos, los alemanes sembraron los caminos de rezagados y toda clase de material. El 11, su fuga se había generalizado de un extremo á otro de la línea.

Las tropas francesas estaban tan fatigadas, que no pudieron insistir mucho tiempo en la persecución, convirtiendo la derrota en desastre. Llevaban tres semanas de combate incesante. La caballería, especialmen-



GENERAL FOCH



LA BATALLA DEL MARNE. EL FRENTE ALEMÁN DEL 6 AL 12 DE SEPTIEMBRE

te, que podía haber acosado á los fugitivos, estaba extenuada por las largas marchas.

Los alemanes aprovecharon este anonadamiento para detenerse á la altura del Aisne, organizando sus defensas entre el Oise y el Mosa, arriba de Verdún.

Se entablaron violentos combates, pero la acción se fué cristalizando poco á poco. Cada bando aprovechó el tiempo para consolidar sus puntos de apoyo, profundizar sus trincheras y multiplicar sus defensas accesorias. Á la guerra de movimientos sucedió la guerra de posiciones. Iba á comenzar el largo período de la lucha de trincheras.

□

Digamos lo que representó para Francia la victoria del Marne.

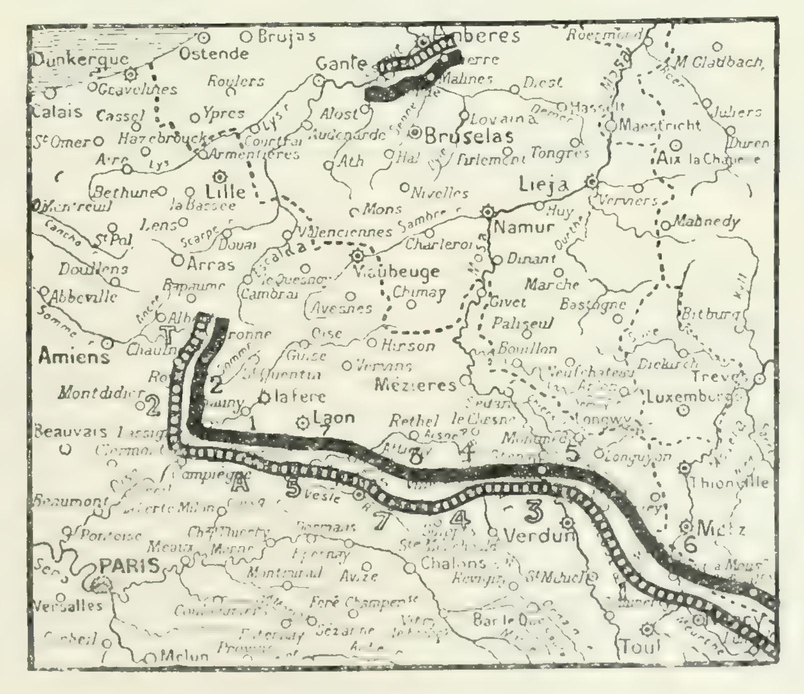
En la guerra, como en las horas más difíciles de nuestra existencia, hay algo que sobrepasa á toda previsión, que es obra del azar, ó si se quiere, de la fatalidad. Los grandes capitanes, los grandes navegantes, todos los que afrontan el peligro y exponen su vida, son fatalistas.

Para una victoria son necesarios uno que gane la batalla y otro que la pierda. Y el que la pierde lo había preparado todo para ganarla, pero á última hora se atraviesa el error, surge la casualidad inesperada ó el obstáculo fatal de las fuerzas naturales.

Nunca mostró Napoleón tantas imprevisiones como en su época de continuas victorias. Las más locas audacias le resultaron bien. Nunca apareció tan sabio y experto como en la llamada «campaña de Francia», en vísperas de su primera caída. Ninguno de sus planes fué tan genial como el de Waterlóo. ¡Victoria segura! Pero llovió toda la noche; en vez de empezar la batalla al amanecer hubo que esperar hasta las once para que los caminos quedasen secos y pudiese avanzar por ellos la artillería. Y este retraso de cinco horas dió tiempo para que llegase Blucher y con él la derrota.

Después de haber visto como el mismo aguacero que salva el trigo ó las patatas del pobre agricultor puede echar abajo todos los planes elaborados por un genio de la matanza, sólo los irreflexivos entusiastas pueden creer en la eterna infalibilidad de la estrategia.

Los vencedores de hoy fueron los vencidos



Mapa núm. 5

SITUACIÓN DE LOS EJÉRCITOS EL 21 DE SEPTIEMBRE

de ayer. Por su parte, todos los derrotados encuentran cierto consuelo pensando en las victorias de otras épocas; en lo que fueron y ya no son.

Á los pueblos les ocurre lo que al individuo jactancioso é impulsivo. Da golpes, pero los recibe al mismo tiempo; y si se empeña en mantenerse en primera línea, los vecinos del pueblo se coligan contra él para darle la gran paliza final.

Toda nación victoriosa que molesta al mundo con el peso de una insufrible soberbia, debe preparar en su historia varias páginas en blanco para inscribir las derrotas futuras. Los españoles pasamos siglo y medio repartiendo los golpes en todos los campos de Europa, y después otro tanto poniendo las espaldas para recibirlos. Francia guarda en sus crónicas las victorias más estupendas y los fracasos más inverosímiles. Inglaterra, señora actual de los mares, se verá algún día en la precisión de pedir permiso á la gran potencia marítima del porvenir—que tal vez residirá en América ú Oceanía—, para que permita navegar á sus barcas de pesca... Y Alemania, nación que cuenta en su historia más fracasos que triunfos, ¿iba á librarse de esta ley histórica?...



EL VENCEDOR DEL MARNE (Fot. Rol)

Una gran parte de la humanidad presente es víctima de «la superstición prusiana». Adoradora irracional del éxito, oyó desde la niñez, agrandadas legendariamente, las victorias de 1870, y cree que se han de repetir eternamente en una historia simplificada y siempre igual: los alemanes, dominadores, y todos los demás pueblos, siervos y víctimas. Creen á los hombres del Norte de diferente pasta militar que los pueblos del Sur que produjeron á Aníbal y Napoleón. Consideran el casco puntiagudo como una especie de amuleto que comunica á los que lo llevan un valor sin límites y un profundo conocimiento de los misterios estratégicos. Por esto, sin duda, los pueblos jóvenes que buscan su adelanto siguiendo las modas, sustituyeron el kepis de origen francés con el casco en punta. Por esto se encuentran en América soldados mestizos que llevan sobre la tez cobriza y los ojos oblicuos el capacete de Roon y Manteuffel, y levantan á compás la pierna á la altura del ombligo, imitando la grotesca «marcha del ganso» inventada por el rey-sargento.

La historia de Prusia es muy diferente de como se la imaginan los adoradores del éxito prusiano. Sólo ha tenido un genio militar: Federico II; gran capitán en una época que no conoció un solo capitán mediano. Sólo tuvo que vencer á los mariscales de peluca blanca, protegidos de la Pompadour, que iban á la guerra con puntillas y oliendo á almizcle. Aun así, de no surgir rivalidades entre los aliados, es indiscutible que hubiese perecido el naciente reino de Prusia, con su guerrero monarca.

En su lucha con Napoleón, los prusianos fueron uno de tantos pueblos de la gran cruzada contra el imperialismo. Solos, recibieron el tremendo golpe de Jena. Acompañados, conocieron la derrota en la víspera de Waterlóo, donde Blucher estuvo próximo á morir, remediando este fracaso con su oportuna y casual presencia al día siguiente, en el momento decisivo.

La Alemania moderna sólo tuvo dos guerras. Una contra Austria, la de Sadowa, empresa fácil, pues el Imperio austriaco se halla en el período negro de su vida, y desde hace un siglo no tiene otra misión histórica que la de recibir golpes. Otra contra la Francia del descuido y de la bravata; la Francia de Napoleón III, con sus mariscales valerosos é ignorantes, buenos para coroneles heroicos, y que al verse elevados á la mayor altura militar, riñeron entre ellos, yendo á la guerra como á un desafío, sin prestarse ayuda mutua, contemplando cada cual con cierto regocijo los fracasos del camarada.

El éxito prusiano fué completo y fulminante. El alemán tuvo la ventaja del número, de la preparación y hasta de la simpatía universal, pues el mundo estaba fatigado del emperador francés absorbente, como ahora desea librarse del emperador alemán, inquieto, bullanguero y tócalotodo. Pero á pesar de la facilidad de este éxito, en el que puso más parte la

DESPUÉS DE LA BATALLA DEL MARNE



EL CASTILLO DE ETREPY



EL MUNICIPIO DE LAHEYCOURT



UNA CALLE DE VILLERS-AU-VENT

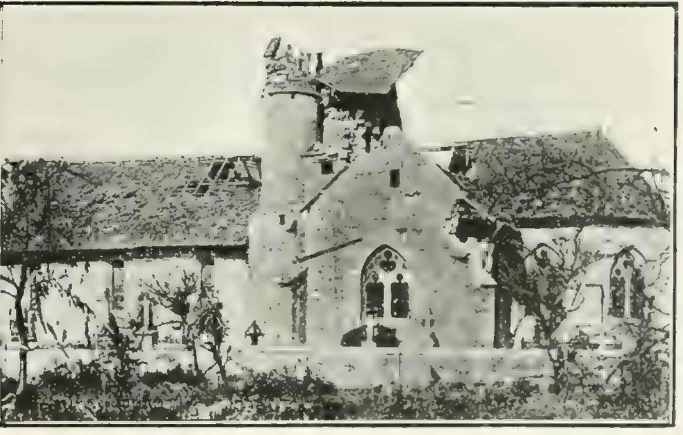


UNA CALLE DE SERMAIZE





EL MUNICIPIO DE SOMMEILLE



LA IGLESIA DE VASSINCOURT





UNA CALLE DE MAURUPT



LAS RUINAS DE SERMAIZE



BATALLA DEL MARNE

Maurupt. La iglesia bombardeada

torpeza del vencido que la pericia del vencedor, los estrategas alemanes—que muchos tienen por infalibles—cometieron una larga lista de graves faltas, como las pérdidas de contacto después de las jornadas de Spicheren y Woerth, los reconocimientos defectuosos en vísperas de Rezonville, Saint-Privat, etc.

La suerte de los prusianos fué que Francia no tenía en aquel entonces un Joffre capaz de aprovechar tales descuidos. En la presente guerra se repitieron iguales faltas, producto del orgullo y de la excesiva confianza, pero como los alemanes tenían enfrente un estratega de vista larga, de aquí la batalla del Marne, el fracaso y la retirada de los invasores.

El prusiano se equivoca lo mismo que los otros hombres. Además, sus planes de guerra nada tienen de genial. Carecen de la improvisación inspirada y fulgurante que caracteriza á los grandes capitanes. El viejo Moltke, su caudillo más eminente de los tiempos modernos, fué un obrero glorioso de la guerra, todo lo glorioso que quieran los alemanes, pero obrero nada más; un excelente ajustador de la máquina militar; minucioso, atento y prolijo, pero incapaz de genialidades é invenciones. Su mérito de ejecutante consistió especialmente en practicar las enseñanzas de Napoleón: envolver al enemigo. Y el enemigo, por su parte, le proporcionó casi hechos la mitad de sus triunfos.

Es indiscutible que ningún pueblo ha sabido prepararse como Alemania para la guerra, ni ha sometido al hombre á un automatismo mecánico tan absoluto. Los demás países no piensan en la guerra á todas horas, ni ven en la matanza de los hombres «una industria nacional», como decía Mirabeau de los monarcas prusianos.

Esta preparación es irresistible cuando la formidable máquina funciona perfectamente; cuando no hay tornillo que se quiebre, engranaje que se mueva con retardo ó un obstáculo insignificante no obstruye con su inesperada presencia el interno rodar del monstruo. Pero si la máquina se paraliza, los hombres de la obediencia automática tienen poca imaginación para recomponerla sobre el terreno. En cambio, los ligeros hombres del Sur, siempre imprevisores, y disciplinados únicamente por el peligro, se aprovechan del accidente para hacer en unas semanas lo que otros hicieron en años, y hacerlo tal vez mejor, con la vibración de la originalidad.

El avance alemán sobre París estaba calculado magistralmente. Pero hubo una pequeña interrupción en el funcionamiento de la máquina, una pausa en el aplastador avance, una desviación fuera del camino, rápidamente aprovechada por los contrarios. Y surgió la batalla del Marne. Joffre el sereno, Foch el inquebrantable, y los valerosos Maunoury, Franchet d'Esperey, Sarrail y demás generales de este choque de dos millones de hombres en un espacio de centenares de kilómetros, conquistaron tres cuartas partes de la victoria. La otra parte, la primera y más decisiva, la proporcionó Von Kluck con un error de apreciación y un falso movimiento.

¡La guerra!... ¡Las altas combinaciones de la estrategia! Ilusiones que triunfan durante algún tiempo, y luego caen de pronto, como las martingalas infalibles que creen haber descubierto los jugadores. En vano Napoleón, en la víspera de Waterlóo, vela sobre el mapa, elaborando un éxito irresistible. Mientras él abraza por adelantado la victoria, empiezan á chocar las primeras gotas en las ventanucas de su rústico albergue. Llueve. Dios se ha cansado del emperador, y deshace su soberbio poder exprimiendo una nube.

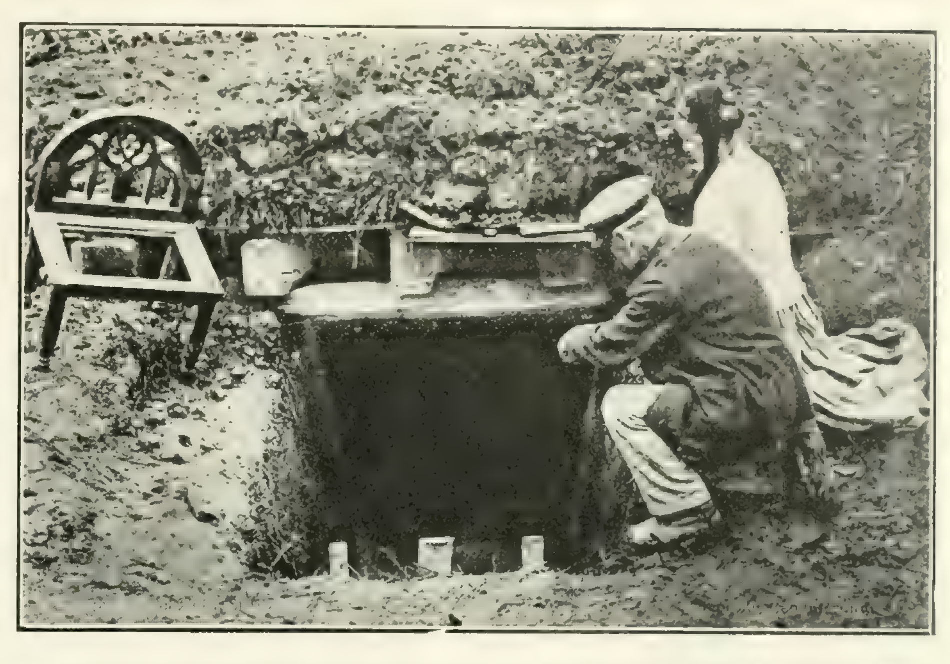
En la batalla del Marne llovió otra vez. El plan alemán era tan seguro como el concebido en la aurora de Waterlóo. Invasión de Francia, no por la puerta, no por la frontera, sino por las espaldas, por Bélgica, ó sea saltando la tapia del corral vecino. Sorpresa del país en plena movilización; derrota general y fácil conquista. Á los quince días, la máquina destructora é irresistible, metida en ferrocarriles, iría á ser armada otra vez en las fronteras de Rusia. Nueva sorpresa y nuevos triunfos fulminantes. Luego de esto, vendría la oportunidad para hacer lo mismo con Inglaterra. ¿Cómo dudar de este plan, sobre todo teniendo en cuenta los enormes medios de ejecución?

Pero... llueve; llueve inesperadamente. El invasor tiene que detenerse y perder un tiempo precioso hun-

dido en el suelo de Bélgica, que se imaginaba seco. Llueve igualmente, viniendo las nubes de la parte de Inglaterra. Y cuando al fin entra el invasor en los campos de Francia, encuentra despiertos á los que creía dormidos, firmemente disciplinados á los que se imaginaba en plena revolución.

Dios se ha cansado de ser alemán; como en tiempo de Napoleón se fatigó de ser francés. No tolera que Guillermo II lo siga manoseando confianzudamente y lo trate como á un simple consocio de «media firma», en manifiestos, discursos y sermones.

Y la primera muestra de su enfado fué la batalla del Marne.



ALOJAMIENTO DEL KRONPRINTZ EN VILLERS-AU-VENT DURANTE LA BATALLA DEL MARNE

Algún día reconocerá el mundo toda la importancia de este triunfo. La historia de la guerra debería dividirse en dos partes: antes del Marne y después del Marne.

¡Ay, si esta batalla la hubiesen perdido los franceses!... Es indudable que el ejército vencido, agrupándose en torno de París, habría prolongado la defensa de la capital. ¡Pero cuán otra sería la suerte de Francia! ¡Qué de progresos realizados desde entonces!



BATALLA DEL MARNE
La iglesia de Neltancourt después del bombardeo

Esta batalla de dos millones de hombres en un escenario de más de cien kilómetros, resulta muy superior á la de los Campos Cataláunicos que dió fin al poder de Atila, y ocurrió casi en el mismo sitio. Los Campos Cataláunicos forman un simple valle cerca de Chalons, y en él se ha desarrollado una pequeña parte de la batalla del Marne.

Pero el resultado histórico de las dos acciones de guerra es el mismo. Atila quedó herido de muerte.

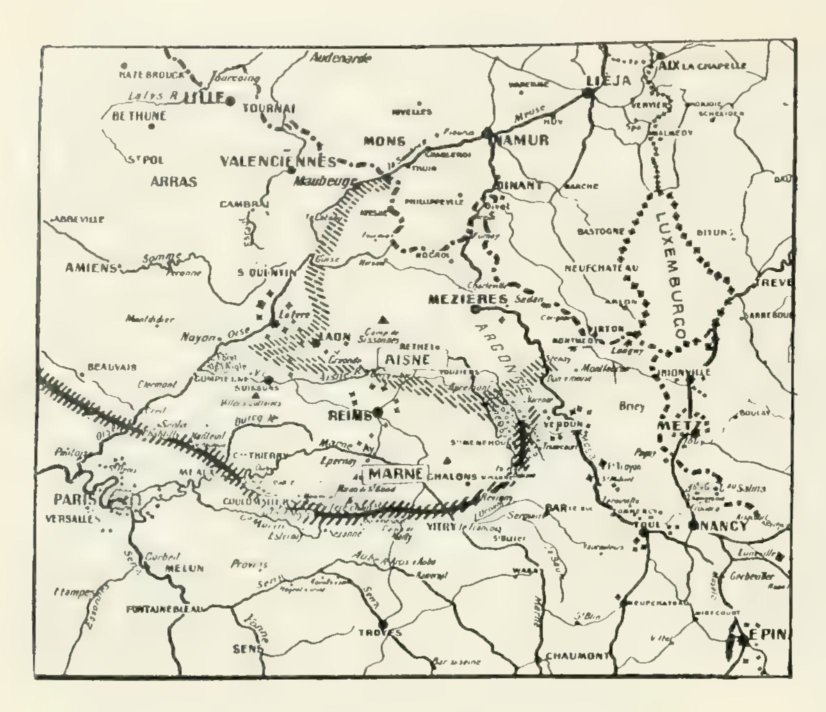
V

La batalla del Aisne

La victoria del Marne restableció el equilibrio entre franceses y alemanes. Ni unos ni otros estaban en situación para conseguir un éxito decisivo.

Los alemanes ocupaban una parte del territorio francés, pero su plan de campaña, que consideraban seguro, había abortado. «Sin embargo—dice Champaubert—, necesitaban vencer, y vencer pronto. Si la guerra degeneraba en una lenta lucha de desgaste, el germanismo, menos rico en hombres y en aprovisionamientos que los aliados, é impotente sobre el mar, podía considerarse como batido seguramente en lo futuro. Los generales y los hombres de Estado prusianos lo sabían, pues así lo habían dicho y escrito cien veces al tratar de la necesidad de un triunfo rápido.

»Alemania necesitaba atacar para aprovecharse de las ventajas adquiridas, atacar antes de que los



LA RETIRADA ALEMANA DEL MARNE AL AISNE

rusos y los ingleses pudieran instruir y movilizar sus inagotables reservas, atacar para conseguir la paralización de los deseos intervencionistas de algunos neutros hostiles, atacar siempre, como único medio de salud. Y Alemania atacó y seguirá atacando hasta su último aliento, y cuando no pueda atacar más, se desplomará de golpe.

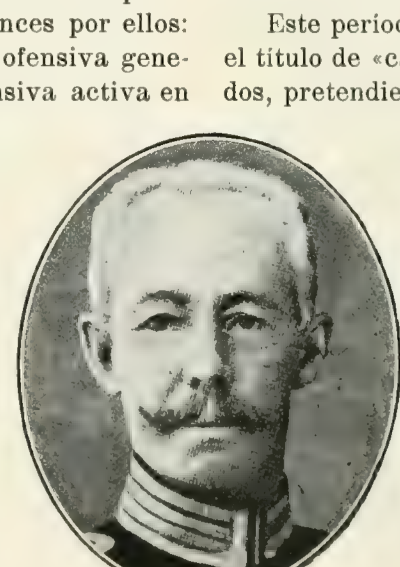
»Si la última batalla había sido perdida era—según su opinión—porque los generales alemanes habían descuidado el principio seguro del envolvimiento, y en vez de envolver á los franceses, habían aceptado el combate sobre un terreno en el que los flancos de su propio ejército se encontraban comprometidos.

»La ocasión que había faltado en las orillas del Marne se podía encontrar en las orillas del Aisne, maniobrando más racionalmente y llevando á la práctica otro principio olvidado hasta entonces por ellos: el de la economía de fuerzas. Nada de ofensiva general sobre todos los puntos. Una defensiva activa en el centro fijaría los esfuerzos del enemigo, proporcionando la posibilidad de reunir efectivos importantes en las alas, y desbordar la línea de los adversarios.»

Empezó con esto la tercera fase de la guerra.

El flanco derecho del ejército principal de Francia se apoyaba en la plaza de Verdún y las defensas de los altos del Mosa, que unen á Verdún y Toul.

Un primer ataque alemán, partiendo de Metz, consiguió posesionarse de las pendientes del Mosa, pero vino á estrellarse contra el fuerte de Troyon. Este ataque se renovó en los días sucesivos con fuerzas importantes, cuatro cuerpos de ejército, que formaban el llamado «destacamento de ejército» á las órdenes del general Von Strantz. Gracias al auxilio de una poderosa artillería de sitio, estas tropas consiguieron apoderarse el 26 de Septiembre del fuerte Campo de los Romanos, y luego franquearon el Mosa por Saint-Mihiel, extendiéndose hasta el valle del Aire. Aquí se paralizó el avance del enemigo. Las tropas francesas, convergiendo sobre la columna que había franqueado el Mosa, la repelieron hasta las orillas del río.



EL GENERAL STRANTZ

Estas operaciones contra el flanco derecho francés no eran más que una diversión comparadas con los ataques del enemigo, incesantemente renovados contra el flanco izquierdo. Los alemanes concentraron en la dirección Oeste todos los refuerzos que recibían de su país y todas las unidades que pudieron extraer del resto de su línea, especialmente de las regiones de Nancy y Alsacia. Pero á estos movimientos, realizados hacia el Oeste por las tropas alemanas, correspondían paralelamente otros cambios de emplazamiento iguales del ejército francés. El enemigo avanzaba para envolver á los franceses, y éstos á su vez avanzaban para envolver á los alemanes. Joffre, adivinando las intenciones de su antagonista, las contrariaba con un movimiento igual, á medida que se iban produciendo. No solamente los alemanes no llegaron á envolver á los franceses, sino que les fué imposible prolongar su dispositivo en la dirección Oeste. Los franceses les empujaron hacia el Norte, obligándoles á remontar cada vez más en esta dirección. Su nueva línea resultó perpendicular á la primera, describiendo una gigantesca L *(Mapa 6)* desde los Vosgos al mar del Norte, con un ángulo en la confluencia del Aisne y el Oise.

Este período de la campaña recibió con exactitud el título de «carrera hacia el mar», pues los dos bandos, pretendiendo envolverse, alargaron su frente con rápidos movimientos, hasta que les fué imposible continuar la operación por haber llegado á la costa.

En esta batalla extraña, el ferrocarril y el automóvil desempeñaron un papel tan activo como el fusil y el cañón. Desde el principio de la carrera los alemanes se dieron cuenta de que no ganarían al enemigo en agilidad.

Otra vez el Estado Mayor alemán se vió obligado á buscar algo nuevo, un método más oportuno para asestar á los aliados el golpe decisivo que consideraba de urgente necesidad.

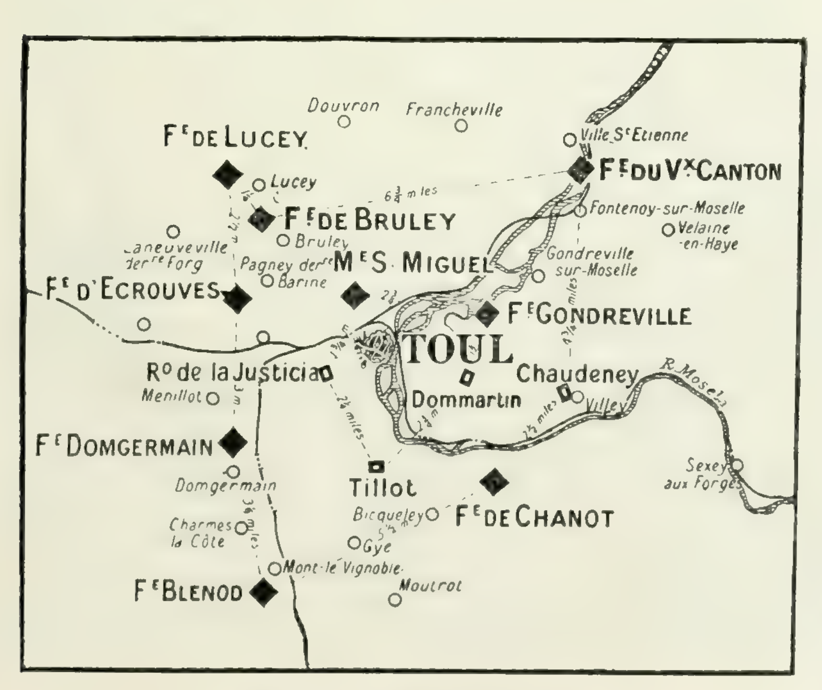
«En un punto—dice Champaubert—

hay que hacer justicia al Estado Mayor prusiano. Los fracasos repetidos no alteraron su determinación ni disminuyeron su ardor. El plan estratégico, que consistía en aniquilar rápidamente la resistencia francesa para revolverse en seguida contra los rusos, había hecho fiasco. No había conseguido hacer prisioneros á los franceses en Bélgica, ni aplastarlos en el Marne, ni envolverlos en el Aisne y en Picardía. Por tres veces la maniobra alemana había fracasado. Otros se habrían fatigado ante estas faltas de éxito: los alemanes no. Por cuarta vez tomaron la ofensiva, pero en vez de limitar esta ofensiva á uno solo de los teatros de operaciones, la desarrollaron en los dos frentes, el occidental y el oriental, buscando obtener una decisión al mismo tiempo al Este y al Oeste, ó sea en Polonia y en Flandes.

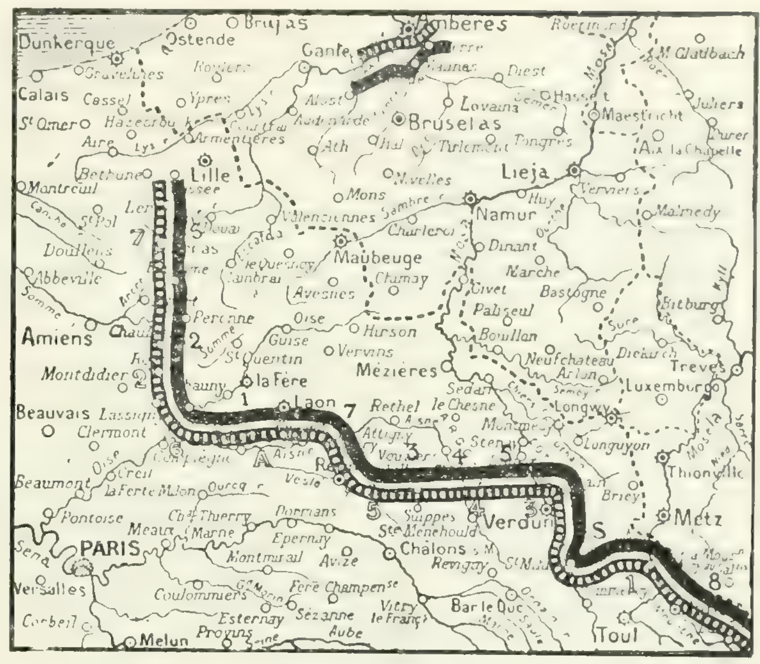
»Contra los rusos—á los que acababan de rechazar fácilmente en su audaz correría por la Prusia oriental—prepararon una invasión general, dividida en cinco columnas, con el concurso de los austriacos. Contra los franceses, que en su avance perpendicular habían llegado hasta Flandes, quisieron intentar, antes de que tocasen las costas del mar del Norte, un ensayo de envolvimiento, con una masa de tropas tan enorme que pudiese barrer toda resistencia.»

Si esta maniobra alcanzaba éxito, pondría á disposición del vencedor los puertos del mar del Norte y del Paso de Calais, proporcionando una excelente base de acción contra la Gran Bretaña.

Con esto, las nuevas disposiciones adoptadas por el Estado Mayor alemán se dirigían simultáneamente contra las tres potencias adversarias: Rusia, Francia é Inglaterra.



CAMPO ATRINCHERADO DE TOUL



Mapa núm. 6

SITUACIÓN DE LOS EJÉRCITOS EL 30 DE SEPTIEMBRE

VI

La batalla de Flandes

Para realizar esta concepción grandiosa, los estrategas alemanes necesitaban como preludio desembarazar de enemigos el territorio de Bélgica.

El ejército de campaña del rey Alberto ocupaba todavía el campo atrincherado de Amberes, así como los pasajes del Escalda medio y del Lys. El primer objeto de su ofensiva fué Amberes, que como ya dijimos, pasaba por un modelo de fortificación permanente, con su doble cintura de fuertes, su artillería de largo alcance y las zonas de inundación para dificultar el avance enemigo.

La caída de la plaza francesa de Maubeuge el 7 de Septiembre, había dejado disponibles los gigantescos morteros de sitio que destruyeron poco antes los fuertes de Lieja y Namur. Ya hemos descrito cómo cayó Amberes. La artillería monstruosa abrió brecha en el doble recinto que defendía á la ciudad, no obstante la heroica resistencia de los belgas.

Al apoderarse en unos cuantos días de Amberes, á pesar de sus famosas fortificaciones, los alemanes consiguieron un éxito ruidoso, que á primera vista pareció triunfal. Pero un examen atento de los críticos imparciales redujo singularmente la amplitud de tal éxito. «En general—dice uno de estos críticos—, una fortaleza está destinada á impedir el acceso á una región sin defensas naturales, ó á cubrir un desfiladero, un camino ó un ferrocarril. La plaza de Amberes ofrecía un carácter especial,



LOS FUSILEROS FRANCESES DE MARINA EN EL CANAL DEL YSER

tal vez único en el mundo. No había sido construída en la vecindad de las fronteras amenazadas, sino por el contrario, todo lo más lejos de ellas que era posible. Debía servir de «reducto nacional», de lugar de asilo para el ejército belga cuando ya no pudiera sostenerse en campo libre. De esto se desprende que la toma de tal campo atrincherado sólo representaba un valor positivo si iba acompañada de la captura del ejército que había buscado un abrigo en ella. Y el ejército belga escapó libre de Amberes, sin graves pérdidas. Las tropas alemanas de sitio, al atacar los fuertes de la ribera derecha del Escalda sin haber asegurado antes la posesión de la orilla izquierda, cometieron un grosero error que permitió al ejército belga el librarse á tiempo del peligro. La victoria alemana resultó incompleta.»

Después los alemanes siguieron de muy lejos la persecución de sus adversarios. Gante, Brujas y Ostende cayeron en su poder sin combate, pero detrás del Yser las tropas belgas les hicieron frente, deteniendo su marcha.

Sobre este río Yser, de bordes planos, que se desliza lentamente á través de una región baja, cuadriculada por canales y diques, iba á jugarse la gran partida entre alemanes y aliados, decidiéndose la suerte de Dunkerque, Calais y Boulogne.

Este fué el terreno escogido por los estrategas germánicos para asestar un ataque terrible á la extrema ala izquierda de los aliados. Las tropas que debían realizarlo fueron escogidas con anticipación. No se quiso confiar esta ofensiva sin freno ni misericordia á hombres que ya estaban fatigados por dos meses de guerra. El Estado Mayor alemán lanzó contra las trincheras de Flandes los cuerpos de ejército de reciente formación, los contingentes frescos, compuestos especialmente de voluntarios, muchos de ellos adolescentes incautos que ignoraban el horror de la guerra. «La flor de la juventud berlinesa, entusiasta y novicia, inhábil todavía en el manejo del fusil, pero repleta de promesas y recompensas y embriagada por los cantos guerreros, corrió con la cabeza baja contra el enemigo, para abrirse un paso—cueste lo que cueste—hasta Calais, meta suprema que había designado la orden imperial.»

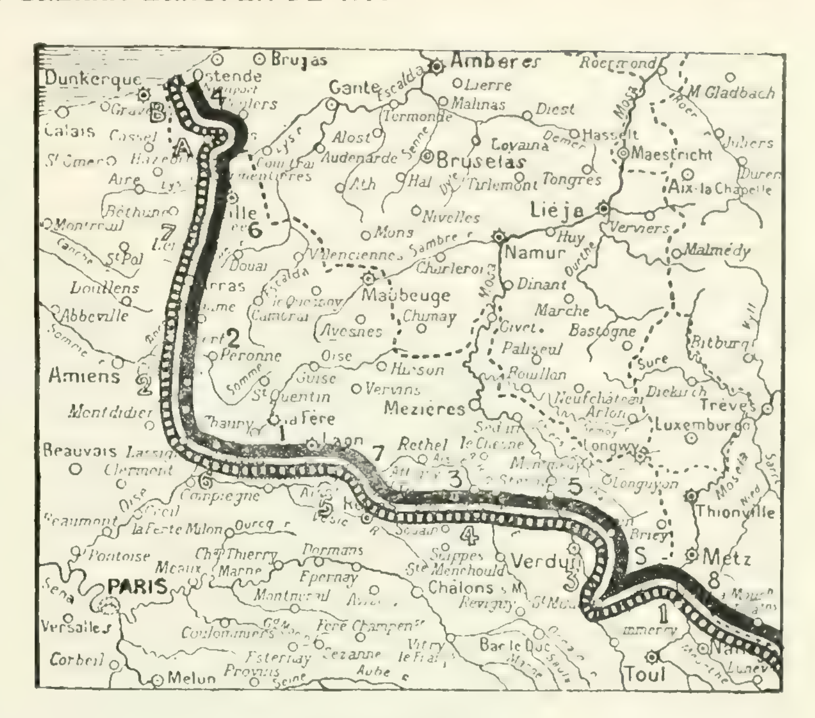
Frente á ellos el ejército belga, que tenía á su derecha los fusileros marinos franceses ocupando á Dixmude, y á su izquierda, en el mar, la flota ligera de los ingleses, esperó con calma el ataque.



LOS FUSILEROS FRANCESES EN EL CANAL DEL YSER TRANSPORTANDO UN AUTOMÓVIL BLINDADO

(Fots. Meurisse)

Un formidable bombardeo de los alemanes inició la batalla llamada del Yser ó de Flandes, que duró muchos días. Cuando los invasores creyeron que el enemigo estaba bastante quebrantado por las ráfagas de proyectiles gruesos, lanzaron al asalto sus regimientos de infantería desde Nieuport á Dixmude. Estas tropas inexperimentadas, escogidas por su misma ignorancia para que pereciesen, no sabían utilizar los accidentes del terreno, y conocían mal el combate de tiradores. Sólo la férrea disciplina los mantenía en las filas codo con codo, haciéndoles seguir una dirección determinada bajo el revólver ó el sable de los oficiales. «Como sus ascendientes los granaderos prusianos de Valmy, los reclutas entraron en este infierno formando un bloque apretado y profundo. Los obuses abrieron grandes brechas en la masa compacta, pero los agujeros mortales se cerraban inmediatamente. Pronto la fusilería diezmó las pesadas columnas. Las ametralladoras segaron sus filas con una inexorable precisión.» Cuando ya estaban los alemanes cerca de las trincheras de los aliados, su ataque se detuvo, se replegó, refluyendo hacia atrás.



Mapa núm. 7

SITUACIÓN DE LOS EJÉRCITOS DESPUÉS DEL 15 DE NOVIEMBRE

Diez veces los alemanes reformaron sus filas estoicamente, volviendo á la carga, y otras tantas sus regimientos se deshicieron bajo el fuego.

Uno de ellos, más afortunado, aprovechó un momento de descanso de los belgas y atravesó el Yser, apoderándose de la aldea de Rampcappelle y obligando á la línea de defensa á retroceder hasta la línea férrea, ó sea algunos centenares de metros hacia el Oeste. Pero acudió un refuerzo de tiradores argelinos, emprendiendo á la bayoneta un contra-ataque vigoroso que le hizo dueño del pueblo, fugazmente adquirido por los alemanes á costa de sangrientos esfuerzos.

Esta acción puso fin á los esfuerzos desesperados de los prusianos. Después de quince dias de asaltos infructuosos renunciaron á forzar el paso del Yser. El 28 de Octubre cesó la fusilería y el cañón tronó con menos frecuencia.

El 29 los belgas rompieron los diques del Yser, y la inundación se extendió por los campos, cubriendo montones de cadáveres y cañones abandonados, hundidos en el fango.



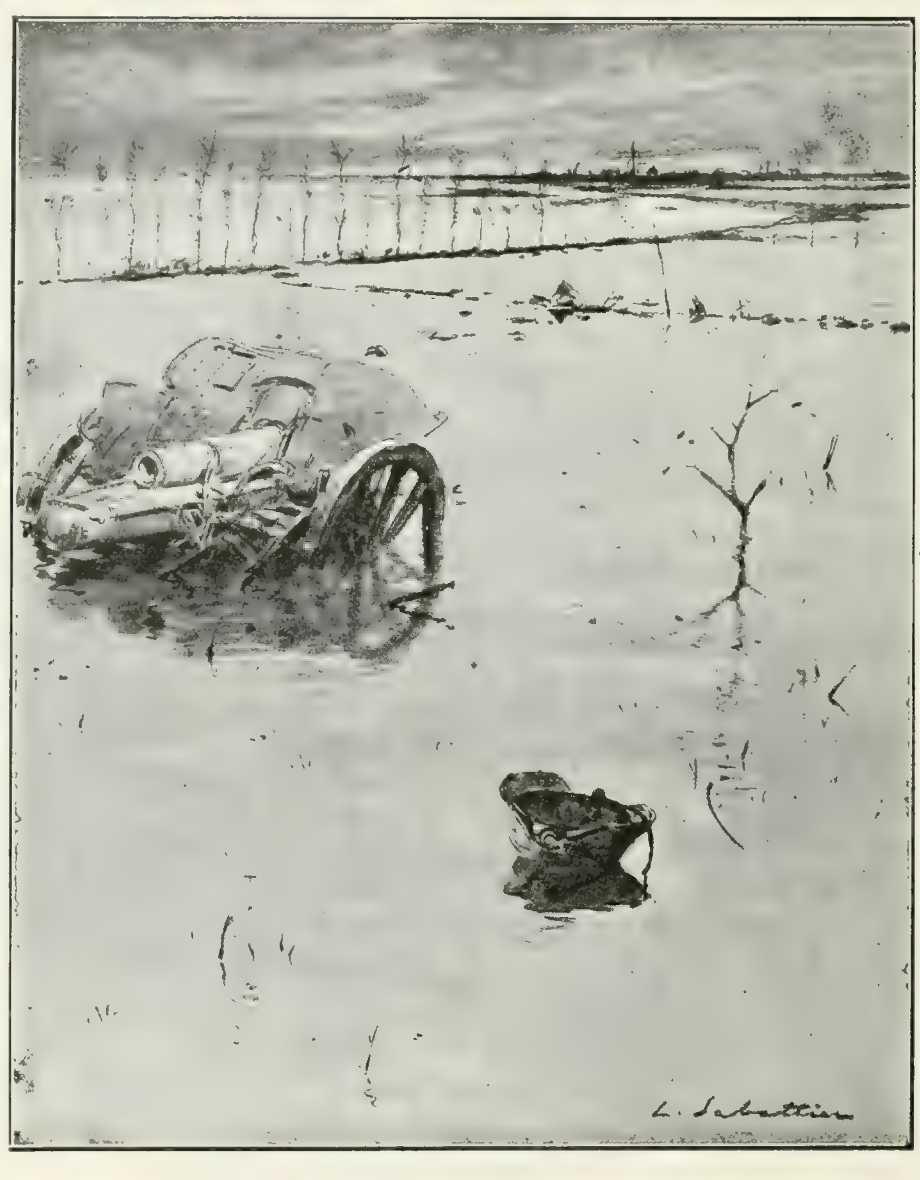
TIRADORES ARGELINOS CARGANDO CONTRA LOS ALEMANES (Fot. Rol)

Las estériles hecatombes del Yser no disuadieron al Estado Mayor alemán de sus proyectos sobre Calais. El fracaso era debido, según sus estrategas, á las dificultades del terreno y á la inexperiencia de los regimientos de reclutas. Buscando un lugar menos desfavorable y valiéndose de tropas más aguerridas, era seguro que podrían conseguir un desquite.

Habían observado con exacta oportunidad que la línea defensiva de los aliados se encorvaba en torno de Yprés, formando un semicírculo convexo, desfavorable para la defensa *(Mapa 7)*, y contra este saliente dirigieron su ofensiva. Una serie de ataques convergentes podía obtener éxito. Las caras de esta prominencia de la lí-

nea, estaban expuestas á un triple fuego de artillería.

Á fines de Octubre los alemanes concentraron fuerzas enormes ante el saliente de Yprés. Entre ellas figuraban dos cuerpos de ejército de los más escogidos, el 15.° de Estrasburgo que había estado batiéndose desde el principio de la guerra en la frontera franco-alemana, y la Guardia imperial, que conservaba su firmeza y su audacia, apesar de las pérdidas enormes sufridas en los combates de Dinant y de Guisa y en los pantanos de Saint-Gond, durante la batalla del Marne.



LO QUE QUEDÓ, DESPUÉS DEL DESESPERADO ESFUERZO ALEMÁN, EN EL CAMPO DE LA BATALLA DE FLANDES

(Dibujo de L. Sabattier, de la *Illustration*, de París)

El 30 de Octubre las columnas alemanas se precipitaron sobre las posiciones de los aliados en el saliente de Yprés, atacándolas al mismo tiempo por el Norte, el Este y el Sur.

Las tropas francesas é inglesas que defendían la histórica ciudad flamenca, hicieron frente con tesón á este ataque gigantesco.

Asaltantes y defensores se batieron con encarnizamiento, siendo enorme la mortandad, especialmente entre los alemanes, que siguieron su sistema de ataque en masas compactas.

Cada vez que el enemigo conseguía apoderarse de una trinchera, era desalojado de ella á las pocas horas por un contra-ataque de los aliados.

El 11 de Noviembre, un avance extraordinariamente enérgico de la Guardia prusiana rompió el frente de los aliados en una sección defendida por la infantería inglesa.

Los asaltantes llegaron á establecerse en la parte meridional de Yprés, pero un ataque de los ingleses á la bayoneta los desalojó del terreno recientemente conquistado.

Esta acción fué el incidente culminante de la batalla de Flandes. Después que la Guardia prusiana perdió su efímera conquista, viéndose obligada á retroceder, la batalla decreció con rapidez. Los alemanes surgieron con menos frecuencia de sus líneas y el 15 de Noviembre la calma se hizo general.

Como dice un crítico militar, «los alemanes ya no hablaron después de esto de tomar á Calais. La cuarta fase de la guerra en el frente occidental, terminaba con un nuevo y doloroso revés para las armas germánicas».

□

En la segunda mitad de Noviembre y en todo Diciembre, los alemanes, fatigados por sus fracasos, no intentaron ninguna nueva ofensiva contra el frente de los aliados. Desde la frontera de Suiza al mar del Norte, sólo hubo ataques localizados y acciones de detalle.

El ejército alemán tuvo que adoptar, á fines de 1914, una actitud defensiva en el frente occidental, transportando toda su actividad al teatro de operaciones oriental, ó sea á Polonia.

Después de cuatro meses de guerra y cuatro tentativas enormes y costosas, el Estado Mayor germánico tuvo que abandonar su plan de campaña preparado durante veinte años metódica y pacientemente sobre la base de una gran felonía internacional: la violación de Bélgica.

Así fueron, en resumen, las operaciones de guerra en el frente occidental hasta fines de 1914.





Dibujo de Georges Scott, de la «Illustration» de París

La última vis



ón del héroe





FAMILIAS DE LOS SOLDADOS ESPERANDO TURNO PARA COBRAR EL SOCORRO (Fot. Meurisse)

París en los primeros días de la guerra

I

El socorro á las familias de los soldados

En el París de los primeros días de la guerra, con sus calles solitarias y silenciosas como las de una ciudad de provincia, sólo animadas de tarde en tarde por el cascabel de un caballo de fiacre, el bufido aislado de un automóvil ó el paso resonante de un transeunte que marchaba sin saber adónde iba, se encontraban de pronto grandes aglomeraciones de mujeres.

Las alcaldías y otros edificios oficiales parecían teatros en un día de función gratuita. Un público femenino se agolpaba ante sus puertas y formaba cola esperando turno para entrar. Una cuerda servía de límite á la muchedumbre de mujeres formadas en triple fila á lo largo de los muros. Todas llevaban la cabeza descubierta: unas con el pelo brillante y liso por un peinado reciente, otras con las mechas grises, alborotadas y trágicas. Las más jóvenes resguardaban su tez de una blancura anémica—palidez dolorosa de obrera, con los labios azulados y los ojos desmesuradamente abiertos—bajo la cúpula rayada de una pobre sombrilla. Las viejas rugosas y de color de cuero exponían al sol, sin abrigo alguno, su faz de manzana cocida. Eran animosas veteranas de la vida parisién, acostumbradas á librarse del frío cruzando las manos bajo del delantal en torno del abdomen saliente, ó á burlarse del calor bebiendo cinco céntimos de «coco».

Permanecían horas y horas junto á la cuerda, avanzando dos pasos cada quince minutos, mirando como una esperanza lejana la puerta junto á la cual se erguían los policías mantenedores del orden. Un hedor de carne recién despierta y lavada de prisa se desprendía de esta muchedumbre, junto con otro lejano de verduras en descomposición, que parecía venir oculto entre los pliegues de las ropas. Niños de todas las edades ocupaban, casi invisibles, los huecos de este bloque humano. Se asfixiaban entre los cálidos volúmenes de sus madres ó hermanas, y pugnaban por salir al margen, por llegar á la cuerda, agarrándose á ella para conservar libres la respiración y la vista.

Estas muchedumbres, que dos veces por semana bloqueaban las alcaldías, se componían de mujeres que tenían algún individuo de su familia en los ejércitos de la República.

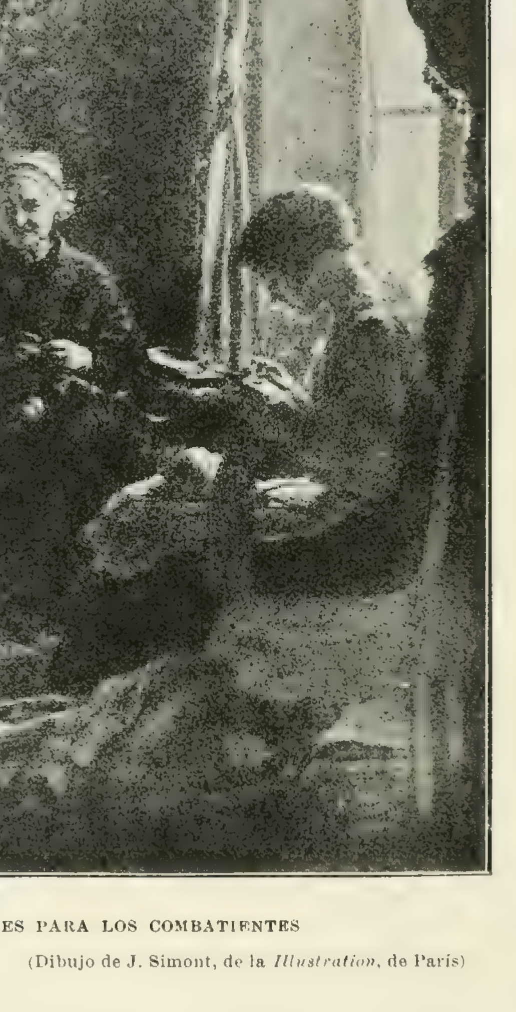
El gobierno da un socorro diario de un franco cincuenta céntimos á la familia de todo soldado. Las que gozan de una posición desahogada no reclaman

tal auxilio, pero éstas sólo representan una exigua minoría. La mayor parte de los defensores del país son pobres, y significaba para ellos una gran tranquilidad saber que los suyos no morirán de hambre mientras exponen su vida.

Teniendo en cuenta que existen sobre las armas más de tres millones de franceses, el franco y medio por cada soldado representa una cantidad enorme. Pero este dinero sostiene la confianza pública. La mujer sobrelleva con resignación su doloroso aislamiento al tener pan para los hijos. El hombre se bate mejor no pensando más que en sí mismo y en su patria.

La esperanza de este socorro hizo que en los primeros momentos de la movilización sintiesen todas las familias un anhelo de legitimidad y buen orden.

El obrero de aquí no se cuidaba gran cosa de la ley y las costumbres tradicionales en asuntos de amor. Le gustaba una muchacha del barrio, se amaban, se veían á hurtadillas de los padres, hasta que un testimonio viviente de sus descuidos les obligaba á arrostrar las cóleras de las respectivas familias. Entonces se iban á vivir juntos, formaban un hogar, tomaban una casa, compraban muebles á plazos, pensaban en todo lo necesario para la existencia común... en todo, menos en el matrimonio. El hombre no pretendía eludir sus compromisos. Se casarían, pero más adelante. Los trámites del matrimonio eran enojosos y cuestan dinero. Además había que arrostrar las bromas de los camaradas, las sonrisas de los vecinos. La mujer se acordaba de vez en cuando de la ansiada ceremonia, pero también la dejaba para más adelante. Pensaba en mamá, que se casó cuando ella era mayor, y continuaba siendo la compañera de su hombre con las mismas alegrías, las mismas peleas y las mismas reconciliaciones de las parejas que se daban la mano ante la bandera tricolor del alcalde.



HACIENDO LABORES PARA LOS COMBATIENTES

(Dibujo de J. Simont, de la *Illustration*, de París)

Al declararse la guerra, medio París quiso casarse. Ellos eran los más tenaces en este deseo matrimonial.

—¿Quién sabe lo que me ocurrirá?... Lo más seguro es morir, y conviene que tengas un marido y los pequeños un padre para que el gobierno haga algo por vosotros.

Miles de parejas invadieron las alcaldías. Ellos con el capote de movilizado y el kepis rojo; ellas con el delantal recogido en la cintura, el pelo en desorden y los ojos lacrimosos, tal como les había sorprendido esta resolución matrimonial en el desorden de un hogar transtornado por el trágico ¡adiós!

Todos decían lo mismo: «Queremos casarnos, y mañana me marcho.» Así, sin papeles de ninguna clase, sin más certificación que el testimonio de dos vecinos bien enterados de su larga vida en común, de sus peleas, sus golpes y sus reconciliaciones al aire libre, con arrullos de palomos recién picoteados. Los alcaldes, por orden del gobierno, comenzaron á casar en masa, por grupos de veinte parejas, con las mismas fórmulas y el mismo discursito para todos. Hubo alcaldía de París donde en una mañana se efectuaron trescientos matrimonios. Muchas veces el obrero, vestido de militar y llevando del brazo á su robusta comadre, iba precedido de unos cuantos chiquillos, que miraban á todos lados con la misma curiosidad y regocijo que si entrasen en un teatro.

—¡Papá y mamá que se van á casar!



LA MAÑANA DE UNA PARISIÉN

(CONFECCIÓN DE TRAJECITOS PARA LOS NIÑOS DE LOS COMBATIENTES)

Desde el primer día de la guerra, toda Francia sólo pensó en hacer frente al enemigo, contribuyendo cada cual con arreglo á sus medios á la defensa de la patria. Las damas y las señoritas de París se disputaron el honor de trabajar para los heridos, organizando concursos y utilizando todos los elementos posibles para instalar ambulancias según los últimos progresos de la ciencia. A mismo tiempo advirtieron que había otras obras urgentes por realizar. Las futuras enfermeras emplearon las horas de la mañana en confeccionar trajecitos y ropas para los niños pobres de los combatientes. Ocuparon además para que les ayudasen en esta labor, á las mujeres de los soldados que habían quedado privadas de recursos, y con el salario que les asignaron ayudaban á sostenerlas. Y en todos estos nuevos obradores, fuese cual fuese su rango social, pudieron contrastarse el mismo entusiasmo, las mismas esperanzas é idéntica confianza en el porvenir.

(Dibujo de J. Simont, de la *Illustration*, de París)



MUJERES ANTE UNA ALCALDÍA DE PARÍS PARA SER SOCORRIDAS POR EL GOBIERNO POR ESTAR SUS MARIDOS É HIJOS EN LA GUERRA (Fot. Meurisse)

La pareja ilegal avanzaba orgullosa de su vanguardia infantil, y el hombre parecía decir con sus guiños y sonrisas: «¡Eh! ¡Si todos los ricos hiciesen lo mismo!...»

Á pesar de esta rapidez en la fabricación de matrimonios, un gran número de parejas quedaron sin la deseada legitimidad. La guerra no admite plazos: el regimiento no podía esperar. Muchos que aguardaban turno en la alcaldía para casarse, tuvieron que salir horas antes de poderse celebrar la ceremonia, con dirección á la frontera, dejando á su compañera sumida en lágrimas y rodeada de su prole.

En los primeros días el gobierno sólo concedió el socorro pecuniario á las familias legítimas. ¡Protesta general! Una parte de los defensores de la patria iban á pelear por ella valerosamente, bajo una lluvia de hierro, mientras sus mujeres y sus hijos morirían de hambre por falta de unos papeles. Este formulismo, equivalente á una ingratitud patriótica, fué suprimido. Hoy todas las mujeres que tienen un hombre bajo las banderas de la República, cobran el franco cincuenta sin tener que exhibir para esto un acta matrimonial.



ESPERANDO LA DISTRIBUCIÓN DE LA SOPA POPULAR (Fot. Rol)

Las pobres mujeres en sus largas esperas hablaban de algo más importante que el socorro que iban á recibir.

Se conocían de antiguo por ser vecinas ó se presentaban unas á otras. La conversación se entablaba espontáneamente

FORMANDO COLA ANTE UNA TIENDA DE COMESTIBLES

entre las que se encontraban por vez primera. Todas se trataban con la confianza que da el parentesco. Pertenecían á la misma familia: la de la inquietud y la tristeza. ¡Quién sabe si sus hombres peleaban juntos, allá lejos! ¡Quién sabe si el uno llevaba á cuestas al otro, recibiendo en la espalda su sangre y sus ronquidos de agonía! ¡Quién sabe si un obús los estará destrozando en este instante, confundiendo sus huesos hechos astillas, sus tejidos rasgados en harapos, sus entrañas palpitantes, como purpúreas viscosidades!

Se abordaban ansiando conocer nuevas noticias y todas ellas sabían lo mismo. Habían recibido unas cuantas postales de un laconismo optimista. «Sin novedad. Todo va bien. Ten confianza.» Algunos, con un buen humor á prueba de bomba, añadían la promesa de traer á casa unos pelos del bigote de Guillermo. Otros anunciaban el envío de un casco prusiano ó un gorro de húsar de la muerte, ganados á punta de bayoneta.

Nadie fechaba sus cartas consignando el lugar de donde escribía. La orden era general. Había que mantener en secreto la situación de cada cuerpo para impedir de este modo las averiguaciones del enemigo. Sólo por conjeturas y por vagos informes de dudosa veracidad sabían las pobres mujeres el destino de los ausentes.

—Mi hombre está en los Vosgos.

—El mío está en Lorena.

—Mi hijo va con el general Pau.



COBRANDO EL SOCORRO (Fots. Meurisse)

—Mi marido murió en Charleroi.

Un silencio penoso. Todas las comadres miraban con respeto á la pobre mujer, vestida de negro, pálida, con los ojos húmedos. Los niños estaban junto á ella, las rubias cabezas al descubierto y con unas blusas de luto, cosidas recientemente. ¡Ah pobre madama!... Una atmósfera de ternura y de admiración se formaba en torno de ella. Las vecinas retrocedían para dejar más espacio: algunas manos acariciaban la esfera dorada y pensativa de los pequeños. ¡Pobre madama!... La hacían avanzar para que no esperase bajo el sol la hora de recibir un franco cincuenta á cambio de un cadáver.

Más allá una vieja, también de luto, hablaba con voz sorda y monótona, entornando los ojos, como si viviese en doloroso ensueño y hablara para ella misma.

—Á mi mayor lo mataron en Alsacia. El otro cayó en Bélgica, en un pueblo que no puedo recordar. Mi tercer hijo está herido... Aun queda otro: el pequeño. ¿Qué me dirán hoy en la oficina?...

Y esta pregunta que se hacía la vieja esparcía la incertidumbre entre las mujeres cercanas. Todas temían lo que les pudieran decir los empleados de la alcaldía. ¿Qué noticias recibirían de los suyos?...

Cada día que transcurría eran más en esta muchedumbre femenina las sayas de luto, las toquillas del mismo color y otras prendas de tonalidad lóbrega que indicaban la tristeza anterior.



SEÑORITAS FRANCESAS APRENDIENDO EN UNA AMBULANCIA DE PARÍS EL MODO DE RECOGER LOS HERIDOS Y DARLES LOS PRIMEROS AUXILIOS (Fot. Rol)

Una mujer voluminosa, iracunda, de dientes de loba y greñas dramáticas, alzaba las manos con los dedos contraídos por la cólera. Le habían matado un hijo, le habían matado dos nietos, tres de sus hijas eran viudas desde la semana anterior.

—El mundo va á despoblarse—gritaba—. Sólo quedaremos las mujeres!... ¡Y todo por dos hombres! ¡Por ese par de bandidos!

Su indignación los describía con breves y vigorosos trazos. El uno era un viejo de patillas blancas, el otro arbolaba unos mostachos todavía rojizos.

—Ochenta y seis años, señor—continuaba la mujer—, y además devoto hasta el fanatismo. Ese hombre no piensa en que va á morir como todos y que su muerte está próxima: antes de un año, tal vez dentro de meses ó de semanas. Cuando se presente ante su Dios, éste le pedirá cuentas de los millones de hombres que han muerto y van á morir por su culpa; de los millones de madres, de esposas y de hijas que lloran por su causa. ¿Y qué podrá contestar ese viejo que cuando ve próxima su muerte la esparce por todo el mundo?...

Luego hablaba del otro, que á pesar de su casco y sus arrogancias de paladín medioeval, ocultaba un brazo seco y necesitaba que un lacayo colocase una escalerita junto á su corcel para montar y desmontar.

—Y por esos dos hombres mueren las gentes de unos países y de otros —continuaba la vieja parisién—. Sería caso de reir si no hubiese de por medio tanta sangre y tantas lágrimas. De ser unos simples particulares, el viejo tomaría sus tisanas junto al fuego, rezando su rosario, y el otro, el bravucón, habría sido declarado inservible para el servicio militar. Ninguno de los dos lograría ser admitido como simple soldado en el ejército de ningún país; y sin embargo, millones de hombres sanos y valientes se degüellan por culpa de ese par de inválidos que ven la guerra sobre el papel, ó desde lejos, con anteojos de campaña.

¡Vieja desesperada é ignorante que pretentes juzgar las cosas con arreglo al vulgarísimo sentido común! Tú no sabes que existe en el mundo algo que se llama la gloria. Cada uno la conquista como puede, con arreglo á su ambiente y su mentalidad; el artista produciendo belleza, el sabio realizando descubrimientos benéficos para sus semejantes, el obrero humilde intentando perfeccionar la herramienta que usa todos los días... y el emperador oprimiendo los pueblos que no son suyos, pasándolos á hierro y fuego para que le teman y no se resistan.

Algunas veces el poderoso, al sentir próxima la vejez, quiere mantenerse en un quietismo soñoliento, cree haber llegado á la plenitud de su fama y anhela descansar; pero tras de él, están los hijos ó los sobrinos, los aprendices que «vienen empujando», los que



PRÁCTICAS DE SOCORROS EN UNA AMBULANCIA DE PARÍS

ansian á su vez conquistar la misma gloria de sus mayores, valiéndose de idénticos procedimientos.

Quieren repetir con soldados de carne y hueso, sobre los campos de Europa, los mismos juegos que aprendieron de niños, con soldados de plomo, sobre una mesa del palacio. Hay que dar gusto á la familia. Un buen padre no puede permitir que se extingan por falta de medios los talentos de la prole. Su obligación es dar carrera al heredero. Además, éste puede suplantarle, en nombre de las tradiciones de familia.

El hijo quiere hacer la guerra como la hizo el padre. Los motivos no son ninguna dificultad, pues se encuentran siempre. Cuando se mantienen ejércitos enormes, como jamás se vieron, es un crimen dejarlos sin empleo. Cuestan muy caros, y hay que buscar un alivio metiendo la mano en el bolsillo más inmediato.

SEÑORITAS DE LA CRUZ ROJA POSTULANDO POR LAS CALLES DE PARÍS PARA AYUDA DE LOS HERIDOS

(Fots. Rol)

¡Adelante los ejércitos! ¡Á la gloria!... Las aldeas flamean como antorchas; las muchedumbres escapan cargadas de fardos, apaleando sus bestias, cual si huyesen de un mundo en el que no hubiera Dios; los campos se cubren de cadáveres negruzcos sobre los cuales zumban las nubes de moscas; las fábricas se convierten en hogueras; los buques envejecen en los puertos; quiebran los bancos; se cierran los talleres, el hambre se sienta como un nuevo convidado á la mesa del pobre; el sadismo triunfante rebana pechos de mujeres y abre vientres á bayonetazos; los ladrones cortan manos para arrebatar las sortijas con más rapidez; los uniformes se revuelcan en las bodegas donde se desangran á borbollones los toneles desfondados; las ciudades se ven sometidas á una contribución forzosa, revólver al pecho, como si hubiesen penetrado en ellas una banda de secuestradores; los sacerdotes que intentan hablar en nombre de una divinidad que el conquistador tiene siempre en los labios mueren fusilados; caen bajo los obuses las maravillas de la construcción; los museos son robados á pleno saco; pobres vírgenes que se niegan á desnudarse ante la soldadesca ebria quedan hechas pedazos; se desploman entre llamas las catedrales en cuya erección pusieron tres siglos su alma artística é ingenua; el artillero de un pueblo que intenta dominar á los otros en nombre de una cultura superior, ríe cuando apunta contra los rosetones, las vidrieras y las caladas agujas de esos poemas arquitectónicos en los



REQUISA DE AUTOMÓVILES EN LOS PRIMEROS DÍAS DE LA GUERRA

cuales la idea creadora se remonta más allá de donde acaba la piedra.

¡Y pensar que de aquí á unos años habrá historiadores—como los ha habido siempre—para consignar en gruesos é inspirados volúmenes tanta hazaña... tanta gloria!

II

París, ríe.—París, canta

París, á pesar de vivir sometido al estado de sitio, ha conservado todo su buen humor, su alegría burlona de los tiempos normales. Cafés y restaurants se cierran á las ocho de la noche; los tranvías cesan de circular á la misma hora; ómnibus no existen, pues todos fueron movilizados y están en los campos de la guerra trasladando víveres y hombres; escasean en las vías públicas los automóviles y carruajes de caballos, no porque aquéllos faltasen, sino porque *chauffers* y cocheros están en el ejército y únicamente podían dedicarse al servicio público los veteranos del látigo y algunos conductores españoles ó italianos que conocen defectuosamente el plano de la ciudad; las calles están de noche mal alumbradas, pero á pesar de todo esto, que desfigura su exterior, París tiene su alma de siempre. En algunos momentos se mostró con grave expresión, pero la gravedad no debe confundirse con la tristeza, pues son estados de ánimo muy distintos. Le preocupaba su suerte, pensaba en los enormes esfuerzos de heroísmo que tendría que realizar y á los cuales estaba dispuesto si el enemigo se presentaba ante sus fuertes, pero pronto saltó fuera de su círculo de preocupaciones para reir ó bromear á propósito de cualquier accidente.

Una gran masa había corrido á las estaciones de ferrocarril para huir hacia las provincias del Sur. Eran mujeres, niños, ancianos y extranjeros. El resto de París contemplaba este éxodo, sin envidia y sin cólera. Hacían bien en marcharse; los diarios recomendaban la retirada de todas las bocas inútiles y de todos los hombres que no estuviesen dispuestos á tomar un fusil. Con esta fuga se evitaba el hambre y algo más temible: el alocamiento de las gentes tímidas que inventaban y propalaban absurdas noticias, quebrantando y perturbando la serenidad de los fuertes.

Huían todos los días miles y miles de personas, y sin embargo no se notaba esta disminución en el público de los bulevares centrales.



AUTOMÓVILES REQUISADOS



EL PATIO DE LOS INVÁLIDOS CON LOS AUTOMÓVILES REQUISADOS

Inútil es decir que éstos no presentaban el mismo aspecto que en época de paz. Su concurrencia se aminoró mucho al realizarse la movilización; todos los hombres válidos marcharon á los campamentos y los cuarteles; pero días después, á pesar del avance del enemigo sobre París y de la huída de una parte del vecindario, no se notó una disminución visible en las muchedumbres.

Cuando se cerraban los establecimientos públicos, las gentes seguían en el bulevar, ocupando los bancos y las sillas de alquiler, gozando del fresco de la noche, lo mismo que en una ciudad de provincias. En los Campos Elíseos y en los alrededores del Arco de Triunfo se formaban tertulias, agrupándose las sillas de hierro en torno de los candelabros eléctricos, que esparcían un resplandor que pudiera llamarse «de circunstancias»; una luz trágica, rojiza y poco intensa.

Después del francés, era el español el idioma que sonaba con más frecuencia bajo el follaje de los árboles. Algunas noches nuestra lengua predominaba sobre el idioma nacional, y las noticias de la guerra, con gran acompañamiento de mentiras y exageraciones, eran comentadas á gritos, con la exuberancia característica de nuestra raza. Unas voces recortaban las palabras con la sonoridad rotunda del habla peninsular; otras las prolongaban musicalmente, con la suavidad de los diversos acentos americanos. Por mucho menos, cualquier extranjero sería llevado á la cárcel en Alemania y ¡quién sabe si le ocurriría algo peor! El francés miraba con simpatía á los que hablaban un idioma que él no entendía, sin sospecha y sin cólera, fraternalmente, pensando que cuando viven aquí es indudablemente porque aman á Francia.

De día, el centro de París ofrecía un aspecto original y atractivo. Pocos vehículos, y aprovechando éstos la falta de obstáculos pasaban á todo correr, como si marchasen por una carretera. Se valían de la impunidad que les proporcionaba la urgencia de sus servicios. Casi todos llevaban una bandera ó un rótulo: eran de los diversos regimientos de París, de la administración militar, de la Cruz Roja, etcétera. En cambio muchas mujeres... ¡muchas!, y á pesar de lo trágico del momento y de las noticias pavorosas que esparcía el miedo, todas elegantes, frescas, sonrientes, luciendo los más sugestivos y moldeadores trajes de verano. Pero, ¿cuándo una francesa se olvida de sí mis-



EN LA ESCUELA MILITAR (Fots. Meurisse)



CONSULTANDO UN MAPA DE LAS OPERACIONES DE LA GUERRA (Fot. Meurisse)

ma y renuncia á la elegancia, por angustiosa que sea la situación?

Seguidos por la mirada admirativa de la gente que volvía la cabeza tras de sus pasos, circulaban soldados ingleses vestidos de kaki; soldados belgas con uniforme obscuro y gorra de cuartel á la antigua, de cuyo frente pendía una borla; tiradores negros ó marroquíes de rojo fez y amplios calzones; unos, heridos, con el brazo en cabestrillo, la cabeza entrapajada ó arrastrando las piernas rígidas dentro del vendaje; otros, extraviados después de un combate, y que pasaban brevemente por París para volver á incorporarse á sus regimientos.

No había otra conversación que la guerra. Sobre las mesas de los cafés se ladeaban y caían las copas, á impulsos de un mapa nerviosamente manejado. Todos los parroquianos tenían su carta geográfica. Los vendedores pregonaban el mapa de Europa como si fuese un periódico, y vendían alfileres con banderitas para marcar la posición de los diversos ejércitos: banderitas francesas, inglesas, belgas, alemanas, austriacas, rusas y hasta servias y montenegrinas.

Bocas adorables, arreboladas por una aurora de perfumado colorete, hablaban en la terraza de un café de movimientos envolventes, avances penetrantes y disparos repetidos, junto á un señor que escuchaba con aire de aburrimiento, pensando sin duda en cosas más inmediatas y positivas.

El estratega de chaqué, el general victorioso sobre el papel, que es común á todos los pueblos y hace su aparición allí donde surge una guerra, circulaba grandioso y pueril por el bulevar buscando quien le escuchase. ¡Iluso conmovedor, patriota cándido y ardiente que disponía las cosas del porvenir con arreglo á sus deseos, arrollando heroicamente los obstáculos!...



UNA SEÑORITA OBSEQUIANDO Á LOS TIRADORES DE ÁFRICA QUE MARCHAN AL FRENTE

Este pacífico rentista, militar retirado de escasa graduación ó tendero belicoso, se consideraba superior á sus conciudadanos, porque tenía un mapa en su casa con dos docenas de banderitas y las clavaba ó desclavaba varias veces, siguiendo las noticias de los diarios de la mañana, del mediodía y de la noche.

Otros guerreros terribles, semejantes á él, hacían lo mismo á idéntica hora, en Londres, Berlín, Viena y Petersburgo, ajustando sus cálculos á las mentiras y exageradas ilusiones que les querían servir sus periódicos.

A veces el estratega, no pudiendo contener en una modestia discreta su exuberante suficiencia, se lanzaba á la calle para hacer partícipes á sus conciudadanos de sus noticias y sus planes. ¡Quién sabe! ¡Tal vez esta propaganda podría llegar hasta el gobierno, preparando las victorias futuras!...

En las vallas de los edificios en construcción se agolpaba la gente contemplando el consabido mapa con sus banderitas, que parecía haber surgido allí espontáneamente. Un señor, con la autoridad y la modestia de un sabio que conoce su valer, pero no quiere aplastar al vulgo, daba explicaciones de lo que había ocurrido hasta entonces en la guerra... y de lo que ocurrirá.

Otras veces el mapa estaba fijado en una de las columnas del bulevar, destinadas á los carteles de teatros. La brisa de la tarde hacía ondear las puntas despegadas y descoloridas de los carteles que fueron fijados hacía cuarenta días... ¡ay!... cuando había teatros, cuando la gente se divertía y respiraba por respirar; cuando admiraba el sol y las flores, encontraba que la vida era buena, y existían aún cuatrocientos mil hombres que á aquellas horas habían bajado á las entrañas de la tierra.

El estratega explicaba el porvenir. Aquí franceses é ingleses; más allá los alemanes, los odiados *boches;* á la derecha el ruso que avanzaba y avanzaba. Sus dedos majestuosos pasaban sin vacilar, arrolladores y magníficos, sobre las planas fuertes y las líneas de defensa. Todo lo vencían. Su genio hacía subir la pesada artillería á los montes inaccesibles y desplegaba la caballería en mitad de un río navegable.



MUJERES QUE SE DEDICAN Á LA VENTA DE PERIÓDICOS PARA AYUDAR AL SOSTENIMIENTO DE SU PROLE



UN ESTRATEGA EXPLICANDO LAS OPERACIONES SOBRE UN PLANO FIJADO EN UNA COLUMNA ANUNCIADORA DEL BULEVAR

(Fot. Meurisse)

▫

Este pueblo se alarmó, como todos los de la tierra, ante la proximidad del peligro. Pero en él la inquietud duró muy poco. Unos creyeron que era ligereza de carácter, otros exceso de confianza en sí mismo; los más lo reputaban simplemente heroísmo risueño, pero lo cierto es que París, luego de parecer asustado por breve tiempo, rompió á reir, echó á broma el peligro, se burló de su primera inquietud y continuó viviendo lo mismo que antes.

Un domingo los transeuntes, al escuchar un abe-



PARÍS, DE NOCHE, SIN LA ANIMACIÓN DE SUS GRANDES VÍAS



EFECTOS DE LA BOMBA ARROJADA POR UN «TAUBE» EN UNA CALLE DE PARÍS

jorreo que descendía de las nubes, levantaron la mirada curiosa. Una especie de mosquito, apenas perceptible, se movía en el cielo, resbalando por los pequeños lagos de cristal azul para ocultarse luego entre las montañas de vapores que forman sus orillas. Los transeuntes seguían marchando sin mirar más á lo alto. Era un aeroplano «de domingo» que salía á pasear por el cielo como los automóviles burgueses pasean por el bosque de Bolonia.

Pero de pronto el mosquito, que parecía buscar con sus revuelos sobre el inmenso caparazón de París el emplazamiento de la Estación del Este, soltaba bombas y una bandera con los colores alemanes. Era un *taube:* un aeroplano enemigo. Las bombas caían al azar, causando más estrépito que daño, en el patio de una imprenta, en un callejón, frente á la puerta de una panadería. Sólo hubo una víctima: una vieja infeliz que entraba á comprar pan para su comida, y quedó destrozada en mitad de la acera, junto á la puerta del establecimiento.

Esta hazaña heroica del alemán volante tardó horas en saberse. ¡Es tan grande París!... Un movimiento de estupefacción y de pánico agitó á la ciudad. Corrió la gente en busca de las estaciones como el público de un teatro incendiado que busca las sali-



EXPLOSIÓN DE GAS EN UNA CALLE DE PARÍS CAUSADA POR UNA BOMBA DE UN «TAUBE»



LA GENTE MIRANDO LOS EFECTOS DE UNA BOMBA LANZADA POR UN «TAUBE» EN UN PASAJE DE LA RUE VINAIGRIERS

das. ¡París bombardeado! ¡Y bombardeado desde los aires!... Esta última novedad pareció aumentar aun más el terror del atentado, como si no fuese lo mismo morir de una granada expelida por un cañón, que de una bomba de mano arrojada por un aeronauta.

París está habitado por los mayores egoistas de la tierra: extranjeros de todos los países que vienen aquí á comerse su dinero, sin más ilusiones que vivir bien y prolongar su existencia lo más posible. Además, existe la pequeña burguesía francesa, metódica, tímida y maniática, tantas veces descrita en comedias y novelas, que paga puntualmente sus tributos, abomina de toda novedad, se queja de que el Gobierno no protege suficientemente su miedo, y ama la guerra como un placer para leer todas las mañanas, en zapatillas, junto al café con leche, noticias de victorias y de tomas de banderas.



UN «TAUBE» COGIDO Á LOS ALEMANES Y EXPUESTO EN EL PATIO DE LOS INVÁLIDOS

(Fots. Meurisse)

Todas estas gentes, extranjeros y franceses, salieron huyendo de la ciudad con un atropellamiento de fuga: ¡Pero París! ¡el verdadero París!...

En los primeros momentos de la agresión sacudió á la muchedumbre un estremecimiento de cólera. ¡Ah miserables *boches!* Amenazaban con los puños al cielo. Todos pensaban lo mismo: «¡No poder volar!...» De sentir alas en las espaldas se habrían lanzado en inmen-



UNA FÁBRICA DE LAS INMEDIACIONES DE PARÍS SOBRE LA QUE ARROJÓ BOMBAS UN ZEPPELÍN

so enjambre, atmósfera arriba, para hacer trizas con las uñas, con los dientes, al pájaro de muerte cargado de bombas.

Al día siguiente burla general, chistes sobre el *taube* y sus hazañas. Todos esperaban su aparición. Las calles tenían el mismo aspecto que en las fiestas populares. Sentábase la gente en las terrazas de los cafés buscando un sitio de donde pudiese abarcar mayor espacio de cielo. Los vendedores ambulantes pregonaban vidrios ahumados, como en los días de eclipse, para ver el aeroplano sin la molestia de los rayos del sol. Las mujeres llevaban en las manos los gemelos de teatro. Los astrónomos populares que en las noches de luna enseñan por diez céntimos el plateado satélite desde la plaza de la Concordia, habían montado sus telescopios en los bulevares, y las gentes se empujaban en torno del tubo, pugnando por ver antes que los demás la llegada del esperado visitante. De pronto un grito, miles y miles de cabezas que se echaban atrás; otras tantas manos que señalaban un punto negro y movedizo, una mosca, apenas perceptible, en el infinito: «¡Ya llegó: es el *taube!*» Y este buen pueblo de París, novelero y ansioso de «inédito», que asiste á las manifestaciones cuando sabe que la policía pegará fuerte, y se considera feliz si puede presenciar un gran suceso, una catástrofe, para decir luego con orgullo: «Yo estaba allí», se estremecía de curiosidad y de alegría al ver aproximarse el avión enemigo. Un aeroplano alemán volando sobre París, y que además arrojaba bombas, no se veía todos los días. Cada uno pensaba que al volver á casa podría decir á la familia y los amigos: «Yo lo vi como os estoy viendo á vosotros.»

El *taube* se engrandecía por momentos, y pasaba sobre los tejados como si realizase un simple vuelo de curiosidad.

Gavroche, el pillete eterno de París, hizo de las suyas. Al ver cómo se deslizaba el aeroplano por el cielo de una calle—río azul con espuma de nubes encajonado entre los aleros—, se quita la gorra y lo saluda:

—Señor: no se olvide usted de mí porque soy pequeño. Écheme algo.

Y al ver que se alejaba, dijo tristemente:

—¡Yo que le había prometido á mi hermanita un casco de bomba como recuerdo!...

El aeroplano no arrojaba nada, á simple vista. Los gemelos y telescopios no alcanzaban á distinguir los mortales envíos de la máquina volante, pero de vez en cuando sonaban explosiones en distintos puntos de París; caía un pedazo de cornisa, se abría un boquete en una bohardilla, se levantaba el pavimento



EL PÚBLICO OBSERVANDO EL LUGAR EN QUE CAYERON LAS BOMBAS

de la calle entre surtidores de polvo, dejando visible un gran agujero.

Nadie corría con el alocamiento del terror. Todos convinieron en despreciar esta agresión de escasos resultados. Los enemigos quisieron aterrar á París, y París levantó los hombros, repitiendo como en la comedia de Shakespeare: «Mucho ruido para nada.»

Habitaban aquí ciertas personas que no quisieron aceptar con esta calma sonriente y burlona la aérea agresión. Eran los ingleses. Ellos no entendían de bromas. La simplicidad y robustez de sus impresiones los impulsan á la acción inmediata. «Ya que el enemigo quiere hacer daño, hay que contestarle.» Y fusil al hombro, soldados y particulares subieron á los tejados de las casas, haciendo fuego contra el aeroplano. En pleno bulevar, en la plaza de la Ópera, á las cinco de la tarde, sonó la fusilería. Unos oficiales ingleses, sentados en la terraza del café de la Paix, disparaban sus revólvers, cargaban y volvían á disparar. Nadie se fijaba en el obstáculo de la distancia. Y el aeroplano, lejano, seguía revoloteando, insensible á la fusilería.



DAÑOS CAUSADOS POR LAS BOMBAS DE UN ZEPPELÍN EN LEVALLOIS-PERRET, ALREDEDORES DE PARÍS

TECHUMBRE DE UNA FÁBRICA DE COURBEVOIE (INMEDIACIONES DE PARÍS) SOBRE LA QUE CAYERON LAS BOMBAS DE UN ZEPPELÍN

(Fots. Meurisse)

Los parisienses adivinaron que todas las tardes iban á tener la visita del enemigo. Y como esta visita era siempre—no se sabe por qué—de cinco á seis de la tarde, á la hora del té, la gente empezó á titular esta diversión el *Five o'clock de Guillaume.*

Los amigos se citaban en el bulevar, diciendo simplemente: «Nos veremos á la hora del té de Guillermo.» Y á la hora indicada aparecía en el horizonte el volador alemán, despertando la curiosidad y la burla.

—¿Caigo ó no caigo?—gritaban muchos á coro, recordando el ogro del cuento asomado á la chimenea.

Pero esta fiesta que atraía al centro de París á las gentes de los arrabales, llenaba las aceras y las terrazas de los cafés y hacía despachar á los vendedores todo el sobrante de las tiendas de óptica, fué de vida muy breve.

Á la cuarta representación nuevos personajes se presentaron en el escenario atmosférico. Cuando la muchedumbre, con los ojos en alto y la boca abierta, contemplaba la aproximación del cuarto *taube*, un aeroplano francés salió á su encuentro.

El Gobierno de París había llamado á algunos de sus aviadores que estaban en los ejércitos. Una escuadrilla de aeroplanos blindados y con ametralladoras, guardaba el cielo de la gran ciudad.

El avión francés, rápido como un milano, ganó en altura al alemán, persiguiéndolo hacia las fortifica-



EL CIELO DE PARÍS DURANTE LA NOCHE

Ante la contingencia de que un dirigible alemán llegase sobre París y amparado en la obscuridad de la noche lanzase sus bombas singularmente contra la torre Eiffel, para destruir las instalaciones de telegrafía sin hilos montadas en ella, se tomaron medidas á fin de impedir este ataque. Emplazáronse en diversos sitios piezas de artillería, los aviadores llamados del frente volaban por los alrededores de la capital, y á cada momento de la noche los focos de los reflectores eléctricos surcaban con sus haces de luz el cielo parisién, iluminando á la gran ciudad como en los días de gran fiesta.

(Dibujo de José Roy, de la *Illustration*, de París)

ciones. En la calma azulada del atardecer, coloreados por los últimos reflejos del sol, se alejaron de nuestra mirada los dos pájaros de guerra, el uno encima del otro. El francés disparó sobre el enemigo de abajo, y éste empezó á descender, tal vez herido en sus alas, tal vez con el propósito de escapar, valiéndose de un vuelo bajo. Pero en mitad de un descenso lo encontró un certero cañonazo del terrible 75 que tanto da que hablar á los franceses y que sentir á los alemanes. ¡Migajas!... ¡polvo!... ¡nada!...



PARISIENSES EN LA PLAZA DE LA CONCORDIA ESPERANDO AL «TAUBE»

Ya no hubo por entonces más *taubes* sobre París: ya no hubo *Five o'clock* porque faltaba Guillermo á la hora de la cita. Y el pueblo de París, aburrido por la monotonía de una ciudad en estado de sitio, lamentaba la falta de su diversión.

Uno de los aeroplanos alemanes voló una tarde por el Barrio Latino, sobre las frondosidades y las estatuas del jardín del Luxemburgo, á la hora en que era mayor la concurrencia de niños y mujeres.

¡Las mamás jóvenes de París, pertenecientes á la clase media, que llenan los paseos por la tarde, elegantes y acicaladas co-

UN «TAUBE» PERSEGUIDO POR LOS DISPAROS DE LA ARTILLERÍA FRANCESA

(Dibujo de Paul Jouve, de *The Illustrated War News)*

mo un figurín, esparciendo un suave perfume al mover sus faldas estrechas y un tanto hendidas mientras empuja el carrito en el que va acostado el bebé entre encajes y lazos!...

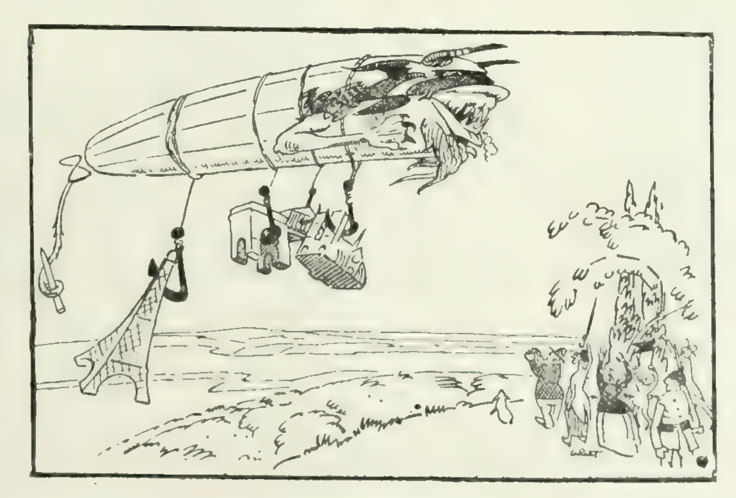
Al ver en lo alto la máquina de guerra, todas corrieron gritando, pálidas de emoción, empujando sus cochecitos, pugnando por salir cuanto antes del jardín y refugiarse en las casas inmediatas. Pero apenas dejaron sus pequeñuelos á cubierto, en zaguanes y tiendas, volvían á la acera para seguir con los ojos el vuelo del aeroplano, riendo como los demás.

Una mamá de veinte años, al salir del Luxemburgo empujando á su pequeño, no pudo ganar las casas de la calle de Médicis con la misma rapidez que las otras madres. El aeroplano pasaba por encima de ella; y con la abnegación de la maternidad se arrojó de bruces sobre el cochecito, cubriéndolo con su cuerpo, amparando al hijo, queriendo morir para salvarle.

Luego, al transcurrir unos segundos sin que sucediese nada, reapareció la parisién curiosa y alegre. Inclinada sobre su cochecito, sin soltarlo de entre sus brazos, volvió lentamente la cabeza y miró á lo alto... Sonreía, al seguir el vuelo del enemigo, con una sonrisa infantil, entre burlona y agradecida.

▫ ▫

Con razón es el gallo el heráldico emblema del pueblo de las Galias. Semejante á este animal, gallardo y ruidoso, el francés, apenas siente el temblor de la emoción, la caricia de la esperanza ó la acometividad irresistible de la cólera, lanza al viento su alma en forma de cántico.



LO «KOLOSSAL»

Instantánea Wolff. Nuevo aparato construído especialmente para el descuaje de monumentos. Hizo sus primeros ensayos en París, donde sembró el espanto (*Le Rire*, de París

Los amantes, al verse solos caminando por una calle desierta ó por el sendero de un bosque, sienten la necesidad de agarrarse las manos y cantar á media voz, mirándose los ojos, lo mismo que en una opereta, pero sinceramente, por un impulso irresistible. Las gentes, fieles á las costumbres tradicionales, cantan en las bodas y en todas las ceremonias de familia. El que sabe una canción cree defraudar y ofender á sus compañeros de banquete



PUESTO DE TELEGRAFÍA SIN HILOS EN UN JARDÍN DE PARÍS, GUARDADO MILITARMENTE

Y los granaderos de Napoleón, aquellos gruñones de bigote gris, acompañaban á coro, con sus voces enronquecidas, los redobles del tambor cuando cargaban contra el ejército adversario en el momento decisivo:

On va leur percer le flanc
rataplán, tirelire, lire:
on va leur percer le flanc
rataplán que nous allons rire!

Inútil hablar de *La Marsellesa*. Todos saben lo que significó este canto en las guerras de la Revolución. «Nos batimos uno contra diez—decía un general de la primera República—, pero *La Marsellesa* venía con nosotros, y vencimos.

Hoy, la Francia en armas, vuelve á entonar su himno heroico, más famoso que los *peanes* cantados por los héroes de Salamina. En los combates tenaces desarrollados recientemente en la frontera de Bélgi-

si no la suelta á los postres. La romanza sentimental hace soñar á la joven obrera, abriendo ante su imaginación un horizonte de nubes sonrosadas que toman las formas más irreales y seductoras. El hombre entona la canción patriótica, que unas veces retruena en el interior de su cráneo con acompañamiento imaginario de trompetas y tambores, como una diana de cuartel, y otras evoca imágenes de barricada, mugidos de muchedumbre en revolución.

«En Francia todo termina en canciones», dijo un personaje histórico. Más exacto sería decir que este pueblo todo lo hace con acompañamiento de canciones: las grandes y las pequeñas cosas; la guerra y el amor; la sátira callejera y la revolución de eco mundial; la fiesta de familia en una trastienda y la caída de un trono.

El combatiente francés canta en la guerra como los soldados de la antigua Grecia. Muchas veces su canto ha sido pueril ó incoherente, lo mismo que el de los niños, pero la acción heroica, los gritos de victoria y de muerte, al servirle de acompañamiento, le han dado un interés épico.

Los soldados de Luis XIII y Luis XIV seguían á sus mariscales cantando:

Auprés de ma blonde
qu'il fait bon, fait bon, fait bon.

Años antes de la Revolución, los ejércitos de peluca blanca, en cuyas filas estaban como simples soldados los generales futuros de la República, marchaban al compás de la canción:

En avant Fanfán la Tulipe
oui; mille noms d'une pipe.



PUESTO DE TELEGRAFÍA SIN HILOS EN UNA PLAZA DE PARÍS

ca, muchos batallones franceses han cargado á la bayoneta contra los alemanes cantando *La Marsellesa*. Es más; algunos coroneles, siguiendo la heroica tradición republicana de 1793, han descendido del caballo para empuñar un fusil y avanzar al frente de sus soldados entonando el himno:

Allons enfants de la Patrie.

—No cantes, compañero—decía un soldado á otro corriendo con la bayoneta por delante hacia las posiciones del enemigo—. Estamos lejos, y eso quita el aliento.

El cantor sólo se interrumpió un instante.

—Te equivocas. *La Marsellesa* da más aire.



LA TORRE EIFFEL GUARDADA MILITARMENTE Y CERRADA AL PÚBLICO. AL PIE DE ELLA VARIAS INSTALACIONES DE TELEGRAFÍA SIN HILOS

Rouget de L'Isle, músico mediocre y poeta de afición, pasó todo el resto de su larga vida, después de producir el famoso himno, escribiendo romanzas y operetas. Ni una sola ha llegado hasta nosotros. De un montón enorme de mamotretos musicales, sólo quedan unos cuantos compases que conoce el mundo entero y recordará por los siglos de los siglos.

Hace años vivían en París dos poetas llamados Beranger y Víctor Hugo. Hoy existe, entre sus nombres, una enorme distancia; entonces también, pero los términos de esta distancia estaban invertidos. El cancionero popular era el más célebre de los dos. Su nombre hacía temblar de emoción á las grisetas de las buhardillas por sus versos de amor, y á los viejos revolucionarios por sus canciones patrióticas. El nombre de Beranger estaba en todas las bocas; su retrato en todos los cafés. Cuando la monarquía le llevaba á la cárcel, las damas ruidosas de los Mercados derramaban lágrimas, y corrían á ofrecerle en su celda los más ricos comestibles á guisa de coronas de laurel.

El olímpico Hugo sonreía discretamente ante esta popularidad. Beranger, gran admirador del semidiós, avergonzábase de ella como de una usurpación, pero acababa por reir también.

o

El servicio obligatorio ha llevado á los ejércitos



INSTALACIONES DE TELEGRAFÍA SIN HILOS EN LA TORRE EIFFEL

(Fots. Meurisse)



UN RESERVISTA DE BUEN HUMOR ATRAVESANDO CON SU FAMILIA LA PLAZA DE LA CONCORDIA EL PRIMER DÍA DE LA MOVILIZACIÓN

abundancia. Los más de ellos comen mejor ahora que en sus granjas ó en las casuchas obreras de los arrabales. Además, el gobierno se preocupa de su alimento espiritual. Todas las mañanas se reparte en campamentos y fuertes, allí donde existe un grupo de soldados, el *Boletín de los Ejércitos de la República*, una hoja en la que escriben por turno todos los grandes hombres de Francia, autores dramáticos, novelistas, sabios, académicos, historiadores...

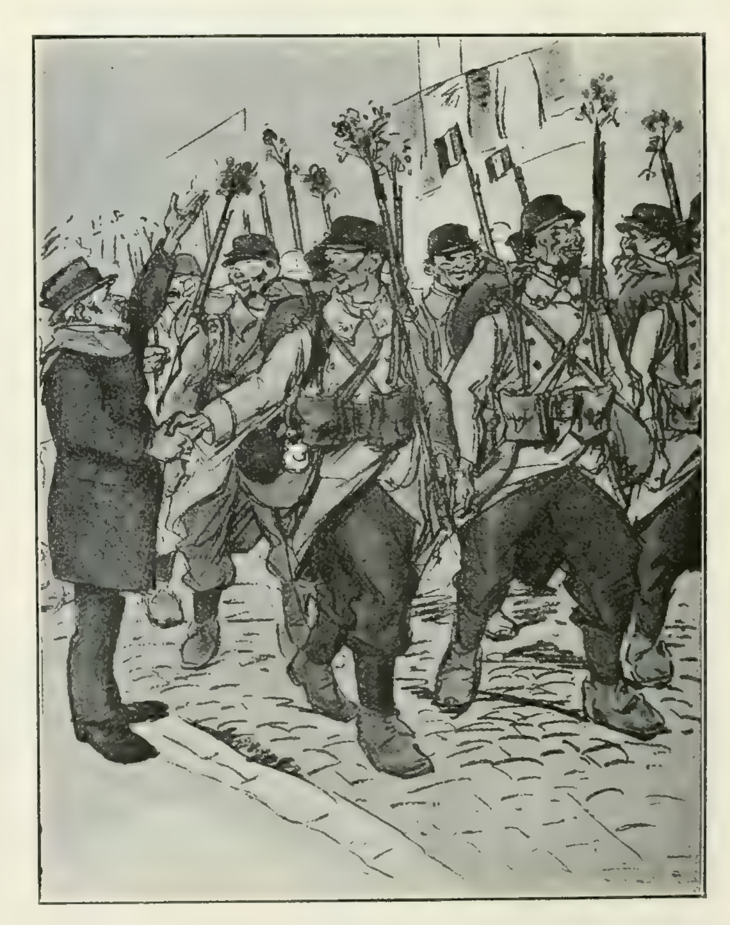
Un poeta popular, Teodoro Botrel, llamado el *bardo bretón*, va de regimiento en regimiento, autorizado por el ministro de la Guerra, y con su voz de barítono entona ante la asamblea de kepis de la República todo el elemento masculino de los teatros y de los cafés cantantes.

En algunas fortificaciones de la frontera del Este y en los campos atrincherados, se organizan funciones teatrales y conciertos para animar la monotonía de las veladas. La tentación resulta irresistible. Á lo mejor una compañía formada de mocetones del campo ó empleadillos de la ciudad, que sólo de tarde en tarde iban al teatro, se enteran de que tal soldado, afeitado y con la cabeza pelada al rape recientemente, es un famoso tenor de la Ópera, un socio de la comedia francesa ó un cantante popular que *lanzó* la romanza conocida de todos.

—Hay que decir algo, compañero: hay que alegrar á los camaradas.

Y en las noches tranquilas, cuando no hay motivo de alarma y el enemigo está lejos, unas mantas tendidas entre dos tiendas de campaña forman un escenario, y la celebridad de París, que cobraba miles de francos por dejarse oir en tiempos normales, entona la romanza de Massenet ó Saint-Saens, recita la poesía heroica de Víctor Hugo, ó canta con gestos picarescos el *couplet* cuyo estribillo repite en la sombra un público enorme que apenas si se deja ver un instante con el crepitamiento de las hogueras del rancho, para sumirse luego en la obscuridad; un público en armas, fatigado y alegre que forma un coro de miles de voces.

El gobierno de la República, que no desea la obediencia de la máquina, sino el esfuerzo consciente y heroico del hombre libre, cuida tanto de las almas de los soldados como de sus cuerpos. Un elogio unánime sale de los campamentos para la administración militar. Los combatientes franceses viven en la



LOS QUE MARCHAN AL FRENTE CANTANDO Y CON LOS FUSILES ADORNADOS DE FLORES

EL VIEJO.—¡Cuánto daría por tener veinte años y ocupar tu sitio!
EL RECLUTA.—¿Crees que te lo dejaría?

(Dibujo de Ricardo Flores, en *Le Rire*, de París)



UN GRUPO DE CANTORES DE LAS CALLES, QUE MARCHAN Á LA GUERRA ACOMPAÑADOS HASTA LA ESTACIÓN DEL ESTE POR SUS MUJERES Y SUS NIÑOS

rojos sus versos de bronce glorificando la tierra natal, las tumbas de los abuelos, el histórico suelo de Francia, todo lo que hay que defender de la sacrílega planta del enemigo. Los cantores populares de las calles marchan también de campamento en campamento esparciendo un poco de alegría francesa, de burla parisién que hace asomar sonrisas á las bocas pálidas de los heridos y los fatigados.

Esto lo hacen únicamente los viejos, los veteranos del arte popular con sus caras arrugadas y quemadas por los años y los afeites de la escena, remediando con el gesto y la mímica las escaseces de su voz.

Los jóvenes están en las filas. Al realizarse la movilización fué un espectáculo curioso ver marchar á la guerra en apretado grupo todos los que en los escenarios cantaban puestos de frac la romanza sentimental, imitaban al recluta y al marinero ebrio, ó venidos á menos entonaban en las calles la canción de moda.

«¡Los cantores se van á la guerra!» Y mezcladas con los mocetones de cara afeitada fueron hasta la estación para despedirles las *estrellas* de café-concierto, vestidas de lentejuelas y huecas faldas la noche anterior, ahora llorosas, pálidas, con un entrecejo trágico, ennegreciéndose sus lágrimas al rodar por el círculo pintado en torno de sus ojos.

¡Pobres *estrellas!*... Sus amigos están lejos; sus amigos van á morir. Algunos ya no existen, y la buena amiga llora de noche en las alturas de Montmartre contemplando un retrato en el

LA CALLE DE BERLÍN, EN PARÍS, CUYOS VECINOS LE CAMBIARON EL NOMBRE LLAMÁNDOLE CALLE DE LIEJA

(Fots. Meurisse)



PATRULLA SITUADA EN EL BULEVAR JUNTO Á UNA ENTRADA DEL FERROCARRIL SUBTERRÁNEO (Fot. Meurisse)

que aparece el antiguo cantor vestido de soldado, sin detalles grotescos; de soldado «de verdad».

Pero el llanto por el muerto ó por el ausente que no envía noticias, es breve. Hay que vivir; la vida en París resulta cada día más cara; los escenarios donde ellas ganaban su subsistencia, están cerrados.

Saben el medio de adquirir dinero sin grandes esfuerzos. La ocasión tentadora les sale al paso. Mil veces se han valido de ella en otros tiempos para conquistar un traje ó una alhaja. Pero ahora... ¡ay, no! Se acuerdan del otro que puede morir, que tal vez ha muerto. El peligro nos hace buenos y leales. Jamás fué París tan virtuoso, fiel y bien educado. Cuando la Muerte ronda por cerca de nosotros, sube á la superficie del alma, en luminosas burbujas, todo lo bueno que duerme en nosotros.

Unas quieren ser enfermeras de los heridos, sienten un ansia de sacrificio, desean manejar las vasijas más hediondas con las manos que hace pocos meses recogían enormes ramilletes sobre el tablado. Otras pasan la noche confeccionando escarapelas tricolores ó vistiendo muñequitas con traje de alsaciana para venderlas al día siguiente en los bulevares.

Las más animosas buscan un guitarrista viejo, un violinista enfermo que se haya librado de ir á la guerra, y vistiendo un traje de colores claros, calándose el sombrero de penachos más vistosos, se colocan al anochecer en una esquina con su *orquesta*.

Una romanza melancólica, lagrimeante, corta el crepúsculo. Y la *estrella* antigua de los escenarios del Canadá y los casinos de la América del Sur, la amada por hombres ricos, que inspiró más de una locura, baja los ojos con irresistible vergüenza y mueve en la diestra una taza de latón en la que van cayendo monedas; todas de cobre, ninguna blanca.

▫

Hay otros cantores que atraen á la muchedumbre en las calles con el impulso irresistible de la glorificación patriótica y el anatema al enemigo.

La simplicidad popular cierra los ojos al escuchar esta música, y ve con la imaginación el humo



LOS DRAGONES MARCHANDO Á LA ESTACIÓN DEL ESTE EN LOS PRIMEROS DÍAS DE LA MOVILIZACIÓN (Fot. Rol)

de los combates y las alas de la victoria cobijando el pabellón tricolor.

Las pobres mujeres cantan con gravedad, pensando en sus hombres que están en la guerra. La aprendiza se priva del panecillo del almuerzo para comprar la canción impresa y la balbucea siguiendo al cantor, haciendo esfuerzos por fijarla en la memoria y repetirla luego en su casa.

¡Triunfarán! Es seguro; lo dice la canción; está impreso en letras de molde.

El cantor se ha colocado en una esquina cerca de una callejuela, como un general que al iniciar su acción prepara la retirada. ¡Tiene tantos enemigos el arte!...



LOS CORACEROS MARCHANDO Á LA GUERRA. DOS SEÑORITAS INGLESAS OFRECEN DULCES Á LOS SOLDADOS

Unos instrumentos de cuerda suenan á sus espaldas y el baritono, entre estrofa y estrofa, habla con su público.

—Diez céntimos nada más la canción. ¡Quién desea otra!...

Y cuando gran parte de su público tiene el papel entre las manos, vuelve á cantar, autoritariamente, lleva el compás con la cabeza y con todo el cuerpo, guiando á los que desean aprender la canción.

—¡Nombre de Dios!—dicen algunos obreros viejos mezclados con las mujeres, pero que no compran el papel—. Esto da gusto oirlo.

Los versos son malos, ¡pero interpretan con tanta exactitud los anhelos del alma popular!

—Da tanto placer como encontrarse un billete de veinte francos—afirma una especie de filósofo de doce años, con la blusa rota y los dedos fuera de los zapatos.

Y el artista, majestuoso é insensible á la gloria popular, sigue cantando:

Faisons savoir
au Kaiser noir,
sanguinaire et cruel bravache
que nos enfants
et leurs parents
iront lui tirer la moustache.

Nadie ríe. Las bocas graves, las frentes ceñudas, los ojos brillantes dan á entender que no se trata de una bravata ni de una broma. Sí; así será. Es lo que desean todos. Y sus voces repiten las últimas sílabas del cantor, mientras sus pensamientos van lejos, muy lejos.

Pero el bardo los llama á la realidad con el despotismo de



FUSILEROS DE MARINA HACIENDO EL SERVICIO DE VIGILANCIA EN LAS CALLES DE PARÍS (Fot. Rol)



«LA MARSELLESA» EN LA REAPERTURA DE LOS TEATROS DE PARÍS

En Diciembre, cuatro meses después del comienzo de la guerra, volvieron á abrirse los teatros de París. Presidieron esta reapertura los patrióticos acentos del himno nacional. París, que había permanecido silencioso, concentrando toda su energía frente á la invasión que le amenazaba, recobró bien pronto con su confianza la necesidad de la animación. Quiso que los teatros se abriesen nuevamente. Pero no pedía frívolos espectáculos; deseaba expansionar su espíritu con las lecciones sanas del clasicismo y sentir el ensueño de la música. Los teatros oficialmente subvencionados organizaron «matinées» que lograron un gran éxito. En la Comedia Francesa, terminada la representación de «Horacio», el célebre actor Mounet-Sully declamó «La Marsellesa» como en las fiestas oficiales del 14 de Julio. En la Opera Cómica, después de una soberbia interpretación del «Canto de partida», se vió aparecer á la gran artista Marthe Chenal, que entre las aclamaciones del público cantó el himno nacional, mientras que, extendiendo los brazos, desplegaba la bandera francesa, en el centro de la cual parecía encarnar la victoria.

(Dibujo de Georges Scott, de la *Illustration*, de París)

un director de orquesta. Hay que entonar el estribillo.

—Al refrán... vamos al refrán, *mesdames et messieurs*... ¡Todos á coro!

Y guiado por el vozarrón del barítono, el público canta:

Entends tu Guillaume?
la terre vient de trembler,
la tête et ton trône
tout ça va á tomber.

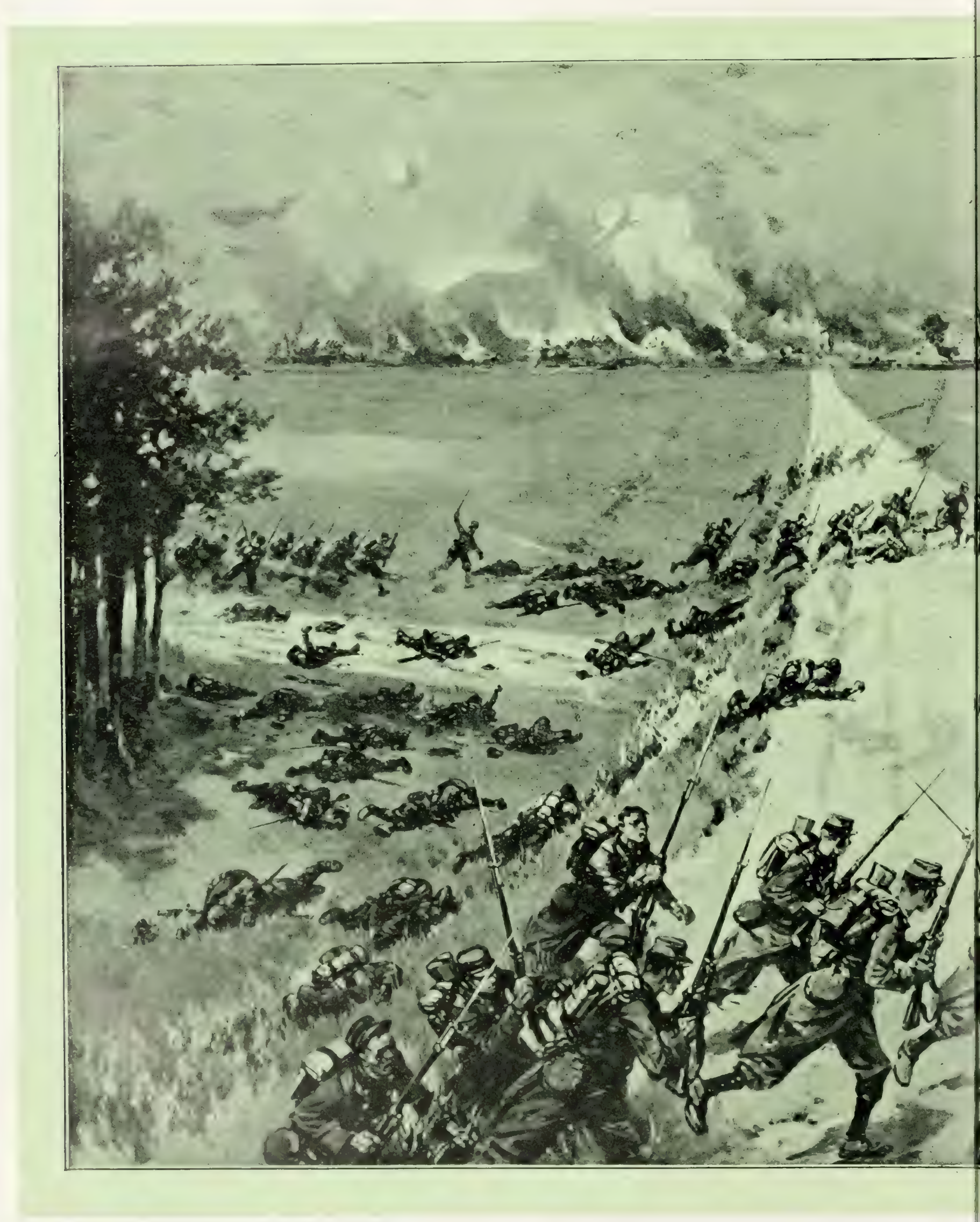
Algo debe temblar y caer en aquel momento, efectivamente, porque los músicos se meten bajo el brazo los instrumentos de cuerda, el cantor se guarda sus papeles y los tres salen á todo escape por la callejuela.

¿Son los prusianos que llegan?... No; es un guardia de París, un representante de la ley de estado de sitio, que prohibe grupos en las calles.

El bravo policía se detiene un momento, sonríe levemente al reconocer á los que huyen y levanta los hombros.

Estamos en tiempos de guerra, tiempos de fraternidad, y hay que ser tolerante con el divino arte.





Dibujo de H. W. Koekkoek, de «The Illustrated London News»

La infantería francesa desalojand

BAYONETA



de sus posiciones á los alemanes



III

Tolerancia y buena educación



COMO LOS AUTOBUS FUERON REQUISADOS PARA LA GUERRA, FUNCIONAN EN LOS BULEVARES ESTOS CARRUAJES QUE ANTES SERVÍAN PARA IR Á LAS CARRERAS. DE PIE EN EL ESTRIBO ESTÁ LA COBRADORA

La guerra ha hecho renacer en Francia la buena educación. Ésta parecía algo olvidada á consecuencia de los grandes disentimientos que separaban á unos ciudadanos de otros. La buena educación consiste en saber tolerarnos, en sobrellevar con amable sonrisa aquello que nos extraña en el vecino ó nos hiere; y Francia, dividida como todas las democracias en avanzados y reaccionarios, no estaba dispuesta á tolerar ni disculpar nada en su vida interior. Además conspiraba contra la cortesía tradicional el mal ejemplo de ciertos pueblos rudos y poderosos. Una parte de Francia ha pretendido imitar, hasta hace poco, los modales del rudo inglés ó el despreocupado yanqui, creyendo que de este modo se apropiaba algo de su carácter.

El más leve incidente político, un crimen célebre ó un simple estreno teatral, bastaban para que la nación se dividiese en dos bandos, injuriándose en los diarios y en las calles. No podía ocurrir nada malo en Francia sin que una minoría que suple el decrecimiento del número con una ruidosa actividad, echase la culpa á la masonería, especie de ogro traganiños, cuyo poder oculto adivinaba en todas partes. Desde el campo de enfrente, la masa enorme de los incrédulos achacaba á manejos de jesuítas y frailes los obstáculos con que ha tropezado el gobierno de la República, semejantes á los que perturban la vida de todos los gobiernos.



AUTOMÓVILES BLINDADOS, CON AMETRALLADORAS, DELANTE DEL GRAND PALAIS, CAMPOS ELÍSEOS

(Fots. Meurisse)

Cuando yo desembarqué en Francia, pocos días antes de declararse la guerra, el asunto Caillaux era una preocupación nacional. Pocos se fijaban en la tormenta europea que se nos venía encima. La culpa-



LOS FUSILEROS DE MARINA EN PARÍS (Fot. Rol)

tal; se realizaban viajes de muchas horas sin cruzar la palabra con el vecino; cada uno se encerraba en un mutismo hostil, mitad por orgullo, mitad por miedo á tropezarse con un señor que pensase todo lo contrario que nosotros, en los diversos temas de conversación.

Hoy las gentes se abordan y se tratan como amigos de toda la vida; casi como parientes. En realidad lo son. Tienen un enfermo común que está en peligro: la patria. La muerte, la gran igualitaria, «la demoledora de palacios y constructora de tumbas» —como decían los poetas árabes de *Las mil noches y una noche*—los une y nivela á todos, borrando las asperezas y angulosidades de las creencias antagónicas y la diversidad de casta social. Unos lloran en silencio á sus muertos y otros á los que pueden morir: todos conocen la desgracia ó la sienten rondar por cerca de ellos. Las gentes se saludan, cambian noticias, se hacen mutuos ofrecimientos, pueden ha-

bilidad ó la inocencia de Madame Caillaux, traía tan locos á los franceses como en los mejores tiempos del asunto Dreyfus. Gritos en la calle, insultos, palos; todos rivalizaban por encontrar la suprema palabra injuriosa, la acción hostil y contundente, incapaz de réplica.

La cortesía, la amabilidad, la graciosa tolerancia que constituyen el verdadero cimiento del carácter francés, han reaparecido con la guerra, luego de haber sido eclipsadas momentáneamente por los apasionamientos políticos y la falsa imitación extranjera.

El dolor y la inquietud nos hacen buenos y tolerantes. El peligro es un gran maestro de buena crianza.

Los primeros en notar este cambio radical han sido los diarios de París. Hace dos meses nadie se molestaba por nadie en tranvías y ferrocarriles; hombres robustos continuaban sentados, mientras mujeres y enfermos permanecían de pie; en las aceras reinaba triunfador el empellón bru-



AUTOBUS DE GUERRA MONTADO POR LOS FUSILEROS DE MARINA (Fot. Meurisse)

blar horas enteras sin miedo á la agria discusión, pues por adelantado están acordes en todo, ya que de un extremo á otro del país sólo existe un pensamiento único: la patria.

Antes, el que leía un periódico lo dejaba caer en el suelo, una vez terminada su lectura, sin ocurrírsele jamás ofrecerlo á nadie. Ahora desplegáis un diario en mitad de la calle, y al momento sentís un pecho contra vuestra espalda, otro junto á un brazo, un menton que se apoya en vuestro hombro, varias respiraciones en el cuello. Fraternalmente los transeuntes más próximos leen por encima de vuestra cabeza, comentan las noticias, muchas veces sin reparar en el que sostiene el periódico, como si éste fuese una columna de las que sirven para fijar anuncios.

El papel, ala inteligente, portadora de tristes esperanzas, es de todos y para todos, como el sol, como el aire. Y los que no pueden adquirir el periódico se aproximan á él y lo acaparan en nombre de su legítimo anhelo de noticias, temblando ante la posibilidad de encontrar en caracteres impresos un nombre amado que llevan á todas horas en su pensamiento.

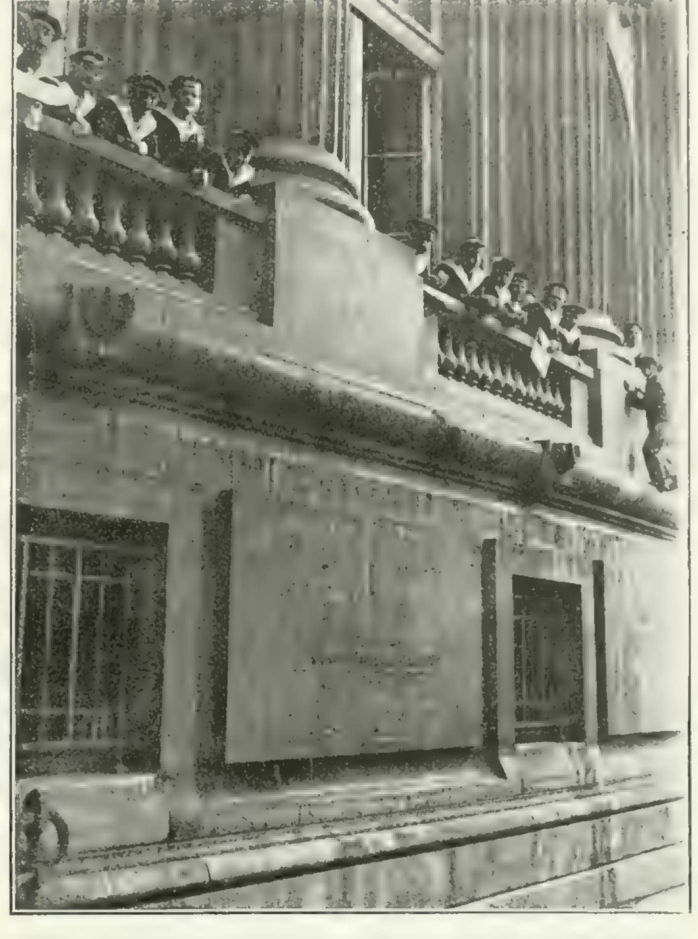
◻

Jamás se ha vendido tanto papel en las calles de París. En los primeros días de la guerra hubo periódico que publicó un extraordinario cada tres horas. Todos los diarios decían lo mismo, y sin embargo, pocos curiosos se libraban de la tentación de comprarlos. De cinco en cinco céntimos el habitante de París gastaba más de un franco todos los días. Muchos transeuntes, á la caída de la tarde, llevaban los bolsillos repletos como alforjas. Las compras de papel abultaban considerablemente sus caderas.

Hoy, por orden del gobierno, todo periódico sólo puede aparecer una vez al día. Además, está prohibido gritar su título, pues los vecinos se alarmaban frecuentemente con el vocerío de los vendedores, semejante al de una revolución.

Así como ha cambiado por la escasez de papel el tamaño y aspecto de los periódicos, se ha transformado también el exterior de sus vendedores. Ha desaparecido el *camelo* talludo, de voz ronca, que pregonaba en la vía pública. Ahora es soldado y tal vez se ha convertido en héroe. Tampoco existe el apache y el caballero andante de gorra de seda y mechones sobre las orejas, que amparaba á la desvalida doncella nocturna á cambio de una parte de sus ganancias. El servicio obligatorio los ha llevado al campo de batalla y ¡quién sabe si alcanzan en este momento la gloria militar!...

Nunca fueron tan seguras y tranquilas las calles de París



FUSILEROS DE MARINA ALOJADOS EN EL GRAND PALAIS, DONDE SE CELEBRAN LAS EXPOSICIONES ANUALES DE PINTURA LLAMADAS «EL SALÓN»



LOS FUSILEROS COMPRANDO PERIÓDICOS Á UN VENDEDOR QUE HA ESCALADO EL BALCONAJE

Fot. Meurisse



LAS ESTACIONES DE PARÍS EN LOS PRIMEROS DÍAS DE LA GUERRA

FUGITIVOS BELGAS EN UNA ESTACIÓN

como lo son ahora. Además, vivimos en estado de sitio, funcionan los Consejos de guerra y la policía no tiene que preocuparse en sus operaciones de las garantías que ofrecen las leyes comunes.

Muchachos que aún no tienen la edad para tomar las armas, enfermos y sobre todo mujeres, se encargan de vender los periódicos por todo París. Á veces llama la atención la hermosura de la vendedora. Falta de trabajo en el taller, se lanza á despachar papel impreso buscando un jornal supletorio. Viste un traje muy usado, pero que llama la atencion por la gracia de su corte. Sobre los rubios cabellos se ha puesto una montera de papel, fabricada por ella misma, con adornos de cintas tricolores. Y ríe suavemente de ella misma, de su nuevo oficio, del tocado grotesco que añade un nuevo encanto á su situación. Otras veces os ofrece el periódico, con hidalga dignidad, un caballero de bigote cano, lentes y chaquet: un empleado que ha perdido la colocación á causa de la crisis y necesita llevar á su casa dos ó tres francos, sea como sea.

En la calle del Croissant, donde están las redacciones de muchos diarios, se agolpa la muchedumbre de vendedores esperando la aparición de una nueva hoja.



LLEGADA DE FUGITIVOS Á LA ESTACIÓN DEL NORTE



ANCIANAS BELGAS FUGITIVAS, EN UNA ESTACIÓN DE PARÍS, ESPERANDO ALOJAMIENTO

Gavroche, el eterno pilluelo, apenas acaba de vender sus *existencias* vuelve en busca de *novedades*.

Se lamenta de que la autoridad no permita vocear los títulos de los diarios, y procura con maliciosos subterfugios atraer la atención del público.

—¡Compren el periódico cuyo título no puedo decir! —grita en el bulevar, frente á los agentes de policía que falsamente impasibles sonríen bajo el bigote.

—¡Mirad lo que llevo en la gorra!—aúlla más allá.

Y lo que lleva en el frente de su gorra, es el título del periódico que no puede vocear.

En las horas que no vende papel, Gavroche corre París buscando noticias y sensaciones.

Los aeroplanos alemanes, volando sobre la ciudad y arrojando bombas, fueron para él una diversión inolvidable.

Toda una tarde siguió á uno de ellos, de calle en calle, atento á sus evoluciones, esperando el momento en que arrojase su mortífero cargamento. ¡Las cinco!... ¡las seis!... ¡las siete!...

Al fin el pilluelo se impacientó, dándose por engañado. ¡Hasta cuándo iba á hacerle esperar el volador alemán!...

—*¡Taube!* —gritó irritado—. Escupe tu bomba y vámonos á comer.

□

En las filas del ejército es donde más se nota la tolerancia y la buena educación. Hombres que



FUGITIVOS SALIENDO DE LA ESTACIÓN DEL NORTE — Fots Meurisse

van juntos á arrostrar la muerte deben sentirse más hermanos que si los uniesen los vínculos de la sangre. La expresión *hermano de armas* es de una exactitud conmovedora.

El peligro en común hace amarse con el más noble y generoso de los afectos á gentes que jamás se hubiesen encontrado en la vida ó que se miraban de lejos, con una cólera implacable.



EMIGRANTES BELGAS LLEGANDO Á PARÍS EN VAGONES DE MERCANCÍAS

Sacerdotes católicos, pastores evangélicos, rabinos, musulmanes, republicanos avanzados, monárquicos, fracmasones, socialistas, anarquistas, viven juntos, se tutean, se sostienen, parten su pan y mueren muchas veces por salvar al compañero, cubriéndolo con su cuerpo.

Quince mil sacerdotes católicos existen en este momento en los ejércitos de la República como tenientes, sargentos ó simples soldados.

Algunas veces, en las pesadas marchas, un cabo que camina junto á su escuadra, alegremente, como si no sintiera el agobio de la mochila, interrumpe el canto de *La Marsellesa* para decir á los compañeros:

—Os advierto que soy cura, y si ocurre una desgracia puedo dar la absolución al que la desee.

Algunos soldados contestan moviendo la cabeza:

—¡Tal vez! Nadie puede decir que no, rotundamente. De todos modos es un ofrecimiento digno de ser agradecido...



EMIGRANTES EN UNA ESTACIÓN DE PARÍS

Piensan en la madre, en la pobre vieja, á la que seguramente causará esto cierto placer cuando reciba la noticia de su muerte.

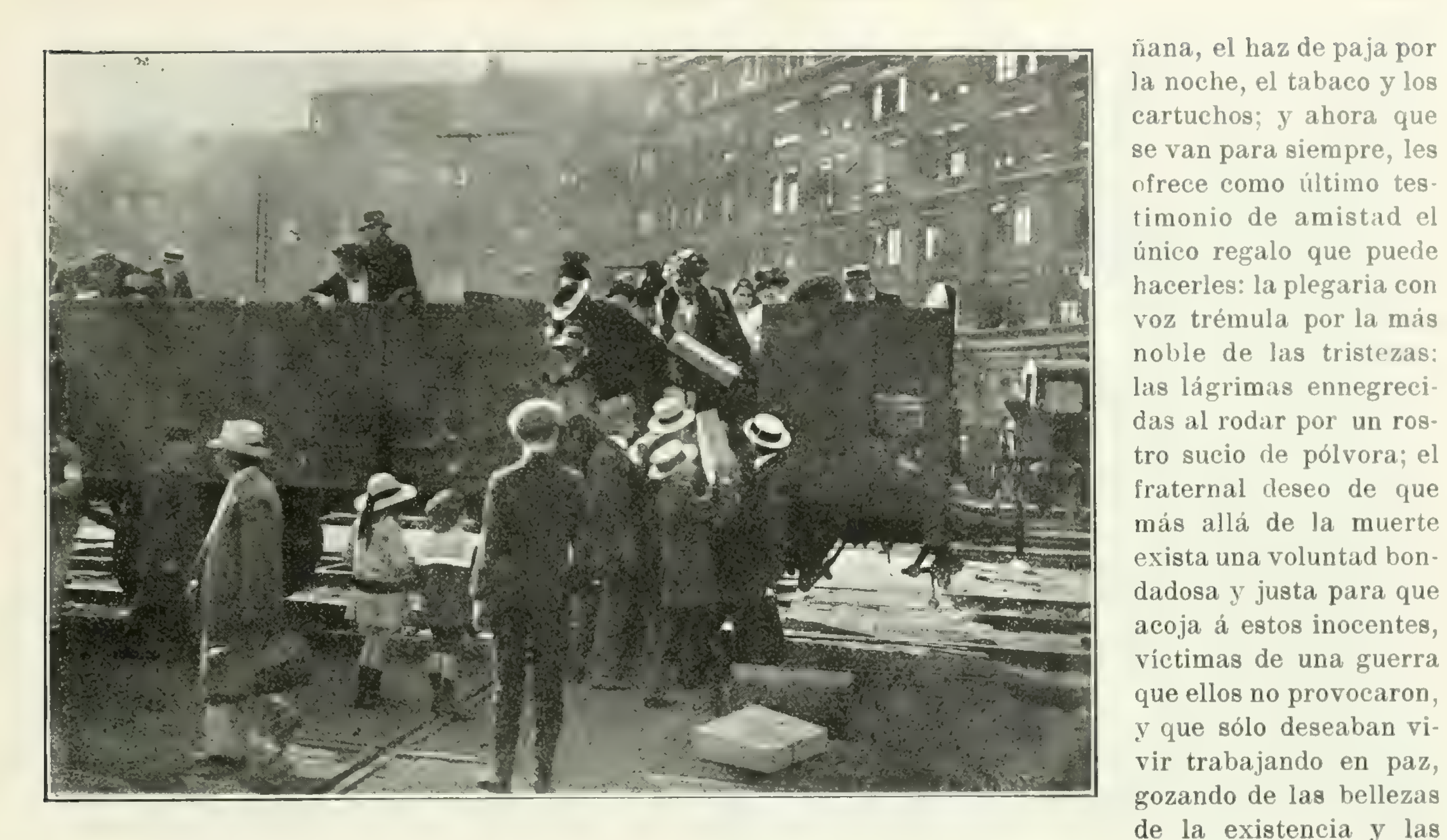
Otros, por antiguas preocupaciones súbitamente despertadas, miran al cabo con cierta desconfianza.

—¡Viva la República! —gritan, como si con esto quisieran ponerle á prueba.

Y el cura de pantalón rojo encorva la espalda para remontar un poco la pesada mochila, y contesta simplemente:

—¡Viva la República!

Un diario de París ha publicado una fotografía interesante de la bata-



FUGITIVOS DEL NORTE DE FRANCIA LLEGANDO Á PARÍS EN VAGONES DE CARGA

lla del Marne: el sacerdote de infantería de línea diciendo adiós á sus compañeros muertos. Ante la fosa están varios soldados con la cabeza descubierta, y en primer término otro que conserva puesto el kepis. Este kepis suple la falta de un bonete. Sobre el pecho del capote caen los dos extremos de una estola negra con cruces blancas. La estola fúnebre y el libro de plegarias para los muertos es todo lo que el cura-soldado guarda en la mochila de los antiguos ornamentos de su ministerio. Reza ante los cadáveres de los amigos que cayeron para siempre. Murmura sus latines sobre unos cuerpos destrozados y sanguinolentos que horas antes vivían junto á él, le hablaban y tal vez bromeaban ligeramente acerca de su sagrada profesión.

Muchos de ellos no eran creyentes, pero no importa; el *hermano de armas* los comprende á todos en sus oraciones. Partió con ellos cuanto tuvo mientras vivían; el pan duro, el trago de aguardiente por la mañana, el haz de paja por la noche, el tabaco y los cartuchos; y ahora que se van para siempre, les ofrece como último testimonio de amistad el único regalo que puede hacerles: la plegaria con voz trémula por la más noble de las tristezas: las lágrimas ennegrecidas al rodar por un rostro sucio de pólvora; el fraternal deseo de que más allá de la muerte exista una voluntad bondadosa y justa para que acoja á estos inocentes, víctimas de una guerra que ellos no provocaron, y que sólo deseaban vivir trabajando en paz, gozando de las bellezas de la existencia y las dulzuras de la familia; como vivieron sus padres; como ellos ansiaban ver vivir á sus hijos...

En el fondo brumoso del horizonte sigue tronando el cañón de 75. Se reanuda la batalla; el regimiento va á entrar de nuevo en acción. El sacerdote oculta en su mochila la estola y el libro de oraciones, recobra su fusil y la compañía reanuda el avance, dejando atrás á sus muertos.



FUGITIVOS BELGAS Y FRANCESES REFUGIÁNDOSE EN PARÍS (Fots. Meurisse)



BELGAS QUE REGRESAN DE LA ESTACIÓN DEL NORTE, NO HABIENDO ENCONTRADO EN AQUEL MOMENTO TREN PARA INCORPORARSE AL EJÉRCITO DE SU PAÍS

Escena de los primeros días de la guerra:

Unos movilizados esperan en una sala del cuartel que les entreguen sus uniformes y sus armas. Se ven todos ellos por primera vez. Son obreros de ancho pantalón de pana, rojos bigotes de galo y aire resuelto de *compañeros conscientes* que tratan á los diputados del partido y han figurado en ruidosas huelgas. El más verboso y comunicativo facilita las presentaciones.

—Yo trabajo en el pavimento de París—dice uno.

—Yo soy albañil— contesta otro.

—Yo trabajo en el Metropolitano.

Cuando ya se han presentado casi todos, las miradas van hacia un camarada joven, de buen aspecto, vestido de negro y con una gorra inglesa.

Le adivinan: lo *huelen*. Hay en él ese algo imborrable del sacerdote, que persiste á través de todos los cambios de situación y de traje.

Hace unos meses, el grupo de obreros parisienses hubiese prorrumpido en burlas. Al ver á un cura corrían en busca de un objeto de hierro para tocarlo, ó hacían otros ademanes de imposible mención. ¡Pero ahora que todos ellos son compañeros de armas y van á exponer su vida por la República!...

El orador del grupo hace un esfuerzo para mostrarse cortés y suave en su curiosidad.

No quiere preguntarle rudamente si es cura. Teme que esto parezca en su boca un principio de insulto.

Y encontrando, al fin, el deseado eufemismo, dice con una sonrisa bonachona:

—Yo trabajo en una fundición de Saint-Denis... ¿Y usted, compañero?... ¿Usted trabaja en las iglesias?



FAMILIAS DE REFUGIADOS SALIENDO DE UNA ESTACIÓN (Fots. Meurisse)



La guerra en Alsacia y Lorena

I

Operaciones de los franceses en Alsacia

El viernes 7 de Agosto, cinco días después de haberse iniciado la guerra, el pueblo de París recibió la noticia de que los soldados franceses habían vuelto á pisar el suelo de Alsacia.

El primer informe de este acto de posesión lo dió la policía. El comisario de Petit-Croix, último pueblo de Francia en la frontera, comunicó al gobierno que acababa de instalarse en las oficinas que había ocupado hasta poco antes el comisario alemán de la estación de Montreux-Vieux.

Esta estación fronteriza entre Francia y Alemania se halla á treinta kilómetros de Mulhouse y quince de Belfort.

Las tropas francesas, que se habían mantenido en los días anteriores alejadas ocho kilómetros de la frontera, para hacer constar claramente que Francia se abstenía de una agresión y que era Alemania la verdadera autora de la guerra, avanzaban, al fin, tomando la ofensiva.

En la tarde del día siguiente, 8 de Agosto, la prensa francesa hizo público el siguiente comunicado oficial:

«Las tropas francesas han franqueado la frontera, sosteniendo en Altkirch un combate violento.

»Se han apoderado de Altkirch y han perseguido después á las tropas alemanas en retirada, continuando su movimiento de avance con dirección á Mulhouse. El éxito alcanzado ha sido muy brillante. En su inmensa alegría, al ver llegar á las tropas francesas los alsacianos-loreneses han arrancado los postes fronterizos.»

En la noche, el siguiente telegrama vino á completar dicha comunicación:

«Las tropas francesas acaban de entrar en Mulhouse.»

Estas dos noticias produjeron inmensa satisfacción en Francia. Después de 44 años se realizaba el ensueño acariciado por los patriotas de un lado y otro de los Vosgos. La tierra de Alsacia volvía á ser francesa.

La emoción pública aun se hizo más grande al cir-



VIEJAS CASAS ALSACIANAS

Los alemanes se han retirado en gran desorden.

Aunque podían sostenerse en sus atrincheramientos de segunda línea, prefirieron abandonarlos. Igualmente abandonaron la ciudad.

Un regimiento de dragones persiguió á los alemanes en dirección de Wallheim, Talgolsheim é Illfurth, acosándolos vivamente y causándoles importantes pérdidas.

El coronel y siete oficiales del regimiento francés han sido heridos. Á favor de la noche los alemanes consiguieron librarse de esta persecución.

Nuestras tropas entraron después en Altkirch. La vieja ciudad alsaciana les tributó un recibimiento entusiasta.

Todas las ventanas se abrieron á su paso. Los viejos que presenciaron la otra guerra abrazaban á nuestros soldados. Resonó un inmenso grito de alegría. Los postes fronterizos con el escudo alemán fueron arrancados y llevados en triunfo. Esta hora resultó de una emoción indescriptible.

Al amanecer, nuestra brigada de vanguardia continuó su movimiento de avance.

La caballería, que esperaba tropezarse con las avanzadas alemanas en los alrededores de Mulhouse, no las encontró. En vista de esto, la brigada entera marchó sobre Mulhouse. Por la tarde nuestras avanzadas ocuparon las fortificaciones de campaña, numerosas é importantes, con que los alemanes habían protegido á la ciudad. Todas estas obras habían sido abandonadas.

Á las cinco de la tarde nuestras columnas desem-

cular en la mañana del domingo 9 de Agosto el siguiente relato oficial:

«La entrada del ejército francés en Alsacia es un suceso histórico que saludan las aclamaciones de un pueblo y la justicia de la Historia.

El viernes al anochecer una brigada francesa de vanguardia llegó á las cercanías de Altkirch.

La ciudad estaba defendida por importantes fortificaciones de campaña y ocupada por una brigada alemana.

La avanzada francesa estaba constituída igualmente por una brigada.

Nuestras tropas dieron el asalto con un ardor magnífico. Un regimiento de infantería, con una carga furiosa, se apoderó de los atrincheramientos alemanes, después de un combate muy vivo.

Una vez más nuestras cargas á la bayoneta han puesto en fuga á los alemanes. Así viene ocurriendo desde que empezó la campaña.



JOVEN ALSACIANA VISTIENDO EL TRAJE TÍPICO DEL PAÍS

bocaron ante Mulhouse, siguiendo la línea del ferrocarril á Brunstatt. Los alsacianos salieron de la ciudad al encuentro de las tropas. Todos corrieron hacia los atrincheramientos abandonados, saludando con frenéticas aclamaciones á la bandera francesa.

Se organizó un inmenso cortejo popular aclamando á los soldados. En menos de una hora Mulhouse quedó ocupada.

Al mismo tiempo nuestra caballería, atravesando la ciudad al galope, persiguió á la retaguardia alemana, y las avanzadas de infantería se instalaron al Norte de Mulhouse.



REGIMIENTO FRANCÉS DE INFANTERÍA ATRAVESANDO LA FRONTERA DE ALSACIA

Sería prematuro indicar hoy cuáles pueden ser las consecuencias de este primer éxito. Lo que hay que hacer constar es, que una brigada francesa, atacando á una brigada alemana que estaba atrincherada, la ha derrotado, pues la palabra derrota es la única que corresponde á esta operación. Ante nuestra carga á la bayoneta los alemanes han huído á todo correr.

Las pérdidas francesas no son excesivas, si se tiene en cuenta el éxito. El mordiente de nuestras tropas ha resultado prodigioso. La ocupación de Mulhouse, el gran centro industrial é intelectual alsaciano con sus 10.000 habitantes, tendrá en toda Alsacia, y puede añadirse en toda Europa, una inmensa resonancia.

Altkirch está á 17 kilómetros de Mulhouse y á 18 kilómetros de la frontera francesa. Puede decirse que nuestras tropas han avanzado en Alsacia unos 40 kilómetros.

Los alemanes se han retirado en la dirección de Neuf-Brisach. Toda Alsacia sublevada contra ellos va á agravar las dificultades de su situación.»



UN PELOTÓN DE DRAGONES FRANCESES EN ALSACIA

El generalísimo Joffre, después de este éxito, redactó la siguiente proclama, que fué fijada en todas las poblaciones y caseríos del territorio alsaciano ocupado por los franceses:

«Hijos de Alsacia:

Después de cuarenta y cuatro años de dolorosa espera, los soldados franceses pisan de nuevo el suelo de vuestro noble país. Son los primeros obreros de la grande obra del desquite. Para ellos, ¡qué emoción y qué orgullo!...

Deseosos de terminar esta obra han hecho por adelantado el sacrificio de su vida. La nación francesa los empuja unánimemente, y en los pliegues de sus banderas están inscritos los nombres mágicos del Derecho y la Libertad.

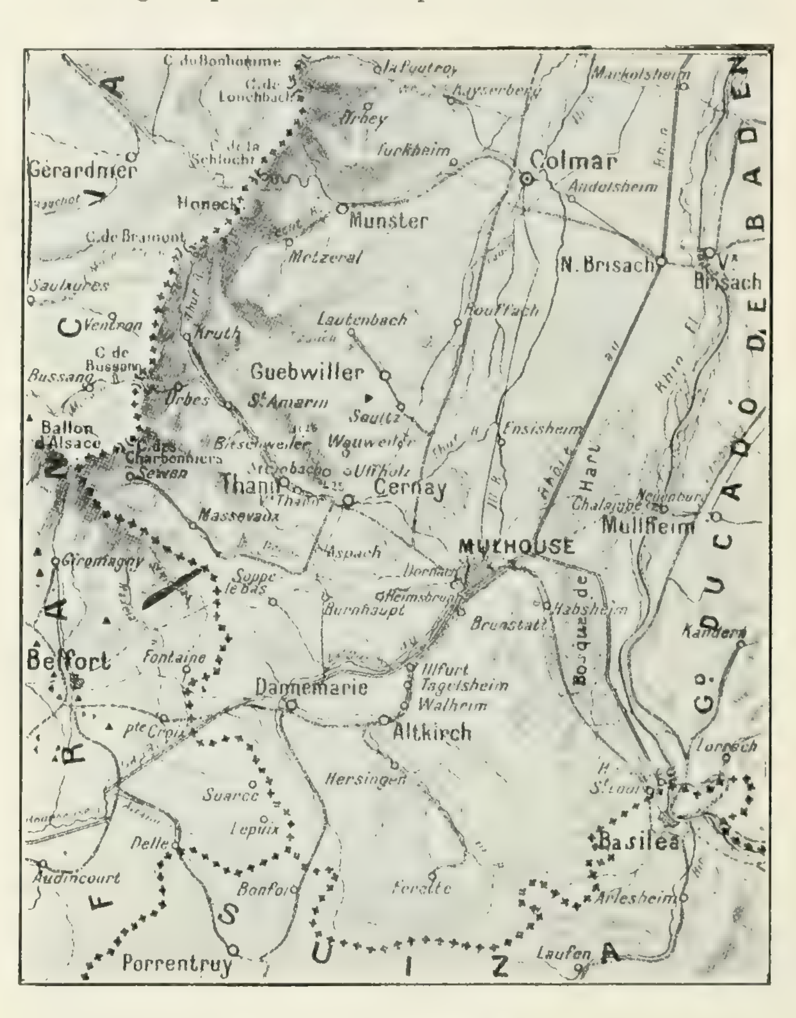
¡Viva Alsacia!

¡Viva Francia!

El general en jefe de los ejércitos franceses,

JOFFRE»

Al mismo tiempo que una brigada penetraba en Alsacia, las tropas francesas ejercían una enérgica presión á lo largo de las crestas de los Vosgos, combatiendo á los alemanes que ocupaban los pasos de esta cadena de montañas. Esta presión se concentró especialmente contra el pueblo y el collado de Saales, que fueron conquistados el 14 de Agosto por los franceses.



MAPA DE LAS OPERACIONES MILITARES EN EL SUR DE ALSACIA

La artillería francesa consiguió tomar por el revés á las fuerzas alemanas, infligiéndolas grandes pérdidas y obligándolas á abandonar sus atrincheramientos. Al avanzar la infantería encontró grandes montones de equipos abandonados por los alemanes al retirarse en completa desbandada.

El mismo día se apoderaron los franceses del importante macizo de Donon, meseta situada á más de 1.000 metros de altura, que domina al Norte de Saales el valle de la Bruche en la vertiente alsaciana. En este avance los franceses hicieron unos 500 prisioneros.

Estas ocupaciones resultaban muy peligrosas para los alemanes. El pequeño pueblo de Saales, estación terminal del ferrocarril Estrasburgo-Molsheim, se halla situado al principio del valle de la Bruche, que toma su nombre de un pequeño río afluente del Ill. Este valle de la Bruche desemboca en la llanura que rodea á Estrasburgo, á unos veinte kilómetros de la ciudad, exactamente en Mutzig, pequeño pueblo de Alsacia.

Los alemanes, para defender el acceso á Estrasburgo construyeron uno de los más poderosos fuertes de Alsacia en la meseta que domina la desembocadura del valle. Mutzig, como le llamaban los franceses cuando Alsacia era un departamento de su nación, ó Molsheim, que es el nombre que le dan los alemanes, domina con los fuegos de su fuerte cuatro líneas férreas que se cruzan junto á él.

Desde las guerras de la antigüedad el valle de la Bruche fué una de las vías seguidas por todos los invasores de Francia. El 15 de Agosto, en un pequeño pueblo de 280 habitantes de dicho valle, llamado San Blas, ocho kilómetros más abajo del collado de Saales, se desarrolló un violento combate entre franceses y alemanes. En el curso de tal encuentro, los cazadores franceses del 10.° batallón se apoderaron de la bandera del regimiento alemán 132.° de infantería (primer regimiento de la Baja Alsacia).

Un oficial que asistió á este combate, el más importante de los que se desarrollaron en los Vosgos en los primeros días de la guerra, lo describió así:

«De las cinco á las nueve de la mañana la lucha fué mantenida por la 99.ª brigada alemana de Saverne, distinguiéndose especialmente el regimiento 132.° apoyado por dos baterías de artillería de campaña, una de obuseros y otra de ametralladoras.

El combate de artillería fué terrible. Nuestras piezas de 75, después de haber matado gran parte de los caballos de la artillería enemiga, acabaron por reducir al silencio las piezas de gran calibre. Los artilleros alemanes, diezmados por nuestros obuses, abandonaron sus piezas, que cayeron casi intactas en nuestras manos. Varias ametralladoras que los alemanes habían instalado en el campanario de San Blas, causaron al principio sensibles pérdidas á nuestras tropas. Pero cuando nuestra artillería se enteró de la procedencia de tales disparos, hizo fuego contra el campanario y en pocos minutos



ALSACIA SALIENDO AL ENCUENTRO DE LOS FRANCESES

(Dibujo de Georges Scott, de la «Illustration» de París)

éste se vino abajo con todos los que lo ocupaban.

Al llegar la noche, el 10.° batallón de cazadores fué lanzado contra las obras defensivas ocupadas por el enemigo. Con un impulso irresistible los cazadores se apoderaron de dichas obras, pasando en ellas la noche.

En este movimiento de avance fué cuando la bandera del regimiento 132.° alemán cayó en nuestro poder, así como 8 cañones, 4 obuseros, 6 ametralladoras, 86 caballos y 537 prisioneros, de los cuales 10 eran oficiales.



UN POSTE FRONTERIZO DE ALSACIA DEPOSITADO JUNTO Á LA TUMBA DE PAUL DEROULEDE. EL POETA DE LA RECONQUISTA

Además nuestros cazadores encontraron dentro de una casa y tendido en una cama el cadáver de un general de división alemán que había sido herido sin duda durante la acción, viniendo á expirar en dicho refugio.

Fué la 5.ª compañía del batallón de cazadores la que conquistó la bandera. Los soldados fueron muy felicitados por el jefe después de la victoriosa acción de San Blas, que costó grandes pérdidas al enemigo y muy escasas á nosotros.

Los prisioneros fueron tratados por nuestros cazadores con gran humanidad. Todos ellos compartieron su comida con los vencidos, y los heridos alemanes se vieron tan cuidados como los nuestros.»

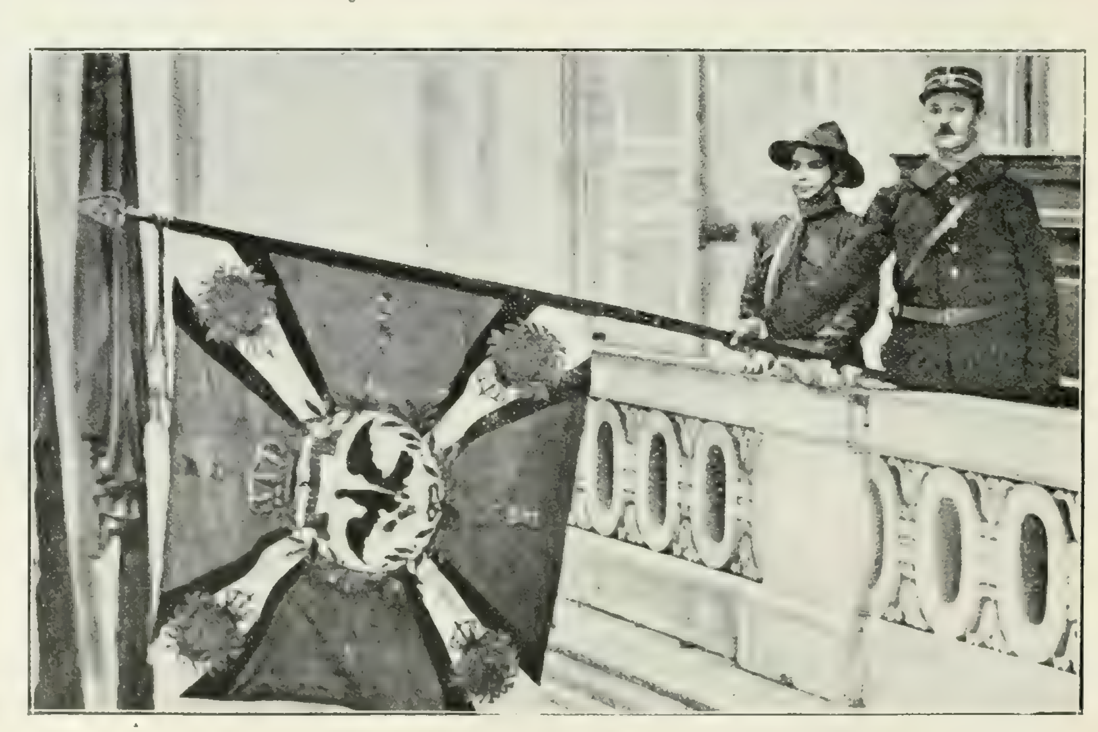
□

La noticia de que los soldados franceses habían arrebatado la primera bandera á los alemanes se propagó rápidamente por París, entusiasmando á la muchedumbre. El trofeo fué expuesto en un balcón del palacio del ministro de la Guerra, y millares de parisienses desfilaron por la rue Saint-Dominique para contemplar este testimonio de las primeras victorias francesas.

«No hubo gritos ni bravatas—dice un testigo presencial—. Tampoco hubo manifestaciones insultantes. El pueblo de París, contento y silencioso al mismo tiempo, rebosando satisfacción y esperanza, desfiló ante este símbolo.

»La bandera del 132.° regimiento de infantería es una bandera *alsaciana*, si se tiene en cuenta que dicho regimiento procede de Estrasburgo. Cada regimiento de la Baja Alsacia tiene su bandera particular, lo mismo que los demás regimientos prusianos, badenses, sajones, bávaros, etc.

»—Esta bandera—me explica un espectador alsaciano—, la primera que nuestras tropas arrancan al enemigo, es la bandera inventada por el Imperio alemán para las provincias que retiene en su poder desde hace 44 años contra todo derecho. Lo pri-



LA BANDERA ALEMANA CONQUISTADA POR LOS CAZADORES FRANCESES

mero que conquistan los franceses es una bandera *alsaciana*. ¡Qué amarga irrisión! ¡Pero al mismo tiempo qué feliz y simbólico presagio nos proporciona esta primera hazaña de las armas francesas en Alsacia!...

»Una gran cruz de San Andrés, toda blanca, separa esta bandera en cuatro triángulos rojos. El color rojo resulta indefinible. Es un rojo falso, una especie de color de frambuesa, que no tiene equivalente en nuestros colores militares. Puede definirse diciendo «lohengrinesco». Carece de la franqueza, de la clara simplicidad de nuestros estandartes. Verdaderamente, al hacer tal comparación, se reconoce que una bandera es á modo de una flor que surge del seno de un pueblo.»

Durante un día entero desfiló el público ante la bandera conquistada.

Los periódicos recogieron muchas expresiones de la alegría popular.



LA PRIMERA BANDERA TOMADA Á LOS ALEMANES, EXPUESTA EN PARÍS EN UN BALCÓN DE LAS HABITACIONES PARTICULARES DEL MINISTRO DE LA GUERRA (Fot. Meurisse)

que es un rojo que *no procede de aquí*. Sobre este rojo y el blanco de la cruz se destacan adornos de negro y oro. La cruz se ensancha en el centro formando un óvalo. Un águila negra se despliega en él, con rudo relieve. Este adorno está sobremontado por la corona imperial, bordada en oro. Rojo, blanco y negro, son los colores del Imperio. En cada uno de los triángulos rojos hay una granada bordada. En las cuatro extremidades de la cruz, ó sea en los cuatro ángulos de la bandera, figura un monograma rojo terminado por una corona dorada. Un cordón con borlas de plata cuelga del asta, rematada por un hierro de lanza de calado menudo y gracioso.

»Todo esto es teatral y hasta podría decirse que

Un viejo obrero, mostrando á su nieto la bandera, decía así:

—Mírala bien, muchacho. Vuélvela á mirar, para que te acuerdes bien de ella toda tu vida.

Las mujeres saludaban graciosamente el teatral trofeo.

Éste fué presentado al Presidente de la República en el palacio del Elíseo, antes de que lo llevasen á los Inválidos. M. Poincaré, antiguo capitán de cazadores, se felicitó de que un batallón de dicho cuerpo hubiese arrebatado la primera bandera al enemigo.

La entrega del trofeo en el palacio de los Inválidos revistió el carácter de una ceremonia patriótica. El más viejo de los inválidos, un veterano cojo de



ENTREGA DE LA BANDERA ALEMANA EN EL PALACIO DE LOS INVÁLIDOS

Sebastopol, Solferino y la desgraciada guerra de 1870, tomó en sus manos la bandera, llorando de emoción, y la paseó ante las tropas formadas, acompañado por los acentos de *La Marsellesa*. Luego, la bandera quedó expuesta para siempre en la iglesia de los Inválidos.

El ministro de la Guerra, M. Messimy, antiguo capitán de cazadores de infantería, felicitó al 10.° batallón por su conquista, terminando con estas palabras su telegrama entusiástico:

«En nuestro heroico ejército, que no retrocederá ante ningún sacrificio para asegurar la derrota del enemigo, los cazadores de infantería son los primeros en dar toda la medida de su valor.

»Gracias en nombre de Francia y de la República. ¡Arriba los corazones!»

▫

El 16 de Agosto siguió desarrollándose el movimiento de avance de los franceses sobre todo el frente, desde Rechisourt, en la Lorena anexionada, hasta Santa María de las Minas, población que fué conquistada por los franceses al continuar su progresión después de la victoria conseguida en San Blas.

Las tropas que habían ocupado dos días antes la meseta de Donon siguieron avanzando. En el valle de Schirmeck hicieron 1.500 prisioneros en dos jornadas, apoderándose además de varios cañones y ametralladoras.

El 17 un comunicado oficial decía así:

«En la Alta Alsacia las fuerzas alemanas se retiran en gran desorden; las unas hacia el Norte y las otras hacia el Este. La prueba de este desorden se encuentra en el abandono de un enorme material caído en nuestras manos (aprovisionamientos, obuses, carruajes, forrajes, etc.)

»Se confirma que en to-

EL MÁS VIEJO DE LOS INVÁLIDOS TOMANDO EN SUS MANOS LA BANDERA ALEMANA (Fots. Rol)

dos los encuentros ocurridos desde el principio de la campaña, el enemigo ha sufrido pérdidas mucho más elevadas que lo que habíamos creído en el primer momento. Esto lo prueban la gran cantidad de cadáveres encontrados y los testimonios de los prisioneros.

»Progresamos igualmente en los valles de Santa María y de Villé. En el valle del Bruche continuamos, fuertemente apoyados en Donon, nuestro avance con dirección á Estrasburgo.»



LLEVANDO LA BANDERA Á LA IGLESIA DE LOS INVÁLIDOS

El 18 y 19 de Agosto la situación de los franceses se mantuvo casi igual en los collados de los Vosgos. Los alemanes, con un contraataque reconquistaron el pueblo de Villé entre Santa María de las Minas y Saales. Pero al mismo tiempo los franceses ocuparon en la Alta Alsacia la importante población de Guebwiller, situada á 27 kilómetros de Colmar.

Una ofensiva de los alemanes en masas importantes, había obligado á retirarse á la brigada francesa que ocupaba Mulhouse al día siguiente de apoderarse de dicha ciudad, ó sea el 9 de Agosto. Pero el 19 un segundo ataque de los franceses volvió á hacerlos dueños de Mulhouse.

El gobierno francés resumió todo lo ocurrido en Alsacia, del 8 al 19 de Agosto, en el siguiente comunicado, detallando las dos ocupaciones de la ciudad alsaciana:

«La operación del 8 de Agosto.—Los informes que se han recibido, permiten ya exponer con certeza las fases de las operaciones en dos actos que se han desarrollado en la región de Mulhouse. Por sus mismas fluctuaciones—ocupación, abandono y recuperación de Mulhouse—, estas operaciones que sólo tienen en el conjunto de la campaña un carácter episódico, permiten darse cuenta de las condiciones de una guerra donde los dos adversarios iguales en número y en valor militar y poseyendo cada uno factores de fuerza y factores de debilidad, ganan y pierden sucesivamente el terreno, hasta el día en que uno de ellos obtiene el resultado decisivo que determina la continuación de los acontecimientos.



LA BANDERA EN LA IGLESIA DE LOS INVÁLIDOS DONDE ESTÁN LOS TROFEOS MILITARES CONQUISTADOS POR FRANCIA (Fots. Meurisse)

¿Á qué condición estratégica respondía nuestra primera operación sobre Mulhouse? Sabíamos por nuestros reconocimientos aéreos que los alemanes habían dejado entre la frontera francesa y Mulhouse fuerzas relativamente poco im-



VISTA GENERAL DE THANN

portantes y que el grueso de sus tropas se había replegado sobre la ribera derecha del Rhin. En estas condiciones nuestro objetivo era atacar estas fuerzas y repelerlas para hacernos dueños de los puentes del Rhin y rechazar un contraataque de los enemigos si llegaba á producirse.

Las tropas de la guarnición de Belfort se encargaron de esta operación.

El 7 de Agosto se pusieron en marcha; unas por la cortadura de Belfort, ancha depresión que sirve de lecho á los afluentes del Doubs y del Ill, otras por el valle del Thur, que descendiendo de Rheinkopf pasa á Thann, donde se divide en dos brazos que van á confundirse en el Ill.

Nuestras tropas chocaron con las tropas alemanas en Thann y en Altkirch. Thann se extiende á lo largo de los bordes del río Thur. Altkirch está construído en anfiteatro sobre la ribera derecha del Ill. En las dos posiciones, los alemanes habían instalado su artillería al abrigo de obras de campaña. El ataque fué brillante y vigoroso por nuestra parte. Los efectivos comprometidos por ambos lados eran sensiblemente iguales, pero los alemanes estaban fortificados, lo que da mayor valor á nuestro éxito. El enemigo sufrió pérdidas muy considerables. Pero como llegaba la noche, nuestra caballería, á pesar de una activa persecución, tuvo que dejar que se replegase. No pudimos conseguir cortarle la retirada y aniquilarlo, lo que era nuestro objetivo.

Al día siguiente 8, desde el amanecer, continuó nuestra progresión, encontrando esta vez una resistencia muy seria.

Las tropas alemanas desembocaban del bosque de Hardt, bosque vasto, de 30 kilómetros de longitud, que puede abrigar á todo un cuerpo de ejército. Á pe



PLAZA PRINCIPAL DE THANN



LAS CALLES DE THANN DURANTE LA ENTRADA DE LOS FRANCESES

sar de la resistencia de los alemanes, nuestras tropas los obligaron á retirarse, y al cerrar la noche entraron en Mulhouse, entre las aclamaciones de los alsacianos. Hubo unas cuantas horas de alegría general, durante las cuales se olvidaron tal vez con exceso por parte de nuestros soldados las precauciones necesarias para los que están en un país enemigo.

Al lado de los alsacianos que festejaban á nuestras tropas, había inmigrados de origen alemán que se dedicaron á proporcionar á las fuerzas alemanas repetidos informes precisos sobre nuestra situación y la cifra real de nuestros efectivos (una brigada aproximadamente).

Mulhouse, residencia de numerosos funcionarios alemanes, difícil de defender contra tropas viniendo del Este ó del Norte, resultaba fácil de reconquistar, con sólo un vigoroso esfuerzo.

Esto es lo que hicieron los alemanes valiéndose de un ataque nocturno. Avanzaron sobre la ciudad á altas horas, viniendo una parte del bosque de Hardt y otra de Neuf-Brisach y de Colmar, y marchando en dirección á Cernay para cortarnos la retirada. Cernay está situado sobre el Thur, al Sudeste de Thann. Persistiendo en ocupar á Mulhouse con fuerzas insuficientes, nos exponíamos á perder nuestra línea de regreso á los Altos Vosgos y Belfort. Por esto se dió la orden de retroceder.

Á decir verdad, otra hipótesis podía haberse concebido y realizado. Los elementos que nosotros habíamos dejado en Altkirch no sufrieron ataque alguno. En estas condiciones era posible contraatacar á los enemigos que marchaban hacia Cernay, empleando en esto nuestras reservas. Pero por causas que no conocemos esta concepción no prevaleció.

Nuestra izquierda se vió atacada en Cer-



UNA ALDEA ALSACIANA OCUPADA POR LOS FRANCESES DESPUÉS DE UN TENAZ COMBATE

nay por fuerzas muy superiores, mientras nuestro centro sufría un ataque igual en Mulhouse, y nuestra derecha permanecía inactiva. La batalla se entablaba mal, y en tales condiciones una retirada era la solución más cuerda. Esto fué lo que realizaron nuestras tropas. De esta operación brillante, pero sin resultado definitivo, se desprendió una conclusión: la certidumbre de que los alemanes no abandonarían sin combate la Alta Alsacia y que disponían de fuerzas importantes.

La operación del 19 de Agosto.—Para alcanzar nuestro objetivo inicial había que reanudar las operaciones sobre nuevas bases y bajo una nueva dirección. El general Pau recibió el encargo de dirigir las operaciones.

Las fuerzas francesas tenían necesidad de rehacerse y agruparse al abrigo de la posición de Belfort.

El enemigo había sufrido mucho del fuego de nuestra artillería. Por nuestra parte habíamos experimentado grandes dificultades á consecuencia de los obuseros alemanes ocultos en barrancos difíciles de descubrir, pero cuyos disparos conseguían una eficacia moral más que material. Teniendo en cuenta estas circunstancias, el general Pau formó su plan de operaciones, después de haber recibido importantes refuerzos, pues había que esperar una resistencia enérgica del adversario.

Esta vez se trataba de un esfuerzo decisivo y no de un simple reconocimiento.

Al principio nuestras fuerzas atacaron en un frente menos extenso que el de la semana anterior.

Con su primer impulso se apoderaron de Thann y Dannemarie. Partiendo de Belfort y de los Vosgos amenazaban la línea de retirada alemana. Nuestra derecha se apoyaba en el canal que va del Ródano al Rhin.

Nuestra acción se dirigió en primer lugar contra las fuerzas enemigas situadas al Oeste de Mulhouse, dejándolas espacio para que pudiesen colocarse entre nosotros y la frontera suiza.

El ataque contra Dannemarie y Thann fué bien preparado y conducido rápida y decisivamente. Antes de abandonar Dannemarie, los alemanes incendiaron la mayor parte de la población.



EL GENERAL PAU Á CABALLO

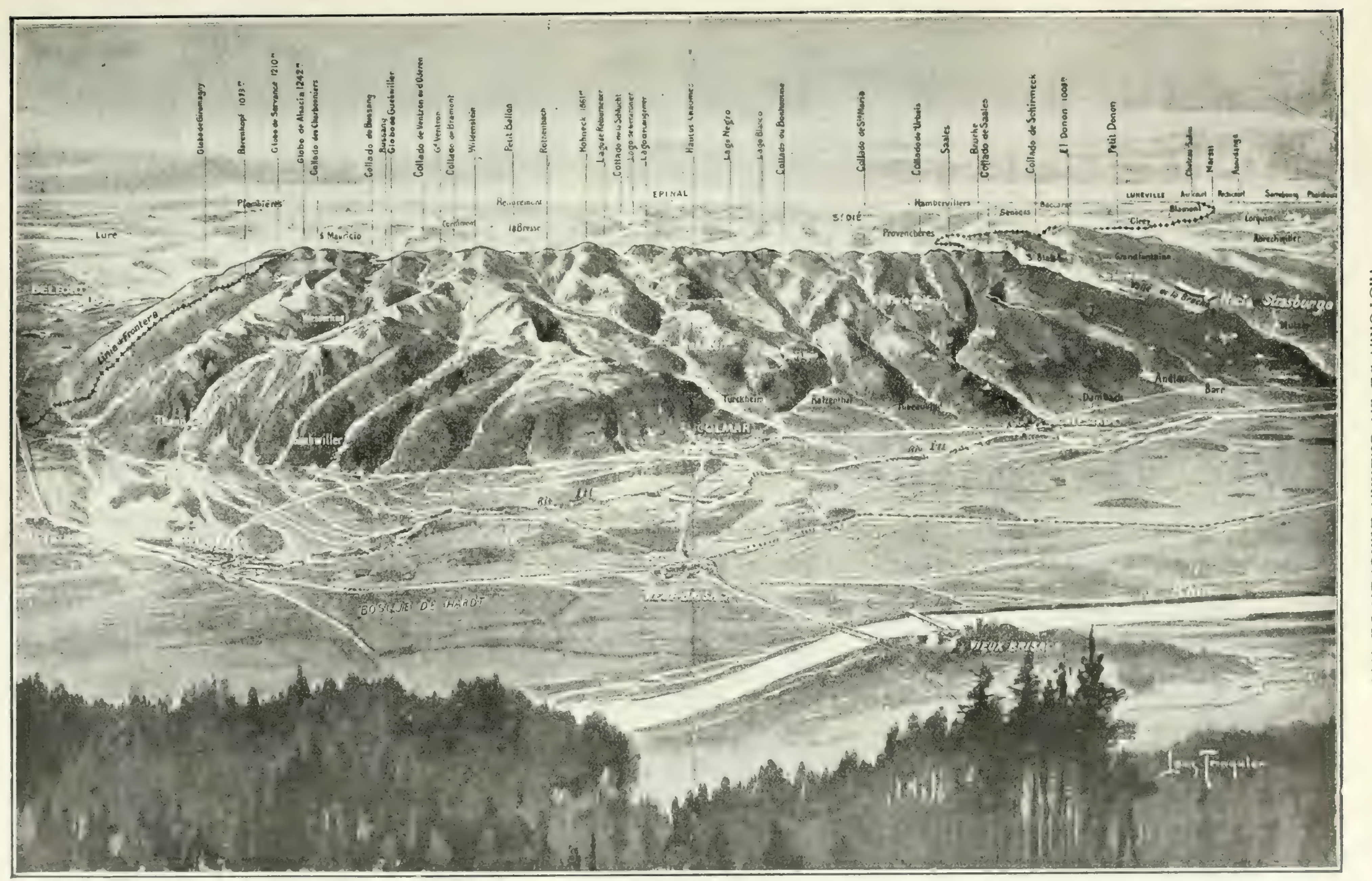
Después de este primer éxito, el general Pau dió la orden de atacar en dirección á Mulhouse. Nuestra izquierda avanzaba al mismo tiempo hacia Colmar y Neuf-Brisach. Nuestra izquierda comenzaba simultáneamente á dirigirse sobre Altkirch para recuperarlo. Tanto la izquierda como la derecha amenazaban las líneas de retirada alemanas.

En estas condiciones se entabló el combate con gran energía ante Mulhouse. En el arrabal de Dornach cuatro baterías alemanas se vieron obligadas á retirarse. Nuestros hombres mataron los caballos á bayonetazos, apoderándose de 24 cañones.

La lucha continuó en el interior de Mulhouse, pero el enemigo estaba descorazonado y pronto ocupamos la ciudad.

Inmediatamente el grueso de nuestras fuerzas cayó sobre Altkirch. Los alemanes, viendo en peligro su retirada hacia los puentes del Rhin, se replegaron en gran desorden, siendo perseguidos por nuestras tropas, que se hicieron dueñas de las inmediaciones de los puentes, dominando la parte superior de la Alta Alsacia.

Nuestras tropas, al poseer las crestas y los principales valles de los Vosgos, se hallaron en favorable



LA ALTA ALSACIA. EL RHIN Y LA VERTIENTE ALSACIANA DE LOS VOSGOS

(Dibujo de Luis Trinquier, de la «Illustration» de París)



MAPA DE LAS OPERACIONES EN ALSACIA Y LORENA

posición para continuar sus éxitos en dirección á Colmar.

Operaciones en los Vosgos.—Las tropas francesas sólo se han hecho dueñas de las crestas de los Vosgos y han podido desembocar en Alsacia por las alturas, después de laboriosas operaciones, á consecuencia de la orden dada á nuestros ejércitos en el momento de la movilización para que mantuvieran entre ellos y la frontera una zona protectora de ocho kilómetros.

En ciertos lugares de la frontera, por ejemplo, en las cuencas de Briey y de Longwy, donde la frontera tiene una forma puntiaguda, esta zona de protección no presentaba inconvenientes militares. Por el contrario, en la frontera de los Vosgos, donde la línea fronteriza sigue exactamente el perfil de las crestas, el mantenimiento de la zona de protección aseguraba á los alemanes una ventaja inmediata que aprovecharon rápidamente. Saltando á lo alto de dichas crestas, se instalaron en ellas defensivamente y nos obligaron á reconquistarlas.

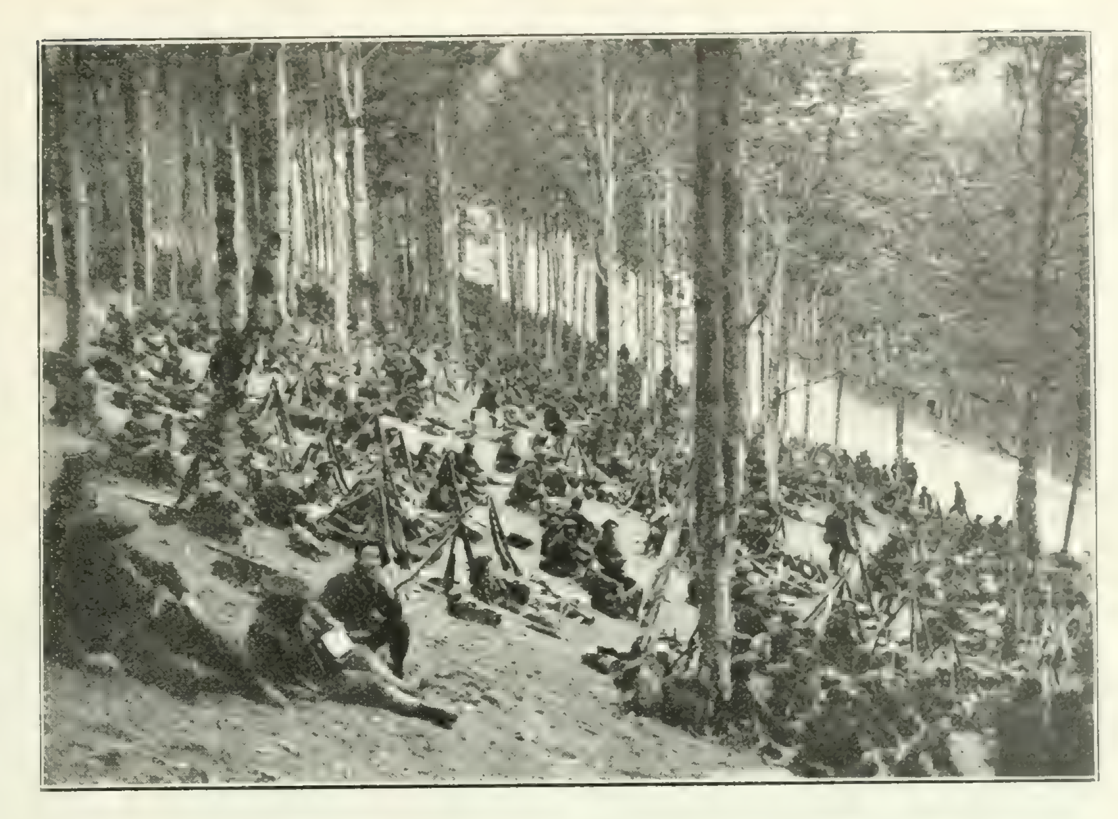
Nuestras tropas empezaron la operación por el Sur. En esta parte están los collados más elevados de los Vosgos, pero también los de acceso más fácil; en unos lugares por el relieve del terreno, y en otros por la proximidad de nuestros fuertes.

El llamado globo de Alsacia fué ocupado el primero por nuestras tropas, después de ser batido por los cañones del fuerte de Servance. Sus pendientes del lado francés resultan de fácil acceso. Por el contrario, del lado alsaciano están cortadas casi á pico, lo que hace muy difícil el mantener se en ellas. La operación resultó sencilla y nos hizo dueños del collado de Bussang.

Después dirigimos nuestro esfuerzo sobre las alturas de Hohneck y Schlucht. Las condiciones eran las mismas: pendientes dulces de nuestro lado y escarpamientos á pico del lado contrario. El resultado fué idéntico.

Más al Norte, en la sección central de los Vosgos, las dificultades resultaban infinitamente más serias. Nuestro objetivo era apoderarnos de los collados de Bonhomme y de Santa María de las Minas, asegurando á nuestra derecha la cobertura necesaria para progresar en la dirección del portillo de Saales, camino de Estrasburgo. Aquí el terreno nos era desfavorable. Las pendientes vosgianas del lado francés son muy escarpadas, y las crestas estrechas y muy cubiertas de bosques. Por esta razón resultaba difícil asegurar á nuestra infantería el apoyo de la artillería. Estábamos obligados á progresar por abajo, pues sobre las crestas descritas se habían instalado los alemanes con numerosas fortificaciones de campaña: barricadas de árboles, alambrados, trincheras, etc.

Las dificultades que se oponían á que nos hiciésemos dueños de este sector, debían surgir igualmente al mantenernos en él y ensanchar nuestro radio de acción, pues en las pendientes dulces de la vertiente


CAZADORES ALPINOS EN LA VERTIENTE DE LOS VOSGOS

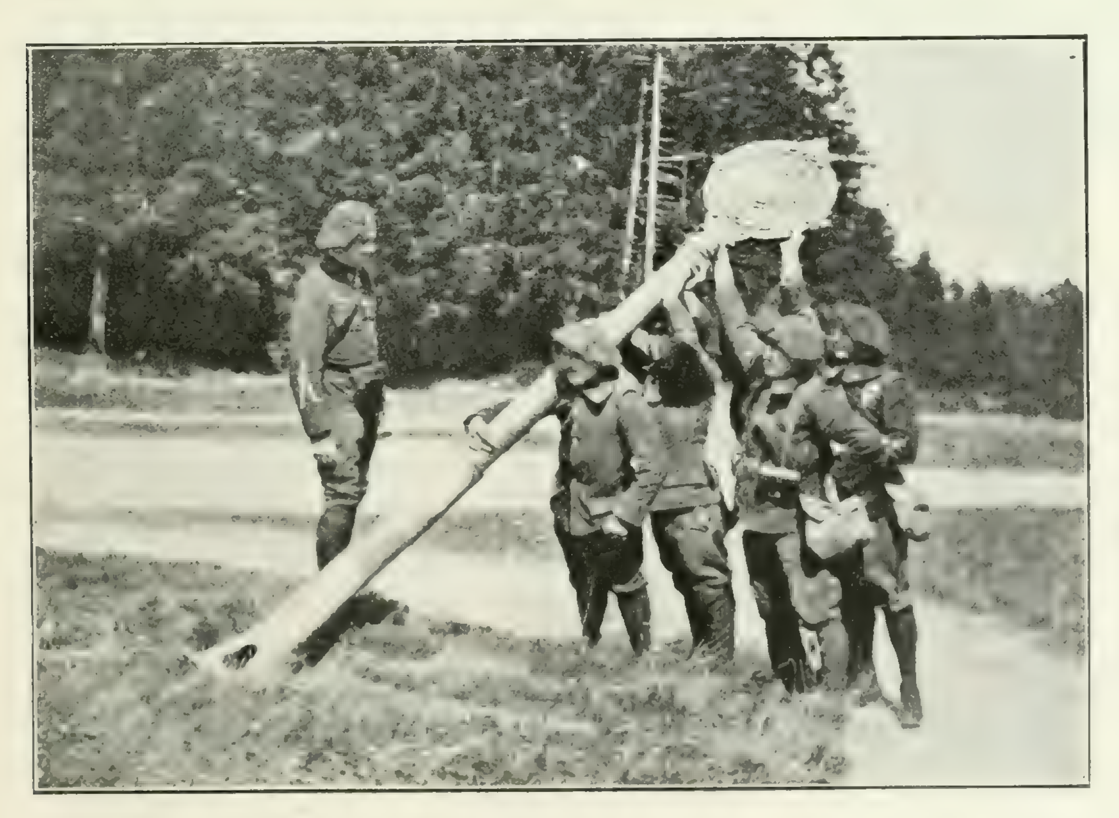
alsaciana los alemanes habían establecido numerosas fortificaciones con artillería gruesa.

Imposibilitados de instalar nuestra artillería en las crestas estrechas y cubiertas de arbolado, era muy difícil hacer descender las tropas por el lado de Alsacia, bajo el fuego de las fortificaciones alemanas.

Hubo que progresar más lejos en los Vosgos por los collados de Urbeis y de Saales. Una vez realizado el avance por estos puntos, pudimos colocar nuestra artillería en los flancos del enemigo, tomando al revés con nuestro fuego sus posiciones fortificadas.

Esta operación, realizada enérgicamente, nos costó pérdidas muy sensibles. En el collado de Urbeis la ocupación fué relativamente fácil, por haber encontrado la artillería el terreno que necesitaba. En Saales, nuestras columnas de ataque que habían partido de Saint-Dié, sufrieron mucho más. Comenzamos por ocupar la meseta de Bracques, detrás del portillo de Saales. Después de esto, dominamos el portillo con nuestra artillería y saltamos hasta él, haciéndolo nuestro. Este éxito permitió emprender la tercera parte de la operación, ó sea la conquista del monte Donon—base de apoyo de los alemanes—. Desde el collado y el pueblo de Saales, en muy pocas horas se pudo llegar á Donon.

Hay que hacer constar que la conquista de los Vosgos se ha realizado desde el principio con efectivos muy restringidos, que poco á poco han ido aumentándose.


ARRANCANDO UN POSTE FRONTERIZO EN EL COLLADO DE BONHOMME

En el globo de Alsacia y en Hohneck, por ejemplo, hemos puesto en acción fuerzas que no pasaban de un batallón de cazadores ó de un regimiento de infantería. Las pérdidas han sido igualmente mínimas: veinte hombres de nuestro lado y un centenar del lado alemán.

En el sector central de los Vosgos, los efectivos han sido algo más elevados, variando entre un regimiento y una brigada.

Nuestras pérdidas en el collado de Bonhomme y el collado de Santa María, han sido de seis-

cientos hombres entre muertos y heridos. Pero como compensación, nuestro movimiento de flanco y el cañoneo dirigido por nuestra artillería contra las posiciones alemanas, infligieron al enemigo pérdidas cinco ó seis veces superiores á las nuestras.

En el curso de estas operaciones, completamente victoriosas, nuestras tropas de línea, rivalizando con los cazadores alpinos, han dado prueba sin excepción del arrojo y la agilidad que exige la guerra de montaña. En varias ocasiones han arrebatado al enemigo piezas de artillería de campaña y de artillería gruesa. Hay que recordar que igualmente se apoderaron de una bandera. Sobre todo el frente de los Vosgos, así como en la Alta Alsacia, el objetivo que nos habíamos propuesto ha sido plenamente realizado.»



EN ALSACIA. UNA TRINCHERA FRANCESA DE PRIMERA LÍNEA

Pero mientras los franceses avanzaban con éxito en Alsacia, la verdadera guerra se había desarrollado en la frontera franco-belga, por donde desembocaba la gran invasión germánica.

El 23 de Agosto la situación general de los franceses resultaba comprometida, después de lo ocurrido en la línea Mons-Charleroi-Namur. Esto hizo necesario modificar el plan de campaña seguido en la Alta Alsacia.

Obligado el generalísimo Joffre á hacer frente en el Mosa con todas sus fuerzas para impedir el avance alemán, dió orden de evacuar los terrenos ocupados al otro lado de los Vosgos. Desde el collado de Saales al monte Donon, las tropas francesas tuvieron que retroceder para ser empleadas en un nuevo plan, y Mulhouse fué evacuada por segunda vez.

El ejército del general Pau abandonó provisionalmente las operaciones de Alsacia para unirse en el Norte con el grupo de ejércitos anglo-franceses, que había iniciado ya su retirada hacia el Marne.

El gobierno anunció la suspensión de la ofensiva en Alsacia en la siguiente forma:

«La gran batalla se ha entablado en un frente enorme, desde Maubeuge á Donon. De ella depende la suerte de Francia é igualmente de Alsacia. La partida decisiva va á jugarse en el Norte, y por esto el general en jefe reune en dicho punto, para un ataque decisivo, todas las fuerzas de la nación. La acción militar emprendida en el valle del Rhin distraería tropas, de las que depende tal vez la victoria.

»Esto nos obliga á abandonar momentáneamente la Alsacia para asegurarle la liberación definitiva, sintiendo profundamente no poder sustraerla más pronto de la barbarie alemana.

»El ejército de Alsacia y su jefe sobrellevan con gran pena esta cruel necesidad, á la cual sólo se han sometido resignadamente en el último extremo.»

Así terminó la campaña de Alsacia, en el mes de Agosto.

Antes de llegar al relato de las grandes operaciones desarrolladas en la frontera de Bélgica, hay que describir lo ocurrido en Lorena durante el mes de Agosto y los primeros días de Septiembre, para abarcar con un conocimiento más exacto y completo el conjunto de la guerra en el frente occidental.





Dibujo de H. W. Koekkoek, de «The Illustrated London News»

Las tropas francesas apoderándose de la granja



de Chambre, después de un sangriento combate



II

La guerra en Lorena.—Atrocidades alemanas

Al iniciar los alemanes las hostilidades el 2 de Agosto, la Lorena francesa fué el territorio que recibió sus primeras agresiones.

Antes de que se hubiese declarado oficialmente la guerra entre los dos países, la caballería alemana invadió la tierra lorenesa, realizando sus correrías con relativa impunidad, por haberse retirado las tropas francesas á ocho kilómetros de la línea fronteriza.

El 2 de Agosto, cuando Schoen, el embajador alemán en París, daba todavía seguridades sobre las intenciones pacíficas de su gobierno, ocurrieron en Lorena los siguientes hechos:

Una columna alemana, viniendo del ducado de Luxemburgo, penetró cinco kilómetros en territorio francés, marchando hacia Longwy. Cañoneada por los fuertes de la plaza, tuvo que retroceder.



EL CASTILLO DE LUNEVILLE

En Cirey-sur-Vezouze, á 39 kilómetros de Luneville, un destacamento de caballería alemana franqueó la frontera y ocupó un instante el pueblo de Bertrambois, pero fué rechazado por otra fuerza de caballería francesa.

El 3 de Agosto, á las seis de la tarde, cuando Schoen se decidía al fin á pedir sus pasaportes, un aeroplano alemán voló sobre Luneville, arrojando tres bombas que sólo produjeron perjuicios materiales.

Al día siguiente hubo choques en varios puntos de la frontera lorenesa. En Joeuf-Homécourt, cerca de Briey, una compañía de infantería alemana saqueó las oficinas de la aduana y del telégrafo. Un escuadrón de hulanos invadió Villers-la-Montagne, siendo rechazado por una compañía de cazadores franceses que hizo prisionero á un suboficial alemán. Otros escuadrones llegaron hasta Mercy-le-Bas y Monfontaine, en la indicada región de Briey. Estas fuerzas se replegaron ante un avance de la infantería francesa.



VISTA PANORÁMICA DE LUNEVILLE

El 5 de Agosto continuaron las correrías de los alemanes, siempre en la región de Briey. Los dragones alemanes fueron atacados por los dragones franceses en Norroy-le-Sec, dejando sobre el terreno cinco muertos y tres heridos.

Los invasores comenzaron en dicho día á emplear sus procedimientos atroces para intimidar á las poblaciones.

En Monfontaine dos muchachos franceses de 15 años fueron fusilados por los hulanos cuando intentaban avisar á los gendarmes la presencia del enemigo. En Blamont un suboficial herido fué rematado por los alemanes.

El día 6 las tropas francesas, que hasta entonces habían obedecido la orden general manteniéndose apartadas á ocho kilómetros de la frontera, efectuaron un movimiento de avance, penetrando en la Lorena anexionada á Alemania. En este avance ocuparon Vic y Moyen-Vic, situados á seis y ocho kilómetros de Chateau-Salins.

Durante los días 10 y 11 hubo varios choques im-



LA PLAZA LEOPOLDO, DE LUNEVILLE



NANCY. PLAZA DE THIERS

portantes en la frontera. Los alemanes intentaron avanzar formando una importante columna con fuerzas considerables de artillería y caballería, pero tuvieron que retroceder quebrantados por la resistencia francesa. El gobierno dió en París los siguientes informes sobre dichas operaciones:

«Nuestras tropas están en contacto con el enemigo en casi todo el frente.

»He aquí los hechos más notables que se han desarrollado en las avanzadas, todos ellos honrosos para nuestros soldados, que dan pruebas de un coraje y un ardor irresistibles.

»En la región de Chateau-Salins, cerca de Moncel, una batería y un batallón alemanes procedentes de Vic han intentado atacar nuestras avanzadas. Inmediatamente han sido rechazados con grandes pérdidas.

»En esta misma región, entre Chateau-Salins y Avricourt, la aldea de la Garde, situada en territorio anexo, ha sido conquistada á la bayoneta con un impulso admirable. Los alemanes no resisten decididamente el ataque al arma blanca.

»En Mangiennes, región de Spincourt al Nordeste de Verdún, las fuerzas alemanas atacaron en la noche del 10 las avanzadas francesas. Éstas tuvieron que replegarse en el primer momento ante la superioridad del enemigo, pero gracias á la intervención de nuestra reserva, que se mantenía próxima, reanudaron la ofensiva, y el enemigo fué rechazado sufriendo pérdidas considerables.

»Una batería alemana ha sido destruída por el fuego de nuestra artillería. Nuestras tropas se han apoderado de tres cañones, tres ametralladoras y dos furgones de municiones. Un regimiento alemán de caballería sufrió grandes quebrantos.

»Los alemanes se han presentado ante Longwy intimando su rendición. El comandante de la plaza se ha negado altivamente.

»Longwy no es en realidad una plaza fuerte, pues carece de obras avanzadas, y sólo posee un simple recinto á lo Vauban. Esta fortificación data de la segunda mitad del siglo XVII.»

◻

Ya hemos dicho que los alemanes emplearon en Lorena, desde los primeros días de la guerra, su sistema favorito de violencias y atrocidades, para aterrar á las poblaciones.

Su paso por aldeas y caseríos fué acompañado de toda clase de crímenes contra el derecho de gentes.

El 10 de Agosto una columna alemana invadió el pueblecito de Pillon. He aquí el relato de un testigo de sus hazañas:

«Quince alemanes entraron en el presbiterio apuntando con sus fusiles al cura. Después sacaron á éste á la calle, siempre bajo la boca de sus fusiles, llevándolo á presencia de su general. Para hacer marchar al cura más á prisa, lo golpeaban con las culatas. Apenas detenía el paso caía sobre él una lluvia de golpes. Hubo un momento en que sacó un pañuelo para limpiarse el rostro é inmediatamente se

LA CATEDRAL DE NANCY



PUERTA DESILLES EN NANCY

lo confiscaron. El sacerdote, no pudiendo sufrir más, gritó:

—Sois unos bárbaros. Llevadme ante uno de vuestros jefes que hable francés.

Un oficial le contestó en francés:

—Pronto arreglaremos vuestra cuenta.

Una bomba francesa estalló á corta distancia de la tropa que conducía al cura. Los alemanes se tendieron en el suelo, pero obligaron al sacerdote á permanecer de pie.

Al fin llegaron ante el general alemán, que dijo en substancia:

—Sé bien que usted no ha tirado contra nosotros; pero usted como cura es el alma de la resistencia. Voy á quemar el pueblo.

Quince casas fueron incendiadas inmediatamente, y el fuego se propagó á muchas otras.

Mientras tanto el cura permanecía de pie durante un par de horas y expuesto al sol. Soldados y oficiales lo insultaban en francés y alemán. Apenas intentaba protestar le apuntaban sus fusiles. Los oficiales le decían:

—Mire usted cómo arde su pueblo. Bien merecido lo tiene. Los franceses son verdaderos salvajes.



CALLE DE SAN JORGE, DE NANCY

De vez en cuando lo amenazaban diciendo: «Dentro de poco rato será usted fusilado.»

El sacerdote pudo ver cómo los soldados devoraban todo lo que habían robado en la población. El prisionero no recibió comida ni bebida durante su cautividad.

Luego un oficial le dijo irónicamente: «Va usted á acompañarnos.»

Y efectivamente, durante todo el combate que los alemanes sostuvieron con los franceses, el cura tuvo que permanecer en sus filas, expuesto á la metralla francesa y vigilado por un centinela, que tenía orden de matarlo apenas intentase la huída. Á las seis de la tarde los alemanes, derrotados, tuvieron que retirarse, y el cura aprovechó el desorden para ponerse en salvo. Pero antes de huir vió cómo un alemán mataba de un tiro á un pobre habitante de Pillon, que se había ocultado detrás de una cerca.»

En otros pueblos de la frontera lorenesa se repitieron las mismas atrocidades alemanas. El cuaderno de notas de un teniente prusiano, muerto en uno de los combates, contiene la confesión de muchos de estos crímenes.



NANCY. PLAZA CARNOT. EN EL FONDO EL MONUMENTO Á SADI CARNOT

Según el testimonio de dicho oficial, sus compañeros de armas incendiaron la iglesia y las casas de Villerupt, fusilando á muchos de sus habitantes. El supuesto motivo de tal crueldad fué que algunos vecinos se habían refugiado en la torre de la iglesia, haciendo fuego contra las avanzadas alemanas. Pero el mismo oficial, en su cuaderno hace constar que no es cierto que esta resistencia partiese de los infelices vecinos, pues los autores de los disparos eran los aduaneros y los guardias forestales, verdaderos soldados que cumplían su deber militar intentando la resistencia.

o

Pont-à-Mousson y Nancy, poblaciones fronterizas y de escasa fortificación, estaban destinadas á caer

LO QUE QUEDÓ DE LA CALLE PRINCIPAL INCENDIADA POR LOS CAZADORES BÁVAROS

UNA CASA TOTALMENTE DESTRUÍDA POR LAS LLAMAS

INCENDIADA POR LOS ALEMANES

RUINAS DE UNA CALLE

UNA CASA DESPUÉS DEL INCENDIO

LA CASA DE CORREOS

Fot. Meurisse



ARTILLERÍA FRANCESA ATRAVESANDO UN PUEBLO

en manos del enemigo desde los primeros días de la guerra. El gobierno y la opinión popular descontaban por adelantado, como un suceso indiscutible, la pérdida de estas poblaciones, y sin embargo, por un azar de la guerra, transcurrieron días y días sin que se realizasen dichos pronósticos.

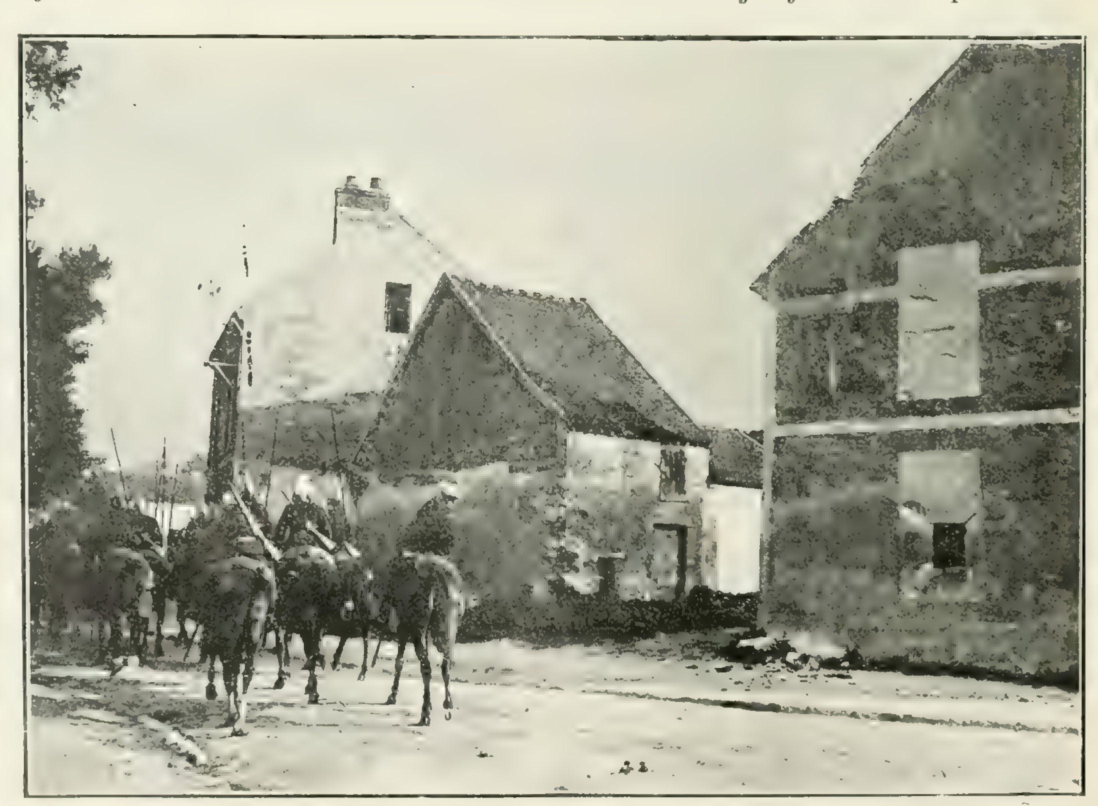
El 12 de Agosto comenzó el bombardeo de Pont-à-Mousson. Situado su caserío junto á la línea fronteriza en las orillas del Mosela, los alemanes pudieron cañonearlo á mansalva desde su territorio. Varias baterías de cañones de largo alcance empezaron el ataque de la ciudad, á 10 kilómetros de distancia, arrojando centenares de proyectiles, muchos de ellos de más de 100 kilogramos, y con una carga enorme de picrita. Este bombardeo no fué acompañado de un ataque de la infantería, para apoderarse de la población. El deseo de los alemanes era aterrar al vecindario con la lluvia de proyectiles. Hubo varios muertos y heridos, muchos de ellos pacíficos vecinos, viejos, niños y mujeres; pero los valerosos habitantes conservaron su serenidad ante la avalancha de hierro y explosivos.

En los días siguientes se repitió este bombardeo, que equivalía á una ferocidad, por carecer de objetivo determinado. Un periódico de la región resumió así lo ocurrido en Pont-à-Mousson hasta mediados de Agosto:

«El miércoles 12, á las nueve y media de la mañana, varias piezas alemanas de gran calibre que habían sido colocadas en las alturas de Arry y de Bouxieres, apoyadas además por los cañones del fuerte de San Blas, abrieron un violento fuego contra la ciudad de Pont a-Mousson, principalmente sobre el barrio de San Martín, situado en la ribera derecha del Mosela, donde se encuentran el nuevo hospital y el colegio.

Sesenta proyectiles estallaron en la ciudad destruyendo las paredes, derrumbando los tejados, matando dentro de sus casas á pacíficos habitantes.

Un obús *mató á una mujer* y *tres niños* que se en-



AVANZADA DE DRAGONES FRANCESES RECONOCIENDO UNA ALDEA ABANDONADA

contraban en el corredor de una casa: una niña de once años y dos niños de nueve y siete.

Otro obús estalló en la plaza del Paraiso, produciendo nuevas muertes. Varios proyectiles alcanzaron el barrio de San Lorenzo.

El vecindario se ha mostrado admirable por su valor.

Pont-à-Mousson fué bombardeado por segunda vez el viernes 14 de Agosto. El fuego empezó á las 4 de la mañana prolongándose hasta las 6. Más de 200 obuses de calibre 150, 180 y hasta de 220 estallaron sobre diversos puntos de la ciudad. De ellos cayeron unos cuarenta en el antiguo seminario, convertido ahora en hospital, edificio al que apuntaban los bárbaros con una predilección especialísima.

Una pobre niña de diez años que estaba en los jardines, fué muerta. Milagrosamente—por tratarse de un bombardeo tenaz—esta fué la única victima. La magnífica abadía de los Premonstenses ha quedado muy quebrantada por los obuses.

Ningún herido. Una docena de casas han sido destrozadas.

En el hospital un obús estalló cerca de la cama ocupada por un herido alemán: un teniente del ejército sajón. Nadie fué alcanzado por los cascos del proyectil.

Los alemanes rectificaban sus tiros con la ayuda de un globo cautivo, que se podía ver con gemelos, flotando encima de las baterías y haciendo señales á los apuntadores de las piezas.



UNA PIEZA FRANCESA DE 75 PUESTA EN BATERÍA — Fots. Meurisse

La victoria conseguida por los franceses el 11 de Agosto en Mangiennes, región de Spincourt, fué seguida de un nuevo éxito. El 12, una batería francesa sorprendió al regimiento 21.° de dragones alemanes en el momento que había echado pie á tierra y descansaba cerca de un bosque. Los artilleros se aproximaron cautelosamente, colocando sus piezas sin ser advertidos por el enemigo, y abrieron repentinamente un fuego mortífero que aniquiló á casi todo el regimiento.

Estos dos éxitos sucesivos no sólo contuvieron el avance de las fuerzas alemanas en Lorena, sino que las obligaron á retroceder perseguidas por los franceses. En Pillon y otras localidades donde se habían desarrollado los combates anteriores, fueron encontrados muchos heridos alemanes. Éstos y los prisioneros caídos en poder de los franceses, ascendieron á más de un millar. Según confesión de dichos prisioneros, el tiro preciso y nutrido de la artillería de campaña francesa los había desmoralizado, produciéndose un verdadero pánico en el 5.° regimiento de cazadores alemanes. Este regimiento había sido apoyado por los 7.°, 8.° y 21.° de dragones, un grupo de artillería y seis compañías de ametralladoras. El éxito francés resultaba completo teniendo en cuenta la importancia de dichas fuerzas.

Pero no eran triunfos solamente lo que conseguían las tropas francesas de Lorena. También sufrieron reveses, francamente confesados. Después de apoderarse con una brillante carga á la bayoneta de la aldea de la Garde, los alemanes emprendieron un contraataque, y dos batallones franceses se vieron repelidos hasta Xures con grandes pérdidas.

Este fracaso no impidió el avance de las tropas francesas en la Lorena anexionada. En Chambrey, primera estación alemana del ferrocarril de Nancy á Chateau-Salins dos compañías de infantería bávara fueron sorprendidas por los cazadores franceses y tuvieron que huír dejando sobre el campo muchos muertos y heridos.

Un combate más importante se desarrolló cerca de la frontera durante la noche del 14 de Agosto, en la región de Blamont, Cirey y Avricourt, invadida por los alemanes. Una división francesa, al avanzar hacia la Lorena anexionada, tropezó con el enemigo fuertemente atrincherado delante de Blamont. Luego de re-



UNA TRINCHERA ALEMANA EN LA FRONTERA FRANCESA

chazar á las avanzadas alemanas se mantuvo inmóvil esperando la llegada del día. Al apuntar el alba los franceses reanudaron el ataque, y en mitad de la mañana la infantería, apoyada por la artillería, se apoderó de los pueblos de Blamont y Cirey.

Las tropas alemanas (un cuerpo de ejército bávaro) ocuparon entonces las alturas que dominan á ambas poblaciones, explotando hábilmente para su resistencia los accidentes del terreno, pero los franceses efectuaron un doble movimiento desbordante y los bávaros, para no quedar envueltos, se retiraron en dirección á Sarrebourg.

Esta acción, bien conducida por los franceses, hizo sufrir graves pérdidas al enemigo.

Al día siguiente se repitió el avance y otra vez los bávaros tuvieron que retroceder, dejando el paso franco á las tropas de la República, que llegaron hasta Lorquin en la Lorena anexionada, á 10 kilómetros de Sarrebourg. En este último avance se apoderaron del convoy de una división alemana compuesto de 19 camiones automóviles.

Furiosos por su derrota y por la mal disimulada alegría con que los habitantes acogían el avance francés, los alemanes cometieron sus atrocidades acostumbradas antes de abandonar Blamont y Cirey.

Al entrar en Blamont habían asesinado á varias personas, entre ellas una joven de veinte años y un anciano de ochenta y dos, M. Barthelemy, antiguo alcalde de la población. Además saquearon numerosos establecimientos, entre ellos una gran fábrica de chocolate perteneciente á un ciudadano suizo. Cuan-



INSTALACIÓN TELEFÓNICA ALEMANA DE CAMPAÑA



ARTILLERÍA ALEMANA EN LA FRONTERA FRANCESA

do se vieron obligados á salir de Blamont repelidos por los franceses, se llevaron doce rehenes, á la cabeza de los cuales figuraban el cura y el cobrador de impuestos. Antes de abandonar la población los llevaron á una plaza donde acababa de ser fusilado un vecino, M. Luis Foëll, mostrándoles los sesos de la víctima esparcidos en el pavimento y amenazándoles con igual suerte.

Uno de los rehenes era M. Colin, profesor de ciencias del Liceo de Luis el Grande en París, que estaba veraneando en dicho pueblo con su familia. El profesor Colin fué sacado de su casa en camisa y descalzo. Una niña hija suya que intentó defenderle, recibió un culatazo en el rostro. Indignado por esta brutalidad y otras muchas que los alemanes cometían con los niños, el profesor se dirigió á un joven teniente que ordenaba estos actos, gritándole:

—¿Pero usted no tiene madre?...

Á lo que contestó el oficialito alemán, con estas palabras que revelan la mentalidad de una raza:

—Mi madre no ha parido cochinos franceses como tú.

Los rehenes fueron llevados hasta Cogney y encerrados en la iglesia toda la noche, hasta que á la mañana siguiente pudieron volver á Blamont.

«En todas estas poblaciones lorenesas—dice un escritor testigo presencial—, puestas á prueba trágicamente por los sucesos, ninguna debilidad, ningún desfallecimiento. Una idea se sobrepone á los dolores más crueles: «¡Francia va á vencer!» Unos han perdido sus cosechas, otros han visto saqueadas sus viviendas, muchos contemplaron cómo los bárbaros prendían



UN CAMPAMENTO ALEMÁN



DESOLACIÓN DE UNA FAMILIA AL REGRESAR Á SU HOGAR Y HALLARLO DESTRUÍDO

fuego á sus casas, algunos presenciaron el fusilamiento de individuos de su familia. Todos se han visto insultados, amenazados, golpeados ó heridos. Algunos sufrieron á la vez todos estos tormentos. Y sin embargo, ninguno baja la cabeza. Sus ojos tienen llamaradas de cólera en vez de lágrimas.»

□

Uno de los pueblos de la Lorena francesa que más sufrió fué Nomeny, situado al Este de Pont-à-Mousson, á 5 kilómetros de la frontera.

Al invadir los alemanes el territorio francés se ensañaron en el vecindario de este pueblo, que conoció todos los martirios. Los habitantes de Nomeny que pudieron escapar del pillaje y la matanza, se refugiaron en Nancy. Una joven lorenesa, la señorita Jacquemont, originaria de la Lorena anexionada, que vivía en Nomeny en el momento de su destrucción, hizo á los periodistas un relato aterrador de las atrocidades que había presenciado.

«El jueves 13 de Agosto, á las diez de la mañana, al oir gritos en la calle salí de mi casa.

—¡Los prusianos! ¡Los prusianos!—gritaba la gente—. Ocultaos en las bodegas.

Temiendo un nuevo bombardeo de la población volví á entrar en mi casa para cerrar las persianas y abrir las ventanas, como se había ordenado... De pronto, jinetes prusianos y soldados de infantería, rugiendo, con el sable en alto ó revólver en mano, aparecieron por todos lados.

—*¡Capout! ¡Capout!* ¡Todos los franceses *capout!*—gritaban indicando sus propósitos de matanza.

Por detrás de la casa llegué á la vivienda de mi vecina. Otras personas se habían refugiado en ella. Éramos catorce y descendimos á las cuevas.

Poco después, los prusianos que registraban las casas descendieron igualmente, pero no vieron nuestro grupo de pobres mujeres

Volvieron á subir, pero fué para rociarnos de petróleo por los respiraderos de las cuevas. Luego prendieron fuego al edificio. Comenzamos á ahogarnos. Íbamos á morir quemadas ó asfixiadas. Era preciso escapar de allí á toda costa. Morir por morir, resultaba mejor acabar de una vez, de un balazo ó un bayonetazo. Una de nosotras, que tenía un reloj, miró la hora. Las cinco. Llevábamos siete horas en este encierro.

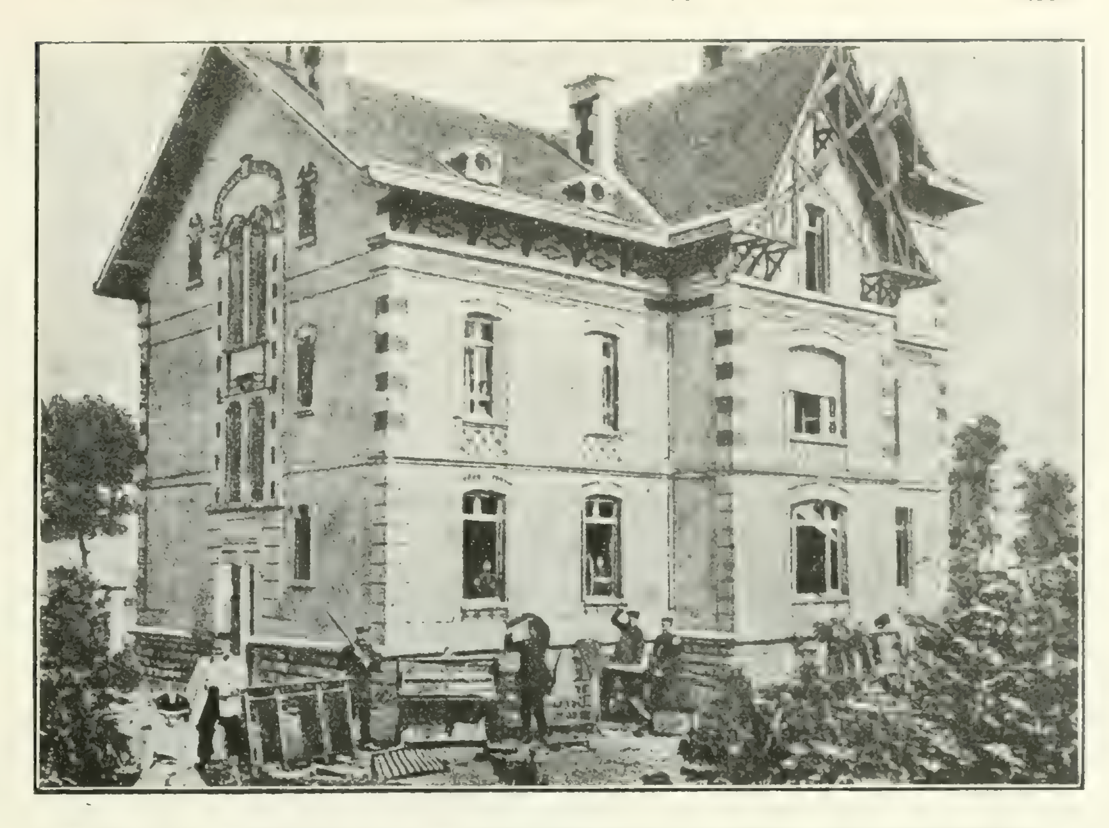
Un par de muchachas se sacrifican por salvar al grupo de mujeres, del que forman parte igualmente algunos ancianos y niños. Me uno á las dos señoritas Nicolás, y salimos del subterráneo buscando un camino para la fuga.

Todo arde en Nomeny. La calle está envuelta en



UNA ALDEA DE LA LORENA, INCENDIADA POR LA ARTILLERÍA ALEMANA

llamas. No hay que pensar en la huída por la parte de la calle. Nuestra única esperanza consiste en poder ganar los campos. Entramos en el primer jardín que vemos abierto, pero al intentar escalar el muro oímos hablar en alemán al otro lado. Unos cuantos soldados prusianos saltan la pared. Esta vez creemos que ha llegado nuestra última hora. El primer prusiano que aparece nos grita: «*¡Fourt! ¡Fourt!* ¡Escapad! ¡Poneos en salvo!»



UN HOTEL. VILLA CURIQUE, EN VILLERS-LA-MONTAGNE, SAQUEADO POR LOS ALEMANES

(Tarjeta postal alemana publicada por *Les Annales*, de París)

Los prusianos acaban por llevarnos con ellos como prisioneras. En el camino otras mujeres fugitivas se unen á nosotras. Volvemos á entrar en Nomeny por el puente. Suplicamos á los prusianos que nos dejen alejarnos. «Somos pobres mujeres—les decimos—. Tened piedad de nosotras.» Se niegan á dejarnos pasar, pero después de muchas súplicas acaban por llevarnos á la enfermería, instalada en la casa de M. Zambeau. Aquí los soldados se muestran corteses. Algunos nos consuelan. Nos dicen en voz baja que son sus oficiales los que les obligan á incendiar y fusilar. Uno de ellos nos habla en francés:

—Yo también soy de Lorena—nos dice—. He nacido en Noveant. Tengo una madre...

Y llora.

Al atravesar las calles en llamas hemos visto muertos y más muertos. Algunos tenían la cabeza partida. Una anciana que iba á cumplir cien años en el mes de Noviembre, ha caído de desfallecimiento durante el trayecto. Es seguro que ya no vive. En la enfermería nos dan un poco de pan y dormimos en el suelo, hasta que el viernes á las seis de la mañana nos obligan á salir.



NOMENY DESPUÉS DEL BOMBARDEO

Henos aquí en medio de la calle. Un oficial nos pregunta á dónde queremos ir. Nadie sabe qué contestar y nos conducen con dirección á Mailly, ó sea hacia la frontera. Marchamos unos dos kilómetros escoltados por los soldados. Luego nos hacen retroceder y entramos otra vez en Nomeny. Nueva orden de marcha. Volvemos á partir. Por cinco veces andamos y desandamos el mismo camino. No podemos más: todas estamos próximas á caer al suelo. Al fin la sexta vez, cuando estamos cerca del molino de Brionne, los soldados alemanes nos abandonan. «Idos á donde podáis—nos dice uno de ellos en francés—. Estáis libres.»

Emprendemos solas la marcha. De vez en cuando nos volvemos para mirar por última vez nuestro pobre Nomeny. Mi casa ya no existe. Uno de los pocos edificios que había resistido al fuego, la casa del farmacéutico, es un brasero enorme.

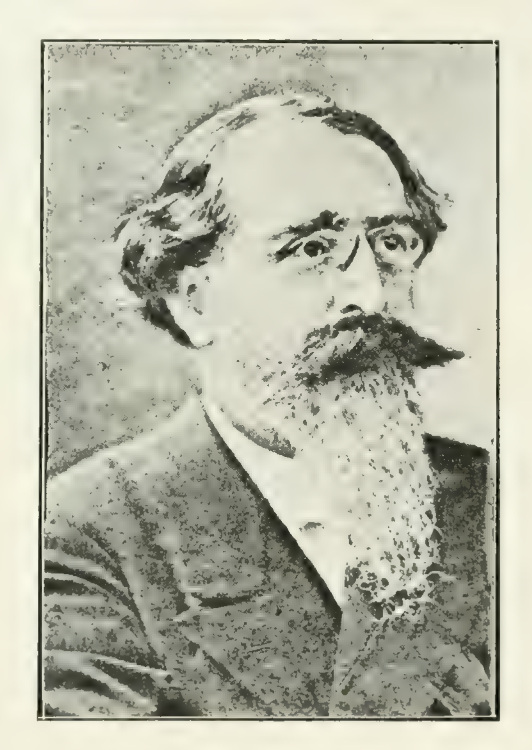
Llegamos al fin á las ambulancias francesas. Éramos unos ciento cincuenta fugitivos, mujeres y ancianos. Nosotros y otra columna, que salió en distinta dirección, somos todos los que sobrevivimos del vecindario de Nomeny.

Los alemanes se llevaron á muchos hombres como rehenes. Recogieron á todos los habitantes varones, incluso los viejos y los muchachos de quince años. Muchos fueron fusilados.»

Al iniciarse las hostilidades, el diputado M. Mirman solicitó un puesto de peligro, yendo á ocupar el cargo de prefecto del departamento de Meurthe y Mosela, donde todos esperaban que iban á desarrollarse las operaciones decisivas de la guerra.

El prefecto Mirman dió muestras de habilidad y energía en el desempeño de sus funciones, esforzándose por mantener el entusiasmo patriótico y remediar los grandes perjuicios causados por la invasión alemana.

Todos los actos de salvajismo que los prusianos realizaron en la Lorena francesa durante la primera quincena de Agosto, los resumió Mirman en un informe dirigido al gobierno. Mujeres, muchachas y viejos fueron asesinados por los guerreros alemanes en los pueblos de Baudoviller, Cirey y Blamont sin razón alguna, sin el más leve pretexto, por solo el gusto de matar é infundir espanto. Las casas desaparecieron á centenares bajo las llamas. Unas fueron incendiadas al presentarse los alemanes en los pueblos: otras por venganza, al tener que retirarse perseguidos por los franceses. Además, los soldados de Guillermo II se dedicaron al saqueo, robando con la mayor tranquilidad dinero, joyas y otros objetos de valor, como si ejercitasen un derecho.



MR. MIRMAN

En Baudoviller, setenta y ocho casas fueron incendiadas metódicamente por los invasores, que emplearon el petróleo y cartuchos especiales. Once personas murieron asesinadas, entre ellas la señora Benoit, mujer del alcalde. Más adelante mencionaremos la noble y admirable conducta de M. Benoit y cómo vengó la muerte de su esposa.

Después que Baudoviller fué entregado al saqueo y los alemanes no encontraron qué robar, su artillería cañoneó la iglesia, demoliéndola. Luego, al retirarse, se llevaron quince rehenes, entre ellos el juez de paz.

En Bremeuil fueron asesinadas cinco personas. Una de las víctimas fué un anciano de 74 años. Un vecino que había sido herido pocos días antes y estaba acostado en su casa, pereció de un modo horrible. Los alemanes prendieron fuego á su vivienda, y el enfermo murió quemado en compañía de su madre que le cuidaba, vieja señora de 70 años. El alcalde de la población que intentó protestar recibió un balazo en un hombro.

El pueblo de Parux quedó convertido en un montón de ruinas. Todas las casas fueron quemadas por los alemanes, que apenas entraron en el pueblo emplearon sus proyectiles incendiarios.

Oslamont, población inmediata, se libró del incendio, pero alguuos de sus habitantes fueron asesinados, entre ellos una infeliz muchacha. Todos los establecimientos importantes sufrieron el saqueo reglamentario.

Los alcaldes de las poblaciones de la Lorena francesa dieron ejemplo de valor y serenidad, haciendo frente á la barbarie invasora con sus protestas y defendiendo las personas é intereses de sus administrados, á riesgo de perder la vida. Entre ellos se distinguió especialmente M. Benoit, el *maire* de Baudoviller, que ya hemos mencionado. En solo un día experimentó los más trágicos dolores que puede conocer un hombre. Los alemanes asesinaron á su esposa é incendiaron á continuación su casa de comercio, que representaba toda una vida de trabajo y su única fortuna. Pero el magistrado popular olvidó sus propios dolores para pensar únicamente en los del vecindario, discutiendo con los alemanes, haciéndoles frente, esforzándose para evitar que consumasen la ruina de la población, infundiendo ánimos al vecindario aterrado, improvisando recursos para las gentes privadas de hogar y de alimentos.

Al día siguiente de estas desgracias los enemigos se retiraron ante el avance de las tropas francesas, evacuando á Baudoviller. Un prisionero alemán fué llevado á la población. Era de los que habían tomado parte en el saqueo. El vecindario, á impulsos de una cólera justificada por el recuerdo de tantas atrocidades, se amotinó, pretendiendo matar al prisionero. El alcalde Benoit se interpuso, cubriéndolo con su cuerpo y arengando á la muchedumbre, para recordarle el respeto sagrado que merece todo vencido. Gracias á este hombre generoso, el alemán salvó su vida. ¡Y tal vez era uno de los que veinticuatro horas antes destruyeron su fortuna y asesinaron á su esposa!...

El gobierno francés, al conocer la conducta del alcalde de Baudoviller, le dió la cruz de la Legión de Honor.

Los crímenes alemanes en Lorena no tuvieron por únicos testimonios las afirmaciones de los franceses. Al avanzar las tropas de la República apoderándose de varios convoyes enemigos, cayeron en sus manos muchas cartas que los alemanes enviaban á sus familias. Estos papeles contenían numerosas confesiones de un cinismo repugnante, que demuestra cómo los superhombres de la *Kultur* conciben la guerra.



MAPA GENERAL DE LORENA



PONT-À-MOUSSON ANTES DEL BOMBARDEO

«Todos los civiles franceses—dice una carta—son fusilados, solo con que tengan una cara sospechosa.»

«Fusilamos todo lo que encontramos—dice otra carta—, los hombres y hasta los muchachos que aun no son adultos.»

Otra carta de guerrero alemán: «He visto pasar tres convoyes de campesinos franceses. Todos serán fusilados.»

De otra carta: «Hemos fusilado habitantes de catorce á sesenta años. La cacería ha sido de treinta piezas.»

En veinte cartas de los alemanes que invadieron la Lorena francesa, se repiten las mismas frases: «todos han sido fusilados»; «lo fusilamos todo»; «no hemos dejado un habitante vivo, exceptuando á las mujeres».

Este furor homicida de los soldados del kaiser intentaba justificarse en las cartas, con la afirmación de que los paisanos tiraban contra ellos al entrar en los pueblos, y que el gobierno francés había dado armas y municiones á los vecindarios. La misma excusa que en Bélgica, para disimular su barbarie. Los jefes alemanes, al entrar en Francia, se cuidaron de propagar estas leyendas entre sus hombres para excitar su ferocidad.

Pero tales acusaciones estaban desprovistas por completo de razón. Los hombres de espíritu imparcial que figuraban en las filas alemanas lo reconocían así. Hemos mencionado el cuaderno de notas de un oficial sajón muerto en un combate. Este hombre, que amaba la verdad por encima de los apasionamientos de casta, escribió lo siguiente: «Decimos que los habitantes tiran contra nosotros, pero en realidad son los aduaneros y los guardias forestales.»

El avance de los franceses en la Lorena enexionada y en Alsacia se continuó con éxito durante los días 17 y 18 de Agosto.

El generalísimo Joffre dió cuenta de tales progresos, con su acostumbrada sobriedad, en el comunicado siguiente:

«Durante toda la jornada de ayer, 17 de Agosto, no hemos cesado de progresar en la Alta Alsacia. La retirada del enemigo se efectúa de este lado en el mayor desorden. Por todas partes abandona heridos y material.

»Hemos conquistado la mayor parte de los valles de los Vosgos en la vertiente alsaciana y pronto llegaremos á la llanura.

»Al Sur de Sarrebourg (Lorena) el enemigo había organizado delante de nosotros una posición bien fortificada y sólidamente sostenida con artillería gruesa.

»Los alemanes se han replegado precipitadamente en la tarde de ayer. Actualmente nuestra caballería los persigue. Además, hemos ocupado toda la región de los estanques hasta el Oeste de Fenetrange.

»Nuestras tropas desembocan frente al Seille, en el cual muchos de los pasos han sido abandonados por los alemanes. Nuestra caballería está ya en Chateau-Salins.

»En todas las acciones empeñadas durante los últimos días, tanto en Lorena como en Alsacia, los alemanes han sufrido pérdidas importantes.

»Nuestra artillería es de un efecto desmoralizador y fulminante para el adversario.

»En general, hemos obtenido durante las últimas



EL HOSPICIO DE SAN FRANCISCO, DE PONT-À-MOUSSON, DESTRUÍDO POR LOS OBUSES ALEMANES

jornadas éxitos importantes que honran muchísimo á nuestras tropas, cuyo ardor es incomparable, y á los jefes que las conducen al combate.

JOFFRE»

El 19 de Agosto las noticias de Lorena continuaron siendo buenas para Francia. Sus tropas habían entrado en Chateau-Salins, ocupado el día anterior por las avanzadas de caballería. Además se extendían á Dieuze, progresando con rapidez al otro lado del río Seille. La línea francesa se desarrollaba desde repelieron á las tropas alemanas y nuestras vanguardias llegaron á Delme, Dieuze y Morhange.

»En la jornada de ayer varios cuerpos de ejército alemanes han emprendido sobre todo el frente un vigoroso contraataque.

»Nuestras vanguardias se han replegado sobre el grueso del ejército, y ha comenzado el combate, extremadamente vivo, de una y otra parte. Á causa de la superioridad numérica del enemigo, nuestras tropas, que llevan batiéndose seis días sin interrupción, han tenido que correrse atrás.



EL CEMENTERIO DE PONT-À-MOUSSON DESPUÉS DEL BOMBARDEO DE LOS ALEMANES
ENTRE LAS TUMBAS DESTRUÍDAS ESTÁ EL MAUSOLEO DEL MARISCAL DUROC, COMPAÑERO FIEL DE NAPOLEÓN

las cercanías de Sarrebourg hasta Delme, pasando por Morhange. El avance francés arrollaba los obstáculos y su éxito parecía seguro.

Pero al día siguiente, 20 de Agosto, la jornada resultó menos satisfactoria. Las avanzadas francesas tropezaron con fuerzas alemanas superiores que ocupaban posiciones muy fuertes, teniendo que retroceder al abrigo del grueso del ejército. Éste se había establecido sólidamente en las orillas del Seille y del canal que va del Marne al Rhin.

El gobierno francés explicó el suceso el 21 de Agosto con el siguiente comunicado:

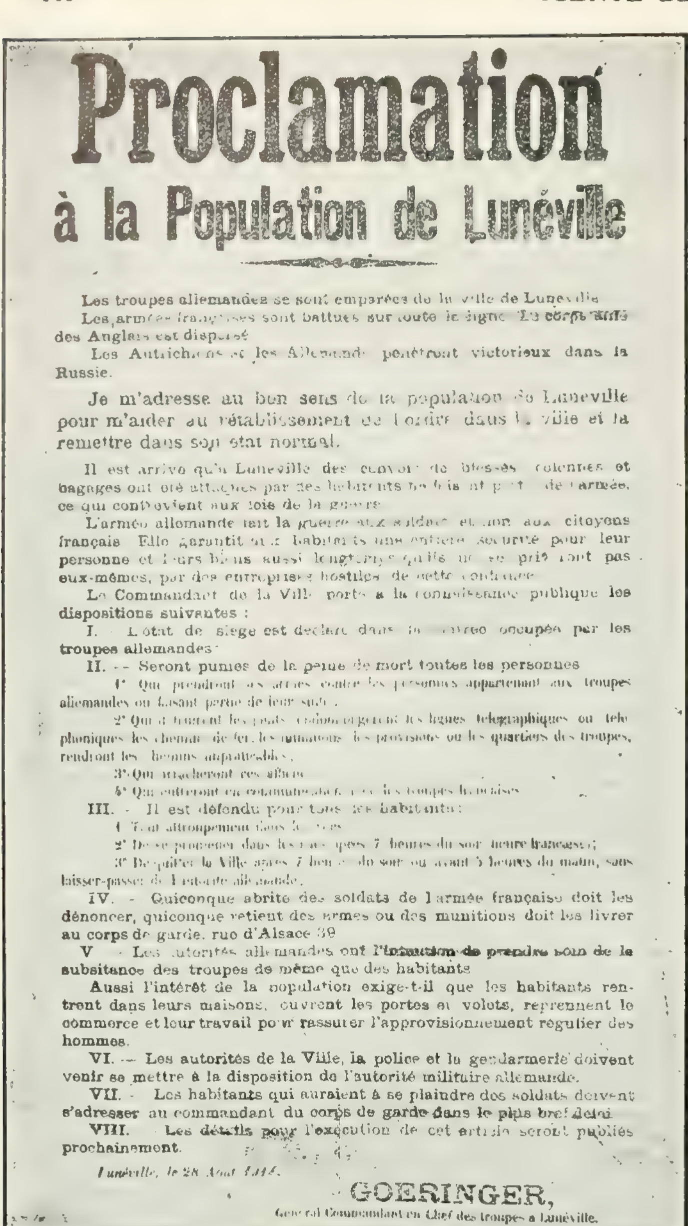
«Sabido es que, luego de reconquistar la frontera, nuestras tropas han avanzado en la Lorena anexionada sobre todo el frente desde Donon á Chateau-Salins.

»En el valle del Seille y la región de los estanques

»Nuestra izquierda cubre las obras avanzadas de Nancy. Nuestra derecha está sólidamente instalada en el macizo del Donon.

»La importancia de las fuerzas enemigas no nos habría permitido mantenernos en la Lorena anexionada, más que á costa de una imprudencia inútil.»

Lo que quería decir en resumen el comunicado oficial con grandes precauciones para no alarmar á la opinión, era que la ofensiva francesa en Lorena había fracasado. Después de seis días de incesantes combates y de obtener algunos éxitos, las tropas francesas tenían que replegarse. Como ocurre siempre en los acontecimientos desgraciados, se buscó hacer responsable á alguien de este fracaso, achacando la culpa al 15.° cuerpo de ejército francés, compuesto en su mayor parte de soldados del Mediodía. Según la voz



Proclamation
à la Population de Lunéville

Les troupes allemandes se sont emparées de la ville de Lunéville.
Les armées françaises sont battues sur toute la ligne. Le corps [illegible] des Anglais est dispersé.
Les Autrichiens et les Allemands pénétrent victorieux dans la Russie.

Je m'adresse au bon sens de la population de Lunéville pour m'aider au rétablissement de l'ordre dans la ville et la remettre dans son état normal.

Il est arrivé qu'à Lunéville des convois de blessés, colonnes et bagages ont été attaqués par des habitants [illegible] de l'armée, ce qui contrevient aux lois de la guerre.

L'armée allemande fait la guerre aux soldats et non aux citoyens français. Elle garantit aux habitants une entière sécurité pour leur personne et leurs biens aussi longtemps qu'ils ne se priveront pas eux-mêmes, par des entreprises hostiles de cette confiance.

Le Commandant de la Ville porte à la connaissance publique les dispositions suivantes:

I. — L'état de siège est déclaré dans [illegible] occupées par les troupes allemandes.

II. — Seront punies de la peine de mort toutes les personnes

1° Qui prendront les armes contre les personnes appartenant aux troupes allemandes ou faisant partie de leur suite.

2° Qui [illegible] les ponts [illegible] les lignes télégraphiques ou téléphoniques les chemins de fer, les [illegible] les provisions ou les quartiers des troupes, rendront les [illegible].

3° Qui attacheront ces affiches.

4° Qui entreront en communication avec les troupes françaises.

III. — Il est défendu pour tous les habitants:

1° Tout attroupement dans les rues.

2° De se promener dans les rues après 7 heures du soir (heure française);

3° De quitter la Ville après 7 heures du soir ou avant 5 heures du matin, sans laisser-passer de l'autorité allemande.

IV. — Quiconque abrite des soldats de l'armée française doit les dénoncer, quiconque retient des armes ou des munitions doit les livrer au corps de garde, rue d'Alsace 39.

V. — Les autorités allemandes ont l'intention de prendre soin de la subsistance des troupes de même que des habitants.

Aussi l'intérêt de la population exige-t-il que les habitants rentrent dans leurs maisons, ouvrent les portes et volets, reprennent le commerce et leur travail pour rassurer l'approvisionnement régulier des hommes.

VI. — Les autorités de la Ville, la police et la gendarmerie doivent venir se mettre à la disposition de l'autorité militaire allemande.

VII. — Les habitants qui auraient à se plaindre des soldats doivent s'adresser au commandant du corps de garde dans le plus bref délai.

VIII. — Les détails pour l'exécution de cet article seront publiés prochainement.

Lunéville, le 28 Août 1914.

GOERINGER,
Général Commandant en Chef des troupes à Lunéville.

PROCLAMA FIJADA EN LUNEVILLE DURANTE LA OCUPACIÓN ALEMANA

pública, este cuerpo, falto de experiencia militar, había experimentado un pánico en el momento más difícil del combate, echando pie atrás y obligando á retirarse al resto del ejército. Durante varios días se habló de severos castigos impuestos á dicha tropa, de medidas correccionales contra determinados jefes, y las gentes noveleras fantasearon mucho sobre lo ocurrido en Lorena.

Realmente los franceses experimentaron en su retirada grandes pérdidas, abandonando cierta cantidad de artillería. El número de prisioneros fué también importante.

Los alemanes, satisfechos de su éxito, lo exageraron considerablemente, describiendo como una victoria decisiva la retirada de los franceses. Tan ruidosas y faltas de verdad fueron sus noticias, que el gobierno francés creyó necesario desmentirlas oficialmente el 22 de Agosto, en la siguiente Nota comunicada á la prensa:

«Los telegramas oficiales alemanes y los de la agencia Wolff, anuncian que el fracaso sufrido por nosotros en Lorena el 20 de Agosto se ha transformado el 21 en una derrota en la que hemos perdido 10.000 prisioneros y 50 cañones. Estas exageraciones son ridículas. El éxito obtenido por los alemanes en Lorena no es superior al que nosotros hemos obtenido en Alsacia. Además, el número de cañones que hemos dejado entre sus manos es ciertamente inferior al de las piezas que les hemos tomado en Alsacia. En cuanto al total de muertos, heridos, prisioneros y desaparecidos no llega ni con mucho á la cifra de 10.000 dada por los alemanes como número solamente de los prisioneros. Ninguna de nuestras tropas, en el curso de la retirada, ha repasado el Meurthe. Nuestras fuerzas permanecen al Norte de Nancy.

»Este retroceso momentáneo, á consecuencia de un vigoroso movimiento de avance, no es más que un episodio de una lucha que traerá necesariamente numerosas alternativas de flujo y de reflujo.

»Nuestras tropas de Lorena permanecen llenas de ardor, de voluntad de vencer, y no aspiran más que á vengar cuanto antes á sus muertos.»

Estas palabras del gobierno francés no podían disimular lo crítico de la situación.

La verdad era que el 2.° ejército mandado por Castelnau, había sufrido en Lorena una derrota, y que si los cuerpos bávaros que operaban en dicha región seguían avanzando, corría peligro la seguridad de toda la línea francesa tendida á lo largo del Sambre y del Mosa, precisamente en el momento que estaba haciendo frente á la enorme invasión que llegaba por la parte de Bélgica.

Al día si-

Bekanntmachung

Wer Feldtelegraphen- oder Fernsprechleitungen beschädigt oder diese Bekanntmachung abreißt, wird erschossen.

Wird der Täter nicht ergriffen, so treten die strengsten Maßnahmen gegen die Gemeinde ein, auf deren Gebiet die Beschädigung vorgenommen worden ist.

Großes Hauptquartier.

AVIS.

Sera fusillé: Quiconque endommagera un fil ou un câble du service télégraphique ou téléphonique, également quiconque arrachera cette affiche-ci.

Si un tel délit a en lieu dans le territoire d'une commune, celle-ci encourra les plus graves représailles, dans le cas où le coupable ne serait pas saisi.

Le Grand Quartier Général Allemand.

ОБЪЯВЛЕНІЕ.

Каждый, повреждающій какимъ-либо образомъ военнотелеграфныя или телефонныя линіи или отдирающій настоящую прокламацію, будетъ разстрѣлянъ.

Въ томъ случаѣ, если виновные не будутъ схвачены, строжайшая отвѣтственность возложена будетъ на ту волость, въ чертѣ которой произойдетъ порча.

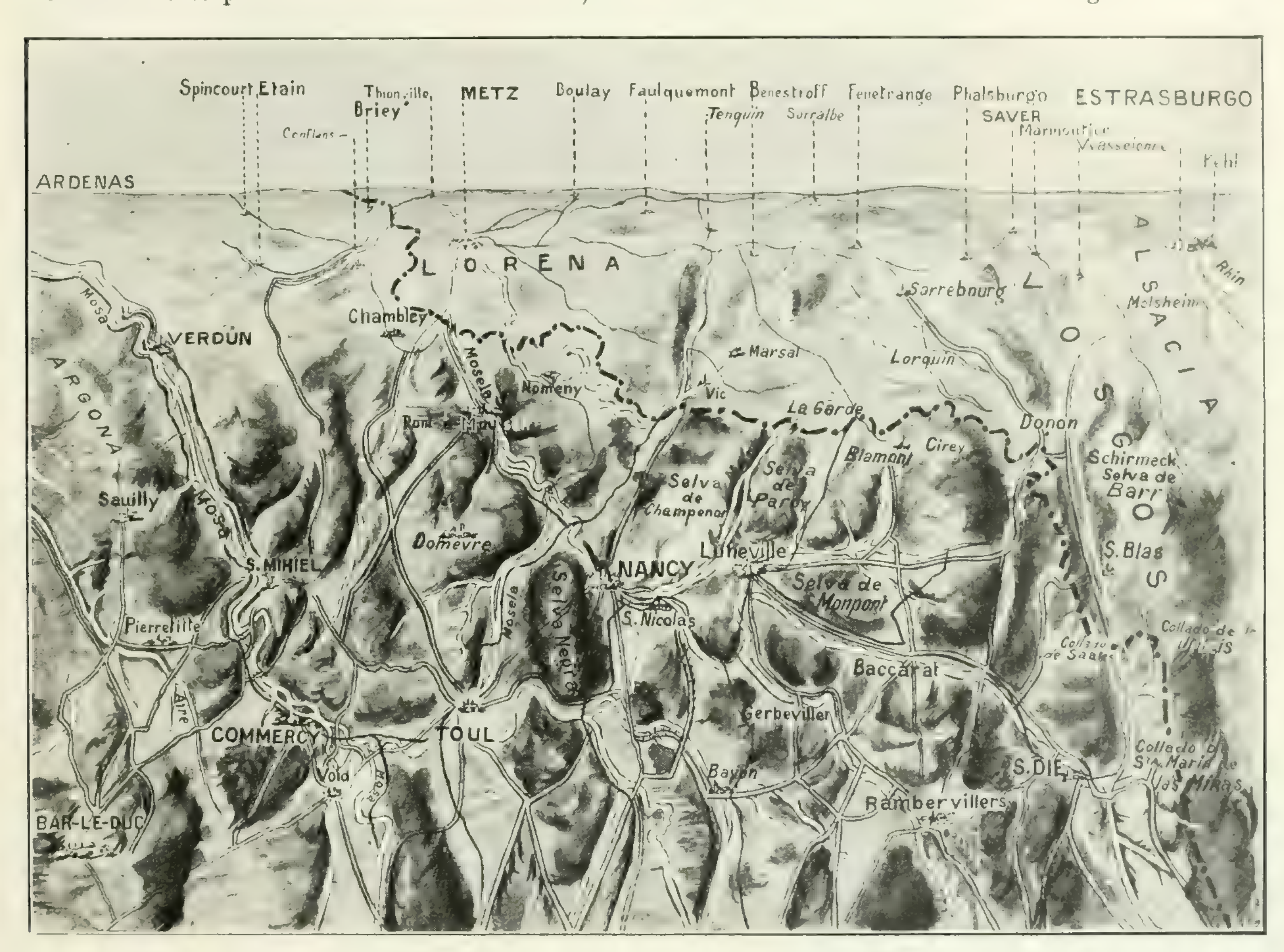
Главнокомандующій германскими арміями.

BANDO GENERAL EN TRES IDIOMAS, FIJADO POR LOS ALEMANES EN LUNEVILLE

guiente, 23 de Agosto, circuló otra mala noticia. Las tropas alemanas de Lorena habían ocupado á Luneville. El alcalde M. Jorge Keller y doce de sus conciudadanos fueron aprehendidos como rehenes y sólo recobraron la libertad pasados diez días. La ocupación de Luneville duró hasta el 12 de Septiembre, abandonándola los alemanes á consecuencia de la batalla del Marne. Durante los veinte días que permaneció bajo el dominio de los alemanes, doce habitantes fueron asesinados y 110 casas devoradas por el incendio.

Cuatro días después de la caída de Luneville, los tiempo de Vauban. Sólo cuando la mitad del batallón hubo muerto, se decidió el gobernador á aceptar la entrega de la plaza. El gobierno francés premió el heroísmo del teniente coronel Darche nombrándolo oficial de la Legión de Honor por su «conducta heroica en la defensa de Longwy».

Llegaba para Francia el momento más terrible de la guerra, el minuto crítico de su existencia, la gran prueba á que la sometía el destino. Estos días de suprema ansiedad los mencionan los historiadores con el título de «la tercera semana de Agosto».



PLANO PANORÁMICO DE LA LORENA

La línea fronteriza franco-alemana sigue las crestas de los Vosgos

franceses perdieron otra población en la frontera, aunque esta pérdida revistió toda la majestad de un acto de gran heroísmo. La vieja plaza de Longwy se entregó el 27 de Agosto, después de una resistencia tenaz, desesperada, y sin otro objeto que dejar á salvo el honor.

Esta plaza fuerte que contaba dos siglos y medio de existencia y sólo tenía un valor histórico, se sostuvo veinticuatro días por la firmeza de su gobernador, el teniente coronel Darche. Longwy sólo estaba guardado por un batallón, pero el puñado de héroes hizo frente desde el 5 de Agosto á numerosas fuerzas alemanas.

Los sitiadores tuvieron que apelar al bombardeo para apoderarse de unos bastiones construídos en

III

El momento crítico.—Castelnau el tenaz.—Cómo fué salvado Nancy.—La batalla de tres semanas en el Gran Coronado.

Para darse cuenta de la situación y de lo angustiosas que resultaban las circunstancias el 23 de Agosto para la República Francesa, hay que volver la vista atrás, haciendo un resumen de las operaciones desde el principio de la guerra, así como de los preparativos de Alemania.

Un notable crítico militar, el redactor anónimo que comenta los sucesos de la guerra en el *The Times*

de Londres, sintetizó de un modo claro todo lo ocurrido en las tres semanas de Agosto, fijando al mismo tiempo con sobriedad magistral la actitud de las dos naciones antagonistas:



UNA BATERÍA ALEMANA DESPUÉS DE HABER RECIBIDO EL FUEGO CERTERO DE LOS CAÑONES FRANCESES (Fot. Rol)

«Todos los que hayan leido—dice el crítico inglés—la correspondencia diplomática que se terminó bruscamente el 4 de Agosto, reconocerán que la actitud de Francia fué de una corrección irreprochable, casi exagerada. La más altiva de las naciones hizo todos los sacrificios para mantener la paz, exceptuando el que consiste en rehusar la guerra.

En los últimos años no había sido bien servida por algunos de sus hombres de Estado. Pero en cambio se vió secundada brillantemente por sus diplomáticos. Francia se daba cuenta de las intenciones de Alemania, pero sin embargo, hasta el último momento persistió en trabajar por la paz. Su nueva ley militar no habia tenido tiempo para hacer sentir sus efectos. Sus aprovisionamientos de municiones resultaban insuficientes. La República no sentia la necesidad de satisfacer ninguna ambición belicosa. Su deseo de conciliación era tan grande como se lo permitían las exigencias de su honor.

La guerra le fué impuesta, y la aceptó, con la clara conciencia de haber hecho todo lo posible por evitarla. Sonó entonces para el pais una hora solemne. La nación entera ofreció el aspecto de un hombre que acepta un combate porque no lo puede rehusar, comprendiendo al mismo tiempo que todas las probabilidades están en contra suya. Francia no estaba preparada: en parte, por su culpa y en parte por causas ajenas á su voluntad. Su misma falta de preparación demuestra que no tuvo culpabilidad alguna en el crimen de esta guerra.



PIEZAS ALEMANAS DESTROZADAS POR LOS CAÑONES FRANCESES DE 75 (Fot. Meurisse)

[EL PLAN ALEMÁN.—Con frecuencia se comprende mal la actitud de Alemania en Agosto de 1914. Se dice que por locura llegó á desafiar al



EFECTO DE UN OBÚS FRANCÉS DE 75 EN UN ÁRBOL

universo entero. En realidad, sus cálculos no tuvieron nada de insensato.

Durante toda una generación los mejores cerebros de Alemania se habían dedicado al estudio de la guerra. Lentamente construyeron una máquina poderosa, como jamás la conoció la historia del mundo.

Alemania cree que en el arte de la guerra los otros pueblos no son más que simples aficionados. Juzga que ella sola conoce á fondo esta ruda profesión. Á sus ojos sólo ella posee la ciencia y los medios de la guerra. Su ejército era mucho más numeroso que todos los ejércitos que una nación ó una coalición de naciones podía poner en línea pasados largos meses.

Desde mucho antes había previsto la posibilidad de una guerra en dos frentes, contra Francia y Rusia á la vez. Esperaba recomenzar sus éxitos de 1870. Su objetivo era asestar á Francia un golpe rápido y aplastador, tan terrible como el de 1870, que destruyese en pocos días los ejércitos franceses y obligase á la nación á suscribir la paz. Después de esto, mientras Francia quedaba guardada por débiles tropas, Alemania lanzaría sus enormes ejércitos hacia el Este, procediendo contra Rusia. No esperaba conquistar á Rusia, pero sí infligirle tal derrota que la obligase á romper su alianza. Una vez Francia conquistada y Rusia vencida, el imperio alemán tendría la tranquilidad necesaria para aniquilar á su principal enemigo, ó sea á la Gran Bretaña.

Todo este plan dependía de una derrota rápida de Francia. Si el golpe decisivo—«la batalla sin día siguiente» para valernos de la misma frase alemana—resultaba un fracaso, habría que rehacer necesariamente todo el plan de ataque. El tiempo era el elemento esencial en los cálculos de Alemania. El fin que se había propuesto debía realizarlo con gran rapidez.

Alemania disponía por su movilización de 25 cuerpos de ejército, y dirigió 21 contra Francia. Tenía 33 cuerpos de reserva: envió 22 al frente occidental,



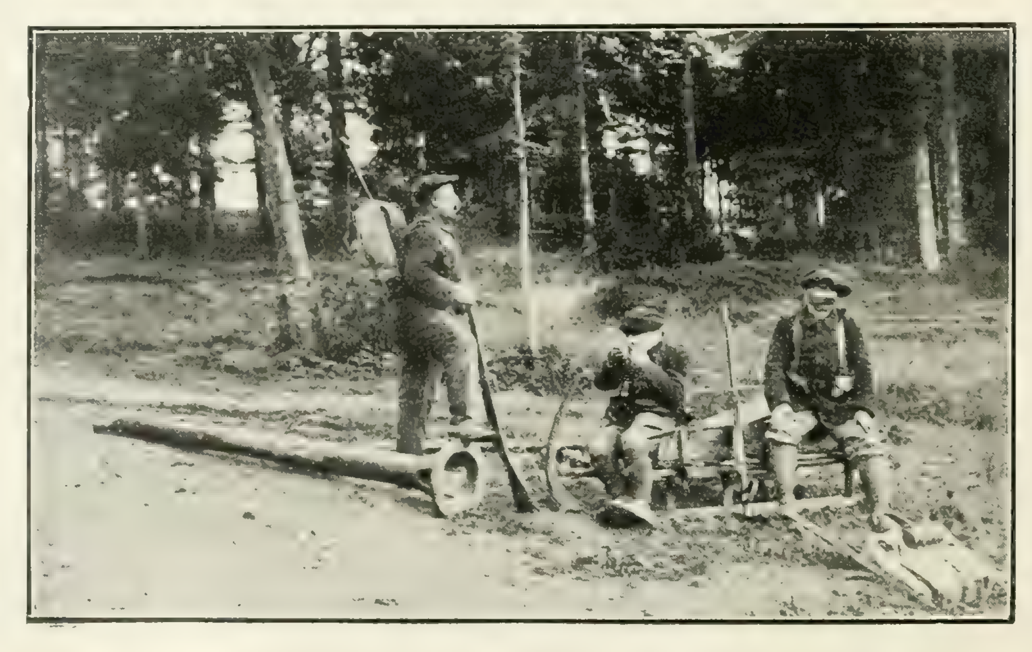
ÁRBOL TRONCHADO POR UN OBÚS DE 75 (Fots. Meurisse)

CAMPAMENTO DE CAZADORES ALPINOS EN LOS VOSGOS

ó sea contra los franceses. Poseía 15 cuerpos de landwehr: 8 fueron destinados á sostener el primer ataque contra Francia.

Eran 51 cuerpos los que franquearon la frontera del Oeste. En conjunto, dos millones y medio de hombres, y no representaban más que las primeras formaciones. Como se verá luego, la gran masa de unidades constituídas á continuación fué igualmente empleada en el frente Oeste. Pero el número no es más que uno de los elementos de la fuerza alemana, que cuenta con otros muchos. Un sistema perfeccionado de espionaje en tiempo de paz, había permitido preparar con anticipación los campos de batalla posibles. Por adelantado había resuelto Alemania el problema que le planteaban los fuertes, guardadores de la frontera. Sus monstruosos obuseros, capaces de pulverizar los muros más espesos de cemento y de acero, estaban prontos á entrar en acción.

El gran número de sus vehículos automóviles, le permitía mover sus inmensas masas armadas con una rapidez desconocida en la Historia. Su artillería de campaña, comparada con la de los aliados, ofrecía la proporción de dos por uno. Su plan estratégico estaba combinado para dar el mayor número de resulta-



ALPINOS EN LOS VOSGOS DESPUÉS DE ARRANCAR UN POSTE FRONTERIZO

SOLDADOS FRANCESES ASERRANDO ÁRBOLES PARA CONSTRUIR TRINCHERAS

dos posibles en el tiempo más breve, valiéndose de una aplastadora preparación de artillería, seguida de ataques de infantería formada en masas profundas. Alemania podía permitirse un derroche enorme de hombres y de obuses. Sus reservas eran abundantes.

Además, inmensos cuerpos de caballería debían crear en torno de sus alas una zona de destrucción en la que las poblaciones civiles serían presas del terror. Para acelerar este pánico, Alemania se mostraba resuelta á combatir sin tener en cuenta ninguna de las antiguas prescripciones del derecho de gentes.



UNA AMETRALLADORA FRANCESA EN LOS VOSGOS

La política de Alemania sólo puede comprenderse teniendo en cuenta que estaba convencida de que iba á triunfar desde el primer momento de un modo decisivo, lo que le permitiría reirse á continuación de todas las protestas del mundo. Esta crueldad pueril, verdadera causa de su pérdida, resultó en el primer avance hacia el Oeste un instrumento terrible.

El problema de Francia.—Contra esta invasión que descendía hacia ella lo mismo que un torrente, Francia sólo podía poner en línea de combate de un millón á un millón y medio de hombres. Sobre el papel la cifra de los efectivos era más grande. Pero á consecuen-



PRISIONEROS ALEMANES ATRAVESANDO UNA ALDEA FRANCESA (Fot. Meurisse)

cia de la aplicación incompleta de su nueva ley militar y de la insuficiencia de sus equipos, Francia no podía reunir la cifra consignada en el papel antes de algunos meses. Por esto Alemania había procurado sorprender á su antigua enemiga.

El problema que debía resolver el general Joffre era de una dificultad tal, que hubiese espantado á los más grandes capitanes. Los efectivos de que disponía (aun comprendiendo en ellos al cuerpo expedicionario británico) no representaban más que la mitad de las fuerzas asaltantes. Debía esperar el ataque del adversario en un frente de más de 500 kilómetros, y como Alemania se había asegurado la iniciativa por la velocidad de su movilización, Joffre ignoraba sobre qué punto iba á concentrarse el principal esfuerzo del agresor.

El generalísimo siguió la famosa máxima de Napoleón: «Primero se entabla el combate y después se va viendo.» Su voluntad fué ponerse en contacto en toda la línea con las fuerzas enemigas.

Sin embargo, corría el riesgo de marchar rectamente á un desastre si se limitaba á esperar para ver. Por esto se inspiró en otra máxima napoleónica, conservando detrás de su frente considerables reservas. El principio táctico que sirvió á Napoleón para ganar la batalla de Jena, fué ensanchado hasta convertirse en el principio esencial de la campaña. Si las tropas francesas que habían de sostener el primer contacto con las fuerzas principales del enemigo conseguían demorar la batalla decisiva batiéndose lentamente en retirada, habría el tiempo necesario para concentrar las reservas y lanzarlas en un momento favorable contra el adversario.

Este plan era el único plan de defensa que los franceses podían adoptar.

Desde las primeras semanas de la guerra ciertos hechos se impusieron á la atención de los técnicos.



INTERROGATORIO DE UN PRISIONERO ALEMÁN (Fot. Rol)



PRISIONEROS ALEMANES EN LA PLAZA DE UN PUEBLO (Fot. Meurisse)

Era evidente el gran esfuerzo numérico hecho por los alemanes. Era cierto que su ala derecha, extremadamente fuerte, iba á avanzar por las llanuras de Bélgica hacia las líneas del Sambre, al mismo tiempo que el ala izquierda, apoyándose en Metz, buscaría abrirse un camino por Nancy hacia París. ¿Dónde iba á desarrollarse el ataque principal?...

Sobre este punto sólo se podían hacer conjeturas. Un jefe de ejército, cuando ha terminado sus cálculos, se encuentra siempre ante el problema de las probabilidades. El general Joffre se esforzó por reducir al mínimum la incertidumbre.

Al comenzar la tercera semana de Agosto, sus ejércitos de frontera estaban agrupados á lo largo del Sambre y del Mosa. Otro ejército cubría á Verdún por el Norte. El general Joffre resolvió acelerar el ataque por la parte de Nancy, estimando que un avance francés por la parte de Lorena podría retardar los progresos de los cuerpos bávaros impidiendo que fuesen á apoyar la acción del grueso alemán en el Mosa.

La ofensiva pareció al generalísimo la mejor manera de defender la frontera oriental de Francia.

La tercera semana de Agosto.—Tales eran, en la tercera semana de Agosto, los elementos del problema que debían resolver los franceses.



UNA CONDUCCIÓN DE PRISIONEROS ALEMANES DESCANSANDO

Sabido es lo que ocurrió. Los cuatro cuerpos del 2.° ejército mandado por Castelnau—entre los que figuraba el famoso 20.° cuerpo dirigido por el general Foch—franquearon la frontera metiéndose en la Lorena anexionada con dirección á Metz, mientras que el 1.er ejército, al mando del general Dubail, ocupaba las crestas de los Vosgos.

El 19 de Agosto los franceses estaban ya en Sarrebourg, ocupando los dos lados del ferrocarril de Metz á Estrasburgo y desbordaban por todos los valles.

Pero al día siguiente fueron detenidos en su avance. Los cuerpos bá-

varos procedentes de Metz empujaron rudamente el ala izquierda de los franceses entre Pont-à-Mousson y Chateau-Salins. Después la cortaron. Todo el centro y la derecha tuvieron que retroceder para salvar á la izquierda en retirada. Dos días después los alemanes entraban en Luneville y dirigían todos sus esfuerzos contra las alturas del Grand-Couronné de Nancy, última defensa de la frontera del Este. El 23 de Agosto empezó la batalla de Nancy—llamada batalla del Gran Coronado—sobre una línea que se desarrolló de Pont-à-Mousson á Saint-Dié.



GRUPO DE CICLISTAS MILITARES FRANCESES SALIENDO PARA PRACTICAR UN RECONOCIMIENTO EN LORENA

El domingo 23 de Agosto el general Joffre tenía que hacer frente á una situación la más crítica que ha conocido la historia de su país, después de Sedán.

La avalancha alemana se había lanzado á través de Bélgica contra la línea del Sambre y el Mosa y era mucho más formidable que la habían supuesto los mayores pesimistas. Esta ala derecha mandada por Kluck y Bülow, que todos creían al principio compuesta de seis cuerpos de ejército, constaba de nueve muy nutridos. Namur acababa de caer en sus manos. Sus fuertes habían sido pulverizados por los grandes cañones que imprudentemente dejaron los sitiados aproximarse.

Un nuevo ejército inesperado, el de los sajones, mandado por Von Hausen, había forzado el paso del Mosa cortando el centro de los aliados. (La llamada batalla de Charleroi.)

Los fuertes de la frontera belga resultaban inútiles. Las tropas amasadas para guardarlos y sostenerlos eran repelidas.

Mientras tanto, los bávaros, entusiasmados por su victoria en Lorena, amenazaban con envolver el flanco de los ejércitos franceses situados en el Norte, cortando sus comunicaciones con las reservas y con la capital. París resultaba accesible al enemigo por el Norte, y al mismo tiempo su defensa por la parte del Este se hallaba comprometida.

En cierto momento llegó á creerse que se iban á realizar las predicciones más pesimistas, y que luego de haber perdido las líneas de la frontera y haber perdido París, los aliados en retirada tendrían que reanudar la lucha en el Sudoeste de Francia, atrincherándose como los ingleses de Wellington en Torres-Vedras.

No era posible emplear las reservas. Estaban prontas á entrar en acción, pero en Alsacia, en Borgoña y detrás de París. Faltaba tiempo para traerlas.

No pudiendo las reservas ir al frente, el frente debía retroceder hasta encontrarse con ellas. Así puede condensarse en una frase la explicación de lo que ocurrió entre el 23 de Agosto y el 5 de Septiembre.





Dibujo de M. Wollen, de «The Graphic» de Londres

Los dragones frances



entrando en Alsacia



La gran retirada.—Federico II ha dicho que la dirección de una buena retirada, frente á un enemigo victorioso, es la más difícil de las operaciones de guerra.

Avanzando con una velocidad terrible, el ejército alemán amenazaba envolver el ala izquierda de los aliados. El centro de éstos había sido cortado en el Mosa. Á cada momento podían recibir la noticia de que *su ala derecha había sido envuelta en Lorena y que el enemigo avanzaba en la Champaña por detrás de sus líneas.*

En tales momentos las combinaciones estratégicas meditadas calmosamente durante la paz no sirven. Solo quedaba el recurso de batirse en retirada, pero rápidamente, desesperadamente, hasta llegar á una línea donde la resistencia fuese posible.

Durante este período de crisis, el general Joffre se mostró á la altura de la situación. Un espíritu menos amplio se habría aprovechado de ciertos éxitos locales, como el conseguido en Guisa, por ejemplo, para intentar la resistencia. Ó bien obstinándose en su primer plan, habría intentado esperar unas reservas que indudablemente hubieran llegado demasiado tarde.

EL GENERAL CASTELNAU

El generalísimo francés tuvo la valentía de ejecutar su programa de retirada con un vigor implacable, dejando al descubierto al mismo París en su maniobra de audaz defensiva.

No había que desesperar mientras Castelnau lograra sostenerse ante Nancy...

▫

Y Castelnau se sostuvo, conteniendo el avance alemán por la parte del Este.

Sin la batalla del Gran Coronado, no hubiese sido posible la retirada ordenada de Joffre, el alto y la vuelta de frente en la extensa línea entre Verdún y París, el contraataque á los perseguidores alemanes y la victoria del Marne.

Joffre pudo maniobrar con cierto desahogo contra la enorme avalancha enemiga que se desprendía del Norte, porque su derecha estaba cubierta por Castelnau, que contuvo á los bávaros y á las fuerzas mandadas frente á Nancy por Guillermo II en persona. Su resistencia duró tres semanas. Mientras tanto, los ejércitos franceses efectuaban su retirada salvadora y reanudaban á continuación la ofensiva en el Marne. Si Castelnau hubiese echado pie atrás en este momento crítico, todo se habría perdido. Los alemanes de Lorena, avanzando sin obstáculos á través de la Champaña, habrían atacado por la espalda á los ejércitos de Joffre, aniquilándolos. Ó cuando menos habrían desordenado su retirada, convirtiéndola en derrota.

El éxito del nuevo plan de Joffre, después del revés sufrido en el Sambre, ó sea en la titulada batalla de Charleroi, consistía, como dijo el crítico inglés, en que «el ala derecha francesa no fuese envuelta en Lorena y el enemigo no pudiese avanzar á espaldas de los franceses en retirada».

Castelnau, soldado tenaz, se mantuvo en el puesto señalado por el generalísimo, con la voluntad de morir por la salvación de sus hermanos de armas, y los enemigos no pudieron avanzar un paso.

▫

Una de las mayores sorpresas del principio de la presente guerra fué la rapidez con que se hicieron célebres algunos nombres desconocidos poco antes, y la celeridad con que desaparecieron y quedaron olvi-



EL GENERAL CASTELNAU HABLANDO CON SUS EDECANES EN LAS INMEDIACIONES DE UNA PEQUEÑA ESTACIÓN
(Fot. Rol)

dados otros en los que se cifraban las mayores esperanzas.

«Un ejército que no se ha batido durante una generación—dice un autor—ofrece las mayores sorpresas. Las reputaciones establecidas se derrumban, y surgen otras nuevas con la rapidez del relámpago.»

Entre los grandes méritos del general Joffre, figura el de saber escoger, con su voluntad inflexible, á los hombres de valía para confiarles los mandos, sin tener en cuenta las tradiciones ordinarias que reglamentan los ascensos. Poco le importan los años de un jefe. Su capacidad es lo único que tiene en cuenta. Por esto los generales Maunoury y Langle de Cary, que habían pasado el límite de edad al estallar la guerra y vivían en el retiro, fueron llamados el mes de Agosto á la vida activa de las armas. Foch, Sarrail y Franchet d'Esperey, eran comandantes de cuerpo de ejército en Agosto, y un mes después mandaban ejércitos. Maud'huy y d'Urbal aún avanzaron con mayor rapidez. Antes de la guerra Maud'huy, que sólo tiene 57 años, era profesor de historia militar en la Escuela Superior de Guerra. Á fines de Agosto figuraba como simple general de brigada en el 8.° cuerpo del ejército de Lorena. En tres semanas ascendió sucesivamente á general de división, comandante de cuerpo de ejército y general en jefe de ejército. Fué una promoción veloz que recordó los ascensos de la época de Napoleón. D'Urbal hizo la misma carrera en igual tiempo, viéndose comandante de ejército á los 56 años. De todos los comandantes de ejército que han hecho la guerra en el frente occidental, d'Urbal y el inglés Sir Douglas Haig son los dos más jóvenes.

Otra buena condición de Joffre fué que al escoger sus colaboradores y apreciar sus méritos profesionales con imparcial severidad, jamás tuvo en cuenta sus antecedentes políticos ó religiosos. Este general republicano, de ideas avanzadísimas, cuando fué necesario exonerar á algunos de sus colaboradores por descuido ó torpeza, procedió sin contemplaciones, castigando á camaradas de la juventud con los que estaba unido por una comunidad de ideales. En cambio, al confiar los puestos de honor y peligro, se dirigió muchas veces á generales que en la vida particular estaban separados de él por creencias irreductibles.

Teniendo en cuenta esta imparcialidad de un carácter noble, es como se comprende la colaboración estrecha, el compañerismo cariñoso de dos hombres como Joffre y Castelnau, que en las luchas civiles del tiempo de paz nunca habrían ido juntos. El demócrata Joffre aprecia los méritos del aristócrata Castelnau, fiel soldado de la República porque su país es republicano, pero cuyas predilecciones particulares se inclinan, indudablemente, en favor de la monarquía ú otra forma de gobierno personal. Por su parte, el católico Castelnau, fervoroso creyente, que ejerce sus actos de devoción siempre que se lo permiten las exigencias de la guerra, admira y obedece con entu-



EL GENERAL CASTELNAU CON UNO DE SUS AYUDANTES

siasmo al generalísimo, á pesar de que conoce su indiferencia en materia religiosa.

Castelnau, soldado tenaz, noble que vive al servicio de la República por deber profesional y por entusiasmo patriótico, resulta una personalidad de irresistible simpatía á causa de su heroísmo simple, su serenidad risueña y su grandeza de alma.

Al iniciarse la guerra, dos de sus hijos iban con él como oficiales.

El 20 de Agosto, cuando la acción de su ejército en Lorena comenzaba á ser más difícil y el horizonte de Francia se entenebrecía con los nubarrones del desastre, recibió el primer golpe mortal. Estaba dictando órdenes de combate á su Estado Mayor, cuando entró en la habitación uno de sus ayudantes, diciendo con voz trémula:

—Mi general: vuestro hijo Javier acaba de morir de un balazo en la frente, persiguiendo al enemigo.

El subteniente Javier de Castelnau era el más joven de los hijos del general, y tal vez su predilecto; un oficial audaz que por su bravura figuró varias veces en la orden del día del ejército.

Castelnau se estremeció en su asiento, calló unos segundos, parpadeó como si le hiriese la luz; pero se repuso pronto para decir simplemente á sus oficiales:

—Señores: continuemos el trabajo.

Y siguió dictando sus órdenes de batalla.

Así empezaba para Castelnau la tenaz y gloriosa resistencia de Lorena.

Diez y ocho días después, el 8 de Septiembre, cuando seguía defendiendo á Nancy y cerrando el paso á los alemanes desde las alturas que rodean á la capital lorenesa, recibió otra noticia mortal. Su hijo mayor, el teniente Gerardo de Castelnau, había sido herido de gravedad. El teniente fué conducido en una camilla al cuartel general. En presencia del padre, que estaba rodeado de su Estado Mayor, intentaron los médicos la curación del valeroso oficial. Pero la herida era gravísima, y tres horas después el teniente lanzó el último suspiro.



EL GENERAL CASTELNAU ANTE EL CADÁVER DE SU HIJO

(De la colección de dibujos de M. Andresse, editada por M. Camis en honor del heroísmo de Francia)

El general Castelnau, con el rostro crispado y los ojos secos, se inclinó sobre su hijo, besó su faz pálida, y en medio de un silencio solemne y doloroso, dijo así:

—¡Parte en paz, hijo mío! Has muerto de la más hermosa muerte que puede desearse. Yo te juro que nuestros ejércitos te vengarán al vengar á todas las familias francesas.

Y después de cubrir con un pañuelo la faz de su hijo, le hizo el saludo militar y se retiró.

Una particularidad digna de mencionarse es el origen meridional de los principales generales fran-



EL GENERAL PAU CON SUS AYUDANTES (Fot. Rol)

ceses que se han hecho célebres en la presente guerra. Joffre nació en la Cataluña francesa; Foch en un pueblo del Mediodía cercano á la frontera de España; Castelnau es también de origen meridional, y el castillo de su familia está en uno de los departamentos del Sur. En la histórica vivienda, la señora de Castelnau pasó las mayores angustias que puede sufrir una madre y una esposa durante los primeros meses de la guerra. La piadosa dama comulgaba todos los días pensando en los ausentes. Una mañana, al notar la turbación del sacerdote, presintió una noticia mortal.

—¿Cuál de los tres?—preguntó con ansiedad.

Pasados algunos días la pobre madre tuvo que preguntar: «¿Cuál de los dos?...» Luego sólo quedó uno, el más viejo, el esposo, el general, empeñado en olvidar momentáneamente sus dolores para servir con más serenidad y firmeza á su país.

▫

Otro veterano heroico que tomó parte en la desesperada resistencia de Lorena fué el general Pau.

Este general tiene un signo particular conocido de todos. Su brazo derecho fué gloriosamente mutilado en 1870, cuando era simple teniente, luchando contra los prusianos en la batalla de Woerth.

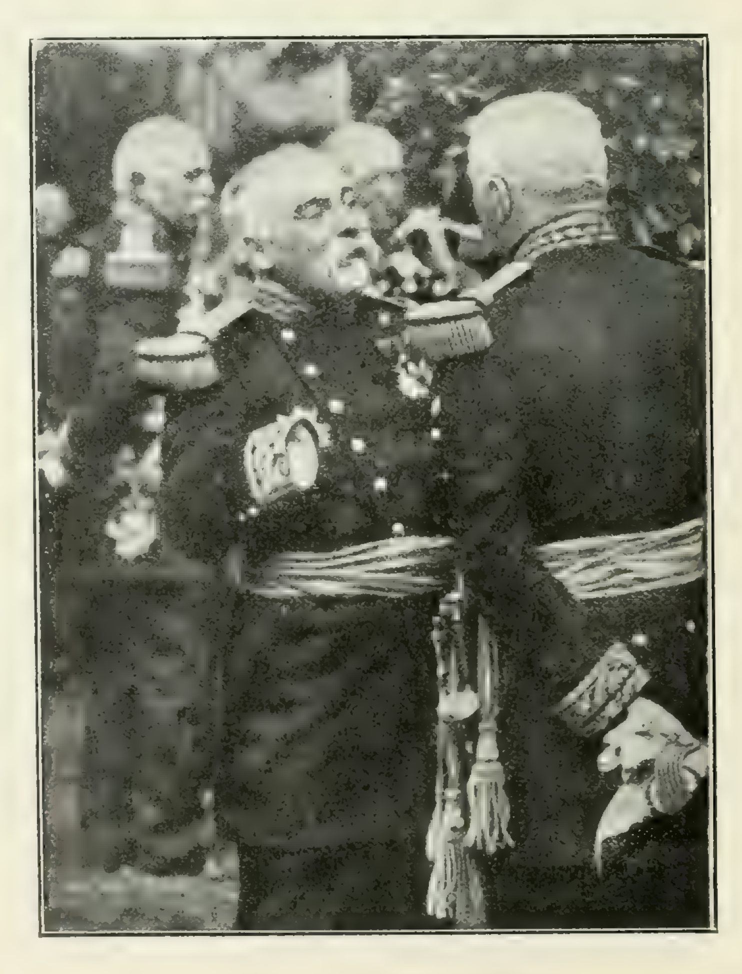
El buen humor de este inválido activo, que monta á caballo y hace la guerra con el ardor de un joven, anima á los soldados y esparce la confianza en los campos de batalla.

Un dirigible alemán, volando entre Altkirch y Thann, arrojó tres bombas sobre el lugar donde estaba alojado Pau, general en jefe del ejército de Alsacia. Uno de los proyectiles estalló á corta distancia del heroico caudillo cuando iba á montar en automóvil, y sus cascos atravesaron la parte vacía de la manga que oculta su brazo mutilado.

Los oficiales, inquietos, se precipitaron sobre el general creyéndole herido, pero Pau les enseñó el paño perforado, y dijo sonriendo:

—¡Qué torpes!... En vez de hacer cosas nuevas vuelven sobre el mismo trabajo.

Al visitar una ambulancia encontró al profesor Bolle, convertido en teniente, que acababa de sufrir la amputación de un brazo á consecuencia de una herida. Pau lo felicitó por su valor, y luego, mostrándole su manga vacía, dijo guiñando un ojo:



PAU HABLANDO CON UN GENERAL

—Somos camaradas. El vuestro y el mío: yo vengaré nuestros dos brazos.

Al mismo tiempo que los alemanes ocupaban á Luneville, el ejército francés de Lorena, repuesto del descalabro sufrido el día 20 en Morhange, emprendía el 24 una ofensiva combinada. Una parte de este ejército atacó al enemigo apoyándose en el Gran Coronado; otra avanzó desde el Sur de Luneville. Los combates que se libraron durante tres semanas en esta región, merecen figurar entre los actos más gloriosos del ejército francés en la presente guerra.

El 26 de Agosto, un comunicado oficial publicado en París, resumía del siguiente modo las primeras operaciones:

«De un modo general nuestra ofensiva progresa entre Nancy y los Vosgos. Sin embargo, nuestra derecha ha tenido que replegarse un poco en la región de Saint-Dié.

»El enemigo, según parece, ha sufrido pérdidas considerables. Se han encontrado más de 1.500 cadáveres alemanes en un espacio muy reducido. En una trinchera toda una sección ha sido segada por nuestros obuses. Los muertos se mantenían derechos y en la posición de apuntar sus fusiles. Desde hace tres días se libran en dicha región encarnizados combates que parecen en conjunto favorables á nosotros.»

El comunicado del 27 de Agosto añadía:

«Nuestro movimiento ofensivo continúa durante cinco días sin interrupción. Las pérdidas alemanas son considerables. Han sido encontrados al Sudeste de Nancy, en un frente de tres kilómetros, 2.500 muertos alemanes. En la región de Vitrimont, en un frente de cuatro kilómetros, 4.500 muertos.»


EL GENERAL PAU AL TOMAR EL MANDO DEL EJÉRCITO DE ALSACIA

Vamos á describir el desarrollo de esta batalla de tres semanas, que tuvo por centro Nancy y las alturas del Gran Coronado.

Los alemanes, después de la victoria obtenida el 20 y el 21 de Agosto, avanzaron sobre Nancy siguiendo dos caminos: el de Pont-à-Mousson por el Norte y el de Chateau-Salins por el Nordeste. Al mismo tiempo marcharon sobre Cirey al Este y Saint-Dié al Sudeste. Los dos primeros cuerpos de ejército alemanes que invadieron la Lorena francesa, estaban compuestos, como ya dijimos, de tropas bávaras.

Una parte de la guarnición de Metz, que había comenzado á avanzar en dirección al Oeste, ó sea contra Verdún, efectuó un movimiento de conversión hacia el Sur, uniendo su acción á la de las fuerzas que marchaban contra Nancy. Por otra parte, dos cuerpos alemanes procedentes de Estrasburgo penetraron en Francia por los desfiladeros superiores de los Vosgos, cayendo sobre Luneville y los pueblos cercanos.

Un tercer cuerpo de ejército, compuesto igualmente de bávaros, poseía una artillería numerosa con abundantes piezas de grueso calibre. En este cuerpo figuraban varios regimientos de caballería de los más escogidos: hulanos de la Guardia y los coraceros blancos del emperador.

Un crítico militar inglés resumió del siguiente modo las operaciones en Lorena antes de la batalla decisiva del Gran Coronado:

«Diez días después de la declaración de guerra, las tropas francesas de Lorena estaban ocupadas en la ejecución de dos movimientos ofensivos en territorio alemán, ó sea en la Lorena anexionada: uno por

PLANO DE LAS OPERACIONES EN LORENA

el Norte y otro por el Sur, teniendo por centro los Vosgos entre los dos puntos extremos de ataque. Á su vez los alemanes, que ocupaban la parte superior de los Vosgos, se dedicaron á dos movimientos ofensivos menos extensos sobre las dos alas del ejército francés, en Pont-à-Mousson y Cirey, respectivamente.

Al examinar el mapa de esta región se explican perfectamente las razones de dichos movimientos paralelos realizados por los dos adversarios.

En cada uno de ambos casos la ofensiva estaba cubierta por una fortaleza. Los ataques de los alemanes contra Pont-à-Mousson y la región del Cirey, así como su posesión de la extremidad septentrional de los Vosgos, estaban apoyados por las plazas fuertes de Metz y Estrasburgo.

Del mismo modo la invasión por los franceses de la Lorena anexionada entre Metz y Estrasburgo, la invasión de Alsacia y su instalación en las crestas de los Vosgos, estaban protegidas á sus espaldas por las plazas fuertes de Toul, Belfort y Epinal.



SANTA GENOVEVA Y EL VALLE DEL MOSELA

La primera modificación en estas disposiciones de los dos ejércitos se produjo en Cirey, donde las fuerzas alemanas, que habían ocupado á Cirey, Baccarat y Baudoviller, tuvieron que replegarse, derrotadas, sobre Estrasburgo. Pero hasta el 20 de Agosto la situación no experimentó ningún cambio notable. Este día la ofensiva hasta entonces victoriosa de los franceses sobre Sarrebourg se vió cortada ante el gran campo militar de Morhange, donde las tropas francesas se encontraron en presencia de fuerzas muy superiores en número.

EL GRAN CORONADO

El ejército del general Castelnau, retirándose ordenadamente después de este accidente, se replegó al principio sobre una línea marcada por el Meurthe, al Sur de Luneville, el canal del Marne al Rhin y el Seille. Después se corrió más al Oeste, sobre el valle del Mortagne, para ocupar un frente, extendiéndose hacia el Norte hasta Champenoux.

Más allá de esta línea, que coincide casi con la del Gran Coronado, los alemanes, á pesar de todos sus esfuerzos, no pudieron avanzar un paso.

Desde Morhange, donde acababan de alcanzar un éxito, hasta Champenoux, en una distancia de 32 kilómetros, su marcha fué rapidísima. Tres días después de la victoria de Morhange, el 1.er cuerpo de ejército alemán había recuperado Cirey y Baudoviller, bombardeado y ocupado Blamont, destruído completamente el fuerte de Manonviller y penetrado finalmente en Luneville.



LA IGLESIA DE AMANCE

Casi al mismo tiempo, el 2.° cuerpo de ejército alemán, que había franqueado los Vosgos más al Sur, ocupó Saint-Dié y Raon l'Etape, sobre el río Meurthe, Ramberviller y Gerbeviller, sobre el Mortagne, y se unía al 1.er ejército en Luneville. Mientras tanto, el 3.er ejército empezaba el asalto de Champenoux y los pueblos inmediatos el 22 de Agosto, con la cooperación de las tropas de Metz, cuyo objetivo era llegar á Amance.

El ataque principal alemán se efectuó en adelante en sólo dos direcciones: Luneville y Champenoux. Todas las piezas del ajedrez alemán se encontraban agrupadas en un lado del tablero. Luneville ha-



ASPECTO DE UN OBÚS DE 75 HACIENDO EXPLOSIÓN

á pocos metros de distancia. Y el enemigo estaba en las inmediaciones, pronto á aprovechar la menor oportunidad para la renovación de sus asaltos. Los artilleros franceses, para evitar una sorpresa, disparaban á ciegas en la niebla de vez en cuando, haciendo caer una lluvia de shrapnells sobre los caminos invisibles por donde podían avanzar los alemanes.

Mientras transcurría el tiempo de este modo, los imperiales aprovecharon la calma y el auxilio de la niebla para colocar su artillería gruesa frente á las posiciones de los franceses. Estas piezas enormes entraron en acción el 4 de Septiembre.

Los aviadores alemanes pudieron descubrir el emplazamiento exacto de las baterías francesas que estaban disimuladas, é inmediatamente los pesados

bía sido sacrificado por los franceses como en el juego de ajedrez se sacrifica una torre por salvar á la reina. Y Nancy, la reina de Lorena, estaba asediada de muy cerca.

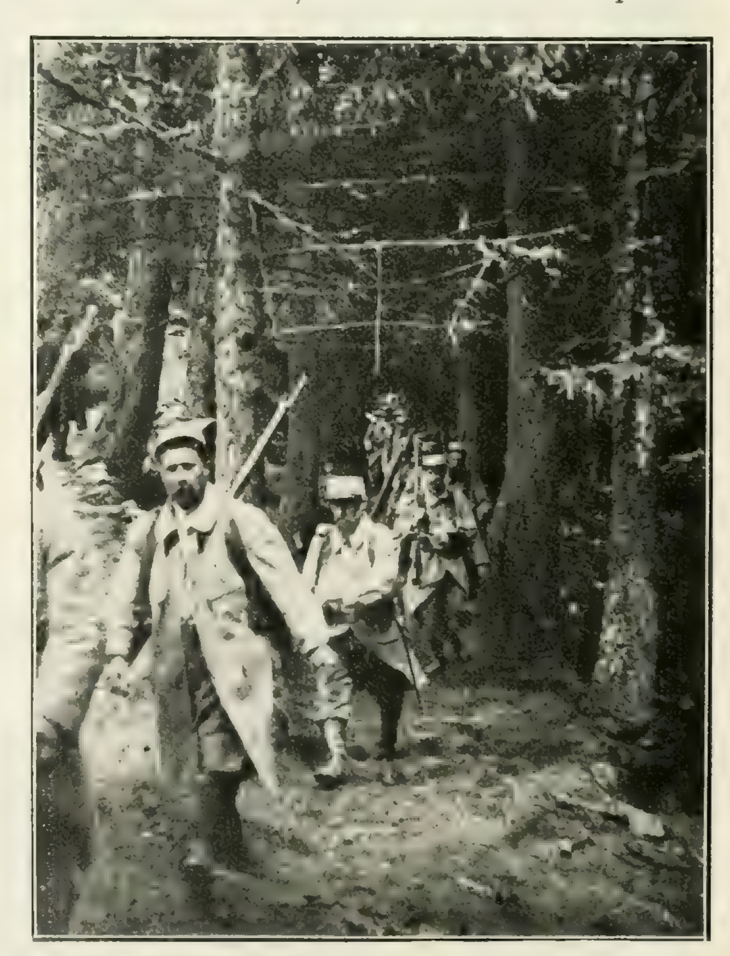
Pero durante el curso de las operaciones los generales Castelnau y Pau dominaron la situación, infligiendo al enemigo pérdidas muy superiores á las suyas. Al terminar la primera fase de esta larga batalla, 11.000 cadáveres alemanes yacían en los campos y los bosques alrededor de Luneville, y 20.000 entre Nancy y Champenoux.

Las posiciones ocupadas por las tropas francesas después de su retirada de Morhange, habían sido escogidas con gran habilidad. Partiendo del monte Toulón al Norte, seguían las alturas del monte San Juan, la Pochette y Amance, contorneaban los bosques de Champenoux, San Pablo y Crevic, y se extendían á lo largo de la selva de Vitrimont y el curso del Mortagne á corta distancia.»

Durante quince días estas posiciones resultaron el teatro de sangrientos y encarnizados combates, con alternativas de avance y retroceso por ambas partes. Las principales acciones fueron las llamadas de Haracourt, Rossieres y Dombasle. Luego se desarrolló el gran asalto dirigido por los alemanes contra la meseta de Amance.

Esta posición fué objeto de dos tentativas por parte de los alemanes, una viniendo del Sur y otra del Norte. Durante una semana se vió sometida la meseta día y noche á un cañoneo incesante.

El 30 y el 31 de Agosto se produjo una calma que fué más penosa para las tropas francesas que el cañoneo de los enemigos. Durante ambos días una niebla espesa envolvió la meseta, borrando toda visión



UNA COMPAÑÍA DE INFANTERÍA FRANCESA DESFILANDO POR UN BOSQUE

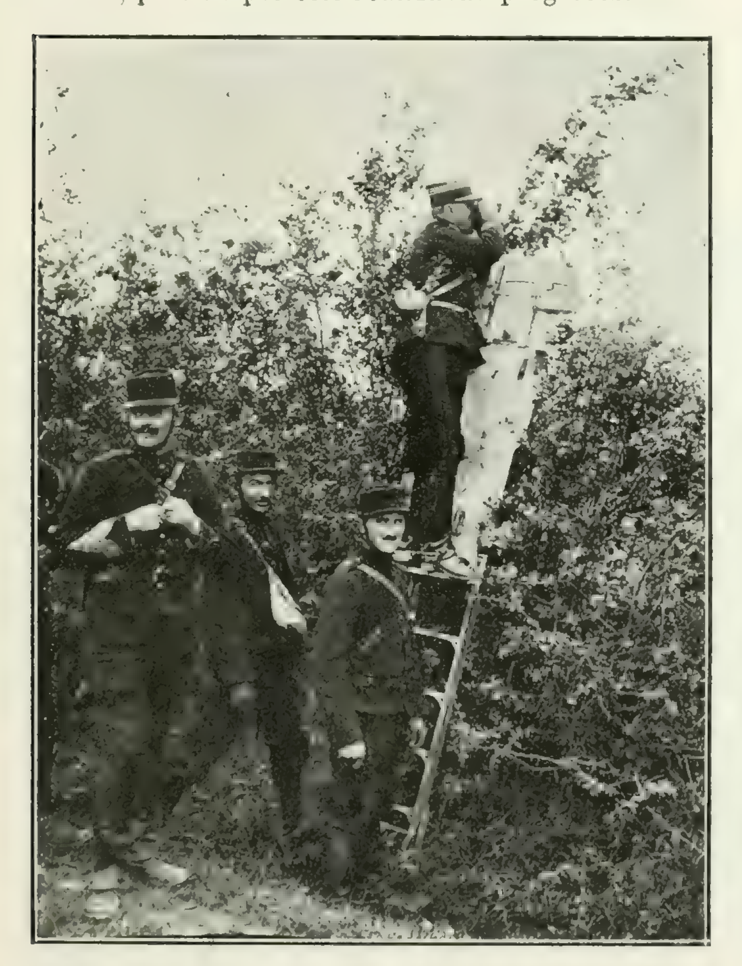


CAMPAMENTO DE INFANTERÍA FRANCESA

cañones hicieron caer sobre ellas una lluvia de proyectiles enormes Tan irresistible fué este fuego, que en cierto momento las tropas francesas tuvieron que abandonar sus atrincheramientos de la meseta refugiándose en el pueblo. Pero los aviadores enemigos avisaron el movimiento á sus baterías y el pueblo fué cañoneado igualmente.

Pasado algún tiempo el fuego disminuyó, las tropas volvieron á sus trincheras y la artillería francesa á su vez bombardeó vigorosamente á las baterías contrarias.

Guillermo II había llegado á Lorena para presenciar la caída de Nancy, deseoso de hacer una entrada teatral en dicha ciudad. Su presencia enardeció á los alemanes, que se batían en masa sufriendo en sus filas una gran mortandad; pero no por esto realizaban progresos.



UN OFICIAL FRANCÉS DE ARTILLERÍA OBSERVANDO AL ENEMIGO (Fot. Rol)

Mientras el emperador de Alemania contemplaba á Nancy con sus anteojos de larga vista, al Este de su posición se estaba desarrollando otro gran combate: el del Marne.

El 8 de Septiembre, Guillermo II, que no repara en pérdidas de hombres y gusta de los golpes bruscos y temerarios hasta el punto de que en una batalla dirigida por él «no queda nadie para enterrar á los muertos», quiso anonadar definitivamente la resistencia de los franceses y dió orden de apoderarse de la meseta de Amance, costase lo que costase. Las mejores tropas alemanas marcharon al asalto de la posición. Hasta los famosos coraceros blancos del emperador que debían escoltar á éste con pompa teatral en su entrada en Nancy, recibieron la orden de atacar.

De los bosques inmediatos fueron surgiendo los regimientos alemanes más escogidos, con sus músicas al frente y las banderas al viento, lo mismo que si fuesen á una parada. Así escalaron las pendientes de la meseta, bajo la mirada de su emperador que los seguía de muy lejos.

La artillería francesa guardó silencio. Los asaltantes creyeron haber demolido sus piezas con el nutrido cañoneo á que sometieron preventivamente sus posiciones durante varias horas.

En igual silencio se mantuvo la infantería, agazapada en las trincheras. Ni un tiro, ni un grito. Sólo se oía el sonido de las músicas alemanas, acompañado de los himnos patrióticos que entonaban los soldados, y el rumor de los pasos que subía y subía, anunciando á la marea humana.

Cuando los alemanes estaban solo á 200 metros de las posiciones de los franceses, éstos se lanzaron de un salto fuera de las trincheras y cargaron á la bayoneta entonando *La Marsellesa.*



HULANOS ALEMANES PRISIONEROS CONDUCIDOS POR DRAGONES FRANCESES

El choque fué formidable, inmenso, digno de la tradicional «furia francesa» tantas veces mencionada por la Historia. Los alemanes, sorprendidos por el impetuoso ataque, hicieron pie atrás. Las baterías francesas de 75 entraron en juego tirando á corta distancia con metralla, lo que aceleró la derrota de los asaltantes. Sus disparos continuos causaron en las masas alemanas una horrible carnicería.

Los asaltantes emprendieron la fuga cuesta abajo á la vista de su emperador; pero otras tropas de refresco vinieron á reemplazarlos. Por seis veces repitieron los alemanes el asalto y otras tantas fueron rechazados, dejando las pendientes cubiertas de cadáveres.

Al fin el kaiser intentó un esfuerzo supremo, mandando á sus coraceros blancos—tropa preciosa para él—que cargasen contra las posiciones francesas.

Los coraceros cargaron furiosamente, con temerario valor, desafiando una muerte segura, por dar gusto á su monarca, pero la artillería francesa lanzó una tempestad de proyectiles sobre la enorme masa de jinetes. Al poco tiempo, según las palabras de un testigo presencial, «el suelo de la meseta estaba cubierto de cadáveres con brillantes corazas».

Las pérdidas alemanas fueron espantosas en este combate, dirigido por Guillermo II, con arreglo á su táctica insensata. Millares y millares de cadáveres cubrieron las pendientes y parte de la meseta. Los muertos fueron tantos que el enemigo pidió en la tarde del 9 un armisticio de cuatro horas para poder enterrarlos.

Este armisticio, aceptado noblemente por los franceses, lo aprovecharon los imperiales para situar algunos cañones gruesos en posición favorable para bombardear á Nancy. Una violenta tempestad les sirvió igualmente para realizar la operación.

Guillermo II, después del enorme fracaso de la batalla dirigida por él, se marchó de Lorena dejando para mejor ocasión su entrada solemne en Nancy.



UNA CONDUCCIÓN DE PRISIONEROS ALEMANES

El día 10 las tropas francesas tomaron decididamente la ofensiva, aprovechando el desconcierto del enemigo. Su artillería bombardeó el bosque de Champenoux, que servía de refugio á los alemanes. Á las once de la mañana la infantería francesa se apoderó del bosque, no encontrando en él más que los muertos y los heridos que los alemanes no habían podido llevarse en su retirada.

Mientras el grueso del ejército alemán atacaba las alturas del Gran Coronado, las tropas procedentes de Metz, que ocupaban Pont-à-Mousson, avanzaron desde este punto para atacar por el Este las indicadas posiciones, especialmente la tan deseada meseta de Amance. Para conseguir este éxito combinado, necesitaban apoderarse antes del pueblo de Santa Genoveva.

Los batallones de Metz creían conseguir esto fácilmente, pero se vieron detenidos en su marcha por las barreras de alambre con púas, establecidas por los franceses en torno del pueblo. Solo un regimiento de infantería, compuesto de 3.000 hombres, estaba encargado de la defensa de Santa Genoveva.

Los alemanes, antes de intentar el asalto del pueblo, creyeron necesario someterlo á un bombardeo. Sus baterías arrojaron 4.000 obuses en el espacio de 75 horas. Los franceses, bien atrincherados en los alrededores de Santa Genoveva, aguantaron este bombardeo, más ruidoso que eficaz, pues sólo produjo en sus filas tres muertos y una veintena de heridos.

Las baterías francesas estaban tan hábilmente disimuladas, que los aviadores enemigos no pudieron descubrirlas. Sus jefes dejaron que los alemanes derrochasen las municiones, sin contestar á sus disparos.



UNA TUMBA DE SOLDADOS ALEMANES EN TERRITORIO FRANCÉS

El general alemán, engañado por este silencio, consideró llegada la hora del asalto. Creía que el regimiento estaba aniquilado por el fuego de sus cañones. Ignoraba la existencia de las baterías ocultas.



ENTIERRO DE UN OFICIAL ALEMÁN

Formados en columnas compactas, los alemanes se lanzaron al asalto de Santa Genoveva. Cuando los artilleros franceses los vieron á una distancia conveniente, empezaron á disparar sus baterías de 75. Durante tres horas los cañones de tiro rápido hicieron llover obuses sobre las masas de infantería alemana.

Por su parte la infantería francesa empleó una táctica igual á la de los artilleros. Agazapada en las trincheras, se mantuvo sin hacer fue-



EL SERVICIO TELEFÓNICO DURANTE EL COMBATE

INSTALACIÓN DE UNA ESTACIÓN PROVISIONAL

go, dejando que se aproximasen las columnas de ataque. Cuando los alemanes estuvieron sólo á 300 metros de sus posiciones, sonó la orden que más temían aquéllos, poco aficionados á los combates de arma blanca: «¡Bayoneta en el cañón!» Pero los franceses habían recibido con anterioridad instrucciones de sus jefes, y luego de calar bayoneta permanecieron inmóviles, mientras las trompetas sonaban el toque de carga.

Al oir la orden y el toque de las trompetas, los alemanes, que avanzaban á saltos, tendiéndose en el suelo para evitar los proyectiles de la artillería, se pusieron de pie, formando grupos para resistir el ataque á la bayoneta. Entonces, los franceses, desde sus trincheras, hicieron varias descargas cerradas, que resultaron en extremo mortíferas á tan corta distancia.

La estratagema resultó fatal para los asaltantes. Los lebels franceses siguieron disparando sobre los grupos, que al fin se desbandaron, cubriendo de muertos el terreno. En poco tiempo 4.000 cadáveres alemanes se amontonaron ante las trincheras.

Á la caída de la tarde el enemigo abandonó el campo, desistiendo de su ataque á Santa Genoveva, y se replegó completamente desmoralizado sobre la aldea de Atton.

Los sobrevivientes, al llegar á Atton, llamaban á Santa Genoveva «El rincón de la Muerte».

□

Preocupada Francia y el mundo entero por las batallas del Marne y del Aisne, que se desarrollaron en los mismos días, prestó escasa atención á esta batalla del Gran Coronado, más larga, pues duró tres semanas, y más mortífera, si se tiene en cuenta la proporción de las fuerzas que actuaron en ella.

De estas tres semanas de combates encarnizados, de acciones sueltas, que formaron en conjunto una batalla, sobre un frente de 50 kilómetros, surgió una gran victoria, que salvó á Nancy, plaza que la opinión francesa daba por sacrificada desde el principio de la guerra.

Castelnau se cubrió de gloria en este combate tenaz, y como dijo un periodista de París jugando con las palabras, mereció el título de *el gran coronado de Nancy.*

Su ejército se mantenía en contacto por el Oeste con el ejército del general Sarrail, establecido en los alrededores de Verdún, y que constituía la extrema ala derecha del extenso frente que libró la batalla del Marne. Por la parte del Este estaba próximo el ejército del general Dubail, alineado desde la región de Baccarat á los Vosgos.

El general Castelnau tuvo á sus órdenes, además de las tropas que habían invadido la Lorena anexionada y sufrieron el fracaso de Morhange, varias unidades que le envió como refuerzo la guarnición de Toul en el curso de la larga batalla. El cuerpo de ejército 15.°, dislocado y disminuído por la infausta jornada de Morhange, se reorganizó en poco tiempo, distinguiéndose con brillantez en los nuevos ataques.



COMUNICANDO DESDE UNA TRINCHERA DE PRIMERA LÍNEA

Sus soldados deseaban hacer olvidar el anterior fracaso, y en varias ocasiones hicieron retroceder á los alemanes.

Una división de caballería estaba encargada de mantener el contacto entre el ejército de Castelnau y el de Dubail, situado á su derecha. La línea de Castelnau estaba al pie del Gran Coronado, especie de herradura de cumbres y mesetas escarpadas que apoya sus extremos junto al Mosela y junto al Mehurte, á la altura de los pueblos Loisy y Dombasle.

Todas las acciones entabladas por las tropas de Castelnau se produjeron al mismo tiempo, pero los accidentes del terreno que hacían muy sinuosas las líneas francesa y alemana, con grandes salientes y entrantes, no permitían establecer una dirección común y única. Por esto en cada puesto del frente la batalla se desarrolló como una acción local, casi aislada de la acción vecina.

Desde el 20 de Agosto la división 59.ª francesa ocupaba el frente de Loisy á Santa Genoveva, con la misión de defender el valle del Mosela y el camino de Nancy. En este día 20, el ejército expedicionario de la Lorena anexionada se veía batido en Morhange; Nomeny pasaba á poder de los alemanes. Pont-à-Mousson, después de sufrir un atroz bombardeo, era abandonado por los franceses el 1.º de Septiembre. El 4, mientras que una gran columna alemana descendía de Chateau-Salins contra el centro francés, otras columnas procedentes del Norte desembocaban en las dos riberas del Mosela. En la ribera derecha emprendían los alemanes, con gran actividad, el bombardeo de la cumbre de Mousson, que se imaginaban sólidamente defendida, y luego realizaban su asalto. Ningún obstáculo encontró esta operación. Al llegar los alemanes á lo más alto vieron que los franceses no estaban en la cumbre.

En la noche del 5 al 6 de Septiembre, reanudaron el cañoneo contra las posiciones de Santa Genoveva y Loisy, desbordándose luego su infantería desde la aldea de Atton y el bosque de Facq contra las trincheras francesas, establecidas en las pendientes inmediatas á los dos citados pueblos. En Santa Genoveva había un regimiento francés, como ya dijimos, apoyado por baterías del 75; pero en Loisy sólo estaba atrincherada una compañía del 314.º Su posición, sin embargo, era fuerte. Estaba bien abrigada en el cementerio del pueblo y tenía, además, delante de ella fuertes alambrados con púas. Así pudo realizar el milagro este puñado de hombres de sostenerse el día 6 y gran parte de su noche frente á toda una división enemiga. Los alemanes perdieron mucha gente en esta acción ineficaz, y renunciando á apoderarse de Loisy con un ataque de frente, oblicuaron hacia el Este lanzándose contra el flanco Norte de la meseta de Santa Genoveva.

RECIBIENDO ÓRDENES EN UNA ESTACIÓN SUBTERRÁNEA

(Dibujo del natural por Lucien Jonas, de la *Illustration*, de París)

Los alemanes avanzaron con mucha dificultad por las viñas y prados que cubrían estas pendientes. Además tropezaron en su marcha con tropas francesas de refuerzo, enviadas para cerrar el espacio descubierto entre Loisy y Santa Genoveva.

Había cerrado la noche y reinaba la confusión propia de los combates en la obscuridad. Los defensores del cementerio de Loisy se creían próximos á ser envueltos por su derecha y arrojados contra el río. Los de Santa Genoveva temían verse envueltos en su izquierda y atacados por la espalda. Una columna alemana, saliendo del bosque de Facq, atacó vigoro-



INFANTERÍA FRANCESA DIRIGIÉNDOSE AL FRENTE

samente las trincheras situadas en la cresta de Santa Genoveva, posición defendida también por una sola compañía: la 17 del regimiento 314.° Su defensa fué tan heroica como la del cementerio de Loisy. Al día siguiente, cuando vino la luz, los franceses pudieron ver montones de cadáveres alemanes, todavia con el fusil en una mano y en otra las tenazas con que intentaban romper los hilos de los alambrados.

Los imperiales cargaron repetidas veces con gran arrojo al son de sus tambores planos y sus pífanos, pero los franceses se mantuvieron firmes repeliendo los ataques. El capitán Delmas, jefe de la compañía 17, fué muerto de un balazo mientras dirigía la resistencia. Hubo un momento en que muchos hombres, abrumados por la superioridad numérica del enemigo, intentaron huir hacia el pueblo de Santa Genoveva; pero el comandante Montlebert los contuvo revólver en mano obligándolos á volver á sus puestos. Este jefe, que fué el alma de la resistencia, recibió varias heridas, siendo ascendido á teniente coronel.

La noche del 6 de Septiembre fué de sacrificio y de victoria para los defensores de Loisy y Santa Genoveva. Pero mientras ellos se mantenían firmes en la orilla derecha del Mosela, el enemigo logró progresar en la ribera izquierda de tal modo, que el 7 por la mañana emplazó su artillería en las alturas de Cuittes, pudiendo desde ellas cañonear por detrás á Loisy y Santa Genoveva. Después de esto no era posible sostenerse en dichas posiciones, y los franceses recibieron la orden verbal de evacuarlas. El valeroso comandante Montlebert se resistió á obedecer y sólo aceptó la orden al recibirla por escrito.

El esfuerzo de los alemanes se había concentrado en la región de Santa Genoveva. Según su programa, el 7 debían apoderarse de este punto y el 8 entrar en Nancy. Realmente el 7 los franceses tuvieron que abandonar á Santa Genoveva. Los soldados que se habían batido heroicamente con un éxito completo todo el día anterior y gran parte de la noche, creyeron que esta retirada obedecía á una derrota general. En realidad dicho retroceso representó un nuevo éxito. Al abandonar los franceses á Santa Genoveva voluntariamente, los alemanes pretendieron instalarse en esta posición, pero les fué imposible mantenerse en ella. Desalojados de las alturas de Cuittes—lo que les hizo perder la ventaja de su artillería—tuvieron igualmente que retirarse de Santa Genoveva. En la tarde del mismo día 7 dos compañías francesas volvieron á posesionarse del pueblo para no abandonarlo más.



UN ALTO EN LA MARCHA

Esta acción, que sólo costó á los franceses un centenar escaso de hombres fuera de combate, resultó muy dolorosa para los alemanes, que perdieron más de 1.000 hombres, á causa de su sistema de ataques en masa. En Atton enterraron 703 y en un punto inmediato 230, entre ellos el coronel von Rostock. Muchos de los cadáveres tenían la herida en la espalda ó en la nuca, lo que hizo creer que habían sido muertos por sus propios oficiales cuando retrocedían, ó por sus mismas ametralladoras á consecuencia de una falsa maniobra.



LA DEFENSA DE UNA BARRICADA

«El resultado moral—dice un testigo del combate—fué más importante aún que las pérdidas materiales inferidas al enemigo. El esfuerzo alemán quedaba roto para siempre en nuestra izquierda. Cuatro regimientos se habían deshecho ante un solo batallón francés que les cerraba el paso. El cementerio de Loisy, las pendientes de Santa Genoveva y este pequeño pueblo medio destruído por los obuses, ostentan con orgullo las señales del vigoroso combate. Tumbas y ruinas coronan la meseta, desde la que se ve á lo lejos Metz en los días claros. Por esto los nuestros que cayeron combatiendo con los ojos vueltos hacia la tierra anexionada, no tenían más que contemplar el horizonte para saber por qué luchaban y por qué morían...»

El centro de la batalla fué la meseta de Amance en la región Nordeste de Nancy, casi en mitad del semicírculo de alturas que lleva el título de Gran Coronado. Esta meseta elevada domina el bosque de Champenoux, que se extiende á sus pies en la llanura.

En realidad, la principal acción del ejército francés no fué en las alturas del Gran Coronado, sino delante de él, en la tierra llana. Las tropas de Castelnau atacaron casi siempre en el curso de las tres semanas, y si algunas veces tuvieron que retroceder, fué siempre en la zona de terreno que habían ganado, sin repasar nunca el frente de defensa establecido en las alturas para el caso de una retirada.



DESFILANDO POR UN PUEBLO

Un escritor francés, Emilio Henriot, que visitó el terreno de la batalla poco después de haber terminado ésta y pudo oir á muchos de sus combatientes, resume lo ocurrido del siguiente modo:

«Después de nuestros fracasos de Morhange y Sarrebourg (20 de Agosto), nuestras tropas habían tenido que retroceder sobre las alturas del Gran Coronado y sobre el Meurthe, cubriendo de este modo Nancy, Luneville y Saint Dié. El enemigo nos seguía tan de cerca en este movimiento de retroceso, que al

PROCLAMATION

Il est strictement défendu aux habitants de tout sexe de quitter leurs maisons tant que cela n'est pas absolument nécessaire pour faire de petites courses, afin d'acheter des vivres ou abreuver le bétail. De nuit il est absolument défendu de quitter les maisons dans toutes les circonstances.

Quiconque essaie de quitter la localité, de nuit ou de jour, sous quelque prétexte que ce soit, sera fusillé.

Arracher les pommes de terre ne peut se faire qu'au consentement du Commandant et à la surveillance militaire.

Les troupes allemandes ont l'ordre d'exécuter strictement ces dispositions, par des sentinelles et des patrouilles, qui sont autorisées à tirer sur quiconque manque à cette disposition.

Le Général Commandant en Chef.

PROCLAMA FIJADA POR LOS ALEMANES EN LAS CALLES DE LUNEVILLE

día siguiente, 21, se realizaron los primeros encuentros, y el 22 empezaba la batalla, primeramente al Norte de Luneville y luego desde aquí en todo el resto del frente. El 24 se había generalizado de un extremo á otro, y fieles á nuestra táctica de siempre, tomamos la ofensiva.

Los combates que empezaron desde entonces á librarse al Este de Amance, alrededor del bosque y el pueblo de Champenoux, y que debían durar tres semanas, tuvieron como centro el sector comprendido de Norte á Sur entre la Rochette y Velaine, y en cuya mitad está Amance. Sólidas defensas habían sido organizadas en esta línea, prolongando el sector ocupado al Oeste por la 59.ª división. La división 68.ª fué la encargada de defender este punto, y gracias á sus valerosas ofensivas, la línea Rochette-Amance-Velaine no fué rota jamás por el enemigo.

El 23 de Agosto entramos en contacto con él, y el 24 su movimiento ofensivo, que era una consecuencia de los éxitos de Morhange y Sarrebourg, quedó paralizado. En vista de su inacción, lo atacamos nosotros á nuestra vez el día 25 al Este y al Nordeste, por un movimiento combinado de los dos ejércitos de Castelnau y Dubail, apoyándose el primero en el Gran Coronado y el segundo en el Sur de Luneville y los Vosgos franceses.

La misión del ala izquierda del ejército de Castelnau, que ocupaba la meseta de Santa Genoveva, era defender el valle del Mosela. *(Ya hemos descrito las acciones desarrolladas en la meseta de Santa Genoveva).*

Su ala derecha entretuvo en los alrededores de Luneville los esfuerzos del adversario.

Veamos cuál fué la acción del centro, la más importante de la batalla.

El 26 de Agosto, á la derecha del centro, la brigada 36.ª perteneciente á la 68.ª división mandada por el general Morderelle, realizó un ataque violento apoderándose del pueblo de Champenoux, el bosque de Morel y la granja de San Juan. Pero el 27 por la tarde, como nuestra derecha había ido en su avance demasiado lejos, tuvimos que retroceder, sin abandonar por esto el pueblo de Champenoux. Una nueva ofensiva se desarrolló el 30 por este mismo lado.

En la parte de Amance sólo habían ocurrido escaramuzas. El 1.º de Septiembre el enemigo se presentó por este lado con grandes fuerzas, cuando nuestra infantería realizaba un nuevo ataque.

Pero todo esto no pasaba de ser los preliminares sangrientos de la formidable acción que se iba á librar, y que nuestros soldados presentían muy próxima. La acción comenzó decisiva y general en la noche del 4 al 5 de Septiembre por un violento bombardeo.

Los alemanes habían colocado su artillería gruesa en las riberas del Seille, más allá del alcance de nuestras piezas de campaña, y desde el 4 al 12, el cañoneo no cesó un momento, terrible, impresionante y con frecuencia eficaz. En las primeras horas precedió á un gran ataque de la infantería alemana contra nuestro centro y nuestra derecha, mientras que por la izquierda, ó sea por Santa Genoveva, intentaban una diversión para inmovilizarse sobre estas posiciones. Nos vimos obligados á abandonar Erbeviller, re-

AVIS à la POPULATION

Le 25 Août 1914, des habitants de Lunéville ont fait une attaque par embuscade contre des colonnes et trains allemands. Le même jour des habitants ont tiré sur des formations sanitaires marquées par la Croix Rouge. De plus on a tiré sur des blessés allemands et sur l'hôpital militaire contenant une ambulance allemande.

A cause de ces actes d'hostilité, une contribution de 650.000 fr. est imposée à la commune de Lunéville. Ordre est donné à M. le Maire de verser cette somme, en or et en argent jusqu'à 50.000 fr., le 6 Septembre 1914, à 9 heures du matin, entre les mains du représentant de l'autorité militaire allemande. Toute réclamation sera considérée comme nulle et non arrivée. On n'accordera pas de délai.

Si la Commune n'exécute pas ponctuellement l'ordre de payer la somme de 650.000 fr., on saisira tous les biens exigibles.

En cas de non paiement des perquisitions domiciliaires auront lieu et tous les habitants seront fouillés. Quiconque aura dissimulé sciemment de l'argent ou essayé de soustraire des biens à la saisie de l'autorité militaire, ou qui cherche à quitter la Ville, sera fusillé.

Le Maire et les otages, pris par l'autorité militaire, seront rendus responsables d'exécuter exactement les ordres sus indiqués.

Ordre est donné à M. le Maire de publier tout de suite ces dispositions à la Commune.

Henamenil, le 3 Septembre 1914.

Le Général en Chef

Von FASBENDER.

BANDO ALEMÁN FIJADO EN LUNEVILLE

trocediendo por este lado hasta el limite de la parte meridional del bosque. Pero conservábamos aún Rond-des-Dames y Champenoux, asi como Amance, á pesar de que nuestras posiciones eran cañoneadas terriblemente hasta el punto de hacer enmudecer nuestras baterías.

El 6 por la tarde, el enemigo concentró todos sus esfuerzos contra Amance y nuestras líneas situadas delante y al pie del monte. Las granjas de Fourasse y Fleuri-Fontaine fueron perdidas entonces por nosotros y poco después reconquistadas. Al fin el enemigo fué repelido en parte al interior del bosque, por el Este.

En varios otros puntos sufrimos duros fracasos que hubo que reparar al día siguiente 7, y recuperando á toda costa los lugares abandonados. El regimiento 206.° apoyó á los combatientes con su refuerzo. Después de una preparación de la artillería, el 206.° atacó el bosque de Champenoux, pero los alemanes se habían atrincherado muy bien en su interior y el regimiento tuvo que sufrir un fuego mortifero. En poco tiempo se vió privado de sus jefes, todos muertos ó heridos, y casi desorganizado hubo de replegarse, dejando al descubierto el 212.° que ocupaba la entrada del bosque. El regimiento 344.° fué el único que se mantuvo firme en sus posiciones. El 212.°, extremadamente reducido, retrocedió como el 206.°, abandonando la parte de bosque que conservaban aún los últimos restos de su fuerza.

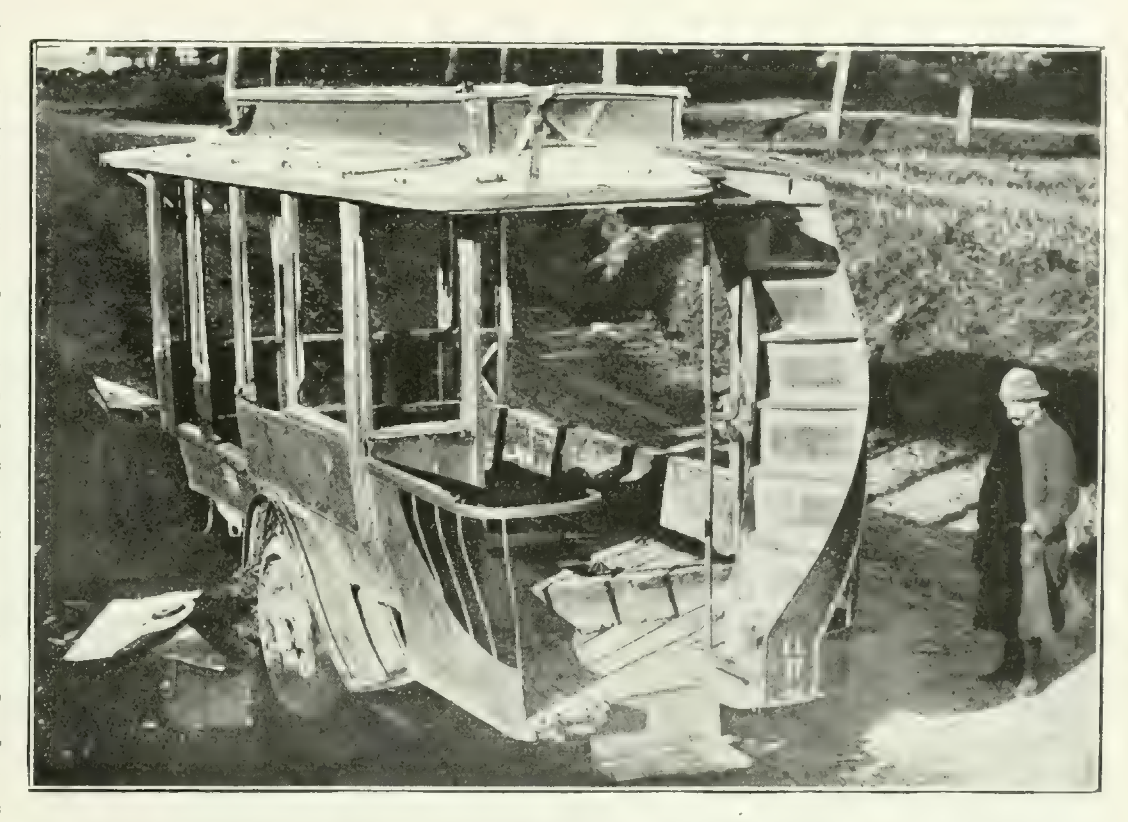
La división entera estaba muy fatigada por tan largos esfuerzos. Sus pérdidas eran considerables. Á pesar de esto, vivificada por los auxilios que recibió de las divisiones vecinas, emprendió en la mañana del 8 la ofensiva contra el bosque y el pueblo de Champenoux, del que no logró apoderarse.

Después de tan rudos esfuerzos, la jornada del 9 transcurrió en calma y fué empleada por unos y otros en atrincherarse sobre el terreno ocupado. Al cerrar la noche, los alemanes consiguieron colocar dos de sus cañones gruesos en lo más avanzado de sus líneas, y durante dos horas enviaron 50 obuses enormes sobre Nancy, aterrando á su vecindario.

Al día siguiente llegaron á la línea francesa nuevos refuerzos procedentes de la guarnición de Toul, y el ataque recomenzó. Pero fuimos repelidos. Nuestros hombres estaban fatigados y se caían de cansancio. Apenas habian podido comer—si es que tenían que comer—durante esta batalla continua. Sin embargo se les exigieron nuevos esfuerzos.

Un oficial me cuenta que frecuentemente se veían tropas que marchaban al azar, caminando tenazmente, sin saber adónde iban, y volviendo la espalda á la batalla. Los jefes les hacían dar vuelta, lanzándolas contra el enemigo y obedecían sin proferir palabra, con una especie de embriaguez furiosa.

El 11 llegamos, á fuerza de ataques, á la mitad del bosque, apoderándonos del estanque de Brin, donde se entabló un encarnizado combate. Un regimiento enviado de Toul se dejó matar en este punto antes que perder el terreno conquistado, y lo reemplazó al día siguiente el 143.° Teníamos que combatir á enemigos muy superiores en número—nosotros éramos dos cuerpos de ejército escasos contra cuatro cuerpos de ejército muy nutridos y con artillería gruesa—; pero á pesar de esta desigualdad continuamos atacando al adversario, agarrándonos fuertemente al suelo conquistado, avanzando con una violencia desesperada, á fuerza de prodigios de voluntad, y volviendo á reatacarlo en el mismo instante que acababa de repelernos.



UN AUTOBUS DE BERLÍN TOMADO POR LOS FRANCESES Y DEL QUE SE SERVÍAN LAS TROPAS ALEMANAS (Fot. Rol)

Una vez más quedó probada la certeza del axioma militar que concede la victoria á aquel de los combatientes que es capaz de aguantar un cuarto de hora más que su contrario.

El 12 de Septiembre, en efecto, los alemanes, fati-

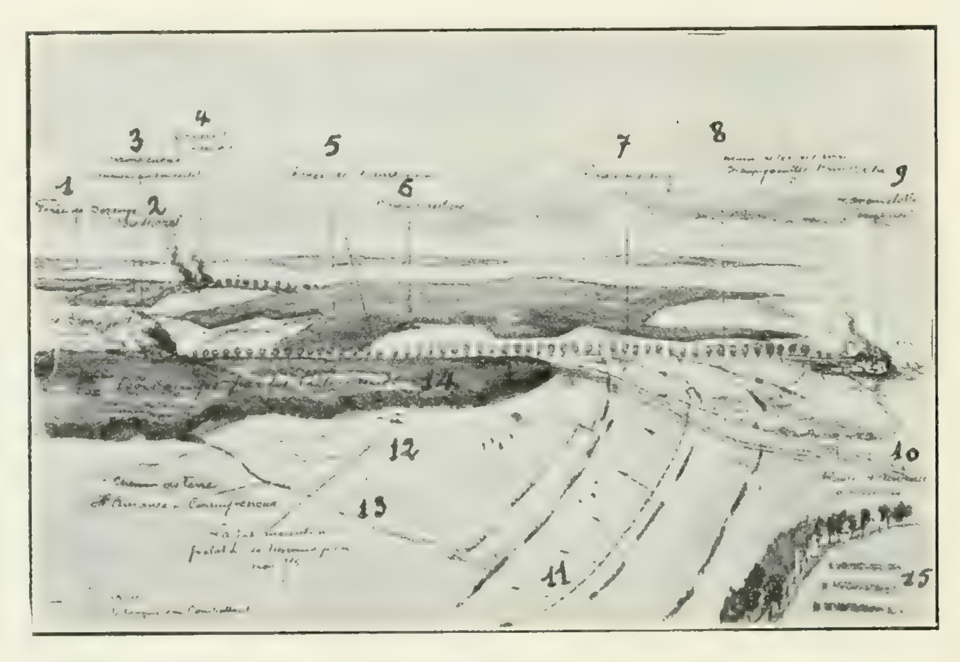
gados y agotados por nuestros ataques incesantes que duraban 15 días, se vieron en la necesidad de batirse en retirada, formando largas y profundas columnas.

El emperador Guillermo II, que desde las alturas vecinas al Seille, en la región de Eply, había asistido á estos combates, tuvo que dejar *sine die* la entrada en Nancy, anunciada á sus súbditos y esperada ansiosamente. En los mismos días sus tropas eran derrotadas en el Marne.

Desde dicha fecha no cesamos de progresar en la región que se extiende al Este y al Norte de Nancy. En los comunicados oficiales del día 13 ya se anunció que las fuerzas alemanas situadas en las orillas del Meurthe se batían todas en retirada y que habíamos reocupado Saint-Dié, Luneville, Raon-l'Etape, Baccarat, Remereville y Pont-à-Mousson.

El 13 por la noche todo el territorio comprendido entre los Vosgos y Nancy había sido evacuado completamente por el enemigo.

De este modo, la admirable tenacidad de nuestros soldados y la voluntad de nuestros jefes, en el curso de tres semanas de duros combates, obtuvieron el magnífico resultado de limpiar de enemigos nuestra frontera é inmovilizar en el Este al mismo tiempo considerables fuerzas alemanas, lo que permitió al general Joffre operar con toda libertad en el Marne, efectuando la hermosa serie de maniobras que le condujeron al triunfo.



LA DEFENSA DE LA MESETA DE AMANCE, SEGÚN EL CROQUIS DE UN COMBATIENTE

1 Bosque de Bezange.—2. Bosque Morel.—3. Champenoux, intensamente bombardeado.—4. Erbeviller, incendiado.—5. Bosque de Champenoux.—6. Granja.—7. Camino de Nancy.—8. Camino de hierro de Nancy.—9. Laneuvelotte, bombardeado.—10. Camino de Amance á Laitres.—11. Asalto francés contra el bosque de Champenoux.—12. Lugar donde fué aniquilado un pelotón de hulanos por los cañones franceses de 75.—13. Camino de Amance á Champenoux.—14. Bosque ocupado por los alemanes.—15. Las reservas francesas.

(Dibujado por Luis Trinquier, de la *Illustration*, de París)

◻

Durante los días que los alemanes ocuparon la Lorena francesa, cometieron toda clase de atentados para aterrar al vecindario de las poblaciones. Los caseríos fueron incendiados; las fábricas y tiendas saqueadas; los rehenes fusilados. Muchos curas y alcaldes pagaron con la vida sus protestas ante la brutalidad invasora. El general Von Deimling dispuso el fusilamiento de todos los loreneses de alguna notoriedad que cayeron en sus manos, acusándolos de fomentar la resistencia patriótica.

Baccarat, población célebre en el mundo por sus fábricas de cristalería, quedó en un estado deplorable. Sus fábricas fueron incendiadas; su iglesia medio demolida; los invasores saquearon los almacenes para enviar á sus familias los mejores productos de cristalería ó ponerlos á la venta en Alemania. Los guerreros del kaiser, desde los jefes hasta el último soldado, se condujeron de este modo. Ciento dos casas quedaron reducidas á cenizas.

De todas las poblaciones de Lorena, la que más sufrió fué Gerbeviller. Las aldeas de las cercanías participaron de su infausta suerte. Saint-Pierremont fué rociado por los alemanes con bombas de petróleo, ardiendo por entero. En Magnieres, pueblo de 500 habitantes, fusilaron á dos vecinos é incendiaron 26 casas. En Vallois, situado en el valle del Mortagne, fusilaron á dos habitantes y quemaron 40 viviendas. El municipio de Moyen, donde se acantonó el regimiento de infantería alemana 137.° aun sufrió más. Los invasores fusilaron á varios vecinos y obligaron á las muchachas del pueblo á abrir una gran fosa y enterrar con sus manos un centenar de cadáveres alemanes. Esta serie de atentados fué —como dice un autor—semejante á un círculo infernal que se iba estrechando en torno de Gerbeviller.

Gerbeviller es la capital de un distrito del departamento de Meurthe y Mosela; una agradable población de 8.000 habitantes que vivía amplia y cómodamente de los productos de la agricultura y la industria. Su castillo contenía un verdadero tesoro de objetos artísticos; su iglesia parroquial gozaba de una celebridad histórica.

El ilustre crítico francés Gaston Deschamps, que entró en Gerbeviller poco después de su martirio, ha escrito una brillante página descriptiva.

«Fué el 23 de Agosto—dice Deschamps—cuando empezaron á caer las primeras bombas sobre los tejados de Gerbeviller. Un gran número de habitantes habían huido, refugiándose en el departamento de la Alta Saboya. Los que aun permanecían en el pueblo se ocultaron en el fondo de las bodegas para librarse

de la explosión de los obuses. Una docena de personas estaban agrupadas en la casa de M. Bernasconi, contratista de trabajos públicos.

Cuando los alemanes, después de bombardear de lejos á Gerbeviller, entraron en la ciudad, empezaron á quemarlo todo, calle por calle, casa por casa. Las mujeres y los hombres que estaban refugiados en la vivienda de M. Bernasconi salieron de la bodega para no morir por asfixia. Todo ardía en torno de ellos. El barrio entero no era más que una inmensa llama, activada incesantemente por el petróleo de las bombas incendiarias y la combustión de las pastillas inflamables que forman parte del equipaje de campaña de los ejércitos del kaiser.

Los desgraciados fugitivos estaban en medio de la calle, contemplando inocentemente este absurdo desastre, cuando los alemanes los hicieron prisioneros, viéndose empujados á culatazos bajo una tempestad de injurias. Fué inútil que ofreciesen á los prusianos todas las botellas de la bodega. Su suplicio era cosa decidida.

M. Bernardo Bernasconi protestó contra la brutalidad de sus verdugos, invocando su nacionalidad suiza. Efectivamente era ciudadano de la Confederación Helvética, por haber nacido en Calprino, cerca de Lugano, en el cantón del Tesino. Con él se encontraba uno de sus compatriotas, anciano al que todos llamaban «papá Blosse». Las protestas de los dos suizos resultaron inútiles. Los alemanes los fusilaron en el jardín de M. Barthe. En compañía de los dos suizos fueron pasados por las armas unos cuarenta vecinos, aprehendidos en las calles ó en el interior de las casas: M. Simon de 80 años y otros ancianos, M. M. Robinet, Gauthier, Bonguignon, Remy y Benoit. Una valerosa joven, la señorita Perrin, no pudo retener su indignación ante estas cobardes atrocidades, y protestó con palabras enérgicas. Los alemanes la fusilaron inmediatamente. También fusilaron al joven Plaid, un adolescente de trece años.

Todas las mujeres encontradas en el pueblo fueron conducidas como cautivas á la aldea de Fraimbois, donde permanecieron tres semanas, hasta el retorno de nuestras tropas que las libertaron.

Cuando las pobres mujeres volvieron á Gerbeviller, los cuerpos de los fusilados yacían todavía al aire libre, completamente descompuestos y sólo era posible reconocerlos por sus vestidos. La cuñada de M. Bernasconi se ocupó de los restos de este desgraciado señor, que fueron enterrados en el cementerio por M. Charlet. Dicha señora ha publicado una carta en la que relata detalladamente lo ocurrido.

EL KAISER NO ESTÁ SATISFECHO

(Dibujo de L. Sabatier, de *L'Illustration*, de París)

De las tres fábricas de bordados que contribuían elegantemente á la prosperidad de Gerbeviller, no resta nada absolutamente. El hospicio y el orfelinato han desaparecido. La fábrica de electricidad no es más que un montón de ladrillos negros, apenas enfriados. La iglesia parroquial está decapitada y rasgada. Las campanas se han partido al caer á la calle. El tabernáculo está atravesado por balas que rompieron el copón... Todo permanece silencioso en este desierto de ruinas. Los pájaros han huído de los árboles secados por el fuego. Un hedor de hollín y de carne descompuesta flota sobre los carbones apagados del inmenso brasero que fué un pueblo. En los últimos días ha sido encontrado el cadáver de una pobre vieja, madame Finot, carbonizada en su bodega. Sobre los muros agrietados y en torno de las ventanas sin hojas, se distinguen aún las manchas amarillas del petróleo.

La plaza del Reloj está cubierta de pedazos de vi-



LOS GENERALES FOCH Y MAUD'HUY

drio roto. La calle de San Pedro y la de la Estación ofrecen dos filas de casas derrumbadas, negras por el incendio, en cuyas puertas se descifran aún fragmentos de los antiguos rótulos *Hotel de Lorena... Sociedad general...* Esta visión evoca el recuerdo de Pompeya después de la erupción del Vesubio. Pero lo que vemos aquí no es la obra destructiva de una naturaleza ciega y sorda. Es la aterradora maldad de un deseo largamente premeditado, preparado y deseado por una barbarie sabia. Los bombardeadores y los incendiarios de Gerbeville, han aprendido previsoramente su oficio en los laboratorios y los «seminarios» de ultra-Rhin.

Detrás del *reitre* torturador y ladrón, veo al *Herr Professor*, al pedante siniestro que pretende imponer su *Kultur* á nuestro país por la sangre y por el fuego.

Al descender por el camino de Luneville, veo sobre el puente del Mortagne á un pintor que prepara su caballete, su paleta y sus pinceles, para fijar en colores sobre el lienzo la imagen de desolación que tengo ante los ojos.

—Es preciso—me dice—conservar este documento para la Historia.

Yo pienso como él.»

▫

La victoria de Castelnau en el Gran Coronado libró á Lorena de enemigos, y contribuyó al éxito —como hemos dicho repetidas veces—de las armas francesas en el Marne y el Aisne.

Un crítico militar inglés, al apreciar la obra de Castelnau, dice así:

«Cuando la historia futura resuma los hechos de la presente guerra, colocará, indudablemente, entre los factores esenciales de la gran operación que salvó á Francia, la resistencia de Castelnau en las alturas boscosas que rodean á Nancy, la vieja capital de la Lorena.

»Este ejército de Lorena fué un plantel de magníficos soldados. De él proceden Foch y Maud'huy. En sus filas hicieron el 9.° y el 21.° cuerpos el aprendizaje de la guerra.»

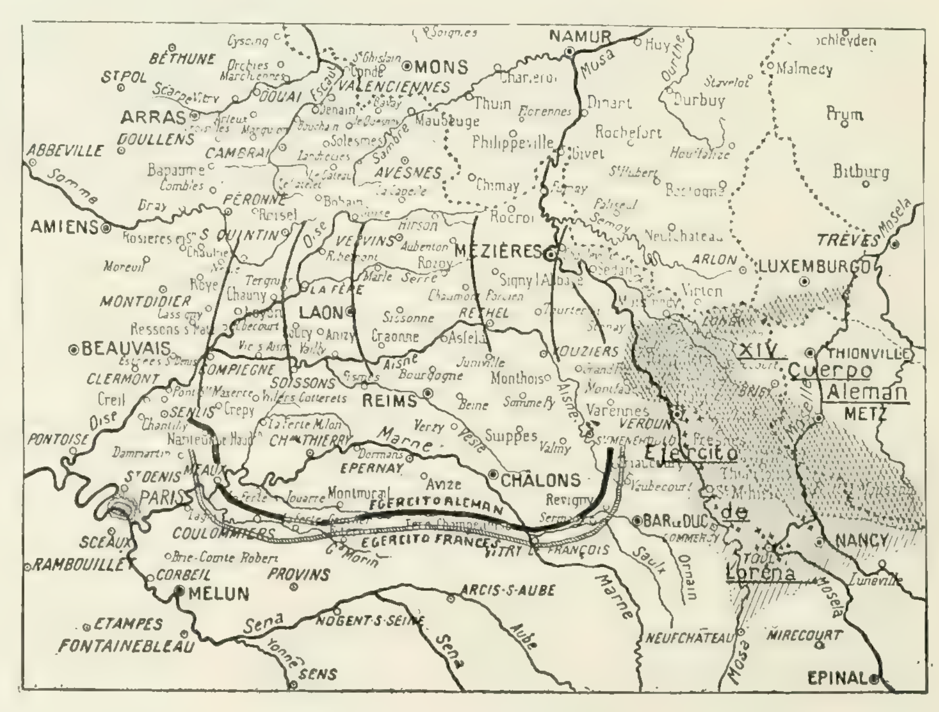
El éxito de las armas francesas no fué igual en Alsacia.

Como ya dijimos, las tropas de ocupación tuvieron que abandonar las conquistas que habían realizado en tierra alsaciana, para ir á prestar su auxilio á los ejércitos aliados que se retiraban después del fracaso del Sambre.

Altkirch y Mulhousse fueron evacuados por segunda vez.

También tuvieron que abandonar los franceses otra conquista alsaciana, la ciudad de Guebwiller, en la que habían entrado el 20 de Agosto, cuando avanzaban hacia Colmar. La guarnición alemana tuvo que huir, dejando abandonadas 24 piezas de artillería. Guebwiller, ciudad de 15.000 almas, importante por su industria y situada en uno de los más hermosos valles de los Vosgos, en comunicación por ferrocarril con Estrasburgo, Basilea y Belfort, representaba una conquista valiosa. Pero los franceses tuvieron que abandonarla, apenas posesionados de ella, para obedecer las órdenes del generalísimo, que necesitaba refuerzos.

Sólo el ejército de Dubail quedó ocupando una parte de la línea de los Vosgos, cuyas cumbres tanto habían costado de conquistar.



COOPERACIÓN DEL EJÉRCITO DE LORENA DURANTE LA BATALLA DEL MARNE



DINANT Y EL PUENTE SOBRE EL MOSA (Fot. Rol)

Del Sambre al Marne

I

Los franceses en Bélgica.—Batalla de Dinant. Caída de Namur.

Al solicitar el gobierno belga el auxilio de las tropas francesas, éstas comenzaron á entrar en su territorio el 10 de Agosto, prestando ayuda al ejército nacional contra la invasión germánica.

Algunas columnas francesas avanzaron en el Luxemburgo belga, chocando con las avanzadas alemanas y consiguiendo éxitos locales.

Una división de caballería efectuó un *raid* atrevido, atravesando gran parte de Bélgica para socorrer á Lieja que aun hacía frente á sus sitiadores. Esta columna de coraceros y dragones marchó al galope, arrollando los destacamentos de jinetes alemanes que encontró al paso. Las avanzadas de hulanos que infestaban el país, huyeron y se ocultaron en los bosques. Cuando la caballería francesa llegó á la vista de la heroica ciudad, era tarde. Lieja estaba en poder de los alemanes: solamente algunos de sus fuertes persistían en la defensa, y la columna, fatigada por la marcha veloz, tuvo que retroceder para incorporarse al ejército que se iba agrupando en la frontera franco-belga.

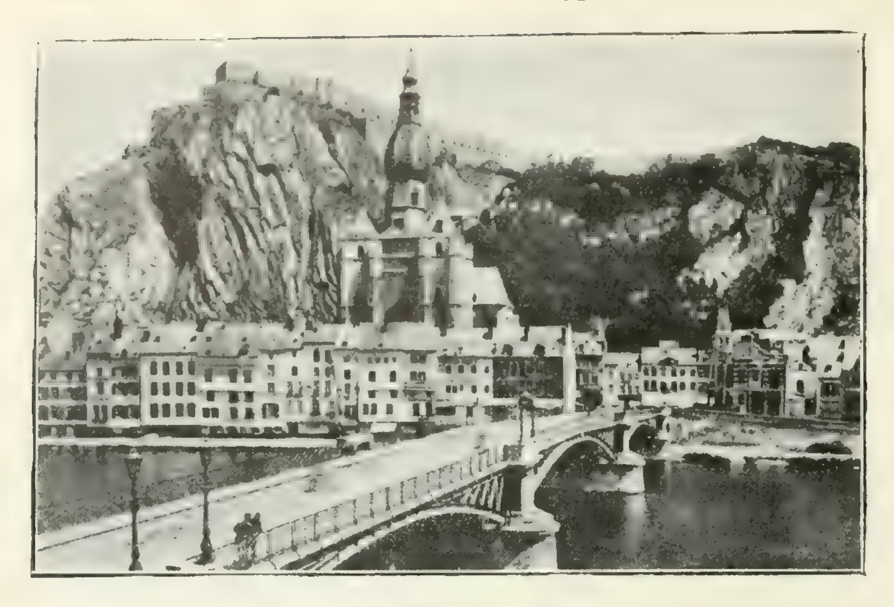
El primer choque importante de franceses y alemanes en territorio belga ocurrió en Dinant el 15 de Agosto.

El comunicado del gobierno de París resumió esta acción en los siguientes términos:

«Los alemanes han atacado á Dinant. Sus fuerzas comprendían la división de la Guardia y la primera división de caballería, con el apoyo de varios batallones de infantería y compañías de ametralladoras. Cuando estas fuerzas llegaron á la orilla izquierda del Mosa, las tropas francesas procedieron al ataque.

»Este ataque, ejecutado con un brío magnífico, obligó muy pronto á los alemanes á retroceder. En gran desorden tuvieron que repasar el Mosa. Muchos de ellos, no habiendo podido ganar el puente cayeron en el río, cuyas riberas son muy escarpadas y la corriente muy fuerte. El número de ahogados fué grande.

»Aprovechándose de este desorden, uno de nues-



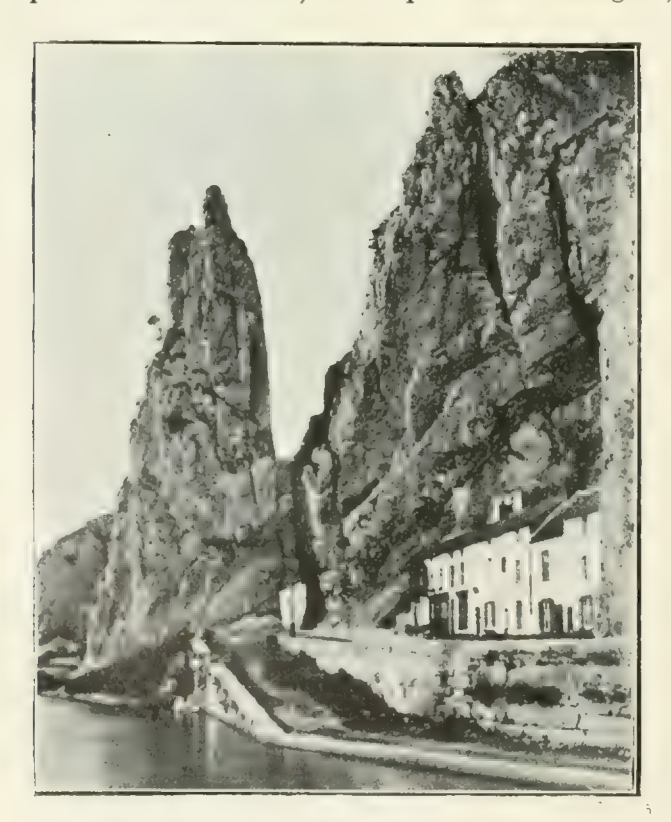
LA CIUDADELA DE DINANT

tros regimientos de cazadores á caballo pasó á la orilla opuesta persiguiendo á los alemanes varios kilómetros. Durante mucho tiempo se vió á este cuerpo francés arrollar y empujar ante él á fuerzas de caballería muy superiores en número.»

Este combate, victorioso para los franceses, se desarrolló del siguiente modo:

Una fuerte columna alemana había avanzado hacia el Sur con el deseo de pasar el Mosa y tocar cuanto antes la frontera francesa, mientras los ejércitos germánicos se extendían por Bélgica repeliendo á las tropas nacionales para llegar á Bruselas.

El sábado 15 de Agosto, al amanecer, la columna se presentó ante Dinant, última población de Bélgica, junto á la frontera francesa. Dinant se halla en las orillas del Mosa, rodeada de alturas escarpadísimas, algunas de ellas casi cortadas á pico. En una de estas alturas, al Sur de la ciudad, existe una vieja ciudadela que domina á la población.



LA ROCA DE BAYARDO

Las avanzadas de los alemanes entraron en Dinant por sorpresa, pero tuvieron que huir de sus calles repelidos por las fuerzas francesas que empezaron á llegar siguiendo la cuenca del Mosa.

Expulsados de la ciudad se fortificaron en la orilla opuesta del río y ocuparon la ciudadela, molestando desde estos puntos con un vivo fuego á los franceses que ocupaban Dinant. La artillería francesa entró en acción, contestando á las baterías de la orilla opuesta. El combate duró toda la tarde, y á las siete los cañones de 75 redujeron al silencio las piezas enemigas, comenzando los alemanes á replegarse. Sólo los que ocupaban la vieja ciudadela continuaron haciendo fuego.



ENTRADA DE LA CIUDADELA

Esta ciudadela era una obra antigua, sin ningún valor militar, pero muy difícil de ser tomada por asalto á causa de sus escarpadas pendientes. Los franceses quisieron apoderarse de ella. Sonaron las trompetas el toque de carga, y los soldados de la República, con la bayoneta por delante, comenzaron á escalar, bajo una verdadera lluvia de metralla, los caminos pedregosos flanqueados de rocas que conducen á la cumbre.

«Con los ojos fijos en la bandera alemana que habían desplegado los enemigos en la ciudadela—dice un testigo del combate—, nuestros soldados continuaron avanzando, sin preocuparse de las pérdidas. El fuego de nuestros cañones los sostenía. Al fin los obuses del 75 destruyeron sucesivamente las ametralladoras enemigas y los franceses pudieron llegar á la meseta, apoderándose de la bandera que habían tomado como objetivo y expulsando de la vieja fortaleza á los alemanes.»

Los combates desarrollados en torno de Dinant los resumió del siguiente modo un redactor del *Daily Mail* que pudo presenciarlos.

«Los alemanes entraron en Dinant, por sorpresa, el sábado poco antes de amanecer. Pocas horas después empezaron á llegar los refuerzos franceses. Sus baterías abrieron el fuego contra las tropas alemanas que se encontraban al otro lado del Mosa. Bouvignes fué ocupado al poco rato por un regimiento francés. Siete baterías francesas, con su fuego incesante, hicieron retroceder á los alemanes, que abandonaron la ciudad de Dinant propiamente dicha.

Á las once de la mañana los alemanes, que á toda costa querían pasar el Mosa, remontaron el río hacia Givet —territorio francés—, tendiendo un puente. Sus tropas empezaban á pasar este puente, cuando las baterías francesas, que acababan de llegar á toda velocidad, abrieron el fuego sobre él y lo demolieron en breve rato. Un gran número de alemanes perecieron ahogados. Los que consiguieron pasar el puente quedaron prisioneros.

El combate se paralizó á mediodía. Á la una de la tarde los alemanes reanudaron la ofensiva, pero los franceses los repelieron con sus cañones de tiro rápido.

Entonces los invasores avanzaron por el camino que conduce á Seiz, y las baterías francesas situadas en Sommieres los tomaron al revés con sus fuegos.

No pudiendo seguir su marcha hacia el Norte, los alemanes deshicieron camino volviendo al Sur, pero las baterías francesas continuaron inquietándolos.

Por una serie de maniobras hábiles, la artillería francesa consiguió, á partir de las tres y media de la tarde, mantenerse constantemente al abrigo del fuego de las baterías alemanas.

El 8.º cuerpo alemán fué al cabo de algún tiempo cortado en dos: una parte se dirigió al Norte, hacia Assesse, y otra hacia Givet.

En su retirada hacia Assesse los alemanes tuvieron que sufrir el fuego de los fuertes de Namur.

Durante estos combates las tropas francesas dieron muestras de un arrojo maravilloso.»



DINANT Y EL MOSA

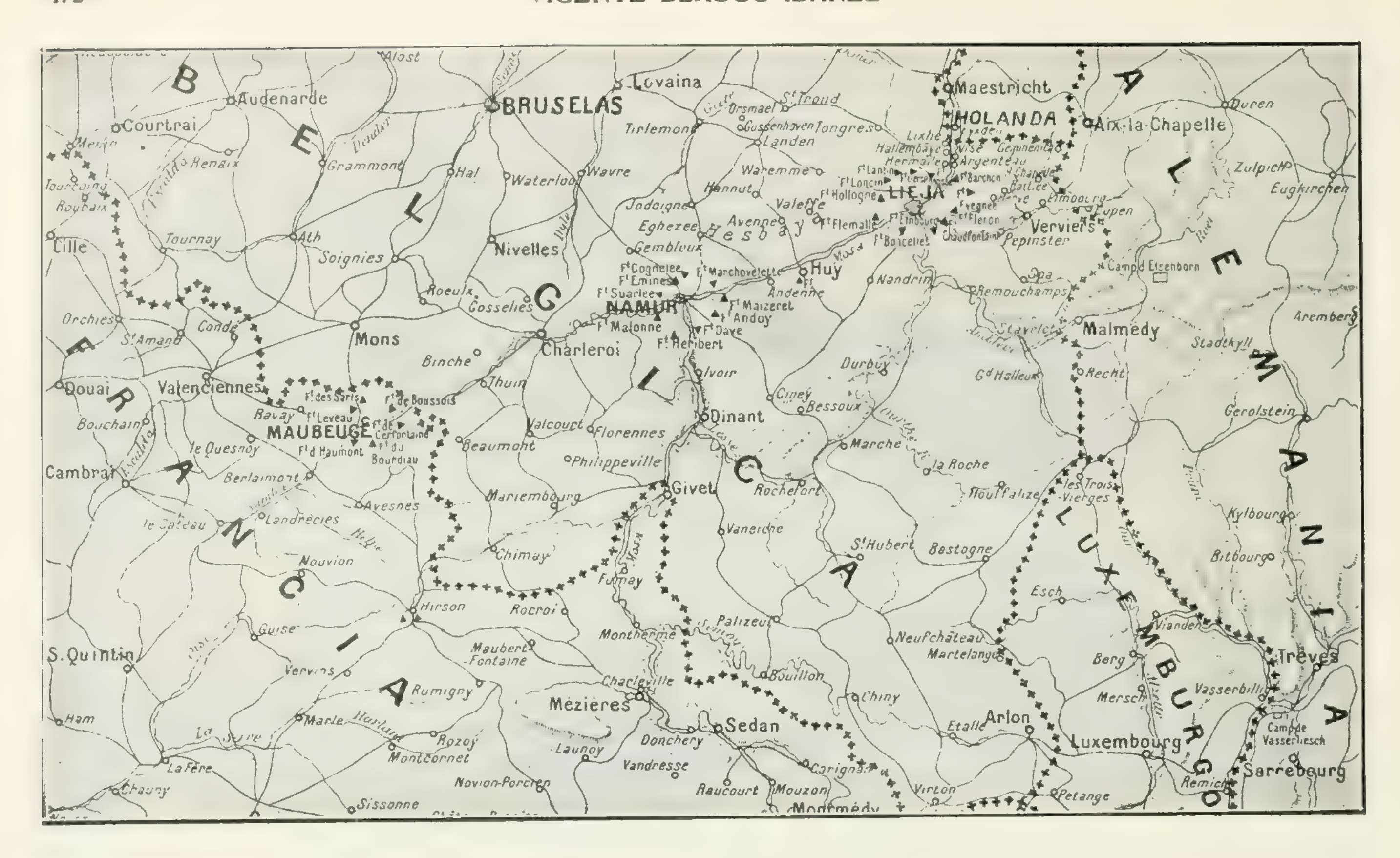
Campo del primer combate entre franceses y alemanes en Bélgica. Á la derecha, en un corte de la escarpadura, la ciudad de Dinant, unida por un puente al barrio de San Medardo. Junto al puente la iglesia de Nuestra Señora, al pie de la vieja ciudadela que ocuparon los alemanes. Más lejos el puente de Bouvignes.

(Fotografía tomada por Mr. Andre Schelcher desde un aeroplano

Los belgas de Dinant prestaron todos los auxilios posibles á los franceses que venían á defenderlos. Por esto cuando los alemanes ocuparon luego definitivamente la ciudad, se ensañaron en su vecindario. Además, fué costumbre en ellos el martirizar las poblaciones donde sus tropas habían sufrido un revés.

El auxilio de los belgas á los franceses no tuvo, sin embargo, ningún carácter agresivo para los alemanes. Los vecinos de Dinant se abstuvieron de combatir, pues carecían de armas, pero atendieron á sus defensores y recogieron y cuidaron á los heridos, á riesgo de su propia vida. Un oficial francés perteneciente á la columna que asaltó la Roca de Bayardo, en cuya cumbre está enclavada la vieja ciudadela, hizo el siguiente relato, que demuestra la abnegación fraternal de los belgas:

«Estaba yo con mi compañía en la vanguardia. Aquélla quedó dividida en dos fracciones, á izquierda y á derecha de la ciudadela de Dinant. Yo mandaba á la izquierda cien hombres, y recibí la orden de mantenerme firme encima de las canteras, á la iz-



MAPA DE LAS OPERACIONES EN BÉLGICA

quierda del fuerte Leffe, lo que permitiría á nuestras tropas el desembocar en la otra orilla del Mosa.

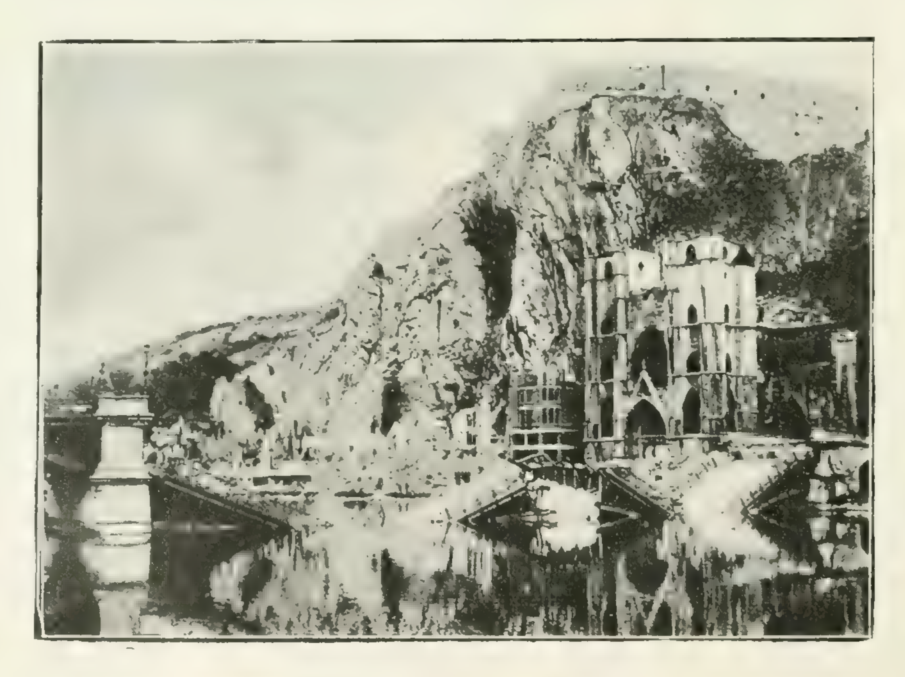
Á las siete y media de la tarde, empujado por una columna enemiga que descendía con artillería hacia Dinant, me dieron la orden de retirada.

En este momento recibí un balazo en la cabeza que me rasgó el cuero cabelludo y me produjo una conmoción. Además caí, por el golpe del balazo, en el interior de una cantera y me rompí una pierna. Los alemanes nos perseguían á una distancia de 50 metros. Mis soldados me recogieron, transportándome hasta las crestas de las rocas que dominan el convento de los Premontenses. El fuego era cada vez más mortífero, y supliqué á mis hombres que me abandonasen. Yo procuraría salvarme, dejándome rodar por la pendiente hasta un pequeño bosque de abajo. Así lo hice, perseguido por las balas de los alemanes. Éstos se habían detenido en una cresta á 250 metros de donde yo estaba.

Cuando quedé tendido abajo en el bosque, vi algunas casas con personas asomadas á sus ventanas, y empecé á gritar: «¡Á mí los belgas! ¡Soy un oficial francés!»

Bajo una lluvia de balas, y exponiendo mil veces sus vidas durante diez minutos, estas buenas personas vinieron á mí, me recogieron, me levantaron, conduciéndome al convento de los Premontenses, los cuales me cuidaron muy bien hasta el domingo á mediodía. Varios camilleros voluntarios y algunos premontenses me condujeron en dicha hora á la orilla izquierda, á un hotel donde encontré á un teniente aviador que me llevó en su automóvil á Philippeville, y allí me curaron definitivamente.

En todas partes he sido atendido y tratado como un hijo de Bélgica.



DINANT DESPUÉS DEL BOMBARDEO





Dibujo de Georges Scott, de la «Illustration» de Paris

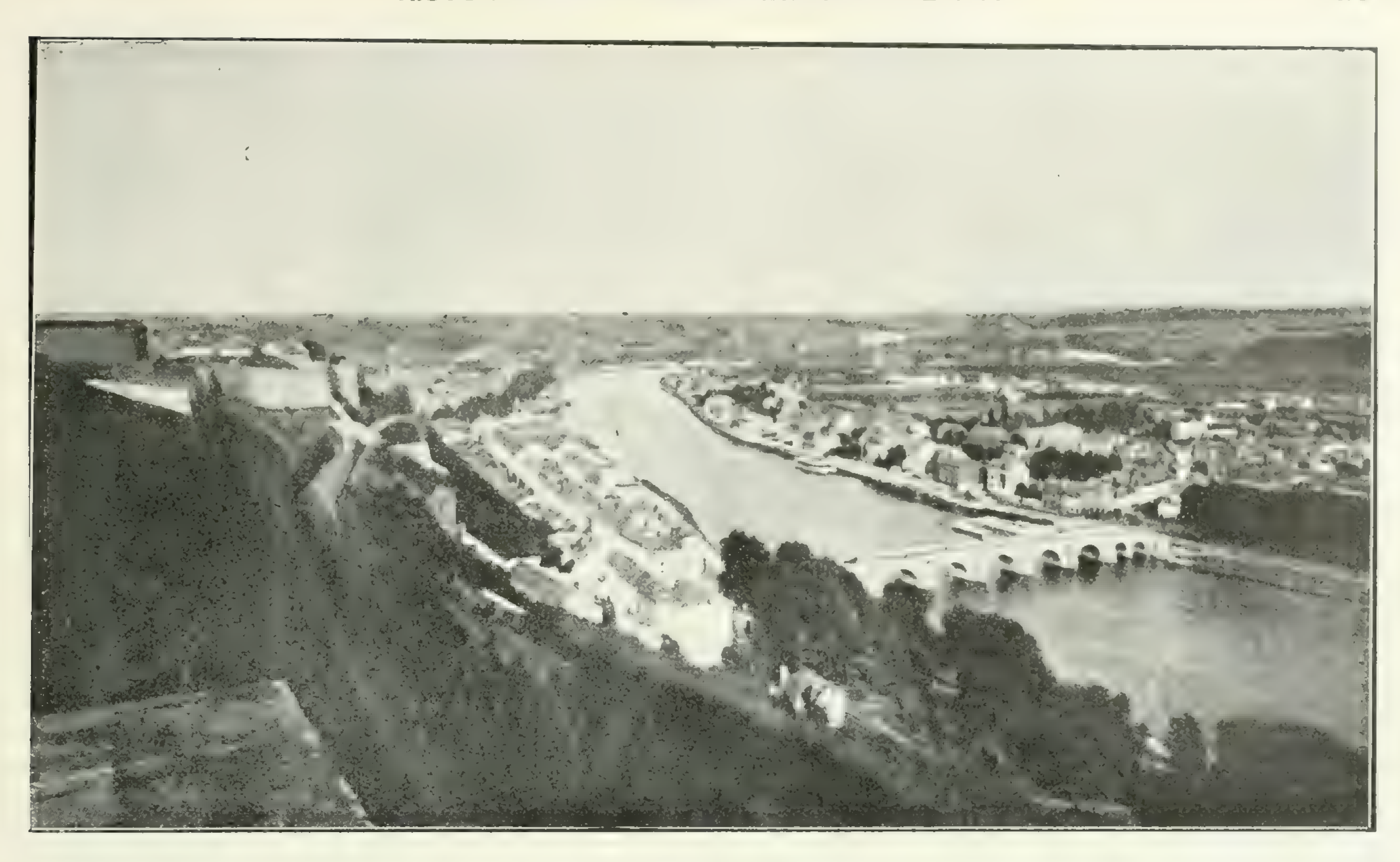
Prisioneros alemanes desfilando al pa

ACIA



o de parada ante un general francés





VISTA PANORÁMICA DE NAMUR

Hago este relato para que conste que debo mi salvación á los belgas, los cuales, á riesgo de su vida, me retiraron de las manos de los alemanes. Éstos, sin duda alguna, me habrían rematado, como lo hicieron con muchos heridos.

Los camilleros que me conducían vieron al día siguiente del combate á algunos de mis soldados muertos, con la cabeza aplastada á culatazos.»

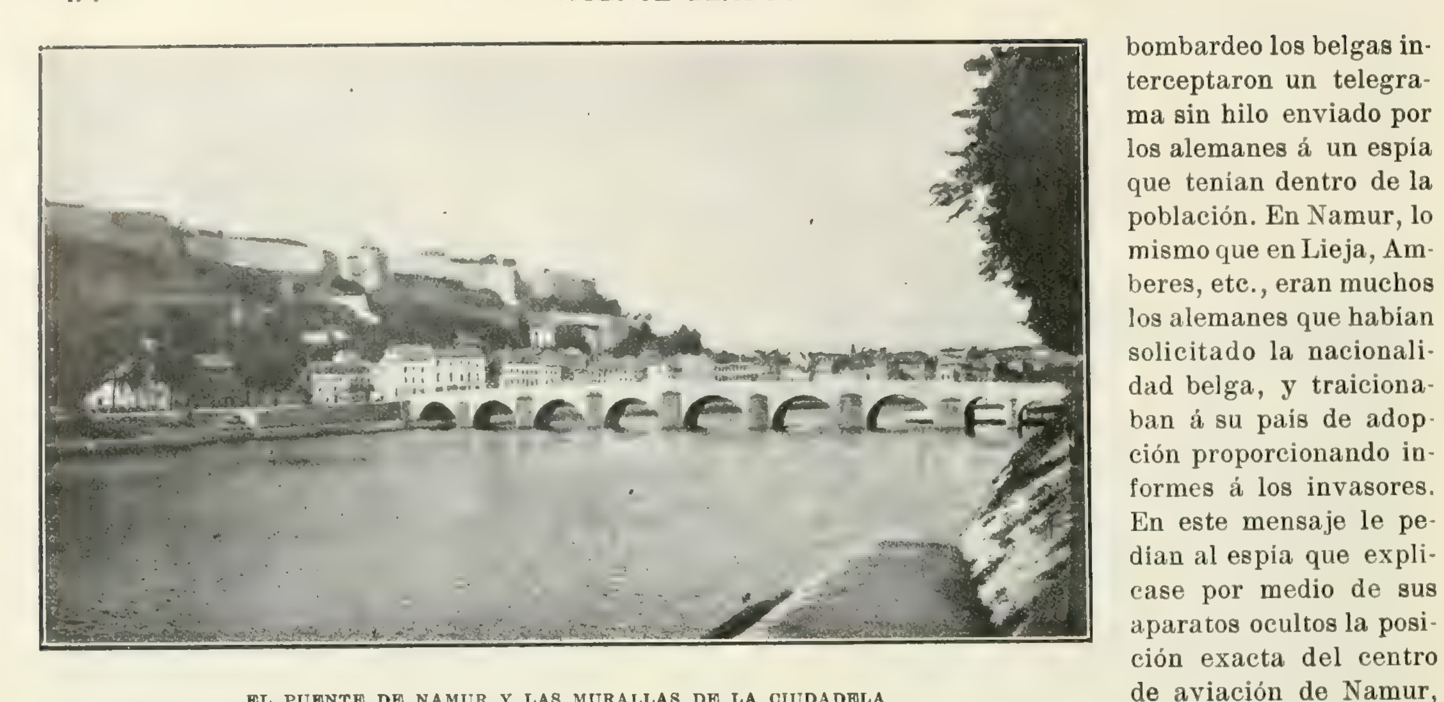
Esta última afirmación del oficial francés no era exagerada. Los alemanes, en el primer mes de la guerra, cuando consideraban que un triunfo rápido vendría á borrar el recuerdo de todos sus crímenes, remataron á los heridos y asesinaron á los prisioneros. Más adelante detallaremos estos atentados, al relatar sus atrocidades en la frontera belga y en Francia.

El empeño de los alemanes era pasar el Mosa cuanto antes, y cuatro días después de su fracaso de Dinant, el 19 de Agosto, lo franquearon entre Lieja y Namur.

Namur era la última plaza fuerte de la línea del Mosa que les quedaba á los belgas en la citada fecha. Situada en las cercanías de la frontera francesa, servía de apoyo á los ejércitos aliados que se reunían en este límite para hacer frente á la invasión.

El miércoles 19 de Agosto empezó el bombardeo de Namur. La plaza fortificada por Brial-

CAMPO ATRINCHERADO DE NAMUR



EL PUENTE DE NAMUR Y LAS MURALLAS DE LA CIUDADELA

bombardeo los belgas interceptaron un telegrama sin hilo enviado por los alemanes á un espía que tenían dentro de la población. En Namur, lo mismo que en Lieja, Amberes, etc., eran muchos los alemanes que habían solicitado la nacionalidad belga, y traicionaban á su país de adopción proporcionando informes á los invasores. En este mensaje le pedían al espía que explicase por medio de sus aparatos ocultos la posición exacta del centro de aviación de Namur, para destruirlo. Inútil es decir que el centro fué trasladado de lugar inmediatamente.

Durante el sitio la población conservó una valerosa serenidad, á pesar de la violencia del bombardeo. Esta violencia fué tal que en veinticuatro horas cayeron sobre uno sólo de los fuertes 400 obuses de gran calibre y 1.200 proyectiles menores.

El día 21 la guarnición tuvo la agradable sorpresa de ver cómo descendía en Namur, á pesar del bombardeo, un avión inglés procedente de la plaza francesa de Maubeuge. El aeroplano iba montado por el capitán inglés Waldron, que consiguió atravesar sin ser herido y sin que sufriese accidente su aparato, las nubes de proyectiles que le enviaron las baterías enemigas.

Los alemanes, al atacar las fortificaciones del Normont, lo mismo que Lieja y Amberes, tenía fama de inexpugnable. Realmente sus obras defensivas eran de gran valía, pero la guarnición, fiando demasiado en ellas, cometió la imprudencia de permitir que los sitiadores emplazasen su artillería muy cerca.

Se ignoraba todavía en aquel entonces el poder destructivo de los colosales morteros austriacos que los alemanes llevaban con ellos para el ataque de las plazas fuertes. No se había hecho aún la triste experiencia de que toda fortificación estaba condenada fatalmente á ser destruída si sus defensores dejaban que se instalasen ante ella los obuseros de 420. La única salvación para las plazas fuertes era que un ejército operase fuera de su recinto en un radio extenso, repeliendo al enemigo con incesantes contraataques y estorbando la instalación de su artillería colosal. Esto fué lo que los franceses hicieron en Verdún, manteniendo incólume la plaza y burlando todas las combinaciones del enemigo.

Los defensores de Namur dejaron que las baterías de los adversarios se instalasen á nueve kilómetros, creyendo que los fuertes resistirían semanas y meses. Esta proximidad representaba una sentencia de muerte para Namur, teniendo en cuenta el alcance y el poder de la artillería gruesa con que llegaban los sitiadores.

Apenas se inició el

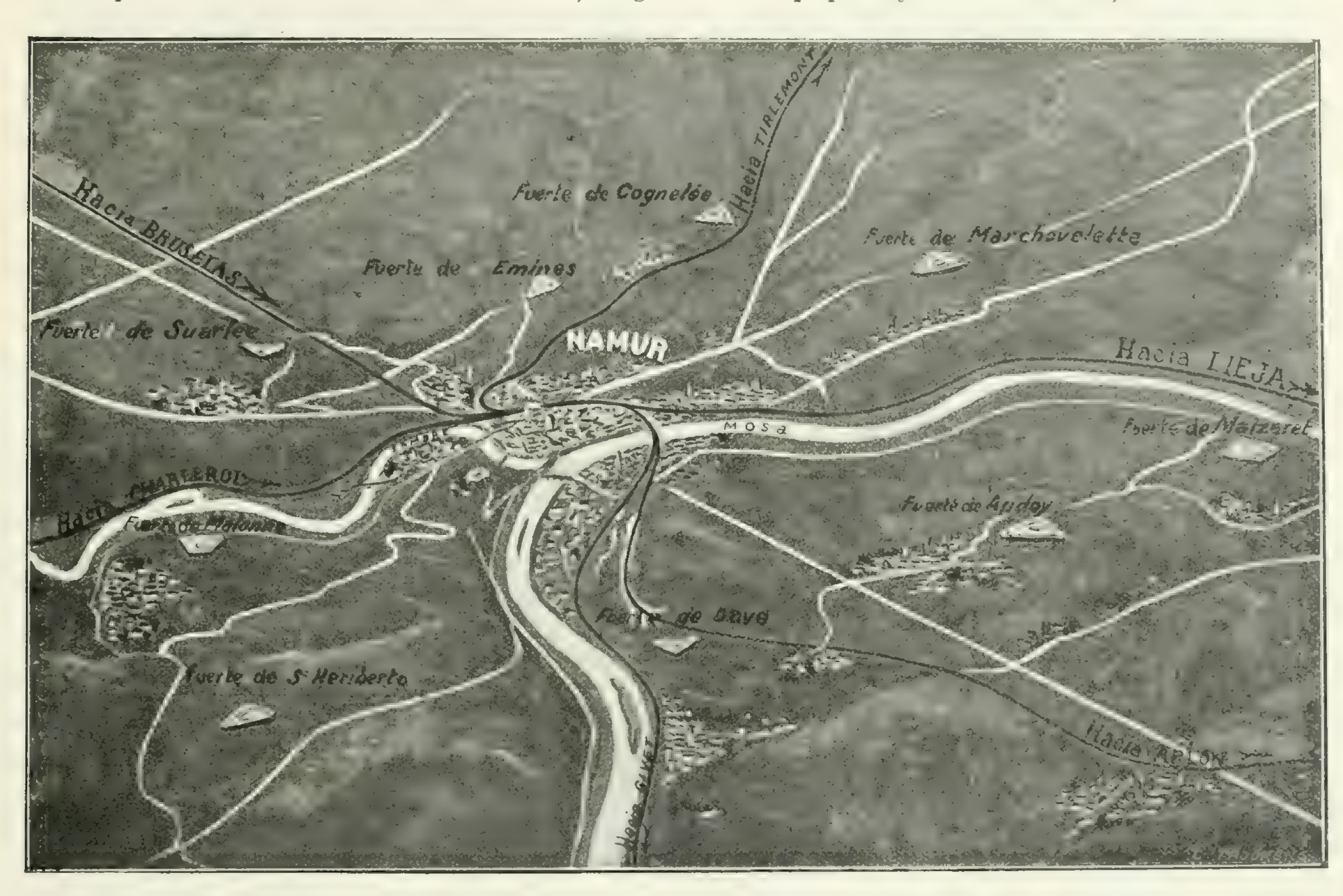


EL PUENTE DE NAMUR VOLADO POR LOS BELGAS PARA IMPEDIR EL AVANCE ALEMÁN

deste de Namur, concentraron su ofensiva contra el fuerte de Marchovelette especialmente. No tardó éste en verse convertido en ruinas bajo el incesante fuego de las enormes piezas. El fuerte de Cognelée, que estaba inmediato, saltó igualmente.

Quedó abierta una brecha de doce kilómetros y los alemanes se lanzaron por ella al asalto de Namur.

La guarnición belga constaba de 3.000 hombres nada más, pero á pesar de su gran inferioridad opuso una vigorosa resistencia. Se batió tenazmente en los bosques inmediatos á la cadena de fuertes, luego



VISTA PANORÁMICA DE LOS FUERTES DE NAMUR Y LA CONFLUENCIA DEL MOSA Y DEL SAMBRE

(Dibujo de C. Thoorens, de la *Illustration*, de París

combatió en las calles de la ciudad, retardando el avance del cuerpo de invasión. Pero la resistencia resultaba inútil, y al fin los soldados belgas tuvieron que abandonar á Namur. Un regimiento de caballería francesa protegió su retirada. Los valerosos belgas pudieron de este modo ganar las líneas francesas sin sufrir graves pérdidas.

Esta retirada de la 4.ª división belga que defendía á Namur, se efectuó á las cinco de la tarde del domingo 23 de Agosto, á la misma hora que los franceses se batían furiosamente en Charleroi. La resistencia de Namur, á pesar de sus valiosos fuertes, sólo había durado cinco días escasos. Ni las obras de fortificación ni los hombres habían podido soportar el fuego de la artillería pesada de los sitiadores. Treinta baterías de grandes obuseros habían entrado en acción, concentrando simultáneamente sus tiros sobre cada uno de los fuertes, hasta destruirlos.

▫

Al relatar las atrocidades de los alemanes en Bélgica hablamos de las que cometieron á su entrada en Namur. También mencionamos los atropellos de Dinant cuando esta ciudad quedó definitivamente en poder de los invasores el 21 de Agosto. Dinant fué casi destruída, y sus habitantes fusilados á centenares. Sólo Lovaina puede comparar su martirio al que sufrió esta pequeña y sonriente ciudad, vecina á Francia.

Un diario holandés, *El Telégrafo*, de Amsterdán, publicó el siguiente relato de un testigo neutro é imparcial, M. Staller, ciudadano de los Países Bajos, que presenció los desmanes y crímenes con que los prusianos quisieron vengar en Dinant su derrota del día 15.

«En la noche del viernes 21 de Agosto—dice M. Staller—, una docena de alemanes se arriesgaron hasta el centro de la ciudad en un automóvil blindado, verdadera fortaleza rodante. Llevaban con ellos dos ametralladoras, y mientras el auto rodaba por las calles, tiraban á derecha é izquierda contra las casas, apuntando principalmente, como yo pude verlo, á los pisos superiores. Era muy tarde y la mayoría de los habitantes se habían acostado, de lo que resultó



NAMUR DESPUÉS DEL BOMBARDEO

RUINAS DE LA PLAZA MAYOR VISTAS DESDE LA CALLE DES BRASSEURS

que muchos fueron muertos ó heridos en sus camas.

¿Qué pasó en esa noche? ¿Hubo algunos civiles que respondieron á este ataque cobarde é imprevisto, con tiros de revólver? No lo creo, pues en los días anteriores, por orden del burgomaestre, todos los vecinos habían entregado sus armas. ¿Los alemanes estaban borrachos, como sus camaradas lo afirmaron más tarde, y una pendencia surgió entre ellos?... Lo cierto es que al día siguiente se encontraron tres alemanes muertos en las calles. Yo los vi. Y los alemanes alegaron este motivo para bombardear la ciudad.

El lunes por la mañana entraron los alemanes en Dinant. Su primer acto fué detener 153 vecinos y llevarlos á una plazoleta, frente á la cárcel, donde los fusilaron. Pero no se dieron por satisfechos con ello. En estos días terribles, lo mismo en Dinant que en los pueblos de las cercanías, Anseremme, Leffe y Neffe, más de 800 personas fueron fusiladas, entre las cuales figuraban muchas mujeres y niños. ¿Todo esto por tres soldados muertos?... No. Los alemanes pretendían que después de bombardear á Dinant, cuando entraban en la ciudad, los habitantes tiraron contra ellos. ¿Cómo pudo ser esto, si los habitantes no tenían armas? Yo sé bien lo que ocurrió y los alemanes lo saben igual-



RUINAS DE LA PLAZA DE ARMAS



DE LA ARTILLERÍA ALEMANA

VISTA GENERAL DE LA GRAN PLAZA

mente. La Gran Calle de Dinant paralela al Mosa, está en comunicación con este río por un gran número de callejuelas. Los franceses, apostados en la orilla opuesta del Mosa, mataron á través de estas callejuelas un gran número de alemanes, y el comandante enemigo, desfigurando los hechos, pretendió que eran los burgueses los que habían tirado. Se comenzó por fusilar 153 vecinos como he dicho, luego 500 fueron arrestados y conducidos á Cassel.

En lo que se refiere á nosotros, nos vimos transportados como presos á la abadía de los Premontenses. Durante tres días las mujeres y los niños vivieron en el encierro de pequeñas celdas, sin tener ni una silla, tendidas en el pavimento y faltas de alimentación. Cuatro de ellas que estaban embarazadas dieron á luz en estas terribles circunstancias.

Algunos oficiales se dieron un infernal placer, haciéndonos sufrir á cada momento las angustias de la muerte. Nos anunciaban de hora en hora que íbamos á ser fusilados. Nos ponían en línea y los soldados cargaban sus fusiles. Luego los oficiales reían, anunciándonos que el fusilamiento quedaba aplazado para el día siguiente. Tengo la certeza de que algunos de los detenidos se han vuelto locos después de este juego infame.



RUINAS DE LA PLAZA DE ARMAS

¡Y qué martirio el de las mujeres y los niños que vieron fusilar á sus padres, sus maridos, sus hermanos!... Este fusilamiento se realizó con una rapidez fulminante. En un abrir y cerrar de ojos, á pesar de los gritos desgarradores, las mujeres y los niños fueron separados de los hombres y empujados al otro lado de la plaza. Entre los dos grupos se interpusieron los pelotones de ejecución, y los 153 desgraciados cayeron cubiertos de sangre. Seis de entre ellos hicieron los muertos. Dos estaban intactos y cuatro ligeramente heridos. Pero el oficial gritó que los que viviesen aún serían perdonados, y cuando los seis se incorporaron dió por segunda vez la voz de «¡fuego!» Además, para que nadie escapase, hizo que las ametralladoras tirasen algunos minutos contra el montón de cadáveres.



RUINAS DE LA PLAZA MAYOR DE NAMUR DESPUÉS DEL BOMBARDEO

Es imposible describir el dolor y los gritos de las mujeres y los niños. Pero el monstruo que había dirigido esta carnicería, permaneció tranquilo.

—Señoras mias—dijo con un fuerte acento tudesco, dirigiéndose á las pobres mujeres—, yo he cumplido mi deber.

Y se alejó con sus hombres.

Los cadáveres permanecieron tendidos durante tres días en la plaza, sin que se permitiera á nadie tocarlos. Después de este lapso de tiempo, la autoridad alemana consintió que los enterrasen en el mismo lugar del suplicio. Yo asistí á la fúnebre operación.

Mientras tanto los alemanes empezaron á saquear la ciudad. En el Banco Henri sufrieron una decepción, pues les fué imposible encontrar el escondrijo donde había sido ocultada la caja. Pero detuvieron al director del Banco y á su hijo en el momento que huían en bicicleta. Los dos empleados, fieles á su deber, se negaron á revelar el secreto que exigían estos ladrones con uniforme. Entonces los guerreros de Guillermo II los mataron á tiros de revólver. El padre y el hijo cayeron noblemente en defensa de los capitales que les habían confiado los particulares.



LA PLAZA DE LEOPOLDO

En el Banco Popular los alemanes encontraron la caja, pero la mayor parte del dinero había sido transportado horas antes á un lugar seguro. El bandidaje fué espantoso. Hay que remontarse á la historia de la más negra barbarie para encontrar algo semejante.

M. Poncelet, uno de los comerciantes más es-



MAGASIN Y CAFÉ DE LA GRAN PLAZA DE NAMUR DESTRUÍDOS POR EL BOMBARDEO ALEMÁN

Dice bien el testigo holandés. Hay que remontarse á la historia de la más negra barbarie, para encontrar algo semejante á la obra de los superhombres militarizados de Guillermo II.

II

La lucha en el Sambre. Batalla de Charleroi

Los ejércitos aliados que habían penetrado en Bélgica para cortar el paso á los alemanes procedieron á una ofensiva general contra el invasor. Sus jefes estaban muy lejos de imaginarse la gran superioridad numérica del enemigo. Los cuerpos de ejército alemanes eran dos veces mayores de lo que creía el Estado Mayor francés. Sólo en el momento del contacto se dieron cuenta los aliados de la superioridad de fuerzas del invasor.

Hasta el día 19 de Agosto los primeros encuentros en el Sur de Bélgica habían sido favorables á los aliados. En una serie de pequeños encuentros ocurridos en las dos orillas del Mosa, los franceses batieron á los alemanes. Además, éstos habían fracasado el 15 al intentar el paso del río por Dinant.

El 19 consiguieron los invasores atravesar el

timados de Dinant, había conseguido huir de la ciudad con su mujer y sus seis hijos. Los alemanes los alcanzaron, y un oficial dió la orden de que los fugitivos se pusieran en fila para su fusilamiento. Los soldados tuvieron un momento de vacilación ante tal monstruosidad, y entonces el oficial, sacando su revólver, levantó de un tiro la tapa de los sesos al infortunado Poncelet, á la vista de su familia.

M. Himers fué muerto en Neffe casi en las mismas circunstancias. Este señor era propietario de una fábrica y cónsul de la República Argentina. También lo fusilaron ante los ojos de su esposa.

En Anseremme diez y ocho mujeres y dos niños se habían ocultado debajo de un puente. Los alemanes vieron el grupo y tiraron contra él con una ametralladora, hasta que nadie quedó con vida. Al día siguiente quemaron los cadáveres, probablemente para no ser acusados después como asesinos de personas débiles y sin defensa. Yo vi los horribles restos de esta hoguera.

Prefiero callar sobre la conducta de los soldados con las mujeres jóvenes y los atropellos de que éstas fueron víctimas.»



RUINAS DE LA CALLE DES BRASSEURS

Mosa, repeliendo al Sudoeste, sobre el Sambre, las primeras líneas francesas, instaladas de Grembloux á Perverz. Esto fué la fase preliminar de la gran batalla.

El choque decisivo empezó el 23 al amanecer. El alba encontró á los dos ejércitos enemigos en posiciones muy distintas á las que se habían podido imaginar, en vista de las noticias de los días anteriores. El ala izquierda alemana (5.° ejército, mandado por el kronprintz), á fin de hacer frente al Sur y encontrarse en la prolongación del ala derecha, que había hecho una gran curva á través de Bélgica, ya no estaba en Longwy ni en Arlon, pues había retrocedido hasta Nefchateau. El centro (4.° ejército, mandado por el duque de Wurtemberg), que estaba frente á Dinant, había evolucionado, cubriendo ahora á Rochefort en Bélgica. El ala derecha, mandada por Kluk y Bulow, era el miembro más importante y activo en este movimiento, pues tenía el encargo de envolver á los aliados y había de asestarles el golpe decisivo. Esta ala derecha, después de extenderse en Bélgica todo lo que pudo hacia el Oeste, empezó á descender al Sur, ó sea hacia Francia, describiendo un gran cuarto de círculo para el envolvimiento de sus enemigos.

La batalla iba á entablarse en condiciones desfavorables para los aliados. Sobre un frente de Namur á Mons, las tropas anglo-francesas se escalonaron del siguiente modo:

Á la derecha estaba la división Mangin, apoyándose en los fuertes de Namur, que todavía hacían frente á los alemanes y empezaron á rendirse en el atardecer de mismo día 23. Á continuación, cerca de Charleroi, el 1.^{er} cuerpo de ejército, mandado por el general Franchet d'Esperey. En el mismo pueblo de Charleroi y sus alrededores, las tropas coloniales —infantería colonial, tiradores argelinos, tiradores marroquíes, tiradores senegaleses y turcos—, tropas que se batieron con gran furia y luego cubrieron brillantemente la retirada. Entre Charleroi y Mons el 3.^{er} cuerpo, mandado por el general Sauret, y el 18.° cuerpo. En fin, en Mons, formando el ala izquierda, el ejército inglés, mandado por el mariscal French, un ejército inexperto que estaba formándose, y aunque constaba de cuatro divisiones, era poco numeroso, pues las divisiones no habían recibido todos sus contingentes y alguna de ellas sólo constaba de 10.000 hombres.

El conjunto de las tropas francesas formaba el 5.° ejército, mandado en jefe por el general Lanrezac.

Esta muralla viviente no terminaba en Mons, pues se procuró que toda la frontera quedase cubierta. Más allá de Mons, ó sea á la izquierda del ala inglesa, se extendían fuerzas francesas importantes del ejército activo, de la reserva y del ejército territorial á lo largo de la frontera belga, desde la altura de Tournai á la de Dunkerque.

BLASCO IBÁÑEZ HABLANDO CON EL GENERAL FRANCHET D'ESPEREY, COMANDANTE EN JEFE DEL 5.° EJÉRCITO (Fot. J. Franch)

Respondiendo á la formación en que se presentaban los ejércitos alemanes, una parte del 5.° ejército francés—los elementos de su izquierda—abandonó el Sambre para colocarse junto á la frontera. Así formaba un ángulo recto frente al Norte con los cuerpos franceses aglomerados detrás de las Ardenes hacia Sedán, y los que tapaban el boquete de Stenay en el Woevre.

El plan general del Estado Mayor francés era el siguiente: Los tres ejércitos franceses, 3.°, 4.° y 5.°,

mandados por los generales Ruffey, Langle de Cary y Lanrezac, atacarían de frente al enemigo. La extrema izquierda del 5.° ejército y el cuerpo expedicionario inglés efectuarían el movimiento envolvente para desbordar á los alemanes. El plan estaba bien concebido; era lo único que podía hacerse; pero fué preparado con negligencia y ejecutado con lentitud y torpeza.

«Las lecciones de 1870—dice un crítico militar suizo—parecieron no haber servido de nada á algunos jefes franceses. El ejército del centro, que había de avanzar en las Ardenas belgas, no se cuidó de explorar bien el terreno, é ignoraba que éste se hallaba erizado de toda clase de trabajos defensivos: trampas de lobo, fuertes alambrados, barricadas de troncos. Por esto, cuando quiso avanzar, sólo pudo hacerlo con lentitud, y acabó por inmovilizarse, quedando atrás mientras los otros dos ejércitos avanzaban, no pudiendo sostener el esfuerzo de las dos alas.

»Otro error grave se cometió al ejecutar el plan: colocar en la extrema ala izquierda—sobre la que descansaba casi todo el peso de la maniobra, pues era la encargada de envolver al enemigo—á las tropas más bisoñas y de menos experiencia táctica, ó sea á los ingleses. En Mons los soldados británicos, á pesar de su valentía, fueron desbordados y repelidos por el 1.er ejército alemán que mandaba Von Kluck. La inexperiencia de los ingleses contribuyó á este éxito. Disimulando sus movimientos detrás de la espesa cortina de caballería que mandaba el general de Marwitz, Von Kluck cayó sobre el flanco británico inesperadamente, obligando á los ingleses á retirarse para no verse envueltos.

»Al mismo tiempo el 5.° ejército francés, que estaba á su derecha en Charleroi, fué repelido por el 2.° ejército alemán (Bulow) y el 3.° (Hansen). La guardia prusiana luchó tenazmente con los turcos. Se comprende la retirada del 5.° ejército no sólo por el retroceso de los ingleses, sino por el «agujero» que quedó en el centro de la batalla entre él y el 4.° ejército á causa de la dificultad que éste experimentó en su avance y que obligó á toda la línea á retroceder. Charleroi, tomado, perdido y vuelto á tomar cinco veces en un día, fué definitivamente evacuado por los franceses. Los aliados quedaron expulsados de Bélgica y su ofensiva rota; rota por algún tiempo.»

EL GENERAL MONGIN

Este juicio del crítico suizo sobre las causas de la derrota de Charleroi, es el más aproximado á la exactitud. Además hubo otras causas. El flaqueamiento de la extrema ala izquierda, ó sea de los ingleses, fué un accidente de batalla que podía haberse remediado llegando á tiempo los refuerzos que hizo salir Joffre de Lille. Pero estos refuerzos llegaron tarde ó no llegaron, incurriendo en graves responsabilidades algunos generales franceses.

Realmente, lo que decidió la suerte de la batalla del Sambre fué la lamentable inmovilidad del 4.° ejército, de Langle de Cary, imposibilitado de avanzar por los accidentes del terreno, mientras el 5.° ejército, especialmente su derecha, mandada por Franchet d'Esperey, seguía adelante con gallardía, arrollando al enemigo. Se abrió con esto un «agujero» en la línea francesa, tanto más grande cuanto más avanzaba Franchet d'Esperey y retrocedía Langle de Cary. Por esta solución de continuidad iba á introducirse de un momento á otro el 3.er ejército alemán mandado por Von Hansen, lo que representaría una rotura de frente, un envolvimiento, la derrota completa. Franchet d'Esperey y toda la derecha del



TRAMPAS CON ESTACAS DE PUNTA ENDURECIDA, CONSTRUÍDAS POR LOS ALEMANES

5.° ejército tuvieron que retroceder cuando se consideraban victoriosos, siguiendo la retirada de la extrema ala izquierda (los ingleses) y del centro y la derecha (Langle de Cary y Ruffey: 4.° y 3.er ejércitos.)

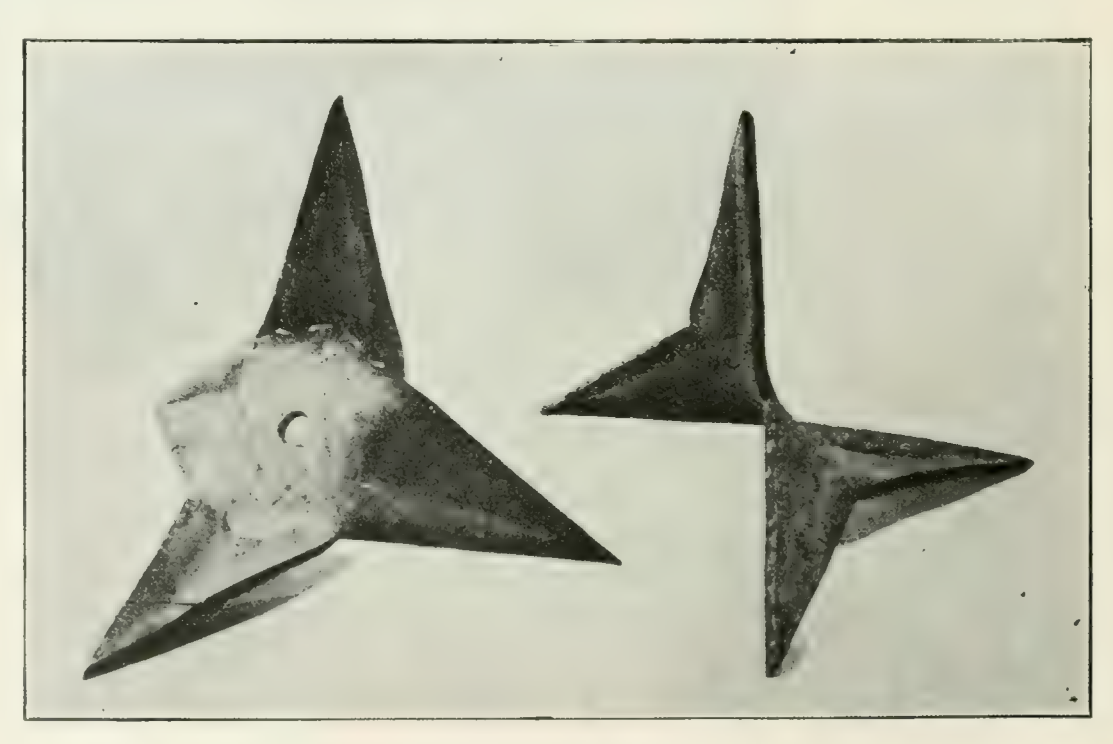
Un escritor francés de criterio imparcial resumió de igual modo la batalla del 23 de Agosto.

«Hay que hacer constar—dice—que con los jefes admirables que se llaman Mangin y Franchet d'Esperey habíamos ganado la primera parte de la batalla. Entre Namur y Charleroi, ó sea á la derecha del ala izquierda donde estaban los cuerpos de estos dos generales, nuestras tropas llevaban toda la ventaja. Charleroi fué tomado y retomado cinco veces seguidas. Entre Charleroi y Mons, donde estaban los ingleses, el 18.° cuerpo francés mandado por el general Suret, se mantuvo igualmente con firmeza inquebrantable. Pero en el centro de la extensa batalla, el 3.er ejército retrocedió, y en la extrema izquierda el cuerpo expedicionario inglés tuvo que replegarse y ceder terreno.

»Las tropas de la guarnición de Lille recibieron la orden de acudir para reforzar á los ingleses. ¿Por qué no cumplieron esta orden? Es un misterio que aclarará el porvenir...

»El ala derecha alemana mandada por Von Kluck se precipitó por el agujero que habían dejado abierto los ingleses. La masa enemiga se esparció como un huracán por la orilla izquierda del Sambre. Enfrente, sobre la orilla derecha, las tropas francesas oponían todavía un frente denso. Mientras tanto, el ejército inglés, protegido por su caballería, cuyo valor es bien conocido, se replegaba lentamente, en estrecho contacto con el enemigo y limitando sus avances.

»Tal vez en este momento un retorno ofensivo y *la llegada de refuerzos á la extrema ala izquierda* hubiesen detenido la progresión de los alemanes, pues una parte del 5.° ejército francés seguía conservando sus posiciones ventajosas. El repliegue de la división Bouttegourd en la línea del Mosa, nos obligó á aban-



Estrellas de acero, que en cualquier posición quedan siempre de punta, y de las que se sirven los alemanes para herir los pies de los caballos

donar estas posiciones. Los alemanes habían conseguido tomar á Dinant y franquear el Mosa en este punto... No quedaba ya otro recurso que batirse en retirada, para ir á tomar nuevas posiciones defensivas. Esto fué lo que ordenó muy cuerdamente nuestro generalísimo.»

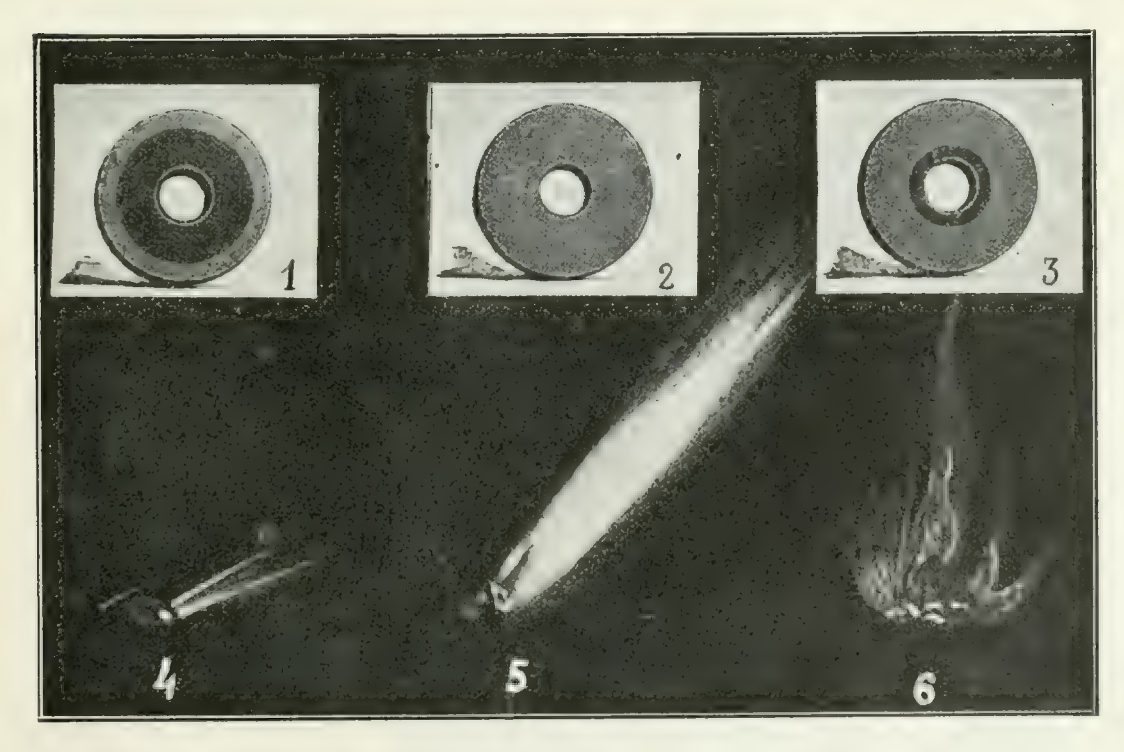


TRINCHERA ALEMANA CUBIERTA CON ROLLOS DE ALAMBRE (Fot. Rol)

Así fué, en resumen, la batalla del Sambre, cuyos principales y más sonados accidentes se desarrollaron en torno de Charleroi.

El frente de esta batalla resultó enorme, pues en realidad se extendió desde las inmediaciones de Lille y Tournai hasta Alsacia. Por ambas partes entraron en acción fuerzas considerables, pero especialmente las de los alemanes resultaban enormemente superiores.

Seis ejércitos bien nutridos pusieron en línea los generales prusianos frente á los cuatro ejércitos franceses incompletos y el cuerpo expedicionario inglés que todavía se estaba formando. De estos seis ejércitos dos operaban sobre el Mosa, compuestos cada uno de tres cuerpos de ejército y una división de caballería; el tercero sobre el Luxemburgo belga, representado por dos divisionos de la guardia imperial; el cuarto en Thionville, comprendiendo tres cuerpos de ejército y dos divisiones de caballería; el quinto en Lorena, formado de cuatro cuerpos de ejército con una división de caballería, y el sexto en Alsacia, con tres cuerpos de ejército. El total de las fuerzas alemanas arrojaba 17 cuerpos de ejército y cinco divisiones de caballería, ó sea aproximadamente un millón de hombres.



LAS PASTILLAS INCENDIARIAS ALEMANAS

1. 2. 3. Pastillas de materias inflamables, que al menor choque se encienden con una gran llama, tardando en consumirse.—4. La pastilla encendida al chocar contra un cuerpo duro.—5. Progresión de la llama.—6. Combustión de la materia inflamable durante algunos minutos, originando el incendio

Un redactor de *Le Temps,* de París, M. Thiebault-Sisson, testigo presencial de los preparativos de la batalla, escribió lo siguiente á su periódico el 21 de Agosto desde Charleroi.

«Es un hecho indiscutible. *Ellos* avanzan sobre un frente de 125 á 150 kilómetros, solamente en Bélgica. Es un formidable abanico que se despliega, precedido de una nube de exploradores, entre dos puntos extremos: Bruselas y Nefchateau, cerca de

LA PRIMERA FASE DE LA GRAN BATALL

Arlon. Las hordas de Atila se preparan á marchar contra Francia por cuatro ó cinco vías diferentes. Ellas encontrarán quien las reciba. Mientras tanto nuestras tropas, conforme al programa que les ha sido impuesto, se contentan en las riberas del Mosa, izquierda y derecha, con molestarlas por medio de un contacto perpetuo, matándoles el mayor número de gente posible en encuentros que hasta el presente han sido de éxito para nuestras armas.

He asistido en la mañana de hoy á los preliminares de algunas operaciones de esta clase en las cercanías de Charleroi. La red de vías férreas que se extiende al Norte de la ciudad en todas direcciones y pone en comunicación docenas y docenas de centros fabriles y mineros, está guardada en una distancia de 12 á 15 kilómetros por fuerzas de caballería importantes, cuyas patrullas exploran el país en todos sentidos. En todas las líneas el tráfico continúa provisionalmente.

Me aprovecho de esto para dirigirme á Courcelles y desde allí visitar los acantonamientos de nuestras tropas. Volveré á Charleroi por Jumet, Roux y Londelisart, descendiendo en cada estación.



RUINAS DE UNO DE LOS FUERTES DE NAMUR

En todas partes la caballería ofrece un hermoso aspecto. Alineados en buen orden á un lado de la vía, los caballos piafan en la bruma matinal, agitan sus riendas y bocados, cocean, mientras que los jinetes, de pie junto á ellos, conversan alegremente fumando sus cortas pipas ó gruesos cigarros belgas. De vez en cuando suena á lo lejos el

QUE SE LIBRÓ EN BÉLGICA SOBRE TODO EL FRENTE

(Plano de L. Trinquier, de la *Illustration*, de París)

crepitamiento de las carabinas, y poco después vuelve una patrulla trayendo prisioneros ó caballos del enemigo.

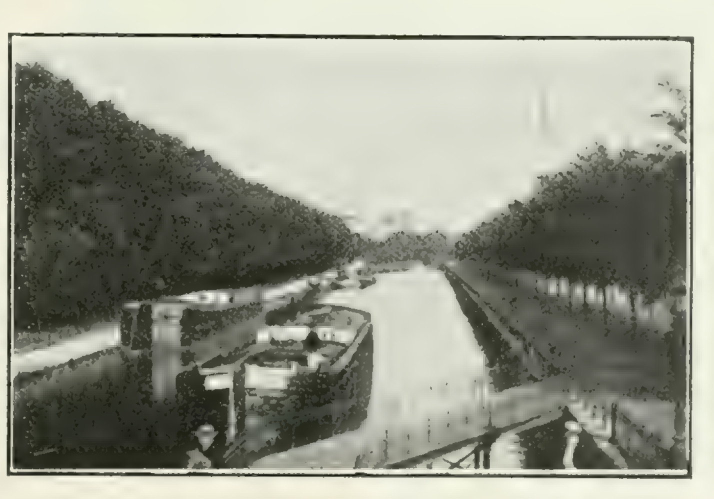
Oigo como un cabo de patrulla hace su relación al comandante: «Á 200 metros del puente de la Carrocería he visto salir de un pequeño bosque á siete hulanos. Hemos matado á tres. Los demás se han salvado.»

Obedeciendo á un gesto del jefe, todo el escuadrón salta á las sillas y se aleja. El fuego de las carabinas recomienza más fuerte á los pocos minutos.

Cuando vuelvo á Charleroi recibo la noticia de que un pelotón de Húsares de la Muerte—unos 20 hombres mandados por un oficial—ha penetrado durante mi ausencia en la población. Entraron á las siete de la mañana por la ciudad alta, descendiendo tranquilamente hacia el Sambre. Hacían el saludo militar á todas las gentes que encontraban al paso.

—¡Buenos días! ¡Buenos días!—decían sonriendo—. ¡Amigos! ¡Somos amigos!

Las mujeres, ocupadas en la limpieza de sus casas, se asomaban á las puertas. Los tenderos hacían lo mismo. Á causa de su uniforme color de reseda, todas estas gentes tomaron á los recién llegados por ingleses, pues saben que los soldados británicos van vestidos de kaki. Algunos curiosos entusiastas gritaron: «¡Viva Inglaterra!» y los centinelas franceses, desorientados por la ovación popular, dejaron seguir adelante al grupo de jinetes. Desde una ventana los vió uno de nuestros oficiales, reconociéndolos inmediatamente. Exasperado por



CANAL DEL SAMBRE EN CHARLEROI

este engaño salió de un salto á la calle corriendo detrás de ellos para dar la alarma al cuerpo de guardia situado en la calle del Puente Nuevo. Es en la esquina de la calle de Montigny, por donde pasa el tranvía. Algunos soldados franceses acudieron atraídos por los gritos del oficial, y echándose los fusiles á la cara mataron á dos húsares alemanes é hirieron á tres. El resto, con el oficial, se salvó á todo galope. Yo he visto dos horas después el teatro del drama. Un poste de acero del troley del tranvía, de 70 centímetros de diámetro, estaba atravesado por una bala que había ido á hundirse en un muro, quince metros más allá.



CABALLERÍA FRANCESA MARCHANDO Á LA LÍNEA DE FUEGO

Nadie creía posible esta visita, que revela á un enemigo muy próximo, fiel á la misma tradición de audacia y falsedad que nos sorprendió en 1870. Inmediatamente se dió á los habitantes de Charleroi la orden de mantenerse dentro de sus casas, con las puertas y ventanas cerradas, sin aventurarse en las calles bajo ningún pretexto. También quedó prohibida la circulación en las principales vías, y los puestos de guardia fueron doblados. En la estación del ferrocarril se colocaron dos ametralladoras. Los soldados se frotaban las manos de alegría viendo próximo el combate y rehusaban las vituallas que les ofrecían los obreros y los pequeños burgueses.

—No creáis que es desprecio—decía un cabo que acababa de rechazar un biftec—. Si tomásemos todo lo que nos ofrecen los belgas, acabaríamos por reventar. Yo estoy ya á estas horas en mi noveno café con leche y en la tostada que hace doce. No puedo más.

Á las dos de la tarde comenzó á sonar el cañón, pero tan lejos, que en el primer momento, como la atmósfera estaba tempestuosa, creímos que era el sordo rodar del trueno. El ruido llegó hasta nosotros por dos lados diversos: del Norte y del Mediodía. Lo que estaba ocurriendo en aquellos momentos lo supe cuatro horas después por testigos oculares. Se habia entablado el combate al Norte en dos puntos á la vez. Los alemanes, viniendo de Eghezée, colocaron en batería sus cañones de sitio ante Namur, y los fuertes de la ciudad contestaban. Por otra parte, se batían en Genappe, cerca de Waterlóo, donde un grupo de fuerzas alemanas, ocupando un frente de 15 kilómetros, de Braine-l'Allend



BELGAS ENTERRANDO EL CADÁVER DE UN ALEMÁN (Fot. Rol)



SOLDADOS DE INFANTERÍA FRANCESA ATRAVESANDO UN PUEBLO DE LA FRONTERA

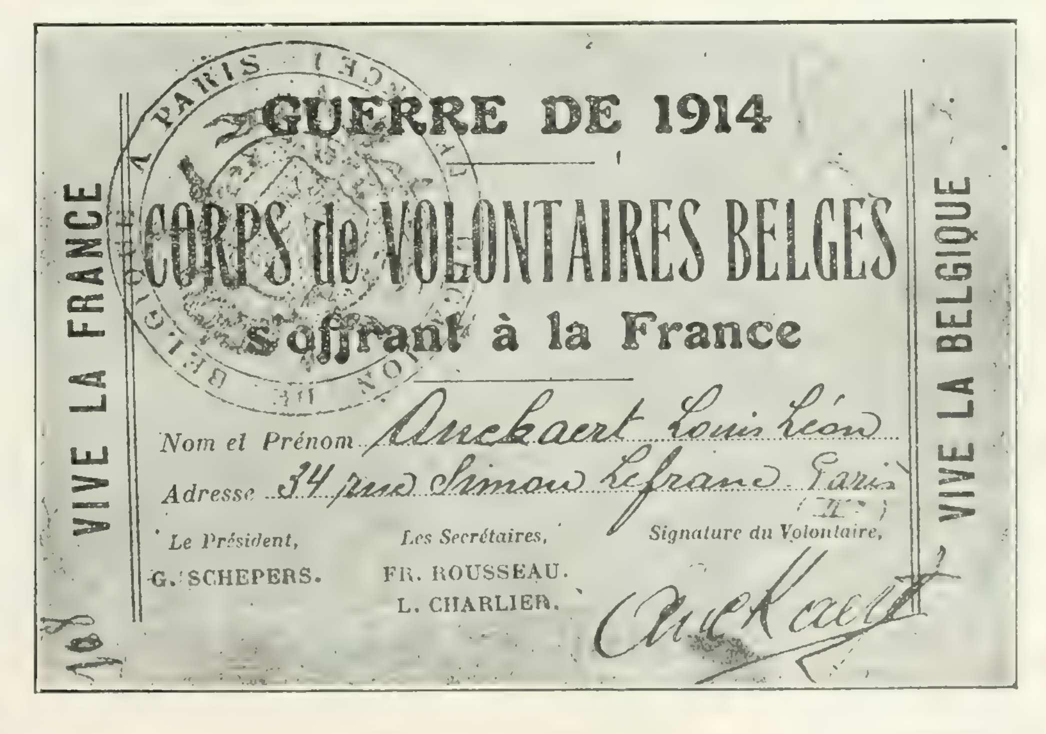
(Fot. Meurisse)

á Genappe, fué batido por los nuestros y los ingleses.

En cuanto á lo que había ocurrido al Sur de Namur, he aquí el relato que me hicieron el belga monsieur Leclerc, tenedor de libros en Revin (Ardenas francesas), y el francés M. Canivet, empleado de una fábrica en las afueras de Namur. Los dos habían salido de Namur á las siete de la mañana, aprovechando la única vía férrea que no había sido interrumpida, para descender por Mettet y Florennes hasta Givet.

«Á la media hora de trayecto—me dicen—el tren se detuvo en Monstier. Los empleados nos advirtieron que había que retroceder á Namur ó seguir el camino á pie. Nosotros sabíamos que de Charleroi á Mettet hay una segunda línea férrea, y nos encaminamos á la estación de Chatelineau con la esperanza de poder tomar este tren. Á las ocho y cuarto nos encontramos á media cuesta de las alturas, sobre las que está situado Ham-sur-Sambre. En la colina opuesta una aldea de una docena de casas ardía como una antorcha. Enfrente de nosotros, en mitad de la pendiente, había un bosque muy frondoso, ancho de unos 800 metros, pero mucho más profundo. En el valle no sonaba ningún ruido, ni al primer golpe de vista se distinguía persona alguna. De pronto, de las pendientes de Ham surgió una descarga de proyectiles de cañón que pasó sobre nuestras cabezas. Oímos cuatro cañonazos seguidos. Era una batería que lanzaba obuses sobre el bosque. De las orillas del bosque vimos surgir inmediatamente soldados alemanes de infantería, unos á la desbandada, huyendo, otros en filas de á cuatro formando columna. Á derecha é izquierda empezaron á sonar tiros de fusil que abatían á los fugitivos. Los que permanecían agrupados se replegaron, buscando la protección del bosque. Pero en el mismo momento una segunda descarga de la batería los alcanzó en pleno, aniquilando á nuestros ojos la columna. Fué un espectáculo trágico.

»De Ham-sur-Sambre hemos continuado nuestro camino hacia Tamines, cuya estación acababa de ser conquistada por los soldados franceses que habíamos visto operar en el valle momentos antes. En la estación habían dejado tendidos en el suelo á dos de ellos:



VIVE LA FRANCE

GUERRE DE 1914

CORPS de VOLONTAIRES BELGES

s'offrant à la France

VIVE LA BELGIQUE

Nom et Prénom Anckaert Louis Léon

Adresse 34 rue Simon Lefranc Paris (IV°)

Le Président, G. SCHEPERS.

Les Secrétaires, FR. ROUSSEAU. L. CHARLIER.

Signature du Volontaire, Anckaert

TARJETA DE UN VOLUNTARIO BELGA (Fot. Rol)

INFANTERÍA ALEMANA APOSTADA EN UN CAMPO

un muerto y un herido. De Tamines hemos pasado á Chatelineau, pero como el tren de Mettet no funciona y sólo quedan libres las comunicaciones con Charleroi, nos hemos trasladado aquí.»

El sábado 22 de Agosto, en las últimas horas de la tarde, el redactor de *Le Temps* seguía escribiendo desde Jeumont:

«Abandoné anoche Charleroi para trasladarme á Jeumont, en la frontera francesa. Era tiempo de hacerlo, pues no estaba seguro allí. Esta misma mañana los ingenieros del ferrocarril Norte belga han presenciado el ataque de Charleroi. Los alemanes, desde las cercanías de la ciudad alta, han enviado numerosos obuses sobre la estación y los lugares más visibles de la ciudad baja. En estos momentos intentan forzar el paso de los puentes sobre el Sambre. Los fugitivos afluyen aquí por los últimos trenes. Desde las dos de la tarde se oye claramente el cañón, primeramente por el lado de Charleroi, luego por Thuin. Los alemanes se están batiendo con los ingleses. ¡Cien años justos, después de Waterlóo! La Historia ha dado una vuelta.

»Estamos en el principio de la batalla tan esperada.»



SOLDADOS BELGAS DEFENDIENDO UNA ESTACIÓN DE FERROCARRIL

(Fot. Rol)

□

Un corresponsal del *Times*, de Londres, presenció también los preparativos de la batalla cuando volvía de una excursión por Bélgica.

Este corresponsal había salido de Bruselas



ARTILLERÍA ALEMANA

el lunes 17 de Agosto para marchar á Namur pasando por Charleroi. Al llegar á esta ciudad todo estaba tranquilo. Al día siguiente prosiguió su viaje y encontró cortada la línea férrea en Moustier. Intentó inútilmente llegar á pie hasta Namur, y en vista de que era imposible regresó á Charleroi. Las tropas francesas atravesaban la ciudad, dirigiéndose hacia el Nordeste. Al otro día, miércoles, se dió cuenta Charleroi del peligro que le amenazaba.

Los franceses habían llegado durante la noche á marchas forzadas y ocupaban las riberas del canal, estando emplazadas las ametralladoras en los puentes y sobre el techo de la estación de la ciudad baja.

El corresponsal del *Times* salió de Charleroi aprovechando el último tren que partió para Bruselas. En los alrededores de la línea librábanse escaramuzas, que no cesaron hasta más allá de Nivelles. Al llegar el tren cerca de Hal, un jefe ferroviario hizo detener el convoy, anunciando que la caballería alemana ocupaba la estación. El tren se dirigió entonces por la línea de Mons para volver á Charleroi, donde llegó el jueves á la una de la tarde.

En aquel momento iniciaban los alemanes el ataque contra la ciudad. El viernes, á las siete de la mañana, cuando el primer obús alemán estallaba sobre Charleroi, pudo salir el corresponsal en la última locomotora. Todos los

UNA BATERÍA ALEMANA DESTRUÍDA EN UN PUEBLO DE BÉLGICA

(Fot. Rol)



LAS TROPAS FRANCESAS DE ÁFRICA
UN CAMPAMENTO DE MARROQUÍES

alemanes había tomado posición á dos kilómetros aproximadamente de la ciudad. Á las nueve y media las ametralladoras abrieron el fuego sobre las obras defensivas del puente de Morel, cerca del puente del ferrocarril. El primer ataque de los alemanes fué rechazado, pero después consiguieron entrar en la ciudad.

El corresponsal se dirigió entonces á Lille, que había recibido la noticia del avance de los alemanes por unos fugitivos. Esta noticia provocó gran pánico, y todos los trenes que se dirigían á París fueron invadidos por los habitantes.

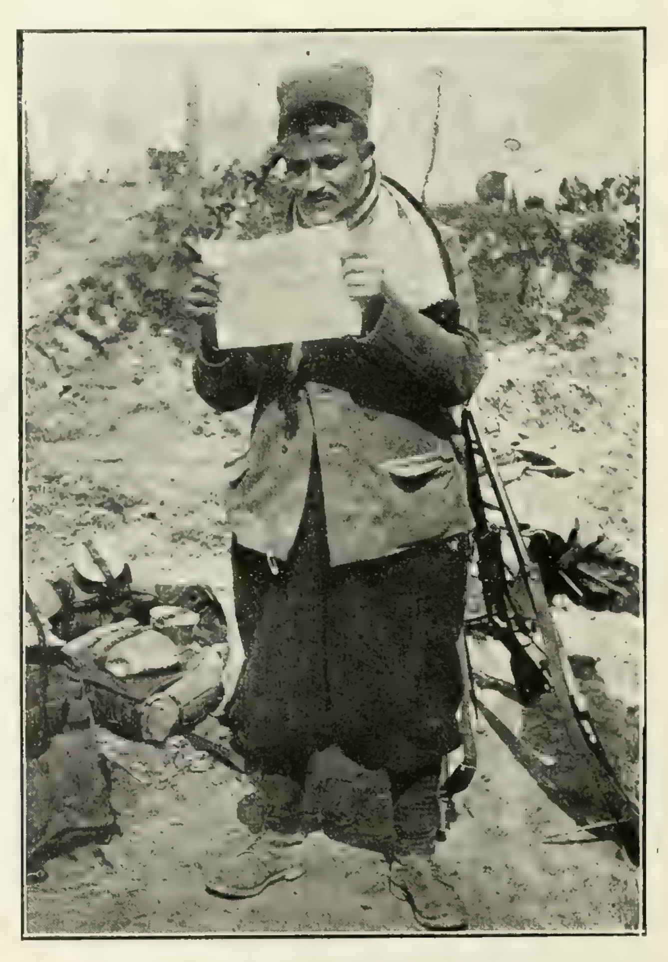
Después el corresponsal tomó la dirección de Valenciennes con el intento de volver á Charleroi. Comenzaban á llegar informes de que la caballería alemana avanzaba á todo lo largo de la frontera francesa.

Entonces el corresponsal tomó un tren militar y llegó á Chimay el sábado á las diez y media de la

caminos que conducían hacia el Sur y el Oeste estaban invadidos completamente por los que huían. Después de un rápido viaje el corresponsal inglés llegó á Mons, donde tuvo la alegría de encontrarse entre las tropas de su país. Los ingleses se habían atrincherado alrededor de la ciudad, estableciendo muy metódicamente su defensa. Los puentes que no habían sido saltados, por no juzgarlo necesario, estaban defendidos con ametralladoras y cerrados con barricadas y cables. La ciudad permanecía tranquila y llena de confianza. Á pesar de los cañonazos que sonaban á lo lejos y de haberse presentado en los alrededores algunos grupos de jinetes alemanes, no había la menor señal de inquietud. El corresponsal del *Times* pudo ver cómo los soldados ingleses pescaban tranquilamente en el canal, sirviéndose del fusil en lugar de caña.

Estaba hablando con un compatriota jefe de una sección de ametralladoras, cuando percibieron claramente en lo alto el zumbido de un motor. Era un *taube* que volaba sobre la ciudad á muy poca altura. Hicieron fuego los soldados ingleses é inmediatamente se alejó el *taube*, describiendo un amplio círculo. Un biplano francés apareció entonces en su persecución, y ambos desaparecieron á lo lejos.

El corresponsal salió de Mons á las cinco de la mañana, y después de un peligroso viaje llegó á Tournai, donde reinaba la mayor consternación. Una patrulla de seis hulanos se había presentado en el Ayuntamiento, preguntando si había franceses por aquellos alrededores. Se les contestó negativamente, como era cierto entonces. Á las cuatro de la tarde entraron en la ciudad varios batallones de reservistas franceses, que mataron á los jinetes alemanes. El sábado á las seis de la mañana una importante columna de



TIRADOR ARGELINO LEYENDO UNA CARTA

(Fots. Meurisse)

noche, pero tuvo que detenerse y dirigirse á pie á Philippeville.

En esta última población se enteró de que el obús que había saludado su salida de la estación de Charleroi era el preludio de un bombardeo nutrido contra la ciudad alta.


ZUAVOS PREPARANDO SU COMIDA EN LA PLAZA DE UN PUEBLO

Apenas empezaron los alemanes á bombardear á Charleroi, las tropas francesas hicieron una salida para apoderarse de sus cañones á la boyoneta. Pero el enemigo los había cubierto con importantes masas de infantería y los franceses tuvieron que replegarse. El bombardeo continuó sin interrupción.

Entonces se hizo avanzar á los batallones de turcos, tropas coloniales francesas de Argelia y Túnez, cuya bravura es legendaria. Estos soldados, que desconocen el peligro, efectuaron una salida llegando hasta las baterías enemigas y matando á bayonetazos á la mayor parte de los artilleros. Pero luego tuvieron que retroceder abrumados por la superioridad numérica del enemigo. Eran uno contra seis. Los alemanes siguieron avanzando como una marea lenta é irresistible que gana poco á poco el terreno, hasta llegar á los arrabales de la ciudad.


ZUAVOS DISPARANDO (Fots. Rol)

Se entabló un combate en las calles cuerpo á cuerpo, desarrollándose indescriptibles escenas de matanza. Los franceses, obligados á retroceder gradualmente ante el enemigo, se fortificaron en la estación, por cuyas cercanías pasa el principal canal de Charleroi. Durante dos horas ambos bandos pelearon por la posesión del puente, perdiéndolo y recobrándolo repetidas veces. Al fin los alemanes, después de sufrir pérdidas enormes, reparadas por continuos refuerzos, acabaron por posesionarse del puente. Después de entrar en la parte baja de Charleroi, siguieron su marcha adelante, apoderándose de los pueblos de Marchiennes, Landelies y Montigny, lo que les hizo dueños de todos los alrededores de Charleroi hasta Walcourt.

Pero la artillería francesa, que ocupaba la parte alta de la ciudad, abrió á su vez el fuego sobre la parte baja, en la que estaban los alemanes. La infantería francesa, bajo la protección de sus cañones, avanzó lentamente para reconquistar esta mitad de Charleroi y sus alrededores.

Los alemanes resistieron con gran energía, pero les fué imposible detener el avance de los franceses, que reocuparon los pueblos y la línea férrea entre Thuin y Mettet. Á las seis de la tarde cesó la lucha por agotamiento de fuerzas de los combatientes. Ni unos ni otros podían más.

Al día siguiente, apenas apuntó el alba, la artillería francesa reanudó el bombardeo de la ciudad baja. De nuevo las valerosas tropas coloniales y otras de línea se lanzaron al asalto de las pendientes que

CARGA DE LAS TROPAS FRANCE

conducen á la parte baja de Charleroi, apoderándose de los pueblos de Chatelet, Chatelex, Inou, Bouffroix, Marchiennes y Couillet. En esta lucha tenaz, disputándose el terreno palmo á palmo, las pérdidas sufridas por ambas partes fueron terribles.

El fuego de la artillería alemana y de sus abundantes ametralladoras causó grandes estragos en las filas francesas; pero á pesar de esto, turcos, tiradores argelinos, tiradores marroquíes y soldados de línea, consiguieron apoderarse de nuevo de la parte baja de Charleroi, quedando toda la ciudad por suya. Después de un choque furioso cuerpo á cuerpo, que hizo correr la sangre á raudales, los alemanes tuvieron que huir en desorden, no deteniéndose hasta llegar á la otra orilla del Sambre.

Los franceses recuperaron una ciudad literalmente cubierta de cadáveres y destruída por la artillería.

En todos los barrios de Charleroi ardían edificios. Los habitantes se habían refugiado en las cuevas, escuchando aterrados el estrépito de la muerte que avanzaba sobre sus cabezas.

▫

Un corresponsal de *Le Figaro*, de París, dió los siguientes detalles sobre la batalla, que prueban la falta de escrúpulos de los alemanes y cómo abusaron de la población civil:

«En Charleroi, cerca de la puerta de Waterlóo, los alemanes se apoderaron de diez mineros que acababan de subir de la mina y llevaban aún



CONVOY DE APROVISIONAMIENTO DE ZUAVOS (Fot. Rol)

FRICA EN CHARLEROI (Dibujo de H. W. Koekkoek, de *The Illustrated War News*)

su lámpara en la mano. Les obligaron á marchar delante de las tropas, y todos los mineros fueron muertos.

La misma táctica adoptaron en Mont-sur-Marchiennes, donde 200 alemanes, sorprendidos por los franceses, pusieron delante de ellos á seis vecinos, entre ellos mujeres y niños. Al llegar nuevas tropas francesas, tuvieron los alemanes que refugiarse en una granja, donde fueron aniquilados.

En Jumet-Saint-Antoine pretendieron los alemanes bombardear la estación. Los tres primeros obuses fueron dirigidos contra la cárcel, aunque sobre ella ondeaba la bandera de la Cruz Roja. Otras dos bombas cayeron en el muelle de mercancías y una sola de ellas hizo explosión, matando á un caballo sin herir al oficial que lo montaba. Otros dos obuses estallaron en el Pasaje de la Bolsa, pero causaron solamente daños materiales.

La artillería francesa emplazada al Sur, dirigía sus disparos contra la infantería alemana, que descendía por el camino de Bruselas. Después redujo al silencio á la artillería germánica.

Varios destacamentos alemanes acudían desde Genappe y otros de Fleurus y de Sombreffe. Dos mil hombres entraron en Charleroi por la avenida del Viaducto y por la avenida de Waterlóo. Cuatro ametralladoras francesas emplazadas en el Viaducto y en la puerta de Waterlóo rompieron el fuego, y al cabo de tres horas de combate los asaltantes estaban



SOLDADOS FRANCESES DE ÁFRICA HERIDOS EN CHARLEROI, LLEGANDO Á PARÍS
(Fot. Meurisse)



CHARLEROI DESPUÉS DEL BOMBARDEO
RUINAS DE LA CALLE DE LA MONTAÑA

diezmados. No había más tropas francesas que los sirvientes de las ametralladoras. Los alemanes comenzaron á incendiar un gran número de casas. Aquella noche llegaron refuerzos franceses, zuavos, singularmente, y los incendiarios fueron completamente batidos. Los franceses atravesaron el Sambre cerca de Thuin, y persiguieron al enemigo hasta más allá de Anderlus.»

▫

Un oficial del 4.° batallón de tiradores indígenas, el teniente Antonio Esmiol, gravemente herido en los ataques de Charleroi, relató del siguiente modo á los periodistas los incidentes de esta lucha, en la que las tropas africanas pusieron en fuga repetidas veces á las alemanas:

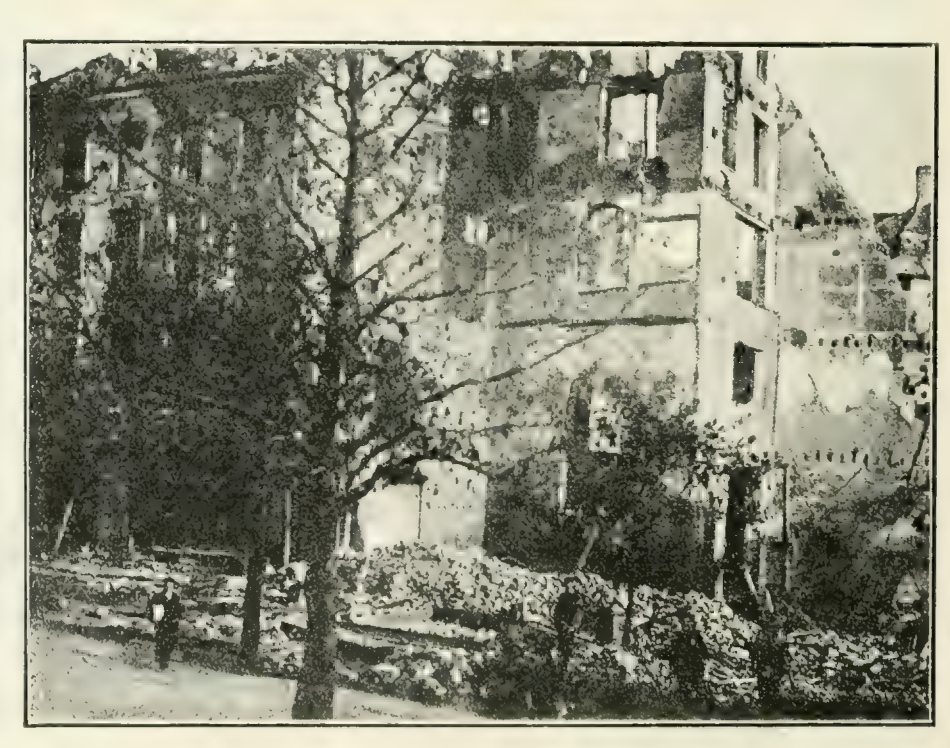
«La batalla duró tres días. En ninguno de estos tres días lograron los alemanes llevarnos ventaja ni se atrevieron á intentar el asalto. Sin embargo, nos habían bombardeado vigorosamente. Desde las nueve de la mañana del día 23 hasta la misma hora del día 24, no cesaron de caer obuses en nuestra trinchera. Solamente tuvimos un muerto y un herido, y pude decir á mi capitán que era una verdadera suerte que nuestros indígenas debutasen de aquel modo. No estando habituados al fuego de la artillería, pudieron darse cuenta de que hacía más ruido que daño, al menos la de nuestros enemigos.

Durante los dos días siguientes avanzó la línea de tiradores alemanes hasta 150 metros, pero ya no se aproximaron más. Los rechazamos muchas veces á la bayoneta y siempre fuimos dueños del terreno. Nuestras pérdidas seguían siendo insignificantes. Supieron nuestros jefes que los alemanes habían recibido refuerzos, y nos ordenaron replegarnos. Mi sección sufrió entonces las pérdidas que le infligieron. Era una cosa fatal y prevista, pues nada podía resguardarnos contra el intenso fuego de los alemanes. Y sin embargo, ni aun entonces osaron ningún movimiento ofensivo.

Dos kilómetros más atrás se reunieron nuestras diezmadas compañías con elementos completamente frescos, pues la mayoría de estas tropas no había entrado todavía en combate. Fué, pues, un ejército absolutamente intacto en su conjunto, con todo su material, el que se retiró por órdenes superiores. Nada hay en ello que pueda alarmar á la opinión. Se trata sencillamente de ganar tiempo para asegurar la victoria final y decisiva.»

▫

Resulta curioso el testimonio de un empleado de ferrocarril que asistió de lejos á la empeñada lucha de Charleroi. Este empleado, que prestaba sus servicios en la estación de Feignies, situada en la frontera



RUINAS DE LA CAPILLA DE NUESTRA SEÑORA

franco-belga, no fué un testigo ocular, pero sí auricular, comunicando á un diario de París las siguientes impresiones de ansiedad y esperanza experimentadas durante dos días al oir el estrépito de la batalla y hablar con los que venían de ella:

«El sábado 22 de Agosto, á la caída de la tarde, oímos en Feignies los primeros cañonazos. Sabíamos desde el mediodía que numerosas fuerzas alemanas se disponían á atacar á las de los aliados amasadas en la orilla del Sambre y que era inminente un combate.

Toda la noche continuó el cañoneo sin ninguna interrupción, evidenciando lo tenaz de la lucha. Permanecimos hasta el amanecer sin tener noticias de la batalla.

El domingo por la mañana supimos por las conducciones de heridos que se dirigían á Maubeuge, que el combate se había iniciado en toda la línea Mons-Charleroi, y en efecto, no tardamos en oir el cañoneo hacia el Norte de Mons. Á partir del mediodía, vimos perfectamente cruzar los obuses por los aires. Subimos después á lo alto de la Aduana, situada entre Feignies y Quevy, y pudimos seguir desde allí las peripecias de aquel duelo de artillería.

Advertimos en seguida que el disparo de los cañones alemanes estaba mal regulado, pues raras veces iba bien dirigido. Y por el contrario, la artillería inglesa, que había tomado posiciones en las colinas que rodean á Mons, demostraba mucha precisión, causando grandes destrozos en las masas alemanas.



RUINAS DEL PALACIO DEL COMERCIO



RUINAS DE LA CALLE DE LA MONTAÑA

Permanecimos en nuestro observatorio hasta que llegó la noche. Al retirarnos teníamos la convicción de que las fuerzas inglesas habían llevado la mejor parte, y que los alemanes estaban batidos.

Á pesar de esto, las noticias que llegaron durante la noche no eran nada agradables. *La ciudad*—nos dijeron—*había sido tomada y vuelta á tomar durante muchas veces,* continuándose un terrible bombardeo que había causado los mayores estragos.

Á las dos de la madrugada una estafeta ciclista nos comunicó que los franceses habían ocupado de nuevo la ciudad—por quinta vez, según dijo—, pero que los alemanes, antes de retirarse, la habían incendiado. El cañoneo, que durante la tarde parecía alejarse hacia el Oeste, comenzó más vivo durante la noche, aproximándose por momentos, hasta el punto de que al amanecer estallaban los obuses á 400 metros de la estación de Feignies.

Aquella mañana recibimos orden de evacuar la estación, y al llegar á Maubeuge supimos que nuestras tropas y las de los aliados se habían replegado hacia la frontera.»

Algunos días después de la gran batalla del Sambre, el 7 de Septiembre, Sir John French, general en jefe de las tropas inglesas, dirigió al gobierno britá-

nico un primer informe en el que daba cuenta de todas las operaciones de su ejército en el continente hasta dicha fecha, así en Bélgica como en el Norte de Francia.

Al describir los sucesos correspondientes á las jornadas del 22 y 23 de Agosto, dice así el mariscal French:

«*Disposición de las tropas británicas.*—El transporte de las tropas inglesas se efectuó ordenadamente y sin ningún contratiempo, lo mismo por mar que por la vía férrea. Cada unidad llegó perfectamente á su destino en disposición de avanzar hacia donde se ordenase.

Quedó terminada la concentración el viernes 21 de Agosto por la tarde, y pude tomar disposiciones para que mis tropas ocuparan al día siguiente las posiciones que juzgaba más favorables como puntos de partida para las operaciones que el general Joffre me había pedido que se ejecutasen conforme á su plan de campaña.



SIR JOHN FRENCH, GENERAL EN JEFE DE LAS TROPAS INGLESAS

Nuestra línea se extendía á lo largo del canal, más allá de Condé, al Oeste, pasando por Mons, hasta Binche, al Este. Esta línea se hallaba ocupada en la forma siguiente:

El sector Condé á Mons estaba asignado al 2.° cuerpo de ejército, á la derecha del cual, á partir de Mons, se hallaba el 1.er cuerpo. La 5.ª brigada de caballería estaba en Binche.

Mientras llegaba el 3.er cuerpo de ejército, quise tener de reserva todo lo posible á la división de caballería para operar sobre mi flanco exterior ó para enviarla á cualquier punto amenazado. Confié la descubierta en el frente al brigadier-general Sir Philip Chetwode con la 5.ª brigada de caballería, y para facilitar esta misión envié además algunos escuadrones al mando del general Allenby.

Estos escuadrones realizaron excelentes servicios en sus avances durante los días 22 y 23 y algunos de ellos llegaron hasta Soignies. Durante los encuentros con el enemigo quedaron probadas las grandes cualidades de nuestras tropas.

Domingo 23 de Agosto por la mañana.—El 23 de Agosto á las seis de la mañana, reuní á los jefes del 1.er y 2.° cuerpo y á los de la división de caballería, para exponerles la situación de los aliados y el plan del general Joffre, tal como yo lo entendía. Discutimos muy detenidamente la situación que correspondía á nuestro frente.

Según los informes recibidos del cuartel general francés podía creer que sólo nos hallábamos frente á un cuerpo de ejército enemigo ó dos todo lo más, con una división de caballería probablemente. No tenía noticia de ninguna tentativa de movimiento envolvente por parte del enemigo. Me confirmaba en esta opinión el hecho de que mis patrullas no habían encontrado resistencia alguna durante sus largas operaciones de reconocimiento. Las observaciones hechas por los aeroplanos parecían igualmente confirmar este juicio.

Domingo 23 de Agosto por la tarde.—Hacia las tres de la tarde del día 23 comencé á recibir informes de que el enemigo iniciaba un ataque muy intenso, en apariencia, contra la línea de Mons, y que la derecha de la posición, á partir de Mons y de Bray, era la más amenazada.

El jefe del 1.er cuerpo había replegado su flanco hasta una altura al Sur de Bray, y la 5.ª brigada de caballería había salido de Binche dirigiéndose hacia





Dibujo de H. W. Koekkoek, de «The Illustrated London News»

Fuerzas de infantería francesa, en la riber



del Aisne, avanzando hacia la línea de fuego





GENERAL HAIG
Comandante en jefe del 1.er cuerpo de ejército expedicionario inglés

el Sur, después de lo cual Binche había sido ocupado por el enemigo.

La derecha de la 3.ª división, al mando del general Hamilton, se encontraba en Mons formando un saliente poco peligroso. Recomendé al jefe del 2º cuerpo que procurase mantener el mayor tiempo posible á sus tropas en aquella posición avanzada, pero que si la veía seriamente amenazada, replegase el centro al otro lado de Mons.

Domingo 23 de Agosto por la noche.—Este movimiento se efectuó á la caída de la noche. Á las cinco de la tarde me avisó por telégrafo el general Joffre que cuando menos tres cuerpos de ejército alemanes —á saber: un cuerpo de reserva y el 4.º y el 5.º cuerpo—avanzaban hacia el frente de mi posición, mientras que el 2.º cuerpo intentaba un movimiento envolvente á través de Tournai. Me avisaba igualmente el general Joffre que las dos divisiones francesas de reserva y el 5.º ejército francés se batían á mi derecha en retirada y que los alemanes se habían apoderado de los pasos del Sambre entre Charleroi y Namur.



GENERAL PULTENEY
Jefe del 3.er cuerpo de ejército

En previsión del posible caso en que me viese obligado á abandonar la posición que ocupaba en Mons, había hecho practicar anteriormente un reconocimiento para procurarme una posición á retaguardia. Esta posición apoyaba su derecha en la fortaleza de Maubeuge y se extendía hacia el Oeste hasta Jenlain, al Sureste de Valenciennes, á la izquierda. Esta posición se me ofrecía como muy difícil de defender, á causa de que los campos de trigo aun sin segar y las granjas hacían muy difícil el establecer trincheras y limitaban el campo de tiro sobre un gran número de puntos importantes. En cambio ofrecían algunas buenas posiciones para la artillería.

GENERAL SMITH DORRIEN
Jefe del 2.º cuerpo de ejército

Cuando recibí el aviso del movimiento de retirada de los franceses y la gran amenaza alemana sobre el frente de mi posición, procuré comprobarla mediante reconocimientos de los aeroplanos. Ellos me decidieron á efectuar mi retirada sobre la posición de Maubeuge al amanecer del día 24.»

◻

El 24 de Agosto á media noche, el gobierno francés hizo públicas en un comunicado oficial las noticias poco gratas de lo ocurrido en la batalla del 22 y 23 de Agosto.

Este comunicado del ministro de la Guerra respiraba confianza en el porvenir; pero no podía negar el fracaso, acerca del cual circulaban los más pesimistas comentarios, exagerándolo algunos como si fuese una desgracia irreparable.

He aquí el comunicado:

«Al Oeste del Mosa *(de Namur á Maubeuge)*.—El ejército inglés, que



GENERAL ALLENBY
Comandante de la caballería

LA ARTILLERÍA INGLESA TOMAN

se encontraba á nuestra izquierda, ha sido atacado por los alemanes. Admirable bajo el fuego, ha resistido al enemigo con su impavidez acostumbrada.

El ejército francés que operaba en esta región, ha procedido al ataque. Dos cuerpos de ejército y las tropas de África, arrastrados por su brío han sido recibidos con un fuego mortífero. No por esto cedieron, pero contraatacados por la Guardia prusiana, tuvieron al fin que retirarse. Pero no lo han hecho sin infligir á su adversario pérdidas enormes. El cuerpo preferido de la Guardia ha salido diezmado del combate.



TROPAS ESCOCESAS PASANDO UN PUENTE PROVISIONAL FORMADO POR LOS INGENIEROS BRITÁNICOS (Fot. Rol)

AL ESTE DEL MOSA *(de Namur al Luxemburgo).*— Nuestras tropas han hecho un movimiento de avance á través de un país de los más intrincados. Vigorosamente atacadas al entrar en los bosques, han tenido que replegarse después de un combate muy vivo al Sur del Semoy.

Obedeciendo las órdenes del general Joffre, nuestras tropas y las tropas inglesas han tomado posición sobre los antiguos emplazamientos de cobertura que no habrían abandonado si el admirable esfuerzo de los belgas no les hubiese permitido entrar en Bélgica.

Unas y otras están intactas. Nuestra caballería no ha sufrido nada. Nuestra artillería ha

CIÓN DURANTE EL COMBATE (Dibujo de R. Caton Woodville, de *The Illustrated War News*)

afirmado su superioridad. Nuestros oficiales y nuestros soldados continúan en el mejor estado físico y moral.

Como resultado de las órdenes dadas, la lucha va á cambiar de aspecto durante algunos días. El ejército francés permanecerá poco tiempo á la defensiva. Cuando llegue el momento escogido por el comandante en jefe, volverá á tomar una vigorosa ofensiva.

Nuestras pérdidas son importantes. Resultaría prematuro fijarlas. También lo sería cifrar las del ejército alemán, que ha sufrido hasta el punto de tener que suspender sus movimientos de contraataque para establecerse sobre nuevas posiciones.»

Á pesar del optimismo y la fingida serenidad de este comunicado, todos en París adivinaban lo angustioso de la situación.

Comenzaba la cuarta semana de Agosto, la más terrible de la historia francesa contemporánea. El suelo nacional iba á ser invadido rápidamente. Francia estaba en peligro de desaparecer como nación. Los caminos de París quedaban abiertos al enemigo. El gobierno se veía forzado á huir de la capital.

Todo aparecía negro y amenazador. Hasta los más optimistas no podían concebir un milagro salvador como la victoria del Marne.

Sólo Joffre el silencioso parecía tranquilo.



UNA AMETRALLADORA SERVIDA POR SOLDADOS ESCOCESES (Fot. Rol)



LOS VECINOS DE UNA ALDEA FRANCESA ESPERANDO LA LLEGADA DE LOS PRIMEROS SOLDADOS INGLESES BAJO UN CARTEL TENDIDO EN SU HONOR

III

Los alegres aliados

Este nombre lo dieron los franceses desde el principio de la guerra á las tropas británicas que luchan en el continente al lado de los ejércitos de la República.

Los soldados del general French son alegres, sanos, de una malicia risueña é inocente. Parecen colegiales en armas ó jugadores de *foot-ball,* que al terminar una partida se han enganchado para la guerra.

Estos muchachotes membrudos, de orejas salientes y mandíbula fuerte, tienen unos ojos cándidos, separados por el vigoroso entrecejo que delata un carácter tenaz. Su piel se muestra blanca y sonrosada allí donde no está expuesta al dorado obscuro de los rayos del sol. Algunos, los más viejos, tienen sombreado el labio superior por unos bigotes breves, duros y recortados. Los más llevan la cara completamente rasurada, lo que les da una expresión de heroísmo pueril, de infantilidad valerosa y testaruda.

Una gran parte de los soldados ingleses son altos, secos y rubios, de largas y enjutas piernas. Sus esqueletos duros, con vigorosos resortes conservados en actividad por los juegos violentos, sólo toleran como envoltura músculos y tendones, sin el más leve bullón de grasa. Otros son pequeños, morenos y vivarachos, de pelo recio y negro lo mismo que reclutas españoles. La diferencia étnica entre ingleses y escoceses de un lado, é irlandeses de otro, salta á la vista.

Una alegría de escolares revoltosos hormiguea en las filas de este ejército, procedente de una nación considerada por muchos como la más seria y triste de la tierra. El inglés canta, el inglés silba y ríe apenas se coloca un francés bajo sus ojos. Al desembarcar,



INGLESES Y FRANCESES FRATERNIZANDO (Fots. Meurisse)

la canción ha bajado del buque tras de sus pasos. Con decir que es más cantor que los hijos de Francia, está dicho todo. Y cuando no canta, silba á coro la *Marsellesa*, con una habilidad de clown musical, acompañando de ese modo el ritmo de su marcha.

«Si al enemigo se le pudiese matar con canciones—dijo un soldado inglés en una carta publicada por los diarios de Londres—, hace semanas que no quedaría un solo alemán.»



ARTILLERÍA INGLESA DESFILANDO POR UN PUEBLO (Fot. Rol)

De pronto se eleva sobre las filas una voz preguntona y cesa el canto.

—*¿Are we down hearted?*



—*¡No...o...o!*—ruje todo el batallón.

—*¿Shall we Kin?*

—*¡Ye...e...e...s...s...!*

Lo que quiere decir: «¿Tenemos el corazón oprimido?... ¡No!» «¿Seremos vencedores?... ¡Sí!»

Y los pechos británicos repiten horas y horas estas palabras, «el estribillo de moda», con un vigor que delata la tenacidad incansable del carácter nacional.

Serán vencedores: *yes*. Acabarán con la Germania militarista y soberbia, que hace años insulta al mundo cantando: *Deutschland über alles* (Alemania sobre todos). Lo importante para un buen inglés es tomar una resolución. Luego, el tiempo y los esfuerzos necesarios para realizarla significan muy poco. Alemania perecerá por la guerra y esta guerra durará lo que sea necesario para el triunfo: un año, diez años, quince años—como para vencer á Napoleón—: veinte si es preciso. Inglaterra, con sus colonias y estados autónomos representa cuatrocientos millones de seres. Y doscientos millones de Rusia. Francia y las pequeñas naciones aliadas, dan un total de seiscientos. Alemania y Austria no pasan juntas de ciento cincuenta, mal contados. *¡All-right!*



SOLDADOS FRANCESES É INGLESES FESTEJANDO LA «ENTENTE CORDIALE» (Fot. Meurisse)

Además, Inglaterra y Francia son ricas y la victoria se inclinará, según un estadista británico, en favor del pueblo que pueda gastar el último millón.

La República tiene como emblema su gallo arrogante; los enemi-

gos, sus águilas negras y bicéfalas que serán en breve pajarracos de museo, con las plumas cargadas de arsénico contra la polilla y el vientre repleto de paja. John Bull tiene su *boule-doge,* su perro chato, de grotesca y pesada majestad, que sabrá—según la imagen de un gobernante de Londres—sacar de su madriguera á las ratas alemanas.

—¿Seremos vencedores?—vuelve á preguntar una voz en las filas.

—*¡Ye...e...e...s...s...!*

Y los soldados enormes, con cara de niño, rubios y sonrosados, marchan á grandes zancadas al encuentro de la gloria, al encuentro de la muerte, aspirando como suprema recompensa á que digan sobre sus tumbas lo que Nelson sobre el puente de su navío: «Inglaterra está satisfecha de sus hijos, que cumplieron su deber.»



INGLESES Y FRANCESES FRATERNIZANDO DURANTE EL ENCUENTRO DE DOS TRENES MILITARES (Fot. Rol)

El viejo mariscal Bugeaud, conquistador de Argelia, que podía apreciar con justicia el valor ajeno, pues fué un verdadero valiente, decía así:

«El soldado inglés es el primer soldado del mundo. Afortunadamente para las demás naciones, hay muy pocos.»

Este defecto numérico lo remedió Inglaterra con su actividad. Seis meses después de empezada la guerra tenía cerca de un millón de soldados en el continente. Al año siguiente serán dos millones; al otro, cuatro... Y así, en progresión, hasta que la Gran Bretaña desaparezca ó Alemania reciba una sangría, de la que depende la tranquilidad del mundo.



UN BATALLÓN DE VOLUNTARIOS ESCOCESES (Fot. Meurisse)

◻

Para los que han visto en Londres las tropas inglesas, algo teatrales, con sus casacas rojas y sus enormes gorros de pelo, es una sorpresa volver á encontrarlas en el continente con el aspecto de una partida de burgueses que van de caza.

Jefes y soldados llevan un uniforme igual, de tela de algodón color de mostaza, fuerte, blanda y flexible. Los zapatos son de cuero rojizo y las piernas las resguardan con unas bandas-polainas de la misma tela, sobre las cuales se hin-



UN JOVEN SOLDADO ESCOCÉS ATRAYENDO POR SU TRAJE LA CURIOSIDAD DE TODA UNA ALDEA FRANCESA (Fot. Rol)

chan ligeramente los calzones. Todos llevan una blusa de cazador con cuatro bolsillos: dos sobre el pecho y dos en los costados. Una canana en bandolera, de cuero rojo, cruza su busto, con cinco estuches que guardan cincuenta cartuchos. Igual número de cartuchos encierra su cinturón, en otros tantos bolsillos. Su cabeza la cubre una gorra de las llamadas de plato, forrada de la misma tela del uniforme, pero completamente, hasta la visera. Oficiales y soldados ofrecen idéntico aspecto. Aquéllos sólo se diferencian por unas estrellas casi imperceptibles y unos galones cuyo oro está tan mezclado con hilos de algodón, que sólo puede distinguirse á pocos pasos.

Los escoceses, apegados á su vestimenta tradicional y que se batirían con desgana si no llevasen las faldas cortas y las piernas al aire, lo mismo que sus belicosos abuelos, también han suprimido los colorines del uniforme. Conservan el faldellín á cuadros, el famoso «kilt», pero han colocado sobre éste una segunda enagüilla de color kaki. Las casacas rojas de la Guardia, el uniforme pintoresco de los *caballos-ligeros,* todo ha sido borrado é igualado por la blusa de bolsillos color de mostaza. La gorra partida, con cintas pendientes y galón cuadriculado, es lo único que distingue á las tropas escocesas del resto del ejército británico, en el cual, infantes, jinetes y artilleros, todos defienden la cabeza con el casquete en forma de plato.

Los ingleses se asombran de la extensión de Francia al caminar días y días siguiendo las hábiles evoluciones de French y de Joffre. «¡Qué grande!» Ellos en su archipiélago no habían podido imaginarse tan enormes á las naciones del continente.

Los franceses, por su parte, se asombran de las costumbres de sus aliados, y comentan alegremente, con una punta de envidia, su rica impedimenta, sus cocinas, sus almacenes, las filas de automóviles ce-



LOS ESCOCESES CARGANDO Á LA BAYONETA (Fot. Meurisse)



UN CONVOY INGLÉS DE VÍVERES (Fot. Rol)

rrados, semejantes á navíos, que les siguen á todas partes, con el vientre repleto de cuanto necesita un ciudadano británico para comer, beber, dormir, fumar y entretenerse, antes de que la muerte le libre repentinamente de sus múltiples necesidades.

¡Famosos ingleses! Los soldaditos de Francia, mal vestidos y heroicos, ríen con ellos, bromean y les dan amistosas palmadas más abajo del pecho. El aforismo de Wellington en la guerra de España, vuelve ahora á la memoria: «Allí donde el soldado francés encuentra lo necesario, el español vive en escandalosa abundancia y el inglés se muere de hambre.»

La limpieza tradicional y casi supersticiosa del soldado británico da motivo á las bromas del camarada francés, que no cree necesario, para matar ó morir, lavarse antes la cara.

Por las mañanas pueden los alemanes saludar la aparición del día enviando una lluvia de obuses sobre las trincheras ocupadas por los ingleses. Este incidente es de poca importancia y no consigue cambiar las costumbres y la rutina higiénica de un *gentleman* que se respeta. Los soldados libres de servicio sacan á luz sus estuches de aseo, limpian el espejo y se afeitan tranquilamente bajo el vuelo de los proyectiles. Sólo pierden su flema para lanzar un juramento cuando un estallido inmediato ensucia con barro la espuma del jabón ó hace volar, hechos añicos, sus útiles higiénicos.



CAMIONES PARA EL SERVICIO DE APROVISIONAMIENTO DE LOS INGLESES
(Fot. Meurisse)



INGLESES PREPARANDO SU COMIDA

Si hay cerca un curso de agua, el inglés toma su baño al amanecer, alabando la providencia del Señor que ha puesto los ríos cerca de los campamentos británicos.

En uno de los primeros combates en Bélgica, un avance alemán iniciado al amanecer sorprendió á un batallón de ingleses tomando el baño en un riachuelo. Llamados á toda prisa por las trompetas, corrieron en busca de sus fusiles, y ocuparon las trincheras con la anatomía al aire—llamémosla así—, lo mismo que los guerreros de los frisos del Partenón. Sólo algunos consiguieron guardar las conveniencias del pudor británico, colocándose en la cabeza la primera gorra que encontraron al alcance de la mano.



SOLDADOS INGLESES TOMANDO EL TÉ EN LAS AFUERAS DE UN PUEBLO

(Fots. Rol)

El respeto á su propia persona les acompaña á través de los peligros, hasta los mismos linderos de la muerte. Caen en el campo de batalla á centenares, á miles. Una cólera sorda, implacable, fría, incapaz de manifestarse con palabras y que únicamente se delata en el fulgor amarillo de los ojos, impulsa al inglés contra el alemán, y á éste contra aquél.

Los choques entre ellos son silenciosos, tenaces, como una pelea de mastines mudos.

El alemán, en su inmenso orgullo, apenas se ocupa del ruso por creerle inferior como soldado. Al francés lo odia con una cólera tradicional que viene persistiendo á través de los siglos. Al principio de la guerra lo tenía igualmente



UN SOLDADO INGLÉS HERIDO, EN UN HOSPITAL DEL NORTE DE FRANCIA (Fot. Rol)

por un enemigo de poca monta. Después su animosidad contra Francia se aumentó con algo que es al mismo tiempo despecho y principio de consideración. Al inglés lo detesta, viendo en él un concurrente, un rival cuyo exterminio considera necesario para su propia grandeza.

El inglés, por su parte, lo desprecia y desea aplastarlo bajo el pie, como despreciamos en la vida á los subordinados de ayer que, ebrios de orgullo por un súbito crecimiento, pretenden subírsenos á las barbas. El encuentro de un inglés y un alemán en la guerra, termina siempre con la muerte de uno de los dos, si es que no mueren ambos á la vez. Pelean encarnizadamente por la supremacía sobre el resto de la tierra.

Cuando el alemán entra herido en un hospital, se porta casi siempre humildemente. Recuerda al globo vistoso que se remonta con soberbia, y al recibir un punzamiento se desinfla y queda convertido en un harapo. Llora; se acuerda de la mujer y de los hijos que no verá más; afirma que esta guerra es sólo de oficiales y que por obedecer á los suyos ha quemado pueblos, robado casas y fusilado campesinos; besa las manos de la francesa que lo cuida; habla mal del kaiser para que le den golosinas y cigarrillos. Los que desean morir como bravos son simplemente unas bestias repugnantes; rugen amenazas, muerden, escupen á la dama que los cuida, se lamentan de no haber hecho mayores daños, fanfarronean entre dos hipos agónicos, afirmando que sanarían si les diesen á beber una taza de sangre francesa. Son las dos manifestaciones de un pueblo de castas, en el que sólo hay opresores y oprimidos, y que, obsesionado por la soberbia aspiración de dominar el mundo, no piensa antes en su propia libertad.

El inglés entra en el hospital con la resignación fría y silenciosa de un señor bien educado, al que le acaba de ocurrir un accidente doloroso en una calle de Londres. Es un hombre sólido, vigorizado por los



PRIMER CONTACTO ENTRE UNIFORMES KAKIS Y PANTALONES ROJOS

sports y que hace unos meses hubiera sonreído al anunciarle alguien que iba á ser militar. El entusiasmo patriótico le ha llevado á las filas. Dos semanas de ejercicios bastaron para convertirle en un buen soldado.

¡La guerra!... Para él es un sport más; una partida de *foot-ball* en la que la pelota es un obús; una cacería de fieras semejante á las que se emprenden por placer en las posesiones inglesas de África. La caza del hombre es difícil; el tigre imperial se defiende con un encono y una habilidad que hacen penosa la partida; pero todo consiste en tener perseverancia.

Su accidente mortal lo considera como algo incoherente y absurdo. Lo verosímil es que perezca la fiera y no el cazador. ¡Una equivocación del destino ciego!... Pero otros quedan con vida para encauzar los hechos de un modo lógico. Al final caerá quien debe caer.

Y tranquilizado por estas reflexiones, sonríe levemente con cierta ironía para sí mismo, mientras las enfermeras colocan en el lecho su pobre individualidad acribillada por las balas, convertida en harapos por el estallido de los obuses.

Sus órdenes son breves:

—Que venga el pastor... Pero antes que me traigan un barbero.

Un *gentleman* debe recibir sus visitas dignamente. El barbero lo afeita, lo lava, lo peina y sólo entonces se acerca el pastor con su Biblia abierta.

El agonizante escucha con un aire cortés, inclinando la cabeza lustrosa por el reciente peinado, mordiéndose disimuladamente los labios descoloridos para contener algo que quiere surgir de sus entrañas: el rugido de un dolor que por ser británico debe extinguirse en el discreto silencio. Y al fin se duerme, se duerme para siempre, con el aire decoroso de un lord que escucha á altas horas de la noche una historia de viajes remotos sumido en el profundo sillón de un club elegante de Londres.



OFICIALES INGLESES TOMANDO EL TÉ CON OFICIALES FRANCESES (Fot. Meurisse)

Desde su primer encuentro en el continente, ingleses y franceses se trataron con un afecto fraternal.

El *Times*, de Londres, decía así en las primeras semanas de la guerra: «Cuando el azar de una marcha ó de un combate pone en contacto á los soldados ingleses y franceses, cambian entre ellos gorras y kepis y muchas veces pantalones y guerreras. Se ven soldados franceses vestidos de kaki ó llevando el *kilt*, la faldilla escocesa, mientras los ingleses se pavonean con el kepis y el pantalón rojos.»

El general Joffre rindió un testimonio público desde las primeras operaciones á la bravura admirable



CAMPESINAS FRANCESAS OBSEQUIANDO Á LOS SOLDADOS INGLESES

de las tropas inglesas. Escoceses, galenses é irlandeses fueron al fuego como á una fiesta, con la alegría en los ojos y la pipa en los labios. Nada les hizo perder su imperturbable serenidad, acompañada frecuentemente bajo las balas por un espontáneo buen humor.

«Á su preocupación de batirse bien—dice un escritor francés—, se une otra imperiosamente: la de su higiene y su confort. Ningún peligro logra distraerles de dos ocupaciones que tienen para ellos gran importancia: hacer el té y afeitarse. Los soldados ingleses se consideran felices allí donde pueden hervir el agua para su té y sacar de las mochilas navajas y jabones. Jamás se interrumpen en estas operaciones por la bala que silba junto á ellos ó el obús que estalla á pocos pasos.

»Limpio, cuidadoso de su persona, afable, alegre y agradecido, intrépido en el ataque como en la resistencia, sabiendo morir como un héroe y no sintiendo asombro ante nada, Tommy Atkins (sobrenombre popular del soldado inglés) conquistó desde el primer momento el corazón de los franceses.»



UN INGLÉS DEFENDIENDO Á SU COMPAÑERO HERIDO

Las anécdotas abundan sobre las hazañas y originalidades de este soldado voluntario, diferente por su vida y costumbres al de todos los demás ejércitos.

El *Punch*, famosa publicación satírica de Londres, lanzó en los primeros días de la guerra un diálogo de dos ingleses que acababan de inscribirse como soldados.

—¿Por qué te has enganchado?—preguntaba uno.

—Porque no tengo familia y amo la guerra... ¿Y tú?

—Yo, porque tengo una suegra y deseo la paz.

Estos soldados se baten con una confianza ciega en sus jefes y en la gran nación á que pertenecen. Saben que la guerra es justa y no desean más informes. Uno de ellos escribía así desde Francia á sus amigos:

CAÑONES INGLESES CONDUCIDOS POR FERROCARRIL ADORNADOS CON FLORES

(Dibujos de Federico Haenen, de *The Illustrated War News*)

«Cuando vuelva, lo primero que haré será tomar un baño turco. Luego tomaré en un buen restaurant una sólida comida británica, me acostaré en una cama de plumas, cerraré mi puerta por una semana, y cuando despierte pediré que me lean los diarios de los tres últimos meses, para enterarme de lo que he hecho en el frente.»

En uno de los combates, mientras llovían sobre las trincheras de los aliados los shrapnells alemanes, dos escoceses se dieron cuenta de que unos franceses, colocados en el lugar más estrecho de una zanja, tiraban con dificultad, pues apenas podían moverse.

—Los franceses están mal —dijo uno de ellos—. Hay que ir á ensancharles el sitio.

Y sin reparar en que servían de blanco al enemigo, saltaron fuera de su trinchera, con la pala en la mano, dirigiéndose adonde estaban los franceses. Durante varios minutos, sin hacer caso de las balas que silbaron en torno de ellos, ensancharon el foso con inalterable tranquilidad. Luego, con la misma calma, volvieron á su puesto á tomar el fusil.



UN TOMMY DE TRES AÑOS (Fot. Meurisse)

Su flema es sólo comparable á su frío valor.

Un tren que conducía un regimiento inglés á los departamentos del Norte de Francia, tuvo que detenerse en un pequeño pueblo. Dos soldados descendieron al andén, llamando al jefe de estación:

—¿Cuánto tiempo nos detendremos aquí?

—Cinco minutos.

Los dos rubicundos hijos de Albión se instalaron ante una puerta con cristales, que les servía de espejo, se enjabonaron la cara, y después de afilar sus navajas empezaron á afeitarse. Tres minutos habían transcurrido apenas, cuando el empleado los invitó á volver al vagón.

—¿Cuánto tiempo hace que nos hemos detenido? —preguntaron los dos soldados á medio afeitar.

—Tres minutos—respondió el jefe de estación.

—¡A...ah! Tenemos aún derecho á dos minutos. *Un gentleman no debe tener más que una palabra.*

Y los dos ingleses le volvieron la espalda para seguir afeitándose tranquilamente, hasta el instante en que, transcurridos los cinco minutos, fueron á ocupar su asiento en el vagón.

o

Durante la batalla del Marne, los alemanes, valiéndose de una superioridad numérica aplastadora, iban á apoderarse de un pueblo. Había que detener su avance por algún tiempo para que el grueso de las tropas inglesas pudiese retirarse en buen orden.

Un grupo de escoceses se encargó de esta misión peligrosa. Emboscados en las primeras casas del pueblo, recibieron al enemigo con un fuego incesante; pero al mismo tiempo cayó sobre ellos una lluvia de balas.

El sargento que mandaba la sección se dió cuenta de que la casa que les servía de frágil abrigo era un almacén de comestibles vaciado á toda prisa por sus dueños. Sobre un estante quedaban todavía algunos paquetes de chocolate. El sargento tuvo una idea, y dijo á sus hombres:

—Todo el que tumbe á un alemán recibirá una pastilla, como si fuese una condecoración.

Los escoceses rieron, llamando á este premio «el chocolate de honor», pero en adelante tiraron cuidadosamente, apuntando cada uno á un alemán de los que estaban enfrente. El sargento examinaba los tiros:

—¡Tocado!

Y entregaba al tirador su pastilla. Pero pocos escoceses pudieron gustar «el chocolate de honor». Casi todos murieron, inmóviles en su posición, para cubrir la retirada de los compañeros.



SOLDADOS INGLESES LAVÁNDOSE EN UNA ESTACIÓN DURANTE UNA CORTA PARADA DEL TREN (Fot. Rol)

Estos ingleses fríos y de gustos pueriles muestran en ocasiones una imaginación hiperbólica, que supera á la de los andaluces y los meridionales franceses.

Antes de la guerra, una enorme cantidad de alemanes residentes en Londres y París se dedicaban á mozos de café, criados de hotel, ayudas de cámara, etcétera.

Un oficial inglés decía con imperturbable serenidad á sus hombres en las trincheras:

—Cuando el enemigo esté oculto y no sepáis á quién tirar, debéis valeros de esta estratagema. Os ponéis las manos en la boca, como portavoz, y gritáis con toda vuestra fuerza: «*¡Garçon!*» (¡Camarero!)... El resultado no se hará esperar. Doscientas cabezas de *boches* aparecerán instintivamente en el borde de la trinchera, por la fuerza de la costumbre, creyendo

que les van á dar una propina, y entonces tiráis, privando al «Vaterland» de unas cuantas docenas de estimables camareros de café y de restaurant.

▫

En ciertas ocasiones este soldado de pocas palabras encuentra una frase ingenua y elocuente, digna de un gran artista.

El *Boletín de los ejércitos de la República* copió las palabras de un herido británico.

Un soldado francés lo sostenía cuando vacilaba en el terreno del combate, próximo á caer.

—¡Infeliz!—le dijo—. Estás herido en el pecho. Por muy poco no te han dado en el corazón.

Y el inglés contestó sonriendo débilmente:

—¡Imposible! Yo no tengo corazón. Se lo di á Francia.

▫

En un *music-hall* de Londres, una cantante popular, miss Kate Holbrook, entonaba en medio del entusiasmo del público una canción patriótica titulada: *Tu rey y tu patria necesitan de ti.*

Esta canción tenía por estribillo las siguientes palabras: *Y cuando vuelvas, soldado, te festejaremos, te daremos las gracias y te besaremos.*

Al oir esto, un soldado herido que estaba entre el público se levantó de su asiento y avanzó hasta la boca del escenario.

—Vengo en busca de mi recompensa—dijo simplemente á miss Holbrook.

Y la hermosa artista, inclinándose fuera de la escena, abrazó y besó al soldado, en medio de los aplausos del público.

▫

Fragmento de una carta de un herido inglés:

«Hay mucho sport en el frente. Me falta el tiempo para volver allá. Los alemanes, cuando abandonan sus trincheras, avanzan en masa ofreciendo unos blancos magníficos. Sí; hay allá un hermoso sport. ¿Cuándo podré volver?...»

▫

Su tenacidad.

En los primeros días de la guerra, las tropas inglesas y francesas se comtemplaban curiosamente, con ojos de asombro y simpatía. Les era difícil entender se por la diferencia de idiomas.

Pero los soldados ingleses, al cruzarse con sus aliados, les lanzaban unas palabras francesas aprendidas de memoria, repitiéndolas á guisa de saludo como si les dijesen: «¡Buenos días!»

—*Vingt ans, s'il le faut!*

(Veinte años, si es preciso.



SPORT EN UN CAMPAMENTO DE FUSILEROS INGLESES (Fot. Rol)



EL GENERAL JOFFRE CONDECORANDO Á UN SOLDADO QUE SE DISTINGUIÓ EN EL COMBATE

Transcurrido el tiempo, Joffre habló, en una entrevista familiar, con un amigo de su niñez. El director del importante diario de Tolosa *La Depéche*, M. Arturo Huc, es amigo del generalísimo desde hace cincuenta años. Á fines de Febrero de 1915, seis meses después de Charleroi y de la batalla del Marne, el periodista Huc fué á visitar en el cuartel general á su antiguo condiscípulo Joffre.

El generalísimo habló, arrastrado por la confianza que inspira un camarada de colegio; habló lo mismo que cuando era simple teniente y su compañero empezaba la carrera del periodismo.

Huc intentó publicar en *La Depéche* su diálogo con Joffre, pero el gobierno francés prohibió inmediatamente la difusión de esta entrevista. El gobierno británico, por su parte, hizo igual prohibición á los periódicos de Inglaterra.

No había dicho Joffre nada contra los intereses de los aliados, pero la verdad, siempre respetable, resulta algunas veces nociva al ser inoportuna. Los gobiernos de Francia é Inglaterra consideraron extemporáneas las declaraciones que había hecho el general en la intimidad, sin la más remota idea de

IV

La opinión de Joffre sobre la batalla de Charleroi.—La retirada de los aliados

Como ya dijimos, hubo en el fracaso de Charleroi una parte de culpabilidad, imputable á ciertos generales franceses. Los refuerzos enviados por Joffre no llegaron á tiempo. Algunos jefes dieron muestras de flojedad. Otros se aturdieron, dejando que sus tropas peleasen espontáneamente, con un heroísmo inútil, sin saber encauzar y dirigir sus esfuerzos.

El gobierno francés no dijo nada sobre estas deficiencias, pero las severas resoluciones del generalísimo á continuación de la batalla, demostraron que habían existido grandes faltas y el mando supremo se apresuraba á castigarlas.

Generales comandantes de ejército, generales de cuerpo y hasta simples generales de brigada, quedaron sin mando y en situación de cuartel, siendo reemplazados por otros que habían demostrado iniciativa y tenacidad en los recientes combates. Esta remoción, exigida por la salud del país, motivó los rápidos ascensos de algunos militares de valía, que al iniciarse la guerra eran coroneles ó generales de brigada, y dos meses después mandaban ejércitos.

Por mantener la sagrada unidad nacional y no herir susceptibilidad alguna, el mando supremo realizó estos actos con cierto secreto, tanto más cuanto que los culpables habían incurrido en falta, no por carencia de patriotismo, sino por torpeza involuntaria.



EL GENERALÍSIMO REVISTANDO LOS CAÑONES TOMADOS AL ENEMIGO

que pudiesen ser comunicadas al público. Fué esto en el momento que la guerra de trincheras, la guerra llamada «de usura», se desarrollaba con mayor tenacidad en Francia. El generalísimo habló para defender su sistema de guerra, pero como de paso hizo manifestaciones acerca de lo ocurrido en Charleroi y los defectos del ejército francés al iniciarse la campaña, el gobierno consideró inoportuno que las afirmaciones de Joffre se divulgasen.

El artículo escrito por M. Huc es poco conocido. La censura lo ahogó apenas publicado. Aparte de los esclarecimientos que contiene sobre lo ocurrido en Charleroi, es un documento valioso, pues traza el retrato físico y moral del héroe del Marne como sólo podía hacerlo un escritor que conoce á Joffre desde la niñez.

He aquí, en toda su integridad, el artículo tan perseguido y comentado en Francia é Inglaterra, del director de *La Depéche,* de Tolosa:



EXAMINANDO UNA AMETRALLADORA COGIDA AL ENEMIGO

«Un oficial me conduce directamente al alojamiento del generalísimo. Tres butacas en una sala de cuatro metros cuadrados: esta es la habitación en la que me recibe. Un capitán de Estado Mayor se retira discretamente. Quedamos solos frente á frente, y llevados de nuestra amistad nos echamos en brazos el uno del otro, instintivamente, como cuadra á antiguos camaradas en las horas más solemnes de la vida.

Hará muy pronto medio siglo que una estrecha amistad nos une, amistad que, comenzada á la edad de los cabellos rubios, llega á ser más fraternal á la edad de los cabellos blancos, á esta hora en que el melancólico recuerdo de tantas simpatías muertas hace sentir más vivamente las afecciones que sobreviven.

Mi alegría al verle es muy grande, y como al abrazarnos mi cara ha rozado la suya, le digo.



ATENDIENDO Á UN SOLDADO HERIDO

—¡Mi felicitación, camarada! ¿Tienes acaso un «instituto de belleza» que te permite esa frescura de rostro?

Porque el general no tiene una sola arruga. Su rostro está lleno y rosado como á los treinta años.

¡Cuántas veces me he indignado ante las fotografías que lanzan por ahí para popularizarle, haciendo un ultraje á la estética y una ofensa á la verdad!

La fisonomía del general es la de un «buen hombre», como dicen los parisienses. Se caracteriza por una infinita dulzura, y sobre todo, cuando sonríe se ilumina, si me es permitida la frase, con un resplandor de bondad. Sus ojos azules son de esos ojos á través de los cuales se puede ver hasta el fondo del alma; de tal forma son transparentes. Son los ojos de un hombre bueno; si el adagio antiguo fué alguna vez cierto, es seguramente tratándose de Joffre: «En el cuerpo más sano está el alma más sana.» De él se puede decir que su salud moral es la imagen de su salud física. Su robusto estómago lo mismo se acomoda á un apetito semejante al de Bismarck, que se somete á una frugalidad ascética, sin que se note en él el menor disgusto. No creo que jamás una turbación haya asomado á su rostro.

El otro día, en una calle oí á una mujer del pueblo que le llamaba «Papá Joffre». No se figuraba la pobre mujer la verdad de su frase. Papá, Joffre lo es, en efecto. El generalísimo es tan dulce, tan humano, tan paternal, que hace muchos años, cuando era simple capitán, la víspera de marchar á África pidió á un médico amigo nuestro nociones de medicina para cuidar á sus soldados. Adora á éstos, y quisiera yo que todas las madres que tienen á sus hijos en la guerra le oyeran cómo habla de ellos.

No hay que engañarse, sin embargo, respecto á su dulzura. Llegado el momento de ser enérgico, este hombre es inquebrantable. Su rostro se hace grave. Miradle entonces los ojos. Una llamarada los abruma. Si conviene mostrarse severo, Joffre será severo; si duro, Joffre será duro. Pero no temáis que Joffre sea jamás injusto.

Tan grande es su pasión por la equidad, que no titubearía en sacrificar á su mejor amigo, y de tal for-

ma se esfuerza en mantenerse imparcial, que se preocupa de estudiar las cualidades de aquellos que están en completo desacuerdo con él en opiniones y en gustos.

Se ha hablado alguna vez de sus opiniones políticas. No es este el momento de hablar de ellas. Pero lo que puedo decir es que, republicano de muy antiguo y fiel servidor de la República, ha profesado siempre como un culto el cumplimiento de su deber de soldado, sobre todo cuando ha llegado á escalar los más altos grados. Si en Francia ese soldado ama á la República, en la República lo primero que ama es á Francia.

En Joffre el buen soldado se distingue por su honradez, y vencedor, no olvidará que la victoria no es más que una manera como cualquiera otra de servir á la patria. En esto recuerda á nuestros grandes generales de la Revolución francesa.

Antes de ser general, quiere seguir siendo hombre. Un día, al principio de la guerra, alguien me preguntaba si las capacidades militares del generalísimo que iba á tener en sus manos los destinos del país eran tales que Francia podría contar con la victoria. Profano en la materia, hubiera sido una temeridad aventurarme en juicios sobre los méritos de un general, aunque éste fuera uno de mis más íntimos amigos.

—Lo que puedo afirmar—respondí—es que vencerá nada más que por su carácter.

Y en efecto, ha vencido. Otros dirán que venció por su genio militar. He de repetirlo ahora: «Ha vencido y vencerá siempre por su seriedad.» No puede ser de otra manera. Su conciencia es la que forma su voluntad. De ahí su confianza constante. De ahí su inquebrantable optimismo, ante el cual algunos se sentían desconcertados en determinadas ocasiones; pero que en los días más negros y en el momento decisivo supo reanimar todo un ejército, todo un país.

—¡Esto marcha! ¡Marcha muy bien!—me dijo antes que yo le interrogase—. ¿Soissons? Una fatalidad, si se quiere. Una falta, si lo prefieren. En todo caso, un episodio (1).

Y fijándose en el cielo de plomo, con una mirada llena de impaciencia, añadió:

—Yo mando á soldados, pero no al barómetro. Es lo mismo—dijo poco después con su sonrisa habitual—. El general «Suerte» es siempre el más gran capitán. Nada se puede contra él. Y sin embargo, yo no he dudado un minuto, ni dudo, de la victoria final.



UN CAÑÓN FRANCÉS DE 75. JUNTO Á ÉL ESTÁ EL ARMÓN CON SUS PROYECTILES (Fot. Rol)

Esta frase me la había dicho el mismo día en que fué declarada la guerra. Al oirla de nuevo de sus labios, se despertaron en mí los recuerdos angustiosos de la rápida marcha sobre París y de la derrota de Charleroi, sucesos en los que yo mismo creí ver un mentís sangriento á la confianza de Joffre.

—Explícame—le dije—eso de Charleroi.

Le pregunté si, efectivamente, era exacto lo que como cosa corriente circula entre el público y aun entre los mismos militares, de que en Bélgica fuimos arrollados por masas aplastantes.

El general Joffre es de esos hombres que en el curso de su vida no han mentido jamás.

—En absoluto, no—me respondió—. Nuestro ejército era suficientemente numeroso. La batalla de

(1) En este punto de la entrevista se refiere Joffre al fracaso de la ofensiva francesa en Soissons en el mes de Febrero, por causa de las lluvias y de la crecida de los ríos, operación de la que hablaremos oportunamente.

Charleroi debimos ganarla; debimos ganarla por nueve probabilidades contra una. La hemos perdido por nuestras faltas. Por las faltas del mando. Antes de que la guerra estallara, me había dado yo cuenta de que, entre nuestros generales, muchos estaban fatigados. Algunos me habían parecido incapaces y muy por debajo de su función. Otros me inspiraban dudas. Algunos inquietud. Me había hecho el propósito de rejuvenecer nuestro mando superior. Á despecho de todos los comentarios y contra todas las malevolencias lo hubiera conseguido. Pero la guerra vino demasiado pronto.

—Además—añade el general Joffre—hubo otros generales en los cuales tenía yo fe y que no han respondido á mis esperanzas. Es que el hombre de guerra se revela más en la guerra que en el estudio, y la inteligencia más viva y el saber más completo son poca cosa si no tienen á su servicio cualidades de acción que les den todo el valor necesario. Son tales las responsabilidades de la guerra, que aun en los hombres de mérito paralizan las facultades más raras. Es lo que les sucedió á algunos de mis jefes. Su mérito resultó inferior al ponerse en práctica. Al comprobar las deficiencias, tuve que remediarlas. Algunos de esos generales eran mis mejores camaradas. Pero si yo quiero mucho á mis amigos, quiero más á Francia, y los he relevado del mando. Los he relevado como debe hacer conmigo el país el día en que vea que no sirvo. No lo hice para castigarlos, sino simplemente como una medida de salud pública. Lo he hecho con la muerte en el alma. Luego de firmar las órdenes, al encontrarme solo, he llorado...

Distrayendo al general de su pensamiento doloroso, le digo:

CURIOSO EFECTO DE UN OBÚS DE 75 EN LA CHIMENEA DE UNA FÁBRICA

(Fot. Meurisse)

—Ahora explícame tu retirada. Y sobre todo, explícame por qué sorprendente milagro, por qué singular capricho, el general Von Kluck oblicuó súbitamente cuando tenía á París al alcance de la mano.

—¡La retirada! Es bien sencillo—dice el bravo Joffre, volviendo á su habitual sonrisa.

Con numerosos detalles me explica cómo el ejército de Von Kluck, despojándose los soldados de sus mochilas, marchó como una tromba sobre París, y cómo él, durante los diez días que duró la retirada de nuestras tropas, constituyó en la región de Amiens, en el flanco de la línea de invasión, un ejército del que nadie supo nada, y menos que nadie los alemanes, hasta el día en que, concentrándose y lanzándose adelante á la voz de Maunoury, empujó tan brusca y violentamente al teutón, que lo rechazó sobre nuestras líneas del Marne.

El general Joffre me explica todos estos hechos como si hubiera desempeñado en ellos el papel más secundario, con el tono de un profesor que explicase á sus alumnos la retirada de los Diez Mil.

—Esta historia se escribirá—dice el general—. Mi Estado Mayor la escribirá cuando termine la guerra, y yo me encargaré de que sea bien documentada.

—¿Y ahora?—le dije—. Es verdaderamente lamentable que no se ofrezca hoy, como entonces, la posibilidad de maniobras tan decisivas. Esta es una guerra de trincheras.

É inclinándome á su oído, añadí:

—Espero que tendrás entre pecho y espalda otras cosas.

El general sonrió.



UNA SECCIÓN FRANCESA DE AMETRALLADORAS DIRIGIÉNDOSE AL FRENTE (Fot. Meurisse)

—Evidentemente, evidentemente—dijo dándome una palmada en el hombro.

Y previendo una pregunta que, aun haciéndosela yo, hubiera podido parecerle indiscreta, agregó:

—¿Maniobrar? No hacemos otra cosa. Napoleón pretendía ganar sus batallas con las piernas de sus soldados. Nosotros las ganamos con nuestras locomotoras. Esta es la diferencia. No hay que maldecir demasiado de la «guerra de usura». Por de pronto, nos ha permitido aumentar nuestros medios, adaptarlos á esta guerra y crear otros nuevos. Y aunque todavía durase más, no hay que pensar que esta expresión «de usura» sea una palabra vacía de sentido. Es un error imaginar que un ejército batido todos los días se repliega indefinidamente. Quien no conserva el ascendiente está muy cerca del pánico. Y ese ascendiente lo tenemos nosotros, no cabe duda. Bajo el peso de nuestro ejército, los alemanes han dejado más de un millón de hombres. ¡Sí! ¡Más de un millón de hombres, que jamás reaparecerán en ningún campo de batalla! La famosa Guardia imperial no es ya en estos momentos más que una colección de uniformes. Sus antiguos cuadros no son más que un recuerdo histórico. Sus oficiales eran bravos, pero han caído casi todos. Las tropas alemanas se hallan tan debilitadas moralmente, que sus jefes se ven obligados, so pena de una desbandada, á conducirlas al combate en formaciones macizas, con frentes de ocho hombres codo con codo. Ó lo que es lo mismo, al matadero. Son una magnífica presa para nuestros artilleros.

—¿Y nuestros hombres?—pregunto.

El general se levanta:

—¿Nuestros hombres? En todos los ejércitos, en todo tiempo y en todo lugar, hubo desfallecimientos. Es posible que entre nosotros los haya habido también. Pero nuestros héroes se cuentan por millares. ¡Sí, sí; por millares! ¡Ah, qué admirable y gran país! Puedes decirlo y gritarlo. ¡Vivimos en una gran época! Con un ejército como el nuestro, ¿cómo desconfiar? ¡Sería un crimen contra Francia!

APROVECHANDO UN DESCANSO DEL COMBATE UN ARTILLERO ESCRIBE Á SU FAMILIA (Fot. Rol)



DOS PATRULLAS FRANCESAS QUE SE CRUZAN EN DISTINTA DIRECCIÓN, UNA DE CORACEROS Y OTRA DE SPHAIS MARROQUÍES

—¿Hasta con soldados del Mediodía?—recalqué, no sin malicia.

—Una donosa historia, verdaderamente—exclamó el general Joffre—. Cualquiera que sea el país de donde proceden, los soldados valen, sobre todo, por los jefes que los mandan. Todos los militares te lo dirán. Las latitudes no influyen en nada. He ahí el 15.º cuerpo de ejército. Lo he puesto en buenas manos, y en estos momentos hace prodigios. Sus proezas son diarias. Si el saberlo puede envanecer á los tolosanos, repíteselo de mi parte.

—Con gran placer—le respondo.

Interrogo al general sobre sus ambiciones personales.

Aquí las confidencias tienen más libre curso. Es tan grande su lealtad y tan generosa su naturaleza, que durante su larga carrera no ha sido objeto de ninguna malquerencia. Pero desde que llegó al mando superior, probablemente por su inflexibilidad de principios, tiene á muchos descontentos y se ha granjeado muchas enemistades. Puede ser que sus éxitos tengan envidiosos. Cuando le hice estas alusiones levantó ligeramente los hombros.

—Yo no he buscado mi puesto. La guerra me ha encontrado en él. Acepto todos los deberes. Soporto toda la carga, y la soportaré hasta el fin. Pero si alguien quiere mi puesto, estoy pronto á dejárselo.

Y el general ríe sencillamente, sin darse cuenta de que es, por el momento, el más popular de los hombres, y que si alguien le molestase, hasta las piedras se levantarían contra él.

Me habla de sus proyectos. Son los mismos que antes de la guerra. No hace mucho que, entreviendo el retiro, me confió su sueño, que es el de un pacífico pastor.

El sueño del generalísimo es tener un barco fluvial, con una tripulación de dos hombres nada más, que pueda llevarlo á él, con su esposa y un par de amigos; y al llegar el buen tiempo descender á lo largo de las riberas y los ríos, supeditando las escalas á las bellezas del paisaje, á las seducciones del cielo, á



DRAGÓN FRANCÉS VIGILANDO UN CAMINO

(Fots. Meurisse)

la frescura de las noches, como lo hacen los marineros de agua dulce.

El vencedor del Marne acaricia todavía este sueño, nada subversivo. Después de lo epopéyico lo bucólico.

—Mientras llega ese momento—le digo—date prisa á elegir los mejores caminos para cruzar el Rhin.

—Me daré prisa—responde sonriendo.»

o

Después de Charleroi, la retirada de los aliados se fué efectuando por secciones de terreno, aprovechando los accidentes (ríos y alturas) para hacer frente al enemigo, paralizando ó retardando su persecución.

El éxito de este movimiento arriesgado descansaba, como ya se dijo, en la firmeza de la extrema derecha francesa, ó sea el frente de Verdún á Belfort, donde luchaban el 1.º y el 2.º ejércitos, mandados por los generales Dubail y Castelnau. Afortunadamente, este dique fortificado que cubría el Este se mantuvo incólume. Á la hora en que se desarrollaba el fracaso de Charleroi, el tenaz Castelnau establecía sus líneas de resistencia ante el Gran Coronado de Nancy, emprendiendo una batalla que había de durar hasta el 12 de Septiembre.

Dubail, por su parte, abandonaba al mismo tiempo el collado de Chipiote y otras posiciones de los Vosgos para hacer frente al ejército del campo de Estrasburgo, mandado por von Heeringen.

La misión de los dos generales franceses era impedir que las tropas alemanas procedentes de Metz y Estrasburgo forzasen el dique de fortificaciones entre Verdún y Toul, para ir á reunirse, por el espacio abierto entre Charmes y Neufchateu, con los otros ejércitos invasores.

Los dos generales cumplieron firmemente el encargo de contener al enemigo, cerrándole el paso por el Este. Castelnau, que en el momento de la declaración de guerra era jefe del Estado Mayor general, y pasaba con razón por ser el brazo derecho del generalísimo Joffre, se mostró en Nancy digno de tal confianza. El general Dubail, antiguo combatiente de 1870, que sufrió la cautividad en Alemania como prisionero de aquella guerra infortunada, dió pruebas de un carácter frío y resuelto, de una gran prontitud en la decisión y la ejecución.



FRENTE DE BATALLA EL 23 DE AGOSTO

De izquierda á derecha.—2. Segundo ejército francés mandado por Castelnau que hacía frente en Nancy al avance alemán de Lorena. (El 1.er ejército francés no se ve en el mapa. Había quedado muy reducido por los refuerzos que envió á los otros ejércitos, y ocupaba las crestas de los Vosgos, al mando de Dubail, luego de haber evacuado Alsacia.) 3. Tercer ejército mandado por Ruffey. (Ala derecha de la ofensiva francesa.) 4. Cuarto ejército mandado por Langle de Cary. (Centro de la ofensiva francesa, que no pudo avanzar por las dificultades del terreno.) 5. Quinto ejército mandado por Lanrezac. (Ala izquierda francesa que formó ángulo para hacer frente mejor al enemigo. En el lado derecho de este ángulo el 1.er cuerpo mandado por Franchet d'Esperey avanzó victorioso, pero entre el 5.º ejército y el 4.º se abrió una brecha por la inmovilidad de este último, brecha por la que amenazó introducirse el ejército alemán de Von Hausen y que obligó á retirarse á los franceses.) A. Cuerpo expedicionario inglés. (Extrema ala izquierda del frente de los aliados encargada de envolver á los alemanes.)

De derecha á izquierda.—(Números marcados con flechas, que indican la dirección del ataque.) 1. Primer ejército alemán mandado por Von Kluck que amenazó con envolver á los ingleses haciéndolos retroceder. 2. Segundo ejército mandado por Bulow que atacó á Charleroi. 3. Tercer ejército mandado por Von Hausen. (Este ejército, aprovechando la inmovilidad del 4.º francés, intentó introducirse entre él y el 5.º, precipitando la retirada de los aliados.) 4. Cuarto ejército (duque de Wurtemberg) que impidió el avance del ejército de Langle de Cary. 5. Quinto ejército mandado por el kronprintz de Prusia. R. R. Guarnición del campo atrincherado de Metz que envió numerosas fuerzas contra la extrema derecha del ejército de Ruffey y la extrema izquierda de Castelnau. 6. Ejército bávaro á las órdenes del príncipe heredero de Baviera que sostuvo la larga batalla de Lorena frente á Nancy, teniendo que retirarse. 7. Séptimo ejército apoyado en Estrasburgo y mandado por Von Heeringen.

Mientras tanto las fuerzas aliadas que habían operado en Bélgica y los cuerpos franceses que intentaron avanzar sobre Longwy, emprendían la retirada al interior de Francia, luego de su operación desgraciada en el Sambre.

El cuerpo expedicionario inglés y el 5.º ejército, al abandonar la línea Mons-Charleroi, descendieron en busca de una nueva línea de defensa, estableciéndose en un frente que comprendía á Cambrai, Le Cateau y Landrecies. En esta segunda línea libraron furiosos combates con los alemanes, que persistían en su maniobra envolvente. El ejército de Von Kluck, que era el ala envolvente de la invasión, avanzaba, extendiéndose al mismo tiempo, con una rapidez pocas veces vista en las guerras modernas. Los cuerpos dejaban atrás todo el material de su impedimenta para marchar con más ligereza.

Los infantes alemanes hasta se despojaban de sus mochilas para avanzar con mayor soltura. De este modo el ala envolvente de Von Kluck llegó á caminar 60 kilómetros por día, durante varias jornadas, obligando á los aliados á un retroceso incesante y fatigoso.

Después de sostener el choque de sus perseguidores en la línea de Cambrai-Landrecies, los aliados se vieron en la necesidad de retirarse más al Sur para no verse envueltos, y se detuvieron en una tercera línea, jaloneada por los cursos acuáticos del Somme y del Oise, prolongándose hasta Verdún.

Pero antes de detenerse en estas posiciones los ejércitos aliados libraron nuevos combates.

Los alemanes creyeron por un momento que iban á envolver al cuerpo expedicionario inglés, separándolo de los franceses y cortando su línea de retirada. Llegaron á anunciarlo como un hecho cierto, pero los ingleses consiguieron romper el contacto con el enemigo y ganar San Quintín. Gracias al heroísmo de la 2.ª y la 4.ª divisiones británicas, mandadas por el general Smith Dorien, los alemanes fueron rechazados el 26 de Agosto en Cambrai, fracasando la maniobra de Von Kluck, que buscaba empujar á los ingleses hacia la plaza de Maubeuge, investida ya por las tropas germánicas, para encerrarlos en ella, repitiendo con esto el triunfo de Sedán, cuyo aniversario era el 2 de Septiembre.

Mientras tanto, el 5.º ejército francés combatía valerosamente durante su retirada en Lens y Bapaume. Luego en Guisa hizo frente á sus perseguidores deteniéndolos é infligiéndoles crueles pérdidas. Franchet d'Esperey, el intrépido comandante del 1.er cuerpo, había tomado el mando en jefe del 5.º ejército, sustituyendo á Lanrezac, militar de grandes estudios, pero que en la jornada de Charleroi había demostrado falta de energía. En Guisa, los franceses hicieron retroceder á lo mejor de las tropas alemanas; el 10.º cuerpo, que gozaba renombre de muy bravo, y la Guardia imperial, tuvieron que replegarse vencidos ante las bayonetas del 5.º ejército. Los regimientos de la Guardia, compuestos de los soldados prusianos más valerosos y audaces, venían muy quebrantados de Charleroi, donde se batieron repetidas veces cuerpo á cuerpo con los turcos. En todos los momentos críticos, los generales alemanes hacían avanzar á la Guardia, y por esto sus pérdidas resultaron enormes. En Guisa, una gran mortandad aclaró de nuevo sus filas.

LA RETIRADA DE LOS ALIADOS

Este dibujo muestra las diferentes posiciones de la línea de retirada de los aliados desde Mons, donde se desarrolló la batalla del Sambre, hasta París. Antes de llegar á Mantes, el ejército inglés ocupaba la extrema izquierda. Á partir de aquí cubrió su derecha el 6.º ejército (Maunoury) recientemente formado. Toda la línea en retirada, compuesta del 3.º, 4.º y 5.º ejércitos franceses y del ejército inglés, se apoyaba en Verdún. Desde Verdún á Belfort la línea inmóvil francesa estaba formada por el 2.º y 1.er ejércitos (Castelnau y Dubail). Las líneas de puntos indican los medios de comunicación con el mar y con Inglaterra que tuvieron los aliados en las diversas fases de su retirada.

Von Kluck, al invadir á Francia, seguía extendiendo su ala derecha con la intención de desbordar y envolver la izquierda de los ingleses.

El mariscal French, en su comunicación al Ministerio de la Guerra británico, dice así hablando de los incidentes de su retirada, luego de describir el combate de San Quintín:

«Tal era mi situación el 29 de Agosto, cuando á la una recibí la visita del general Joffre en mi cuartel general. Expuse mi situación al comandante en jefe francés, que se mostró conmigo particularmente bueno, cordial y simpático, como es su costumbre. Me dijo que había dirigido el 5.º ejército francés hacia el Oise para que avanzase contra los alemanes en el Somme y los atacase deteniendo su persecución. Me habló igualmente de que estaba formando sobre mi ala izquierda un 6.º ejército francés *(el que mandó Maunoury)*, compuesto del 7.º cuerpo de ejército, de cuatro divisiones de reserva y del cuerpo de caballería de Gordet.

»En el curso de esta visita fué decidido que las fuerzas británicas deberían retirarse mucho más, hasta la línea Compiegne-Soissons, lo que se empezó á hacer en el mismo día.

»El ala derecha del ejército alemán (Von Kluck) llegaba mientras tanto á un sitio que parecía poner en peligro seriamente mi línea de comunicación con

CARGA DE LOS LANCEROS INGLESES EN MONS

(Dibujo de R. Caton Voodville, de *The Illustrated London News)*

el Havre. Ordenes fueron dadas para trasladar esta base á Saint-Nazaire y establecer una base avanzada en Mons. Á pesar de la seria derrota infligida por el 1.° y 3.° cuerpos de ejército francés—ó sea la derecha del 5.° ejército—á los regimientos de la Guardia imperial en Guisa, el general Joffre no tenía intención de explotar esta ventaja. Un movimiento general de retirada fué ordenado por él á todas las fuerzas francesas, y hasta las que se encontraban más al Este recibieron la orden de retroceder.»

Se desprende de las palabras de French, que el general Joffre había ya adoptado el 29 de Agosto las disposiciones con que emprendió varios días después la lucha en el Marne: retirada de todos los ejércitos franceses á la línea del Marne, aun los que estaban en el Este, y formación rápida del 6.° ejército (Maunoury), que representó la sorpresa, el desconcierto y la derrota para los alemanes.



SOLDADO INGLÉS AUXILIANDO Á UN SOLDADO ESCOCÉS HERIDO

El 4.° ejército, mandado por Langle de Cary, que había actuado sin éxito entre Virton y Longwy en la batalla general del 23, detuvo en Rethel con un empeñado combate á las tropas del kronprintz de Prusia, pero á pesar de esta ventaja tuvo que seguir el movimiento de retroceso general ordenado por Joffre.

El 27 de Agosto, Langle de Cary impidió que los alemanes situados enfrente de él pasasen el Mosa y pidió permiso al generalísimo para no seguir retrocediendo.

«No veo inconveniente—le contestó Joffre—en que resistáis un día más junto al Mosa para afirmar vuestro éxito. Pero es preciso que el 29 sigáis retrocediendo.»

Esto demuestra como fué voluntaria y consciente la re-





Dibujo de Georges Scott, de la «Illustration» de París

Un coronel francés gravemente herido al frente de su regimie
que le tributan honores



**to, es conducido á la ambulancia entre las líneas de tiradores
in interrumpirse el fuego**



SOLDADOS FRANCESES SALUDANDO Á UN GENERAL INGLÉS

(Dibujo de *The Illustrated War News*)

tirada general que precedió á la batalla del Marne. «Propiamente hablando—dice un autor—no fué una retirada desastrosa como han pretendido los alemanes, sino más bien una maniobra táctica, un enderezamiento estratégico.»

La prueba más indiscutible de esto la proporciona la orden que dió Joffre el 25 de Agosto, ó sea á continuación de lo de Charleroi, y que dice así:

«No habiendo podido ser ejecutada la maniobra ofensiva que proyectábamos, las operaciones ulteriores serán encaminadas á reconstituir en nuestra izquierda, por la unión del 4.° y el 5.° ejércitos, del ejército inglés, y de fuerzas nuevas sacadas de la región del Este, *una masa capaz de reanudar la ofensiva,* mientras que los otros ejércitos *(se refiere á los de Castelnau y Dubail)* contendrán el tiempo necesario los esfuerzos del enemigo.

»Este movimiento de concentración será cubierto por retaguardias dejadas sobre los cortes favorables de terrreno, de modo que puedan utilizar todos los obstáculos para detener la marcha del enemigo por medio de contraataques cortos y violentos, en los cuales el principal elemento será la artillería, ó al menos para retardarla.

»*Firmado,*

J. JOFFRE»



CICLISTAS INGLESES

Como se ve, desde el día 25 la finalidad de las maniobras de los aliados quedaba fijada claramente: preparar, no una acción defensiva, sino *ofensiva,* que se lle-

varía á la práctica así que se presentase una ocasión favorable. La retirada era, pues, una maniobra de Joffre y no una derrota.

Para asegurar su realización resultaba indispensable que la defensa móvil de la plaza de Verdún, que servía de base á todo el movimiento de la línea francesa, opusiese al enemigo la más enérgica resistencia.

Verdún tiene como apoyos militares, por un lado, los bosques de la Argona, y por otro, los Altos del Mosa. Los bosques de la Argona—cuyo centro lo ocupa el bosque de Grurie—abarcan una longitud de 50 kilómetros, desde Chene Populeux á Triacourt, y una anchura que varía entre 10 y 15 kilómetros. El río Mosa, entre Verdún y Saint-Mihiel, está bordeado por una costa de gran altura, que tiene unos 100 kilómetros de longitud. Este acantilado fluvial, que sustenta espesos bosques, recibe el nombre de Altos del Marne y domina al Este de Verdún la llanura arcillosa del Woevre. Sobre esta alta orilla de la derecha del Mosa se eleva el fuerte de Troyon, seguido al Sur por los fuertes de Paroches y de Campo de los Romanos. Toda la cuenca del Mosa es muy ancha, excepto en Saint-Mihiel, donde se angosta relativamente.

El 3.er ejército francés era el encargado de cerrar estas costas del Marne por el Oeste y proteger la vertiente Este del Argona, manteniéndose firme alrededor de Verdún. Del mando de dicho ejército acababa de encargarse el general Sarrail, militar valeroso y tenaz, en sustitución del general Ruffey, otro de los destituídos por su desgraciada actuación en la batalla del 23 de Agosto. Mientras Sarrail operaba en Verdún, los ejércitos de Castelnau y Dubail se mantendrían firmes en Lorena y los Vosgos como muros de acero.

El plan de Joffre necesitaba dos apoyos, dos firmes pilares para el sostén de su línea de fuerzas: á la izquierda el campo atrincherado de París; á la derecha el campo atrincherado de Verdún. Lo importante era contar con los dos apoyos. Luego la línea de combate la establecería según lo aconsejasen las circunstancias: junto al Marne, ó más abajo, junto al Sena.



CAMIONES INGLESES PARA EL TRANSPORTE DE VÍVERES

El mariscal French, en el informe á su gobierno ya citado, da cuenta de las diversas variaciones que el generalísimo tuvo que hacer sufrir á su plan, según los incidentes diarios, y de lo ocurrido á las fuerzas inglesas en el curso de lo que su jefe llama con razón *splendid retreat* (espléndida retirada).

«Firme siempre en su concepción estratégica—dice French—de atraer al enemigo sobre todos los puntos hasta que se produjese una ocasión favorable para tomar la ofensiva, el general Joffre tuvo que ir modificando diariamente los medios con los que buscaba conseguir sus fines, en vista del desenvolvimiento de los planes del enemigo y de los cambios que se efectuaban en la situación general.

De acuerdo con los movimientos de las fuerzas francesas, nuestra retirada continuó todos los días. Aunque no éramos molestados muy de cerca por el enemigo, continuamente se desarrollaban combates en la retaguardia.

El 1.° de Septiembre, la 1.ª brigada de caballería inglesa, al replegarse en un terreno cubierto de bosques espesos al Sur de Compiegne, perdió una batería de artillería, pero la recobró poco después con la ayuda de algunos destacamentos del 3.er cuerpo que operaba sobre nuestra izquierda, arrebatando además 12 cañones al enemigo.

Del mismo modo, al Este el 1.er cuerpo que se retiraba hacia el Sur, al atravesar otra región de mucho bosque, sostuvo un serio combate de retaguardia en Villers-Cotterets, en el curso del cual la 4.ª brigada de la Guardia sufrió considerablemente.

La retirada inglesa estaba cubierta por la 3.ª y 5.ª brigada de caballería.

Al Sur del Somme, el general Gouth, con la 3.ª brigada de caballería, rechazó á los hulanos de la Guardia imperial, infligiéndoles pérdidas considerables. El general Chetwoode, con la 5.ª brigada de caballería,

encontró cerca de Cerizy las columnas alemanas viniendo del Este y dirigiéndose hacia el Sur. Nuestros jinetes desbarataron á estas columnas. El regimiento alemán que marchaba á la cabeza, sufrió pérdidas muy serias y casi quedó destruído.»

«Las largas etapas de esta *splendid retreat*—dice un comentarista de la retirada inglesa—eran duras para unos soldados acostumbrados á las distancias relativamente cortas de su archipiélago natal, y los ingleses manifestaban al conversar con los campesinos, que *nunca habían creído que Francia fuese tan grande.*»

Algunas unidades inglesas, á causa del completo desconocimiento del terreno y de su ignorancia del idioma francés que les hacía incurrir en equivocaciones al pedir informes, se extraviaron durante la retirada y transcurrió mucho tiempo antes de que pudieran reincorporarse al ejército.

French señalaba en su informe esto mismo:

«Como los combates—dice el mariscal inglés—se libran en orden disperso, sobre un frente muy extenso y con movimientos repetidos de retirada, un gran número de oficiales y soldados y hasta de pequeñas unidades han perdido su camino, viéndose separados del grueso de las fuerzas. Á consecuencia de esto, muchos de los hombres comprendidos en el total de las pérdidas reaparecerán seguramente, viniendo á incorporarse á sus regimientos, sanos y salvos. Nuestras pérdidas, aunque considerables, no han afectado en nada la moral de las tropas. Estas pérdidas, sin embargo, no representan ni la tercera parte de las que el ejército inglés á infligido al enemigo, y los sacrificios realizados por nuestras tropas resultan inferiores á sus hazañas.

Destacamentos de refuerzo, cuyo efectivo total es de 19.000 hombres, han venido ó van á llegar á nuestro ejército, y hemos aprovechado la calma sobrevenida después del combate del 1.° de Septiembre, para rellenar los vacíos en las filas y reforzar y consolidar las unidades.»



COMIDA DE LOS INGLESES EN EL BULEVAR DE UNA CIUDAD FRANCESA DE PROVINCIAS (Fots. Meurisse)

El redactor de *Le Temps,* de París, M. Thiébault-Sisson, que como digimos en otro lugar presenció los preparativos del combate de Charleroi y luego la retirada de los aliados, dió detalles interesantes sobre el aspecto de las tropas inglesas en este retroceso, su modo de vivir con toda opulencia sin que lo crítico de las circunstancias les hiciese perder su calma habitual, y la energía de sus jefes para combatir el espionaje.

Luego de describir los uniformes sencillos y prácticos de los ingleses, que contrastaban con la indumentaria algo anticuada del ejército francés al principio de la guerra, añade:

«Sus cañones cortos y robustos, pintados de un color de bronce verde obscuro, tienen un diámetro doble, á lo menos, que nuestros elegantes y finos 75. Pero son los convoyes lo que hay que ver con sus camiones y sus carruajes en número incalculable, cargados profusamente, no solo de municiones, sino de los aprovisionamientos más variados y todo con una abundancia extraordinaria. Cuadrados fardos de heno comprimido para el ganado. Y para los hombres, cajas de té, de cacao y de azúcar, botes de legumbres y de carne en conserva, tarros de confitura de un palmo de altos. Más convoyes de equipo para los aeroplanos dotados espléndidamente. Un ejército, en fin, disciplinado, fuerte, que no cede en solidez ni en ánimo al mejor de los nuestros, mostrando en todo una gran previsión. Desde el momento de llegada al punto de destino todo está dispuesto: los furrieles que precedieron á la tropa presentan en seguida una comida caliente y bien condimentada.

Asistí personalmente á uno de estos momentos. Era en un pueblecito de Bélgica. El dormitorio para los suboficiales se había instalado en la escuela, donde se dispusieron en un momento las camas. Mientras tanto, al aire libre, los improvisados *maitres d'hotel*



EMBARQUE DE UN AEROPLANO INGLÉS (Fot. Rol)

iban descuartizando con una lentitud avisada y una habilidad metódica las reses que acababan de sacar de la cámara frigorífica. Más allá el agua comenzaba á bullir sobre los hornillos preparada para el té. Y así ocurría en todos los altos y en todos los acantonamientos.

La admiración ante todas estas previsiones y ante aquel instinto nacional de confort no podía hacerme injusto para con los grandes servicios de nuestra retaguardia que con una regularidad incomparable aprovisionan á nuestros soldados. Dos veces por día les vi funcionar entre Charleroi y Jeumont trayendo á nuestras tropas los repuestos necesarios de víveres y el complemento de municiones. Servíanse para ello de autobus, cuyos nombres nos son bien familiares: Magdalena-Bastilla; Clichy-Odeón; Trocadero-Estación del Este, y también de automóviles de los grandes almacenes de París: Printemps, Bon Marché, Louvre. Pude admirar sin ninguna reserva hasta qué extremo se preocupaba nuestra intendencia de la vida material de las tropas, cuidados de que se han visto muchas veces desprovistos los enemigos.

Un punto, en que quisiera ver modelarse á nuestros jefes sobre el ejemplo de los ingleses, es el de la severidad que desarrollan respecto á los espías. Un intérprete puesto al servicio de nuestros aliados por el ministro de la Guerra, me refirió que todo individuo sorprendido infraganti y al que acusan manifiestamente de espionaje los documentos que se le hallan encima, es fusilado en el acto. «Los franceses—decía al intérprete un general á cuyo servicio estaba—os preciáis de humanitarios en este sentido, sin advertir que la humanidad es en tal caso un grande error. Prolongar la vida del espía, dejando para más tarde su castigo, es un crimen contra nuestras tropas. El espía puede, por cualquier medio inesperado, conseguir su objeto; puede recomenzar sus trabajos desde el día siguiente, llevándolos con tal acierto, que el enemigo, perfectamente informado, nos sorprende en el momento mismo que creíamos caer sobre él, viniendo á resultar de todo esto que aquella indulgencia inoportuna ha costado la vida á varios centenares de nuestros hombres. Con esto es con lo que no puedo transigir y por eso soy inexorable.»

Además, este espionaje sólo se practica por profesionales. El enemigo hace que precedan su marcha pequeños destacamentos de caballería, escoltados ó no por infantería, que van delante de él muchas veces á una distancia de cincuenta ó sesenta kilómetros. No es solo el servicio de descubierta lo que obtiene con esto, sino también aterrorizar á los no combatientes, sembrando por todas partes el pánico. Estas patru-



UN CONVOY DE AUTOBUS DE PARÍS MOVILIZADOS PARA SURTIR DE VÍVERES AL EJÉRCITO FRANCÉS (Fot. Meurisse)

llas casi siempre son conducidas por hombres que conocen perfectamente el país por haber trabajado en él como obreros en tiempo de paz ó por haber dirigido como ingenieros ó peritos un negocio industrial, comercial ó bancario. En Gembloux, el jefe del destacamento que durante algunas horas invadió la población para cortar los hilos telegráficos, era el director de una azucarera, que al poco tiempo de romperse las hostilidades había abandonado el país. Cuando fué invadida Lieja, algunas horas antes de la ocupación definitiva alemana, los liejenses vieron indignados que iba á la cabeza de los invasores el director de una fábrica de alambres, que había vivido entre ellos quince años. Es indudable que los pelotones que invadieron durante distintos días las estaciones de Blaindain y Mouscron, á pocos kilómetros de Lille, y realizaron incursiones sobre los territorios de Cysoing y Rumegies, no tenían otra misión que llevar por delante el espanto, actuando de este modo sobre el estado de ánimo de los vecinos de Lille.

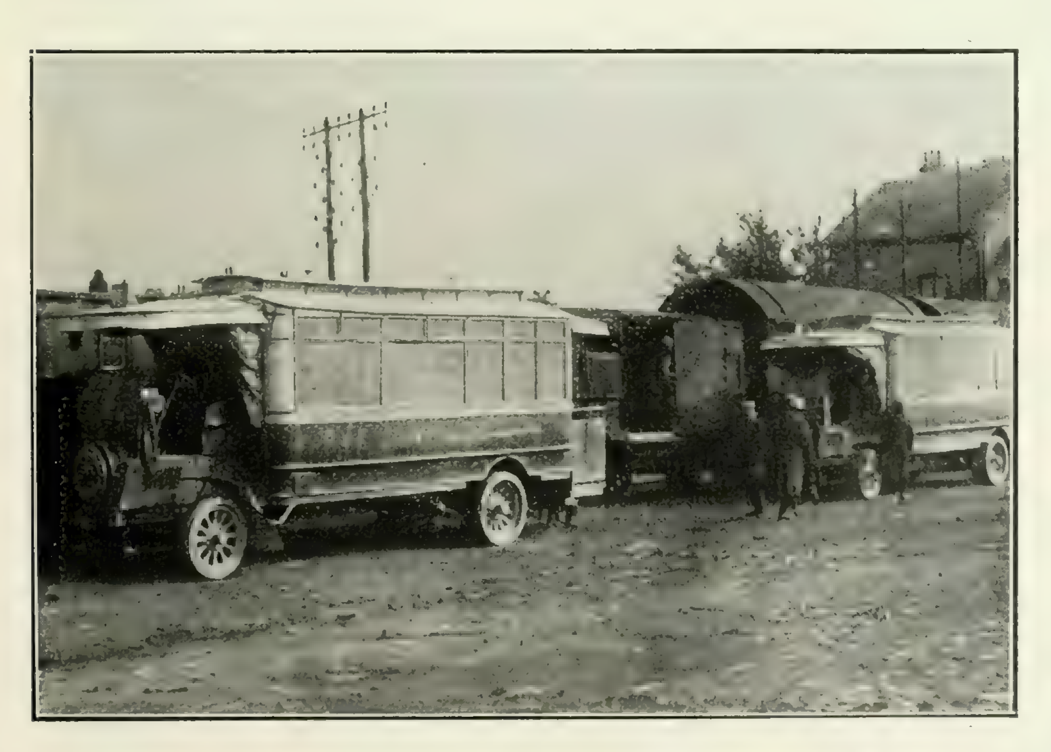
Por eso al llegar después de ellos encontré á las poblaciones sumidas en el terror. Los ricos habían preparado ya su éxodo, y en todas partes dominaba el espanto. El alcalde de una ciudad vecina había fijado ya unas proclamas, según me dijeron. Informaba al vecindario de la inminente llegada de los alemanes, y como hizo el burgomaestre de Bruselas, les recomendaba la calma.



EL PERRO DE UN BATALLÓN DE HIGLANDERS

Sin embargo, he aquí que algunas horas de sueño reparador me han devuelto la confianza que amenazaba quebrantarse por el contacto de aquellas multitudes asustadas. Ante los informes recogidos esta mañana, he confrontado las observaciones hechas por mí personalmente durante los últimos tres días, y de este choque ha resultado la luz de la evidencia. He reconstituído las etapas de nuestras tropas y las de los ingleses; he seguido paso á paso su marcha y estoy convencido de que una razonada voluntad ha dirigido el plan que ingleses y franceses ejecutan extrictamente.

He tenido una súbita y reveladora intuición de sus propósitos y del secreto sentido de sus maniobras. He visto anticipadamente los futuros campos de batalla adonde nos conducirán estas operaciones coordenadas y sucesivas, llevadas con un admirable sentido de la realidad. Sin embargo, he de resistir á la tentación de confiaros todo lo que he podido entrever. Por ahora sólo puedo deciros una palabra: «¡Esperad confiados!»



AUTOBUS DE PARÍS ESPERANDO LA CARGA DE VÍVERES JUNTO Á UNA ESTACIÓN

(Fots. Rol)

Este optimismo del periodista parisién, en medio del pánico que el avance alemán iba creando en las poblaciones, fué justificado algunos días después por los éxitos del Marne.

V

El nuevo gobierno francés.—Continúa la retirada.—«Taubes» sobre París.—El pánico de las poblaciones.

El miércoles 26 de Agosto se reunió el Consejo de ministros de Francia en el ministerio del Interior. La situación era angustiosa y reclamaba grandes medidas. De esta reunión, celebrada á las siete de la tarde, surgió el acuerdo de constituir un gobierno nacional.

Los ministros presentaron en masa sus dimisiones. Sólo un gobierno constituído por todos los partidos importantes y en el que figurasen los políticos más eminentes de la nación, podía encargarse de los destinos de la República en un momento tan crítico.

El presidente del Consejo, Mr. Viviani, dirigió acto seguido la siguiente carta al presidente Poincaré:

«Señor Presidente de la República:

En las circunstancias que el país atraviesa, me ha parecido necesario ensanchar el ministerio que presido. He convocado á mis compañeros en Consejo, y después de agradecer á todos la devoción patriótica con que han desempeñado sus difíciles cargos, les he dado cuenta de mi deseo, exponiéndoles que con el ofrecimiento de mi dimisión os facilitaría el poder encargar á una personalidad política la obra que ya he definido.

Todos han aceptado mis razones, y tengo el honor de enviaros con mi propia dimisión las de todos los individuos del gabinete.

Recibid, señor Presidente, el testimonio de mi respetuosa adhesión.

R. VIVIANI»



EL GOBIERNO DE DEFENSA NACIONAL

1. Viviani.—2 Briand 3. Delcassé.—4. Malvy. -5. A. Millerand. -6. Augagneur.—7. Ribot.—8. Fernand-David.—9. Marcelo Sembat.—10. Bienvenu-Martin. 11. Thomson. 12 Alberto Sarraut. 13. Doumergue.—14. Julio Guesde.—*En el centro*, Poincaré.

(Fots. Henri Manuel, París)

El presidente de la República aceptó la dimisión, pero encargando al mismo Viviani que constituyese un nuevo ministerio con arreglo á su plan; un ministerio nacional compuesto de personalidades salientes de todos los grupos republicanos y de socialistas, para que las masas obreras no quedasen sin representación.

Tres horas después, á las diez de la noche, luego

de haber conferenciado con varios personajes ilustres para asegurarse su concurso, Viviani visitó al Presidente, dándole cuenta de la constitución del gobierno nacional en la siguiente forma:

Presidente del Consejo sin cartera. . . Viviani.
Ministro de Justicia y vicepresidente del Consejo. . . . . Briand.
Negocios Extranjeros. . . . . . Delcassé.

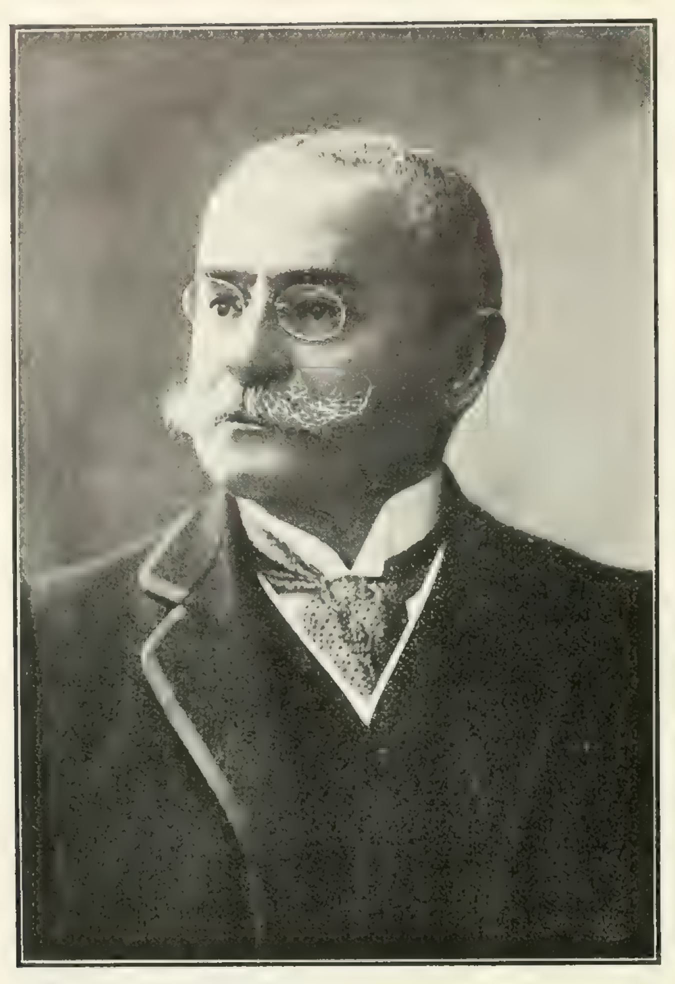


MANIFESTACIÓN EN PARÍS Á UN GRUPO DE SOLDADOS BELGAS QUE OCUPAN UN AUTOMÓVIL (Fot. Meurisse)

Interior. . . . . Malvy.
Guerra. . . . . A. Millerand.
Marina. . . . . Augagneur.
Hacienda. . . . . Ribot.
Agricultura . . . . Fernand-David.
Trabajos Públicos. . . . . . Marcelo Sembat.
Trabajo. . . . . Bienvenu-Martin.
Comercio, Correos y Telégrafos. Thomson.
Instrucción Pública. . . . . . Alberto Sarraut.
Colonias.. . . . . Doumergue.
Ministro sin cartera. . . . . Julio Guesde.

Algunos de estos ministros habían pertenecido al gabinete anterior. Entre los nuevos figuraban las más eminentes personalidades de la política francesa: el venerable Ribot, cuya competencia financiera era respetada por todos; Millerand, personaje civil que había trabajado como nadie por el desarrollo del ejército; el inteligente Delcassé, fino diplomático, que con sus trabajos internacionales en busca de nuevas alianzas había sabido crear el aislamiento en torno del Imperio alemán, hasta el punto de que el gabinete de Berlín exigió de Francia que le excluyese para siempre de todo gobierno. Además, el socialismo daba al gabinete sus dos personalidades más ilustres después de muerto Jaurés: el patriarca Julio Guesde, firme teórico de las doctrinas revolucionarias, y Marcelo Sembat, escritor ingenioso, artista exquisito, uno de los espíritus más refinados de Francia.

Millerand se apresuró á ocupar el Ministerio de la Guerra, sustituyendo á Messimy, su antecesor. Este excelente patriota, cuya personalidad no estaba en relación con lo extraordinario de las circunstancias, y al que había sorprendido la guerra ocupando un cargo de tan enorme responsabilidad, abandonó con gusto la cartera. Como recompensa de sus trabajos en el Ministerio, en las horas más angustiosas Messimy pidió que lo enviasen al frente, pues era oficial de reserva de un batallón de cazadores. Batirse con el enemigo le era más grato que ser ministro. Y á los pocos meses el capitán Messimy ascendía á teniente



LOS NUEVOS MINISTROS

DELCASSÉ (Fot. Henri Manuel, París)

Al mismo tiempo el gobierno entero dirigió la siguiente declaración al país:

«Franceses:

El nuevo Gobierno acaba de tomar posesión de su puesto de honor y de combate.

El país sabe que puede contar con su vigilancia, con su energía, y que con toda su alma se dedicará á su defensa. El Gobierno sabe por su parte que puede contar con el país. Los hijos de Francia derraman su sangre por la Patria y por la Libertad. Al lado de los heroicos ejércitos belga é inglés, reciben sin temblar el más formidable huracán de hierro y de fuego que jamás se ha desencadenado sobre un pueblo. ¡Y todos se mantienen firmes! ¡Gloria á ellos! ¡Gloria á los vivos y á los muertos! Los hombres caen, pero la Nación continúa.

Gracias á tanto heroismo, *la victoria final está asegurada*. Un combate se libra en estos momentos, capital, es cierto, pero no definitivo. *Sea cual sea su resultado, la lucha continuará*. Francia no es una presa tan fácil como se la imagina la insolencia del enemigo.

Franceses: Nuestro deber es trágico, pero al mismo tiempo simple: rechazar al enemigo, perseguirlo, impedir que huelle nuestro suelo, que oprima nuestra libertad, resistir todo lo que sea necesario, hasta el fin, levantar nuestros caracteres y nuestras almas por

coronel, por su heroica conducta en Alsacia y las heridas que recibió formando parte de un batallón de alpinos.

Apenas Millerand hubo tomado posesión de la cartera de la Guerra, dirigió al general Joffre la siguiente carta:

«Mi querido general:

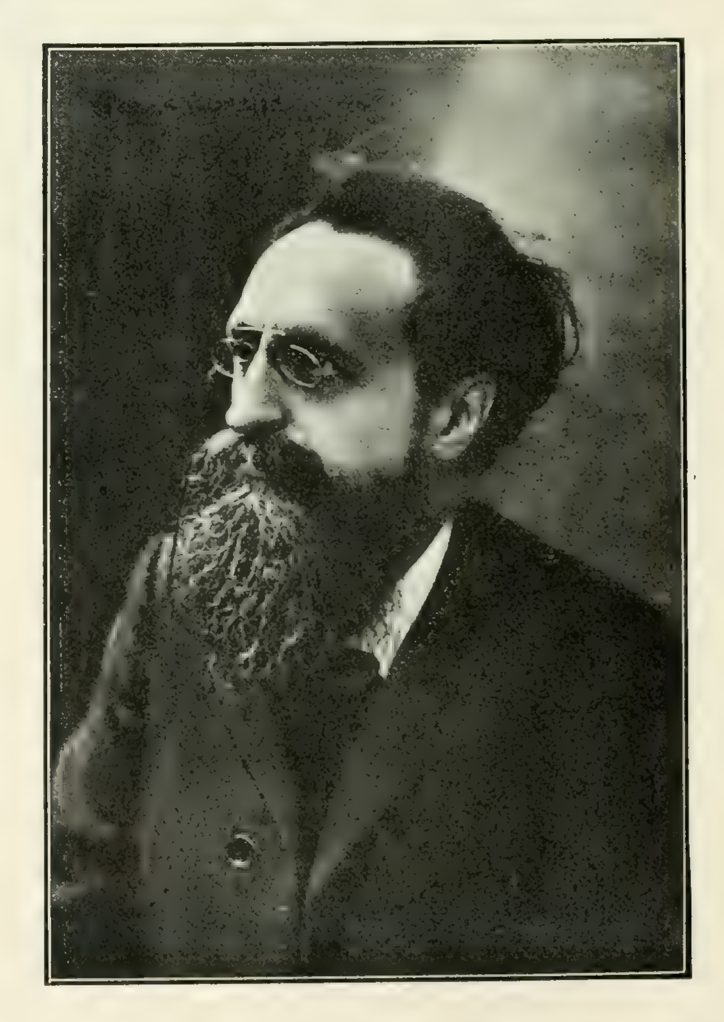
En el momento en que vuelvo á encargarme de la dirección del Ministerio de la Guerra, quiero que mi primer acto sea enviar á las tropas que combaten á vuestras órdenes y á sus jefes el testimonio de admiración y confianza del Gobierno de la República y del país.

Francia está segura de la victoria porque se halla resuelta á conseguirla. Siguiendo vuestro ejemplo y el de vuestros ejércitos, guardará hasta el final la calma y la serenidad, garantías del éxito.

Sumisa á la férrea disciplina, que es la ley y la fuerza de los ejércitos, la Nación entera, que se ha levantado en masa para la defensa de su suelo y de sus libertades, acepta por adelantado, con un corazón firme, todas las pruebas, hasta las más crueles.

Paciente y tenaz, convencida de su derecho, segura de su voluntad, ella resistirá. Yo os abrazo.

A. MILLERAND»



JULIO GUESDE (Fot. Henri Manuel, París)

encima del peligro, mantenernos dueños de nuestros destinos. Mientras nosotros luchamos, nuestros aliados los rusos marchan con paso decidido hacia la capital de Alemania, que la ansiedad empieza á dominar, é infligen múltiples reveses á sus tropas, que se repliegan.

Nosotros pediremos al país todos los sacrificios, todos los recursos que pueda proporcionar en hombres y energías.

¡Sed fuertes y resueltos! Que la vida nacional, ayudada por medidas oportunas financieras y administrativas, no quede suspendida. Tengamos confianza en nosotros mismos: olvidemos todo lo que no sea el interés de nuestra patria. ¡De cara á la frontera! Tenemos el método y la voluntad. Tendremos la victoria.

RENÉ VIVIANI, *presidente del Consejo;* ARISTIDE BRIAND, *ministro de Justicia, vicepresidente del Consejo;* DELCASSÉ, *ministro de Negocios Extranjeros;* MALVY, *ministro del Interior;* RIBOT, *ministro de Hacienda;* MILLERAND, *ministro de la Guerra;* AUGAGNEUR, *ministro de Marina;* SARRAUT, *ministro de Instrucción Pública;* MARCEL SEMBAT, *ministro de Trabajos Públicos;* THOMSON, *ministro de Comercio, de Correos y de Telégrafos;* DOUMERGUE, *ministro de Colonias;* DAVID, *ministro de Agricultura;* BIENVENU MARTIN, *ministro del Trabajo;* JULIO GUESDE, *ministro sin cartera.*»

Al dar cuenta el gobierno francés del fracaso en el Sambre y la retirada, que fué su consecuencia, dijo así:

«De un modo general hemos conservado la plena libertad de utilizar nuestra red de ferrocarriles, y todos los mares los tenemos abiertos para nuestro aprovisionamiento. Nuestras operaciones han permitido á Rusia entrar en acción, penetrando hasta el centro de la Prusia Oriental.

»Hay que lamentar, evidentemente, que nuestro plan ofensivo no haya conseguido su finalidad, á consecuencia de dificultades de ejecución imposibles de prever. Esto hubiese abreviado la guerra, pero nuestra situación defensiva sigue entera en presencia de un enemigo que parece debilitado.»

El gobierno cumplía su deber al reanimar el entusiasmo del país con toda clase de optimismos. Pero la situación era deplorable; él mismo lo confesaba francamente. En medio de las desgracias ciertas que llovían sobre el país, el gobierno hizo una afirmación consoladora al repetir los informes de Joffre: *En un momento determinado, escogido por el general en jefe, nuestro ejército volverá á tomar una vigorosa ofensiva.*

Con noble lealtad, después de formular estas esperanzas, el gobierno no ocultaba lo mucho que iba á sufrir la nación á consecuencia de la retirada general de las tropas y el avance de los enemigos.

«Todos los franceses deplorarán el abandono momentáneo de las porciones del territorio anexo que habíamos ocupado nosotros. Por otro lado, ciertas partes del territorio nacional sufrirán, desgraciadamente, á consecuencia de los sucesos que van á desarrollarse en ellas. Esta prueba resulta inevitable, pero será transitoria. Ya algunos elementos de caballería alemana, que pertenecen á la división independiente que opera en la extrema derecha del enemigo, han penetrado en la región de Roubaix-Tourcoing, que no está defendida más que por territoriales.

»El coraje de nuestra valerosa población sabrá soportar esta prueba con una fe inquebrantable en el éxito final que no es dudoso. Diciendo al país la verdad entera, el gobierno y las autoridades militares le dan la prueba más fuerte de su absoluta confianza en la victoria, que sólo depende de nuestra perseverancia y nuestra tenacidad.»

MARCEL SEMBAT

(Fot. Henri Manuel, París)

Francia empezaba á ser invadida por los alemanes. Como una inundación, las fuerzas enemigas se esparcían por los departamentos del Norte. La caballería, operando más allá de la extrema derecha de Von Kluck, prolongaba la ola invasora hasta Roubaux y Lille. Ante esta avalancha enemiga sólo quedaba, como un escollo aislado, la plaza de Maubeuge, única fortificación que los franceses conservaban junto á la frontera belga. Maubeuge, sitiado por los alemanes, estudiado minuciosamente con gran antelación por los agentes del Estado Mayor de Berlín y teniendo en su seno numerosos espías en continuo contacto con los sitiadores, no tardó en caer.

El 25 de Agosto por la noche, el gobierno pudo re-

sumir la situación del siguiente modo, con arreglo á las noticias que había recibido:

«*Al Oeste del Mosa.*—Las tropas franco-inglesas estaban en línea detrás de Givet. Para ganar esta posición habían tenido que combatir mucho, manteniendo á distancia al enemigo y acabando por paralizar su ofensiva.

Al Este del Mosa.—El ejército de Langle de Cary, después de empezar su retirada había contraatacado, como ya dijimos, con éxito, impidiendo á los alemanes el paso del Mosa. Especialmente el 6.° cuerpo causó á éstos grandes pérdidas del lado de Virton. Pero como los planes de Joffre estaban basados en una retirada general, este ejército, á pesar de sus ventajas recientes, recibió orden de seguir retrocediendo.

Al Norte.—La caballería germánica, prosiguiendo su movimiento extensivo de invasión, no sólo avanzaba en las regiones de Lille, Roubaix y Tourcoing, sino que había aparecido igualmente en la de Douai. La caballería inglesa, al cubrir la retirada de su ejército, sostenía frecuentes choques con los destacamentos enemigos, batiéndolos las más de las veces, pero esto servía únicamente para retardar un poco la marea alemana que lentamente iba cubriendo todo el suelo que los aliados dejaban á sus espaldas.

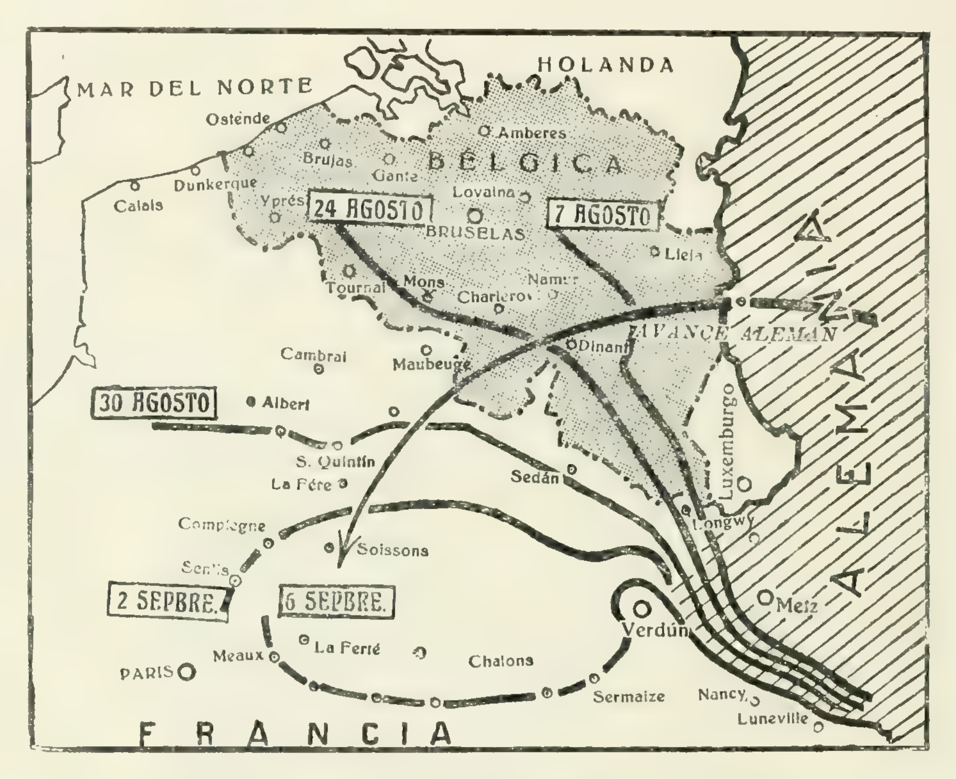
Situación general.—Á pesar de las enormes fatigas—decía el gobierno francés—impuestas á nuestras tropas por los tres días consecutivos de combates en el Sambre, y á pesar de las pérdidas que han sufrido, su moral es excelente y sólo desean continuar la lucha.

En la jornada de anteayer el hecho más saliente fué el choque formidable de nuestros tiradores argelinos y senegaleses con los regimientos tan reputados de la Guardia prusiana. Nuestros soldados africanos se arrojaron sobre esta tropa sólida con una furia indescriptible. La Guardia sufrió mucho en este combate que degeneró en un cuerpo á cuerpo.

El príncipe Adalberto, general alemán, ha recibido la muerte en este combate. Su cadáver ha sido transportado á Charleroi.

Nuestro ejército, tranquilo y resuelto, seguirá luchando. Sabe lo que representa su esfuerzo. Sabe que lucha por la civilización.»

Durante la gran batalla del Sambre, algunos oficiales franceses de los más jóvenes, subtenientes recién salidos de la Escuela de Saint-Cyr, realizaron una hazaña tan heroica como inútil, una valentía que recuerda los actos gallardos de D'Artagnán y sus camaradas los tres mosqueteros. En la guerra moderna los combatientes se visten de colores neutros, y evitan toda visualidad para confundirse con el suelo y no ser distinguidos por los tiradores del campo adversario. Estos muchachos, ascendidos á oficiales con motivo de la guerra, prestaron juramento al abandonar el colegio de combatir á los alemanes vistiendo el uniforme de gala. En la jornada de Charleroi se pusieron al frente de sus secciones, con guantes blancos, charreteras y ondeando sobre su kepis el plumero tricolor de los alumnos de Saint-Cyr. No hubiese hecho más Cirano de Bergerac. Así, flamantes y vistosos, cargaron contra los alemanes grises. Casi todos quedaron heridos. Algunos murieron en el mismo campo de batalla, de un balazo en la cabeza. Hay que decir que muchos de ellos eran aficionados á la literatura y escribían versos.



EL AVANCE ALEMÁN

Dibujo esquemático mostrando las diversas fases del avance envolvente alemán en Bélgica y Francia, primero hacia el Sur y luego hacia el Sudeste. La última posición es la que se vió obligado á tomar el 6 de Septiembre al sentir su derecha atacada por las tropas de París.

▫

Ya indicamos los incidentes militares más importantes de la gran retirada de los aliados.

Los ingleses, el 26 de Agosto, estando en la línea Cambrai-Landrecies-le Cateau, sostuvieron un combate encarnizado que vino á completar lo que French llamó la «batalla de los cuatro días». El cuerpo inglés luchó con dos cuerpos de ejército alemanes y diez regimientos de caballería. El éxito quedó indeciso, pero como la táctica de los ingleses era continuar la reti-

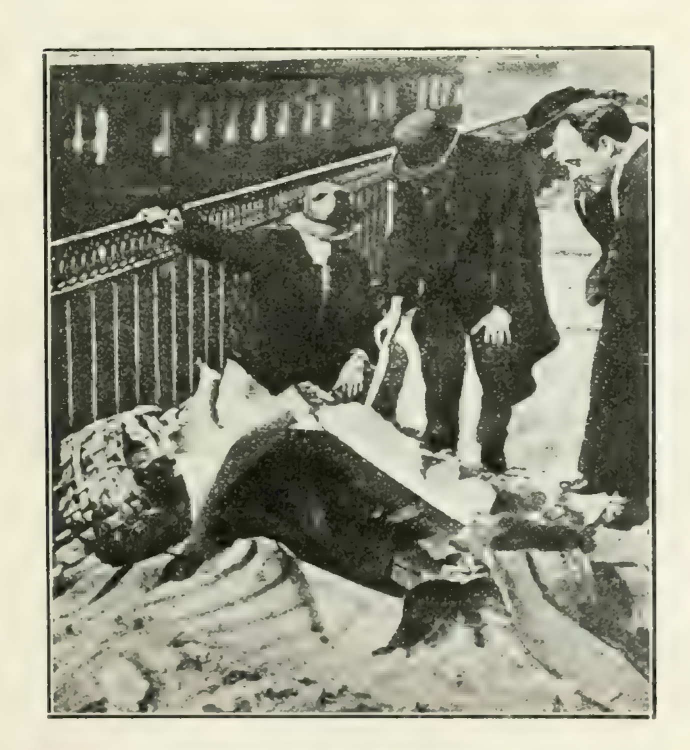
rada, reanudaron su movimiento de retroceso, cediendo el terreno á los alemanes, que escarmentados por sus terribles pérdidas ya no los persiguieron tan de cerca.

El 29 de Agosto, el 5.º ejército de Franchet d'Esperey alcanzó en Guisa el éxito que ya mencionamos, derrotando al famoso 10.º cuerpo alemán y á la Guardia, dos tropas de lo más escogidas. Esta victoria sirvió para librar á los ingleses de la presión que ejercía sobre ellos el enemigo, pudiendo continuar su retirada con mayor facilidad.



CABALLO MUERTO EN EL FAUBOURG SAN ANTONIO DE PARÍS POR LA BOMBA DE UN «TAUBE»

Además, después de los combates de Cambrai y San Quintín, el ejército del mariscal French ya no formaba la extrema izquierda de la línea de los aliados, y no tuvo que hacer frente á los intentos de envolvimiento de Von Kluck. Así como su derecha estaba defendida por el 5.º ejército, su izquierda quedó cubierta por el 6.º ejército, de reciente formación, constituído con tropas de Amiens y otras guarniciones y depósitos del Noroeste, bajo el mando de Maunoury. Joffre libró á los ingleses de su arriesgada posición al extremo de la línea, colocándolos entre dos ejércitos franceses—uno antiguo, otro recién formado—, y así lucharon días después en la línea del Marne. Este 6.º ejército, cuya existencia sólo conocieron los alemanes demasiado tarde para ellos, iba á representar la sorpresa y el envolvimiento en la próxima batalla.

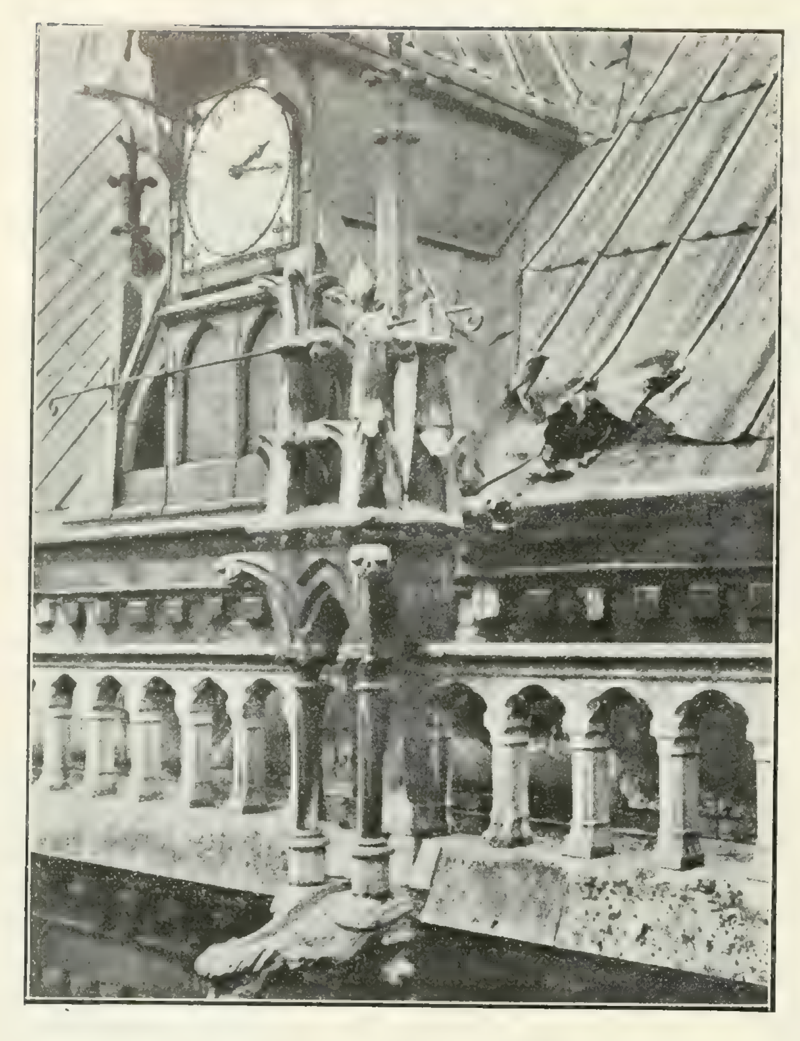


PAQUETE ARROJADO EN UN PUENTE DE PARÍS POR UN «TAUBE»

El rápido avance en territorio francés dió á los generales del kaiser una confianza absoluta en el éxito. La derrota definitiva de Francia y la toma de París les pareció un asunto de semanas, tal vez de días.

Los invasores, seguros del triunfo, rivalizaban en audacia. Los destacamentos de hulanos se lanzaban á gran distancia de los ejércitos que precedían, siendo exterminados muchas veces en los encuentros ó quedando prisioneros. La infantería, librándose de toda impedimenta, caminaba á marchas forzadas, salvando distancias enormes. La caballería y la artillería avanzaban velozmente, consumiendo sus fuerzas en la embriagadora fatiga de la victoria.

El domingo 30 de Agosto, á la una de la tarde, voló por primera vez sobre París un *taube* alemán, lanzando tres bombas. El primero de estos proyectiles estalló cerca de la estación del Este, en la esquina de las calles de Marais y Vinaigriers; el segundo en una imprenta de la calle de Recollets y el tercero sobre un refugio municipal del muelle de Valmy. Además el aviador dejó caer un saquito de arena sobre el cual flotaba un gallardete con los colores germánicos y que contenía una proclama manuscrita advirtiendo á los parisienses que el ejército alemán iba á ser dueño de París dentro de pocos días. La audacia de esta demostración aérea, que nadie esperaba, produjo una desagradable sorpresa. Pero pronto se repuso la gente, y el hecho hubiese sido considerado como insignificante, de no causar víctimas. Por desgracia las bombas habían producido varios heridos, matando además á una anciana en el momento que



DESTROZOS CAUSADOS EN LA TECHUMBRE DE NUESTRA SEÑORA DE PARÍS POR LAS BOMBAS DE UN AEROPLANO ALEMÁN

salía de una panadería de comprar el pan para su almuerzo.

Enardecidos por la impunidad con que se había realizado esta expedición, los aviadores alemanes repitieron los vuelos sobre París.

Al día siguiente un segundo *taube* circuló sobre la capital á las cuatro de la tarde. Pero como esta vez no hubo sorpresa, los curiosos siguieron sus evoluciones sin emoción alguna. El aviador se contentó con lanzar sobre el jardín de la plaza de los Inocentes un saquito de lastre envuelto en una bandera y conteniendo otra carta en la que anunciaba un sinnúmero de falsas victorias alemanas y la inmediata caída de París. Al verse perseguido por un aeroplano francés, el alemán tuvo que alejarse.

El 1.º de Septiembre, á las seis de la tarde, tres *taubes* volaron sobre la capital para anunciar, con una nube de proclamas, la próxima entrada de Guillermo II en París. Los destacamentos de tropas colocados en lo alto de los edificios públicos los acogieron con descargas de ametralladoras y nutrida fusilería; varios aeroplanos franceses se lanzaron en su persecución, y los *taubes* tuvieron que alejarse luego de lanzar bombas que produjeron varios heridos.

Esta tercera visita no produjo el efecto de terror que esperaban los prusianos. La llegada de los *taubes* representaba una diversión para el vecindario de París, que aun en los momentos más difíciles de su existencia encuentra motivos de risa.

La defensa aérea de la capital estaba descuidada. La autoridad militar sólo había pensado en enviar aviadores y máquinas al frente del ejército para las exploraciones de la guerra. Á partir del 2 de Septiembre se constituyó en París una escuadrilla de aeroplanos blindados, provistos de ametralladoras, que hicieron el servicio de policía aérea, y los aviadores alemanes ya no se atrevieron por el momento á repetir sus excursiones. Además, se aproximaban las jornadas decisivas en el Marne.

▫

Á pesar de las ventajas momentáneas obtenidas por el ejército aliado en los diversos choques con sus perseguidores, su izquierda continuaba retrocediendo hacia el Sur y los alemanes avanzaban, ocupando numerosos departamentos franceses.

Lo que fué este avance de los alemanes, la brutalidad con que procedieron en los pueblos ocupados y sus atrocidades con los franceses, no podemos decirlo aquí, pues exige largo espacio é interrumpiría el relato de las operaciones de la guerra. Los invasores repitieron sus crímenes de Bélgica, robando y quemando las casas, asesinando á los prisioneros, atropellando á las mujeres, fusilando á las autoridades municipales que intentaban la menor protesta. Después de relatar las jornadas salvadoras del Marne, daremos á conocer en conjunto y extensamente todos los atentados alemanes cometidos en el territorio francés.

Las poblaciones indefensas eran martirizadas por ellos. Las gentes que podían huir, huían en grandes éxodos. La humanidad parecía haber dado un salto de espaldas; un salto sobre diez siglos de Historia, cayendo en la obscuridad de la barbarie.

Los trenes circulaban atestados de una muchedumbre quejumbrosa y doliente. Por los caminos pasaban los grupos privados de hogar, llevando á la espalda ó sobre pobres carretillas todo



DIONISIA CARTIER, NIÑA DE 13 AÑOS, HERIDA POR LA BOMBA DE UN «TAUBE» Y Á LA QUE HUBO QUE AMPUTÁRSELE UNA PIERNA



HUÉRFANOS DURMIENDO EN UNA ESTACIÓN DONDE SE LES SUMINISTRARON SOCORROS (Fot. Meurisse)

lo que habían podido recoger en su precipitada huída.

Afluían hacia el centro de Francia fugitivos de Bélgica, fugitivos de los departamentos del Norte, fugitivos del Este, de la disputada Lorena, donde Castelnau sostenía su tenaz resistencia ante Nancy.

Un escritor ilustre, miembro de la Academia Francesa, el autor dramático Brieux, artista social que supo describir como nadie las miserias humanas en *Los averiados* y otras obras dramáticas, presenció este éxodo doloroso en la estación de Chartres, dejando una vibrante página como recuerdo de su triste visión.

El relato de Brieux es digno de ser traducido, pues muestra el misero estado de las poblaciones, obligadas á huir ante el invasor, abandonando todo lo que alegraba y sostenía su existencia:

«—Venid, venid á la estación—me dicen—. Quinientos emigrantes acaban de llegar.

—¿Emigrantes?—pregunto con extrañeza.

—Inmigrantes, si os parece mejor. Pero venid.

Y en un *hangar* inmenso, en una especie de *hall,* sobre una capa de paja profusamente esparcida, veo una muchedumbre en estado lamentable.

Son los loreneses. Aquellos á quienes los alemanes acaban de incendiar sus aldeas y que huyeron delante de la invasión de los bárbaros. Son los que nada tienen ya, nada más que el far-



UNA COMISIÓN DE LA CRUZ ROJA VISITANDO LOS HOSPITALES DEL SUR. DELANTE MARCHA UNA DE LAS PRESIDENTAS DE LAS DAMAS DE FRANCIA CON EL UNIFORME DE LA ASOCIACIÓN

do que llevan á la espalda. Allí están formando pequeños grupos: las mujeres y los niños de una misma familia descansan sentados sobre los montones de paja; los hombres, todos viejos, permanecen de pie, con las manos vacías y colgantes.

Todos los rostros están como atontados. Los ojos, muy abiertos, aparecen llenos de estupor.

Hace ocho días estas gentes poseían un hogar, muebles, animales, cosechas. Y ahora nada tienen. Se les ha robado, se les ha despojado, les han incendiado sus casas. Huyeron. Los recogieron los nuestros y los encaminaron de una en otra ciudad, y hoy están en Chartres para marchar esta noche más lejos, hacia el Oeste.

Esta es la guerra tal como se hacía mil años atrás.

—¿Incendiaron vuestras casas?

—Sí, las incendiaron, aunque nadie se batía desde ellas... las incendiaron para divertirse.

—¿Pero antes se lo llevaron todo?

—Cuando les pedimos que nos dejaran retirar lo que no habían podido llevarse, se negaron. Lo quemaron todo.

—Mi marido fué fusilado.

—El mío se lo llevaron con las manos atadas á la espalda.



DAMAS FRANCESAS TRABAJANDO COMO COSTURERAS EN UN CUARTEL

Me habían rodeado. Lloraban los niños, fijos en mí sus grandes ojos, sin comprender nada. Los viejos permanecían silenciosos y tristes. Difícilmente se les hacía hablar. Las mujeres, con las facciones descompuestas, despeinados los cabellos y cayendo revueltos sobre la espalda, evocaban el recuerdo de otras edades. Un viejo campesino muy alto tenía en brazos un envoltorio blanco y alargado, que gemía sin cesar: era un niño de ocho días.

—Señor, sembraban la pólvora al pie de los muros.

—Llevaban bidones de petróleo y lo rociaban todo.

—Mi madre tiene el brazo abrasado. Fué á abrir la ventana en el momento que prendían fuego.

—Nosotras huíamos en nuestra carreta. Dispararon contra nosotras, y mi hermana fué herida de un balazo en una pierna. Y sin embargo, veían que sólo éramos mujeres.

—Han fusilado al alcalde.

—También han fusilado á mi marido porque era guarda campestre.

—¿Y cuándo ocurrió todo eso?

—¡Ayer!

Esta palabra me sacudió con un estremecimiento. Había sido ayer y no en otros tiempos, en otros siglos. Se había desarrollado allí cerca, junto á nosotros, y no en remotos países. No podía creerse que aquello fuese cierto, que estos hechos hubiesen podido ocurrir *ayer*. Era una visión de la Edad Media, de la más lejana, del tiempo de los hunos, cuando poblaciones en masa huían ante los feroces jinetes vestidos con pieles de animales. ¡Y sin embargo, había sido ayer!

—¡Señor, un poco de leche para mi pequeño!

—¡Tengo hambre!

—Allí hay una mujer que va á dar á luz.

—Mis dos hijos tienen el sarampión.

No podía reprimirme más. Había resistido ante la vista de los heridos en los hospitales ó en los trenes. ¡Pero esto de ahora! Un gran sollozo me ahogaba.

—¡Tienen hambre! ¡Tienen hambre! Apresúrense.

Ya había comenzado la distribución de víveres.

Las damas de las sociedades de socorros de Chartres iban y venían repartiendo provisiones. ¡Cuán admirables estaban! ¡Con qué ternura, con qué bondad, con qué cuidados atendían á todos!

Las había visto por primera vez hacía ocho días, quince días, no recuerdo bien. Entonces me parecieron coquetas, muy ataviadas con su gran blusa gris ornada con una pequeña cruz roja y á la cabeza un bonetillo, del que escapaban los cabellos peinados con excesivo arte. Sus rivalidades me irritaron un poco. Pero ahora ya había desaparecido todo aquello completamente olvidado...

¡Muy bien por las animosas y buenas damas! Ved cestas, banastas, vasos, tazas, pan, carne, pasteles, salchichón, chocolate, leche, caldo.

—¡Tomad, tomad! Tenéis hambre... ¿Y usted? Ahí hay más cosas... Vengan los biberones, los vamos á

llenar... Este pequeño ya es bastante crecido y puede tomar la leche en taza... Ahí la tienes; ¡bebe, hijo mío!...

Y estas bondadosas damas, las más hermosas, las menos hermosas, las gruesas, las delgadas, las viejas, las jóvenes, se esfuerzan por atender á todos, por servirles en seguida y corren á la cantina, vienen con provisiones y en cuanto las agotan vuelven otra vez, sin pensar en otra cosa, sin mirarse... Y están sofocadas por el calor y el ejercicio, las mejillas muy rojas; los bonetillos se torcieron, los cabellos se desrizaron, pero vedlas encantadoras y admirables, brillando en sus ojos la ternura, la emoción, la maternal solicitud.

...Entonces, sobre el inmenso lecho de paja, aquellos desventurados comenzaron á comer, sentados, silenciosos. Y muchos, cuyos ojos habían permanecido secos hasta entonces, rompieron á llorar, llorando esas lágrimas abundantes que no merecen enjugarse.

Yo permanezco de pie y los veo á todos. Me resisto á creer á mis ojos. La misma exclamación acude á todos los labios. Aquello es la huída ante las hordas bárbaras... Y he aquí que todos estos desventurados que tengo delante de mí han visto con sus propios ojos el saqueo, el incendio de todo lo suyo, y cuando se colmó el desastre, cuando se perdió toda esperanza, huyeron espantados, horrorizados, sin más bagaje que sus pequeñuelos. Y comenzó el éxodo; nada más que mujeres, niños y ancianos. Los hombres válidos estaban en las filas, incorporados hace tiempo. Estas pobres gentes que estaba yo mirando habían caminado seis horas seguidas. Sus orejas no habían oído más que el estampido de los cañones y el llanto de sus hijos llenos de terror. Después de la primera hora de marcha hubo que hacer descender á los niños ya mayores, que hasta entonces habían podido llevar sobre los hombros.

Me mostraron á estos niños y vi á uno que estaba con los pies descalzos.

—¿Por qué va así?

—Vea usted, señor.

Y me alargaron unos miserables zapatitos, cuya suela, según pude comprobar con los dedos, se hallaba erizada de clavos por el interior. Miré los pies del niño. Estaban manchados de un rojo obscuro. Era sangre.»

Aquí termina el relato de las miserias que vió Brieux en la estación de Chartres.

El autor de la presente obra pudo ver algo más que las muchedumbres en fuga. Vió los campos, después de pasar por ellos la invasión alemana; vió los pueblos, maltratados á la vez por los horrores ciegos de la guerra y por la destrucción voluntaria y consciente de un enemigo que emplea la crueldad metódica como un medio legítimo.

DAMAS DE CARIDAD SIRVIENDO CAFÉ Á LOS HERIDOS

Después de la victoria del Marne visité gran parte del terreno en que se había desarrollado el inmenso choque. Las huellas de la gigantesca batalla aun estaban recientes. Las víctimas que sobrevivieron á las atrocidades de los invasores, conservaban frescos sus dolorosos recuerdos. ¡Una visión horrible que no olvidaré nunca! Después de recorrer un pedazo de Francia cubierto de ruinas y cadáveres, escribí lo siguiente:

«Acabo de regresar á París después de una excursión de algunos días por las inmediaciones del vasto campo de batalla.

Con lo que he visto, y con ayuda de las habilidades de novelista, podría confeccionar una descripción interesante y falsa del enorme combate, ofreciéndome á la admiración de los lectores como testigo presencial de la caída de los obuses, de las cargas á la bayoneta, del galope aplastante de miles de caballos. Otros han dicho más habiendo visto menos, pues no se aproximaron al teatro de la guerra.

Lo que he podido presenciar no tiene «brillo», pero resulta interesante, con el interés sano de lo verdadero. Después de un viaje algo penoso para ir



BLASCO IBÁÑEZ ANTE LA TUMBA DE UN SOLDADO FRANCÉS

al encuentro de la guerra, no he podido ver la guerra. No me han dejado pasar adelante (1). Pero he visto sus espaldas, como si dijéramos los departamentos del lado del corral, donde tienen asiento los bajos menesteres de la vida. No pude admirar la grandiosa é imponente fachada del edificio. Tuve que contentarme con que me dejasen ver las cuadras, las cocinas y otras dependencias de la parte de atrás.

¡El viaje lento y salpicado de peligrosos incidentes, á lo largo de la línea de batalla, apartado sólo de ella algunos kilómetros, oyendo el remoto y continuo trueno de una tempestad invisible!... ¡El avance por un país en ruinas, que hace semanas fué del invasor y ahora no tiene otros franceses que los que visten uniforme!

Los caminos están destrozados, con profundos relejes abiertos por la pesadez rodante de las piezas de artillería; pateados, deformados, desmenuzados bajo el incesante roce de millones de suelas y millones de herraduras. Á trechos un embudo abierto en el suelo, que corta el camino, rompiendo y desmoronando sus bordes. Es la huella del estallido de un obús, semejante á un cráter negro y apagado. En el fondo de este agujero en declive, que á veces tiene dos metros de profundidad por cuatro ó cinco de anchura, duerme el férreo demonio con las entrañas todavía repletas de



TUMBA DE UN SOLDADO FRANCÉS. LA MOCHILA CON SU NOMBRE ESTÁ AL PIE DE LA CRUZ (Fots. Rol)

(1) El autor, algún tiempo después, fué autorizado por el gobierno de Francia para recorrer todo el frente de la guerra, viviendo muchos días en las trincheras y en el cuartel general del 5.° ejército.—*(Nota de los Editores.)*



TUMBAS FRANCESAS JUNTO Á UN CAMINO

explosivo. Una casualidad fatal podría despertarlo. Otras veces su envoltura de acero se ha esparcido hecha trizas en un radio de centenares de metros. Aquí un caballo muerto; más allá fusiles rotos; fornituras militares abandonadas y ennegrecidas por la lluvia; hierros que empiezan á oxidarse; correas que se encorvan como serpientes.

Al pie de un árbol ó junto á un seto vivo, pequeños montículos de tierra obscura que delatan la fresca remoción; unos, anónimos, con sólo dos ramas en forma de cruz; otros, con ciertos vestigios de adorno silvestre, hojarascas que ya están secas, y sobre las cuales se alza el símbolo cristiano, rematado por un kepis. Son las tumbas de los franceses muertos. Como única lápida, que servirá para la identidad de los cadáveres cuando la piedad de las familias pueda ir en busca suya, los enterradores han dejado sobre la cruz el kepis, el casco ó el fez rojo del muerto. Además la mochila, que guarda escrito su nombre, está al pie de la tumba, como en los enterramientos medioevales descansa el escudo de batalla junto á la estatua del caballero de mármol.



TUMBAS DE SOLDADOS FRANCESES. EN EL SUELO LOS KEPIS DE LOS MUERTOS

(Fots. Rol)

Algunas veces los kepis y las mochilas forman círculo en torno de la rústica cruz. Son doce, son veinte. Varias capas de muertos superpuestas están debajo de la delgada sábana de tierra. Sopla el viento, haciendo temblar los kepis afirmados con un pedrusco y las mochilas que poco á poco se acuestan, como si muriesen también.

Cae la lluvia día y noche, con la persistencia melancólica del otoño, royendo con sus húmedos dientes el paño, el hule, el cuero, y arrastrando la tierra en sus regueros tortuosos. Las tumbas rústicas se desmoronan; el agua niveladora lleva el terrón de la altura á la hoquedad. Se adelgazan y agrietan las láminas de barro y musgo, y aquí asoma la punta rota de un zapato viejo, allá un pecho abombado por la fúnebre dilatación de los gases y los líquidos interiores. Del fondo de la tierra surgen cabezas espantosamente trágicas; frentes negruzcas, cabellos aplastados, ojos amarillentos de una fijeza espeluznante... Hasta que la piedad del transeunte, con unas cuantas paletadas, vuelve á hacer entrar en el misterio del suelo estas visiones horrorosas.

Un hedor de sebo, de animalidad grasienta en descomposición, flota en el ambiente, cual si fuese el perfume natural de la tierra. Los álamos que bordean los canales—muchos de ellos cortados como con hacha por el cañón—, los pequeños bosques de hayas y pinos, las cercas en las que se destacan las últimas florescencias del otoño, las viñas rojizas, los surcos recién abiertos, las praderas verdes, todo exhala este olor semejante al de una fábrica de bujías.

Por el campo desierto rondan un sinnúmero de animales, ariscos é inquietantes, que parecen haber saltado con violenta regresión de la plácida domesticidad á un salvajismo hostil.

Los perros sin dueño, hirsutos, famélicos, con la mirada amarillenta y el hocico baboso, aullan al automóvil y lo siguen á lo largo del camino, como los lobos de la estepa helada galopan detrás del trineo. De pronto saltan fuera de la ruta y persiguen algo invisible, con el impulso arrollador del hambre. Han olisqueado la gallina, fugitiva como ellos. Las aves de corral que escaparon de la aldea al caer el primer obús, se han instalado en los matorrales, como en los tiempos primitivos del planeta, cuando el hombre no había sometido aún á su imperio las especies animales destinadas á la paz.

RUINAS DE UN PUEBLO (SENLIS) BOMBARDEADO POR LOS ALEMANES
(Fot. Rol)

Caballos abandonados, unos en pelo, otros conservando sobre el lomo la silla torcida con sus estribos sueltos y tintineantes, mastican la hierba pisoteada, levantando la cabeza á cada momento para volver á todos lados sus narices, abiertas las bolas de cristal de sus ojos que parecen hinchados por la inquietud. Unos cojean al moverse lentamente en busca de la hierba menos marchita; otros tienen sangre en los flancos ó tremendos desgarrones en la piel, como los caballos de las plazas de toros. Algunos que están intactos parecen temblar, mal seguros sobre sus piernas, cual si aun persistiese en sus nervios una impresión de miedo y de protesta. Nubes de moscas aletean en torno de ellos, tenaces y pegajosas, á cada sacudida de la cola. Son moscas azules, ventrudas, repugnantes, que parecen surgir del suelo y se agarran glotonamente á todos los rasguños de la envoltura animal, hinchándose de sangre y jugos descompuestos, pasando indiferentes de la frialdad acartonada de lo muerto á la mórbida tibieza de lo vivo.

Estos caballos rumian con relativa tranquilidad entre los animales errantes que pueblan los bosques y los cadáveres de otras bestias despanzurradas, sobre las que apoyan sus herraduras con egoísta indiferen-

cia. Nada temen. Pero apenas oyen en el camino inmediato el ruido de un carruaje ó el paso de un caminante, huyen todos en tropel, heridos y sanos: unos al galope, otros cojeando, con los estribos serpenteantes junto al vientre ó llevando á rastras las correas rotas que sirvieron para tirar de carromatos y cañones.

¡El monstruo se acerca! ¡El ser demoníaco que marcha sobre dos patas!... Nunca volverán por su voluntad á pactar con este dueño, al que admiraron en otro tiempo considerándolo superior, y que los arrastró á una tempestad más horrenda que las del cielo, con truenos y rayos mortales; á un choque en el que cayeron los de su especie por miles y miles, como las espigas en la siega.

Este recuerdo estremece aún su rudo sistema nervioso: hace temblar de pavor su pensamiento rudimentario. El caballo se considera desde hace unas semanas por encima del hombre, y huye de él como las personas honestas huyen de una mala compañía.

Todavía es más triste el encuentro con seres humanos en este campo vastísimo, donde hace poco se desarrollaron grandes batallas, y que aun hoy está á breves kilómetros del lugar del combate.

Entra el automóvil por la calle central de un pueblo. Las ruedas saltan sobre montones de escombros. Son ladrillos chamuscados, grandes láminas de yeso que conservan la pintura ó el empapelado de las habitaciones, botellas rotas, andrajos, astillas de mesas, camas y asientos. Á los dos lados casas destruídas, casas quemadas, ó más bien dicho, esqueletos de algo que fueron viviendas. El obús las ha despanzurrado, dejando al descubierto sus entrañas. Por los desgarrones de las paredes medio caídas se ven piezas abandonadas, con los muebles en desorden ó medio ocultos bajo la avalancha de escombros. Los tejados no existen. Todas las casas están descaperuzadas, y la cumbre de sus muros, así como el borde de sus puertas y balcones, tienen una aureola negra de hollín de incendio.



LAS CASAS BOMBARDEADAS. DETRÁS DE LAS FACHADAS NO HAY MÁS QUE ESCOMBROS (Fot. Rol)

¡Los alemanes han pasado por aquí!... Y lo que no hicieron los invasores por falta de tiempo, tuvo que hacerlo después, forzosamente, la artillería francesa para desalojarlos.

Pocos seres vivientes en el pueblo abandonado. Entre las ruinas asoman varios gatos; unos gatos enloquecidos por la soledad y el hambre, que se arquean lo mismo que tigres y dan prodigiosos saltos para cazar á los pájaros inconscientes que cantan y se alisan las plumas sobre esta desolación.

Quedan en pie fragmentos de muro, estrechos, altos, chamuscados en su cúspide, como si fuesen cirios. Otros edificios son un vertedero de escombros. Sólo conservan pedazos de pared casi al ras de tierra, para indicar su antiguo emplazamiento. Hay fachadas que parecen intactas, y detrás de ellas sólo existe la nada sobre un pedestal de ruinas. Las persianas se sostienen y balancean sobre un sólo gozne; algunos huecos de puerta guardan los herrajes como recuerdo de las hojas de madera desaparecidas. Las tiendas, que son agujeros obscuros, cuevas de hollín y tizones apagados, conservan algunas veces, por una ironía del azar, sus rótulos brillantes y pomposos. En las esquinas ruinosas se mantienen los carteles multicolores anunciando un licor de moda ó cualquier neumático acreditado.

Apenas sopla el viento la aldea arruinada sacude



LO QUE QUEDÓ DE SERMAIZE-LES-BAINS DESPUÉS DEL BOMBARDEO

sus tristes harapos. Aquí cae un resto de alero; más allá una ventana; todo un lienzo de pared se desploma con estrépito de cañonazo. El pueblo, moribundo, esparce sus escamas en los estertores de la agonía.

Como trogloditas hambrientos, van surgiendo de las hoquedades los habitantes que no han querido ó no han podido huir.

Una vieja octogenaria está sentada en el quicio de su casa ruinosa. Por el automatismo de la costumbre guarda en una mano su calceta, con las agujas inmóviles, tal como estaban los puntos en el momento que sonó la voz de alarma anunciando la proximidad de los alemanes. Ella no quiso huir y dejó que los suyos escapasen, sin ningún deseo de seguirlos. Ochenta años de vida sobre el mismo suelo y bajo el mismo cielo, como una roca, como un árbol, no toleran los desplazamientos tardíos.

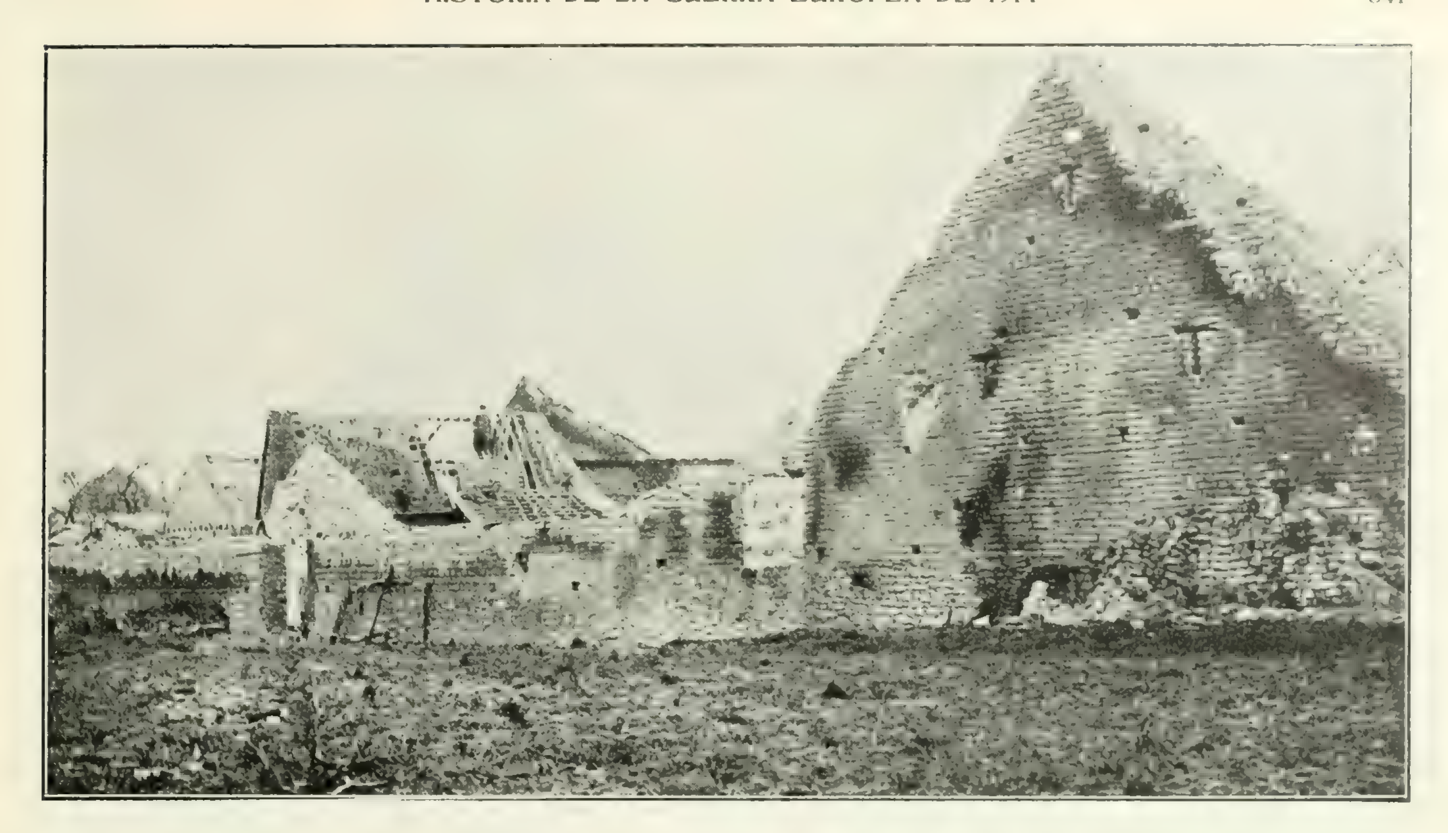
—¡Para lo que me queda que vivir!—dice la vieja como única explicación de su heroica inmovilidad.

Y no dice más. Ella lo ha visto todo: el saqueo de las casas; el incendio; la soldadesca ebria; el cura fusilado al protestar en nombre de un Dios del que habla á todas horas el kaiser, como si fuese un oficial de su Estado Mayor; los hombres pasados por las armas junto á un muro calcinado; las muchachas volteadas y torturadas luego, á impulsos de la cruel hartura del sadismo; días tristes, con el sol casi invisible por el humo de las viviendas ardientes; noches iluminadas por la inmensa hoguera del pueblo, entre risas y alaridos de dolor; noches de pesadilla, que parecían no acabar nunca.

La vieja no habla, no quiere recordar, y si recuerda no se conmueve. El horror ha pasado por su rostro de arrugas, inmovilizándolo, cual si fuese una cara de palo.



ASPECTO DE UNA CALLE DE SOISSONS DESPUÉS DE LA BATALLA. DOS VECINOS QUITAN LOS ARNESES Á UN CABALLO MORIBUNDO (Fots. Meurisse)



UNA GRANJA DESTRUÍDA POR LOS ALEMANES (Fot. Rol)

—¡He visto tanto!—murmura—. ¡He visto tanto en mi vida!...

Jamás salió del pueblo; pero la proximidad de la muerte le proporciona una noción exacta del hombre y sus pasiones. Nada puede causarle extrañeza. Conoce bien al ser humano y lo que vale.

Otros supervivientes de la catástrofe van saliendo á la luz, atraídos por la trompa del automóvil y las voces humanas. Todos creen que acaba de llegar el envío diario de víveres.

Son mujeres macilentas, con los ojos enrojecidos, llevando criaturas en los brazos; viejos que casi se arrastran al caminar y murmuran con una tristeza filosófica: «¡Los hombres! ¡Los hombres!... ¡Tan fácil que sería entenderse y vivir en paz!»; niños que reflejan en sus ojos y sus dientes la avidez de un hambre atrasada, que aun hacen mayor las excitaciones del peligro. Han pasado las horas del bombardeo y del incendio escondidos en cuevas. Tiemblan cuando se les hace recordar lo ocurrido. Muchos de ellos tienen individuos de su familia debajo de los escombros. Otros ignoran la suerte de sus parientes.



HABITANDO EN LAS RUINAS (Fot. Meurisse)

—Á mi marido, señor, lo fusilaron los hulanos.

—Mi hermana ha desaparecido.

—Mi madre fué destrozada por un obús mientras daba de mamar al pequeño.

Y el olor de grasa hervida, ese perfume de putrefacción que impregna el campo, flota también sobre la aldea.

¡Ay! ¡Esta hediondez que penetra hasta lo más profundo de las fosas nasales y se agarra tenazmente con la persistencia de una pesadilla olfativa!... En el curso del viaje se hace á veces más intensa, se concreta, viene en ráfagas nauseabundas de un barranco invisible, de un bosquecillo, de las alambradas y estrechas frondosidades de una



TUMBAS ALEMANAS. EN UN LADO DE LA TABLA FIGURA EL NÚMERO DE CADÁVERES ENTERRADOS: 300 (Fot. J. Franch)

viña, denunciando varios cuerpos en putrefacción.

Los exploradores de la Sanidad han enterrado los cadáveres encontrados en los caminos y los campos. ¡Pero el escenario de la muerte es tan enorme, con tantas sinuosidades, obstáculos y repliegues! Además, para enterrar veinte ó treinta mil cuerpos se necesita tiempo; no es empresa fácil. Y como el trabajo requiere muchos días, hay cadáver que espera un mes en el escondrijo hasta el que se arrastró moribundo por el instinto de ponerse á cubierto. La mosca chupa; la hormiga entra y sale por las negras aberturas del fúnebre pelele, tendido en el suelo; el pajarraco feroz desprecia al hombre como un manjar inferior y busca la noble carroña caballar; los insectos de caparazón rojo y dorado, desfilan alegremente entre las ropas tiesas por el frío trasudamiento y las carnes violáceas.

El que huye no piensa en sus muertos. El que ataca, sigue pegando, sin preocuparse de lo que deja á sus espaldas.

Todo el cuerpo de bomberos de París ha tenido que trasladarse á las orillas del Marne, donde se dió la gran batalla. Los alemanes, al retirarse, quemaron sus muertos. Los ponían en montón sobre grandes troncos rociados con petróleo, y aplicaban luego la llama. Pero esto sólo pudieron hacerlo con los cadáveres que tenían á mano.

Cinco mil alemanes quedaron olvidados en los escondrijos del campo, en las depresiones de los bosques, en las frondosidades de las viñas, donde cada dos metros de terreno se hallan limitados por una pared de sarmientos y alambres. Y los cinco mil cadáveres esparcidos é invisibles, han estado pudriéndose á la intemperie durante un mes. Ahora los bomberos proceden á su enterramiento con gran derroche de cal. Pero antes de circular entre los pámpanos rojizos y las uvas productoras del vino de champaña—conser-



MONTÓN DE CENIZAS DE LAS INCINERACIONES ALEMANAS. Á UN LADO LA TUMBA DE UN OFICIAL (Fot. Rol)



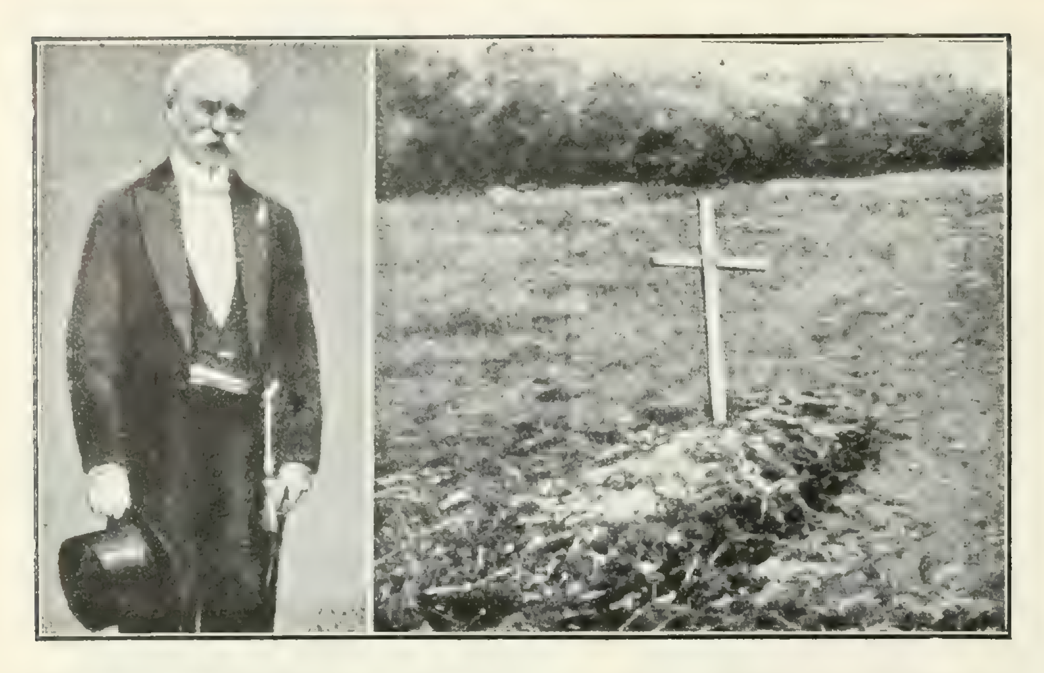
LOS ALEMANES QUEMANDO SUS MUERTOS (Dibujo de *The Illustrated London News*)

vadas cuidadosamente por los alemanes, porque ya las creían suyas—, los bomberos han tenido que enfundarse en las mismas escafandras que les sirven para los incendios. El hálito de la muerte al por mayor, una exhalación de cinco mil cadáveres reunidos, es más temible que el fuego.

Y los caballos siguen corriendo por la llanura desolada, contentos de su libertad salvaje, temerosos de que alguien pretenda curar sus heridas.

¡El hombre! ¡El demonio que vuelve en su busca para obligarlos á intervenir de nuevo en sus maldades!... No; ya saben bastante. Han visto mucho y guardan el recuerdo. Se sienten orgullosos de ser caballos. No quieren más relaciones con seres brutales de una animalidad inferior.

En su marcha hacia París los alemanes distinguieron con su ferocidad encarnizada á ciertas poblaciones.



EL ALCALDE DE SENLIS, MR. ODENT, FUSILADO POR LOS ALEMANES, Y LA TUMBA DONDE FUÉ ENTERRADO CON LOS PIES FUERA

Entre las más cercanas á la capital que cayeron en poder de los invasores, Creil y Senlis fueron objeto de una cruel distinción. Las tropas del kaiser se ensañaron con ellas, hasta el punto de que muchos llamaron á estas dos poblaciones las «Lovainas francesas.»

El 2 de Septiembre los alemanes las bombardearon sin motivo alguno, por el deseo únicamente de hacer daño, cuando ya no quedaban en ellas fuerzas adversarias que se opusieran á su avance.

Creil y Senlis quedaron convertidas en montones de ruinas.

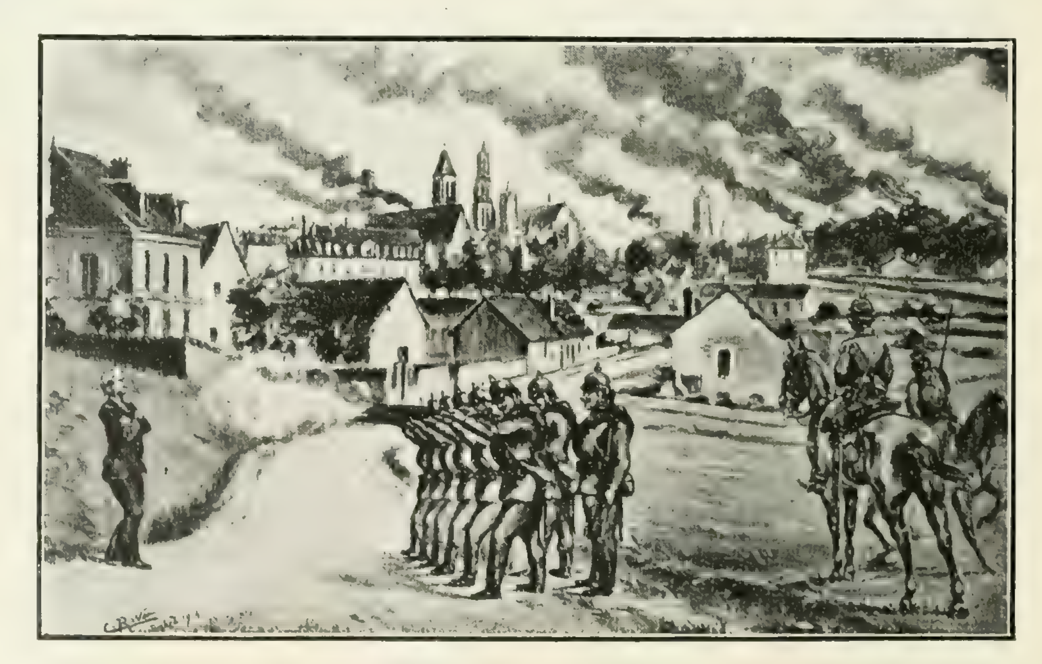
Un periodista que visitó estas dos poblaciones pocos días después de su destrucción, ó sea al retirarse los alemanes á consecuencia de la derrota en el Marne, describió del siguiente modo su lamentable aspecto:

«En Senlis la estación no es más que una masa de escombros, rodeada de muros ennegrecidos y piedras calcinadas. La calle de la República, la única calle hermosa de Senlis, que hasta hace poco estaba bordeada de vistosos edificios de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, con frondosos jardines, no es ya más que una avenida de ruinas. Los alemanes la prendieron fuego casa por casa, valiéndose de granadas incendiarias, y una vez iniciado el incendio lo avivaron por medio de grandes bolas de algodón impregnadas de petróleo ó proyectando chorros de este mismo líquido con aparatos especiales. El incendio fué tan violento, que en algunos sitios aun late oculto debajo de las ruinas. Después de transcurridos quince días todavía se nota en el ambiente un hedor de pezuñas quemadas, procedente de los animales que perecieron entre las llamas.

Estos mismos incendios, metódicamente organizados y cuidadosamente fomentados durante varios días con grandes refuerzos de líquidos inflamables, se encuentran igualmente en todo el valle del Oise y todo el valle del Aisne, allí donde los prusianos, luego de considerarse dueños de la región, se vieron obligados á defenderse.

En Senlis la lucha entre alemanes y aliados fué tenaz. El 2 y el 3 de Septiembre los franceses é ingleses defendieron con violentos combates un triángulo de terreno cuyo vértice era Senlis, teniendo por base Crepy y Nanteuil-le-Handouin. Cuando los alemanes que ocupaban Compiegne descendieron en masas compactas avanzando entre Villers-Cotterets y Senlis sobre una línea de 36 kilómetros, fué en este triángulo donde encontraron la principal resistencia.

En los dos caminos que conducen á Senlis desde Crepy y Nanteuil, se encuentra á cada paso el testimonio: árboles astillados ó cortados, amplios embudos abiertos en el suelo por los grandes proyectiles



FUSILAMIENTO DEL ALCALDE DE SENLIS (Dibujo de C. Ravot)





Dibujo de A. C. Michael, de «The Illustrated London News»

La infantería escocesa atacando á l



bayoneta al son de las cornamusas





UNA CALLE DE SENLIS DESPUÉS DE PASAR LOS ALEMANES

alemanes, tumbas colectivas donde reposan grupos numerosos de combatientes, uniformes y caballos á medio carbonizar esparcidos en el suelo.

Después que los aliados tuvieron que batirse en retirada el día 3, el rencor de los alemanes se ensañó en Senlis especialmente, procediendo á su destrucción.

En Creil la cuarta parte del caserío fué incendiado, con el mismo método refinado que Senlis. Toda la calle de Gambetta, que va desde el Oise á la estación del ferrocarril, no es más que un amontonamiento de ruinas calcinadas. Sin duda los alemanes mataron aquí menos que en Senlis. En Senlis fueron fusilados por ellos 60 habitantes, figurando al frente de las víctimas el alcalde de la población. En Creil, aunque el número de víctimas resultase menor, la arbitrariedad de las ejecuciones fué igual. Las tropas aliadas, al replegarse, dejaban á retaguardia pequeños grupos que destruían los puentes y oponían una última resistencia, para hacer más lento el avance del enemigo. Los alemanes fingieron como de costumbre ignorar que esta hostilidad procedía de tropas regulares, y la atribuyeron á los inofensivos habitantes del país, procediendo á su fusilamiento.»



LA ESTACIÓN DE SENLIS BOMBARDEADA

(Fots. Rol)

El choque entre Compiegne y Senlis fué el último combate que se libró antes de la batalla del Marne, entre la izquierda anglo-francesa y las tropas de Von Kluck, que avanzaban días y días velozmente, pretendiendo envolverla.

El mariscal French, en su relación de las operaciones dirigida al gobierno inglés, dió cuenta del siguiente modo de la acción cerca de Compiegne:

«El 30 y el 31 de Agosto la caballería británica y la retaguardia sostuvieron frecuentes encuentros. El 1.° de Septiembre los

alemanes intentaron un esfuerzo supremo para envolvernos, lo que dió por consecuencia una acción muy ruda en las cercanías de Compiegne.

La 1.ª brigada de caballería británica y la 4.ª brigada de la Guardia tomaron parte especialmente en esta acción, que se terminó de un modo favorable á las tropas británicas.

El ataque de los alemanes, llevado á cabo con extraordinario vigor, sólo pudo ser rechazado después que hicimos en sus filas una gran matanza, tomándoles además 10 de sus cañones. Este choque enorme fué sostenido por la brigada de nuestra Guardia, que perdió 300 hombres entre muertos y heridos.»

UNA CALLE DE SENLIS DESPUES DEL BOMBARDEO (Fot. Meurisse)

Estos éxitos parciales de los aliados únicamente servían para retrasar un poco la persecución alemana. La situación resultaba angustiosa para Francia.

Los invasores estaban ya casi á la vista de la capital. Algunos grupos sueltos de hulanos, avanzando audazmente, caían prisioneros de las avanzadas del campo atrincherado de París.



CASAS DE SENLIS BOMBARDEADAS (Fot. Rol)

VI

La situación de los dos ejércitos.—El gobierno francés se traslada á Burdeos.—El general Gallieni defensor de París.

Los alemanes daban ya como indiscutible su victoria. Los diarios de ultra-Rhin esperaban de un momento á otro el aviso para lanzar sus hojas extraordinarias anunciando la entrada de las tropas del Imperio en París.

Guillermo II estaba en Francia y recorría el frente de sus diversos ejércitos, como un artista trémulo de impaciencia pasa de bastidor en bastidor, esperando el momento de entrar en escena. Todo lo tenía dispuesto para un paso triunfal por el centro de París: el traje vistoso, la escolta aparatosa, hasta un cinematógrafo que había de recoger los diversos aspectos de este gran suceso histórico. Desde muchos días antes—según contaban los



RUINAS DE LA CALLE DE LA REPÚBLICA EN SENLIS (Fot. Meurisse)

periódicos—había encargado por telégrafo á un restaurant elegante de los bulevares una gran comida con la que deseaba obsequiar á sus jefes más íntimos. Esta comida parisién debía ser á fines de Agosto. Como la resistencia inesperada de Bélgica trastornó sus planes, el banquete había sido aplazado por el kaiser unos cuantos días. Pero en la primera quincena de Septiembre, sin duda alguna, los alemanes entrarían en París y el emperador podría contemplar, con la copa en la mano, desde un balcón del bulevar á la muchedumbre parisién, dominada para siempre.

Fuera de Alemania, los especialistas militares veían la situación con menos optimismo. Era indiscutible que los aliados estaban en un trance difícil y que los alemanes avanzaban de victoria en victoria. Pero aun quedaba por jugar la partida decisiva, y el pueblo alemán creía estar tocando el final de su empresa cuando en realidad aun estaba al principio.

Un militar suizo, el coronel Feyler, al comentar en el *Diario de Ginebra* el comunicado francés del 30 de Agosto, hacía observaciones muy juiciosas sobre el exagerado optimismo de los alemanes. Una semana después, la batalla del Marne vino á confirmar sus pronósticos.

«Al publicarse el último boletín oficial de Francia—dice el coronel suizo—, el frente del ejército francés trazaba una línea desde la vertiente occidental de los Vosgos siguiendo la línea del Mortagne, Nancy, Verdún y el Mosa hasta el Oise en la región de la Fère. Es un vasto arco de círculo de más de trescientos kilómetros, cuya derecha tiende á internarse en la región lorenense, el centro se ha fijado en el Mosa, y la izquierda, situada hacia la Fère, se repliega bajo el esfuerzo ofensivo de la derecha alemana.

Esta disposición corresponde exactamente al texto de los despachos alemanes del 28 de Agosto, descontando la exageración de lo que se refiere á Lorena. Pero más que en otra cosa es en el tono general don-



CASAS DE SENLIS INCENDIADAS (Fot. Rol.)



RUINAS DE SENLIS

de está la exageración. Parece, una vez más, que el ejército francés se halle dislocado, y que esté abierto el camino de París según dicen los comentaristas de la prensa alemana. Y esto no es verdad. Está amenazado, pero no abierto. La línea francesa, aunque adoptando una forma defensiva, no está rota; sus elementos combatientes conservan, á pesar de todo, su enlace. Todo depende de las tropas de refresco con que puedan contar los beligerantes. Ninguna información tengo sobre el particular. Lo único que puedo decir es que con la intervención de estas tropas de refresco se podrá completar ó rechazar el envolvimiento del ala izquierda francesa, si se emplea en las alas exteriores, ó romper el frente de uno de los dos ejércitos si actúa desde un punto de los dos círculos que se acometen.

. . . .

Me parece que actualmente disponen los alemanes de una superioridad numérica en su ala derecha sobre el Oise. El parte francés indica cuatro cuerpos de ejército en este punto del frente. Las fuerzas enemigas ante ellos son las de los generales Von Kluck, Bulow y Hausen, y deben ser cuando menos seis cuerpos de ejército, si no son siete, porque es probable que Von Kluck tenga más de dos cuerpos á sus órdenes.

Parece además que los alemanes hacen un vigoroso esfuerzo para apoderarse del punto de apoyo del ala derecha francesa: Belfort. Noticias particulares



UNA CASA DE SENLIS INCENDIADA



RUINAS DE UNA CALLE DE SENLIS

señalan la existencia de grandes efectivos alemanes en este lado. Aunque hubiese exageración en estas cifras, lo cual no parece dudoso, queda todavía margen para un ejército poderoso. Otro motivo hace suponer que la operación que se persigue frente á Belfort pueda tener para el Estado Mayor alemán un valor decisivo, pues responde á sus estudios durante el tiempo de paz. El envolvimiento de las dos alas, si lo permiten los efectivos, es un dogma de la estrategia alemana. Nada habrá de sorprendente en esto que persiguen, pues han apelado á las formaciones de reserva en Occidente como hicieron las formaciones del activo. Es posible que nos presentasen una reproducción considerablemente amplificada, ¿sabéis de qué? de Aníbal en Canas.

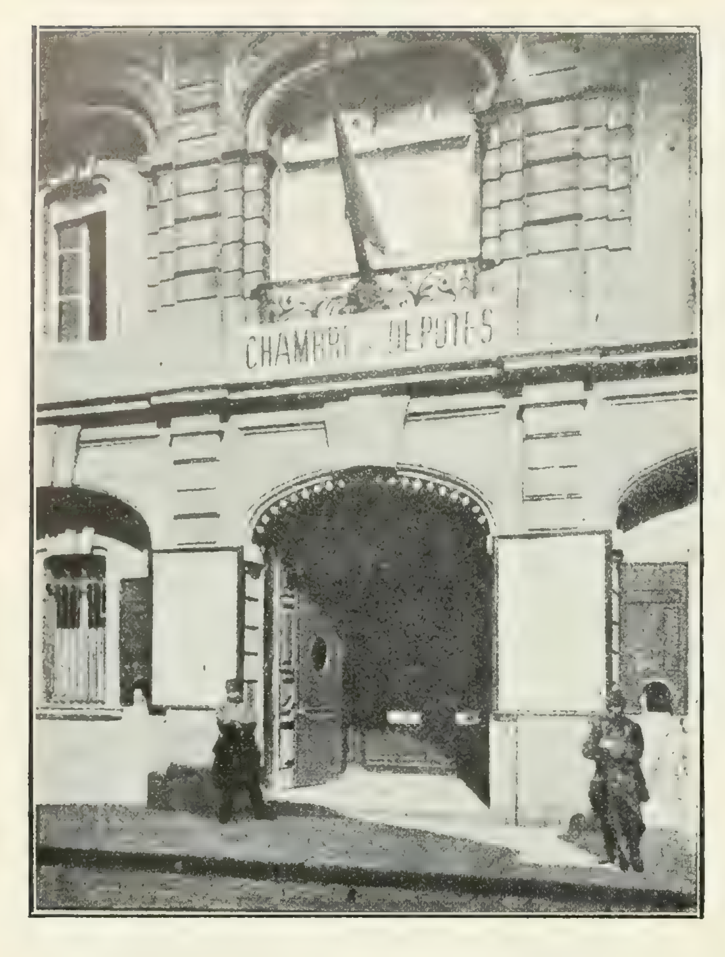
No sonría el lector... Nada hay más erróneo como suponer que el corto intervalo de una veintena de siglos haga á los hombres, grandes y pequeños, tan distintos unos de otros. Puede señalarse hoy respecto á esto más de un signo.

Pero existe otra cosa que interesa mucho advertir: la diferencia entre los sucesos de 1914 y los de 1870. Parece que los alemanes han cometido respecto á esto una falta de apreciación, cuyas consecuencias no han tocado completamente todavía.

Reconociendo los grandes progresos conseguidos por el ejército francés durante estos cuarenta años, creen sin embargo haberlo manteni-



CASAS DE SENLIS DESTRUÍDAS POR EL BOMBARDEO Y EL INCENDIO (Fots. Rol)



EL GOBIERNO FRANCÉS EN BURDEOS

INSTALACIÓN PROVISIONAL DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS

do á distancia. Según lo que se lee en sus periódicos y lo que se dice en sus conversaciones, resulta manifiesta la persuasión de que iban á entrar en Francia con la misma facilidad, cuando menos, que en 1870. Y esto no es así. Estamos en el 29.° día de la movilización, que corresponde al 14 de Agosto de la campaña de 1870, día de la batalla de Borny. En esta fecha de 1870, el ejército francés estaba partido en dos pedazos que no podían reunirse. Los restos del ejército de Mac-Mahon refluían hacia Chalons, y se apuntaba la maniobra que había de aprisionar á Bazaine en Metz. Por encima de todo señalábase la ausencia completa de un mando superior, y no es esta la impresión actual. Los movimientos del ejército francés aparecen coordenados; sufre el plan del adversario, pero replica á él con sus maniobras.

Hay, pues, que fijar la atención en el Oise, siguiendo los movimientos que en ese valle se efectúan. ¿El círculo se irá replegando hasta romperse, ó por el contrario, acabará por erguirse? Pronto lo vamos á ver.»

▫

El 2 de Septiembre el presidente de la República y los ministros, reunidos en Consejo, decidieron abandonar París, trasladando á Burdeos el asiento del gobierno.

Permanecer en una capital que podía de un momento á otro quedar envuelta en las operaciones de la guerra, era exponer al gobierno de Francia á quedar aislado del resto de la nación, como en 1870. De aquí la oportunidad indiscutible de esta traslación á Burdeos.

El 3 de Septiembre el pueblo de París se enteró en las primeras horas de la mañana de esta novedad por el siguiente Manifiesto, que apareció en los diarios y fué fijado en las esquinas, explicando la resolución gubernamental:

«Franceses:

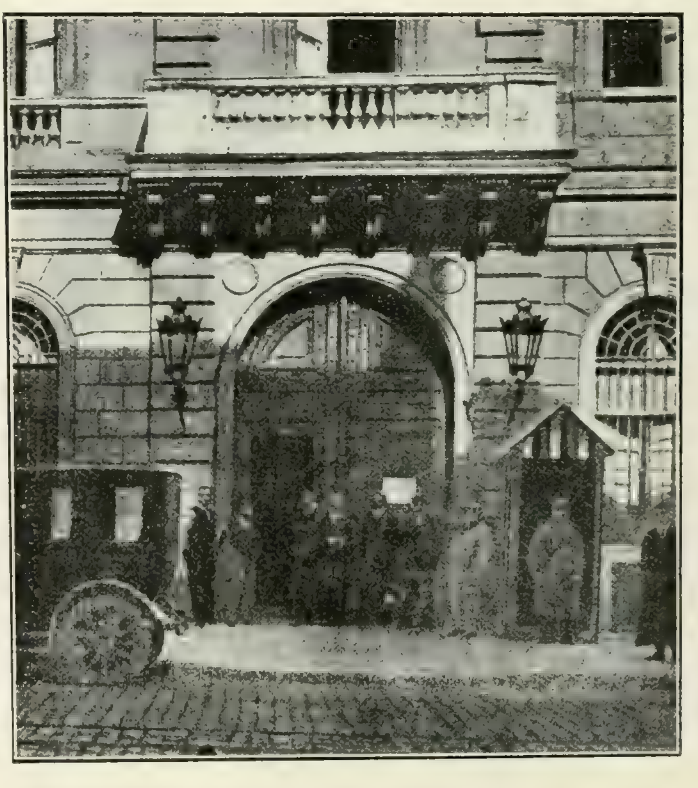
Desde hace varias semanas nuestras tropas heroicas sostienen encarnizados combates con el ejército enemigo.

El valor de nuestros soldados les ha proporcionado señaladas ventajas en varios puntos. Pero en el Norte el número de fuerzas alemanas nos ha obligado á replegarnos.

Esta situación impone una decisión dolorosa al Presidente de la República y al Gobierno. Á fin de velar por la salud nacional, los poderes públicos se ven en el deber de alejarse por el momento de la ciudad de París.

Bajo el mando de un jefe eminente, el ejército francés, lleno de entusiasmo y de pericia, defenderá contra el invasor á esta capital y á su patriótico vecindario. Sin perjuicio de ello se proseguirá la guerra en el resto del territorio.

Sin paz ni tregua, sin descanso ni desfallecimiento, continuará la lucha sagrada por el honor de la nación y por la reparación del derecho violado.



LA SUCURSAL DEL BANCO DE FRANCIA

Algunos de nuestros ejércitos están intactos. Si otros han sufrido pérdidas—muy sensibles—, se han cubierto inmediatamente los huecos por los depósitos de concentración. El llamamiento de reclutas nos asegura para el mañana nuevos recursos en hombres y energías.

Durar y combatir: tal debe ser la norma de los ejércitos aliados, inglés, ruso, belga y francés.

Durar y combatir mientras que los ingleses nos ayudan en el mar á cortar las comunicaciones de nuestros enemigos con el resto del mundo.

Durar y combatir en tanto que los rusos continúan su avance para dar en el corazón del Imperio alemán un golpe decisivo.

Al Gobierno de la República le corresponde dirigir esta porfiada resistencia.

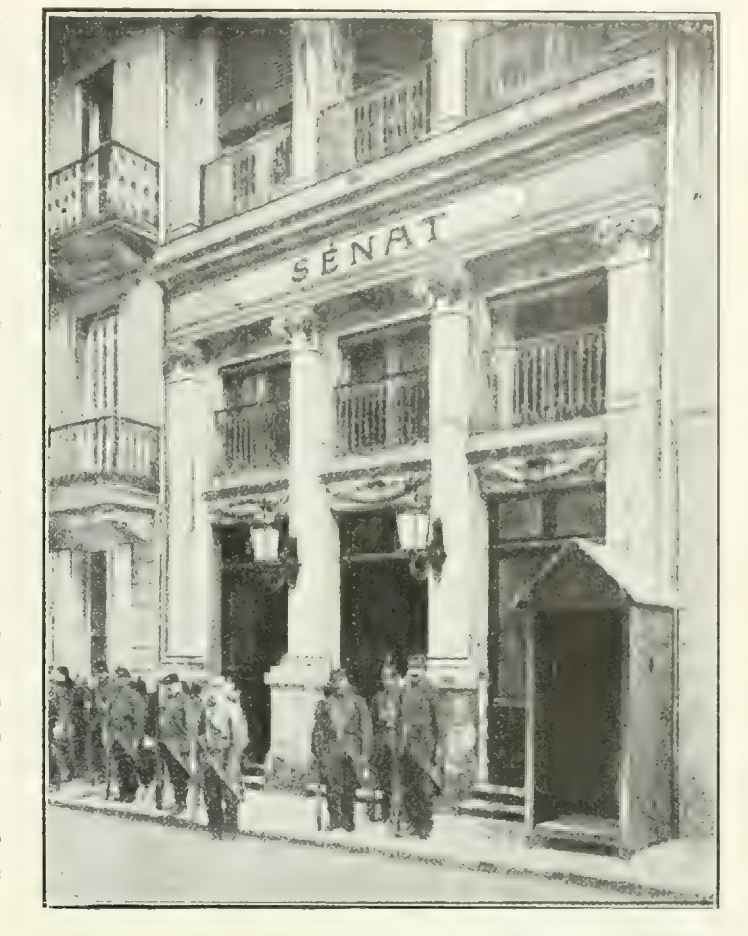
Los franceses defenderán en todas partes su independencia. Pero para dar á esta lucha todo su esfuerzo y toda su eficacia, es indispensable que el Gobierno permanezca libre de acción.

Á instancias de la autoridad militar, el Gobierno traslada momentáneamente su residencia á un punto del territorio desde el cual puede mantener constantes relaciones con todo el país.

Invita á los miembros del Parlamento á que no permanezcan lejos de él, para poder formar, delante del enemigo, el haz de la unidad nacional.

El Gobierno sale de París después de dejar asegurada la defensa de la ciudad y de su campo atrincherado por todos los medios que le han sido posibles.

Sabe sobradamente que no tiene necesidad de recomendar á la admirable población de París la calma, la resolución y la sangre fría. Esta población demuestra diariamente que está á la altura de sus más grandes deberes.

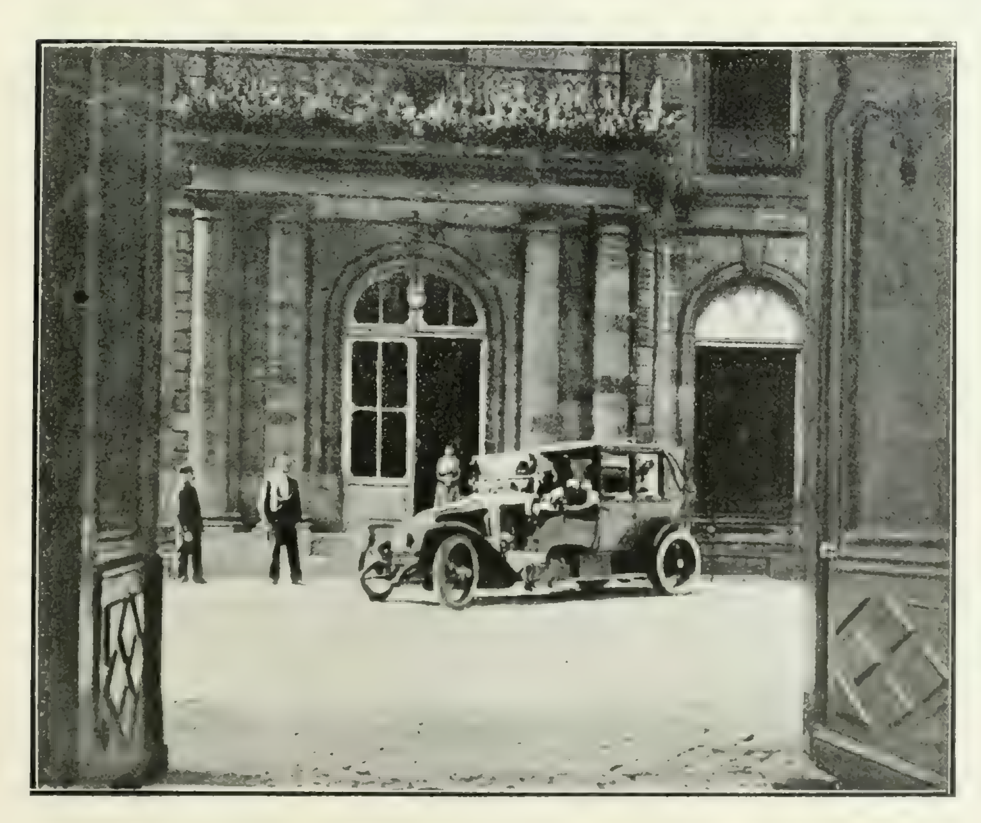


EL SENADO

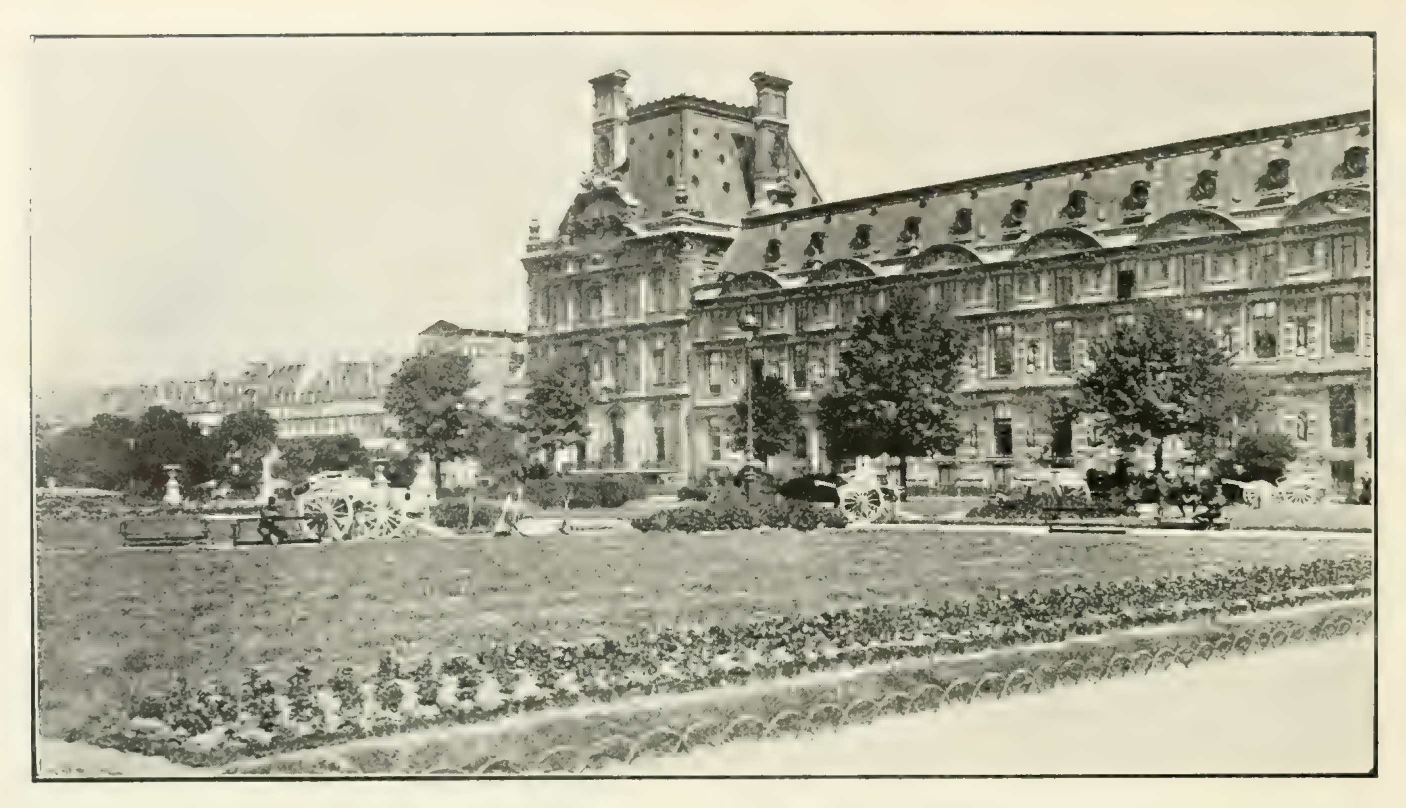
Franceses: Mostrémonos dignos en estas circunstancias trágicas. Lograremos la victoria final. La conseguiremos por la voluntad inquebrantable, por la resistencia y la tenacidad.

Una nación que no quiere perecer y que para vivir no retrocede ante el dolor ni ante el sacrificio, está segura de vencer.

El presidente de la República, RAIMUNDO POINCARÉ; *el presidente del Consejo,* RENÉ VIVIANI; *el ministro de Justicia,* ARISTIDE BRIAND; *el ministro de Negocios Extranjeros,* DELCASSÉ; *el ministro del Interior,* L. MALVY; *el ministro de Hacienda,* RIBOT; *el ministro de la Guerra,* MILLERAND; *el ministro de Marina,* AUGAGNEUR; *el ministro de Instrucción Pública,* A. SARRAUT; *el ministro de Trabajos Públicos,* MARCEL SEMBAT; *el ministro de Comercio,* THOMSON; *el ministro de Agricultura,* FERNAND-DAVID; *el ministro de las Colonias,* GASTÓN DOUMERGUE; *el ministro del Trabajo y de la Previsión social,* BIENVENU-MARTIN; *el ministro sin cartera,* JULES GUESDE.»



MR. POINCARÉ EN SU RESIDENCIA PROVISIONAL DE BURDEOS, SALIENDO EN AUTOMÓVIL PARA VISITAR Á LOS EJÉRCITOS



LA DEFENSA DE PARÍS. LAS TULLERÍAS CON CAÑONES

Á las once de la noche el presidente Poincaré con Viviani y los demás miembros del gobierno salieron de París por la estación de Auteuil, dirigiéndose á Burdeos, adonde llegaron el día siguiente al mediodía.

Otros trenes trasladaron al mismo tiempo á Burdeos los miembros del cuerpo diplomático, del Consejo de Estado y de los altos tribunales. Todas las oficinas presidenciales y ministeriales quedaron en comunicación telegráfica y telefónica con el gobierno militar de París.

Esta brusca partida del gobierno despertó una gran emoción en París. Eran muchos los que la aconsejaban y la esperaban, pero á pesar de esto, su realización produjo cierto estupor. Hay que tener en cuenta que la gran masa que sólo vive el momento presente, no había pensado hasta entonces en la posibilidad de que el gobierno tuviera que alejarse de París.

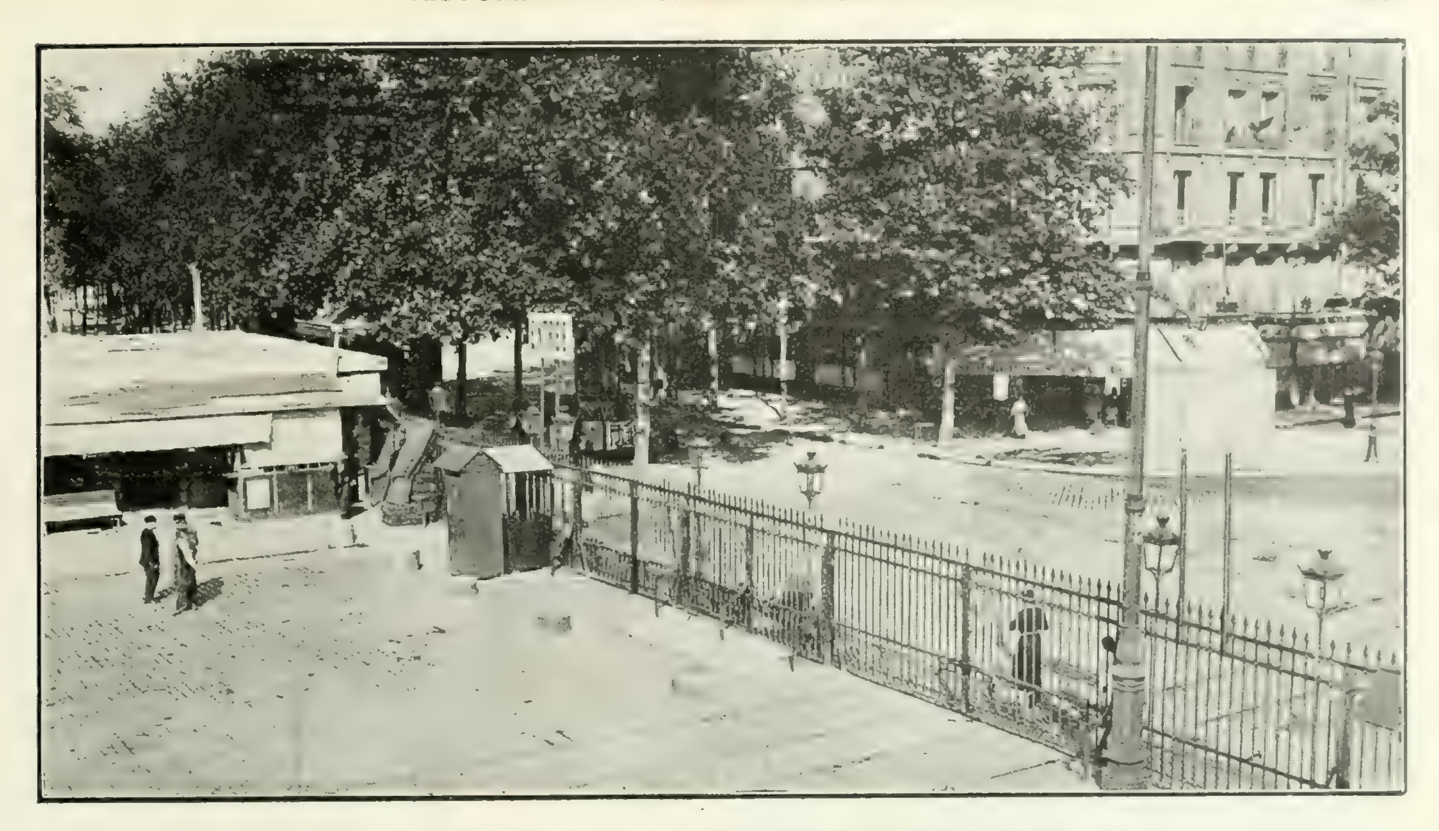


UNA TRINCHERA DE PRIMERA LÍNEA EN LOS ALREDEDORES DE PARÍS (Fots. Meurisse)

Podía temerse que las prudentes razones alegadas por el ministerio fuesen mal comprendidas ó torpemente interpretadas, y que la sorpresa se tradujese en actos de desesperación.

Pero París no perdió la calma, mostrando una serenidad admirable. Todos comprendieron que para un gobierno lo más importante era la conservación de su libertad de gobernar.

«La hora no es propicia para las *hermosas actitudes* inútiles—dijo un periódico—, sino para las actitudes necesarias de prudencia y de razón. La gloria, por el momento, está toda del lado de los que se baten, y el honor de los que gobiernan consiste precisamente en sacrificarlo todo á esta gloria. La proclama del gobierno lo afirma en términos excelentes: «durar y combatir» debe ser el lema de nuestros ejércitos. También debe ser el nuestro. Y ya que no tenemos el honor de comba-



UNA PUERTA DE PARÍS CON LAS VERJAS CERRADAS, QUEDANDO SOLAMENTE ACCESIBLE UN POSTIGO Á LA IZQUIERDA

tir, debemos tener al menos el de *durar,* manteniéndonos firmes. Esta es la primera condición de un éxito cierto en la hora á que hemos llegado. Hay que *durar* y *duraremos.*

»Esto es lo que París en su obscuro y admirable instinto de cordura ha adivinado perfectamente. Y París acepta el papel que le señalan. Está pronto á todos los sacrificios que esperan de él. Nada le importa que sus jefes se alejen. París se dice: «Tanto mejor si es para vencer más aprisa.» Y en el mismo instante que los alemanes lo pintan como próximo á sublevarse y enloquecido por la indignación, muestra una serenidad que á él mismo le causa sorpresa. Tiene algo más que serenidad. Posee un buen humor inalterable. Ningún día la visita cotidiana de los aviones alemanes le pareció tan interesante como ayer.»



UNA TRINCHERA DE PRIMERA LÍNEA EN LAS INMEDIACIONES DE PARÍS (Fots. Meurisse)

El 3 de Septiembre, al mismo tiempo que aparecía el manifiesto del gobierno, el general Gallieni, gobernador militar de París, dirigió la siguiente proclama al ejército y al vecindario, notable por su concisión y por la firmeza que respira:

«Ejército de París:
Habitantes de París:

Los Miembros del Gobierno de la República han salido de París para dar un nuevo impulso á la defensa nacional.

Yo he recibido el mandato de defender á París contra el invasor.

Este mandato lo cumpliré hasta el último extremo.

El Gobernador Militar de París,
Comandante del Ejército de París,

GALLIENI»

Al mismo tiempo el prefecto del departamento del Sena, M. Delanney, de acuerdo con el gobernador militar, hizo saber que «la ausencia del gobierno no dificultaría la ejecución de ningún servicio público, y que las familias de los moviliza-



EL GENERAL GALLIENI, GOBERNADOR MILITAR DE PARÍS
(Fot. Rol)

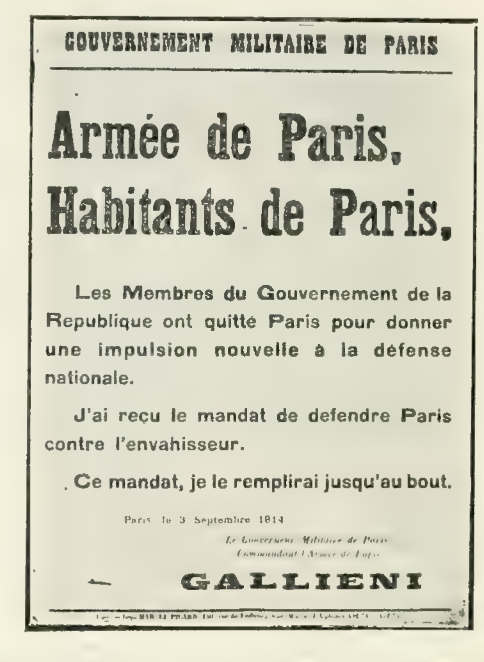
dos seguirían percibiendo sus socorros regularmente».

Las varoniles y breves palabras de Gallieni aumentaron y fortalecieron la confianza de París, que esperó con calma el final de los sucesos decisivos que iban á desarrollarse casi junto á sus puertas.

Le Temps comentó del siguiente modo la proclama del gobernador militar y la actitud del pueblo de París:

«Si existiese la tentación de ceder ante ciertos contagios mentales, esparcidos por los profetas de la desgracia que siembran el pánico para compartir con alguien los sentimientos de temor á que voluntariamente se han habituado, nada habría mejor contra ella, ni nada reconfortaría tanto como leer las breves y enérgicas palabras que el general Gallieni, comandante del ejército y del campo atrincherado de París, acaba de dirigir al vecindario de nuestra capital y á las tropas que se hallan bajo sus órdenes.

Viene de arriba el ejemplo de calma, sangre fría y dominio de sí mismo. La influencia de un carácter resuelto y firme actuará sobre la población civil tan beneficiosamente como sobre el ejército. Cada uno se apresurará á seguir desde el fondo de su corazón y con plena confianza la voz de un jefe que sabe hablar y que sabe obrar al mismo tiempo.



GOUVERNEMENT MILITAIRE DE PARIS

Armée de Paris,
Habitants de Paris,

Les Membres du Gouvernement de la Republique ont quitté Paris pour donner une impulsion nouvelle à la défense nationale.

J'ai reçu le mandat de defendre Paris contre l'envahisseur.

Ce mandat, je le remplirai jusqu'au bout.

Paris le 3 Septembre 1914

GALLIENI

LA PROCLAMA DEL GENERAL GALLIENI

Nunca se ha mostrado París tan tranquilo, tan resuelto, tan valeroso. Será digno de un jefe que manda á la vez á los soldados del campo atrincherado y á los habitantes de la gran ciudad. Estos soldados han demostrado que, como sus hermanos de todo el ejército, poseen todas las formas del valor. Es inútil, pues, que se hayan renovado los tristes intentos de



DAÑOS CAUSADOS POR UN «TAUBE» EN UNA CASA DE LOS ALREDEDORES DE PARÍS
(Fot. Meurisse)

los aviadores alemanes buscando una intimidación que resulta ridícula, sin dejar de ser bárbara.

Cada día, en el presunto momento de la visita de esos aviadores, se ven nuestras calles y nuestras plazas invadidas por una multitud valerosa y burlona que acude á presenciar, en el azul del cielo, el paso cotidiano del pájaro siniestro. Es la diversión preferida por los parisienses y las parisinas. Se sabe de sobra que el *taube* no tendrá ningún escrúpulo en lanzar sus bombas sobre las mujeres y los niños. Esas aves de presa de que se rodea el kaiser no sienten las delicadezas caballerescas que impedían á los gentileshombres de antaño el atacar á los pequeños y á los débiles... Pero á pesar del peligro que paternalmente señalan los agentes de policía, la multitud no consiente en dispersarse ni en resguardarse bajo techado. Uno de los recuerdos más netamente pintorescos de esta guerra será sin duda el espectáculo de esos obreros y de esas obreras que con su valerosa ironía y su alegre temeridad se divierten en mofarse de esa vanguardia de terribles artefactos con que Guillermo II se propone sembrar entre nosotros el espanto y la devastación. Las amenazas de este terrorista rapaz y sanguinario, digno heredero de los lejanos devastadores de Brandemburgo, no asustan á persona alguna en París.



EL GENERAL GALLIENI PASANDO REVISTA Á LAS SOCIEDADES DE PREPARACIÓN MILITAR DE PARÍS
(Fot. Rol)

Durante la noche es edificante el espectáculo de nuestra capital. Bajo los monumentales arcos de los puentes, que ya no alumbran los focos eléctricos, el Sena refleja la pálida luz de la luna y las estrellas, deslizándose sus aguas con un oleaje amplio y profundo. La isla de la Cité alarga su proa como un navío de guerra que se dispone al combate, apagadas todas las luces, pero prontas á responder todas sus defensas cual corresponde á los ataques nocturnos. *Fluctuat nec mergitur*... La antigua divisa de la ciudad de París es la norma que actualmente se im-



DESTROZOS CAUSADOS POR LAS BOMBAS DE UN «TAUBE» (Fot. Meurisse)

ABRIENDO TRINCHERAS EN UNA DE LAS PUERTAS DE PARÍS

DERRIBO DE ÁRBOLES PARA FACILITAR LAS OBRAS DE DEFENSA

TRABAJO DE TRINCHERAS EN LA PUERTA MAILLOT

TRINCHERA CON PARAPETO DE ADOQUINES ABIERTA EN UNA DE LAS PUERTAS DE PARÍS (Fot. Meurisse)

ponen nuestras voluntades y nuestras esperanzas. El jefe ha hablado, y cada uno ha respondido ocupando su puesto en el combate.»

□

La persona del general Gallieni volvió á gozar los honores de una inmensa popularidad después de algunos años de silencioso retiro. El famoso conquistador y administrador del imperio colonial francés en África, había permanecido durante los últimos tiempos en una obscuridad voluntaria. La guerra, movilizando todas las fuerzas del país, llamó de nuevo á la actividad á este veterano glorioso, hombre inflexible de acción, parco en palabras, incansable para el estudio, y de una energía tenaz y aparentemente glacial.

El escritor Paul Ginesty trazó un admirable retrato del antiguo héroe de África, que reaparecía para encargarse de la defensa de París.

«No existe nada tan hermoso y elocuente en su enérgica simplicidad—dice Paul Ginesty—como la breve proclama del general Gallieni: «He recibido el mandato de defender á París contra el invasor... Cumpliré este mandato hasta el último extremo.» Nada de frases superfluas, una escueta afirmación, la palabra empeñada por un gran soldado de que cumplirá con su deber.

Todo el espíritu del general Gallieni está en esa proclama. Acostumbra á hablar muy poco; pero en cambio es pródigo en hechos. En su admirable vida militar ha actuado siempre como entusiasta y devoto servidor de la patria. Es una encarnación del Deber con su severa belleza.

Podemos confiar en él puesto que es un verdadero jefe. Lo prueba el laconismo de su proclama, donde no hay más que una promesa, pero que contiene cuanto de él esperábamos.

Observad en los retratos del general Gallieni su gesto enérgico y reflexivo á la vez. Detrás de los lentes reflejan los ojos la calma de un pensamiento dueño siempre de sí mismo y en el que es habitual la decisión bien meditada, la voluntad firme, no aquella que solamente tiene vehemencias, sino la que perdura, porque anticipadamente previó todas las eventualidades. Un rostro marcadamente militar, pero en el que parece leerse la concentración del recogimiento.

Ya he dicho que habla muy poco. Un alto funcionario me ha referido que durante muchas semanas trabajó con el general en un archivo de la Armada. Frecuentemente hallábanse solos los dos, y durante todo aquel tiempo de trabajar uno al lado del otro, el general Gallieni únicamente cambió con su vecino un cortés saludo. Ninguna conversación inútil. Pocos días después, el funcionario que me relataba todo esto supo que el general Gallieni salía para Madagascar para ser el pacificador al mismo tiempo que



EL GENERAL GALLIENI REVISTANDO UNA SECCIÓN DE CICLISTAS DE LAS SOCIEDADES DE PREPARACIÓN MILITAR

el organizador de este dominio colonial de Francia. Había estado preparando su misión en el mayor silencio. Ya se sabe cómo la cumplió y con qué método tan admirable.

No es el general Gallieni de aquellos respecto á los cuales hay que evocar «anécdotas». Tiene toda la discreción de un espíritu serio. Cuando fué necesario que el público conociese sus expediciones al Sudán, á fin de que se enterase de las regiones por él conquistadas, escribió un relato sobriamente, claramente, esforzándose todo lo posible por hacer resaltar los sacrificios de sus compañeros de armas, olvidándose de él, el jefe, para insistir respecto á la abnegación y audacia de los más humildes. Se advierte en él la sed de justicia para todos. Cuidando por que los obscuros pero valerosos tiradores senegaleses, con los cuales había franqueado inmensas etapas, tuviesen su parte de gloria después de haberla tenido de sufrimientos, los citó en su relato. No hay nada que indique tanta distinción intelectual como este cuidado de poner de manifiesto el mérito de cuantos mandaba en una obra cuya responsabilidad le correspondía por completo, citando á todos y olvidándose constantemente de él.

Si el general Gallieni, conquistador colonial, no se presta á la anécdota, en cambio su nombre recuerda, desde mucho tiempo, verdaderas epopeyas en África, combates maravillosos de intrepidez con fuerzas increíblemente desproporcionadas; marchas victoriosas á pesar de obstáculos que parecían invencibles. Una batalla como la de Diana, bajo los muros de la última fortaleza de Mahmadou Lamine, que acabó para siempre con el poderío de este jefe indígena, es un prodigio de temeridad, teniendo en cuenta el puñado de hombres de que disponía solamente el jefe de la expedición frente á los millares y millares de fanáticos. Pero esta arrogante acometida había sido preparada prudentemente, calculándolo todo, combinando exactamente el encuentro de las columnas dirigidas hacia Diana.

Cuando Víctor Duruy, el gran historiador, leyó el comunicado de estas operaciones cuyo éxito se debía á una resolución inquebrantable, exclamó, recordando unas palabras famosas:

—¡Oh qué soldado tan valiente!

El general Gallieni era subteniente de infantería de Marina en 1870; se ganó en África las charreteras de coronel, estuvo en el Tonkín mandando el 2.° regimiento de la legión extranjera, dejando en todas partes admirables recuerdos, mostrando el mismo vigor, la misma firmeza en la hora decisiva, precedida de una reflexión que le facilitaba vencer todos los obstáculos.

Sobrellevaba silenciosamente, según su costumbre, la herida del año terrible, y pensaba siempre en la gran guerra que acabarían por imponernos algún día. La había mirado seriamente, poniendo en función todos los recursos de su pensamiento activo y penetrante.



EL GENERAL SALUDANDO DURANTE LA REVISTA EN EL CAMPO DE MARTE (Fot. Rol)



UN CONVOY DE FORRAJE PARA LOS GANADOS ENCERRADOS EN EL BOSQUE DE BOLONIA Á FIN DE ABASTECER DE CARNE Á PARÍS EN CASO NECESARIO (Fot. Meurisse)

París tiene fe en él. París está seguro de una eficaz defensa al dirigirla un hombre como el general Gallieni. Ha pasado una parte de su vida batiéndose con los bárbaros. Ahora va á detener á otros bárbaros, rechazando su invasión. El general conoce esto perfectamente.»

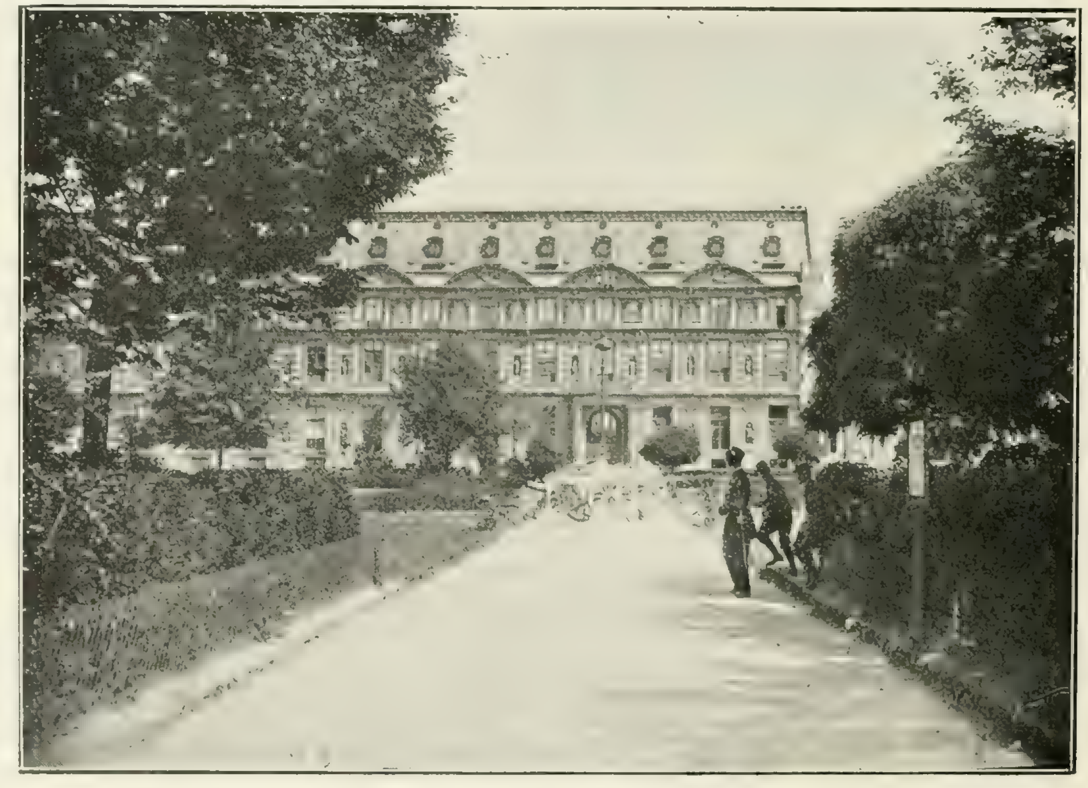
La primera semana de Septiembre fué la semana de la gran angustia de París, amenazado por el avance fulminante de los alemanes.

La segunda semana iba á presenciar el gran desquite de los franceses.

VII

Los preparativos del gran choque en el Marne.

El general Bonnal, notable tratadista francés y antiguo director de la Escuela de Guerra, al describir la batalla del Ourcq—una de las fases de la serie de batallas condensada con el título general de batalla del Marne—, resume del siguiente modo, claro y conciso, todas las operaciones que precedieron á este hecho histórico.



CAÑONES EMPLAZADOS CONTRA LOS «TAUBES» EN UNO DE LOS JARDINES DE PARÍS

«DESPUÉS DE CHARLEROI.—Todo el mundo sabe que las primeras operaciones de la guerra actual nos fueron desfavorables, y dieron como consecuencia una serie de fracasos, del 21 al 24 de Agosto, á causa de la batalla de Charleroi, perdida por nosotros.

Habíamos empezado la campaña con cinco ejércitos. Los dos primeros permanecieron en Lorena, en los Vosgos y en la Baja Alsacia. Los otros tres se trasladaron á Bélgica, á partir del 15 de Agosto, y fueron reforzados el 20 en Mons y sus alrededores por el ejército expedicionario inglés, compuesto de tres cuerpos y una división de caballería.

Cuando el general Joffre, comandante en jefe de las fuerzas anglo-francesas, se dió cuenta el 25 de Agosto del fracaso de nuestra ofensiva, decidió batirse en retirada hacia el Sur, y para esto publicó en el mismo día una orden general organizando en nuestra extrema izquierda una *masa de maniobra* destinada, según sus propósitos, á reanudar la ofensiva lo antes posible. Esta masa debía componerse, contando de izquierda á derecha, del 6.° ejército que se formó el 27 de Agosto al Sur de Amiens, del ejército expedicionario inglés y del 5.° y 4.° ejércitos.

El 26 de Agosto, con motivo de una reconstitución ministerial, volvió á encargarse de la cartera de la Guerra M. Alejandro Millerand. Uno de sus primeros actos fué nombrar al general Gallieni gobernador militar de París.

La orden general de Joffre el 25 de Agosto, fijaba las zonas de marcha en la retirada de los ejércitos que componían la masa de maniobra, hasta la ribera izquierda del Somme, á la que debían llegar el 1.° de Septiembre.

La ofensiva sería recomenzada al día siguiente según dicha orden.

Pero el 1.° de Septiembre los alemanes, en su avance rapidísimo, se encontraban demasiado cerca del Somme para que nuestra masa de maniobra pudiera disponer del espacio necesario para su despliegue. Por esto se dió una nueva orden de continuar la retirada hacia el Sur.

PREPARACIÓN DE LA DEFENSA DE PARÍS.—Cediendo á las indicaciones del nuevo gobernador de París, que solicitaba tener á su disposición una fuerza móvil importante, pasó á sus órdenes el 6.° ejército creado el 27 de Agosto, y de cuyo mando estaba encargado el general Maunoury. Este ejército estaba compuesto del 7.° cuerpo de ejército (disminuído de la 13.ª división) y de cinco divisiones de reserva, una de las cuales reemplazaba á la 13.ª división ausente. Además figuraron en él el 4.° cuerpo de ejército y la 45.ª división de reserva procedente de Argelia.

El 2 de Septiembre, por orden del ministro de la Guerra, el campo atrincherado de París quedó bajo las órdenes superiores de Joffre como general en jefe, para que le fuese posible utilizar en caso de necesidad su guarnición móvil en las operaciones de los ejércitos de campaña.

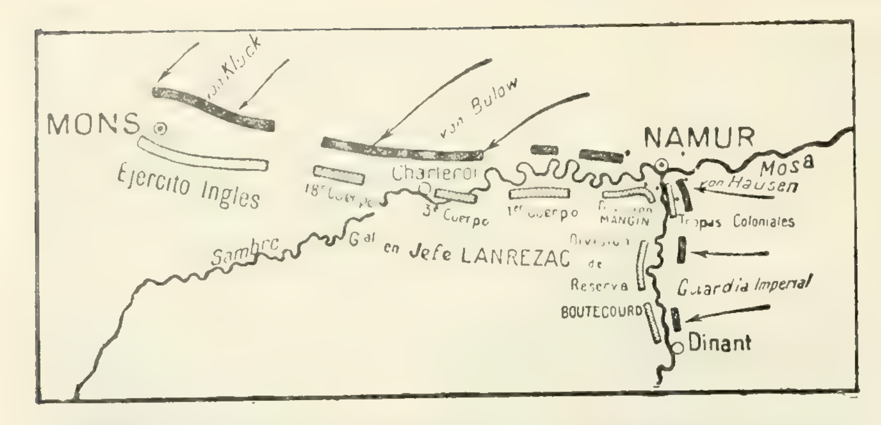


TRINCHERAS ABIERTAS EN UNA DE LAS PUERTAS DE PARÍS

(Fot. Meurisse)

En la noche del 1.° de Septiembre el 6.° ejército estaba reunido al Norte de Clermont (Oise), después de haber rechazado los ataques de un cuerpo de caballería enemiga. En este momento el general Maunoury recibió la orden del gobernador Gallieni de venir sin pérdida de tiempo á asegurar la cobertura de la capital por el Norte y por el Este. Después de una marcha larga y penosa durante todo el día 2, el 6.° ejército se situó en la región Norte del campo atrincherado de París, estableciendo su cuartel general en Ecouen.

EL RETROCESO AL SUR DEL SOMME.—Por su parte,



ESQUEMA DE LAS BATALLAS DEFENSIVAS DE MONS, CHARLEROI Y DINANT

el general en jefe, obligado momentáneamente á desistir de su intento de una ofensiva hacia el Norte, dirigió á sus ejércitos una instrucción general el 1.° de Septiembre, indicando el retroceso que debían seguir efectuando hasta la línea Bray-sur-Seine, Nogent-sur-Seine, Arcis-sur-Aube, Vitry-le-François y la región Norte de Bar-le-Duc.

El 2 de Septiembre el general en jefe completó sus instrucciones de la víspera con una nota en la que explicaba que la finalidad de este nuevo movimiento de retroceso era para sustraer los ejércitos á la presión del enemigo, llevándolos más lejos para que se reorganizasen y fortificasen en una zona final de repliegue limitada al Sur por la línea de Pont-sur-Yonne, Nogent-sur-Seine, Arcis-sur-Aube, Brienne-le-Chateau y Joinville.

Los ejércitos, una vez establecidos en esta línea, se completarían con los envíos de los depósitos, y solamente entonces pasarían á la ofensiva en toda la extensión del frente, con el concurso del ejército inglés, el cual desembocaría por la línea Melun-Juvisy en el mismo momento que el 5.° ejército emprendiese el ataque.

El plan de ataque alemán el 1.° y 2 de Septiembre.—Desde el principio de la persecución á que sometieron á los aliados después de su éxito en Charleroi, los alemanes dejaron adivinar su plan, que consistía en accionar con su ala derecha (ejército de Von Kluck) contra el ala izquierda anglo-francesa (ejército inglés y 5.° ejército), ganándola en velocidad para envolverla con fuerzas numéricamente superiores.

La instrucción general dada el 1.° de Septiembre por el cuartel general alemán, preveía el que nuestra masa de maniobra volviera á tomar la ofensiva tan pronto como el 5.° ejército y los ingleses hubiesen escapado á la amenaza de verse envueltos. En la nota del 2 de Septiembre, explicativa de la anterior instrucción, los alemanes consideraban nuestro repliegue hacia la orilla Sur del Sena como algo transitorio, producto de las circunstancias, reconociendo que un reanudamiento de la ofensiva tan pronto como nos fuese posible constituía nuestra finalidad capital.

El mariscal French se mostraba favorable al proyecto del general en jefe, contenido en la nota del 2 de Septiembre, que colocaba el ejército inglés en las orillas del Sena, apoyando su derecha en Melun y su izquierda en Juvisy, en comunicación directa con las tropas defensoras del campo atrincherado de París.

Pero circunstancias imprevistas iban á modificar este plan antes de que se pusiera en ejecución.»

La batalla, preparada por Joffre en las orillas del Sena—como resulta una vez más de estos informes del general Bonnal—, se dió mucho antes de llegar á dicha línea, ó sea en las orillas del Marne. Esta modificación fué motivada, como ya dijimos, por un movimiento inesperado del enemigo. La derecha envolvente de los alemanes, mandada por Von Kluck, que marchaba rectamente sobre París, torció su rumbo en la noche del 3 de Septiembre y la mañana del 4, dirigiéndose hacia el Sudeste.

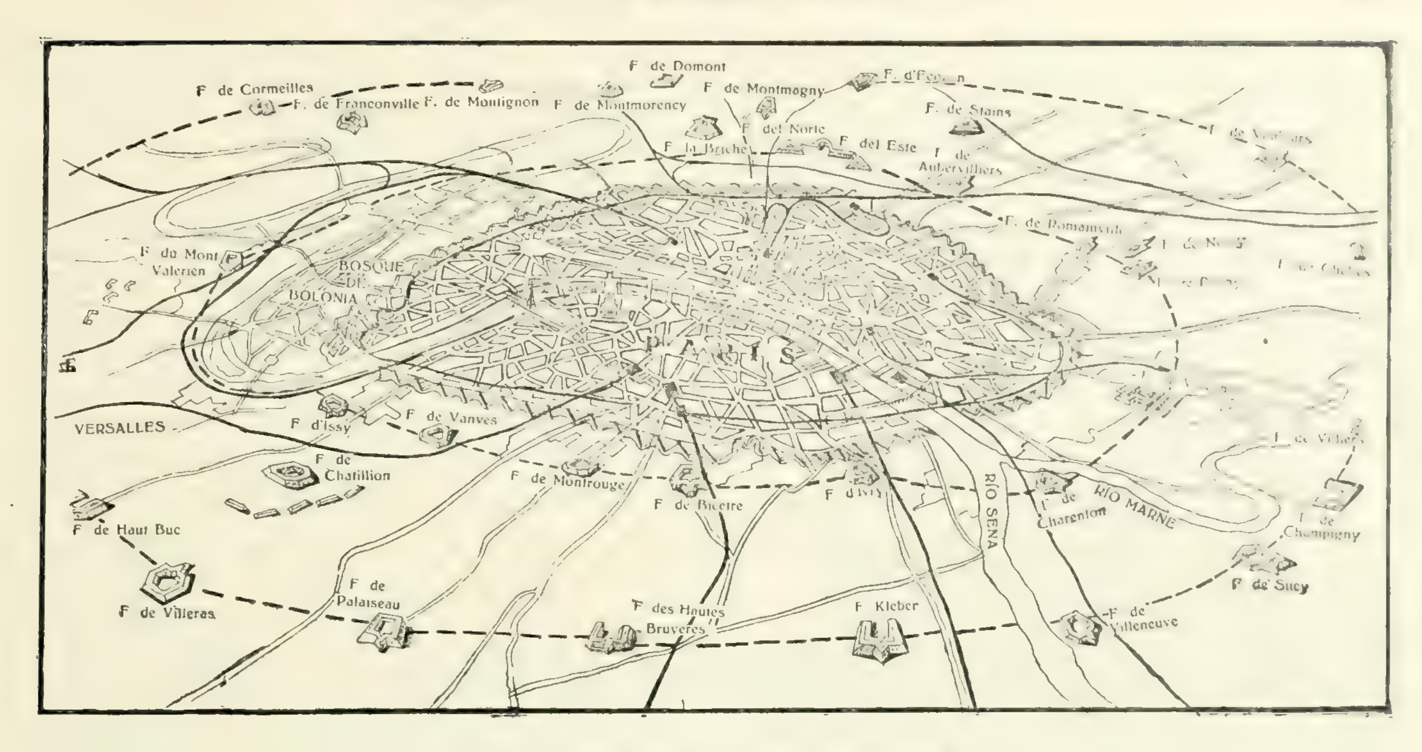
Este movimiento avanzó unos cuantos días la batalla preparada, é hizo que se desarrollase en las orillas del Marne.

Von Kluck, el general más distinguido de los alemanes después de Hindemburg, se arrojó con los ojos cerrados en la trampa que había preparado Joffre entre París y Verdún.

Su conducta resulta sin embargo explicable vista



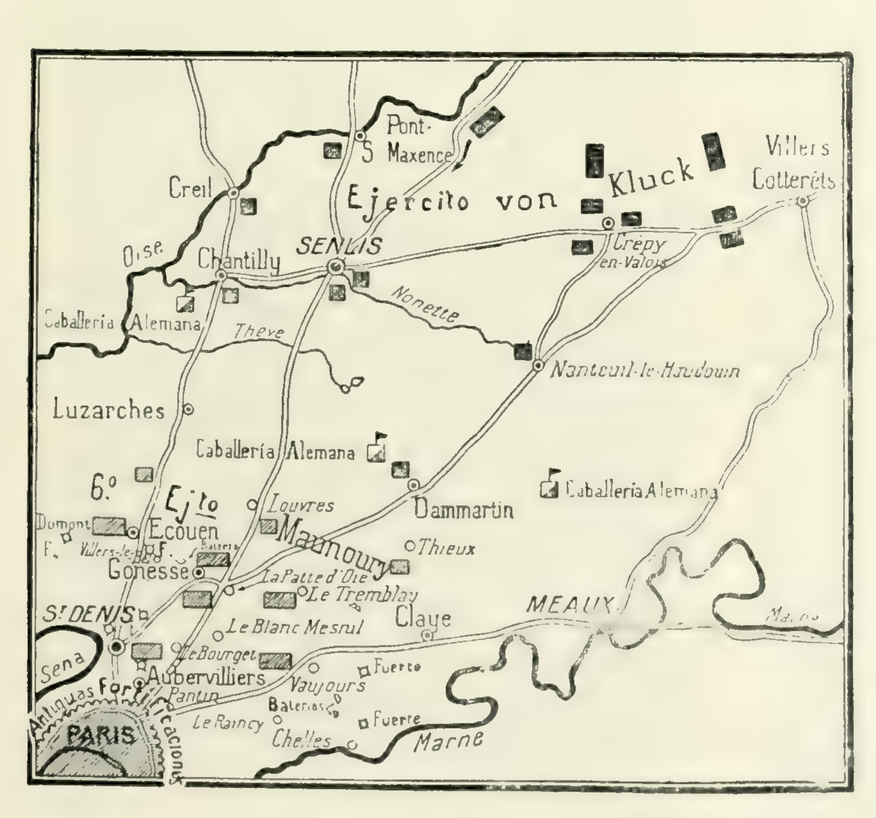
SITUACIÓN DE LOS EJÉRCITOS EL 2 DE SEPTIEMBRE



PLANO PANORÁMICO DE PARÍS Y SUS FUERTES

de acuerdo con las prescripciones del arte de la guerra.

Es cierto que París estaba abierto y á un par de jornadas de los alemanes en marcha. Penetrar en él no era empresa imposible. Sus fuertes estaban en mal estado, pues no habían podido realizarse en ellos grandes obras de reparación durante las cuatro semanas escasas que iban transcurridas desde el principio de la guerra. La guarnición de París estaba resuelta á oponer una desesperada resistencia, pero con esto sólo podía conseguirse el retrasar por breve tiempo la inevitable caída de la capital. El gobierno de Francia se había trasladado á Burdeos para no correr el riesgo de quedar prisionero de los enemigos, entregando á Gallieni la suerte de París. Los *taubes* arrojaban bombas sobre los barrios centrales. Pero el Estado Mayor alemán sabía perfectamente que un paseo militar de sus tropas por los grandes bulevares, aunque resultase impresionante para el vulgo de todos los países, no cambiaría en nada la situación militar mientras el ejército franco-inglés permaneciese intacto, en pleno campo. La guerra moderna da poca importancia á los objetivos geográficos. El aniquilamiento de las fuerzas enemigas es su principal finalidad. Una vez anonadado el ejército adversario, la sumisión del país resulta empresa fácil.



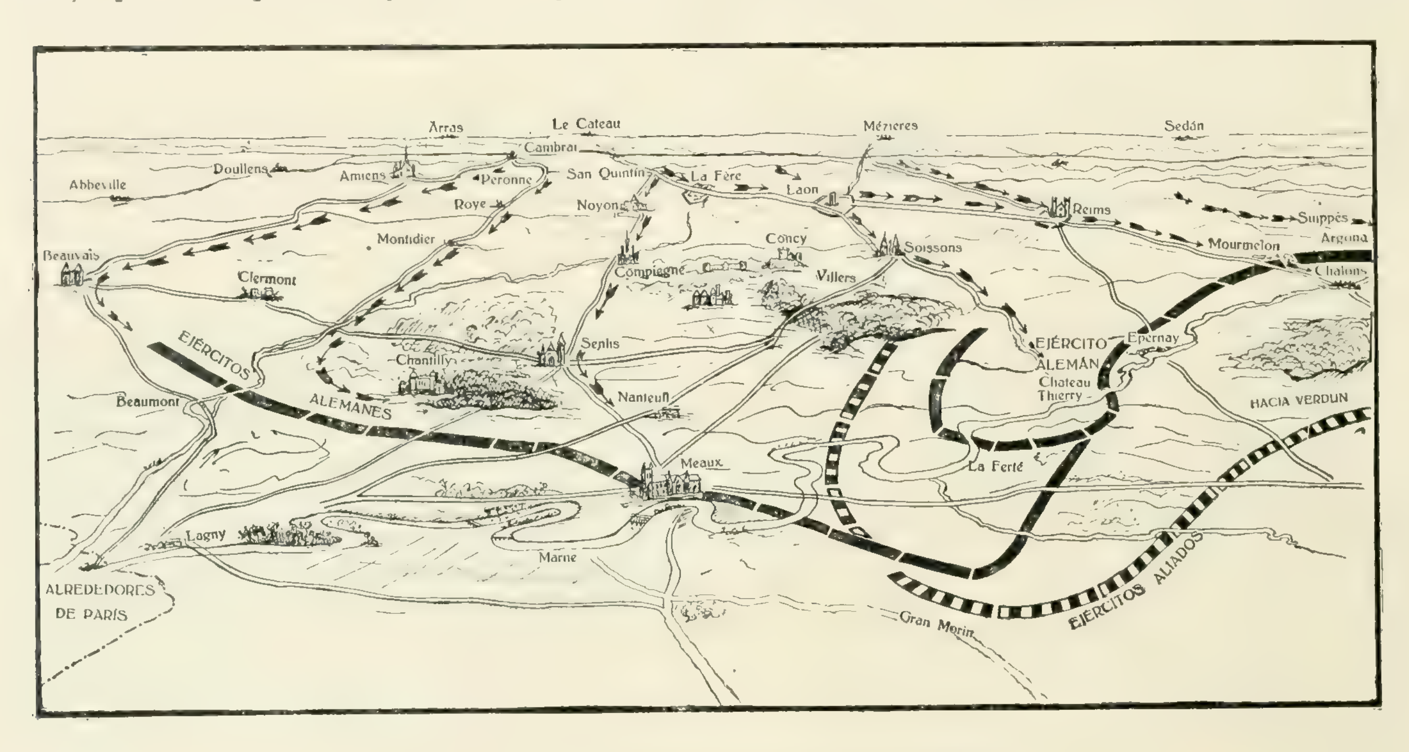
EL SECTOR NORDESTE DE PARÍS

Por esto los alemanes, dejando la conquista de París para más adelante, se dedicaron únicamente á perseguir y acosar al ejército franco-británico, queriendo envolverlo y destruirlo. Por esto Von Kluck, con su «ala envolvente», oblicuó hacia el Sudeste, metiéndose entre París y Verdún, donde le esperaba Joffre.

Esta maniobra motivó la derrota, y sin embargo fué correcta y ajustada exactamente á los principios del arte militar. Basándose en esto, los alemanes procuraron librar á Von Kluck de toda responsabilidad por el fracaso, conservando intacto su prestigio y atribuyendo la culpa á otros jefes menos populares.

En realidad, Von Kluck—según el jui-

cio imparcial de algunos críticos militares de países neutros—cometió dos grandes errores. Su movimiento envolvente debía haber sido más prolongado y amplio, yendo más allá de Senlis y La Ferté-sous-Jouarre. Después de ocupar á Amiens, lo natural era que su ala envolvente no se limitase en su desarrollo hasta frente á París, sino que se extendiera mucho más, pasando por el Oeste de la capital y rodeándola para ir á atacar á los aliados por la espalda, cortándoles la retirada hacia el Alto Sena y obligándoles á remontar el Marne y sus afluentes para caer en el valle del Saona y tal vez en el Jura. Pero Von Kluck necesitaba para esto más fuerzas de las que tenía en realidad, á pesar de que las suyas eran muy numerosas. Le hicieron falta tres ó cuatro divisiones que flanqueasen su derecha extendiéndose por el lado Oeste de París. Estos efectivos los tenía al principio de su avance. Pero los rusos atacaban en aquel momento la frontera de Prusia, y para impedir la invasión del suelo germánico el Estado Mayor echó mano de dichas fuerzas, enviándolas al frente oriental. De esto se desprende que los rusos, con su avance audaz, del que hablaremos oportunamente, contribuyeron eficazmente á la derrota alemana en el Marne.



LA RETIRADA SOBRE PARÍS Y EL AVANCE ALEMÁN

Más grave fué el error de Von Kluck en lo referente á sus informaciones sobre las fuerzas enemigas. Ó no se cuidó de averiguar el número y calidad de las tropas que guarnecían el campo atrincherado de París, ó por orgullo de presunto vencedor creyó que Gallieni y Maunoury no se atreverían á atacarle de flanco con un ejército de reciente formación. Debía haber hecho alto y solicitar refuerzos de los otros ejércitos alemanes que podían enviárselos. Pero cegado por el éxito de su marcha victoriosa desde el Sambre, se arrojó ciegamente en la ratonera.

El ala envolvente alemana que el 2 de Septiembre estaba en Compiegne y el 4 en Senlis y en La Ferté-sous-Jouarre, ya no se dirigió más al Sudoeste, pues torció su dirección hacia el Sudeste, alejándose de París.

Los críticos alemanes, para explicar el fracaso del Marne, librando á Von Kluck de toda culpa, han hecho caer la responsabilidad sobre el general Von Hausen, que avanzaba por la Champaña, y llegó á La Fére-Champenoise con doce horas de retraso sobre el avance de sus colegas. «Esto fué lamentable para los alemanes—dice un ilustre crítico suizo—; pero en realidad, cuando Von Hausen llegó, ya hacía dos días que la batalla del Marne estaba perdida. El envolvimiento de Von Kluck por el ejército de París y la retirada á que se vió obligado para salvarse, fueron la verdadera causa del fracaso; pues estos dos hechos determinaron, ó permitieron al menos, todo lo que ocurrió después en el frente del Marne.»

▫

Mientras en las inmediaciones de su campo atrincherado evolucionaban las masas de alemanes y de aliados preparando el choque decisivo, París, abandonado por el gobierno, confiado á la dura firmeza de Gallieni, sin otro abrigo serio que las obras de campaña hechas á toda prisa en los amplios espacios que quedaban accesibles entre sus antiguos fuertes, supo guardar una actitud heroica.

«Fué un espectáculo antiguo el que ofreció París —dice un escritor neutral, que presenció la vida parisién en la última semana de Agosto y la primera

de Septiembre—. Roma, después de Canas, esperando á cada momento la llegada del vencedor, no mostró mayor firmeza. Charleroi fué para Francia una segunda batalla de Canas, pero sin el desastre final. El camino de París había quedado abierto al invasor después de Charleroi.»

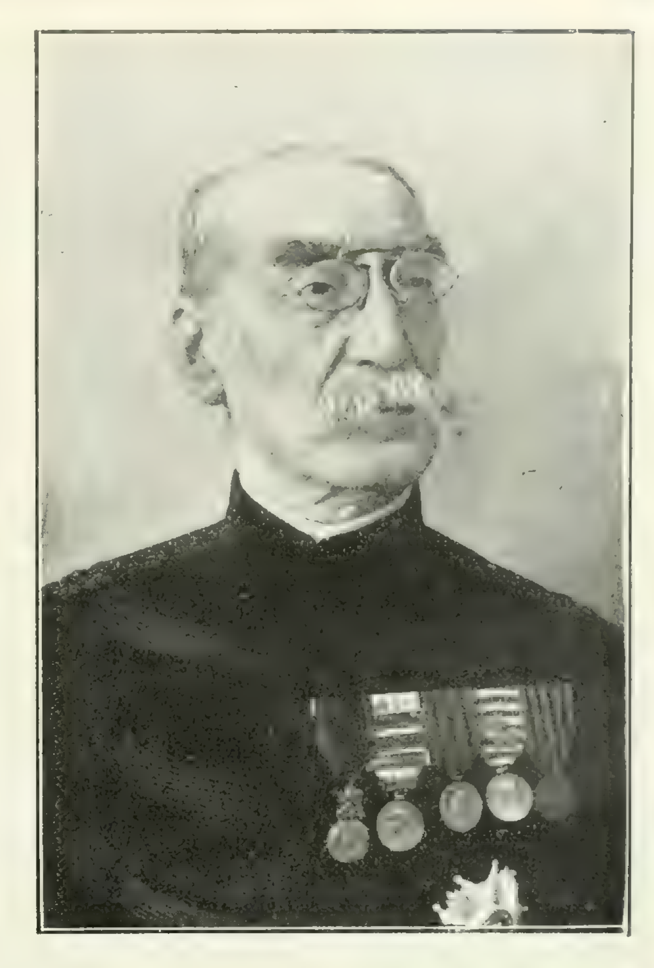
La aproximación del enemigo fué de una rapidez fulgurante, que parecía anticiparse á todas las fantasías de la imaginación. Resultaba natural que la muchedumbre parisién sintiera en masa los efectos del pánico, viéndose sin otro amparo que el de varias obras de defensa realizadas á toda prisa y á última hora, ó más bien dicho, sin defensa alguna. Todos los ojos se volvían hacia el Norte, de donde rodaba la terrible avalancha. Cada mañana la compañía de ferrocarriles del Norte, que realizaba verdaderos milagros para mantener la circulación, iba recortando el trayecto en los billetes que ofrecía á los viajeros.

En estas amputaciones de la circulación podía leer el público los avances de la calamidad invasora, desfigurados ú ocultados por la censura oficial que pesaba sobre los periódicos.

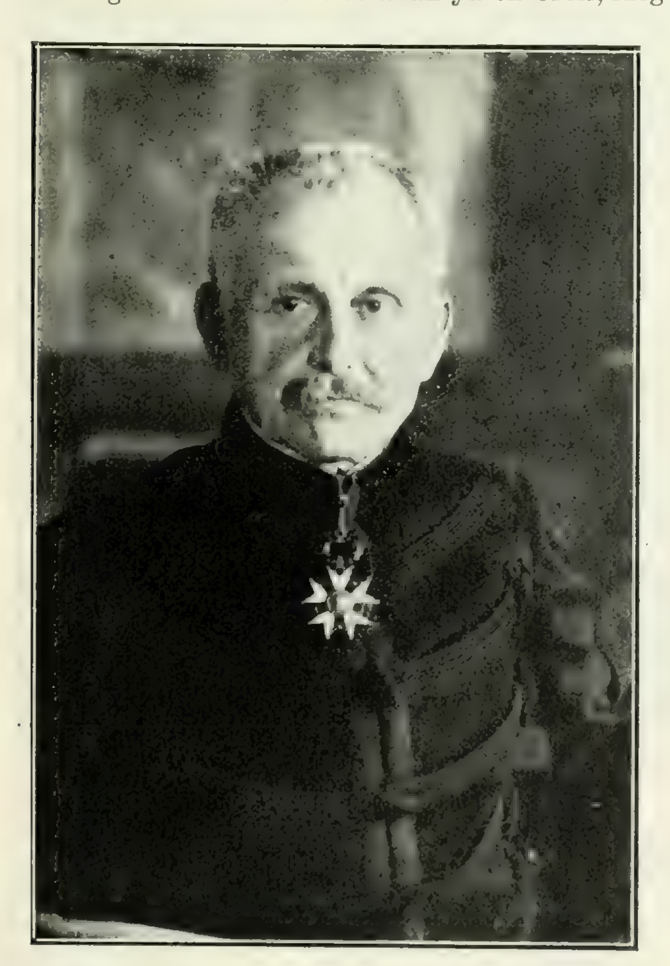
—Ya no se dan billetes para Amiens—decían los empleados en el despacho de la estación.

—Tampoco para Péronne—añadían después.

Y de este modo las gentes iban midiendo el avance enemigo. Los invasores estaban ya en Creil; luego



EL GENERAL GALLIENI, ORGANIZADOR DE LA DEFENSA DE PARÍS (Fots. Meurisse)



EL GENERAL MAUNOURY QUE ASEGURABA LA COBERTURA DE PARÍS POR EL NORTE Y POR EL ESTE

en Compiegne. Cada día devoraban una etapa de 25 á 30 kilómetros con tal regularidad, que sacando el reloj del bolsillo podía calcularse á qué hora el primer hulano aparecería ante las fortificaciones de la capital.

Y sin embargo, el pueblo parisién no dió muestras de miedo ni perdió la serenidad. «Hay que haber vivido estas horas en París—añade el testigo—para darse cuenta de toda la angustia que puede contener el corazón humano sin romperse.»

Muchos fueron los que abandonaron la capital siguiendo al gobierno, pero el número de los fugitivos resultó insignificante comparado con la masa, la inmensa masa que permaneció en sus viviendas. El pueblo de París fué «como un bloque cimentado por la espera de la muerte. Su abnegación y la concentración de su voluntad resultaron sublimes. Todas las almas estaban en tensión, como arcos tirantes. «¡Á pesar de todo!», he aquí lo que se leía en todos los rostros. Si era la muerte lo que les esperaba, la recibirían á pie firme. Desde el más humilde al más grande, todos la aguardaban en su sitio, mirándola frente á frente, como si la retasen á que les hiciera retroceder. Por todas partes se notaba una sublime serenidad, una aceptación unánime de las mayores desgracias. Pero en el fondo de la resignación heroica latía una secreta esperanza. Una voz misteriosa parecía clamar desde el fondo de los recientes desas-



PARÍS. SERVICIO DE TRENES GRATUITOS EN LA ESTACIÓN DE ORLEÁNS

(Dibujo de Henri Lanos, del *The Graphic*, de Londres)

tres que Francia y París no podían perecer de tal modo.»

▫

El avance alemán continuó regular é implacable. Al mismo tiempo que el «ala envolvente» de Von Kluck marchaba sobre París, el ejército de Von Hausen ganaba terreno por etapas metódicas y regulares, no sin sostener frecuentes combates. Estos combates fueron simples choques con las retaguardias francesas. Joffre había dado la orden de retirada, y sus generales, aunque consiguieron ventajas momentáneas en los combates, tenían que desaprovecharlas, conti-



EN LA ESTACIÓN DEL NORTE. FAMILIAS QUE MARCHAN Á INGLATERRA

(Dibujo de Ralph Clever, del *The Graphic*, de Londres)

nuando su movimiento de retroceso. El generalísimo quería tener todas sus fuerzas en la mano en una fecha determinada, á orillas del Marne ó del Sena.

Esta retirada voluntaria, en la que los franceses sólo hacían frente por sostener la moral de sus tropas y tener á raya el avance enemigo, iba librando á los alemanes una gran extensión del territorio nacional. Cada choque era considerado por los enemigos como una gran victoria, ya que los franceses acababan por retroceder y alejarse.

El ejército de Von Hausen se apoderó de este modo de Rethel, avanzando hasta Reims. En las cercanías

de Reims hubo un encuentro entre la retaguardia de los franceses en retirada y las primeras columnas alemanas. Esta acción, que resultó sangrienta por el empeño de los franceses de disputar el terreno palmo á palmo, pero que en realidad no obedecía á un plan determinado de resistencia, fué bautizada por los alemanes con el título pomposo de «batalla de Reims».

No hubo tal batalla. Los franceses continuaron retirándose hacia el Marne, después de un combate sostenido durante algunas horas con el sólo propósito de molestar al enemigo, y los alemanes pudieron entrar al día siguiente en Reims sin resistencia alguna.

El 4 de Septiembre, dos oficiales alemanes del Estado Mayor, ocupando un automóvil, se presentaron en Reims como parlamentarios, con los ojos vendados, para intimar la entrega de la ciudad. Las autoridades municipales, únicas que se habían quedado para mantener el orden, declararon que Reims se entregaba, y los dos oficiales desaparecieron, sin que nadie tuviese noticias de ellos en varios días. El Estado Mayor alemán creyó que habían sido asesinados y amenazó con mortales represalias al Dr. Langlet, valeroso alcalde de Reims, que se hizo célebre por su firmeza heroica ante el invasor. Una comisión de vecinos tuvo que ir en busca de los dos oficiales para evitar el castigo de la ciudad, y al fin los encontró en una finca de los alrededores, donde se extasiaban apreciando los vinos de la región, famosos en todo el mundo.

LA CATEDRAL DE REIMS ANTES DEL BOMBARDEO (Fot. Rol)

Reims y Epernay, las dos grandes ciudades de la Champaña, estaban presentes á todas horas en la imaginación de los alemanes desde el principio de la guerra. En sus marchas por Bélgica y Francia, los jefes, para reanimar á los soldados les hablaban de las grandes bodegas que iban á conquistar. ¡Apoderarse de la Champaña! ¡Beber gratuitamente y en abundancia el célebre vino espumoso! La perspectiva de una borrachera inmensa, *kolosal*, nunca vista, comunicaba nuevas fuerzas á los guerreros alemanes.

Hubo entre los diversos cuerpos de ejército una marcada rivalidad por ser cada uno el primero que entrase en Reims instalándose en sus bodegas.

Los mismos soldados del kaiser, en sus cartas publicadas por los diarios de Alemania, revelaron este entusiasmo por el vino francés.

Un capellán de la Guardia imperial, el reverendo Von Bergh, narró en los siguientes términos la llegada de su cuerpo de ejército á la vista de Reims:

«Cuando nuestros cañones tiraban todavía sobre la ciudad, he aquí que llega un automóvil con faros poderosos, á toda velocidad, procedente de Reims. Lo ocupaba un oficial del Estado Mayor sajón. Éste nos anunció que los sajones habían penetrado en la ciudad por el otro lado, después de la retirada de los franceses. Cesamos el fuego, como es natural, y reanudamos nuestra marcha. Nuestro deseo era ver de cerca la hermosa ciudad y beber del mejor champañ como quien dice en su propia fuente. Pero esta recompensa nos fué negada, reservándola para los sajones, que eran los primeros que habían entrado en la ciudad. En vez de esto nos obligaron á una nueva marcha, que fué muy penosa para nuestros hombres. Por la noche llegamos á Dizy-Magenta, donde pudimos admirar una hermosa vista de los valles de Ay y Epernay, célebres por su vino. Allí, *al fin*, nos fué posible el proceder á algunas experiencias, y ya





Dibujo de Georges Scott, de la «Illustration» de París

Los dragones franceses c



rgando contra los hulanos





DOS OFICIALES ALEMANES DEL ESTADO MAYOR ENTRANDO EN REIMS COMO PARLAMENTARIOS

(Dibujo de Ernest Prater, del *The Graphic*, de Londres)

sabemos cuál es el gusto del verdadero champañ.»

Las hazañas gastronómicas de los invasores corrieron parejas con su entusiasmo por el vino espumoso. Un soldado prusiano escribió lo siguiente de su paso por la Champaña:

«Hemos entrado en una granja enorme, con aspecto de fábrica, que estaba abandonada. Hemos encontrado grandes cantidades de mantequilla y de crema. Eran centenares de quintales. Yo he bebido, por mi parte, más de dos litros de crema dulce. En la bodega he descubierto un bote conteniendo unas cinco libras de chocolate. Me las he comido todas, así como varias confituras francesas. En las bodegas de las granjas se encuentran centenares de botes de



BOTELLAS VACÍAS ABANDONADAS POR LOS ALEMANES EN LOS CAMINOS (Fot. Rol)

con cortesía, puntuado de vez en cuando por el sajón, como excusa de sus exigencias, por un «*Así es la guerra*» que no admitía réplica, cuando de pronto sonó algo semejante á un trueno, cayendo la primera bomba sobre Reims... Desde ese día la catedral sirvió de punto de mira á los cañones enemigos. No la hirieron aún, pero las bombas llovieron á derecha y á izquierda de ella, delante y detrás, demoliendo las vidrieras del piso bajo del monumento.»

En tres cuartos de hora los alemanes arrojaron más de cien obuses sobre Reims, sin recibir provocación alguna, como si quisieran apoyar con ellos las pretensiones del intendente, ejerciendo un *chantage* de artillería. Todos sus proyectiles cayeron en las inmediaciones de la catedral, aunque sin tocarla, como si los artilleros pretendieran dar á entender con esto que podían herirla de muerte en el momento que fuese de su gusto. ¡Y semanas después, cuando el histórico monumento fué destruido en sus partes más interesantes, los alemanes pretextaron que sólo habían hecho fuego contra la catedral como una contestación á los cañones franceses colocados en sus torres, cañones que nadie vió nunca, y cuyo emplazamiento resulta inverosímil para todo el que conozca el famoso templo!

fresas y ciruelas en dulce. También he hecho el ensayo recientemente del vino de champañ, por primera vez en mi vida. Resultó muy de mi gusto. Por el contrario, no puedo acostumbrarme al vino tinto, del que hay aquí cantidades enormes. No me gusta. Preferiría un cigarrillo, pero los cigarrillos resultan muy raros aquí.»

«En Francia—dice otro alemán—el vino de champañ es abundantísimo. En toda casa encontramos botellas y grandes toneles con vino ordinario. Cada vez que nos detenemos en cualquiera parte, todos los hombres se precipitan en las bodegas para apoderarse del vino.»

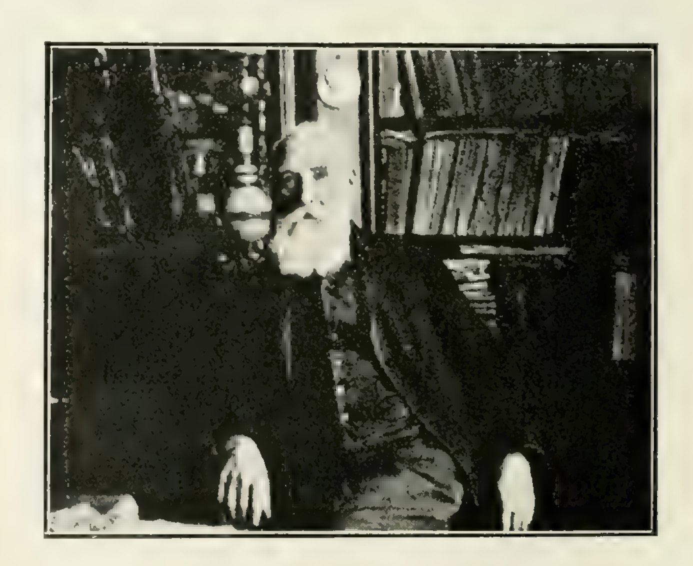
Al entrar en Reims, en la madrugada del 4 de Septiembre, las tropas sajonas, un intendente encargado de la manutención de este cuerpo de ejército se presentó en el despacho del Dr. Langlet, alcalde de la ciudad, para exigirle la entrega inmediata de 50.000 kilos de carne, 100.000 de pan y cantidades no menos considerables de otros víveres. Además, el municipio debía entregar un millón en metálico, como garantía.

Reims había sido abandonada por las tropas francesas, era una población abierta y no podía oponer resistencia. Á pesar de esto, los cañones alemanes emplazados en Meneux, pueblo al Oeste de Reims, empezaron á disparar sobre la ciudad indefensa.

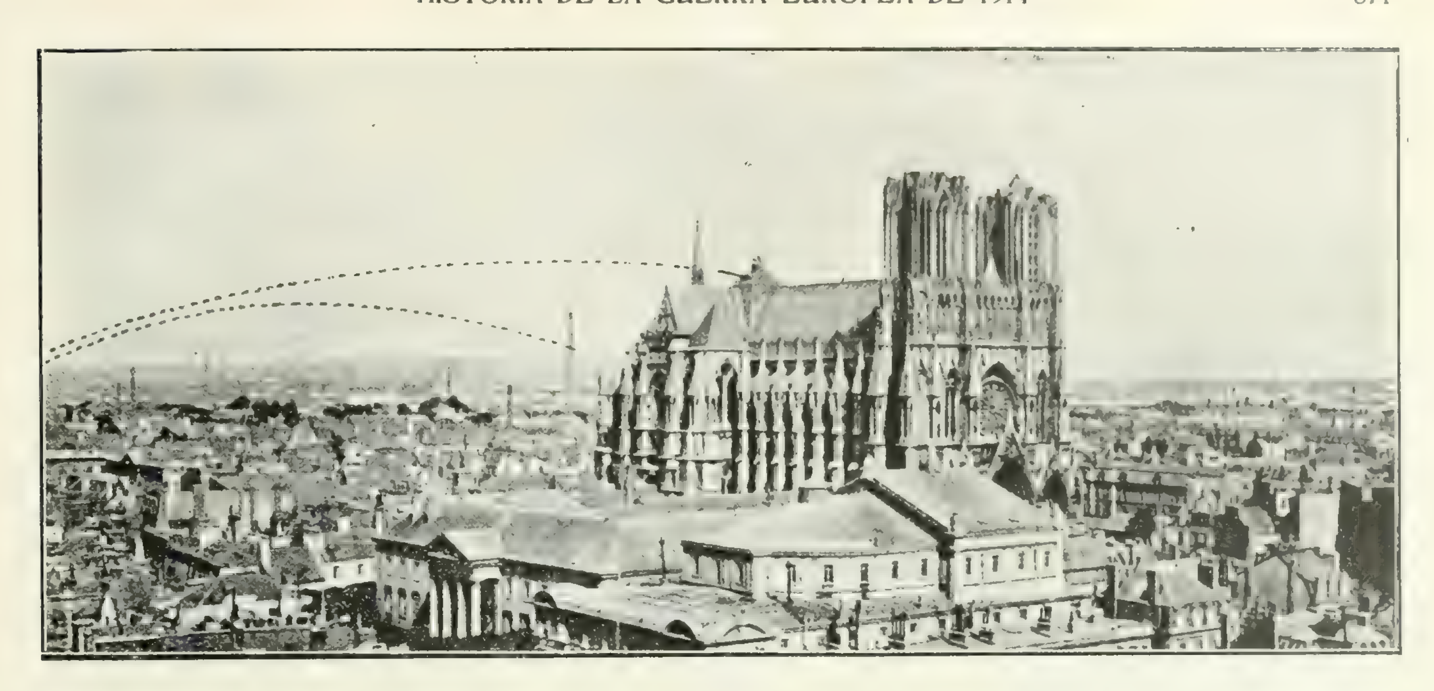
«Estaba yo en mi despacho—dice el Dr. Langlet en su comunicación al gobierno francés—conversando con el intendente del cuerpo de ejército sajón que había venido á verme para establecer las bases de una requisa importante, en garantía de la cual exigió la suma de un millón. El diálogo se había entablado

▫

El día más culminante para Alemania en la pre-



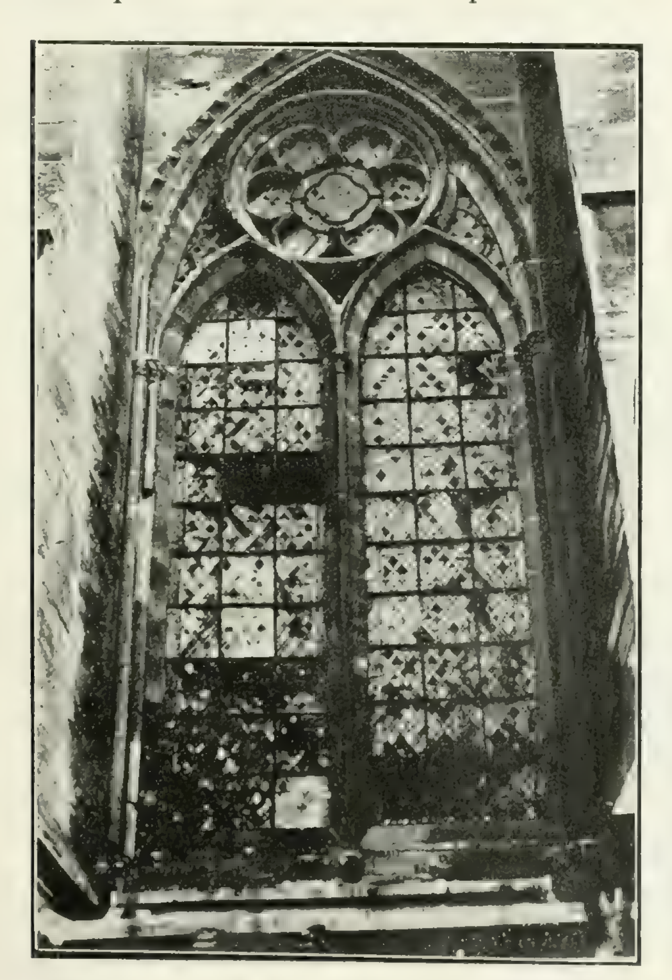
EL DOCTOR LANGLET, ALCALDE DE REIMS



DIRECCIÓN DEL BOMBARDEO CONTRA REIMS DESDE SIETE KILÓMETROS AL ESTE DE LA CIUDAD

sente guerra fué el 1.º de Septiembre. La victoria sonreía á sus soldados, marchando tras de sus pasos como una esclava sumisa.

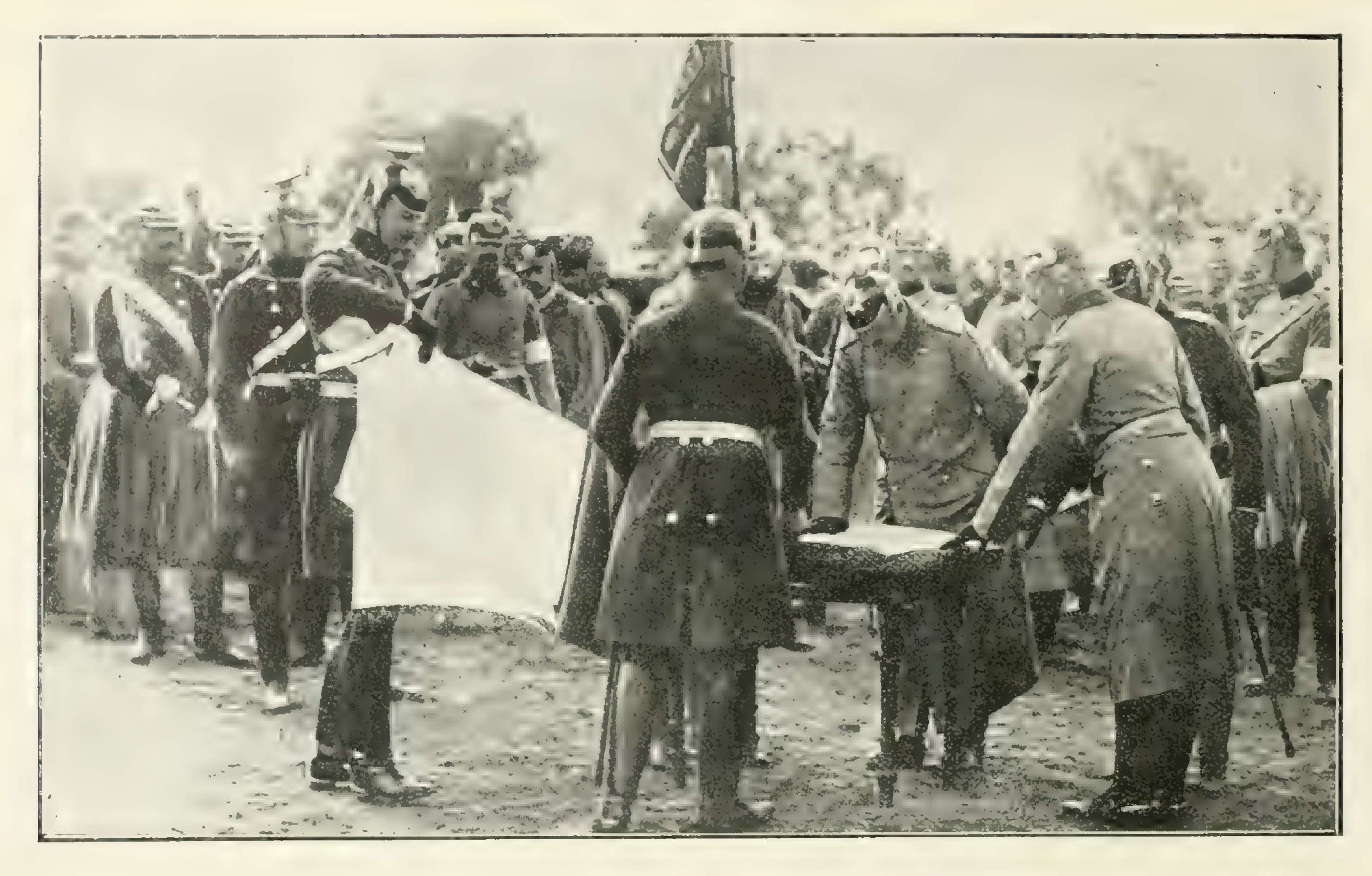
Bélgica estaba vencida. Su ejército encerrado en Amberes intentaba resistirse, pero la entrega de esta plaza era asunto de poco tiempo. Francia veía invadidas las partes más ricas de sus departamentos del Norte, y cada veinticuatro horas sus ejércitos en retirada dejaban atrás, en poder de los alemanes, campos y ciudades. Estos ejércitos habían sabido desasirse hasta entonces enérgicamente de los abrazos mortales del invasor; se libraban de sus envolvimientos, pero el avance alemán iba cerrando sus alas y de un momento á otro ocurriría el choque definitivo, la operación magistral que daría fin á la guerra. Vencida Francia, los otros enemigos no podían oponer una larga resistencia. Inglaterra necesitaba muchos meses para crear nuevas tropas. Rusia sólo podía realizar su movilización con lentitud. Los dos imperios del centro, libres del enemigo más temible é inmediato, que era Francia, paralizarían la defensa de Inglaterra y Rusia antes de que se organizase.



UNA VIDRIERA DE LA CATEDRAL BOMBARDEADA
(Fot. Rol)

Los alemanes ocupaban triunfantes el suelo francés la víspera del 2 de Septiembre, aniversario de su famosa victoria de Sedán. Iban á repetirse los prodigios de la gran guerra de 1870, preocupación gloriosa de todo germano, pero más rápidos, más decisivos y fulminantes. Guillermo I, Moltke y la pléyade de viejos generales habían necesitado varios meses para dominar á Francia. Guillermo II iba á vencerla solamente en cuatro semanas. Sus éxitos no podían ser más prodigiosos. En Berlín todos daban por indiscutible la próxima caída de París, haciendo apuestas sobre la fecha exacta en que ocurriría este acontecimiento. Después del fracaso del Sambre, el ejército francés era para los alemanes una víctima condenada, que se resistía desesperadamente en las puertas del matadero.

Guillermo II, que estaba en Metz, entró en Francia para recoger en persona los laureles de la victoria final que le prometía su ejército. En su viaje llegó al cuartel general de su hijo mayor el kronprintz, establecido en Montmedy. Luego, recorriendo en automóvil la línea inmensa de sus tropas, llegó hasta



EL KAISER CON SU ESTADO MAYOR DIRIGIENDO UNA MANIOBRA (Fot. Rol)

donde estaba la Guardia para ver al más joven de sus hijos, el príncipe Oscar, jefe del 7.° regimiento. Un escalofrío de entusiasmo recorrió las filas sombrías de un millón de hombres. «*¡Hoch! ¡hoch!*» La victoria era segura. Las aclamaciones de esta masa enorme embriagada por el éxito siguió al automóvil imperial por todos los caminos invadidos.

El kaiser, impulsado por sus gustos teatrales, buscó un lugar visible, digno de él, en esta línea inmensa de hombres armados. Necesitaba entrar en una ciudad francesa con gran pompa escénica para entusiasmo de los súbditos y satisfacción de sus propios deseos. Nancy iba á caer en manos de las tropas bávaras de un momento á otro, y Guillermo se trasladó á la derecha de la línea francesa para aprovechar esta victoria, entrando lo mismo que un emperador medioeval en la famosa ciudad de Lorena.

CASA DESMONTABLE DE MADERA QUE UTILIZA EL KAISER EN CAMPAÑA

Ya dijimos cómo el tenaz Castelnau defendió á Nancy desde la cadena de alturas que los geógrafos denominan el Gran Coronado.

En 1875 el general Saussier, ministro de la Guerra francés, había querido fortificar esta posición inestimable para la defensa de Nancy, pero Alemania vió un caso de guerra en los trabajos que ya se habían empezado, alegando que desde estas alturas la artillería francesa podía lanzar proyectiles sobre el suelo alemán. El proyecto fué abandonado y Nancy quedó indefenso. Sin la desesperada resisten-

EL KAISER ATRAVESANDO UN RÍO EN UNA BARCAZA CON LOS GENERALES MOLTKE Y HAESSELEV (Fot. Rol)

cia de Bélgica, que entretuvo á los alemanes y les hizo perder tiempo, Nancy habría sido tomado desde los primeros días de la guerra. El gobierno francés consideraba esta pérdida como segura. Pero transcurrieron tres semanas, que fueron aprovechadas por los franceses para fortificar y artillar las alturas del Gran Coronado, y cuando los alemanes quisieron atacar á Nancy tropezaron con una resistencia inexpugnable.

Guillermo II se instaló en los primero días de Septiembre en las inmediaciones de la capital de Lorena, para presenciar su caída. Seis mil jinetes de su Guardia le seguían; soldados brillantes, vestidos para la parada, envueltos como su amo en largas capas blancas ornadas á la izquierda con una cruz roja. «Un traje de ópera, sin exactitud—dice el escritor católico Juan de Bonnefon—, tomado un poco de la Orden Teutónica, otro poco de los caballeros del Temple y que los modernos gemelos de campaña y los guantes de mosquetero tan amados por el emperador, convierten en un uniforme completamente ridículo.»



SOLDADOS ALEMANES TRANSPORTANDO UN AEROPLANO

El citado Bonnefon, que pudo visitar los campos de batalla inmediatos á Nancy, describió este gran choque, así como la actitud del emperador, con arreglo á los relatos de los testigos presenciales.

«En este día de Septiembre de 1914—dice—, Guillermo II estaba de muy buen humor. Seguro de su éxito, orgulloso de

su próxima entrada triunfal en la ciudad, sonreía en el vapor coloreado de la mañana, la mañana del triunfo á plazo fijo.

Así empezó el combate, que fué la más grande humillación personal que hasta ahora ha sufrido el emperador. Las apretadas tropas alemanas descendieron de las colinas inmediatas al Seille, franqueando el río por los puentes de Chambly, Bioncourt, Brin y Montcel. También pasaron el arroyo de Loutre, que parece llorar entre grupos de sauces.

Desde todos los fuertes alemanes la artillería hizo fuego. Aldeas, castillos y pueblos ardieron como antorchas mortuorias. La más vieja iglesia de Lorena, la de Laitre, se derrumbó con un doloroso grito de sus piedras milenarias.

Los fuegos franceses de Amance no podían detener el avance de las masas alemanas. Nuevos grupos de vivos venían á llenar el vacío que dejaban los muertos. Á las cinco de la tarde el emperador dió la orden de entrar en Nancy á toda costa. ¡Poco le importaba el precio de entrada en moneda humana!...

Los alemanes, saliendo de la selva, subieron por las cuestas que ardían. Por Laitre, Fleur-Fontaine y Velaine, penetraron entre las dos cumbres de Amance.

Las voces humanas reemplazaron de pronto el ruido de los cañones. Eran los franceses que descendían de las alturas como una tromba al encuentro de los enemigos. Y ocurrió el formidable choque, cuerpo á cuerpo, entre rugidos, sangre y polvo. Nuestro fuego se reanudó en las alturas de Amance, impidiendo á los refuerzos alemanes que pasasen el Seille. La masa alemana aúlla y retrocede, acabando por meterse en el bosque, donde la persiguen los franceses. Cae la noche y envuelve nuestra victoria, mientras que los alemanes, vencidos, repasan el Seille.

Al mismo tiempo el hombre del manto blanco ha cesado de sonreir. Tiene miedo. Vuelve á montar en su caballo y galopa en uniforme de parada, con la brida suelta, el casco torcido y la boca abierta por la emoción. El fantasma risible del Feudalismo huye á través de los campos, hasta que llega junto al automóvil que lo aguarda al otro lado del río. Su espalda encorvada desaparece en el interior del vehículo de ostentosa arquitectura, que emprende una marcha veloz para no detenerse hasta el castillo de Frescaty. Allí, según se ha sabido más tarde, Guillermo II abandonó su arnés de la Edad Media, y puesto de *pyjama* insultó á sus lacayos de gran librea, que no podían explicarse esta rabia.



TROPAS FRANCESAS BATIÉNDOSE Á LA LUZ DE LA LUNA

¿Y los seis mil jinetes blancos?... Enrollaron cuidadosamente sus capas, las colocaron en la grupa y luego desfilaron á gran trote por detrás de la selva de Bezange.

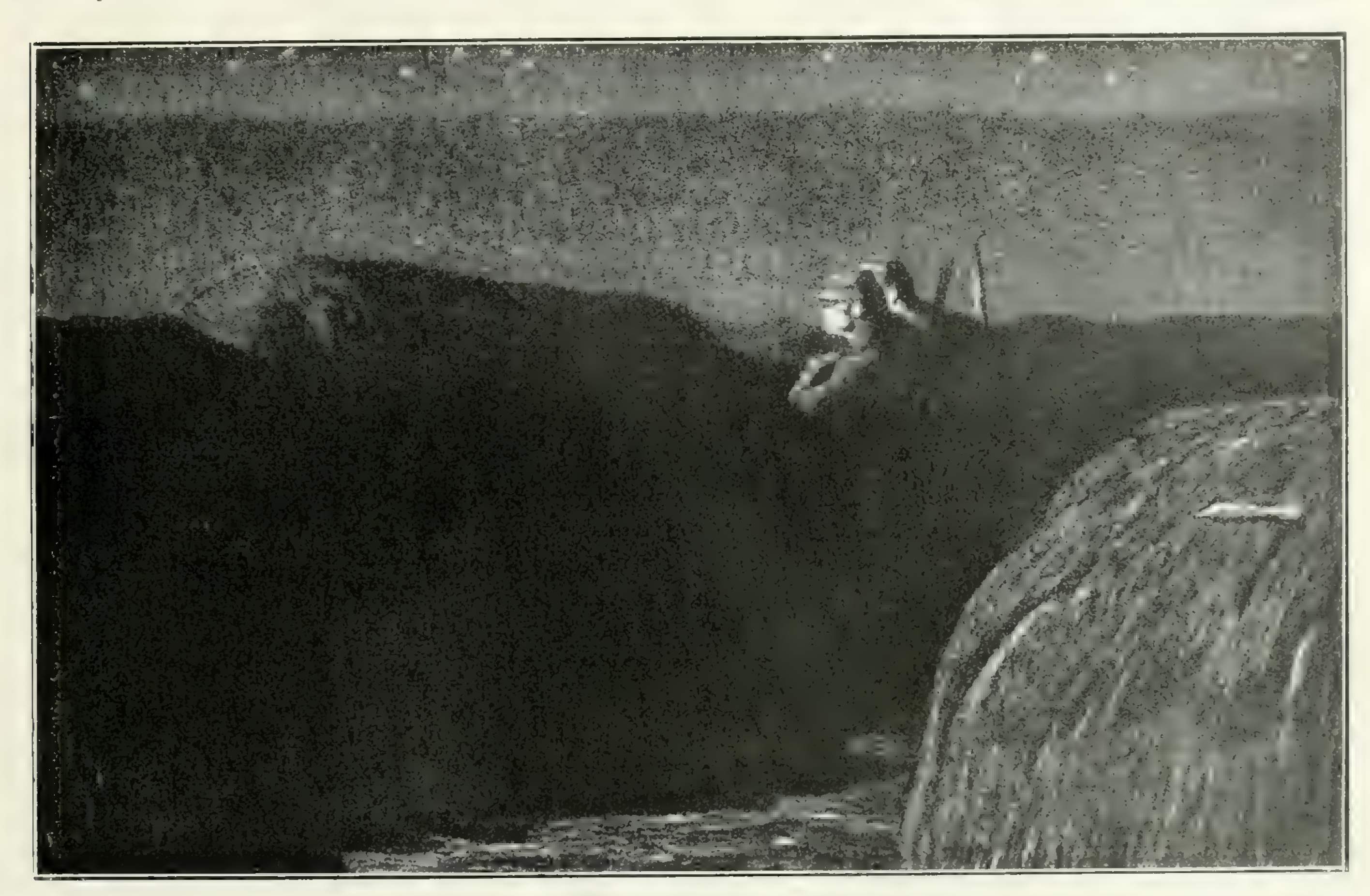
Así desaparecieron sin gloria alguna, siguiendo la retirada de su señor, estos guerreros aparatosos, semejantes por su aspecto á figurantes de circo.»

El crítico anónimo del *The Thimes* resumió del siguiente modo la situación de los franceses en vísperas de la batalla del Marne y la exagerada confianza de los alemanes:

«Las pérdidas de los franceses resultaron grandes, como ocurre siempre en una retirada rápida. Pero sin embargo, no fué un ejército en derrota el que atravesó los valles del Oise, el Aisne y el Suippe, dejando detrás de él las viñas y los campanarios de Reims, para no detenerse más que al Sur de los vergeles del Marne y en la llanura baja de la llamada Champaña Piojosa. Era duro para los soldados abandonar su propio país al invasor. Siempre es duro batirse en retirada, pero la retirada resulta particularmente dolorosa cuando se realiza después de batallas ásperamente disputadas.

Sin embargo, las tropas que á principio de Septiembre se amasaron entre Verdún y Fontainebleau, tenían mejores cualidades de combate que las que quince días antes libraron batalla junto al Mosa y el Sambre. Los reveses sufridos junto á estos ríos imponían á las nuevas tropas que aun no habían entrado en fuego deberes imperiosos y vengadores.

Mientras el ejército francés iba ejecutando sus maniobras, París quedaba expuesto. Los alemanes consideraban á esta capital como tomada. Los que desde Berlín seguían el curso de la guerra, afirmaban ya que la lucha había terminado y sólo quedaba la recolección de los frutos de la victoria. No podían saber que nuevas tropas atravesaban París en estos momentos, dirigiéndose al frente. Apreciaban muy por debajo de su valor el pequeño ejército inglés acampado detrás del bosque de Crecy y los ejércitos franceses, fatigados pero no vencidos, que ocupaban las líneas del Pequeño Morin, de la Champaña meridional y las alturas de Verdún. Ignoraban las cualidades de las tropas de reserva recién agrupadas al Sur de Sézanne, con la denominación de 7.° ejército (después se llamó 9.° ejército), y la capacidad militar del general Foch, que se había encargado de su mando. Ignoraban, en fin, que Castelnau, después de una batalla desesperada de quince días, era todavía dueño de las posiciones de Nancy.



DOS CENTINELAS FRANCESES VIGILANDO AL ENEMIGO

(Dibujos del natural por Georges Leroux, de la *Illustration*, de París)

Todo el ejército, desde el simple soldado de segunda clase hasta el generalísimo, comprendía que los días próximos iban á ser decisivos para la patria.

En este momento, en Inglaterra nadie reconocía aún la importancia de la crisis. Asombrado de la retirada de los aliados, «el hombre de la calle» se abstenía de calcular las consecuencias, limitándose á una paciente espera.

En París la gente no sabía más que en Londres. La noticia de la batalla del Marne sorprendió á un público que no había sido preparado para recibirla por ningún informe anterior.»



UN PUEBLO DE LA CHAMPAÑA DESPUÉS DEL PASO DE LOS ALEMANES

VIII

Las opiniones del coronel Feyler

Desde el principio de la guerra, un hombre que no ha intervenido en sus operaciones directamente, un militar que vive en la tranquilidad de la paz, ya que su país guarda una estricta neutralidad, ha atraído poco á poco sobre su persona y sus escritos la atención de Europa entera. Primeramente se fijaron en él los profesionales, los técnicos, los hombres de guerra que ya le conocían por sus obras; luego las clases ilustradas aficionadas á la lectura, y finalmente el gran público, que le ha conferido los honores de la popularidad.

Este escritor militar es el coronel del ejército suizo F. Feyler, que publica todas las semanas sus estudios de la guerra en *El Diario de Ginebra*. Gracias á esta colaboración, el *Journal de Genéve* se ha convertido en un diario buscado y comentado en todo el mundo.

Sabido es que en el ejército suizo no existe graduación superior á la de coronel. Como la unidad mayor en tiempo de paz es el regimiento, y las demás agrupaciones (brigadas, divisiones y cuerpos de ejército) son transitorias, como producto momentáneo de las operaciones de guerra, la democrática República de Helvecia sólo tiene coroneles. Entre estos coroneles se escogen los más sabios y experimentados para que dirijan las unidades superiores, desempeñan las funciones propias del Estado Mayor y uno de ellos manda en jefe el ejército de la Confederación.

El coronel Feyler desempeñó hasta hace poco el cargo de director de la Escuela de Guerra de Suiza. Sus méritos no se reducen á haber sido un profesor de historia militar cuyas lecciones gozan de gran renombre en todos los ejércitos del mundo. Es también un jefe práctico y experimentado. No ha hecho la guerra



PRISIONEROS ALEMANES EN UNA AMBULANCIA (Fots. Meurisse)



COURGIVAUX (MARNE) DESPUÉS DEL BOMBARDEO

porque su pacífico y libre país hace siglos que afortunadamente no sostiene ninguna guerra, pero en las maniobras suizas, que gozan de gran fama y á las que concurren representantes de todos los ejércitos, Feyler ha mandado brigadas y divisiones, obteniendo verdaderos éxitos.

Desde el principio de la guerra el gran público consideró con cierto estupor la exactitud y la clarividencia con que el coronel Feyler predecía los sucesos. Parecía un brujo poseedor de los secretos del porvenir. Desde su retiro de Suiza, rodeado de libros é inclinado sobre el mapa con la pluma en la mano, iba anunciando acontecimientos inesperados que la gente acogía al principio con incredulidad.

Diez días antes del choque en el Marne, cuando todos consideraban victoriosos á los alemanes y perdida irremisiblemente la causa de Francia, el coronel Feyler anunció tranquilamente la próxima batalla, marcando casi exactamente los terrenos en que efectivamente se desarrolló y enumerando las probabilidades de éxito de los aliados.

Los hechos vinieron á confirmar con extraordinaria precisión todas sus hipótesis.

El mejor elogio del coronel Feyler lo hizo el general Joffre, que conoce y aprecia sus escritos.

—El único hombre —dijo el generalísimo francés—que ha sabido adivinar lo que ocultaba mi silencio, el único que ha podido descubrir mis planes, es el suizo Feyler.



TIRADORES SENEGALESES EXAMINANDO UN MONTÓN DE DESPOJOS MILITARES ALEMANES DESPUÉS DE LA BATALLA DEL MARNE (Fots. Meurisse)

El ilustre coronel ha publicado un libro valioso sobre la guerra, en el que compara los partes dados por el Estado Mayor alemán y el Estado Mayor francés sobre cada operación, sacando luego de ambos textos como natural consecuencia la versión más aproximada á la verdad. Para esto emplea un método glacial, impasible, minuciosamente demostrativo, sin el menor intento de parcialidad.



MAPA DE LA BATALLA DEL MARNE, SEGÚN EL CORONEL FEYLER

(Publicado por el *Journal de Genève*)

Los comunicados del Estado Mayor francés tampoco son exactos, según el examen de Feyler, pero merecen mayor respeto que los documentos alemanes, porque no violentan descaradamente la verdad. Nunca han caído en el exceso de anunciar mentidas victorias ni han ocultado enteramente los desastres, negándolos. Su único defecto, según Feyler, consiste en haber atenuado con cierto arte los fracasos sufridos; conducta en cierto modo justificada, pues un ejército debe mantener firme la moral de su país y no desalentarlo con el pleno conocimiento de sus desgracias.

En cambio el Estado Mayor francés es, según Feyler, muy parco y modesto al mencionar sus victorias. Nunca las ha anunciado con trompetazos gloriosos; jamás ha hablado de ellas con un tono doctoral y definitivo. Siempre, al dar cuenta de un éxito, deja previsoramente «la puerta abierta» para anunciar el fracaso que puede ser posible al día siguiente, en una guerra tan complicada y de frente tan extenso.

El libro resulta terrible para Alemania. Feyler ha asestado un golpe formidable á la veracidad germánica.

Resulta del libro del coronel suizo, que Alemania no ha dicho una sola verdad desde el principio de la guerra. Hasta sus victorias indiscutibles y honrosas las desfigura por una tendencia irresistible á la falsificación. Las derrotas no existen para ella. Cuando sufre un descalabro lo pasa en silencio. Si el descalabro es en el frente occidental, lo calla, y en el mismo día publica el parte de cualquier éxito sobre los rusos. Si el fracaso es en Rusia, relata como una acción gloriosa la toma de unos cuantos metros de trinchera en el frente francés. Hasta cuando los alemanes conquistan una plaza fuerte, su Estado Mayor da cuenta del suceso como ocurrido varios días antes. Según los datos irrecusables ofrecidos por Feyler, el kaiser anunció oficialmente la toma de Lieja con dos días de anticipación, como si fuese un hecho consumado, y los burgueses de Berlín embanderaron sus ventanas cuando el general Leman se mantenía aún heroicamente dentro de su ciudad dispuesto á no rendirse.

El coronel Feyler hizo con su indiscutible competencia el resumen imparcial de la batalla del Marne.

Para esto se valió del mismo procedimiento de comparación que le permite extraer la verdad de todas las operaciones de la guerra.

De un lado tuvo á la vista los documentos de los ejércitos británicos y franceses. Del otro lado se valió, no de los comunicados del Estado Mayor alemán,



CAMPO DE LA BATALLA DEL MARNE SEMBRADO DE CADÁVERES

que nunca han mencionado la batalla del Marne—pues como diremos más adelante, esta batalla no ha existido jamás para Alemania—, sino de documentos secretos recogidos en el mismo campo de la lucha.

Cuando los franceses del 5.° ejército entraron en Montmirail encontraron olvidadas sobre una mesa del alojamiento del comandante del X cuerpo de reserva las disposiciones del Estado Mayor germánico para la batalla que se estaba librando. Sorprendido por los cañonazos franceses, y deseoso de alejarse cuanto antes, el general alemán abandonó este documento indiscutible, que ha servido á Feyler para las comparaciones de su estudio.

▫

Antes de relatar por nuestra propia cuenta, y apoyándonos en el testimonio de ingleses y franceses, la gran batalla del Marne, es conveniente transcribir la versión del coronel Feyler sobre este hecho de armas famoso. Su imparcialidad de escritor neutral y sus conocimientos profesionales dan un valor indiscutible al conciso relato del coronel suizo.



UNA CALLE DE HEILTZ

Hay que hacer constar además, que después de la batalla del Marne los alemanes afirmaron que la tal batalla era una invención de ingleses y franceses, que no había existido nunca, y en las naciones neutrales, hondamente trabajadas por la propaganda germánica, hubo muchos crédulos ó maliciosos que por simplicidad ó por astucia repitieron tan enorme mentira.

He aquí la *Versión real* de la batalla del Marne, pues así la titula su autor, el coronel F. Feyler.

«Ocho ejércitos alemanes tomaron parte en el gran movimiento de conversión del frente entre Basilea y Colonia, que les condujo á la invasión de los territorios luxemburgués, belga y francés.

De estos ocho ejércitos, cinco penetraron en el territorio francés, mientras que el ejército que servía de eje al movimiento, el VIII (general Von Deimling), quedaba retenido en Alsacia ante el 1.er ejército francés (general Dubail), y el VII y VI (generales Heeringen y príncipe heredero de Baviera) tenían que inmovilizarse igualmente en Lorena ante el 2.° ejército francés (general Castelnau).



DESPUÉS DE LA BATALLA DEL MARNE

RUINAS DE VASSINCOURT

Los cinco ejércitos que invadieron á Francia fueron los siguientes:

I ejército (general Kluck). Este ejército marchó por Lieja y Bruselas; hizo una conversión cara al Sur, chocó con los ingleses en la región de Mons, y rechazándolos tomó la dirección de París. Al llegar á las proximidades del campo atrincherado de París hizo una nueva conversión á la derecha, ó sea hacia el Sudeste, dejando la plaza fuera de su movimiento.

II ejército (general Bulow), que siguió el itinerario Huy-Namur-Charleroi, y desde allí hacia el Sur, para pasar el Marne por Chateau-Thierry.

III ejército (general Hausen), que llegó desde Malmèdy para franquear el río en Epernay.

IV ejército (duque de Wurtemberg), que penetró en Francia por el Luxemburgo belga y Mézières, desplegándose por el Sur de Chalons.

V ejército (príncipe heredero de Alemania), eje de la nueva conversión hacia el Norte de Verdún y el flanco derecho del ejército, sobre el macizo del Argona.



UNA CASA DE MAURUPT DESTROZADA POR LOS OBUSES ALEMANES (Fots. Madame A. Humbert)



DESPUÉS DE LA BATALLA DEL MARNE

RUINAS DE SERMAIZE

Estos cinco ejércitos constituyeron al llegar al Marne una fuerza de 14 cuerpos de ejército activos, 7 cuerpos de reserva y 2 cuerpos y 3 divisiones de caballería. Un cuerpo de ejército de la reserva, el XI, quedó detenido ante Maubeuge, y otro cuerpo también de reserva, el VII, permaneció frente á Reims.

Delante de los 21 cuerpos de ejército alemanes, la línea de los aliados, que se había replegado detrás del Marne, se dispuso en este orden, de izquierda á derecha:

En el campo atrincherado de París, el 6.° ejército, al mando del general Maunoury, compuesto de las fuerzas que se habían retirado de Alsacia, entre ellas el 7.° cuerpo de ejército, reforzadas con otros elementos.

El ejército del mariscal French, cerca de Crécy-en-Brie.

El 5.° ejército, mandado por el general Franchet d'Esperey, al Norte de Provins.

El 7.° ejército, al mando del general Foch (que luego se tituló 9.° ejército), al Sur de Epernay.

El 4.° ejército, mandado por el general Langle de Cary, cerca de Vitry-le-François.

El 3.^er^ ejército, al mando del general Sarrail, dando frente al del kronprintz.



RUINAS DE NEUVILLE

El propósito del general Joffre fué responder á la ofensiva alemana con la ofensiva francesa, concentrando sobre el ala derecha alemana el 5.° ejército y el del mariscal French para que obrasen de frente, mientras que el 6.° ejército, á las órdenes de Maunoury, atacaba de flanco.

Comenzó la maniobra el 6 de Septiembre con el avance del 5.° ejército sobre el Gran Morin. Los alemanes, obrando bajo la convicción de la retirada de los franceses, decidieron atacarles por el flanco izquierdo para empujarles hacia Toul y Verdún.

El general Kluck dispuso al efecto el II, III, IV y IX cuerpos activos, el IV de la reserva, más un cuerpo de caballería. Creyendo que sólo tenía enfrente fuerzas desmoralizadas y que nada grave podía temer del lado de París, dejó en reserva y en observación, detrás de su ala derecha, el IV cuerpo de reserva. Estas tropas daban frente á París al Norte de Meaux, ó sea al Este del Ourcq. Todo el resto del ejército marchó sobre el Gran Morin, atra-



UNA CALLE DE REVIGNY

vesándolo en su avance sobre un amplio frente, desde Coulommiers hasta Provins, esperando la derecha enemiga. La caballería ocupó el centro, el II y IV ejércitos formaron el ala derecha y el III y IX el ala izquierda. Esta disposición hace suponer que la caballería representaba la articulación central y la ligadura; que el ala derecha tenía por objetivo el operar como elemento ofensivo sobre el flanco francés, mientras que el ala izquierda atacaría de frente, protegida más á la izquierda por el ejército de Bulow.

Sin embargo, el 7 de Septiembre se apercibió el general Kluck de que los aliados, además de no estar en retirada, avanzaban para atacarle por el flanco y por el frente. Y en efecto, los ingleses habían salido del bosque de Crécy, entre este pueblo y el de Villeneuve-le-Comte, y su línea le flanqueaba hasta la altura de Mormans. Frente á los cuerpos del centro alemán, ó sean el IV y III, se había desplegado el 18.° cuerpo de ejército francés, al mando del general Esperey, ocupando la altura de Villiers-Saint-Georges. Este

cuerpo de ejército francés tenía á su derecha el 3.°, después el 1.° y después el 10.° Un cuerpo de caballería formaba el ala derecha, y en cuanto al ejército de París, iba á aparecer frente al IV cuerpo de reserva alemán, en las alturas de Dammartin, ó sea sobre la derecha del Marne.

En esta situación, creyendo sin duda el general alemán que habían roto su frente, entrando entre sus primeras líneas y la reserva, ordenó una retirada sobre el Marne, replegando su ala derecha. El ejército de Esperey le siguió activamente, con los ingleses á la izquierda, dirigiendo su ala derecha hacia Montmirail, ocupado por el X cuerpo de reserva del general Bulow.

El 8 de Septiembre, el ejército de Von Kluck arrastró, según parece, este X cuerpo de reserva y continuó su retirada, con los ingleses y las tropas del general Esperey sobre los talones. En su persecución traspusieron en dicho día los aliados el Gran Morin y llegaron el día 9 por la tarde al valle del Pequeño Morin, que encontraron evacuado por el enemigo. El ejército de París había hecho retroceder el IV cuerpo alemán de reserva sobre el Ourcq.



INTERIOR DEL CASTILLO DE ETREPY

Á la derecha del general Esperey, estaba el 7.° ejército (9.° como ya se ha dicho), mandado por el general Foch, y compuesto de elementos heterogéneos, á saber: el 9.° y 11.° cuerpos de ejército, la división 42.ª, la división marroquí, tropas francesas llegadas de Marruecos y desembarcadas en Marsella para marchar en seguida al campo de batalla, las divisiones 52.ª y 60.ª de reserva y la 9.ª división de caballería (tres brigadas: dos pesadas y una ligera). Este ejército resistió el ataque del general Von Bulow, que puso todo su empeño en querer cortar el centro francés mientras que retrocedía el ejército de Von Kluck y ejecutaba el movimiento de conversión hacia atrás. Para este ataque disponía el general Von Bulow del VII y X cuerpos, de la Guardia y además el XII cuerpo sajón, mandado por el general Hausen, y un cuerpo de caballería.

Durante la noche del 5 al 6 de Septiembre, las avanzadas del 9.° ejército francés ocuparon la línea Soisy-Morains, llegando hacia la derecha hasta Vatry. La división 42.ª formaba el ala izquierda. Esta línea tuvo que ceder ante el ataque alemán, que se extendía vigoroso sobre todo el frente. El día 8 por la noche había cedido aquella línea hasta el Sur de Fère-Champenoise. El día 9 ocuparon esta localidad los alemanes. El XII cuerpo sajón llegó hasta Sommesous.



CALLE PRINCIPAL DE HURON

El mismo día, por la tarde, el general Foch decidió contraatacar. Había recibido refuerzos del ala derecha del ejército del general Franchet d'Esperey, el 10.° ejército, que al evacuar los alemanes á Montmirail había quedado libre en sus movimientos. Este cuerpo iba á atacar al ejército de Bulow por su flanco derecho, mientras que el general Foch atacaría de frente. Pero al amanecer del día 10, cuando las tropas francesas entraron en Fère-Champenoise sólo encontraron á las retaguardias alemanas. La batalla había de continuarse más al Norte, muy encarnizada y sangrienta. Pero el movimiento ejecutado de Oeste á Este por el 10.° cuerpo francés había sido decisivo. Sus frentes, llevando por delante la derecha de Bulow, llegaron hasta Vertus. Y cuando simultáneamente al ala derecha, la 60.ª división de reserva penetró en Sommesous evacuado por los sajones, el general Foch pudo anunciar al general Joffre que los alema-



RUINAS DE FRIGNICOURT

nes se retiraban en todo el frente y que el 9.° ejército francés había llegado al valle de la Sonde.

Tales fueron los hechos en la región decisiva de la batalla. La retirada del general Bulow determinó, naturalmente, la de las tropas del general Hausen, XIX cuerpo de ejército, XII de reserva y una división de caballería sajona, y también la retirada de las fuerzas del duque de Wurtemberg, V y XVIII cuerpos de ejército, VIII y XVIII de reserva y una división de caballería. Estos generales se encontraron frente al 4.° ejército francés, que combatía sobre el Ornain. Por último, en la región Verdún-Argona, donde el kronprintz mandaba el V, XIII y XVI cuerpos activos, el V y VI de reserva y una división de caballería, fué rechazado el ataque durante toda la batalla por los dos cuerpos de ejército del general Sarrail, ayudándoles las tropas de la plaza de Verdún.

En resumen, las grandes líneas de esta batalla son las siguientes:

Choque decisivo de todo el ejército alemán contra todo el ejército aliado entre París y Verdún.

Sorpresa del frente y del flanco del ala derecha alemana sobre el Gran Morin y sobre el Ourcq.

Tentativa del centro alemán para cortar el centro francés al Sur del Marne, en la región de Soisy, Fère-Champenoise, Vatry, y rechazamiento de esta tentativa en el valle de la Sonde y sobre el Marne, hacia Epernay-Chalons.

Ataque infructuoso de la derecha alemana sobre el Ornain y al Sur del Argona.»

Así describe, en resumen, la batalla del Marne un escritor neutro é imparcial, el coronel suizo Feyler, de gran reputación en todos los ejércitos del mundo.

Más adelante veremos cómo los alemanes negaron primeramente, y desfiguraron después, este hecho famoso de armas.

FIN DEL TOMO SEGUNDO









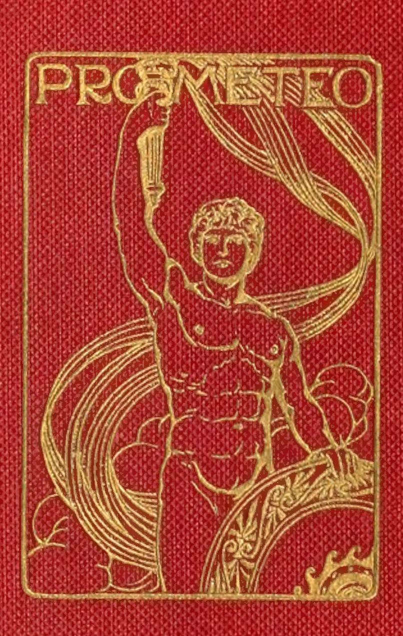





PROMETEO


PROMETEO
F. Mellado


UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 083222775


PROMETEO